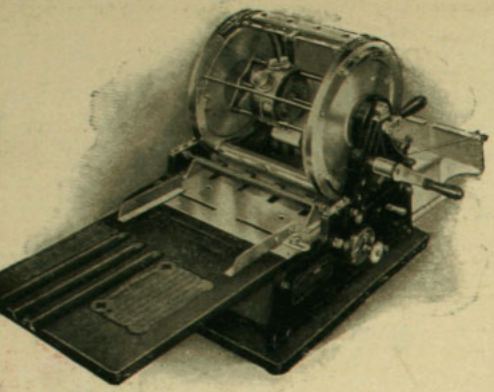
ECIO
PESO

PACIFICO
MAGAZINE

Ener
191

8937



Una revolución en las oficinas comerciales!!

Mimeógrafo rotativo "Edison-Dick"

Mimeoscopio eléctrico "Edison-Dick"

Hojas "Dermatype" sin cera

Ni más ni menos que una verdadera REVOLUCION en los antiguos sistemas de circularizar, es la que ha venido a operar el último invento del célebre y universalmente conocido Thomas Alva Edison, que ofrecemos con el nombre de PROCEDIMIENTO DERMATYPE EDISON-DICK. Este procedimiento consiste en una combinación de dos aparatos: el MIMEOGRAFO EDISON-DICK y el MIMEOSCOPIO, empleándose las Hojas DERMATYPE.

Con esta combinación usted está en condiciones de reproducir con la más prolija y absoluta fidelidad copias de CARTAS escritas a máquina o a mano, FORMULARIOS, DIBUJOS MECANICOS, DIBUJOS ORNAMENTALES, DIBUJOS CIENTIFICOS, PLANOS DE EDIFICIOS O POBLACIONES, HOJAS DE MUSICA, etc., en una cantidad hasta de CIEN MIL COPIAS de un mismo original grabado en DERMATYPE. Nada hay más fácil, sencillo y económico que emplear este sistema, pues no hay necesidad de tener conocimientos especiales, ya que un niño puede hacer el trabajo con sin igual perfección. La ventaja de la Hoja DERMATYPE con relación a las antiguas hojas de cera es indiscutible, pues tiene la particularidad de poderse arrugar y estrujar a voluntad, sin que se quebraje o pierda sus cualidades duplicadoras, fuera de poderse sacar de la máquina y guardarse para usarla nuevamente dentro de varios meses, sin que se note la menor diferencia en la nitidez y perfección de su impresión.

EL PROCEDIMIENTO DERMATYPE EDISON-DICK es una necesidad imprescindible para BANCOS, OFICINAS COMERCIALES, OFICINAS DE PROPIEDADES, INGENIEROS, ARQUITECTOS, CALIGRAFOS, DIBUJANTES, y en general para toda persona que necesite enviar circulares de cualquier índole. La recomendamos para TEATROS en sus programas.

ASISTA A UNA DEMOSTRACION PRACTICA Y SIN COMPROMISO

Unicos Introductores para
CHILE BOLIVIA y Sur del PERU

Sociedad M. R. S. Curphey

SANTIAGO: Estado 202

VALPARAISO: Blanco 441

DEMOSTRACIONES GRATIS DAMOS DIARIAMENTE EN NUESTRAS OFICINAS

A. B. DICK COMPANY - FABRICANTES - CHICAGO E.E.U.U.

Solicite circulares hechas por el procedimiento "EDISON DICK"

¡LO QUE ES AQUI, NO ENTRAS!

LA SALUD (a la Fiebre): Huye! maldita! que tengo
QUINIUM LABARRAQUE

El uso del Quinium Labarraque a la dosis de una copita de licor después de cada comida, basta, en efecto, para restablecer en poco tiempo las fuerzas de los enfermos más agotados, para curar seguramente y sin sacudidas las enfermedades de languidez y de anemia más antiguas y rebeldes. Las fiebres más tenaces desaparecen rápidamente ante este medicamento heroico. El Quinium Labarraque es todavía soberano para impedir para siempre el retorno de la enfermedad.

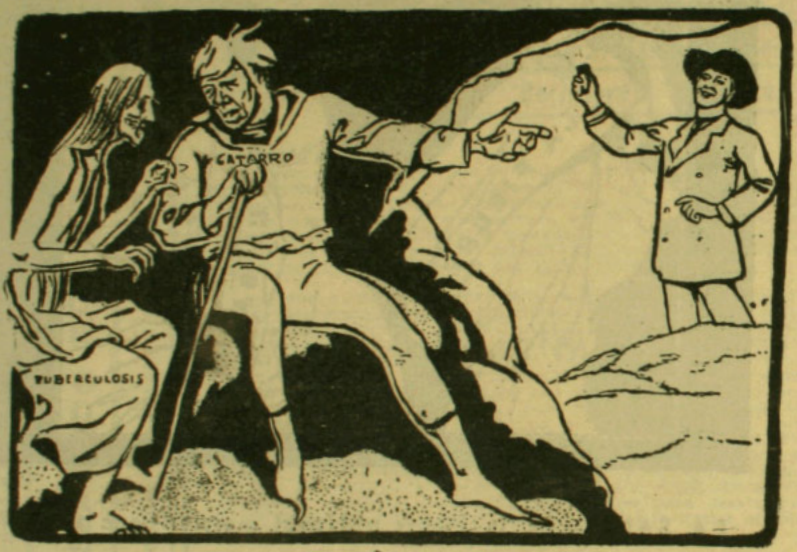
Ante tantas y tantas curaciones obtenidas, aún en casos desesperados, con el Quinium Labarraque, la Academia de Medicina de París no ha vacilado en aprobar la fórmula de esta preparación, honor en extremo codiciado y que por sí sólo recomienda ya este producto a la confianza de los enfermos de todos los países. Ningún otro vino tónico ha sido objeto de una aprobación parecida.

Por consiguiente, aquellas personas débiles o debilitadas por la enfermedad, el trabajo o los excesos; los adultos fatigados por un crecimiento demasiado rápido; las jóvenes que experimentan dificultades en formarse o desarrollarse; las señoras que sufren las consecuencias del parto; los ancianos debilitados por la edad; los anémicos, deben tomar vino de Quinium Labarraque, el cual está particularmente recomendado a los convalecientes.

El Quinium Labarraque se vende en botellas y en medias botellas en todas las farmacias. Depósito: Casa Frere, 19, rue Jacob, París.

P. S.—El Vino de Quinium Labarraque es de un sabor francamente amargo, lo cual se explica porque la quina es ya de suyo muy amarga; así que el amargor del Vino de Quinium es la mejor garantía de su riqueza en quina y, por lo tanto, de su eficacia.

Hay que renunciar amiga mía



LA TUBERCULOSIS.—¡Ese hombre es mío! No se escapa!

EL CATARRO.—Hay que renunciar, mi buena amiga. ¿No ves que toma Alquitrán Guyot?

El uso del Alquitrán Guyot, a todas las comidas y a la dosis de una cucharada cafetera por cada vaso de agua basta, en efecto, para hacer desaparecer en poco tiempo aun la tos más rebelde, y para curar el catarro más tenaz y la bronquitis más inveterada. Es más: a veces se consigue dominar y curar la tisis ya declarada, pues el Alquitrán detiene la descomposición de los tubérculos del pulmón al matar a los malos microbios, causa de dicha descomposición.

¡Desconfiad del consejo realmente interesado, si en lugar del verdadero Alquitrán Guyot os propusiesen tal o cual producto! Para lograr la curación de bronquitis, catarros, resfriados antiguos descuidados y, necesariamente el asma y la tisis, es absolutamente preciso especificar bien en las farmacias que lo que deseáis es el verdadero Alquitrán Guyot. Aunque lo mejor para evitar todo error es fijarse en la etiqueta que, si es el verdero Alquitrán Guyot lleva el nombre de Guyot, impreso en grandes letras y su firma en tres colores: violeta, verde y rojo, al bies, así como las señas: Maison L. FRERE, 19, rue Jacob, París.

El tratamiento sólo cuesta unos 10 céntimos al día y cura.

Advertencia.—Como hay personas para quienes el sabor del agua de brea no es agradable, podrán reemplazarla con las Cápsulas Guyot de Alquitrán de Noruega (de pino marítimo puro), y tomar dos o tres cápsulas a cada comida; las cuales producen idénticos efectos saludables y una curación igualmente cierta. Las verdaderas Cápsulas Guyot son blancas, y la firma de Guyot va impresa en negro sobre cada cápsula.

EL FILTRO

La cosa empezó a bordo de "La Medusa", el yate del duque de Malesherbes, durante un crucero por el Mediterráneo. Nuestro amigo Luis de Felippone y la marquesa Amedai eran de la partida. Pronto vimos que aquellos dos seres se atraían.

Un día, Manuel Orglandes y yo, que éramos los amigos más viejos de Luis, íbamos a entrar en el comedor cuando en el momento de franquear el dintel, Manuel me tomó del brazo, impidiéndome entrar. Un juego de espejos nos mostraba a Felippone y a la marquesa, solos en el fondo de la pieza. Tuvimos un momento de incertidumbre antes de saber si seríamos indiscretos avanzando. Pero en este preciso instante vimos a Rafaela Amadei acercar á su boca una copa llena de una bebida dorada, mojar en ella los labios y tendérsela después a Luis. El la tomó y bebió, mirando a la marquesa en los ojos.

No había que pensar en entrar. Volvimos al puente, y Orglandes, que tiene a menudo intuiciones bruscas, vistas profundas de porvenir, me dijo de pronto:

—El desgraciado Luis ha bebido un filtro. Dios sabe a dónde lo llevará!

La marquesa Amadei no era hermosa, pero tenía un encanto serpentino, unos ojos fascinadores.

No sé cuando espezó a ser amante de Luis de Felippone, pero sé que seis meses después de nuestro regreso a Siria todo el mundo hablaba de esas relaciones. Pasó un año, en el transcurso del cual no se vió a la marquesa y menos a su amante, un año lleno de pasión, de amor loco y completo. Después corrieron nuevos rumores: se hizo alusión a una ruptura entre ellos, o más bien dicho, a un nuevo amor de la mujer, y esta vez por Carlos de Rumont. Cuando volvimos a ver a Luis después de una misteriosa ausencia de un mes, no tuvimos ninguna duda. Daba lástima verlo; no era más que un guiñapo, pálido, enflaquecido, tristísimo, con los ojos empañados y ojerosos.

—El filtro obra—me dijo Orglandes.—Este concluirá mal, siempre lo he dicho.

Creí que se había equivocado, porque Felippone partió para la India y Cambodge. Viajó medio año, cazó, vivió al aire libre y regresó grueso, sano, quemado por el sol, curado, por lo menos así lo creímos.

Pero lo más extraño fué que empezó a tratar de nuevo a Rafaela, exactamente como si nada hubiera habido entre ellos. Hasta comió en su casa al lado de Carlos Rumont y, sin embargo, Dios sabe si había amado a la marquesa Ademai y si debía odiarla ahora!

—No comprendo lo que pasa—decía Or-

. . . . . ?

El más lindo surtido?

donde

Raab, Bellet y Cia.

Electricistas e Importadores

de los mejores

Artefactos Eléctricos de Arte

VER LA EXPOSICION EN ESTADO 235

glandes el psicólogo.—Hubiese apostado la cabeza a que no se consolaría nunca!

Aquella nueva situación duró un año o dos. Una tarde recibimos una invitación para comer en casa de Felippone. Llegamos juntos Orglandes y yo. Nuestro amigo nos pareció un poco febril, pero estaba en todo el bulto de su gran hermosura y el traje negro hacía resaltar su palidez.

—Esperamos a la marquesa Amadei—nos dijo.—No somos más que nosotros cuatro...

Cambié una mirada con Orglandes. La marquesa llegó muy tarde. Había enflaquecido, pero estaba más serpentina que nunca y siempre seductora.

Sabíamos lo fastuoso y pródigo que era Felippone, pero el comedor nos sorprendió. Delante de cada ventana caía una verdadera cortina de rosas rosadas, tejidas como una verdedera cortina de tapicería y que embalsamaba prodigiosamente el aire. Sobre la mesa, un verdadero lecho de rosas, de donde salía un centro de porcelana de Sajonia agrupando sus menudos personajes alrededor de una fuente monumental. Nos iluminaba profusión de bujías.

La comida fué admirable: los platos más raros y más variados se seguían, escoltados por vinos antiguos y célebres. Nunca habíamos visto tan alegre a Felippone. Su conversación fué un verdadero fuego artificial. Pero su ingenio tenía no sé qué de amargo y corrosivo. Orglandes se lo hizo observar.

—Es cierto,—contestó Luis—pero estoy muerto desde hace algunos años y me conservo en salmuera. No es sorprendente que mis palabras tengan un gusto algo amargo!

La marquesa pareció incómoda.

A los postres, nuestro amigo se apoderó de una jarra que estaba delante de él, semillena, y diciendo que era un excelente tokay le sirvió a Rafaela Amedai. En seguida llenó su copa y volviéndose a nosotros:

—Ustedes disculparán que no les ofrezca. Es sólo para la marquesa y para mí. Quiero brindar por nuestros pasados amores.

Tuvimos un momento de sorpresa ante la inconveniencia de semejante frase.

La joven había bebido su tokay y hacía una ligera mueca.

—¡Qué gusto extraño tiene este vino!—exclamó.

—¿El vino también lo conservan en salmuera?—dijo Orglandes riendo.

—En la misma, sí,—contestó Felippone,—no imaginas con qué exactitud hablas!

Y miro solamente a la marquesa.

—Rafaela, ¿se acuerda usted de "La Medusa?" Un día me dió usted un filtro que no he olvidado; lo bebí mirándola, y era el amor! La amé locamente; este es el fin. Hubiese dado mucho por evitárselo. Dios no lo ha querido. Acabo de servirle a mi vez una bebida: la muerte.

Rafaela se levantó. Estaba lívida, lo había comprendido todo. Felippone bebió a su vez. La marquesa se echó en un sillón; sabía que todo había concluído y no era mujer para suplicar ni gemir, pero sus miembros temblaban y le castañeteaban los dientes.

Luis fué a arrodillarse delante de ella.

—Ahora está hecho. No me vengo, Rafaela, pero una vez te dije que llegaría un momento en que no nos separaríamos más. Ha llegado ese momento; soy tuyo y eres mía, por toda la eternidad.

Y la joven contestó con una sonrisa terriblemente ambigua y de una inteligencia casi satánica:

—Es cierto, tú me amaste más que los otros...!

Orglandes estaba ya en el teléfono y pedía un médico. El olor de las rosas esparcíase divinamente en la estancia. Una de las bobinas, lamida por la llama de una bujía, estalló de golpe.

Lo que ví en seguida no lo diré, porque es demasiado penoso, pero el veneno era fulminante, y una hora después, los dos cadáveres descansaban en el mismo lecho.

Orglandes y yo los velamos. Una de las ventanas del cuarto estaba abierta. En la casa contigua tocaban el fin de "Tristán e Isolda".

—No es más que una coincidencia—me dijo Orglandes,—pero, ¿te acuerdas de la copa de "La Medusa"? No sé por qué, pero ese día comprendí que Felippone tendría un fin patético!

—¡Qué insensible estuvo ante la muerte!—dije señalando a la marquesa.

—Era una jugadora y no una amorosa. Perdida la partida, pagó... Pero si hay desquite en el otro mundo—concluyó Orglandes—compadezco a nuestro amigo.

En la cama, donde las habíamos esparcido, se ajaban las rosas... Oíamos los últimos acentos de "Tristán" lanzar un grito de liberación, y yo adivinaba que el odio hubiese podido juntar lo que el amor no había unido!

EDMOND JALOUX.

¿Ha reparado Ud. en este zapato?

El signo distintivo de todo hombre de buen gusto, decía Brummel, el célebre *dandy* londinense que fué el hombre más elegante de su tiempo, está en su calzado: en efecto, cuánto valor adquiere un terno bien cortado si este se armoniza con un calzado de forma elegante, de fantasía, sencillo.

El Johnston y Murphy debe su aceptación general a esta su primera virtud: severa elegancia. Este calzado fué ideado para hombres de buen gusto, sencillos en el vestir, sobrios en la armonización de sus toilettes.

Reparad detenidamente en el presente modelo del elegante calzado Johnston y Murphy, que es dechado de elegancia y de buen gusto. Su forma cómoda, su fantasía sobria, su duración largamente probada, le han erigido en el rey del calzado y es el que está más cerca de los gustos que ha impuesto la última moda. Para un hombre elegante este zapato Johnston y Murphy no podrá menos de lucirlo y vulgarizar su elegancia como es debido.

El hermoso cuanto variado surtido de verano de esta famosa y prestigiada marca constituye una alta novedad de buen gusto. Quien ha probado una vez el calzado Johnston y Murphy, no le deja más. Es único e insuperable.

Casa Norte Americana, Estado 246.

Agentes importadores, M. Artigas y Cía., Ahumada 235-239. Casilla 2070.

SUMARIO

Págs.

ANGEL PINO EN EL LIMBO, **Angel Pino**. 1
LA HISTORIA DE LA CAÍDA DEL ZAR REFERIDA POR ÉL MISMO. 11
GRANOS DE ARENA, **Ernesto Montenegro**. 22
LEON BLOY, **E. Diez Canedo**. 24
LA VIDA DE LOS GUARDA-FARO, **E. Batlle y Alvarez**. 27
LAS ORTIGAS DEL JARDIN, **Paul Bourget**. 34
AUGUSTE RODIN. 45
DESPUES DE LA BATALLA, **Pierre Loti**. 51
CUENTO VIEJO, **Edmond Rostand**. 55
NACIMIENTO Y MUERTE DE LOS BILLETES DE BANCO, **Jacobo Boyer**. 59
PARQUES NACIONALES. 65
EL CRIMEN DEL BARBERO, **Carlos González Peña**. . 71
EL PROBLEMA Y PROGRAMA SUR-ESLAVO O YUGO ESLAVO, **Juan Harstulovic**. 79
LOS NIÑOS EN EL HOGAR, **Myriam**. 84
EL HOMBRE FANTASMA, Folletín (conclusión), **Guido de Teramond**. 87

—La mejor manera de estimular y propender al progreso de una publicación es favorecerla incesantemente, comprándola y recomendándola a sus amigos y relaciones.

—El PACIFICO MAGAZINE irá en cada número perfeccionando la realización de su programa.

NUESTRA PORTADA

EL DANTE Y BEATRIZ

—Y desde luego,—decía el Dante a Doré,—vea usted el espino chileno... ¿Cómo ha ignorado usted la existencia de este maravilloso árbol...?

PACIFICO MAGAZINE

+ Que ayer | Vol. XI.—Santiago de Chile, enero de 1918.—Núm. 61. | — Que mañana

ANGEL PINO EN EL LIMBO

Por

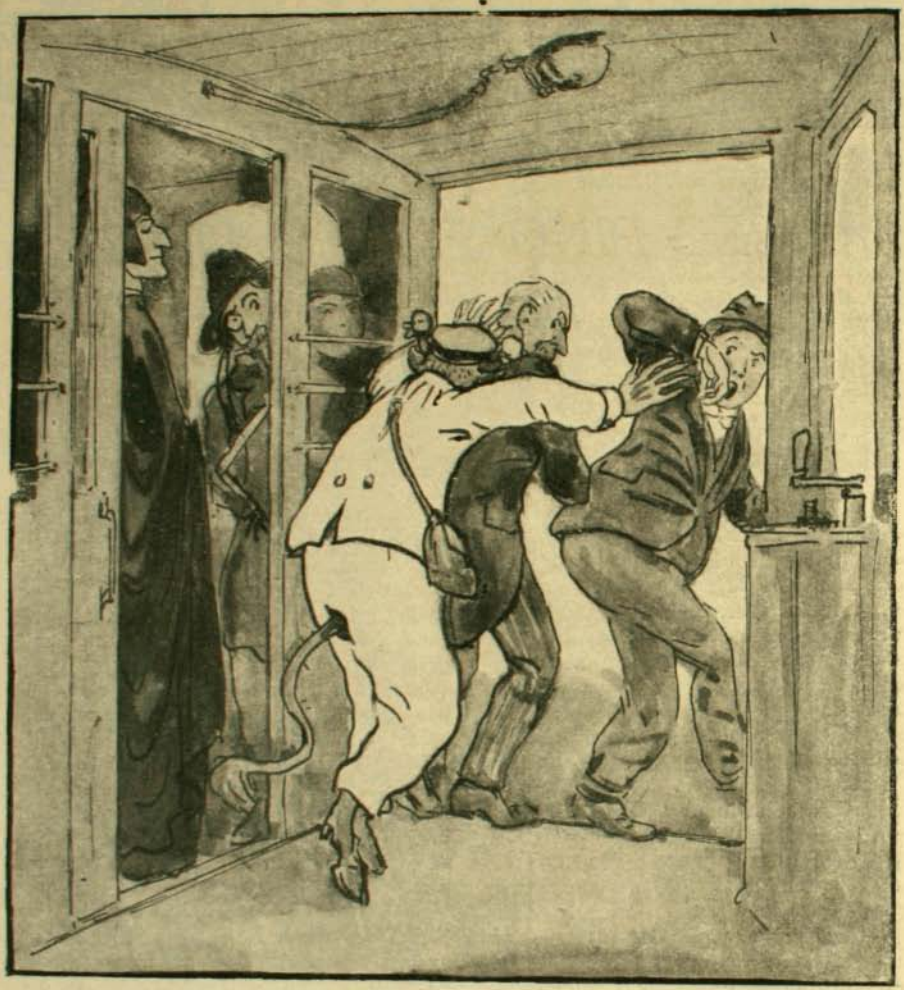
ANGEL PINO

Ilustraciones de Pedro Subercaseaux

A pesar de que había jurado no volver a escribir una línea sola para la publicidad, sino para la posteridad, lo que es diverso, heme aquí con las manos sobre el teclado de la máquina haciendo saltar letras con un estruendo increíble. Es superior a mi naturaleza: si pienso algo tengo que pasarlo por la máquina, y si paso algo por la máquina tengo que publicarlo. Eso sí; con el favor de Dios y de María Santísima, no lo pondré en libro.

Porque lo que ahora me pasa es inaudito. Aprovechando un descanso de verano, tomé el ferrocarril, me metí por un cajón de cordillera, y una vez alojado y alimentado como es debido, me eché por los cerros a caminar y a meditar. No todos los que meditan pueden hacer las dos cosas a la vez, porque piensan con los talones y los talones toman parte principal en la marcha. Había caminado bastante, cuando me detuve ante un cerro cortado a pico, de piedra gris obscura, con vetas de tierra negruzca, de las cuales surgían agarrándose con trabajo a la muralla rocosa, dos o tres espinos, un quillay bastante ralo y decaído, y los consabidos quiscos, altos, rozagantes, surcados de negras hormigas en busca de los guillaves abiertos. Había también cardones, o chaguales, boldos y litres chatos y recortados por los leñadores. Sobre uno de los quiscos se erguía siniestro un tucúquere o algo así, con dos ojos fijos e inmóviles, tales como dos cuentas colocadas en una pantalla con luz por dentro. A pesar de que la figura del ave, agorera y nocturna, y la vecindad del espino me hicieron temblar mis carnes de hombre de letras (no sé llamarme de otro modo; estoy envanecido), me fuí acercando poco a poco, porque el cuadro, aunque siniestro, me pareció nacional, y ya se sabe hay que mantener a todo trance el prestigio de cantor de la naturaleza del país.

Pero la verdad es,—y sin ánimo de deprimir lo chileno,—que no tiene nada de agradable trepar por cerros con el sol arriba. Tres o cuatro tábanos rondaban cerca de mí y nada intimidados por un sombrero redondo negro y solemne que llevaba sobre mi cabeza, buscaban una parte libre donde operar con sus certeros aguijones hipodérmicos. Al mismo tiempo otro insecto mal construído, mucho cuerpo y pocas alas, metía un ruido de aeroplano para seguirme a cierta distancia. Así y todo avancé y avancé hasta unos doce o quince metros de altura, donde hice alto para derribar al tercer tábano. Tenía por delante a uno de los espinos, símbolo de la raza. La soledad más completa llenaba esa quebrada, y más allá de ella todo el cajón del estero, y más allá todavía el valle y las otras montañas. El silencio era completo, absoluto, podría agregar definitivo y hasta eterno. No podía soñar siquiera con la presencia de un ser humano y menos todavía con la de un caballero francés, de levitón ceñido, monóculo en el ojo izquier-



Apenas se había dado la señal cuando el inspector advirtió que había dos personas con boletos del infierno...

do, una cintita roja en el ojal de la solapa y cachimba entre los labios, o mejor dicho entre bigote y barba, abundantes y rojizos ambos. La presencia de ese señor allí era tan absurda como la de una hurí desnuda en el patio del Club de la Unión. Inmediatamente me dí cuenta de que yo estaba delante de un ser extraordinario y no de un ingeniero de Naltagua, por ejemplo, que hubiera venido a esas breñas estériles a buscar alguna mina que se le ofrecía ad referendum. El caballero me miraba en un forma extraña, ni más ni menos que si su mirada me atravesara y yo fuera absolutamente invisible y transparente; y así debía ser porque cuando, sombrero en mano, le pregunté en qué podría ayudarlo, miró hacia todos lados y desapareció tras de una roca vecina al espino delante del cual me encontraba. Este incidente me produjo una visible perturbación.

En ningún caso me atrevería a sostener que la aparición del francés violaba las leyes de la estática o de la dinámica, porque nada entiendo de eso; pero sí puedo afirmar que revolucionaba completamente las

leyes de las apariciones. En efecto, las apariciones son generalmente femeninas, y cuando cambia el sexo es solamente para dar paso al diablo en persona con cuernos, cola, olor a azufre y toda la especial indumentaria que reviste. (Excepción, el señor Cuevas Millán, que se le apareció a don Angel Guarello). Los fantasmas son a menudo señoritas, gastan pocos tules para vestirse y éstos tan transparentes que bien pudieran dejarlos en la tienda en que las apariciones encargan sus toilettes de visita. Además sus cabelleras rubias flotan en el viento y una aureola luminosa las encuadra. Figuraos pues mi sorpresa al ver delante de mí este aparecido con olor a tabaco, con un chambergo gris sobre la cabeza, pantalones anchos, una rosa de corbata bastante voluminosa y todavía condecorado con la Legión de Honor. Fuera de mí, deseando acabar pronto con la duda, me acerqué de nuevo con el sombrero en la mano y apelé a la gran piedra de toque:—"Señor ¿no ha leído usted los telegramas de hoy? Parece que Francia estaría dispuesta a hacer la paz sin recobrar a Alsacia y Lorena". El francés tosió, me miró entonces; pero no hizo otra cosa que mirarme y encogerse de hombros. — "Será un francés de una época anterior al 71?—me dije. Preciso será recurrir a un procedimiento que sirva para los franceses de todas las edades". Avancé todavía un paso en actitud hostil y levantando la voz le dije: —"Usted es un perfecto ordinario; usted trata con un caballero y me retiro esperando se sirva Ud. recibir a mis testigos;—y le lancé por la cara mi tarjeta: "**Angel Pino**". A estas palabras el hombre reaccionó, carraspeó fuertemente y echó mano al bolsillo interior del levitón del cual sacó una billetera de cuero bastante vieja y una tarjeta que llegó hasta mí en la misma forma y que decía: "Gustavo Doré".—¡Cómo! ¿Ud. es Gustavo Doré, el ilustrador?—Sí señor.

Numerosos bomberos estaban allí, desesperados, viendo al frente y abajo la eterna hoguera del infierno...

—repuso el francés,—soy precisamente él mismo.—¿Y cómo se encuentra usted aquí, en un cajón de cordillera de Chile, sólo, en cuerpo y alma, cuando tengo la seguridad más absoluta de que usted murió hace muchos años.

A mi reflexión, el aparecido se sonrió displicente, miró hacia atrás y pareció hablar con una persona desconocida.

Querido lector: cree o no cree; yo contaré lo que ví, a riesgo de pasar por soñador o loco. Juro que ví en ese momento surgir al lado de Doré al mismo **altísimo poeta**, Dante Alighieri, nacido en Florencia el año 1265 e hijo de Alighiero de Bellincione. Con su larga túnica color granate, con su sombrero o gorro ceñido en la delicada cabeza, con su mismo perfil, vulgarizado por la estampa barata y el vaciado en yeso. El incidente se complicaba sin duda alguna. ¿Qué podrían hacer en Chile, trepados en un cerro, dos personajes desaparecidos del mundo, y de tan diversa estirpe y gloria? Inmediatamente uní los dos nombres: **La Divina Comedia y sus ilustraciones.** Y sin tener que hacer mayor esfuerzo de fantasía, me habría bastado oír lo que hablaban, pues ambos fantasmas se cuidaron muy poco de mí.—Usted ha contribuído, artista,—decía el Dante—a popularizar mi comedia; pero debe reconocer que sus ilustraciones son medioeres.—¡La lucha por la vida! ¡La ley del puchero!—balbuceaba Doré entre dos humazos de la cachimba.—La primera ley es la del arte, la de la belleza. Usted dibuja detestablemente — continuaba el poeta. Y desde luego, vea usted el espino chileno ¿cómo ha ignorado usted la existencia de este maravilloso árbol, de forma torturada, que parece la envoltura material de un condenado?

Doré se restregó los ojos y, comprendiendo por primera vez que un pobre hombre del siglo XX podía comprenderlo mucho mejor que un genio del siglo XIII, dirigió hacia mí una mirada moderna, llena de dulzura.

—Oh joven ingenio de Chile, — me dijo—une tus voces a las mías para obtener que el inmortal y santo poeta de Florencia nos conduzca, como antes a Virgilio, a recorrer este departamento de la expiación que dejó olvidado en su poema.

—¿Ingenio de Chile? — interrogó con desdén el Alighieri. ¿Y qué clase de ingenio tienes?

—Soy periodista, oh magnífico florentino.

—¿Periodista? ¿Haces períodos?

—No señor: periódicos.

—¿Y qué es un periódico?

—Una hoja de papel; no manuscrito, sino impreso con caracteres movibles de plomo y en gran número de ejemplares, que cuenta cada día a los hombres lo que ocurre en el mundo...

—Si, sí, ya sé. He visto en las nuevas secciones del infierno a algunos. Sois unos imbéciles, es verdad. Creo que uno de vosotros, fué quién dijo antes de morir: "me carga el Dante". Está bien: había convidado a este mal ilustrador a acompañarme en mi visita del Limbo y no tengo inconveniente de llevar a un periodista, no en cuanto periodista sino en cuanto chileno. Porque, como lo vés, el Limbo tiene su puerta principal en Chile...

—¿Podría conocer este misterio? ¿Por qué, siendo el nuestro un país insignificante, ha merecido que este departamento de la justicia divina abra una puerta hacia nuestra tierra?

—Es muy simple: al Limbo o seno de Abraham, como se decía antes, acuden en gran número los niños. No hay país alguno de la tierra en que mueran más pequeñuelos. Tenían que dar una enorme vuelta por los aires, y eran a menudo víctimas de los aeroplanos y aves de rapiña. El sumo Hacedor resolvió dejar la puerta falsa del lado de Europa y abrir la cochera hacia Chile. También hay otra razón: el limbo es un sitio de pequeñas penas, de molestias microscópicas pero continuadas, de suplicios constantes y de ambiciones inocentes nunca satisfechas. Pues aquí se encuentra todo esto en abundancia. Este país sería ya un limbo bastante eficaz y se podría hacer la economía del gran establecimiento que vamos a conocer.

Al mismo tiempo el florentino hizo un gesto amplio para invitarnos a seguirlo y se sumió tras del espino. No dejaba por esto de hablar y mientras iba poniendo sus piés calzados con terciopelo en diversas piedras colocadas en forma de gradería, continuaba diciendo:

—El Limbo se ha modernizado mucho No es ya el pozo oscuro de antes, inconfor-

Aquí estaban los coleccionistas. Estas personas están obligadas a continuar sus colecciones y no completarlas jamás.

table y mal oliente. Su personal ha sido cambiado. En vez de demonios masculinos, tenemos un personal de mujeres que fueron feministas en la tierra y que vestidas de **nurses** han aceptado gustosas el nombre de "diablas". Los condenados de esta cárcel no necesitan sino pequeñas molestias, como he dicho, y Dios, en su infinita sabiduría, ha creído que nadie mejor que mujeres que no han reclamado nunca el amor verdadero y sí mucho de sus derechos al voto, podían molestar a la clientela que es en su noventa por ciento masculina.

Como manifestáramos con Doré nuestro asombro, el poeta siguió diciendo:

—Sí; hombres en la casi totalidad. Las mujeres o se salvan o se condenan. Hay en cambio legiones de hombres que no merecen ni una ni otra cosa, y que purgarán su tontería con una larga detención en este sitio de pequeños suplicios.

A poco andar divisamos la puerta del Limbo. Yo coloqué sobre mi nariz los quevedos para ver bien la frase que estaba escrita en la esquina, como los letreros de calle. Recordé aquello de "**Lasciate ogni speranza voi qu'entrate**", y me preparé a retener en la memoria esta nueva inscripción para contarla a mis amigos a la vuelta a la tierra. Pero tuve una decepción. Un cartel decía simplemente: "**Cuidado con la Pintura**". El Limbo estaba todo pintado de nuevo, según me lo explicó el Poeta, y estaba **siempre pintado de nuevo**. Un chico había escrito con tiza más abajo: "Fuera Patiño" aludiendo a la entrada sorpresiva de un personaje que fué expulsado apenas se le descubrió por algunos signos inequívocos que revelaban su edad, su experiencia y su peso.

Tomamos tres boletos en la taquilla. El boletero no tenía vuelto. No lo tiene nunca. Estuvo calculando el recargo del oro durante veinte minutos, porque el cambio se altera incesantemente en ese paraje y no hay tablas de cálculo.

Al lado adentro de la reja estaba el tranvía esperando la partida y se habían colocado ya en el interior algunas personas insignificantes en las cuales apenas reparamos. La conductora era chilena, tenía

las manos puercas y olía muy mal. El suplicio del olfato es uno de los que se aplica más en este paraje. El ingenio revelado por este hallazgo de la verdadera conductora de Chile, demuestra la imperturbable paciencia con que se busca todo lo que puede castigar con lentitud y sin matar.

Apenas se había dado la señal cuando el inspector advirtió que venían dos personas con boletos de infierno y purgatorio y hubo que proceder a arrojarlos sin ninguna clase de contemplaciones. La voz de orden en estos casos es, por extensión, siempre la misma: "Fuera Patiño... etc.". Puesto en marcha el tranvía, una nube de moscas lo invadió por todas las ventanillas. Reconocí a la mosca auténtica de mi país; pero todas tenían las patitas húmedas y heladas. Eran moscas difuntas, posiblemente, porque no zumbaban; eran moscas en pena, porque volvían con más insistencia que las vivas.

No habríamos marchado diez minutos cuando se detuvo el tranvía para recibir a unas doce damas muy gordas que me parecieron del servicio diablesco. Eran extremadamente gordas y quedaban sentadas sobre los vecinos, sin dar la menor excusa. De rato en rato se producía la misma detención y subían otras doce damas de la misma gordura. El Poeta me observó que el sistema se había aprendido también en Chile y la prueba era que el tranvía llevaba el letrero de "Completo" desde que había partido.

Doré sudaba en una forma extraordinaria y el mismo Altísimo Poeta había sacado un pergamino escrito con letra menuda y tercetos toscanos, con el cual se abanicaba.

La distancia recorrida era bastante considerable; pero la sola contemplación de la figura del Dante me tenía embelesado. Así, a pesar de los bostezos de la concurrencia, me mantuve más o menos tranquilo hasta que el tranvía se detuvo y las damas se pusieron de pie llamándonos groseros a todos, con una injusticia apenas explicable.

Al descender tuvimos un gran pánico porque pasaron rozándonos más de sesenta Fords a toda velocidad y sin número. Había allí una plazoleta con algunos árboles secos, con varios escaños sin respaldo y con sólo dos patas, y con un monumento parecido en su interés y belleza a la columna otomana y a la estatua de Manuel Rodríguez que los santiaguinos conocen. Al fondo estaba el "Descensor" para sumirnos en las primeras secciones del Limbo. El aparato se hallaba descompuesto y hubo que descender a pie por una escala con los tramos flojos, con la baranda engrasada y por la cual subían al mismo tiempo otras personas que nos daban con los codos y nos pisaban los pies sin presentarnos excusas. Doré decía a cada instante: "**Pardon**"; pero nadie le contestaba ni le oía. Monsieur Pinó,—me dijo—, no cree usted que es preferible el infierno a esta manera de vivir, de viajar, de conducirse?—Yo no lo creo, señor Doré, —repuse con franqueza,—estoy acostumbrado a todo esto y me río del Limbo.

En un descanso de esta horrible escalera, el Poeta nos ordenó apartarnos a un lado, y tomamos un pasillo al final del cual una reja de fierro introducían a una meseta árida de cerro.

—Vamos a comenzar,—nos dijo,— por contemplar la pena de los hombres grandes, de los que son considerados como niños sin bautismo para el efecto de privarlos de la contemplación de Dios. Aquí tenéis el departamento de los coleccionistas. Estas personas están obligadas a continuar sus colecciones y a no poder completarlas jamás. Ahí está el que junta monedas que es el menos culpable; pero siguen en grados de pena y sufrimiento y hasta desesperación, los que pegan sellos raros, los que juntan cachas de quitasoles y paraguas, y por último los que alínean caracoles y cajitas de cerillas cromolitografiadas. Para los coleccionistas de sellos se ha buscado a un chileno, especialista en nuevas emisiones, y en subterfugios legales que impiden siempre tener todas las estampillas postales que él muestra en su album. Los coleccionistas están especialmente atacados por una enorme cantidad de pulgas que se han criado especialmente, con algunos ejemplares grandes de los carros de San Eugenio de Santiago, y algunas otras de hoteles de la misma ciudad. Se ha conseguido una raza de extraño vigor y capacidad picadora. Apenas un coleccionista cree tener todos los ejemplares que busca, debe comenzar de nuevo

—Yo iba de asombro en asombro porque, poco más allá, en la falda de una colinita, divisé un letrero que decía: "Club de Señoras"

porque pierde algunos. Y se comprende perfectamente: los encargados de cuidar sus colecciones, son antiguos agentes de la policía secreta de Santiago. Usted ve que tenemos mucho personal de chilenos.

Desde la altura en que mirábamos a estos afiebrados de la colección, los divisábamos rascándose por todas partes. Uno de ellos que me conocía, me gritó en forma plañidera: "Pino, amigo mío, mándame polvos de Persia o una rasqueta a vapor".

Yo estaba maliciando, desde hacía rato, que también iba a encontrar a algunos bomberos en esa localidad. En efecto, muy pronto nos dimos vuelta hacia el vallecito contiguo, y Dante extendió la mano para decirme:

—Esos son bomberos voluntarios. Es verdad que muchos se van al cielo directamente; pero la mayor parte vienen aquí. Mirad la aflicción con que viven.

Y en efecto, nunca había concebido un suplicio más perfecto y más simple. Numerosos bomberos de casco y uniforme impermeables, indestructibles, **insacables**, estaban desesperados viendo, al frentte y abajo, la hoguera eterna del infierno. Una campana y cien sirenas que llamaban como gatos en Agosto, les anunciaban la presencia del fuego. Ellos corrían de un lado a otro buscando agua sin poder encontrarla. Uno manejaba una bombita para regar claveles de balcón, y alcanzaba a lanzar un chorrito de doce centímetros de largo que no habría podido apagar un fósforo. Otro tenía una regadera en la mano y se mojaba sus propios zapatos con el miserable gotear de su lluvia. 'Agua, agua" era el grito de todos "Dadnos agua y apagaremos el infierno",—exclamaba el mayor, que llevaba un paño felpudo enrollado en el pescuezo. Y la campana y las sirenas seguían sonando impasiblemente.

Nos retiramos de allí con el alma apenada. —¡Oh! Poeta, le dije — ¿por qué se castiga a estos hombres que son bondadosos y tienen una voluntad magnífica?—No pretendas, mortal, escrutar los designios de la Providencia, me replicó.

Yo iba de asombro en asombro, porque poco más allá, en la falda de una colinita, divisé un letrero que decía: "Club de Señoras". ¡Qué desgracia,—pensé, — que encuentre aquí a personas tan distinguidas, inteligentes y bellas; y qué desgracia mayor la de tener que contarlo, pues van a suponer que lo invento! Pero no alcancé a adelantar muchas conjeturas cuando me dí cuenta de que no se trataba de señoras sino de caballeros.

—Efectivamente, — me dijo Alighieri (ya iba tomando yo más confianza con él y lo llamaba por su apellido),—efectivamente, no son las señoras del Club sino sus maridos los que están recluídos aquí. Obligados a estudiar a Emerson día y noche, se les exige llegar a entenderlo. Cuando hayan logrado esto, se les permitirá irse al cielo en derechura.

Y ví cómo los pobres escuchaban atentamente a un dómine, y leían desesperados las frases del autor, y se tiraban de los cabellos con impaciencia. La mayor tortura de esos condenados es la duda que les asalta a última hora de que sus esposas tampoco lo hayan entendido.

Más lejos descubrimos un numeroso grupo de personas que estaban abstraídas, juntando y separando sus manos como si tiraran un hilo.

—Esos son los que van al Congreso creyendo que servirán a su país, inmortalizarán su nombre y cambiarán la faz de los negocios públicos. Están condenados a estirar cabellos crespos, y mientras no los dejen lisos, recomenzarán la tarea. Es desesperante en realidad. Entre ellos divisamos una rueda de capachos, como las que sirven para levantar agua, que vaciaban personas de levita y sombrero de copa. Era la rotativa ministerial; no se detiene nunca: recoge siempre y siempre vacia.

Un poco más lejos, una roca alta servía de centro para cuatro señores vestidos de etiqueta, que iban corriendo con ruedas de madera muy livianas y dándoles con un palito, al estilo de las que vemos manejar a los niños.

—Son los liberales probados de Chile, —dijo Alighieri:

—¿Tan pocos?

—Sí; los demás son liberales por comodidad, para figurar; esos, o se salvan o se condenan; pero los probados se quedarán en el limbo de donde nunca han salido, dando siempre vueltas a la misma cosa.

—¿Y esos otros, poeta, que se hacen musarañas y gestos extraños y se dan vuelta de repente como con fastidio?

—Son los masones.

Un poco más lejos, una roca alta servía de centro para cuatro señores vestidos de etiqueta, que iban corriendo con ruedas de madera muy livianas y dándoles con un palito, al estilo de las que vemos manejar a los niños.

—¿Los masones? ¿Entonces no están en el infierno?

—No; antes iban allá; pero ahora no. Cuando realmente las logias eran secretas y los masones pocos, se les tomaba en serio; pero ahora vienen aquí y están condenados a hacerse los signos convenidos y no reconocerse.

Habíamos caminado algo como medio kilómetro, dejando atrás numerosos grupos de personas, cuando encontramos que entre 4 "diablas" tenían tendido en el suelo a un señor también de sombrero de copa y levita negra, al cual le abrían la boca por fuerza y le metían dentro diversas bebidas alcohólicas. Era el doctor Fernández Peña que me reconoció en el acto: "Escucha, me alcanzó a gritar entre dos tragos, —cuenta en la tierra que la temperancia de los chilenos es imposible, y que aquí se ríen de nuestro apostolado". Doré me advirtió que el sombrero de copa del doctor era monolítico y lo tenía apernado en el cráneo.

El cansancio nos agobiaba; pero el Poeta quería siempre seguir.

Contemplamos en seguida una larga fila de individuos con los ojos vendados que iban caminando por un sendero oscuro lleno de piedras. Tropezaban a cada paso y se golpeaban en forma cruel. Iban llenos de chichones.

—Esos son financistas de su país,—van en busca de la estabilidad de la moneda.

Gustavo Doré se manifestó resuelto a no caminar más. Yo aproveché de la pequeña vacilación de Alighieri que me estaba cargando ya suficientemente, para preguntarle:

—¿Y los corredores de comercio?

—¡Oh! esos no están en el limbo, sino en el infierno. Pero mira allá en el fondo esa gente a la cual le dan en las cabezas con calabazos vacíos: son clientes.

El poeta me miró después severamente y me dijo:

—Allí está tu sitio, junto con esos otros que han creído que se puede mejorar la Municipalidad de Santiago; se llama **el rincón de los estúpidos.** Tu suplicio será seguir permanentemente a una barredora... y respirarla.

Y yo caí desmayado "come un corpo morto cade"

La historia de la caida del Zar referida por él mismo

ABRIGÓ SOSPECHAS DE SUS MINISTROS DESDE EL TIEMPO DE LA GUERRA CON EL JAPON.— HABRIA ABDICADO SU DERECHO AL TRONO, ANTES DE SUBIR A EL SI HUBIESE SIDO DUEÑO DE SU VOLUNTAD, DICE NICOLAS ROMANOFF, PUES PREFERIA VIVIR CON UNA RENTA ANUAL DE 140,000 DOLARES.— EL AUTOCRATA PROCURABA EN VANO OBTENER DATOS PRECISOS ACERCA DE LA TENDENCIA POLITICA DEL DIA.— LOS VERDADEROS ACONTECIMIENTOS DE LOS TIEMPOS SE LE OCULTABAN AL MANDATARIO.— DESCONFIÓ DE STURMER DESDE EL PRINCIPIO Y HALLÓ QUE PROTOPOPOFF ERA UN REVOLTOSO.— RODEADO DE ENEMIGOS Y ENGOLFADO EN LA TRAICION, DECLARA EL EX-AUTOCRATA.— LAS MEMORIAS REVELAN LA GRAN INFLUENCIA DE LA CZARINA SOBRE LOS ACONTECIMIENTOS.

PREVIÓ SU DESTRONAMIENTO DESDE HACIA ALGUN TIEMPO.— SUS PARIENTES ERAN SUS MAS TERRIBLES ENEMIGOS Y LO ACONSEJABAN SIEMPRE MAL.—LLEGÓ HASTA PENSAR FUGARSE EN UN TREN O UN VAPOR. —SU UNICO AMIGO ERA EL DUQUE NICOLAS MICHAELOVICH.— EL DESACUERDO DE SU GOBIERNO CON EL PUEBLO SE TORNÓ DE POLITICO EN ECONOMICO.

LE PIDEN AUTORIZACION PARA ENVIAR A LA DUMA, CON LA CUAL MAS BIEN QUERIA RECONCILIARSE.— EL VICEPRESIDENTE DE LA DUMA, PROTOPOPOFF, ERA EL ELEMENTO DISCORDANTE.—SE ACUSÓ A SU ESPOSA DE HABER DEPOSITADO CONFIANZA EN EL.—SU HIJO OIA CONSTANTEMENTE MALDICIONES CONTRA LA MADRE.— TODOS SUS PARIENTES ODIABAN A SU ESPOSA HASTA QUE ESTA LLEGÓ A ODIARLOS TAMBIEN Y AL EJERCITO.— LAS INTRIGAS CONTRA EL ZAR AMINORARON LA SALUD DE SU ESPOSA.

Con ilustraciones fotográficas

Esta declaración del ex-Zar de Rusia apareció publicada en el organo del monasterio de Abalak de Tobolsk. Dice haber sido recogida por uno de los fieles partidarios del ex-Zar que aún continúa fiel durante la cautividad del monarca. El artículo se escribió en lengua tártara para ser publicado en Tobolsk pero se tradujo al ruso por Selakym Zyatt Khanov, ex-diputado de Zemstvost en el Cáucaso, tártaro musulmán que ha obtenido últimamente su libertad después de diez años de destierro en Siberia.

La naración del Zar es de interés extraordinario. Muestra al autócrata de todas las Rusias—mandatario por herencia de ciento sesenta millones de seres humanos— confesando sus errores, sin excusar nada, quejándose de su impotencia, describiéndose como un monarca oprimido bajo el peso de los engaños, del egoismo, de la traición de sus ministros,— precisamente aquellos en quienes más confiaba.

Defiende calurosamente a su esposa la Zarina a quien se ha culpado de muchas de sus desdichas.

La narración tiene todo el interés fascinador de una autobiografía del más grande de los mandatarios de la tierra, caído en desgracia.

Declaración del Zar destronado

He aceptado la generosa oferta del más santo de los prelados que presiden el monasterio de Tobolsk para relatar con toda

Gran duque Dimitri

verdad los acontecimientos que terminaron en mi abdicación del trono de Rusia.

Apunto estos hechos importantes que los futuros historiadores de Rusia estudiarán quizás.

Un monarca se halla completamente apartado de las relaciones con su pueblo si no las tiene por medio de los ministros en quienes deposita su confianza. Y mientras mayor sea la que deposita en ellos, menos llega a saber lo que está pasando entre sus súbditos.

Cierto es que tal monarca puede leer publicaciones, pero los periódicos de nuestra tierra rara vez expresan la opinión popular.

Engañado por sus ministros

No es aventurado decir que durante el período de malestar serio que siguió a los días finales de nuestra guerra con el Japón, so pretexto de que mis copias se editaban en papel especial de arroz, por espacio de casi tres meses fuí engañado y recibía y leía ediciones especiales de veinticinco y tantos periódicos rusos.

Durante este lapso de tiempo comencé a sospechar que mis ministros me engañaban, y se abrieron mis ojos con la lectura de periódicos extranjeros en los cuales veía noticias de Rusia misma, que mis ministros me habían ocultado.

Años atrás, durante una visita a Copenhaguen, mientras paseaba con uno de los grandes duques de la casa de Dinamarca, llegué a informarme que existía un serio desacuerdo entre el Rey de aquel país y su parlamento. Iba yo en compañía del Zarevitch; y la noticia me afectó tan hondamente que sentí malestar en el corazón y declaré que antes de ser monarca preferiría vivir como un caballero particular con una renta de ocho mil rublos (cuatro mil dólares).

Si no hubiese sido Zar

Si de mí hubiese dependido, habría abdicado mi derecho al trono antes de subir a él. Si hubiese tenido suficiente talento para ganar la vida para mi familia, creo quizá, que habría tenido suficiente fuerza de voluntad para buscarme una profesión menos desagradable.

En los días de mi niñez cuando recibía clases de Mr. Charles Heáth, mi querido tutor inglés, solía leerme a menudo trozos de "La Dama del Lago".

La escena que mayor impresión tuvo en mi mente fué aquella en que el Rey escocés descendió a caballo del castillo Sterling y sus súbditos al verlo le ovacionaron gritando: ',Viva el Rey de los Comunes, el Rey Jacobino".

Al terminar Mr. Heath de leer estas palabras, mi alma se sentía feliz. Deseé llegar a ser un rey como ese. Pero qué días tan trágicos me esperaban...!

Obligado a ser autócrata

En vez de ser designado Rey de los Comunes me ví obligado a tomar el horrible título de "El Emperador y Autócrata" y mi nombre se hizo sinónimo de tiranía, crueldad y brutalidad, odioso para mi propia alma.

A menudo repetía mi padre la historia de la Dama del Lago y hoy comprendo lo que quiso decirme con estas palabras: "Los autócratas deben gobernar con mano de hierro o abdicar".

Es cierto—no hay término medio.

Conservé en mi corazón y en mi mente las palabras de mi padre.

No podía gobernar con mano de hierro y he abdicado.

He suplicado al nuevo Gobierno del pueblo, que me permita pasar el resto de mi vida en Livadia, en una modesta quinta entre

los viñedos de Cremia, donde en un ambiente sencillo sería infinitamente feliz.

El pueblo no lo comprendió

Me rehusaron esta vida sencilla. Comprendo perfectamente sus razones. No se dejaron llevar por la falta de raciocinio o por espíritu de represalia. El nuevo Gobierno del pueblo conocía su propia historia mejor que lo que me conocía a mí mismo. La cruel y ruda historia les había enseñado que un monarca depuesto siempre trataría de recuperar su trono en la primera oportunidad. No me comprendieron; no les puedo culpar. Me conocían por mis ministros y éstos jamás me hicieron conocer tal cual soy.

La actitud de mis primos y tíos inmediatamente antes del día de los acontecimientos y después de él, me hiere más que nada. Hasta poco antes todos mis parientes trataban de enseñarme diariamente la manera de gobernar. Cuando comprendieron que yo había decidido no hacer caso de sus consejos y tratar de cooperar con mis súbditos, entonces formularon sus terribles acusaciones y calumnias contra mi esposa imputándole injustamente el cargo de ejercer influencia sobre mis actos políticos.

Mi esposa es mujer de alma tierna y bellísima, buena cristiana y no me avergüenzo de haberla consultado a menudo en asuntos de mucha dificultad.

La Zarina caricaturista

Mi esposa es caricaturista de algún talento y en cierta ocasión hizo de mí un retrato representándome como un niño de diez meses con barbas, rodeado por un sinnúmero de grandes duques tíos y grandes duquesas tías, todos los cuales trataban de apartar las numerosas cucharas que acercaban a mis labios.

Esta caricatura me agradó sobremanera y poco después en una recepción de la Corte la mostré con gran orgullo. Era una insinuación discreta de mi parte que yo participaba de la convicción de mi esposa en relación con mis parientes cercanos.

El odio de mis reales tíos, primas y tías data de este incidente.

Jamás vieron nada divertido en la tal caricatura, y mi augusto tío Paul Alexandrovitch me amonestó sobre permitir esas bromas desprovistas de dignidad. Recordé a mi tío que siempre me había disgustado la palabra dignidad. Le informé que en todas las Santas Escrituras no se mencionaba esa palabra ni una sola vez.

El incidente Rasputín

Tío Pablo salió de la recepción sin ceremonias. Tío Pablo jamás se siente feliz si no está amonestando o corriendo a palacio para pedir un favor especial para sí o para uno de sus hijos pródigos. Para complacerlo habría tenido que inmiscuirme en las funciones de las Cortes de Justicia o habría tenido que dejar sin efecto alguna sentencia dictada en toda justicia contra uno de sus asociados próximos.

Quiero declarar que si yo hubiese cultivado la amistad de mis parientes reales me habrían sostenido como falange real. Habrían hecho correr la sangre en las calles para defender a un trono en el cual sabían muy bien que yo no tenía menos interés que ellos. Me ha-

Miguel Michaelovitch, gran Duque

El gran Duque Nicolás

brían encerrado en uno de los palacios y habrían convocado el ejército y la armada en mi nombre. Habrían luchado por sus reales fueros con la sangre del pueblo ruso.

Fueron mis parientes reales los inventores del mito de ciertos sacerdotes de mala fama. Juro por mi más sagrado honor que jamás permití que el tal Rasputín se presentase ante mí. Afirmo también que jamás visitó el palacio con permiso mío o de mi esposa, ni con nuestro conocimiento y que mi esposa jamás mantuvo correspondencia con él ni le consultó nada sobre asunto alguno.

La historia de este sacerdote y de sus pretendidas visitas a palacio que aparecen publicadas en nuestros periódicos rusos, me afligen profundamente—y más aún a mi esposa. Nuestro sufrimiento mental es inmenso y no podríamos resistirlo si no nos viésemos consolados por nuestra fé inquebrantable.

El Gobierno confronta la crisis

Al finalizar el año de 1915, comenzaron a aparecer evidentes indicios de desintegración en nuestras organizaciones civiles y militares.

Aun cuando mis ministros estaban siempre presentando nuestros negocios políticos en forma prometedora, yo comencé a comprender que se aproximaba una terrible crisis. Pero en tanto que mi ansiedad y mi inquietud crecían, mis ministros no solamente laboraban secretamente sino que lograron hacer algunas tentativas con buen éxito para falsear los hechos y las condiciones en que se encontraba nuestra patria. El resultado natural fué que tal vez sin razón empecé a sospechar de ellos. De aquí resultaron frecuentes cambios en el gabinete hasta que descubrí que era imposible encontrar un ministro en quien depositar mi confianza.

Ya fuera este estado de mi ánimo o la natural tendencia a la mala fé por parte de mis ministros de confianza, el hecho es que los negocios de la patria iban de mal en peor hasta que había signos evidentes de un terrible peligro que se acercaba. Aun el pensar esto me hacía temblar.

Debo constatar también que a pesar de las quejas de los principales periódicos de Petrogrado, cada uno de los ministros que yo elegía perdía prontamente la confianza del pueblo. Los ministros liberales probaron ser tan egoístas y carecer de la confianza del pueblo lo mismo que los conservadores o retrógados.

Trata de consultar a sus primos

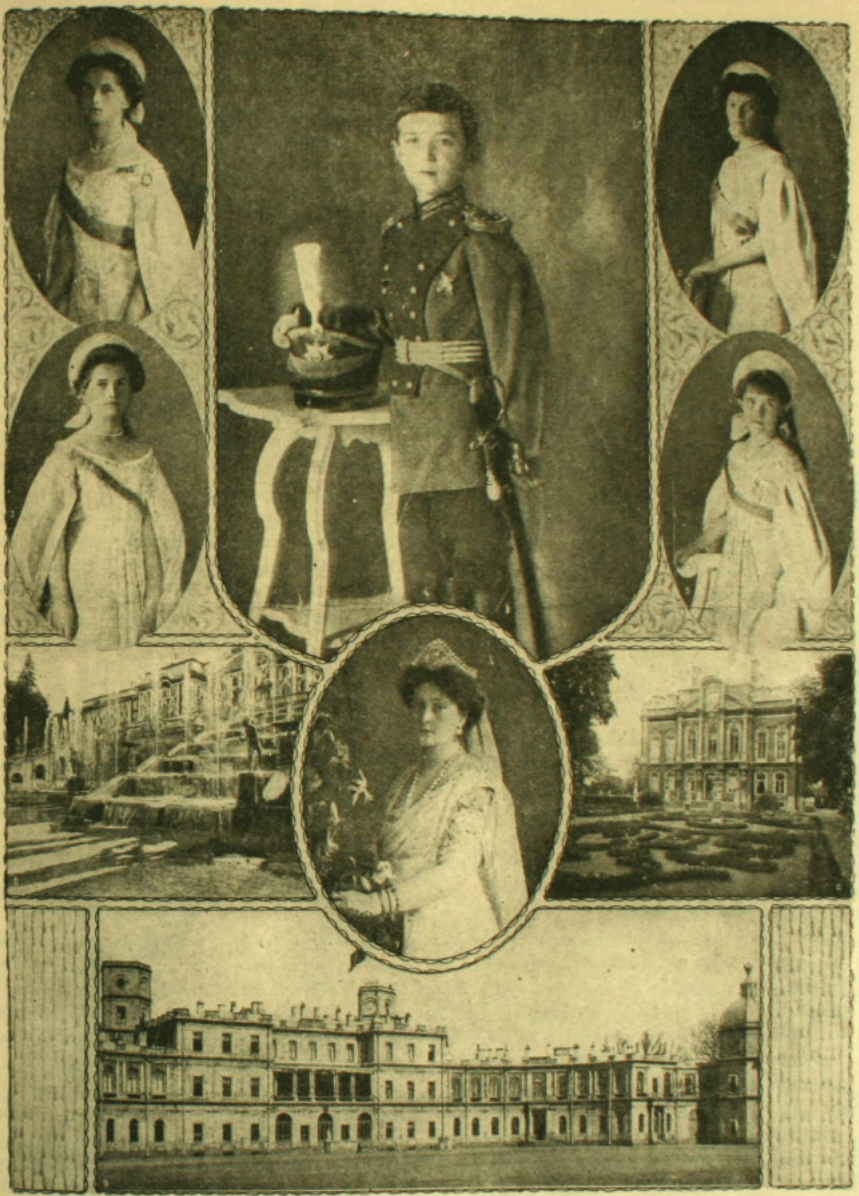
Por las enseñanzas de mi querido maestro inglés, Mr. Heath, sentía yo gran admiración por el sistema parlamentario británico. Pero a mi pesar descubrí pronto que los parlamentarios, no podían llevarse a la realidad por los reyes o autócratas; supe que eran la creación de los pueblos mismos.

Durante estos días de agonía, hice varias tentativas para consultar de mis tíos los grandes duques. Yo les propuse inspirar mis propósitos en un repentino e intenso patriotismo, propósito de servirme de ese nuevo cuerpo como instrumento de mi abdicación, que debería tener lugar seis meses después de terminada la guerra. Especialmente mi tío Pablo se indignó al escuchar esta proposición.

Mis tíos aseguraron que un rumor de abdicación en esos momentos o en cualquier tiempo, sería una señal para que el pueblo se levantara y se apoderara de sus tierras, sus rentas y sus privilegios. Grande fué mi sorpresa cuando ví que su primer pensamiento había sido el de su interés egoísta.

¿Qué podía yo hacer?

Cuán diferente era su modo de pensar en ese tiempo arrogantemente desde mi abdica-



La familia imperial rusa

ción. Han escrito en muchos de nuestros periódicos rusos, han llegado hasta asegurar que son los responsables directos de la revolución.

No es eso cierto.

Por lo que tocaba a la dinastía o a mi persona, no hubo revolución, y el levantamiento no iba dirigido contra mi persona.

General Ivanoff

La lucha ocurrió entre la policía y el pueblo, y aquella peleaba por lo que le era desconocido.

Algunos attachés de nuestros aliados me informaron ansiosamente que nuestro país se veía sometido al proceso de rápida desintegración y me suplicaron que la impidiera.

¿Cómo lo podía yo hacer?

Diariamente se me informó que la traición cundía en las filas civiles y militares; que los trenes de municiones iban en dirección opuesta a la línea de fuego; que se enviaban proyectiles de calibre equivocado para los cañones pesados; que los trenes de provisiones se veían detenidos en el interior, y que nuestros ferrocarriles se encontraban atestados por traición o por incapacidad.

¿Qué podía yo hacer?

Me rodeé de nuevos ministros. Cada vez el cambio daba un resultado opuesto a mis deseos, hasta que llegué a desear poder conducir un tren o un barco o perderme.

Iniciamos la guerra con corto aviso y sin suficiente preparación. Sólo teníamos una pequeña cantidad de municiones acumuladas en nuestros arsenales. Al cabo de algunos encuentros comenzó a notarse nuestra falta de municiones y se hizo necesario remover al general Sukhoflinoff del Ministerio de la Guerra en junio de 1915.

La disputa se tornó económica

M. Goremykin aunque hombre de capacidades y sinceridad, era de menor confianza y hasta llegó a demostrarse reaccionario. Adoptó una política de reñir con la Duma sin mi conocimiento y basándose en la autoridad de un documento falso.

M. Krivosheinm, Ministro de Agricultura, que era de mucho valer e irreemplazable, fué el primero en renunciar y yo tuve que despedir a M. Gohmykin en Enero de 1916.

Hasta esa época, el desacuerdo entre mi gobierno y los representantes del pueblo había sido principalmente de carácter político, pero desde Enero de 1916 la riña se tornó política y económica.

Entre todos mis parientes reales se abstenían de aconsejarme. Una sola excepción había entre ellos: el Gran Duque Nicolás Michailovitch me aconsejó sincera, desinteresada y patrióticamente. Siento muchísimo tener que confesar que no oí su consejo porque había aprendido a sospechar de los motivos de mis parientes.

Antes de nombrar a M. Stuermer, Jefe del Gabinete, vacilé y consulté el punto. En cierta ocasión pensé seriamente en llamar a un jefe liberal para que ocupara la presidencia del Gabinete, pero fuí amenazado por mis parientes reales de mayor influencia, con la disolución inmediata de mi gobierno.

Desea la armonía con la Duma

Personalmente no me gustaba Stuermer, pero me constaba que era hombre de capacidades. Antes de llamarle a presidir el Gabinete, puse por condición que reuniría la Duma inmediatamente y le hablaría al Parlamento mismo asegurándole mi ardiente cooperación.

También puse por condición que en ningún caso se permitiría a Stuermer amenazar con disolver la Duma. Le informé que había resuelto castigar severamente al primer Presidente de Gabinete que se permitiera disolver el Parlamento sin mi decreto escrito.

Le dije que tratara en cuanto estuviera de su parte de estar en armonía con la mayoría de la Duma. Había decidido yo que si se producía una crisis que exigiera escoger entre los deseos de la Duma y los de mi gobierno despidiría sin vacilaciones al último.

Se reorganizan las fuerzas

Con la sabia cooperación de los generales Polivanov y Shuvaiev, M. Stuermer reorganizó nuestros ejércitos tan eficazmente que a

Gran Duquesa Olga, la hija mayor del Czar.

Gran Duquesa Tatiana, segunda hija.

Gran Duquesa María

El Gran duque Alexis, el único hijo del Czar.

Gran Duquesa Anastasia, la hija más joven.

mediados de 1916 nuevamente marchaban victoriosos contra los austriacos, pero la intervención rumana vino a cambiar la situación una vez más.

Quiero dejar constancia de que M. Stuermer había estado luchando desde el principio con grandes obstáculos. Siempre sospechaba yo de su carácter político. Su nombre aumentó la desconfianza implícita que mi esposa puso en Stuermer, se utilizaba contra mi gobierno por sus adversarios. Los periódicos rusos dan signos inequívocos de inquietud y de disgusto contra mi gobierno representado por Stuermer.

Traté de estudiar los deseos de la Duma, pero aparte de descubrir que mi gobierno disfrutaba de su confianza, me fué imposible averiguar en quién tenía puesta su fe. La oposición era incoherente.

El pueblo lloraba como un niño

Con gusto habría ofrecido la presidencia del Gabinete a un socialista demócrata, si me hubiera convencido que tendría el apoyo y la confianza del pueblo.

El pueblo ruso, tal como lo representaba la Duma, expresaba a voces el nombre de aquellos a quienes no quería, pero jamás el de las personas que deseaba ni los principios que quería poner en práctica. El pueblo moscovita procedía como un niño a quien molesta un dolor durante la noche: que llora sin cesar pero que aparta de sí todo remedio que se le ofrezca.

Trepoff, nombrado Primer Ministro

Ya estaba buscándole sucesor cuando el memorable discurso de Miliukoff en la Duma que atacaba mi gobierno tal como lo representaba M. Stuermer y también a mi esposa. Después de este discurso, M. Stuermer me rogaba insistentemente que lo facultara para enviar a paseo a la Duma y me aseguraba que en algunas semanas la agitación contra él se disolvería.

Inmediatamente le exigí su dimisión y nombré Primer Ministro a M. Trepoff, hábil especialista en el ramo de ferrocarriles.

Como la mayor parte de la desorganización de Rusia se debía al defectuoso sistema de transportes, estimé los servicios de gran valor. Era persona honrada y veraz. Pero también resultó incompetente para el cargo Seis semanas después de su nombramiento tuvo que renunciar sin haber hecho reconciliación sincera entre mi gobierno y la Duma, aun cuando su precio fuese conceder al pueblo una constitución moderada. Sospeché en el Príncipe Golitzehn tendencias plutocráticas, pero tenía gran fe en su patriotismo e hice llamamiento a ese mismo patriotismo para que emprendiera la difícil tarea de reorganizar las enmarañadas cuestiones internas del país.

Continúan mal los negocios

La suerte de la guerra dependía ahora de la completa reorganización de nuestros asuntos internos tanto políticos como industriales.

El príncipe Goritzen me empeñó su palabra prometiéndome que andaría más de la mitad del camino para ofrecer la mano a sus adversarios políticos. Quedé convencido de que al fin había hallado un Primer Ministro honrado, cuando otra vez comenzaron a descomponerse los negocios del Estado.

Esta vez descubrí que era Protopopoff el elemento discordante. Protopopoff, Vice-Presidente de la Duma y liberal profeso, había sido llamado por mí al puesto de Ministro de Interior bajo la Presidencia del Príncipe Golitzen.

Quien podía culparme por haberlo escogido.

Al formar el Gabinete Golitzen juzgué que estaba formando un ministerio mixto cuando escogí al liberal Protopopoff. Muy poco tiempo antes había estado en Londres a la cabeza de una delegación parlamentaria rusa. Había pronunciado discursos en la capital de nuestra aliada y, como persona delegada para fortalecer los lazos de amistad entre Rusia e Inglaterra, era natural que yo lo escogiese para Ministro del Interior.

¿Cómo podía yo saber?

Una vez más las malas artes de este liberal renegado despertaron las protestas de los adversarios de mi gobierno que acusaban a mi esposa de tener su confianza depositada en él. ¿Por qué culpaban a mi esposa de la falta de honradez política de Protopopoff?

¿No era este señor Vice-Presidente de la Duma?

¿No tenía nuestra aliada Inglaterra gran confianza en él? Sólo desde mi abdicación he llegado a saber que Protopopoff, al regresar a Rusia, durante su permanencia en la capital sueca, había tenido conferencias con políticos y financistas alemanes y había vendido su alma por un puñado de oro.

¿Cómo podía yo saberlo?

Ni los enemigos de Protopopoff lo sabían entonces.

Mientras tanto, yo dividía mi tiempo constantemente entre la capital y el cuartel general del ejército.

Existía en el Imperio gran disgusto contra mi gobierno. Mayor aún era el que existía entre las filas del ejército. La dureza de los generales en el frente aumentaba la tensión que yo temía.

Burlado por las tropas

Por todas partes se notaban síntomas inequívocos de levantamiento sedicioso; sólo mis generales no los veían.

Puedo relatar un incidente que demuestra el estado de ánimo de mis soldados.

Cierta mañana en Junio hacía una visita de inspección acompañado solamente por dos oficiales de la guardia. Al pasar cerca a un grupo de soldados que conversaban entre sí los saludé. Viendo que su Emperador se había dirigido a ellos, pusiéronse de pie. Después de algunas observaciones de mi parte, me aparté con ánimo de visitar otro grupo cuando de repente se mofaron de mí.

Los dos oficiales que me acompañaban se enfurecieron. Pero yo estaba demasiado triste para enojarme. Ordené a mis guardias que citaran al cuartel general a los jefes del grupo de soldados que se habían mofado de Emperador. Calculé que había casi cincuenta soldados en el grupo.

Dos horas después dos soldados me fueron presentados. Al interrogarles me informaron que uno de cada cinco soldados del grupo había sido fusilado.

Apremiados para que expresaran el motivo de su insulto a mi persona, contestaban que ignoraban que yo fuese el Emperador, pero que sentían antipatía general por el Zar.

"Disciplina" es brutal tiranía

Me afligió saber que era objeto de antipatía general hasta de parte de hombres que

El ex-Emperador Nicolás II rodeado de su Estado Mayor.

no podían dar una razón fundada de su sentimiento. Me sentí enojado también de que se hubiera aplicado una disciplina tan severa a los soldados por causa mía.

Despedí al oficial que había aplicado una medida tan cruel, pero más tarde presentóseme un grupo amenazador de oficiales de alta graduación, quienes me dijeron de manera precisa y terminante que el oficial despedido no tenía reemplazo.

Comencé a ver que la disciplina era un vocablo muy conveniente para la tiranía brutal y que mientras que un oficial tenía derecho de dar muerte a diez soldados por haberse mofado de su Emperador, el Emperador mismo no podía permitirse la aplicación de la disciplina.

Entraba en mis funciones intervenir constantemente como pacificador en Petrogrado entre el pueblo y los reaccionarios, y en el campo, entre la soldadesca y sus rudos disciplinarios.

El Zarevitch oye maldiciones contra su madre

Con frecuencia llevé a mi niño conmigo al frente de guerra y a menudo se reunía con los soldados.

Cierto día volvió a mí después de una ausencia de casi tres horas llorando, y se quejó de haber oído soldados que maldecían el nombre de su madre. Quedé turbado, pues no podía explicarme el motivo por qué muchos rusos, desde el comienzo de la guerra habían sido enseñados a odiar a la Zarina.

Era exactamente igual al caso de los soldados que se habían mofado de mí. Cuando un pueblo sufre, a causa de las faltas de un sistema, aborrece a aquellos que lo personifican. De este modo el "Zar" resultaba culpable de las faltas nacionales y de los defectos raciales del pueblo mismo, mientras mis adversarios creaban una sombra negra imaginaria en acecho detrás del trono.

No es ocioso hoy, para mí, indicar los hechos que causaron este odio entre mi esposa y la gran mayoría del pueblo ruso, principalmente desde que comenzó la guerra. Debo reconocer asimismo que el odio es mutuo y que la guerra ha venido a acrecentarlo hasta un punto gravísimo.

Relato los hechos a fin de que el historiador comprenda la situación y sea juez entre mi esposa y sus acusadores.

En 1894, cuando mi esposa llegó a Petrogrado, extraña a Rusia, a sus costumbres y a su lengua, mis parientes reales inmediatamente declararon que no era persona grata.

Veintidós años solamente contaba mi esposa entonces, y como lo saben todos los rusos, hizo todos los esfuerzos posibles para hacerse rusa, aprender el idioma y hacer de Rusia su patria.

Cada una de sus fuerzas halló resistencia. Mis parientes reales gozaban en desairarla siempre que se presentaba la oportunidad. Ni una semana pasó sin que fuera yo llamado a consolarla y aliviarla a causa de los desprecios de mis parientes. Lamento profundamente declarar que en esta campaña de persecución, mi propia madre asumió el puesto más importante.

Como es natural, este tratamiento confinó a mi esposa a un terrible aislamiento. Era cosa corriente para mí hallarla llorando como una niña.

Los parientes escogen sucesor

Al morir mi hermano Jorge en 1899, y como en ese tiempo no tenía yo sucesor masculino, sucedió una nueva causa de pesar para mi esposa, y fué la convicción que diariamente hacían más intensa de los actos de mis parientes reales.

Mi primo real, el Gran Duque Miguel, hijo de Alejandro III era el favorito de todos mis parientes.

Mis tíos Pablo y Nicolás, en más de una ocasión me propusieron seriamente que hiciera el nombramiento formal de mi primo Miguel como heredero legal del trono.

Para hacer justicia, sin embargo, a mi querido primo el Gran Duque Miguel, debo declarar aquí que él mismo no forma parte de esta conspiración.

Al saber que se hallaba por encima de estas intrigas de menor cuantía, el ejército de mis parientes reales escogió otros candidatos a discreción.

Aunque carecía de importancia intrínseca, sin embargo estas constantes intrigas reales causaron a mi esposa una tensión de nervios permanente, hasta llegar a temer que se atentara contra mi persona o que tratasen de declararme en estado de incapacidad mental y física.

Las intrigas arruinan la salud de la esposa

Anécdotas tristísimas sobre mis extrañas afecciones se hacían circular sistemáticamente. Los periódicos fuera de Rusia relataban

con libertad historietas sobre mis peculiaridades mentales.

Los insultos del círculo real de mi corte; el temor de que a causa de ambiciones dinásticas mi vida estuviese siempre en peligro en manos de mis parientes y el temor de que el trono fuese heredado por alguno que no fuera de su descendencia; todas estas cosas y otras molestias de menor importancia causaron la enfermedad moral de mi esposa.

Poco a poco aprendió a odiar a mis parientes. No hallaba cosa alguna digna de su afecto en mi país.

Con frecuencia me lo confesaba llorando. Bañada en llanto, y a veces gritando, solía pasearse hora tras hora.

¿Quién puede culparme si llegué a suspirar por el día en que pudiera abdicar un puesto que sólo me causaba agonías indescriptibles, que lanzaba a mi esposa al borde de la locura y que ningún bien realizaba para el pueblo?

Desde el día en que mi esposa llegó a Petrogrado, los amigos de Alemania acusaron a mi esposa de ser adicta a Inglaterra, mientras otros la acusaban de deslealtad echándole en cara sus lazos de sangre con los que hoy son nuestros enemigos.

En cierta ocasión mi esposa, poco antes del nacimiento de mi hijo, me propuso seriamente que abdicase, que abandonara a Rusia y nos fuésemos a vivir a otro país. Cómo lamento hoy no haber seguido su consejo y haber impedido así muchos años de infelicidad que han pasado y otros de mayores desgracias que quizá me esperan.

El general Alexeiev, quien fué general en jefe de las fuerzas moscovitas acompañado de Kerensky.

GRANOS DE ARENA

(TROZOS DE CARTAS)

Por

Ernesto Montenegro

El individuo que se figura tener una personalidad definida, inconfundible, y como usted quiera caracterizarla, será él mismo el único que la aprecie así. En la pobre relatividad de los hechos, X resultará un sujeto triple, por lo menos. Primero, estará el hombre como él cree entenderse, si es posible que se entienda una criatura que ni siquiera está capacitada para conocer el timbre de su propia voz. En seguida tendremos al señor ése tal como sus conocidos lo juzgan colectivamente: juego de gatos enguantados que disimulan el zarpazo con suavidades de caricia, y al que más de un autor imprudente quisiera asistir con la vena tragi-cómica de quien desearía presenciar sus propios funerales. Y por último, ese sujeto tendrá la personalidad que los demás le conceden en su fuero íntimo, acaso, ¿por qué no? la más verdadera de todas, porque lo pinta sin los retoques de una enfermiza benevolencia para consigo y sin los rasgos caricaturescos que la envidia o el interés de los demás pone en los juicios públicos dejándole al fin como un hombre desnudo frente a un estanque sereno y solitario.

"El Señor Don... está enfermo de gravedad", apuntan por lo menos una vez al día nuestros cronistas sociales. ¡De gravedad! Gravemente enfermo de gravedad, así sin pleonasmo. Entre muchos he conocido bien a un hombrecito, de quien no podría decirse que era un joven, pues desde los quince años no hacía más que envejecer a fuerza de poner cara meditabunda y una fisonomía tan austera, que mantenía en constante deserción los pelos que todavía montaban guardia detrás de una frente enorme: no por cierto el producto de un cultivo intensivo de la inteligencia, sino de la esterilidad natural del yermo.

Tenía aún muy pocos años y no era rico, cuando todo el mundo le llamaba Don Fulano. Era circunspecto, práctico, y en política, liberal moderado. En los exámenes finales, su preceptor le había puesto la mano en la cabeza: Tú llegarás, fué la profecía murmurada con lágrimas en los ojos por aquel pobre diablo condenado a la miseria heroica.

Nuestro futuro prohombre lee moderadamente. Prefiere la literatura clásica, aunque en el fondo le deja tan frío como la otra, y le escandaliza mucho más. Le gusta detenerse, apenas un momento, ante una pintura de género, pero ha declarado feos los apuntes impresionistas. Sin embargo, nada le "desazona" tanto (no es capaz de indignarse) como un amigo tío, hombre terriblemente serio en sus impulsos de rabia como de broma. Este buen muchacho que muestra los paños o se dispara en cabriolas, según sea su humor del momento, le parece al hombre grave un instrumento desafinado en el "concierto social", como él dice.

Porque mi nombre se produce en sentencias normales, como las de un profesor o un gacetillero periodístico, salvo la moderación imperturbable de opiniones. Seguramente no cree en nada, porque una religión inquietaría su conciencia; pero se muestra de una indiferencia altamente respetuosa. Tampoco le inquietan las cosas de amor, el ansia de hallar el alma gemela, de satisfacer la eterna sed de que hablan los poetas; él, por su parte, se casó con una muchacha fea, que por accidente tenía un padre rico y viejo. Por último, no debe olvidarse que el hombre grave forma en esa masonería tácita que no admira nada, que nada condena y que aquilata cada una de sus opiniones con un discreto explicativo: "Es decir..."

No nos dejemos engañar por el hombre modesto. Su humildad y su retraimiento están hechos de orgullo y menosprecio de los de-

más, como ocurre con esos cristianos que se califican de viles criaturas y se creen sin embargo imágenes de Dios. Yo he visto desplegarse en abanico la vanidad de ciertos grandes de la política, del arte y con más frecuencia: de la erudición. Un diplomático me contaba de buenas a primeras sus triunfos más secretos, y, cosa lamentable, hacía contrastar su actitud a costa de su antecesor ya muerto. ¿No es esto la más humilde de las modestias? y ese señor que se pintaba en posturas heroicas ante el individuo que pasa, no estima mucho más el juicio de los otros que su propia apreciación?

El encanto de los niños proviene de su candorosidad; lo mismo que hace el ridículo en el hombre. Las tonterías infantiles nos parecen cosa amable porque no están hinchadas con la pretensión solemne de que las viste el político, el erudito o el hombre cualquiera que no se satisface con monologar consigo mismo...

"Este hombre se precia de sincero" decimos de alguien que muestra el valor de sus opiniones, que les concede bastante importancia para expresárselas a los demás, o que tiene a los otros en bastante estima como para dárselas a saber. Y bien, ¿cuál es su sinceridad? Se puede expresar con libertad lo que se siente en cualquier momento, y traicionarse a uno mismo. Un amigo mío, excelente sujeto, aunque más impulsivo que sincero, suele condenar como hipocresía lo que no es más que reserva. Su impresionabilidad, no su juicio, le juega esas pasadas. En pocas palabras, llega un día en que uno descubre que no es el más dócil a la expresión de sus sentimientos el que refleja mejor lo íntimo del sentir.

La amistad como el amor y aun como el arte, no se manifiesta bien sino en la intimidad de dos. Dos amigos que cambian confidencias, se reconocen en sí mismos y recobran su sonrisa alerta de ironía apenas ven acercarse a un tercero, como se disimularían bajo las ropas dos amantes que fueran sorprendidos desnudos. Así en la producción artística, en que necesitan quedar a solas la idea y el recuerdo, para no perturbar el avance claudicante de la producción; así en la hora de las confesiones en que tiramos el gesto de la sonrisa satisfecha para reconocernos con nuestros desengaños, nuestras dudas y nuestras esperanzas pueriles.

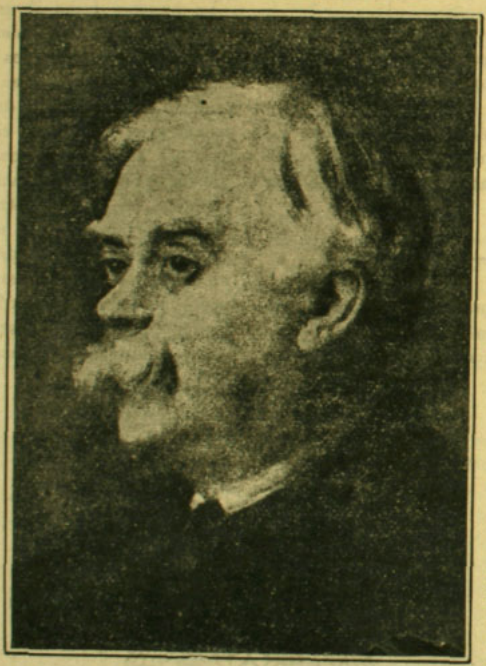
N. Y., 1917.

LEON BLOY

Por

E. Diez Canedo

Entre 1846 y 1917, la vida de León Bloy, nacido en Périgueux y muerto en Bourg-la-Reine, últimamente, no es más que pobreza, cólera y oración. Desaparece, con este escritor que acaba de morir, una de las figuras más singulares de la literatura francesa de hoy. Era un hombre excepcional, puesto al margen de escuelas y tendencias, suscitador de odios, voluntariamente olvidado y desconocido por la generalidad de los críticos, de las revistas, de los periódicos y de sus compañeros de letras, pero sólido y fuerte en su aislamiento, como si hasta el último instante se encargara de dar realidad corpórea a la famosa frase de Ibsen.



León Bloy

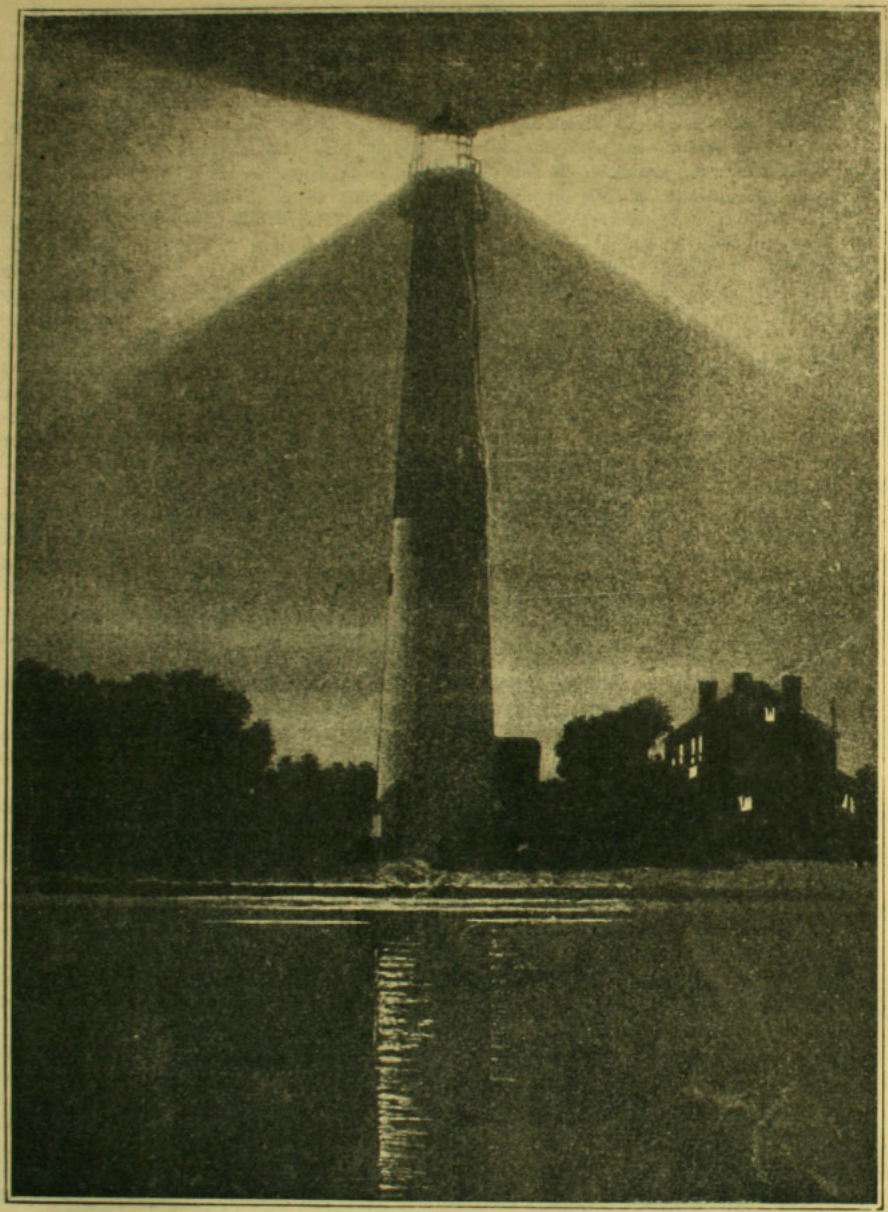
Al dedicar una selección de páginas de sus obras a Juana, su mujer, escribía León Bloy: "¿A quién dedicar esta colección sino a la buenísima y queridísima sin la cual estaría yo muerto hace mucho, a la que me quiso porque hablaba de Dios y se casó conmigo porque le dijeron, desde el primer día, que yo era un mendigo?" He aquí un buen retrato de Bloy, esta ternura doméstica de león del desierto, no deja de acompañar nunca a los rugidos iracundos que lanza. Si habla de su mujer, o de sus hijas, Magdalena y Verónica, o de sus raros amigos, logrados en la tribulación, sus palabras se vuelven armonía y suavidad. Estos cariños y unas cuantas admiraciones, la de Ernesto d'Aurevilly, su primer prologuista, la de Ernesto Hello, la de Verlaine, y las frases de alabanza que entre sus párrafos dedica a Carlos Luis Philippe, a Juan Rictus, a otros raros escritores, son la sonrisa de sus libros. Por encima están sus admiraciones fundamentales, la de Cristóbal Colón, "Revelador del Globo", la de Napoleón, "el proyectil de Dios", el culto a Juana de Arco... Más alta todavía su devoción por "la que llora", por Nuestra Señora de la Salette... Y, por encima de todo, un Dios terrible y apocalíptico a quien se acerca como un cristiano de los tiempos primitivos y cuya faz vislumbra entre los relámpagos y truenos como un profeta hebraico.

Desde 1892, podemos seguir día por día la existencia de León Bloy gracias a los tomos de su diario que comenzó con el que lleva por título "El mendigo ingrato" (1898) y el último de los cuales se titula "En el umbral del Apocalipsis" (1916). Los tomos intermedios "Mi diario", "Cuatro años de cautiverio en Cochons-sur-Marne", "El Invendible", "El Viejo de la

Montaña" y "El Peregrino de lo Absoluto", tienen, por lo general, títulos característicos. Abundan en ellos los gritos lamentables de pobreza, como estos (15 Diciembre 1903) "Otra vez sin lo precioso para dar de comer a las criaturas. Franqueo de una carta necesaria, 30 céntimos, sangría en mitad de la carótida, oleada de sangre!" 30 Diciembre 1902) "Llevé la lámpara a un rincón obscuro. De repente, con la luz, ví en una tablilla un montoncito de cuartos dejados allí y olvidados por completo. "Hay 25 céntimos". Es como si Jesús me dijera:—Esto es todo lo que puedo en este momento.. ¡Paciencia y valor! No te irrites contra mí. Estoy crucificado..." (24 Febrero 1903) "Martes de Carnaval. Juana vuelve de la Iglesia:—Para recordar a Jesús nuestra extremada creencia de todo, le decía yo: Dadme lo que haya en vuestra Mano, abrid vuestra Mano. Entonces El abrió SU MANO y "ví que la tenía atravesada!"—. No he encontrado nada más hermoso en ningún escritor místico". Contestando a una información literaria, decía Bloy: "Todo libro en que no se habla del pobre, en que no se tiene en cuenta al pobre, es digno de un escupitajo". La frase, en su rudeza, es de las más suaves de Bloy. Cuando habla de un enemigo, de un escritor venal, de un impío, insulta, atormenta el vocabualrio para dar con la expresión más dura, con la palabra más soez, para tirársela a la cara. A nadie respeta. En "Las últimas columnas de la Iglesia" Bourget, Coppée, Brunetiére. Huysmans, el Padre Didon (a quien llama el R. P. Judas) reciben de su mano los azotes que arrojaron a los mercaderes del templo. A uno de estos escritores se le llama el "Anus Dei"; uno de sus libros, el que explica su conversión, es "una lavativa bien devuelta"; sus artículos semanales son "el boletín hebdomadario de su impotencia". Obispos, como Mons, Amette. Papas, como León XIII, son tratados de manera semejante. He aquí la oración fúnebre de Rodolfo Salis, el fundador del famoso "Chat Noir", en cuyo periódico empezó a escribir Bloy: (22 Marzo 1897) "Sé que ha muerto Rodolfo Salís, el que tragó sables literarios y artísticos, el triste rodomonte que a Dios plugo poner en el comienzo de mis escrituras, como paternal aviso de la inanidad de de esta terrible labor. El "Cabaretier gentilhomme" que yo inventé, enriquecido a expensas de cuarenta artistas pobres explotados por él, ha ido a reventar miserablemente a orillas de un escupitajo, sin haber podido gozar ni una hora de su opulencia. Tengo la sensación de algo maldito que se derrumba detrás de mí" ¡Con qué saña habló de Zola, de Mendés, de tantos otros! Aun elogiarle era un peligro; siempre hallaba la estupidez, la torpeza, la mezquindad ocultas detrás del elogio. Y con todo esto, su vida, de una desnudez, de una pureza y de una dignidad inconmovibles, fortalecida por la comunión diaria, templada constantemente en la oración, era admirable para cuantos se aproximaban a él. William Ritter, con frase que recogió Rubén Darío, le llamó el "Verdugo de la literatura contemporánea". En efecto, sus agresiones no eran, en intención, más que justicia. Cierto que los más de sus ataques, por su propia violencia, dejan indemne a la víctima y en nada son capaces de rebajar nuestra admiración; pero todos levantan ronchа, y casi todos, desde su punto de vista, son justos.

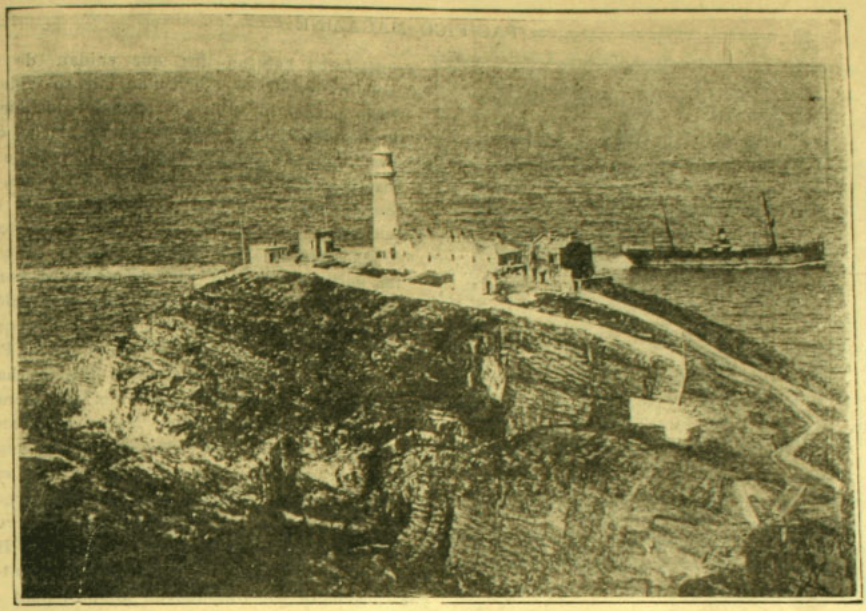
La admiración futura ha de ir a León Bloy, cuando se curen los verdugones, por su frase robusta, por su estilo tan personal, tan potente. Y se buscarán también entre sus libros obras como "La mujer pobre" novela de arrebatadora intensidad, su aguda "Exégesis de los lugares comunes", "La sangre del pobre", "La salvación por los Judíos", "el libro que más glorifica al pueblo de que salió Jesucristo, y el que menos le ha costado", o, en estos tiempos de guerra, los relatos de "Sudor de sangre", nuevamente editados hace poco, y en que revive, en todo su horror, la campaña del 70 que Bloy hizo como soldado.

Mas, por ahora, la imagen que del formidable escritor nos queda, es la de cierta fotografía que acompaña a la nueva edición de "El Desesperado", otra novela autobiográfica, que es de sus obras primeras. Se titula "León Bloy ante los cerdos" y data de 1911. En el campo, León Bloy, de espaldas contra una tapia, mira tranquilamente, con las manos en los bolsillos, a unos lucidos cerdos que, vueltos hacia él, hozan, agachando la cabeza: así quiso el "mendigo ingrato" representar su actitud frente a la literatura de su tiempo.



UNA LUZ AMIGA PARA EL MARINO QUE SURCA LA INMENSIDAD DEL OCEANO

En la oscuridad de la nocne, cuando el firmamento ennegrecido le niega al navegante los destellos de las múltiples estrellas que pudieran guiar su frágil buque hacia el seguro puerto, cuando las tinieblas añaden al furor de las olas un peligro que difícilmente puede desafiar el hombre, en esa lucha abierta contra los elementos, en ese audaz intento de vencer cuanto obstáculo parece ponerle la Naturaleza, divísase en lontananza un reflejo, la luz del faro, que en medio de penalidades, arriesgando vidas y millones ha conseguido levantar el ingenio humano y que la abnegación de sus guardas mantiene en servicio, sea cual fuere el estado del tiempo, para alumbrar la ruta que llevará a la nave al fondeade ro o para prevenirle contra el traidor arrecife que oculto bajo las aguas acecha de continuo a su incauta presa.



Cual Atalaya de imponente fortaleza domina este faro el mar en muchas millas. Esta torre se halla en Holyhead y se le conoce con el nombre de Faro de Southstack. Los guardianes ocupan bien construídas viviendas que se aprovisionan desde tierra, sin retrasos ni contratiempos, lo que no es cosa común en la mayoría de los faros.

La vida de los guarda faro

Por

E. Batlle y Alvarez

Con ilustraciones fotográficas

Cuanto se relaciona con el mar es solemne y misterioso. Es un abismo lleno de promesas y perfidias, de encantos y de terror. Parece que separa, y, en realidad, une los continentes; parece que amenaza de muerte a la tierra, y, en realidad, es su gran elemento de vida.

Se diría que el espíritu del mal inventó los bancos y los arrecifes, y que la Providencia inventó el faro para rectificar la obra demoníaca. El faro es el ojo de la Providencia. Ojo luminoso que rasga a muchas millas de distancia las tinieblas, no para ver, sino para ser visto, para prevenir y para guiar.

Todos los que hemos viajado recordamos como una de las más gratas emociones las provocadas por la vista de un faro, después de largos días de navegación, porque es el anuncio de la cercanía de la tierra, en ocasiones de la proximidad del puerto en que ha de terminar la travesía. Por duro que sea el tiempo, o por grata que sea la ocupación en el salón de fumar, en el de tertulia o en el comedor, apenas se oye anunciar la aparición de la luz de un faro, todos los pasajeros se precipitan sobre la cubierta para indagar el horizonte y descubrirlo y señalarlo, con demostraciones de alegría. Allí hay quien vigila mientras nosotros navega-

EL FARO DE ROBN REEF.

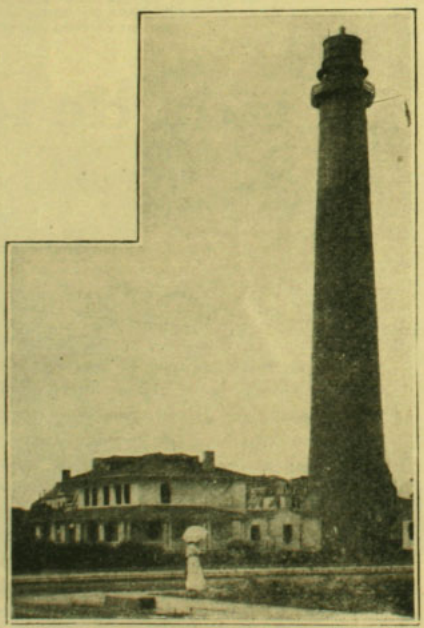
Levantado sobre un peligroso arrecife, es considerado como de los más solitarios de cuantos existen en los Estados Unidos.

mos sin cuidado; allí hay quien vela mientras nosotros dormimos tranquilos. Esto es más que un consuelo, una seguridad.

A veces, en uno de esos pequeños cayos que no figuran en los mapas y sólo están señalados en las cartas de navegación, vemos erigirse la torre del faro, como un centinela que nos grita: "¡Alerta!" Entonces las emociones que despierta en nuestro espíritu, no son de alegría, sino de gratitud envuelta en profunda melancolía, porque no podemos menos que pensar en la situación del hombre o de los hombres que se encuentran encerrados en tan breve espacio, en un aislamiento absoluto, siendo los grandes reclusos de la vida, más aún que los Cartujos, que viven en comunidad; más aún que los presidiarios confinados en celdas solitarias, porque siguen en contacto con el mundo exterior por medio del guardián que les lleva el alimento cotidiano, pues si no lo ven, al menos lo oyen.

Y yo me pregunto, al llegar aquí, ¿cuál de las dos condiciones es más dura, si la del guarda-faro que se encuentra a muchas millas de distancia de la costa, o la del que habita una torre cercana al puerto?

Cerca del puerto de Nueva York, por ejemplo, existen varios faros para guiar a los buques de entrada, a fin de que tomen los canales que conducen a los grandes muelles de la metrópolis. En esas torres o buques-faros habitan los que cuidan de su alumbrado, desde ese confinamiento voluntario pueden percibir el reflejo de las luces de la gran ciudad; reverberaciones de las calles animadas por el gentío que se dirige a los teatros y demás lugares de diversión, o que regresa a su hogar; manifestaciones de la vida en movimiento, del movimiento combinado, combinación que es la suma de miles de factores. Me parece que estos hombres, que están en contacto con la tentación permanente, deben sufrir más que los que se hallan a mucha distancia de la playa. Pero después considero que estos últimos han de sufrir grandemente cada vez que miran acercarse un barco, pasar cerca del faro, alejarse hasta perderse en el horizonte, como si se les arrancara una esperanza, y creo entonces que esa tentación intermitente es peor que la constante. Y me pregunto otra vez ¿cuál de los dos casos es el más duro? He estudiado el punto y puedo contestar categóricamente que ninguno de los dos, pues el guardafaros vive en su torre como el pelí-



UN FARO EN "TIERRA FIRME"

Así llaman los guardafaros a las torres construídas en la costa, para distinguirlas de las que se hallan alejadas de la orilla o sobre isletas. Esta queda en la conocida playa veraniega de Atlantic City.

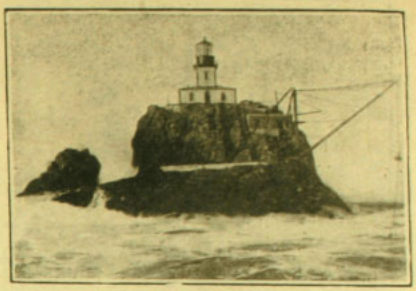
cano en su farallón. Cuestión de costumbre y de carácter.

Cuando la guarda de un faro está confiada a dos hombres, cada uno de ellos tiene derecho a seis días de licencia al mes, no continuos, pues no sería prudente dejar a un hombre solo durante tan largo tiempo, tratándose de una faena que exige constante vigilancia y por eso durante el invierno cuando los temporales son más frecuentes y más abundan las nieblas, transcurren varias semanas sin que ninguno de los dos guarda-faros use de ese privilegio.

No hace mucho tiempo, uno de los guarda-faros de Roamer Shoals, permaneció por espacio de dos semanas aislado y solo en su torre. Hay dos guardianes. Uno de ellos, haciendo uso de su licencia, se alejó del faro en una mañana de invierno. Su compañero le vió zarpar en la frágil barquilla, remando hacia Nueva York, y empezó a contar las horas de los dos días en que quedaba condenado a la soledad más completa. Los dos compañeros se apreciaban mutuamente, sin duda alguna, lo que no impedía que constantemente estuvieran disputando sobre los asuntos más triviales, quizás por falta de mejor entretenimiento: pero cuando uno de ellos se separaba, el otro comprendía todo el valor de su compañía, y quedaba en constante sobresalto hasta verle regresar.

Transcurrieron los dos días de licencia, y

La construcción de un faro es tarea muy lenta y llenas de peligros.



La Roca de Tillamock, Estado de Oregón, fué por mucho tiempo el terror de los marinos que navegaban en la costa yankee del Pacífico. El potente faro que la corona hoy la ha hecho inofensiva.

el ausente no volvía. Reinaba mal tiempo y con frecuencia había neblina. Necesario era atender al faro y al aparato de la sirena, para que ésta no dejase de funcionar lanzando sus estridentes y deprimidoras notas de alarma, cual aullidos de fiera herida. Pasó la primera semana y siguieron los días y las noches, sin que el guardián pudiese gozar de una hora completa de reposo, y sin que le fuera posible ir a tierra para dar parte de la ausencia tan prolongada de su compañero, porque, si a causa del mal tiempo, no hubiera podido volver a su torre, se habría apagado el faro; y continuó en su puesto, cumpliendo con el deber tan sagrado a él confiado, que era lo único que debía tomar en consideración.

En aquellos días fué encontrado un bote en Creat Kills, marcado con el distintivo del Servicio de Faros, y en Coney Island se halló el cadáver de un individuo, que fué identificado como uno de los guardianes del faro de Roamer Shoals. Inmediatamente se hizo a la mar uno de los vaporcitos de la inspección, para llevar auxilio y relevo al abnegado guardián que había soportado tan rigurosa prueba durante dos semanas, y a quien encontraron casi exhausto.

Esto demuestra el aislamiento en que viven los guardafaros, pues con frecuencia pasan hasta tres semanas sin que reciban la visita del inspector; aunque también sucede que éste llegue al faro dos veces en el mismo mes, como por sorpresa, y para mantener alerta a los guardianes y no dejar que confíen en la periodicidad de las visitas. Los faros tienen provisiones suficientes para seis meses. Como es fácil de comprender, la

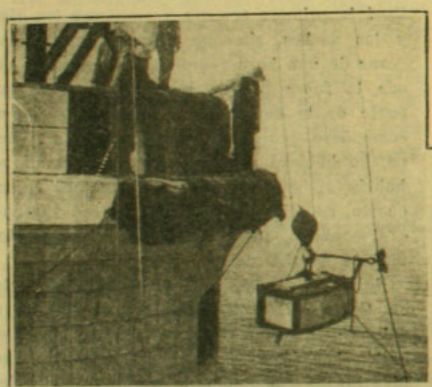
Un faro.

visita del inspector es recibida con regocij , porque proporciona unos cuantos minutos de conversación con él y con la tripulación de su lancha, y porque con ese motivo son obsequiados los guardianes con colecciones de periódicos, por los que se ponen al tanto de lo que acontece en el mundo. Esos periódicos son leídos de uno en uno, de cabo a rabo, por lo común a razón de uno diario, para que dure más el entretenimiento.

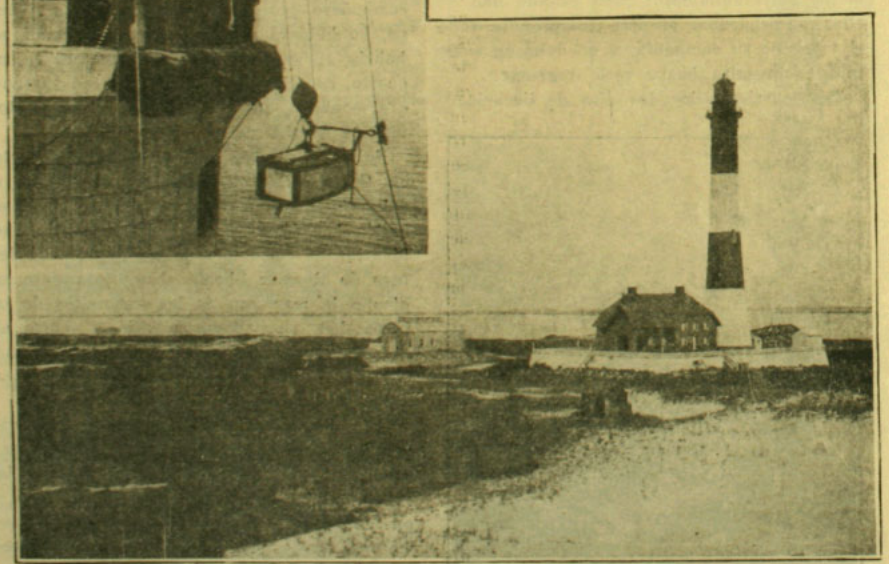
La mayor parte de los faros son una torre de cuatro pisos, o de cuatro puentes, en términos marítimos, uno de los cuales sirve de cocina, dos de dormitorios, y el cuarto está destinado a las lámparas. Debajo de esos cuatro pisos hay un sótano para guardar las provisiones y en el que también están colocadas las máquinas de las sirenas.

Sabido es que los buques de guerra son un modelo de limpieza, particularmente los norteamericanos. Pues bien, no hay ninguno de ellos que en este punto aventaje a los faros, y los inspectores son sumamente exigentes sobre el particular, tanto por lo que importa a la buena conservación de los edificios, maquinaria y aparatos y a la higiene de la habitación, cuanto porque con esto se tiene constantemente ocupados a los guardianes, y, más que ocupados, entretenidos.

Uno de los faros de la costa de Princess Bay está a cargo de W. G. Davison. Es un

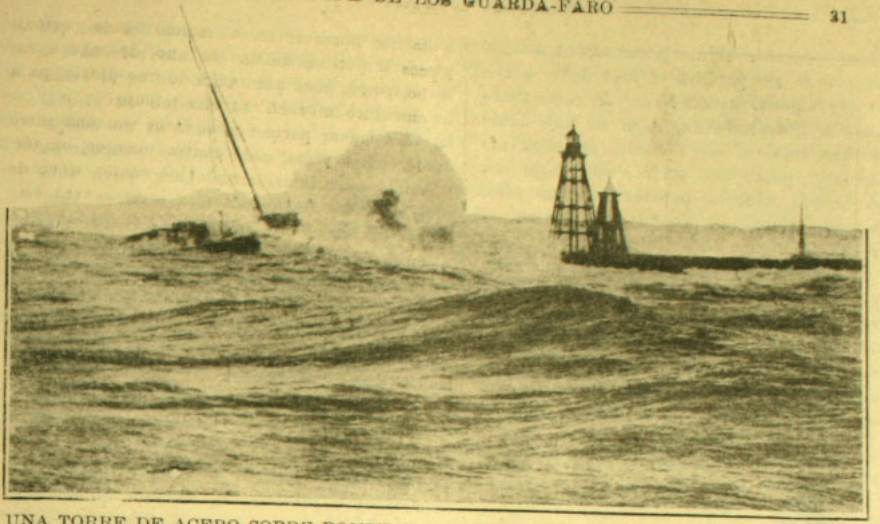


Cómo ha de izarse una piedra tras otra, desde la embarcación que las ha llevado al pie de la obra.



ARTISTICA TORRE PARA FARO EN EL LITORAL NORTEAMERICANO DEL ATLANTICO

Nótese cómo se ha pintado en fajas de colores para hacerla más discernible sobre las dunas arenosas de la costa. Aquí el guardián tiene una amplia casa y su suerte es en extremo envidiada por los que cuidan de faros como el reproducido al principio de esta página.



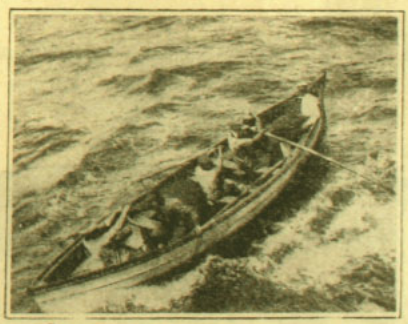
UNA TORRE DE ACERO SOBRE ROMPEOLAS DE GRANITO, CUBIERTO POR LA PLEAMAR

La lámina lo representa durante un horroroso temporal que lanzó sobre ella un bergantín, estrellándose en las rocas de su base.

hombre de pequeña estatura, tan fuerte y ágil que, visto a cierta distancia, parece una persona de mediana edad, pero que ya completó los 72 inviernos. A los 42 años se hizo cargo del faro en que se encuentra actualmente, después de haber pasado una temporada de doce meses en Sandy Hook. Lo acompaña su esposa, un poco menos vieja que él, pero igualmente fuerte y activa. Mistress Davison asegura que se ha encontrado y se encuentra muy feliz en su torre, en la que es cierto ha tenido sus penas, como las tiene todo el mundo en cualquier parte donde se halle; pero que no comprende que pudiera vivir en otro lugar. "Aquí hemos pasado 30 años", dice, "tenemos nuestro jardincito y un caballo, y aquí se ha criado nuestro hijo, quien ahora está practicando de dentista no lejos de nuestro castillo", como ella con orgullo y nada falta de lógica llama al faro donde reina en soberana.

Cuando se le dijo a Mrs. Davison que tendría derecho a su retiro con pensión, contestó: "Eso no nos hace ninguna gracia, porque tendremos que abandonar nuestro pequeño hogar, en donde hemos sido tan felices. Nuestro primer año de servicio lo pasamos en Sandy Hook. No fué tan malo mientras aquello era un lugar solitario, pero ahora que lo han convertido en un puesto militar me repugnaría volver allí. Me disgustan las restricciones, y me agrada vivir como me place".

No es este el único ejemplar de Filemón y Baucis que se encuentran en esta Frigia de los faros. En el de Great Beds habitan E. J. Smith y su esposa. Una vez le preguntaron qué tal pasaba la vida en aquella soledad, acompañado únicamente de su mujer, y respondió cándidamente: "De un modo admirable. No tengo ningún ayudante, y eso me obliga a vivir aquí de una manera permanente, aunque no tanto que de vez en



UNA LANCHA DE INSPECCION ACERCANDOSE A UN FARO.

Los tripulantes de las pequeñas embarcaciones empleadas para hacer visitas a los faros o abastecerlos de víveres, se juegan diariamente la vida.

cuando, durante el día y cuando hace buen tiempo, no me permita el lujo de ir a tierra por algunas horas. Nada me gusta tanto como la independencia. Aquí no hay nadie que me acose o me fastidie, ni quien me mande, y puede uno vivir a su antojo con tal de que cuide escrupulosamente del faro. En realidad, soy un pequeño rey de una pequeña isla".

Igual pregunta se hizo a otro guardián de los que tienen a su cargo un faro en un banco algo alejado de la costa. La respuesta fué casi idéntica. "Aquí no hay tiempo de sobra para aburrirse. Trabajamos todo el día, unas veces por obligación, otras por pasar el rato. Tenemos a orgullo el cumplimiento del deber, sabiendo cuán delicada es nuestra misión, y esto nos satisface. Algunas veces hay pequeños disgustos entre nosotros, por motivos de los más fútiles, los que dan pretexto para la reconciliación que estrecha aún más nuestro compañerismo. Cada buque que pasa nos sirve de tema para discurrir sobre el mismo asunto: la locura de la gente que, encontrándose bien en su hogar, se lanza a las aventuras del mar por placer o por ociosidad. No nos referimos a los marinos, pues para ellos ese es el medio de ganarse la vida. La soledad en el mar no es soledad, porque el mar es un compañero, mejor dicho, son muchos compañeros, y de lo más interesantes para quien sabe comprenderlos. Ninguno de nosotros cambiaría su suerte por la del capitán del más hermoso transatlántico de cuantos vemos pasar a diario delante de nuestro faro".

Es una ventaja inmensa para la humanidad que haya personas de un carácter tan encomiable y que consideren la abnegación como la cosa más natural del mundo. De no ser así, fuera sumamente difícil hallar hombres que se resolvieran a cuidar faros y que perseveraran en semejante resolución, sin que quedara el recurso de confiar tan delicada tarea a presidiarios, aun con promesa de abreviación de condena, porque a gentes de esa índole faltan las virtudes necesarias y esenciales del guardafaro, entre ellas la de considerar el cumplimiento del deber como dogma religioso; y la menor malevolencia, ¡qué digo! el menor descuido, pudiera ser causa de una tremenda catástrofe.

Y de todo esto resulta que los guardafaros, por su carácter y por su vida, son más dignos de envidia que de compasión; y por sus servicios son acreedores a nuestra admiración y gratitud, como agentes visibles de la Providencia para cuantos surcan "las pérfidas ondas", que dijo Shakespeare.

Entre los faros que se han construído en los Estados Unidos, hay algunos que descuellan por sus grandes proporciones o extraordinarias características. Así tenemos que la torre más alta que se ha erigido con ese fin en el litoral norte-americano, es la situada en el cabo de Hatteras, pues tiene 200 pies de elevación sobre

La inspección y aprovisionamiento de los faros se hace generalmente con muchas penalidades y grandes riesgos, exigiendo siempre una audacia y habilidad extremadas por parte de los encargados de esa tarea.

el nivel del mar. La de luz más intensa queda en el punto llamado Navensink Highlands, en la entrada meridional del puerto de Nueva York, que cuenta con varias. Su potencia lumínica es de 25.000,000 de bujías y puede distinguirse desde 22 millas en excepcionales condiciones atmosféricas.

El foco más alto, no emplazado en torre, es el del Cabo de Mendocino, en California situado a 422 pies sobre el mar.

Y para dar una idea de lo antiguo que es en este país el servicio de faros, diremos que la primera torre edificada para dicho objeto se construyó en 1715, a la entrada del hoy tan importante puerto de Boston.

Los faros no son siempre bien recibidos en las poblaciones próximas a las cuales se han de colocar, pues parece ser que el ruido de sus quejumbrosas sirenas, tan triste y melancólico, sobre todo durante temporales y neblinas, molesta en extremo a los que desean conciliar el sueño o son de temperamento muy nervioso. A tal punto llega la hostilidad del público, que en la estación del faro que hay en Buffalo, sobre el Lago Erie se ha tenido que colocar una gran pantalla tras las sirenas paar desviar sus bramidos cuando se ponen en uso. Dicha pantalla o reflector, mide 14 pies de diámetro y tiene la forma de un plato sopero, estando hecha de una concha de acero forrada de lana mineral, que es un gran aislante del sonido, y con otro revestimiento de amianto.

Lleva ya ese ingenioso aparato muchos meses de uso y se dice que ha resultado muy eficaz, no sólo para amortiguar el sonido de las sirenas, sino también para asentarlo en dirección al lago, con lo que se hace más perceptible a los navegantes.

La construcción de faros es más que un dificilísimo arte, es toda una ciencia y muy compleja, ya que raras veces se halla una base sólida o libre de las aguas en que situar los cimientos. En más de una ocasión ha tenido que edificarse un faro sobre arenas movedizas, que son tan traidoras por la potente absorción que ejercen sobre cuanto se deposita en ellas, pero el ingeniero ha logrado vencer los estupendos obstáculos hallados a su paso y coronar la obra con la brillante linterna que guíe al desorientado marino en las tinieblas de la noche o durante los embates del mar embravecido.

Las ortigas del jardín

De Paul Bourget

Con ilustraciones

Confiese, me **dijo el castellano** de Habloville, que le ha extrañado ver un cuadro de ortigas en medio de este jardín a la francesa. También es extraña la razón por la cual lo mantenemos así... Se trata de un drama que yo no sabría contar bien, pero ya que usted muestra gusto por este caserón las encinas seculares y la terraza que domina el valle del Ome, tal vez le gustará saber cómo fué defendido este nido de hidalgos durante el Terror. Entre nuestros papeles existe una relación de esta aventura, escrita por mi tía-abuela, que fué la heroína de ella. Usted podrá leer la cosa en un cuarto de hora después de once, y todavía le quedará tiempo para llegar a Bagnoles antes de comida. Todo lo que habremos conseguido será que Habloville sea para usted algo más viviente, y es todo lo que yo deseo. Nosotros no tenemos sangre de duques o de pares de Francia, ni nuestra familia llamó nunca la atención pública; pero hemos permanecido aquí por espacio de trescientos años. Aquí nací yo, aquí me casé, aquí he criado mi familia, y aquí espero morir. Ya comprenderá lo que valen estas piedras para mí....''

Señalábame al decir esto la sencilla fachada, que data del tiempo de Luis XIII. Todo su ornamento consiste, en efecto, de una cornisa de piedra que corta con una faja grisácea el fondo de ladrillos rojos. Modesto como es el edificio, tiene sin embargo un buen aspecto gracias a las dos torrecillas, sus anchos techos de pizarra, sus ringleras verdes que encuadran el jardín versallesco, su extraño parterre de ortigas, el riachuelo y para completarlo todo, su dueño de casa. M. de Habloville es un antiguo militar, que se retiró con su grado de capitán después de una campaña en el Tonkin; la cinta amarilla de la medalla militar atestigua sus servicios. Su cara huesosa y demacrada muestra la huella de sus desventuras domésticas, en las cuales perdió uno a uno su esposa y sus tres hijas. Sin haber pasado de los cincuenta y cinco, su cabello albea completamente, pero su cuerpo se mantiene derecho y sus ojos azules conservan el mirar de águila que cuadra con el dueño de este noble retiro. El lo cuida como una tumba, o tal vez como un museo. Como no tendrá por heredero sino un sobrino que no lleva su apellido, dejaría esto a una Academia a fin de que nadie moviera nada; pero no en balde su familia ha sido esclava de la tradición de transmitir intactos los bienes de una generación a otra. Como si fuera un retrato animado de la galería ancestral, conserva las ideas que mejor podrían armonizar con los gestos, los rasgos y las actitudes de sus antecesores. Puede que el prestigio que ejercen sobre mí los **hombres** de este tipo aumentara la impresión que recibí de la lectura de las notas dejadas por Mademoiselle Celinda Barrois de Habloville. Puede que el carácter del sitio donde leí sus confidencias, un minúsculo gabinete redondo en el aislamiento de la torre y completamete cubierto de conchas, armonizara perfectamente con las escenas representadas en esas hojas amarillentas que mi huésped había sacado de una cajita de caoba exornada con su escudo. Así debió ser para que se me ocurriera pedirle permiso de copiarla. Concedido éste, la he copiado sin cambiar otra cosa que la ortografía, pues la señorita Celina, como todas las damas que seguían las tradiciones del antiguo régimen, estaba acostumbrada a guiarse por el oído al escribir. Los libros eran para ella menos familiares que la fusta de amazona.

Habloville, a diez de agosto de 1794.

...Aniversario de una fecha terrible, pero que es a pesar de todo la de mi liberación. El tirano Robespierre ha sido guillotinado en París el 27 de julio. Señal de que todo va a cambiar: el mensajero que ha venido a dejar el billete de Cauvin que traía la nueva, me ha llamado señorita al dirigirse al criado, y luego a mí me ha dicho ciudadana. Cauvin me dice en su carta que irá a reincorporarse al ejército, y me pide perdón. No volverá a verme.

¡Qué hombre más raro! Si hace tres semanas alguien me hubiese dicho que yo pronunciaría su nombre con otra emoción que no fuese miedo u horror, no lo hubiera creído jamás. El me ha salvado; y conmigo el castillo, los terrenos, todo este patrimonio por cuyo cariño yo no quise huir con mi hermano. Y qué aventuras por salvarme. Quiero escribirlas ahora que están todavía frescas en mi memoria. Conviene hacerlo para que cuando el rey vuelva, pueda hacer justicia. Es necesario que este hombre no sea castigado. De que es un jacobino y de que ha cometido crímenes estoy segura; pero yo le he visto realizar uno de esos actos honrosos que absuelven de todo.

Cuando volvió a la aldea, hace seis semanas, yo supe en seguida que se preparaba un acontecimiento. Pondré aquí la verdad completa que no pude revelar a mi hermano. ¿Podía hacerlo? Qué hubiera dicho él si hubiese sabido que un Cauvin, un mediquillo de campo, hijo de un sirviente y educado por la caridad de mis padres, se había atrevido a declararme que me amaba? Felipe habría tenido que decirme: "¿Te has mostrado coqueta entonces?" No lo había sido, aunque fuí imprudente. Pero ocurrió que durante la época anterior a los Estados Generales, pasó sobre todos los franceses una racha de locura. Aquel joven regresaba de París prestigiado por su brillante examen, y se hablaba de él como de un futuro representante del pueblo. Yo encontraba generosas las ideas profesadas por él. Tenía yo entonces veinticinco años, la edad en que una joven huérfana a cargo de la casa de un hermano soltero puede permitirse cierta independencia. La conversación de Cauvin me entretenía. Varias veces cuando efectuaba a caballo mis paseos acostumbrados, le había encontrado, también él de a caballo, y en gira para su elección; me acompañaba, por algunos minutos las primeras veces, y por largo tiempo después. No había puesto atención en ello. Ante Dios que me ve escribir estas líneas, juro que me sentí tan sorprendida como espantada la vez que me habló como lo hizo. Fué al día siguiente de aquel en que fué nombrado diputado a la fatal Asamblea que debía ser la Constituyente. Dejaba marchar mi caballo bajo los grandes árboles del bosque de Rabondange, pensando justamente en esos Estados Generales y en la era de felicidad que inauguraban para Francia, cuando de repente veo a Cauvin, que salía de un camino transversal. Me había estado espiando, evidentemente.

Pone su caballo al paso del mío. Yo le felicito por su buen éxito y él continúa callado. Estaba tan pálido, que no pude menos de preguntarle si estaba enfermo, y entonces él comenzó a decirme ciertas cosas que, aun hoy día, me duele reconocer que las haya pronunciado y que yo las haya oído realmente. Sí, a pesar de todo, las oí y las oigo todavía. Vuelvo a ver su mirada en el momento en que, habiéndole respondido como debía, me repitió tomándome de un brazo:—"Sí, os amo, os amo. Ya sabía que no querríais desposarme. Me despreciáis porque sois la hija de un noble, y yo no soy más que un inquilino. Hace quince años que os amo; no he trabajado sino por vos, ni me he hecho elegir diputado sino por vos... Miradme bien y no echéis en olvido que al fin seréis mía..." Lo miré como me pedía, sólo para probarle que no tenía miedo. La salvaje expresión de su fisonomía me sublevó, y traté de soltarme.

Viéndole que insistía en retenerme del brazo, le golpeé con el látigo en plena cara con tal fuerza, que el dolor le hizo soltar la presa. Partí al galope, perseguida por él. Afortunadamente, una de Habloville sabe manejar un caballo mejor que un Cauvin. Después de trascurrido un cuarto de hora de carrera, dejé de oir el

ruido de los cascos de su caballo detrás del mío. Entré de regreso al castillo. Debí habérselo contado todo a mi hermano, pero temí un escándalo. Siempre tendría tiempo de prevenirle, si el tal Cauvin no aprovechaba la lección que le había dado, lección algo viva, pero merecida. Algunos días más tarde, él partía para París. Su actitud desde su entrada a la política provocó en mi hermano una cólera tan grande contra él, que consideré inútil aumentarla.

De ahí en adelante, los acontecimientos se precipitaron. Al comenzar la emigración, supliqué a mi hermano que saliera de Francia, y él no se resolvió a hacerlo hasta la época en que los príncipes comenzaron a organizar regimientos de nobles. Quedó convenido que yo no emigraría, y que me quedaría para guardar el castillo y las tierras.

Si Cauvin hubiera vivido en la comarca, ¿hubiese tenido yo el valor de permanecer? Pero no estaba ya. Al terminar su tarea la Constituyente, había vuelto en la capital a su profesión de médico, a lo cual siguió la noticia de que había ido a incorporarse al ejército de Dumouriez, como cirujano, y que en tal carácter había estado presente en las célebres batallas de Valmy y Jemmapes. Yo pensaba a solas: "Me ha olvidado". Y creía ver la prueba de esto en que un tío y dos primos que vivían cerca de Habloville, no parecían preocuparse del castillo. Sin embargo, los crímenes se sucedían: el asesinato de la Reina había sucedido al del Rey; oía cada día de arrestos y confiscaciones, pero salvo alguna pequeña ratería como el corte de un árbol, de imponerme obligaciones de tránsito, o de apellidarme "ciudadana", como ya he dicho, se me dejaba existir.

Mis inquilinos no me pagaban ya, pero nos quedaban las propiedades. Las cartas que me escribía mi hermano del campamento de Condé, se inquietaban inútilmente por mi causa, suplicándome que escapara; pero yo me veía tan tranquila en aquel rincón de Normandía donde por una casualidad de la suerte no habían aparecido aún los "chuanes" (guerrilleros realistas) que había terminado por no temer ya nada.

Mis temores se renovaron con harta violencia, sin embargo, el último 14 de Julio —otro aniversario siniestro— cuando mi viejo criado Santiago vino a decirme.

—Ahí está M. Cauvin que viene a hablar con la señorita.

—¿M. Cauvin, el médico?

—Oh, ahora viene vestido de militar, con botas altas, un penacho, un sable, qué sé yo. Parece que ha llegado ayer herido al pueblo...

—Eh, vamos, déjale entrar.

Era realmente Cauvin, cuyo traje de cirujano del ejército de Sambre y Meuse había engañado al simple de Santiago. Una bala que le había rozado mientras levantaba un herido, durante un combate a orillas del Rhin, le había devuelto a su pueblo con una licencia de convaleciente. Esto lo supe después por otros. El no había venido a verme para hablarme de su persona. Apenas me vió, me dijo:

—Señorita, vengo a salvarla.

—¿Cómo, de qué?—le respondí.

Viendo su mirada brillante en su semblante demacrado, comprendí que estaba otra vez delante del hombre del bosque de Rabodanges. Ni las fiebres de la Revolución ni las de la guerra le habían cambiado. Me amaba siempre; me amaba y me deseaba como antes. Comprendí esto con la misma claridad, con el mismo horror, y le opuse la misma voluntad invencible.

—¿Salvaros? De vos misma, dijo: de vos que recibís cartas de un conjurado, de un traidor, de alguien que toma armas contra la patria, y con quien mantenéis correspondencia...

—¿Queréis decir M. de Habloville?

—El emigrado de Habloville.

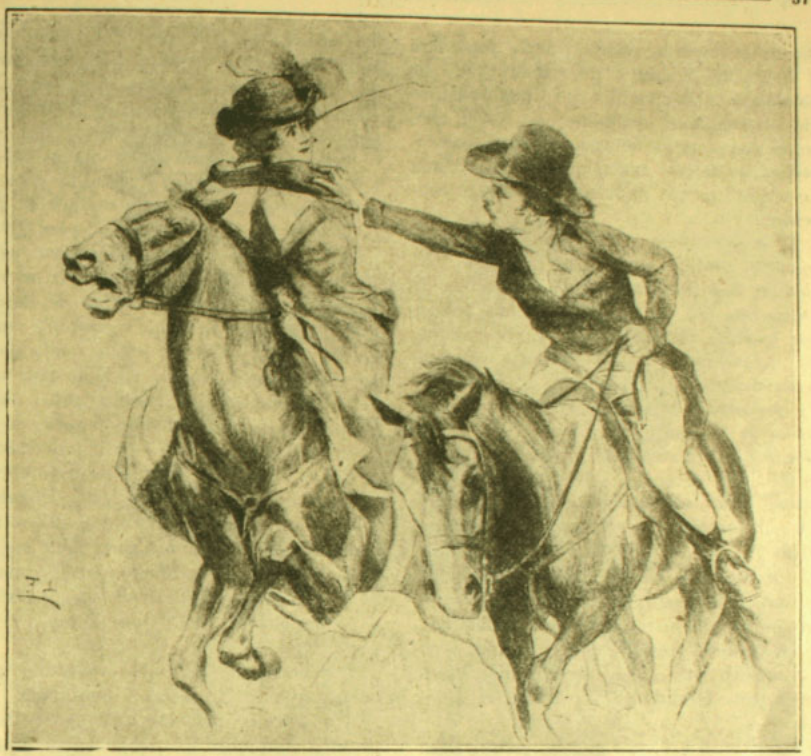
—Salid, señor mío; habéis ultrajado antes a la hija de vuestro bienhechor; ahora ultrajáis a su hijo, y bajo su mismo techo. Salid de aquí!

—No me iré. Se han sorprendido vuestras cartas, ¿me comprendéis? Las tenemos en nuestro poder. Mirad, ¿reconocéis esto?

Al mismo tiempo me tendía una hoja de papel, que yo reconocí efectivamente con un terror que me heló la sangre. Era mi última carta dirigida a Felipe.

—¿Y esto?—insistió Cauvin.

Ahora veía la letra de mi hermano, cuya forma distinguía netamente sobre el papel. Nos servíamos para nuestra correspondencia de un intermediario harto seguro, un pobre relojero de Alençon, medio despache-



La joven trató de desprenderse y como Cauvin la sujetaba aún, ella le dió un golpe en pleno rostro.

ro y medio mozo para los mandados. ¿Nos habría traicionado el desgraciado de Dubois? Habría sido vendido él mismo?

—Dubois está preso, continuó Cauvin, como si leyera en mi pensamiento. Había confiado estos papeles a su mujer, quien, atemorizada, los entregó a mi primo Pedro, que, asustado a su vez, me los mandó a París donde sabía que yo me hallaba terminando mi curación... Ahora, ¿me diréis aún que me vaya?

—Salid, repetí. Toda mi energía me había vuelto ante la amenaza de sus últimas palabras.—Esos papeles no os pertenecen. Si los guardáis para vos, eso será un robo.

—De veras que no me pertenecen, replicó, burlón; la justicia es su verdadero dueño.

—Entonces, a entregarlos.

Había cruzado mis brazos mirándole a la cara, como tres años antes en medio del bosque, aunque no tenía el látigo en la mano para cruzarle el rostro. Como no me quedaban más que la voz y mis palabras, agregué:

—Todos los "azules" son asesinos y ladrones. Vos sois uno de esos azules, y debéis hacer vuestro oficio.

—Bueno, ¿y qué son los "blancos"?—exclamó. Ellos, que conspiran con los extranjeros contra la nación? y vosotros sus cómplices, qué sois pues?... Vaya, no lo sabéis, no comprendéis siquiera... Se os ha mentido, y la prueba de que sois una patriota, a pesar de todo y de vuestra carta, está en que no habéis abandonado Francia. Por lo demás, sea vuestra condición la que queráis, yo os amo, os amo siempre Me habéis ultrajado, ofendido de hecho. Os amo, aun cuando seáis del partido que odio, de esa detestable aristocracia que yo enviaría en masa al cadalso. ¿No adiviináis que me debéis a mí el que no se os haya molestado aquí? He hallado el me-

dio de protegeros, primero de la Asamblea y luego del Ejército, pero ahora todo ha cambiado. ¿Os acordáis de lo que os he dicho? Seréis mía; os quiero mía... Oh, continuó con amarga sonrisa, al verme retroceder; no temáis nada, que os quiero mía de vuestro propio impulso, con vuestro consentimiento.

Y, mostrándose de repente imperioso, sombrío, con el acento duro y seco:— "El castillo está guardado, dijo; no tratéis de escaparos. Yo no os pido que me toméis por marido; diríais sí hoy, y no mañana, nó. A media noche pasaré bajo vuestras ventanas, y si están alumbradas querrá decir que habéis dejado abierta la puerta pequeña de la huerta, y entraré por allí. Esperaré hasta las dos de la madrugada. Si hasta esa hora no ha aparecido la luz, las cartas serán entregadas a quien pertenecen por derecho, y seréis arrestada mañana mismo.

—Mejor será que las llevéis hoy sin falta, indiquéle sencillamente. Y agregué: — Las noches de Normandía son heladas hasta en verano. Acabáis de ser herido, y como médico sabéis que una bronquitis se pesca con facilidad. No os expongáis a ella.

No alcanzo a darme cuenta ahora, mientras escribo, cómo tuve el valor de esas burlas. Pero debía a toda costa humillar a aquel hombre, en un momento en que ejercía sobre mí tan odiosa presión, y un instinto me decía que el medio más seguro era el de reírmele a la cara. Mi ironía le había alcanzado, por lo visto. Púsose lívido, y salió.

Apenas dejó la habitación, hube de tenderme sobre un canapé, con el corazón saltándome del pecho, y temblando de miedo. Habiendo tomado la pluma para decir toda la verdad, ¿por qué había de callar que en ese instante lloré como una criatura, loca y cobardamente? La visión de la guillotina se me aparecía ante los ojos, y sentía el frío de la cuchilla contra la nuca. Mi carne gemía de angustia. Toda mi juventud se sublevaba en un espasmo que me hizo levantar de nuevo, como el animal encerrado que corre en círculo, como el prisionero que araña los muros de su calabozo. ¿Qué hacer? ¿Escaparme? Era mediodía; tenía pues doce horas de plazo. Fuí a una de las ventanas; un campesino estaba sentado ante la reja del patio de honor. Desde otra ventana que daba encima de la puerta de la huerta a que se refería Cauvin, ví otro campesino de guardia. Era como se me había advertido.

Eran hombres de su tamaño. Estaba en su poder. Si huía, el castillo y las tierras pasarían a ser bienes nacionales. ¿Matarme? Había pensado en ello; pero, ¿y después? Queda la otra vida, y para los que cometen suicidio, el infierno. ¿Ir a ver a Cauvin, a suplicarle? ¿Tratar de enternecerlo? También lo había pensado; pero, a qué? Una sola cosa no se me había pasado por las mientes: salvar mi vida por medio de la aceptación del innoble trato. Terminé por donde debía haber comenzado; me puse de rodillas e imploré la misericordia de Dios. Púseme a recitar de todo corazón la hermosa plegaria de Mlle. Elizabeth: "¿Qué ha de acontecerme hoy, Dios mío? Nada sé. Sé en cambio que nada me ocurrirá que no esté previsto por Tí, mandado y dispuesto por Tí desde una eternidad. Eso me basta, oh Dios mío, eso me basta .

Al levantarme del suelo ya había hecho mi sacrificio. No estaba consolada, pero sí tranquila y resuelta. ¿A qué? Por lo pronto a cumplir mi deber hacia aquellos que me habían permanecido fieles los tres últimos años. No había para qué dejar para el momento de mi arresto ningún documento capaz de comprometer a uno solo de mis servidores y de mis vecinos. El prender fuego en una de las habitaciones en pleno verano, hubiese sido dar la alarma. Me quedaba el fogón de la cocina. Después de almuerzo, el cual no probé, pero fingí que lo hacía como siempre, mandé al pueblo a mi cocinera con encargos suficientes para dejarme sola toda la tarde, o sea el tiempo necesario para quemar, con ayuda de Santiago, las cartas de mi hermano, primero, las de otros en seguida, junto con las notas y demás papeles que pudieran indicar a alguien...

Terminada esa tarea, bajé al subterráneo el cofre con las alhajas de familia que guardaba y lo enterramos allí. En seguida hice tres partes del dinero que me quedaba: la más pequeña me la reservé para la prisión; otra mayor que encargué al buen hombre de entregar a mi hermano si alguna vez podía hacerlo, y la tercera para

—Salid, señor; habéis ultrajado a la hija de vuestro benefactor ya una vez. Ahora ultrajáis a su hijo. Salid, señor...

repartir entre la servidumbre después de mi arresto. Yo se lo anunciaba como probable, aunque sin darle detalle alguno.

—El mocito ese Cauvin se lo habrá prevenido, señorita. Por más que se haya convertido en un bandido, no tiene mal corazón, señorita, se lo aseguro. Le viene de su padre, que era un hombre honrado... decíame Santiago.

No puedo dejar de creer que debí mi

salvación al firme propósito que tuve delante del crucifijo, de perdonar a mis perseguidores. Sin tal voto, se lo hubiera contado todo a Santiago, y éste no hubiera dejado entrar a Cauvin. Pero noto que estoy anticipándome a los hechos, y vuelvo a donde iba. A las seis de la tarde, todo estaba en orden. Los carmañoles podían venir. A las seis y media me senté a comer. A las 9, después de haber pasado una revista a todo, y haber rezado, fuí a acostarme. Increíble como parezca, la verdad es que dormí hasta el amanecer. Unos golpes a la puerta me despertaron sobresaltada. Era entrado el día.

—"Ellos tan pronto" me dije volviendo a la conciencia de la terrible realidad. Mi corazón palpitaba con violencia al responder yo: ¿Quién va?

—Abrid, señorita, abrid ligero, suplicó la voz de Santiago. Os va en ello la vida...

Salté de mi cama, me puse un peinador, me anudé el cabello, y con los pies desnudos en mis zapatillas, fuí a abrir. Cauvin venía con Santiago. Retrocedí lanzando un grito.

—¿Vos aquí, vos? Os habéis atrevido?... Santiago, conduce a este hombre. No le permitas entrar; te ha mentido. El es quien me denunció. Es un bandido. Que no entre. Por lo demás... (y salté a tomar una pequeña pistola que dejaba cargada cerca de mí por la noche) si pasa esa puerta, yo lo mato.

—Tú has hecho eso, muchacho, tú, el hijo de Cauvin, decía Santiago lanzándose contra aquel.

—Sí, es cierto, Santiago, que yo la denuncié. Vengo de Falaise, donde entregué cartas de ella y del señor Felipe". En el desarreglo mental de su ser, volvíanle a la mente las expresiones de su infancia. "Pero es también verdad que he sentido en seguida el horror de lo que había hecho, y que he reventado un caballo por llegar a tiempo de salvarla. Por la memoria sagrada de mi padre, te juro, Santiago, que vengo a salvarla. Déjame pasar, Santiago, precisa que yo le hable. Es necesario que ella me oiga...

Y volviéndose a mí:—¿No veis, pues, mi desesperación, señorita?... Estarán aquí en una hora, antes tal vez, y si llegan a tomaros, eso quiere decir la muerte... Estuve loco... Pero el veros en la cárcel, juzgada... Ver... También él veía la imagen de la guillotina. "No, no, no", protestó con frenesí". Eso no ocurrirá. Ya nada os pido, señorita, nada más que me dejéis salvaros.

Habiendo recuperado mi sangre fría, podía atender a lo que decía este hombre y apreciar la sinceridad de su arrepentimiento, como lo había sido en su amenaza y en su falta. Sin embargo, yo no abandonaba mi arma. Santiago continuaba parado entre ambos, conteniendo a Cauvin con el gesto y volviéndose hacia mí para recibir mis últimas órdenes. Yo pensaba en mi hermano y en la casa, diciéndome para mí sola: "Es el último recurso" y agregaba en alta voz:

—Vos no me podéis salvar.

—Sí, me respondió, transfigurado por la alegría. Había bastado que yo le hablara en un tono en que no había menosprecio; y continuó:—¿Tendréis valor para sufrir, para sufrir mucho?

—Creo habéroslo probado, repliqué.

—Moralmente, sí; pero, ¿y físicamente? en vuestra carne y en vuestra sangre? Por lo demás, si no tuviérais ese valor, Santiago y yo os obligaríamos a tenerlo. Toma estos guantes, Santiago (se sacó sus guantes de uniforme) póntelos y ve al parque a recoger una brazada de ortigas, de las más grandes y clavadoras". Y como el otro no se moviera: "Señorita, decidle que vaya; yo no puedo hacerlo. Si me viesen, todos estaríamos perdidos". Y con impulso salvaje: "Oh, pobres de nosotros. Vos no tenéis fe en mí. Lo he merecido. Pero, es terrible!

—Haced lo que os manda el señor, ordené a Santiago.

—Gracias, dijo Cauvin.

Santiago obedeció, y sentimos alejarse sus pasos. Quedé sola con este hombre que me amaba, que me lo había declarado, que me había denunciado de rabia de no poseerme; y ¿cómo explicar esto? ahora me sentía segura de que ya no se le escaparía una palabra que pudiera ofender mi dignidad. El iba y venía por la pieza, lanzándome por momentos una mirada de pasión en que yo leía un remordimiento igual a su crimen. Su pasión no me asustaba ya, estimándola con la garantía de su sinceridad. ¿Qué medio le quedaba para salvar-

—Tu brazo. Muéstrame el brazo para verlo. Es la viruela.

me, medio tan atrozmente doloroso que había creído necesario advertirme? Adivinaba su idea, sin querer interrogarle. ¿Cómo hablarle sin darle las gracias, a pesar de su denuncia, y sin acusarle, a pesar de que arriesgaba la vida por mi causa? Con descubrir su presencia en el castillo y las advertencias que me había hecho, era hom-

bre al agua. Este téte a téte trágico y silencioso no duró mucho tiempo. Santiago volvía con su brazada de ortigas.

—Echaos a la cama, señorita, indicó Cauvin. Santiago, no te saques los guantes. ¿Y dónde podría encontrar yo, señorita, un trapo para envolverme la mano? Es indispensable que os azotemos por todo el cuerpo con estas ortigas. Ya lo oyes, Santiago, azota y no restriegues, pues es necesario producir una erupción bien generalizada...

—Dejadme, dije, yo me azotaré sola. Tengo valor para ello.

—No lo podríais, respondió Cauvin. ¿Y las espaldas, los hombros? El médico es quien os suplica dejar de lado todo pudor. No, sin embargo; una vez más reconoceré lo que merezco. Por lo menos ocupad a Santiago, y sabed sufrir...

Salió de la pieza, mientras el viejo sirviente y yo ejecutábamos la orden singular que nos había dejado, y cuyo objeto era bien claro. Cauvin no había mentido; no creo que haya en el mundo un suplicio comparable a esta flagelación con ortigas: es una sensación indecible de una quemadura tan profunda, que os parece que ese ramo de yerbas venenosas os muerde la piel, la carne y los huesos. Es una túnica que roe vuestra carne, que llega hasta el nervio más recóndito para irritarlo con un cosquilleo de muerte. Todo terminado, volví a acostarme. La picazón era tan intensa que ya me causabe fiebre. Santiago llamó a Cauvin.

—¿Está bueno así? preguntó mostrando mis manos y muñecas, cubiertos ya de ampollas blanquecinas de fondo rojo.

—¿Y la cara? preguntó. Y sin tomar ninguna precaución para sí, empuñó un manojo de las quemantes ortigas y me golpeó la frente, las mejillas y el cuello al mismo tiempo que repetía: Cerrad los ojos, sobre todo, cerrad los ojos". Y luego: "En algunas horas todo habrá pasado." "Santiago, llévate estas yerbas, pero sin dejar una brizna en la cama. No os levantéis de la cama, señorita; y hasta luego!"

—¡Señor mi Dios! ¡cómo sufría! Solamente la inminencia del peligro me dió fuerzas para arreglar la cama con ayuda de Santiago, apenas ido Cauvin. Una vez reparado el desorden, llamé a mi doncella. El grito que dió al verme, me hizo comprender que Cauvin andaba correcto en sus cálculos.

—¿Pero qué tiene la señorita? exclamó.

—Un poco de fiebre.

—Señorita, mírese en el espejo.

La pobre me ofrecía aquel sin atreverse a acercarse. Las placas ortigadas salientes, redondeadas como ventosas sobre el rojo de la cara, me hacían inconocible. No me quedó tiempo de mirarme mucho, porque un rumor subió del patio mezclado al paso de los caballos y a la voz de algunos hombres.

—Soldados, señoritas, y conducidos por Cauvin. ¡Jesús, María! quién se lo hubiera figurado! Vienen a arrestar a la señorita. Cómo han de hacerlo, cuando vean que está tan enferma...

Se abalanzó a la pieza vecina. La oigo que protesta:—Os juro que la señorita está enferma. No entraréis, no podéis entrar. Vos no lo permitiréis, señor Cauvin...

—Lo que yo no permitiré es que la justicia del pueblo sea burlada, respondió Cauvin con una voz brutal. ¿Lo hacía voluntariamente? Y agregó:— Además, aquí no hay señor ni nada. El que habla es el ciudadano Cauvin, cirujano mayor en el ejército del Sambre y Meuse, que conoce estas farsas. Si la ciudadana está enferma, vamos a curarla; mi colega Guillotín tiene un remedio infalible para los achaques de esta especie...

Por las risas feroces de sus acólitos, comprendí la clase de mímica con que debió acompañar su alusión a la "navaja nacional". ¿Jugaba una comedia, o bien su inestable sensibilidad le había hecho cambiar otra vez? Yo temblaba al verle entrar en la pieza con una tropa de carmañoles de fisonomía bestial, alegrada con innoble expresión por la idea de sorprender en cama a una aristócrata. Me acordé de la pobre princesa de Lamballe y me sentí helada bajo mis horribles quemaduras.

—Eh, eh! dijo Cauvin, esto no tiene muy buen aspecto. No os acerquéis vosotros. Vosotros no estáis familiarizados con esas miserias, en tanto que yo... Saca el brazo, ciudadana; remángate a ver si eso se ha extendido. El otro... Ahora el cuello, y el pulso (contó de veras las pulsaciones) Esto me basta. El colega Guillotín está de más. Es la escarlatina, y de las peores... Dejémosla reventar en su madriguera y no

la toquemos. Puesto que amas tanto a tu patrona, dijo a la doncella, puedes quedarte, y ya verás tu piel en algunos días... Salvemos la nuestra; flanco derecho, mar!...

Había representado un papel con tal autoridad y naturalidad, que los bribones estuvieron fuera de la habitación aún antes de que hubiera él terminado su arenga. Había dicho verdad; me había salvado ¿Por cuánto tiempo? Desde ese 15 de julio pasaron veintiseis días sin salir de mi habitación, aun sin atreverme a asomarme a la ventana, servida únicamente por Santiago. Los demás no se atrevían siquiera a aproximarse a él, por miedo al contagio... En fin, todo ha pasado, pasado... Robespierre ha muerto. Cauvin me dice en su mensaje que ha podido destruir mi proceso y suspender la encuesta. Estoy salvada. Las tierras y el castillo se han salvado, gracias a él, y él va a partir ¿Debo tratar de verle otra vez, para darle las gracias?

Nó. No le escribiré, ni le veré más. Mejor así.

Y bien, me dice el sobrino-nieto de la señorita Celina, al reunirme con él después de la lectura. ¿Comprendéis ahora a qué sentimiento obedeció ella al disponer que se conservara siempre este cuadro de ortigas en el jardín?

—¿Y Cauvin mismo, qué fué de él? pregunté.

—Uno de los cirujanos en jefe del gran ejército, barón del Imperio. Murió heroicamente recogiendo heridos en el campo de batalla de Wagram... Y puesto que la historia parece haberos interesado, mirad aquí su cruz de oficial de la Legión de Honor, legada por él a mi tía-abuela. Fijaos detrás, y reconoceréis la letra de ella: "**Como recuerdo del 15 de Julio de 1794. R. I. P.**"

—¿Volvieron a verse, entonces? pregunté.

—Nunca.

—¿No se casó ella?

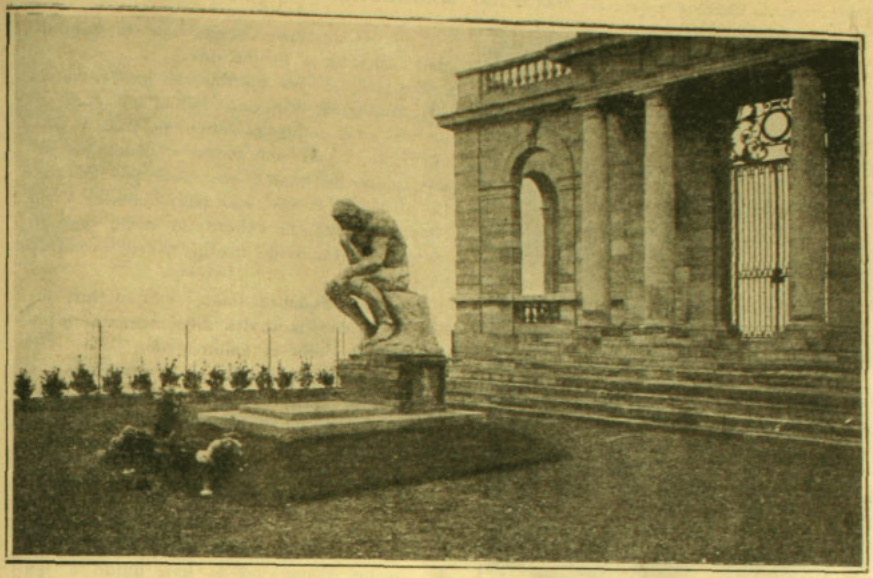
—Nó.

—¿Y el tampoco?

—Tampoco él.

Qué comentario mejor para el "Mejor así" subrayado por Mlle. de Habloville al final de su trágico relato, y qué misterio en el corazón de la vieja dama que se había sentido amada por un enemigo de todos sus ensueños, de sus creencias, de sus aspiraciones. ¿Y no le amaría ella también, sin reconocerlo, y siendo esto así, con qué mirada no vería este cuadro de ortigas gemidoras bajo el viento que le traía del fondo del valle la queja lejana, monótona y triste del río? Me acuerdo ahora mismo de ese rumor, de escuchar a mi regreso de Habloville, y él me conmovió como una queja humana.

El gran escultor Rodin en su lecho de muerte

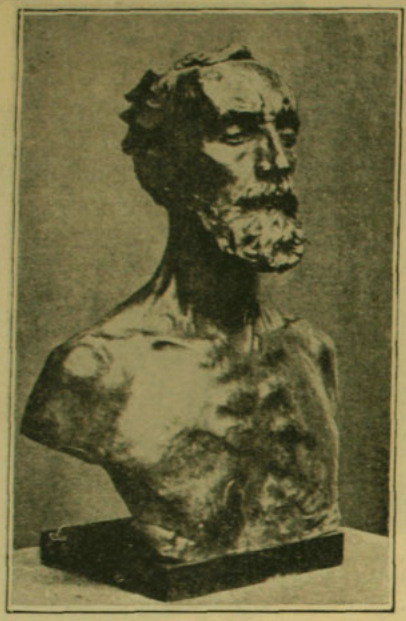


La tumba de Mme. Rodin y Augusto Rodin coronada por una copia del Pensador en el parque de La Villa de los Brillantes en Meudon.

Auguste Rodin

Con ilustraciones fotográficas

Aunque el viejo Rodin, al rendir su vida, es probable que nos haya legado ya todo su genio, no podemos refrenar un sentimiento de acedia melancolía al saber la muerte de este artista glorioso y ejemplar. En la turbulencia de estos días, trágicos para Europa, la caída de un héroe de las artes, las letras o las ciencias, nos deja la angustiante emoción de un augurio turbio del porvenir. En los campos de batalla se aniquilan las generaciones jóvenes de Europa, su porvenir más inmediato, ¿qué mucho, pues, que sintamos dolorosamente la inquietud del porvenir, cuando vemos también caer, aunque sea por ley natural, a los viejos que representan lo más glorioso de nuestro tiempo? Rodín deja a Francia, deja a Europa, deja al mundo entero el ejemplo de una energía genial; y deja *también una obra* por la que seguramente en los tiempos venideros se sabrá cuál era el espíritu de la época del escultor. Fué un artista de decadencia, en *el sentido complejo y exacto* que Baudelaire dió a esta expresión. Es decir, fué un artista en cuyo pensamiento y sensibilidad hallaron eco los modos de antiguas culturas (griegos clásicos y alejandrinos, góticos y orientales, renacentistas), y en cuya complejidad se dieron las más contradictorias modulaciones de la vida. Por eso, su obra, como decimos, representará, como tal vez la de ningún otro hombre moderno, en plenitud de belleza el espíritu y emociones más peculiares de nuestra época. No es este el momento de precisar en detalle las características *del arte de Rodin. En esta misma* revista hemos intentado hacer un ligero esquema de ellas. Pero sí rendiremos nuestro homenaje funeral al gran maestro, dando a los lectores de Pacífico una traducción de las líneas, algo incoherentes en la forma, pero llenas de penetración y profun-



Busto de Dalou

didad, que dedicara a su obra su amigo Eugenio Carriére, y de algunos trozos de Rodin.—**J. de la E.**

EL ARTE DE RODIN

El arte de Rodin brota de la tierra, semejante a esos bloques gigantescos que firman las soledades, y en cuya heroica grandeza el hombre se reconoce.

La transmisión del pensamiento por el cauce del arte, como la transmisión de la vida, es obra de la pasión y el amor.

Rodin es fiel y rendido servidor de la pasión: hácele esta descubrir las leyes que sirven para expresarla; debe a ella el sentido de los volúmenes y de las proporciones y el tacto con que seleccionan los relieves expresivos.

Del mismo modo la tierra proyecta hacia fuera sus formas aparentes, imágenes, estatuas que nos revelan y penetran de su sentido interior.

Y esas formas terrestres han sido las verdaderas iniciadoras de Rodin: le han apartado y liberado de las tradiciones académicas, y en ellas se halló a sí mismo, y descubrió ese instinto creador que la humanidad demanda a los hombres.

Los árboles, las plantas, le han revelado sus analogías con esas bellas mujeres de piernas cual delicadas columnas, lisas y gráciles; de torsos movientes y henchidos senos, sobre los cuales, sostenida por un cuello airoso y fuerte, cae pesadamente, y en ellos se apoya, la cabeza, al modo que un fruto, reventando de madurez, está prendido en su rama.

La frente maciza mete en sombra los ojos, y la mejilla invita dulcemente al labio a buscar en ella el amoroso don.

Las formas se buscan y se encuentran a impulsos de voluptuosos deseos de violencia y resignación, rebeldes o sumisas a leyes a las que nada puede substraerse; por todas partes triunfa una lógica consciente.

Su espíritu generalizador ha impuesto a Rodin la soledad. No ha podido colaborar en la catedral ausente; mas su deseo y sentimiento de humanidad le han unido a las formas eternas de la naturaleza.— **Eugene Carriére**; Préface au Catalogue de l'Exposition des œuvres d'Auguste Rodin. París, 1900.

EL MODELADO

. . . . . .

. . . . . .

Quiero confiaros un secreto—, dice Rodin a Gsell.—¿Sabéis a qué se debe esa impresión de vida real que acabamos de sentir al contemplar esa Venus? Sencillamente, a la "ciencia del modelado". Sin duda, estas palabras os han de parecer algo banales, pero pronto podréis medir toda su transcendencia. La "ciencia del modelado" me la enseñó un tal Constant que trabajaba conmigo en el taller de decoración en el que yo empecé a aprender el oficio de escultor. Un día, viendo Constant cómo modelaba yo en barro un capitel adornado de hojas, me dijo:

—Rodin, llevas mal camino. Todas estas hojas parecen planas, y por eso no parecen reales. Cuida, pues, de que sus puntas dardeen hacia tí; de ese modo darán la impresión de profundidad.

Seguí el consejo y quedé maravillado del efecto que conseguí con ese procedimiento

—No te olvides nunca de lo que te voy a decir—, continuó Constant. Cuando de aquí en adelante esculpas, no veas nunca las formas en extensión, sino, por el contrario, en profundidad... No consideres jamás una superficie sino como la extremidad de un volumen, como la punta más o menos larga que dirige hacia tí. De ese modo adquirirás la "ciencia del modelado"

Ese principio fué para mí de asombrosa fecundidad. Le apliqué a la ejecución de figuras. En lugar de imaginarme las diferentes partes del cuerpo como superficies más o menos planas, me las representaba como salientes de volúmenes interiores. Me esforzaba en hacer sentir en cada saliente del torso o los miembros la presencia de un músculo o de un hueso que se desarrollaba en profundidad bajo la piel. Y así, la verdad de mis figuras, en lugar de ser superficial, parecía irradiar de dentro a fuera, como la vida misma... Y he descubierto que los antiguos practicaban precisamente este mismo método de modelado. Y, verdaderamente, a esta técnica se debe el vigor y la gracilidad trémula de sus obras...—**(Auguste Rodin. "L'Art. Entretiens" réunis par Paul Gsell).**

* * *

Yo no soy más que un obrero— dice el gran maestro. No invento nada. Lo que hago es hallar lo que se había perdido. Lo que yo hago parece nuevo porque se han perdido de vista el objeto y los medios de mi arte. Se considera, pues, como una invención lo que no es otra cosa que la vuelta a las leyes de los antiguos. Esas leyes no son, en verdad, aquellas que generaciones de mediocres les han atribuído para legitimar así sus propios errores. Son simplemente observaciones deducidas del trabajo ante la Naturaleza por realistas sinceros. No niego yo que piense, que guste de los símbolos y de las síntesis; pero no me apoyo en la literatura para interpretarlos esculturalmente. La Naturaleza es quien me los presenta: que ella ofrece símbolos y síntesis en el seno de la realidad más estricta. Y basta con saber interpetarlos. ¡Cuántas veces el nudo de un árbol, un bloque de mármol, me han dado por su configuración la idea, la dirección de un movimiento! Se dijera que la figura estaba ya en ellos y que toda mi labor se reducía a quitar la costra que impedía verla. Yo no imito a los griegos. La Academia enseña que es menester copiarlos. Pienso que lo esencial en este punto es hallar sus métodos, y éstos no se reducen a un cuaderno de recetas, sino que representan una actitud contemplativa que es menester desentrañarla y vivirla. Mis comienzos fueron por estudios muy fieles de la Naturaleza, como "La Edad del Bronce"; después comprendí que había que elevarse a una realidad más alta, cual es la interpretación de la Naturaleza por un temperamento. Así, fuí conducido a la exageración lógica de las formas, a la inquisición de lo característico, a la amplificación razonada. Comprendí la necesidad de sacrificar tal detalle de una figura a su geometría general, tal parte, a la síntesis del aspecto. Ved lo que han hecho los góticos en su arquitectura: y mi arte procede tanto de la arquitectura como de la geometría. Un cuerpo es un edificio, un poliedro. ¿Qué es, pues, la escultura? Es el arte del relieve y el entalle, de los entrantes y salientes. Es menester acentuar los salientes de los músculos, forzar los escorzos, hundir los entrantes: es

Hermana y hermano

Una de las últimas fotografías de Rodin

Augusto Rodin en su taller, en Meudon

menester evitar todo aquello que sea liso y no tenga modelado. Los ignorantes, frente a los planos imperativos y justos, dicen: "Eso está sin terminar". La noción de lo acabado es tan peligrosa como la de lo elegante: ambas pueden matar al arte. Se consigue la solidez, la vida, mediante el trabajo guiado en el sentido de obtener la exactitud de los planos sucesivos, y no de los detalles. El público, despistado por los prejuicios, confunde el arte con la propiedad. Admira el vaciado de la Naturaleza, una copia exacta, sin elocuencia y movimiento. Lo importante es ejecutar un modelado buscando la línea activa del plano, precisando los entrantes y salientes y sus relaciones, y conseguir de ese modo bellas luces y sombras sin opacidad. Desquiciar en el sentido que el acento demanda, es lo mismo que simplificar según el tacto y el temperamento que un artista posee: es una ley, y no una receta, y esa ley es la de los Antiguos y la de Miguel Angel. El criterium es el trabajar por perfiles en profundidad, y no en plano. Es, por consiguiente, una cuestión de técnica, y no de idealismo, y las ideas que algunos hallan en lo que yo hago nada tienen que ver con ello. El espíritu del espectador las deduce de mis formas.— ("El Simbolismo de Rodin", por Camilo Mauclair).

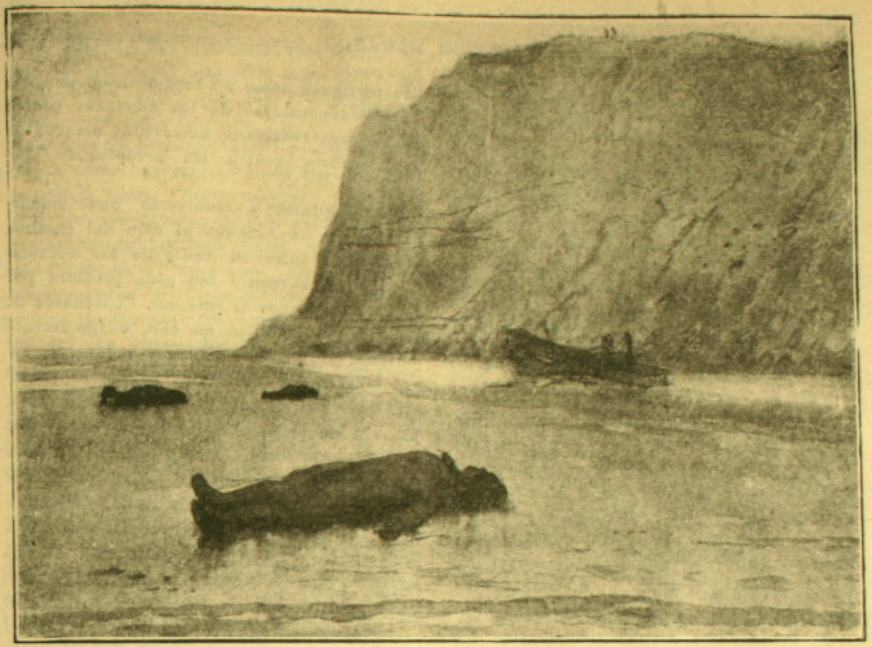
EL ARTE GRIEGO

Comprender!— exclama Rodin fervorosamente—, es no morir jamás! Las obras maestras de la Antigüedad se confunden en

mi espíritu con los recuerdos de todas las felicidades de mi adolescencia, o, más bien, la Antigüedad es mi juventud misma que de pronto se me pone a flor de espíritu y me hace olvidar que soy viejo. En el Louvre, en otros tiempos, los dioses olímpicos me han dicho, como los santos a un monje en su celda, todo aquello que un joven podía comprender; más tarde me protegieron e inspiraron; luego de una ausencia de veinte años he vuelto a ellos con una alegría indecible, y en ese momento lés he comprendido. Esos fragmentos divinos, esos mármoles viejos de más de dos mil años, me hablan desde más alto, me emocionan más que los seres vivientes. Que a su vez los nuevos tiempos mediten acerca de esas maravillas y traten de alzarse a ellas por la inteligencia y el amor. Así se deberán sus mejores goces. Que el hombre puede ser el forjador de su felicidad. El Antiguo y la Naturaleza están unidos en el misterio. El Antiguo representa al obrero humano en su más alto grado de perfección. Mas la Naturaleza está por encima de él. El misterio de la Naturaleza es más insondable que el del genio. El haber comprendido a la Naturaleza hace la gloria del Antiguo.

"Le Vrai Rodin", por Gustave Coquiot.

La joven madre



El fin de un avión alemán

DESPUES DE LA BATALLA

Por PIERRE LOTI

24 de Octubre de 1917.

Bajo un cielo de equinoccio anubarrado y revuelto, mis miradas alcanzan una inmensa extensión de terreno, al tender la vista desde una especie de terraza natural que domina la distancia; planicie trágica como otras muchas a cuyo aspecto nos tiene ya acostumbrados el paso de los Bárbaros, pero desconocidas hasta hace poco tiempo hasta para los sobrevivientes de los más terribles frenesíes destructores de nuestro pobre mundo. Pues bien, sencillamente es este suelo todavía cálido y humeante, nuestro glorioso campo de batalla de la mañana y la tarde de ayer...

Uno se figuraría, realmente, que ayer no más ha pasado un formidable cataclismo que apenas ha comenzado a apaciguarse y extinguirse, dejando a su paso millares de hondas grietas. Y, como si retrocediéramos a los períodos primitivos de la geología, se ve en lo alto, sobre tanta ruina terrestre, correr por el cielo tempestuoso un rebaño de bestias monstruosas que ruedan o se persiguen locamente: unas se mantienen en el aire casi en una inmovilidad de larvas, semejantes a enormes cachalotes con orejas de elefantes; las otras pertenecen al género de los pájaros,—pájaros de proporciones gigantescas cuyo vuelo vertiginoso hace un ruido de tempestad. Si otros hombres de hace cincuenta años vieran esto, creerían hallarse en otro planeta. Si las tropas de Napoleón I resucitaran para mirar lo que pasa en nuestra época, y se les dijera que esto es sencillamente un campo de batalla, creerían con razón que todos los combates

en que ellos tomaron parte fueron juegos de niños en comparación de los que han debido librarse aquí.

La vista baja hasta el fondo del llano, sin ver nada que no esté revuelto como por efecto de un remolino o de innumerables erupciones volcánicas. No queda cosa alguna con forma definida. Aquello que era aldea o granja ha quedado reducido a un montón de piedras, y los bosques, las avenidas, los hermosos árboles que habían vivido siglos, se han convertido en algo como mangos de escobas plantados en el suelo. Por lo demás, el grabado moderno ha fijado y vulgarizado la imagen de todo esto, para vergüenza eterna del Kaiser alemán... Un verdadero mar de humo cubría ayer toda esta región de nuestro país, y oíase sin tregua el estampido de un trueno formidable. Hoy, el viento del equinoccio ha barrido la fetidez de la atmósfera, y la batahola de juicio final acaba de apaciguarse.

Quedan todavía algunos obuses que pasan de un lado u otro, con ruido semejante al vuelo de una perdiz, pero no parecen dirigidos a conciencia y se clavan en la tierra mojada como al azar. Las humaredas no se ven ahora sino a grandes trechos. Unas son blancas, nacaradas y casi bellas cuando el sol alcanza hasta ellas a través de un desgarrón de las nubes. Otras son aterradoras, de un negro de carbón, y brotan de tierra como quien diría al igual de una vegetación instantánea, una especie de matorral que hubiera sido creado a un golpe de la varilla mágica y que no viviera más que un instante. Por lo demás, no importa que el viento barra o no con todas esas fantasmagorías de las nubes. La gran bacanal, el gran espectáculo ha terminado de veras — por lo menos hasta una fecha muy próxima.

En el aire, por ejemplo, la batalla no lleva trazas de calmarse todavía. Los pájaros gigantes se persiguen unos a otros, y hay algunos que aun se atreven con los soñolientos cachalotes, acercándose a la disimulada tras cualquiera nube para dejarse caer sobre ellos y tratar de desgarrarlos. Están también allí infinidad de cazadores que tirotean de todos lados a los pájaros de muerte, los cuales no se abren camino sino entre el estallido de las granadas que los persiguen como un enjambre de moscas; explosiones oscuras de los alemanes contra los aviones franceses; humaredas blancas de los nuestros contra los aeroplanos "boches".

Vese agitarse y revolverse una muchedumbre de un extremo al otro del camino, senda casi única en medio de tal devastación, y se la repara con gran premura por lo mismo que nos es preciosa. Centenares de territoriales trabajan en ello, e igualmente partidas de nuestros soldados sudaneses, cuyas enigmáticas fisonomías negras se destacan bajo sus capuchones de goma amarilla. En vez de pensar en replantar, en reedificar, en fortificarse, lo más urgente en este día siguiente a la batalla, es el arreglo de las vías de comunicación, a fin de que nuestra artillería y las tropas puedan pasar con presteza a proseguir la persecución de los Bárbaros que se retiran a la desbandada. En ello trabajan los territoriales de azul y los sudaneses gualda, combatidos por el viento y la garúa y los proyectiles; a pesar del desfile continuo de automóviles y carros que les obligan a apartarse y revolverse.

Para colmo de confusión, ahí llegan filas lamentables de prisioneros que vienen bajo la escolta de soldados de caballería francesa, y cuyo número engrosa de hora en hora; a mi parecer, ellos han perdido de una vez por todas su famosa arrogancia alemana; la nariz gacha, la cara marchita, encaballada por los anteojos, con sus gorritas a la griega, se ven seguramente mucho menos decorativos que lo que debieron ser los godos o los hunos. Pertenecen ellos sin embargo a una variedad de bárbaros mucho más mala todavía, y más peligrosa que la de sus lejanos precursores....

Pasan también algunas angarillas, en dirección al puesto de socorro más próximo; pasan ¡ay! después, esos modestos catafalcos de tela, a los que se saluda más respetuosamente que a los otros, y en los cuales nada se agita bajo la mortaja que cubre la forma acostada. Son ellos los felices que han caído luchando en su juventud y se alejan hacia la gloria!... En pleno campo, en tierra vuelta al dominio de Francia, les esperan los pequeños cementerios no distantes de aquí. Hasta que vengan a buscarles aquellos que les aman, tendrán su cruz de ma-

dera blanca, con la bella roseta tricolor que se divisa de lejos y la inscripción que no se borra sobre una placa de metal, brillante como plata bruñida...

El camino horadado que sigo ahora de a pie es como una larga terraza que dominara de cerca todas esas cavernas evacuadas ayer *por los Boches*; la más formidable organización subterránea jamás realizada por estos zapadores bárbaros. Es asombroso cómo nuestra artillería pesada ha destruído tan rápidamente todo eso. Por todas partes se ven hoyos que parecen verdaderos cráteres y dentro de los cuales han caído mezclados rocas, postes de fierro y cúpulas de fierro, defensas que se hubieran tomado por capaces de desafiarlo todo y que han caído como castillos de naipes.

Llego al fin al sitio que me ha sido asignado. Estoy por último frente a las famosas canteras que penetran hasta las entrañas del suelo y en las cuales los alemanes se creían *inexpugnables*. Tenían aquí pilares tremendos por su grosor, bóvedas extra-macizas, hechas por así decirlo de una sola masa de piedra: parecen construcciones de cíclopes, alojamientos de colosos. Desde allí, durante meses de meses, se habían propuesto aterrorizarnos en lo más íntimo, por medio de feroces bombardeos que pulverizaban nuestras aldeas y ciudades. Y ahora les ha tocado a sus cavernas, que han quedado partidas en grandes bloques, y hasta lanzados a derecha e izquierda. Y entonces uno se imagina lo que ha debido pasar allí debajo a la hora de nuestro mazazo vengador; qué derrumbe sobre los bárbaros! Y cuánto tiempo no *será necesario* dejar pasar antes de visitar y expurgar estas sombrías profundidades, que no nos han cedido sino después de haberlas emponzoñado con sus basuras, su mugre y sus cadáveres.

Nosotros, que al comienzo de la agresión alemana no teníamos, por así decirlo, nada preparado, estamos ahora tan a su altura como poder destructor, que podemos prod... cirles estas gigantescas catástrofes.

Toda la región que desde aquí se domina está plagada de estas cavernas que llaman "creutes", y se las ve escalonadas por las pendientes, pero como si un terremoto las hubiera sacudido. Ellos habían hozado y socavado por todas partes nuestra tierra francesa, y tejido una especie de laberinto de galerías de topos al fondo del cual se habían refugiado al comenzar nuestras granizadas del bombardeo. Ayer temprano, cuando nuestros soldados hicieron irrupción aquí, no todos los trogloditas se habían resuelto a salir de su cueva, y se les oía aún vociferar, con eco ahogado, en el subsuelo del campo de batalla, donde tuvieron que llegar las granadas de mano a terminar la limpieza.

En presencia de tales resultados, debemos admirar la exactitud casi prodigiosa de los tiros de destrucción, lanzados de lejos sobre objetivos casi siempre invisibles, y nada más que al cálculo con la ayuda de mapas, observaciones de aeroplanos y fotografías tomadas a millares de metros de altura sobre el campo en observación. Cada uno de esos obuses devastadores ante los cuales nada resiste, ha llegado sobre los bosques y valles, como un pesado bólido que tuviera ojos para *guiarse en su camino*. Con las *armas de* precisión modernas, la guerra se convierte cada día más en una ciencia exacta, de lo cual los profanos ni siquiera sospechan.

El crepúsculo que llega acompañado de una lluvia helada, pone infinitamente lúgubre esta gloriosa desolación. Encima sigue todavía la batalla de las bestias del Apocalipsis que aprovechan la claridad que queda en las alturas, más allá de las nubes que nos envían esta obscuridad triste. En la llanura el cañoneo sigue calmándose, y sobre todo se aleja tras el enemigo en fuga. Cuando más, uno que otro obús desorientado cae aquí o allá. Nuestros camineros se van, con la pala y el azadón al hombro, dejando el campo en una soledad más fúnebre. También yo debo irme, una vez terminada mi misión

Como cuadro final, veo llegar un largo cortejo de "piojos grises", como llaman nuestros soldados a los prisioneros. Van al paso, embarrados hasta el pescuezo, figuras de *un gris tosco* sobre el gris de la lluvia y de las oraciones. Vuelvo la cabeza de otro lado para no verme obligado a contestar el saludo al pequeño grupo de sus oficiales, a quienes veo venir arqueando el *cuerpo* en actitudes de suficiencia: son los que pertenecían a la Guardia Imperial, y han debido cortar sus aires por el modelo del Kaiser.

No hay para qué tomar tales actitudes, sin embargo; nuestra victoria de ayer ha sido uno de los desmentidos más insultantes a la leyenda ya desacreditada de la invencibilidad alemana, puesto que ya se sabe que ellos esperaban desde hace días el ataque y se preparaban contra él acumulando cañones y sus tropas más granadas. Los nuestros, al llegar aquí apenas suspendido el bombardeo, se han encontrado con las tropas más escogidas de Alemania, las más hinchadas de orgullo militar; ocho divisiones, entre las cuales la de la Guardia llevaba los más honoríficos títulos. Nuestros soldados, que no tienen tan pomposos títulos, no han dejado por esto de atropellar y darlo vuelta todo, al pasar por aquí como una soberbia marea. Queda pues demostrado que si Alemania, después de cuarenta años de diabólica preparación, puede aplastar los pueblos débiles, en los cuales se desquita con su conocida ferocidad, con nosotros no le queda sino gritar "kameraden" o huir como un ganado ante la innundación.

Y una vaga sonrisa en los labios en flor...

CUENTO VIEJO

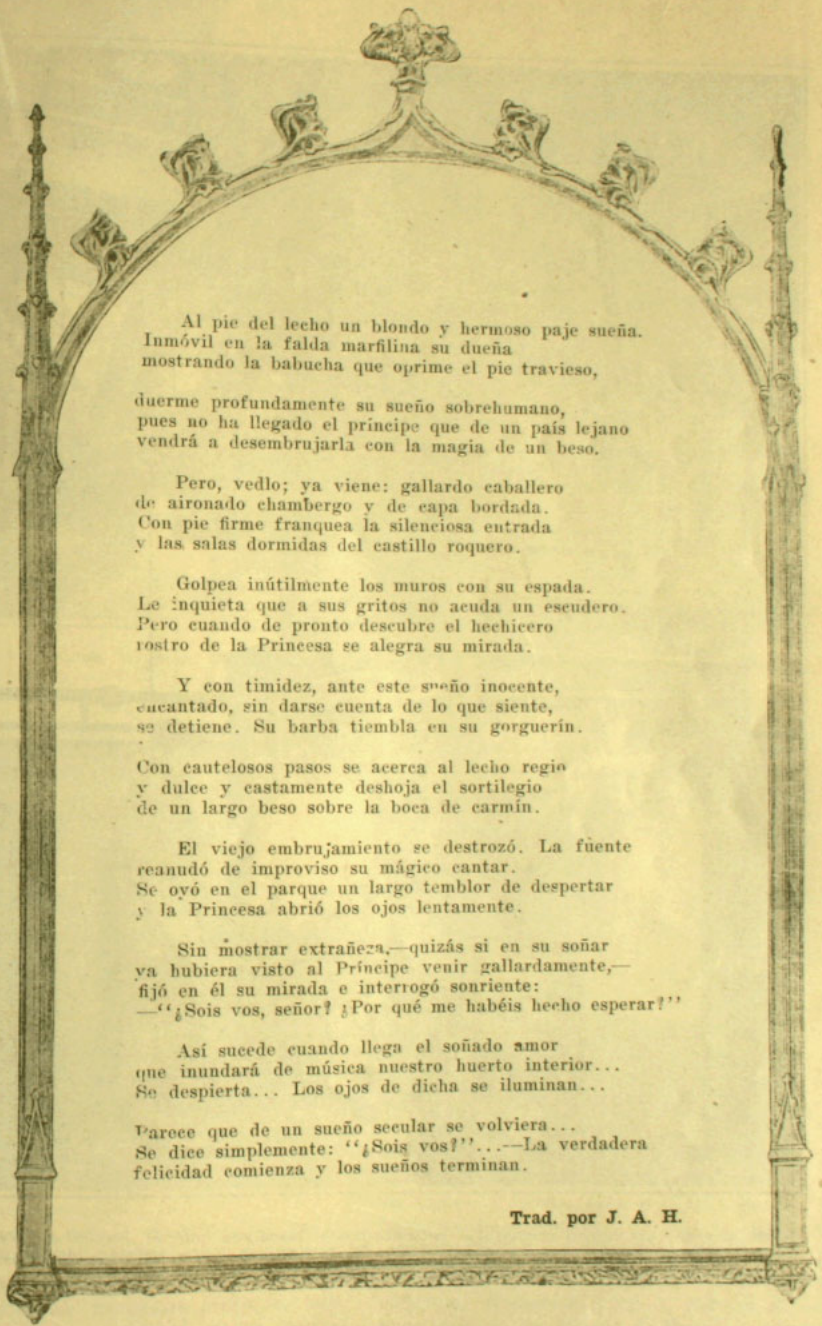
Por

Edmond Rostand

Duerme sobre sus bucles de oro y entre el blancor
de los blandos cojines y del níveo vestido,
con los ojos cerrados por cien años de olvido
y una vaga sonrisa en los labios en flor.

Su cabeza hacia un lado blandamente ha caído.
Un ajimez abierto deja ver el verdor
del parque donde el hada silenció al surtidor
y durmió a cada pájaro en la seda del nido.

Pero, vedlo; ya viene: gallardo caballero...



Al pie del lecho un blondo y hermoso paje sueña.
Inmóvil en la falda marfilina su dueña
mostrando la babucha que oprime el pie travieso,

duerme profundamente su sueño sobrehumano,
pues no ha llegado el príncipe que de un país lejano
vendrá a desembrujarla con la magia de un beso.

Pero, vedlo; ya viene: gallardo caballero
de aironado chambergo y de capa bordada.
Con pie firme franquea la silenciosa entrada
y las salas dormidas del castillo roquero.

Golpea inútilmente los muros con su espada.
Le inquieta que a sus gritos no acuda un escudero.
Pero cuando de pronto descubre el hechicero
rostro de la Princesa se alegra su mirada.

Y con timidez, ante este sueño inocente,
encantado, sin darse cuenta de lo que siente,
se detiene. Su barba tiembla en su gorguerín.

Con cautelosos pasos se acerca al lecho regio
y dulce y castamente deshoja el sortilegio
de un largo beso sobre la boca de carmín.

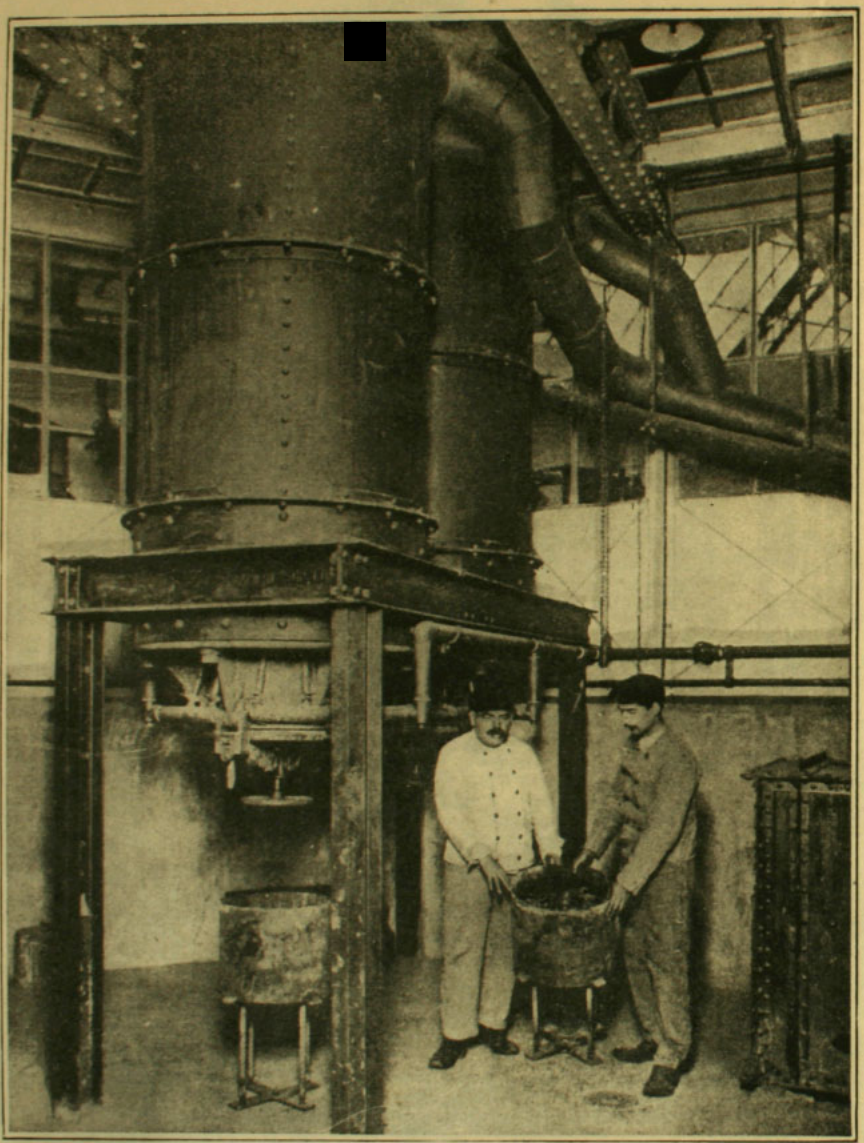
El viejo embrujamiento se destrozó. La fuente
reanudó de improviso su mágico cantar.
Se oyó en el parque un largo temblor de despertar
y la Princesa abrió los ojos lentamente.

Sin mostrar extrañeza,—quizás si en su soñar
ya hubiera visto al Príncipe venir gallardamente,—
fijó en él su mirada e interrogó sonriente:
—"¿Sois vos, señor? ¿Por qué me habéis hecho esperar?"

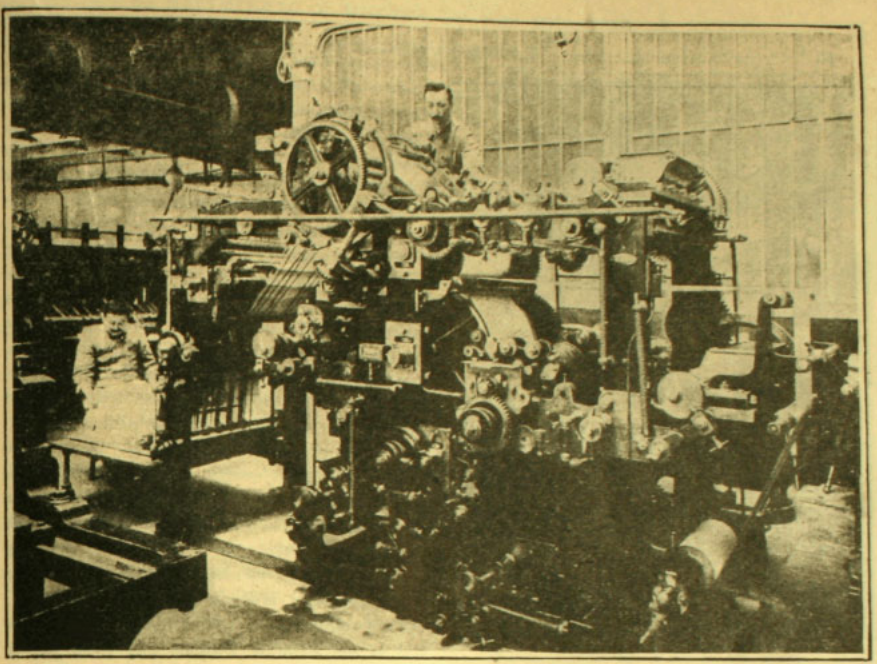
Así sucede cuando llega el soñado amor
que inundará de música nuestro huerto interior...
Se despierta... Los ojos de dicha se iluminan...

Parece que de un sueño secular se volviera...
Se dice simplemente: "¿Sois vos?"...—La verdadera
felicidad comienza y los sueños terminan.

Trad. por J. A. H.



Vista general del horno crematorio recientemente instalado por el Banco de Francia para inutilizar los billetes, en substitución del antiguo y lento sistema ideado por el eminente químico Berthelot.



Rotativa sistema Marinoni para imprimir y numerar al mismo tiempo los bonos postales.

Nacimiento y muerte de los billetes de banco

Por Jacobo Boyer

Con ilustraciones fotográficas

Desde los comienzos de la guerra, los países beligerantes y neutrales han aumentado en formidable proporción las emisiones de papel moneda a fin de satisfacer las crecientes necesidades del comercio, por escasez de metálico, o mejor dicho, por la acumulación de oro en los bancos del Estado y tesorerías nacionales.

Así vemos que el caudaloso río de oro desembocado durante estos tres últimos años en Wáshington y Nueva York determinó la estampación de numerosas series de billetes de Banco, en proporción de las reservas en oro. Sin embargo, por lo enorme de la cantidad de billetes que se necesitaban para representar en papel moneda la garantía metálica que existe en las arcas del Tesoro, parecía imposible salir airosos de la empresa; pero los norteamericanos no son gente que se apuren por tan poca cosa, y sus técnicos, siempre al acecho de mayores adelantos, inventaron nuevas máquinas, cuya economía de tiempo y trabajo sacó de dificultades al gobierno, revolucionando de paso la fabricación de billetes.

Estas maravillas de la mecánica moderna numeran, estampillan, tiran y ordenan automáticamente los billetes de Banco, y cada una de ellas da triple rendimiento del de las máquinas antiguas, con la circunstan-

Mecanismo dispuesto para la preparación del papel en que se han de estampar los billetes de Banco.

cia de no necesitar más que un solo operario y un ayudante para su funcionamiento, cuando hasta ahora se habían necesitado dos hombres y cuatro mujeres para efectuar la serie completa de las mismas operaciones.

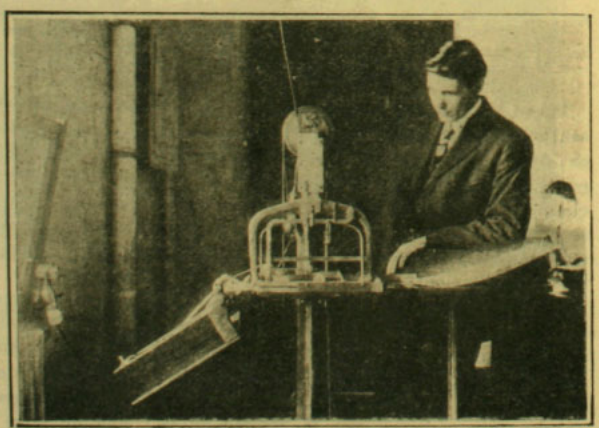
La nueva máquina, con su mecanismo de alimentación, ejecuta todas las fases de la fabricación de billetes, excepto estampar el grabado. Al salir los pliegos de la prensa, los toma la nueva máquina, los ordena y numera en series y los cuenta por paquetes de cien, estampando además en cada billete la contraseña oficial. Cada pliego tiene cuatro billetes y el compartimiento depósito de la máquina es capaz para 9,000 pliegos, o sean 36,000 billetes, que bastan al funcionamiento de la máquina durante tres horas, y puede renovarse el depósito sin necesidad de pararla.

El mecanismo numerador señala todas las cifras desde el 1 a 100.000,000 e imprime sucesivamente los números de las series con tintas de varios colores, en cualquier punto del derecho o del revés del billete. Se comprende cuánto ingenio ha tenido que desplegar el inventor para construir engranajes susceptibles de efectuar rápidamente estas operaciones sin intervención de manos humanas.

Pero la nueva máquina no sólo resume en sus mecanismos las diversas operaciones que antes efectuaban aisladamente distintas máquinas, sino que ejecuta otras que no se efectuaban mecánicamente. Así, por ejemplo, después de numerar y sellar los billetes, los reúne disponiéndolos todos en un mismo sentido con tanta habilidad y mucho más rápidamente que una persona lo hiciera. Además, antes de salir de la máquina, cuenta los billetes y los empaqueta de cien en cien, con la particularidad de que el ciclo entero de todas estas operaciones dura mucho menos tiempo que una sola de ellas en el antiguo procedimiento.

Desgraciadamente, el ministro de Hacienda de los Estados Unidos, que tuvo la deferencia de autorizar a nuestro corresponsal para fotografiar esta obra maestra de la mecánica, no creyó oportuno dar pormenores acerca de su funcionamiento por impedírselo el secreto del Estado, y así hemos de limitarnos a la descripción en líneas generales.

Veamos ahora el mecanismo de alimentación sin el cual no podría funcionar con precisión y rapidez la máquina. Este mecanismo iguala los cuatro bordes del bi-

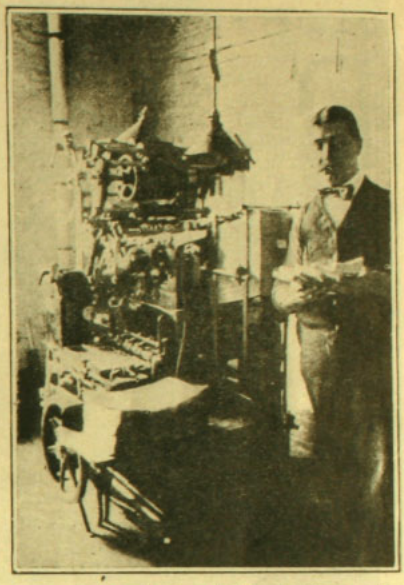


Operación de contar los pliegos de papel que han de entrar en la máquina.

llete. En el antiguo procedimiento, después de pasar los pliegos por las máquinas de numerar y sellar, se cortaban por los bordes más largos y nunca salían iguales, al paso que en la nueva máquina es indispensable la matemática exactitud de los bordes de todos los pliegos para que reciban las sucesivas impresiones en el mismo punto.

La combinación de los órganos necesarios al efecto no fué la tarea menos ardua del técnico Stickney, inventor de la máquina, pues a causa de la alternativa sequedad y humedad a que en la prensa está expuesto el papel, se abarquillan los pliegos al final del trayecto y es preciso alisarlo antes de entrar en la nueva máquina.

El gobierno de Wáshington ha instalado quince de estas prensas automáticas, con cuarenta mecanismos de alimentación, por la suma total de 80,000 dólares; pero vale bien la pena de este dispendio al considerar que al cabo del año obtendrá una economía de 140,000 dólares. Por su parte, el Sr. Ralph, director general del Tesoro, ha inventado recientemente otra máquina para lavar y desinfectar los billetes que actualmente circulan con tanta profusión como nunca en los Estados Unidos. Se introducen los billetes entre dos cintas continuas de paño embebido en la solución desinfectante, que los restriegan suavemente hasta dejarlos limpios. Pasan después automáticamente entre otras dos cintas continuas de paño seco, que los hacen atravesar por dos rodillos de hierro calentados con gas, que los

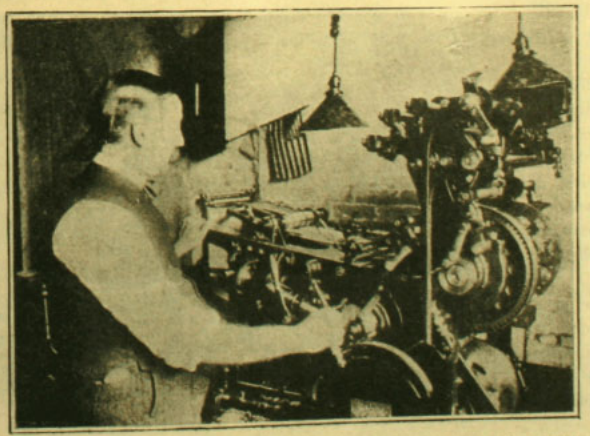


Comprobación de los billetes de Banco después de impresos y numerados por la máquina Stickney.

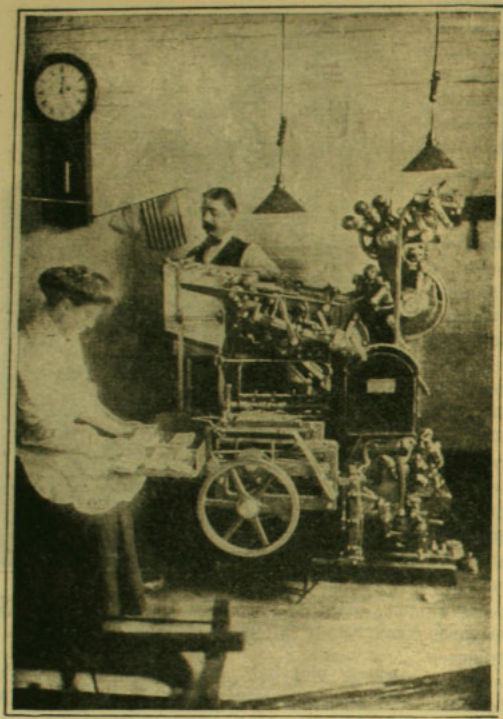
secan y planchan. Bastan dos operarias para lavar con esta máquina 4,000 billetes por hora.

El Banco de Francia se preocupa igualmente de la limpieza de los billetes y no vacila en substituírlos por otros nuevos cuando están incompletos o muy manchados. Pero como desde el principio de las hostilidades la circulación fiduciaria ha llegado en Francia a la enorme cantidad de veinte mil millones de francos, se cuentan por miles de kilógramos los billetes rotos o sucios que es preciso destruir cada año con las suficientes precauciones para no dejar ni rastro de ellos.

La inutilización se efectúa, con arreglo a los estatutos del Banco, en presencia de uno de los directores. Antiguamente se colocaban los billetes viejos en un cilindro enrejillado que giraba sobre varillas metálicas, accionan-



Otro aspecto de la nueva máquina impresora de billetes de Banco proyectada por el ingeniero Stickney.



Numeración e impresión tipográfica de los billetes de Banco en la nueva máquina inventada por el ingeniero norte-americano Stickney.

do por un manubrio al estilo de las tostadoras de café, y el fuego encendido debajo iba quemando al aire libre los billetes.

Este sencillo y primitivo procedimiento es eficaz para no muy gran cantidad de billetes, pero cuando en 1875 acordó el gobierno francés suprimir los de cinco, veinte y veinticinco francos emitidos con motivo de la guerra con Prusia, los ingenieros del Banco hubieron de idear otro procedimiento más a propósito para inutilizar tan enorme cantidad de billetes.

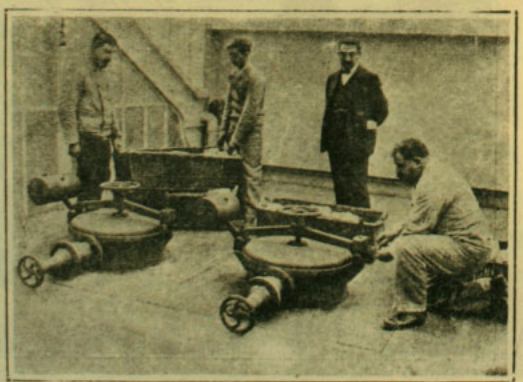
El sugerido por el famoso químico Berthelot consistía en meter los billetes sueltos en lejiadoras rotativas de 400 a 500 kilógramos de capacidad, donde durante tres días los maceraba una solución de sesenta kilógramos de sosa cáustica en 4,000 litros de agua y los billetes quedaban reducidos a una pasta. Pero este procedimiento requería el deshoje previo de los paquetes para soltar cada billete de por sí y daba un residuo demasiado voluminoso.

En consecuencia, los técnicos del Banco de Francia, asesorados al efecto por el químico Haller, miembro del Instituto, y por el ingeniero Lequeux, especialista en materia de calefacción por gas, proyectaron una especie de horno crematorio para incinerar los billetes usados.

Dos fases abarca la incineración en este aparato: la primera consiste en la ordinaria destilación en recipiente cerrado y tiene por objeto convertir los billetes en carbón, que se quema durante la segunda fase de la operación.

Sin embargo, tanto el procedimiento químico de Berthelot como el físico de Haller tienen el inconveniente del previo desempaquetado de los billetes, pues de lo contrario, si se pusieran por paquetes, no alcanzarían a toda la masa ni la solución cáustica ni el calor de las llamas. Tampoco ha sido eficaz la pila holandesa de cilindros provistos de cuchillas contra los cuales se apelotonan los paquetes en el transcurso de la operación.

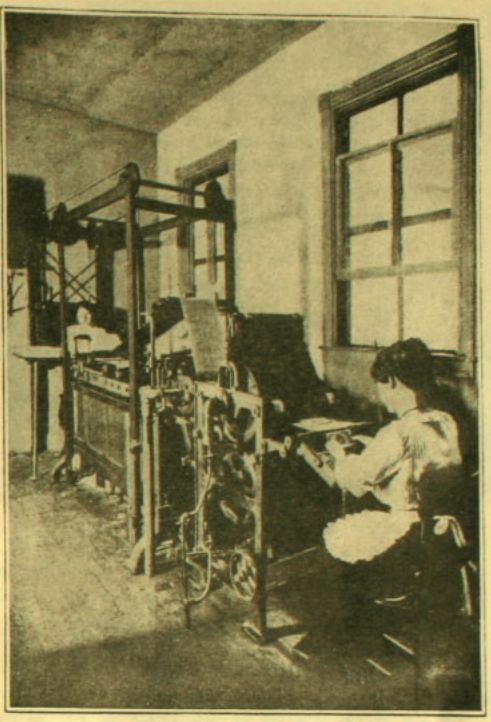
Los técnicos del Banco de Francia han remediado estos inconvenientes con un nuevo aparato crematorio, compuesto de una retorta metálica de libre dilatación y fondo



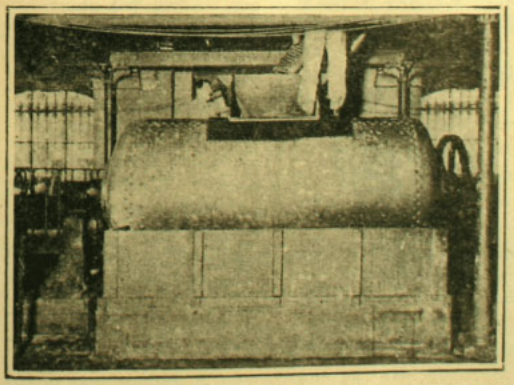
Introducción de los billetes que se han de inutilizar en el nuevo horno crematorio del Banco de Francia.

perforado para permitir el paso del gas, revestida de una cubierta refractaria. Por el vértice comunica la retorta con un conducto provisto de una compuerta, que desemboca en un tiro de chimenea. En el espacio anular entre la retorta y la cubierta refractaria hay un tipo de escape de humo, enlazado por medio de un registro con el tiro de chimenea. Los billetes se introducen en la retorta sin necesidad de desempaquetarlos; después se calienta el aparato por medio de una batería de mecheros de gas, dispuestos en la parte inferior del espacio anular. Poco a poco se va destilando la masa de billetes, y los alquitranes y primeros productos de la destilación se escapan por los agujeros del fondo, e inflamándose al contacto de la batería de mecheros, contribuyen a aumentar la temperatura, y los humos de la combustión pasan por el tubo del espacio anular a la chimenea de salida.

Carbonizada la masa de billetes, se abre la compuerta del tubo enlazado con el vértice superior de la retorta, se cierra el registro del tubo del espacio anular y el aire se precipita en el interior de la retorta para convertir en cenizas el carbón todavía candente. Desde el principio de la guerra este aparato funciona continuamente en el Banco de Francia y acaso sea preciso instalar otros. Cada vez pueden quemarse en la retorta 150 kg. de billetes y la incineración dura unas veinte horas. Este nuevo procedimiento no sólo economiza tiempo, trabajo y dinero, sino que los productos de la destilación ahorran mucho gas, pues con quince francos de fluído se incineran billetes de cien francos en cantidad de quince millones.



Máquina para lavar y desinfectar los billetes de Banco enmugrecidos por el uso, inventada por Mr. Ralph, director del Tesoro de los Estados Unidos.



Antigua retorta en donde antes de la guerra actual se inutilizaban por calcinación los billetes del Banco de Francia.

En cuanto a los billetes postales, que también son papel moneda, se fabricaban hasta hace poco en máquinas cuya tirada, de mil pliegos por hora, comprendía el fondo, la viñeta y la numeración en negro y color. Hoy día, una nueva rotativa Marinoni ejecuta todas estas operaciones de una vez y tira ocho mil pliegos por hora.

El papel se desarrolla continua-

mente del carrete y un cilindro imprime el fondo y otro la viñeta. Una línea de tambores efectúa la numeración de color y otra línea la de las series. Cada pliego contiene diez billetes postales, y al salir de la máquina se van amontonando de cinco en cinco pliegos sobre la mesa, donde los recibe un operario.

Además de la exactitud, rapidez y economía que en la fabricación de los billetes de Banco y cualquier otro papel moneda se obtiene con estas nuevas maravillas de la mecánica, no es menor ventaja la de dificultar en sumo grado las falsificaciones, porque, como saben los entendidos en artes gráficas, la estampación de un impreso, y sobre todo de índole tan delicada y nítida como el billete de Banco, comunica siempre al documento salido de entre cilindros un carácter especial, un distintivo inconfundible, semejante a la fisonomía de las personas, que si era relativamente fácil de imitar con los antiguos procedimientos cuando el falsificador era diestro en el arte del grabado, es punto menos que imposible con las nuevas máquinas, pues una vista experta distinguiría sin mucho vacilar la diferencia de características comunicadas por la máquina. Por otra parte, según ya dejamos dicho, el gobierno de los Estados Unidos mantiene en riguroso secreto profesional el fundamento omemático de los mecanismos constituyentes de la *máquina Stickney*, por lo que les fuera preciso a los falsificadores sobornar de antemano a los poseedores del secreto para proceder a su ilícita y criminal industria con los elementos de fabricación requeridos por el remedo exacto del billete legítimo.

Aunque no de tan urgente aplicación como a los billetes de Banco, también podría ser útil la nueva máquina Stickney, convenientemente modificada, para la impresión y tirada rapidísima de las acciones, obligaciones y otros documentos fiduciarios que en tan crecido número necesitan la multitud de compañías ferroviarias, navieras, mercantiles, industriales, mineras, etc., constituídas bajo el axiomático principio económico de que muchos pocos acumulan los grandes capitales, como las gotas de agua forman los mares y los granos de arena forman los montañosos macizos que asombran al explorador.

Uno de los lagos del Parque Nacional del Crâter Lak(

Parques nacionales

Con ilustraciones fotográficas

Cuando en presencia de las bellezas naturales se piensa que el esfuerzo humano por imitarlas ha sido siempre inútil, de una impotencia caricaturesca, concluímos forzosamente por deducir que a pesar de todo ese considerable esfuerzo, incesantemente pulido y perfeccionado en el curso de los siglos, el hombre no logrará jamás aventajarlas. Nunca, como entonces, nos sentimos más inquietos de nuestra mezquina insignificancia, y, alarmados de la pequeñez del detalle humano ante la vasta y perfectísima obra de la naturaleza, estalla de improviso la grandeza de respetarla y el empeño de esforzarnos para que los demás hagan lo mismo.

Es así como, dejando de la mano el vulgar utilitarismo que le imprimimos a cuanto ejecutamos, nos reconciliamos con ella, así sea que reposemos en el monte, naveguemos por el lago andino o descendamos por una quebrada que sumerge en el misterio y en el silencio. Una admiración sin límites por el conjunto, no sólo pone en el turista esa expresión de tan justificado respeto por la salvaje libertad de donde debió partir su remoto antecesor para conquistar el mundo, sino también el deseo violento y cariñoso de transmitir a alguien sus impresiones, de volver a ver esas bellezas rústicas y soberbias que jamás fatigan y compartir entonces su primera satisfacción.

Si hasta ahora pudiera parecer prematuro tomar la defensa de las bellezas naturales, teniendo en cuenta la extremada generosidad con que la naturaleza ha favorecido este *borde pintoresco* de la América del Sur, hay que recordar, sin embargo, los muchos dones que hemos perdido de los que ella nos diera. La belleza panorámica de Chile no ha debido ser para los Incas ni para los conquistadores españoles lo que es para nuestros contemporáneos de donde arranca la protesta y la alarma de los muchos que desean conservar algún documento de eterna vida y de inalterable belleza silvestre que atestigüe la actualidad en el porvenir.

Un palmarium chileno

Se desea también, junto con esto, satisfacer un propósito humanitario de imponderable provecho: arrancar al que no vive confortado con los recursos que proporciona la fortuna, del estrecho medio ambiente en que siente cómo se le apergamina el cuerpo con el trabajo, a medida que el espíritu se le endurece tomando los vulgares contornos que le imprime el molde de la vida diaria, para recrearlo y fortalecerlo frente a frente de la belleza salvaje: hospedándose a la intemperie o vagando, siquiera por una breve temporada, como un nómada, por valles y montañas que ensanchen el horizonte de su comprimida fantasía.

Perdido en una selva o acompañado de un guarda bosque, al pie de un ventisquero o tendido en una playa, el turista debe sentir, y se siente en efecto, que la vida retoña con vigor extraño, como el de esa ruda vegetación que salpica el torrente andino que se despeña ruidosamente sin tocarla entre un delicado encaje de espuma. Su fatigada vista, por la que asoma la imaginación adormecida con la estrechez y el colorido uniforme y opaco del taller, se ensancha, se dilata, se ilumina y vaga entusiasmada por la estepa de flores polícromas y las riberas arenosas que reverberan al sol.

Es esto lo que se quiere con la formación de Parques Nacionales del Estado y el propósito único y encomiable que anima a la Sociedad Nacional de Turismo en Chile.

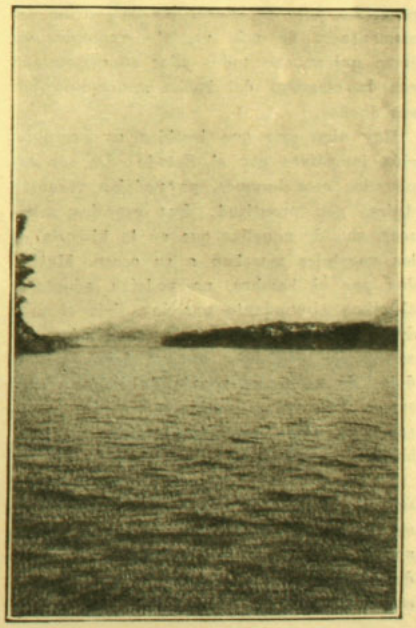
Parece que no quisiéramos darnos cuenta

Panorama de la Reserva Forestal de Petrohué con el volcán Calbuco al fondo.

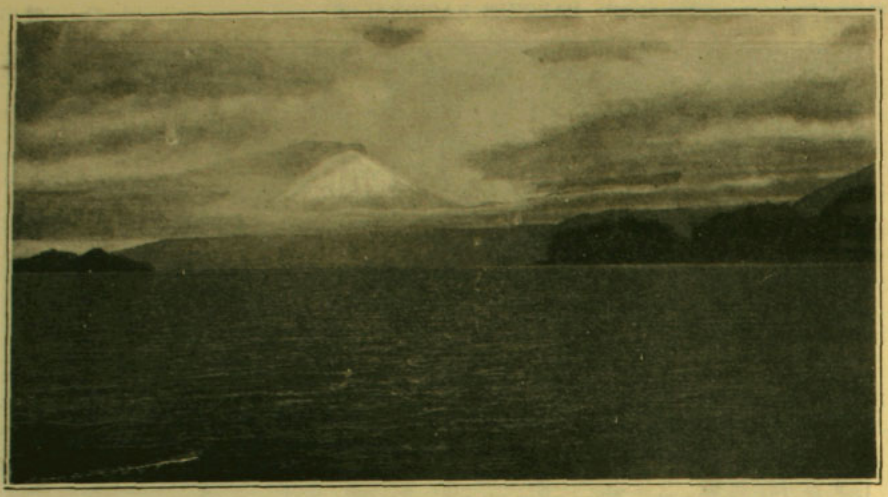
Cabaña de un guarda bosque en el Parque Nacional de las Sequoias (Estado de California)

que nuestro pueblo se envejece prematuramente aturdido por un trabajo organizado en forma severa y grotesca, monótona y fatigosa más propia de la edad media que de la vida contemporánea. Por eso, aunque nunca haya pasado la oportunidad de modernizarlo, siempre será más eficaz y más económica la ejecución de esta tarea social, mientras más pronto la veamos realizada. No se podrá pensar en el rejuvenecimiento del hombre adolorido con la pobreza, sin vincularlo sabiamente a los medios naturales de lograrlo como ya lo han hecho tantos otros pueblos más previsores y sobre todo de mejor gusto que el nuestro.

Hay que defender y reservar para siempre, con la intransigencia del creyente convencido, un oasis de tamarugos, aunque más no sea que uno solo, de la región desértica de Tarapacá para que sirva de refugio o de retiro a la población pampeana curtida por la caldeada intemperie de la rica pero mortífera zona salitrera. Con análogo criterio, necesitamos defender a todo trance los macizos litorales de Fray Jorge y Talinai que recogen eternamente el hálito salobre del mar para festonearse con bordados de usneas y tillandsias que cuelgan de las ramas terminales como una dádiva divina haciendo resaltar esa maravillosa vegetación al término de una vasta extensión de cerros desventrados por las faenas mineras. Y, más al sur, acercándonos a la capital,



Lago Todos los Santos con Volcán Osorno



Lago Todos los Santos con volcán Osorno f.

bemos consagrar a la Nación un Palmarium de mil o más jubaeas substraídas para siempre del mercantilismo que no ve en ellas otra cosa que la utilidad de envasar su azucarada y abundante savia.

Estos serían los tres parques principales de la región septentrional. Los más indispensables para satisfacer las exigencias del momento y de más urgente expropiación, como quiera que todos ellos se encuentran con la amenaza del hacha suspendida por sus dueños.

Hay algo más que justifica su expropiación inmediata por el Estado. De ser explotados esos bosques, no podrían reconstituirse con prontitud. Sus especies arbóreas, son de aquellas que en la historia de los vegetales marchan a su ocaso. Mutiladas por el hombre, no podrían adaptarse al clima circundante que invadiría el área de su vegetación tan pronto como la humana avidez las profanase aunque fuera privándolas de su tenue ropaje de lianas y del espeso matorral extendido a sus pies y que, como un tapiz protector, retiene la bienhechora humedad del suelo.

El viento del continente, enardecido a su paso por áridos lomajes, abatiría los renuevos con la complicidad del ganado menor que vaga por las inmediaciones aguardando con miradas de impaciencia que el suspendido follaje quede algún día más al alcance de sus hocicos debilitados por la abstinencia.

Se abriría, entonces, para esa vegetación histórica, de la que nuestra palma indígena sea tal vez por su viejísima apariencia, la que más la caracteriza, la amplia puerta del pasado para incorporarse con algún atraso biológico, que muy bien podríamos eternizar, en la flora geológica que antecedió a la de nuestra época.

Las provincias centrales necesitan a su vez de un parque nacional de caracteres andinos: una garganta cordillerana de erizados flancos en los que se superpongan estratas de granito y de basalto, con bloques erráticos en su cauce y manchas de quillayes, pataguas y maitenes en sus abras para abandonarles el cansancio que provoque su visita.

En cuanto a la formación de los parques meridionales, el propósito matriz se encuentra, cuando menos, satisfecho. Faltaría tan sólo organizar el cómodo acceso del público a las Reservas Forestales de Malleco, Villarrica, Petrohué y Llanquihue que reunen aproximadamente, entre todas, ochocientas mil hectáreas de montañas.

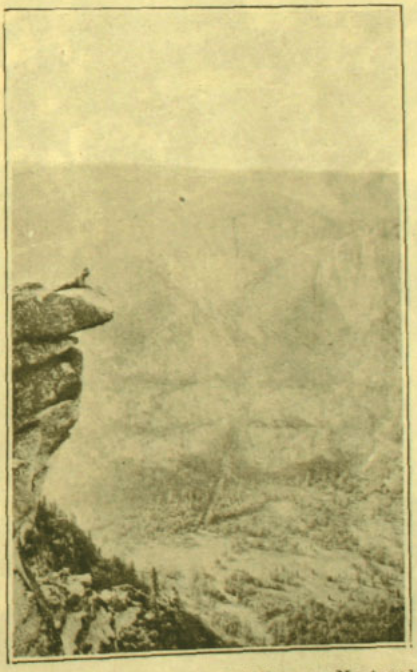
De todas ellas, la de Petrohué sería sin duda la favorita del público, la Joya del turismo en Chile, con el Lago Esmeralda en el corazón mismo de la reserva, el Lago Todos Santos, el lago incomparable, por su co-

lerio, su misterio, por sus encantadoras selvas ribereñas que bañan sus ramas en el agua reflejándose en ella, eterna y nítidamente, mientras el turista tiene siempre a la vista, cuando navega, los cuatro gigantes que asoman sobre la selva virgen sus nevadas cabezas como para vigilarlas y defenderlas de la insolencia humana: el Osorno, el Calbuco, el Tronador y el Puntiagudo.

No faltaría sino, para completar esta obra, un parque nacional con panorama noruego, un parque exclusivamente de verano, con fjords y ventisqueros, breves crepúsculos que incendien las empinadas crestas y descompongan la luz solar sobre las aristas del hielo eterno en todos los tonos y matices del espectro. Los hay y muy hermosos en los que muere el día repentinamente y repentinamente vuelve precedido de una aurora fugaz y tibia, que disipa de súbito las sombras de una breve y silenciosa noche austral.

¿Es esto, acaso, pedir demasiado, para un pueblo tan repartido, que se muere de tedio y en el que los pocos que tienen como hacerlo necesitan buscar estas mismas e inferiores bellezas en la Italia sonriente y en la nevada Suiza?

¿Podríamos quedar impasibles con la afrenta de nuestras estadísticas sanitarias que nos advierten de qué manera horrible se llenan los hospitales, las cárceles y los manicomios, y se avejenta la juventud en otro tiempo tan sana y tan alegre y hoy mordida precozmente por el escepticismo, mientras afuera una naturaleza silvestre, vigorosa y seductora, que nadie quiere defender, nos llama con un supremo y cariñoso ademán de despedida?



Uno de los panoramas del Parque Nacional del ventisquero (Estado de Montana)

Dos Jocks con algunos de sus numerosos prisioneros capturados en las líneas alemanas.

El crimen del Barbero

Por

Carlos González Peña

Con ilustraciones

Aquella mañana, al entrar Francisco en la peluquería, don Lucas, el maestro, le vió más atufado y cariacontecido que nunca. Saludó al aprendiz con un seco "buenos días"; quitóse la raída chaqueta; substituyóla por el saco de dril blanco; encaminóse al rincón; cogió la escoba de largo mango, y empezó a hacer, mudo, cabizbajo, la limpieza del piso de mal unidas tablas donde se hallaban aún esparcidos restos de pelambre.

A don Lucas no le placían aquellos modos. Era charlatán y decidor como suelen serlo los peluqueros. Amaba su oficio justamente por las múltiples ocasiones que le brindaba para convertirse en sábelotodo. Lo que ejercía desde treinta años atrás; y, en tan largo período, **La Elegancia**—así se llamaba el "establecimiento",— había sido el lugar de la cita de la mejor sociedad laguense. Conocía don Lucas como a sus propias manos la cabeza calva— calva y lustrosa como jícara,—del viejo cantor de la parroquia; la puntiaguda del subdiácono de la misma, vulgarmente apellidado **la Padra**; la respetable del licenciado Múzquiz, tan dado a disertaciones y genealogías sobre los orígenes de sus ilustres coterráneos. Le eran familiares las barbas luengas de don Bardomiano Torreblanca, antiguo carrero transformado en rentista, tanto como los nacientes hilillos rubios de Paco López, el "pollo" de moda, risueño y chancero. Le había metido también mano en el cogote al mismísimo señor cura; y se preciaba, guasón, de haberle puesto los dedos en la cara a don Jesús Fuentes, el buscapleitos más notable de los contornos, que se las echaba de no permitir jamás tal cosa a cualquiera que no fuese don Lucas. El maestro, finalmente, tenía a grande honor el haber rasurado, cuando era simple aprendiz, al ínclito don Benito Juárez, una vez que el patricio se detuvo por breve tiempo en la cabecera del segundo cantón de Jalisco.

Ignórase si esto es verdad, y por afirmarlo o negarlo han andado a la greña muchos eruditos de la ciudad. Lo que sí está fuera de duda es que **La Elegancia** ha sido desde tiempo inmemorial el más característico mentidero de la región. Allí se chismea de política; se ensalza o desuella a los curas—según el cliente;—se dirimen cuestiones locales suscitadas por la "rapacidad" tapatía; examínanse pleitos pendientes de aguas o tierras; se habla mal de toda la gente, y hasta suelen redactarse editoriales para **El Defensor del Pueblo**, periodiquete local que sale cada vez que hay modo de que salga... Pero lo que mayormente caracteriza al establecimiento, lo que le da el tono, por decirlo así, es que en su recinto se han tramado, de tiempo inmemorial, las aventuras juveniles todas, desde simples noviazgos hasta calaveradas "gatunas" y bailes "de popote". No es osado afirmar, pues, que don Lucas ha sido el confidente de la mocedad dorada, y que ha asistido, desde sus preliminares, al proceso amoroso de muchos matrimonios ahora respetables y fecundos.

Llámanle por mal nombre sus clientes **El Pitoche**. Le piden prestado; le obsequian copas; lo tutean. "Pitoche, préstame una peseta porque no traigo "suelto". "Pitoche, encarga dos pollos fritos y cuatro reales de enchiladas, porque cenaremos aquí" "Pitoche, averigua si las niñas de enfrente van hoy al "rezo"... Y Pitoche por aquí y Pitoche por acá... Pitoche lo sabe todo; todo lo cuenta; todo lo descubre; todo lo presta y todo lo cobra. Pitoche, o séase don Lucas, es un prohombre en la galería de los héroes laguenses.

¿Cómo no había de escocer, por tanto, al parlachín y suspicaz don Lucas, que el gaznápiro del aprendiz llegase con aquella cara de sargento de caballería? Le veía dar escobazos a derecha e izquierda, sin miramiento alguno para la finísima "duela" del pavimento. El demonio le andaría

en las entrañas, a juzgar por los ojos enrojecidos e hinchados que traía; por la color lívida que parecía poner de relieve las espinillas que daban a sus mofletes semejanza notable con un empedrado; por la jeta inferior, colgante y temblorosa, como si fuera a llorar; por el fruncido entrecejo que acentuaban los mechones de pelo caídos sobre la frente, y hasta por el encorvamiento abrumador del cuerpo flaco y enclenque...

No cesaba don Lucas en sus ojeos, ni el mustio en sus escobazos Y mientras el uno iba de aquí para allá, el otro, afilando con mimio cuidado una navaja, no le quitaba las miradas de encima. "¿Qué diantres le habrá ocurrido a este?"— gruñía Pitoche, mientras Francisco, dale que dale con la escoba, hacíase el sordo.

Distraído estaba el maestro en dar la última pasada a la de rasurar sobre la piedra chorreante de aceite, cuando, de pronto, escuchóse lastimero aullido. Y pudo observar don Lucas que un can salía de estampida, cuando aún tenía en el aire el aprendiz la nerviosa pierna, tras de haber propinado al animalejo soberbio puntapié.

—¿Podrá saberse—interrogó airado don Lucas—qué tales te sucede? ¿Por qué —aquí un terno de los más sonoros— le pegas a mi perro?

Sintió ánimos Francisco de aventar la escoba, despachando enseguida noramala al propietario de **La Elegancia.** Mas tan grande ira rezumaba la faz trigueña, de recortados bigotes grises, del maestro, que experimentó súbita flaqueza: bajó la frente, y murmuró con entrecortadas palabras:

—Dispénseme, padrino .. Es que no sé lo que hago...

—Ya, ya... Ya lo estoy viendo... — empezaba a decir Pitoche, preparándose para enderezarle el consabido sermón, cuando observó que el aprendiz dejaba en un rincón la escoba, y sentándose en la silla más próxima dábase a llorar silenciosa y amargamente, con fuertes sacudidas que hacían trepidar sus espaldas.

—¡Caray! ¡Caray, hombre! ¿Pero qué diablos ocurre?— interrogó paternalmente el barbero, acercándosele, más que por compasión, picado de curiosidad.

Y todo fué que Francisco overa aquello para que se pusiera en pie más que de prisa, y, sin sombrero, a desiguales zancadas, se largara calle afuera, como un poseído. En vano don Lucas quiso detenerle. Cuando desde el quicio de la puerta le llamaba con grandes palmadas y voces, ya el aprendiz iba lejos, camino del río...

II

La mañana era luminosa y sonriente; mañana de Junio. Arrastraba el río enorme caudal de aguas plomizas que bajo la luz tenían a veces cambiantes de rojo, de orín y de azul cobalto. La crecida había sido terrible: huertas arrasadas, árboles arrancados de cuajo que iban flotando sobre la corriente impetuosa, milpas deshechas... Mas, como por un milagro de la primavera, súbitamente, sobre la devastación, el sol reía con la más prometedora de sus cascabeleantes risas de luz, y el azul del cielo—azul de cielo jalisciense,— reflejaba sobre las aguas una que otra nubecilla blanca, juguetona, aniñada, que, como el sol, parecía reir también de la pasada tormenta.

Caminaba Francisco paso a paso por la calleja en ruina por anteriores inundaciones—que colinda con la arenosa ribera. Ya había dejado atrás la mole gris y bermeja del Convento de Capuchinas, y la construcción blanca, de suaves recordaciones infantiles, de la escuela. Daba traspiés en el lodo; rompía con sus toscos zapatos el cristal de las charcas, y escuchaba como un sonámbulo el parloteo de las urracas entre los frondas de olmos y sauces.

Detúvose en el improvisado embarcadero donde atracaba la canoa, con ánimo de atravesar el río e internarse en la "Otra Banda". Ya venía aquella tripulada por dos gañanes forzudos, de musculosos brazos, quienes agarrados al **calabrote** impedían que la furiosa avenida diera al traste con su frágil embarcación. Junto a Francisco esperaba una vejezuela de rojo **chomite** y blusa negra con escapularios encima, la cual, arrebujada en el rebozo, entreteníase en anudar a la punta de ancho **paliacate** la sucia y resonante calderilla, producto de la venta en el mercado. Aguardaba, asimismo, un mayordomo de hacienda, encasquetado el sombrero charro al que lluvias y soles habían robado su gallardía, y teniendo de la brida a una yegua alazana, asaz trasijada.

Mansa y silenciosa era el agua de la orilla Arribó la canoa, abriendo ancho surco

que se prolongaba en temblorosas ondas. Descendieron dos o tres rancheros, con sus **huaraches** en la diestra. Guardó en el seno la vejezuela su **paliacate** y requirió las vacías canastas. Arreó el mayordomo a la yegua, no sin haber cruzado antes sobre la silla los estribos de *negruzco* cuero y entregado las riendas a un muchacho de la barca. Y ambos, a seguidas de Francisco, treparon a la canoa.

—¡Amonos, *amigo*!—dijo uno de los gañanes al otro.

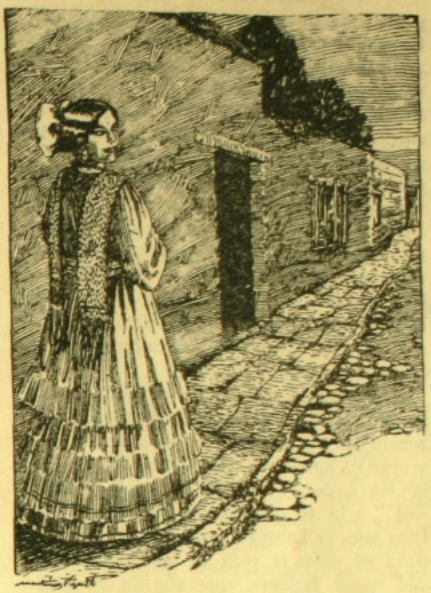
Crujieron las viejas maderas de la embarcación; zurrió el **calabrote**; relinchó la *yegua al verse con* el agua hasta el encuentro, y tirando de las bridas al rapaz desde la canoa; y yegua, canoa y tripulantes empezaron a cortar con lentitud la corriente.

Lluvia de oro la del sol. En las márgenes los carrizales lucían su verdor de esmeralda y los alfalfares eran como mullidas alfombras tachonadas de florecitas azules. A lo lejos divisábanse los islotes cubiertos casi por el agua, y, muy distantes, perdidas entre el arbolado, las torres del Refugio.

Francisco se había sentado en la tabla que de improvisado banco hacía en la canoa, y consideraba todo aquello sin mirarlo. ¡Qué lejos estaba su ánimo de la risa jubilosa de la primavera! Al tocar en la ribera opuesta saltó a tierra con maquinal impulso. —"¡El centavo, l'amo",—díjole uno de los forzudos conductores de la barca. Sacó del bolsillo del chaleco la moneda humilde, depositóla en la callosa mano que hacia él se tendía, y echó a andar presuroso por el camino, encorvados sus lomos tísicos, sin sombrero, abandonadas las manos, con rumbo de las Nazas.

Iba mustio y cabizbajo, monologando a veces, *callando casi siempre*, hundiendo los pies en el barro hasta los tobillos. A la vera de las cercas algunos perros dejaban oir su ladrido estridente. Desde el interior de las casucas las *mujeres que* molían o **torteaban** junto al comal lamido por las llamas, lo miraban pasar, indiferentes. Tras de los linderos de "órganos" y nopales sonaba la algarabía *familiar* de gallinas y polluelos o el cacareo argentino de un gallo, al que respondían, sucesivamente, otros de la vecindad.

Y Francisco era ajeno a todo *este* palpitar de la vida. Nada escuchaba. Nada veía. Anda que anda bajo los fresnos, bajo



los pirules y mezquites que sombreaban la ancha carretera, no se detenía un punto. Apenas si contestó al "buenos días" sorprendido de un hacendado de los contornos que lo reconoció al pasar, rozándole casi con las ancas de su cabalgadura. Y fué preciso que medio lo atropellaran las mulas delanteras del tiro, para que dejase libre el paso a un carro que, cargado de rastrojo, rodaba fatigosamente, abriendo hondas huellas en el fango que presto invadían cenagosas aguas.

III

Al cabo de largo rato Francisco pensó: "¡Bueno! ¿A dónde voy?" Se detuvo. Miró al cielo. El sol había pasado, y con mucho, del zénit; sería por el filo de las dos. Lanzó ojeos en derredor; los campos se extendían, solemnes, magnánimos, luminosos. Dos peones azuzaban a una yunta, a lo lejos. Una cigarra canturreaba. Se percibían gritos indistintos, que arrebataba el aire. Soplaba una brisa fresca y dulce...

Debería de hallarse a cuatro leguas de Lagos, por lo menos. Vivo cosquilleo en el estómago le recordó que estaba en ayunas. Tenía las piernas agarrotadas, insensibles,

y era esta la única señal de su cansancio. Enjugó el sudor que bañaba su frente. Centenario árbol, de ramas negruzcas y retorcidas, se alzaba en mitad del camino. Era el **Mezquite de los novios**. Bajo sus ramas, de nupcial tradición, muchas parejas de enamorados se habían detenido en su peregrinar hacia la parroquia de la ciudad. Sentóse en las anchas raíces que rebasando de la tierra semejaban retorcidas serpientes. Lentamente, su espíritu, que permanecía amodorrado, empezó a desperezarse. Los síntomas del enervamiento y del hambre acrecían; pero el quebrantamiento mismo del cuerpo tornaba más intensa y viva la agitación espiritual.

Y Francisco pensó que el **Mezquite de los novios**, acaso, 'es hubiera brindado el regalo de su sombra, si **ella**, como se lo aconsejó, hubiese dejado de servir en casa de los López y marchádose a la "Trinidad", a la de sus padres. ¡Cuántas cosas, Dios mío, se habrían evitado así! ¡Qué distinta su vida, la vida de los dos, si Soledad no se hubiera apartado de la buena senda, aceptándolo por marido y conformándose con su pobreza!

Aunque, bien mirado, lo mejor sería no haberla conocido. Era malvada y loca porque lo mayo y lo loco lo traía en su sangre. Harto lo decían sus ojazos negros, para todos los hombres sonrientes; su palabra argentina, presta a responder a todos los piropos. ¡Y qué inmoderado afán el suyo por emperindongarse! Zalamera y halagüeña hacía que la "niña" Marta, la hija de los amos, le donara los vestidos, llamantes aún, que ella se daba maña para acomodar a su talle delgado, de provocativos contoneos. Comprala aretes de plata en la mercería de don Dimas. Traía los dedos cuajados de multicolores anillos de ágata y cuerno. Calzaba como la gente decente; y, ¡oh vergüenza!, usaba medias y lucía listones en el pelo.

Francisco se recriminaba ¿Cómo no vió él, cómo no vió, el muy imbécil, los avances de aquella coquetería malsana que necesariamente habría de conducir a Soledad al derrumbadero a que la condujo? ¿Pensaba quizás que la peluquería iba a dar para tanto? ¿Suponía que el mísero estipendio que le daba don Lucas alcanzaría para los perendengues de la señora cuando con ella se casase?

El tenía la culpa, sí; nadie más que él. Cuando Soledad llegó del rancho era otra. Acordábase muy bien de haberla visto con su **chomite** humilde, con su rebocito viejo, sin zapatos. ¿Y qué ocurrió cuando quiso requerirla de amores? Lo tenía muy presente: la aguardó en la esquina, espiando que saliera al **mandado**; agarróla por los brazos; la trincó en la pared, y le dijo, le dijo todas aquellas cosazas que pensaba decirle... ¡Y qué cara de espanto la de la muchacha! Qué enojo el que hacía chispear sus pupilas al amenazarle con que todo "iba a avisárselo a la niña"; y cómo le puso de "igualado"—porque traía saco —y de sinvergüenza, que no había por donde cogerlo!

¿Habría sido puro fingimiento y embuste; o fué amor, amor leal y sincero el que después le tuvo? A medida que se puso más guapa la quiso más. La miraba pasar los domingos, con la señora, frente a la peluquería, camino del mercado a donde iban a comprar el **recaudo** de la semana. Se la comía con los ojos por la tarde, en la Plaza de Armas, cuando, terminado el rezo, acompañaba a los pequeñuelos del patrón a dar vueltas al son de la música que el gordo de Apolonio dirigía, muy serio, en el kiosko.

¿Lo quiso de veras? El corazón le susurraba ahora a Francisco que no. Si al principio fué sumisa, más tarde nadie la sobrepasó en altivez. Mientras él se desvivía por obsequiarla, ella le regalaba con sus ojos coquetos. Gastó lo que no tenía. ¡Ni contemos las golosinas— charamuscas, pepitorias, lechugas y vasos de nieve — con que pretendió saciar a tan golosa vorágine! Real sobre real gastóse con ella muchos pesos... ¡No; contemos los presentes de cierto fuste: vestidos de gasa, rebozos de "bolita" cinturones con hebilla de metal!...—"Ay, Pancho— decía muy 'trabada" al recibirlos—no te molestes... ¡Qué "tirador" eres, hombre! ¿Pá qué gastas tanto?"—Pero bien se le alcanzaba a Francisco que todos los tesoros del mundo los hubiera derrochado con tal de obtener, a trueque de ellos, el mirar de aquellas pupilas y los apretones de las ensortijadas manos que más que de maritornes, de gentil princesa parecían por lo suaves y tersas. Y harto supo, andando el tiempo, que no había otra manera de retenerla, de hacerla suya.

¡Los celos que tuvo; los quebraderos de cabeza que ella le dió! Coqueteaba con los dependientes de **El Valle de México** y de **La Fuente**. Los señores del **Club de los Solitarios** la "chuleaban" al pasar. A Miguelito el de la botica, le traía sorbido el seso. Hablaban de ella los ricachos jóvenes en la peluquería con familiaridad galante...

Y Francisco, erre que erre, enamorado como un bruto. Cerraba los ojos a todo. No quería ver nada. No quería oir nada. No pensaba más que en una cosa: casarse. En casándose se la llevaría de allí, muy lejos, a Chihuahua, a Torreón, al demonio: donde nadie la viera; donde nadie la conoc'era... Y empezó a guardar. Empezó a guardar, con parsimonia de avaro, cuanto caía en sus manos: las propinas, las utilidades que en frecuentes cambalaches tenía, los salarios del sábado... Contáronle una vez que la habían visto, por el **Jardín Grande**, "loqueando" con el Juez: aquel mozuelo delgadito, pálido, peripuesto, de aflautada voz. Se alarmó entonces.

Rabioso, no bien habló con ella, la propuso:

—¿Quieres casarte conmigo?

—¿Cuándo?

—Mañana; ahora mismo, si te parece...

Soledad bajó los ojos; dióse a enrollar en los aderezados dedos las puntas del rebozo. Luego le dijo:

—¿Cuánto tienes?

—Nada—respondió él, hecho una furia.

—Pos, hombre,—comentó la hembra, —con dinero baila el perro; pero sin cuartilla... Supongo que no hemos de comer "aigre", como los "camaliones..."

IV

¡Y si todo no hubiera pasado de allí! ¡Qué suplicio el de Francisco en los últimos tres días!

Ya de antemano había tenido graves indicios. Llovía sobre mojado, sí, cuando su compadre Isidoro, del barrio de la Luz, le hizo la revelación tremenda... En la peluquería notaba Francisco que, delante de él, los "pollos" se recataban, comunicándose con chacoteos y risas mil secretos, no sin grande enojo de Pitoche, quien nunca logró descubrirlos. Por otra parte, Soledad, a medida del tiempo, se volvía más libre en movimientos y palabras; disfrutaba de mayor lujo; daba a sus padres, cuando llegaban del rancho, los domingos, buenas sumas de dinero...

—Pancho...—habíale dicho el compadre Isidoro, tres noches antes, en el tendajón de **El Ferrocarril**, cuando ya estaba un poco "jalado", después de tantos "tequilas" como sorbiera.—Oiga, Pancho: esa prójima ha de ser su perdición...

Y en el tenducho, junto al mostrador iluminado por la incierta luz del mechero de petróleo, supo la horrible verdad: Soledad lo engañaba vil, arteramente.

—¿Con quién?— interrogó angustiado.

—Primero con uno... Ahora con uno y con muchos...—afirmó el compadre, malicioso.—¡Es libre de cuenta, amigo; pos qué se está creyendo...! Y si no se da por recibido con esto que le digo y más quiere averiguar sobre lo juerte de la cosa, ande a preguntárselo a ña Lugarda.

Fué como un mazazo rudo que le asestaran en plena cabeza. Anduvo toda aquela noche como loco, vagando por calles y plazas solitarias. El compadre Isidoro lo acompañaba, y entre palabras y frases de consuelo movíale de vez en cuando a empinar el codo. Lloró el aprendiz de peluquero ante las ventanas mudas de la casa donde servía Soledad; buscó al seductor, al "niño Paco", por todas partes, para que arreglaran cuentas.

—No, hombre, no,—aconsejaba el compadre, alarmado.—Don Paco hizo lo que hubiere hecho quien serse juere... Claro que yo no digo que haya hecho bien después en convidar del "dulce" a sus amigos... ¡Pero, Pancho, el mundo es el mundo y las mujeres lo train a maltrair...! Echese un trago... ¡Echeselo y no haga caso de díceres! ¿Qué le importa que supongan que usté es un cornudo, o lo que serse juere, y que esplota a la muchacha?... Esto lo dicen las gentes sin conciencia y no los hombres honraos... Todos lo conocemos a usté, y sabemos que en cuanto a pujar duro con el trabajo naide se le pone enfrente...

El alba le sorprendió, ebrio y medio dormido, por el rumbo del Puente Grande; aquel famoso puente inmortalizado por las historias. Era un infierno su es-

tómago; su cabeza un horno ardiente. Su po fingir, empero. En la peluquería apenas si don Lucas paró mientes en su quebranto. Sólo abrigaba un pensamiento: hablar, hablar con ella...

¡Qué luz salvadora de esperanza la que iluminó su corazón al final de la entrevista que imaginara borrascosa y trágica! Soledad lloró. Le llamó malo y cruel. Clamó contra sus enemigas, que no podían ver con buenos ojos que ella luciera los rebozos que su novio le donaba y aquel cinturón con hebilla que tanta sensación causó en los bailes de la Otra Banda. Era envidia para separarlos, para hacerlos desgraciados... ¡Y cómo se deleitó después Francisco cuando, ya calmados, vió que los ojos negros le sonreían entre lágrimas y que las apasionadas manos estrechaban las suyas con la efusión codiciosa de otros tiempos!

Más no quitó el dedo del renglón.

—Ande con ña Lugarda—habíale dicho el compadre;—ande allá los viernes que es cuando la liebre sale del agujero...

Ña Lugarda le daba vueltas en el magín como fantasma de pasadilla. Y fué al antro de la Celestina. Como en sueños acordábase ahora de haber pasado por aquella calleja del barrio de la Luz, que semejaba barranco por lo alto y desigual de las aceras. Caía la tarde. Encontró el número; vió la casa: un "cuarto redondo", al parecer, a cuya entrada una vieja gorda, de cabeza gris, tejía bolillo... Y descubrió a Soledad desde la esquina, cuando entraba. Y tuvo fuerzas para no lanzarse sobre el seductor que, con dos amigos, riendo, la seguía a poco...

A partir de entonces Francisco no vivió, no durmió, no comió. Su desdicha era, pues, cierta, y lo que por amor tuvo, traición y mentira. Al recordarlo ahora, en la soledad del campo que comenzaba a revestirse con la serena dulzura de la tarde, sintió ánimo de llorar; mas no pudo: honda angustia le hacía oír, atento, petrificado, el canto de la huilota que resonaba discreto, insinuante, arrullador, en los vecinos follajes...

Cuando entró Francisco, de regreso, en **La Elegancia**, a eso de las seis, ya le aguardaba Paco López en el propio sillón donde semana por semana el aprendiz le aderezaba las gentiles ondas rubias sobre la frente, "para conquistar a las guapas", según decía el gomoso.

Nada murmuró, respecto de la prolongada ausencia, don Lucas. Conformóse con mirarle severamente, diciéndole:

—¡A tu quehacer, hombre! Ya don Paco se cansaba de esperarte...

Y el rostro de Francisco no se contrajo al envolver en nítidas toallas el cuello sanguíneo y fuerte de su rival; ni parpadeó siquiera al darse cuenta de que, reflejada en el espejo, la cara del mozalbete sonreía satisfecha, a tiempo que una voz medio burlona, imperiosa acaso, le interrogaba:

—¿Dónde andabas, chico? No eches en saco roto la obligación... Ya sabes; a las cinco y media los sábados, necesito que estés aquí... A ver si despachas pronto... ¡Por tu culpa he perdido la salida del rezo...!

Menester le fué reprimir el temblor de su mano al empuñar peine y tijeras y dar comienzo a la tarea. El contacto con aquella nuca le horrorizaba. A veces suspendía el trabajo. El cliente, que ojeaba, tranquilo, una revista, agitábase con impaciencia en el sillón; le azuzaba, le requería para que lo hiciera bien y a prisa. Francisco sentía que se le paralizaban las manos al recordar el brutal episodio. A su mente acudían dolorosas visiones. Imaginaba a doña Lugarda, a la puerta de su fatídico antro, tejiendo bolillo. Veía el cuarto infame, tapizado con estampas de santos, y en uno de sus rincones, sobre añosa mesa la lamparilla que ardía ante una imagen del Niño Dios. Mas lo peor era que, como complemento de tan acerbas memorias, veía también a Soledad, apareciendo por la esquina de la calleja, guapa y recién bañada, con el ruidoso taconeo de sus botas nuevas sobre el embaldosado de la acera...

En la peluquería iba aumentando paulatinamente el barullo. Encendióse la luz. Nuevos parroquianos llegaron. Se oían risas, cuchicheos, toses violentas; todo a compás del ruido de las tijeras hábilmente manejadas por aprendiz y maestro.

Armando una alharaca de mil demonios, en compañía de dos forasteros de León, entró Toño Bermúdez. Era el más popular y dicharero de los muchachos que frecuentaban **La Elegancia**. De elevada estatura,

rigurosamente afeitado y vestido a la última moda, acostumbraba hacer malabarismos con el bastón.

—¡Buenas, Paco!—exclamó.—¿Ya acabas?

—Cuando le dé la gana a este informal de Pancho—repuso el otro, suspirando y mandando al aprendiz que le encendiera un cigarro.

Los leoneses, no bien tomaron asiento, se dieron a comentar las hazañas de la tarde. Hacían chacota de la condición de la ciudad como lugar de agrado juergueril, diciendo que era la más pacata de cuantas conocían, y burlándose sin embozo de las habilidades donjuanescas de los laguenses. Toño Bermúdez, que no se mordía la lengua, entre bromas y veras empezó a ponerles como chupa de dómine. Los llamaba "panzas verdes", asegurando que en León—"ciudad grosera, de puro peladaje"— todo se reducía a lechugas y bajas industrias; y que tanto sabían ellos de buen coñac y de mujeres como él de latines. Resquemáronse los de León. Trajeron a cuento lo del alcalde, lo del puente y lo del nopal de la torre; y la gresca, que ya iba tomando creces, se hubiera formalizado a no intervenir oportunamente Paco López.

—Oye, Toño — propuso riendo e incorporándose a duras penas en el sillón donde tendido cuan largo era aguardaba que lo rasurasen;—para que estos amigos no se la anden echando de lado, vamos a llevarlos a casa de Lugarda...

—¡Divinamente pensado, chico!— saltó Bermúdez. ¡Eres un genio! Si quieres, convidaremos a Tatín...

—¡Bueno; pues, a darle, que no es mole de olla!

—¿Cuándo?

Paco López reflexionó gravemente.

—Oye, oye...—observó.—Sólo que hay que avisar a las prójimas... Y como mañana es domingo, y día de mucha santidad, y de mucho rezo, y de mucho ir y venir con los padrecitos...

—¡Cargaremos con **La Padra**, si quieres!—interrumpió Bermúdez.

Una explosión de carcajadas acoge la propuesta. **Pitoche**, que cuando está con la juventud se las echa de liberal de hueso colorado, no puede tenerse en pie de la risa. Arroja sobre el mármol de la mesa el peine, y con las tijeras en la derecha mano, la siniestra en los ijares, abierta de par en par la sexagenaria boca, en la que aparecen a la sombra de los recortados bigotes amarillentos dos colmillos, da rienda suelta a su hilaridad. El contagio es general. Los de León se desternillan. Toño Bermúdez da tres zapatetas en el aire y acentúa el malabarismo del bastón, con grave riesgo de lámparas y espejos. Hasta Paco López se sacude de lo lindo en el sillón, con una risa que parece extraerle verdaderos jipíos de lo hondo de las extrañas... Sólo Francisco permanece serio, lívido, con un acentuado temblor que estremece su cuerpo flaco.

—¡Vamos, date prisa!—le grita Paco.—Date prisa, porque urge arreglar hoy mismo la encerrona!

—¡A propósito, Paco! — interrumpe Bermúdez.— Mañana me cumples lo prometido. Tratos son tratos. Aquella gitana me toca a mí...

—Bueno; como quieras, — replicó el complaciente mozo.— Haz tu gusto... ¡Arrieros somos, Bermúdez, y hoy por tí, y mañana por mí!

A los ojos de Francisco, que a la sazón

asentaba la navaja, tales palabras asemejáronse a deslumbradores relámpagos. La ira lo aprisionó en niebla densa. Sintió un dolor agudo en la mano, seguido de discreta sensación de tibieza; mirósela, advirtió en ella un hilillo de sangre que le manaba de la yema del pulgar. El recuerdo de Soledad le hirió como punzadora saeta; la presintió, riente y loca, en brazos del señorito. Y ciego, sordo, conteniendo con sobrehumano esfuerzo la cólera que pugnaba por salir a borbotones de sus labios, en injurias y gritos, se volvió hacia Paco López, quien, inerme, con las mejillas enjabonadas, esperaba; y cogiendo con frenesí la blonda y rizada cabeza, hundió la sutil hoja en el cuello, una, dos, tres veces, loco, embravecido, impetuoso...

Fué hondamente trágica la intensidad del momento. En medio del general grito de horror, la víctima, en un supremo esfuerzo de la vida que se le escapaba, levantóse del sillón, y rodó, ensangrentada, a los pies del aprendiz.

El problema y programa sur-eslavo o yugoslavo

Su manifestación y desenvolvimiento

Por

Juan Harstulovic

Con ilustraciones fotográficas

Habiendo sido muy amablemente aceptado mi modesto y espontáneo ofrecimiento de colaborador, por parte de la prestigiosa Dirección de esta sobresaliente revista sudamericana, considerome no sólo feliz sino honrado de poder cooperar imparcialmente y con los mejores datos informativos, en particular sobre los asuntos de actualidad del problema sur eslavo o yugoeslavo; correspondiendo así a la indicación del distinguido señor Director y Secretario, que consistiría en despejar las nebulosas ideas que tiene el público y la prensa sobre el problema de tanta importancia y actualidad, que va desarrollándose durante este horrible conflicto mundial y al que se puede considerar como principal factor, aunque no causante directo, de la actual conflagración. Asísteme para cumplir con la grata tarea, mi condición de modesto y antiguo periodista y colaborador de distintas publicaciones, y como ex-propietario y redactor del primer periódico croata "Sloboda", (La Libertad) que editaba en Antofagasta por los años 1902-1906, ruego por lo tanto al amable lector acompañarme en este periodístico camino.

Alejandro, Príncipe heredero de Serbia

¿Quién forma el núcleo del problema sur-eslavo?

Son las provincias sur-eslavas dominadas por Austria-Hungría, en la que viven los croatas, eslovenos y serbios cuyo número de habitantes antes del actual monstruoso conflicto alcanzaba a siete millones, actualmente reducido sin duda a sólo cinco millones. Además, el reino de Serbia

y Montenegro, desgraciadamente hoy arquilados y cuya población, a consecuencia de las tres guerras tan heroicamente sostenidas, se había reducido a menos de la mitad, habiendo sido en momentos de su apogeo en 1913 un total de 6.000,000 aproximadamente de puros serbios por nacionalidad y religión ortodoxa y lengua.

Los croatas del Reino de Croacia, Dalmacia y Slavonia, dominados por Austria-Hungría, se distinguen por su carácter nacional, por su idioma y religión católica. Dicho reino hace 1.000 años contaba con reyes de propia sangre, por espacio de dos siglos desde 910 a 1102, época en que por disensiones y mala fe de los caudillos—magnates—que en aquel tiempo del feudalismo irritante eran árbitros del destino de los pueblos, desapareció la soberanía de la nación croata pasando la Croacia y Slavonia bajo el yugo de Colomano rey de Hungría; y mientras que la República de Venecia se apoderaba de Dalmacia, pasando hace un siglo bajo el poder de Austria, de tal modo se encuentra hoy desmembrado el Reino de Croacia.

Finalmente los eslovenos que también se distinguen como tales por su nacionalidad e idioma y religión católica, y que viven en los territorios sur-eslavos, dominados por los Habsburgos, en las provincias de Camiola, Estiria, Carintia, Istria, Trieste, Goricia Gradiska, etc., etc., son el tercer poderoso elemento para la realización del programa sur-eslavo (o yugoslavo) pues tampoco ellos quieren tolerar la esclavitud secular, sino que se consideran adelantados y aptos de administrarse por sí mismos junto con sus hermanos de raza, los croatas y serbios.

Aunque el idioma esloveno contiene algunos vocablos un poco distintos del idioma serbocrato, estos dos últimos son perfectamente iguales con la única diferencia de que los serbios usan la E en muchas palabras donde los croatas usan la je (lee ye).

Por lo tanto un serbio puede decir: mi idioma es serbio o serbocroata, como un croata puede decir: mi idioma es croata o croata serbio.

Las tendencias de estas tres entidades es uniforme.

Debo agregar que también Bosnia y Herzegovina forman parte del programa, siendo allí en preponderancia el elemento serbio, siguiéndolo el croata y turco. En tales tristes condiciones políticas y económicas de esas provincias sur-eslavas, en particular exasperadas con la ocupación militar de Bosnia Herzegovina por parte de los gobiernos de Austria-Hungría en 1878, y culminado con la ulterior anexión de aquella provincia a la corona de los Habsburgos contra los propósitos, deseos y aspiraciones de Serbia y Montenegro, que siempre los han considerado como territorios de su pertenencia, no es extraño que el sentimiento de unificación y absoluta independencia de los hermanos de raza y sangre e idioma, se haya manifestado, contra los intereses y voluntad de los dominadores, que verán en aquel programa el verdadero peligro de su existencia política y administrativa.

De allí vinieron las intrigas diplomáticas, los procesos sensacionales de alta traición, las persecuciones en particular contra el elemento serbio o serbófilo, haciendo revivir todo esto los prefijos ideales de la emancipación y unificación, bajo cualquier forma de sistema de gobierno, siempre que reine la concordia.

En homenaje a la verdad hay que agregar que la reacción nacional y política de los pueblos sur-eslavos subyugados desde hace siglos, es lógica y natural si se considera como causa principal la infiltración del teutonismo austriaco y del magyarismo húngaro, cuyas tendencias eran de desnaturalizar a los elementos antagónicos y llegar a su extinción étnica y política en cuanto fuere posible para garantizar la existencia propia. Pero esos elementos sur-eslavos han sabido resistir por siglos, y hoy conservan con orgullo sus caracteres étnicos y políticos a pesar de la secular dominación austriaca, magyara y otomana, que no habían parado mientes en los medios para conseguir su apetecidos propósitos.

Directa o indirectamente puede considerarse que las ideas o proyectos de un trialismo en la Monarquía Austro-Húngara, han sido un factor desgraciadamente importante en el origen del actual horroroso conflicto mundial, antes del cual se hablaba de su probable realización, bajo los auspicios del asesinado príncipe heredero Francisco Fernando de Austria, llevado a cabo en Sarajevo—capital de Bosnia — el 28 de Junio de 1914, habiendo ese crimen político causado el incendio mundial.

La base del proyectado trialismo consis-

tía en la creación de un tercer factor político e independiente o autónomo, que sería ligado a la Monarquía por la persona del emperador de Austria como es actualmente el dualismo Austro-Húngaro.

Esta tercera entidad política y nacional, la habían formado los territorios sur-eslavos de Croacia-Dalmacia, Slavonia, Bosnia, Herzegovina, Istria, Carniola Gorizia, Gradiska, Trieste y el sur de Estiria y Carincia, con un total de 7 millones aproximadamente. Ni a la libre y soberana Serbia de entonces, ni a Montenegro convenía la realización de estos planes políticos, desde el momento que ellas habrían reclamado para sí los ricos territorios de Bosnia-Herzegovina, donde preponderaba el elemento y sentimiento serbio.

A la Hungría tampoco convenía la presencia y existencia de un tercer factor político en la Monarquía Austro-Húngara, puesto que ella considera a Croacia y Slavonia como provincias húngaras o magyares siendo sí en el hecho, aunque contrariamente a los Derechos del Reino de Croacia, Dalmacia y Slavonia que debería considerarse absolutamente independiente del gobierno dual.

En aquella época, eso es antes de las conflagraciones balkánica y mundial, las riendas del gobierno húngaro se encontraban en manos del conde Fisza, jefe del gabinete húngaro, y según parece era muy poco admirador del príncipe heredero que tal vez auspiciaba el proyecto o programa trialístico; con lo que habría sido anulada la hegemonía magyara sobre los pueblos sur-eslavos y eliminada la respectiva explotación económica de los ferrocarriles y del puerto de Rieska (Tiume), etc., amén de que el trialismo habría provocado luego el cuadrialismo constituído por un nuevo y poderoso factor y compuesto por el más adelantado pueblo en la Monarquía que es el pueblo tchers y slovars.

Siendo Bohemia, Slesia, y Moravia — del antiguo y glorioso reino de Bohemia — provincias austriacas, mientras la Slovaquia— que pertenece a la misma raza—se encuentra bajo Hungría, como se hallan los rumanos de la Transilvania que también habrían buscado su libertad o autonomía.

De paso añadiré que según ciertas informaciones de la prensa de distintos países parece que la esposa morganática de la víctima de Sarajevo no era muy bien mirada en la

Dr. José Jorge Strossamayer, Obispo de Djakovs (Croacia), Patrocinador de la causa sur eslava de unificación.

Corte de Viena siendo de sangre eslava—eso es hija de Bohemia y simple condesa, a quien se abría el majestuoso camino para llegar a llamarse Emperatriz de Austria-Hungría; de consiguiente no han faltado intrigas diplomáticas y cortesanas para satisfacer los propósitos de eliminación de quien estorba en el camino de la alta aristocracia, que no tolera humillaciones.

Sea como fuera, el hecho es de que perecieron asesinados Francisco Fernando y su esposa porque había necesidad de un pretexto cualquiera para que el latente volcán hiciera su explosión e irrupción, abarcando hoy al mundo entero.

También había necesidad de hacer responsable de aquel crimen a alguien y hacerle sufrir, sin perder un solo momento, las consecuencias derivantes. Por lo tanto había que culpar a Serbia de aquel delito, por el solo hecho de que el criminal o los criminales

eran de sentimientos serbios, mientras resultaría que el asesino era hijo de un jefe de policía Austro-Húngara.

Austria-Hungría quería hacer recaer la culpa sobre Serbia y castigarla, aprovechando de su extenuación después de las titánicas y gloriosas luchas de la guerra balkánica de 1912-1913. Antes de llegar a las humillaciones que le imponía el gobierno austro-húngaro, Serbia prefirió aceptar el desafío, y así, el 28 de julio estalló la primera chispa salida de los primeros cañonazos, que hoy aturden a la pobre humanidad, y que ha ocasionado este espantoso incendio.

Fué entonces cuando se afirmó la solidaridad del programa sur-eslavo; entre serbios, croatas y eslovenos.

Durante la guerra balkánica los gobiernos de Austria-Hungría habían adoptado toda clase de precauciones, control policial, en particular en Bosnia, Herzegovina y Dalmacia, para evitar las consecuencias de una eventual sublevación o revolución en favor de Serbia y Montenegro por lo tanto no faltaban encarcelamientos y persecuciones contra todos los que públicamente manifestaban sus simpatías hacia sus hermanos serbios.

Pero cuando estalló la guerra entre Austra-Hungría y Serbia, estalló también el sentimiento de fraternización de los hermanos de raza, por un lado y de odio por otro, hacia Austria-Hungría, para fortalecer los ideales del programa yugoslavo de independencia e unificación. Fué entonces cuando Austria-Hungría, para salvarse del posible derrumbamiento a consecuencia de una rebelión general de 25 millones de eslavos que solidarizaban por la causa Serbia, puso manos a los medios antihumanitarios, de encarcelar o fusilar en primer lugar a todo caudillo del programa sur eslavo, sean ellos diputados, periodistas, escritores, sacerdotes, etc., etc. y acabando con los comerciantes, agricultores, hombres de toda edad, y mujeres, ahorcando a muchos, internando en las fortalezas a millares de seres de toda edad, condición y sexo, confiscando inmediatamente los bienes, con lo que hoy se hallan diezmadas Bosnia, Herzegovina, Dalmacia.

No faltaron persecuciones en Croacia, Slavonia, Istria y Eslovenia, aunque en menor escala, por estar en menores condiciones numéricas el elemento serbio o serbófilo.

Pero varios diputados de la Dieta Dálmata, Croata, Istriana, etc., etc. y miembros del parlamento de Viena y Buda Pest como también algunos prestigiosos periodistas y caudillos del programa sur-eslavos, tuvieron la suerte de huir al principio de la gue-

rra y refugiarse en Francia, Inglaterra, Suiza, etc., etc., salvando así su vida.

Con tal motivo dieron rienda suelta a preparar la realización de los ideales del programa sur-eslavo, inaugurando en París y Londres una especie de gobierno provisional, bajo el nombre de Comité Yugoslavo de Londres.

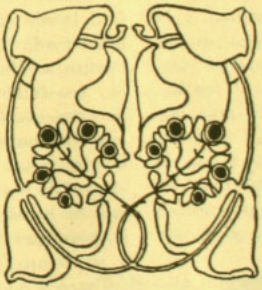
Luego dirigióse a los compatriotas de las Américas, para su cooperación.

Respondieron en 1915 algunos entusiastas jóvenes dálmatas de Antofagasta, fundando el periódico "Pokret (evolución). Más tarde editaron otro periódico "Yugoslavija" sustentado ambos los ideales de la independencia y unificación sur-eslava de los serbios, croatas y eslovenos.

Celebraron primero un Congreso de preparación, y en Enero de 1916 tuvo lugar el solemne congreso o asamblea de definición de los propósitos yugoslavos, sobre base ya indicada. A este congreso participaron los representantes de las distintas colonias dálmatas de Chile y Bolivia, no faltando unos representantes de Argentina y Perú.

Igual cosa aconteció en Norte-América aunque en menores proporciones con la celebración del Congreso de Chicago y Pittsburg.

Por ahora me limitaré a esta fiel exposición informativa sobre el problema y programa sur-eslavo o yugoslavo, para aclarar más tarde algunos puntos interesantes sobre esta importante materia, que es de tanta actualidad, y sobre la Conferencia de Corfú celebrada entre el Gobierno Serbio y el Comité yugoslavo de Londres.



El niño en el hogar

Por MIRYAM

El problema más grande del mundo, la bendición mayor de la tierra, ha sido y será siempre la educación del niño.

Muchos esfuerzos se han hecho y se seguirán haciendo, por obtener mejores escuelas, métodos más útiles, maestros más luminosos, ejercicios más sanos; pero en ninguno de los estudios para resolver el primer problema de la humanidad se ha prestado atención alguna al medio más asociado con aquella tarea, a lo que es verdadero jardín en la vida del niño: su hogar.

Nunca se repetirá lo bastante que los primeros años de la vida infantil—para ser concretos, entre la cuna y los seis años—constituyen el período más importante en el progreso del cuerpo humano. En este período es cuando el niño abarca un área de crecimiento más grande que en todo el del sér embrionario al sér individual, a la "persona" más o menos en control de sus facultades fundamentales; en que sus instintos comienzan a manifestarse y sus hábitos a establecerse; en que es más impresionable, más imitativo, más original; y, puesto que es en ese período que el niño pasa prácticamente en casa todo su tiempo, forzosamente deberá procurarse que el hogar sea en su existencia el factor más normal e influyente.

Luego, la consideración fundamental que se impone al criterio de los padres cuidadosos será esta: formar el hogar normal. ¿Y qué se entiende por eso? preguntarán algunos. Mi respuesta va en seguida: hogar normal es la actitud justa de parte de los padres para con las necesidades de sus hijos, y es la perseverancia mental y física en mantener esa actitud, así como ejecutar sus dictados. O, en otros términos: es un centro armonioso, organizado con orden y sosiego, cuya actividad induzca automáticamente al niño a usar de sus energías constructivas; un centro donde su individualidad sea respetada y halle medio de expresarse. En el hogar normal, la frase "cualquier cosa es buena para los nenes", no tendrá cabida. Allí, el pequeño sér dispondrá de espacio para moverse, aprenderá las cosas por sí mismo y no por dirección de los demás, tendrá tiempo para desenvolver sus ideas; todos los niños serán tratados con el mismo buen modo, sin presentar a los más hábiles como ejemplo o los que no lo son o, quizás, lo son en otro sentido. En el hogar normal, el cuidado físico de las criaturas será observado con regularidad, con sencillez, y sobre todo, padre y madre cooperarán afablemente en la enseñanza del hijo, abrazados a la idea de que el fruto de sus amores sea tratado lo más sabia y tiernamente posible.

El caso de Lucy demostrará cómo los percances del hogar pueden utilizarse para enmendar los malos hábitos de los niños. Desde años, Lucía tenía una amiguita esclavizada que por acuerdo tácito hacía cuanto a ella se la antojaba. La niña creció acostumbrada a aceptar una multitud de servicios, tan naturalmente como respiraban sus pulmones. Casi sin darse cuenta, la tiranuela había contraído el hábito de exigir de su víctima todos los caprichos que la pasaban por la imaginación, fuese la hora que fuese. Una tarde, Lucía pidió a su compañera que la alcanzara un par de zuecos que tenía casi al alcance de sus manos. La amiga, ocupada en otra cosa, contestó que esta vez se lo hiciera ella misma, cosa que enfureció a la déspota. Lucía reclamó que los zuecos la fueran entregados en el acto y, no viéndose obedecida, contrajo una cólera grande, emprendiéndola a trompicones y arañazos con su amiga, hasta casi morderla. En esto entró la madre, y presenció la escena.

La situación mostró claramente a la madre que su hija había estado viviendo en circunstancias anormales; que la niña corría el riesgo de adquirir un temperamento egoísta y tirano. Asimismo, comprendió

que para salvar a la niña de una tragedia sólo había un medio: cortar por lo sano las relaciones entre las dos niñas. Hecho así, Lucía fué entregada a sus propias iniciativas, debiendo ella y sólo ella tener cuidado de sí misma, en lo posible, aun cuando a veces dejara las cosas a medio hacer. El cambio fué un choque benéfico para Lucía. En menos de dos semanas demostró que era capaz de poder atender a todas sus cosas, siéndole útil haber comprendido a tiempo que de ella y nada más que de ella dependían su comodidad y la mayor parte de sus recreos.

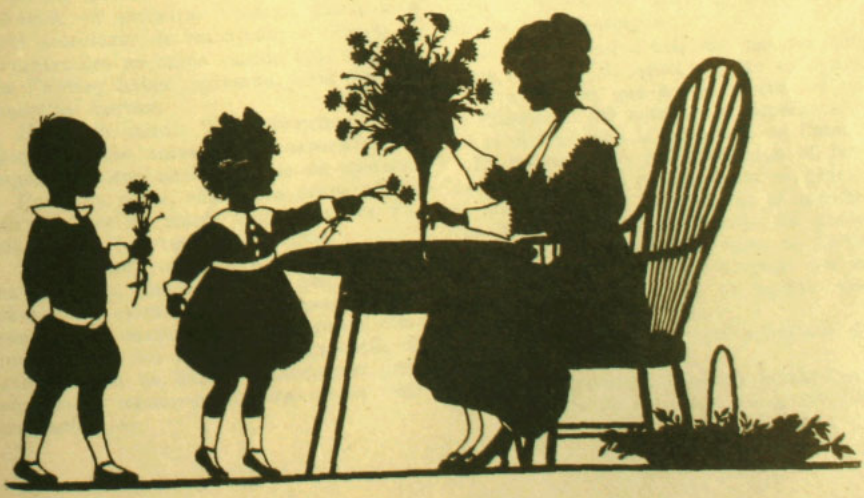
Pero antes de que la madre pueda aplicarse inteligentemente a la tarea de hacer de su casa el mejor lugar para su hijo, convendrá diagnosticarlo tal cual es y ver los defectos de que adolece. Quizás por nuestra ceguera en apreciar el valor del primer período en la vida del niño, y la poderosa influencia que ejerce el hogar en su desarrollo, hayamos sido culpables de descuidos y hasta de serias imprevisiones. Ante todo, tened en cuenta esto: un hogar, para ser normal, no puede ser normal si no comienza por serlo la misma madre o, por lo menos, no son serenos su espíritu, su concepción del deber y su salud.

La madre, para tener la fuerza espiritual, la resistencia física y paciencia que necesita para mantener una actitud equitativa respecto del niño, no debe perder su tiempo en cosas fútiles. Importa distinguir bien entre lo fútil y lo esencial. Sobre todo, no incurrir en el tipo de madre que siempre se siente abrumada bajo el peso de los infinitesimales detalles del hogar, pero tampoco menospreciar aquellos que, aun cuando puedan parecer secundarios, juegan un papel muy importante en la educación y crianza del niño.

El hogar, para ser normal, en su más alto sentido, debe tener una cierta armonía de moblaje, de trabajo cooperativo en los que dirigen la casa, y afinidades comunes en la familia. Cierta vez vino a visitarme una señora con su nene, que pensaba hacer reconocer por un especialista en enfermedades nerviosas. La madre me explicó que su hijito Miguel pasaba por una crisis aguda, que a cada momento reñía con su hermanito y que sus preceptores no podían sacar ningún partido de él.

Miguelito era tan a menudo amenazado con una "tunda", si no se comportaba bien, que el día que me vino a visitar le encontré atolondradísimo, en términos que su madre temía le fuera a dar una de sus rabietas acostumbradas. El niño, al principio, pareció desconcertado por la perfecta quietud que reinaba en mi casa; pero cuando entró en el "playroom", especialmente arreglado para observar estos tiernos temperamentos, y en el cual cada cosa está dispuesta para hacer un llamado directo al niño, su atolondramiento se disipó, y comenzó a examinar los detalles que eran más accesibles a su comprensión.

En menos de diez minutos, la criatura



se entregó con pasión a una serie de juegos, que ejecutó con destreza suficiente para un niño de su corta edad. Por espacio de hora y media, Miguel permaneció en el cuarto, haciendo siempre algo que a él mismo se le había ocurrido; terminaba una cosa antes de emprender otra, y así habría seguido quien sabe cuanto tiempo, si no hubiera llegado la hora de volver a su casa.

La madre estaba estupefacta ante la conducta ejemplar del nene. Entonces la interrogué sobre su hogar y, después de oídas sus explicaciones, el problema del niño se me apareció claro. Miguelito estaba dotado de energía, con habilidad ingénita para mover sus manitas, demostrando además cierta predisposición al orden y al método. Pero su casa, aunque suficientemente espaciosa, contenía exceso de cosas por todas partes. Un artículo estaba hacinado sobre otro. El ambiente que rodeaba al niño era por todo extremo caótico. En consecuencia, aconsejé a la madre que no llevara al chiquillín a ningún especialista de nervios, pues lo que necesitaba era una organización general de la casa, mejor disposición de los innumerables e inútiles objetos que convertían en pesadilla la vida del pequeño Miguel, un lugar aparte en el que pudiera tener sosiego y materiales apropiados a un niño.

EL HOMBRE FANTASMA

Por

Guido de Teramond

(CONCLUSION)

¿En qué dirección se habían hecho los disparos?

La sorpresa y la emoción generales no habían permitido fijarse en ello, y nadie pudo facilitar el menor dato concreto sobre este punto.

El arma misma encontrada junto al cadáver no proporcionaba indicio alguno para identificar a su propietario.

Era un revólver de bolsillo de calibre bastante grueso, directamente importado de los Estados Unidos, según lo indicaba el nombre del fabricante, grabado en el cañón:

Stevenson's. New-York. 12.234

¿Era esta una razón suficiente para suponer que pertenecía a Reginaldo Farweth, el único yanqui que había entre los comensales?

Hubiera sido una candidez afirmarlo seriamente.

Además, de que la mayor parte de aquellos habían estado en la América del Norte: el príncipe Visconti había sido allí secretario de embajada; el duque de Vaintrailles se había casado allí, y Sminta Fradesy había regresado hacía poco de aquellas tierras.

Hasta la misma Rosa Tremiere había hecho el año anterior una excursión por aquel país con una compañía de opereta.

Por otra parte, cualquiera puede poseer un revólver de marca extranjera; en París mismo los venden de lance.

Y en cuanto al número 12.234 grabado en el cañón, aun suponiendo que, por una casualidad extraordinaria, la casa **Stevenson** hubiese conservado el nombre del comprador, ello no habría sido garantía de que el arma no hubiese pasado por gran número de manos en el curso de su viaje transatlántico.

Esto aparte de que el asesino del capitán había demostrado ser bastante hábil para no servirse de un revólver que hubiese podido comprometerle notoriamente.

En concepto del jefe de Seguridad, existía una evidente conexión entre la fuga de la baronesa y el misterioso asesinato del capitán, ocurrido algunas semanas después.

Tal vez la bella rusa, al verse desenmascarada de pronto y al ver bruscamente interrumpidas sus prácticas de espionaje, había tenido interés en hacer desaparecer a un cómplice peligroso, a un testigo molesto.

De ser esto cierto y a fin de evitar toda explicación delicada con la potencia representada por el joven agregado militar, podía ser prudente no ahondar de lo sucedido y apresurarse a declarar concluso la instrucción.

Un registro en el domicilio del oficial hubiera sin duda aportado nuevos elementos a la información, pero a ello se oponían formalmente los convenios internacionales y era, por ende, imposible llevar más allá las pesquisas.

En estas condiciones, era natural que para entender de aquel negocio se designara a Lapipe, que había intervenido en la emboscada del hotel de la Esperanza y en el embrollo de la embajada de China.

El inspector no había digerido el fracaso de no haber podido echar el guante al dominó azul y amarillo, ni al mandarín, y su rabia había subido de punto cuando, de regreso en su casa, no había encontrado en el sobre entregado por el conde de Fraskopelly a su agente más que unos trozos de papel.

La verdad es que se habían burlado de él lindamente.

¿Existía, pues, en París un hombre que se le escurría de entre las manos con ha-

bilidad extraordinaria y se divertía en mofarse de él?

Esta idea ponía a Lapipe fuera de sí.

Quizá era Newton, que se complacía jugando algunas malas pasadas, a su manera, a su colega francés.

Y jurándose salir de dudas en la primera ocasión en que se lo encontrara, el inspector volvía a sus cavilaciones sobre el asesino del agregado militar.

¿Cuál era el móvil del crimen? ¿Quién había disparado el revólver? He aquí las dos preguntas a que era preciso contestar.

Lapipe, con la cabeza entre las manos, pasábase largas horas delante de una hoja de papel en la cual estaban señalados los sitios que ocupaban los comensales del banquete.

En aquella hoja había trazado el inspector unas líneas encarnadas que iban desde los botones eléctricos a las sillas de cada uno de los asistentes, y otras líneas azules que partían del cuerpo de la víctima en la dirección que habían seguido las balas, según el dictamen del médico forense.

Pues bien, examinando todos aquellos trazos, no lograba descubrir entre ellos un punto de concordancia, es decir, el sitio ideal, en cierto modo, que habría permitido al asesino realizar, en el más breve tiempo posibles, las tres fases consecutivas de su acto: apagar las luces, disparar sobre el capitán y encender de nuevo la electricidad.

Tomando uno tras otro a cada uno de los personajes, no conseguía reconstituir el drama sino mediante una serie de marchas y contramarchas alrededor de la mesa que en modo alguno correspondían con la celeridad con que asesino había obrado.

Lo único indudable era que el infortunado Fraskopelly no había sido muerto a quema ropa, puesto que sus cabellos no tenían señal alguna de quemadura de pólvora.

Y, para no fallar a su hombre en medio de la obscuridad y a algunos metros de distancia, era menester que el asesino tuviese una puntería extraordinaria y una maravillosa sangre fría; aquella proeza recordaba las de esos tiradores de circo que, con los ojos vendados, dan siempre en el blanco.

—Durante mi vida— murmuró el inspector—no he encontrado más que un individuo capaz de tal hazaña..., aquel que en la entrada de la calle de Hauteville mató en seco con su revólver a un caballo desbocado.

Aquel recuerdo trajo a su memoria lo que el detective le había dicho acerca del pasajero del **Black Old Dog**.

—Es evidente que todavía vive..., ¿pero es esta una razón para suponer que sea él el autor de ese asesinato?... Además, he practicado una información sobre cada uno de los concurrentes al banquete, y de ella resulta que todos son personas conocidas y dignas; estoy seguro de que él no estaba entre aquella gente.

Cuando el cadáver del capitán fué transportado desde el restaurant en donde había encontrado la muerte al carruaje de ambulancia que había ido a buscarlo, habíase caído del bolsillo de la levita del muerto una cartera sin que nadie lo advirtiese.

Pocos momentos después, un obrero que por allí pasaba la encontró en la acera; y como la cartera no contenía ningún documento de importancia, aquel hombre, a quien urgía llegar a casa porque tenía a su esposa enferma, dejó para el día siguiente el cuidado de llevarla a la comisaría más próxima.

Aquella misma noche la cartera estaba en poder de jefe de la Seguridad, quien examinaba su contenido en presencia de Lapipe.

Entre varios papeles sin importancia, una carta llamó la atención del funcionario.

Estaba escrita con tinta morada y en un papel color de malva mate y transparente.

El jefe se la leyó rápidamente al inspector; decía así:

"Capitán, no persiga usted más un proyecto irrealizable. La persona que ya en otra ocasión acudió en auxilio de una joven honrada sabrá substraerla a las odiosas maquinaciones de usted. Toda insistencia inútil, que es un insulto para ella, la pagará usted con su vida. A buen entendedor..."

En vez de firma no había más que una fecha: 28 de febrero de 1907.

—Esta carta ha sido escrita la víspera de la comida fatal, señor Lapipe.

De pronto el jefe de Seguridad lanzó un grito de triunfo:

—¡Ajajá!... ¡Ya tenemos la clave del misterio!... ¡Busquemos a la mujer!... ¡Y pensar que desde que el mundo es mundo este axioma es eternamente verdadero!...

Lapipe, que no compartía aquel entusiasmo, replicó, moviendo la cabeza:

—Sí. ¿Gineta Levasseur?... De modo que usted cree que esa infeliz obrera está

protegida por alguien bastante poderoso para... Sería esto, en mi concepto, asombroso... Que aquella apuesta de casarse con la primera rubia que encontrase haya germinado en su cerebro de borracho..., que haya sido precisamente Gineta Levasseur, todo esto es muy posible, pero no hay que buscar más allá... ¡No, y mil veces no!

En el entretanto el jefe de la Seguridad, sin contestar a su subordinado, hojeaba un legajo puesto encima de la mesa, delante de él.

—He aquí el informe que da acerca de esa joven el comisario de policía... Bordadora que trabaja en su casa..., buena reputación en el barrio...; la tienen por honrada, seria y laboriosa...; vive en un pisito de trescientos francos al año...; paga puntualmente su alquiler...; no recibe a nadie...; un día volvió a su domicilio con un billete de quinientos francos que, al parecer, le había entregado en el bulevar un generoso desconocido...

Al oir esto Lapipe dió un bote en su asiento.

—¡Esto ya raya en lo incomprensible! —exclamó.

Su interlocutor, equivocándose acerca del sentido de tal exclamación, díjole, sonriendo maliciosamente:

—¿Verdad que sí? Esta historia es bien inverosímil.

—Dispense usted—replicó el inspector, —es rigurosamente exacta y de ella he sido testigo.

Y diciendo esto, se levantó en extremo pálido y agitado por un temblor nervioso.

—¿Qué le pasa a usted?— preguntóle con cierta inquietud su jefe.

—¡Es él!—balbuceó Lapipe... ¡Otra vez es él!... ¡Estoy seguro!

—¿Y quién es él?

—El pasajero del **Black Old Dog**..., el generoso viandante..., el cliente del hotel de los Príncipes de Portugal..., el mandarín..., el asesino de Fraskopelly, todos estos no son más que un solo y mismo individuo en pos del cual corro en vano desde hace un año... y que se divierte en burlarse un día y otro de la policía y en mofarse sin descanso de mí.

—Vamos a ver, Lapipe, ¿qué significa todo esto? Explíquese usted.

Pero como si hubiesen soltado en él un muelle, el inspector proseguía:

—Esa frase "que ya en otra ocasión acudió en su auxilio" lo aclara todo..., es una prueba flagrante..., irrefutable... ¡Pardiez! ¡Sólo él es capaz de tan admirable puntería!... Sí, él ha matado al capitán, como mató al ladrón del hotel..., como mató al caballo desbocado... ¡Es un hombre que ante nada retrocede!...

—¡Cálmese usted, señor Lapipe!

Pero éste, sin escuchar a su jefe, había sacado con un movimiento brusco de su cartera el pedazo de cartón que había recogido en el cuarto del piso sexto de la plaza de Malesherbes y lo comparaba detenidamente con la carta que había cogido para mejor cotejarla con aquél.

Y de repente, con la mirada extraviada y los labios convulsos, exclamó:

—¡El mismo papel!... ¡La misma tinta!... ¡El mismo modo de escribir los números!... El billete de correspondencia del ómnibus A. K. 756 encontrado allá arriba por Newton es la confirmación irrefutable de lo que afirmo... ¡También él!.. ¡El siempre!... ¡Es él quien ha asesinado asimismo al banquero Korpfstrauss!...

Pero entonces el jefe de Seguridad, que desde hacía algunos instantes seguía con ojos asombrados los gestos de su subordinado, tocó el timbre que tenía encima de su mesa.

Inmediatamente apareció un ordenanza.

—¡Pronto!... ¡Pronto!—gritó el jefe. —¡Un médico!... ¡Que le llamen por teléfono!... ¡Al señor Lapipe le ha dado de repente un ataque de locura!...

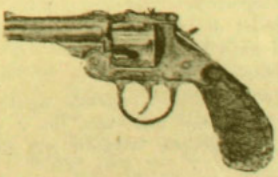
CAPITULO XII

La aventura de Gineta

—¿Cómo, levantada ya, señorita Gineta?

Y en la puerta de su kiosko, la vieja portera, apoyada en la escoba, quedóse estupefacta al ver que su joven y linda inquilina se disponía ya, a pesar de ser tan temprano, a salir, como todas las mañanas, en busca de la leche que constituía su desayuno.

—Sí, señora Bourju, ¿y por qué no?



—¡Caramba, después del trastorno de anoche!

—He dormido bien y ya estoy repuesta, como puede usted ver.

—¡Ah, señorita! No estaba usted tan tiesa cuando a media noche la trajeron... Estaba usted desmayada, pálida como una muerta y con las ropas destrozadas... ¡Si a mí, al verla, por poco me da algo!... ¡Qué aventura; ¿No es verdad?

Diciendo esto, la portera se había retirado, e invitando a Gineta a entrar en la portería, con muestras de mucho interés, le dijo:

—Cuénteme usted lo que le pasó, ángel mío... Anoche, en vista de su estado, no me atreví a interrogarla...; pero no fué por falta de ganas, créalo usted... Además, su salvador tenía tanta prisa que no me dió ningún detalle... ¿Conque se vió usted atacada por unos malhechores?

Gineta comprendió que no se libraría de la vieja si no tomaba el partido de satisfacer su curiosidad, y, resignada, sentóse en la silla que solícita le ofrecía su interlocutora y empezó su relato:

—Pues sí, señora, tal como usted dice. Ya sabe usted que anoche debía entregar a la vizcondesa de Neysté su falda bordada, que había sido preciso retocar algo y que ella necesitaba imprescindiblemente para ir a un baile. Habíame hecho el propósito de volver temprano, pero mi cliente me suplicó que me esperara para ver el efecto de la falda, y hasta después de las once no salí de su casa. Las calles estaban desiertas, pero yo no tenía miedo y nada me ocurrió hasta que no lejos de aquí...

—¡Está tan mal alumbrada esta calle! —gimió la portera, atiborrándose la nariz de rapé.—¡Ah! No es por ganas de criticar, pero hay que reconocer que el gobierno olvida mucho este barrio.

—Tres malhechores, que de repente salieron de una puerta cochera, se arrojaron sobre mí...

—¡Virgen Santísima!

—Pedí socorro a gritos, luché, procuré escaparme; mas todo fué en vano... Uno de aquellos hombres me tenía cogidas las manos, otro me tapaba la boca con un pañuelo...

—¿Y el tercero?

—El tercero dijo: "Esto va bien; voy a buscar el auto".

—¡Oh, Dios mío!

—En aquel momento, cuando agotadas mis fuerzas y medio asfixiada, iba a desmayarme, un hombre, atraído sin duda por mis gritos desesperados, se echó encima de los apaches.

—¡Qué valiente!—murmuró suspirando la portera que bebía las palabras de la joven.—¿Y luego, qué pasó?

—Entonces, en menos tiempo del que yo empleo para contarlo, señora Bourju, los tres malhechores rodaron por el suelo, y cuando se levantaron emprendieron la fuga, sin querer saber nada más... Pero aquellas emociones me habían quebrantado y mi salvador hubo de traerme hasta aquí, en donde los buenos cuidados de usted acabaron de reponerme.

—Pero—preguntó la vieja, a quien ningún pormenor escapaba,—¿cómo sabía ese hombre el domicilio de usted?

—Sin duda yo se lo dije sin darme cuenta... Después de todo, tal vez sea algún vecino de este barrio... Lo único que siento es que se marchara tan de prisa, sin esperar a que le expresase mi gratitud.

—¡Ah! En cuanto a esto, no se apure usted, niña mía...; ya volverá a saber noticias de usted; no hoy, porque, según dijo, trabaja hasta muy tarde en su almacén, pero mañana, de seguro.

Gineta se había levantado y se disponía a salir.

—Si viene—dijo,— ruéguele usted que suba a mi casa, porque quiero darle las gracias de viva voz.

—Así lo haré, señorita Gineta.

La joven estaba ya lejos y la portera continuaba todavía hablando consigo misma, a falta de interlocutora, mientras barría el portal:

—¡Guapo mozo, a fe mía!... ¡Y de aspecto muy distinguido!... ¡Y con unos ojazos azules!... Ni más ni menos que un héroe de folletín... ¡Ah, cómo me habría gustado a mí, de joven, ser salvada por un hombre guapo como ese!

Y como no había razón para que aquel monólogo terminase, hacía ya rato que Gineta había regresado a su piso cuando la portera aún seguía perorando.

Mientras vigilaba su desayuno, que se cocía en una hornilla de petróleo, la linda obrera meditaba sobre los acontecimientos que, de ocho días a aquella parte, habían agitado su existencia, de ordinario tan tranquila.

Después de su encuentro con el capitán Fraskopelly y el amigo de éste, Otón de Schlakemburg, en la esquina de la calle de Enghién, Gineta había continuado su camino tranquilamente, entregado su labor y regresado a Menilmontant, sin sos-

pechar que aquellos dos hombres no la perdían de vista.

La cólera que sintió al verse de aquel modo detenida en plena calle por un desconocido audaz, habíase calmado poco a poco y al fin la joven se decidió a tomar a risa aquella extraña proposición matrimonial que le habían soltado, como queriendo burlarse de ella.

Al día siguiente, después de levantarse con la aurora, según costumbre, y antes de ponerse a su trabajo, ocupábase en limpiar la jaula de su canario, que se alisaba las doradas plumas a los primeros rayos de sol, y mientras le cambiaba el agua y la comida, decíale:

—¿Verdad, Fifí, que el corazón de Gineta no se vende?... ¿que tu amita no se casará sino con un hombre a quien ame de veras?

—¡Pío... pío!...—respondía el pájaro batiendo alegremente las alas.

Y la joven, como si estuviese segura de que el animalito le comprendía, siguió diciéndole:

—¡Sí, monín! Aquel joven, aunque sea el conde de... no sé cuántos, y vaya vestido como un figurín, y sea un hombre guapo y lleve aquella sortija en el dedo, no logrará conquistar a la señorita Gineta, porque la señorita Gineta tiene sus ideas muy arraigadas sobre el matrimonio... ¿Qué dices tú a eso, Fifí?... ¡Pío... pío!... Esto no es contestar claramente, amigo mío; pero bien sé como piensas...

Y colgando la jaula en la ventana, terminó su discurso:

—Piensas que aún viviremos mucho tiempo en este pisito... y que no por eso seremos desgraciados, ¿eh, Fifí?.... Hasta ahora gano lo suficiente para los dos y no tenemos por qué quejarnos.

Fuése a su tocador, cogió su jarro y regó las enredaderas cuyo follaje, verde y espeso ya, se enroscaba alrededor del marco de la ventana invadiendo las cuerdas tendidas de una persiana a otra, mientras su voz fresca cantaba alegremente la linda antigua romanza:

"¡Es el jardín de Juana, la obrera!"

Dos golpecitos dados en la puerta del piso interrumpieron su canto. Fué a abrir y quedóse inmóvil de asombro al ver en el umbral al joven que de tan extraña manera la había detenido en la calle el día antes:

—¿Usted, caballero?—exclamó.—¿Quién

le ha autorizado para perseguirme hasta mi casa?

El capitán Fraskopelly inclinóse con la perfecta corrección que ni un instante abandonaba.

—Señorita, ante todo debo disculparme por el modo singular con que ayer me acerqué a usted.

—Es perfectamente inútil, caballero.

El conde, mientras hablaba, había entrado en el piso sin que Gineta, en su sorpresa, hubiese intentado evitarlo.

—Señorita—siguió diciendo, — de fijo que me tomó usted por loco, y sin embargo, hablaba con toda formalidad; y la prueba de ello es que si me he apresurado a venir esta mañana ha sido para reproducir la petición que ayer tuve el honor de hacerle.

—Ignoro, caballero— respondió Gineta secamente,—los motivos que tiene usted para usar conmigo semejante lenguaje. No sé quien es usted, ni quiero saberlo— añadió al ver el ademán del conde,— y todo cuanto tengo que decirle es que pierde usted el tiempo.

—Pero, señorita, ¿por qué esa negativa inexplicable?—preguntó el capitán.

Y al ver que la joven no contestaba, repitió:

—¿Por qué?... Dígame por qué, se lo suplico.

—Porque soy una mujer honrada y no me vendo—contestó Gineta mirándole con fijeza.—Y ahora—añadió, señalándole la puerta—váyase usted, caballero. Entrando así en mi casa, me compromete usted inútilmente. Hemos hablado lo bastante para que conozca usted mis sentimientos respecto de usted.

—Supongo que no será esta su última palabra— dijo el capitán cada vez más nervioso.

—La última, caballero.

El rostro del capitán se contrajo, su bigote se erizó a impulsos de su cólera y sus manos temblaron de su mal contenida rabia.

—Está bien—refunfuñó;—ya sé lo que me toca hacer, señorita. Del capitán Fraskopelly nadie se burla... ¡Le juro, a fe de hidalgo, que será usted mi esposa, de grado o por fuerza!...

Y saludando profundamente, salió.

Gineta, que ignoraba la extraña apuesta del conde, atribuía a un súbito acceso de locura la insistencia de aquel individuo, por otra parte de aspecto tan distinguido y razonable, en querer casarse con una joven obrera, cuya existencia seguramente no sospechaba antes de haberla encontrado por casualidad, en la calle.

En los periódicos había leído otros casos tan singulares como aquel de demencia que impulsan a ciertos hombres a declararse de pronto nuevos Cristos o a proclamarse emperadores de todas las Rusias.

Y, con su alma bondadosa, más que guardarle rencor, le compadecía.

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que al acordarse de aquella escena ocurrida una semana antes, no podía menos de reirse de la expresión lastimera y furiosa al mismo tiempo, de aquel novio intempestivo.

Pensando ahora en las amenazas que le había dirigido al marcharse, se le ocurrió que acaso no eran ajenas a la agresión de que había sido víctima la noche anterior.

Y al reflexionar sobre todo ello en la calma y soledad de su cuartito, acudían a su memoria muchas cosas en las cuales no se había fijado, y sacaba de ellas deducciones que la asombraban.

En primer lugar, los bandidos que se habían arrojadó sobre ella ¿no habían procurado más paralizar sus esfuerzos, para que no pudiese huir, que tratar de apoderarse de su portamonedas y de las pocas joyas que llevaba? Si hubieran sido verdaderos apaches, habrían comenzado, ante todo, por robarla.

Después, aquel tercer personaje, diciendo a sus cómplices que iba a buscar el auto, ¿no demostraba sobradamente que había, en la sombra, otras gentes que esperaban el resultado de la agresión?

Dadas todas estas circunstancias, fácilmente podía suponer que era el capitán quien había intentado robarla para forzar su voluntad de una manera que ella no podía precisar.

Fracasada su primera tentativa, era verosímil que no se daría por vencido.

Luego era menester que ella estuviese prudentemente en guardia.

Esa perspectiva la aterraba.

Nunca se había encontrado tan abandonada, nunca había sentido tanto la necesidad de un apoyo.

¿Quién la protegería?

¿Quién la defendería?

Y los ojos se le llenaban, a pesar suyo, de lágrimas al verse sola en el mundo, sin tener a nadie a quien confiar sus penas y sus zozobras.

Al día siguiente, a eso de las ocho, llamaba a su casa el desconocido que la había salvado.

Era un guapo mozo, de aire leal y franco, vestido sencilla pero decentemente.

Saludóla sin timidez y le preguntó si se habían desvanecido sus pasados terrores.

—No olvidaré jamás, caballero— respondió Gineta con acento algo emocionado, —el valor con que me arrancó usted de las manos de aquellos malhechores, con riesgo de su vida.

—¡Bah!— replicó su interlocutor encogiéndose ligeramente de hombros.— No me asustaban aquellos granujas, porque soy práctico en el boxeo, en el jiujitsu y en otros medios de defensa.

—Caballero, es usted un valiente.

—¡Oh, señorita! El calificativo es demasiado grande para un acto tan sencillo como el de haber acudido en socorro de una persona en peligro.

Instado por la joven, el desconocido se sentó; y Gineta, atendiendo a sus ruegos discretos y dejándose llevar de la simpatía que, sin poder evitarlo, sentía por su salvador, le contó toda su historia.

Su padre, después de haber salido de Tolón, había venido a instalarse en París, en donde no tardó en fallecer. Unos vecinos compasivos habíanla recogido a ella, que tenía entonces siete años.

Aquellas buenas gentes la habían considerado como hija propia; la esposa habíale enseñado a coser y a bordar, y el marido, que era tenedor de libros, a leer y escribir. Pero también eran viejos y a su vez murieron al poco tiempo.

Entonces había empezado para ella la lucha.

A fuerza de energía, de voluntad y de perseverancia, había logrado salir adelante.

Había evitado todas las asechanzas, ven-

cido todos los obstáculos, soportado valientemente todas las privaciones, a fin de resolver el problema, hoy casi imposible para una joven, de vivir de su trabajo manteniéndose honrada.

Ahora podía mirar el porvenir sin temor; sus dedos de hada eran bastante hábiles para darle certeza de que los días de prueba habían terminado para ella y de que había salido triunfante de la lucha en que tantas otras habían sucumbido.

Pablo de Vareilles escuchaba a Gineta con interés creciente.

Hallábase, pues, realmente, en presencia de la hija de aquel hombre magnánimo que, en otro tiempo, le había salvado, y emocionado por la gracia deliciosa, por el valor sencillo, por la voluntad indomable de la joven, sentía que de su alma se desbordaba una alegría tierna que no trataba de disimular.

—¿Y no le asusta a usted, señorita—dijo,—esa perspectiva de trabajar siempre?

—¡Oh!—replicó Gineta riendo.—Quizás no me vea obligada a manejar la aguja toda la vida... Mi pobre padre, al morir, dijo a las personas a quienes me confiaba, que un hombre, en recompensa de un servicio que él le habría prestado en otro tiempo, se ocuparía de mí y aseguraría mi porvenir... Pero hasta ahora—añadió sonriente—no se ha presentado nadie... ¿Será que el tal sujeto se habrá olvidado de mí?

Pablo de Vareilles se había levantado sumamente pálido.

—¿Qué tiene usted, caballero?—preguntóle inquieta la joven, sin poder sospechar el daño que su acusación de ingratitud causaba a su interlocutor.

Pero éste se había dominado inmediatamente. No había llegado aún el momento de hablar, y antes de decirle que él no era el desconocido con cuya gratitud contaba, quería confesarle el sentimiento sincero y profundo que ocupaba toda su alma e implorar de sus labios una palabra de esperanza para el bello proyecto que acababa de concebir.

Y dueño ya otra vez de sí mismo, respondió:

—No tengo nada, señorita..., un dolor que me ha dado de pronto; pero ya pasó.

Hubo un rato de silencio que rompió Gineta preguntando:

—¿Y usted, caballero, no me dirá, a su vez, quién es?

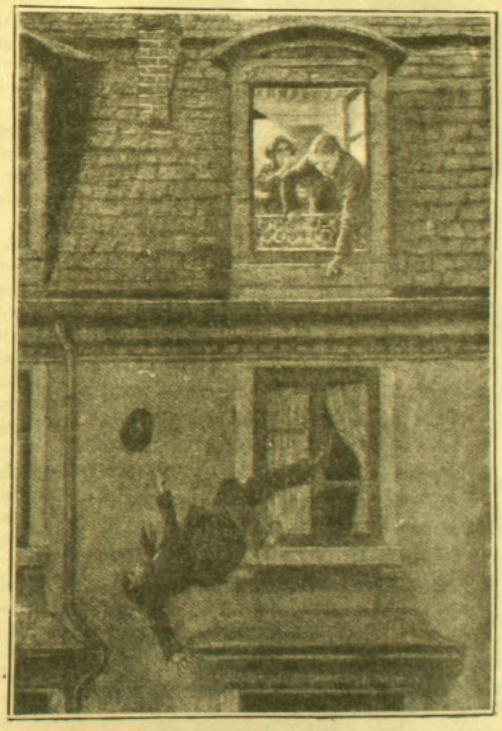
Pero, en aquel momento, abrióse bruscamente la puerta dando paso al inspector Lapipe, quien, cruzado de brazos y con acento irónico, exclamó dirigiéndose a Pablo:

—¡Tampoco a mí me pesaría saber quién es usted!

Firmemente convencido, a pesar de la opinión formal de su jefe, de que el asesinato del capitán Fraskopelly era obra del misterioso desconocido, del hombre fantasma a quien en vano perseguía, el inspector había resuelto ir a interrogar a la joven y tratar hábilmente de hacerla cantar.

Y para estar seguro de encontrarla en casa, habíase encaminado a Menilmontant después de comer.

La casualidad había hecho que subiese la escalera detrás del hombre que iba a visitar a Gineta, y lo primero que hizo



Arrojó por ella al inspector

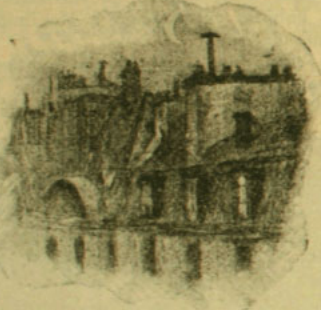
fué pegar su oreja a la cerradura de la puerta.

Lo que oyó, interesóle en alto grado; decididamente estaba sobre la buena pista.

Pero en el momento en que, ardiendo en impaciencia, iba al fin a saber quién era aquel individuo que había llegado a ser su pesadilla, oyéronse pasos en la escalera. Eran vecinos que volvían a sus casas.

Dejarse sorprender en flagrante delito de espionaje junto a una puerta, era promover un incidente inútil, tener necesidad de dar explicaciones, chocar con la desconfianza y con la antipatía que hacia la policía siente la gente del pueblo...

Valía más aventurar un golpe de efecto, procurar obtener por la intimidación lo



que había estado a punto de averiguar por la astucia.

No había, pues, vacilado.

Y por esto, habíase introducido bruscamente en la estancia de Gineta y formulado al visitante de esta un ultimátum.

Los dos hombres se miraron fijamente.

Y cuando vió los ojos azules, claros y penetrantes como una hoja de acero, de aquel sujeto, ya no le quedó al inspector la menor duda acerca de quién fuese.

Era, realmente, el hombre fantasma el que estaba delante de él.

—¡Esta vez no te me escaparás!— exclamó con voz entrecortada por la alegría.

—¡Eh, caballero!—replicó Pablo con altivez.—¿Qué tono es ese que se permite usted usar conmigo?... ¿Por quien me toma usted?

—Por un miserable asesino a quien hace tiempo busco... ¡Pero no siempre logra uno escurrirse de entre los dedos de la policía, buena pieza!

—¿No quiere usted dejarme siquiera que le dé algunas explicaciones?

—No quiero explicación alguna con un tuno de su calaña.

—Mire usted bien lo que hace, Sr. Lapipe—replicó el **cow-boy**,—porque va a ser usted responsable de lo que pueda sucederle...

—¿Conque amenazas ahora?

—No son amenazas, es solamente una simple invocación a la cortesía.

Lapipe comprendió que seguir escuchando era perder el tiempo, y se abalanzó sobre el desconocido para sujetarlo con las esposas; pero el otro, de un salto, había evitado la acometida.

El inspector volvió a la carga, y entonces Pablo, con verdadero vigor, agarró al polizonte por el cogote, levantólo como una pluma, y dirigiéndose la ventana, con una mano la abrió y con la otra arrojó por ella al inspector.

Gineta había contemplado aquella escena, aterrada, con los ojos abiertos de espanto y temblando de una emoción que no podía dominar.

—¡Oh, caballero! ¿Qué ha hecho usted?—exclamó.

Su salvador echóse a reir y, con una calma que las circunstancias hacían aún más terrible, respondió:

—Me he desembarazado de ese infeliz señorita... Pero nada tema usted... Para no comprometerla, desaparezco... Acuérdese, sin embargo, de que hay alguien que vela por usted.

Y antes de que la joven hubiese podido dirigirle una pregunta o detenerle con un ademán, Pablo había abietro la puerta y desaparecido.

Entonces Gineta acercóse a la ventana, se asomó a ella, miró, trató de ver entre las sombras de la noche, que en el entretanto había cerrado y cuya obscuridad apenas interrumpían los faroles de gas; pero nada pudo distinguir.

La calle había conservado su pesado silencio y su tranquilidad adormecida de las noches estivales.

Era muy extraño.

¿Sería ella juguete de un sueño, de una pesadilla, de una alucinación?

Pero, lo que vió al volverse, todavía la sorprendió más.

Lapipe, en el umbral de la puerta del piso, la contemplaba riendo burlonamente:

—¡Ja, ja!—exclamó el inspector.—Los que se dedican al oficio de asesino no siempre atinan en todo.

—¡Usted..., usted aquí!— balbuceó Gineta, presa de terror.

El inspector no se dignó perder el tiem-

po en explicarle cómo, arrojado por la ventana, había tenido la inesperada suerte de caer sobre el toldo de un café que había amortiguado el golpe y le había proyectado de pie sobre la acera; ni cómo, después, había requerido la ayuda de dos agentes que por allí pasaban en aquel momento, instalando al uno en el kiosko del portero y enviando al otro en busca de refuerzos al puesto más próximo; ni, en fin, cómo él mismo se había apresurado a subir de nuevo a casa de Gineta para detener al desconocido antes de que pudiera escaparse.

Limitóse a preguntar a la joven:

—¿Dónde se ha metido su compañero?

—Lo ignoro, señor— respondió Gineta, más muerta que viva.

El inspector, de una ojeada, se convenció de que allí no había nadie.

—Es muy posible—dijo.—Por lo demás, no irá muy lejos... Y en cuanto a usted—añadió con rudeza,—la invito a decir la verdad; de lo contrario, puede costarle cara la fiesta... ¡Ea, responda usted! ¿Cómo se llama ese individuo?

—No lo sé...

—¿Qué profesión es la suya?

—Tampoco lo sé...

—En una palabra, que no le conoce usted.

—No, señor.

En aquel momento oyóse a los agentes subir corriendo la escalera con gran estrépito de botas y de sables. Lapipe dictó sus órdenes:

—Registren la casa, pues no puede haberse escapado.

Y volviendo a Gineta, le dijo:

—De modo que no quiere usted..., o no puede usted—añadió rectificándose y en tono irónico—decir nada...

La joven movió negativamente la cabeza.

—Está bien... A mí esto me tiene sin cuidado..., ya se explicará usted delante del juez de instrucción.

—¿El juez de instrucción?— murmuró, asustada Gineta, entre dientes.

—Sí, el juez de instrucción, porque ahora mismo me la llevo a usted arrestada como cómplice de ese individuo que hace unos instantes estaba aquí.

—¿Cómplice de qué?...

—Del asesinato del capitán Fraskopelly.

—¿Qué, ha sido asesinado el capitán?— exclamó Gineta en el colmo de la sorpresa.

—¿Tampoco sabía usted esto? — dijo burlonamente el inspector.

—No, señor... ¿Y cuándo ha sido asesinado? ¿Dónde? ¿Por quién?

—En un restaurant, por una mano desconocida y durante un banquete en que anunciaba su próxima boda con usted... ¡Ya va usted recordando! ¿No es verdad?

La obrera estaba estupefacta de todo aquello que oía y un mundo de ideas se agitaba en su cabeza... Y, acordándose de las palabras que le dijera el desconocido al separarse de ella, preguntábase si sería realmente él, quien, después de salvarla de sus agresores, la había también arrancado de las garras del oficial, llegando hasta a matar a este para librarla de sus importunidades... ¿Quién era, pues, aquel protector misterioso que de este modo velaba por una pobre muchacha como ella,

atento a apartar todos los peligros que la amenazaban?... ¿Era aquél de quien su padre había hablado en su lecho de muerte?

—Caballero—dijo con voz entrecortada, —juro a usted que ignoraba todo esto... No leo ningún periódico. ¿Cómo, pues, podía enterarme de lo que ahora usted me explica?

—¡Ea, ea!... ¡Basta de conversación!... Todo esto se lo contará usted al juez que escuchará pacientemente sus discursos, porque ese sí que tiene tiempo para ello.

Y llamando a un agente, ordenó:

—¡Las esposas..., y a la prevención!

—¡Caballero!— exclamó Gineta haciéndose atrás y poniéndose maquinalmente las manos a la espalda.

—Y mañana a la cárcel, en el coche celular.

La joven palideció.

¡El carruaje de los presos!... Aquello significaba para ella la mayor vergüenza... Varias veces había visto salir de la comi-

saría a desgraciadas que subían a él entre las cuchilletas de la muchedumbre agrupada.

¡A aquel hombre le imponía tan abominable suplicio, haciéndole perder la reputación..., deshonrándola!... ¿Y por qué?... ¿Con qué derecho?... ¿Qué había hecho ella?... ¿De qué era culpable?

—¡Oh, eso no, caballero, eso no!— exclamó, juntando las manos en actitud suplicante.

El inspector ni siquiera se dignó contestarle.

—¡Andando!—gritó el agente.

Entonces Gineta se irguió con altivez, miró fijamente al inspector cara a cara y, presentando las muñecas, con resignación heroica, exclamó:

—Caballero, lo que está usted haciendo es una infamia.

—Llévensela—limitóse a decir Lapipe.

La detención de Gineta se divulgó como un reguero de pólvora en toda la casa.

Los vecinos se habían asomado a las ventanas para verla, haciendo cada cual sus comentarios.

Cuando la joven pasó por delante de la portería, la señora Bourju, fuera de sí, quiso arrancársela al agente que la llevaba, y los compañeros de este hubieron de contenerla después de haberla inútilmente amenazado con llevarla también a la prevención.

—¡Sí, mejor!—vociferaba.— ¡Llevadme también a mí con ese cordero inmaculado!... Ya me oirá el comisario!... ¡Esa muchacha es pura como un niño recién nacido!... ¡De qué podrán acusarla, Virgen Santísima!

—No se apure usted, querida señora Bourju—díjole Gineta.— Por fuerza tendrán que soltarme y antes de una hora estaré de vuelta.

Esta seguridad calmó algo a la vieja, quien, sin embargo, añadió:

—¿Y si, a pesar de todo, esos malvados la retienen más tiempo, ángel de Dios?

—En este caso, cuidará usted bien a mi Fifí, señora Bourju; se lo confío a usted.

En el entretanto, Lapipe se había reunido con los agentes que registraban toda la casa, de arriba a abajo.

Pero en ninguna parte encontraron la menor huella del fugitivo.

¿Por dónde había huído?

Todas las salidas estaban guardadas.

—¡Es incomprensible, en verdad!—gritaba Lapipe.—¿Por dónde ha podido escapar ese truhán?

—Paréceme, mayormente, señor inspector—dijo riendo el sargento que mandaba a los agentes,—que se ha escabullido por el camino de los gatos.

Lapipe subió corriendo al sexto piso, y asomándose ansiosamente al tragaluz de una buhardilla, murmuró sofocado:

—En tal caso, menester es que el muy bribón sea sumamente ágil, porque el tejado está aislado y hay para romperse el alma veinte veces sólo con querer llegar hasta la primera chimenea... Sin embargo, tal vez tenga usted razón; pero no vamos a arriesgar la vida de nuestros agentes enviándolos, en medio de esta obscuridad, en busca de ese individuo... Mañana, en cuanto amanezca, los bomberos explorarán los tejados..., y esta noche, vigile usted para que ese hombre no vuelva por el mismo camino por donde ha escapado.

Y después de haber dado sus últimas instrucciones, Lapipe se metió en un coche que lo llevó a la Seguridad.

—Cuando ese granuja nos da tanto que hacer—iba pensando por el camino— es señal de que es una buena piezaa.

Pablo de Vareilles, en efecto, se había escapado por los tejados de las casas vecinas.

La frescura de la noche había mitigado un tanto la cólera que hervía en su alma.

—De todos modos he ido algo demasiado lejos—decíase mientras se dirigía tranquilamente a su casa.— Héteme, a mi pesar, en lucha con la policía de mi patria... ¡Esto solo faltaba a mi rebeldía!... ¡En fin! Espero que ese pobre Lapipe me perdonará, si no se ha hecho mucho daño cuando le he tirado por la ventana... Ahora es preciso que arranque de sus manos a esa pobre Gineta... Logrado esto, volveré a desaparecer Reginaldo Farweth y yo me sumergiré de nuevo en la sombra hasta que, gracias a los esfuerzos de mi abogado, que tiene todos mis documentos, el alférez Pablo de Vareilles, condenado injustamente por el consejo de guerra marítimo de Tolón, pueda reaparecer entre sus conciudadanos con la cabeza alta y rehabilitado.

CAPITULO XIII

En el Juzgado de Instrucción

Varios procesos sensacionales ocupaban ya toda la atención del juez Sr. Rodanet cuando fué designado para instruir el sumario contra el ignorado asesino del agregado militar de X, asunto este último mucho menos interesante para él que el de la ogra de Pont-de-Flandre o el de la in-

geniosa estafa del fabricante de diamantes que en aquel entonces apasionaba a la opinión pública.

De aquí el malhumor y el visible disgusto con que interrogaba a la infeliz joven en quien el inspector Lapipe se obstinaba en ver una cómplice del asesinato del capitán.

Gineta no había querido el concurso de ningún abogado y a todas las preguntas que el juez le hacía limitábase a contestar, llorando, que no sabía nada del hecho de que se le acusaba.

El señor Rodanet hallábase sumamente perplejo.

A pesar de su escepticismo de magistrado, que durante su ya larga carrera había visto demasiados cosas para dejarse engañar por las protestas de inocencia que ninguno de los delicuentes dejaba de hacer al ser interrogado, sentíase involuntariamente conturbado por el acento de sinceridad que respiraban las palabras de Gineta.

¿Cómo se explicaba que la modesta bordadora pudiera andar mezclada en aquel drama mundano incomprensible?

Cierto que existía la carta amenazadora encontrada en la cartera del capitán; pero ¿no podía ser que el asesino, testigo de la apuesta estúpida, la hubiese escrito precisamente para despistar las suposiciones sobre el móvil verdadero del crimen que se había propuesto cometer? Cuando más procuraba desenmarañar los hilos de aquella obscura trama, tanto más le parecía el inspector de la Seguridad dotado de una imaginación desordenada cuyas hipótesis era quizás imprudente admitir.

No obstante ciertas coincidencias, realmente serias, que parecían establecer, en efecto, una correlación posible entre ellos, no debían atribuirse todos los asesinatos cometidos de un año a aquella parte y a cuyos autores no había medio de descubrir, a un misterioso personaje bastante hábil para escapar siempre a la justicia.

Pero cuando estaba penetrado de esta idea, surgía en el Sr. Rodanet la duda en sentido contrario, y se preguntaba con inquietud si realmente el olfato de Lapipe habría husmeado la buena pista.

Había ejemplos de casos más curiosos que éste todavía, y el juez, recordándolos, pensaba que si por casualidad el inspector había acertado, el proceso que le había tocado sería de los que causan sensación, y por consiguiente valía la pena de reservarse par sí todo el mérito.

Mañana será usted libre...

Entonces el Sr. Rodanet, irresoluto, vacilante, no sabiendo qué partido tomar, en el momento en que se disponía a decretar la libertad de la joven, hacía comparecer de nuevo a ésta en su presencia y volvía a interrogarla.

Gineta, desde el día en que había sido encerrada en la cárcel de San Lázaro, sufría el tormento más espantoso.

Agobiada bajo el peso de la vergüenza, no cesaba de llorar, y a pesar de las exhortaciones de sus guardianas, que la compadecían profundamente y no podían imaginársela culpable, se abandonaba a la desesperación y al desaliento.

¿Tendría término algún día la injusta prueba a que la sometía la suerte? Du-

rante sus noches de insomnio, en su estrecha celda, casi lo dudaba, pues dado el concepto que tenía de la justicia, no comprendía por qué se empeñaban en hacerle confesar un crimen que no había cometido.

Cada vez que para ir al Palacio de Justicia tenía que subir al coche celular, no podía reprimir un movimiento instintivo de repulsión, y el guardia que la acompañaba, tenía que empujarla para que subiese.

A cada sacudida del vehículo sobre el empedrado, parecíale que su corazón se rompía y un sufrimiento agudísimo agitaba todo su cuerpo.

Aquel día, el Sr. Rodanet, mientras esperaba la llegada de Gineta, hacía con su escribiente un resumen de la información practicada por el inspector Lapipe.

El Sr. Rodanet, que pasaba por uno de los jueces más perspicaces, era también el más maniático, sin ninguna duda.

Detestaba a su escribiente, a quien encontraba torpe y lento; y preciso es confesar que la cotidiana labor de copiar interrogatorios, desde la mañana hasta la noche, no había desarrollado la inteligencia ni la celeridad de aquel funcionario

Por esto el juez, impaciente, interrumpía a cada instante su dictado con exclamaciones dolorosas, como si tomase al cielo por testigo del suplicio que el escribiente le hacía sufrir.

—¡Vamos, Sr. Perlevel..., escriba usted!... ¿dónde estábamos?... ¿La última palabra de la frase?... ¿Cómo quiere usted que en estas condiciones conserve el hilo de una idea?... ¡Por Dios, Sr. Perlevel!..., un poco más de prisa...

Aquella escena resultaba altamente cómica; pero el viejo escribiente, acostumbrado a esas reprensiones, no por esto hacía correr más velozmente la pluma sobre el papel.

La cólera del Sr. Rodanet aumentaba por momentos e iba al fin a estallar en imprecaciones vehementes, cuando un golpecito dado discretamente en la puerta le contuvo.

—¡Adelante!—gritó con acento brusco.

Por la puerta asomó un individuo que llevaba el uniforme de los ordenanzas del Palacio.

—El señor fiscal—dijo— desea hablar con el señor juez.

—Está bien, voy allá—respondió el Sr. Rodanet levantándose.

—¡Calle, no era Próspero!—murmuró el escribiente cuando se quedó sólo.— Sin duda está con licencia... ¡Ese sí que tiene suerte!... ¡Quién estuviera en su lugar!... Porque ¡cuidado si se pudre y se repudre uno aquí dentro!

Mientras así monologaba a media voz, sacó del cajón un paquete de tabaco y un librito de papel de fumar y lió un cigarrillo.

Después, quemando en la chimenea un largo trozo de papel cuidadosamente doblado, encendió con él el pitillo y aspiró con delicia el humo.

En aquel momento, abrióse de nuevo la puerta y entró en el despacho un abogado.

—¿El Sr. Rodanet, no está?—preguntó.

—No, señor letrado— contestó amablemente Perlevel;—pero volverá dentro de unos minutos; está con el señor fiscal... Si quiere usted esperarle...

—Es que no tengo tiempo... He de informar en la sala octava... Además, necesito únicamente un dato.

—Si yo puedo facilitárselo...

—Es usted muy amable... ¡y tengo tanta prisa!... Diga usted, ¿no está el Sr. Rodanet encargado de un proceso Silvarat?

—No recuerdo este nombre; pero podemos ver...

Y el escribiente se puso a examinar el montón de legajos que había sobre la mesa del juez de instrucción.

—¿Cómo ha dicho usted, señor letrado?

—Silvarat..., con S...

—Pues aquí no está.

Pero al ver el gesto de contrariedad de su interlocutor, añadió:

—Espere usted, señor letrado..., voy a mirar en el armario.

Mientras el escribiente se dirigía hacia el mueble que estaba en el fondo del despacho, el abogado habíase acercado a la mesa.

A pesar de su aparente calma, gruesas gotas de sudor corrían por su frente, revelando el esfuerzo de voluntad que estaba realizando para permanecer impasible en aquel golpe de audacia que iba a llevar a cabo.

El supuesto abogado era Pablo de Vareilles.

Era forzoso que volviera a sumergirse en la obscuridad más absoluta hasta el día en que su nombre le fuese públicamente restituído; la policía estaba sobre su pista y la más pequeña imprudencia le pondría de nuevo en sus manos. Y Pablo sabía que en este caso le enviarían nuevamente a presidio sin escucharle.

Pero, por otra parte, no podía vivir sin Gineta.

Ya no trataba de disimularse que la

amaba con toda su alma y que su único deseo era hacerla su esposa, pagando así, a la vez, la deuda que con su padre había contraído.

El juez, sin embargo, no se daba la menor prisa en ponerla en libertad, en vista de lo cual él juzgó conveniente arrancar a la joven de sus garras hasta el momento en que aquel magistrado, convencido de que ninguna participación había tenido en el asesinato de Fraskopelly, se vería obligado a sobreseer, respecto de ella, el proceso.

Las infames promiscuidades de la cárcel, la vergüenza sin cesar renovada del coche celular, las torturas morales del sumario, eran sufrimientos que Gineta no merecía padecer, y por consiguiente ¿no había él de hacer lo imposibe para evitárselos, él, que había jurado ser su protector y su defensor?

Y para llegar hasta ella había recurrido al medio sencillo de ponerse una toga de abogado y esperar una coyuntura para hablarle un día en que fuese llevada ante el juez de instrucción.

Gracias a un hábil subterfugio, había logrado alejar de su despacho al Sr. Rodanet, y ahora, dentro ya de la plaza, iba a intentar la realización del difícil proyecto que había concebido.

Con una rápida ojeada a su alrededor, asegurósose de que nadie le miraba y extendió el brazo hacia la mesa, que estaba llena de papeles de toda clase, citaciones, mandamientos de prisión, comparecencias de testigos, autos de excarcelación firmados y sellados.

Pablo de Vareilles, con mano que no temblaba, apoderóse de uno de estos últimos y de un sobre con el membrete del Tribunal de primera instancia del Sena, y los deslizó en su cartera.

En aquel momento, el escribiente volvió la cabeza para decirle:

—Tampoco aquí hay nada, señor letrado.

Pablo apenas tuvo tiempo para apartarse un poco de la mesa.

—¡Lo siento!—dijo con expresión de gran contrariedad.—Hay en todo esto, sin duda, una equivocación... En fin, volveré después de la vista.

—Está bien, señor letrado—respondió el escribiente.

Y saludando con deferencia, acompañó a su interlocutor hasta la puerta. Después volvió a encender el cigarro que se había apagado, y murmuró:

—La verdad es que aquí se ven caras nuevas todos los días... ¡Cuidado que abundan los abogados!... Y luego nos extrañamos de que sean tan pocos los que lleguen a ganarse la vida y tantos los que se ven obligados a pescar clientes hasta en los despachos de los jueces de instrucción... Después de todo, más prefiero mi destinillo, porque si bien es verdad que no hago lo que me da la gana, en cambio a fin de mes tengo mi paga segura, y esto al fin y al cabo no deja de ser una ventaja.

Apenas había terminado su monólogo, cuando entraba de nuevo en el despacho el Sr. Rodanet.

Estaba, al parecer, furioso.

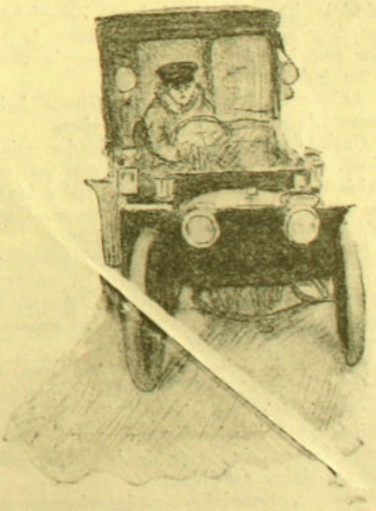
—¡No lo entiendo!—refunfuñó.—El señor fiscal no había mandado que me llamasen.

—Habrá sido una equivocación— dijo el escribiente, a quien, en el fondo, hacía mucha gracia el bromazo corrido por el juez.—Además, el señor juez debió fijarse en que quien le traía el recado, no era Próspero, el ordenanza del señor fiscal.

—Es verdad—exclamó el Sr. Rodanet, que no podía admitir, ni por un instante, que se hubiesen burlado de él.—De todos modos, es pesado que vengan a estorbarle a uno inútilmente.

Y se puso de nuevo a hojear su proceso.

—Volvamos a nuestro trabajo, Sr. Perlevel. La Levasseur ya está aquí y es preciso que antes de media hora hayamos terminado su interrogatorio, porque después hay varias citaciones importantes en el sumario de la ogra de Pont-de-Flandre... Conque, de prisa... ¿Cuál era la última palabra, Sr. Perlevel?... Despache



usted, hombre! Lo que es así no acabaremos nunca... ¿Dónde estábamos?...

En el ancho corredor que se extiende a lo largo de los despachos de los jueces de instrucción, Gineta Levasseur, sentada en un banco bajo la vigilancia de un guardia municipal, esperaba que el Sr. Rodanet la llamase.

Oculto en el pañuelo su lagrimoso semblante, no prestaba la menor atención al movimiento de las gentes que se paraban para hablar a media voz y formando pequeños grupos a la vista indiferente de los ordenanzas que permanecían impasibles detrás de sus mesas.

La joven no observó que se le acercaba un abogado.

Era el mismo que unos momentos antes había salido del despacho del Sr. Rodanet, y que habiendo visto, desde un extremo de la galería, el regreso del juez, había vuelto apresuradamente sobre sus pasos.

El guardia municipal, con la paciencia resignada del hombre acostumbrado a aquellas esperas interminables que formaban parte de su servicio, contemplaba los tejados de la Santa Capilla que se divisaban al través de las altas ventanas.

Su consigna le ordenaba no dejar a la presa hablar con nadie, pero, por tradición, esto no rezaba con los abogados.

Así es que, cuando Pablo de Vareilles se acercó a la joven, se apartó discretamente algunos pasos, de manera que pudiese impedir toda tentativa de fuga, pero sin oir lo que aquella hablase con su abogado defensor.

—Gineta— dijo en voz baja Pablo tocándole ligeramente el brazo.—escúcheme usted, y sobre todo, no manifieste la menor emoción, la menor sorpresa de verme a su lado...

Al oir aquellas palabras, Gineta había levantado maquinalmente la cabeza.

Cuando reconoció a su salvador misterioso, a pesar de las patillas con que este había modificado su fisonomía, fué a lanzar un grito, pero, por fortuna, no salió ningún sonido de su oprimida garganta.

Entonces Pablo prosiguió rápidamente:

—Mañana será usted libre.... no trate de averiguar por qué ni cómo... Acepte las cosas tales como vengan y no se preocupe de nada... Yo estaré allí.

Mientras le daba estas instrucciones, dirigía el falso abogado miradas inquietas a la puerta del despacho del Sr. Rodanet; pero éste continuaba dictando su informe y lamentándose sin cesar de la incorregible cachaza de su escribiente.

Gineta contemplaba a su interlocutor con asombro; pero su semblante no se iluminó con la expresión de alegría y de esperanza que esperaba Pablo Vareilles. Por el contrario, delante de él, la joven se estremecía a la vez de aprensión y de temor.

El alma de Gineta era recta y sencilla.

Sentíase ya atraída por una simpatía espontánea y profunda hacia aquel joven desconocido que, con su valerosa intervención, la había arrancado de las garras de sus agresores, cuando la entrada brusca de Lapipe en su casa habíale hecho refrenar el impulso de su gratitud.

¿A qué hombre había recibido? ¿Quién era aquel malhechor perseguido por la policía? ¿Habría ella escapado con bien de un peligro para caer en otro tal vez peor?...

Su precipitada fuga, para asegurar la cual no había vacilado en cometer un crimen, demostraba sobradamente que las acusaciones del inspector no eran infundadas.

—Caballero—respondió.—Ignoro lo que usted quiere de mí y no necesito ayuda de nadie; soy inocente y al fin acabará la justicia por convencerse de ello y me pondrá en libertad.

—Pero, desdichada, está usted expuesta a permanecer mucho tiempo todavía en la cárcel.

—¡Qué me importa, teniendo como tengo tranquila la conciencia!

—No basta eso.

—Caballero, no insista usted.

Pablo apenas pudo contener un acceso de rabia ante aquella obstinación. ¡Aquella singular testarudez iba a hacerle naufragar estando ya a la vista del puerto? Era evidente que Gineta, no comprendiendo con qué fin trataba de favorecer su evasión, recelaba de él, y él no tenía tiempo de convencerla explicándoselo, porque el Sr. Rodanet podía salir de un momento a otro. Era preciso, pues, que con una sola palabra le inspirase confianza y triunfase de sus vacilaciones.

—Sólo una palabra, señorita... Me dijo usted que un hombre había jurado a su padre protegerla siempre, por toda la vida.

—Es verdad— murmuró Gineta conturbada ante aquella evocación en tal momento.—y aun añadí que aquel hombre probablemente no se acordaba ya del juramento pasado.

—Hace usted mal, Gineta, en acusarle así de ingratitud... Aquel hombre no ha olvidado nada y hoy viene a pagar su deuda.

Un sacudimiento agitó a la joven y sus ojos brillaron de un modo extraño; había adivinado lo que Pablo iba a decir.

—¿Es usted?—balbuceó.

—Sí, Gineta, soy soy, yo que, acusado como usted de un crimen que no he cometido, me veo obligado a ocultarme hasta el día en que mi inocencia habrá de ser reconocida como la de usted.

La joven escuchábale transfigurada; las lágrimas se habían secado en su rostro, y en sus ojos brillaban ahora la esperanza y la fe. Ya no tenía miedo; el hombre a quien su padre la confiara, había de ser por fuerza honrado y leal, y parecíale que era su mismo padre quien se lo enviaba para salvarla una vez más.

—Está bien—dijo sencillamente,—obedeceré a usted. ¿Qué debo hacer?... Dígamelo.

—El tiempo apremia—respondió Pablo—y dentro de un momento comparecerá usted ante el juez de instrucción... No deje traslucir nada de nuestra entrevista... Suceda lo que suceda, mañana estará usted en libertad... Y no olvide sobre todo que el único móvil de mis actos es salvarla y hacerla dichosa.

Dicho esto, alejóse rápidamente, en el instante mismo en que el Sr. Rodanet, abriendo la puerta de su despacho, llamaba a la procesada.

—¡Señorita Levasseur!

Gineta entró en el despacho.

—Siéntese usted, señorita—díjole el juez en tono insinuante, indicándole una butaca de terciopelo verde.—He llamado a usted para interrogarla por última vez; pero antes quiero darle un consejo: dígame usted toda la verdad.

—Ya se la digo, señor juez—contestó la joven tranquilamente.

—No, no la dice usted, sino que emplea un sistema de negaciones sistemáticas que de nada le aprovecha... ¡Cómo he de creer que no pueda usted darme ningún dato sobre el individuo que estaba en su casa!

—Y sin embargo es así.

El Sr. Rodanet golpeó nerviosamente la mesa y prosiguió:

—Vamos a ver, ¿a qué conduce mentir de este modo?... Los hechos están en contra de usted... Quiero admitir, y es mucho, que no conociera usted al capitán Fraskopelly... Es más, doy por supuesto que no tuvo usted participación alguna en el asesinato... Pero, afirmar que ignora usted hasta el nombre de un individuo a quien se encuentra en el cuarto de usted ¿no es algo inverosímil?... Vamos, hija mía, reflexione usted...

—Y, a pesar de todo, es la verdad.

—¿No sabe usted nada de él, absolutamente nada?

—Nada.

—¿Está usted dispuesta a jurarlo? —preguntó el juez mirando fijamente los ojos de Gineta.

Esta se levantó sumamente pálida; si tal juramento se exigía de ella, ¿tendría valor para prestarlo? ¿Podía mentir alzando la mano hacia la imagen de Cristo?

Pero es que no se trataba de ella; el secreto que le había sido confiado no le pertenecía, y por consiguiente, sentíase dispuesta a todo antes que vender aquel secreto.

Y entonces, entornando los párpados murmuró, contestando a aquella pregunta:

—Sí.

El juez, que por un momento había creído que iba a arrancarle algunas confesiones, redobló ante aquella contestación su insistencia.

—Vamos, hija mía, hable usted y se tendrá en cuenta su franqueza.

—No sé nada—repitió Gineta.

—Está bien—exclamó con rabia el Sr. Rodanet.—¿Se empeña usted en persistir en su mutismo?... Dentro de algunos días la careará usted con el inspector de la Seguridad, y fuerza será que la verdad usrja... En el entretanto, volverá usted a San Lázaro... ¡Usted lo ha querido así!...

—¡Señor juez!...

Pero este había tocado ya el timbre y al presentarse en la puerta el guardia municipal le ordenó que se llevase a la detenida.

Pablo de Vareilles, cuando se separó de Gineta, apresuróse a ganar una de las escalerillas de caracol que comunican entre sí los pisos del Palacio de Justicia y por las cuales no pasa nunca nadie.

Una vez allí, arrancóse en un santiamén las patillas y se quitó la toga de abogado, quedando por un momento en uniforme de ordenanza, disfraz que le había permitido fácilmente, según hemos visto, alejar de su

despacho al Sr. Rodanet, haciéndole correr al del señor fiscal.

Después, sacó de su cartera un blusón y una gorra a cuadros que se puso en lugar de la toga y del birrete; en aquel traje tenía todas las trazas de un granuja que acudía al Palacio para dar ánimos a algún compañero sentado en el banquillo de los acusados.

Diez minutos después estaba en la calle. Atravesó el arroyo y entrando en un café pidió recado de escribir.

De pronto se estremeció.

En un espejo, que enfrente de él estaba, había visto al inspector Lapipe que se disponía a entrar en el establecimiento.

Por muy dueño que fuese el antiguo alférez de sí mismo, sintió que una angustia violenta le oprimía el corazón.

La horrible realidad se le apareció entonces claramente.

Pensó que a pesar de todas sus precauciones había sido seguido y que ninguna de sus maquinaciones había escapado al polizonte encarnizado en su persecución.

Con la mirada enloquecida de la fiera acorralada, buscaba una salida para huir; pero no había más que una y en ella estaba precisamente el inspector. Había, pues, caído en la ratonera.

—¡Estoy perdido!—murmuró.

Pero Lapipe, que se encaminaba al muelle de los Orfebres, no le vió en el rincón obscuro en donde estaba sentado y salió del café después de haber comprado un paquete de cigarros.

Entonces Pablo de Vareilles, recobrando toda su serenidad después de aquella terrible alarma, puso el nombre de Gineta Levasseur, en la línea en blanco del auto de excarcelación que llevaba impresa la orden de libertad inmediata, y luego metió el papel en el sobre con membrete del juzgado, en el que escribió:

"Señor Director de la Cárcel de San Lázaro, Calle del Arrabal Saint-Denis. Ciudad".

Y después de haberlo lacrado, fué a echarlo al buzón del Tribunal de Comercio, distante pocos pasos de allí y cuya estampilla debía alejar toda sospecha.

—¡Gineta está salvada!— exclamó radiante de júbilo.

Después de su comparecencia ante el juez de instrucción, la joven había pasado una noche más agitada aún que las anteriores y hasta el alba, vencida al fin por la fatiga, no se habían cerrado sus párpados.

Estaba como atontada por la serie de acontecimientos extraños que desde hacía unas semanas habían llenado su existencia, y del obscuro caos en que se agitaba su cerebro, sólo surgía, como el rayo luminoso de un faro al través de la tempestad, la idea de un misterioso protector que velaba por ella y en quien podía tener confianza.

Así es que no le causó la menor sorpresa oir a la mañana siguiente cómo la hermana le decía:

—Hija mía, vaya usted a la oficina... Le espera allí una buena noticia... Ha llegado la orden para ponerla en libertad.

Cuando el oficial le comunicó que estaba libre, creyó que iba a desmayarse, pero recordando la recomendación que Pablo le hiciera, dominó su emoción y se limitó a contestar:

—Está bien, caballero.

Cinco minutos después, abríase para ella la pesada puerta de la prisión y se encontraba en la calle.

A pocos metros de allí había un automóvil parado junto a la acera, y al lado del vehículo Pablo de Vareilles esperaba con febril impaciencia. Hizo subir rápidamente a la joven y dió una orden al **chauffeur**.

Al principio nada se dijeron. Pablo, de cuando en cuando, miraba con inquietud por la ventanilla de la capota, pero pronto se tranquilizó; ningún peligro les amenazaba; nadie les seguía.

—¡Ah, caballero!—balbuceó Gineta hondamente emocionada.— ¡Cuánta gratitud debo a usted!

—No pronuncie usted esa palabra, Gineta—dijo Pablo interrumpiéndola.— En este momento cumplo un deber sagrado, y mientras mi misión no esté enteramente cumplida, entiendo que no tengo derecho siquiera a que me dé usted las gracias... Sólo el día en que la haya realizado...

Callóse un instante y con voz algo temblorosa añadió:

—Aquel día, Gineta, dejaré que su corazón de usted fije, él mismo, la recompensa que tal vez habré merecido.

¿Comprendió ella el sentido oculto de aquella frase? ¿El pensamiento de su salvador coincidía también con el suyo? Lo cierto es que Gineta entornó púdicamente sus hermosos ojos, que sus mejillas se tiñeron de carmín y que respondió con sencillez:

—No seré ingrata...

En esto habían llegado al puente de Passy.

Pablo de Vareilles había alquilado en una discreta casa de huéspedes una habitación cómoda que daba a un gran jardín,

al que el invierno había despojado de su follaje y de sus flores, pero cuyas amplias avenidas, cruzándose en todas direcciones, se prestaba a largos paseos.

—En adelante, Gineta—dijo Pablo, —vivirá usted aquí, al abrigo de toda preocupación. Han terminado para usted los días de prueba... Cuanto usted desee lo tendrá en el acto. ¡Nunca hubiera creído que pudiera alegrarme tanto de ser rico!

—¡Oh, amigo mío... amigo mío! ¡Cuán bueno es usted!—exclamó la joven hondamente conmovida.

Y sin embargo, una idea oculta, pero que no lograba disimular, impedíale abandonarse por entero a su alegría.

Era evidente que tenía en los labios una pregunta que no se atrevía a formular. Pablo lo advirtió.

—Hay algo que la conturba, Gineta; dígame usted qué es, se lo ruego. Dígamelo para que yo pueda disipar prontamente cualquier equívoco que pueda existir entre los dos.

Entonces, como obedeciendo con pesar, le preguntó:

—¿Por qué, usted, tan bondadoso, dió muerte a aquel pobre capitán? ¿No me creía usted bastante honrada para rechazar sus nuevas asiduidades?

—Tranquilícese usted—respondió Pablo gravemente.—No obré a impulsos de un temor absurdo, ni de unos celos que habrían sido una injuria para usted... Día vendrá en que conocerá usted la razón secreta del castigo que infligí a aquel miserable... Sepa usted por ahora que en nada me remuerde la conciencia por lo que hice con él.

—¡Pero y aquel polizonte a quien usted...!

—¿A quién arrojé por la ventana?—interrumpióle riendo.—¡Oh, tranquilícese también, Gineta, sobre este particular!... Nunca dejo nada a la casualidad, y antes de darle aquella lecciocita para enseñarle a ser menos ridículo, ya sabía yo que caería sobre el toldo de una tienda y no se haría ningún daño.

Algunos días después, el Sr. Rodanet, que de nuevo había examinado el proceso Fraskopelly, decía a su escribiente:

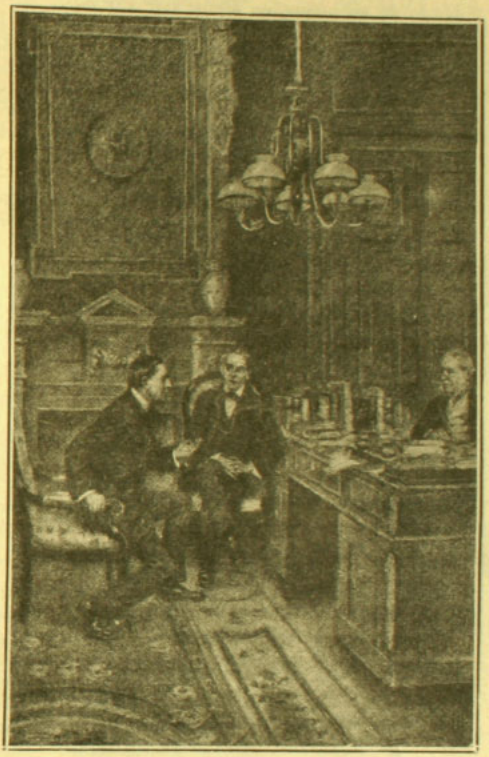
—En realidad no puedo tener eternamente a esa muchacha en la cárcel .. Es preciso tomar una determinación... Ahora mismo voy a carearla con el inspector Lapipe y si de la diligencia nada saco en claro, la pongo en libertad.

No había acabado de decir esto, cuando llamaron a la puerta del despacho.

El ordenanza iba a comunicar al señor juez que el inspector había llegado y estaba a su disposición.

—¡Que entre!—ordenó el Sr. Rodanet.

—Señor juez—dijo Lapipe, con el rostro radiante de alegría del que trae una buena noticia,—he descubierto un hecho que corroborará en absoluto todo cuanto vengo afirmando a propósito del asesinato del capitán Fraskopelly.



Pablo comenzó el relato de su vida

—¿Y qué es ello?— preguntó ansiosamente el juez.

—Oiga usted. Salía hace un momento de mi casa para acudir a la citación de usted, cuando de pronto, en los grandes bulevares, un transeunte me para y quitándose el sombrero con ademán amistoso, saludándome, me dice:

—¡Ah, míster Lapipe! ¿How do you do?... ¿Qué, no me conoce usted?

Hice memoria y de pronto exclamé:

—Espere usted... sí, ya caigo... Marsella..., el **Black Old Dog**... ¿Usted es el capitán Guillermo?

—**Yes**.

—¿Que tiene tres hijas para casar?...

—¡Precisamente, y que no logra casarlas, voto a!... De manera que mi casa está hecha un verdadero infierno y que yo no estoy tranquilo más que cuando estoy a bordo de mi buque, en algún mar austral o boreal... Pero hablemos de usted, míster Lapipe. ¿Ha conseguido usted prender a mi extraño pasajero?

—Todavía no—le respondí,—pero no tardará en caer en mis manos... ¡Ah, capitán! Es un mozo extraordinariamente listo.

—¡A quién se lo cuenta usted, Sr. Lapipe!... Durante la travesía mataba las gaviotas que volaban en torno del barco a tiros de revólver... Por cierto que me compró el mío, un arma de primer orden... Verdad es—añadió riendo— que procedía de la fábrica Stevenson...

—¡Stevenson?—exclamó dando un brinco al oir aquel nombre.

—Sí, la primera casa de Nueva-York.

—Capitán, ¿se acordaría usted, por casualidad, del número de aquel revólver?

—¡Ya lo creo!

Y sacándose del bolsillo un libro de apuntes, díjome, después de haberlo hojeado durante unos segundos que me parecieron siglos:

12.234.

—Señor juez—prosiguió el inspector expresándose con energía,—este número es el del arma que se encontró sobre la mesa junto al cadáver del capitán Fraskopelly. De suerte que el asesino de éste es el pasajero del **Black Old Dog** que vino a París... y por consiguiente tenía yo razón...

—En efecto—murmuró el Sr Rodanet, algo desconcertado por lo que acababa de oir.—Decididamente tiene usted un olfato maravilloso, Sr. Lapipe... Lo que me ha referido usted va a dar a nuestro proceso una nueva orientación... Pero, antes de ir más lejos, voy a hacer entrar a la procesada que, confundida por usted, no tendrá más remedio que hablar.

Fuése hacia la puerta y llamó:

—¡Señorita Levasseur!

Pero un guardia municipal que desde hacía un rato esperaba sentado en un banco, se levantó y, saludando al magistrado, entrególe una carta.

El Sr. Rodanet rasgó nerviosamente el sobre y con gran estupefacción leyó lo siguiente:

"El Director de la cárcel de San Lázaro saluda respetuosamente al señor Juez de instrucción y le participa que la detenida Gineta Levasseur ha sido puesta en libertad en 31 de marzo último, en virtud de un auto de excarcelación firmado por él el día antes."

CAPITULO XIV

El hombre fantasma

Por muy penosa que aquella comunicación fuese para su amor propio, la información practicada inmediatamente por el Sr. Rodanet evidenció el golpe de audacia, tan sencillo como atrevido, merced al cual había podido ser puesta en libertad Gineta Levasseur.

—¿Y ahora, señor juez, está usted bien convencido? — exclamó Lapipe.— Como Santo Tomás ha visto usted con sus propios ojos y tocado con sus propios dedos... Conque, vamos a ver, ¿existe o nó un individuo misterioso que asesina a las gentes, hace evadir a sus cómplices, se ríe de la policía y se mofa de la justicia?

—¡Es verdad!—dijo el juez meditabundo.

Lo que más le apuraba era que el caso fuese divulgado por la prensa, con lo que él veríase abrumado bajo el peso del ridículo que nunca perdona a los torpes que se dejan engañar, dando así materia al vulgo para que se ría a costa del comisario apaleado por Polichinela.

A fin de evitar esas burlas que podían perjudicarle en su carrera, si el eco de ellas llegaba a las esferas elevadas, el magistrado estaba dispuesto a todo y en su fuero interno resolvía declarar que realmente él había mandado poner en libertad a la joven y que se había olvidado luego de ello, entre el fárrago de procesos que instruía.

De aquí que exclamara sin gran convicción:

—Procuraremos cogerla de nuevo.

—Esto se dice muy pronto, señor juez; pero ¡échele usted un galgo al cabo de una semana! ¡El pájaro debe estar lejos!...

—¡Bah, ya la buscará usted! Y con su olfato infalible, no dudo de que logrará dar con ella.

Pero el inspector, insensible a aquel cumplimiento, movió silenciosamente la cabeza y hubo de reprimirse para no responder irónicamente que más hubiera valido no dejar encima de la mesa autos de excarcelación firmados.

El Sr. Lapipe, al salir del despacho del juez, encaminóse al del jefe de la Seguridad.

—¿Qué le pasa a usted?—preguntóle éste sorprendido de su visita.

—Señor jefe de la Seguridad—respondió el inspector con voz apagada,— llevo ahora veinte años de buenos, leales y continuados servicios en la Administración, veinte años durante los cuales no he escatimado mi adhesión ni mi tiempo...

—Lo sé, Sr. Lapipe—replicó su interlocutor, sin saber a dónde quería ir a parar su subordinado.

—Pues bien, tengo el honor de poner en sus manos mi solicitud de retiro.

El jefe de Seguridad se echó a reir.

—Ya otra vez me habló usted de esto, Sr. Lapipe, y yo le contesté que no era posible acceder a su deseo... La Seguridad no se desprende nunca de agentes como usted.

—Y sin embargo, será preciso—dijo el inspector suspirando.—También a mí me pesa muchísimo, créamelo usted, abandonar una profesión que amaba apasionadamente y a la que había consagrado toda la vida; pero ¡qué quiere usted!..., estoy cansado..., necesito reposo... y además mi mujer no deja de insistir en que nos retiremos al campo... No puede con el aire de París.

—¡Ta, ta, ta! Sr. Lapipe, usted se esfuerza por ocultarme la verdad; detrás de todo esto hay seguramente algo que no quiere decirme.

El inspector vaciló un momento; pero al fin, no atreviéndose a desobedecer a su superior, decidióse a espontanearse.

—Pues bien, sí, está usted en lo cierto, señor jefe de la Seguridad... Voy a explicárselo todo... La verdad es que a mis años no se siente uno con ánimos para hacer de Sherlock Holmes.

—¿Qué quiere usted decir con esto?

—Muy sencillo; que hoy en día nuestro oficio no es como veinte años atrás cuando yo entré en la policía... Entonces lo que principalmente se exigía de un agente era mucho valor y un poco de olfato; con esto solo se conseguía fácilmente echar el guante a todos los malhechores y pocos crímenes quedaban impunes, ¿no es verdad?

—Indudablemente, pero...

—Hoy todo ha cambiado...; los asesinos no proceden como antaño procedían...; su nivel, si se me permite la expresión, se ha elevado considerablemente, y a la fuerza brutal ha sucesido en ellos la inteligencia... Ahora organizan sus golpes con maestría extraordinaria..., no dejan nada al azar..., adoptan todas las precauciones imaginables para que no se les pueda coger...

—¿Y qué?

—Que soy de la antigua escuela, señor jefe de la Seguridad... Lanzarme intrépido sobre un bribón, que se defiende con un puñal o con un revólver, ¡santo y bueno!..., pero, en cambio, soy incapaz de descifrar enigmas y de componer novelas folletinescas. Pelearme con el teléfono, el micrófono, con la telegrafía sin hilos, la dinamita, el cloruro de metilo y otros cien nuevos inventos de que hoy se sirven los malhechores; esto no se ha hecho para mí... ¡Ya lo sabe usted!

—Sr. Lapipe, no comprendo..., explíquese usted.

—Señor jefe de la Seguridad, usted se rió de mí cuando emití la hipótesis de un hombre fantasma, capaz de haber cometido una serie de crímenes sin que pudiera echarle el guante..., y sin embargo, hoy no es ya posible dudar de que tal hombre existe en realidad...

Refirióle rápidamente todo cuanto había sucedido desde su última entrevista, después del asesinato del capitán, y añadió:

—No me siento con fuerzas para luchar contra ese individuo; prefiero retirarme, confesándome vencido, y que otro coseche esa difícil gloria... En cuanto a mí, por muy sensible que se sea, mañana presentaré a usted mi instancia, en forma, solicitando el retiro.

—¡Vamos, vamos, Sr. Lapipe, no se deje usted abatir de este modo!... El castigo llega poco a poco a veces, pero llega siempre y, en la mayoría de los casos, cuando menos se espera... No hay, pues, que desesperar nunca... Esté usted seguro de que al fin el triunfo será nuestro; y tan cierto estoy de ello, que ruego a usted que no nos abandone todavía...

—No, no, señor jefe de la Seguridad; por muy halagüeños que sean para mí los elogios de usted, por muy preciosas que sean sus excitaciones, mi resolución está tomada: me voy.

El jefe de la Seguridad miró fijamente al inspector y con grave lentitud le dijo:

—Sr. Lapipe, ¿qué diría usted de un soldado que desertase en medio de la batalla?

El inspector palideció; las palabras de su jefe habían producido en él el efecto de un latigazo.

Balbuceó algunas vagas frases de excusa; pero el otro, casi sin darle tiempo de ponerse sobre sí, continuó diciendo en tono autoritario:

—Vamos, Sr. Lapipe, ya reflexionará usted. En estos momentos pasa usted una pequeña crisis de desaliento, y ¿a quién de nosotros no ha sucedido otro tanto? Váyase usted a su casa y descanse; y dentro de unos días vendrá usted a tomar con-

migo sus disposiciones para que esta vez no se le escape ese individuo que constituye su pesadilla... ¿Conque, quedamos así?

Lapipe saludó sin contestar, y salió.

¿Qué iba a hacer?... No lo sabía, pero su jefe tenía razón: desertar en aquellos instantes era indigno de él... Y sin embargo, ¿a qué empeñarse en una tarea que él se sentía incapaz de llevar a feliz cima?

¿Dónde buscar a aquel hombre fantasma a quien tantas veces habían puesto al alcance de su mano casualidades de las que él, tontamente, no había sabido aprovecharse?

Si una vez había de contar con la suerte, ¡ya podía esperar durante mucho tiempo la ocasión que no vuelve a presentarse jamás cuando se la ha dejado escapar!

Y dando vueltas en su cerebro a todas estas ideas, sin aferrarse a ninguna, subía lentamente por el bulevar Saint-Germain.

Frente a la calle de Saint-Jacques, unos obreros estaban componiendo el entarugado del arroyo; unos descargaban pesados chirriones llenos de pequeños cubos de madera, otros removían con picos el pavimento, y el resto, bajo la dirección del jefe de las obras, después de haber llevado rollos de cuerdas, clavaban en el suelo los piquetes destinados a sostenerlas a fin de interceptar, como correspondía, la circulación.

De repente salieron de la multitud gritos de terror; de lo alto de la calle de Saint-Jacques, una de las de mayor pendiente de la montaña de Santa Genoveva, bajaba a toda velocidad una bicicleta montada por un soldado que, agarrado al manillar y sin poder frenar la máquina, sólo por un milagro se mantenía en equilibrio.

En vano varios hombres valerosos habían intentado detenerla en su carrera desenfrenada: la bicicleta, cuya cadena, rota indudablemente, no permitía al ciclista dominarla, pasaba como una tromba y amenazaba ocasionar graves accidentes en cuanto llegase al bulevar Saint-Germain.

Lapipe contemplaba de lejos aquel aterrador alud, comprendiendo que toda intervención de su parte había de resultar inútil.

Pero de pronto ofrecióse a sus ojos una escena inesperada.

Un transeunte había cogido la cuerda que un obrero acababa de desenrollar, y lanzándola con un movimiento seguro, como si fuera un lazo, en el instante en que la bicicleta pasaba delate de él, la detuvo en seco.

El inspector no pudo reprimir un grito.

Aquella sangre fría..., aquella destreza... ¡No podía ser nadie más que él! El hombre fantasma a quien volvía a encontrar en el momento en que lo creía desaparecido para siempre.

—¡Lo que es ahora no se me escapará! Y Lapipe, loco de contento, se precipitó hacia el desconocido.

Mientras algunas personas caritativas se ocupaban del ciclista que afortunadamente no se había hecho daño, otras, pasada su primera emoción, agrupábanse en torno del salvador para felicitarle.

Este se esforzaba inútilmente por substraerse modestamente a aquellas manifestaciones de entusiasmo.

Pero la gente no le dejaba marcharse.

Al fin iba a conseguir verse libre y se preparaba a alejarse del lugar del suceso rápidamente, cuando de pronto el inspector, que con gran trabajo había podido abrirse paso entre la muchedumbre, irguióse delante de él exclamando:

—¡Al fin cayó usted en mis manos!

Los dos hombres miráronse un instante frente a frente... ¡Era él, sí, era él!... Sus ojos claros y penetrantes como hoja de puñal disiparon las últimas dudas del inspector.

Entonces, poniéndole la mano encima, le dijo:

—Soy inspector de policía y le ordeno que se venga conmigo.

Los espectadores no comprendían aquella escena y sus murmullos demostraban que se ponían de parte del salvador.

Pero éste, sin abandonar su calma, preguntó:

—¿Y a dónde vamos?

—Al despacho del jefe de la Seguridad.

—Es casual—respondió con flema,—allí iba yo precisamente.

Aquella inesperada confianza desconcertó un poco al inspetcor.

—¡Realmente el mozo es muy listo!—pensó Lapipe.—Pero ¡al freir será el reir!

Su interlocutor, en tanto, seguía diciendo con voz tranquila:

—Le he escrito suplicándole que me recibiese hoy y me ha citado para las cinco y media.

Y consultando el reloj, añadió:

—No son más que las cinco y cuarto... Llegaré a tiempo... Y tendré mucho gusto en que me indique usted el camino, Sr. Lapipe.

Pero el inspector, haciendo, a hurtadillas, a dos agentes que se le habían juntado para que evitasen toda tentatnva de fuga, replicó un tanto mortificado:

—Está bien... pero no pruebe usted de escaparse, porque se le vigila.

Y juntos se encaminaron al Palacio de Justicia, seguidos de la multitud dispuesta a declarar en favor del salvador valeroso.

Cuando entró en el despacho del jefe de la Seguridad, Lapipe estaba radiante de satisfacción: había llegado la hora de su triunfo.

No observó la sorpresa del jefe al verle acompañar al desconocido que había solicitado una audiencia urgente para una comunicación de extremada gravedad; y cuando Lapipe se disponía a explicar quién era su compañero, este se le adelantó:

—Me permito rogar al Sr. Lapipe que me deje hablar primero y yo le prometo que su legítima curiosidad no perderá nada por esperar.

El jefe de Seguridad invitó con un ademán a su interlocutor a que se sentase y Pablo comenzó el relato de su vida.

Los dos de la policía escuchábanle con creciente estupefacción.

Aunque uno y otro habían olvidado el proceso de traición de Tolón, del que ya nadie se acordaba, no podían menos de admirar la energía de carácter y la indomable voluntad que habían sostenido a aquel hombre en las terribles pruebas a que el destino le sometiera.

—Todo esto, sin embargo,—dijo gravemente Lapipe cuando Pablo hubo terminado,—no es óbice para que no debamos ver en usted al asesino de la calle de Biot, porque en el hotel de los Príncipes de Portugal se cometió un crimen y quien lo cometió fué usted.

—Hube de defender mi vida contra un miserable ladrón, bien lo sabe usted. ¿Por ventura no es este un caso de legítima defensa que la ley reconoce?

—En efecto—dijo asintiendo el jefe de la Seguridad,—y no pensamos en modo alguno echarle aquel hecho en cara.

—¿Y el asesinato del banquero Korpfstrauss?—preguntó el inspector impasible.

—¡Oh, en cuanto a esto estoy muy tranquilo, señor Lapipe! Inicuamente atacado en mi honor, dí el castigo que se merecía a aquel personaje infame, culpable de la horrenda maldad de haber hecho condenar a un inocente. Y esta es una circunstancia que me valdrá seguramente la indulgencia de mis jueces; mi venganza era justa, y si estos no me absuelven, mi conciencia nada podrá reprocharme.

—Es posible—replicó el inspector moviendo la cabeza,—pero ¿quién dió a usted derecho para matar al capitán Fraskopelly? Porque al fin y al cabo...

—Matándole he prestado un gran servicio a mi patria, a la que he librado de un espía peligroso... Es verdad que podía entregarlo a los tribunales, sin tomarme yo, por mi mano, la justicia; pero hacerlo prender ¿no era acaso correr el riesgo de comprometer la paz internacional?... Su odiosa conducta para con la mujer a quien amo me sirvió de pretexto, y nada se ha traslucido de esas historias de traición, de las que no convenía poner al corriente al público... ¿No opinan ustedes como yo, caballeros?

—Caballero— dijo solemnemente,— la confesión que con tanta sinceridad acaba usted de hacer no saldrá de mi despacho.

—Mi abogado—siguió diciendo Pablo de Vareilles—fué recibido ayer por el Ministro de la Justicia a quien entregó todos mis documentos; puedo, por consiguiente, esperar que una pronta rehabilitación me devolverá mi honor y me permitirá en lo sucesivo caminar de nuevo con la frente levantada... Los planos de nuestros dirigibles están depositados en lugar seguro; y en cuanto a los cincuenta mil francos, precio del trato infame, al día siguiente los entregué para los pobres de París. Aquí está el recibo. Sólo me falta ahora—dijo volviéndose hacia el inspector—pedir perdón al Sr. Lapipe por las malas pasadas que le he jugado... Pero no ha sido culpa mía a la verdad..., sabido es que cuando se ha puesto un pie en el crimen, todo el cuerpo se ve arrastrado hacia él... Si aquel estúpido del capitán Guillermo y aquel necio de Newton no se hubiesen metido en lo que no les importaba, nada habría sucedido. He sido víctima de las circunstancias y espero que mis leales explicaciones permitirán al Sr. Lapipe estrechar mi mano... Señor jefe de la Seguridad, me pongo a su disposición hasta el día en que mi proceso haya sido revisado, porque después...

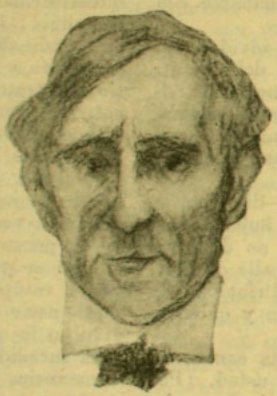
—¿No se quedará usted en Francia?

—No; en cuanto pueda regresaré a América... Tengo allí grandes intereses, y además, ¿por qué no he de confesarlo?, lo que he vuelto a ver de la civilización, después de veinte años de ausencia, no me ha entusiasmado ya como en otro tiempo.. Comparándola con la naturaleza, he comprendido todo lo huero, todo lo artificioso de esta civilización. Sí, París, la Ciudad-Luz, con sus grandiosos monumentos, con sus inmensas multitudes, con su lujo maravilloso y sus esplendores de toda clase, es una población soberbia y única; pero ¡qué quieren ustedes!, para un alma sencilla y sosegada como la mía no hay nada

tan hermoso como una bella puesta de sol en el horizonte de llanuras infinitas... Además—añadió con voz velada por una imperceptible emoción,—ya no será aquello para mí un desierto, puesto que me llevaré conmigo a una compañera que sabrá alegrar mis días de soledad o de hastío... Gineta Levasseur consiente en ser mi esposa y en permitir que le pague de un modo doblemente agradable una deuda sagrada...

El jefe de Seguridad saludó afablemente a Pablo de Vareilles y le acompañó hasta la puerta de su despacho, en tanto que Lapipe, que no lograba volver de su asombro, murmuraba entre dientes y con cierta rabia:

—¡Y pensar que todas estas malditas historias acaban siempre en boda!...



ALIMENTO MEYER

El único recomendado por todos los especialistas. El único que se consume en los Hospitales y Clínicas Infantiles

El mejor alimento para niños, sanos o enfermos y para convalecientes.

COCHES

PARA

GUAGUAS

COCHES plegadizos y fijos de mimbre y de madera: tapizados elegantemente en su interior y provistos de su freno de palanca, llantas de goma, etc.

PRECIOS DESDE

$ 40.00 oro

ESTOS coches son construídos del mejor material siendo muy livianos y de mucha duración.

EL coche plegadizo—el cual tenemos un gran surtido—da la gran garantia de que lo puede trasportar cualesquiera persona de un punto a otro sin ninguna dificultad por ser su volumen y peso insignificantes.

MORRISON Y CIA

VALPARAISO SANTIAGO

Agentes de las Ampolletas Eléctricas PHILIPS

RECIO
PESO

PACIFICO MAGAZINE

Febrero
1918

LOS DOS METODOS

ANTAÑO.—Para preservarse de resfriados, toses y bronquitis, se usaban capas, bufandas, chales, cobertores, paraguas, etc.

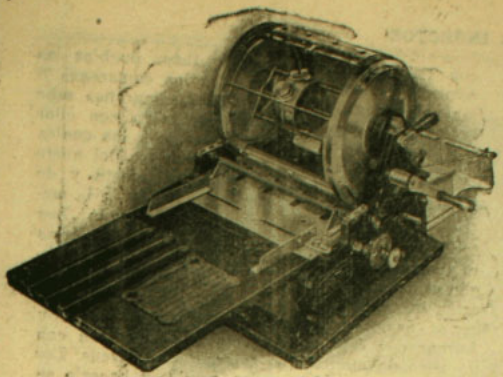
HOGAÑO.—Con tomar **ALQUITRAN GUYOT** es suficiente.

El uso del Alquitrán Guyot, a todas las comidas y a la dosis de una cucharada cafetera por cada vaso de agua, basta, en efecto, para hacer desaparecer en poco tiempo aún la tos más rebelde, y para curar el catarro más tenaz y la bronquitis más inveterada. Es más; a veces se consigue dominar y curar la tisis ya declarada, pues el Alquitrán detiene la descomposición de los tubérculos del pulmón al matar a los malos microbios, causa de dicha descomposición.

Desconfiad del consejo, realmente interesado, si, en lugar del verdadero Alquitrán Guyot, os propusieran tal o cual producto! Para lograr la curación de bronquitis, catarros, resfriados antiguos descuidados, y, necesariamente, el asma y la tisis, es absolutamente preciso especificar bien en las farmacias que lo que deseáis es el **verdadero Alquitrán Guyot.** Aunque lo mejor para evitar todo error es fijarse en la etiqueta que, si es del verdadero Alquitrán Guyot, lleva el nombre impreso en grandes letras y **su firma en tres colores: violeta, verde y rojo**, al biés, así como las señas: **Maison L. FRERE, 19, rue Jacob, París.**

El tratamiento sólo cuesta **unos 10 céntimos al día—y cura.**

Advertencia.—Como hay personas para quienes el sabor del agua de brea no es agradable, podrán reemplazarla con las Cápsulas Guyot de Alquitrán de Noruega **(de pino marítimo puro)** y tomar dos o tres cápsulas a cada comida; las cuales producen idénticos efectos saludables y una curación igualmente cierta. **Las verdaderas Cápsulas Guyot son blancas, y la firma de Guyot va impresa en negro sobre cada cápsula.**



Una revolución en las oficinas comerciales!!

Mimeógrafo rotativo "Edison-Dick"

Mimeoscopio eléctrico "Edison-Dick"

Hojas "Dermatype" sin cera

8937

Ni más ni menos que una verdadera REVOLUCION en los antiguos sistemas de circularizar, es la que ha venido a operar el último invento del célebre y universalmente conocido Thomas Alva Edison, que ofrecemos con el nombre de PROCEDIMIENTO DERMATYPE EDISON-DICK. Este procedimiento consiste en una combinación de los aparatos: el MIMEOGRAFO EDISON-DICK y el MIMEOSCOPIO, empleándose las Hojas DERMATYPE.

Con esta combinación usted está en condiciones de reproducir con la más prolija y absoluta fidelidad copias de CARTAS escritas a máquina o a mano, FORMULARIOS, DIBUJOS MECANICOS, DIBUJOS ORNAMENTALES, DIBUJOS CIENTIFICOS, PLANOS DE EDIFICIOS O POBLACIONES, HOJAS DE MUSICA, etc., en una cantidad hasta de CIEN MIL COPIAS de un mismo original grabado en DERMATYPE. Nada hay más fácil, sencillo y económico que emplear este sistema, pues no hay necesidad de tener conocimientos especiales, ya que un niño puede hacer el trabajo con sin igual perfección. La ventaja de la Hoja DERMATYPE con relación a las antiguas hojas de cera es indiscutible, pues tiene la particularidad de poderse arrugar y estrujar a voluntad, sin que se quebraje o pierda sus cualidades duplicadoras, fuera de poderse sacar de la máquina y guardarse para usarla nuevamente dentro de varios meses, sin que se note la menor diferencia en la nitidez y perfección de su impresión.

EL PROCEDIMIENTO DERMATYPE EDISON-DICK es una necesidad imprescindible para BANCOS, OFICINAS COMERCIALES, OFICINAS DE PROPIEDADES, INGENIEROS, ARQUITECTOS, CALIGRAFOS, DIBUJANTES, y en general para toda persona que necesite enviar circulares de cualquier índole. La recomendamos para TEATROS en sus programas.

ASISTA A UNA DEMOSTRACION PRACTICA Y SIN COMPROMISO

Unicos Introductores para

CHILE BOLIVIA y Sur del PERU

Sociedad M. R. S. Curphey

SANTIAGO: Estado 202

VALPARAISO: Blanco 441

DEMOSTRACIONES GRATIS DAMOS DIARIAMENTE EN NUESTRAS OFICINAS

A. B. DICK COMPANY - FABRICANTES - CHICAGO E.E.U.U.

Solicite circulares hechas por el procedimiento "EDISON DICK"

¡A COMER INSECTOS!

Los insectos han sido y son muy apreciados como manjar, en una porción de pueblos. Entre los romanos, un plato de larvas de **cossus** era estimado como exquisito regalo. El **cossus** se cree debió ser larva de escarabajo prionino, que se cría en las cortezas de los troncos medio podridos.

En México se fabrica una especie de hidromiel con hormigas especiales, que se alimentan de miel; machacadas en un mortero, se pasa el resultante por un cedazo fino, y el líquido así obtenido se mezcla con agua.

Los mejicanos hierven con agua una cantidad de insectos llamados **cindelas**, obteniendo una bebida fuertemente alcoholizada.

En Suecia se fabrica un vinagre especial, obtenido del ácido fórmico, extraído de la hormiga, que es excelente y sirve para aromatizar los aguardientes baratos.

En las Antillas, se comen las larvas del **gru gru**, crudas o bien guisadas con salsa de vino y limón.

La mariposa bugong hace las delicias de los indígenas de Nueva Gales del Sur. Las mariposas, machacadas en un mortero, forman una pasta que se conserva en tortas.

Desde tiempo inmemorial, la langosta viene sirviendo de alimento al hombre; hablamos de la langosta terrestre, de la que tantos estragos hace en nuestras campiñas y que abunda más aún en Africa, en Asia y el sud de Europa.

Muchas tribus salvajes que no tienen cosechas que perder, brincan y danzan de alegría cuando ven llegar una nube de langostas, porque con ella llenan su despensa. Estos pueblos las comen lo mismo que nosotros los camarones o las quisquilleas, y en realidad a camarones sabe la langosta. Los hotentotes engordan con ellas y no desperdician ni los huevos, con los cuales hacen una especie de puré. Los moros del norte de Africa, gustan mucho de la langosta y de sus larvas, pero las prefieren cocidas, y a lo mejor se tragan 200 o 300 de una sentada. Los árabes hacen lo mismo, pero suelen añadirlas un poco de miel, como San Juan Bautista, según cuenta la Biblia. Otra manera de preparar estos insectos para la mesa es, secarlos, machacarlos después hasta convertirlos en harina y formar con ésta unas tortas que se comen con un poco de manteca, o solas, o con cuscus. Los europeos, cuando las comen, prefieren hacerlo en forma de polvos, que mezclan con arroz en blanco.

Las termes u hormigas blancas, son también excelentes y se pueden cazar a millones en los países tropicales. Por lo general se las machaca hasta formar una pasta espesa, cuyo aroma dícese que es parecido al de las almendras dulces y excita grandemente el apetito de los salvajes. La reina de las termes es un bocado delicadísimo, comparable sólo a las lenguas de ruiseñores de que gustaban los **gourmets** romanos. Es mucho más nutritiva y aromática que la termes ordinaria. Pero, como no existe más que una reina en cada hormiguero, es muy difícil reunir las bastantes para formar un plato; así es que este manjar es del que sólo pueden comer los reyes y los grandes potentados.

¡NUESTRAS INSTALACIONES ELECTRICAS!!

Ofrecen toda garantía!

Pídanos presupuesto.

RAAB BELLET & Cía.

ESTADO 235

Tenemos constantemente en existencia todo lo más moderno en equipo para una pieza de baño.

Los artículos que importamos son elegidos de los mejores fabricantes y seleccionados por personas técnicas y conocedoras del gustó exigente de nuestra clientela.

MORRISON Y CIA.

VALPARAISO — Calle Cochrane.

SANTIAGO — Calle Ahumada.

LA INTELIGENCIA DEL GATO

El gato tiene muy desarrollada la inteligencia de los mecanismos y llega a saber abrir las puertas, sobre todo cuando no tiene que hacer sino apoyarse en el postillo. También aciertan a dar vuelta a las llaves puestas en las cerraduras. Couch afirma haber conocido un gato que para beber leche abría la puerta de una alacena donde se guardaba el codiciado líquido, sentándose en una mesa al lado de la alacena y golpeando el anillo de la llave hasta que la hacía dar la vuelta.

Los gatos consiguen también abrir las ventanas. Otto había de uno que habiéndose quedado encerrado por casualidad en una habitación sin más salida que una ventanilla que se abría de dentro a afuera y que se cerraba por medio de una falleba, logró salir de su encierro. Habiéndose repetido el hecho varias veces, se acabó por descubrir que el gato saltaba al alféizar, se estiraba hasta llegar a la falleba, la levantaba con una mano y luego empujaba la ventana y se escapaba.

Los casos de gatos que se cuelgan de un cordón de campanilla para hacerla sonar, a fin de entrar o salir, son tan numerosos y tan corrientes, que no vale la pena de mencionarlos.

Lo mismo ocurre con los perros, y lo mismo que con las campanillas sucede con los aldabones. Más curioso es el caso citado por el Dr. Kesteven, referente a un gato que se servía del aldabón de una puerta para llamar, y de un perro de la misma casa, que había observado el manejo del gato, pero que no podía o no sabía imitarle; cuando se quedaba fuera se ponía en busca del gato y aguardaba a que este último llamase.

Otra anécdota sobre el gato, contada por Cosmovies, muestra cómo este animal se da cuenta del destino de los objetos que sirven para hacer fuego: "Durante un frío terrible en Rumania, y siendo sumamente caros el carbón y la leña, tuve que hacer economías; trabajaba todo el día sentado en un gran sillón rodeado de pieles, y mi gato "Cadí" estaba echado a mis pies; muchas veces el gato se levantaba, y, dirigiéndose a la puerta, me llamaba de un modo muy distinto al del maullido que usaba para que le dejase salir; yo le abría, y él salía a medias, mirándome; yo cerraba la puerta, y él volvía a entrar y seguía maullando. Al fin, salía con él, y entonces iba derecho a la cocina, mirándome y llamándome; una vez allí, se dirigía hacia la caja de cárbón, y se subía en ella sin perderme de vista; si cogía carbón, "Cadí" iba a la leña y luego corría ante mí hasta la puerta de mi cuarto; una vez dentro, se dirigía hacia la chimenea, dando brincos y arqueando el lomo; yo hacía fuego sin que el gato dejara de acariciarme, y una vez hecho, "Cadí" me olvidaba para acostarse ante la chimenea".

Otro ejemplo de inteligencia es el citado por el Dr. Frost: sus criados tenían la costumbre de echar a los pájaros las migajas del almuerzo, y el doctor notó que su gato se emboscaba en las cercanías con la esperanza de cazar algún pájaro, como lo hacía, en efecto, muchas veces; esto es corriente; pero lo particular del caso es que cuando no se echaban migajas, las sacaba el gato y las esparcía él mismo en la hierba para atraer la caza.

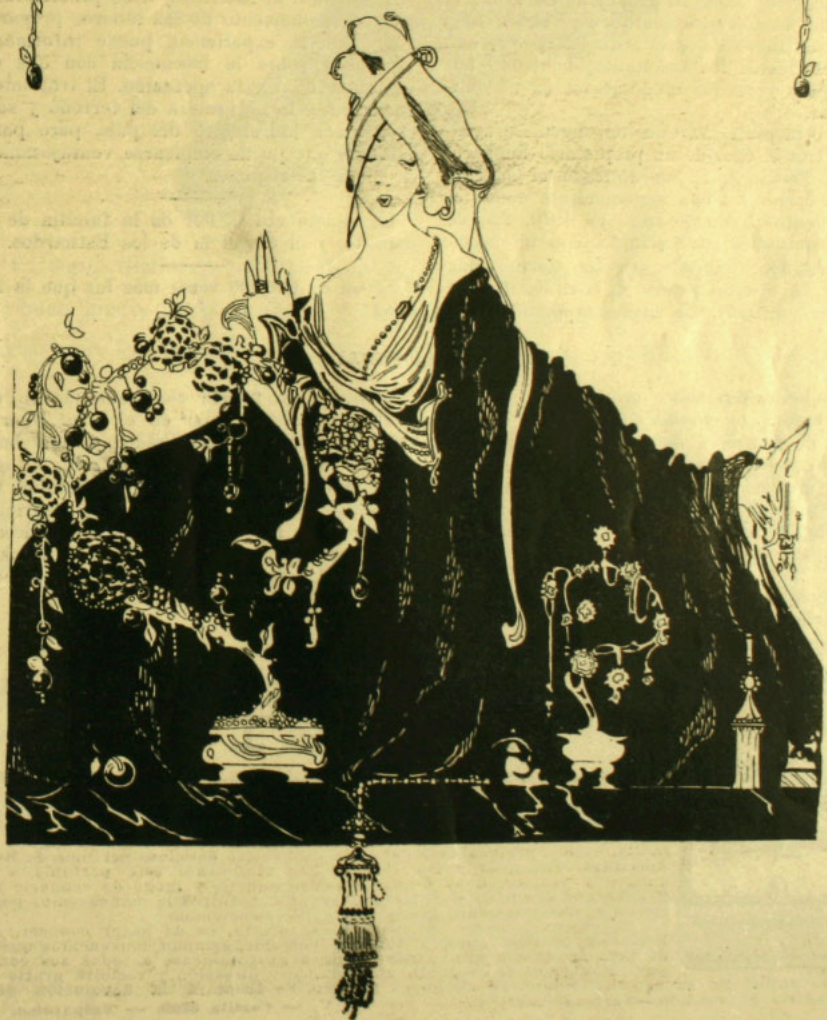
J. R. DAPENA
Santiago

Puente 754
Casilla 3792

Como acontece con todos los grandes inventos, los colchoneros no salen de su asombro al contemplar la aparición del HIGIENICO COLCHON OLYMPIA.

Crema Iris

EMBELLECE EL CUTIS Y LO PRESERVA CONTRA EL AIRE DEL MAR.



LOS BENEFICIOS DEL "DRY FARMING"

Su aplicación en Europa

Aún no hace mucho tiempo empezó a adoptarse en América un sistema agrícola denominado "dry farming", que consiste en apisonar con el rulo la tierra labrada, y mullir después la superficie sembrada para reducirla casi a polvo. De esta suerte el agua puede subir por capilaridad desde el subsuelo hasta la capa labrada, pero no puede filtrarse a través de la capa polvorienta y evaporarse. En estas condiciones, el agua almacenada en el subsuelo conserva mucho más tiempo en las épocas de sequía la humedad de las zonas donde los vegetales extienden sus raíces.

Mr. de Kerpely, director de la Real Academia húngara de horticultura, dice que desde hace tres años ha realizado en Hungría más de 2.000 experimentos de dry-farming, y que en todos los casos, sin excepción, han sido excelentes los resultados, habiendo aumentado a veces los rendimientos en una mitad más.

Por otra parte, M. Couston, ingeniero agrónomo, cita el caso de un propietario húngaro, M. de Fechtig, que ha aplicado el sistema en sus fincas. En una región mísera donde el rendimiento medio de trigo en 1910, fué de cuatro quintales por hectárea, con un máximum de doce quintales en las tierras más fértiles, la cosecha alcanzó la cifra de 16 a 24 quintales en 1911. El mismo propietario obtuvo de 30 a 36 quintales de cebada o avena por hectárea, en terrenos donde otros labradores vecinos suyos sólo recogieron 20 escasos.

Los húngaros dan como principio esencial de "dry-farming"; labor de la época justa y rastrilleo, según la necesidad. Los maíces rastrillados han producido 16 quintales más que de ordinario, y los campos de patatas rastrillados cinco veces, han producido 54 quintales más por hectárea.

La labor de otoño permite, en Hungría, almacenar el máximum de lluvia en invierno, y siempre ha dado mejores resultados que la labor de primavera.

En cuanto al rastrilleo, debe practicarse no sólo en el momento de las labores preparatorias, sino la experiencia puede informar al agricultor sobre la frecuencia con que conviene practicar esta operación. El tratamiento varía según la naturaleza del terreno y según el régimen hidrológico del país, pero parece evidente que puede emplearse ventajosamente en todas las regiones.

La violeta era la flor de la familia de Bonaparte, y el clavel la de los Estuardos.

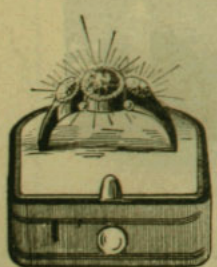
El sol da 600,000 veces más luz que la luna llena.

EL GARAGE-TONEL

Está hecho de tablas estrechas y largas, cuyos bordes se ensamblan como los de las tablas de los pisos de madera, y para dar solidez a toda la estructura, se la rodea con cuatro cinchos de hierro, afirmados en la parte superior con unos pernos. Para armar este singular edificio, apenas se necesita una hora; para desarmarlo, bastan quince minutos.

Con objeto de simplificar la construcción, los únicos huecos de este garage están en sus extremos; una puerta con ventanas en uno, y una ventana circular en el otro. Bien cerrado, resulta muy abrigado, y una buena capa de pintura lo hace impenetrable al agua. Todo ello es tan ligero, que un camión basta para transportarlo una vez desarmado. Este garage ha sido ideado, para encerrar su automóvil, por un ciudadano de Spokane (Estados Unidos), y resulta tan barato como práctico.

GRATIS



Un precioso **Anillo de vaina de Oro Macizo,** montado con diamantes y rubíes asimilativos.——**NO QUEREMOS DINERO**

Mándenos su nombre y apellido con la dirección claramente escrita sobre una tarjeta postal, y nosotros le remitiremos sin gasto alguno para Ud. veinte y cinco (25) paquetes de nuestro delicioso perfume de **Rosas Amarillas.** Entonces podrá Ud. vender fácilmente este perfume a sus amigos y vecinos, a 80 centavos cada paquete, y luego de venderlo todo y habernos devuelto el total del importe, nosotros le mandaremos por su molestia, **absolutamente gratis,** el anillo mencionado.

El objeto de hacer tan maravillosa oferta, es de hacer conocer, a la brevedad posible, nuestro superior perfume, estando convencidos que cada persona que lo use lo recomendará gustosamente a todos sus conocidos. Mándenos en seguida su nombre y dirección y recibirá gratis este precioso anillo, No se necesita dinero. El riesgo es nuestro. Se aceptará la devolución de la mercadería no vendida.—**Nacional Suply Co. — Secc. C. M. — Casilla 3709. — Valparaiso.**

¿Ha reparado Ud en este zapato?

El signo distintivo de todo hombre de buen gusto, decía Brummel, el célebre *dandy* londinense, que fué el hombre más elegante de su tiempo, está en su calzado: en efecto, cuánto valor adquiere un terno bien cortado si este se armoniza con un calzado de forma elegante, de fantasía, sencillo.

El Johnston y Murphy debe su aceptación general a esta su primera virtud: severa elegancia. Este calzado fué ideado para hombres de buen gusto, sencillos en el vestir, sobrios en la armonización de sus toilettes.

Reparad detenidamente en el presente modelo del elegante calzado Johnston y Murphy, que es dechado de elegancia y de buen gusto. Su forma cómoda, su fantasía sobria, su duración largamente probada, le han erigido en el rey del calzado y es el que está más cerca de los gustos que ha impuesto la última moda. Para un hombre elegante este zapato Johnston y Murphy no podrá menos de lucirlo y vulgarizar su elegancia como es debido.

El hermoso cuanto variado surtido de verano de esta famosa y prestigiada marca constituye una alta novedad de buen gusto. Quien ha probado una vez el calzado Johnston y Murphy, no le deja más. Es único e insuperable.

Casa Norte-Americana, Estado 246.

Agentes importadores, M. Artigas y Cía., Ahumada 235-239. Casilla 2070.

SUMARIO

Págs.

LA SEÑORITA DE COMPAÑIA. 111
RECUERDOS ELECTORALES DE UN HOMBRE HONRADO. 126
LA BATALLA DE HUAMANGA. 131
RECUERDOS DE DON MARCIAL MARTINEZ. . . 143
EL MONUMENTO A LAS MUJERES DE LA INDEPENDENCIA. 155
DE PINTURA NORTEAMERICANA. 157
LA CAZA DE LOS ASESINOS DE LINCOLN. 163
EL JUEGO DE LAS CARRERAS. 170
UNA EXCURSION A "EL TABO". 173
ESCUELAS DE BELLEZA. 177
LAS NUEVAS CONSTRUCCIONES EN SANTIAGO. . 185
COMO SE DIRIGE UN AVION. 187
"VIDA DE MARTIRES". 193
ARTURO BORJA, poeta ecuatorial. 197
LOS PRIMEROS HOMBRES EN LA LUNA (folletín). 205

—La mejor manera de estimular y propender al progreso de una publicación es favorecerla incesantemente, comprándola y recomendándola a sus amigos y relaciones.

—El PACIFICO MAGAZINE irá en cada número perfeccionando la realización de su programa.

Siguieron al paso un momento, dándose mutua cuenta de sus paseos, y alabando cada cual las virtudes de su corcel.

PACIFICO MAGAZINE

+ Que ayer | Vol. XI.—Santiago de Chile, febrero de 1918.—Núm. 62. | — Que mañana

La señorita de compañía

Por

TARTARIN

Con ilustraciones de Pedro Subercaseaux

En justicia, Patricio Grez no podía reprocharse con severidad la enorme distracción que sufría aquella tarde. Es verdad que el Ministro de Ferrocarriles le había pedido un informe sobre las tarifas de la línea eléctrica Santiago - Valparaíso en relación con la baja súbita del cambio, producida por ciertos rumores de paz europea, y que ese informe debía hallarse en la mesa del señor Ministro el día subsiguiente a más tardar; pero había que ver también que los pensamientos que en tropel acudían a la mente de Patricio no eran cosa del otro jueves.

El asunto de las tarifas resultaba claramente favorable al Sindicato Millner—cuyo Ingeniero Jefe y Representante lo era Patricio—; y así lo había manifestado al Ministro: "Sólo un diputado—habíale dicho—puede enredar y enredarse en una cuestión tan sencilla". Pero el Ministro había sido interpelado por un diputado de oposición, maestro en zancadillas ministeriales, y tan hábilmente supiera éste presentar su tesis que, según muchos, sólo podía terminarse aquel incidente con un voto adverso de la Cámara y la consiguiente renuncia del Gabinete. Y al manifestarle a Patricio estas intimidades de la política, el Ministro le había agregado, dándole amistosas palmaditas en la espalda: "Sobre Ud. pesa la suerte del Ministerio, señor Grez!"

No pudo pensar el joven ingeniero, cuando con tanta filosofía echó sobre sus hombros el bamboleante gabinete, que algunas horas después recibiría de Buenos Aires un telegrama de mucha transcendencia para su vida, que cambiara por algunas horas y por completo el curso de su imaginación. Un buen amigo le anunciaba la llegada a Santiago de Sofía Aránguiz, que regresaba de París, "convertida en una verdadera parisiense, refinadísima y muy chic". "Espero que la noticia te interese"—terminaba diciendo el oficioso amigo.

¡No había de interesarle! Sofía fué su primero y único amor en aquellos largos y penosos años de estudiante de ingeniería civil: sin ella, sin el constante y agradable estímulo de hacerla suya algún día, no hubiera estudiado como estudió, día y noche, mortificándose el cerebro con abstractos problemas de matemáticas. No le hubiera bastado, por cierto, el consejo severo de su padre, dado en el lecho de muerte y en presencia de su madre acongojada, de que había de trabajar para ella y sus hermanos y aliviar una viudez y orfandad bien pobres de recursos: eso habría sido el cumplimiento del deber que no siempre es muy grato a la juventud.

Frente a la modesta casita en que él habitaba con su madre y sus hermanos, se alzaba el palacete de don Jaime Aránguiz, rico agricultor de Colchagua, y su presunto suegro—así al menos lo entendieron Sofía y Patricio por algunos años. La casa era de tres pisos, construída a la moderna, con mucho lujo de fachada y toda clase de adelantos: de esta suerte la pidiera doña Lutgarda Prado—la exigente y siempre triunfadora esposa del sumiso don Jaime—al arquitecto

de más fama en Santiago por aquel entonces. El escritorillo de Patricio— que no de otra manera podía llamarse el hueco de la escalera del piso superior, sin más muebles que un pizarrón y una mesa de dibujo—daba a la calle; y por entre los barrotes de la ventana atisbaba el muchacho a su vecina, cuando los senos, cosenos y tangentes le daban un momento de reposo. No lo hacía mal la vecina en punto a corespondencia amorosa, y aun solía llevarle delantera debido a que sus quehaceres eran siempre menores que los del esforzado estudiante. Si largo tiempo duraron los preliminares de aquel amor, no podía achacarse la demora a indiferencia ni aun a mera falta de diligencia de sus mantenedores—¡que sabe Dios cuánto se querían! —sino más bien a esa timidez que suele preceder a los amores grandes—y averiguado está que los primeros son los mayores. En los paseos al comienzo, después en los bailes y tertulias, fueron acumulando días de coloquio y mutua preocupación hasta formar una elevada eminencia de pruebas de cariño, público y notorio; y tan elevada, que hubo de llamar la atención de doña Lutgarda, madre y señora de muchas ambiciones — desmedidas según los que de ella sabían más de lo que ella hubiera deseado. (Parece ser que en los años de soltera, doña Lutgarda no ocupaba en la sociedad chilena el sitio a que la alzara más tarde el bueno de don Jaime, cuando la pidió en matrimonio al conocido vecino y dueño de un almacén de menestras de la ciudad de San Fernando, en la provincia de Colchagua).

Doña Lutgarda deseaba para su hija un novio elegante: con lo cual se está dicho que había de ser el tal un mayorazgo de viejo abolengo o por lo menos un heredero de familia opulenta, con apellido bien sonante y que no tuviera que trabajar para alcanzar el rango que ella suponía tener en la sociedad. Ciertas manifestaciones galantes de algunos de estos contados ejemplares de yernos modelos para con Sofía, habíanla afirmado en su resolución de cambiar al joven estudiante por algo de más valor a sus ojos de advenediza insaciable. Y comenzó a trabajar el ánimo de su hija, con indirectas al principio y luego con toda claridad, excitando o hiriendo, alternativamente, el amor propio de la niña; mostrándole a las veces una vida de triunfos sociales y viajes por Europa si seguía sus consejos; y otras pintándole la monotonía de una vida oscura, dedicada al exclusivo cuidado de los hijos, con la sola variante de velar el sueño o vigilar la comida de un esposo, que habría de trabajar desde la mañana hasta la noche.

Patricio notó esta influencia en cierta frialdad de Sofía cuando se acercaba él, siempre solícito y cada vez más enamorado, en los paseos, para hablarle del único tema que por entonces [redacted] o sea el de su amor y las esperanzas que abrigaba de llegar al colmo de todas sus aspiraciones. Sofía le escuchaba con notable cansancio, y cualquier incidente pequeño le servía de magnífica ocasión para interrumpirle o para reir bulliciosamente y sin que viniera al caso. Entonces, Patricio se tornaba triste, reduciéndose a mirarla como si tratara de escrutar los pensamientos que se sucedían rápidos en esa cabecita tan adorable como pobre de voluntad. Una tarde, le recibió Sofía con notable nerviosidad; y a una pregunta de Patricio, le respondió con tono destemplado:

—Mi mamá no quiere que se junte todos los días: dice que me hace Ud. perder.

¿Perder qué? Patricio sintió que le daban un garrotazo en la cabeza; luego una oleada de sangre le subió a la cara, traicionando el noble orgullo de su raza, vieja y altiva en la pobreza como en la opulencia; y con una brusquedad que asustó a la niña, se despidió para no volver.

Patricio era de los que se beben las lágrimas para no dejarlas ver de los curiosos de confidencias sentimentales; y ni aun a su madre, con lo mucho que la quería, dió a entender la muerte de su amor y la herida que tan negra ingratitud le infiriera en su orgullo. Pero la madre lo adivinó pronto en la tristeza de sus ojos, en la poca atención que en los estudios ponía y en ciertas encerronas que se daba por las tardes, a la hora de los paseos.

—Esa niña no te convenía, Patricio,—le dijo una noche, cuando se quedaron solos de sobremesa—: tiene demasiada afición al lujo y no le disgusta verse rodeada de admiradores. Te hubiera hecho desgraciado.

Con todo, Patricio seguía amándola como el primer día y sintiendo agudos celos de cuántos sabía que la cortejaban. Uno a uno llegaron hasta él las noticias de los triunfos de Sofía en bailes y tertulias: hoy era el hijo de un rico salitrero el que aparecía de-

Se acercaba a él detrás de la madre y entre el tumulto abigarrado de pasajeros y mozas, una linda muchacha.

cidido a solicitar la mano de Sofía; al mes siguiente se hablaba de un serio compromiso con el hijo de un candidato a la Presidencia.

Entonces vino a entender con claridad lo que doña Lutgarda llamaba "hacer perder" a su hija. El no tenía más fortuna que las fundadas esperanzas de hacerla algún día con su trabajo: su padre—el famoso general Grez—no dejara a su madre sino el modesto montepío asignado en la ley—que por ser pareja, suele a veces ser dura con los más insignes servidores de la patria.

Lo que ocurre con las mujeres que se pintan el rostro; lo de ir habituándose de tal manera al colorete de las mejillas y al negro de las ojeras que al cabo toda pintura les parece poco, y mientras los demás vea en ellas un payaso o cosa por el estilo, ellas se tienen por las más frescas doncellas, aconteció a doña Lutgarda con sus ambiciones. En cada nuevo cortejante de su hija, no veía al novio sino al antecesor del que había de ser su yerno definitivo,—al que colocaba siempre un grado más alto en la escala de la sociedad militante. Así fué cómo, después de recorrer diez candidatos de los más preciados por el mundo,—que dicho sea en honor de la verdad, ninguno había tomado las cosas tan serio como ella creía—vió llegado el caso de partir al viejo mundo, donde esperaba hallar por docenas los herederos de las más nobles familias de la Europa aristocrática, interesados en tenerla a ella por mamá política y en dar al pimpollo de su hija un título de duquesa. Después de anticipados anuncios en los círculos sociales y en la prensa, embaló un día la vieja arrivista al buenísimo don Jaime con destino a La Pallice.

Cuando partieron, Patricio había recibido ya su título de Ingeniero Civil, con las me-

jores notas del curso; y seis meses después lograba el empleo de ayudante de Mr. Duncan, el Ingeniero Jefe del Sindicato Millner. Y parece que la suerte quisiera desvengarle en parte su desastre amoroso; porque no habían transcurrido dos años, cuando un cable de Liverpool avisó a Mr. Duncan hallarse su esposa en grave trance de enfermedad. Partió inmediatamente el inglés, dejando a Patricio en su lugar, al que estimaba como su único reemplazante;—y así quedó de comunicarlo al Directorio de Londres. Ratificado el nombramiento, y no debiendo Mr. Duncan volver a Chile, quedaba Patricio como Ingeniero Jefe en propiedad, con la pingüe renta de tres mil libras esterlinas.

Algunas de estas noticias llegaron sin duda a París y a oidos de doña Lutgarda, —que debía hallarse un tanto decepcionada de alcanzar yerno principesco—; porque hubo quienes—amigos o miembros próximos de la familia Aránguiz—dieron a entender al joven que no sería mal recibido como novio, si aún miraba a Sofía con ojos de galán enamorado y constante. Mal efecto habían hecho en Patricio estas insinuaciones interesadas y que no eran sino el resultado o la continuación de esa conducta baja y espíritu utilitario, que tanto le hicieran sufrir en la época de sus mejores ilusiones. Pero el amor suele ser caprichoso y posarse allí donde no debiera, y así el romántico joven, por medio de sutiles razonamientos, lograba separar su ideal de las muchas impurezas que lo rodeaban y que a punto estuvieron de perderlo para siempre.

Iría a esperarla esa noche, como si nada hubiera ocurrido desde los tiempos de su amor por ella. Ya sabría él leer en aquellos ojos que recordaba puros y serenos, si eran o no valederas las promesas que por diversos caminos llegaban hasta él.

¿Y el informe del Ministro y los apuros del gabinete? Ahí se había estado horas ante su escritorio, con la pluma en la mano y la mirada en el techo, fumando cigarro tras cigarro, sin poder trazar una línea, llevado por el atajo, alegre o amargo, de los recuerdos que despertara en su magín el telegrama de Buenos Aires. Estaba visto que aquel día nada podría escribir como no fuera la novela de su vida sentimental: mejor era salir a ver a los amigos y esperar en alegre charla con ellos la hora del tren, que ya tardaba en llegar, según estaba de impaciente.

Y cuando el tren llegó, no pudo menos que reir Patricio al ver a doña Lutgarda—la vieja enemiga de su corazón—con vestido corto y los labios pintados, que saltaba como una colegiala de la pisadera al andén, y que echándose en sus brazos y besándole en ambas mejillas, le decía con acento entre chileno y francés:

—Mon vieux!—Y agregaba en seguida, como para justificarse: Así saludaba la Vizcondesa de Noailles a mi marido en pleno faubourg Saint-Germain!

Luego se había puesto serio; se acercaba a él, detras de la madre y entre el tumulto abigarrado de pasajeros y mozos, una linda muchacha con todo el aspecto de una demimondaine: rojos subido los labios, oxigenado el pelo, corta la falda y largo el genio, y con un andar de pasito menudo que cimbreaba las caderas, como no lo hiciera mejor, según recordaba Patricio, la última cupletista de moda del Teatro Santiago. Con desafiante coquetería le miró en los ojos, dibujó una sonrisa sobre los dientes de excitante blancura, y pasándole dos dedos de la mano izquierda:

—¿Está Ud. bien, Patricio?—le dijo.

Buscó Patricio donde colocar sus ojos azorados de tímida doncella—que así aparecían ante el desgarbo de Sofía—y acertó a dar con una inglesita de mirar dulce y rubia como el oro, que cargada de maletas, pedia ayuda a quien quiera que tuviese algo de gentleman en su alma. Y cuando él la aliviaba de una de sus maletas, se apresuró doña Lutgarda a presentarla:

—Es la intitutriz de Sofía, mi señorita de compañía y la lectriz de mi esposo: Miss Langdom, hija del ex-Embajador Británico en el Egipto.

El bueno de don Jaime no había saludado a nadie, ocupado en distribuir la carga de los mozos: París no lograba poner ni quitar nada a su figura pasiva, de mártir resignado a sufrirlo todo con santa paciencia, desde que la hija del almacenero de Colchagua pusiera sobre su testuz el yugo del himeneo.

II

Patricio se hallaba hacía una semana en el fundo de los Aránguiz. Doña Lutgarda le

invitó con calculada insistencia a pasar las vacaciones: habría mucha gente, porque ella, doña Lutgarda, deseaba vivamente renovar amistad con sus buenos amigos de Chile: le hacía falta, mucha falta el calor del hogar, del **foyer** de los franceses. Se necesitaba haber estado cuatro años fuera de la patria, para comprender cuánto se la amaba. A este propósito, recordaba haber comido en Berlín, en compañía de algunos chilenos, las más sabrosas empanadas de su vida: ella, que nunca las pudiera tragar aquí! Patricio pensó maquinalmente en la trastienda del almacén de San Fernando y vió dibujarse un azafate desbordando por todos lados los retorcidos y dorados amasijos del más voluminoso ejemplar empanadil...

Sofía, aleccionada por su madre, desplegaba ante Patricio las pícaras galas de una coquetería que en la familia debía estimarse como parisiense; pero que para el joven no eran sino un constante golpeteo sobre sus nobles ilusiones,—las mismas que tuviera en su adolescencia—una corriente de aire frío que iba reduciendo el calor de su corazón sano y joven. Esa niña que tenía cerca de él, a todas horas, en la intimidad de quienes habitan una misma casa y se dan unas mismas distracciones, no era la que él había amado, tan buena, tan sencilla, tan pura: él se con-

Si los jóvenes no estuvieran tan absorbidos por la conversación, de seguro ven a doña Lutgarda...

servaba fiel al recuerdo de aquella vecina que asomando su carita fresca y sus grandes ojos negros, bajo el blanco visillo, se entrometía deliciosamente en sus cálculos, enredándole la solución de un problema difícil y poniéndole en agradable trance de comenzarlo nuevamente, por ella y para ella. La que ahora surgía ante sus ojos, después de cuatro años de estarse moldeando un ideal, cada vez más elevado a medida que el tiempo corría, era una incógnita bien difícil de despejar con los solos medios a su alcance. Imposible le parecía que Sofía le siguiera queriendo. El era el mismo ingenuo de antes; ella, una maestra en el arte de velar intenciones, de disimular y fingir sentimientos. Un hombre de alma complicada, de gustos refinados, la hiciera feliz: uno como él sería un estorbo en su vida regocijada o la víctima de sus mundanas aficiones. Todo el día, como una obsesión, giraban en torno de Patricio estas ráfagas de desilusión, poniendo en su cara una tristeza profunda, que mal se compadecía con la llevadera y bulliciosa existencia del fundo de los Aránguiz.

Al revés de lo que en el campo se acostumbra, allí no existía la mañana: sólo para Miss Langdom y Patricio salía el sol y cantaban los pájaros. Se acostaban tarde de la noche, cansados de bailar las fatigosas danzas americanas y el tango y la matchiche, por las cuales Misiá Lutgarda sentía entusiasmos seniles de mera observación. ¡Le pesaba tanto su calidad de madre, que no le permitía—nada más que por el qué dirán—entregarse a las voluptuosidades de esos valses sugestivos! Ella se había preocupado mucho en París de tenerle a Sofía un buen profesor de baile; era tan útil para una niña saber bailar! En verdad, Sofía bailaba maravillosamente: apretujada al galán, con el antebrazo desnudo sobre su hombro, mezclándose la anhelante respiración de ambos, movía las piernas que traslucían el vestido tenue y ceñido, entrelazadas con las del galán, al compás de una música de brincos y carreras, que despertaban la beatífica admiración de los machos corridos y recorridos de la tertulia. Patricio sufría indeciblemente con esa ostentación descarada de formas, que revelaba la ausencia completa del pudor en la que iba a ser su mujer. Estaba bien eso en las hembras que hacen mercado de sus gracias—él las había aplaudido tantas veces!—Pero, conocía demasiado Patricio el comentario grosero de los muchachos cuando alguna niña sacrificaba su dignidad por las tiranías de la moda: ahora los adivinaba en las miradas ávidas, en las sonrisas disimuladas, en los cuchicheos y en las felicitaciones de que hacían objeto al último galán de Sofía. Les hubiera abofeteado, si en ese medio no hubiera parecido como el más ridículo de los hombres. En estas ocasiones, se acercaba a Miss Langdom, la señorita de compañía, como a un refugio sagrado de sentimientos puros, de gustos delicados.

Miss Langdom era pequeñita. No bailaba jamás, a pesar de la afición que se achaca a las inglesas por este sport· difícilmente hubiera podido hacerlo, llevándole el más menudo compañero muchas pulgadas de alto. Sentada cerca de doña Lutgarda, parecía la hermana menor de Sofía, que aún no saliera a sociedad. Patricio pensaba que seguramente esta niña tan menudita, vestida con discreta elegancia, de ojos tan claros y serenos, no aceptaba las ideas y gustos de sus señores y de los que a sus señores rodeaban. Pero había de ser de una naturaleza especial, formada tal vez en el mucho mundo que a su temprana orfandad debiera; porque nunca advirtió en su rostro la menor muestra de impaciencia ante cosas que por fuerza debían chocarla. En todo momento y con todos, sabía ser jovial, simpática. Parecíanle al joven sorprender sin embargo, en la eterna sonrisa de Miss Langdom, una ligera ironía por las ideas que lanzaba esa concurrencia de gentes barnizadas de civilización, llenas de ese espíritu mediocre que da el dinero adquirido y el viaje rápido por Europa. Así lo que a Patricio entristecía y malhumoraba, debía brindar a la inglesita un tema inagotable de diversión. Muchas veces quiso sondear su pensamiento y otras tantas quedóse sin saber por qué caminos iba. Le fastidiaba la reserva y seriedad que con él guarda ba y la ninguna que para con los demás tenía. Había entre los invitados un muchacho con trazas de tenorio, muy seguro de sí mismo, por cierta fama de habilidad en seducir mujeres, que siempre andaba buscando las vueltas a Miss Langdom y no perdía ocasión de lanzarle algún requiebro. Patricio los hallaba de mal gusto y de pobrísimo ingenio: en tanto que la inglesita los recibía con alegres risas. Un día habló con malhumor de

estas cosas. Miss Langdom le quedó mirando con un mohín afectado de seriedad, y luego dió suelta a su jovialidad, diciendo:

—¡Oh! es muy divertido el señor Ovalle.

Todo corrido quedó Patricio con esta respuesta. ¿De modo que él venía haciendo allí el papel de hombre grave y severo, a quien todo choca y por todo se molesta? Ya no le bastaba con preocuparse de su novia y sufrir por su causa, sino que había de ir a buscar nuevos cuidados en la persona de una institutriz, de una Miss, venida de qué sabía él dónde. Mejor era huir de una sociedad que no era la suya, volver a sus trabajos y dejar para más tarde, para cuando la suerte le brindara una novia de su gusto, la satisfacción de sueños tan ideales que no parecían de esta época. Se recogió temprano esa noche, pretextando una jaqueca.

Las seis de la mañana serían cuando despertó. Se asomó a la ventana y el fresco que de afuera vino acabó de despejarle el sueño. Un sol riente, que no daba calor, y un olor a hierba húmeda le invitaban a salir. Apresuradamente se vistió, corrió en busca del potrerizo y se hizo ensillar un caballo, un alazán de mucha alzada que era su favorito. Notó en el huaso demasiada solicitud para servirle y llamó su atención el afán que aquel tenía en entretenerle con detalles relativos a los menesteres del fundo y especialmente a las necesidades de los inquilinos. ¿Hablaría doña Lutgarda de su calidad de futuro yerno con la servidumbre? Mal hacía en dar por hecho algo que cada día se alejaba más de sus propósitos. En fin, si sólo lo hiciera con aquellas gentes sencillas; pero mucho se temía que su lengua, suelta a las mayores habladurías, no le pusiera en situación indiscreta para determinar con libertad el rumbo de su vida. El no había vuelto a hablar con Sofía, desde la brusca separación en su paseo de Santiago, de nada que tuviera relación con sus amores de otros tiempos: ideas generales sobre las costumbres, sobre literatura,—en las que siempre estaban en completo desacuerdo — eran el único tema de sus conversaciones. Patricio había sospechado, o más bien, temido, que sonaran mal en esos oídos afinados por el mundo que se divierte incesantemente, sus peregrinas ideas sobre el amor. Ese mundo tenía una palabra insoportable, de una vulgaridad prestigiosa, como el patchulí y el saber francés a medias,—no ignorada ya de los dependientes de tienda ni de las muchachitas de provincia lejana;—para revelar el amor elegante y fácil, que no da cuidados a los maridos cuando sus mujeres lo ejercitan: Sofía, según ese vocabulario, **flirteaba** con él. Y eso era todo. Pero eso que era nada, podía convertirse en un compromiso por los antecedentes que obraban en el caso suyo y por las indiscreciones de doña Lutgarda. ¿No se tomaría su alejamiento, si lo demoraba algún tiempo más, como una desilusión tardía que causara mal a los intereses matrimoniales de Sofía? Sofía, en verdad, no despreciaba un buen momento para coquetear con otros, casi como con él lo hacía; pero eso estaba en las ordinarias diversiones de la sociedad; y aun podía ocurrir si él fuera, no ya su novio, sino su marido. ¡Oh! si estuviera en su mano el poder cambiar a Sofía y volverla a los sentimientos de su amable adolescencia!

Galopando, galopando, por un camino interminable que corría entre trigales que brillaban al sol y se ondulaban al paso de una ligera brisa, llegó Patricio a un crucero sombreado por sauces corpulentos. Allí detuvo su caballo y se quedó pensando que aquellos dos caminos que se disputaban su elección eran un remedo de lo que a él le acontecía. Tomó entonces tan a pecho la cuestión de cuál había de elegir, que largo rato, y ya desmontado y echado sobre unas hierbas a orillas de la cerca, titubeó. Una preocupación supersticiosa le hacía ver en uno de los dos la feliz solución de sus afanes. Por último, acabó riéndose de las tonterías a que conducen los amores contrariados. De todas maneras, el descanso no le viniera mal, después del largo y rudo galope: hasta le pareció adivinar en la mirada del caballo una muda gratitud por su oportuna ocurrencia de descansar.

El camino de la izquierda torcía casi bruscamente en su comienzo, y desde el punto donde Patricio hallaba podía verse en toda su extensión, por la línea de los árboles, dibujada en el horizonte, la enorme curva que, faldeando los cerros, le hacía terminar en las casas del fundo. El caballo, de natural fogoso, y aliviado de su anterior carrera, partió con mucho empuje, dejando tras de sí una espesa polvareda que el viento se encargaba de enrarecer, depositando el polvo sobre el verde potrero que deslindaba la izquierda del camino. Un delirio de velocidad

Aquello fué el delirio: la joven corriente en toda

suerte de desenfados y un tanto aturdida con los vinos...

acabó de disipar los últimos negros pensamientos de Patricio, y con el corazón liviano iba ganando la tierra, sosteniéndose en las riendas tirantes por el cogote de músculos de hierro, que se encorvaba sobre el pecho sudoroso del caballo. A dos o tres cuadras, alcanzó a ver que se perdía en un recodo, una silueta de mujer montada sobre un caballo, en rápido correr. Con un latigazo apresuró el galope y al cabo de unos minutos, logró dar caza a la desconocida amazona: era Miss Langdom.

Se veía más pequeñita que otras veces, sentada sobre aquel enorme animal y con el amplio ropón que la cubría hasta los pies; el sombrero de Panamá agachado de su ala delantera le dejaba ver apenas la puntita arremangada de su nariz. Al sentir la carrera apresurada de Patricio, se había detenido temerosa de algún percance.

—¡Oh! Mr. Grez.

Siguieron al paso un momento, dándose mutua cuenta de sus paseos, y alabando cada cual las virtudes de su corcel. Ella le tenía amor a Duty—así la había bautizado en recuerdo de una yegüita que tuvo en Wimbledon, en los alrededores de Londres, cuando vivía su padre—; no tenía otro cariño todavía en esta tierra. Era muy dócil y tenía un trote magnífico. Castigóla Miss Langdom y la yegua tomó un trote largo, acompasado. El caballo de Patricio la imitó; y así por largo rato, corrieron en silencio, pendientes de no perder el ritmo que llevaban las cabalgaduras. Ya se veían las casas; cruzaba la puerta un automóvil; y en el corredor que daba a cierta altura sobre el parque, doña Lutgarda se destacaba en su figura gruesa y con el perfil de bruja tradicional que le daba su nariz desmesurada y curva.

En el que descendió del auto, reconocieron los paseantes a don Jaime, y se confirmaron en tal idea cuando oyeron la entonación agria con que le recibía su terrible consorte. Don Jaime parecía preguntar sobre los de a caballo; porque éstos percibieron ya indistintamente la respuesta intencionada de doña Lutgarda.

—Es la institutriz que ha salido a pasear con Patricio.

Miss Langdon se puso roja; Patricio, que la observaba, se indignó por ella; pero ambos movimientos de orgullo ultrajado, se disolvieron en la mirada infernal con que les brindó la vieja.

III

No era la primera vez que doña Lutgarda trataba delante de extraños a Miss Langdom con el dictado de institutriz, al cual daba un tono de calculado desprecio. En tanto que a espaldas de ella se esmeraba en ponerle títulos de nobleza, que ciertamente no tenía ni deseaba tener la discreta niña. Unas veces la hacía descender de la casa de María Stuardo y otras la entroncaba con los Plantagenet, y siempre la pintaba en sus buenos tiempos muy relacionada con la mejor nobleza de Inglaterra. Como legítima arrivista, sentía un secreto placer en dominar y tener bajo su férula a la descendiente de familia aristocrática, con lo cual creía darse tono y situación por demás envidiable. Miss Langdom era efectivamente muy superior a ella, no sólo por sus antecedentes de familia, sino también por sus maneras suaves y sus sentimientos delicados: hacía en el círculo de los Aránguiz una notable excepción y el contraste entre ella y Sofía no pudo pasar desapercibido del inquieto y desilusionado Patricio. Sin embargo, la hermosura de Sofía excitaba en el joven el deseo de fundir el alma sencilla de la inglesa en el cuerpo cautivador de aquella: que si de esta amalgama la suerte le hiciera merced, se tendría por el hombre más feliz de la tierra.

Por esos días llegaron los del Carnaval, coyuntura que doña Lutgarda aprovechó para quejarse de nuestra apatía y compararla con el buen humor que reinaba en los círculos sociales europeos. Allá no se enfermaba nadie ni nadie se moría: en los dos años que ella habitara París no había muerto una sola persona conocida! Si aquí la gente fallecía de aburrida, de contarse los años y de relatar enfermedades! Era menester haber asistido a un carnaval en Niza, para comprender lo que vale la alegría de vivir, sin prejuicios ni gazmoñerías. Proponía, desde luego, una gran fiesta en el fundo, para la cual convidarían a medio Santiago. Aquello sería un carnaval en forma, con mucho champagne, y bailes y couplets. ¡Oh, Sofía los canta deliciosamente!

Dos días duraron los preparativos de la fiesta, los mismos que ocupó Patricio en

acercarse a Sofía y tratar de ver en sus respuestas un destello de su amor pasado y algún indicio que le permitiera esperar en una vuelta por sus antiguos sentimientos.

Sentada al lado de Patricio, en un banco del jardín, con una pierna sobre la otra, y el vestido un poco abajo de la rodilla, gozándose en provocarle con su desenfado, contestaba con risas a los discursos del anticuado galán:

—Ud. sería encantador, Patricio, si se diera una vueltecita por Europa. Se lo digo seriamente: lo que a Ud. le falta es conocer un poco el mundo. Si se escandaliza de todo, como si estuviéramos en un convento!

Apuesto a que no le gusta que yo baile... ¿Lo ve Ud.? Pero una vida sin baile resulta de lo más aburrida que cabe. Si no hay para qué atormentarse la cabeza con malos pensamientos... Es preciso tomar la vida como se presenta, por sus apariencias agradables. Baile Ud., diviértase, y deje que los demás hagan lo mismo.

Sofía se había puesto de pie, y terminaba de hablar sin abandonar la mirada risueña de mujer que lo sabe todo y que se burla de inocentadas románticas.

—No se case, Patricio,—siguió diciendo, mientras se alejaba lentamente por una de las avenidas del parque, mirando siempre al joven de reojo—con la más estudiada de sus coqueterías—: haría Ud. un insoportable marido. Es demasiado exigente!

Observándola en su pasito de cupletista, que así le mortificaba como le atraía, se quedó Patricio; y cuando la vió desaparecer en el recodo, dió en pensar que acaso Sofía tenía razón. ¿Por qué no vivir con su época? Ahora se le antojaba ridículo recibir lecciones de mundo de una niña soltera. El no había salido jamás de Santiago: ¡sabe Dios cómo andarían las cosas! Si hacía una comparación entre las costumbres que él aceptaba por buenas y por distinguidas, con las de un siglo atrás, ¡qué enorme diferencia! Pues, lo mismo ahora: quería decir que la sociedad evolucionaba, mientras él, falto de noticias, se detenía en una época...

Miss Langdom apareció en la avenida: su pelo de oro brillaba al sol y sus ojos tenían un azul muy intenso sobre el fondo verde del parque: hacía uno de esos cuadritos que ha vulgarizado la librería inglesa. Patricio se adelantó a saludarla. ¿No quería detenerse a conversar con él? Llegaba precisamente muy a tiempo para sacarle de una duda: acababa de conversar con Sofía sobre costumbres sociales, y, verdaderamente, se sentía un soñador, o peor todavía: un rústico completo. La inglesita sonreía: ¡Mr. Grez la había tomado tal vez por una observadora! La vida de Europa era muy sencilla: mucha confianza entre caballeros y señoras, pero

¿No sabía él? Se había visto obligado a despacharla...

mucho respeto también. El gentleman no olvidaba nunca que lo era; la señora se lo recordaba siempre con sus maneras discretas. Usaban los sud-americanos otros modos en sus diversiones: le parecía a ella que miraban la Europa a través de los cafés concierto de París...

—¡Dígame, Miss Langdom, ¿no encuentra Ud. que Sofía exagera un poco la moda?

—Sofía es una muy buena amiga mía. Es viva, risueña; pero muy buena, muy buena... Yo la quiero mucho. Le felicito, Mr. Greg por la novia que ha elegido...

Patricio le daba las gracias, pero Sofía no era su novia. Un tiempo creyó que lo sería. Las cosas habían cambiado. Tenían ideales tan opuestos! Y metido ya en el laberinto de sus desilusiones, Patricio acabó por hacer a Miss Langdom la confidente de sus amores y desamores.

Si los jóvenes no estuvieran tan absorbidos por la conversación, de seguro verían a doña Lutgarda que, oculta tras de unas plantas, hacía media hora les atisbaba: su cara hosca habiera puesto miedo en la niña y malhumor en el joven. Pero el disimulo de la vieja les ahorró la molestia.

Hacia la puerta de entrada, se oía el ruido de varios automóviles. Se acercaba la hora de las fiestas y ellos debían aprestarse para recibir a los invitados. No habían venido tantos como doña Lutgarda pensaba. Cuando se acercaron a la mesa, dispuesta en un pabellón del jardín, se contaban treinta *entre hombres y mujeres*. Doña Lutgarda,—que lucía un escote de media vara a contar desde la desalmidonada doblebarba y siguiendo la curva inmensa de su descomunal gordura—sentóse en mitad de la mesa, quedando frente a frente de don Jaime,—pinche de anfitrión por obediencia pasiva y arrancado a estas diversiones del corredor, donde sacaba pacientemente un solitario—; y los demás se distribuyeron como les vino en gana, o como convenía a sus intereses del momento. Patricio quedó al lado de Miss Langdom; Sofía frente a él, era cortejada por dos muchachos de mucho mundo y muy de su gusto. Su sitio era el más bullicioso de toda la mesa, a pesar de no ser el resto una reunión de monjes en retiro. Algo se había hecho para lograr tamaña jovialidad: doña Lutgarda se apresuró a hacer servir, antes de sentarse unos cocktails muy de moda en el Ambassadeur que tenían un nombre inglés que ella desgraciadamente no recordaba: sabía sí que el uso obligaba a repetirlo por tres veces. Ya en la mesa, y a poco de comenzar la comida, levantóse Sofía y salió, para volver luego trayendo una canasta. Doña Lutgarda se apresuró a explicar su contenido: se trataba de una novedad aprendida por ella en casa de Bolo Pashá, su amigo íntimo. Unos gorritos de papel muy monos, que deberían colocarse los invitados para resguardar las cabezas del frío de la noche.

A don Jaime le tocó una mitra; a doña Lutgarda una gorrita de **bebé**... ¡Qué suerte la suya: la misma gorrita se había puesto la duquesa de Champ Fleuri! Y cuando estuvieron **coiffés, joliment coiffés**, unos con sombreros de pierrots y otras de Colombinas, y de Napoleón y de cuantos sombreros de fantasía existen, se dió comienzo al menú, y se le siguió con gran entusiasmo y buen acopio de vinos.

Hacia la mitad de la comida, apareció una nueva canasta: esta vez venía llena de pelotitas de celuloide. ¡Aquello era divertidísimo y muy chic: los invitados debían dispararse con las pelotitas multicolores por la cabeza!

Comenzó la batalla con tanto entusiasmo e hizo un efecto tan maravilloso que nadie se preocupaba de comer, y no había un plato con salsa que no tuviese incrustada una pelotita. Los gorritos se movían a todos lados barajando la andanada de polotillazos, produciéndose con los bruscos evoluciones de las cabezas, algunas contusiones de pequeña gravedad.

—Jaime ha perdido su monóculo—gritaba doña Lutgarda batiendo palmas.— ¡Qué gracioso!—El bueno de don Jaime usaba ese adminículo sólo en las grandes solemnidades, por exigencias de su fiera consorte.

Los mozos se hacían pocos para escanciar los vinos. Don Jaime se sentía orador: habló largo sobre las avenidas diagonales y en general sobre el ornato y belleza de las grandes urbes. El había estudiado mucho la materia en Europa. Santiago era una aldea... Un durazno Waterloo—porque las pelotitas escaseaban—diestramente dirigido a las carnosidades de su nariz, le cortó la inspiración. Doña Lutgarda lanzaba grandes carcajadas... ¡Oh, la marquesa de Waldemar reía mucho más fuerte que ella! Los ojos se le ponían brillantes, la transpiración producida

por el alcohol hacía grandes perjuicios en el gueso maquillage que disimulaba arrugas y patas de gallo. El colorete de las mejillas parecía haber saltado a la nariz. ¡Ella tenía el mismo carácter de Madame Bolo! Nada de disimulos: ¡había que vivir la vida! ¡El vino

El Ministro inglés subía al coche de regreso a la ciudad.

alegraba el corazón y hacía amable la sociedad!

Para no hacer un contraste demasiado violento, Patricio y Miss Langdom trataban de tomar parte discretamente en aquellas excesivas muestras de alegría. Nada le importaban a Patricio las imbecilidades de doña Lutgarda; pero le dolía ver a Sofía que secundaba a su madre con mucho entusiasmo. El escote no era menor que el de aquella y sus modos la mostraban muy preparada en esa chacota ordinaria, que seguramente la seducía y la encantaba.

Los bajativos, al uso en Maxim, dieron término a la comida. Se organizaba una fiesta en el salón de la casa; Sofía debía cantar el último couplet de boga en París: **Je sais que vous etes jolie**. Aquello fué el delirio: la joven, corriente en toda suerte de desenfados y un tanto aturdida con los vinos, superó a todas las expectativas puestas en ella por aquel París de injerto. Con nítida dicción, los ojos cuajados de picardía, y brazos y piernas libres de todo añejo prejuicio, arrancó una ovación sólo comparable a las merecidas por Regina Badet o por la Mistinguette en todo el esplendor de su vida teatral.

Cuando pasó el entusiasmo que produjera el couplet de Sofía, doña Lutgarda tuvo una idea endemoniada: que cantara Miss Langdom algunas canción de su país. Miss Langdom, toda roja, se excusó como mejor pudo. Fué inútil: el salón entero gritaba por una canción inglesa. Patricio comprendió la intención de la vieja: las canciones inglesas tienen poca gracia y así podía producir un contraste desfavorable para Miss Langdom. Con todo, se apresuró a acompañarla hasta el piano. Cantó la niña **Primrose**, una cancioncita delicada que nadie comprendió, pero cuya música lánguida y desabrida provocó risas. Al final, la aplaudieron merced a un resto de buena educación que conservaba el auditorio.

A Patricio le había impresionado la voz dulce de Miss Langdom y su mirada angelical. Sintió odio por doña Lutgarda y enorme desprecio por Sofía. ¡Era una zafada y la vieja una sinvergüenza!

La farándula comenzaba. En un barullo indescriptible, se tomaban de las manos, y de esta suerte atravesaban los salones, salían al corredor y continuaban por los jardines. En lo último de la cadena, Miss Langdom y Patricio, que no se abandonaban, lo-

graron desprenderse de la fila a poco de salir afuera. Los demás siguieron hasta las últimas avenidas del parque, siempre saltando y gritando. Luego fueron soltándose por parejas y ocupando los bancos más abrigados por la oscuridad.

La inglesita y Patricio conversaron todavía un momento. El debía irse al día siguiente. Tomaría un pretexto cualquiera, algún negocio; pero escaparía pronto de aquella sociedad donde se sentía fuera de centro.

Algunas risotadas que venían del parque llegaron hasta su dormitorio, mientras trataba de conciliar el sueño.

IV

Aunque había dicho Patricio que su viaje a Santiago era por pocos días, su decisión firme era la de no volver al fundo de los Aránguiz. ¿Para qué? Decepcionado absolutamente de Sofía y poseído de una invencible repugnancia por la sociedad que la rodeaba, era mejor terminar las cosas antes de que los intereses creados le impidieran toda deliberación. Había vuelto a sus trabajos, y si en ellos alguna imagen le recreaba era la de Miss Langdom, cuyo recuerdo, de una dulzura suave, le perseguía. Pero las decisiones más firmes se estrellan con los acontecimientos: quince días después recibía una carta muy atenta de don Jaime, en la cual le convidaba con amable insistencia a pasar con ellos la Semana Santa. Tentado estuvo de rechazar la invitación; pero sea el respeto que el infeliz caballero le merecía, sea un vago deseo de volver a ver a la inglesita, es el hecho que concluyó por ir.

Despejada la casa de invitados—apenas si quedaban tres o cuatro de los de mayor intimidad—se le hizo un recibimiento cordialísimo. Doña Lutgarda se esmeró en obsequiarle; don Jaime le brindó con sus mejores ideas sobre avenidas diagonales; y Sofía tuvo para él las más exquisitas sonrisas. Algo faltaba, sin embargo. Llegó la hora de comida y Miss Langdom no apareció. Patricio no se atrevió a preguntar por ella. Doña Lutgarda le sacó de dudas. ¿No sabía él? Se había visto obligada a despacharla. Había tomado unos humos la señorita de compañía que la hacían verdaderamente insoportable; la manera con que ella le trataba, la hizo creerse tal vez a igual altura de sus señores. ¡Nada había más ingrato que tratar bien a los inferiores! Por supuesto que la había indemnizado convenientemente, para que tuviera con qué volverse a su país. Le fuera necesario usar de alguna dureza con ella, a pesar de los buenos servicios que a su esposo, a ella y a Sofía les había prestado. Pero, qué hacerle: las cosas llegaban a un extremo insoportable. Don Jaime [illegible] tió decir que a él le hacía falta la [illegible], cada día estaba más miope y Miss Langdom leía con mucha intención. Además, la chica sabía el francés maravillosamente y le ayudaba a traducir: él había olvidado lo que aprendiera en París, con Monsieur Cochón su profesor. Sofía dijo que Miss Langdom era encantadora; un poco ingenua tal vez y demasiado **shocking**, como toda inglesa.

Patricio no oía. La salida de Miss Langdom había producido en su ánimo una impresión que no se esperaba. Le vinieron unos deseos de verla, de consolarla, de decirle que allí estaba él para ser su guía y su amparo, para defenderla de toda asechanza. Balbuceó dos o tres frases en alabanza de la inglesita, procurando disimular su turbación. La conversación prosiguió lánguida; don Jaime bostezó tres veces y pidió permiso para retirarse a dormir. En vano Sofía procuró atraer al joven con alguna mirada de intención. Las opiniones de la duquesa de Chamberí y de Madame Bolo, interpretadas por doña Lutgarda, cayeron en el vacío. Se dieron las buenas noches. Patricio declaró que, accediendo a la exquisita atención de don Jaime, había abandonado urgentes labores por venir a acompañarlas; pero que debía volverse al siguiente día. Doña Lutgarda y Sofía se miraron y nada dijeron.

Ya en el tren, de regreso, Patricio se sentía impaciente por la suerte de Miss Langdom. ¿Qué sería de ella? Comprendía ahora que la amaba: aquella niña que tenía los mismos sentimientos que él, que con fina discreción había evitado toda crítica de la casa donde vivía, de costumbres intachables, era el ideal de su vida. Pero, ¿ella le amaría? De todas maneras, él la debía alguna explicación, alguna ayuda. Bien claro veía que doña Lutgarda la despidiera por su causa. Su continua atención para con ella era el motivo de su desgracia. La vieja había visto en ella un peligro, una rival de su hi-

ja. Y la había echado a la calle, como se despide a un sirviente! ¿Dónde hallarla? Preguntaría en la Legación de Gran Bretaña.

Hacia allá se encaminó, una vez llegado a la estación. El Ministro no estaba: había salido al parque en automóvil. No había tiempo que perder. ¡Al parque! El Ministro subía al coche, de regreso ya a la ciudad. Se acercó Patricio, y sin más ambages, preguntó por Miss Langdom.

—Está en mi casa—le respondió Mr. Stronge. Es hija de un antiguo jefe; fuí secretario de su padre en Egipto.

—¿El señor Ministro me permitiría verla? La he conocido en casa de don Jaime Aránguiz. Acabo de saber su salida de allá. Hemos sido buenos amigos y quisiera presentarla mis respetos.

El Ministro inglés tenía el mayor gusto en llevarlo a la Legación; comerían juntos esa tarde. Y le invitó a subir en el automóvil. Advertida por Mr. Stronge, salió Miss Langdom a la salita de recibo. Patricio le manifestó los deseos que tenía de saber de su suerte. Le había indignado la conducta de doña Lutgarda; ya comprendía el por qué de su mala voluntad para con ella. El le debía alguna muestra de su simpatía...

—¿Nada más?—preguntó Miss Langdom—¿nada más que condolencia por mi desgracia?

—¡Oh! no, Edith, yo la quiero a usted!

Recuerdos electorales de un hombre honrado

La dirección de "Pacífico Magazine" ha querido presentar a sus lectores un cuadro de nuestras costumbres electorales, durante el último cuarto de siglo, escrita por un político experto en tales lances. Difícil ha sido conseguir esta colaboración de un género especial, e imposible obtener de nuestro bondadoso amigo que firmase su verídica y honrada relación.

Mi estreno electoral data de veintisiete años atrás. El partido me envió a vigilar como apoderado, los procedimientos de una mesa que más tarde iba a ser célebre, la de San Miguel, en el departamento de Santiago. Corría el año 1891, y estábamos en la luna de miel del nuevo régimen.

Para ser verídico en todo, comenzaré por declarar que la conducta de la mesa fué del todo correcta. Presidíala un señor anciano y de aspecto venerable: don Gregorio Mira. La gente votó con orden y compostura. El mercado de votos se hacía entonces con más disimulo y decencia que ahora. Cuando llegó la hora del escrutinio, resultaron ciento cuarenta y un votos por los conservadores y uno por los liberales.

Me retiraba estupefacto y un tanto mohino, cuando llegó a mis oídos el rumor de una violenta disputa. Los campesinos del Llano se habían congregado en la plazuela para deliberar sobre el castigo que darían al traidor que votara por los condenados herejes. ¡Aún no estaban satisfechos del resultado! Se resolvió por unanimidad que el culpable no podía ser otro que el maestro de escuela, y a la casa de este infeliz se dirigieron todos, con el sano propósito de romperle los vidrios. Seguí de lejos a la turba. No llegó sin embargo la sangre al río. El acusado pidió humildemente perdón a sus convecinos. Era empleado del gobierno. No podía exponerse a que lo dejaran sin pan.

—Ahora nosotros vamos a ser el gobierno, le gritó uno de los caporales.

Me dirigí al centro pensando si habría llegado ese caso. Si en todo el país prevalecían sentimientos análogos a los del Llano, la dominación de los liberales estaba perdida sin remedio. No sucedió así, como todo el mundo sabe.

Tres años más tarde, en 1894, tomé en las elecciones una parte mucho más activa. Me encargaron la secretaría de una comuna en uno de los departamentos agrícolas del centro. Mis recuerdos del Llano me asaltaron entonces. Era necesario organizar en debida forma la propaganda de los buenos principios. Los meetings y choclones no bastaban a mi celo. Debía llegarse más de cerca hasta el corazón del pueblo, según los procedimientos del cura León Prado.

Reuní una noche a los caciques del partido, y con el registro en la mano, iniciamos la clasificación doctrinaria de los inscritos. Una N al lado de cada nombre designaba a los nuestros, una C a los contrarios, y una D a los dudosos. Noté con júbilo que las nueve décimas partes de los ciudadanos pertenecían a esta última categoría. Me sobraba pues campo donde ejercitar mi celo apostólico.

Al día siguiente muy temprano dí principio a mi labor. Comencé por el carnicero de la esquina. Entré en su tienda y, con mucha cortesía y timidez, le pregunté por su color político. Me contestó que él no se metía en esas cosas.

—Con esto de las elecciones, me dijo, son los ricos los que crían fama. A uno qué le importa.

Dí entonces principio a una larga conferencia sobre la majestad del sufragio los sacrosantos derechos de los ciudadanos y llegué por último a probarle, con argumentos a mi entender irredargüibles, que un buen patriota y un hombre de buen criterio, no podía votar sino por el partido a que yo estaba afiliado.

Como mis modales eran obsequiosos y le ofrecía cigarros, el ciudadano aquel me escuchó con seráfica paciencia, y yo me las prometía felices.

—Creo que usted se habrá convencido, le dije para terminar. ¿Puedo contar con su voto? ¿Se inscribirá usted en nuestros registros?

El hombre me dió una respuesta ambigua, que me pareció satisfactoria. Para un primer ensayo no estaba mal.

—¿Dónde tienen el choclón? ¿Hay cocaví? me preguntó mi neófito, al retirarme.

Encantado díle las señas. Evidentemente había hecho una conquista. Aquel ciudadano quería beber en la fuente de la buena doctrina.

Continué con un sastre, cuya conversión me parecía, no recuerdo por qué circunstancia, especialmente preciosa. A lo que entiendo, era un socarrón que argumentaba. Terminó pidiendo también las señas del choclón.

Aquel heroico apostolado duró cerca de un mes. Los resultados no se hicieron esperar. Nuestro choclón rebosaba de gente, y gasté en cerveza, chacolí y sandwichs casi todos

los fondos destinados a la comuna. Los caciques del partido me dejaban hacer en la errada creencia de que un secretario tan generoso en los preliminares, rebosaría de dinero en el momento decisivo.

Mi candidato salió derrotado sólo por muy pocos votos, debido a que yo no era su único agente electoral, y que al frente de las otras comunas había puesto gentes más prácticas que yo en materia de republicanismo. El resultado de las mesas a mi cargo fué desastroso: no necesito decirlo. Ni el carnicero, ni el sastre, ni ninguno de mis numerosos catecúmenos, hartos de nuestra cerveza y de nuestros sandwichs, se dignó darnos su voto. Se convirtieron a otras ideas en el último momento. Yo no tenía como pagarlos.

Así fué haciéndose lentamente mi aprendizaje electoral.

En 1896 fuí Errazurista. Como candidato a elector volví al departamento de mis anteriores hazañas. Sabía mucho más ahora, y ni por un momento se me ocurrió renovar mi propaganda. En cambio, organizamos la campaña maravillosamente merced al auxilio de los conservadores, que entienden maravillosamente estos achaques.

Hubo, sí, meetings y discursos, y con este motivo, ya que se trata de confesarlo todo, debo recordar algunos detalles que hoy me avergüenzan. Con la mejor fe del mundo, a fuer de jóvenes que éramos, nos hicimos eco de cuanta calumnia inventaban contra nuestros adversarios los periódicos de guerrilla afectos a nuestra causa. Ellas eran el tema favorito de nuestras peroratas.

—Ciudadanos, clamaba yo por ejemplo, sabéis quienes son esos hombres que bajo la máscara hipócrita de un mentido liberalismo, vienen a solicitar vuestros sufragios. ¿No lo sabéis? Voy a referíroslo. Allí tenéis a Matte que, valiéndose de indignos manejos y abusando de la confianza que le otorga el pobre pueblo, ha pagado dos mil cuadras regadas de rico terreno de migajón, pertenecientes al estado, es decir a todos vosotros, como si fueran arenales inservibles. ¿Sabéis en cuánto? A dos pesos la cuadra. No es raro que pueda emplear ingentes sumas de dinero en corromper vuestras conciencias, para sostener la posición política que tan buenos negocios le permite hacer.

En nuestras bocas, más inconscientes y apasionadas que culpables, don Enrique MacIver y don Enrique Salvador Sanfuentes eran otros badulaques por el mismo estilo. En cuanto a don Vicente Reyes era reo de haber querido vender el "Cochrane" y el "Blanco", en vísperas de la guerra del Pacífico, y hasta insinuábamos que podía haber estado de acuerdo con el Perú.

Dos circunstancias explican si no disculpan estas infamias. Nosotros no las inventábamos. Con la pasión del partidario y la inexperiencia de la juventud, las leíamos en diarios que estimábamos serios. Ademas, mientras más absurdas y desmesuradas eran las villanías que arrojábamos por la boca, más estruendosos eran los aplausos del soberano pueblo.

Los reyistas por su parte, no nos escatimaban las lindezas. Eramos papeleros arruinados y ladrones que pretendíamos enriquecernos con la baja de la moneda y a costa del sudor del pueblo. Con esto y con llamarnos ratas de sacristía, lechuzas del obscurantismo y demás apelativos de la estúpida jerga que tanto agrada a nuestro augusto soberano, se vengaban ellos como podían. El único lenguaje que no se oyó en los comicios de uno y otro bando, fué el del sentido común.

En aquellas elecciones cometí un acto de indisciplina que valió al señor Errázuriz un elector más. Yo había renunciado mi candidatura por razones que no es del caso recordar. El día de las elecciones me enviaron a una comuna apartada, con instrucciones de acumular por el elector conservador. En el camino hice mis cuentas. Parecióme que en el reparto de las fuerzas se había dado demasiado al conservador y poco al liberal, y resolví enmendar este error por mi cuenta. Compré muchos más votos de lo que había esperado y los acumulé todos por el liberal coalicionista. Pronto hube de felicitarme de mi previsión.

La mesa encomendada a mí era la más lejana del departamento y no tenía entonces ni telégrafo ni teléfono. En la noche, al sumar los resultados de las otras mesas se vió que el candidato conservador tenía con mucho la primera mayoría, y el liberal coalicionista se perdía por unos pocos votos. Como estaba entendido que en mi mesa, cuyo resultado era aún ignorado, sólo iba a votarse por el conservador, se avisó a Santiago que en el departamento sólo teníamos un elector. Llegué a media noche con las actas.

—¿Qué tal vamos? pregunté al candidato liberal en cuya casa estaba yo hospedado.

—Mal, me contestó: pierdo por once votos, sin contar los que haya sacado X en tu mesa.

—Entonces, le contesté al momento, no pierdes sino que ganas por esos mismos votos, porque en mi mesa tienes veintidós votos más que X.

Como es natural, no me riñeron por mi indisciplina. Al contrario, fuí llevado en triunfo. Todavía pienso en el gusto del señor Errázuriz cuando recibió la rectificación del escrutinio.

A los reyistas, en cambio, nadie les quitó de la cabeza que yo había alterado a posteriori las actas de que era portador y que entonces no se escribían en papel especial. Me acusaban de un delito que todavía no había pensado en cometer.

La primera vez que me encontré frente a un tutti fué el año siguiente en un departamento del sur. Corría yo a cargo de la elección en la villa cabecera. Las mesas eran siete, y se decía que el propósito de los contrarios era falsificar los escrutinios. Escogí la mesa más brava para ser yo personalmente el apoderado de mi candidato en ella. No me admitieron, so pretexto de que mis poderes no estaban en regla. Volví con otros y obtuve el mismo resultado. Igual cosa ocurrió

a nuestros apoderados en las demás mesas. Entonces me fuí directamente donde el otro candidato.

—Usted es un caballero, le dije, y no querrá deber su triunfo al fraude. Vengo a que me dé usted poderes.

—No tengo más que uno, me dijo el interlocutor, hombre de muchas agallas. Tómelo usted.

Mi candidato tuvo pues apoderado en una de las siete mesas. Sacó en ella cuarenta votantes y ni uno solo en las seis restantes. La Cámara aceptó sin embargo la extraña teoría de que por una casualidad inexplicable, todos los ciudadanos de mi color político que había en la localidad estaban inscritos en una sola mesa, y proclamó bueno el resultado de aquel escandaloso fraude.

Recordé entonces las enseñanzas de mi profesor de derecho público, en vísperas de la revolución.

—Los partidarios de la comuna autónoma no pretendemos que las elecciones van a ser del todo correctas bajo el nuevo régimen, decía. Donde dominen los radicales abusarán ellos, donde dominen los conservadores, tomarán éstos el desquite. En el conjunto del país los abusos quedarán así compensados, en tanto que hoy es una sola persona, el Presidente de la República quien abusa y en un mismo sentido, desde Pisagua hasta Chiloé.

La que me jugaran en el sur era pues una de las características del régimen. No lo eché en saco roto.

—Si los adversarios abusan donde tienen mayoría, pensaba yo, es necio no hacerlo donde la tiene uno. Lo demás es batirse a pura pérdida con armas desiguales. Las balas explosivas están prohibidas por el derecho internacional—cosa tan respetable y tan poco respetada como la *ley de elecciones*—pero si un beligerante hace uso de tales balas, le es lícito al otro, emplearlas también.

Como se ve, mi concepto de las cosas se había modificado notablemente desde los tiempos en que hacía el apostolado electoral a domicilio.

En los zarzales del camino deja
Alguna cosa cada cual: la oveja
Su blanca lana, el hombre su virtud.

En 1900 fuí excomulgado. No por el Papa, ni por el Arzobispo, ni por nadie que tuviera derecho de fulminar ese formidable rayo de la iglesia, sino por un cura de campo. Había ido a *aquel pueblo con fines electorales*. El primer Domingo de mi estadía, y a fuer de fiel cristiano, entré a oír misa.

Después del evangelio, el cura anunció a sus feligreses que había llegado al lugar un lobo que amenazaba devorar el ganado de Cristo, un enviado de las logias, un masón, empeñado en destruír la fe del pueblo.

Ese lobo y ese masón era yo.

Lo cómico del caso era que el candidato cuyos intereses yo representaba era un liberal muy cristiano y devoto, íntimo amigo del señor Casanova. Precisamente tenía en el bolsillo una carta del Prelado para el cura, en que le recomendaba la más absoluta prescindencia electoral.

Concluída la misa, me fuí resueltamente donde mi anatematizador.

—¿Con qué derecho, le pregunté, me llama usted desde el púlpito, lobo y masón, sin conocerme ni en pelea de perros?

—Conozco, me dijo, las doctrinas que usted profesa, y eso me basta.

—Quizás las conoce usted mal, le repuse en tono un poco más agrio.

—No tengo para que discutir con usted, agregó el curita con un ademán que equivalía casi a señalarme la puerta. Usted no ha estudiado teología moral ni derecho canónico. De otro modo no andaría compadreando con herejes.

—Es el caso del señor Arzobispo, le repuse con la seguridad del que juega un recurso definitivo. Vea usted esta carta que traigo para usted.

Nos despedimos en mejor acuerdo, pero en la práctica el cura aquel no hizo caso de la recomendación arzobispal. Me convencí que para él no había más arzobispo que cierto poderoso hacendado de las cercanías.

Fué por aquel tiempo cuando empleé por primera vez los recursos electorales de que me hicieran víctima en el sur tres años antes.

Disponía yo en absoluto de los cinco vocales de una mesa rural. La víspera de las elecciones, paseábamos por el corredor de las casas del fundo. Hacía una luna magnífica. En lontananza se dibujaban sobre el puro cielo de una noche de verano las siluetas caprichosas de un cordón de cerros que nos separaba de la subdelegación vecina.

En circunstancias como aquella, no sólo se contempla la naturaleza: se piensa también en las elecciones.

¿Qué estarían haciendo a esas horas los hacendados del valle contiguo, detrás de aquellas montuosas lomas? Lo sabía por experiencia. Era costumbre allá que los muertos y los ausentes, anticipándose a los vivos y a los presentes, votaran la noche víspera del día señalado por la ley electoral.

Con la imaginación ví a mi amigo Fulano, la pluma en la mano y la sonrisa en los labios trazando rúbricas inverosímiles. A su hermano Mengano llenando uno tras otro los sobres con votos seguros y baratos. Frente a ellos tres pobres huasos de poncho: el presidente, el secretario y el comisario, sin saber a punto fijo lo que se estaba haciendo, y echando firmas sobre los sobres en barbecho.

—¡Imbécil de mí, exclamé, así, cómo no han de ganar las elecciones! Aquí se paga cada voto en dinero contante y sonante y allá los tienen por centenares sin más gasto que algunos tragos para esos infelices vocales.

Me vino a la memoria la teoría de las compensaciones electorales de mi profesor de derecho público y no vacilé.

Yo tenía también a mi disposición y a pocos pasos de ahí cinco vocales de mesa, y mis dotes para la caligrafía no eran inferiores a las del hacendado vecino.

Un cuarto de hora después estábamos todos reunidos en el salón. Confieso que en un principio me costó un poco formular mi pensamiento.

—Vea usted, ño Pacheco, dije al Presidente. ¿Qué le parece si le hiciéramos una grande a los de Los Sauces?

—Como quiera, señor.

—Algunos del registro estan ausentes y muchos se han muerto. ¿Quieres que votemos por ellos?

—¿Y las firmas, señor?

—Yo las hago igualitas.

—Si nos pillan nos llevan a la cárcel.

—Qué nos han de pillar. No seas leso. Hacemos unas poquitas firmas no más y les doy veinte pesos por cada una.

Abrimos el registro. Leí el primer nombre. Pablo Contreras.

—¿Quién es este? pregunté.

—No Pablo, de allá del Culenar, informó el comisario. Ahora anda porAntofagasta. No viene nunca a votar.

—Pasa el libro de firmas.

Y, por primera vez en mi vida, escribí con mi puño pero con letra ajena, el nombre de otro. Esta acción se llama en castellano falsificar. Como esta es hora de franqueza, confesaré que lo hice sin remordimiento alguno. Las elecciones me habían curtido. Mi antigua fe en el pueblo, en su soberanía y en la majestad del acto en que manifiesta su voluntad, se había ido disipando al duro contacto de las realidades. Aquello era una guerra con mucho de farsa. Había que pelear como todos, y con los procedimientos en uso. ¿Era acaso el cohecho menos vergonzoso que suplantar a un tercero, sin hacerle el menor perjuicio material ni moral? ¿Era más digno ponerse al nivel de los más bajos charlatanes para calumniar a los adversarios y proferir desatinos sin sentido común?

¡Las campañas de opinión, la propaganda seria y levantada! También sabía por experiencia lo que eso valía. ¿Quién emplea ya tales médios en una elección? Ni los chiquillos.

Esto de hacer firmas en un cuaderno electoral es como comer queso. El apetito se va abriendo poco a poco.

Como primer ensayo no fué malo. Vaciamos casi el registro de muertos y ausentes. Dejamos unos cuantos sin votar para cubrir las apariencias.

Al día siguiente, los vivos sufragaron a su vez con toda corrección, y se les pagó religiosamente su dinero.

Nadie reclamó de la mesa. Fiados en mi tradicional, aunque ya perdida inocencia, los contrarios sólo mandaron un apoderado a la hora del escrutinio. Un jovencito angelical, como yo lo fuera diez años antes. Ni siquiera sospechó que allí hubiese gato encerrado. Merendó tranquilo y contento con nosotros.

Aquel éxito a tan poca costa obtenido me familiarizó con tales procedimientos. Volví a repetirlos a cada elección. Nunca tuve un reclamo. Sabía detenerme a tiempo, no vaciaba por completo los registros, y respetaba religiosamente el voto de los vivos, fueran tirios o troyanos.

A veces pasé algunos sustos.

Había en el valle aquel un tal Vergara, la pierna de Judas. Como vocal de mesa fué más de una vez mi cómplice. El sujeto aquel se marchó al sur, y en las elecciones siguientes yo comencé a votar, sin falta, en lugar suyo.

En una de estas, iba ya a cerrarse la mesa, cuando veo a cien metros de distancia bajar del caballo al Vergara, que ya había votado la noche anterior por mano mía. Era un escándalo en perspectiva, tanto más grave cuanto que el sujeto suplantado servía ahora en una hacienda de un adversario político. Me lancé rápidamente al encuentro del recién venido.

—Vergara, hombre de Dios, ¿no estabas por Curicó? le dije.

Los verdes ojitos del muy pícaro brillaron al ver mi confusión. Sin ser muy lince, debió haberlo comprendido todo.

—Como esta es elección de Presidente, me dijo, el patrón me mandó desde Iloca, y ahora no más vengo llegando.

—No habrás hecho cuarenta leguas en balde, le dije. Aquí tienes cien pesos por tu voto. Pero márchate antes que nadie te vea. Tú ya votaste.

—¿Qué dirá el patrón?

—No tiene por qué saberlo. ¿Qué sacas con acusarme? Perder los cien pesos.

Vergara no replicó una palabra más. Tomó los cien pesos y se fué muy contento.

Con los años he dejado estas mañas. Dicen también que con los nuevos registros no es tan fácil ni productivo el viejo sistema de los tuttis. Sin embargo, la última vez que lo practiqué fué en circunstancias que merecen algún recuerdo.

No hace sino poco más de un lustro, un amigo candidato me pidió le manejara su campaña electoral, en un departamento.

La víspera de la elección hube de alojarme en las casas de un gran fundo de campo, cuyos propietarios eran correligionarios de mi amigo.

Veraneaban allí algunos jóvenes y bastantes señoritas frescas y lindas como flores de primavera. Cerca de veinte personas nos sentamos a la mesa. La comida fué animada y muy alegre. Se habló naturalmente de elecciones y de tuttis. Algunos de los presentes hicimos a este respecto tales relatos, que la curiosidad de la concurrencia femenina se sintió picada.

—¡Qué divertido debe ser eso! dijo una de las niñas.

—Muy divertido, le contesté, deseoso de aprovechar en obsequio de mi candidato aquella disposición de los espíritus. Si la señora lo permite, podríamos ensayar en la noche este sport.

La idea fué aprobada por unanimidad.

Aquella noche no se bailó en el gran salón de las casas.

En la mesa del centro, yo y los vocales, inquilinos todos ellos del fundo, hacíamos las firmas del cuaderno y de los sobres. De las

niñas, unas doblaban los votos, otras pegaban los sobres, y todas se disputaban el honor de echarlos en la urna. No he presenciado un tutti más agradable y aristocrático.

Se produjeron algunos incidentes muy graciosos.

Los ausentes votaron primero. Cuando llegó el turno a los muertos, el presidente manifestó algunos escrúpulos.

—Ese ño **Juan de Dios Mella está** muerto, dijo. Mejor es que no lo hagamos votar.

—¿Por qué?

—Puede **venir a penarnos.**

—Pierde cuidado, le repuse. Nadie pena por eso. A dónde iríamos a parar. Yo no pasaría noche buena.

Cada nueva firma era objeto de donosos comentarios. Al fin, una de las niñas quiso ensayarse también. Probó primero en un papel cualquiera, y después estampó en el cuaderno la firma de un difunto, con tanta seguridad y acierto, como para causarme envidia.

—Tuve primer premio de dibujo en las monjas este año, me dijo sonriendo.

Sus hermanitas y primitas la imitaron, y la fiesta terminó en un verdadero concurso de caligrafía.

Lo peor es que con el entusiasmo, una vez agotados los muertos y ausentes, siguieron con los vivos, a pesar de mis protestas.

—¡Déjeme siquiera hacer la firma de ño Martín. El no se enoja, y usted le paga mañana su voto!

—Aquí está Cesáreo el cochero. Yo le haré la firma. Así le ahorramos el trabajo.

A duras penas pude contener a tiempo aquel celo excesivo.

Pasaron dos o tres años.

Una noche subí a un tranvía en dirección al Municipal. A las pocas cuadras entró al mismo carro una señora muy conocida de la alta sociedad acompañada de algunas niñas muy lindas. Iban de gran toilette y también al teatro. Una de las niñas contestó a mi saludo con una sonrisa muy amable y picaresca. Era sobrina de la señora.

Al bajarnos, se acercó a mí y me dijo en tono de misterio:

—¿Se acuerda del tutti que hicimos?

Desde entonces siento menos remordimientos por mis pasadas fechorías. No será ello tan malo. Al menos suele hacerse en compañía de cómplices muy agradables.

La Batalla de Guamanga

Por

ANGEL PINO

Ilustraciones de Pedro Subercaseaux

Es público y notorio que los pueblos,—así se dice en lenguaje electoral para dar a entender que se trata de todos los pueblos civilizados—, quisieron elegirme como su representante en el Congreso Nacional y que yo decliné este honor porque por primera vez en los negocios humanos es el representante el que debe pagarle al representado y esto sobre ilógico es anti-económico.

La Asamblea Unida de las Juventudes de Ambos Sexos (no debe entenderse por el nombre que cada joven tenía dos sexos, sino que en la asamblea había hombres y mujeres), de Perquilauquén y Rucapequén, me enviaron una nota concebida en estos términos: "Señor Pino: reunidos en sesión plenaria, por aclamación plebiscitaria acordamos dirigirnos a usted con el fin de ofrecerle nuestros sufragios para diputado por la agrupación, dado su patriotismo acendrado, su probado liberalismo y su optimismo alentador y regenerante. No tiene usted que molestarse en venir a la localidad pues sus partidarios tienen organizados los trabajos y cuentan solamente con votos conscientes, de esos que caen seguramente en las urnas en la forma y redacción que se convino. Hay que advertir que el adversario ha depositado en el banco de la localidad la suma de veinte mil pesos como primera providencia y que creemos que con poco más que esto aseguraríamos a usted la primera mayoría". Estas y otras comunicaciones que probaban el desinterés de mis correligionarios de Perquilauquén y Rucapequén, y mi enorme popularidad en la región, me movieron a presentarme en este último pueblo y comprobar de visu la facilidad con que conseguiría yo hacerme elegir gracias a mi patriotismo, a mi liberalismo y a mi optimismo en materia de dinero, pues no me hacía ilusión alguna sobre esos veinte mil, que no podrían irse solos, sino acompañados con otros tantos.

Como a causa de enfermedad y otros inconvenientes, retardara un tanto el viaje, hube de despachar diversos cheques para gastos "urgentes e impostergables", como por ejemplo: dos mil a la Juventud de Ambos Sexos, dos mil a la Dirección General Autónoma de los Partidos Combinados y dos mil para completar la instalación de mi secretaría. Ante nuevos y reiterados pedidos de dinero, resolví trasladarme en cuerpo y alma.

Llegué pues a Rucapequén donde descubrí

que las Asambleas Unidas de las Juventudes de Ambos Sexos era un mito, pues no parecía posible llamar precisamente **asamblea** al matrimonio Hernández que vivía en perpetua riña, ni menos unión de juventudes al marido de cuarenta y ocho años con la mujer de cincuenta y cinco. La Dirección General Autónoma de los Partidos Combinados que me ofrecía su apoyo, se componía de un sólo miembro que llevaba el nombre de presidente y ejercía el oficio de tesorero cuando caía en sus manos algún incauto. En cuanto a la Secretaría de mis trabajos era de una sencillez espartana, digámoslo así, porque, fuera de una tira de tres varas de tocuyo pintada a brocha gorda y pegada sobre un muro, no tenía ni siquiera puerta donde penetrar ya que el trapo estaba en la muralla lateral de la casa de mi representante, y allí no había sino ventanas.

Como me permití la libertad de considerar que mis pesos no habían sido bien invertidos o no rendían lo suficiente, todos mis partidarios, que eran cinco como se ve, me manifestaron que así era conveniente proceder: **agazapándose**, no llamando demasiado la atención, manifestando pobreza para pillar descuidado al adversario y asestarle el golpe de repente. Pero, en realidad, de lo remesado no restaba un céntimo según pude verlo y eso no era ya "agazaparse" sino sencillamente "sustraerme".

Me paseaba un tanto desalentado por las calles de Rucapequén, cuando hice el encuentro de un personaje extraordinario que ha llenado mi imaginación en las últimas semanas y me ha distraído de los trabajos electorales. Era un viejo alto, huesudo y arrogante, metido en un levitón un tanto raído y estrecho, sus mostachos encarrujados y la pera militar bastante emblanquecidos, marcaban una briosa y soberbia levantada de cabeza. Toda esta figura quedaba coronada por un chambergo gris oscuro hasta el cual llegaba el regatón de cuerno de un largo y grueso bastón que llevaba al hombro a manera de espada. Su apostura y el paso y la mirada eran de un veterano, de un "sobreviviente", de un miembro del antiguo y glorioso ejército. No se necesitaba ser muy penetrante para comprenderlo. Además el hecho de que todos los transeuntes se apartasen, sombrero en mano, para darle los buenos días, me hizo comprender que me encontraba delante de un héroe a lo menos.

—¿Quien es este señor?—le pregunté a un individuo que pasaba por la calle.

El interrogado me miró con espanto, luego con desprecio y después con ira. Su fisonomía se fué transformando hasta la risa histérica; y, corriendo hasta otro que llegaba en ese momento, le dijo:

—Ove, Fulano, este futre no sabe quién es don Crisólogo.

—¿No sabe quién es don Crisólogo?—repitió el recién llegado. ¿De veras que no sabe quién es don Crisólogo?

Y se marcharon los dos del brazo, no sin darse vueltas de cuando en cuando para echarme miradas, ora de furia, ora de desdén, ora de burla. Y me quedé plantado mirando al personaje que se alejaba a paso firme, el bastón al hombro, la pera levantada en el aire, los párpados caídos con dignidad.

Esa misma noche se efectuaba la proclamación de mi adversario el abogado Escobedo, liberal-democrático coali-alio-nacionalista, recomendado por la Liga Germano-Chilena y por las casas inglesas de Valparaíso, miembro de las Logias Masónicas y de la Esclavonía del Santísimo, conocido por su firmeza y fiereza de principios y por su enemistad con las transacciones y las contemporizaciones que a mí me echaba en cara continuamente, en su diario **"La Integridad"**.

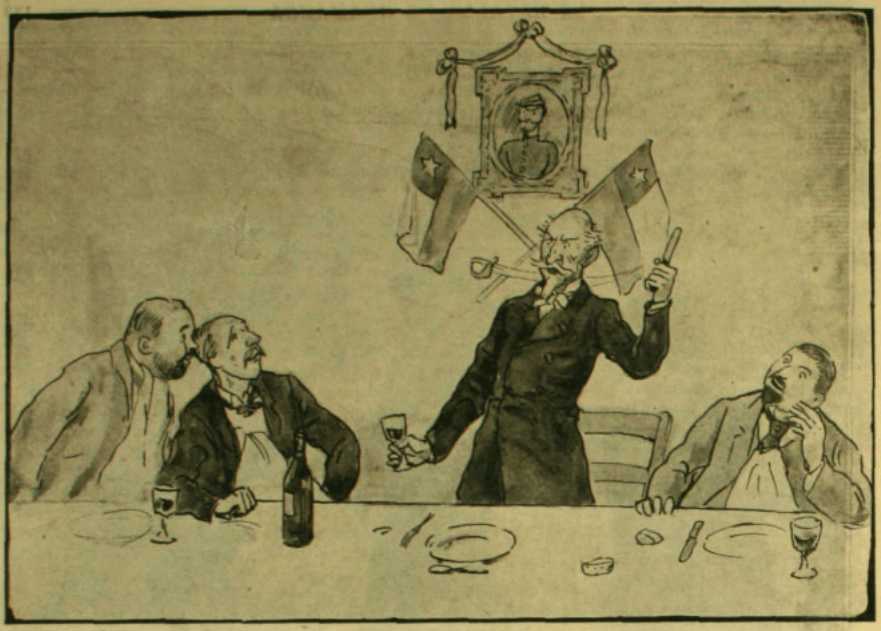
Como la proclamación se efectuaba en el patio del hotel donde alojaba yo mismo, me ví obligado a presenciar la ceremonia. Después del discurso consabido, de un doctor de la localidad, subió Escobedo a la tarima y colocado tras de la mesa comenzó a gritar desaforadamente arrebatando atronadores aplausos de la concurrencia. "Heme aquí delante de vosotros como Moisés en el paso del Nilo deteniendo el sol para ganar la victoria de las urnas. **(Aplausos)**. Mi prestigio ante el electorado de la República se basa en mis convicciones inalterables como la arena del desierto, rectas e invariables como las espirales de Brooklin, incólumes como nuestro espino, el arbol símbolo de las aspiraciones e idealidades nacionalistas e internacionalistas. **(Grandes aclamaciones)**. ¡Pero qué veo, señores, en este momento solemne de los recuerdos, de las esperanzas, de las confidencias! Veo delante de mí al inmortal héroe de Huamanga, a don Crisólogo Torres, al ínclito liberal de Rucapequén. **(Toda la concurrencia se pone de pie)**. Venid a ocupar aquí vuestro asiento, inmortal soldado de la República que llevas en la frente el beso de la inmortalidad y en vuestra mirada melancólica el proceso de la ingratitud de Chile. Venid a mi lado, para retemplarme con la irradiación de vuestro heroísmo único en el mundo, al lado del cual palidecen todos los actos conocidos. Eráis uno, vuestros enemigos cinco mil. Os acosaban las lanzas y las jaurías de perros que la indiada de Piérola os había arrojado para abrirse el paso de Huamanga, que era al mismo tiempo el paso de la victoria para el enemigo. Los cerros se ennegrecían de atacantes, y vos, joven capitán entonces, mientras despachábais un mensajero para prevenir al ejército, os batíais solo, incansable-

Me paseaba por las calles de Rucapequén cuando tuve el encuentro de un personaje extraordinario.

mente, hasta que la noche y el horror de la carnicería ponía en fuga al enemigo''. **(Enormes aclamaciones y hurras interrumpen largo tiempo al orador).**

Con no pequeño asombro de mi parte ví avanzar al viejo que en esa misma tarde había despertado mi curiosidad en la calle. Se colocó al lado de Escobedo como la cosa más natural del mundo. Se veía que tenía largo hábito de tomar parte en estas manifestaciones, como los pilares del hotel, los escaños, tarimas, escudos y rótulos de la sala. Con actitud digna continuó escuchando el panegírico de Escobedo que, sumamente hábil en estas escaramuzas, quería escurrirse más bien por el campo patriótico que por el político.

—''Señores,—seguía diciendo éste,—deteneos un momento a considerar qué habría sido para el ejército de Chile la caída de Huamanga, en esa sorpresa infernal preparada por el astuto guerrillero. Un hombre sólo



Contestó el festejado con tono serio y hasta tétrico.

bastó para conducir al pueblo hebreo; un solo chileno fué suficiente en la rada de Iquique para asombrar al mundo; un sólo muchacho, un coterráneo vuestro, un adolescente, capitán sin embargo, bastó para librar al ejército ya victorioso en cien combates de caer en la celada más sangrienta que habría conocido la historia. Aquí lo tenéis, lleno de modestia, pobre y sencillo como Catón el Censor, resignado al pago de Chile. **(Feroces gritos acogen la frase).** ¡Sí señores, el pago de Chile, el mendrugo de pan! Veis como la orgullosa Talca, la ciudad de los virreyes, eleva monumentos a simples militares que cumplieron anónimamente con su deber, mientras al héroe de Huamanga, al patricio liberal de Rucapequén no se le da sino la pensión de cuarenta y cinco pesos mensuales para vivir. **(Grandes aclamaciones).**

Juntemos señores nuestras voces para reparar tamaña injusticia si mañana el veredicto de los pueblos me lleva al Congreso Nacional. Que don Crisólogo Torres sea reconocido en el rango militar que merece. **(Vivas, aplausos, hurras, abrazos al orador y a don Crisólogo").**

Sería tarea superior a mis fuerzas dar una relación aproximada de los elocuentes disparates que la concurrencia de Rucapequén toleraba a mi contrincante Escobedo. Lo de llamar a Talca la ciudad de los virreyes era nada, pues en breves minutos llamó a Santiago "la soberbia metrópoli de los minaretes ruinosos" y a Valparaíso "la factoría ultramarina orgullosa de su extraterritorialidad inconstitucional".

Toda esa noche me lo pasé yo, pobre publicista de mínima cuantía, aterrorizado de no haber oído jamás hablar de la batalla de Huamanga, de la celada de Piérola, de la salvación del ejército de la República debida a don Crisólogo Torres. Comencé a redactar una nutrida correspondencia para "El Mercurio", luego la rompí en mil pedazos y me preparé para investigar algo más al día siguiente. Pero, he aquí que la Providencia fué benigna con su servidor y que me salió tan dócil como el mismo Kaiser no se atreve a esperarlo de la suya, y ni siquiera a decirlo. Porque, tres días después precisamente, caía el aniversario de Huamanga y había retreta en la plaza, baile en el hotel, banquete de las autoridades y del vecindario a don Crisólogo Torres. Preferí pues escuchar al pueblo ya que es un evangelio chico eso de **Vox populi vox Dei**, y tomé modestamente un asiento al banquete y una entrada "para familias" al baile, porque el candidato, aunque sea solo como una lechuza sobre un árbol, debe pagar como una familia entera y aun como una familia numerosa.

El banquete era tradicional. Desde el re-

Cargando y descargando el revólver...

greso del señor Torres a la localidad, cuando la prensa del lugar publicó la primera relación del parte de la batalla de Huamanga, los amigos y admiradores de éste, junto con algunos ex-soldados, clases, y oficiales del ejército que eran de Rucapequén o de los al-

rededores, se reunían en el aniversario patriótico, para oír de boca de don Crisólogo sus proezas y pronunciar diversos brindis patrióticos, que iban de año en año subiendo de calor y de color. Fuíme pues en la noche a comer mal y beber peor, que es el estilo de estos ágapes populares patrióticos o cívicos, lo que está compensado con que se huele aún mucho peor y se habla en términos intolerables, porque cada concurrente se encuentra obligado a manifestar que entiende el amor a la patria en forma más mal expresada que el anterior. Y de tal manera rivalizaron, que hasta ahora no sé a quién dar el primer *premio de imbecilidad*.

El mismo presentador del candidato Escobedo, el doctor Escanilla, que goza de fama de filántropo y de quien se dice que no sólo no cobra nada a sus clientes sino que además les paga las recetas, o el ataúd, que es lo más frecuente, ofreció la comida con evidente exageración de términos. Llamó espléndido banquete lo que había sido un sacrificio mandibular para la mayor parte de los asistentes, dada la impermeabilidad y dureza de las carnes servidas; grande y efusiva concurrencia a las treinta personas que allí nos agrupábamos protestando quien más quien menos de la cuota y del vino. Contestó el festejado en tono serio y hasta tétrico. Contó que en una tarde gris, en la sierra peruana, dos horas justas despues que el general le había encomendado, con una compañía, la defensa de Huamanga en la carretera sur de la aldea, se había separado de su compañía que descansaba descuidada. Estaría a distancia de media legua, en el corral de unas casas abandonadas cuidando una tropilla de mulos que contenía la paga de todo el ejército, cuando vió **negrear** los cerros cercanos. Eran grandes partidas de indios con lanzas, que venían efectuando un movimiento envolvente para apoderarse del tesoro del ejército y encerrar a éste entre dos fuegos. Torres comprendió de "una sola mirada, que allí se jugaban los destinos de la patria, y despachó un soldado que acertaba a pasar por la carretera, reclamando refuerzos. Entretanto había que hacer frente al enemigo. Cargando y descargando el pequeño y único cañón de defensa que había quedado por inútil en el corral, cargando y descargando después el revólver cuando los asaltantes se acercaban, el capitán imponía pavor a la indiada. Indios y perros bravos caían rugiendo a sus pies y el combate se acercaba a su término, cuando llegaron los refuerzos. A la vista de éstos los atacantes huyeron sin dar más combate. Don Crisólogo describía con detalles espeluznantes los aullidos de los hombres y fieras,, sus estertores agónicos en el suelo y las frases al mismo tiempo iracundas y admirativas con que los jefes enemigos le gritaban que se rindiera, prometiéndole honores, dinero y perdonarle la vida, por supuesto. El entusiasmo de los comensales iba subiendo con el vino y la descripción, y de todos puntos partían gritos y vivas ardorosos e interjecciones enérgicas.

Don Crisólogo accionaba con un cuchillo en la *mano y lo esgrimía a manera* de bayoneta.

Convencido yo de la extraordinaria importancia y gloria de la batalla de Huamanga, me admiraba de que la decadencia del patriotismo en Chile hubiera llegado a tal bajeza que se olvidara un acto de esta trascendencia. ¿Habrán sido los celos, las envidias,—me preguntaba yo,—los que sofocaron el brillo y carrera de este capitán joven y heróico? ¡Y el pago de Chile! Cuarenta y cinco pesos mensuales!.

Tanto Escobedo, como don Crisólogo y demás oradores, hacían especial hincapié en dos hechos que revestían a mi juicio la relación de Huamanga, de una autenticidad y verosimi-

El cabo Torres conducía un mulo...

El general en jefe ordenó a las bandas tocar la canción de Yungay y desfilar delante del héroe.

litud especiales. El capitán *había pedido* refuerzos que le fueron enviados, y el general *Baquedano en persona* le había felicitado delante del ejército, que desfiló entero delante del joven héroe. Esos refuerzos, esa actitud del general, demostraban suficientemente la importancia del ataque y lo extraordinario de la defensa. No; no había duda, quedaba un hecho oscuro de la guerra del Pacífico, que la Providencia me *había reservado* a mí, para exaltados en la historia, y que mientras tan-

sos de la *gloria* de don Crisólogo Torres.

Mientras podía volverme a Santiago, no dejé de seguir por todas partes al héroe de Huamanga. Admiraba su modestia, su silencio digno, su decorosa pobreza, su dignidad natural. Me sentía hipnotizado por este servidor de la patria que había salvado él solo *al ejército victorioso, que con su personal* pujanza había librado la gloria adquirida por tantos generales mencionados en los partes, exaltados en la historia, y que mientras tan-

to había tomado para él las pobrezas de la aldea natal y la miserable pensión de un portero. Yo deseaba llegar pronto a Santiago, investigar en los archivos, y, en seguida, con un látigo en la mano limpiar la historia de los mercaderes y sacudir en los presupuestos a los parásitos.

¡Oh Crisólogo Torres, héroe de Rucapequén y de Huamanga, va a llegar pronto para tí la hora de las reparaciones, la hora de la justicia!

Apenas arrojé mis maletas en el umbral de la puerta a mi sirviente despavorido, corrí a la Biblioteca y me arrojé en los brazos del Director.

Era este un movimiento espontáneo, manifestación nerviosa de la impaciencia que me dominaba. Yo me veía descubriendo las ocultas proporciones de la Batalla de Huamanga, rebajando en honores a los envidiosos y a los ruines, ascendiendo a otros y trayendo a don Crisólogo Torres a la capital para rendirle un sincero aunque tardío homenaje reparador. Después de mis efusiones con el Director, y de haberlo impuesto de mis deseos, trepamos por escaleras, movimos y removimos telas de arañas, bajamos mamotretos, abrimos colecciones de diarios y aspiramos el polvo de la ilustración guardada. La garganta seca, la frente húmeda, los oídos zumbantes, iba buscando no ya la relación de la gran batalla de Huamanga, sino el sitio, la fecha en que pudo efectuarse. Porque era evidente que existía una conspiración del silencio entre todos los cronistas e historiadores de la guerra, respecto del capitán Crisólogo Torres, y su proeza salvadora contra la indiada, en la carretera sur de Huamanga. Lo más grave era que en la misma conspiración habían entrado corresponsales, periodistas, y podría decirse que hasta los testigos presenciales, pues nadie hacía referencia a tan fundamental hecho de armas.

Cuando ya iba a quedar sepultado entre volúmenes, paquetes de cartas, libros de memorias, diarios y folletos, el nombre de Crisólogo Torres apareció en un parte mandado por un sargento Torreblanca al teniente Pérez del destacamento de cazadores dejado en Huamanga. Pero ¡qué extraña aparición, qué injusta y mezquina transformación de las cosas! He aquí lo que aparecía en un parte-repetición, o funda o tapa de cuatro partes secundarios: "Debo comunicar a Ud. que el cabo Torres que aparejaba dos mulas del cuerpo en el corral de Manríquez divisó a dos indios que querían robar la carga de una y mató a uno y puso en fuga al compañero. Yo llegué a prestarle ayuda y trajimos las mulas al pueblo. Creo conveniente recomendar la vigilancia y resolución del cabo Torres.— Sargento Benavides". ¿Esto era todo? ¿Podía ser todo?

El empleado de la Biblioteca que me atendía entró a la sala y me encontró, caída sobre el libro la cabeza y casi desmayado.

¿Estaba delante de una falsificación consciente de los hechos, para ahogar la gloria de un soldado valeroso? ¿O bien don Crisólogo era un vulgar comediante, un marsellés ponderativo? ¿O simplemente la mula del corral de Manríquez había crecido por el fenómeno de los aniversarios?

Dos días después el tren me dejaba en Rucapequén. Esta vez me fuí directamente a ver a don Crisólogo. El veterano me recibió con reserva y cuando le dije que era periodista manifestó cierto desdén. Pero, poco a poco, lentamente, con maña y suavidad, fuí expresándole mi deseo de conocer la verdad de los hechos relacionados con la batalla de Huamanga. El me los contó, como los había ya oído en el meeting y en el banquete, con minuciosidad y grandilocuencia: millares de indios, jaurías de perros, refuerzos pedidos, el capitán felicitado por el general Baquedano delante de todo el ejército.

Entonces yo hice el esfuerzo más grande de mi vida: me sentía mucho más en espectación que el hombre que levanta palanquetas de una tonelada o dispara un cañón sobre el hombro, a pesar de estar allí delante de un solo viejo, en un modesto salón de casa aldeana.

Le dije a don Crisólogo que había escuchado de boca de Escobedo y de él mismo, la relación de la gran batalla; pero que, admirado de la injusticia que con él se cometía, deseoso de repararla en la medida de mis fuerzas, me había ido a la Biblioteca Nacional a registrar partes, correspondencias, documentos, diarios.

Don Crisólogo palideció, levantó la cabeza con altivez:

—¿Y quién le ha encargado a usted, so advenedizo, so-plumario, politicastro de mala especie, lechuza del oscurantismo, la misión de repararme a mí nada? Yo no quiero nada, no pido nada; yo me pago de mi gloria, de la satisfacción de mis actos. Salga usted de este templo de la honradez y de la modestia.

Y me mostraba la puerta con el largo y grueso bastón. Era un tanto ridícula mi actitud; necesitaba, por consiguiente, mejorarla en cuanto fuera posible.

—Está bien,—repuse,—creí cumplir con un deber, me he equivocado. Daré a la publicidad el parte original de la famosa batalla y el público se encargará de juzgar...

Alcancé a ver el bastón sobre mi cabeza; pero luego el veterano se quedó perplejo, con la vista fija en el pasado seguramente.

—Yo no he inventado nada,—dijo como hablando consigo mismo,—en realidad querría recordar ese parte. ¡Han pasado tantos años!

Le alargué entonces la copia. El la rehusó

Erais uno, vuestros enemigos cinco mil

en el acto con su mismo aire digno. Deseaba que yo leyera, indudablemente. Y leí.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

¡Qué silencio en el cuarto del héroe! Afuera aleteaban los pájaros y el agua de una acequia vecina movía una pequeña rueda de madera.

Don Crisólogo quedó con los ojos bajos, paralizado. Después se dejó caer en un sillón de mimbre, que crujió como para deshacerse. Me miraba de fijo, como tratando de descubrir mis pensamientos más íntimos.

—¿Usted es enemigo mío,—dijo al fin,—o desea perseguirme?

—¡Nada de eso, señor! ¿Por qué habría de desearle un daño? Usted no me ha comprendido que, al oír en el **meeting** de Escobedo y en el banquete del Hotel Francia, hablar de la batalla de Huamanga que yo, como chileno y publicista, tenía la obligación de conocer, y de la cual jamás había oído hablar, me ví naturalmente arrastrado a investigar y que hago ahora un acto de lealtad trayéndole a Ud. el resultado de mis investigaciones...

—Sí, sí; bueno; eso es todo lo que ocurrió en Huamanga. ¿Cómo ha podido exagerarse tanto? Créame Ud., no lo sé... Esto ha venido de a poco. Yo era el único sobreviviente de la guerra y toda fiesta patriótica servía para ponderar algo. Pero cada tres años, venía la exageración mayor, en las elecciones.

De lo que esa tarde escuché de boca de don Crisólogo Torres, reconstituí en su honor la verdad de lo acaecido con la transformación heroica del robo de la mula, en una batalla salvadora del Ejército y glorificada por el general en jefe en persona.

Las cosas debieron ocurrir más o menos así:

Cuando pasados algunos años de la guerra, las ciudades, después las villas, las aldeas y los villorrios fueron, por espíritu de imitación, enalteciendo los hechos de armas de sus

Bajamos manuscritos, colecciones de diarios...

coterráneos, don Crisólogo fué tomado en Rucapequén como encarnación de las glorias nacionales. Era el único héroe, tenía que vérsele más grande.

En seguida, la competencia de un pueblo con otro exigía, por ejemplo, que el héroe de Rucapequén fuera más importante que el héroe de Huechupín, ya que Huechupín tenía plaza más chica que Rucapequén, no es estación de ferrocarril, sino paradero y, en fin, su comercio es más insignificante, así, como el sobreviviente del pueblo vecino era sargento, don Crisólogo Torres fué bruscamente llamado "capitán".—¿Valía la pena desmentir estos galones verbales?

Además los aniversarios patrióticos van disminuyendo el número de testigos personales, van debilitando la memoria, y, por consiguiente, aumentando naturalmente las exageraciones o tentando a ellas. Porque el sobreviviente tiene que contar cada año lo que vió y lo que hizo y se encuentra tentado a agregar un dato, un detalle, un matiz nuevo. La oratoria patriótica de esta clase de fiestas es ditirámbica, vaga, no puede ser rectificada fácilmente.

Si se agrega al inflamiento propio del aniversario, el relleno especial de cada tres años, hecho por el **meeting**, por el candidato osado, en cada elección, se verá cómo el intento de robo de una mula pudo pasar a ser la inmortal batalla de Huamanga sin culpa del pobre don Crisólogo.

En el primer banquete, el orador no habló ya de **dos indios**, **sino de indios** en general, después se dijo **algunos grupos** de indios, después numerosos y **compactos grupos**, después **indiadas**, finalmente Escobedo se preocupó de dar una cifra: **cinco mil**. El pobre don Crisólogo se vió obligado a repetirla.

En el primer banquete **el quiltro** que acompañaba al indio ladrón fué llamado **feroz perro**, un año más tarde era una **fiera amaestrada** y después "jaurías embravecidas y acos-

lumbradas a la sangre humana''. Escobedo marcó el límite diciendo, ''muchos centenares de perros enloquecidos''.

En el primer aniversario del incidente de la mula se dijo que el ''sargento Torres había mandado a un hombre a caballo a dar aviso a su jefe''. Después de dos aniversarios, ''el capitán Torres, envió a un oficial a pedir ayuda''. Al décimo aniversario, ''el glorioso capitán no vaciló en desprenderse de su escasa tropa para poner al general en jefe al tanto de lo que ocurría, **reclamar refuerzos**''. Escobedo rugía este año: ''El heroico capitán se quedó solo frente a la muchedumbre de atacantes, olvidado del mundo y de la vida, era un transfigurado, un semi-Dios. Mientras tanto en los caminos lejanos venían resonando los galopes de los regimientos de caballería, mandados para barrer el paso al enemigo''.

Igual y proporcionada transformación tenía que afectar a la recompensa del primitivo cabo Torres. Este contó en el primer tiempo que el sargento Benavides le había dicho:

—¡Buen dar, mi cabo, que estuvo a tiempo el tiro!

Si no, la mula había ido a dar al cerro...

En los aniversarios patrióticos que exaltaron después el hecho, se comenzó a afirmar: ''Cuando los refuerzos llegaron, los oficiales se descubrieron delante del capitán Torres que estaba sudoroso y hollinado''. Andando el tiempo, la cosa subió de punto: ''El jefe de las fuerzas mandadas en su socorro, hizo inclinar el estandarte del batallón al paso del capitán Torres'' más tarde: ''Oficiales y soldados,—rugió el coronel,—aquí tenéis al más brillante y joven héroe de la guerra, a él debemos que el asalto de Huamanga no haya pasado a la historia como la derrota y tumba del ejército chileno'' Y así, de año en año, hasta Escobedo o alguno de sus antecesores que decía: ''El general Baquedano encontró aún a Torres sobre un pedestal de cadáveres, lleno de sangre, humeante a sus pies el cañón y en su mano el revólver. El general en jefe ordenó a las bandas tocar la Canción de Yungay y desfilar delante del héroe''.

Venía ya la tarde y la sala del pobre don Crisólogo estaba oscura. Yo, apenado por el daño que hacía en bajarlo a la realidad de ''la mula'', desde los ensueños de ''la inmortal batalla de Huamanga'', comencé a hacerle nada las cosas y a repetirle mis excusas.

—Yo le prometo guardar reserva de mi hallazgo,—le dije,— ya no valdría la pena reducir la historia a sus verdaderas proporciones.

—Así es,—dijo tristemente.

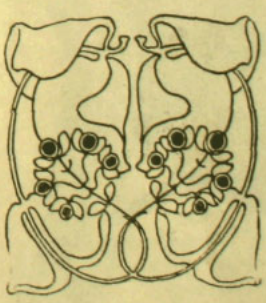
Y luego, como despertando de un sueño:

—Vea usted, joven periodista, no crea que me duele ver de nuevo un solo indio y una sola mula donde mis amigos habían puesto miles de hombres y actos de heroísmo tan magníficos... No; lo que más siento es perder el derecho de quejarme de mi pensión... ya no podré decir ''el pago de Chile'', ni ''el mendrugo de pan''...

Y como me vió sonreir, agregó:

—Si es cierto, la ingratitud sirve con su amargura casi tanto como la gratitud con su miel... A mí me gusta figurarme una víctima atroz de mi patria. Ahora veo con desengaño que los cuarenta y cinco pesos no están mal...

Yo he dejado de ver a don Crisólogo en los últimos días. Pero me contó un rucapequenino que estaba pálido y había enflaquecido. Tal vez no alcance al próximo aniversario.



La última fotografía de don Marcial, tomada en su sala de trabajo unos días antes de su muerte.

Don Marcial en su lecho de muerte.

Recuerdos de don Marcial Martínez

Por

ARMANDO DONOSO

Con ilustraciones fotográficas

La muerte acaba de apagar la vida de un hombre único por su carácter, que gozo del respeto y del temor unánimes. Siempre aislado, tuvo escasos amigos y tal vez cabría decir que no los tuvo, porque jamás toleró convivencia íntima con nadie. Quienes lograron contar algún ascendiente cordial sobre él, no penetraron, sin embargo, hasta el santuario de su confianza íntima, que sólo se abrió para sus hijos.

La vida le ha visto irse casi tan solo como vivió siempre hasta el seguro asilo de la necrópolis donde dormía el último sueño su compañera de otros días. No tuvo otras amistades ni otros afectos que los que le brindaron en su hogar, porque fué uno de esos hombres solitarios en quien la sinceridad llegó a convertirse en valiente temeridad. Algo había en él de los personajes ibsenianos: era una especie de Romesholm aislado en la torre inaccesible de su orgullo. No resulta extraño, pues, que su muerte haya encontrado un eco de indiferencia en muchos, cuando durante toda su vida, hasta sus últimos días, no dejó de hacer todo lo posible para aislarse más y más de cuantos pudieron rodearle. No sólo sentía indiferencia sino que un no disimulado desprecio por sus contemporáneos.

El caso de don Marcial, como los de Spencer y Schopenhauer, se comprende demasiado si se aguza un poco la observación: el carácter suele ser una virtud absolutamente absorbente o fundada, en la mayoría de los casos, en la razón de un egoismo frío. El carácter aisla, reconcentra y aleja de la cordialidad social porque comienza por ser algo individual en el más alto grado,

Una interesante fotografía: don Vicente Reyes, don Marcial Martínez y don Julio Zegers.

que nos torna poco accesibles a las concesiones y a los trabajos, aislando la personalidad por acantilados inaccesibles. Si se da el caso de un hombre de carácter como don Marcial Martínez, que no transige en nada, que encara las cosas bajo un aspecto único e incorruptible, que cree que en todo instante es menester superarse, decir lo que se siente, pensar lo que se dice; que las concesiones conducen a relajar las más altas normas morales y luego a corromperlas, llegando trás ellas la muerte, que no concibe más finalidad en la existencia que la conducta levantada con que debe afrontársela a cada instante; que se burla de la religión, de la política y del amor, cuando estos no son más que un disfraz, entonces es seguro que ese hombre será mirado como la roca marina que asoma a flor de aguas: los bajeles evitarán su encuentro porque su dureza es una amenaza para las más seguras proas. El político dúctil y amable, transigente en todo, lleno de blanduras; la coqueta frívola, que hace de sus encantos almíbares y aljófares; al pedantón atiborrado de suficiencia; la beata llena de escrúpulos; el vividor cínico, eran para don Marcial víctimas en cuyas flacas carnes ensayaron siempre crueles vivisecciones su ironía y su sarcasmo.

Cuántas veces fuimos testigos, en su sala de trabajo, de escenas picantes o dolorosas en que el dicterio oportuno, la frase zumbona, el juicio implacable, abatieron muchos necios orgullos o muchas mojigaterías supersticiosas. Una tarde del pasado invierno fué a visitarle una pariente cercana. Iba cubierta con el manto hasta los ojos, compungida y melindrosa como una llorona de Viernes Santo. No hizo más que encontrarse ante don Marcial cuando le dijo, con voz fingidamente angustiada: — Estamos de desgracia... ¡Ay! ¿No sabe que se ha muerto la fulanita?... No aguardó mucho don Marcial para responderle, con una traviesa sonrisa:—¿Qué mejor para ustedes? Ya estará en el cielo, pues. Cuando más se habrá chamuscado la lengua al pasar por el Purgatorio, porque la tenía más larga y maldiciente que la de una víbora... Corrida, rápida, sin decir palabra, la enlutada aban-

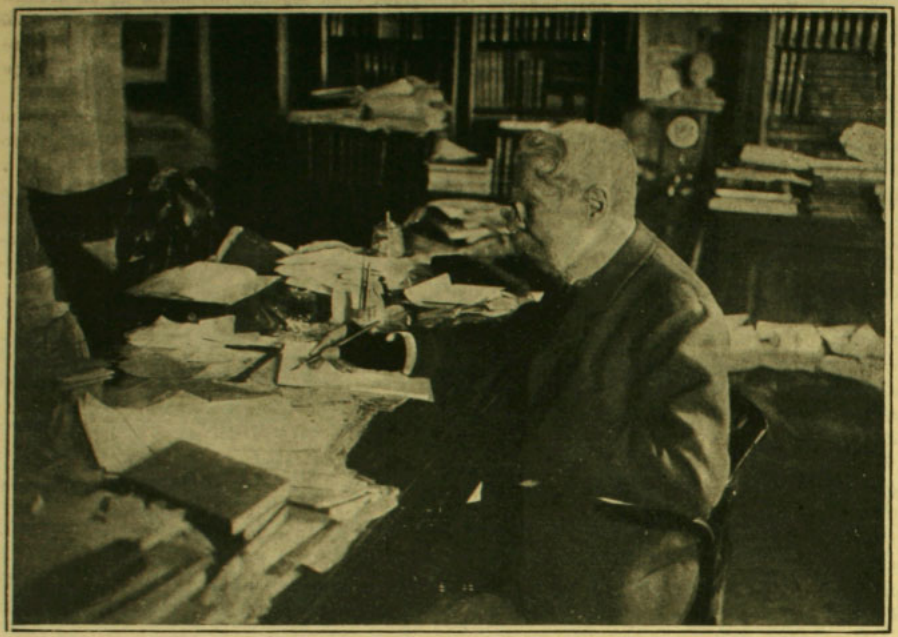
donó la pieza, como alma que lleva el demonio.

Una mañana acompañábamos a don Marcial en uno de sus cotidianos paseos por las veredas empinadas del verde Huelén. Al llegar a uno de los caminitos rampantes que dan hacia el Oriente, se le interpuso el señor X., quien, después de saludarle amablemente, le dijo con holgada petulancia: —¿Qué le parece, don Marcial? En una de las ruedas de la Bolsa nos ganamos ayer con N., ciento cincuenta mil pesos... Visiblemente disgustado, don Marcial le repuso exabrupto:—¿Y para esto me detiene usted? ¡Que les haga provecho! dijo, y volviéndole las espaldas echó a andar, repechando el sendero, abstraído en su habitual actitud excogitativa. De pronto exclamó: —¡Creerá este mentecato que uno debe de participar de su villano regocijo...!

Franco, con esa franqueza temible en él, don Marcial decía lo que estimaba justo, sin cuidarse mucho de los fieros escozores que levantaban sus juicios. Irónico y mordaz, con esa fácil sal ática de su despierto ingenio, fué un maestro de la invectiva, con dotes geniales para el epigrama. Cada frase suya circulaba como una moneda y más de alguna de ellas no será olvidada fácilmente. Recordaremos, al azar, una de sus cáusticas respuestas y uno de sus habituales juicios, deslizados en el calor de la charla como la simiente en el terreno propicio. De sobremesa se hablaba un día en casa de don Marcial sobre cuestiones de espiritismo: las pruebas concluyentes de Eusapio Paladino, lo que había visto fulanita, lo que logró saber zutano, cuanto decía Flammarión, el caso de Sir Oliver Lodge, la conversación con el muerto tal y el anuncio de la desgracia cual. De pronto uno de los comensales interrogó a don Marcial:—¿Y usted, don Marcial, no se interesa por el espiritismo?... Caviló él algunos segundos y luego repuso:—No, en verdad, porque temo perder mi fe... El tema de la conversación cambió inmediatamente de giro.

En cierta ocasión don Marcial, que se reía a menudo de las pretensiones intelectuales de cierto escritor, contaba lo siguiente:—Esta mañana nos encontramos en el cerro varios intelectuales... y B... Y en esa intencionada conjunción ponía don Marcial

La sala de trabajo de don Marcial.



Don Marcial entregado a sus tareas cotidianas.

tanta picardía, que su frase resultaba un verdadero epigrama. Zumbón y volteriano, don Marcial no gastaba en balde los dardos de su ironía. Aunque jamás acudió a sus labios, él pudo como ninguno recordar a cada instante la sentencia latina: **castigat ridendo mores.**

Una de las últimas veces que llegamos hasta su sala de trabajo, don Marcial leía atentamente un volumen de Spencer. Como se apercibiese que llevábamos bajo el brazo un pequeño volumen, lo hojeó con curiosidad, pensó un instante y luego nos digo:

—Kierkegaard... este es el escritor dinamarqués, que recuerdo haber leído hace más de diez años en una traducción inglesa. Los hombres de ciencia de Londres se rieron mucho de él.

Como nosotros ponemos reparos sobre el particular, alegando que Kierkegaard es uno de los más grandes místicos y al mismo tiempo uno de los más interesantes rebeldes de todos los tiempos en materia religiosa, sólo comparable a Rusbrock o a Swendenborg, don Marcial se sonríe y nos dice:

—¡Quién habla de místicos en estos tiempos! Esas cosas están buenas para los españoles o para el Ecuador. A la altura que hemos llegado con los adelantos de la ciencia, llega a dar risa pensar en esas banales preocupaciones religiosas. Yo tengo, desde mi asiento, el mejor campo de observación para mis estudios religiosos. Mi ventana queda casi al frente de la puerta falsa de los Agustinos. Aquí veo llegar todos los días carretones con licores, verduras, leña, papas, frutas; grandes canastos con carne, como para que coma un regimiento. Además mi cocinera, que es amiga de la del convento, le ha oído contar lo que se consume allá dentro. ¡No pasan mal la vida estos frailes y de seguro que no se dejan consumir por el ayuno y la abstinencia! No es necesario ser hereje para apreciar tales cosas y echar cuentas.

—A usted le tienen, don Marcial—le respondimos—por volteriano y masón...

—Sobre todo las beatas. ¡Quien haya leído un libro de Darwin o de Spencer va a creer en todas estas patrañas, que están buenas

para los niños! Por lo que toca a masón, no lo soy. Este, esotro—dice mostrándonos los retratos de su padre y de uno de sus hermanos, que penden del muro fronterizo—tuvieron el número tanto y cuanto en las logias. Pero yo no soy masón por la misma razón que no soy de ninguna secta. La vida debe tener para un hombre de estudio una finalidad más alta que la que impone cada limitación religiosa. ¿Ve usted ese recuerdo?—exclama al mismo tiempo que nos muestra un cargador de papel, que representa a un pequeño simio.—El me hace pensar más y más eficazmente que una Biblia abierta.

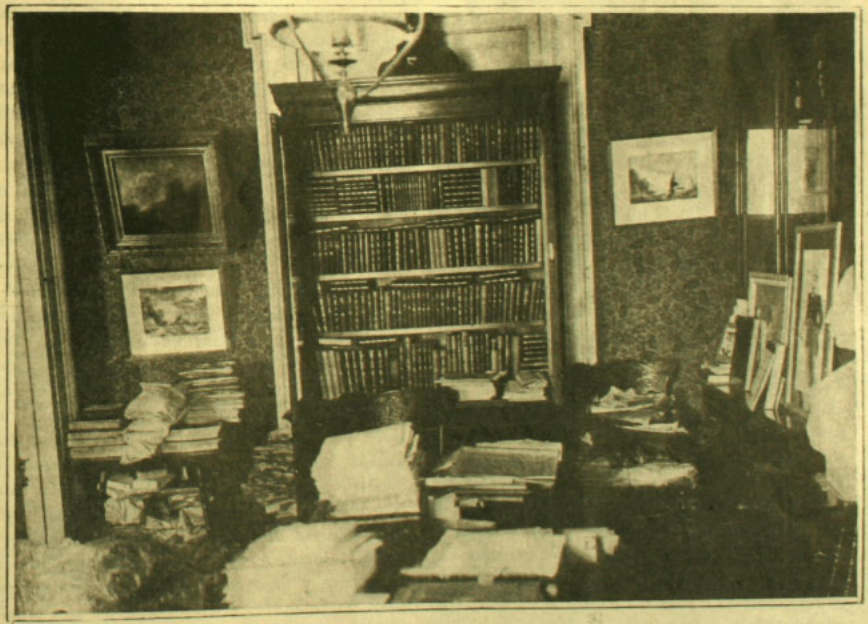
Dice estas palabras don Marcial con energía y convicción profunda. Ya no es un gesto irónico el que desflora sus labios sino una contracción amarga. Tras la aparencia zumbona se oculta su inquietud pensante, esa inquietud que hace subir hasta sus palabras un dejo constante de melancolía.

De pronto se alegra su rostro y recobra su habitual animación. Comienza a preguntarnos por la Academia Chilena, a cuyas sesiones ya no le es posible concurrir por el mal estado de su salud; comenta la acción intelectual que puede llegar a tener; dice tres o cuatro palabras amables para los recién elegidos y en seguida nos habla de un artículo que se ha publicado sobre él, con noticias totalmente erradas sobre su vida y sobretodo en la parte que dice relación a su juventud.

Nosotros aprovechamos el instante propicio que nos permite facilitar algunos datos que podrán servir para la redacción de su biografía. Don Marcial nos regaña amablemente ante nuestra insistencia y nos aconseja diciéndonos que no le interesará a nadie su biografía; por fin, buscando en su mesa de trabajo, entre el desorden de sus papeles y libros, nos obsequia una copia a máquina de una carta que le envió a una persona que le pedía datos y antecedentes de su permanencia en el Liceo de La Serena, con motivo de la celebración del centenario de la fundación de tal establecimiento.

—Ahí está de todo lo que me acuerdo. Esa relación es la historia fidedigna de mi adolescencia y de mi primera juventud. Mientras yo me impongo de esta carta, léala usted y vea si le parece útil.

Y don Marcial rompe el sobrescrito. Nosotros leemos atentamente lo que él llama "li-



Un rincón de una de las salas de la biblioteca.

gera crónica infantil", que para escribirla le obligó a retroceder dos tercios de siglo.

"Yo aprendí a leer y a escribir—reza esa crónica—en compañía casi de la mayor parte de los niños que después encontré en el colegio, en la escuela de la maestra **Crisóstoma**, que existía en esa época (estoy hablando entre 1842 y 1847) en la calle de San Agustín, a media cuadra de la plaza, acera sur, segundo patio de la vieja casa de un señor Cortés, anciano tinterillo de muy clara inteligencia, de gran crédito y de aspecto muy serio y gentil. Los adolescentes le teníamos miedo, de modo que entrábamos al primer patio como a un templo. La escuela era **mixta**, casi un siglo antes de que se adoptara ese sistema en los Estados Unidos. Debo agregar de paso, que la propiedad de mi familia en que yo vivía, estaba en esa misma calle, un poco más al oriente, en una casa que años más tarde vendieron mis hermanas a un tío suyo, Eulogio Vicuña, a quien llamaban el **Cheque**. De ahí pasamos los colegiales al que entonces se llamaba **Instituto**, no Liceo. Adjunta al Instituto había una escuela de primeras letras, por la cual pasamos todos los serenenses, y aun podríamos decir los coquimbanos, porque allí concurrían los educandos de casi todos los departamentos de la provincia. Los alumnos éramos muy fraternales y buenos compañeros, sin que dejáramos, de cuando en cuando, de arañarnos a puño limpio. Yo recuerdo mis cachetinas con Pedro Alfonso, que era mayor que José, y principalmente con Luis Gorostiaga. A fuer de niños inconscientes, hacíamos enormidades, como el desafío que tuve con Gorostiaga de dejarnos caer, malcornados, por la escalera de piedra de la iglesia de San Agustín. El traje de todos nosotros era de lo más modesto y nuestro calzado era de cordobán. Felices aquellos tiempos! No vienen a mi memoria sino unos cuantos nombres de estudiantes grandes, como Teodosio Cuadros, Manuel Antonio Osorio y muchachos nacidos en 1830, 31, 32 y 33. Yo era de 1833 y varios otros eran del mismo año. Recuerdo entre estos a Rafael Muñoz, Ventura Osorio, Honorio Callejas, José Antonio Tornero, Bernardino Piñera, Pedro Nolasco Videla, dos Herrera, Eugenio Concha, Francisco Demetrio Peña, Domingo Iñiguez, Balbino Comella y dos hijos del general Bulnes, Joaquín y Wenceslao, de quienes era apoderado el intendente don Juan Melgarejo. En la escuela había un frontón de pelota, que servía para nuestro **sport** en todas las horas de recreo. Iñiguez nos ganaba a todos; después seguían los Alfonso, Pedro y José. De los Alfonso hubo otro joven llamado Clemente. Otro ejercicio, con carácter **ilícito**, que teníamos consistía en bajar a pedradas los cocos de una palmera que había en el patio del convento de San Agustín (el Instituto estaba detrás del convento) y nos exponíamos a las palizas que nos propinaba el prior, el padre Núñez, que era un fraile anciano, muy feo y de genio irascible. Todos seguimos los cursos del Instituto concienzudamente. Esto por lo que toca a las personas. En cuanto al régimen del Instituto, era, poco más o menos, el mismo que hoy se observa en el Instituto Nacional y liceos de la República. Había un director (no se le llamaba entonces rector), un subdirector, profesores e inspectores. No puedo recordar los nombres de esos empleados, aún cuando tengo muy presentes sus fisonomías. Este es un fenómeno curioso de telepatía. De los profesores puedo nombrar a don Tomás Zenteno, que tenía el curso de literatura y filosofía; don Pedro Cantournet, que enseñaba latín, francés y castellano. Lo estoy viendo. En esa época llegó a Chile, no contratado por el Gobierno, como se ha repetido, sino en calidad de ensayador de don Carlos Lambert, el estudiante y expatriado de Polonia don Ignacio Domeyko. Fué tomado como profesor del Instituto y abrió curso de ciencias naturales, principalmente de física y química, de tratado de ensayes y de explotación de minas. Yo creo que él aprendía al propio tiempo que enseñaba. Fué él quien aconsejó al Gobierno que mandase a cuatro estudiantes a Europa, para que se perfeccionaran en ciencias naturales, y al efecto, obtuvieron ese favor Cuadro, Osorio y dos más cuyos nombres se me escapan. En el Instituto se llegaba hasta filosofía, siendo el último profesor del ramo, en mi tiempo, don Tomás Zenteno. Profesor de francés, como lo he dicho, era un fraile de Auvernia, Mr. Cantournet (Pierre), que colgó los hábitos y que era latinista distinguido y excelente hablista de su idioma. A nosotros se nos enseñaba la literatura y nuestro estilo era, a porfía, rumboso, altisonante: era preferido el que empleaba más gruesa artillería. Yo llegué a Santiago con ese tono; pero me enmendé y adopté el género más sencillo, más natural y claro que me fué posible. En 1847 emigramos diez

o doce alumnos, para venir a Santiago a continuar nuestros estudios. Se dió una **beca** por oposición y yo obtuve el **placet** del cuerpo de profesores. Desde entonces el camino que todos seguimos corresponde a la **crónica** del Instituto Nacional y de la Universidad de Chile''.

—Del mayor interés es tal crónica, que nada tiene de infantil,—comentamos nosotros al terminar su lectura.—Lástima grande que no esté completa y abarque toda su vida para convertirse en un bello libro de Memorias.

—¡Y cuanto tonto, o las familias de cuántos infelices que hoy pasan por grandes hombres, me perdonarían lo que dijese!—nos replica con viveza don Marcial.—Mucho tendría que escribir, pero, como yo creo haberle expresado en otra ocasión, no todo se puede decir. ¡Buena se las llevaría uno si fuera a decirle la verdad a todos estos de ahora! ¡Cuántos disgustos me costaron esas tres o cuatro cosas que dije sobre Portales! No sólo llegó un sinvergüenza, jugador de Bolsa y diputadillo por no sé dónde, a increparme, sino que llegué hasta recibir dos anónimos y la visita de protesta de una distinguida señora amiga, que creo es pariente lejana de Portales.

—Y eso que, al releer usted las pruebas de nuestra entrevista, borró algunas partes de su juicio, que eran tal vez las más fuertes, con motivo de la actuación de Portales durante las primeras persecuciones de los pipiolos.

—Esos son nuestros grandes hombres: huasos brutos, pillastres afortunados que, sea con estancos o robos, se enriquecen esquilmando al prójimo. Portales no fué más que el prototipo del cacicote de una pieza, que de nada sabía nada; era más iletrado que un carbonero... Pero no vaya a decir todo esto, que me acarrearía desagrados con gente que ni siquiera tiene las nociones más indispensables de educación.

Entonces le recordamos a don Marcial cuántos improperios y denuestos se han lanzado contra la memoria de Lastarria, con motivo del juicio que escribió sobre Portales. Tal vez fué apasionado, tal vez careció de documentación suficiente, pensamos, pero en ningún caso fué capaz de anteponer el odio a la verdad un hombre como don Victorino.

—Es que Lastarria les hirió en el corazón, les derrumbó el ídolo—exclama don Marcial; y esas cosas no las perdonarán nunca los pelucones de hoy ni los de mañana.

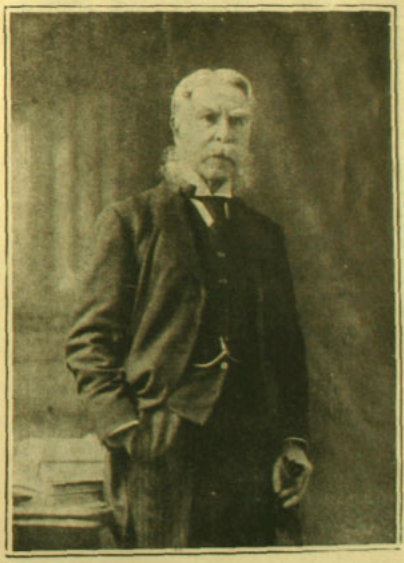
—Por eso al celebrarse su primer centenario han procurado a porfía no sólo negar los merecimientos de su obra sino hasta echar sombras sobre su vida.

Benévolamente nos escucha don Marcial y luego, con voz reposada, nos dice:

—Ud. y los que escriban sobre Lastarria deberán recordar siempre algo que todos comienzan a echar en olvido, al hablar de don Victorino: su honradez y el hecho de ser uno de los liberales mas consecuentes y más inflexibles en política. Yo le oí decir muchas veces: ''No sirvo para gobernar. He nacido sólo para dar consejos y hacer estudios para otros''. Lo cual no quita que su orgullo fuese tan grande como el de Thiers, hasta el punto que cuando solía llegar a una casa de visita, se pusiese a conversar con la dueña de casa volviéndoles las espaldas a las personas restantes si no eran de su agrado. Lastarria valía más que todos sus contemporáneos ¡pero mucho más que todos!

Y como nosotros volvemos a recordar cuánto y cuán injustamente se le ha zaherido, cómo le han mordido muchos mientras se le tributaba un hermoso homenaje, don Marcial nos replica:

—¡Ya se quisieran, los que tal afirman, tener un poco de lo que sobraba a Lastarria! ¿Habría alguien que se le pudiera colocar cerca en la actualidad? Don Victorino valía



Un retrato de don Marcial Martínez hecho por Heffer.

sesenta mil veces más que el más adelantado de hoy. Porque Lastarria era sapientísimo, lo que hacía un gran contraste con la incultura de los hombres de aquellos años: ¿dónde hubo alguno que supiera lo que él? Si es cierto que algunos de sus libros son reminiscencias de escritores franceses, en cambio hay que pensar en lo que toda su obra significa. Lastarria poseía una ilustración universal, enorme: en lo que toca al derecho, era un gran abogado, el mejor abogado de su tiempo; su **Instituta** es la mejor que existe. Yo conozco cuatro o cinco que no se pueden comparar con la suya. Sabía química hasta el punto que hacía fácilmente él solo, en un vuelo de pájaro, sus ensayes mineralógicos. Por lo que toca a la geología no hay más que recordar sus estudios sobre las Pampas Argentinas. Las particiones que le encomendaban como abogado las hacía en una noche, sin dificultad alguna. Agrégue a todo esto que escribía muy bien, qué hablaba admirablemente, que era un gran profesor. ¿De cuál de sus contemporáneos se podría decir lo mismo? ¿Acaso de García Reyes? ¿Acaso de Errázuriz? ¿Acaso de Pinto?

Don Marcial entre sus libros.

—Sin pretender establecer un parangón con don Victorino—argüimos nosotros—cada cual cuenta con sus merecimientos... García Reyes...

—Sí, García Reyes, a quién lo han deificado ahora. ¡Si no era más que un mozalbete fanfarrón, que hablaba a gritos, con grandes aspavientos!

—¿Y esa obra, sencillamente maestra, que se llama "La primera escuadra nacional"?

Don Marcial se siente visiblemente molesto con nuestra réplica, un tanto impertinente; sin embargo, con acento cortante, nos responde:

—En Inglaterra cualquier aprendiz, cualquier muchachuelo de Oxford, ha escrito un libro más interesante. Para Chile está buena esa historia, aquí donde todos los libros de historia están a la altura de la incultura nacional. ¡Quién va a leer estos mamotretos, que acá redactan quienes ni siquiera son capaces de escribir en castellano!

—Ya que usted ha mencionado antes a *Aníbal Pinto, concédanos una pregunta:* ¿Es verdad que fué uno de los hombres más cultos de su tiempo? ¿Que fué un gran lector?

—¿Pinto? ¿Pinto? ¿Quién le ha dicho tal cosa?

—Le hemos oído recordar a don Vicente Reyes que cuando don Aníbal estuvo más pobre, durante una época de su vida, don Juan Pablo Urzúa le ofreció el puesto de traductor en "El Ferrocarril", donde don Aníbal comenzó a prodigar todo el fruto de su vastísima ilustración...

Una sonrisa irónica apunta en sus labios. *Luego nos responde don Marcial:*

—¡Qué divertido! Si el pobre Pinto no sabía nada de nada. Toda la vida estuvo subscripto a la "Revista de Ambos Mundos" y no la leyó jamás. Si el pobre Pinto era un huasón, que sólo sabía pasarse con las manos en los bolsillos y no atinaba más que a decir a cada rato: **Pus hombre... Pus hombre.**

Francamente ante esta viva y pícara malicia de don Marcial apenas si podemos contener la risa. Sus palabras, sus ademanes nerviosos, el brillo de sus ojos encendidos eternamente como dos carbones, obligan a contener todo desborde de hilaridad.

La dureza de los calificativos de don Marcial para cada uno de estos hombres que tan alto rango ocuparon, nos obliga a callar mu-

chas de las expresiones más descarnadas de sus opiniones. Sin embargo, ¿cómo no admirar la independencia de juicio que dictó esos calificativos? No es don Marcial persona que deja sellar sus labios con piadosas concesiones para sus contemporáneos.

Cuidadosamente anotamos nosotros todos sus juicios; cada uno nos enseña algo y nos lleva a dudar de muchas reputaciones hechas. Este, a quien se le acaba de proclamar como un milagro de cultura y de prudencia, no pasa de ser para don Marcial más que el prototipo de un fanfarrón afortunado: las pruebas que nos refiere confirman su juicio. Ese otro, nos dice, hacía alardes de liberalismo y no dejaba el escapulario, que solía prender sobre su pecho. Aquel, por fin, inculto y servil como un carbonero, tenía siquiera el valor de decir: "Donde ustedes vean mi firma, sepan siempre que todo me lo ha hecho don Victorino".

Calla un momento don Marcial y luego nos pregunta:

—¿Qué novedades hay?

Y antes que le respondamos, nos dice:

—Me han contado que se está publicando un nuevo folletín de Blasco Ibáñez, que trata de la guerra. Debe ser tan malo como el anterior.

Nosotros le damos noticias de "Mare Nostrum" y don Marcial nos responde:

—Yo tuve ocasión de conocer a ese señor Blasco. Me hizo el efecto de un mozo de cordel: cuando estaba comiendo se metía las uñas a la boca. No sabe estar en la mesa siquiera. Yo le regalé una caja de cigarros, cosa que después me pesó mucho. Es lástima que de España vengan hombres como éste y como un señor... Medina... Medina, creo que se llamaba, que habló de la histérica Teresa de Cepeda...

—Marquina,—asentimos nosotros.

—Eso es... Marquina, Marquina,—exclama don Marcial.

Así, en la charla, van cayendo de labios de don Marcial las anécdotas, los juicios, los reparos, uno a uno, con tanta animación y colorido, que nuestros buenos deseos nos mantendrían cerca de él escuchándole horas y horas sin fatiga, suspendidos del hilo de esa su verba fácil y amena.

Porque don Marcial fué un incomparable charlador, un charlador sin segundo, de quién se podría decir tal vez lo que del espiritual Chamfort: su verdadera obra fué su conversación. Lástima grande que en el rodar de los años junto con olvidarse el calor de sus palabras, sus anécdotas, sus invectivas, sus juicios, se olvidará cuanto había de característico en él; todo eso que, desgraciadamente, tan pronto se evapora en el movimiento incesante del tiempo.

La capilla ardiente.

Horas tras horas hemos pasado cerca de él, oyéndole discurrir sobre las cosas más variadas y diversas: tras un juicio sobre un libro de Aulard, una anécdota picante con un recuerdo de Spencer; después de un juicio sobre don José Manuel Balmaceda, un paréntesis sobre ciertas señoras leguleyas de la sociedad; un comentario en torno de la política actual y una consideración oportunísima sobre los progresos de la juventud chilena; ora el recuerdo del Presidente Pinto lo llevaba a evocar la guerra del Pacífico, la actuación de don Rafael Sotomayor y como consecuencia la obra de don Gonzalo Bulnes y el género histórico en Chile. Un juicio irónico, un comentario zumbón más allá, una diatriba contra aquel personaje, un gesto despectivo ante tal o cual traficante político de la hora actual, eran motivo para don Marcial de un agudo rasguño o de una descarga cerrada de palabras afiladas como estiletes.

Pero, a pesar de la injusticia, de la ironía, del sabor agridulce del juicio, el interés de su charla atraía brindando la más sabrosa comidilla, porque el apodo oportuno, el mote feliz, la calificación exacta brotaban a cada instante de los labios del charlador insuperable que era don Marcial.

¡Qué bella y severa existencia fué la de don Marcial Martínez! Como aquellos varo-

nes estoicos de la antigua Grecia, que esperaban la muerte con la sonrisa entre los labios y el corazón entero, don Marcial conservó hasta su hora última el claro brío que siempre animó su vida. Horas antes de morir, cuando uno de sus amigos departía amablemente con él, tuvo una de sus habituales ironías, que dejan ver hasta el fondo el tranquilo estado de su ánimo. Don Joaquín Walker le refería el contenido de la proclama de un candidato para las próximas elecciones que prometía a sus favorecedores regenerar poco menos que toda la administración pública.

—¿Qué le parece, don Marcial?—le dijo don Joaquín cuando hubo terminado de contarle.

—No tiene nada de particular,—respondióle don Marcial con la mayor naturalidad.

—¡Cómo!—le replicó don Joaquín, vivamente extrañado.

Don Marcial, inmutable, le repuso:

—¿No sabe usted que a veces suelen ser las rameras las mejores madres de familia?

Por la noche, tarde ya y pocos momentos antes del trance último, aprovechando el instante en que su hija se alejaba un momento de su lado, don Marcial le decía a su practicante, que desde hace varios años le atendía:

—Nos vamos, Campo.

Sentía muy cercano ya su fin, pues sus fuerzas comenzaban a abandonarle lenta pero seguramente. Después, quedándose tranquilo en su lecho, vuelto el rostro al cielo, exclamaba con su voz entera y enérgica:

—Estoy pensando...

Ya las personas que le rodeaban sabían que cuando don Marcial pronunciaba estas palabras era que deseaba descansar y que no le importunaran.

Así, tranquilo, sereno, sin un gesto de dolor o de rebeldía, vió llegar a la dulce amiga del descanso hasta su lecho, que venía a cerrarle los ojos invitándole a dormir para siempre, después de ochenta y cuatro años de vida.

La ofensiva sobre Cambrai. Territoriales irlandeses avanzando para tomar por asalto una trinchera alemana.

L. Recabárren de Marín buscaba cautelosamente a los patriotas Camilo Henríquez, Mackenna, Vera, y los reunía en su casa; les levantaba sus espíritus abatidos y les comunicaba las cartas que su esposo le enviaba de la República Argentina. En la mano izquierda esconde las comunicaciones de San Martín (impone silencio). Al fin fué presa por Marcó.—Javiera Carrera, que fué el alma de la Revolución, presenta con la diestra la espada a su hermano José Miguel y se apoya en las otras dos de sus dos hermanos.—N. Cornella Olivares. Los enemigos de la patria le rasuraron la cabellera y la expusieron en la plaza pública para afrentarla, en castigo de su patrio-

No. 2. Doña María Cornelia Olivares No. 3. Doña Luisa Recabárren de Marín. No. 4. Doña Agueda Monasterio de Lattapiat.

No. 4. Doña Agueda Monasterio de Lattapiat. No. 5. Doña Pabla Jara Quemada.

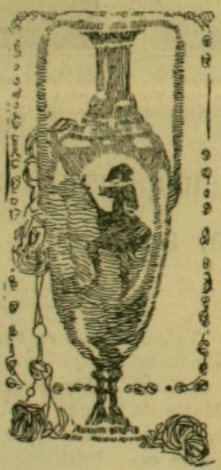
En monumento a las mujeres de la Independencia del escultor Plaza, autor de La "Quimera"

De los pintorescos pinares de Valombrosa, altura saludable de mil metros, en las cercanías de Florencia, donde otro artista chileno, una mujer, Rebeca Matte de Iñiguez, trabaja también un monumento para su patria, el viejo e infatigable escultor Nicanor Plaza, tan popular en Chile por su bellísima escultura "La Quimera" propiedad del Estado, en el Museo Nacional, escribe sobre su obra "**Las mujeres de la Independencia**". El año 10 vimos la primera **maquette** del monumento que, para decir la verdad, no satisfacía en absoluto. Las cinco figuras que representaban a las matronas patriotas, estaban colocadas en torno de la bandera nacional, un tanto hieráticas, sin movimiento como puede verse en la fotografía de aquella época que acompaña este artículo. "El modelo de este monumento quedó terminado en yeso en agosto de 1915,—dice el mismo artista,—y desde esa fecha estuve esperando el pago de la segunda cuota para continuar la obra. El modelo que mantuve cubierto por espacio de 16 meses, al descubrirlo no me satisfizo del todo." Plaza, recibió la suma de dinero que se le adeudaba y continuó avanzando en modificar las figuras, dándoles mayor propiedad y carácter representativos, sin alterar el concepto histórico de cada personaje.

Vemos en las nuevas fotografías, que manda el viejo artista, mucho más movimiento y gracia en las figuras. Las modificaciones nos parecen más importantes que lo que cree el mismo autor y, seguramente, han aumentado el valor decorativo y monumental de la obra. La figura de Agueda Monasterio de Lattapiat ha contribuído con una modificación viva del mo-

vimento del brazo a mejorar las siluetas de todo un lado del grupo. Asimismo nos parece que ha ganado en intensidad y carácter la figura de doña Luisa Recabarren. Respecto de la estatua de doña Pabla Jara Quemada y María Cornelia Olivares, es difícil juzgarlas en la **maquette** o en la fotografía de ésta y aun en las nuevas del modelo, de tamaño natural.

Antes de pocos meses tendremos hechas en mármol estas estatuas de ilustres damas de la sociedad chilena, en un monumento digno y de armoniosas líneas. No somos muy afortunados con nuestros monumentos públicos y no esperamos nada definitivo ni de belleza arrebatadora, como cualquiera de los centenares con que engalana París sus plazas, parques y jardines; pero a lo menos, el monumento de Nicanor Plaza será una nueva obra de esas que llamamos **policiales**, que defienden a Santiago, con su sola presencia, ejemplo y comparación que provocan, de las malas esculturas hechas por obreros y fundidores, sin talento, sin inspiración, sin dibujo, verdaderas caricaturas de monumentos.



De Pintura Norteamericana

Por E. M.

La tradición inglesa.—La conciencia nacional. — Artistas millonarios. — Greenwich village; el Barrio Latino de Nueva York. — La futura herencia italiana. — Dos pintores modernos.

Con ilustraciones

Como todos los pueblos jóvenes, el norteamericano ha tardado mucho más en independizarse artísticamente que en materia política. Será porque la tradición ata con lazos más blandos, que cuesta más romper, o porque la independencia artística es más bien la liberación contra los propios prejuicios, de uno mismo contra los hábitos de imitación, y contra los demás, como ocurre en las revoluciones cívicas. En todo caso, los pintores norteamericanos, al par que la mayoría de los escritores de la primera mitad del siglo diecinueve, se criaron y produjeron a la sombra de la tradición inglesa. Algunos, como Whistler y Sargent, se incorporaron en persona al movimiento de la "metrópoli" e hicieron en Londres vida de camaradas y de émulos con los artistas británicos.

Cuando el arte francés comenzó a entrar en boga en Inglaterra, los pintores norteamericanos aprovecharon de la iniciativa fecunda que llegaba de París, la cual, como la mayoría de las inspiraciones francesas en arte, son estimulantes y no anuladoras de la personalidad. En las postrimerías del movimiento prerrafaelista y su minuciosa concepción pictórica, los modernos cayeron por exceso de entusiasmo en la imitación de los franceses de la avanzada impresionista y por último, del realismo; pero pasados los primeros arrebatos, el movimiento se encauzó en una franca tendencia nacionalista, que es la que per-

dura. Usando la expresión de una mujer, los norteamericanos ya no tuvieron miedo de ser originales.

Whistler había coronado gloriosamente su obra al lado de Manet y los impresionistas; Sargent meditaba por años y años sus grandes concepciones decorativas, mientras los ojos ansiosos de los bostonenses buscaban un día y otro una respuesta a sus aspiraciones en los plafonds en blanco de la Biblioteca Pública de la Atenas americana. Los cuadros del primero, mirados a la luz cruda de los museos de Estados Unidos, denuncian la sobriedad de tonos de la atmósfera londinense en que fueron pintados, y esta fidelidad al querido "fog" de Albión testifica más que nada su fidelidad al ambiente, que hace al impresionista.

La luz vino, pues, del Oeste, de California. Los paisajes de William Keith trajeron de allá la luz dorada y los cielos profundos; las montañas matizadas de flores silvestres y los valles en que alternan el pino y la palmera. Una vez más California descubría sus tesoros naturales y atraía peregrinaciones. Los mineros levantaron el campamento; pero aquello siguió siendo El Dorado de los artistas.

●

Era el tiempo en que los reyes de la vara de medir, de la metalurgia y de la banca comenzaban a llenar sus galerías. Rudo tiempo para los artistas nacionales que se respetaban. Aquellos que sucumbían a la tentación, encontraban mercado entre la clase media, que pretendía imitar la manía artística de los millonarios, cuyo gusto estaba al fin garantido por el de sus comisionados para la compra. Lo agradable se vendía con más facilidad que lo legítimo, y la copia clásica solía pagarse mejor que el original.

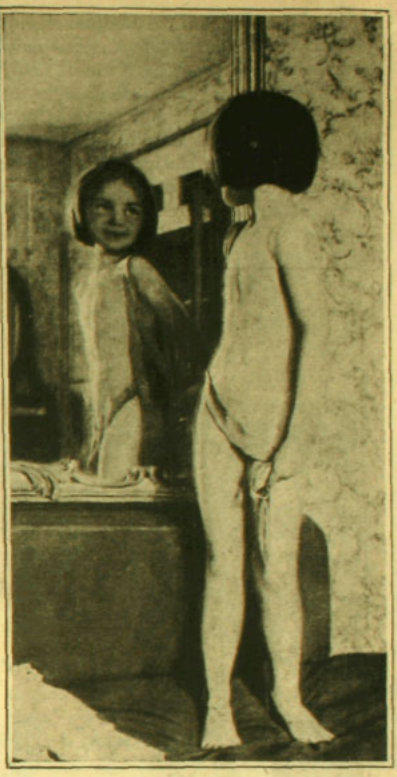
Debido a la constitución misma de la nación, es fácil suponer que el arte indus-

trial y la ilustración de magazine ofrecerían mejores posibilidades que la pintura. En otra ocasión hemos de ofrecer ejemplos de ambos, así como del dibujo cómico e infantil, que ocupan tan ancho espacio en sus actividades periodísticas. Hunt encabeza el movimiento entre los pintores norteamericanos que dejaron Roma y Munich por París, en busca de modernidad. George Inness continúa el tono magistral en la pintura en tanto que Chase da al retrato soltura y elegancia moderna.

Los comienzos de este siglo vieron el auge del artista nacional; y un público hasta entonces indiferente vió con asombro a ciertos artistas llegar en automóvil a su estudio, como las estrellas de cinematógrafo. Los magnates de los ferrocarriles y del petróleo entraron en el capricho de hacerse retratar por artistas nacionales, y sus hijas adoptaron como cosa chic el retrato ecuestre o con sus lebreles favoritos. De esto a intentar la pintura ellas mismas no había más que un paso, y pronto se vió levantarse en las cercanías del Arco de Washington hoteles espléndidos que se componen de departamentos para artistas ricos. El estilo arquitectónico recuerda en piedra y ladrillo flamantes las fachadas caprichosas de Munich y el Quartier Latín; pero hay grooms negros en el vestíbulo, junto al ascensor, cañerías de vapor que distribuyen por las habitaciones decoradas un ambiente graduado por el termómetro; y Rodolfo y Mimí llevan pieles y joyas de verdad.

En las calles que quedan al sur de Washington Spuare, se han levantado laboriosamente unas cuantas tabernas al estilo bohemio, donde mozos italianos de frac sirven vinos de marca y tallarines superiores. Se va al Chat Noir o al Enfer a ver a las parejas que bailan cancanes y jotas escandalosamente falsificados, pero todo con una ingenua admiración por esas gracias exóticas que la rigidez sajona no conseguirá reproducir jamás.

Como compensación a los peligros de la inmigración intensiva de que ha sido terreno Estados Unidos, el porvenir le reserva una herencia de cualidades artísticas adquiridas a través de su fusión con



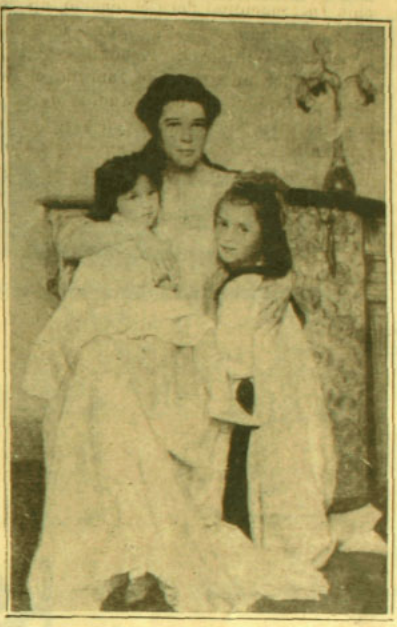
las razas de la Europa meridional. Ya los judíos han puesto en la literatura y el teatro norteamericano su espíritu penetrante de analistas, su ductilidad de raza que estudia al género humano por hábito y por necesidad. Hace poco, una revista de arte reproducía los dibujos maravillosos de uno de esos inmigrantes de Hungría, un muchacho semita, que un entendido puede decirse había recogido de la calle por la virtud de sus geniales disposiciones. Entre los millones de italianos que están incorporándose en el crisol de América hay, pues, una influencia capaz de enriquecer en la invención y el color la pintura norteamericana.

Dos de los maestros jóvenes de la pintura angloamericana ya conocidos en Chile por otras obras presentadas a la Exposi-

ción Internacional del Centenario, aparecen aquí con algunos de sus cuadros más característicos. William S. Kendall está representado por un grupo de familia, el de la suya propia, y por dos estudios de desnudo infantil: las mismas chiquitinas que forman piadoso conjunto en el regazo de su madre. El grupo es austero; la madre demuestra la expresión entre orgullosa y protectora de la verdadera madre, mientras las pequeñas se apegan a ella con esa atracción de la carne y el espíritu todavía no debilitada en un ápice por la edad. Avalórase este cuadro por la falta de todo artificio, la sobriedad del tono y de la composición. Es una armonía en blanco que ajusta perfectamente con la sugestión del amor familiar.

Entendemos que la figura de la niña sentada es la popularmente conocida como

Psyche en los círculos artísticos de Estados Unidos. Es en todo caso el amor inocente, la coquetería sin malicia, la complacencia retozona de la infancia que hace de la desnudez un juego. La carnación llena y esbelta, a la vez, de esa edad neutra en que la figura humana no se distingue sino por una gracia más lánguida en la mujer; la expresión complacida y casi impertinente. Si no temiéramos ser banales, la compararíamos con el botón de rosa, tan bien su carne fresca y pura recuerda al pétalo no tocado siquiera por el sol. La otra pequeña, más vivaracha, más coquetuela por consiguiente, ha buscado la confidencia del espejo para ensayar los adornos elementales de una cinta. La figura es más frágil, y la expresión en general más femenina. Por el modo de tratar estas figuras juraríamos que el artista ha vivido en París, guardando eso sí de su tierra americana el afán de simplificación.



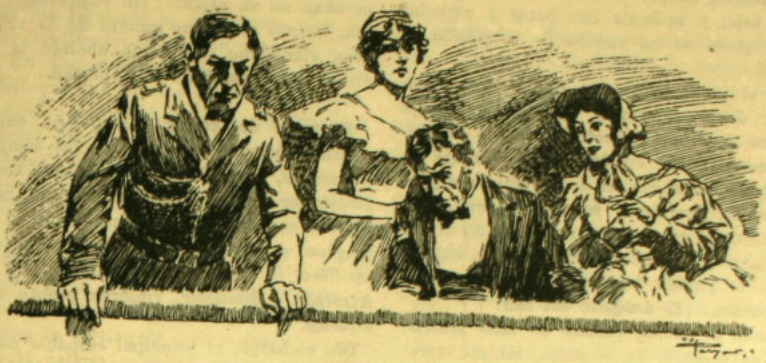
El norteamericano, que tan activamente ama a la naturaleza, ha de dar forzosamente grandes pintores de paisaje y de animales. Un digno continuador de Abbey y de Hicks, este Joseph T. Pearson, junior, pinta con notable independencia artística que para nada recuerda, si no es como contraste, lo mitológico o lo heroico en la antigua pintura de animales. Estos cisnes, o para hablar con menos poética y más verdad científica, estos gansos, son naturaleza pura en medio de la naturaleza. El artista ha ido a sorprenderles en su medio natural, en un parque, donde marchan con la torpeza del marinero en tierra, entre graznidos y aleteos, o se echan al agua por el placer instintivo de hacerla correr bajo su plumaje. Pronto recuerda uno el pequeño poema satírico de Jules Renard.—Los gansos en el estanque están pescando rayos de luna... sumergen el cuello, sacan una lombriz, y así van engordando. No hay duda, el pintor ha sabido recoger con honradez la imagen de la belleza puramente animal, la espléndida vestimenta de esas aves cuya espiritualidad entera parece agotarse en la graciosa actitud del cuello, hermana del ánfora y de la nave.

Quien hable de Estados Unidos como de un país donde no se aprecia el arte, está cincuenta años atrasado de noticias. Si juzga por la mayoría, se equivoca o habla con apasionamiento, porque nunca las mayorías en ninguna parte fueron muy entusiastas o entendidas en estas cosas. Pero si observáis que en cada ciudad de alguna importancia de este país hay una galería de pintura por lo menos; que las galerías privadas se cuentan entre las más ricas del mundo, y que ciudades industriales como Detroit tienen originales de los grandes maestros, o como Chicago cuentan con Institutos de Bellas Artes que figuran entre los más adelantados del mundo, habrá para modificar un juicio mantenido por ignorancia o por los prejuicios que origina la idea de que el comercio y la prosperidad material ahogan, en vez de creer que estimulan, el progreso artístico.

Los artistas extranjeros que caigan en el error vulgar de creer a Estados Unidos mendicante de arte pictórico o escultórico, se llevarán un chasco si pretenden ir a conquistar honra y provecho fáciles en la tierra del dólar. Como en música, como en todas las artes, existe allá una élite cuyos gustos y preparación artística no es infe-

rior a ninguna. Podrán triunfar ocasionalmente mediocridades agradables... como en... todas partes; pero en los círculos que cuentan en esta materia, la entrada es tan difícil para el extranjero como en la misma Europa. Si no, que lo digan los pintores italianos y franceses que han tratado de **faire l'Amerique** con más audacia que méritos.

Esto no pretendería en ningún caso desanimar a los pintores chilenos de talento. Por el contrario, hay interés en que nos demos a conocer allá en una de las manifestaciones más legítimas de nuestra capacidad artística. Pero en materia de ir a la conquista de laureles fáciles, como de diploma de ingeniero u otras tentativas que vemos encauzarse día a día hacia Estados Unidos, conviene más bien castigar que estimular las ilusiones falsas.



La caza de los asesinos de Lincoln

Por

MAURICE VAUCAIRE

(Traducción especial de "Pacifico Magazine"

Con ilustraciones a la pluma.

El asesinato.—El Lúnes 14 de abril de 1865, se representaba en el teatro Forde de Wáshington "Nuestro primo de América" a beneficio de la intérprete principal, Laura Keene. La sala estaba llena por un público prendado de la bonita comediante. Sabíase igualmente que el Presidente Lincoln asistiría a la representación.

El antiguo balsero del Ohio, en otro tiempo leñador—**the rail-splitter,**—como se le llamaba, habitualmente tan sombrío y preocupado, asombraba ese día a sus íntimos de la Casa Blanca por la viveza de su humor. Como alguien quisiera conferenciar con él para un asunto importante antes de comida, Lincoln dijo a su ordenanza:

—No trabajaré más hasta mañana.

Y el solicitante, un juez, se retiró extrañado de la respuesta.

A las 8 y media Lincoln entraba al Ford en compañía de su esposa, de la hija del senador Harris y de un oficial. Los cuatro se sentaron en el **avant-scene** del palco, adornado con la bandera nacional.

El Presidente saludó a los entusiastas espectadores con su ancha sonrisa. Si su boca parecía desmesuradamente grande, sus manos y sus pies estaban proporcionados a esa ancha sonrisa de gigante bondadoso. Lincoln medía en efecto seis pies de estatura, tan alto como seco de carnes; sus hombros se arqueaban más cada día, y sus ojos, perdidos en las cuencas, estaban sombreados por una frente llena de arrugas como la corteza de los añosos árboles que derribaba en otro tiempo.

Todas las miradas se clavaban en él, conmovidas o idólatras, unánimes en apreciar por venerable y conmovedor el frac deformado y desfrisado hasta la urdiembre, que llevaba por austeridad, y que le hacía parecerse a un enterrador.

La orquesta, dirigida por el maestro Withers, ejecutó un himno, al que toda la concurrencia hizo coro. El espectáculo comenzó.

A las 10 y diez minutos, hallándose por la mitad del tercer acto, un actor de la compañía llamado Wilkie Booth, hermano del gran trágico Edwin, se hallaba en el pasadizo que enfrentaba el palco-proscenio de la

presidencia, observaba a la vez el escenario y la sala, y aparecía con botas y espuelas como quien se ha venido de a caballo al teatro.

En el momento preciso en que Ara Trenchard decía el aparte: "Vieja loca! vieja trampa de lobo!", Booth contorneó el balcón enredándose en las sillas, empujó la puerta de comunicación de los palcos vigilada por un guardia, y cerrándola con el picaporte entró en el palco vacío vecino al del Presidente y disparó un balazo en la cabeza contra el grande hombre al mismo tiempo que gritaba: **¡El desquite del Sur!**

Cuando el oficial, cuñado de Miss Harris, la joven presente en el palco, intentó apresarlo, el asesino le traspasó el brazo con un puñal, y subiendo con destreza sobre el borde del palco, dió un salto de cuatro varas hasta el escenario, desgarrando con su espuela derecha una tira de ese pabellón cuyo jefe acababa de herir de muerte.

Wilkie Booth cayó sobre una rodilla, se levantó con dificultad, saltó a la orquesta y amenazó con su puñal al maestro Witehrs, el que, paralizado por el terror, le dejó escapar por la puerta de los músicos.

En algunos segundos se encontraba en la calle, montaba un caballo que estaba allí listo, y atropellando al chicuelo que lo tenía de la rienda, desaparecía en la noche como un torbellino.

Un poco de humo sobre el palco; mujeres que gitaban: ¡un médico! ¡agua! comediantes petrificados en la escena; espectadores que se incorporaban en su asiento, sin comprender todavía, he ahí el último cuadro de la vida del gran ciudadano que había abolido la esclavitud, del apóstol de la Libertad.

El reino del terror.—La policía encontró al día subsiguiente a tres de los cómplices: O'Langlin, Arnold y Payne. Estos hombres arrestados en Baltimore y Old Point Confort, fueron conducidos inmediatamente a Wáshington, encerrados en el subterráneo de un astillero, y con dobles grillos. Dos más, Atzersdt y Spangler, vinieron pronto a reunírseles.

Sin embargo, el principal culpable no mostraba una sola traza. El ministro de la guerra hizo publicar el 20 una proclama que ofrecía más de cien mil libras esterlinas a los denunciantes de los demás complotados, y terminaba recomendando a la conciencia de los ciudadanos que investigaran noche y día, hasta dar con el paradero.

Estos consejos fueron obedecidos a la letra. Las gentes sospechosas hubieron de soportar tratamientos harto rudos. Un tal Lloyd negó al principio, pero luego, medio loco de terror y de borrachera, confesó que Booth, que llevaba una pierna quebrada, y su compañero Herold, habían bebido whisky en su taberna de Bryantown. Esta revelación fijó el derrotero ante el juez investigador. Reconstituído el paso de Booth por Bryantown, en Surratsville, descubrieron cosas todavía me-

jores. El día siguiente al del crimen, muy de mañana, dos jinetes se habían detenido a la puerta del doctor Mudd. Uno de ellos estaba tan débil que fué preciso bajarlo en brazos; el examen permitió descubrir una fractura transversal del hueso externo de la pierna izquierda. El doctor entablilló la pierna, y recibió veinticinco dólars por la curación. Después de lo cual se fué a sus visitas profesionales.

Al nutrido fuego de preguntas que se le hizo, el doctor contestó que no conocía a esos hombres; uno le pareció muy joven, pero al otro lo distinguía mal a causa de que llevaba la cabeza envuelta en un chal. Notábasele, eso sí, agotado de fatiga, desfalleciente y mudo. El doctor supo en Bryantown la noticia del asesinato de Lincoln, pero esto no despertó ninguna sospecha en él. Con todo, no pudo dejar de sorprenderse a su regreso al saber que el enfermo se había rapado el bigote y había comprado una maleta rústica.

Excitados por estos preciosos datos, los pesquisantes se precipitaron por el camino que les indicaba el doctor, esperando a cada revuelta encontrarse de manos a boca con los fugitivos. Pero por más que escudriñaron en todos los rincones de los alrededores, nadie pudo darles noticia del forastero estropeado y de su compañero.

Se estableció la vigilancia en cada embarcadero, las cañoneras remontaban y descendían el río, todo el territorio del Patuxent y del Potomac fué recorrido de un punto a otro sin resultado. El viernes 21 de abril los policiales desconcertados volvieron a casa del doctor Mudd, lo arrancaron a los brazos de su esposa, sus cuatro hijos y sus clientes, y lo llevaron a la prisión de Carroll.

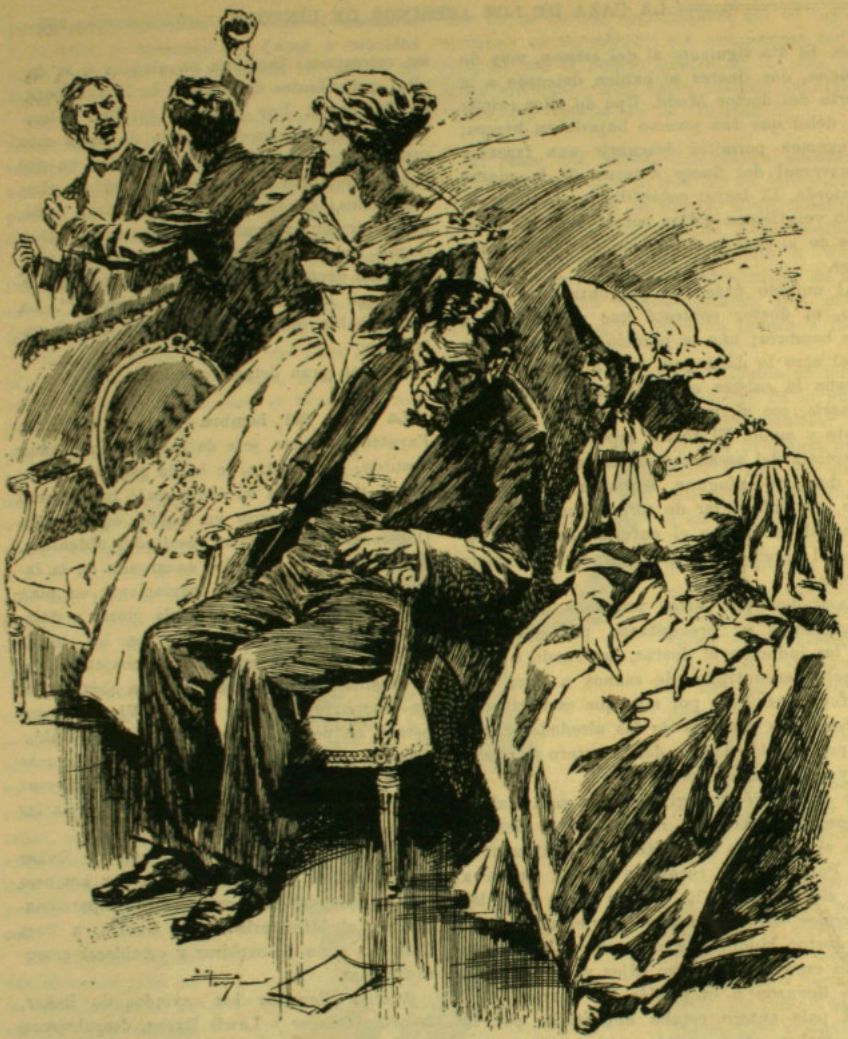
El país entero estaba angustiado por la expectativa. ¿Era posible que un crimen tan abominable no estuviera todavía castigado? Los astrólogos exploraban el cielo, los mediums evocaban los espíritus, los clarividentes buscaban la solución en el éxtasis; pobres de espíritu, charlatanes y locos se presentaban día a día a las oficinas policiales a ofrecer su concurso. Cada extraño era supuesto el asesino; los viejos tenían sueños y los jovenes visiones. Llevar una prueba era ganar una corona de gloria. Los detectives se tropezaban, pisábanse los talones y se confundían las huellas, suspirando por la enorme recompesa: llegaban en oleadas a la capital, procedentes de Boston, de Nueva York, de Baltimore. Las prisiones estaban colmadas de sospechosos, y no sólo de estos sino también de sus parientes y conocidos, en que había directores de teatro, actores en gira, empleados, caballerizos, telegrafistas, camineros, sirvientes domésticos, blancos y negros. Según las palabras del general Ewing, abogado del doctor Mudd, "Era un frenesí de locura que se extendía a todas partes". La razón había sido abolida por la cólera patriótica.

Pero un gran detective velaba...

La caza del hombre.—Era el viejo La Fayette C. Baker, jefe de la policía nacional. Stanton, el ministro, le había escrito: "Proceded, tenéis toda mi confianza", con lo cual el detective se puso en acción en seguida. Despreciando los pobres resultados obtenidos, pidió quedar como único encargado de la investigación, y se trazó previamente un plan de operaciones capaz de darle gloria y dólares. Desdeñando aventurarse en los distritos recorridos por sus colegas, conjeturó que el asesino no podía tener sino un objetivo, el de escaparse del lado sur de Virginia, que estaba en poder de las fuerzas de la Unión. Con tal fin había que pasar el río, lo más cerca posible del Rappahannock, atravesar éste y volverse por último al oeste, hacia las montañas de Kentucky.

En consecuencia, el primer acto de Baker fué el enviar el domingo 23 a dos hombres con un telegrafista y un aparato proporcionado por el Ministerio de la Guerra, a Port Tobacco, a fin de explorar y establecer comunicaciones.

Apenas llegados los enviados de Baker, Everton Conger y Lewis Byron, descubrieron un negro viejo que declaró haber visto el sábado en la tarde a dos individuos que respondían a las señas dadas de Booth y Herold, —uno de ellos apoyado en una muleta y cojeando—entrar en una barca para pasar el río. Advertido inmediatamente, Baker obtuvo del general Hancock un piquete de veinticinco soldados. En un papel trazó la ruta que él suponía habrían seguido los fugitivos. Los soldados debían antes de todo dirigirse a Belle-Plain, sobre la orilla derecha del Potomac. Se embarcaron en el John S. Ide. Salidos a las cuatro, llegaron a las diez y arra-



saron las veinticinco o treinta millas de territorio intermedio. El trazado de Baker era bueno. Sus hombres encontraron en seguida el rastro cierto del objetivo de su infatigable persecución. Baker acudió al primer llamado.

Dejemos aquí a los policiales y su jefe, y volvamos atrás para seguir las peripecias fantásticas de la huída de los complotados.

Que Booth hubiera podido montar un caballo y sufrir las torturas de un galope loco por una calle empedrada, mientras sus huesos rotos le rompían la carne, es una maravilla de valor y de resistencia. Al salir de casa del doctor Mudd en Surratsville, perdió todavía doce horas antes de recomenzar cojeando su carrera hácia el río, su esperanza. Un carretón le llevó y le sacudió cruelmente durante quince millas, para llegar a la residencia de Cox, partidario de la confederación. Al fin llegaron cerca del río, donde terminaba su raid de 40 millas.

Por lo demás ya no podía soportar por más

tiempo ese suplicio atroz. Cox condujo a Booth y Herold hasta un bosque casi impenetrable de pequeños pinos a una milla o dos de sus dependencias. Allí persuadió a su hermano de leche Tomás A. Jones, que les trasportara al otro lado del río y que los cuidara. Allí languidecieron por espacio de seis días y cinco noches, presas de infinitos terrores, y en una miseria indecible.

El actor estaba tirado por tierra, con su herida inflamada y gangrenosa a causa de su cabalgada de treinta horas. Herold vagaba de aquí para allá, con el arma al brazo, vigilando por si se aproximaban sus posibles perseguidores. El mismo mató los dos caballos que les habían transportado tan lejos, temiendo ser traicionados por sus relinchos.

Jones examinaba el río en espera del instante propicio para pasarlo. De día pescaba, y de noche escondía su barca, y hasta iba a Richmon a buscar los diarios: un verdadero tipo del esclavo del sur, frío, taciturno, absolutamente sin miedo, y presto a perder la vida por el amo que se le diera.

Wilkie Booth trataba de engañar el tiempo con su lápiz, escribiendo en un viejo cuaderno su "Llamado a la Posteridad".

13-14 de abril.—Yo he atacado audazmente, y no como dicen los diarios. He avanzado con paso firme a través de un millar de sus amigos; he sido detenido y luego empujado hacia adelante. Un coronel estaba a su lado, y yo he gritado: "Sic semper" antes de hacer fuego... Después de haber sido perseguido como un perro, a través de los pantanos y los bosques, teniendo a todos los hombres en contra mía, estoy reducido a la desesperación. ¿Y por qué? Por haber hecho lo que hicieron Brutus y Guillermo Tell: esos héroes! Así es todo. Esta tarde voy a tratar una vez más de pasar el río... escapar a esos cazadores... Tengo un alma demasiado bella para morir como un criminal... Precisa que presente una batalla definitiva..."

La misma noche, armados con dos revólvers de siete tiros, con un cuchillo y una carabina, Booth y Herold pasaron el Potomac, apenas el fiel barquero Cox dejó de ver un cañonero en el horizonte, y así llegaron sin novedad a la otra orilla. Llegaron agotados, después de haber remado toda la noche. Desembarcados al fin en tierra de Virginia, Wilkie y su amigo encontraron una dama anciana que se compadeció de ellos y les indicó la propiedad de Mr. Bryan; pero este ciudadano de la Unión creyó más prudente el mandarlos al doctor Stewart que curaría al herido. Lleno de desconfianza, el doctor Stewart le hizo un vendaje provisorio, le dió de comer lo mismo que a Herold, y les envió juntos a la cabaña del negro Lucas. Eran las siete de la tarde.

De este alojamiento inmundo, el ex-galán joven, aquel que fué el "espejo de la moda" y el "lunar de la belleza", envió al doctor una nota cuyo tono muestra que ni el crimen, ni las heridas, ni el dolor, ni el destierro, ni aun la inminencia de su arresto y de la terrible sentencia que seguiría, nunca pudieron abatir la orgullosa estimación de sí mismo, que poseía en tal alto grado el héroe de las tablas del Teatro Ford. "Señor,—le escribía,—en vista de la poca voluntad con que me habéis recibido, me siento obligado a pagaros vuestros escasos servicios. Perdonadme, pero tengo un poco de orgullo. Incluyo aquí dos dólares y medio. Respetuosamente, **El Forastero**".

Al día siguiente se fueron a Port Conway y decidieron a un pescador a que les llevara al otro lado, hasta Port Royal. Tres jinetes confederados que volvían de la guerra estaban ya instalados en la barca. Booth, que no se podía tener de pie ni sentado, fué colocado de través sobre la montura de uno de los caballos de los soldados. Tres millas más allá Booth fué dejado en tierra como un confederado herido, con el nombre de Boyd, en casa de Garrett, plantador de tabaco; pero habiendo sabido Herold que en Port Royal había un fuerte destacamento de soldados a la rebusca de los asesinos de Lincoln, imploró para su compañero y él un abrigo más seguro. Garrett los hizo encerrar entonces en una cabaña de la plantación. Era una choza de cuarenta pies cuadrados, con doble puerta y llena de agujeros para la ventilación del tabaco.

La hora del castigo iba a sonar muy pronto.

El castigo.— Volvamos con el detective Baker y sus sabuesos. En Port Conway le mostraron a todo el mundo las fotografías de Booth y de Herold. El pescador reconoció a sus pasajeros, y habló también de los tres confederados que volvían de la guerra. Fué inmediatamente enrolado como guía y toda la tropa de treinta personas y sus caballos se metieron en una balsa que estuvo a punto de zozobrar con el peso. Apresuraron su marcha hacia Bowling Green, pasando frente a la casa de Garrett que estaba situada en un macizo de árboles fuera del camino. Wilkie Booth, que estaba tendido en el pasto para atalayarles, les vió pasar. Horas más tarde invadían la casa de Garrett. Baker le mostró la cuerda con que sus hombres iban a colgarlo si no decía toda la verdad. El desgraciado temblaba como una hoja. El hijo de Garrett, a fuer de buen republicano, avanzó y se ofreció a conducirles al último refugio de la valiosa presa.

Toda la banda armada lanzó un grito de victoria. La caza iba a terminar; la bestia humana estaba acorralada.

La cabaña contenía algunos objetos de mueblaje y un montón de paja en un rincón. Todo estaba sombrío y silencioso en el interior...

Baker golpeó la puerta, que los bandidos habían cerrado. Al no obtener respuesta, elevó la voz:

—Somos treinta alrededor de la casa. Si no se rinden, le pondremos fuego.

Booth le respondió:

—Capitán, junte sus hombres y dé a un inválido ocasión de combatir.

Esta bravata fué puesta fuera de consideración.

—No estamos aquí para batirnos en duelo, sino para proceder a un arresto.

—Ah, bien, amigos míos; preparad entonces mi ataúd.

Herold había salido por el granero para parlamentar, y fué ligado a un árbol.

Al mandato de Baker, se encendió un pañado de pasto seco cuyas llamas pasaron pronto a la cabaña. El interior estuvo pronto iluminado. Se vió al tragediante levantarse de su lecho de paja para desempeñar su escena final. Su pierna izquierda se apoyaba en la muleta, y empuñaba la carabina con la mano derecha. Trataba de ver al enemigo por el tragaluz. Luego, tirando su muleta, pasó la carabina a la mano izquierda y sacando su revólver con la otra, saltó, en un pie, en medio del resplandor del incendio. La quincha del fondo se desplomó. Un tiro resonó en medio de la humareda. Wilkie Booth dió un brinco en el aire y cayó de espaldas..

Baker corrió hacia él, le arrebató el revolver de sus dedos crispados... Everton lo había herido en el cuello; otros creen que el asesino se había hecho justicia.

Envolvióse el cadáver en una manta de caballo, y se buscó un carretón que iba arrastrado por un jamelgo conducido por un negro... Herold, amarrado al carro por una cuerda, seguía con la cabeza baja el siniestro convoy. Era el miércoles 26 de abril.

Gracias a la astucia y la perseverancia del viejo detective La Fayette C. Baker, el asesinato del gran Lincoln estaba vengado, y la Unión angustiada desde hacía nueve días volvía a respirar al fin.

Lo que dice Henri Rochefort en sus "Les Aventures de ma vie". (Especialmente traducido para "Pacifico Magazine".)

El año 1865 un campo de carreras no era como ahora un **tapete verde**, sino una simple entretención de campo. Los diarios se ocupaban tan poco de las carreras que el "Fígaro", diario entonces exclusivamente mundano, no daba ni una línea del programa ni de los resultados de las carreras. Salvo la prensa sportiva, muy poco leída, ignorada por el pueblo en todo caso, nadie decía nada de los caballos, de sus propietarios, ni menos de pronósticos.

Yo trabajé mucho con mi redactor en jefe y con Villemessant (el propietario del "Fígaro"), para que admitiera como nuevo elemento de información a Saint-Albin, el primero que entre nosotros quiso tener a su cargo una sección con el título de Hípica. La pretendida selección de la raza caballar, pretexto del juego, no era tomada entonces sino como entretención aristocrática a la cual ni los burgueses y menos los obreros soñaban asociarse.

Los **sportsmen** se contentaban con apostar entre ellos en el Betting, círculo donde se reunían los propietarios, los criadores, los estudiosos del ramo, y donde se pasaban los caballos de una mano a otra. Con excepción del Grand Prix, que llevaba bastante gente a Longchamps, el pueblo parisiense se desinteresaba totalmente de las carreras y se debe al desmoralizador Morny (el Ministro de Napoleón), el desarrollo de esta pasión que el gobierno aprovechó inmediatamente como fuente de entradas y que cuesta anualmente a la sociedad buen número de robos, de cajones abiertos, de fugas y de suicidios.

En el baccarat, en el poker, no se tiene sino un adversario en contra; pero en las carreras hay que tener a favor al preparador, al jinete, al propietario, al primer sirviente de la caballeriza o corral... y al caballo. Se adivina con qué feliz estrella se necesita haber nacido, para descubrir que, después de una serie de altas y bajas, se ha ganado una suma que valga la pena. Y así es la verdad que no hay triunfadores. Todos los años el Minotauro de las apuestas mutuas devora tal cantidad de apostadores que el personal se renueva constantemente. Uno que otro perdura, porque apuesta para entretenerse... y todavía.

Antes, la idea de combinaciones adulteradoras no le venía a nadie y no existía el "tuyau". Yo me acuerdo de haberme hecho marcar el programa un día por el barón Herissem, grande y honrado criador de Normandía, cuyo caballo **Last-Born** le dió todos los grandes premios.

No quedaba en el hotel, a que había llegado a Dieppe, y creo que en toda la ciudad, sino una cama en el cuarto en que yo había tomado ya la mía.

Como a la una de la mañana el mozo vino a despertarme para decirme que un joven francés, M. León, hijo del cambiador de la calle Richelieu, no habiendo conseguido un sólo rincón donde descansar sus huesos, me hacía pedir permiso para usar la cama desocupada. Yo se la ofrecí con agrado. Mientras se desvestía y terminaba su lavado, me hizo diversas preguntas sobre las carreras del día siguiente. Le expresé que no entendía lo suficiente para hacer pronósticos acertados sobre los probables vencedores; pero, recordando el programa marcado por el barón Herissem, se lo presté. Después de las carreras en que yo gané cuarenta francos, vino corriendo hacia mí el joven León, me estrechó la mano con delirante efusión y en seguida me abrazó. Todos los caballos señalados habían vencido en primer término y mi camarada había embolsado cincuenta mil francos.

El infeliz no me abandonaba un momento, suponiéndome el hombre más aventaja-

do en materia de caballos. Me rogó indicarle el ganador probable de la Copa de Deauville, que se corría al día siguiente. Yo le dije **Ruy-Blas**, que me habían señalado como absolutamente seguro. Sin embargo, fué vencido por **Mortemer**, de Lagrange, y en la misma noche veía a mi compañero muy pálido, afectando una calma que me pareció siniestra.

—¿Pierde usted mucho con Ruy-Blas?—le pregunté.

—Sí,—me contestó con la voz casi extinguida—mucho.

—¿Mucho? ¿Qué llama usted mucho?

—Ciento cincuenta mil francos.

Pero el hombre era vicioso. Esa misma noche encontró medios de perder a las cartas quince mil francos más. Su padre, asustado, rehusó pagar y quiso enviarlo a la América. Pero el desgraciado volvió a París, jugó más, perdió continuamente y se destapó los sesos.

Yo creo sinceramente que este hombre no habría podido terminar su vida de otra manera. Sin embargo, a pesar del placer con que lo ví ganando cincuenta mil francos por mis indicaciones, no me deja de asaltar cierto remordimiento sobre su pérdida de **Ruy-Blas**.

Pero no todas las aventuras de **sport** en que me encontré mezclado por esa época han tenido salida tan lúgubre. Algunos años después, cuando tenía ya el **Intransigeant** (diario de Rochefort), llegaba a la imprenta cerca de las dos de la mañana y ví saltar sobre mí un diablo grande, especie de hércules, obrero gigantesco, vestido con un gran blusón de mezclilla azul. Yo busqué con los ojos el coche que ya se alejaba; pero luego la voz suplicante del individuo me tranquilizó.

—Señor Rochefort, yo lo estoy esperando aquí desde hace tres horas para pedirle un gran servicio.

Creí que era un sablazo de cinco francos y tomaba ya la moneda entre los dedos, cuando el hombre detuvo mi gesto y agregó:

—Yo le ruego, señor Henri, dígame usted qué caballo ganará el Grand Steeple de Niza.

Yo me quedé extrañado de que un hombre del pueblo me detuviera a las dos de la mañana para preguntarme qué caballo iría a ganar un premio quince días después y a ciento cincuenta mil leguas de París.

—¡Que me lleve el diablo.—le dije,—si sospecho siquiera lo que va a pasar!

Pero el hombre no había esperado tres horas para retirarse así, y casi con lágrimas en la voz insistió:

—Hágame el servicio, señor, usted no pierde nada y hará mi felicidad dándome este dato.

Quise marcharme y el hombre siguió detrás tendiendo las manos.

Entonces, impacientado y por una sensación refleja, me acordé que Cosnillet, el redactor del "Jockey" y del "Sport" me había dicho al oído:

—Creo que **Indiaman** ganará el Grand Steeple de Niza.

—Vamos, yo no sé nada,—exclamé volviéndome a medias hacia el individuo,—pero yo apostaría a **Indiaman**.

Y ambos nos apartamos.

Tres semanas después de este gracioso encuentro, del cual me olvidé al día siguiente, me avisaron que una familia me buscaba, No recibía; pero como si tal cosa, pues tras del portero se coló un señor bien vestido, que traía tras de sí una mujer y 3 niños.

—¿Usted no me conoce, M. Rochefort?

—No recuerdo...

Creí que sería uno de esos doce o quince mil hombres que le preguntan a uno:

—¿No me conoce usted? ¿No se acuerda que nos encontramos juntos en el entierro de Víctor Noir?

Como asistieron doscientas mil personas a ese entierro es fácil recordar a alguien! Y contesté:

—No tengo la menor idea; despáchese usted pronto que estoy muy ocupado.

—Soy yo, señor, el que lo detuvo a usted aquí en la calle Croissant, a propósito del gran premio de Niza. Vengo a darle las gracias. **Indiaman** ganó, como me lo dijo usted. Gracias, señor Rochefort; no podía ser de otro modo. Usted ha sido bien bueno con nosotros.

Y el individuo quería levantar mi mano, que no soltaba, hasta la altura de sus labios. Encontré exagerado el agradecimiento por un simple dato de carreras y empujándolo hacia la puerta le fuí preguntando:

—¿Y bien? ¿Apostó usted diez francos, veinte francos...?

—¡Oh, no, señor! Imagínese usted que mi mujer acababa de recibir una herencia de tres mil quinientos francos. Entonces yo le dije: "Voy a preguntarle a Rochefort, que es tan buen amigo del pueblo, qué caballo ganará en Niza a fin de mes".

Yo me puse verde de inquietud.

—¡Cómo! ¿Y de tal manera ha sido usted tan imbécil que ha ido a exponer el dinero de su mujer en un juego disparatado? ¡Ah, eso no; no me parece usted un hombre razonable...!

—Yo sabía bien que M. Henri es amigo de los pobres obreros y que no iba a engañar a un infeliz como yo. ¡Ah! ¡Sí, yo sabía bien eso! Hemos recogido ayer cuarenta mil francos, una fortunita!

Y mientras el hombre me besaba la mano, yo pensé que si **Indiaman** pierde la carrera, este hombre me habría calificado de explotador del pueblo, de embustero y tal vez de estafador...

Una excursion a "El Tabo"

Con ilustraciones fotográficas

A medio día salimos de Santiago. Hacía calor y el tren iba lleno de viajeros. Estudiantes y agricultores en su mayor parte, que hablaban, con vehemencia y alegría, de terribles exámenes y de cosechas abundantísimas.

Nosotros éramos cuatro. Benelot, contador de una casa comercial de esta capital; Malevides, un admirable humorista, cuyos chistes espontáneos causarían serias envidias a Cariola y Frontaura; Cobos, el fotógrafo, vividor y filósofo, y por último, este servidor de ustedes, que no había hecho nunca ese viaje e iba distraído con la sucesión temblorosa del paisaje...

En el vagón nos encontramos con el señor Celis, dueño de la hacienda "El Tabo", y con quien debíamos hacer juntos el viaje.

Naturalmente, la conversación rodó sobre las tierras de "El Tabo", y el señor Celis nos habló de la población de "El Tabo", magnífico proyecto que ya se está convirtiendo en realidad, y que será, dentro de poco tiempo, uno de nuestros más hermosos balnearios, tanto por sus bellísimas playas como por la conformación del terreno, que es de lo más adecuado para levantar una población armoniosa y moderna, con todas las comodidades imaginables. Hay que advertir que el terreno consta de cuatro planos, como cuatro inmensas gradas, comenzando la más baja, naturalmente, en la playa, y las demás van subiendo hacia los cerros, y en forma de círculo, de manera que la población será como un enorme anfiteatro, que parecerá artificial por la simetría que guarda y la gran cantidad de comodidades que presenta.

II

Cuando el tren se detuvo en Llolleo, des-

cendimos del vagón para sentir, en el aire y en el cielo, la cercanía del mar... Hacía un viento horrible. Sentimos frío. Yo no llevaba sobretodo. La cosa se ponía trágica. Pero Cobos iba feliz. No sentía frío, y llevaba su máquina al hombro. Todas sus observaciones se referían a cuestiones de comida.

—Fíjese, señor Benelot, en esos duraznos...

—Me han dado ganas de comer cordero asado...

—¿Tiene sed usted...? Yo tomaría vino...

—Mire los quesitos, señor Malevides...

Cuando llegamos a San Antonio, nos recibió un huracán de polvo. Gracias que el señor Celis, como hombre rico y galante, nos ofreció su coche, y en él partimos hacia Cartagena. El señor Malevides iba dichoso. Decía cada chiste que casi no cabía en el coche.

El caserío de San Antonio, con sus aceras irregulares, y sus árboles polvorientos, quedó pronto atrás. Del mar venía un viento helado y violento.

Pronto llegamos a Cartagena. Allí tuvimos que esperar un rato el carro que nos llevaría a Las Cruces. Este trayecto fué pintoresco y rápido. A cada instante el conductor abandonaba su asiento para bajarse con una pala a quitar la arena de la vía. Esto no ocurre en verano, pues el tráfico es permanente. El conductor quitaba la arena, volvía a subir, y el viaje continuaba. De pronto un golpe. Todos casi saltábamos del asiento... No era nada. El carro se había desrielado. Nos bajábamos todos, el vehículo era colocado de nuevo sobre los rieles, y en marcha. Estábamos ya próximos a Las Cruces cuando el señor Malevides se levanta de su asiento, emocionadísimo:

—¡Mi maleta!

—¿Qué maleta?

—¡La mía!

—¿Dónde está?

—No sé. Yo la dejé aquí y ahora no está!

Efectivamente, la maleta no estaba en donde el señor Malevides la había puesto.

El carro se detuvo. El señor Malevides estaba pálido. Se mandó a un mozo a caballo para que volviera por la línea, pues la maleta debióse haber caído en uno de los desrielamientos.

El carro se puso en marcha, y el señor Malevides no tuvo esta vez ningún chiste.

Al poco rato, cuando ya estábamos en Las Cruces, volvió el mozo con la maleta. El señor Malevides se sonrió enternecido. Cogió su maleta, la miró, la acarició largamente...

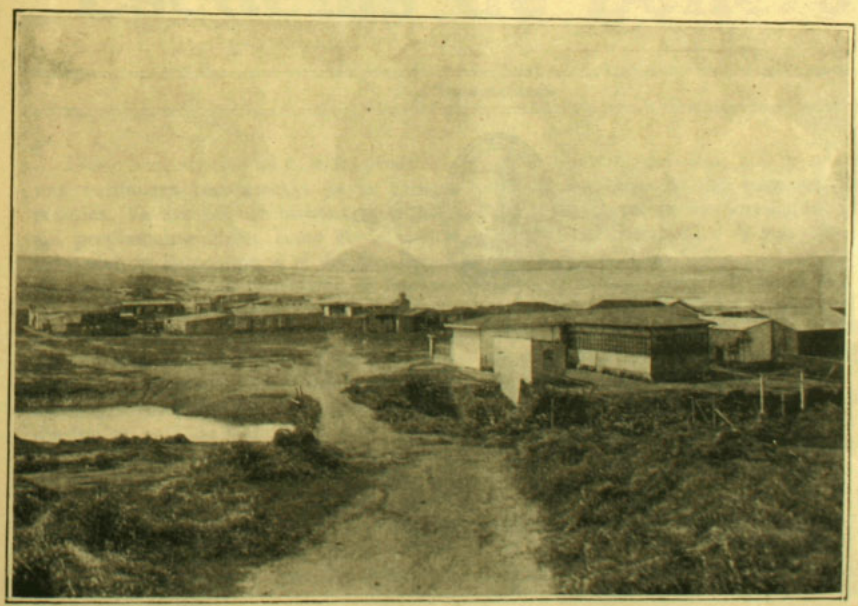
III

A las ocho de la noche, con una luna es-

pléndida, llegamos a "El Tabo". En la soledad y en la quietud de aquellas playas, el mar y el viento resonaban solemnes.

En casa del señor Celis se nos atendió amablemente, en una forma que no merecíamos.

En la comida, Cobos fué el héroe... Devoró... Después que Cobos se hubo saciado, salimos a dar una vuelta a la playa, y en



nuestro paseo el señor Celis nos explicó la forma en que se va a hacer la población de "El Tabo", que constituirá, sin duda alguna, uno de nuestros más simpáticos balnearios.

La región central de Chile está desprovista de bosques y para el consumo de maderas se recurre a la producción de los bosques del sur, y así los consumidores tienen que sufrir el recargo de los fletes.

Esta región central es la que consume madera; por consiguiente, sería magnífico negocio hacer plantaciones en esta zona.

Estas razones son las que han inducido a los organizadores para estudiar este negocio en algunos fundos de la costa de la provincia de Santiago, y se ha elegido el fundo "El Tabo", tanto por sus buenas condiciones para arborizarlo, cuanto porque cuenta con una hermosa costa y extensos terrenos vecinos que permitirán formar un balneario con más de doscientas hectáreas de superficie.

Este negocio requiere para su impulso capitales que sólo es posible reunirlos desarrollando el espíritu de asociación con base sólida y con expectativas que ni aun en el peor de los casos constituirían motivo de pérdida para los asociados.

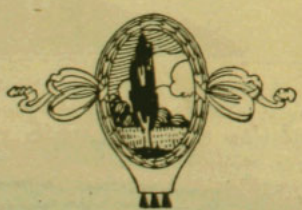
Los terrenos del fundo son formados por mesetas con pendientes suaves que en la parte más alta apenas alcanza a doscientos metros y baja nuevamente en lomajes más suaves aún, formando extensas mesetas, en dirección al norte, hasta el Estero de Córdova, que es el límite por esa parte.

En cuanto a la calidad de los suelos y su adaptación para la plantación, son aptos para toda clase de cultivos, suelos permeables a bastante profundidad, lo que permitirá un seguro desarrollo para los árboles; y la hijuela "El Membrillo" es adecuada para el desarrollo de árboles frutales y de los cuales el más apropiado es el olivo, cuyo porvenir como planta productora de aceite es considerable.

Cuentan con vertientes y aguadas suficientes para atender al regadío de toda la plantación durante sus primeros años, sobre todo si se hacen algunos gastos para almacenar las aguas en las quebradas.

En nuestro paseo a "El Tabo" conocimos, pues, una gran población en formación, que está llamada a ser uno de nuestros más hermosos balnearios.

X. D.



Escuelas de belleza

Con Ilustraciones

Desde hace algunos años, se ha producido una verdadera resurrección de la cultura plástica. Ya sea por un sistema de gimnasia propiamente dicha, como el del Instituto real de Estocolmo, o el del Dr. Démeny de París, sea por el sistema de las teorías puramente artísticas, como los de Raymonde Isadora Duncan, de Loie Füller, Ariane Hugon o Margaret Morris, sea por último por el sistema que une la gimnasia al arte, como el de Jacques Dalcroze y sus discípulos, está de manifiesto que se ha producido un vasto movimiento encaminado al más amplio desarrollo del cuerpo humano en medio de una belleza sana, sencilla y armoniosa, gracias al rendimiento mayor del juego de los músculos, de los ritmos naturales, de todas las potencias corporales, en fin.

Un reporter parisiense nos da en seguida los resultados de una encuesta que ha conducido cerca de los principales inventores de esos sistemas, o de sus más directos propagandistas.

En el primero en quien pensó el periodista, fué el Doctor Jorge Weiss, profesor de la facultad y miembro de la Academia de Medicina, que fué secretario general del Congreso de Educación Física.

Después de dejar constancia del éxito de la asamblea, a la que asistieron dos mil quinientos delegados, M. Weiss declaró que en ella se habían estudiado a fondo las faltas de los diferentes métodos con el propósito de encontrar el método tipo.

A continuación el pro-secretario del Congreso, M. Dausset, expresó su opinión de que las escuelas de baile no debían ser

ignoradas por los fisiólogos, ya que la verdadera gimnástica está estrechamente relacionada con la danza.

El principal introductor del método sueco en Francia, el profesor Démeny, encuentra que el defecto principal de todos los sistemas, incluso del sueco, consiste en que han estudiado para sus fines el cuerpo humano en reposo y no en movimiento. El cree haber descubierto un método para la práctica de la gimnástica por medio de un movimiento completo, continuo y sin brusquedades.

Poniendo su demostración en práctica, el profesor desarrolla ante el repórter un ejercicio de la gimnasia sueca y demuestra que al terminar el movimiento, el cuerpo queda en una actitud inerme, que no presentaría la menor resistencia a un ataque. "Con mi sistema, agrega, no hay paradas, choques o saltos bruscos en las series de movimientos. Todos los músculos se ejercitan armoniosamente en cada momento, y en cualquiera posición que me encuentre, jamás quedo en un equilibrio antifisiológico, es decir, contrario a las leyes del organismo".

Hablándole de otros sistemas, M. Déme-

ny arguye que ninguno de ellos demuestra un conocimiento científico del cuerpo "en movimiento".—Yo noto en muchos la influencia de lo teatral, de lo artístico... pero no un trabajo realmente científico. Si sus sostenedores hubiesen comenzado por un verdadero estudio anatómico, el arte hubiese venido por añadidura.

Mlle. Bettina Hart enseña a sus discípulos de París una mezcla de gimnasia sueca, de lo que ella aprendió en Liverpool y de sus teorías desarrolladas en la práctica profesional.

Una profesora y escritora, Mlle. Henriette Regnier, de la Opera, autora de un interesante tratado "La armonía del gesto", ha aplicado su sistema a las niñas de corta edad, con resultados sorprendentes. En menos de dos meses había obtenido desarrollar con ayuda del arte la gracia, la ligereza y la gentileza de movimientos de las pequeñas.

El periodista acudió luego a uno de los más autorizados representantes de esos sistemas que miran más al arte que a la gimnasia; al sostenedor del método quizás más reputado entre ellos, M. Jacques Dalcroze, cuya enseñanza tiene su sede en el magnífico Instituto de Hellerau, Dresde.

Sus palabras explican tal vez alambicadamente cuál es el fondo de su sistema: "Basado sobre el análisis experimental de las relaciones entre el tiempo y el espacio, tiende a perfeccionar el instinto muscular... su finalidad es el restablecer y regularizar los ritmos naturales del cuerpo, y gracias a su repetición frecuente que provoca el automatismo, crear en

el cerebro imágenes rítmicas definitivas. Desde el punto de vista artístico, la mayor parte de estos ejercicios tienen por objeto poner el organismo entero en condiciones de vibrar al unísono de las emociones estéticas. Educando los centros nerviosos, se prepara a aumentar esta suma de sensaciones y sentimientos que los filósofos llaman la música íntima del ser, y provocan en consecuencia el despertar de la personalidad.

M. Dalcroze emplea la gimnasia sueca al mismo tiempo que su gimnástica rítmica. Por las fotografías de sus alumnos, puede verse los maravillosos resultados que alcanza. ¿Su sistema carece de imperfecciones? El mismo reconoce que es infinitamente perfectible, y va eliminando de su enseñanza todo lo que sus consejeros médicos le indican como contrario a las leyes respiratorias o anatómicas.

Uno de sus discípulos, M. Jean de Udine, escritor de cierto renombre, que aplica las teorías de su maestro Dalcroze con ciertas modificaciones a la francesa, reco-

noce las bondades del método fundamental, pero respetuosamente lo tacha de demasiado sentimental, de influenciado por cierto romanticismo "a la alemana"

El método empleado por M. Udine no teme tomar ciertas ideas de la metafísica, de donde resulta que ciertas partes son en extremo abstractas y no podrían ser explicadas aquí. De este orden es su Geometría Rítmica, en la cual se encuentran muchas ideas ingeniosas y fuertes. En sus cursos el periodista ha pasado horas de encanto y cultura realmente deliciosas.

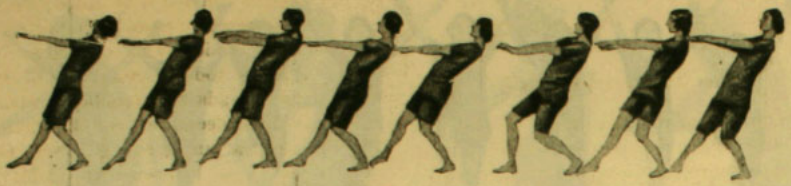
Loie Fuller

Apenas se le ha dicho a Miss Loie Fuller el objeto de la encuesta, comienza a hablar con entusiasmo de la danza, a la que llama con los maestros clásicos, floración natural del cuerpo humano en su libre expresión.

—¿Y cuáles son sus doctrinas?

—¡Bah, doctrinas! ¿Y eso, a qué? No hay tales doctrinas, ni reglas, ni fórmulas, ni teorías, ni disciplinas... Todo eso deforma el instinto, el alma. Lo que se deja marchar por su ritmo natural tendrá que ser armonioso... Un Monstruo, el mismo monstruo, si es un monstruo perfecto, será bello. ¡El instinto, señor! Yo no enseño absolutamente nada a mis pequeñas, y las dejo hacer todo lo que se les antoja. Y no son siquiera niñitas escogidas en un medio refinado o previamente preparado... Usted puede ver entre ellas una tan pequeñita que apenas comienza a andar. Yo las dejo a su instinto del movimiento, y si nada les estorba, serán forzosamente armoniosas, porque serán naturales...

El cronista asistió una tarde a una sesión de trabajo de las pequeñas discípulas de Loie Fuller. Fué en el jardín de la residencia de una gran señora de Paris. Y hay que confesar que aquello deja pasmado. Loie Fuller daba un tema a sus pequeñuelas: **el dolor... la lluvia... el pla-**



cer de pasear... el agua... y cada niña improvisaba una serie de movimientos realmente conmovedores por la gracia y la inteligencia.

Sentíase el visitante muy lejos, en efecto, de todos los sistemas que se le habían explicado hasta entonces. Sin embargo, ciertas frases de M. Jean de Udine, con quien se había tocado el punto del instinto, volvían a su memoria: "Las reglas, la disciplina, los sistemas, están hechas para romperlas... después de utilizarlas. Ellas dan al instinto, por el contrario, un instrumento el más desarrollado y sumiso posible, cual es el cuerpo educado. Pobres de los que se dejan aplastar por la educación;

esos son los débiles. Los fuertes consideran las disciplinas como meras bases, no como prisiones.

Miss Margaret Morris

Esta bailarina tan bien conocida en Inglaterra, ha demostrado al público, y por la fotografía, los hermosos resultados que ha conseguido de sus alumnos.

La idea de formar una escuela le vino en cierta ocasión en que tuvo que dirigir un coro de niños para la obra de un poeta inglés. Viendo la facilidad con que los pequeños seguían las lecciones de la escena, le vino la idea de sistematizar el procedimiento.

Interrogada sobre sus ideas, Misss Morris ha dicho que ella ve en la danza un arte integral, con la música o la poesía, es decir un arte completo por sí mismo; y que la danza sin música debe expresar una idea o un sentimiento.

Mme. Ariane Hugon

Las teorías de la señora Hugon son extremadamente sencillas y muy claras. Como los profesores Udine o Démeny, cree que el aprendizaje debe ser la base del arte. Ella no acepta una libertad que no haya pasado por la escuela.

—La escuela primero que nada, dice. La escuela que da la elasticidad y la resistencia. La escuela enseña a evitar ciertos gestos nada graciosos que yo he visto cometer a los más gloriosos artistas del arte libre... primero les viene el cansancio, y en seguida toman ciertas posiciones de los pies o las rodillas, absolutamente abominables. Oh, no importa que los profanos no vean, tal vez, pero así y todo se habrá herido las más puras emociones de los que saben ver.

Todas estas teorías son precisas, especialmente en su contraposición. Se nos ha llevado en todos sentidos: Perfección del método sueco... imperfección de ese método... El instinto es todo... ¡abajo toda escuela!... El instinto no es nada sin escuela..., etc.. etc.

Era necesario ver a alguien que pusiera un poco de orden en todo eso, y se le encuentra en M. Paysse propagador del método Raymond Duncan. M. Paysse, que profesa la gimnástica en París, es personalmente un gimnasta, prácticamente, del sistema sueco. Ha practicado como Démeny, con Udine y con Duncan.

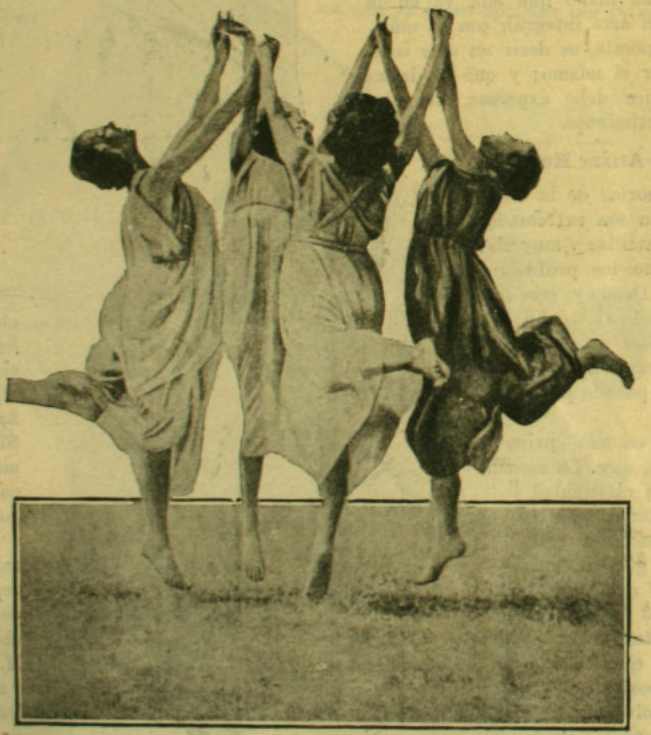
—¡El método sueco! exclama el entrevistado, si no lo conocemos aquí! Lo que se ha importado en Francia no son sino los movimientos elementales que allá se les enseña a los niños. Sí, puede que el método Démeny carezca de vigor...

—A propósito, pregunta el repórter, ¿qué pensáis de esta observación de M. Démeny con respecto de Duncan. "Raymond Duncan se inspiró en los movimientos representados en los vasos

griegos para edificar su sistema, pero como los giegos no pintaban sus figuras más que de perfil, la imitación de Duncan tiene una rigidez que no guarda ninguna relación con la realidad helénica. que representaba de perfil, pero se danzaba de frente..."

—Es posible, replica M. Paysse. No creo que el sistema de Duncan sea perfecto, pero me parece que aprovechándose de los demás, éste es el que permite más gracia y belleza, junto con más vigor y mejor trabajo muscular. Y además, ya se verá cómo dentro de algunos años todo esto se fundirá en un sistema único, donde lo bueno de cada uno se encontrará mezclado a las cualidades de los demás. Lo cierto es que por caminos diferentes se marcha hacia un magnífico objetivo, cuyos resultados están ya asegurados."

Así se expresó uno de los más eminentes representantes del arte de la danza en Francia. Como él, otros maestros en otros países trabajan por acercarse a la belleza ideal, formada con la investigación del pasado y con las complicaciones sentimentales y culturales de la vida moderna, a fin de darnos un arte plástico refinado y vigoroso a la vez.



Las nuevas construcciones en Santiago

Con ilustraciones fotográficas

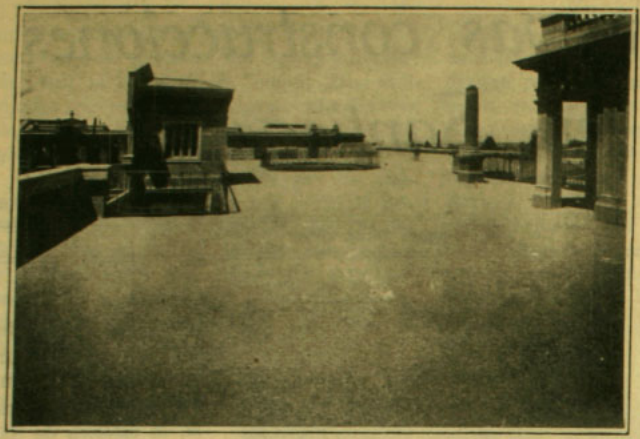
Casa de' señor don Carlos Gregorio Avalos

Cada día son mayores e interesantes los progresos de la arquitectura en Santiago. En la hora actual se comienza una verdadera rivalidad en los bellos edificios, de arquitectura liviana y apropiada a nuestro medio. Han pasado los días de las grandes casas, con sus ventanas en hileras, media altura y fachada cubiertas de cuanto recargo imaginable sea dado concebir.

Uno solo de nuestros arquitectos modernos ha realizado una obra que en el futuro habrá de agradecérsela, la estética de Santiago. Nos referimos a Julio Bertrand, cuya labor arquitectorial en Chile es ya considerable e interesante. Muchos son los edificios ideados por él en los que inicia una saludable reacción hacia el estilo colonial y andaluz; hacia los grandes tipos de la arquitectura francesa e italiana.

El caso de estos

Casa del señor don Ricardo Valdés.



Casa del señor don Ramón Balmaceda.

sas por sobre toda ponderación.

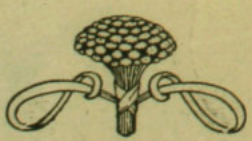
Estas grandes terrazas despertarán en cierto modo la emulación de los constructores inteligentes, ya que ellas suponen un bello motivo de ornato y de comodidad.

No terminaremos estas breves líneas sin recordar con elogio que dichas terrazas han sido construídas por los señores Tupper y Co.

grabados da solo una idea de la belleza arquitectónica de sus trabajos: he aquí tres edificios cuyas grandes terrazas son una muestra de la amplitud y belleza de sus estilos.

Estas grandes terrazas hablan de una manera elocuente de cómo se ha progresado en el sentido de hacer de los edificios construcciones amplias, bien aireadas y hermo-

Casa del señor don Paulino Alfonso.



Cómo se dirige un avión

Por

R. Montesquieu

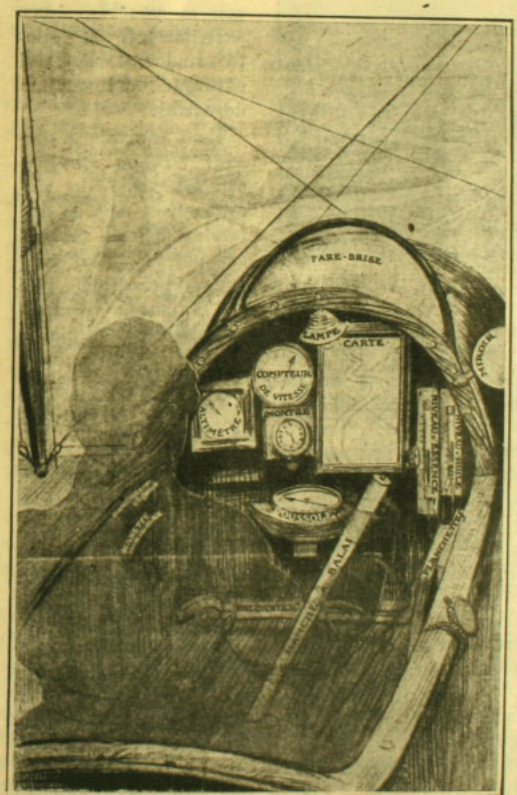
Con ilustraciones

Todo el mundo conoce la expresión de: "orientarse"; y todo el mundo sabe que para un capitán de navío consiste esto en determinar con exactitud el punto de la carta hidrográfica en que se encuentra el navío.

Del dominio de los mares se ha extendido la expresión al de los aires.

Pero hay siempre un enigma para los profanos: **¿Cómo puede hacerse la orientación?** ¿De qué modo se arreglan los marinos y los aviadores para determinar exactamente el punto donde se encuentran, cosa para ellos, naturalmente, indispensable, para saber en qué dirección y a qué distancia se halla el término a que se dirigen?

Los marinos, aislados en la inmensidad del océano, no teniendo delante ni detrás de sí, a derecha y a izquierda, por todas partes donde dirijan la mirada, otra cosa que la línea azul del horizonte desde el momento en que la tierra se pierde de vista, ¿cómo pueden hallar un punto de orientación? En cambio los segundos, tienen demasiados, al parecer, cuando en un vuelo por el espacio ven debajo de sí una extención inmensa de terreno con sus aldeas y ciudades, sus ríos, sus arroyos y canales, caminos y vías férreas en tal profusión que parece imposible no se confundan, sobre todo cuando por algún motivo hayan perdido el **hilo de Ariadna** del punto de partida, bien por cualquier accidente inesperado, bien por efecto de las mismas nubes.



Los aparatos que sirven a un aviador para dirigir su máquina y orientarse.

Y, sin embargo, tanto marinos como aviadores, (sobre todo los primeros aunque más imposibilitados al parecer,) pueden caminar por el agua o por el **aire** con la misma tranquilidad que un viejo santiaguino por las calles de nuestra capital.

Sabido es que en el mar se determina la posición exacta de un navío por medio de las estrellas, principalmente del sol, cuya altura sobre el horizonte se mide con el instrumento llamado **sextante**. Hácese uso, además, de un cronómetro, que señala con precisión de segundos la hora del primer meridiano, París o Greenwich

y es, sobre todo, indispensable hacer una serie de cálculos complicados que demandan media hora a lo menos, teniendo delante grandes libracos, tablas de logaritmos, tablas de azimuts, etc.

De este modo se hace lo que se llama el "punto de observación", pues que contribuye a establecerlo la observación de los astros, y es de una precisión incomparable.

Pero hay también otro punto mucho menos exacto, pero mucho más sencillo de tomar, y que se llama "punto de cálculo". Este es el punto que determinan siempre marinos y aviadores y consiste en lo siguiente: tómase en primer término en

Dos aviones en pleno vuelo; abajo, campanarios, caminos, riachuelos, vías férreas...

cuenta la dirección que sigue el buque; 2.o la velocidad de marcha o mejor aún la distancia recorrida. Entonces se hace el razonamiento siguiente: yo partí de tal punto (se señala el punto en la carta topográfica), he caminado en esta dirección (se marca en la carta), y he marchado a una velocidad de 15 nudos (como 28 kilógramos por hora), durante cuatro horas. He recorrido, por consiguiente, sesenta millas (al rededor de 111 kilómetros) por la línea marcada; estoy por tanto aquí.

¿Pero y cómo arreglarse para determinar, durante el vuelo, la posición exacta de un avión?

Supongamos, por ejemplo, un aviador que parte de Nancy, encargado de alguna misión sobre la estación de Estrasburgo.

Desde el momento en que se le confía tal comisión, el piloto va a la oficina de mapas de su escuadrilla, que suele hallarse entre los hangares en cualquier rincón del parque. Allí hay una enorme provisión, con abundantes ejemplares, de todos los mapas y cartas topográficas del país en una considerable extensión. Hay, sobre todo, planos de dirección en número de más de 200,000, y en cinco colores, que señalan con sus tintas rojas y azules las obras del enemigo, sus baterías y trincheras fotografiadas desde los aires: hay también toda la gama intermediaria de los más variados mapas, comprendidos los planos de ciudades enemigas con la ubicación de sus puntos importantes; estaciones, cuarteles, arsenales, etc.

Día a día, envía el servicio geográfico del ejército, en el frente, centenares de planos de esta clase.

—Necesito la guía de Nancy a Estrasburgo, con la estación — dice sencillamente el piloto aviador al suboficial encargado del servicio de cartas.

Esto equivale a decir: "Tengo que hacer un vuelo de 250 kilómetros, más de dos tercios de esta distancia por las líneas enemigas, perseguido por sus aviones, bombardeado por sus baterías antiaéreas, sin parada.... Es preciso, cueste lo que cueste, llegar a la meta, y que prosiga firme mi camino a pesar de estas dificultades.... Tendré que desviarme de mi ruta mil veces a consecuencia de los zigzags y virajes violentos efectuados en el transcurso de los combates aéreos, o por la interposición de nubes que me intercepten la tierra... Prepáreme, por tanto, con cuidado, mi itinerario; señáleme con colores resaltantes y signos bien visibles todos los puntos de importancia que he de encontrar en mi camino, y que me permitirán llegar hasta el final en cumplimiento de mi comisión y volver acá de nuevo.

Y cuando haya Ud. terminado su trabajo, estudiaremos mi observador y yo, y **aprenderemos** antes de partir la serie de todos esos puntos que van escalonándose en la ruta.

El suboficial busca entonces en sus co-

lecciones, saca tres o cuatro mapas, los extiende sobre una mesa, calca escrupulosamente y con toda exactitud en uno y otro mapa los caminos, las vías férreas, las costas. Terminado este trabajo, traza con lápiz azul una raya gruesa que une directamente Nancy con Estrasburgo; después, de una y otra parte de esta línea trazada, y paralela a ella, una segunda y una tercera línea más fina, de 15 centímetros. Corta en seguida esta tira de 30 centímetros de ancho por 60 o 70 centímetros de largo más o menos, es decir, que va hasta un poco más allá de Estrasburgo, pues podría involuntariamente traspasarse la meta.

En cuanto la cola está seca, ya está lista la carta topográfica que se enrolla en el rodillo. A través de unas hojas de mica, que preserva de la humedad y del aire, y de las manchas de aceite al precioso documento, podrá el aviador, en cualquier momento, leerla tranquilamente, no teniendo más que apretar un resorte para ir desarrollando la carta a medida que el terreno va pasando a la vista del aviador. De uno y otro lado de la raya azul que se va siguiendo—y en esto estriba todo el problema— la gráfica indicación de una extensión de 30 kilómetros permitirá al piloto orientarse sin dificultad, caso de que se haya extraviado en su camino.

Sobre las nubes: completamente aislado, el aviador no debe contar sino con su aparato.

Llega el momento de partir. . Todo está listo a bordo. Contacto. Algunos mecánicos se aferran al aparato para retenerlo mientras otro balancea la hélice.

Una... dos... tres!... Una detonación seca y el motor ronca, la hélice gira vertiginosamente... El aparato rueda un instante y se eleva. Ha partido!

Inmediatamente se ensancha el horizonte inmenso. La ciudad, sus monumentos, sus jardines, sus arrabales; los campos circundantes; los caminos, estrechas cintas blancas, se cruzan, uniendo las aldeas, manchadas de pequeños puntos negros que se mueven lenta o rápidamente; las vías férreas, cintas parduzcas sobre las que se deslizan orugas a las que delata un penacho de humo. Todo eso aparece de repente, como brotando del suelo al golpe de una varita mágica.

Para el que recibe el bautismo del aire, el descubrimiento de tantas cosas causa la impresión de una confusión universal, una sensación que no sabe definir.

Y, sin embargo, el piloto, después que ha tomado altura, seguro ya de que su motor funciona bien, se dirige derecho sobre Estrasburgo, al principio con ayuda de la brújula o de la situación del sol, atento a la dirección que debe seguir y mirando su mapa.

Veamos ¿qué le dice ese mapa, esa cinta multicolora que se va enrollando en un carrete no dejando ver sino una parte, y que parece un indescifrable jeroglífico?

Inclinémonos por sobre el hombro de nuestro aviador y tratemos de entender, comparando con la tierra que tenemos bajo los ojos. Tenemos que seguir el grueso trazo azul. ¡Lástima que no esté también pintado en el suelo! Sería tan cómodo!...

Un poco contrariado por el viento, nuestro avión no va muy ligero; pero, sin embargo, la velocidad no es muy poca; 120 kilómetros por hora: 2 kilómetros por minuto. No miremos muy lejos sino bajo nosotros, para comprobar las indicaciones del mapa. No debemos olvidar que él es nuestro guía: hagamos lo que nos dicta, tácitamente, pero con claridad.

El trazo azul va hacia el este. Pongamos, pues, proa al este, consultando la brújula. Cuando pasamos sobre la Meurthe, el este de Nancy, que queda detrás

de nosotros, anotamos con precisión la hora que indica nuestro reloj colocado al lado del altímetro. Son las 10 30.

Una ojeada al mapa: 3 kilómetros sobre campos antes de pasar por sobre Saulxures.

Tres kilómetros! Minuto y medio y hemos llegado!

Ahora campos y más campos. Algún grupo de casuchas, y, a 7 kilómetros y medio de Saulxures asoma la punta del bosque de Champenoux que aparece luego como una gran mancha sombría a nuestra izquierda. No hay cómo extraviarse! De todos modos, comparemos los detalles (¡hay tantos bosques!): durante 1,500 metros, un camino largo, al oeste un poblachito colinda con el término del bosque; y, a un kilómetro al sur, un villorrio: Buissoncourt.

Con un vistazo por sobre la borda encontramos el villorrío, el camino, todo, etc. y eso nos parece entretenido y sencillo! Continuemos.

Caminos, caminos y más caminos. Hay muchos y no tienen nada de particular que les distinga. Vistos desde tres mil metros, parecen hilitos blancos perdidos en el suelo. Busquemos, pues, las "señas identificadoras" más claras.

Ah! Se divisa una, Einville, un villorrío importante, al que llegan cinco caminos y es la estación terminal de un pequeño ferrocarril. Tenemos que dejar Einville a cinco kilómetros a nuestra derecha. Helo aquí "de través". Entonces debemos pasar a 800 metros, casi bajo nosotros, el pueblo de Valhey. Una ojeada, para comparar la tierra con el mapa: eso es. Y dos kilómetros y medio más allá, es decir dentro de un minuto, pasaremos sobre el canal de Beauzemont.

Pero ¿qué diantres son esas nubecillas que se forman repentinamente en nuestro rededor? Ah! Obuses! Los alemanes empiezan a bombardearnos! Afortunadamente el ruido del motor y los golpes de la hélice nos impiden oir las explosiones y el silbido de los proyectiles... mientras lleguen demasiado lejos.

Pero, entonces, ¿estamos ya cerca de las líneas de batalla? Ya se ven las trincheras, zigzagueando, grises y pardas, entre la verdura de los campos...

Y los relámpagos que se cambian en capas blancas, se hacen más numerosos, nos acompañan con encarnizamiento... Les hay a derecha, a izquierda, delante, detrás, arriba, abajo. Y no debemos tomarlos en cuenta sino seguir nuestro camino. ¡Cómo se alargan a veces los minutos!

Ya consultando el mapa, ya mirando el suelo, seguimos paralelos con la orilla noroeste del bosque de Parroy. Más lejos, un nudo de vías férreas cubiertas de trenes: Deutsch-Avricourt. Estamos en Lorena anexada!

¡Córcholis! Teníamos hace un momento el sol a nuestra derecha, casi en la punta de las alas y ahora lo tenemos delante de nosotros... Ahora detrás... ¿Qué hace nuestro piloto?

He aquí los incidentes del camino. Aparece en el horizonte un avión de caza enemigo y maniobramos para evitarlo. El observador, en su ametralladora, se apresta a combatirle.

¿Y nuestra ruta, nuestro trazo azul? ¿Qué se han hecho durante ese tiempo?

Un poco de sangre fría: estábamos sobre Deutsch-Avricourt y en ese momento seguimos una vía férrea, con el sol a nuestra espalda. Ya son las once; el sol está, pues, más o menos al sud-sud-este, y ya que vamos en sentido opuesto, ésta debe ir en sentido nor-noroeste. Por tanto, no puede ser otra que la que va a Metz.

Comprobémoslo: 3 kilómetros antes de la estación, los rieles atraviesan un canal y, casi al momento, pasa entre dos lagunas. Eso es, no hay duda...

Ah! Ah! Ahora vienen las nubes que nos ocultan la tierra! El piloto las aprovecha para torcer a la derecha—lo notamos gracias al sol—y luego henos de nuevo en camino después de haber despistado al avión enemigo.

Canales y encrucijadas, bosques y vías férreas, ciudades y riachuelos se nos hacen familiares. Dejemos a nuestros aviadores que cumplan su misión; por otra parte, estamos ya sobre los Vosgos, que se presentan como una inmensa mancha negra. Son treinta kilómetros que hay que atravesar por sobre pinos, montañas, valles y torrentes.

Ahora ya sabemos a qué atenernos. Nos consideramos lo bastante fuertes aún para calcular la velocidad del viento contrario que hemos encontrado. Resolvamos este pequeño problema. De Nancy a Deutsch-Avricourt, 23 centímetros sobre el mapa

(cada cuadrado rojo del mapa es igual a un centímetro). 23 centímetros, al 200,000 hacen 46 kilómetros.

A las 10.30 atravesamos la Meurthe; 10.54 sobre Deutsch-Avricourt; total, veinticuatro minutos para hacer 46 kilómetros: es decir 115 kilómetros por hora. Por tanto, hemos hecho 115, cuando nuestro avión puede hacer 150, a 3,000 metros de altura sin viento. 150 menos 115, total 35. Teníamos, por tanto, un viento de 35 kilómetros por hora o sea, 10 metros por segundo.

Esto se hace durante el día.

¿Pero, en la noche?

Del lado francés hay señales luminosas sembradas en ciertos caminos y puntos de aterrizaje conocidos por los aviadores.

Pero, ¿en territorio enemigo?

Tanto del lado de los alemanes como de los franceses, se apagan todas las luces a la menor alerta, y, en tiempos normales, todos los puntos susceptibles de ser bombardeados tienen su alumbrado reducido al mínimum.

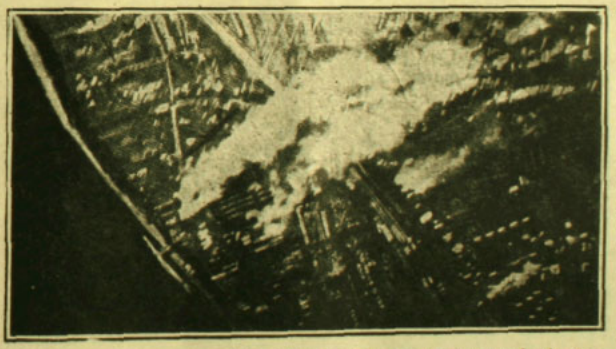
Entonces, la guía es la brújula, que es consultada más frecuentemente. Los grandes ríos sirven también de mucha ayuda como guías, sobre todo en las noches claras de luna.

Si las vías férreas son invisibles, los trenes pueden ser reconocidos fácilmente, ya sea por la luz de los vagones, o por los destellos del fogón del caldero, cuando lo abren para echarle carbón.

Hasta las estaciones sirven de guía de noche, a causa de su actividad, originada por el servicio de aprovisionamiento.

Esos métodos son excelentes teóricamente.

En la práctica, los aviadores franceses los utilizan maravillosamente, pues la costumbre les ha desarrollado un sentido nuevo que podría llamarse sentido de la orientación. Así se explican esas audaces excursiones en país enemigo y que las noticias oficiales comunican de vez en cuando tributando a los pilotos franceses una justa admiración.



En país enemigo: un avión francés de bombardeo evolucionando sobre una plaza fuerte.

El hospital inglés del antiguo Colegio San José, en Saint-Omer: La Chapelle

"VIDAS DE MARTIRES"

Por

Jorge Duhamel

Con un grabado

La guerra vista desde los hospitales

La doble naturaleza de Duhamel, crítico y poeta, como Sainte-Beuve, aunque, a diferencia de éste, más poeta que crítico, se pone de manifiesto con vigoroso relieve en su último volumen sobre la guerra, intitulado "Vidas de Mártires". Tiene, por una parte, la precisión, la exactitud, la observación minuciosa y científica del analista, y por otra, la sorda queja del sentimiento y el vuelo de la fantasía trascendental que se levantan, como un eco inaudible y hondamente conmovedor, de cada una de sus austeras, apretadas y cortantes páginas.

Todo sucede en un hospital donde un médico recibe, distribuye y cura a los heridos que llegan del frente. No hay más escenario ni más personajes; pero así como alguien ha visto el Universo en una gota de agua y como Spinoza se abismaba considerando "sub specie æternitatis" el paso de los transeuntes de una acera a otra, en los gritos contenidos de esos hombres y en los sombríos relatos del doctor que pone remedios y vendajes, el enorme drama de la guerra mundial se concentra y palpita como un corazón.

Ni historia, ni cuadro ni representación figurada alguna ponen ante los ojos del alma la filosofía de esta crisis de la humanidad, como las breves y entrecortadas "Vidas de Mártires" en que Duhamel ha hecho dominar constantemente una sola voz y para desarrollar las cuales ha elegido los detalles más humildes y, en apariencia, más insignificantes.

Leamos, por ejemplo, la

Historia de Carré y Lerondeau.

"Llegaron juntos, como dos paquetes de una misma encomienda, dos paquetes miserables y mal embalados que el correo maltrató. Parecían tener mil años o carecer de edad; sólo después de lavarlos, peinarlos y acostarlos, se pudo descubrir que uno presentaba un rostro de viejo, mientras el otro era todavía apenas un niño.

"Sus lechos quedaron frente a frente.

"Se les cloroformizó y empezó la lucha.

"Carré tomó, desde luego, la delantera, dió un verdadero salto; mientras Lerondeau no era sino un murmurio quejumbroso entre unas vendas, el viejo me envolvía en una mirada afectuosa y profunda y se preparaba:—Hay que hacer todo lo que sea necesario hacer.

❦

"En cuanto Lerondeau pudo oírme, lo llamé por su nombre.

—¿Qué tal vamos, Marie? O bien:—Está hermosa tu herida hoy, Marie. Le agrada esta familiaridad. Ha comprendido instintivamente que sólo tuteo a los que sufren mucho y son mis predilectos.

"Cuando se queja con exceso y quiero reñirlo, varío el tratamiento, le digo:—No está Ud. razonable ahora, Lerondeau. Y en seguida, se le llenan los ojos de lágrimas.

"Una vez, hube de recurrir al "Señor Lerondeau"; pero fué tal la afliccón de su semblante, que casi me arrepentí.

"Desde entonces se contiene y aprieta los labios durante las curaciones; sabe que si lo llaman simplemente "**Señor**", nuestras relaciones estarán de lo más tirantes.

❦

"No me engañé al pensar, el primer día, que Carré era todo un hombre. Al entrar a la sala de las curaciones, donde muchos enfermos esperaban el turno, tendidos en sus angarillas, vi que había sacado un

brazo de las ropas y pronunciaba a su compañero un verdadero discurso acerca del valor y la esperanza. Escuché un momento esa voz balbuciente, miré el rostro desdentado y enérgico, el rostro pálido e infantil, pestañeando como un niño al que se riñe... y me salí en puntillas, sin interrumpirlos; aquello pasaba entre los dos, al ras del suelo y no me incumbía a mí, un personaje de buena salud, que vive de pie".

"Antes de las curaciones, Carré mira grave alrededor y se encoje. Si no se siente seguro, me advierte:—Hoy no tengo todas mis fuerzas. Generalmente tiene "todas sus fuerzas"; pero se halla tan flaco, tan débil, tan pequeño ante el inmenso deber, que con frecuencia ha de batirse en retirada. Lo hace con dignidad, con grandeza; dice en voz baja:

—"La pierna me está doliendo...

"Y su frase concluye casi en un grito. Entonces, sintiendo que va a aullar como los demás, Carré canta.

"Al principio, no me dí cuenta. Repetía sin cesar lo mismo:—¡La pierna me duele! Poco a poco, ese lamento se convirtió en una verdadera música y durante cinco largos minutos, Carré improvisó una canción terrible, admirable y desgarradora sobre el tema:—¡El dolor de la pierna!

"Después, ha inventado diferentes refranes para cada dolor. Tiene uno:— ¡Ah! no es ni grande ni bello mi vaso! Una mañana en que estaba sin "sus fuerzas" y no había más que proceder rápido, tapándose los oídos, un extraño penetró a la sala de curaciones. Carré lo vió. Dió vuelta la cabeza, arrugó profundamente el entrecejo y entonó:

—"¡Ah! ¡no es ni grande ni bello mi vaso! (Il n'est ni grand ni beau mon verre!)

"El otro lo miraba con ojos húmedos y mientras más lo miraba, Carré cantaba y cantaba más, apretando los bordes de la mesa con sus dos manos crispadas.— ¡Il n'est est ni grand ni beau mon verre!

"Cada cual tiene sus gritos durante las curaciones. Los que son pobres, no tienen sino un grito, que les sirve para todo. Carré posee muchos, muy variados. En lo más agudo de la prueba, exclama:—¡Ah! el dolor de la rodilla! Cuando el sufrimiento disminuye, repite:— ¡La desdichada rodilla!—Al entrar en escena la otra pierna, se exaspera:—¡Esta pierna ahora!— Y lo dice mil veces, de segundo en segundo. El talón es recibido invariablemente con esta frase:—¿Qué será lo que tiene este pobre talón?

"Lerondeau, que nunca pasará de ser un novicio al lado de Carré, casi no sabe gritos. Pero ha oído quejarse a su amigo y lo imita. Helo aquí que comienza:— ¡La rodilla me duele... ¡ah! la pobre rodilla!

"Una mañana lo interrumpí:—¿Por qué estás gritando los mismos gritos de Carré? No tienes la misma herida.

"Lerondeau no es más sino un campesino, pero me miró con una expresión realmente ofendida:

—"¡No es cierto, no es cierto! ¡No grito lo mismo que Carré!

"Me callé. Por mucho que sea el sufrimiento maternal no hay nadie insensible a ciertas picaduras.

"Marie me ha contado su vida y su campaña. Como no es muy elocuente, su discurso se resolvía en un murmullo confuso donde resonaba sin cesar la misma protesta:

"—Yo era duro para el trabajo, Ud. lo sabe, duro como un animal.

"Marie cumplió bien su deber en el fuego: "Se quedó solo con los carros de provisiones, rodeado de enemigos... "He ahí el resultado más claro de mis informaciones. Mirando al techo, horizonte de los que viven de espaldas, repite a veces, lentamente: Debo haber tenido valor, cuando me quedé solo con los carros!

"Seguramente tuvo valor; por eso, cuando algún extraño presencia las curaciones y veo a Lerondeau pronto a gritar, les explico:

—¡Este es Marie! ¡Ya lo sabéis, Marie Lerondeau, el que se quedó solo con los carros!

"Los demás mueven la cabeza con admiración; él enrojece de orgullo y calla.

"Carré no vió el fuego sino una sola vez, e inmediatamente recibió su bala.

Quedó contrariado, porque se había provisto de una buena reserva de valor y ahora le es necesario gastarla entre los muros de un hospital.

"Avanzaba por un campo brumoso, a la carrera, con los demás, cuando de pronto, cae! la pierna rota. Poco después, el sargento pasó y le dijo que volverían a buscarlo. Pidió que le colocaran la mochila bajo la cabeza y pasó la noche entre las matas de betarraga, solo, bajo una lluvia fría, reflexionando seriamente hasta el amanecer.

❦

"Lerondeau me llama con un parpadeo. Me dice: — ¡Carré!... —Y se calla. Lo animo a proseguir. Repite. — ¡Carré!... —Y agrega:—Le he visto la herida. ¡Diablo! Va mal...

"Ya sabe mucho de medicina; no ignora que él tiene otras heridas semejantes, pero que curarán, porque es joven, mientras que Carré... La lágrima que hincha el extremo de su ojo me dice bien claro el diagnóstico de su compañero.

❦

Realmente, Carré sigue mal, muy mal. Todo traiciona a su alma robusta. Está devorado de abscesos. El, que gastaba tan fiero lenguaje, se queja con palabras y gritos de niños; a menudo se ausenta en una misteriosa ausencia. Vuelve de sus profundidades y nos habla de la muerte con una lucidez de imaginación que se parece a la experiencia.

"Y sin embargo no quiere, no puede decidirse.

"Necesita sufrir todavía más...

❦

"Ahora que no oyes, puedo hablarte.

¿Habías imaginado un martirio semejante, oh hermano, cuando empujabas el arado en tu rincón de tierra morena? Hete aquí, agonizante, después de cinco meses de suplicio, enfundado en estos lienzos lívidos, vírgenes de la menor de las recompensas que se dan, Carré! Era necesario que sufrieras sin objeto y sin esperanza. Pero no quiero que todo tu sufrimiento se pierda en el abismo. Y por eso lo he contado muy exactamente.

❦

Lerondeau descendió por primera vez al jardín y, debajo de un árbol, parecía un espectro mutilado que fumara. Un pobre espectro envejecido y mutilado, que miraba con una mirada de compasión el triste "acompañamiento" de los que se llevaban por el otro extremo del patio, amortajado en sus sábanas, al pobre Carré".

❦

"Las almas duermen, Oliver" — decía años hace, una escritora, que gustaba hablar con su propio espíritu—"un pesado sueño se ha apoderado de la humanidad y el recuerdo de los antiguos héroes parece, cada día más, una leyenda fabulosa..."

Realmente, las almas dormían; la paz que despierta y alegra el cuerpo, entristece y hace entrar en un terrible marasmo a ese otro elemento misterioso escondido dentro del vaso frágil. El progreso material iba sepultando y haciendo perder hasta la esperanza moral. Las almas dormían un sueño pesado como la muerte.

Pero la eterna ley de las compensaciones ha querido que una catástrofe destinada, al parecer, a arruinar la obra de la civilización y sumergir el mundo en el caos, fuera el principio de una regeneración espiritual verdaderamente maravillosa.

La guerra ha venido a sacar a la luz y aun se diría que ha creado un tesoro de fuerzas ocultas, de abnegaciones calladas, de sublimes desprendimientos; y esta época moderna que se befaba al compararla con los antiguos heroísmos, hase demostrado infinitamente más altiva y capaz del martirio que todas las que nos describe la historia.

Observadores de mezquina visión hablan con frecuencia de los millones perdidos en los campos de batalla y ante el mágico poder del dinero, suman las obras de adelanto material que con los gastos de un solo día de campaña habrían podido llevarse a cabo en el mundo.

Es medir las cosas con una medida bien corta.

En verdad, creemos que en ninguna otra empresa humana se habrían podido invertir con mayor provecho trascendental las riquezas de las naciones y las vidas de los pueblos que en esta espantosa prueba de los espíritus. La existencia superior de la humanidad ha exigido siempre a las materialidades los más terribles sacrificios; pero nunca lo ha hecho sin compensaciones infinitas.

Duhamel nos muestra en sus Vidas de Mártires un aspecto de la resurrección moral que ya puede palparse en el hombre moderno, y a través de sus innumerables pequeños tipos y pequeñas escenas, podemos ir comprobando la fuerza y la belleza, ideales que estaban escondidos en el fondo de los corazones.

Durante un tiempo, fué moda maldecir del hombre y toda una escuela literaria se fundó sobre la bajeza, la bestialidad, la miseria social. Sólo uno había que protestaba, en medio de las sonrisas de los demás.

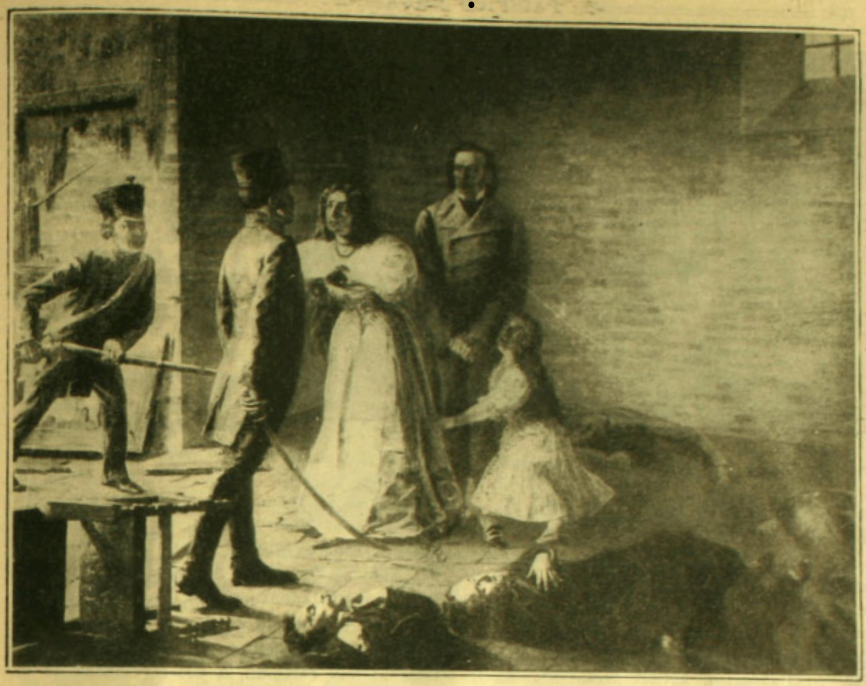
Fué Renan. El tuvo siempre confianza en el hombre. "¡Qué bueno es!—exclama en veinte ocasiones, y singularmente en su discurso de recepción a la Academia.—¡Cómo ha trabajado! No puedo sufrir que se le insulte, a este sér de dolor, que entre el gemido del nacimiento y el de la agonía ha encontrado medio de inventar la ciencia, el arte, la moral..."

Ahora los hechos le dan la razón.

Y tal vez más completamente de lo que él esperaba; porque siempre sostuvo que para la existencia del heroísmo y aun de la simple bondad, era absolutamente indispensable la idea de una compensación ultraterrena, de Alguièn, siquiera, que mirara y aprobara nuestros combates y nuestras victorias. Y como, a su juicio, la prueba de ese Alguien no la daba la razón, concluía que "vivíamos de una sombra y seguíamos viviendo de la sombra de una sombra", esperando el temor, harto lógico, de que aquello no fuera, con los años, "un peu léger".

Los acontecimientos demuestran que el interés no era indispensable para el sacrificio y que la abnegación de que el hombre era capaz, ha ido más lejos que todas las previsiones.

Se habla de una reacción espiritualista y religiosa en Europa, motivada por la guerra. Es preciso entenderse: reacción espiritualista y religiosa en el sentido antiguo, con intervención de seres sobrenaturales y promesas de pago inmediato en la otra vida, creemos que nadie sostendrá que exista. Los partidarios de la letra de cambio más o menos material sobre el paraíso, con una pequeña cláusula infernal en caso de quiebra, no pueden cantar victoria en presencia de las muertes heroícas. Es otra de las lecciones de Duhamel: sus mártires, tan pacientes y sublimes como los del primitivo cristianismo, les superan en su falta de esperanza ultraterrena. Se siente que sufren y se dan sin condiciones, sin retorno, sin venta de ninguna clase. No cambian un bien pasajero por un paraíso inmortal; lo que, al fin de cuentas, no constituye sino un buen negocio. En cambio los que consideran que la bondad no es verdaderamente bondad si no renuncia a toda recompensa, los partidarios del sentimiento sobre la forma, de la idea eterna y vivificadora contra la letra que mata, esos pueden sentirse satisfechos y pensar que la guerra ha venido en momento oportuno y ha sido como una renovación del subsuelo espiritual de la humanidad, que aventará las malas semillas y dejará el terreno expuesto a los rayos del sol y las influencias de la atmósfera, maravillosamente propicia a las siembras del porvenir.



La muerte de Quiroga. Episodio del 2 de Agosto de 1810. Hermoso cuadro del pintor quiteño César A. Villacrés.

Arturo Borja, poeta ecuatorial

Por

A. Martínez Mutis

Con ilustraciones fotográficas

En 1896, cuando no se había hecho aún el ferrocarril, iba para Quito, a lomo de mula, acompañado de su comitiva y de dos canónigos de la Catedral, Monseñor Guidi, Delegado Apostólico de la Santa Sede ante el Gobierno del Ecuador.

Habían caminado varios días, y las mismas sinuosidades de los Andes, bordados por los paisajes, hojas y pájaros de ese fantástico país, solazaban el cansancio.

Una mañana, después de pasar la noche en la pascana humilde, reanudaron el viaje. De pronto, al llegar a una eminencia, presentóse ante ellos el valle de Machachi, de inmensas dehesas salutíferas, salpicadas de ganados y extendidas entre vastísimos horizontes; sobre la línea de estos, perpetuamente blancos de santidad y evocación, se alzaban, al frente, el Cotopaxi y el Antisana, y atrás, te levantabas tú, Chimborazo, filósofo del silencio, emperador de las cumbres, copón lleno de hostias, maestro y amigo mío. Y el señor Guidi, arrebatado de emoción, maravillado, en éxtasis ante el grandioso espectáculo, se detuvo, hizo que se detuviese la caravana, echaron pie a tierra, y sacando el breviario les dijo: "Recemos el Tedeum".

Sirve este episodio a manera de vestíbu-

Señoritas Rosa Elvira y Luz María Martínez Chiriboga, de Riobamba.

lo: el visitante se imagina el resto de la casa.

Ha sido el Ecuador un semillero de grandes cabezas: Olmedo, Montalvo, García Moreno, Luis Cordero, Juan León Mera, Rocafuerte; y hoy tiene figuras de la talla de Crespo Toral, el ciudadano y poeta eximio, Alfredo Baquerizo, actual presidente de la República, que después de larga época de caudillaje y de revuelta, ha procurado que florezca la paz para todos, en campos de suavidad y de justicia, el Arzobispo González Suárez, autor de un magnífico poema en prosa intitulado: "Hermosura de la Naturaleza", y asimismo de otras obras de aliento, entre ellas una famosa y controvertida Historia Nacional; el polígrafo Honorato Vásquez, el alto jurisconsulto Rafael María Arízaga, los distinguidos diplomáticos Aguirre Aparicio, Muñoz Vernaza y Peralta, hombres de foro y de pluma, como Luis Felipe Borja, Clemente Ponce y Manuel María Sánchez, veteranos del diarismo y la poesía, como Nicolás Augusto González, y damas de sangre y de talento como doña Enriqueta Chiriboga de Laso y doña María Gómez de la Torre de Urrutia, en Quito, y la culta escritora católica doña Angela Carbo de Maldonado y la señora Díaz Granados, esposa del Vice-cónsul de Colombia, en Guayaquil. La estadística sería larga, pero podemos rematar esta lista con dos nombres prestigiosos: Ernesto Mora, diarista fácil, burlón y fecundo, y Sixto Durán, autor de las Operas indígenas "Cumandá" y "Mariana", que oculta en una modestia desconcertante, uno de los más geniales temperamentos de compositor que hay en América. Pero el desprestigio traído por las sombras sangrientas de las revoluciones no deja ver esas figuras en su luminosa plenitud.

Quito es la ciudad de las rosas. Y es también la ciudad de las mujeres y de la poesía. Hoy son pocos allí los escultores de poemas, pero las gentes todas tienen la cultura o la intuición de la belleza. Voy a traer a cuento un episodio. Una noche de concierto recité en el Teatro Sucre. Al día siguiente fuí a visitar a Miguel Arroyo Diez, gallardo Ministro de Colombia. Al cruzar un corredor que conducía al vestíbulo, cayó de pronto sobre mí una lluvia de flores. Me volví, buscando con los ojos, y ví, riéndose, ocultas tras de una columna, a dos sirvientas de la casa. Pregunté la causa de ese florido ata-

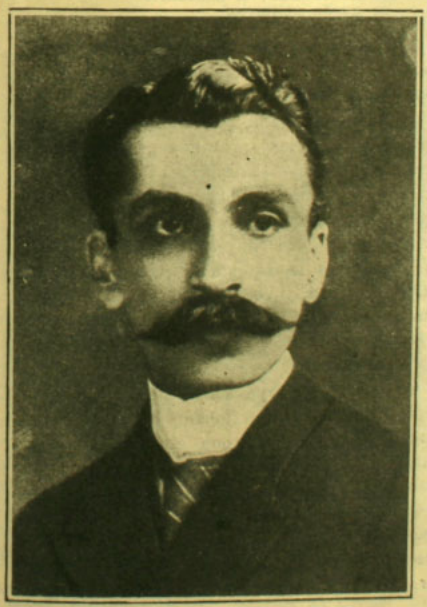
Don Augusto Aguirre Aparicio, Ministro Plenipotenciario del Ecuador en Chile.

que, y contestaron: "Anoche, en el Teatro, dijo usted cosas muy bonitas". Les agradecí cordialísimamente el obsequio: mis versos se habían transformado en rosas. Y me acordé de Ganivet.

El muchacho que con más talento de artista ha descollado en los últimos tiempos, es quizás Arturo Borja. Su temperamento, intenso y raro, es en mucha parte producto de herencia: es la suya familia de ingenios y de locos; sus remotos antecesores se enlazan con los Borgias de Italia.

Desgraciadamente, Arturo perdió las creencias cristianas; entró de lleno en la corriente mórbida del decadentismo, escogió como maestro y guía al poeta de las **Letanías a Satanás**; huyendo de los goces sanos de la naturaleza, se entregó al éter, la cocaína, el ajenjo y demás tóxicos de los paraísos artificiales, y de esa manera, el total desequilibrio es inevitable: quien **siente** como Baudelaire, acabará **pensando** y **obrando** como él. Harta locura tiene el artista en sí, y si esa cantidad se aumenta... no está lejos de la casa de orates. ¡Cuántas víctimas hace entre los escritores el monstruo de la dipsomanía! Y personas hay que defienden ese vicio, pues aseguran que él es fuente de inspiración. Pero en realidad, no sabemos si los artistas borrachos escriben porque beben o beben porque escriben. Acaso sea más bien lo último: el sistema nervioso, sobreexcitado por la producción, es más apto para reflejar el panorama de la vida real, que el tiempo borda **au jour le jour**, de vulgaridades y prosaísmos; se recurre al alcohol para ahogar el dolor... pero es inútil: decía una vez algún borracho: "Quiero ahogar las penas, pero las penas... saben nadar!"

El gran poeta coronado del Ecuador Crespo Toral, en su hacienda de Huangarcucho, vestido como habitualmente suele en el campo, con sus dos hijas y uno de sus hijos pequeños. Conversa con el laureado poeta de Colombia, Martínez Mutis. El último, hacia acá, está el poeta nacional Remigio Tamariz.



Don Alfredo Baquerizo Moreno, Presidente del Ecuador.

Pero, después de todo, el alcohol es substancia que la química del organismo desarrolla naturalmente; con la ingestión excesiva de él, el desastre viene, pero viene a paso más lento; los venenos extraños, el opio, la morfina, la cocaína, he ahí el enemigo. Borja decía en gráfica estrofa:

Maravillosamente tiene mi herida abierta
el dorado veneno que me dió esa mujer;
quiero entrar al Olvido por la mágica puerta
que me abrirá ese loco divino, Baudelaire.

Toda su obra está empapada de pesimismo; a menudo, el materialismo deja oír sus

Río Guayas, a la hora del crepúsculo vespertino.

pregones, pidiendo la desenfrenada y loca posesión de todos los placeres; en ocasiones, su sensualidad, discreta, convertida en pintora, plasma, en frases brillantes, imágenes felices; y a veces, en días de calma y de cordura, recobrando el dominio de sí mismo, trayendo a la memoria los nobles perfiles de su madre y las ternuras íntimas de su hogar, canta en **Primavera mística y lunar:**

El viejo campanario
toca para el rosario.

Las viejecitas una a una
van desfilando hacia el santuario,
y se diría un milenario
coro de brujas, a la luna.

Es el último día
del mes de María.
Mayo en el huerto y en el cielo:
arriba, rosas como estrellas,
abajo, estrellas como rosas;
hay un perfume de consuelo
flotando sobre las cosas.
Virgen María: ¿son tus huellas?

Hay santa paz y santa calma;
sale a los labios la canción;
el alma
dice, sin voz, una oración.
canción de amor
oración mía,
pálida flor
de poesía.

Hora de luna y de misterio,
hora de santa bendición,
hora en que deja el cautiverio
para cantar, el corazón;
hora de luna, hora de unción,
hora de luna y de canción!

La luna
es una
llaga blanca y divina
en el corazón hondo de la noche.
¡Oh, luna diamantina,
cúbreme, haz un derroche
de vívida blancura
en mi doliente noche;
llégate hasta mi cruz, pón un poco de albura
en mi corazón, llaga divina de locura!

El viejo campanario
que tocaba el rosario
se ha callado; el santuario
se queda solitario.

¿No sentís, leyendo esto, que os circula un escalofrío por la columna vertebral? Es el aletazo del genio. En este poema no asoma la cara por ninguna parte ese viejo verde que se llama Ajenjo; ni hay jeroglíficos de ideas, ni vocablos exóticos, ni perversiones del ritmo—alma de toda composición. Todo aquí es claro, fluido, flexible y viviente. Es Arte nuevo, pero sin vaguedades humosas ni bizarrerías anarquistas. ¡Qué exquisito estado de alma, y con qué admirable manera está expresado!

Escribiendo esta crónica, hago el viaje del recuerdo a la tierra ecuatorial: paseo por la Alameda, en cuyo centro hay un kiosko de follaje tupido, perfumado de jazmines y sonoro aún por la última cita... Entro al Bar del Pasaje Royal, y bebo biter a la francesa, con el novelista Eduardo Mera, el compositor Veintimilla, el historiógrafo Cristóbal Gangotena, el maestro Durán, los excelentes amigos Fierros, Cañadas, Salazar, Barberis, Jorge Diez... Torno a peregri-

nas por iglesias y conventos; veo la sonrisa amable del insigne y viejo Padre Proaño, el riquísimo templo de la Compañía, que tiene oro a toneladas y en cuyo recinto solía orar Mariana de Jesús; la iglesia de San Francisco, a cuyo atrio se sube por una original escalera de piedra, y donde el visitante ve, en el techo de la entrada, un mosaico hecho en tiempos de la Colonia, que representa al desnudo, en el más hermoso y noble realismo, escenas de Adán y Eva en el Paraíso: argumento sin réplica contra los que pretenden que el espíritu católico castra la verdad y corta las alas a la inspiración. La biblioteca de los mercedarios—nova et vetera—con 25.000 volúmenes, en cuyo ambiente flota y preside la cortesana silueta de Tirso de Molina. El ilustre claustro dominicano, regido por el delicioso fraile Ceslao Moreno. Y el convento de San Agustín, que ostenta en sus muros cuadros originales del grande y famoso Miguel de Santiago, pintor colonial de quien se cuentan las más extraordinarias historias.

Estaba cierto día en el taller, pintando un Crucificado. La obra, palpitante y viva, tocaba a su fin, pero el artista buscaba, en desesperado esfuerzo, buscaba en vano el gesto trágico, el soplo de la muerte, la expresión de la suprema agonía; loco ya con la locura del Arte, le clavó un puñal al hombre que servía de modelo, y en el momento en que agonizaba, tomó los pinceles y dió remate al lienzo: resultó una obra maestra.

En esa ciudad conocí a don Víctor Eastman Cox, Ministro de Chile, cuya casa es rendez-vous de elegancia y espiritualidad. Allí resplandece su hermana política, Lola Laso, para cuyo entusiasmo por el Arte no es óbice un millón de sucres de patrimonio. Otro tanto merece que se diga de ella, doña María de Eastman. Y he de consagrar también un recuerdo a Andrade Coello, crítico de arte, Juan León Mera (hijo), Navarro, Director de la Escuela de Bellas Artes, Pedro P. Traversari, experto arqueólogo de la música criolla, y Rafael Arcos, redactor de "El Comercio", diario respetable y culto; la gente que allí escribe sabe para qué se ha hecho la pluma.

Riobamba, lugar donde duermen los pasajeros del tren, es interesante ciudad que con

Carretera que conduce a la hacienda de Huanga rcucho. Un alto en la marcha. En medio de estos caballeros, hijos y amigos de Crespo Toral, está el compositor colombiano Emilio Murillo, compañero de Martínez Mutis

Srta. Josefina Vega, de Cuenca.

el tráfico, poco a poco va adquiriendo modernidades. Aún me parece que estoy en mi room, silencioso y bien oliente, del Hotel Metropolitano, uno de los mejores que conozco. La vida social es encantadora y llena de sencillez. Se encuentran hombres como el General Treviño, ex-Ministro en Santiago, y José María Dávalos, Director de "El Observador", periódico tradicionista. Otro buen bisemanario se apellida "Los Andes". Cuando pienso en esa villa, la villa del frío y los volcanes, siento dentro de mí, a lo lejos, parecida a los murmullos de la tarde cuando el sol se hunde, la voz de una dulce nostalgia.

De este punto a Alausí se va por el ferrocarril, y de ahí, caminando dos días a caballo, a Cuenca, la Atenas ecuatorial. No han dado los gobernantes la atención que merece a esa ciudad fuerte y grande, centro de las provincias azuayas, tierras en donde están las más pujantes energías de la república. Allí, al amparo de los viejos maestros, florece una brillante juventud, cuyos representantes son Remigio Tamariz, Gonzalo Cordero, Remigio Romero León, Talbot, Dávila Córdova, los Crespo Ordóñez, Albornoz, y otros más. El órgano intelectual es "La Unión Literaria", revista seria y jugosa que tiene fama harto merecida. Posee la gente cuencana un tesoro de la más española, franca y hospitalaria cortesanía; hay allí un par de ojos de mujer, capaces de trastornar a un santo, los más bellos que hubiera soñado un poeta persa... Desde el gentilhombre hasta el huaso, la inteligencia florece espontánea, como florece en los caminos la retama, olorosa y pastoral, con sus amarillos ramilletes, a los que un claro ingenio apellidó "el oro del pobre". La despedida de esa tierra fué para mí un día de luto. Sobre Cuenca, como sobre el colegio apostólico, descendió el Espíritu en forma de lenguas de fuego.

Mi admiración por esa ciudad, expresada públicamente, me acarreó cierto tiro anónimo; tan inofensivo fué, que no causó herida, ni nadie se dió cuenta de él: la pólvora estaba mojada.

Guayaquil es un cómodo y moderno puerto. Sus cien mil habitantes tienen las virtudes de la hormiga. El ambiente es libre y generoso. Día por día se acrecienta la riqueza y la prosperidad, y la urbe está empeñada en transcendentales obras que la harán completamente salubre. El río Guayas, ancho y pintoresco, ondula y distiende sus anillos de bronce y es para Guayaquil talismán sagrado, como la serpiente de Salambó. El Banco del Ecuador constituye la entidad de más sólido prestigio en la economía nacional.

La prensa, numerosa y nutrida, cuenta con

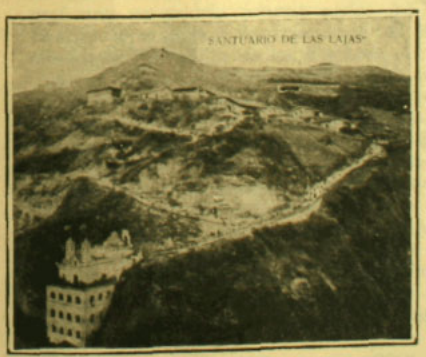
María Piedad Castillo, laureada escritora y poetisa guayaquileña.

diarios de la talla de "El Telégrafo". Altos portaliras, Nicolás Augusto González, el más alto y gallardo de todos, y después, Arroyo del Río, Aurelio Falconí, Egas, Falconí Villagómez, Fálquez Ampuero, María Piedad Castillo, Medardo Silva, los Granado—Guarnizo, González Castro, mantienen en alto el estandarte lírico bajo cuyos pliegues militaron Llona y aquél que tiene alma y nombre tan latinos como un águila romana: César Borja.

Ahora, reanudemos nuestro tema.

Arturo Borja no es lo que algún chileno llamaría **tropical**. Su pesimismo, más aprendido en los libros franceses que experimentado en la realidad, le había comunicado un tinte enfermizo, vago y morboso a su ánimo. Cuando se desvirtúa la Naturaleza, las pupilas, trastornadas, no perciben sino colores irreales y siniestros. Es algo parecido a lo que pasa en el **delirium tremens**. La vida, contemplada con el corazón sano, tiene, después de todo, muchas cosas nobles y amables.

Un caso análogo al de Borja lo observé en Ernesto Novoa Camaño, joven y aventajado poeta, camarada y amigo de aquél. Una noche lo encontré en el Hotel Froment, sentado cerca de una mesa, frente a un vaso de licor, con la cabeza entre las manos, silencioso, sombrío. Después de un momento de charla, como intentase yo disuadirlo de sus pensamientos de desesperación, me dijo: "Yo soy un desgraciado. Ayer se fué mi hermano político, Cristóbal Gangotena, a servir en Valencia como Cónsul del Ecuador. Quiso llevarme. Ese viaje dicen que me hubiera hecho bien... No me fuí porque he perdido la voluntad. Sí: yo soy un desgra-



Famoso y pintoresco santuario de Las Lajas, Ipiales (República de Colombia) cerca de la línea que parte límites con el Ecuador.

Srta. María Mosquera, de Riobamba.

ciado y no tengo remedio". Y lo cierto es que, aparte la exquisita desgracia de sentir mucho, no es Novoa Camaño un desventurado.

María Natalia Vaca, a quien conocí en Quito, es una sensitiva con talento. Huérfana desde niña, oriunda de una población pequeña y lejana, sin posición en los círculos sociales, y tan pobre como la camisa de Adán, ha sufrido. En su abandono, no tiene más alivio que el del pájaro cuando está triste: por eso canta. Y lo mismo que una Mimí doliente, que sabe de los barrios grises y las lunas cloróticas, su vida y sus versos están salpicados con los tintes de la Bohemia. Recuerdo que uno de sus poemas me arrancó la más íntima exclamación de sorpresa: creí encontrar allí algo de la sensibilidad de Alfredo de Musset.

Lanzado Arturo Borja por la pendiente de los paraísos artificiales, su estado de ánimo iba entenebreciéndose día por día. Su hermana Laura me regaló con varias piezas inéditas. En esa obra, como en el tablero de la fiebre que el médico dibuja a la cabecera

del enfermo, se ven las sinuosidades de la dolencia. En alguna parte dice:

¡La vida, la vida, la vida!!
la negra tristeza escondida
royéndonos sin compasión.

Y en otra parte, dirigiéndose a su novia:

Mi último beso
morirá en tus ojeras;
mi último beso
se alejará, camino de las quimeras.

Estas palabras se cumplieron. Enamorado de una hermosa muchacha, pensó en casarse. Sus amigos y camaradas le ofrecieron una elegante comida como despedida de soltero, y Borja, el libertino de veintiún años respondió a sus parabienes diciéndoles: "No me felicitéis. Me caso para un mes de matrimonio".

Llegó el día, y después de la esencial ceremonia, partieron los novios a un florido chalet, lejos de la ciudad; y entonces, no en la lujuriosa selva tropical de la juventud, sino en la moderna farmacia del deleite, se dieron a combinar las más raras drogas de amor. Débil y nervioso, Borja, para dormir, se había acostumbrado al uso del veronal. Una noche, en el tálamo nupcial, víctima involuntaria de la extenuación, el poeta multiplicó la dosis de tabletas somníferas... Entrado el día, su enamorada le llamó, y encontró solamente un cuerpo rígido...

El último beso
había muerto en sus ojeras!

Lástima grande de ese privilegiado temperamento de artista, nacido para cosas muy altas, que hubiera podido ser, como lo es hoy Gonzalo Zaldumbide, una de las más expectables figuras en las letras americanas.

Los primeros hombres en la luna

Por

H. J. VELLS

Con ilustraciones

CAPITULO PRIMERO

Mr. Bedford hace conocimiento con Mr. Cavor en Lympne

Al sentarme a escribir, aquí, a la sombra de los emparrados y bajo el cielo azul de la Italia meridional, viene a mi mente, con cierto asombro, la idea de que mi participación en las estupendas aventuras de Mr. Cavor ha sido, después de todo, consecuencia de un sencillo accidente, de una pura casualidad. Lo mismo que a mí, le podía haber sucedido a cualquier otra persona. Encontréme, sin saber cómo, metido de hoz y de coz en el asunto, en ocasión en que no tenía el más remoto pensamiento de que pudiera haber algo que viniese a turbar mi tranquilidad.

Habíame refugiado en Lympne, juzgando que era el lugar más pacífico, monótono e insignificante del mundo. "Aquí, al menos,—me dije al llegar—encontraré sosiego y calma para trabajar."

Y, sin embargo, allí empezaron a desarrollarse los extraordinarios acontecimientos que voy a referir. Este libro es el resultado de aquella ida a un sitio donde creí que no podría ocurrir nada. Así el Destino se complace en trastornar los planes mejor fraguados de los hombres.

Acaso deba mencionar aquí que por aquel entonces acababa yo de salir con las manos en la cabeza de ciertos malaventurados negocios en que me había metido. Rodeado ahora de todas las comodidades que da la riqueza, bien puedo permitirme el lujo de referir mis apuros de aquella época, y aun puedo admitir que, hasta cierto punto, yo fuí responsable de mis desastres. Es posible que tenga capacidad y aptitudes para distinguirme en algo, pero seguramente no en los negocios.

Mas por aquellos tiempos era joven, y mi juventud y la falta de experiencia me hicieron creer que tenía una gran disposición para empresas financieras. Soy joven todavía, en cuanto a edad, pero las cosas que me han sucedido desde entonces han borrado de mi ánimo mucho de la frescura y entusiasmo de la juventud. Si con ello he adquirido alguna más prudencia y sabiduría es ya cuestión dudosa.

No es necesario entrar en detalles de los desgraciados negocios que me obligaron a buscar refugio en Lympne, en el condado de Kent. En nuestros días, las transacciones mercantiles suponen siempre bastantes riesgos. Yo me aventuré, y como en estos asuntos hay invariablemente algo que **perder y ganar**, resultó que a mí me tocó siempre la primera parte... aunque con repugnancia lo confieso. El resultado, cualquiera puede figurárselo. Donde se quita y no se pone... Y, en fin, cuando ya me sacudí de todo y creí verme libre, surgió un acreedor verdaderamente implacable que abusó de su posición y me apretó sin piedad. Parecióme que no me quedaba otro recurso que escribir para el teatro, a menos de aceptar algún miserable empleíllo para ganarme trabajosamente la vida. Pero juzgo que tengo alguna imaginación y gustos delicados, y me propuse luchar a brazo partido con el Destino antes de darme por vencido. Además de creer en mi capacidad financiera, tenía en aquellos tiempos la idea de que poseía también para la literatura dramática tan buenas aptitudes como el primero, y que, fuera de los negocios, ninguna otra cosa puede dar tan espléndidos resultados como escribir para el teatro. A decir verdad, siempre consideré el drama, que todavía no había escrito ni planteado siquiera, como una reserva para cuando llegaran días de apuro y estrechez. Esos días llegaron, y en su consecuencia, puse manos a la obra.

Bien pronto advertí que escribir un drama es un trabajo mucho más largo de lo que yo me figuraba. Había calculado en un principio que en diez días podría dar cima a mi propósito, y para entregarme

con calma y por completo a la empresa, busqué el retiro de Lympne. Consideréme afortunado al encontrar un rústico albergue que cuadraba perfectamente a mi situación y a mis designios, y lo alquilé sin vacilar. Disponía de algunos rudimentos de mobiliario, y con ellos me arreglé como pude. Como no tenía criados, yo había de hacérmelo todo, incluso la limpieza y la comida, y con estas tareas domésticas alternaba mi trabajo literario. Mi ajuar y mis métodos habrían indignado a doña Reparos, y, sin embargo, aquella vida tenía sus encantos. Poseía una cafetera, una cacerola para guisar patatas y una sartén para freir huevos, jamón y salchichas. No siempre se nada en la opulencia; pero la sencillez está al alcance de todas las fortunas. Debo añadir que disponía, además de un barril de cerveza clara que había conseguido a fiado y un panadero, muy amable y confiado, me traía mi ración de pan todas las mañanas, conviniendo en que le pagaría al final de mi estancia en Lympne. Como se ve, por lo que digo, no vivía en un refinado sibaritismo que digamos, pero he conocido tiempos peores.

Verdaderamente, si alguno busca soledad y quietud, las encontrará, seguramente, en Lympne. Esta localidad se encuentra en la porción arcillosa del condado de Kent, y mi albergue estaba situado en lo alto y a la orilla de una escarpadura desde donde la vista podía extenderse por las ciénagas de Ramney hasta el mar, que, en otras épocas, llegaba hasta la base del escarpado. En tiempo lluvioso, el lugar era casi inaccesible, y he oído decir que algunas veces el cartero solía emplear zuecos de madera, al modo de los aldeanos de Asturias y de Holanda. Yo, por mi parte, nunca llegué a verle de esta guisa; pero me imagino perfectamente que tal pudiera ser.

A la puerta de algunas chozas y de las pocas casas que constituyen actualmente la aldea, suelen encontrarse grandes haces de mimbres, con el objeto de frotar en ellos el calzado y librarse de una buena parte de la greda que se queda adherida, detalle que puede dar una idea de la contextura geológica del distrito. Dudo que un poblado tan miserable existiese hoy día, si no fuese porque representa los restos y como el recuerdo de cosas antiguas desaparecidas para siempre. En efecto, Lympne fué, en tiempo de la dominación romana, el gran puerto de Inglaterra, **Portus Lemanus**; pero ahora, el mar se encuentra a siete kilómetros de distancia.

En toda la extensión de las laderas del cerro donde la población antigua se asentaba, se encuentran hoy rocas redondeadas por las aguas y restos de construcciones romanas de ladrillo. Desde allí, el antíguo camino, aún empedrado a trechos, se dirige como una flecha hacia el Norte.

Yo acostumbraba a permanecer en lo alto de la colina contemplando el panorama y pensando en las escenas que allí se desarrollaron en otros tiempos. Me parecía ver las galeras y las legiones, los cautivos y los funcionarios, las mujeres y los comerciantes, los especuladores como yo, todo hormigueando en el puerto y en la ciudad, el tumulto ensordeciendo la bahía. Ahora, de todo eso no quedan más que algunas ruinas y algunos pobres albergues, y en el campo la soledad más triste, pues cualquier espectador descarriado no vería, las más de las horas, por aquel término, sino alguna que otra oveja paciendo en los ribazos y mi propia persona dedicada a la contemplación. En el lugar en que en otros tiempos se hallaba el puerto, se encuentran hoy los pantanos, que, formando una larga curva, llegan hasta la lejana punta de Dungenness, y que se ven bordeados, aquí y allá, por algunos grupos de árboles y por las torres de las iglesias de algunas poblaciones medioevales que, al igual de la antigua **Lemanus**, se van, poco a poco, perdiendo en el olvido.

Mirando desde las alturas, el golpe de vista que presenta la ciénaga es realmente espléndido. Dungenness se encuentra, según creo, a unos veinticinco kilómetros de distancia, y forma como una almadía flotando en el mar; más lejos, hacia el Oeste, se distinguen las alturas de Hastings que unas veces parecen próximas y clarísimas, cuando la atmósfera es transparente; otras se ven como esfumadas y lejanas, y en ocasiones desaparecen por completo entre la bruma. Abajo, en la llanura, las porciones más próximas de la ciénaga aparecen surcadas de canales y sembradas de charcos que resplandecen cuando el sol los ilumina.

La ventana, junto a la cual yo acostumbraba a ponerme a trabajar, daba hacia esta parte del horizonte, y desde ella fué cuando por vez primera tuve ocasión de ver a Cavor. Me hallaba yo a la sazón tratando de fijar mis ideas para continuar mi escrito, y, como es natural, cualquier cosa me distraía y al levantar la vista y pasarla por el horizonte fué cuando lo distinguí y me llamó la atención.

El sol se estaba ocultando; el cielo, tranquilo y hermoso, presentaba una combina-

ción de matices verdes y amarillos, y sobre este fondo iluminado ví destacarse, en negro, una rara y extraña silueta.

Era un hombre de corta talla, rechoncho de cuerpo, piernas delgadas, y que continuamente se agitaba en bruscas sacudidas. Su atavío tenía también algo de extravagante, pues llevaba gorrilla, como los jugadores de cricket; calzón corto, cual los ciclistas; medias y calzado a la escocesa, y un gabán como el del más vulgar paseante de las calles de Londres. Apurado me vería para explicar tan estrambótica combinación de prendas de vestir en un solo individuo; pero tal era el hecho.

Mi hombre gesticulaba con brazos y piernas; sacudía la cabeza de un lado para otro, y, cuando lo ví de cara y de cerca, noté que sus labios estaban en continua agitación, como el que va rezando a media voz y a toda prisa. Luego noté que producía con la boca una especie de zumbido sumamente ruidoso, alternando con formidables resoplidos. Seguro estoy de que nadie ha oído a persona alguna producir un ruido semejante.

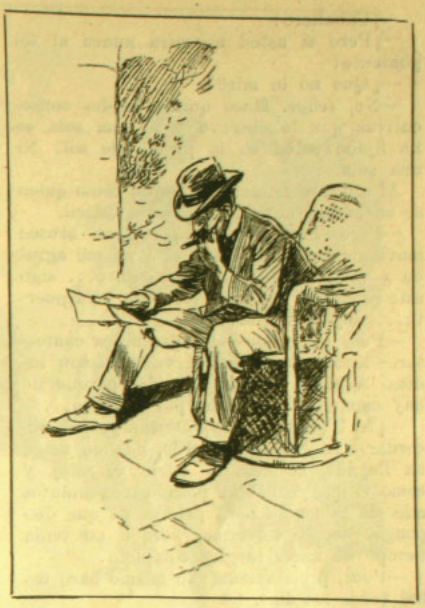
La tarde en que lo ví por primera vez había llovido, y su modo de marchar, ya de por sí extraño, resultaba aún más cómico por lo resbaladizo de la tierra gredosa del sendero. En el momento en que su silueta se destacó por completo contra el cielo, se detuvo, sacó su reloj, miró la hora y pareció vacilar durante unos instantes. Después, con un gesto convulsivo, volvió sobre sus pasos y se retiró con gran prisa, sin gesticular entonces, pero dando grandes zancadas que mostraban las dimensiones relativamente grandes de sus pies, grotescamente exagerados, bien me acuerdo, por la arcilla que se les había adherido.

Esto acaecía en una de las primeras tardes de mi estancia en Lympne, cuando mi energía dramática estaba en todo su auge y consideré el incidente como una mera distracción enojosa que me había hecho perder cinco minutos. Volví, pues, a mi trabajo sin pensar más en ello. Pero cuando, a la tarde siguiente, volvió a repetirse la aparición, exactamente con iguales detalles, y lo mismo al otro día y, en suma, todas las tardes en que no llovía, ya no pude, al llegar la hora, concentrar la atención en mi drama.

—¡Demonio de hombre!—me decía.—¡Cualquiera creería que está aprendiendo a imitar los muñecos de movimiento!

Y por muchas tardes lo maldije de todo corazón.

Por fin, mi enojo se fué cambiando en sorpresa y curiosidad. ¿Por qué razón se



entregaba aquel hombre a tal suerte de pantomima?

Al llegar los quince días ya no pude resistir más, y tan pronto como le ví aparecer me levanté de mi asiento, abrí la puerta de mi albergue, crucé el "verandah" y me dirigí al punto donde él se detenía invariablemente todas las tardes.

Cuando llegué cerca de él sacaba su reloj, como de costumbre; tenía la cara ancha, abultada y rubicunda, con los ojos de color pardo. En el instante en que iba a volver sobre sus pasos le dirigí la palabra, exclamando:

—Un momento, caballero.

Fijóse entonces en mí y me miró asombrado.

—¿Un momento?—repitió.—¡Sí, señor! Y si tiene usted algo que decirme, porque el momento ha pasado ya, ¿sería mucho pedirle que se tomara la molestia de acompañarme en mi paseo?

—Con mucho gusto—contesté, colocándome a su lado.

—Mis costumbres son muy regulares—añadió.—El tiempo de que dispongo para distraerme es muy limitado.

—Supongo que esta es la hora que consagra usted al ejercicio...

—En efecto; sí, señor. Vengo aquí a recrearme en la puesta del sol.

—No.

—¡Caballero!

—¡Pero si usted no mira nunca al sol poniente!

—¿Que no lo miro?

—No, señor. Hace quince tardes consecutivas que le observo y ni una sola se ha fijado usted en la puesta de sol. Ni una sola.

Al oír esto frunció las cejas, como quien se encuentra ante un problema difícil.

—Pero—exclamó al fin, con un brusco movimiento de cabeza—, si a mí me agrada y recrea el sol... el aire libre... sigo este sendero... paso la valla por esta puerta... doy la vuelta...

—Pues no, señor—me apresuré a contestar.—Nunca da usted la vuelta como indica. Además, eso es absurdo, porque no hay camino. Esta tarde, por ejemplo...

—¡Ah! ¡Esta tarde! Déjeme usted recordar. ¡Ah, sí! Esta tarde, cuando usted ha llegado, acababa de mirar el reloj, y como ví que ya habían pasado tres minutos más de la media hora precisa de que dispongo, decidí volverme, porque no tenía tiempo de hacer la gira completa.

—Pues, precisamente; lo mismo hace usted todos los días.

Miróme como asombrado y quedóse pensativo.

—Acaso... sí; acaso sea como usted dice. Ahora caigo en ello. Pero... ¿de qué me quería usted hablar?

—Pues de lo que hace usted.

—¿De lo que hago yo?

—Sí, señor. Todas las tardes viene usted por aquí haciendo ruido.

—¡Haciendo ruido!

—Sí, señor. ¡Así!..—y procuré imitar su resoplido.

Volvió a mirarme asombrado y mostrando que no le agradaba el zumbido que produje.

—¡Pero de veras hago yo eso?—preguntóme.

—Todas las tardes.

—Pues no tenía la menor idea.

Y se quedó parado, mirándome con mucha seriedad.

—¿Es posible—dijo al cabo de unos instantes de silencio—que yo haya contraído ese hábito sin darme cuenta de ello?

—Así parece—le contesté.

Agarróse entonces el labio inferior con el pulgar y el índice de su mano derecha, y al mismo tiempo clavó la vista en un charco que tenía a sus pies.

—Es extraño, es extraño—murmuró—.Sí, señor; mi mente está muy preocupada, y usted quiere saber por qué. ¿No es eso? Pues bien; puedo asegurar a usted que no sé por qué hago todo eso que usted me dice. Más aún; no sabía que lo hiciera. Ahora que reflexiono, veo que tiene usted mucha razón. Nunca he pasado de este sitio... ¿Y esto le molesta a usted?

Al oirle, sin saber por qué, comencé a sentir cierta simpatía por aquel pobre hombre.

—No me molesta—me apresuré a decirle. —Pero figúrese que está usted escribiendo una obra para el teatro.

—¡Oh! No sabría escribirla.

—Bueno; pues cualquier otra cosa que necesita fijar su atención, concentrar su pensamiento.

—¡Ah! ¡Sí! Ya comprendo—y se puso a meditar.

Su expresión manifestó de un modo tan elocuente su angustia, que casi me compadecí de haberle puesto en aquel apuro. Después de todo, había algo de agresivo en pedir explicaciones a una persona que no se conoce, de por qué zumba, resopla o tararea en una vía pública, en medio del campo.

—¿Comprende usted?—me dijo al fin como disculpándose.—Es un hábito inconsciente.

—Ya lo había notado.

—Sin embargo, si eso le molesta, es preciso que lo destierre.

—De ningún modo, si eso puede contrariarle. Al fin y al cabo, no tengo derecho... Me he tomado demasiada libertad.

—De ninguna manera. ¡Vaya! De ninguna manera. Al contrario. Yo soy el que le está muy agradecido. En lo sucesivo, ya cuidaré de no caer en la mala costumbre que usted me ha hecho notar. ¿Tiene usted la bondad de volver a repetir... ese ruido?

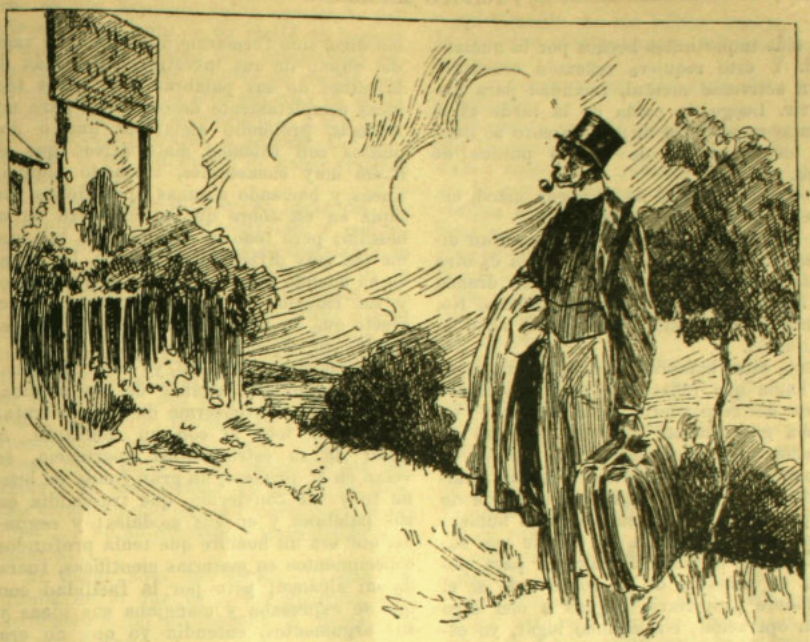
—Pues una cosa así.... Zú, zu... zu, zu... Pero, vamos... no sé como pedir a usted que me dispense...

—Le digo a usted que le estoy muy agradecido. A decir verdad, conozco que soy atrozmente distraído. Tiene usted mucha razón; sí, señor, mucha razón. Me ha hecho usted un gran servicio. Esto debe terminar. Yo procuraré poner fin a mis distracciones. Y ahora... acaso le he hecho a usted venir más lejos de lo que debía.

—No, señor. Y espero que me dispensará usted mi impertinencia.

—No tengo que dispensarle a usted nada.

Nos miramos uno a otro por unos instantes. Como ya no había forma de continuar la conversación, me despedí, quitándome el sombrero y dándole las buenas



tardes. El me contestó casi automáticamente, y nos separamos.

Al llegar a la puerta de la valla me volví y le ví alejarse. Había cambiado completamente de aspecto. Parecía como abrumado. El contraste con su anterior costumbre de gesticular, de moverse con rapidez y libertad, no pudo menos de impresionarme, aunque parezca mentira. Entonces, sintiendo de todas veras el haberme metido en cosas que no me importaban, volví hacia mi pabellón y a mi drama.

Al día siguiente mi hombre no pareció por ningún lado. Pero no por eso dejé de tenerle presente en mi imaginación, y se me ocurrió que un tipo como el suyo, mezcla de sentimental y de cómico, podía serme muy útil en el desarrollo de mi drama. A los tres días, él mismo fué el que vino a verme.

Durante un momento me ví muy apurado, tratando de adivinar cual sería el objeto de su visita. El hombre empezó con mucha ceremonia a hablarme de cosas de poca monta y puramente como para llenar el expediente. Por fin, y de pronto, se decidió a abordar el asunto que le traía. Su propósito era nada menos que comprarme mi pabellón.

—Oigame usted—me dijo—, no trato en modo alguno de recriminarle; pero... usted ha destruído un hábito con el que estaba completamente identificado, y esto ha trastornado completamente todo mi ser. Yo estaba acostumbrado, años y años, a pasearme por estos mismos sitios y siempre del mismo modo, tal vez resoplando. Ahora, después de las observaciones de usted, me es imposible.

Indiquéle entonces que podría pasearse en otra dirección y continuar con sus costumbres.

—No—me replicó—, para mí no hay más camino que éste. Y ahora resulta que todas las tardes, a las cuatro, no sé qué hacer.

—Pero, señor mío—me apresuré a decirle—, si el asunto es tan importante para usted...

—Es una cuestión vital. Mire usted. Yo soy, ¿cómo lo diré?... Yo soy un investigador... Me he lanzado a investigaciones científicas de la mayor importancia. Habito...—quedóse un momento en silencio y como meditando—allá arriba—dijo por fin, apuntando con los dedos y muy cerca de mi vista—. ¿Usted ve la casa con chimeneas blancas que se distingue sobre los árboles? Pues allí. Mi posición y mis circunstancias son muy anormales, muy anormales. Estoy ahora a punto de hacer un descubrimiento importantísimo. ¡Puedo asegurarlo a usted! Uno de los descubrimien-

tos más importantes hechos por la humanidad. Y esto requiere reflexión constante, gran actividad mental, facilidad para discurrir. Luego, la caída de la tarde es el tiempo mejor para mí; mi cerebro se llena de ideas nuevas, de nuevos puntos de vista.

—Pero, ¿por qué no se queda usted, entonces, en su casa meditando?

—¡Oh, no! Entonces las cosas serían diferentes, mi pensamiento gravitaría de otro modo; pensaría en usted y en su drama, en lugar de ocuparme de mi trabajo. No, no hay otro remedio. Le compro a usted su habitación.

Ante estas palabras, medité. Naturalmente, había que reflexionar muy seriamente antes de responderle nada decisivo. Yo estaba grandemente dispuesto siempre en aquellos días para hacer toda suerte de negocios, y el vender siempre me ha atraído. Pero, en primer lugar, mi albergue no me pertenecía, y aun cuando se lo hubiera vendido a buen precio, es posible que encontrásemos algunas dificultades para ponerle en posesión de él, sobre todo si el verdadero propietario llegaba a oler algo de la operación; en segundo lugar, yo estaba...—¿cómo lo diré?—en bancarrota declarada, y, por lo tanto, sujeto a grandes responsabilidades si contraía nuevas deudas. Era, pues, lo que se me proponía un negocio que requería gran discreción y habilidad. Pero, por otra parte, la idea de que mi vecino se hallaba a punto de conseguir alguna invención de valor extraordinario me interesaba mucho, y juzgué que sería mejor para mí saber algo más acerca de sus investigaciones, por supuesto sin ningún mal propósito, sino sencillamente calculando que esto me distraería algo de mi monótono trabajo. En su consecuencia, traté de sondearle.

Con gran alegría noté que se hallaba dispuesto a darme toda clase de indicaciones. En realidad, una vez que se lanzó a hablarme de sus inventos, la conversación se transformó en un verdadero monólogo.

Hablaba como un hombre largo tiempo tenido en reclusión y que hubiera meditado sobre su asunto miles y miles de veces, de suerte que lo dominaba en todas sus fases. Creo que estuvo hablando cerca de una hora, y debo confesar que encontré sus frases algo rebeldes a mi compresión. Mi inteligencia no estaba bastante educada para poder apreciar y medir el alcance y la significación de todas sus ideas; pero, en conjunto, creo que me hice cargo de lo que se trataba.

En esta primera entrevista no logré, como digo, sino formarme una idea muy vaga del objeto de sus investigaciones. Más de la mitad de sus palabras eran voces técnicas completamente desconocidas para mí. Además, pretendió esclarecer uno o dos puntos con cálculos matemáticos que él llamó muy elementales, trazando algunas líneas y haciendo algunas operaciones con lápiz en un sobre que se encontró en el bolsillo; pero todo de una manera tal, que me era muy difícil comprenderle. De cuando en cuando interrumpía sus explicaciones y sus cálculos y me miraba para ver el efecto que en mí producía, y yo le contestaba: "Sí, sí, continúe usted."

Aunque, como he dicho, yo no podía apreciar el verdadero alcance de sus explicaciones, pude convencerme de que no trataba con un loco ni con un charlatán. A pesar de su estrambótica apariencia, se veían en él, primero, un gran fondo de buena fe y de convicción, que trascendía en sus palabras y en sus modales; y segundo, que era un hombre que tenía profundos conocimientos en materias científicas, fuera de mi alcance; pero por la facilidad con que se expresaba y manejaba sus ideas y sus argumentos, entendía yo que no era lerdo.

Respecto a la índole del invento, pude alcanzar que se trataba de una cosa que tenía ciertas posibilidades mecánicas. Hablóme de un taller que había instalado, donde trabajaba con tres ayudantes, antiguos carpinteros de armar, pero que él había instruído especialmente para su objeto. Ahora bien; de un taller de esta clase al privilegio de invención y a la Fábrica, no hay más que un paso, y esto me atraía. Invitóme a visitar su instalación; acepté inmediatamente, y tuve buen cuidado, por medio de algunas observaciones, de que la oferta quedase firme, con objeto de que no se volviese atrás.

Por fin levantóse para marcharse, excusándose de la larga duración de su visita. Hablar de su obra me dijo que era un placer de que gozaba raras veces. "No siempre se encontraba un oyente tan inteligente como yo'", exclamaba, y más teniendo en cuenta la vida que él hacía, retraído del trato con los hombres científicos de su cuerda.

—¡Si viera usted!—me decía.—¡Se ven tantas intrigas, tantas mezquindades!; y realmente, cuando uno tiene una idea, ua idea nueva y fecunda, yo no quisiera aparecer falto de caridad; pero creo...

A pesar de sus medias palabras y reticencias, entendí bien claramente lo que en esto me quería decir. Soy un hombre que

cree en los impulsos, en la excelencia del primer movimiento, y no vacilé en hacerle lo que acaso parezca una proposición temeraria; pero debe tenerse en cuenta que llevaba ya cerca de tres semanas de triste soledad en Lympne, entregado a mi fastidioso trabajo literario, y, además, aún conservaba el remordimiento de haber trastornado su paseo.

—¿Y por qué—le dije—en lugar del hábito que había usted contraído, y que yo he alterado, no toma usted la costumbre de venir aquí a conversar conmigo? Por lo menos puede usted hacerlo hasta que convengamos difinitivamente el trato acerca de la compra de este pabellón. Lo que usted necesita es, según me ha dicho, poner su mente en tensión para discurrir acerca de su invento; eso es lo que hacía usted todas las tardes durante su paseo. Yo he trastornado todo eso; pero, ¿por qué no viene usted aquí y me habla de sus cálculos y de sus teorías? Yo no soy un hombre científico que pueda robarle a usted sus ideas... Yo no conozco ni trato hombres de ciencia...

Al llegar aquí me detuve. Vi que meditaba en lo que yo le iba diciendo. Evidentemente, mi proposición le atraía. Por fin me contestó:

—Pero temo incomodarle y aburrirle.

—¿Cree usted que soy completamente nulo para apreciar lo que me diga?

—¡Oh, no! Pero los detalles técnicos...

—De todos modos, su conversación de esta tarde me ha interesado muchísimo.

—Verdaderamente, lo que usted me propone podría ser un gran recurso para mí. Nada aclara tanto las propias ideas como explicarlas, y hasta el presente...

—Señor mío, no diga usted más. Quedamos convenidos en que vendrá usted y se explayará cuanto quiera.

—Pero, verdaderamente, ¿usted tiene tiempo de que disponer?

—No hay descanso mejor que el cambio de ocupación—le contesté con convicción profunda.

El asunto, pues, quedaba convenido. Despidióse de mí hasta el día siguiente. Al cruzar el "verandah" que rodeaba mi albergue se volvió y me dijo:

—¡Ah! ¡Se me olvidaba! Estoy muy agradecido a usted.

—¿Por qué?—le pregunté.

—Porque me ha curado usted completamente de ese hábito tan ridículo de resoplar continuamente sin que yo lo advirtiese.

Le contesté no sé qué cumplidos, y le ví alejarse.

En cuanto se halló solo, los pensamientos que la conversación le había sugerido debieron empezar a trabajar en su cerebro: sus brazos comenzaron a agitarse, según su antigua costumbre, y le ví perderse en la lejanía, gesticulando como siempre, y aun creo que la brisa me trajo, ya muy apagado, el eco de sus resoplidos...

De poco, pues, le habían servido mis observaciones; pero, en fin, era asunto que no me importaba.

Volvió al día siguiente, y al otro, dándome en ambos extensas conferencias de Física, que nos sirvieron de mutua satisfacción. Habló con extrema lucidez acerca del éter, de tubos de fuerza, de la potencia de la gravitación y cosas semejantes, en tanto que yo, muellemente recostado en mi silla rústica, le estimulaba, diciendo de cuando en cuando:

—Sí, sí. Siga usted. Comprendo perfectamente.

Era, sin embargo, el asunto sumamente difícil para mí; pero creo que nunca pudo mi buen hombre imaginarse hasta qué punto yo no le entendía. Hubo momentos en que yo me preguntaba si no se estaría bur-

lando de mí, hablando cosas sin sentido, puesto que para mí no lo tenían. Pero, en fin, en todo caso, esto me distraía o me servía de descanso en el trabajo de mi maldito drama.

De tiempo en tiempo, algunas de las cosas que decía me parecían claras; pero en seguida se desvanecían las ideas cuando pensaba que ya las tenía cogidas. Otras veces mi atención huía por completo, y yo abandonaba todo esfuerzo por comprenderle, mirándole fijamente y preguntándome en mi interior si no sería mejor, después de todo, servirme de él como de protagonista en una buena farsa, sin preocuparme de otra cosa. Después, la casualidad, o qué sé yo, hacía que comprendiera por un momento algo de lo que me decía, y con esto volvía a interesarme en sus investigaciones.

A la primera ocasión fuí a visitar su domicilio. Era una casa grande, en cuyo mobiliario se advertía el mismo desorden que en los vestidos de mi amigo; no tenía más domésticos que sus tres ayudantes, y el régimen y género de vida de Mr. Cavor (así se llamaba) se caracterizaban por una sencillez filosófica. Su alimentación era exclusivamente vegetal, no bebía más que agua, y, por lo que ví, se sometía a todas las disciplinas de este género de vida.

Pero la vista de su instalación disipó todas mis dudas. Desde el sótano hasta el desván todo estaba dedicado a los trabajos que constituían la preocupación principal de mi vecino. En las piezas del piso bajo había bancos y diferentes aparatos. El horno para hacer pan se hallaba transformado en un horno respetable; en los sótanos había montado dinamos, y en el jardín un gasómetro.

Mostróme todo esto con el aire de confianza de un hombre que ha vivido solo durante mucho tiempo. Su aislamiento le hacía desbordarse, y de todas estas expansiones tenía yo la buena suerte de recibir el beneficio.

Los tres ayudantes eran muy buenos ejemplares de esa clase de hombres mañosos que sirven para todo. Si no eran inteligentes, por lo menos eran cuidadosos, llenos de buena voluntad y concienzudos para su trabajo. Uno de ellos, llamado Spargus, estaba encargado de la cocina y de todos los trabajos en metal; había sido marinero. El segundo, Gibbs, hacía de ebanista y todos los trabajos finos de carpintería, y el tercero, que echaba mano a todo, había sido jardinero.

Estos individuos estaban exclusivamente encargados del trabajo manual. Toda la labor inteligente era realizada por mister Cavor.

Pude convencerme bien pronto que la ignorancia de los tres adláteres de mi amigo era de las más tenebrosas, comparada con las nociones vagas e insignificantes que yo tenía.

Tratemos ahora de la naturaleza de las investigaciones a que mi vecino estaba dedicado.

En esto, desgraciadamente, se presenta una gran dificultad. Yo no soy perito en materias científicas, y si tratase de explicar en el lenguaje técnico y profundo de Mr. Cavor el objeto de sus experimentos, temo que, no solamente embrollaría al lector, sino que me embrollaría yo mismo, y que diría mil disparates que harían reir a todos los que estén al corriente de los últimos adelantos de la Física matemática. Yo creo que lo mejor que puedo hacer es trasladar aquí mis impresiones en lenguaje liso y llano, acaso inexacto, pero presentando las cosas como yo las iba viendo y comprendiendo, y sin pretender una cultura científica de que carezco en absoluto.

El objeto de las investigaciones de Mr. Cavor era hallar una substancia que fuese opaca (él se servía de otra palabra que yo he olvidado, pero que correspondía perfectamente a la idea de opacidad) a todas las formas de energía radiante. Esta energía radiante, según me explicaba Mr. Cavor, es todo lo que se parece a la luz, al calor, a los rayos X de que tanto se ha hablado en estos últimos años, a las ondas eléctricas de Marconi, o a la gravitación. Toda esta energía, me explicaba Cavor, radia de centros y se extiende por todo el espacio, actuando sobre los cuerpos a distancia, de donde viene el término de "energía radiante". Ahora bien; casi todas las substancias son opacas a alguna forma determinada de la energía radiante. El vidrio, por ejemplo, es transparente para la luz, pero lo es mucho menos para el calor. Por el contrario, una solución de resguardarnos del fuego.

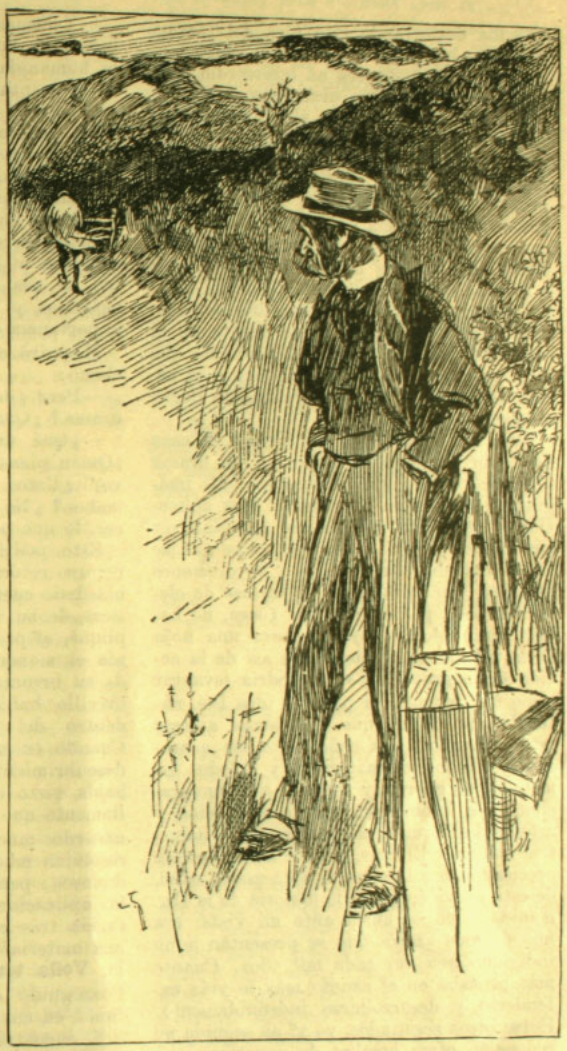
El alumbre es también transparente para la luz e intercepta por completo el calor. Por el contrario, una solución de iodo en bisulfuro de carbono detiene la luz por completo, y es perfectamente transparente para el calor, de suerte que nos oculta completamente la vista del fuego, y, sin embargo, permite que su calor llegue hasta nosotros. Los metales no son solamente opacos para el calor y la luz, sino también para la energía eléctrica.

Ahora bien; todas las substancias conocidas hasta ahora son transparentes para la gravitación. Se pueden emplear pantallas de diversas clases para interceptar la luz, el acceso de la influencia extraordi-

naria del sol o el calor de la tierra; se pueden abrigar los objetos contra los rayos de Marconi, por medio de pantallas de metal pero nadie intercepta la gravitación universal, ni la de la tierra en particular. Sería muy difícil explicar por qué no existe semejante substancia, y, por consiguient aún menos se pudiera negar a **priori** la posibilidad de su existencia. Seguramente no era yo quien pudiera objetarle en esta materia. Nunca me he quebrado la cabeza en estos problemas. Mostróme cuadernos llenos de cálculos que, seguramente, lord Kelvin, o el profesor Lodge, o el profesor Karl Pearson, o cualquiera de esos grandes hombres de ciencia hubieran podido comprender; pero yo no entendía una palabra, y con ellos me pretendía demostrar que no solamente tal substancia opaca para la gravedad era posible, sino que debía satisfacer ciertas condiciones. Me hacía para esto una serie de razonamientos que debían ser muy profundos, pero que, a pesar del efecto que me producían en el momentto en que él me los exponía, yo no puedo transcribir aquí de ningún modo.

—Sí, le respondía yo; sí, tiene usted razón. Continúe usted.

Quisiera, pues, para la claridad de esta narración, decir que Mr. Cavor tenía la esperanza de poder fabricar la pretendida substancia opaca a la gravedad, por medio de una aleación de varios metales y otras cosas (un nuevo elemento químico, me parece), que llamaba, si mal no recuerdo, **helium**, cuerpo que recibía de Londres en frascos cerrados y sellados.



No estoy completamente seguro de estos detalles; pero creo no equivocarme al afirmar que aquellos frascos cerrados lo que contenían era **helium**. En todo caso, era una substancia gaseosa y extremadamente tenue. Si en aquellos tiempos hubiera tomado algunas notas, ahora podría ser más claro en mis explicaciones, pero ¿cómo pude yo prever entonces lo que iba a suceder?

Todo el que posea un indicio de imaginación comprenderá las cosas extraordinarias que podrían hacerse con una substancia semejante y participará un poco de la emoción que yo experimentaba a medida

que iba desterrando esta idea del fárrago de frases que me largaba Mr. Cavor.

Después de todo, era un intermedio magnífico para una pieza dramática.

Necesité, sin embargo, algún tiempo para convencerme de que yo había interpretado exactamente el pensamiento de mi vecino, y tuve gran cuidado en no hacerle preguntas que le hubieran permitido juzgar de la ignorancia y del abismo de mi capacidad en el cual vertía sus explicaciones. Nadie que lea esta narración podrá llegar a hacerse cargo completamente de mi estado de ánimo, porque es imposible por sólo esta árida descripción, darse cuenta de la convicción que yo había adquirido de que la extraordinaria substancia opaca a la acción de la gravedad podía realmente llegar a fabricarse.

Creo que después de mi vista a la casa de Cavor no llegué a dedicar a mi drama una hora de trabajo consecutivo. Mi imaginación estaba en otra parte. Las aplicaciones de aquela materia me parecían ser sin límite; por cualquier parte que mirase me encontraba con milagros y revoluciones posibles. Por ejemplo: si se tratase de elevar un peso, por enorme que fuera, no habría sino colocar bajo su masa una hoja de la substancia, y librándose así de la acción de la gravedad, se le podría levantar como una pluma. Mi primera idea fué, naturalmente, la de que podríamos aplicar este principio a los cañones, a los acorazados, a todos los materiales y a todos los métodos de guerra, y después a la navegación, a la locomoción, a la construcción y a todas las formas imaginables de la industria humana. El azar, que me había llevado precisamente a la cuna de esta nueva edad, de esta nueva época de la historia de la Humanidad que se abría ante mi vista, era uno de esos azares que se presentan a un individuo una vez cada mil años. Cuanto más pensaba en el asunto más lo veía extenderse y desarrollarse indefinidamente. Entre otros resultados, yo ví en seguida mi redención como hombre de negocios: veía constituirse una gran Compañía que se reproducía por todas partes, formando Compañías derivadas con aplicaciones aquí y allá, a derecha e izquierda, sindicatos, **truts**, con privilegios y concesiones, hasta que una vasta y prodigiosa Sociedad para la explotación de la **cavorita** dominase y gobernase el mundo. ¡Y yo era el alma, el gerente de esta Sociedad!

Cuando llegué a esta conclusión, cuando ví perfectamente claro el asunto, tomé mi resolución y me fuí derecho al bulto. Podía suceder que arriesgase la partida, pero no vacilé en dar la acometida.

—Tenemos entre manos Mr. Cavor, la invención más grande que ha podido ver la humanidad—dije, teniendo buen cuidado de acentuar bien el **tenemos**.—Si quisese usted ahora prescindir de mí y separarme de la combinación, ¡ni a cañonazos lo conseguiría usted! Desde mañana me vengo aquí a instalarme en su taller, en calidad de cuarto ayudante.

Pareció un poco sorprendido de mi entusiasmo. Pero de ninguna manera mostró sospecha ni hostilidad; antes bien, me habló de sus invenciones en términos más modestos y humildes, como rebajando la importancia que yo le atribuía.

Me miró con cierto aire de duda, y exclamó:

—Pero ¿de veras usted cree...? ¿Y su drama? ¿Qué va a ser de su drama?

—¿Qué drama ni que ocho cuartos! ¡Quién piensa en eso, mi querido Mr. Cavor! ¿Usted no sabe lo que traemos entre manos? ¿No ve usted lo que podemos hacer, lo que podemos conseguir?

Esto podría parecer, por mi parte, un recurso retórico; pero, realmente, no se había dado cuenta de las consecuencias prácticas de su invención. Cuando se las expliqué, al pronto no pudo creerme. No tenía el menor indicio del aspecto práctico de su invento. Aquel extraordinario hombrecillo había estado trabajando siempre dentro del terreno puramente teórico. Cuando en un principio me decía que su descubrimiento era el más importante que había visto el mundo, quería decir sencillamente que con su invento se ponían de acuerdo muchas teorías científicas y se resolvían muchos problemas hasta entonces dudosos: pero no se había preocupado de las aplicaciones que pudiera tener la substancia tras cuya composición andaba. Era una materia posible y trataba de fabricarla. **Voila tout**, como dicen los franceses. Conseguido esto, era verdaderamente infantil en cuanto a los resultados.

Si encontraba la materia opaca a la gravitación, -sta quedaría para la posteridad con el nombre de cavorita o cavorina, con lo cual se inmortalizaría su apellido; le nombrarían miembro honorario de muchos Institutos; la revista científica **The Nature** daría su retrato como regalo a sus suscriptores. Esto y otras cosas semejantes es lo único que él veía como consecuencia de su descubrimiento.

Es decir, que habría lanzado al mundo una verdadera bomba, exactamente lo mismo que si hubiera anunciado el descubrimiento de una especie nueva de mosquitos, a no haber dado la casualidad de encontrarme yo mezclado en el asunto. El des-

cubrimiento no hubiera pasado del terreno teórico, y acaso se hubiera poco a poco olvidado, como otras tantas cosas que los hombres de ciencia abandonan en su camino. Cuando yo me dí cuenta de todo esto, yo fuí quien tomó la palabra y Mr Cavor el que escuchaba y el que, de cuando en cuando, me decía: "¡Continuúe usted, continúe usted!" Enardecido en el asunto, yo hablaba con entusiasmo, paseando nervioso por la habitación y gesticulando como un muchacho. Traté de hacerle comprender sus deberes y sus responsabilidades; es decir, **nuestros** deberes y **nuestras** responsabilidades; le afirmé que podíamos adquirir una fortuna para permitirnos realizar toda suerte de revoluciones sociales, si así nos lo propusiéramos; que podríamos poseer y dirigir el mundo entero. Le hablé de Compañías, de privilegios de invención, de por qué debíamos fabricar en secreto nuestro producto, etc., etc.

Todas estas cosas hacían en él, al parecer, una impresión semejante a la que sus matemáticas habían hecho en mí. Su fisonomía mostraba un aire de perplejidad. Murmuró algunas cosas acerca de su indiferencia por las riquezas; pero yo le salí al encuentro y le dije que estaba condenado a ser rico y que no valían nada sus vacilaciones ni su despego por el dinero.

Dile a entender entonces qué clase de hombre era yo y que tenía una gran experiencia en los negocios. Por supuesto, cuidé de no decirle una palabra de que estaba arruinado y que había sido declarado insolvente, porque, en realidad, ésta era una situación pasajera; pero, en fin, creo que llegué a conciliar mi evidente pobreza con mis pretensiones financieras. Insensiblemente, y a medida que fuí desarrollando ante él todos estos proyectos, llegamos a un acuerdo para explotar el monoplio de la cavorita. El se encargaba de la producción de la materia, y yo de explotar el asunto en el mundo de los negocios.

En todo esto, nunca dejé de emplear la palabra **nosotros**; el **yo** y el **usted** no existían par mí. Mi compañero me expresó la idea de que los beneficios que pudieran obtenerse, y que yo tanto le ponderaba, debieran aplicarse para fomentar las investigaciones científicas de toda clase, a lo cual le contesté que la idea era muy plausible y que eso ya lo arreglaríamos más tarde. "Está bien, está bien—decía yo;—la gran cuestión es lograr la fabricación de la substancia".

—La cavorita—le decía—será una materia sin la cual ninguna casa, ninguna fábrica, ninguna fortaleza, ningún buque podrán pasar, y será aplicada más universalmente que un específico de los que sirven para todas las enfermedades. No hay uno sólo, de todos los diez mil usos a que la cavorita puede destinarse, que no baste para enriquecernos. Créalo usted, Mr. Cavor, podremos ir mucho más allá de lo que pueda soñar el más avaro.

—Es cierto—me contestó,—comienzo a comprender. Es extraordinario cómo pueden obtenerse nuevos puntos de vista hablando y hablando de un asunto.

—Cuando se habla—le contesté yo— con el hombre más a propósito.

—Supongo—dijo—que nadie es, en absoluto, opuesto a poseer una gran fortuna... Naturalmente, aquí hay una dificultad...

Detúvose entonces, como meditando. Yo le escuchaba sin respirar.

—Es posible, ¿sabe usted?, que no consigamos llegar a fabricar la substancia. Puede suceder que la cavorita sea una de esas cosas teóricamente posibles, pero realmente absurdas, o que, aun cuando lleguemos a verla fabricada, nos encontremos con algún nudo, con algún tropiezo.

—Déjese usted de nudos. Cuando se presenten, los desataremos o los cortaremos—le contesté yo.

CAPITULO II

Primera fabricación de la cavorita

Pero los temores de Cavor carecían de fundamento, por lo menos en lo que se refería a la fabricaión. El 14 de Octubre de 1899 quedó efectivamente descubierto el modo de hacer esta extraordinaria substancia.

Por un azar extraño, la cavorita se formó por accidente y en el momento en que Mr. Cavor menos lo esperaba. Mi sabio amigo había fundido una mezcla de metales y otras cosas—¡cuánto daría por conocer ahora la fórmula!—y se proponía mantener la mezcla en fusión durante una semana, y entonces dejar que se enfriase lentamente.

A menos de que hubiese algún error en sus cálculos, el último estado de la combinación debía presentarse cuando la materia descendiese a una temperatura de 60° Farenheit; pero sucedió que, sin conocimiento de Cavor, se originó una discusión entre sus ayudantes acerca de los turnos para cuidar el horno. Gibbs, que había sido entonces el encargado de ello, trató de soltar el mochuelo al que había sido jardinero, bajo el pretexto de que el carbón

procedía de la tierra, puesto que de ella se extrae, y de que, por consiguiente, no entraba en la jurisdicción de un carpintero; el jardinero alegó, por su parte, que el carbón era una substancia metálica o mineral, y él no tenía nada que ver con ella; y, por último, Spargus insistió en que Gibbs debía continuar al cuidado del horno, puesto que era carpintero y la hulla es una madera vegetal fósil. Pero la consecuencia fué que Gibbs cesó de alimentar el horno, y nadie se cuidó de llenar esta obligación.

Cavor estaba muy absorbido entonces por ciertos problemas interesantes, relativos a una máquina voladora que debía funcionar con la cavorita (despreciando la resistencia del aire y algunos otros puntos); no estaba, pues, en situación de fijarse en minucias de la práctica, después de haber dado sus instrucciones de un modo bien preciso.

Ello es que el nacimiento prematuro de su invención ocurrió justamente en el momento en que mi amigo estaba a la mitad de camino entre su taller y mi albergue, adonde se dirigía con objeto de tomar té juntos y conversar conmigo.

Recuerdo las circunstancias con una vivísima claridad.

El agua para el té estaba dispuesta para cuando Mr. Cavor llegase. Percibí el ruido de sus resoplidos famosos; levanté la cabeza y distinguí su silueta, destacándose negra sobre el firmamento iluminado por la puesta de sol, y, más lejos, hacia el valle, las chimeneas de su taller que se elevaban sobre un grupo de árboles cubiertos de hojas. En lontananza se dibujaban las colinas de Wealden, indecisas y azuladas, mientras que, a la izquierda, la ciénaga se extendía ancha y brumosa.

De repente... las chimeneas, hechas mil pedazos, volaron hacia el cielo, seguidas de la techumbre del taller y de todo lo que en éste se encontraba. Luego se elevó una inmensa llama blanca; los árboles se inclinaron, se enroscaron, y pedazos de las ramas se elevaron entre las llamas. Un estampido inmenso me dejó casi sordo de un oído y todas las ventanas de mi vivienda se hicieron mil pedazos. Dí tres pasos fuera del "verandah" que rodeaba mi pabellón y en dirección a la casa de Cavor, cuando, en el mismo instante, sentí como una impetuosa galerna que me arrebataba. Los faldones de mi gabán cubrieron mi cabeza, y yo mismo, contra mi voluntad, me ví cogido por el viento y obligado a avanzar, dando saltos enormes, al encuentro de mi amigo.

En el mismo momento ví que éste, cogido también por la fuerza del viento, era bamboleado en todos sentidos, y por último lanzado como lo fuera una pelota a través del espacio. Una de las chimeneas de mi pobre albergue fué también derribada, lanzada al aire, y cayó hecha pedazos a seis pasos de mí. Sin yo darme cuenta de lo que me ocurría, y como impulsado, por una fuerza irresistible me dirigía a grandes saltos hacia el foco de la conflagración. Mr. Cavor, entretanto, agitando en el aire sus cuatro extremidades, cayó al suelo, rodó varias veces sobre sí mismo, trató de ponerse en pie, y fué, por último, arrebatado con una velocidad enorme, desapareciendo entre los árboles que se agitaban y se retorcían en las inmediaciones de su casa.

Una gran masa de humo y de cenizas y una pieza cuadrada de una substancia azulada y brillante se elevaron hacia el cénit. Un gran trozo de una valla que venía volando por los aires cayó cerca de mí, aplastándose contra el suelo. Con esto, la conmoción cesó. Aquella tromba aérea, subsiguiente a la voladura del taller, había pasado, y pude ya, con dominio de mí mismo, mantenerme en pie y respirar al ver que el peligro había cesado. Volví entonces la espalda al viento, me detuve y traté de coordinar mis ideas.

En pocos segundos, la faz entera de las cosas había cambiado a mi alrededor. La tranquilidad del firmamento, al tiempo del ocaso del sol, había desaparecido; el cielo se presentaba obscurecido por nubes amenazadoras, agitado por la tempestad. Dirigí una mirada hacia atrás para ver si mi pabellón se hallaba en pie; después avancé rápidamente hacia el grupo de árboles por donde había desaparecido Mr. Cavor, y a través de las ramas desnudas, ya de hojas y medio abrasadas, distinguí aún las llamas de la casa incendiada. Al ver aquello seguí avanzando, saltando sobre los troncos ardiendo interpuestos en mi camino; pero mis investigaciones par encontrar a Mr. Cavor fueron vanas durante mucho tiempo. Al cabo de un rato, y cuando mis zozobras habían ido cada vez en aumento, en medio de un montón de escombros y ramaje, formado contra uno de los muros del jardín, distinguí una cosa que se movía. Corrí hacia allí; pero antes de que llegase, una masa obscura se irguió sobre dos piernas llenas de lodo, y dirigió hacia mí dos manos suplicantes y ensangrentadas.

Algunos restos de vestidos flotaban aún,

al impulso del viento, alrededor de esta masa indefinible. Por un momento no pude reconocer en aquella masa, cubierta de polvo, barro y cenizas, ni aun la figura de un hombre; pero, al fin, ví que era Mr. Cavor en persona, todo cubierto de lodo arcilloso sobre el cual había rodado. Inclinóse contra el viento y se frotó los ojos y la boca para desembarazarse de la tierra que le cubría; después, a mis gritos, me tendió una especie de muñón, porque aquello no era mano, y dió algunos pasos hacia mí. La cara, casi recubierta por la arcilla, estaba además completamente trastornada por la emoción. Su aspecto total, en fin, era tan lastimoso, que inspiraba verdadera compasión; de suerte, que puede juzgarse cual sería mi asombro cuando, en estas circunstancias, al llegar a su lado, las primeras palabras que me dijo fueron las siguientes:

—¡Felicíteme usted, felicítime usted!

—¡Que le felicite!

¿Y por qué?

—Porque ya está aquello.

—¿Aquello? Pero ¿que demonio ha podido causar esta explosión?

Un golpe de viento se llevó su respuesta, pero me paseció adivinar que me decía que no había habido tal explosión. Otra ráfaga me impulsó contra él y permanecimos por algún tiempo uno apretado contra otro.

—Hagamos por ir a mi casa—le grité al oído con todas mis fuerzas.

Pero no me oyó, y, a su vez, me dijo algo de lo que sólo entendí algunas palabras sueltas. "Tres mártires..." "La ciencia", y algo así como: "No muy buenos del todo".

Por lo que pude calcular, se refería a sus ayudantes y estaba entonces bajo la impresión de que los tres habían perecido en la tromba. Más tarde averiguamos que, felizmente, no había sido así. Tan luego como su patrón hubo salido del taller, los tres se dirigieron a la única taberna de Lympne, para discutir la cuestión del cuidado del horno entre trago y trago.

Repetí a Cavor la invitación de ir a mi albergue, y esta segunda vez me comprendió.

Nos agarramos como pudimos, y, cogidos del brazo, fuimos caminando para refugiarnos en lo que me había quedado de habitación.

Todas las ventanas y vidrieras había sido hechas pedazos, y los muebles más ligeros se hallaban en desorden por todas partes; pero, en realidad, no encontré desastres irreparables. Por fortuna, la puerta de la cocina había resistido; de suerte que mis víveres no habían desaparecido en la catástrofe. La estufa continuaba ardiendo, y puse en ella agua a hervir para

hacer el té. Después nos sentamos en mis butacas rústicas, y descansamos un rato. Ya entonces, con más calma, me volví a Caor y le pedí una explicación.

—Los resutados han sido exactos— me contestó—. Mis cálculos han sido perfectos; el descubrimiento está hecho, y todo va perfectamente.

—¡Qué va perfectamente! — protesté yo.—¿Cómo puede decir eso, cuando no ha quedado títere con cabeza, ni edificio ileso en veinte millas a la redonda?

—Sí, es verdad; pero el invento ha salido perfectamente. No había previsto, por supuesto, este ligero contratiempo; mi inteligencia estaba ocupada con otros problemas, y sabe usted que yo suelo fijarme poco en el lado práctico de las cosas. Pero insisto en mi tema y estoy muy contento; la cosa va bien.

—Pero mi querido Mr. Cavor—le grité—, ¿no ve usted que ha causado miles de libras esterlinas de destrozos y que tendrá usted que pagar los daños y perjuicios

—Para todo esto me remito a la discreción de usted. Yo no soy un hombre práctico; pero, ¿no cree usted que la gente considerará todo esto como un ciclón?

—Pero, ¿y la explosión? Lo que ha sucedido es muy sencillo; solamente que, como le he dicho, no suelo fijarme en pequeñeces, en detalles insignificantes que no afectan al problema principal. Esto no ha sido ni más ni menos que uno de mis resoplidos, pero en grande escala. Por inadvertencia, he fabricado la substancia que nos trae preocupados, la cavorita, en forma de plancha, constituyendo una hoja cuadrada de grandes dimensiones...

Detúvose un rato, como reflexionando y buscando las palabras más a propósito para que yo le entendiera, y luego continuó:

—Usted sabe perfectamente que esa substancia es opaca a la gravedad y que destruye el efecto de esta misma gravitación. o sea el efecto de la acción terrestre sobre todos los objetos que se hallen en dirección vertical sobre a cavorita. ¿Comprende usted?

—Hasta ahora, sí—le contesté —. Continúe, continúe.

—Pues bien; así que el material llegó, enfriándose, a la temperatura de 60 grados Farenheit, la cavorita quedó formada con su propiedad característica. Entonces el aire que se hallaba sobre ella y todas las porciones del edificio situadas por cima, en la misma columna vertical, cesaron de tener peso. Usted sabe perfectamente, porque todo el mundo lo sabe ya, que el aire tiene su peso y que gravita sobre todo lo existente en la superficie de la tierra, y que ejerce una presión en todas direcciones con una fuerza equivalente a 14 libras y media por pulgada cuadrada de superficie.

—Sí, ya lo sé—repliqué yo.—. Continúe usted.

—Yo también estoy harto de saberlo—observó Mr. Cavor—; pero vea usted cuán inútiles son los conocimientos si no se tienen siempre presentes. Pues bien; quedamos en que sobre la gran plancha de cavorita, en cuanto llegó la temperatura a que ésta se hace opaca a la gravedad, la columna de aire que descansaba sobre ella dejó de ejercer presión, y como toda la masa atmósferica de los alrededores no situada sobre la cavorita continuó comprimiendo esa columna de aire, a razón de las 14 libras y media por pulgada cuadrada, y esta columna ya no pesaba, le sucedió lo que a los globos. ¿Comprende usted? De esta manera todo el aire existente alrededor de la cavorita se lanzó con fuerza irresistible sobre la columna atmósferica existente sobre la plancha.

Esta columna de aire ascendió, pues, violentamente a las alturas; pero entonces, el aire que la reemplazó perdió también su peso y tomó, por la misma razón, el movimiento ascensional, arrastrando consigo cuantos obstáculos encontró a su paso, que, por estar en posición vertical sobre la cavorita, tampoco pesaban... La cosa, como usted ve, es bien clara. Se formó de esta manera un tiro como el de las chimeneas, pero intenso, formidable, y si la plancha de cavorita no hubiera estado suelta y no hubiera sido arrebatada también por la corriente ascendente, ¿sabe usted lo que hubiera ocurrido?

—Supongo—le contesté, después de meditar unos momentos— que el aire de todos los alrededores hubiera continuado acudiendo allí y ascendiendo sin cesar sobre esa hoja infernal.

—Precisamente—me contestó—; se hubiese formado una fuente ascendente de aire atmósferico de dimensiones inmensas y funcionando continuamente.

—¡Jesucristo! ¡Ahora comprendo! Entonces toda la atmósfera terrestre hubiera ido afluyendo hacia aquí para ser lanzada a los espacios, y el Globo entero se hubiera quedado sin aire; es decir; la muerte de toda la Humanidad, ¡y todo por ese trozo de substancia!

—Precisamente. Perder la tierra toda su atmósfera en absoluto, no es la expre-

sión correcta; pero, para los efectos prácticos, así hubiera sido. El aire hubiera vuelto a nuestro Globo; pero entretanto, todo ser viviente habría perecido, y para nosotros como si no hubiera vuelto.

Yo me quedé estupefacto ante la inmen-

sidad del riesgo que habríamos corrido y del que por milagro nos habíamos salvado. Por el momento no pude pensar en que, con aquel desastre, todos mis cálculos y todas mis esperanzas fundadas en la fabricación de la cavorita quedaban destruídos.

—Y, ¿qué vamos a hacer ahora?—pregunté.

—En primer lugar si me da usted un cepillo, o algo semejante, me limpiaré un poco el barro que me recubre; después, si no es mucha incomodidad para usted, tomaría un baño aquí en su misma casa. Hecho esto, podremos hablar con más sosiego. Además—continuó apoyando su mano sobre mi brazo — creo que sería muy prudente no decir nada cerca de lo sucedido, ni dar ningún detalle de la ocurrencia. Sé que he causado grandes perjuicios. Probablemente casas enteras habrán sido destrozadas, al otro lado de la colina.

Pero, por otra parte, yo no puedo pagar el daño que he hecho, y si la verdadera causa de todo llegase a publicarse, el único resultado positivo sería el hacer imposible en adelante la continuación de nuestros trabajos. Uno no puede preverlo todo, ¿sabe usted? Y yo no puedo tener en cuenta todos los detalles prácticos de las cosas al mismo tiempo que ocupo toda mi inteligencia en resolver los problemas teóricos. Más adelante, cuando usted haya intervenido con su espíritu práctico, y el negocio de la cavorita haya sido flotado (flotado es la palabra, ¿no es así?) en el mundo financiero y hayamos logrado lo que usted espera que puede lograrse, entonces podremos indemnizar a todas las personas perjudicadas; pero ahora... es imposible.

Y creo que si no se da explicación alguna, el público, teniendo en cuenta el estado embrionario en que se halla la ciencia meteorológica, atribuirá todo lo sucedido a un ciclón; puede ser que se abra una suscripción pública, y como mi casa se ha arruinado y se ha quemado, yo estoy en el mismo caso que los demás, y recibiré mi parte en la indemnización, lo cual nos vendrá muy bien para proseguir nuestras investigaciones. Pero si se llega a saber que yo he sido el causante de todo, no habrá suscripción pública, y todos darán contra mí. En substancia, nunca tendré ocasión de volver a trabajar en paz. Mis tres ayudantes habrán perecido o no, esto es un detalle. Si han muerto, la pérdida no es muy grande. Eran más cuidadosos que capaces, y quizás este desgraciado accidente haya sido, en realidad, debido a no haber practicado con exactitud e inteligencia las instrucciones que yo les había dado. Si no han muerto, dudo que tengan inteligencia suficiente para explicarse la causa y circunstancias del desastre, y aceptarán, como el resto del público, la teoría del ciclón. Durante el tiempo que mi casa esté inhabitable, yo podría albergarme en una de las habitaciones de este pabellón que usted ocupa.

Detúvose entonces y se quedó mirándome, como esperando mi respuesta.

Yo reflexioné. Un hombre de las condiciones de Mr. Cavor me parecía un huésped muy peligroso.

—Bueno, bueno — le contesté levantándome de mi asiento—. Ahora voy a buscar alguna cosa con que se pueda usted quitar el barro, y luego hablaremos.

Limpióse la ropa lo mejor que pudo y se encerró en el cuarto de baño, para cumplir su programa.

Entretanto, y al verme solo, medité detenidamente sobre la situación.

Ví entonces claro que la asociación con Mr. Cavor tenía inconvenientes que yo no había previsto. La imperdonable distracción, que pudo causar la despoblación de todo el globo terrestre por falta de aire, podría repetirse en cualquier otro sentido, estando expuestos en todo momento a desastres semejantes, de los que acaso no saldríamos tan bien librados como del de aquella tarde. Pero, por otra parte, yo era joven y animoso. Mis negocios se hallaban en un estado tan lamentable que me sentía en excelentes disposiciones para intentar toda clase de aventuras y correr riesgos, con tal que, al final, hubiese probabilidades de grandes beneficios.

Yo me había hecho ya a la idea de que en el negocio de la cavorita obtendría, cuando menos, la mitad de los productos líquidos. Además, mi pabellón había sufrido poco; lo tenía alquilado, sin ser responsable de sus deterioros, y mis muebles, de escaso valor por cierto, los había adquirido con mucha prisa y no los había pagado todavía, pero sí había tenido tiempo de asegurarlos, y los tenía, por lo tanto, completamente libres de todo riesgo. En suma: habiendo pasado rápidamente revista al pro y al contra de las circunstancias resolví conservar mis relaciones con Mr. Cavor y seguir la aventura hasta el final.

(Continuará).

El mejor
alimento
para niños,
enfermos
y
convalecientes
ALIMENTO FOSFATADO
DOCTOR MEYER
ALIMENTO MEYER

CORREA
ERRÁZURIZ
LONTUE
M. Rojo Fernand
ESTE CARTEL ES PROPIEDAD DE F. J. CORREA ERRÁZURIZ.

Emp. Zig-Zag.

PACIFICO MAGAZINE

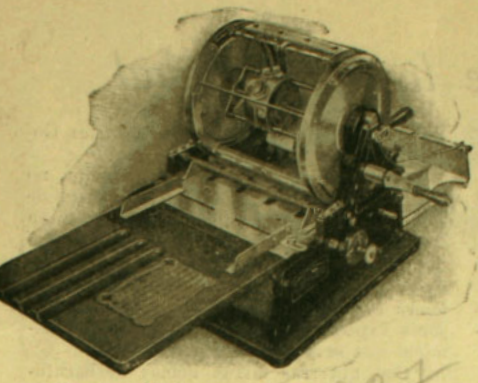
LA

BELLEZA DEL CUTIS

SERÁ SU MAYOR

ENCANTO.

Crema Iris



Una revolución en las oficinas comerciales!!

Mimeógrafo rotativo "Edison-Dick"
Mimeoscopio eléctrico "Edison-Dick"
Hojas "Dermatype" sin cera

8937

Ni más ni menos que una verdadera REVOLUCION en los antiguos sistemas de circularizar, es la que ha venido a operar el último invento del célebre y universalmente conocido Thomas Alva Edison, que ofrecemos con el nombre de PROCEDIMIENTO DERMATYPE EDISON-DICK. Este procedimiento consiste en una combinación de dos aparatos: el MIMEOGRAFO EDISON-DICK y el MIMEOSCOPIO, empleándose las Hojas DERMATYPE.

Con esta combinación usted está en condiciones de reproducir con la más prolija y absoluta fidelidad copias de CARTAS escritas a máquina o a mano, FORMULARIOS, DIBUJOS MECANICOS, DIBUJOS ORNAMENTALES, DIBUJOS CIENTIFICOS, PLANOS DE EDIFICIOS O POBLACIONES, HOJAS DE MUSICA, etc., en una cantidad hasta de CIEN MIL COPIAS de un mismo original grabado en DERMATYPE. Nada hay más fácil, sencillo y económico que emplear este sistema, pues no hay necesidad de tener conocimientos especiales, ya que un niño puede hacer el trabajo con sin igual perfección. La ventaja de la Hoja DERMATYPE con relación a las antiguas hojas de cera es indiscutible, pues tiene la particularidad de poderse arrugar y estrujar a voluntad, sin que se quebraje o pierda sus cualidades duplicadoras, fuera de poderse sacar de la máquina y guardarse para usarla nuevamente dentro de varios meses, sin que se note la menor diferencia en la nitidez y perfección de su impresión.

EL PROCEDIMIENTO DERMATYPE EDISON-DICK es una necesidad imprescindible para BANCOS, OFICINAS COMERCIALES, OFICINAS DE PROPIEDADES, INGENIEROS, ARQUITECTOS, CALIGRAFOS, DIBUJANTES, y en general para toda persona que necesite enviar circulares de cualquier índole. La recomendamos para TEATROS en sus programas.

ASISTA A UNA DEMOSTRACION PRACTICA Y SIN COMPROMISO

DEMOSTRACIONES GRATIS DAMOS DIARIAMENTE EN NUESTRAS OFICINAS

A. B. DICK COMPANY - FABRICANTES - CHICAGO E.E.U.U.

Solicite circulares hechas por el procedimiento "EDISON DICK"

Unicos Introductores para
CHILE BOLIVIA y Sur del PERU

Sociedad M. R. S. Curphey

SANTIAGO: Estado 202
VALPARAISO: Blanco 441

Los orígenes de la criminalidad

Gracias a la iniciativa del doctor Griffiths, director general de las prisiones inglesas, se abrió una encuesta en 1902 acerca de los penitenciarios de la Gran Bretaña, análoga a la que el doctor Papillaud hizo aprobar por la Cámara de Diputados francesa y que tenía por objeto someter a un examen a todos los presos, sin distinción de edad ni de la naturaleza de los crímenes cometidos, a fin de asegurarse de la veracidad de la teoría que atribuye la criminalidad a causas congénitas. Debido a circunstancias fortuitas fué confiada esa investigación al doctor Goring, adversario declarado de Lombroso y de sus opiniones, que se creyó en el deber de combatir por convicción.

"Rechazar la extensión del prejuicio criminalista y fundar una nueva ciencia criminal verdaderamente exacta y segura, tal ha sido el fin de sus pesquisas." Así se expresaba el autor en el prefacio de sus dos volúmenes de más de 1,000 páginas, enriquecidos con magníficas ilustraciones y publicados por la Imprenta Real ("His Majesty", station Office") con el título de "The English Convict": (El Criminal Inglés). Estudio estadístico por Charles Goring.

Una obra escrita con esta intención no podía carecer de parcialidad a la vista de Lombroso, y debe suministrar una mina inextinguible de argumentos a los contradictores de este último, sobre todo a los que no gustan de las frases ociosas. Hará época evidentemente como una de las mejores exposiciones de la antropología criminal que se propone demoler.

"Con nuestras cifras hemos desbaratado la idea de que existe un tipo de criminal nato, de individuos predestinados al mal y distintos de los otros humanos. Nuestra encuesta demuestra que tal hombre no existe, y que la constitución mental y física del criminal es igual a la de los normales de la misma edad y del mismo peso, de la misma estatura y de la misma inteligencia". "Aparte de esta negación, continúa Mr. Goring, resalta con evidencia de nuestras estadísticas que hay un tipo físico-mental y moral de individuos normales que ofrecen una propensión al crimen".

(Sigue a la página sub-siguiente.)

J. R. DAPENA
Santiago

Puente 754
Casilla 3792

Como acontece con todos los grandes inventos, los colchoneros no salen de su asombro al contemplar la aparición del HIGIENICO COLCHON OLYMPIA.

PARA

OTOÑO-INVIERNO

Hemos recibido las primeras novedades en Sombreros de las afamadas marcas

"BORSALINO"
"STETSON"
y "NIAGARA"

Nuestro Departamento Sombrería, (Primer piso) tiene en exposición un gran conjunto de modelos que consideramos desde todo punto de vista sumamente interesante.

Gath & Chaves L.

LONDRES PARIS SANTIAGO

Resalta, en efecto, de manera evidente, de nuestras cifras, que el criminal encerrado en las casas de detención inglesas, difiere en realidad del inglés no detenido, por defectos físicos: altura y peso del cuerpo, imperfección o incapacidad mentales, vicios morales, mayor impulsivismo y propensión a cometer actos antisociales sin relación con la inteligencia, puesto que encontramos esta tendencia entre los más inteligentes de nuestros reincidentes, con relación a lo largo de su pena.

"Aparte de esto, concluye el autor, el criminal es normal." Este **aparte** parece puesto allí para satisfacernos y persuadirnos de que la amenaza de demoler la nueva escuela está sencillamente basada en un equívoco de palabras. Las conclusiones exponen que la teoría de Lombroso es errónea cuando habla de condiciones anormales entre los criminales — dedos de más, paladar bífido, etc.,—mientras que los individuos más grandes o más o menos pesados que lo normal son defectuosos y no anormales. Establecida esta diferencia, Mr. Goring llega a ser más lombrosiano que Lombroso. No se contenta con admitir un tipo de criminales, sino que admite varios. El ladrón difiere del incendiario por ser más instable, careciendo de inhibición por ser más refractario y estar más sujeto a los hábitos. Todos los criminales tienen, además, características especiales más acentuadas que las gentes honradas.

El capítulo sobre la herencia es de los más interesantes.

Mr. Goring ha examinado 1428 familias de criminales, observándolas separadamente y según la edad en que las tendencias criminales se han manifestado. Compara los datos de la población normal y los de la enferma, y comprueba que la criminalidad hereditaria está en proporción directa de los tuberculosos. El desarrollo general de la criminalidad ha tenido lugar a los 18 años; pero si las circunstancias son favorables, no sólo pueden retardarse, sino producirse o alcanzar hasta los 30, 35 y 40 años. Estos son, según el autor, los casos de los que llama los "pseudocriminales de ocasión". Pero no aparecen como enteramente ocasionales. Entre esos criminales latentes surge el crimen, a menos que no lo neutralicen circunstancias exteriores.

Al decir de Goring, el 68 por ciento de los criminales son nacidos de padres criminales; pero las proporciones difieren mucho, según los grupos. Para el latrocinio, la herencia es mínima; pero en los crímenes de incendio, de violación, de atentado a la propiedad, pasa de 39, 40 y 45 por ciento. En las violaciones, robos a mano armada y homicidio, pasa de 58 por ciento.

"La herencia, dice todavía el autor, no es siempre directa y homogénea para los mismos crímenes. Frecuentemente, criminales de una especie dan nacimiento a criminales de otra especie". "Hemos demostrado, prosigue, que mil condenados por los tribunales han tenido, en el curso de su existencia 770 hijos masculinos que les han sobrevivido hasta los 14 años y de los que el 33 por ciento, o sea 260, han llegado a ser criminales en la generación siguiente." Y a propósito cita a 1,000 individuos que nunca cometieron un crimen y que han procreado 1,230 hijos masculinos, los que han sobrevivido hasta los 44 años y de los que el 45 por ciento han llegado a ser criminales.

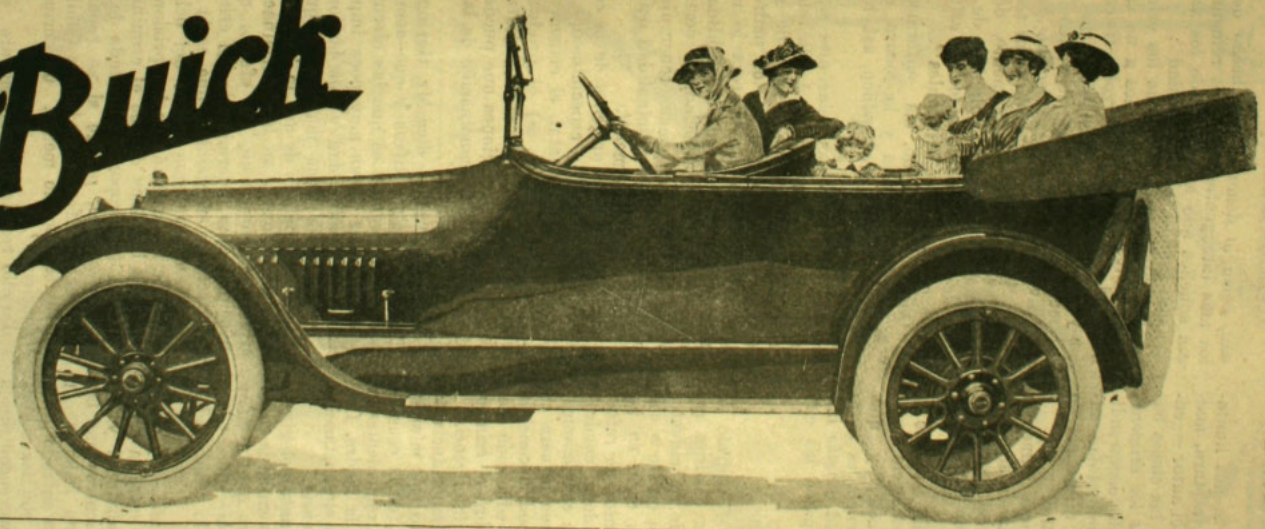
Todo esto hace suponer una "diátesis criminal". Esta diátesis está confirmada por el hecho demostrado en otro cuadro, de que difícilmente la criminalidad se limita a un solo miembro de una familia, pues se extiende casi siempre, por lo menos, a dos miembros masculinos. De donde Goring deduce que el tanto por ciento de los criminales está en la misma proporción que el de los hijos de padres criminales, excepto en los crímenes sexuales, en que la influencia paternal es más grande que la fraternal.

Para los reincidentes, por relación a su orden de nacimiento en la familia, primera, segunda, tercera, etc., el autor concluye con una tendencia marcada a la herencia del crimen entre los primogénitos y segundogénitos. Esto es debido al hecho de que la intensidad de la herencia es más grande entre los primogénitos, como sucede en todas las enfermedades. En efecto, presenta la estadística de 881 familias normales, en las que encuentra igualmente que la herencia de la tuberculosis y de la locura prevalece entre los primogénitos.

Examina Goring la correlación entre el crimen y el estado social de los padres en el momento de su nacimiento, en el momento en que se encuentra actualmente. Examina además la correlación del estado social del criminal con su altura, su peso su debilidad orgánica, y concluye, apoyándose en miles y miles de cifras, que no hay relación entre la fortuna o al menos la holgura de la familia y la criminalidad, que la relación entre el crimen y la miseria es mínima, y que, al contrario de lo que se cree, hay todavía menos relación entre los crímenes y las clases sociales a

(Sigue a la página sub-siguiente.)

Buick



El fácil manejo de los AUTOMOVILES "BUICK" y la gran potencia de sus motores con VALVULAS SUPERPUESTAS son los factores principales de la gran popularidad que estos coches han alcanzado tanto por automovilistas expertos como aficionados.

Agentes Generales:—

MORRISON Y CIA.

VALPARAISO SANTIAGO

que pertenece el criminal. "Si nos limitamos a los robos—robos con fractura, malversaciones violentas — dice el autor — encontramos que prevalecen en las clases bajas; pero si ponemos juntos los crímenes de robo, de latrocinios, fraude, comprendidos bajo el nombre de "criminalidad adquirida", notaremos que la diferencia de clase desaparece completamente.

La miseria no tiene ninguna influencia sobre la determinación al crimen, sino que eventualmente es benéfica en el sentido de que disminuye la reincidencia de los delincuentes pobres.

El autor llega a concluir de esto que el medio tiene mucho menos influencia en la criminalidad que la inteligencia, y que, como la carencia de inteligencia es anterior al medio, la criminalidad es más imputable al defecto mental que a las circunstancias.

No menos importante es el capítulo de la educación, en que figuran cuadros que ponen a la vista las cifras de reincidentes con la edad en que murió su madre o con la educación recibida en la casa, en las escuelas, en los establecimientos de reforma antes de la primera condena, cuadros que han hecho ver que todas esas circunstancias no influyen de ninguna manera en la criminalidad. De ello se podría concluir que ni la buena ni la mala educación tienen ninguna importancia sobre el crimen, haciendo abstracción de la inteligencia.

El autor encuentra que la importancia de la falta de educación es tanto más mínima cuanto que resulta, según él, de la comparación de la edad de los reincidentes a aquella en que perdieron a la madre. Las cifras demuestran que estas circunstancias no han tenido ninguna influencia.

En suma, estima que los antropologistas han buscado la causa del crimen en la constitución o en el medio; pero que la cifra denota que no es preciso dar ningún valor al ambiente y que toda la criminalidad proviene de la constitución.

"Hemos buscado — continúa — y medido las relaciones existentes entre la criminalidad, la constitución individual y las condiciones ambientes, y mientras que las cifras han revelado la gran importancia de las primeras, no hemos encontrado prácticamente ninguna relación con las segundas. Como lo hemos dicho ya, encontramos relaciones muy estrechas entre éstas y los defectos físicos o la inteligencia, pero menos íntimas entre la inteligencia y los defectos morales o la feroz propensión al mal, como lo demuestra el hecho de que los más inteligentes entre los reincidentes son aquellos que han cometido los atentados más grandes a la propiedad".

"Encontramos también que los criminales violentos están asimilados a un estado de salud mejor, a un desarrollo físico mejor y a un grado más elevado de mal temperamento de obstinación, de violencia, de impulsivismo salvaje y antisocial. Encontramos que los individuos de gran tamaño están más exentos, relativamente, de crímenes sensuales, que los culpables de robo, y los de latrocinio tienen menos estigmas físicos que los otros criminales".

"Que el alcoholismo, las enfermedades venéreas, la epilepsia y la locura determinan el crimen y predisponen, así, los defectos mentales".

Por el contrario, las relaciones sociales que hemos examinado, las condiciones de medio, el analfabetismo, la falta de educación, la pérdida precoz de los padres, la carencia de empleo, la pobreza lo mismo que el estado de salud, la debilidad de constitución, la enfermedad, la certidumbre de la muerte no pueden tener ninguna importancia sobre la criminalidad o impulsar a cometer el crimen".

"En cuanto a los orígenes de la constitución del criminal y especialmente de la mala constitución mental, el crimen no es sino parcialmente (si es) el producto de la desigualdad social de medios desfavorables o de otras condiciones que pueden ser resumidas bajo la denominación de **la fuerza de circunstancia**".

El hecho, pues, — dice Mr. Goring—que establece nuestras cifras y que demuestra nuestros diagramas, es que las circunstancias exteriores tienen muy poca importancia en la criminalidad y que la constitución fisiológica tiene muchas, lo que corrobora la hipótesis de que la herencia tiene la parte mayor en la determinación al crimen. Hemos visto, en efecto, que la principal causa determinante del crimen es el defecto de mentalidad, que es la condición hereditaria, que menos del ocho por ciento de la población de las prisiones entra en la hipótesis de que el criminal pertenece a una proporción limitada de la población general, porque si se repartiesen de manera uniforme, no habría familia que no tuviese, por lo menos, un criminal o "deficiente".

De ello resulta invariablemente que la génesis del crimen y la producción de los criminales es un fenómeno hereditario.

G. FERRERO LOMBROSO

IMPORTANTE:

GRAN COÑAC LIQUIER

"Bandera Chilena"

Especial para familias y toda persona de buen gusto.
Su sabor es exquisito y puede compararse con las mejores marcas importadas.
Tratándose de un coñac liquier, su precio es muy moderado, y siendo sus fabricantes la firma de Corina Lopehandia y Cía., los dignos fabricantes del conocido coñac marca "Bandera Chilena", la calidad de esta especialidad, su bondad y buen gusto no necesitan más comentarios.

EN VENTA EN TODOS LOS ALMACENES DE PRIMERA CLASE Y POR MAYOR CALLE RIO JANEIRO 397, CASILLA 265 SANTIAGO.

EN VENTA EN TODOS LOS ALMACENES DE PRIMERA CLASE Y POR MAYOR CALLE RIO JANEIRO 397, CASILLA 265 SANTIAGO.

La "Entente" anglo-francesa

Se ha obtenido un excelente resultado de la discusión de las relaciones anglo-francesas, que ha ocupado lugar tan prominente en la prensa de ambos países durante los últimos tiempos. Los hombres de Estado de ambos países se dan perfecta cuenta de la absoluta inteligencia que los une con relación a los problemas fundamentales de la política europea. Al menos por lo que a ellos toca, las opiniones emitidas últimamente por la prensa han servido únicamente para subrayar y dar mayor énfasis a una verdad previamente establecida. Pero aunque no hubiera sido necesario que se llamase la atención pública en el momento actual hacia las buenas relaciones que unen a Francia con Inglaterra y a Inglaterra con Francia, ninguna demostración de esa amistad debe de considerarse como importuna, y más, como ocurre en el caso presente, viniendo de los corazones de ambos pueblos, que dan así una prueba de la confianza que recíprocamente se tienen. Este mismo hecho es, además, una razón para no seguir la indicación que algunos espíritus desconfiados han sugerido para que ambas naciones definan sus obligaciones recíprocas con mayor precisión de la que se supone es posible dentro de los límites de una "entente". Las condiciones que hagan semejante paso deseable, pueden presentarse algún día; pero ciertamente que no se han presentado hasta el presente, ni es fácil comprender bajo qué respecto la seguridad que obtienen ambas partes contratantes de la "entente" podría aumentar en las circunstancias actuales, convirtiendo esa inteligencia cordial y amistosa en una alianza formal.

La posición de Inglaterra, en el estado actual de las cosas, es ya perfectamente clara. La política de la "entente", que fué iniciada por un Gobierno conservador y que fué recibida con completa aceptación por el Gobierno liberal que le sucedió, representa en su forma presente las opiniones y deseos de una mayoría abrumadora de los súbditos del rey Jorge; encontrándose dispuesta toda esa inmensa mayoría para ver la "entente" transformada en el caso de una emergencia cualquiera, en una alianza activa de las fuerzas de mar y tierra.

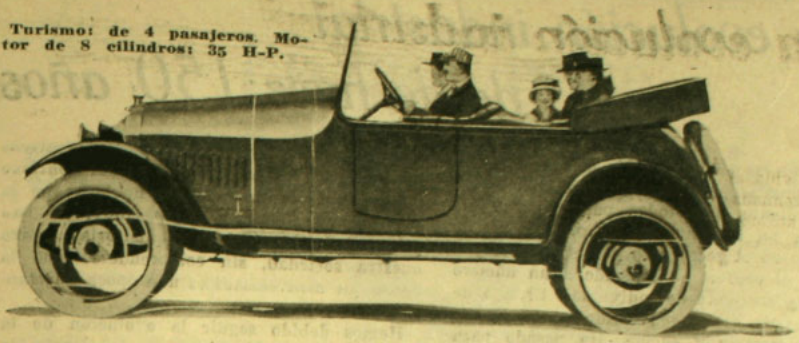
No hay la menor necesidad de insistir sobre esta condición de la "entente", desde el momento que en las crisis pasadas ha sido puesta a prueba y ha demostrado estar a la altura de su misión en el concierto europeo. Por otra parte, hay eventualidades en las cuales una obligación paralela de parte de Francia puede no ser de desearse ni en interés de Francia ni en el de la Gran Bretaña. Afortunadamente no hay en la situación política presente razón alguna que haga temer un ataque inopinado sobre Inglaterra; pero en el caso de que ocurriese lo improbable y que se verificase semejante ataque, es más que probable que el mejor auxilio que Francia podría prestar a Inglaterra sería permaneciendo libre en su acción, a ser posible,—particularmente desde que el "statu quo" en el Mediterráneo puede muy bien mantenerse por la marina francesa, sin envolver al Gobierno francés en guerra alguna.

La cooperación en ese sentido está garantizada a ambas partes por la fuerza y la popularidad de la "entente", y no se necesitan obligaciones más formales para establecer la confianza recíproca en la ayuda mutua.

Por otra parte, la pérdida de elasticidad que relaciones más formales acarrearían como consecuencia, podría ser causa de que esas mismas relaciones se hicieran tanto más embarazosas cuanto mayores obligaciones imponían, haciendo la prudente cooperación más difícil de seguirse adelante, como hasta aquí.

Los argumentos en que está basada la política presente de ambos países son tan familiarmente conocidos, que no es necesario ni siquiera recordarlos. Nada ha ocurrido en las últimas semanas o meses que haya cambiado el modo de aplicarlos o que pida nuevos desarrollos. El poderío de Francia es necesario para el equilibrio europeo, y el equilibrio europeo es indispensable a Inglaterra. Esta fórmula define las mutuas necesidades de ambos países, como existían al formarse la "entente" y como existen en la actualidad. No se han presentado complicaciones que hagan que el peso de Inglaterra en los destinos del mundo sea menor que en los años precedentes.

De Turismo: de 4 pasajeros. Motor de 8 cilindros: 35 H-P.



SCRIPPS-BOOTH

encuadra los deseos del elemento que busca distinción en sus automóviles. Scripp-Booth es el más hermoso automóvil americano: a su lujo, belleza de líneas y calidad, acompaña una conveniente liviandad y poder y sobresale por su gran economía. El Scripp-Booth es fuerte y perfectamente construído, duradero y apto para marchar por toda clase de caminos.

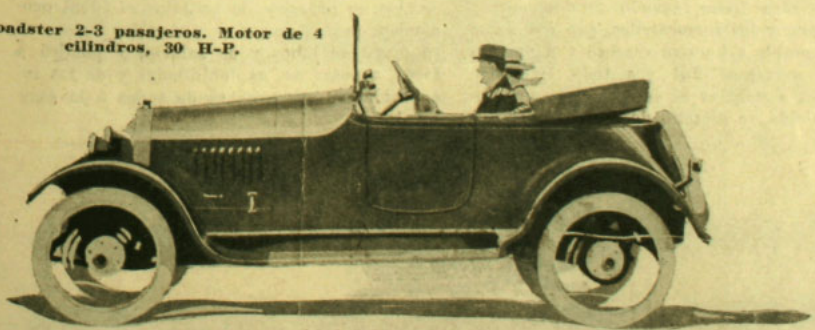
es un coche que reune las más apetecibles cualidades: lujo, elegancia, belleza, confort, liviandad, solidez, duración y economía. Es una verdadera maravilla de utilidad, servicio y placer. Las líneas y curvas elegantes del Scripp-Booth armonizan con la velocidad que le imprime su maravilloso motor.

UNICOS AGENTES PARA CHILE DE LA SCRIPP-BOOTH CORPORATION:

CIA. SUECO-CHILENA - HOLMGREN HNOS. Y CIA,

SANTIAGO: Estado 30—Blanco 896—VALPARAISO

Roadster 2-3 pasajeros. Motor de 4 cilindros, 30 H-P.



La evolución industrial desde hace 150 años

La vida se hace cada día más complicada, más refinada; pero también más completa y más ardiente. Por todas partes puede observarse un aumento en la producción, un aumento en el goce; pero por otra parte y a la vez, el confort se extiende a un número cada día creciente de individuos. El lujo de otras épocas se ha convertido en la presente en necesario y común. Ha pasado para siempre la época en que el economista Adam Smith escribía: "El presupuesto de un obrero francés no comprende ni zapatos ni camisas". Y sin embargo, apenas va transcurrido un siglo desde que se hizo esa afirma

Las necesidades humanas han aumentado día por día hasta convertirse actualmente en innumerables, y la moda se encarga de variar hasta el infinito el gusto de la elegancia, que parece debe cada día más florecer bajo todas las latitudes. Los pueblos medio salvajes sienten, a nuestro contacto, crecer sus necesidades. Como a nosotros, el café, el té, el azúcar y el chocolate se les hacen indispensables. Estos perfeccionamientos y estos refinamientos han engendrado una moral muy particular, una moral de lucha y de emulación llena de consejos de energía. Promete la edad de oro, realizable sobre la tierra por medio del trabajo. Esta fe es la que constituye el alma de nuestra civilización industrial. El progreso perpetuo, la necesidad de una colaboración de todos los mundos, esta "esa fraternidad de todos los seres capaces de pensar y de sufrir que pueblan y poblarán nuestro globo".

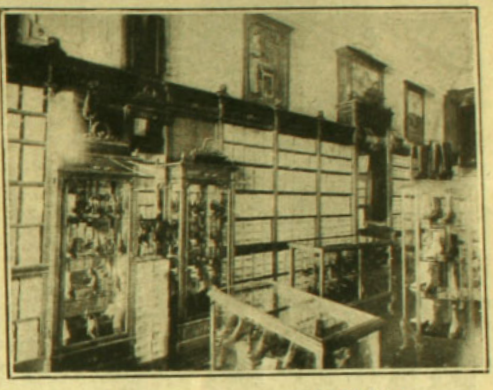
Esta actividad, esta fiebre, estas satisfacciones realizadas, ¿nos han hecho más felices? Una vida más tranquila, la vida monótona de otra época, cuando se desconocían el teléfono y los ferrocarriles, ¿no era acaso más favorable a nuestro cerebro y a nuestro sistema nervioso? Tal vez todo esto sólo equivalga a someter al esfuerzo y a una tarea homicida un ejército de trabajadores que no conocerán nunca los resultados efectivos del progreso. ¿Nuestra vida actual contiene acaso mayores elementos de nobleza que la que llevaron nuestros antepasados? Se han pronunciado formidables requisitorias contra nuestra sociedad, sin comprenderse que la época que atravesamos es una época de transición.

Hemos debido seguir la evolución de la ciencia, y en particular la de la ciencia de las máquinas. Ha resultado de esto un rejuvenecimiento de la educación profesional y un renovamiento de todos los métodos pedagógicos. El arte ha recobrado sus potencias de antaño; la escultura ha dado a luz verdaderos colosos; la pintura ha reproducido no ya figuras ideales, sino escenas del trabajo, interiores de fábricas "donde hombres medio desnudos se agitan como los condenados del infierno cristiano". La poesía, después de haber exaltado el genio del hombre, se ha dedicado a penetrar en el fondo de las miserias sociales. Han sido llevados a las escenas de los teatros los problemas del trabajo y los conflictos obreros. La novela se ha dedicado a penetrar cada día más en la realidad.

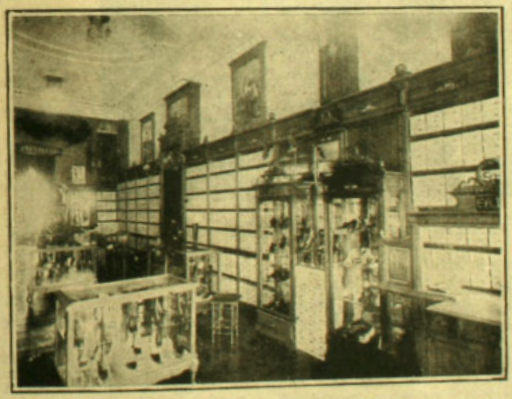
Algunos pensadores creen que vamos a entrar después de esta inmensa labor, en un período de reposo, en el que viviremos sobre nuestros conocimientos adquiridos. Sin embargo, los recientes descubrimientos, la telegrafía inalámbrica, los trabajos sobre la radioactividad de los cuerpos, la aviación, indican un nuevo florecimiento del genio humano que nada puede limitar. Es cierto que el trabajo se reducirá y se simplificará, muy probablemente a costa de luchas crueles, de crisis que soportarán los humildes. Pero es preciso no cansarse de estudiar el ideal económico que asegurará a todas las criaturas su parte de labor y de salario, y pondrá a salvo, a pesar de las debilidades y de las incapacidades, los derechos de todos a la existencia.

Lo que hace una casa progresista

Hace algunos días conversábamos con un conocido viajero inglés, después de recorrer en su compañía todo el centro de la ciudad, y ¿qué puede creerse que fué lo que más le llamó la atención? Pues nada menos que el progreso de nuestro comercio y en especial el de algunas casas importantes. La presentación de la Casa Norte-Americana de la calle del Estado, (Núm. 246), fue para él una revelación interesante:



Sección Calzado para Caballeros.



Sección Calzado para Señoras.

"En Nueva York tal vez no se podría pedir una casa mejor presentada—nos decía—Aquí, en realidad, no hay lujo banal, sino sencillo *confort* bien tenido, buen gusto."

Luego, sin proferir palabra, observó sus vitrinas, la disposición del calzado, la atención del servicio de sus empleados; tomó algunas notas en su carnet y se alejó satisfecho.

Y nosotros pensábamos, no sin cierto orgullo, en las palabras significativas de ese viajero, que envuelven un alto y justiciero elogio.

CASA NORTE-AMERICANA, 246-Estado-246

Cabeza de estudio por Pedro Rezka

Noble ancianidad la de este viejo, y no menos noble la de los **viejos vinos de la Viña Carmen.**

Algunas bodegas de Chile logran conservar sus caldos pero entre los mejores más cuidadosamente añejados, ninguno supera al Gran Vino de 12 años blanco RHIN-Carmen, al delicado MARGAUX de 1908, igual al mejor vino francés, al CABERNET RESERVA de 1909, vino de calidad, sabroso.

Por último el RESERVADO BLANCO y el PINOT de 1911 completan la variedad de tipos de VINOS DE MESA de insuperable bondad y de precio igual o inferior a otras marcas.

Agentes para el Centro y Norte de la República: **ALFREDO MELOSSI y Co., Galería Alessandri Núm. 28, Teléfono Inglés Núm. 641**

EL RECUERDO

Llegada la noche, hubo estremecimientos bajo el follaje de los pinos.

Palpitaron las rosas blancas que se asomaban por la reja enmohecida del parque. En un cielo obscuro, de ébano antiguo, viajaba la luna de las noches románticas. Y rozando la sombra tenue con sus alas de terciopelo, cruzaban el aire los murciélagos.

En lejanas alquerías ladraba un perro. Al Poniente, el crepúsculo moribundo se envolvía en sudarios de nieve. Hacia el sombrío Oriente, titilaban las primeras constelaciones como colmenas de oro.

Contra un muro pesado, en que golpeaba el viento después de abanicar las palmeras, ella y yo nos sentamos sobre el viejo banco de trepadores musgos. Callábamos. Estaban nuestras almas serenas como las cosas, guardadas en sí mismas, como las campánulas silvestres, pues tal vez entre unas y otras existía misteriosa atracción.

Era el fin de una velada familiar: en el prado, a lo lejos, gritaban los niños... Yo ignoraba su amor; mas de improviso Lucía inclinó sobre mí su querida cabeza:

—Tengo miedo....

Cesó entonces el golpear de los vientos; el distante ladrido del perro de guardia se fué debilitando hasta convertirse en suave queja; la luna, al ascender, nos bañó en una trémula onda azul....

—Tengo miedo...

—¿De qué tienes miedo?...

Seis meses después pasaba apoyada en el brazo de otro, como un blanco ensueño. Al ver los azahares de siempre sobre sus cabellos de desposada, pensé en la noche clara, cuando su querida cabeza despedía un aroma de almendro.

Entró en la iglesia, y los órganos resonaron como el lejano ladrido de los perros de guardia, en la sombra. Luego, debilitándose, tuvieron un estremecimiento, como suave queja, como rumor de agua que pasa....

Pensaba en ese fiel testigo que, en nuestra noche de amor, guardián de la alquería amortiguaba sus ladridos.

El breve movimiento de la concurrencia en el instante de consagrar, recordóme la palpitación de las palmeras que nos dieron abrigo, y los ventanales azules por donde se filtraba una luz difusa me evocaron la claridad de la onda lunar en que se bañó nuestro amor.

Pasó cerca de mí; nuestras miradas se cruzaron... Ella vió, sin duda, en la mía, el amargo y supremo dolor de un alma herida para siempre.

FRANCIS JAMES.

Roosevelt, hombre desviado

Está causando profunda sensación un artículo publicado por el doctor Morton Prince sobre Teodoro Roosevelt, ex-presidente y en la actualidad candidato a la presidencia de los Estados Unidos.

Este médico, que no se limita, por otra parte, sino a aplicar rigurosamente el método del doctor Frend, de Viena, es director del "Journal of Abnormal Psychology" y profesor de enfermedades nerviosas en la Escuela de Medicina del "Tuft's College".

La ciencia del doctor Prince no es muy profunda; pero debe hacer una gran impresión entre el público norteamericano, porque el autor dispone de un vocabualrio técnico de los más vagos y de los más incomprensibles.

Sería larga la tarea de querer resumir toda la serie de las premisas de lautor, que le llevan a la conclusión de que Roosevelt obra más bien por su subconsciente, que lo impele a hacer cosas que su consciente ha acabado por admitir recientemente. Porque "los conflictos que existen entre los dos géneros de consciencia dan el resultado singular de que el subconsciente no puede manifestarse sino de una manera muy velada, y casi engañando, por decirlo así, al consciente. Hasta que, finalmente, se establece una especie de compromiso y el subconsciente puede manifestarse; pero con la condición fija y constante de no chocar abiertamente con el consciente".

No podemos menos de señalar esta curiosa tentativa hecha, por vez primera, para sujetar a un simple político impulsivo a la "psicología de los anormales", tentativa que, por otra parte, ha resultado un tanto infructuosa para restarle simpatías al candidato americano.

El artículo en cuestión apareció, entre otros, en el "Herald" de Boston y en el "Times" de Nueva York.

SUMARIO

Págs.

EL COPIHUE BLANCO, **Miguel de Fuenzalida** 221

CONTRA EL GRAN ENEMIGO, **Augusto Millán** 239

JUDIOS ESPAÑOLES EN AMERICA, **Ernesto Montenegro** . 245

LILIAN, **Alberto del Solar** 245

LA VIDA DE UN GRAN DIARIO 253

EL TIO RAMON, **Eduardo Moore** 269

SANTIAGO RUSIÑOL, **José Francés** 275

CON "EL PEQUEÑO EJERCITO DESPRECIABLE", **Alejandro Sux** 296

EL VERDADERO SECRETO DE LA VICTORIA DEL MARNE, **R. Montesquieu** 303

LOS PRIMEROS HOMBRES EN LA LUNA (Folletín) . . . 317

—La mejor manera de estimular y propender al progreso de una publicación es favorecerla incesantemente, comprándola y recomendándola a sus amigos y relaciones.

—El PACIFICO MAGAZINE irá en cada número perfeccionando la realización de su programa.

PACIFICO MAGAZINE

+ Que ayer

Vol. XI.—Santiago de Chile, marzo de 1918.—Núm. 63

— Que mañana

Román Calvo, el Sherlok Holmes chileno.

El copihue blanco

Por

Miguel de Fuenzalida

Ilustraciones de Pedro Subercaseaux.

La última e inexplicable ausencia de Román Calvo me tuvo verdaderamente desolado. Por primera vez desde que somos amigos, el incomparable detective se había marchado sin darme la menor noticia. Una tarde fuí a buscarlo a su casa como de costumbre. Las puertas y ventanas estaban herméticamente cerradas. Media hora larga estuve colgado de la campanilla sin que nadie saliera a abrir. Un vecino caritativo me informó entonces de que el loco de los cucarachos, así lo llaman en el barrio, se había marchado la semana anterior con un único sirviente. ¿A dónde? Nadie supo decírmelo.

Ocurrió esto en el mes de Agosto último. Vino el Dieciocho, luego la Primavera, más tarde los calores de Diciembre, la Pascua y Año Nuevo. Cada día esperaba ver aparecer a Román como si tal cosa, de vuelta de alguna de sus estrambóticas expediciones. Acaso estuviera en las selvas del Amazonas tras de un coleóptero raro. Acaso seguiría la pista de algún suceso extraño y misterioso. Pero. ¿Por qué no invitarme como de costumbre? ¿Tenía quejas de mi discreción? Esto era humillante.

Al sentimiento de los primeros días sucedió la alarma. Las aventuras de Román no eran siempre sin peligro. Tarde o temprano iba a encontrarse necesariamente con algún pícaro más avisado que los otros. Suprimirle resultaba más fácil que burlarle. La carrera del estupendo detective podía terminar así en una emboscada oscura y sin gloria.

El veinte de Enero pasado quemaban fuegos artificiales en la plaza de Yungay en celebración del aniversario de la batalla que da su nombre a aquel barrio. Desde niño no había presenciado espectáculos de ese género. Fuí pues a ver los fuegos, y contra lo que se me figurara, pasé un rato bastante agradable. Retirábame entre un gentío rumoroso y mal oliente, cuando sentí que alguien me tocaba el hombro.

—¿Qué tal los fuegos, Miguel? preguntó alegremente una voz bien conocida.

—¡Román Calvo! exclamé, y estuve a punto de caer redondo en plena calle.

—El mismo que viste y calza, repuso gozándose en mi regocijado asombro.

—¿Qué te has hecho por amor de Dios? ¿Sabes que me debes una explicación? Tú vuelves de algún viaje famoso. Era natural que yo hubiera tomado parte en él.

—No veo por qué. Tú no eres ni mi empleado ni mi socio.

—Algo más que eso: soy tu amigo, contesté, entre resentido y pesaroso.

—Amigo e historiador, convengo en ello, pero por eso mismo no me parece natural asociarte a ciertas empresas en que tu te meterías de cabeza, llevado de un entusiasmo romántico, pero en las cuales es más probable encontrar un balazo o una puñalada que materiales para tus leyendas. Hoy combato a una fuerza invisible y casi omnipotente, léjos muy léjos de esta tranquila Plaza de Yungay. Momentáneamente estoy de vacaciones, y a esa circunstancia debo la suerte de haber topado contigo.

—¿Cuál es la fuerza que combates? Necesito saberlo. ¿Has entendido?

—Algún día lo sabrás: te lo prometo. Ahora es imposible. Hablemos de otra cosa si quieres evitarnos un disgusto. Todo tiene su límite en este mundo. No quiero que me veas vencido. Me bastará decirte que he topado con algo más poderoso que yo. Deja olvidarlo por algunas horas y vamos a charlar a cualquier parte como in illo tempore.

Nos fuimos al Club de la Unión donde la repentina aparición de Román causó no poca sorpresa. En breves minutos nuestra mesita del patio se vió rodeada de un numeroso concurso. A un personaje como mi amigo no le faltan en torno ni curiosos ni admiradores. Cada cual deseaba llamar su atención sobre algo que de cerca o de lejos oliera a misterio.

—Esos son los hermanos Urbistondo, dijo uno de los circunstantes, señalando a dos jóvenes de extraordinario parecido físico sentados junto a una mesa vecina.

—Los hijos de don Alejo Urbistondo, repuso Román que lo sabía todo; ya me han visto, y deliberan si se acercarán o no a consultarme.

—Es en efecto un caso para usted, señor Calvo.

Hasta cierto punto, repuso el aludido, con su tradicional falta de modestia, Cuando comencé, me ocupaba en insignificancias de esta índole; ahora quizás lo haría por pasatiempo. Extraño personaje era en realidad don Alejo Urbistondo.

La conversación se deslizaba hacia un punto igualmente grato a todos: el pelambre.

—Yo le tuve siempre por loco, dijo uno.

—Muy poco le faltaba para serlo, agregó otro.

—Había sin embargo algo de lógica en su conducta, dije a mi vez, para dar la nota benévola y optimista. Quien le veía obrar estaba dispuesto a tomarlo por un insensato. Escuchándolo, uno cambiaba de opinión.

—El peor género de locos, repuso vivamente el primero que había hablado. Hay algunos que desbarran de palabra y otros de obra. Por lo regular son los primeros los que gozan de peor reputación, muy injustamente por cierto. El que no hace en su vida ninguna tontería bien puede permitirse algunos disparates de pura boca. En cambio poco adelanta con hablar como un Séneca el que no ejecuta nada con razón y concierto. De estos últimos era don Alejo Urbistondo: no supo ni vivir ni morir. Discurría, sin embargo, como los siete sabios de la Grecia.

—Era solo un egoísta y un original. Logró que nadie le tomara en serio, y así le dejaron en paz. Es un modo como cualquier otro de entender la vida.

Román hasta entonces escuchaba sin chistar. No era, sin duda, de su gusto aquella charla vaga y sin objeto.

—Voy a permitirme una ligera observación, por último. Don Alejo era un idiota, convengo en ello, pero allí están sus dos hijos en amigable coloquio. ¿Creen ustedes que tal sería el caso si don Alejo su padre hubiera carecido totalmente de sentido común? En Chile cada partición trae consigo disgustos de familia; el loco de que ustedes hablan ha sabido a lo menos evitar que sus hijos se peleen.

—Al contrario, repuso otro de los circunstantes, él hizo todo lo posible por dejar tras de sí el más diabólico de los enredos. Gracias sólo al buen carácter y al desinterés de esos mozos reina entre ellos la paz. ¿No conoce usted entonces la famosa historia del testamento de don Alejo?

—Algo me han referido, dijo Román, y por eso no me extrañaría verme consultado acaso esta misma noche.

—Don Alejo es mi tío segundo, dijo el que más cruelmente le había vapulado, y, si ustedes quieren, puedo imponerles de los menores detalles de este suceso, que ha sido bastante desfigurado por los comentarios de los ociosos.

Todos a una cedimos la palabra a tan autorizado y oficioso narrador.

—He dicho, comenzó éste, que mi tío Alejo era más egoista y original que loco. Nunca supo hacer en la vida cosa de provecho. Heredero de una fortuna más que mediana y bastante avaro, logró morir muy rico sin más trabajo que el de economizar sus rentas. Era incapaz de todo esfuerzo serio. Pasaba los días enteros cuidando de sus pájaros y de su jardín o leyendo frivolidades y tonterías. El Bertoldo era siempre nuevo para él. Algunos le tenían por instruído porque hablaba con mucho desembarazo de historia francesa: su biblia en este ramo del saber humano eran las novelas de Alejandro Dumas. Sería muy largo enumerar la inacabable serie de sus inocentes extravagancias. De ellas se deriva sin embargo el conflicto en que hoy se encuentran sus hijos. Así, por ejemplo, apenas conocía a una persona, lo primero en que pensaba era si le venía o no su nombre de pila. Yo me llamo Arturo, pero él me encontraba cara de Jerónimo. A mi mujer le decía Lucrecia aunque su nombre es Catalina. Es cierto que por lo general era indulgente con los bautizadores del prójimo. "Han acertado, decía. Fulano sí que tiene cara de su propio nombre".

—No es ello tan raro, observó Román. por lo general uno tiende, sin darse cuenta, a dar un rostro a los nombres. Conocí de niño una Tránsito fea y por mucho tiempo no pude concebir que una mujer con ese nombre pudiera ser linda.

—Pero en don Alejo, continuó el preopinante, aquello degeneraba en una risible manía. Todos los de la familia nos divertíamos en presentarle gentes de todas edades y condiciones por el gusto de saber cómo los bautizaría. Sigo con mi cuento. Como ustedes sabrán, no tuvo sino dos hijos gemelos que bastante parecidos aun ahora, lo fueron mucho más en los primeros años. Se llaman Raúl y René, nombres ambos a dos franceses y cuya similitud indicaba en el espíritu de don Alejo el extraordinario parecido de ambos. Lo que nunca pudo nadie imaginar fué el callejón sin salida en que su manía iba a poner a su familia después de su muerte.

Abierto su testamento, todos encontramos a primera vista que, salvo algunas extravagancias de redacción, era una pieza más razonable de lo que hubiera sido de esperar de su parte. Un punto sí nos fué al principio inexplicable. Ordenaba don Alejo que su chacrita "Lo Bozo" fuese dada en mejora a su hijo Teodoberto. "Quiero con esta mejora, agregaba, premiar con una insignificante preferencia al hijo que nunca me ocasionó la menor molestia. Su hermano Anacleto también fué siempre bueno para conmigo, pero no pue-

do olvidar que, siendo niño, tuvo la desgracia de destruirme la espléndida mata de copihue blanco, orgullo de mi jardín, en su afán de hacer perjuicios en puertas y ventanas con uno de esos detestables cortaplumas que vendía el charlatán de Lagoyanis".

A más de la extravagante redacción del legado nos llamaron la atención esos nombres nuevos con que el testador designaba a sus hijos y que ni los propios interesados conocían. Se acudió al Registro Civil y allí dimos con algo más raro todavía. Los muchachos habían sido bautizados con una colección de patronímicos tan completa como la de un soberano europeo, y para colmo de confusión los dos llevaban exactamente los mismos nombres y en idéntico orden, salvo el último, que en el uno era Teodoberto y en el otro Anacleto. Ambos aparecían en los registros de la parroquia y del registro civil llamándose: Raúl, René, Carlos, Isidro, Francisco, Engelberto, Miguel. Sólo al final venía la variante como acabo de recordar. Nos explicamos así que en el testamento, don Alejo, hubiera designado a sus hijos con el único nombre que legalmente los distinguiría. Aquí de los apuros del albacea. ¿Quién era Teodoberto? ¿Quién Anacleto?

—Muy sencillo averiguarlo, observé yo. A lo menos en la intención del testador, Anacleto es el que destruyó la mata de copihue blanco.

—Sin duda, pero ese punto ha sido imposible de averiguar.

—Ambos a dos negarán, por supuesto, haber sido los autores de tamaño desaguisado, observó uno de los presentes.

—Al contrario.

—¿Cómo al contrario?

—Ambos sostienen haber destruído el copihue blanco. El hecho ocurrió cuando muy niños, hace de ello unos quince años. Parece que después don Alejo tomó la costumbre de echarles en cara indistintamente esa fechoría que hizo época en su vida. Cada vez que estaba de mal humor se acordaba de su mata de copihue, y la emprendía con aquel de sus hijos que estaba más a la mano o se había hecho reo de alguna travesura, acusándole de haber destruído su planta favorita. Así, los dos están igualmente convencidos de ser los culpables.

—Si se me permite una opinión, dijo el abogado Robledo, yo haría anular ese testamento o por lo menos la cláusula objeto de la dificultad. No sería muy difícil de probar que no estaba muy sana la cholla del que la dictó. Además, si el propio don Alejo no sabía a punto fijo a cuál de sus hijos deseaba mejorar...

—Alto allí: ellos están convencidos de que lo sabía muy bien y por nada de este mundo permiten que se les hable siquiera de declarar demente a un padre que con su buen juicio y su economía ha sabido dejarles una buena fortuna.

—Pero eso de darle tanta importancia a una pequeñez como la destrucción de una mata de copihue, define la situación, observé yo a mi vez.

—Te equivocas, dijo Román Calvo; ello puede ser una pequeñez a los ojos de un hombre como todos, ocupado de mil negocios e intereses, pero no olvidemos que todo el mundo de don Alejo se encerraba en las cuatro paredes de su jardín. Su copihue blanco era célebre en Santiago. La destrucción de aquella maravilla le costó, según he oído, una enfermedad.

—Es raro entonces, dijo el abogado Robledo, que nadie recuerde cuál de los niños fué el autor de esa maldad.

—No es raro, repuso nuestro informante; la señora de don Alejo y el jardinero, únicos testigos presenciales del hecho, han muerto. Los niños tenían, cuando ocurrió, poco más de siete años y sólo recuerdan la cosa por los posteriores regaños de su padre.

¿Y por qué ese viejo imbécil no culpaba sólo al verdadero autor?

—Pobre caballero; no lo trates así, dijo Román. Era un buen padre. Acaso a veces quería olvidar el resentimiento un poco pueril que abrigaba por uno de sus vástagos... ¿Quién se atrevería a sondear la psicología de un sujeto como él?

—Cuando redactó su testamento no estaba en uno de esos intervalos lúcidos, dijo irónicamente el abogado Robledo.

Nuestra charla llegaba a este punto cuando hubo de ser interrumpida. Uno de los jóvenes Urbistondo se había puesto de pie y dirigídose resueltamente hacia nosotros.

—¿Es al señor Román Calvo a quien tengo el honor de hablar? preguntó políticamente a mi amigo.

—Para servir a usted, repuso el aludido, levantándose de su asiento.

—Si el señor nos permite una palabra?

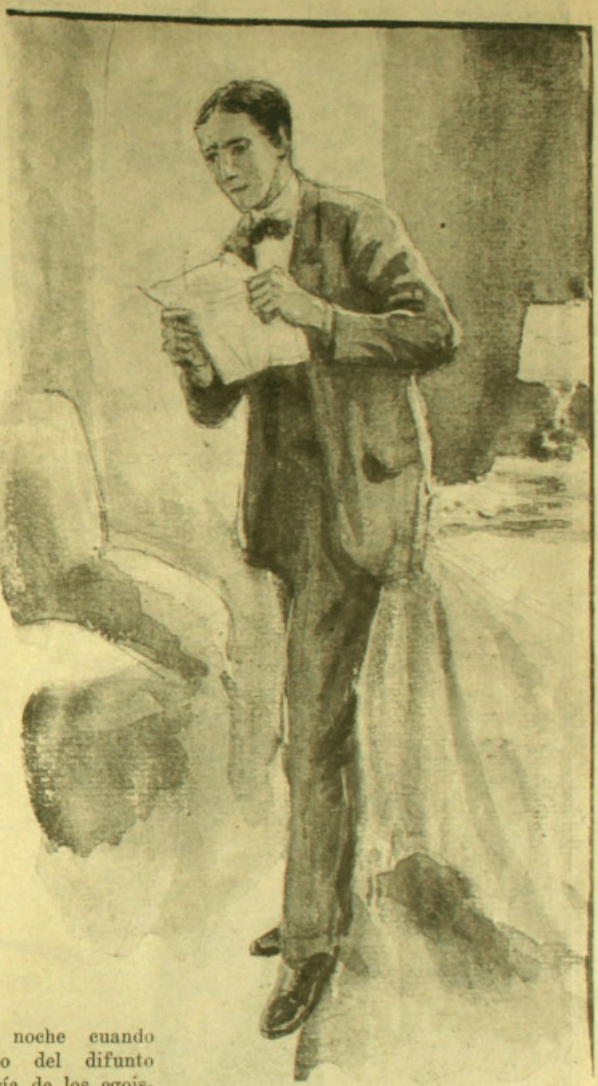
—Con el mayor gusto.

Román se fué a sentar a la mesa de los hijos de don Alejo; en la nuestra sólo quedaron los comentarios.

—Ya tenemos a Calvo en acción, dijo uno. Daría cualquier cosa por saber cómo desenreda esta madeja.

—El negocio no es bastante difícil para él, dije yo satisfecho de mi importancia como amigo y confidente del extraordinario personaje. Estas cosas las resuelve jugando. Un interrogatorio a los dos hermanos y asunto concluído.

Me equivoqué como siempre que me adelanto a hacer suposiciones sobre los procedimientos de Calvo. Diez minutos después éste me hizo señas de que lo siguiera y salimos del Club en compañía de los jóvenes Urbistondo.



II

Era ya cerca de media noche cuando penetramos en el escritorio del difunto don Alejo. Como la mayoría de los egoistas y de los avaros, el extravagante señor gustaba rodearse de algunas comodidades y hasta de cierto lujo a primera vista poco compatible con sus hábitos.

Raúl sacó el testamento de la caja de fierro, y a pedido de Román, le dió lectura. El gran detective lo escuchó con no fingida indiferencia. La famosa cláusula estaba redactada casi en los precisos términos que ya conocíamos.

Aún no había terminado Raúl de leer, cuando Román se acercó en ademán distraído a la gran ventana del escritorio. Afuera reinaba una densa oscuridad.

—Aquél es el jardín, sin duda, preguntó a los hermanos.

—El jardín, sí, señor. Mi padre interrumpía a cada rato sus lecturas para darse

un paseo por allí, repuso René. Vivía para sus plantas y sus libros.

—¿Y el copihue blanco?

—Allí, junto a la ventana, a la mano izquierda. Ahora hay en su lugar una mata de pasionaria, dijo Raúl.

—Lo recuerdo como si fuera ayer, agregó René. Un día que derribé aquel jarrón de Sevres, mi padre me llevó furioso al sitio donde estuvo la famosa enredadera. "Vas a acabar conmigo a disgustos, me dijo dándome un tirón de orejas, aquí tenía yo la gran maravilla de la capital, y tú me la arrancaste de raíz llevado de tu estúpida manía de destruirlo todo".

—Lo mismo me dijo a mí, agregó Raúl, sin dejar concluir a su hermano, cuando abrí al gato la puerta de la pajarera y comió a una de las tencas.

—¿Eran acaso dos las matas de copihue?

—No señor, al otro lado estuvo siempre esa flor de la pluma, que mi padre plantó cuando era todavía soltero.

—Les repetiré mi pregunta del Club, dijo Román. ¿Qué clase de daño era el que ustedes hacían con el famoso cortaplumas? ¿Tenía uno cada uno?

—Ni recuerdo de qué cortaplumas se trata, dijo Raúl.

—No tengo la menor idea, añadió René.

—Pues no hace falta, caballeros, porque les diré para su gobierno que el problema está ya resuelto.

—¿Quién de nosotros es Anacleto?

—Lo sabrán mañana. Ahora me es todavía imposible decírselo. Si ustedes no tienen inconveniente almorzaremos juntos en el Club de la Unión y enseguida nos daremos otra vueltecita por aquí. Quiero que ustedes mismos pronuncien la sentencia.

Contra lo que yo esperaba, Román sólo habló en el almuerzo de cosas indiferentes. Pude notar, sin embargo, que apenas habían servido la entrada, su rostro dejó ver una de esas iluminaciones características en él cuando resolvía definitivamente un problema.

—Es más claro que el sol del mediodía, exclamó al levantarse de la mesa.

—¿Cómo lo has sabido? pregunté.

—¿No lo has visto? me dijo al oído: convidándolos a almorzar.

Al salir del Club, Román pidió a los dos hermanos le permitieran llevar consigo a una persona que, según dijo, nos ayudaría muchísimo en las investigaciones que aún quedaban por hacer. Con gran sorpresa de todos, hizo detener el coche frente a una casa de modesta apariencia muy vecina a la de los Urbistondo, llamó a la puerta, y volvió un momento más tarde llevando de la mano a un niño de siete u ocho años de edad, que nos presentó como el mejor de sus discípulos.

Los gemelos se miraron entre sí con cierto aire de desconfianza.

—No tengan ustedes cuidado, les dijo Román riéndose. Todo este aparato les parece a ustedes sospechoso y con razón. Voy tomando el aspecto de un juglar que prepara alguna farsa de efecto. En el fondo estamos delante de un asunto tan sencillo que este pobre niño inocente lo va a resolver sin darse él mismo cuenta, y en forma tan definitiva que no seré yo sino ustedes mismos los que harán el descubrimiento.

En cuanto hubimos llegado al escritorio, teatro de nuestra entrevista de la noche anterior, Román Calvo, sentándose negligentemente en una butaca, exclamó en tono ligeramente burlón:

—Vaya, señores, no puede negarse que tienen ustedes una memoria bastante mala. ¿Con que nada recuerdan de Lagoyanis y de sus cortaplumas? Pues bien, yo les voy a informar. Lagoyanis ha sido el más célebre de los charlatanes callejeros que produjo en todos los tiempos la clásica tierra de Gascuña. En el tiempo que visitó a Chile, hasta los periódicos se ocuparon de él. Ningún niño de hace quince años dejó de asistir a sus sesiones porque alternaba con mucho agrado experimentos de prestidigitación muy diestramente ejecutados, con la venta de sus artículos. Estos últimos eran variados. A más del eterno jabón quita-manchas, indispensable compañero de esa clase de industriales, vendía elíxir para el dolor de muelas, y sobre todo, con gran regocijo de los muchachos, unos bastones de espiral de acero, que podían meterse en el bolsillo del chaleco, y los famosísimos cortaplumas que sacaron de tino a don Alejo. En realidad los tales cortaplumas fueron el terror de los amigos del orden. Aquí tienen ustedes un ejemplar: vean si los recuerdan ahora.

Diciendo estas palabras, Román sacó del bolsillo un cortaplumas bastante voluminoso, y lo pasó a Raúl.

Apenas el joven lo hubo examinado, lanzó un grito de alegría.

—Por supuesto que me acuerdo, dijo. Con este diamante no dejábamos vidrio sin rayar ni en la casa ni en el colegio.

—Mi tío Gaspar nos regaló uno a cada uno, agregó René, pero nos duraron poco tiempo. Mi papá nos lo quitó, probablemente a consecuencia de lo del copihue.

—Hizo muy bien, dijo Román; esos cortaplumas fueron de lo más perjudiciales. Su construcción era tan grosera y ordinaria que entre tanto instrumento que traían lo único que de ellos servía era el diamante de acero endurecido con que los muchachos de entonces atacaban sin compasión cuanto vidrio alcanzaban a mano. Nombres, iniciales, monogramas, mamarrachos e indecencias de todo género quedaron indeleblemente grabados en las vidrieras de las casas, de los ferrocarriles y tranvías. ¿Lo recuerdan ahora?

—Tanto, dijo Raúl que puedo asegurar una vez más que, provisto de un cortaplumas de éstos me encaramé por el enrejado que sostenía el copihue con el objeto de garabatear los cristales de la ventana de este escritorio.

—Y yo, agregó René, podría jurar exactamente lo mismo.

—Ambos tienen razón, dijo Román, con acento convencido.

—¿Fuimos los dos entónces?

—No, no he dicho eso. Es verdad que ambos garabatearon la vidriera que tenemos delante; pero uno solo destruyó el copihue.

—¿Quién?

Este niño nos lo va a decir. Ven acá, Luisito, agregó dirigiéndose a su diminuto compañero; vamos, vamos al jardín.

Un momento después estábamos delante de la ventana.

—Están ustedes seguros que el copihue estaba aquí, preguntó Román en tono grave señalando el lienzo de muralla que quedaba a nuestra derecha.

—Segurísimos, dijo Raúl. Al otro lado, se lo repito, hemos conocido desde que abrimos los ojos esa flor de la pluma que usted ve.

—Estamos de acuerdo, entonces. Vaya Luisito; súbete por ese enrejado y escribe con este diamante la letra L en el vidrio de la ventana.

—¿Eso escribe en el vidrio? preguntó el niño, encantado de lo que le proponían.

—Por supuesto, y arriba.

Luisito see ncaramó con bastante agilidad por el enrejado.

—Estamos reconstituyendo la escena del crimen, observó Román en son de mofa.

Para tener a su alcance el vidrio en cuestión, solo necesitó Luisito subir a menos de un metro del suelo.

—¿Qué haces, niño, por qué no escribes? dijo Román.

—No puedo, contestó Luisito.

—¿Y por qué no puedes?

—Porque no sé escribir con la mano izquierda, dijo el niño.

Fué un golpe de teatro.

—Fuí yo entonces, exclamó Raúl.

—Fuiste tú, agregó René, como un eco.

—Naturalmente, fué el señor, dijo Román. Para escribir sobre el vidrio que tenemos delante encaramado en este enrejado es necesario ser zurdo. Hay que sostenerse con la mano derecha para alargar la izquierda en dirección de la ventana. Sosteniéndose con la izquierda, no es posible usar la derecha que queda al lado opuesto. Es claro e incontrovertible. Ustedes mismos han debido reconocerlo...

De vuelta al escritorio, sorprendidos con tan extraño desenlace, Raúl, más mortificado de lo que quería aparentar, se encaró con el detective.

—Nos va usted a explicar cómo ha descubierto eso, dijo a Román. Yo fuí en realidad zurdo... procuro que no se me conozca esta costumbre...

—No tengo ningún inconveniente en explicarlo todo, dijo mi amigo con mucha calma. Antes de hablar con ustedes, un pariente de don Alejo nos había referido en el Club lo del testamento. Inmediatamente recordé a Lagoyanis y sus cortaplumas. Ese instrumento que servía en especial para dañar puertas y ventanas no era por cierto un cortaplumas como todos. Cuando llegamos anoche a este escritorio, me vine disimuladamente a examinar los cristales. Era natural que en casa de un sujeto tan ordenado como don Alejo, los vidrios no se remudaran con frecuencia. Encontré lo que iba buscando: una rayadura, casi imperceptible, hecha con un diamante en el cristal del lado del famosísimo copihue. Traté de reconstituir la escena, y vine a caer en la cuenta de que sólo

a un niño zurdo podía ocurrírsele subir por ese lado a rayar la ventana. Mi temor fué que siendo ustedes tan parecidos en todo, también tuvieran de común esa manía que algunos padres de familia no saben corregir a tiempo. Para salir de dudas les convidé a almorzar.

—Entiendo que yo me porto en la mesa como cualquiera persona bien educada, dijo Raúl visiblemente digustado.

—Por supuesto, señor mío: usted no toma el cuchillo con la izquierda, ni comete otras inconveniencias de tan grueso calibre. Sus padres le educaron bien. Pero hay detalles que no se escapan a un hombre observador, sobre todo cuando los está buscando. Por ejemplo, al servirse los fiambres lo hizo con la izquierda, y la misma mano usa cuando acude al salero. Podría citarle otras insignificancias del mismo género que indudablemente pasan desapercibidas para todo el mundo.

—En todo caso le debemos a usted muchas gracias, dijo Raúl. Bien vale la chacrita de "Lo Bozo" el saber a punto fijo quién es uno y cómo se llama.

—¡Bah! ¡No vale la pena! He tomado este asunto por distraerme... Tengo algo muy difícil entre manos, y ustedes me dispensarán. Hasta la vista.

Cubierto la mitad del año con el albo manto de las nieves cordilleranas...

La noche y la nieve, sus peores enemigos...

Contra el gran enemigo

Un "distrito seco" en Chile.—Procedimientos norteamericanos.—Cómo se combate el alcoholismo en el mineral de "El Teniente".—Un tipo bizarro.—El "guachuchero.—Dramas en la nieve.—Al amparo de la ley. — Los campamentos negros.—Una mina productiva y un superintendente testarudo.—Autoridades de aldea.—El macho del alcalde.—Las ventajas de la invasión.

Por

Augusto Millán

Con ilustraciones fotográficas

Pocos son, relativamente, entre los cuatro millones de chilenos, los que saben, que tenemos en el país un "distrito seco" (.).

Encajado en un repliegue de los Andes, como un pueblo de leyenda, cubierto la mitad del año con el albo manto de las nieves cordilleranas, se agita y crece la verdadera ciudad formada por los establecimientos mineros de "El Teniente". Diecisiete mil almas viven en los "campamentos" diseminados entre los minerales y las usinas sujetas a los rígidos reglamentos de la Compañía, que persiguen el funesto vicio nacional con un rigor que haría la felicidad del Dr. Fernández Peña y sus adeptos.

"The chilian workingman without a drink is a very nice fellow (El chileno sin el trago es un excelente sujeto) me decía en cierta ocasión uno de los jefes de la Empresa. Y la Empresa parece haber tomado a pechos la tarea de hacer de todos sus obreros espléndidos sujetos.

Bien es verdad que en estos propósitos no

(*) **Dry district.**—Aquellas localidades de Estados Unidos en las cuales se prohibe todo comercio de bebidas alcohólicas.

Los serenos asesinados en Río Blanco en 1915. llegando a Coya (en los sacos).

entra tan solo un desinteresado altruismo: Las dos razas que forman la base de la población—la anglo sajona y la chilena—no cuentan, precisamente, entre sus virtudes la temperancia; en las cuadrillas de peones de sus faenas suelen encontrarse, bajo modesto incógnito, los más avezados malhechores del país; el asiento minero se encuentra a setenta kilómetros del valle central. ¡Es fácil imaginarse la hecatombe que podría inspirar el Alcohol, posesionado del cerebro de cinco millares de hombres transformados en demonios, lejos de todo auxilio humano!

* * *

El fatal incentivo del vicio, incrementado por la abstinencia forzada, lleva a los bebedores a extremos increíbles en el camino de satisfacer su morbosa afición. Las más extrañas estratagemas acuden a los espíritus torturados por la repentina privación del tósigo. He visto vino fabricado con pasas machucadas en el secreto de un camarote de peón. Y en otras esferas, hay quienes arriesgan altas situaciones por saborear sigilosamente la botella de whisky o ron que reemplace al insípido **ginger ale** con que por largos días han tratado de hacerse la ilusión de ingerir alcohol. Así, la botella de whisky o de modesto coñac nacional, que logra burlar la vigilancia inquisitorial de la Compañía, llega a alcanzar precios fabulosos.

El Wellfare Departament (Departamento de Bienestar) encargado de esa vigilancia y conocedor de todas las flaquezas de sus hombres, no descansa jamás. Pasajeros y equipajes son allanados al trasponer el tren los lindes de sus dominios; severísimos castigos, de los que no han escapado ni los méritos de los jefes, se aplican a los ocultadores de licores; cien serenos velan en torno a los campamentos y en las noches van en patrullas, con viáticos que doblan sus sueldos, a explorar los casi inaccesibles senderos de las montañas vecinas, como línea avanzada contra el funesto y codiciado veneno.

Esa exasperación del vicioso y este rigor en su represión, han dado origen al más curioso y bizarro tipo que haya producido nuestro pueblo, tan dotado de defectos como de buenas prendas de carácter.

Es el contrabandista de licores, comunmente conocido en la jerga minera con el nombre de "guachuchero" (*).

(*) Derivado de "guachucho", o "aguachucho", denominaciones vulgares y muy popularizadas del aguardiente—(N. de la R.)

Habilidoso y cínico, testarudo y valiente, sanguinario a veces, generoso otras, el "guachuchero" ha pasado a ser allí un personaje eminentemente popular.

Sorprendidos una y diez veces en su ingrata tarea, sufren sin chistar las consecuencias... y vuelven a caer al poco tiempo en manos de sus perseguidores. Alegan a veces la necesidad de ganar su vida en algo; pero la razón no pasa de ser un pretexto: recogidos por la Compañía y puestos en situación de trabajar honradamente, lo abandonan todo un buen día para volver a su azarosa vida, como si los sedujesen los peligros que la naturaleza y los hombres oponen a su diabólico rol de envenenadores.

Que no son pocos. Sin más abrigo que su "chalequera" (*) con botellas, ni más defensa que su "choco" (**), el "guachuchero" remonta por ignorados senderos que parten desde el valle central, los abruptos flancos de la cordillera y sólo después de varios días de camino llega a la cima de los cerros que cierran el mineral con sus flancos casi inaccesibles.

¿Qué piensa en las soledades de sus interminables viajes? ¿Qué ideas despertarán en su ruda mentalidad de analfabeto la salvaje majestad de los paisajes? ¿No medirá acaso la ganancia exigüa que su reducida carga puede procurarle con los peligros que a cada paso acechan su vida?

Porque la noche y la nieve, sus peores enemigos, suelen ponerse de acuerdo y, en más de una ocasión, cuando el verano derrite la nieve de los cerros, los rarísimos viandantes de esas serranías han encontrado en el fondo de una quebrada restos de osamentas humanas, junto a unas cuantas botellas rotas y a un "choco" enmohecido.

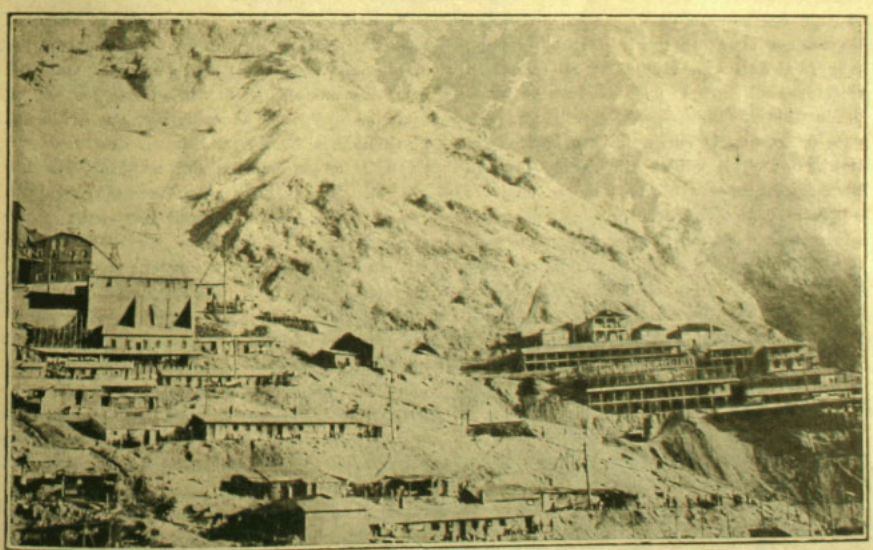
El guachuchero no mata por profesión; pero la ocasión o la necesidad suelen tornarlo asesino.

Su principal obsesión, sus enemigos natos, son los serenos de la Compañía, los infelices "cómicos", como los llaman según el caló que ha abreviado la palabra comisionado. Son estos sus principales víctimas, pues, por una curiosa singularidad, el carabinero sólo les inspira un temor, saludable. En otra forma no podría explicarse el hecho de que en todo el enorme territorio minero sólo haya catorce carabineros cuya autoridad acatan tirios y troyanos.

Rara vez el "guachuchero" usa de su mercancía. Y cuando ha llegado a hacerlo,

(*) Especie de chaleco de tela burda en que van encajadas, por pecho y espalda, las botellas.

(**) Carabina recortada.—(N. de la R.)



Diecisiete mil almas viven en los campamentos ...

...quedaban horrorosamente mutilados, quemados y ultrajados, los cadáveres de sus cinco compañeros.

sus hechos se han señalado por un refinamiento de crueldad rayano en el salvajismo. Un día, hace dos años, una patrulla de comisionados cayó sobre una cuadrilla de contrabandistas en uno de los pequeños valles cercanos al mineral. Mejor armados y con la ventaja del número (eran seis contra cinco) los serenos obtuvieron la rendición inmediata y fácil de los perseguidos y su cargamento de alcohol. Lo que pasó después no ha logrado saberse bien; pero parece que después de una orgía en que ambos bandos fraternizaron en repetidas libaciones, los contrabandistas, menos ebrios que sus captores, procedieron a la más horrorosa carnicería. El único de los serenos que, malherido y desangrado, logró volver al campamento, pudo indicar a los carabineros el sitio en que quedaban, horrorosamente mutilados, quemados y ultrajados, los cadáveres de sus cinco compañeros.

* * *

La Compañía ha tenido el mérito de no cejar en la desigual lucha, a pesar de la adversidad de las circunstancias.

Nuestras leyes no penan como debieran el delito de envenenar por el alcohol. Y los serenos que con riesgo de su vida aprehenden a un contrabandista, deben limitarse a despojarlo del licor, por infringir los reglamentos dentro del territorio de la Compañía y a... soltarlo para volverlo a encontrar al cabo de algunos días en la cumbre de otro cerro, o en el fondo de otra quebrada, con un nuevo cargamento...

Nuestras leyes han sido el primer obstáculo de la benéfica labor. Pero la tenacidad, casi obstinación, de los anglo-sajones, ha buscado los medios de acatarlas sin perder de vista su objetivo. Al comenzar sus trabajos, la Compañía instaló su planta eléctrica en Coya, a 40 kilómetros del mineral. No había pasado mucho tiempo cuando advirtió con sorpresa que el alcohol empezaba entre sus empleados su tarea de destrucción y de muerte. Hay que advertir que los precipicios de la montaña, el ferrocarril subterráneo de las galerías, el invisible pero monstruoso poder de los cables eléctricos, el metal en fusión, son otros tantos enemigos que acechan al obrero: un momento de vacilación, el decaimiento que la embriaguez deja bajo una serenidad aparente, pueden representar muchas vidas. Buscó el orígen del mal y encontró frente a su campamento de Coya, en tierras ajenas, un campamento mucho mayor, formado por tugurios, antros de tahures, cantineros, proxenetas y bandidos. Para nosotros, el hecho habría sido el comien-

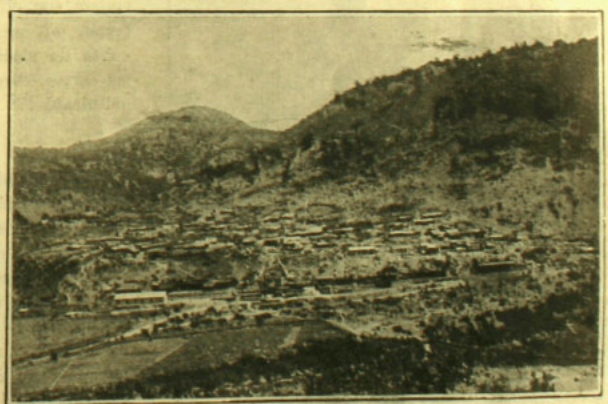
zo del fin; para los norteamericanos no. En breves días la Compañía compró a precio loco todo el cerro vecino y arrasó con las infames viviendas, de las que no dejó piedra sobre piedra.

Pero, a veces, la paciencia le ha faltado ante nuestras leyes tan elásticas. No había pasado mucho tiempo desde la aventura anterior cuando un sujeto llegó con enseres y materiales y herramientas al pro-

...instaló su planta eléctrica en Coya...

Los "guachucheros" asesinos de los serenos.

pio campamento. Allí, al borde del río, sentó sus reales e inició trabajos. Inquirieron, intrigados, los jefes: Se trataba de un chileno afortunado que, ejercitando un legítimo derecho establecido por el Código de Minas, había descubierto una mina, había hecho ante el juzgado de Rancagua el respectivo pedimento, y empezaba el pozo de ordenanza. Los **yanquis** se miraron atónitos. El hombre, en efecto, había encontrado una mina; pero era esta el campamento mismo; el famoso pozo de ordenanza no era sino un enorme depósito de alcohol que llegaba de noche y de noche se distribuía convertido en escándalos, accidentes y delitos por todo el campamento. Aquello ya pareció demasiado. Y el Superintendente se apoderó del afortunado minero a viva fuerza y lo em-



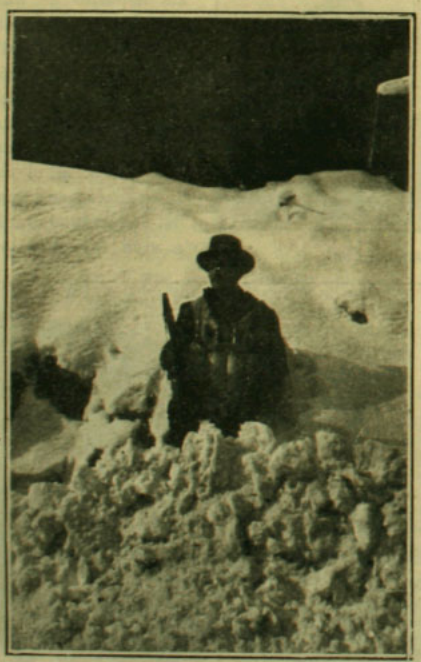
...un campamento mucho mayor, formado por antros...

barcó con herramientas y enseres, sin inquietarse por sus contorsiones y blasfemias, ni por las consecuencias del juicio que todavía debe seguirse en el juzgado del departamento.

* * *

Pero no han sido las leyes el mayor inconveniente. Las autoridades locales de la región han sido para los norte-americanos uno de los más extraños y difíciles casos de estudio que hayan tenido que afrontar. El maldito comercio del veneno, contenido por ellos al borde de sus tierras con infinitos sacrificios, se organiza con el fervor de una cruzada en los lugarejos vecinales, al amparo de mandoncillos y policías comunales. Pequeños sátrapas de zarzuela, los ediles de la comuna en que, por mal de sus pecados, está enclavado el mineral, tratan a toda costa de poner pie en la tierra prometida de los establecimientos; y las leyes de patentes y de contribuciones han sido estrujadas y retorcidas para que sean el "sésamo ábrete" de esa caverna encantada.

Los casi inaccesibles senderos de las montañas vecinas...



Sin más abrigo que su "chalequera" con botellas ni más defensa que su choco.

Se susurra que los aguardientes que afrontan el contrabando no son ajenos a las viñas de ciertos funcionarios de ínfima cuantía. Se asegura que el juez de una subdelegación vecina, que no está unida al mineral por camino franco, cambia en Rancagua en cada día de pago, muchos centenares de pesos en **nchas de la Compañía.**

Y cuéntase que en una noche memorable, mientras los jefes de la Compañía conferenciaban con el alcalde de esa ínsula sobre la forma en que, unidos, podrían combatir la venta de alcohol, los serenos capturaban en los cerros, cargado de aguardiente ¡al macho del alcalde!

* * *

Pocas, poquísimas de las empresas extranjeras establecidas en nuestro país han sido observadas, estudiadas y discutidas con la profusión en que lo ha sido "El Teniente". Larga empresa sería resumir tales observaciones, estudios y discusiones. Pero de mí sé decir que, aun cuando no fuese sino por el empeño que ha gastado en combatir el más funesto de los azotes nacionales, merecería el olvido de muchas deficiencias y el reconocimiento de todos los que en algo estiman el porvenir de nuestra raza.

LA BOS DEL PUEBLO

LA BOS DEL PUEBLO

לה בוז דיל פואיבלו

MAURICE S. NESSIM, Editor

Address: La Bos del Pueblo, 235 Eldridge St., New York

איל פאטרים דיטוב"ידו פור סובמארינוס

"La Bos del Pueblo" y "La América" son los dos órganos de la colonia de judíos españoles en Nueva York. Ambos periódicos son semanarios y están escritos en lengua española antigua, aunque impresos en caractéres hebreos. La circulación de estos semanarios alcanza un promedio de 20 á 25,000 ejemplares.

Judíos españoles en America

Por

Ernesto Montenegro

Con ilustraciones

¡Conversar con un antepasado! He conocido esta sensación imposible en uno de los barrios más poblados de Nueva York, frente a un bazar de la Calle 14. Tal vez por mi fisonomía, tal vez por penetración ingénita de raza, un sujeto que se paseaba frente a su escaparate como para calentarse los pies, hundiendo la barba en la bufanda y las manos en los bolsillos de un viejo gabán, me dirigió una invitación a comprar—una invitación en castellano. De puro sabido, o a fuerza de inesperado, no comprendí inmediatamente. La expresión y el acento de aquel hombre no tenían nada de familiar, y eran, sin embargo, las de alguien que se cree haber conocido en alguna parte; acaso en un libraco, la figura y el tono de un castellano viejo. Eso era; cavilando en ello había dado con la palabra. Era el suyo un acento castellano más rico, de más sabor vernacular, que poseía la individualidad de la vieja fabla del **Romancero.**

Mientras tanto mi hombre sonreía. ¿Imagináis de repente un rato de charla con un retrato antiguo que sale de su marco, se arregla la peluca y, después de dos o tres narigadas de rapé, comenzará una disertación comercial en su rancia parla de libraco? O podríais imaginar, que de pronto, en medio del estrépito de las calles de Nueva York, cayéramos como en un pozo en uno de esos rincones de provincia nuestros, donde todavía se recibe al fo-

rastero con el sacramental "Está en su casa, Su Mercé"? Todo eso me evocaba el encuentro de ahora.

—¿De dónde es usted? le pregunté, con el presentimiento vago de su semejanza con otros tipos de mercaderes que recordaba haber visto sin saber adónde?

—De Turquía; soy judeo-español, me contestó en su jerga. Los judío-alemanes nos llaman orientales; pero (esto con un grave meneo de cabeza) ya no hay judíos orientales. Nosotros somos españoles; descendientes de los judíos expulsados de España hace cuatrocientos y tantos años. Nuestros hermanos los rusos y alemanes que hablan yiddish (dialecto hebreo-alemán) y que no pueden comprendernos, nos tienen por algo así como una rama degenerada de la raza; pero, peor para ellos. Los que en América nos llaman orientales, pretenden por ignorancia o por maldad confundirnos con los chinos y otros asiáticos. (Muy ufano). Pero nosotros somos de raza semítica, como usted sabrá. Llegamos a España con los árabes y aun antes con los colonizadores fenicios. (Con enfasis). ¿No hablamos español? ¡Pues somos españoles!

En el gesto y el tono de la voz de aquel mercachime sórdido, reaparecía el fuego inextinguible que hace millares de años había animado las disputas de la Sinagoga; el afán por sutilizar el silogismo, el apasionamiento fanático de la bandería; y había también ese recelo mal curado de quien ha vivido mucho tiempo en acoso y todavía no se asimila del todo a un ambiente de libertad. Hablaba con abundancia obsequiosa, matizando su castellano del tiempo de Don Rodrigo con italianismos y afrancesamiento pintoresco, además de otros matices cogidos en todas las playas levantinas por donde han peregrinado y comerciado. "Ansí, ansí; malurosamente que no entra en el escopo de mis negocios..." Con lo que quería decirme que entre la nieve y el barro de aquel crudo invierno neoyorquino, no se vendían sus tarjetas postales.—Yo terné (tendré) presto la suditansa (¿ciudadanía?) norte-americana, agregaba después de una prudente alusión a la tierra de sus abuelos. Y después: "España quere ritornarse los israelitas sefardíes, mienque la ley contra los judíos ainda no fué anulada. Más antes retornarán a Palestina, su antiguo reyno".

Así fué como aquel buen viejo de las barbas proféticas me fué instruyendo en los misterios de su ostracismo de raza. Expulsados de España en los buenos tiempos de la Inquisición, los que escaparon del brasero de los autos de fe, y luego de las cimitarras árabes, cosa de un medio millón, fueron vagando por las costas berberiscas y repartiéndose por la Turquía, cuyo imperio abarcaba entonces en Europa todo el territorio balkánico y arañaba las puertas mismas de Viena. El turco guerreador, despreocupado de las artes y del comercio, amigo de batallas y de mujeres, parece haber recibido de buen grado a esos auxiliares incansables, industriosos y eruditos, que parecen buscar por inclinación atávica las labores más humildes como las más áridas a la imaginación, con tal de que no reclamen demasiado esfuerzo físico o expongan a la violencia. Comprando, vendiendo, cambalacheando, correteaban ropa usada, copiaban viejos manuscritos, forjaban para otros, cincelaban joyas para sus mujeres, y trocaban monedas. De esta manera fueron instalándose en Constantinopla, en Salónica, en Sofia. Buscaron barrios apartados, parapetándose en callejuelas sombrías, en casuchas de puertas estrechas, de ventanas opacas o herméticas, tras de las cuales ha transcurrido la vida de generaciones de esas almas ensimismadas y ardientes, que pareciendo presentir en cada extraño un enemigo, saborean como nadie en el mundo las ventajas de la solidaridad y de la intimidad doméstica.

En esas tierras prosperaron y se multiplicaron cumpliendo los mandatos de Moisés, y hoy son banqueros, comerciantes de toda especie, profesores y publicistas. Aun llevando a la política su espíritu acaparador, se han hecho elegir no pocos de ellos para los parlamentos de Turquía y Bulgaria. Desde un principio, el turco les dió a cambio de acatamiento, la libertad de culto y de costumbres, o lo que es más probable, desdeñosamente se hizo el desentendido. Así ha podido realizarse este milagro de la filología que consiste en ver realizada la aspiración de aquel fulanés que admiraba a todo un pueblo hablando

Tipo de comerciante antiguo.

Vendedor ambulante en Salonika.

Tipo de rabino antiguo

una lengua muerta, o más propiamente en el caso actual, manteniendo galvanizado por el aislamiento de las corrientes nativas, a un castellano estancado y mezclado con dicciones extrañas. Así hemos visto connaturalizarse al judío con una lengua postiza con un idioma adquirido, como era para ellos el castellano, lengua madrastra que al llevarla al destierro se sobrepuso, tal vez por la nostalgia del bien perdido, a la lengua madre hebrea y al idioma del nuevo país de adopción. Esa misma lengua hebrea en que están sus plegarias y que hoy repiten mecánicamente los jóvenes, ha perdido para ellos en tal grado su significación como podría estarlo el latín en labios de una vieja devota de nuestra aldea. Así pasaron cuatro siglos, repitiendo léjos de la metrópoli la lengua armoniosa que les recordaba tiempos de prosperidad y de cultura intensa bajo la egida paternal de don Alfonso el Sabio.

El gobierno otomano les permitió la apertura de escuelas teológicas y literarias. Los colegios de l'Alliance Israelite Universelle les enseñan hoy día ciencias y lenguas modernas. El judío sefardi (de Sepharad, España) como gusta apellidarse el grupo de dos millones repartido en el Mediodía de Europa, y en América, por oposición al nombre de judío-esquenasi (de Eshkennaz, Alemania) ha seguido la tradición de sus humanistas, y conoce por lo general francés, italiano, turco y árabe, además de hebreo y el castellano antiguo. Ambas ramas judaicas tienen una rica literatura; académica y filosófica, la **rabínica** o española; la **yiddeish**, moderna y revolucionaria. Distínguense todavía la mayoría de los viejos judíos españoles en que no están tocados por el escepticismo, y siguen sin renunciar un ápice a sus aspiraciones nacionales, en espera hoy como ayer de la restauración del Reino de Sion para su vuelta a la Tierra Prometida.

En tales circunstancias, cuando vivían esa existencia de allegados serviciales, vino para los judíos españoles del oriente la catástrofe decisiva, el "sálvese quien pueda" para esos pacifistas descendientes de los Macabeos. El cambio operado en el imperio otomano por el partido de los jóvenes turcos, por una parte, y las guerras balkánicas en el resto, los amenazaron con la abominación del servicio militar obligatorio. Venía esto a la postre de la ruina acarreada por aquella serie de guerras. Entonces comenzaron los judíos esa desbandada que todavía dura, y que demuestra la superioridad de su previsión sobre la de los armenios, por ejemplo...

Por ese tiempo comenzaron a llegar a Chile y otros países de Sud América grupos de buhoneros de marcado tipo levan-

Una familia judía en que lo antiguo y lo moderno forman un curioso contraste.

tino—mozos pálidos y morenos de rasgados ojos de oriental, dentadura fuerte y obsequiosa sonrisa. Los grupos menudearon luego, hasta convertirse en partidas a la desbandada, como de un ejército en derrota. Sus huellas se cruzan por los caminos de provincia en dirección a los caseríos más apartados; se ve avanzar de puerta en puerta su encorvada silueta bajo el fardo de los géneros y el cofre de las joyas falsas; y su cadáver suele quedar en un sendero de las montañas o de la pampa salitrera, con un puñal metido entre los hombros...

Se dicen turcos, o por lo menos quieren dar a entender que es Turquía el país de donde han venido. Entre ellos hablan en turco o en árabe, exagerando con su peculiar nasalismo las voces sibilantes de las lenguas orientales. Y las gentes se quedan maravilladas sin comprender cómo esos extranjeros llegados ayer no más de tierras remotas, se dan a entender a maravillas del huaso ladino y del obrero socarrón. Algo debe hacer suponer a esos extraños inmigrantes que, de revelar su identidad en viejas tierras católicas, donde el tradicional "perro judío" anda hasta en los juegos de los niños, acaso peligrará su vida o lo que a él más le importa, su mercancía. Bajo ese disfraz han ido conquistando el imperio menudo del bazar, la tiendecilla de ropa—la paquetería que impera en las calles el Puente y Veintiuno de Mayo.—Su centro social está en la calle San Diego.

Nuestro público indiferente no se percata de ellos. Siguen llamándoles turcos, y sin la práctica que dan los medios intensamente cosmopolitas, no saben distinguir a primera vista el perfil anguloso, la quijada saliente y la nariz apodonada del judío. En una palabra, a nosotros que practicamos la hospitalidad casi siempre generosamente, sin preguntarle a nadie quién es ni de dónde viene, y muchas veces sin discernimiento, la cuestión de razas no nos ha despertado todavía, ni contra el chino, ni contra el japonés, ni contra el judío.

Además, nuestros humildes huéspedes han disfrazado hasta sus nombres con patronímicos orientales. Pero si llegáramos en puntillas y les gritáramos por la espalda: ¡Salomón Bejarano! o ¡Moisés Díaz-Pérez! esos comerciantes meditativos tendrían una brusca contracción de los hombros, el movimiento instintivo de quien espera un golpe, y se darían vuelta azorados como para responder a una lejana voz familiar. Sin embargo, como nadie se preocupa de ellos, podéis verles medrar lentamente en los barrios de comercio al menudeo, ya sea cerca del río o del otro lado de la Alameda.

En el resumen de humanidad que es Nueva York se aprende a distinguirles fácilmente, con su oportunismo, su actividad infatigable y su espíritu de cofradía. Nuestros compatriotas por el idioma son poco más de veinte mil entre el millón y tantos de israelitas de la gran metrópoli. Ocupan los trechos de más densa población del lado Este, en las calles Canal, Grand Forsith, Eldridge y adyacentes en la parte baja de Manhattan, y han formado otro núcleo de la calle 120 a la 125, en el distrito de Harlem. Son sastres, joyeros, cambistas; los más pobres compran y venden ropa usada, argumentando hasta lo último con los clientes, en mitad de la acera, donde los otros se ponen la prenda relativamente nueva y tiran la chancleta que el

judío recogerá despues para echarle una última remonta... Entre los más prósperos hay banqueros particulares, vulgo prestamistas, y concesionarios de cintas cinematográficas; fabricantes de cigarros orientales, otros de ropa, y modistas y peleteros. Cada blusa que luce en los escaparates del East Side ha sido hecha seguramente por alguna prolija judía.

Su espíritu exclusivista se satisface ampliamente en las sociedades teológicas o mutualistas, de recreo o de beneficencia. No son tantos siquiera como la mitad de los hispano-americanos de Nueva York, y nos aventajan sin competencia con su media docena de clubs, su biblioteca, sus dos periódicos en castellano antiguo con tipografía rabínica (**La América y La Bos del Pueblo**) sus sociedades, sus colegios, y hasta un teatro donde autores y actores presentan piezas de corte moderno escritas con el vocabulario de un Juan de Mena que, soldado en Francia e Italia y cautivo en Argel, matizara su lengua nativa con modismos exóticos.

Y prontos como nadie a salir al encuentro de la oportunidad, estos judíos han formado sociedades especiales para el perfeccionamiento o modernización de sus conocimientos del castellano, con miras a aprovecharse de las relaciones comerciales de Estados Unidos con la América Latina. Han creado un centro literario y filarmónico, **La Luz**, con intento de reunir fraternalmente a "todos los que hablen castellano en Nueva York".

Esta inclinación hacia lo moderno es tan radical en los jóvenes judíos que se ha producido una especie de disociación familiar, en que los "viejos", los padres, continúan la tradición y los hábitos consagrados, mientras que los hijos visten a la americana, no practican ni los usos ni las creencias de sus antepasados, y se casan sin atender a raza o religión. El Ghetto neoyorkino es un barrio apenas más sucio que otro cualquiera, aunque menos ruidoso que los distritos italianos, por ejemplo, o menos revoltoso que los irlandeses. Sin embargo, suele verse todavía, detrás de unos visillos mosqueados, al sastre tradicional de las narraciones orientales, sentado a pierna cruzada sobre el mesón.

Una comedia afortunada, **Potash and Perlmutter**, resume con simpatía los rasgos persistentes del judío antiguo en el moderno; su espíritu de empresa, su fraternidad en la amistad, su tacañería; en fin, sus virtudes y sus defectos. Honrado en el fondo a él no podría aplicársele el epigrama en Nueva York, según el cual un comerciante judío habría respondido al cofrade que venía a visitarle, después del último incendio del barrio:—"Estabas mal informado, hermano; mi incendio no será hasta la semana próxima". Más bien, dados sus sentimientos pacíficos, podría aplicársele esta otra anécdota:

Un pillastre llega a la tienda de un ropavejero, se prueba una chaqueta y escapa calle adelante. A los gritos del judío acude el guardián y entre ambos emprenden la persecución. Ya lo divisan, y aún acortan distancia, pero el fugitivo no da señales de oir la voz de detenerse. Y como el guardián saca su revólver para disparar, el judío le toma del brazo y sin dejar de correr le dice:— No le tire por la espalda, señor oficial, que la chaqueta es de una tela espléndida y está casi flamante!

¿No es verdad que esto revela un alma razonablemente sensible? Yo he visto grupos de judíos en sus partidas de campo, de excursión por los parques o en los

Tipos de judíos españoles modernos en un restaurant de Nueva York.

vaporcitos domingueros, y su fraternidad toma formas particulares, tal vez extrañas para otros que no sean de su raza y temperamento. La juventud parece formar una sola familia, como la de los viejos patriarcas, y no es raro ver que, mientras una joven conversa con su novio, otro joven, amigo de la casa, venga a recostarse en su regazo y reciba la caricia distraída de sus dedos entre los cabellos.

Por una especie de mimetismo, o por mezclas clandestinas, los judíos españoles tienen las barbas de un negro azulino y la tez moreno pálido del morisco-español. En Estados Unidos forman una vasta comunidad de unos cincuenta mil emigrados de los Balkanes, de Turquía y las islas del Archipiélago; otros tantos se hallan esparcidos por la América española. Sea en países de habla inglesa, sea en los que hablan castellano moderno, el fenómeno internacional y lingüístico que representan estos centenares de miles de individuos que siguen hablando un idioma de adopción, a pesar de la ingratitud con que se les arrojó de España; que en tierras mahometanas o en Norte-América pueden saludarnos en nuestro idioma y recordarnos a nuestros abuelos peninsulares, está revelando el vigor del castellano y la persistencia mental del judío. Yo recuerdo cómo eran el mismo el acento y las maneras del banquero de San Diego que se me ofreció como acompañante en la Exposición, y éste mi amigo el mercachifle de la calle 14 de Nueva York.

LILIAN

(Esbozo inédito de una novela en preparación)

Por

Alberto del Solar

Con ilustraciones

Su nombre era Lilian, pero la llamaban "Lily".

Por la época en que comienza esta historia, actuaba como "chorus girl" en uno de los teatros de Londres.

Alta, esbelta, tenía los ojos azules de su raza y la boca más bella y provocativa del mundo. La adorable cabecita coronada por cabellos abundantes, de un rubio que tiraba a rojo,—ese rojo indefinible, predilecto del Ticiano,—era fina, delicada, luminosa; sobre todo cuando, desprendidos aquellos del carey que los mantenía aprisionados arriba de la nuca, los dejaba "Lily" caer sobre los hombros y las espaldas en cascadas de oro que, a los reflejos rutilantes del escenario, adquirían ondulaciones de fuego.

Alegre, parlera, había cierto hechizo infantil en su gracia esencialmente femenina. Susceptible de todas las curiosidades y de todas las asimilaciones, gustaba de la música, de los dulces, de los objetos raros y de los lindos sombreros. Tenía, por lo demás, tendencia instintiva hácia lo refinado, lo verdaderamente artístico y de buen gusto.

Nacida en hogar modesto y de cortos recursos, suspiraba a solas por lo que veía fuera de su alcance. Pero la extraordinaria dosis de sentido común con que la naturaleza la había dotado, hacíala entregarse a la dulce y amable filosofía de los que "saben esperar", previendo que algún día llegaran tiempos mejores.

Desdeñaba, entretanto, todo lo que era mediocre, y antes que abandonarse a un amorcillo pasajero y "a pura pérdida",—según su expresión,—prefería entretenerse con el piano, con las flores y con los gatos de Angora, por los cuales mostraba verdadera ternura.

La idea de **entrar al teatro**, que la había seducido más de una vez con el fascinador e irresistible miraje que, en cierto medio social, suele atraer a las jovenes de carácter independiente, sobre todo en Inglaterra, concluyó un buen día por dominarla en absoluto.

Figuraba **Lily Moore**, todas las noches, en "The Dollar Princess", obra popularísima que por entonces llevaba ya más de mil representaciones sucesivas en el **Gaiety** ante el inagotable público de la gran metrópoli inglesa. Aparecía la muchacha, e, invariablemente, al tomar colocación en su puesto, dirigía los ojos hacia la primera fila de **stalls**, en uno de los cuales—invariablemente también—se veía la cara pálida de un joven vestido con correcta elegancia, pero delicado, casi enfermizo de aspecto.

Delgado, moreno, de estatura mediana, tenía el cabello obscuro y las facciones finas y regulares. Observábase, al punto, que el asiduo concurrente a las veladas del **Gaiety** no iba allí por el espectáculo, ya visto cien veces, sino por el interés que le inspiraba aquella linda muchacha cuyos ojos de cielo parecían calmar dulcemente la angustia de sus miradas de condenado a algún infierno terrestre: el de los celos, quizás. Sus grandes cejas y pestañas, negras como el bigote y el cabello, su expresión deprimida, casi doliente, denotaban un temperamento del todo opuesto al que caracteriza al joven británico en general.

Ella, la bella Lily, determinaba, por su parte, en aquellos propios momentos el más hondo contraste—tanto por la expresión como por la actitud—con aquel personaje exótico, a quien debían ligarla, sin embargo, lazos de simpatía, ya que no vacilaba en mirarle sin disimulo, dentro de un ambiente tan riguroso como el que se respira en el recinto de los teatros londinenses. Los ojos de Lily chispeaban de alegría sana, mientras su busto, airoso, esbelto y perturbador, se mecía al compás de la música, en el ritmo de una ondulación uni-

forme y cadenciosa, impuesta por el maestro de coros, colectivamente, a todo aquel grupo de preciosas "girls", cuyos trajes pintorescos, pero de suaves tonos, matizaban con armonía perfecta el fondo del escenario, convertido en ascua de luz, y en poema de color.

La historia, hasta allí, era breve y sencilla. El joven extranjero, oriundo de una república de la América del Sur, Colombia, comenzó por admirar a Lilian por sus formas esculturales, sus labios rojos, su gracia y alegría, y concluyó amándola locamente. Lilian reía, con aquella sonora y cristalina risa suya que dejaba ver las dos hileras de magníficos dientes, blancos y brillantes como granos de maíz en flor,—reía ante tal pasión, calificada por ella de "awfully silly"; pero que halagaba sin embargo su amor propio.

Servando Lara—así se llamaba el joven —poseía bienes de fortuna y era soñador, romántico por naturaleza. Alejado de la sociedad mundana allá en su sencilla tierra natal, donde viviera en compañía de su madre, viuda y achacosa, había llegado a Europa solo y con todas las ilusiones de un ingenuo. Creía en el amor ideal. Había cumplido ya treinta años y, no obstante, seguía viendo el mundo al través del cristal color de rosa con que algunos hombres —muy pocos—suelen todavía a esa edad ver transformadas en pétalos hasta las gramillas más humildes.

Lilian se distraía con la sociedad de Servando, al cual daba el sobrenombre de **Jack in the box**, con motivo de los sobresaltos que solía darle el mozo al salir en ocasiones brusca y repentinamente de su melancólico mutismo para instarla, con pasión tropical y en forma casi contundente, a que abandonara el teatro para irse a vivir con él a Colombia: es decir, según Lily, "en los confines del mundo".

Pero la chica resultaba intransigente en tal materia. No habría cambiado jamás la realidad de sus alegres cenas nocturnas y su "cosy flat" de **Cadogan Gardens** por los misterios de un país lejano y "desconocido", en compañía de un camarada tan triste.

Pasó un año, al cabo del cual, abatido por las contrariedades que le ocasionara su no correspondido amor,—según su manera de entenderlo,—viendo el mundo, no ya como a su llegada, color de ilusión, sino color de desencanto; neurasténico en grado alarmante, decidió regresar a su país. Hacía ya varios meses que sufría, para colmo de desventura, de la vista. Un ardor permanente en las pupilas, cierta extraña sensación de pesantez en los párpados determinaban síntomas a los cuales no dió importancia al principio; pero que concluyeron por preocuparlo.

Consultó un médico especialista, quien después de examinarlo detenidamente, no ocultó su perplejidad: aquellos síntomas parecían sorprenderlo, perturbarlo.

Ensayó varios medicamentos: colirios minerales; extractos de yerbas; aplicaciones eléctricas, sin resultado. El ardor en las pupilas persistía, la pesadez de los párpados se hacía cada vez mayor...

Servando perdió la paciencia y el ánimo: resolvió no seguir consultando a aquel facultativo con el cual, a su juicio "estaba perdiendo el tiempo y su dinero". En una hora de cansancio, de falta de fe y de repentino anhelo por volver al lado de su madre, al ver anunciada en un periódico la próxima salida de uno de los vapores que realizan la carrera entre Southampton y la América Central, resolvió embarcarse.

Antes de hacerlo, escribió un billete a Lilian, misiva que envió acompañada del regalillo habitual, y cuando llegó la fecha de la partida del transatlántico dijo adiós "para siempre", según lo había expresado al grupo de compatriotas amigos con quienes comiera la víspera en uno de los restaurants más alegres de Piccadilly. dijo adiós a aquel soberbio y grandioso Londres, que tanto le había hecho gozar y tanto le había hecho sufrir.

Desaparecido Servando, Lily siguió su acostumbrado género de vida en la metrópoli. Sabemos ya que, linda como una flor de primavera, había resuelto sacar de esa belleza los mayores resultados posibles. A pocos días de embarcado el extranjero se había olvidado ya de la existencia de su melancólico festejante.

... ...

Muere en Colombia la madre de Lara y este ve agravarse aún la enfermedad a la vista, que le aflige.

Poco después queda, a más de huérfano, ciego; pero con los amplios medios materiales de subsistencia de que siempre había dispuesto.

Una noche, en cierta alegre "supper" a la cual asiste Lily, después de la hora del teatro, en compañía de varios jóvenes

ingleses y sud-americanos, alumnos los más de ellos de una Escuela Superior de Agricultura vecina a la Capital, conoce la terrible desgracia de Servando y escucha de labios de un joven recién llegado de por allá que el pobre ciego no tiene otro pensamiento, otra preocupación en medio de su melancolía que el recuerdo de Lily, a quien ha amado y sigue amando con pasión tan ingenua como profunda.

Lily, al oirlo, se entristece. Pero la sombra que empaña de pronto su alegría

pasa como esas nubes errantes que al cruzar por el cielo interceptan durante un segundo el brillo de las estrellas!...

Hallándose otra noche, como de costumbre, la bella figurante del **Gaiety** en el proscenio de su teatro, incorporada al lindo coro de muchachas, se oyen de repente gritos angustiados de alarma:

"¡Fuego! ¡fuego!..."

Un incendio voraz cunde y amenaza abrasarlo todo. El pánico es horrible: el público huye: los artistas escapan a su vez, por salidas especiales; mangueras de auxilio comienzan a derramar torrentes de agua sobre las llamas.

Lilian, como sus compañeras, intenta correr, pero enreda sus trajes en los alambres de un telón que intercepta el paso, y aprisionada así, se desploma sin sentido, aturdida más por el terror que por el golpe.

De allí le retiran poco después los bomberos, desmayada aún y con graves quemaduras, sobre todo en la cara. ¡Su vida queda en salvo; no así, ¡ay! su hermosura! Horribles lesiones, ocasionadas por el fuego, desfigúranla el rostro, haciendo que peligre en absoluto aquella extraordinaria armonía de facciones que hasta entonces ha constituído su principal, más bien dicho, su única fortuna.

Es llevada a un hospital, y allí se logra, al cabo de algún tiempo, disiparle la fiebre, cicatrizarle las heridas, pero no hacer desaparecer los estragos faciales que la convertirán para siempre casi en un monstruo de fealdad. La hermosa y alba frente presenta arrugas que el cabello—cuando crezca de nuevo— podrá difícilmente disimular. La nariz perfilada y delicadamente aquilina, se ha descarnado, y al volver a cubrirse de piel, perderá, seguramente su forma escultural; sabido es que para caricaturar esa facción, basta exagerar o disminuir una simple línea, agregar una leve protuberancia, determinar una ligera depresión...

Lily, desamparada, careciendo en absoluto de recursos, sin ánimo ni aptitudes para ganarse la vida trabajando en cualquier otra forma que no fuese la que hasta entonces había adoptado, siente de pronto que el cerebro se le ilumina con una idea. Piensa en Servando, en ese noble ser que, al decir de sus amigos, la ha amado y parece seguir amándola.

Si fuera posible llegar hasta él, consagrarle su naufragada existencia a cambio del apoyo que de él solicitaría; compartir, en fin su desgracia, hacerlo feliz tal vez... El no vería nunca la fealdad de aquel rostro alterado sólo ante la mirada... Mas le asalta entonces una duda: Servando, al conocer la existencia de tan terrible transformación, ¿tendría ya el mismo interés en conservarla a su lado?... Quedaba el recurso de ocultárselo todo; pero ¿cómo asegurar, en tal caso, el secreto de lo que debía, seguramente, ser ya notorio hasta en la propia lejana tierra de su amigo?... ¡Ay! en la mejor de las circunstancias, es decir, si esto último lograra obtenerse, Servando no habría de creer en tan repentina devoción, en una actitud inexplicable después de su pasada conducta para con él. Interrogaría, llegaría a saber, comprendería pronto que sólo un vil interés, la desesperación, la había llevado hacia él....

Ah, la cosa era imposible!...

Uno de los amigos de Servando,—el único que, compasivamente, fuera a visitarla después de su salida del hospital!—la sacó de dudas y disipó sus vacilaciones. El caso no sólo era posible sino de éxito seguro! Servando no podía saber aún las verdaderas consecuencias que había tenido para Lily el accidente. El se encargaría de obtener que la noticia continuara manteniéndose secreta a su alrededor. Servando seguiría, pues, engañado respecto de la extensión del desastre; debía, por el contrario—y puesto que su ceguedad era fatal e incurable—creer en la persistencia de la belleza esencial de Lilian, en un noble impulso de piedad por parte de la joven, quien al tener noticia de la terrible desventura de aquel hombre que le había consagrado, al decir de sus amigos, su alma entera, se decidía a visitarlo, a llevarle por algunos días el consuelo de su presencia, aprovechando, a la vez, la ocasión de conocer un país nuevo para ella y de disfrutar de un breve y fructuoso descanso a aquella vida de agitación y de aturdimiento constantes.

El poder sugestivo de la voz, la dulzura y disimulo de Lily harían lo demás.

La ejecución del plan comienza a desarrollarse con sigilo. Los amigos más íntimos de Servando, impuesto de él, preparan el terreno y logran coordinar un verdadero complot, tendiente a resguardar

el secreto indispensable a los proyectos de la joven, quien se siente segura de que una vez al lado del apasionado ciego, este no se decidirá jamás a dejarla partir.

Todo sucede como se ha previsto. El médico de Servando, impuesto de los antecedentes, se ha encargado, por su parte, de contribuir a mantener la ilusión en el enfermo y de proteger el misterio con que se desenvuelve el idílico proceso, que ha tenido, desde luego y ante todo, el resultado esencial, no sólo de evitar una catástrofe psíquica sino de levantar de modo intensamente progresivo "el moral" del paciente.

Como buen hijo de Colombia, era aquel facultativo, a más de excelente profesional, fervoroso cultor de las letras y de la filosofía. Su privilegiada memoria le ponía en el caso de poder recitar páginas

enteras de Platón, de Lope, del Tasso y de Musset, sus autores predilectos. Hablando del piadoso engaño mediante el cual proponíase reconstituir la salud de su paciente, solía traer a colación aquellas hermosos versos del autor de la "Jerusalem", relativos al vaso cuyos bordes es preciso untar de miel para disimular al niño la amargura de la poción que ha de conservarle la vida."

"...Ingannato, in tanto, el beve
e del inganno suo vita riceve..."

Transcurre así un año entero de suprema felicidad por parte de Servando. Los lazos que concluyen necesariamente por ligarlo en absoluto a la joven, se estrechan más y más cada día...

Un acontecimiento de importancia transcedental se produce entonces. El sabio médico, convertido ya en excelente amigo, cree haber descubierto la manera de curar aquella extraña y rebelde ceguedad de carácter desconocido y cuyas causas han escapado hasta a la ciencia del especialista europeo ya mencionado.

Triunfante, dominado ante todo por su amor a la ciencia y por el entusiasmo que le ocasiona su importante descubrimiento, comunica a Lilian el resultado de sus observaciones.

¡Fácil será comprender la emoción con que esta recibe la noticia! Si Servando recupera la vista, conocerá al punto, no sólo la horrible fealdad que la convierte en un sér de aspecto repelente, sino toda la extensión de la superchería ideada para llegar hasta él, con el objeto de acogerse a su amparo y vivir a sus expensas. El aparente "arranque de generosidad" se convertirá en vulgar propósito de explotación, en trama urdida en aras del más despiadado egoísmo.

Por otra parte, el ciego, que se siente a la sazón feliz hasta lo indecible, ante la certeza de ser amado **por sí**, ante la convicción de que aquella criatura que le cuida "tan noblemente" es la hermosa Lilian, la antes traviesa y atolondrada "Lily", hoy adorable, juiciosa y abnegada compañera, transformada en tal por el mágico poder de la piedad en arranques de ternura inconfundibles, no se resignará jamás a soportar el engaño. ¿No vendrá, como consecuencia, la amargura—quizás el odio—ante el espectáculo de la cruda realidad? ¿No significará todo ello, en suma, trocar la dicha por el dolor?...

¡El problema surge, formidable! Y lo plantea Lilian ante el criterio del facultativo, en toda su hondura, empleando para ello, ya la grave elocuencia que inspira la sinceridad, ya la súplica dolorida que dicta la desesperación.

El médico la escucha y se da cuenta, a su vez, de la atroz responsabilidad que la solución entraña para su conciencia, por un lado, para el prestigio de su reputación de hombre de ciencia, por otro.

Pide plazo para reflexionar y decidirse. Nada dirá por el momento a Servando sobre sus anteriores propósitos.

La lucha que se inicia desde aquel instante en el alma del facultativo es intensa; lucha, como se ha dicho ya, entre la conciencia humana y el deber profesional, según su manera de entenderlo. ¿Tendrá, acaso, derecho para dejar sumido, durante una existencia entera, a aquel paciente, en la tenebrosa inercia de una enfermedad que habrá de incapacitarlo en absoluto para el cumplimiento de las obligaciones del ciudadano, para la actuación normal y eficiente en el hogar y en la sociedad; para el estudio, para el trabajo? ¿Puede él, en rigor, eliminar **voluntariamente** de esa comunidad social un factor capaz de contribuir, no sólo al progreso colectivo sino al perfeccionamiento propio y al de las personas que, de otro modo, podrían quizas rodearlo y secundarlo? ¡Un hogar legítimo y sereno; los prestigios de la fortuna utilizada debidamente; el goce, aún mayor, de que se disfruta cuando es posible mezclar las palpitaciones de la propia vida a la vida de la naturaleza; la embriaguez de actividad; la luz del sol, la contemplación del universo!...

Así discurría como hombre de ciencia. Pero como de sentimiento, veía el caso bajo otra faz. "Si el devolver a estos ojos la luz"—se decía—"hubiera de significar hundir para siempre en las tinieblas un alma apasionada!"...

Invocaba, entonces, la ayuda de su querido Platón, redordando aquellas páginas sublimes en que el divino griego declara que cuando **Eros**—"el amor con alas"—se inspira tan sólo en la belleza, no puede seguir existiendo si ella desaparece, pues semejante a la mariposa, deja de detenerse allí donde han cesado de crecer las flores. ¡El amor: "única fuerza susceptible de dar la paz al hombre, la calma al mar, el silencio al viento y el **sueño al dolor!...**" (1)

---

(1). Platón. "Diálogos dogmáticos": **El banquete o del amor.**

Era la lucha de los dictados del cerebro contra los dictados del corazón.

Triunfó el cerebro, triunfó lo que él creía ser un deber.

Aquel universitario—que, al recibir su título, había hecho el solemne juramento de sinceridad de propósitos y de honradez de procedimientos profesionales, ante Dios y ante los hombres—no se creyó autorizado a esterilizar, por motivos que él llamaba "puramente sentimentales", los medios que la ciencia y su propio talento ponían a su alcance para devolver a la integridad de sus funciones fisiológicas un órgano, si no vital, de importancia suma para activar esa vida; bien así como, por más inevitable y próximo que vea el facultativo el desenlace fatal, respecto del moribundo que gime postrado en el lecho del dolor y pide a gritos la muerte como alivio, no le es lícito dejar de administrar el cordial reparador que habrá de prolongar—siquiera sea por breves momentos—la vida.

... ...

Al oir Lilian la sentencia irrevocable y fatal, creyó morir de angustia.

Entonces, agotado el último recurso, hizo al médico, al amigo, una confesión íntima, reservada hasta aquel momento aún para el mismo Servando!

Acababa, sólo en esos días, de adquirir la certeza de que se hallaba en cinta. La criatura tardaría por consiguiente, aún algunos meses más en nacer. Lilian pidió plazo hasta entonces para que se iniciase el decisivo tratamiento. Este, según el médico, duraría casi un año entero, durante el cual el enfermo iría recuperando paulatinamente la vista, allí, en su propia casa. Tan pronto como pudiera el paciente correr el riesgo de darse cuenta de la transformación trágica del rostro de Lily, esta desaparecería cautelosamente, desaparecería para siempre, dejando al padre, como consuelo, aquella criatura suya, que, si por fortuna fuera una niña, reemplazaría algún día a la madre en la ternura.

El médico, al oírla, se vió asaltado de otro escrúpulo: ¿Qué sería de aquella mujer? ¿No acudiría, acaso, al suicidio por desesperación?

La nueva responsabilidad—tanto o más grave que la primera,—le aterró; hizo que se derrumbaran de golpe sus anteriores resoluciones.

Tras de momentos de angustia, que le parecieron siglos, se decidió—pero sin comunicarlo a Lilian—a eliminar esa responsabilidad: optó por someter el caso al propio paciente, después de confiarle aquel secreto infausto; pero teniendo la precaución previa de probarle que si "Lily" vino a él un día, sólo por necesidad—tal vez por egoísmo—Lilian, la noble Lilian le amaba a la sazón de verdad, y con tal ternura que el abandono sería para ella el desastre del alma antes que el del cuerpo. Le haría jurar que nada diría de esto a la joven. Si la revelación tenía éxito, ella debía seguir ignorando la existencia de tal revelación.

Servando sintió al escuchar, sin que se le omitiera un detalle, las palabras de su amigo, que algo como un agudo puñal se le clavaba en el corazón.

Aquellos ojos opacos, que no podían verter lágrimas porque los lacrimales se habían secado en ellos, parecieron dilatarse enormemente y brillar con una chispa de luz. Se incorporó en su asiento y, alzando la cabeza, exclamó con un sollozo:

"La sombra, mil veces antes la eterna sombra, si en ella ha de seguir mi alma hallando la luz!.... Quiero continuar viendo a mi amada como siempre la ví, como la veo aún!...."

Y se desplomó en el asiento.

... ...

El facultativo cumplió el deseo del inválido y guardó solemnemente el terrible secreto. Hizo creer a Lilian—quien al escucharlo se arrojó de rodillas a sus pies—que había cambiado de opinión: que consentía en dejar las cosas como se hallaban. ¡Servando seguiría ciego por toda su vida!

Nació la criatura y fué una niña, bella como su madre, de quien heredó el azul de los ojos y le perfecta contextura de los labios; aquella misma deliciosa y traviesa boca con que tanto había soñado el joven cuando "Lily" la lucía a sus admiradores, desde el rutilante proscenio del **Gaiety.**

¡Y en aquel hogar—por cuyas espaciosas ventanas penetraba radioso el sol de cada día—hubo, desde entonces, tres ciegos: el padre, que no volvió a ver jamás la luz; la madre, que ignoró siempre el sacrificio de su amado; y aquella niña que, legitimada un día por las manos del mismo sacerdote que signó su frente con los sagrados óleos del bautismo, no conoció nunca el doble y trágico misterio, origen de su apacible existencia!

Quinta "Dorrego", 25 de abril de 1917.

"El Mercurio" de Santiago.

Don Guillermo Pérez de Arce, director gerente de la Empresa.

La vida de un gran diario

LO QUE ES "EL MERCURIO"

Con ilustraciones fotográficas

El 12 de Septiembre de 1827 aparecía en Valparaíso un pequeño periódico de 4 páginas fundado por el industrial y tipógrafo norteamericano Tomás G. Wells en compañía del chileno Ignacio Silva, del mismo oficio.

Es indudable que con la fe y la vocación de todos aquellos que se dedican al periodismo, Wells y Silva alimentaran la hermosa esperanza de que aquella hoja que les costara tantos desvelos y sacrificios había de llegar a destinos más altos, cuando nuevos recursos unidos a los elementos del progreso vinieran en ayuda de sus débiles fuerzas. Sin embargo, es imposible que ellos soñaran siquiera que el modestísimo periódico que se publicaba entonces "sólo dos veces por semana"—según reza la nota de sus editores—y al cual dieron el nombre de "Mercurio de Valparaíso", llegara a ser, después de pasar sucesivamente por manos de hombres expertos y de empuje, lo que es hoy la Empresa de "El Mercurio", que edita cinco grandes diarios en el país.

De ahí que si bien es cierto que Wells

Don Julio Pérez Canto, director de "El Mercurio" de Valparaíso.

y Silva disfrutan del indiscutible honor de haber sido ellos los fundadores de "El Mercurio", es deber de estricta justicia el colocar al lado de sus nombres en la historia del viejo decano de la prensa chilena, los de aquellos que continuaron su obra llevándola constantemente por el camino de la prosperidad a través de la vida casi entera de la República.

Los redactores

Quién fué el de "El Mercurio", es punto que no está suficientemente es-

Edificio de "El Mercurio" de Valparaíso.

clarecido, pero opiniones respetables, basadas en documentos que arrojan mucha luz sobre el particular, señalan a don Diego Portales como el autor del artículo que apareció en el número inicial del 12 de septiembre de 1827. Otros indican a don Pedro Félix Vicuña, padre de don Benjamín Vicuña Mackenna.

Puede decirse que en los meses que restaban del año apuntado, y durante los de 1828, 1829 y principios del 30, el periódico no tuvo redactor a firme. En mayo de este último año se hizo cargo de ese

Don Joaquín Díaz Garcés, redactor.

Don Carlos Silva Vildósola, redactor.

puesto su propietario de entonces, don Ladislao Ochoa, quien lo dejó más tarde, junto con transferirle la propiedad de la empresa, a don José Luis Calle. Fué servido por éste hasta 1838.

Sucesivamente lo ocuparon los señores C. Bell, Richard, Rafael Minvielle y Domingo Faustino Sarmiento, que debía ser más tarde una figura americana y una gloria de su patria. Sarmiento ingresó como redactor el 11 de febrero de 1841, día en que apareció su primer artículo. Conservó este empleo durante año y medio, y su obra en la joven publicación, nutrida, vigorosa, reflejo de los múltiples aspectos de la vida nacional, dejó huella imborrable en la historia de "El Mercurio", como la marcó hondamente en el desarrollo intelectual del país. Sarmiento dejó su puesto de redactor el 1.o de septiembre de 1842.

Don Juan Larraín, redactor.

Le sucedió don Miguel Piñero, argentino como él, quien lo sirvió hasta Marzo de 1843, en que lo tomó a su cargo don Juan García del Río, periodista colombiano, para ponerlo otra vez en manos de Piñero en junio de ese mismo año.

Desde diciembre del 43 a marzo del 44, ocupó el puesto de los anteriores el escritor argentino don Tomás Frías, el mismo que más tarde representara a su patria ante nuestro Gobierno. Sucesor del señor Frías, fué su connacional, el notable publicista don Juan Bautista Alberdi.

En pos de Alberdi vino don Demetrio Rodríguez Peña,

igualmente argentino, que redactó los artículos de fondo hasta mayo de 1846.

Por último, el 9 de estos mismos mes y año se hizo cargo de la redacción principal don Juan Carlos Gómez, que la sirvió hasta el 31 de mayo de 1851.

Reemplazó a Gómez, tras unas cortas semanas en que la redacción se mantuvo acéfala, don Anacleto de la Cruz, por aquella época secretario de la Municipalidad de Valparaíso. Cruz falleció en su cargo de redactor el 8 de noviembre de 1851.

go don Santiago Godoy y Cruz, cuyo talento, a pesar de su extrema juventud, se manifestó ampliamente en su paso fugaz por "El Mercurio".

Don Ambrosio Montt viene después de Godoy; redacta el diario por espacio de cerca de un año, y se lo entrega al periodista venezolano don Hilarión Nadal, que lo escribe durante el período de 1855 a 1858.

Le sucede don Guillermo Carmona; a éste, y por tercera vez, don Juan Ramón

Don Guillermo Cienfuegos, administrador.

Le substituyó por pocos días don Juan Ramón Muñoz, antiguo empleado de la empresa, y a éste el publicista don Jacinto Chacón, que desempeñó el puesto hasta últimos de diciembre del año recordado.

Nuevamente asumió la redacción don Juan R. Muñoz, permaneciendo en ella en esta ocasión hasta fines de Abril de 1852.

Por esta misma época seguía entre los redactores de "El Mercurio" el eminente historiador y publicista argentino don Bartolomé Mitre.

Aquí la tomó por primera vez a su car-

Muñoz, predecesor y sucesor luego de don Martín Palma. Fué ésta la postrera suplencia de Muñoz.

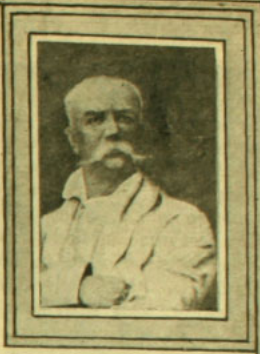
Más tarde, desde septiembre de 1861 a marzo de 1863, redacta "El Mercurio" don José Antonio Torres, que se retira para dar paso al inolvidable don Isidoro Errázuriz. El fogoso diarista y tribuno lo escribe por espacio de cuatro meses.

Desde agosto del 63 a marzo del 64, tiene como digno sucesor a don Benjamín Vicuña Mackenna.

Este se retira a su turno y su sitio lo

Don Hermógenes Pérez de Arce.

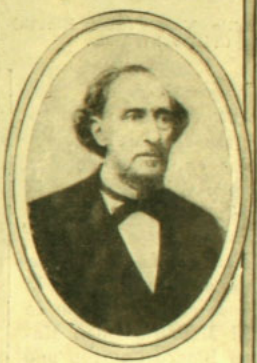
Don Máximo Lira.



Don Benjamín Vicuña Mackenna.

Don Jacinto Chacón.

Don Manuel Blanco Cuartín.



D. Bartolomé Mitre.

Don Rafael Minvielle.

Don Domingo F. Sarmiento.

Don Isidoro Errázuriz.

Antiguos Redactores de "El Mercurio"

Don Emilio Vaisse (Omer Emeth) Crítico literario.

ocupan sucesivamente don Martín Palma, que lo hacía por segunda vez, don Oreste L. Tornero y don Florencio González.

A los nombrados sucedió el esclarecido diplomático don Joaquín Godoy. Durante seis meses del año 65 redactó el diario, y al cabo de ese tiempo abandonó sus funciones dejándolas en manos de don Camilo Cobo, rector, a la sazón, del Liceo de Valparaíso.

Fué a raíz de servirla Cobo cuando se puso a la cabeza de la redacción de "El Mercurio" don Manuel Blanco Cuartín, uno de los más relevantes ingenios de su tiempo. Veinte años duró en el desempeño de sus tareas, justificando tan larga permanencia el sólido y variado talento con que supo llenarlas. Una personalidad no menos descollante que la de Blanco Cuartín, don Miguel Luis Amunátegui, vino a ocupar la vacante dejada por aquél en el diario, después de su jubilación como redactor en jefe.

Asumió en seguida este puesto el doctor don Augusto Orrego Luco, luego don Máximo R. Lira por cuatro años, y por fin don Hermógenes Pérez de Arce, que lo sirvió durante once años y falleció ejerciéndolo.

Don Moisés Vargas

La Sociedad formada por Wells y Silva, terminó el 4 de abril de 1829. Aquél quedó como único dueño de la empresa hasta el 1.o de octubre de 1832, en que la vendió a don Ladislao Ochoa.

A fines de febrero de 1833 éste transfirió su propiedad al argentino don José Luis Calle, quien a su vez traspasó sus derechos a don Bernardo Perry-Etchart en los últimos meses de 1838.

El 1.o de octubre de 1840, Perry vendió la empresa al tipógrafo español don Manuel Rivadeneira.

El nuevo propietario era una persona excepcionalmente apta para entender en una empresa de esta índole. Había recorrido Francia y Alemania, perfeccionándose en su oficio, y establecido en Chile, tuvo a su cargo una imprenta por la que editó "El Araucano", que era el nombre que llevaba entonces el "Diario Oficial", y en cuya impresión ponía todo el esmero que le dictaban sus profundos conocimientos en el arte tipográfico. Vuelto a su patria en 1842 y entregado siempre a los trabajos de su ramo, llegó a adquirir merecida fama como editor de obras notables.

El 1.o de septiembre de 1842, la empresa pasó a manos de don Santos Tor-

Don Manuel J. Ortiz, (Bergerac), redactor.

Don Ernesto Montenegro, redactor corresponsal en E. E. U. U.

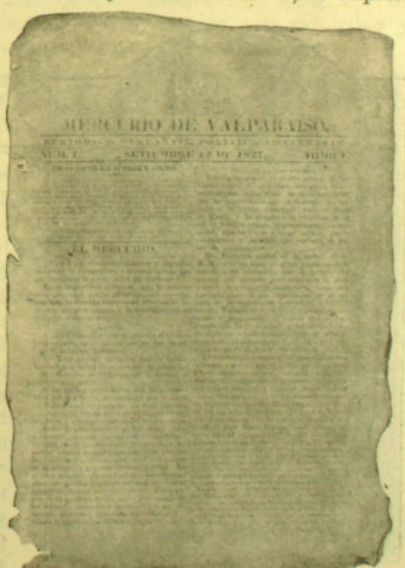
Don Carlos Varas (Mont-Calm) Redactor en viaje.

Manifestación ofrecida a don Guillermo Pérez de Arce en Buenos Aires por el directorio del Círculo de la Prensa.

nero por compra que de ella hizo a su compatriota Rivadeneira. Tornero trabajaba asociado a don José Antonio Benítez.

Llegado a fines de 1844, don Santos Tornero comenzó su vida en Chile como empleado de una casa comercial de Valparaíso. Al poco tiempo estableció las primeras librerías que se conocieron en ese puerto y en la capital. Como dueño de la empresa de "El Mercurio", le dió al diario un impulso poderoso: haciéndole servir eficazmente los intereses del país, aseguró su estabilidad y le conquistó sitio preferente en el aprecio público.

Por espacio de 33 años, desde septiembre de 1842 hasta agosto de 1875, la empresa de "El Mercurio" se mantuvo en manos de la familia Tornero.



La primera página del primer número de "El Mercurio" aparecido en septiembre de 1827.

En 1848, por fallecimiento de su socio Benítez, quedó como único dueño don Santos Tornero, de quien acabamos de hablar.

En 1851 se le asoció su hermano don Eusebio, hasta el 1.o de junio de 1860.

En 1857 don Santos vendió la mitad de la empresa a don Matías Cousiño, combinación que duró sólo hasta octubre del mismo año.

En 1864 asoció a ella a sus hijos Oreste y Recaredo S. Tornero. Un año más tarde, el segundo compraba la parte de su

padre y de su hermano Oreste.

En 1870 el mismo don Recaredo se asociaba a don Camilo Letelier, a quien por último vendió su parte cinco años después, en agosto de 1875.

El nuevo propietario adquiría también, en octubre de 1879, los derechos de don Rafael Larraín Moxó, que era socio comanditario de la imprenta.

Finalmente, en enero de 1880, compró la empresa don Agustín R. Edwards, quien a su muerte en 1897 la legó a sus hijos Agustín, Carlos y Raúl Edwards, y quienes, a su vez, transfirieron sus derechos, en enero de 1914, a la Sociedad Anónima Empresa "El Mercurio", su actual propietaria.

Don Alfredo Briceño, contador.

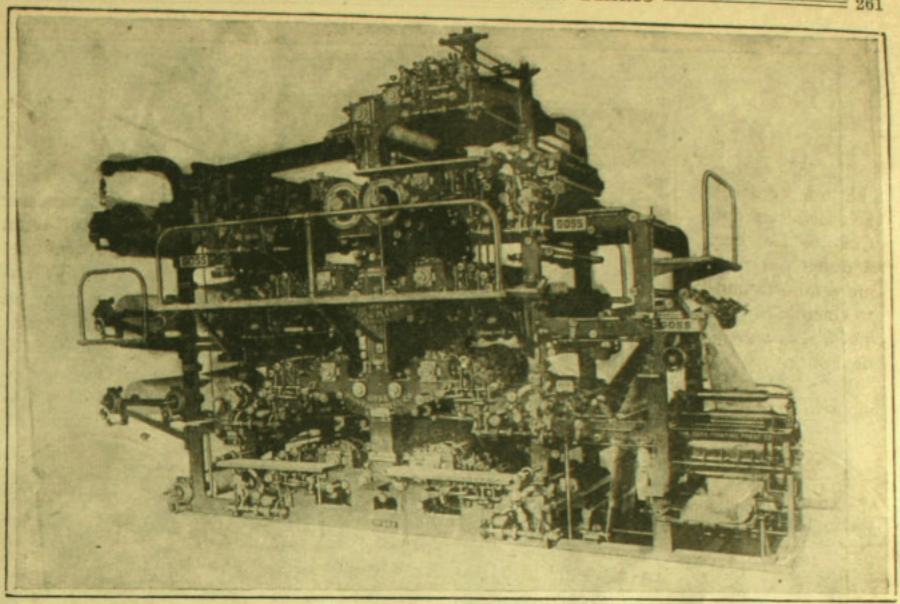
Don Joaquín Lepeley, sub-director de "El Mercurio" de Valparaíso.

Don Rafael Luis Barahona, redactor de "El Mercurio" de Valparaíso.

El 1.o de julio de 1900 la Empresa de "El Mercurio" dió a luz en Santiago el primer número de una nueva edición.

La aparición de "El Mercurio" de Santiago, precedida muy de cerca por la reorganización a la moderna del diario de Valparaíso, marca un verdadero acontecimiento en el periodismo nacional. El nuevo diario, desposeído de toda rutina de la vieja prensa, vino a revelar al público que había experimentado una evolución transcendental. Ediciones de numerosas páginas, informaciones completas de Santiago y de provincias, servicios cablegráfico del extranjero tomado en las fuentes más autorizadas de noticias del mundo, profusión de avisos, presentación tipográfica irreprochable; en una palabra, todas las características de los grandes rotativos norteamericanos, hábilmente aprovechadas por los organizadores del nuevo diario, señalaron e impusieron a "El Mercurio" desde el primer momento como el mejor diario del país y

Don Jorge Délano, ex-administrador de "El Mercurio".



Nueva rotativa Goss, que recibirá en breve "El Mercurio" de Santiago.

como el precursor del periódico moderno en Chile.

Probablemente no hay nada más difícil que hacer surgir un diario cuya vida alimenta la opinión pública, siempre parca y recelosa para dispensar sus favores. De suerte que el hecho solo de que esta otorgara tan pronto su más decidida adhesión a "El Mercurio" indica hasta qué punto sería de formidable el esfuerzo que él hizo para alcanzar de lleno la situación prominente de que goza hasta hoy.

Con el deseo de atender en mejor forma al público, ávido de noticias del momento, la Empresa de "El Mercurio" editó en Santiago desde el 15 de noviembre de 1902 "Las Ultimas Noticias", diario que, correspondiendo al principal objeto de su fundación, aparte de sus servicios propios, independientes de los de "El Mercurio", da en el día las últimas informaciones del país y del extranjero.

Desde hace poco menos de un año "El Mercurio" restableció en Valparaíso su segunda edición, temporalmente suspendida, a fin de corresponder a las exigencias de sus lectores que deseaban tener informaciones inmediatas de la guerra y del interior.

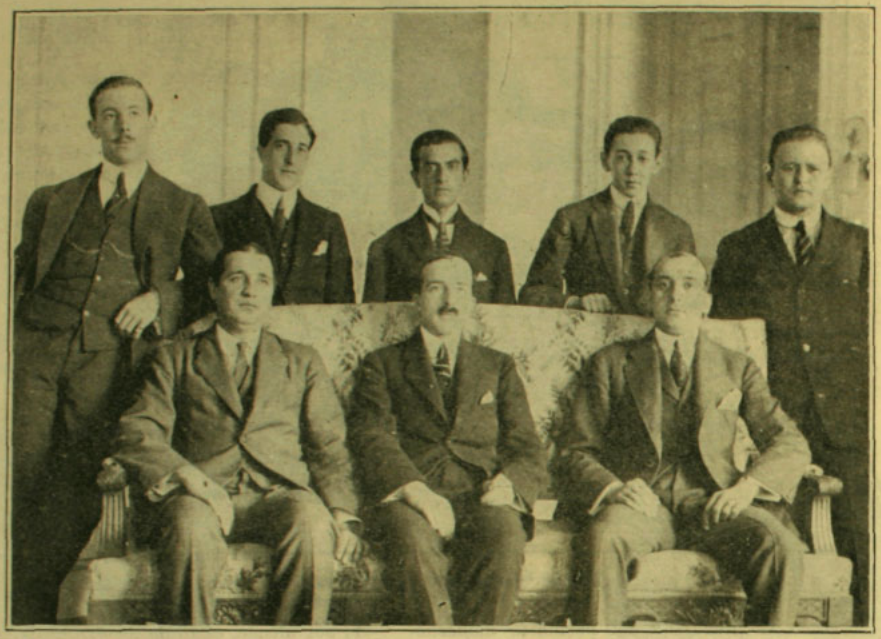
Y, por último, el 16 de diciembre de 1914 fundó en Antofagasta una nueva edición, también con el nombre de "El Mercurio".

Para una empresa de esta naturaleza, de tan vasto y complicado desarrollo, se requieren una organización muy eficiente, grandes capitales y una dedicación constante, inteligente y decidida de parte de las personas a su cargo.

La Empresa de "El Mercurio", constituída hace algunos años, como lo hemos dicho, en Sociedad Anónima, dispone de un capital de varios millones de pesos.

Deseamos dar de ligera un bosquejo acerca de las valiosas instalaciones de la Sociedad.

"El Mercurio" de Santiago cuenta con dos prensas Goss y sus anexos de estereotipía, 14 linotipias, taller de fotograbado, una gran instalación de caja y todas las secciones que exigen esta clase de industrias. Dada la forma en que se hace el trabajo de un diario, en que cada minuto tiene un valor precioso y en que, por consiguiente, una interrupción en las labores representa un perjuicio grave, cuando no irrepara-



Personal de la Administración de "El Mercurio" de Santiago.

ble, "El Mercurio" dispone de una planta eléctrica propia para generar la fuerza y el alumbrado necesario en caso de faltar la corriente de la ciudad.

Todos los talleres son amplios y de una sobria elegancia. Construído especialmente cada uno para el objeto a que había de destinársele, reunen todas las condiciones de confort, seguridad e higiene.

"El Mercurio" de Valparaíso cuenta con instalaciones semejantes: dos prensas, una de ellas recién armada de la Casa Goss, linotipias, talleres, etc., etc.

Don Eduardo Maclure, bibliotecario.

Y, finalmente, "El Mercurio" de Antofagasta, dentro de sus exigencias, dispone también de toda clase de elementos modernos, en menor escala.

Sólo debido a esta cantidad de eficacísimos elementos que proporciona hoy el arte de la tipografía y de la impresión se comprende que un diario pueda componer en unas cuantas horas 15 páginas de avisos y otras tantas de redacción, como da con frecuencia "El Mercurio".

Los gastos de elaboración y redacción de los diferentes diarios que la Empresa edita alcanzan a sumas tan considerables que el profano no puede imaginarlas y como una muestra de los capitales que se ponen en movimiento para satisfacer las necesidades de una Empresa de esta clase, podemos apuntar el dato de que "El Mercurio" matinal ha tenido en sus bodegas un stock en papel de valor superior a un millón de pesos, cantidad que por sí sola podría represen-

Don Sergio Montt Rivas, redactor social.

Jefe y personal del servicio informativo de "El Mercurio" de Santiago.

Personal de "Las Ultimas Noticias".

Personal del servicio telegráfico.

tar el capital íntegro de cualquier diario de importancia.

"El Mercurio", además de sus corresponsales noticiosos, tiene representantes comerciales en todo el mundo civilizado, los cuales están en cada instante al cabo de las referencias que se soliciten del diario y tienen además instrucciones de pedir a "El Mercurio" toda clase de datos sobre el país en el momento de recibir cualquiera insinuación al respecto. Por otra parte, no hay Biblioteca de importancia en el extranjero que no coleccione sus ejemplares. Esto, aparte de las relaciones directas que mantiene con sus innumerables suscriptores repartidos en todas las regiones de la tierra y con sus avisadores del exterior que lo favorecen profusamente con sus órdenes de anuncios.

Esta reseña superficial de la historia y eficiencia económica del gran diario representa sólo su fisonomía material y tócanos ahora hacer la síntesis de su fisonomía moral, la que cada día y en diferentes ciudades de la República muestra su espíritu a la colectividad y que, por lo tanto, condensaremos en unas cuantas líneas.

El programa de "El Mercurio" es de aquellos que no pueden consignarse en el estrecho marco de unas cuantas cláusulas como no podrían registrarse en un programa todas las aspiraciones del país. En lo que se refiere a sus tendencias políticas, es "el moderador de las opiniones extremas", de acuerdo con la inspirada recomendación con que don Agustín R. Edwards lo legara a sus hijos Agustín, Carlos y Raúl.

Don Alfredo Morán, cajero.

A través de la página de "El Mercurio" se encuentra a cada paso la demostración de que el diario ha intervenido siempre

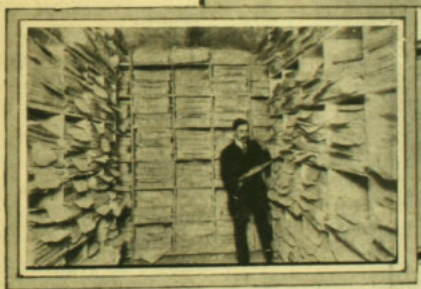
Salón de exposiciones.

Salón de reuniones.

en forma vigilante, decidida y eficaz en la solución de los problemas nacionales. En sus columnas, despojadas sistemáticamente de todo apasionamiento, se han debatido

Comedor.

y estudiado con amplitud de miras y por encima de los intereses de partidos o de colectividad, todo asunto de importancia ligado



Bóveda.

Sala de reuniones de "El Mercurio" de Valparaíso.

Estantería de "El Mercurio" de Valparaíso.

Hall y escalera central.

Personal de tipógrafos de "Las Ultimas Noticias".

Don J. M. Cruz, prensista.

Personal de tipógrafos de "El Mercurio".

al bienestar de la República durante el período más intenso de su desarrollo.

Todo viajero distinguido que llega a Chile, sea comerciante, industrial, literato, político, diplomático o embajador, no la abandona sin haber presentado antes personalmente sus homenajes al gran diario, del cual traía ya antiguas referencias y que a su paso fugaz por el país pudo ver felizmente confirmadas.

Personal de prensas.

Don Juan O. Yanten, prensista.

Personal de la sección Deportes.

Son innumerables los escritores que han prodigado elogios a "El Mercurio" en sus obras de viajes y, entre otras, recordamos ahora los de Mr. Walter Williams, decano de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Missouri, quien, después de dos años de viaje al rededor del mundo, consiguió hace poco en sus estudios sobre la prensa universal el dato muy elocuente y autorizado de que "El Mercurio", junto con otros dos grandes rotativos, uno del Brasil y otro de la República Argentina, eran los tres más grandes órganos de opinión de la América del Sur, a la vez que con exclusión de todo otro diario sudamericano, les dió un sitio de importancia entre los primeros 100 cotidianos del mundo.

Don Alejandro Parra, jefe del Turf.

Cargado de años y de prestigio, con los honores de decano de la prensa chilena y ocupando un lugar envidiable en el periodismo universal, "El Mercurio" cumple hoy 90 años de vida.

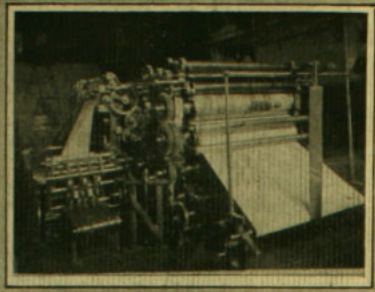
Y "El Mercurio" seguirá evolucionando, seguirá creciendo y desarrollándose vertiginosamente como en los últimos años, porque sus raíces de casi un siglo de existencia lo ligan fuertemente a la

Don Santiago Iglesias, corresponsal.

Sr. Casimiro-Salas, fotógrafo.

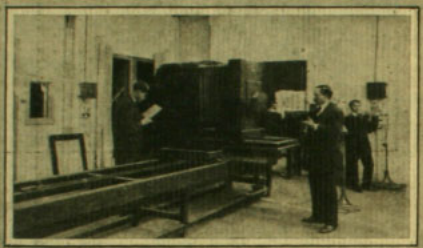
Sr. Manuel Flores, sección avisos nocturnos.

Sala de compaginación.



Una de las prensas.

Servicio de linotipias de Valparaíso.



Fotograbado.

1. Rotativa Goss, en que se imprime "El Mercurio" de Santiago. — 2. Sección linotipias.

opinión, porque tiene la conciencia de sus altos destinos porque es casi una institución de la República y porque después de una brillante vida secular, orgulloso de su pasado y satisfecho de su presente tiene sólidamente afianzado su porvenir.

He aquí, esbozada a grandes rasgos, la vida de este gran rotativo que durante casi un siglo ha mantenido siempre enhisata su bandera, y cuyos progreso le han puesto a la cabeza de la prensa nacional.

A pesar de sus años, mantiene siempre erguida la cabeza y su espíritu, siempre joven, evoluciona a la par de las distintas épocas por que atraviesa, sin decadencia, y ajeno a los añejos resabios de que adoleció hasta una fecha reciente casi toda nuestra prensa nacional.

...Ante el ancho portalón que da acceso al patio...

EL TIO RAMON

Por

Eduardo Moore M.

Ilustraciones de Délano

Llovía torrencialmente. El cielo bajo y obscuro, desplomado sobre los cerros, mostraba una ancha claridad hacia el Oriente. Las cumbres se esfumaban tras las cortinas cenicientas y sobre los campos el aguacero se extendía como una neblina temblante. Las ráfagas de agua pintaban las cosas de un gris desleído: los rastrojos salpicados de espinos, las tierras de barbecho, las quebradas boscosas.

Por el hondo cauce del estero se precipitaban las aguas rojas con un sordo rumor.

Manuel quiso vadear la corriente, pero nosotros lo detuvimos con un grito cuando ya su caballo empezaba a curvarse luchando trabajosamente contra el empuje de la "avenida."

—"Vuelve atrás, es todo inútil".

—"Usted sabrá, patroncito..." y espoleando el rocín desanduvo el trecho recorrido hasta ganar de un salto la orilla.

Subimos el repecho del camino. Desde el alto ribazo nos quedamos un rato contemplando el turbulento correr de las aguas: silenciosos, encogidos, tiritando de frío.

Ramas desgajadas, árboles enteros con las raíces al aire como cabelleras salvajes, animales ahogados; todo pasaba en un avance vertiginoso asomando a trechos a la superficie para luego perderse entre torbellinos de agua limosa.

El temporal me obligaría a retardar en unos cuantos días el regreso al odioso internado en que cursaba el 6.o año de humanidades, y bajo la angustia del cielo yo sentía esa íntima alegría del colegial que ve alargarse su libertad.

Mi hermano pequeño, arrebujado en su manta, estaba mudo, anonadado. La tarde se hacía cada vez más obscura y las ventolinas nos echaban la lluvia a la cara. Hablé yo:

—"¿Y ahora dónde alojamos, Manuel? Es muy tarde para volver a la hacienda".

Don Matías, el llavero de la finca.

El mayordomo respondió con el rostro vuelto hacia otro lado tratando de evitar el golpe de las rachas:

—"Aquí cerca están las viviendas de don Ramón, de su tío Ramón."

El nombre del extraño pariente nos sonaba como el de un desconocido.

—"¡Ah! de veras!"

Mi hermano tuvo un gesto de asombro.

—"¿Vamos a alojar donde el tío Ramón?"

—"Sí... Y tú, Manuel, toma la delantera, nosotros no sabemos dónde es eso".

Echamos a andar por un angosto camino tropero lleno de barrizales y pozas de aguas rojizas donde la lluvia rebotaba con un menudo chispear.

Los caballos tomaron un trotecillo desganado y un cuarto de hora después nos deteníamos ante el ancho portalón que da acceso al patio de labores de las casas. Desde el camino se veían unos altos tapiales rodeando un gran espacio cuadrado, y allá al fondo, una techumbre gibosa, obscura, donde las tejas se habían corrido a trechos y mostraban el embarrado.

La noche se avecinaba bruscamente sin transición de crepúsculo, y en la claridad mortecina, al través del aguacero, las formas se contraían de un modo fantástico. Manuel cruzó el dintel en busca de algún ser viviente. Al poco rato apareció acompañado de un viejo alto, fornido, de larga barba blanca, que andaba cubierto con dos harapos de mantas sobrepuestas, una de lana y otra de castilla. Tenía un aspecto casi venerable y parecía abrumado por graves cavilaciones. Era "don Matías", el llavero de la finca.

Nos saludó humildemente de un modo que contrastaba con la terquedad de su figura. Dijo que el "patrón" estaba entregando vino en la bodega y que pronto vendría a saludarnos. Al mismo tiempo nos invitaba a pasar adelante.

Durante todo el tiempo, mientras hablaba, un mastín parduzco, no cesó de gruñir y de mostrar los colmillos siniestramente. El viejo tenía que interrumpirse y gritarle.

—"¡Calla, goloso!"

Cruzamos el patio extenso como un potrero, rodeado de ruinosos galpones, en donde había una carreta cargada con pipas y toneles, el pértigo apuntando al cielo, y dos tinajas de greda, panzudas, recostadas a la vera de un peral añoso.

Después nos metimos por un zaguán tan tenebroso que no se veía uno ni las manos y desembocamos en un corredor interminable, obscuro, sonoroso.

Al centro del segundo patio había una noria de alto brocal de piedra cruzado por un torno destinado a levantar las cubas llenas de agua. Contra un ángulo se erguían 3 palmas chilenas con una gracia sencilla y poderosa, casi mística. Había también una viejísima enredadera enroscada a un pilar.

El perro venía a la zaga nuestra gruñendo siempre y entre el tintilar de las es-

puelas y el ruído del aguacero, sonaba de nuevo la voz cavernosa del llavero:

—"¡Calla, goloso!"

Al final de los corredores, nuestro guía abrió la puerta de una estancia. Estuvimos un rato largo de pie en la húmeda obscuridad de la pieza, tiritando bajo los ponchos empapados, esperándolo a que volviera con luz.

Cuando el mechero de parafina difundió una amarillosa claridad pude imponerme de todo lo que me rodeaba. El suelo estaba enladrillado y las vigas de arriba mostraban el encolihuado de la techumbre.

Cuatro sillas de mimbre y un escritorio viejo cubierto de polvo completaban el amoblado.

A los pocos minutos resonaron pasos en el corredor y apareció el tío Ramón.

Era un hombre cuarentón, alto, moreno, de anchas espaldas un poco gibadas, nariz aguileña, patilla canosa y ojos verdes, misteriosos. Vestía a la vieja usanza de los hacendados.

En toda su persona había una vaga expresión de cansancio y un no sé qué de atrayente y extraño. No saludó con esa afabilidad lenta y suave de los hombres que han pensado o sufrido mucho.

—"Cuánto gusto de verlos, niños". Y nos miraba sonriendo, con sus pupilas límpidas, un poco tristes, que le daban el aspecto de estar constantemente distraído.

—Ustedes no se acordarían ya de mí". Los ví muy chicos la última vez".

Nos invitó a su dormitorio a sacarnos las mantas y espuelas y ya en la semipenumbra del corredor volvió a hablar dirigiéndose a mi hermano:

—"A este niño, lo conocí en pañales".

Mientras nos arreglábamos, estuvo todo el tiempo fumando y paseándose lentamente de un extremo a otro de la pieza, sin despegar los labios.

Era uno de esos hombres que dejan desde el primer momento la impresión de una gran superioridad. Inteligencia, fuerza de atracción y de dominio, emanaba del más insignificante de sus gestos. En sus ojos claros había un poder invencible y tenían un modo propio de mirarlo todo.

Esto lo he pensado después de grande porque en aquella ocasión inolvidable sólo me dejó mi héroe una impresión de vida misteriosa y fuerte.

Se detuvo un instante en su paseos y me preguntó como interrumpiendo el curso de una meditación interior.

—"¿Tu madre, cómo está?" y se conocía que pensaba en otra cosa.

Yo le respondí mirándolo a los ojos:

—"Buena, gracias, don Ramón".

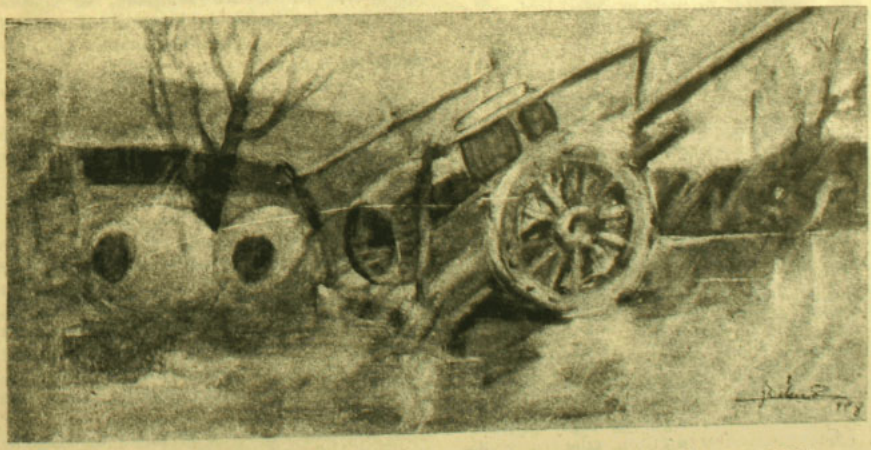
—"Díme tío o Ramón a secas; no estoy tan viejo todavía", y siguió su paseo. Mi hermano lo contemplaba sin pestañar.

Desde el corredor llamó una voz de mujer:

—"Está la fuente en la mesa, señor".

Pasamos al comedor. Era una estancia grande, baja y desmantelada como todas las de la casona.

La luz de la lámpara brillaba en un círculo pálido sobre el hule viejo y los pocos cubiertos. Los rincones quedaban en la obscuridad. Afuera llovía sin descanso.



Rodeado de ruidosos galpones y donde había una carreta cargada con papas...

"El tío Ramón".

Las ráfagas hacían temblar los vidrios de la única ventana y en el interior del edificio una puerta se golpeaba locamente. Uno sentía la impresión de encontrarse en una vasta vivienda deshabitada .

Mientras comíamos, el tío Ramón levantó muy pocas veces la cabeza para cambiar algunas palabras con nosotros.

Sin embargo su silencio no nos violentaba: era natural, lógico, bastaba mirarlo a él para comprenderlo.

Tenía un modo suave, tranquilo, firme, de decir las cosas. Nadie habría intentado contradecirlo y lo más sencillo que él dijera resultaba un poco extraño. Pronto logró cautivarnos con un detalle: nos trataba como a hombres grandes, de igual a igual.

Cuando entró la sirviente trayendo el segundo plato la siguió por todo el comedor con la vista y después la dijo en un tono que no era el mismo en que se dirigía a nosotros:

—"Quiere hacerme el favor de traer vino, Virginia?"—Era un modo delicado, casi respetuoso de pedir.

Yo la miré a ella con curiosidad: era una mujer joven, alta y delgada. Los ojos pardos, enrojecidos como si hubiesen llorado, eran de una gran belleza y dulzura. Vestía de negro, con sencillez extrema, y había una gracia triste y una rara distinción en sus modales. Extrañaba verla desempeñando menesteres humilde: estaba como fuera de lugar ahí.

La comida terminó en silencio y después del café nadie volvió a despegar los labios.

Salimos al corredor y nos paseamos un rato. Llovía sin viento ahora, y el ambiente estaba casi tibio. Intermitentemente soplaba una brisa liviana y entonces las copas de las palmas gemían entre el rumor del aguacero con una música misteriosa. El tío Ramón chupaba un cigarrillo de hoja y avanzaba en medio de nosotros sin decir una palabra, la cabeza un poco levantada, como si fuese en un solitario paseo de ensueño.

Cuando mi hermano empezó a cabecear, nos dirigimos al dormitorio. El tío Ramón encendió la vela y revisó la ropa de las camas. Al juntar la puerta a sus espaldas nos advirtió en un tono cariñoso:

"Duerman hasta tarde; mañana no podrán irse."

Sonó la aldaba y sus pasos se perdieron lentos, seguros, apagados por el blando ruído de la lluvia.

Al amanecer desperté bruscamente como si hubiese oído un llamado. Había cesado de llover. Un viento solapado, se colaba por entre las hojas de las palmas con un plañir finísimo, trepidante, como un parpadeo de sonidos.

La lechosa claridad del alba brillaba en las rendijas de la ventana y uno adivinaba el escueto paisaje campesino de afuera: opaco y limpio bajo un cielo de nubes blancas y altas.

Desde el fondo de la casona se acercaron unos pasos resonando sobre el enladrillado. Pasaron frente a la puerta de nuestro dormitorio y volvieron a perderse en el otro extremo de los corredores. No era ese el modo de andar de tío Ramón, ni el de la niña, ni el de don Matías y la sola idea de que en la vivienda habitase alguien fuera de esos seres con los cuales yo ya me había familiarizado, me inquietó profundamente.

Una tenca cantó en el patio briosamente, pero asustada de sentirse tan sola, enmudeció luego.

Ahora el viento soplaba con más fuer-

za y sonaba en unos follajes lejanos con un ruído profundo de grueso oleaje. Debían ser dos eucaliptos enhiestos, que se alzaban junto al camino al costado de las casas.

Estuve un rato sentado en la cama inquieto, esperando algo imprevisto, casi con miedo. Después me fuí serenando y con la memoria lúcida como nunca trabajé en reconstruír la vida del tío Ramón, en recordar todas esas cosas truncas, borrosas, que había escuchado hacía tiempo.

En casa, mi madre, su prima, no lo nombraba casi nunca. Antes, cuando éramos más pequeños, solían conversar sobre él con mi padre al hacer recuerdos de la parentela, de sobremesa.

Pero muchas veces en lo mejor de un relato, mi madre se detenía, nos miraba a todos con inquietud, y luego cambiaban de conversación. Lo poco que en esas ocasiones pescábamos nos dejaba siempre la impresión absurda de algo superior a nuestra corta experiencia de la vida. Así fué como nuestra imaginación rodeó poco a poco de un nimbo de leyenda la figura de ese tío desconocido y casi casi misterioso.

Lo que sí saqué en limpio, por aquel entonces, fué que se trataba de un hombre grande, buen mozo, de un orgullo enorme, solitario y generoso, que despertaba idolatrías en algunas personas y a quienes todos le reconocían un especial atractivo: los niños, los hombres, las mujeres...

El tío Ramón había roto con su familia, eso sí que yo nunca supe el porqué. Se quejaban amargamente de él, con vaguedad, sin formular cargos concretos y terminaban diciendo:

"Un hombre que podría haber sido tanto!

Esta potencia perdida suya y el hechizo con que todos rodeaban a su persona, los juicios contradictorios de censura y de cariño, eran algo que me desorientaba haciendo trabajar inútilmente a mi imaginación.

Sólo una vez lo habían visto mis ojos. Fué en Santiago. Llegó a la casa una tarde con trazas de enfermo. Estuvo hablando largamente a solas con mi madre en un rincón del salón. Nosotros atisbábamos por la puerta entreabierta.

Ella lo escuchaba en silencio y movía la cabeza cada cierto tiempo con tristeza. Después entró mi padre. Hablaron otro rato y al despedirse lo acompañaron hasta la puerta, deferentes, cariñosos con él.

Ese día, de sobremesa, nos mandaron a los chicos a jugar al patio y ellos dos se quedaron conversando hasta muy tarde.

Pasado algún tiempo supimos que había comprado cerca de nuestra propiedad unas cuantas cuadras de tierra con una viña vieja y unas casas enormes y ruinosas.

Habían pertenecido a sus abuelos y en ellas transcurrieron los días de su infancia.

En todo el día no cesó el viento.

Había momentos en que soplaba huracanado y entonces las copas de los eucaliptus y el abanico de las palmas rugían como aguas embravecidas.

Del estero llegaba un rumor continuo y apagado. Manuel estuvo a reconocer el vado y volvió con un gesto de desemgaño:

—"Viene, la "avenida" más grande, patrón. No acabará de bajar hasta mañana con poco sol."

Con el tío Ramón recorrimos los corredores charlando flojamente y fumando.

Cada cierto tiempo se detenía y miran-

...era una mujer de unos 30 años, alta, delgada...

do hacia las nubes blancas y altas que iban pasando lentamente, decir como para sus adentros:

—"Malo va el Otoño..."

Las puertas de la casa estaban cerradas. No se divisaba un ser viviente ni se oía una voz. Se diría que el tío mantenía hechizados a los moradores de la vivienda y a la vivienda misma.

Todos tenían algo de él: Don Matías, la niña, las estancias obscuras, profundas, la soledad, el silencio... Y parecía que a los tres moradores de la casa los unía un secreto común.

A medio día apareció el llavero por un pasillo en el cual yo no había reparado hasta entonces, anunciando que venía un arriero a comprar vino.

Pasamos a la bodega construída al fondo del edificio principal. Era un recinto ancho, penumbroso, de gruesas murallas, con pequeñas ventanas en lo alto, y encumbrada techumbre.

Se respiraba, entrando, una atmósfera húmeda y helada aromada a mostos rancios y a maderas mojadas mantenidas en la sombra. Arriba, en las ventanillas donde blanqueaba la palidez del cielo, chillaron dos lechuzas varias veces. Luego con un vuelo blando, como de alas de trapo, cruzaron por entre los tijerales.

De la bodega pasamos a almorzar. La niña de la noche anterior, y a quien yo no había vuelto a divisar por ninguna parte ni a sentir sus pasos siquiera, nos sirvió los platos. El tío la seguía con la mirada, y a veces para pedirla algo, bajaba la voz suavizándola, y hasta parece que le temblaba un poco. Ella tenía siempre los ojos rodeados de un círculo azulado, ligeramente llorosos. Se deslizaba muda, inaparente, como una sombra, y en medio de su fragilidad el cuerpo parecía consumido por un fuego de pasión.

A la hora de la comida ocurrió igual cosa. Sólo que el tío estaba más sombrío. Ya no resultaba su silencio natural, liviano, casi simpático. Ahora se le hubiese creído disgustado. Después, al darnos las buenos noches, nos dijo mirando al cielo que empezaba a estrellarse:

—"Mañana podrán irse. La "avenida" termina de bajar esta noche."

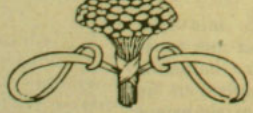
Estábamos de pie en el corredor obscuro, los rostros vueltos al patio donde alzaban las palmas sus siluetas esquemáticas y misteriosas. Un vientecillo delgado, intermitente, anunciador de bonanza, venía desde los cerros lejanos. En el aire se respiraba un aroma a tierras mojadas, a hierbas limpias y ese perfume sutil que envían las pequeñas flores del campo a las estrellas.

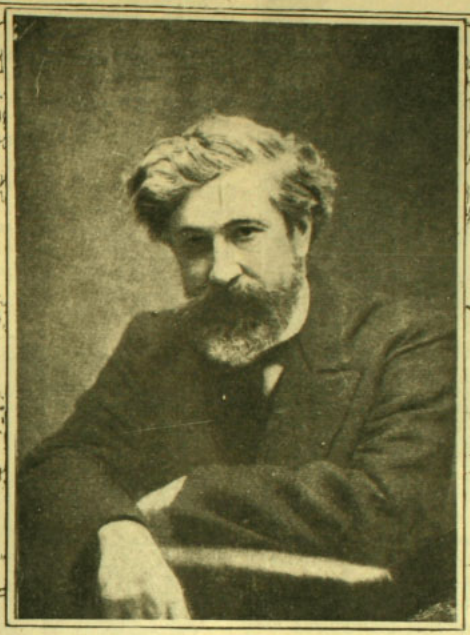
Al otro día amaneció un sol hermoso. Partimos temprano, sin despedirnos del tío Ramón porque no estaba en casa. Había salido muy de alba a dar un paseo a pie por los alrededores.

Don Matías nos acompañó hasta el portón que da al camino. Manuel nos esperaba con los caballos listos.

El viejo sirviente nos deseó un buen viaje y se quedó afirmado contra la tapia, con su larga barba blanca, aplastada contra la manta negra que le llegaba a los talones. Parecía un ídolo o un hipnotizado. Seguía inmóvil su figura cuando nos perdimos al galope entre la neblina que amortajaba la reluciente humedad de los barbechos.

Querelema, 1916.





SANTIAGO RUSIÑOL

Por

José Francés

Con ilustraciones fotográficas

HE aquí un hombre excepcional. Todo tiene en él una belleza absoluta y clara: su vida, su arte, su literatura.

Su vida, fuerte, arrogante, expansiva, plena de nobles locuras y de episodios románticos. Su arte señorial y tan decadente a un tiempo mismo, impregnado de personal e inconfundible melancolía, que hay que recurrir al apellido del artista para adjetivarlo. Su estilo literario donde hay piruetas y languideces, carcajadas y anchos silencios de meditación, frases ásperas, cinglantes y mansas ironías.

Nada en él es vulgar. La historia que ha vivido, los cuadros que ha pintado, la prosa que escribe, sugieren, desde luego, la figura del artista tal como es.

Su aspecto no desmiente lo que afirman sus obras. No sufrimos una decepción cuando le vemos y le hablamos. Yo no recuerdo ningún otro contemporáneo que, después de adquirir el derecho de vivir como quiera, de vestir como mejor le pa-

Rusiñol pintando.

rezca, de crearse una silueta representativa, ejercite ese derecho.

Ahora bien: conviene advertir que Santiago Rusiñol no es como es, ni viste como viste, ni pasea por el mundo sus melenas, su chalina flotante y su sombrero romántico por pedantería o por sistemático respeto al figurín bohemio.

Rusiñol escribiendo.

Le agrada su cabellera gris enmarañada, revuelta, y la deja crecer; comprende la airosa gracia del chambergo negro levemente inclinado sobre una de las sienes; y no comprende la razón estética de otro sombrero; le place el simpático desgaire de la chalina, que se anuda en un momento, mejor que hacerse el nudo de una corbata o—lo cual es más horrible— ponerse una corbata ya hecha. Pero no obedece a la rutina como otros contemporáneos, que después que se cortaron las melenas, se quitaron el sombrero negro, dejaron de fumar en pipa y prescindieron de la chalina. Tampoco ha podido pensar

Santiago Rusiñol, su esposa y su hija.

nunca que la indumentaria pueda influir en la obra artística.

Con lo cual quiero decir que este aspecto simpático, bellamente despreocupado, de Santiago Rusiñol, es una consecuencia de su carácter, una espontánea y sencilla arrogancia de su independencia intelectual y social.

II

Santiago Rusiñol nació en Barcelona el 25 de Febrero de 1861.

Tiene, pues, en la actualidad cincuenta y dos años; detrás de sí una historia gloriosa, y en torno suyo una de las más sólidas y envidiables reputaciones mundiales.

Alto, fuerte, el tórax ancho, los brazos un poco largos, y las manos blancas y cui-

dadas. Anda erguido, habla recio y ríe de un modo sonoro, jocundo. Verle y oírle es un consolador espectáculo de optimismo. Da la sensación de un epicúreo dentro de un atleta.

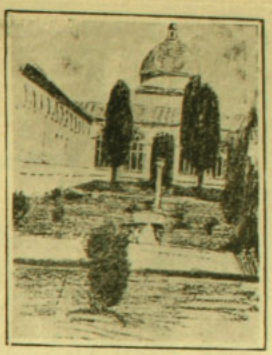
Su conversación es ágil, pintoresca; en ella las ideas parecen tener la inquietud de esos peces aurirrojos que saltan y bullen dentro del agua clara de una pecera cubierta de sol. El castellano lo domina con dificultad, y tal vez por esto sea más regocijado al salir de sus labios; cuando habla en catalán, las palabras brincan, se disparan, brillan fugazmente,

El clown de la alegría.

Dibujo de Rusiñol.

silban como flechas o suenan como cascabeles. De pronto hace una pausa para reencender el medio puro, siempre apagado, que destroza con los dientes y le amarillea el bigote y la barba; de pronto irrumpe en una carcajada franca, casi ofensiva de tan alegre.

Cuando calla, el aspecto de Rusiñol cambia por completo. Es de los pocos hombres que saben escuchar. Recuesta su cabeza en la mano; los dedos, blancos, largos, se hunden en la maraña gris de la barba o en la casi blanca del cabello. Su rostro se enseria súbitamente. Sin darse cuenta, una vaga, una tenue melancolía le empalidece la piel, le pone extáticas las pupilas... Entonces nos damos cuenta de cómo es la actitud de Rusiñol frente a los



El cementerio de Pisa.

Dibujo de Rusiñol, hecho el año 1891.

jardines, cuando les pregunta silenciosamente el secreto de sus mirtos, de sus laureles, de su yedra y de sus plintos cubiertos de musgo, de sus cipreses inmóviles y dorados de sol en la punta, de los surtidores surgiendo en la paz dormida...

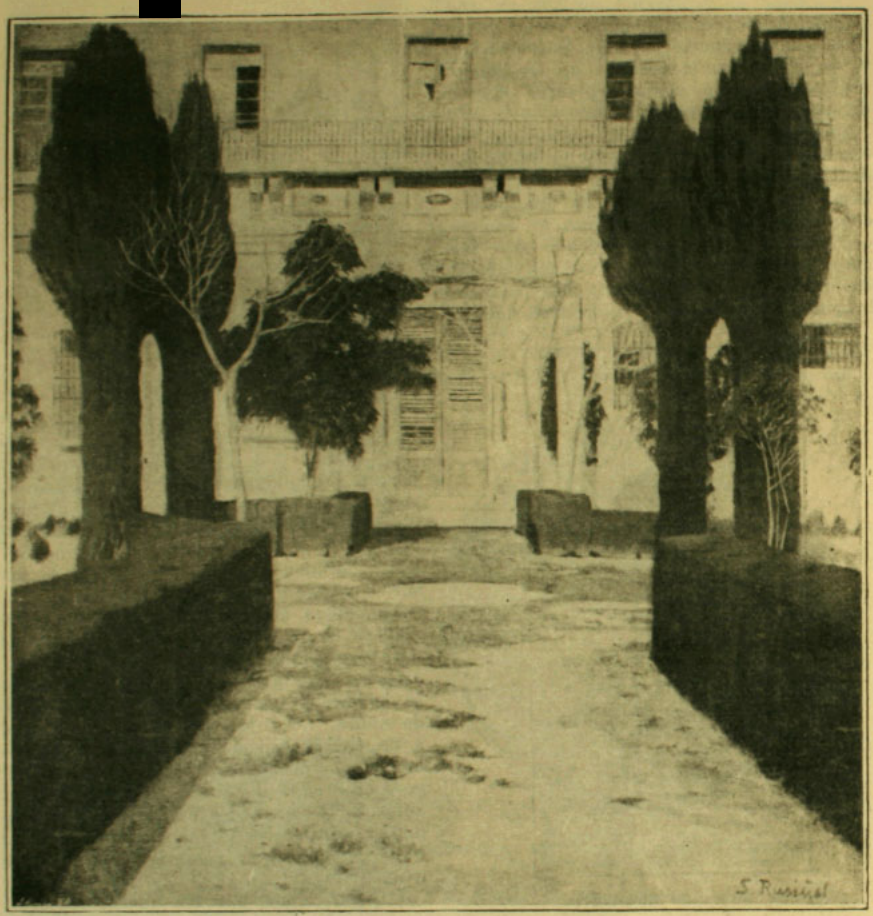
La cabeza de Rusiñol tiene la soñadora nobleza de rasgos que tenía la de Daudet. Esta semejanza pasmosa, indiscutible, del artista catalán con el novelista francés, se ha hecho constar muchas veces antes de ahora. Los ojos, dulces y penetrantes a un tiempo mismo, la frente serena, los labios un poco gruesos—de meridional,—y, sobre todo, el cabello y la barba que, antes de ser peinados del mismo modo en una y otra cabeza, ya nacieron iguales. Pero hay algo que no es igual en los dos rostros: la nariz.

Daudet tenía la nariz ancha, carnosa, un poco débil, como acusando la sutil delicadeza del temperamento. La nariz de Rusiñol avanza recta, segura, delgada, como una afirmación categórica.

Esta leve diferencia se manifiesta en las dos literaturas del novelista francés y del pintor español. Idéntico amor a los ambiente humildes, a las vidas sencillas. Los "poquita cosa" en Daudet; los "pájaros de barro" en Rusiñol. Y, sin embargo, la amargura de Daudet no ríe nunca; la amargura de Rusiñol se burla muchas veces, y otras veces se encoge de hombros. Incluso la

El pintor Zuloaga en 1890.

Dibujo de Rusiñol.



Palacio abandonado.

ironía que hay en las obras de Daudet, traducidas por Rusiñol al catalán, ya no es sólo ironía, es también humorismo.

El mismo León Daudet, hijo del autor de "Soutien de famille", reconoce esta semejanza, y siente por Rusiñol un afecto entrañable, por encima de la literatura y de la simpatía personal.

Y en la mesa de trabajo del autor de "Jardines d'Espanya", un retrato del autor de "Numa Roumestan" ve cómo han ido surgiendo de la mano que descansaba del pincel con la pluma, "El patio azul" "El pueblo gris" o "Desde el molino", cuyo título recuerda también otro de Daudet: "Lettres de mon moulin".

Los padres de Rusiñol eran unos acaudalados fabricantes. Durante la niñez y la mocedad del artista pretendieron encerrarle en los mismos cauces serenos y prácticos de los que ellos nunca salieron. Hasta los veintiuno o veintitrés años no pudo Rusiñol satisfacer sus deseos de romper radicalmente aquel porvenir que le preparaban, tan distinto del que él imaginaba como cima y compendio de todas las bellezas y de todas las cosas gratas.

Entonces aprendió a dibujar academias, a hacer apuntes, a manejar por primera vez el color; todo ello bajo la dirección de D. Tomás Masaguer.

Sin embargo, no ejerció este pintor la más pequeña influencia sobre Rusiñol. El rasgo característico y representativo de

Rusiñol ha sido siempre la independencia y la inquietud girovaga, que había de hacer de él un trotamundos, un viajero incansable a través de las gentes, de las ciudades, de las ideas. Tiene libros cuyos títulos acusan simbólicamente este obsesionado amor a los horizontes: "Los caminantes de la tierra", "La alegría que pasa", "Anant pel món".

En "Anant pel món" el prólogo es una página sentimental y burlona, muy dentro del temperamento de Rusiñol.

Son recuerdos de infancia, de la escuela del "senyor Quin", donde Rusiñol estudió su primera enseñanza. Según parece, era más aficionado a pasar las mañanas en el campo, apedreándose con sus compañeros que sentado en los bancos oyendo al "senyor Quin" explicar la Historia Sagrada, o recibiendo palmetazos en la punta de los dedos.

Don Joaquín tenía una gran confianza en las disposiciones aritméticas de Rusiñol. Sumaba sin equivocarse y corregía las sumas de sus compañeros.

—"Noi, tú serás comerciant"—le decía D. Joaquín.

El chico se encogía de hombros, y en vez de hacer sumas hacía novillos, hasta que la familia, encantada de la profecía, decidió encerrarle en la escuela todo el día para que aprovechara el tiempo.

Tanto lo aprovechó, que, llegados los exámenes, obtuvo premio de chocolate con ensaimada, reservado a los "sobresalientes".

El maestro de Rusiñol había dispuesto tres clases de premios: chocolate con ensaimada para los "sobresalientes", con bollo para los "notables", con panecillo para los "buenos" y "pasaderos". De este modo ninguno se quedaba sin merendar; pero se establecían las oportunas categorías según los méritos.

Rusiñol sumó con tal seguridad, y obtuvo productos y cocientes con tal precisión, que D. Joaquín se emocionó, y casi con lágrimas en los ojos exclamó al tiempo que le daba la ensaimada:

—Ya lo ven ustedes: este niño será un buen comerciante.

¡Efectivamente!

"Muchos años después—dice Rusiñol—vi un día al maestro acompañando niños a la escuela.

"Era el de siempre: con la misma levita, con los dientes más salidos hacia afuera, sosteniéndose como una yedra sobre aquellas ruinas.

"Viendo que no me conocía, me acerqué, y el hombre quedó asombrado al ver el desarrollo que había emprendido con tanto empuje.

"—¿Qué tal?—me dijo.—¡Ya debes ser un gran comerciante!

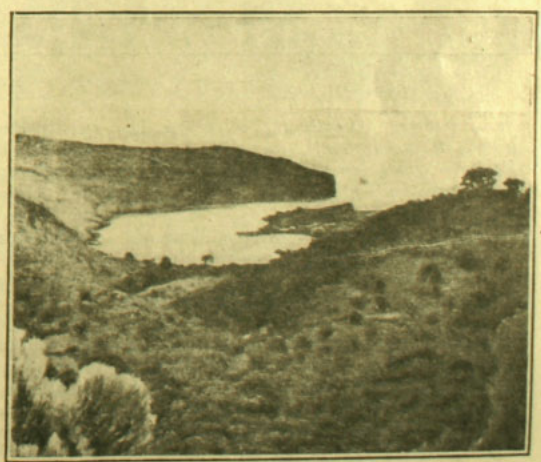
"—Verá usted—le contesté yo confuso, —por ahora pinto telas.

"—¿Pintas telas? ¿Y qué comercio es ese?

"—Mal negocio, don Joaquín. Es una profesión que produce poco y da más panecillos que ensaimadas".

Rusiñol es muy aficionado a evocar diversos momentos de su vida. Hay en estas páginas, sencillas y dulces, un encanto lleno de melancolía.

Camino del Generalife, en Granada.



La Cala.

Porque este hombre, que se propuso, y que lo viene cumpliendo desde su juventud, vivir a su gusto y pasar por el mundo con una risa en los labios y ensanchadas las pupilas por el ideal, siente como pocos artistas el culto del pasado, de los jardines solitarios, de los palacios abandonados, de los pueblos dormidos y de las cosas pretéritas.

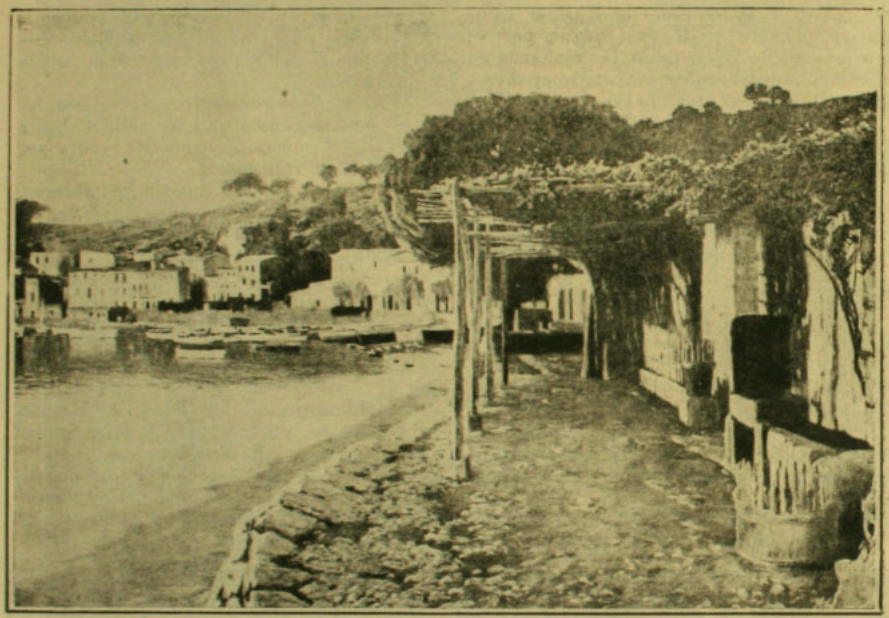
En "Fulls de la vida" dice:

"Hoy que es tan de moda coleccionar todo, que hasta hay quien colecciona lagos de Suiza, y quien billetes de Banco y minas, y fábricas de bicicletas, yo también, si pudiera, tendría una colección: la colección de recuerdos".

Primero evoca los recuerdos que de su niñez habría en esa colección, y luego habla de los demás:

"Habría también una vitrina llena de reliquias y de retratos amarillentos y confusos; habría ciertas ventanas con flores colocadas de cierta manera; después vistas de paisajes, con bosques y llanuras cuyos caminos yo conocería, y los nidos a la sombra, y el perfume de cada hoja; después cartas con letra temblorosa, y cada sonido y cada olor sería un recuerdo de vida. Más allá, muchas recetas, y una lamparilla de noche, y vistas de fondas, de posadas y de carreteras; aquí un lienzo de campanario; más allá una puerta, un gallo que cantase como cierto día, un surtidor que llorase, una cajita de música con cierto rumorcillo de notas, una campana de pueblo donde tocasen un atardecer, un calendario detenido en momentos que yo me sé, una cruz de término y muchas cruces de cementerio".

En este final asoma un aspecto de Rusiñol que no ha trascendido más que a alguno de sus cuadros, como el de "La Morfina", inquietante, pleno de emoción, aunque no de una gran perfección técnica. Rusiñol ha padecido una grave enfermedad. Para aliviar sus dolores se entregó a la morfina, con tal esperanza de alivio, primero, con tal delectación después, que hubo de hacer vida de Sanatorio, alejado del mundo durante mucho tiempo.



Casas de pescadores, en Mallorca.

Pero si el aspecto trágico, doloroso, del morfinismo sólo asomó en cuadros como el citado y algunos otros de que luego se hablará—tal vez los únicos donde Rusiñol ha pintado figura,—la excitación hiperestésica, la sutilización agudísima de las facultades sensoriales que constituyen el otro aspecto, es indudable que han depurado el arte de Rusiñol.

Esos "Calvarios", esos "Cipresales",

esos jardines otoñales tan admirables, no están vistos con la mirada normal. Alguien ha dicho que son "el natural soñado por un poeta", y la frase no deja de ser justa.

Los primeros años de educación, de renovación estética, los pasó Rusiñol en París. Y, lo que es más interesante, al lado de otro gran artista español, que hoy día es también una de las primeras figuras de la pintura contemporánea: Ignacio Zuloaga.

Aquella alegre camaradería de los dos vascos—Uranga y Zuloaga—y de los dos catalanes—Jordá y Rusiñol—está descrita por este último en su libro "Impresiones de Arte", que es de los más interesantes de su autor, y que además fué escrito en un castellano fácil y rico de imágenes, que para sí quisieran algunos de los traductores de Rusiñol, exceptuando—claro es—el primero de todos, Gregorio Martínez Sierra, cuyas versiones son perfectísimas y a tono con el original catalán.

Jardín de la Isla (Aranjuez).

Han pasado más de veinticinco años desde entonces.

Zuloaga y Rusiñol eran desconocidos en Francia y casi en España.

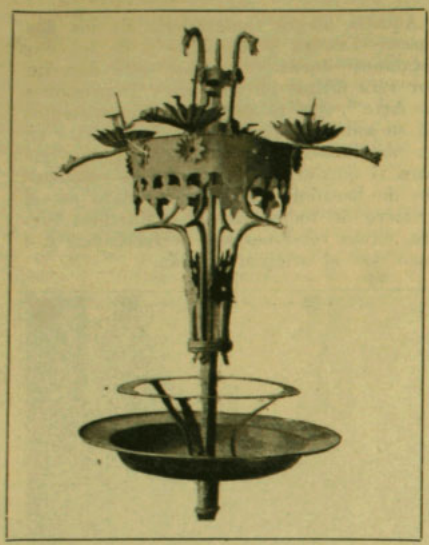
Vivían con el periodista Jordá y el pintor Uranga en la isla de San Luis, en medio del Sena, frente a "Notre-Dame".

Por las noches, mientras Jordá se quedaba en la casa común escribiendo sus crónicas para los periódicos barceloneses, Uranga, Zuloaga y Rusiñol iban a pintar a la "Sociedad de la paleta", una modesta y tumultuosa Academia de Clichy. Las mañanas las pasaban en los Museos.

En "Impresiones de Arte" hay una gran profusión de dibujos de Rusiñol y de Zuloaga, que señalan—aun entonces—las grandes diferencias de temperamento y de estética de los dos futuros maestros.

Zuloaga acababa de llegar de Roma.

"Alto, robusto, cuadrado como esos campesinos de su patria, y con un carácter entero, noble, de una sola pieza. Para él no había términos medios. Los hombres juzgábalos bandidos o grandes héroes; demonios o santas las mujeres; los cuadros eran para tirarlos al fuego o para llevarlos al Louvre; al dar la mano, o daba el alma con ella, o recibía a los hombres sin



Candelario gótico.

Del museo de Rusiñol, en Cau Ferrat (Sitges).

una palabra de las que los hombres emplean de amanerada cortesía. Para él no existía la sonrisa; reía a carcajadas o cruzaba el entrecejo; en pintura fueron y son las medias tintas su continuado tormento; gritaba o callaba enteramente, ya que nunca amó la media voz, ni juzgó oportuno los secretos entre amigos, creyendo que el hombre que obra con rectitud puede lanzar el pensamiento en voz alta".

¿Verdad que es un retrato "muy apretado", como dicen los pintores, éste de Zuloaga?

A Zuloaga le empezaban a obsesionar los viejos maestros españoles: Moro, Coello, Ribera, Goya, Velázquez...

Y "el Greco". Era entonces su ídolo. Hizo un viaje expresamente a Toledo. Llegó a las diez de la noche, y como a esa hora estaba cerrada la iglesia de Santo Tomé, y durmiendo el sacristán, despertó al sacristán, le dió diez duros, le abrieron la iglesia, y a la luz de un farolillo fué descubriendo las bellezas del "Entierro del Conde de Orgaz".

Este culto al "Greco" no se ha extinguido en ninguno de los artistas. En el estudio de Zuloaga hay lienzos de Domeniko Theotocópulos; Sitges, el pueblo donde Rusiñol ejerce una admirable y bondadosa tiranía artística desde su "Cau Ferrat", tiene la única estatua que existe del "Greco".

Júzguese qué febril vibración de entusiasmo habrá en un capítulo de "Impresiones de Arte", donde Santiago Rusiñol refiere la compra de dos lienzos del "Greco": "San Pedro" y "Santa Magdalena".

"Un día (día de júbilo, como decía el P. Amores), llegó Zuloaga, jadeante, sudando y con los ojos saliéndole de las órbitas. De un solo empuje arrancóse el sobretodo, echó el sombrero y dejóse caer en la otomana, rendido de cansancio y de emociones. "El "Greco" (exclamó al fin, sofocado), dos "Grecos". Dos grandes "Grecos". España. Barato. En venta, recién llegados, "San Pedro" y "Santa Magdalena". "¡Válgannos ellos dos! (contestamos); pero ¿qué pasa?" "Dos "Grecos" firmados, espléndidos, con fondo de nubes, armonización amarilla, violetas y sepulcro". "Bueno; pero ¿qué sepulcros ni qué ocho cuartos?"

"¿Dónde están? ¡Silencio! Los traerán dentro de poco. Abrid las puertas. Calma, sobre todo, y no dejarse entusiasmar. Apartad este enredo de muebles (puntapié), y haced sitio al "Greco", o lo rompo todo á puñetazos. Los van a subir en seguida, preparáos, y sangre fría ante todo".

"No la tuvo Zuloaga, y volvió a salir conmovido, y al cabo de poco rato oímos gran estruendo en la escalera y vimos que subían los dos "Grecos". Realmente tuvimos que contenernos. ¡Qué entrada, Santo Dios! ¡Qué rayo de color en nuestra casa! Qué bendición de cuadros nos traían y nos dejaban caer en nuestros brazos! Comprámoslos, sí, y nos parecieron de balde, y miramos alejarse al vendedor con temor de que volviera a llevárselos.

"El grito que lanzamos al quedar solos con ellos fué de los que saltan diapasones y no pueden describirse, de los que dan patente merecida de locura a los ojos del prudente vecindario. Bailamos, rompimos para hacer broma, dos jarrones de la China; braceamos y caímos los unos en brazos de los demás, en un viva entusiasta. Jordá juró que iba a darles "publicidad" y a lanzarlos en una serie de artículos por los ámbitos del mundo. Uranga, tan callado hasta aquel día, rompió el habla; yo pensé en llevarlos a Sitges, y Zuloaga, sobre todo, tuvo seriedades vestidas de frases solemnes, golpes de formidable lirismo y arranques soberbiamente elocuentes."

"Pasó la noche, y al despertar a la mañana siguiente, oímos gritar a Zuloaga: Madame, apportez-moi les Grecos" y colóquelos con cuidado delante mismo de mi cama". Allí los llevó la conserje, y nues-

tro amigo, sacando la cabeza por entre las sábanas, púsose a declamar fervientes admiraciones: "Si vieras qué bien entonan a esa luz de la mañana (oía decirle desde mi cama), ¡qué fondo y qué azul del cielo! ¿Te has fijado bien en la mano de la Santa? "Madame", lleve ese cuadro a mi amigo". Traíalo la "madame", y yo miraba la mano y la armonía de grises y violetas, y a poco los cuadros volvían a ser reclamados por mi amigo. "¡Qué manto!—volvía a decir.—¡Qué amarillo de esos que ya no se usan! ¿Has visto el ocre que empleaba esa gente, y el modo cómo nos estafan los fabricantes de colores? "Madame" (quiero que veas ese ocre), llévese otra vez "San Pedro". Otra vez me traían a "San Pedro", y él y "Santa Magdalena" se pasaron la mañana yendo de una cama a otra, traídos y llevados en brazos de la conserje, que empezaba a sentir recelos de nuestra poca cordura ante aquel raro trastorno".

De aquella época, de una espontaneidad casi agresiva, de un feliz deslumbramiento de arte, Santiago Rusiñol habla siempre con palabras encendidas y entusiastas.

Además de Uranga y de Zuloaga, hay en torno a la juventud de Rusiñol otros nombres de artistas también gloriosos hoy día: Ramón Casas, Joaquín Mir, Miguel Utrillo.

Casas, Utrillo y Rusiñol fueron, durante los años locos y después, en los años que para el resto de los mortales dejan de ser locos, tres amigos inseparables.

El arte catalán adquirió, gracias a ellos, impulsos y resonancias nuevas. Recordemos "Pel" y "Ploma" y "Forma", las exposiciones de la Casa Parés, las publicaciones de arte y de crítica artística, el altruísta amor a los aires de fuera: a los pintores, a los escultores, a los poetas que desde el otro lado de la frontera empezaban a plantar jalones de belleza.

Y no se conformaron con esto, con la propaganda de libros, revistas y conferencias, con las "fiestas modernistas" de Sitges. Hicieron más aún.

Una tarde subieron a un coche de saltabancos Utrillo, Casas y Rusiñol, y emprendieron una excursión por los pueblos de la montaña catalana. Iban vestidos con trajes campesinos, que luego cambiaban por vestiduras teatrales, harapientas y fantásticas. Representaban monólogos, tocaban el cornetín y el tambor, hacían juegos de manos y vendían cacharros y juguetes..., devolviendo el dinero.

Durante algún tiempo hicieron esta vida de vagabundos. En los muros de los pueblos humildes aparecían carteles dibujados por los tres artistas. En las plazas de la Constitución, Rusiñol recitaba cosas absurdas y descabelladas, y Casas iniciaba saltos mortales, mientras Utrillo tocaba el cornetín.

En cierta ocasión compraron varios cacharros en un pueblo para venderlos en el inmediato.

Se acercaba una payesa a comprar cualquier cosa: una cazuela, un plato, un vaso de vidrio, algo, en fin, que no valdría veinte céntimos.

—¿Cuánto es esto?—preguntaba.

—¿Esto?—respondía Rusiñol.—¡Cuatro pesetas!

La mujer se escandalizaba.

—¡Ah! ¿Se cree usted que no las vale? Bueno, pues si la quiere usted llevar le cuesta un duro. ¿Hace? ¿No? ¡Zas!

Y estrellaba el cacharro contra el suelo. La mujer salía huyendo despavorida.

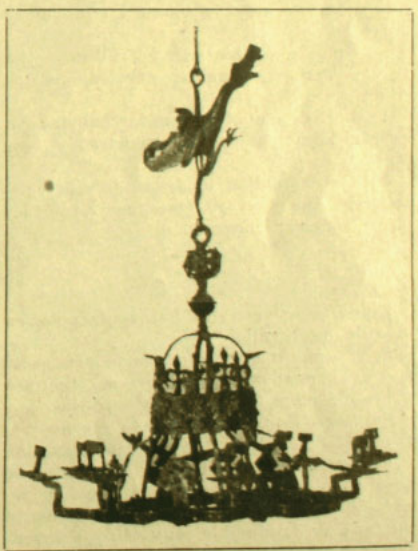
Y al contrario.

Se acercaba un comprador; cogía un objeto que valdría diez o doce reales y preguntaba el precio.

Casas se ajustaba los lentes, cogía el cacharro, lo miraba, lo remiraba, se rascaba la barba y, por último, decía:

—¡Cinco céntimos!

El comprador se quedaba un momento



Lámpara del siglo XV.

Del Museo de Rusiñol, en Cau Ferrat

Otoñal (Aranjuez).

estupefacto. Casas entonces fingía indignarse.

—¿Qué, le parece caro? ¡Habráse visto!... Ofrezca, hombre, ofrezca, porque si no...

Y antes de que el comprador hablara, ya estaba hecho añicos el cacharro a sus pies.

Otra vez vendían monedas de cinco pesetas legítimas a tres pesetas. Nadie les quiso comprar ninguna.

Episodios como éstos hay a puñados en la vida de Rusiñol.

Si el espacio lo consintiera, podría relatar unos cuantos más. Pero me limitaré a dos de ellos también muy curiosos.

Santiago Rusiñol ha gozado mucho vistiéndose de máscara; no de máscara fina y elegante, sino con harapos con telas de saco o colchas de lana..., y muchas veces sin careta. Le divertía arrimarse a un farol de la Rambla muy serio, y leyendo tranquilamente un periódico, o acercándose a algunos señores graves, conocidos suyos, para embromarles. Un Carnaval estaba gravemente enfermo, y, exhausto, lívido, con atroces dolores, hizo que le vistieran de máscara, y asomándole por debajo del antifaz las barbas lacias, recibió en la cama las visitas de sus amigos.

Durante una temporada que pasó en una posesión del paisajista Joaquín Mir, todas las tardes iban los dos pintores y sus familias a ver ponerse el sol, detrás de unas rocas, de esas rocas ingentes, monstruosas, que hay en ciertos sitios de la alta montaña catalana.

No era, sin embargo, una excursión vulgar dentro del exquisito refinamiento del espiritual goce.

Se vestían con su mejor ropa y asistían como a una función de teatro. Una hondonada era el patio de butacas; unos riscos laterales, los palcos; otros, abiertos en anfiteatro, la entrada general.

Los espectadores se sentaban frente a Poniente. Eran unos momentos de quietud y de ternura. Suavemente el sol descendía. Si alguna nube indiscreta descomponía la casi melódica belleza del horizonte, protestaban indignados, silbándola, gritándola: "¡Fuera!" Cuando las nubes se colocaban bellamente, cuando contri-

buían a engrandecer el espectáculo, las aplaudían y ovacionaban.

Se hundía el sol. Una paz infinita envolvía las rocas; el cielo quedaba terso, horro de nubes; un vientecillo sutil desrizaba las cabezas femeninas y agitaba las melenas de Rusiñol y de Mir.

La función había terminado. Unas veces el sol moría violento, rápido, con el centelleo trágico de un drama; otras veces era un himno triunfal en su misma muerte; otras era un epílogo sentimental, romántico, de poeta.

Y, según estos finales, aplaudían excitados o se conmovían en silencio.

—¡Habéis visto qué bien ha "dicho"—exclamaba de pronto Rusiñol—hoy el sol las "palabras" rojas?

O bien:

—¡Qué oportuna en su entrada aquella nube de ópalo!

Los demás asentían, sonriendo, sencillos.

Y todo esto, los episodios zumbones, las extravagancias arbitrarias, las sugestiones poéticas, las vivía Rusiñol cuando ya su nombre empezaba a imponerse fuera de España; cuando en toda Cataluña le admiraban; cuando revistas de la importancia de "L'Art Decoratif", de "Emporium", de "The Studio", de "Art et Décoration", le consagraban extensos estudios; cuando el "Mercure de France" había publicado la traducción francesa de "La alegría que pasa", y Victorio Pica, uno de los primeros críticos del mundo, había escrito un artículo elogioso, entusiasta, de los "Jardines de España".

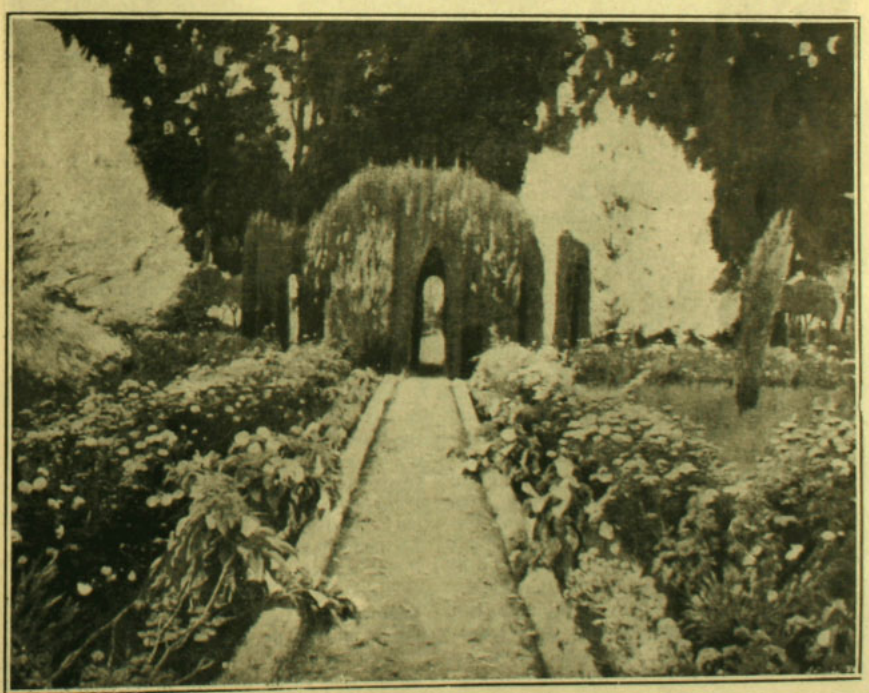
Dentro del gran artista, un niño ingenuo, contento de vivir, se reía y cantaba.

Este niño, a pesar de los años transcurridos, debajo de las canas y de los laureles que ennoblecen estas canas, sigue despierto y sigue cantando.

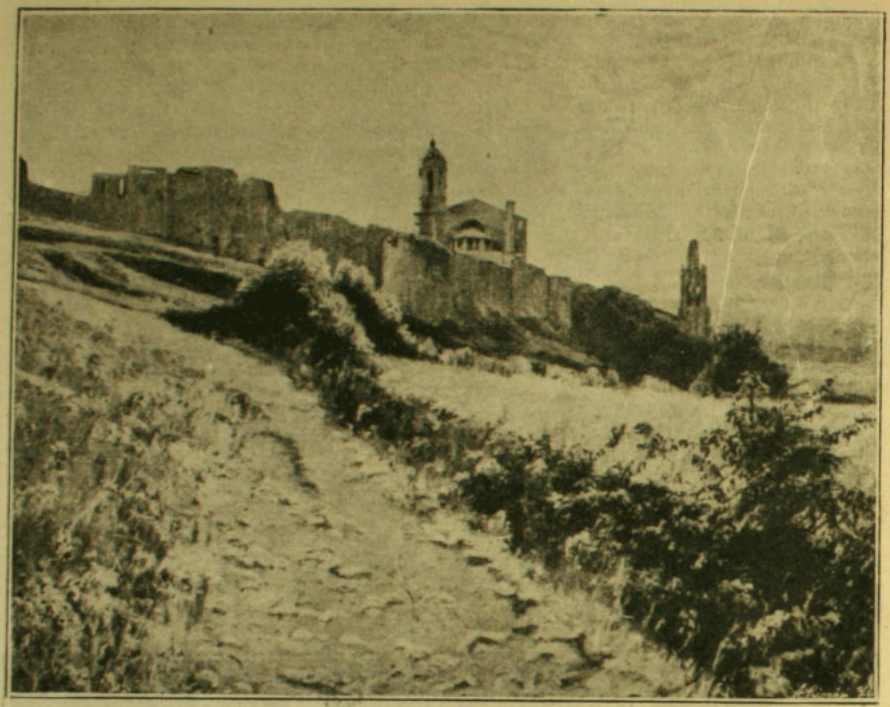
III

La personalidad artística de Santiago Rusiñol, tan claramente definida hoy día, empezó a inspirar algo más que curiosidad por los años de 1888 a 1890.

Antes de esa época había obtenido triunfos aislados de pequeña resonancia en el Salón Parés, de Barcelona. Fué des-



Jardines de Aranjuez, primera medalla en la Exposición Nacional de 1908.



Gerona.

pués de su primer viaje a París—en unión del pintor Casas y del escultor Clarassó—cuando la crítica y los inteligentes se fijaron en las obras del artista catalán con cierto detenimiento.

Con perdón de quienes opinen lo contrario, nuestra pintura padecía entonces una lamentabilísima decadencia. Basta asomarse al Museo de Arte Moderno—aunque ya esté renovado su amaneramiento de hace unos cuantos años,—basta repasar catálogos y estudios críticos, para comprender hasta qué punto la "pintura de historia", los "fortunysmos"—sin el genio y la gracia colorista de Fortuny—y los paisajes fríamente fotográficos, viciaron, falsearon y empobrecieron nuestro arte pictórico.

Ni siquiera había asomado aún el luminismo vigoroso, valiente, sin miedo al aire libre y al sol, de Joaquín Sorolla.

Rusiñol, que alternaba con Llimona, con Tamburini, con Casas, incluso con el acaramelado y acromado Masriera, en el Salón Parés, pintaba los suburbios barceloneses, las campiñas de Tarragona y de Gerona, y dibujaba payeses... Pero nada parecía prometer en estos lienzos de la primera juventud aquella otra gloriosa, rotunda, magnífica, de los "Jardines de España".

Como tampoco podía imaginarse que el autor de los cuadros "La última receta", o de "La Morfina", pintaría luego el fausto desolado de los palacios viejos, de las avenidas solitarias y de los otoños áureos.

Porque, excepto "El patio de las Escaldas", "El cementerio de Flix" y "Notre-Dame"—notas agrias, audaces, violentas de color, donde se nota clara, pero enfermiza, la influencia del impresionismo francés,—las primeras obras que Rusiñol trajo de París o pintó durante los cuatro o cinco años siguientes al de su vuelta de París, fueron "de figura".

Es decir, lo que había de ser una cosa secundaria e insignificante, fué entonces el único motivo de inspiración del artista.

Pero figuras torturadas, encendidas de un místico fuego interior aprendido en "el

Greco", como "Extasis", "Un novicio" y "Paroxismo"; figuras inquietantes, dolorosas, devoradas por una doliente y lánguida melancolía, como "Una lectora" y las románticas de "Sinfonía"; figuras crueles, de pesadilla, como la mujer de "La Morfina" y el moribundo de "La última receta".

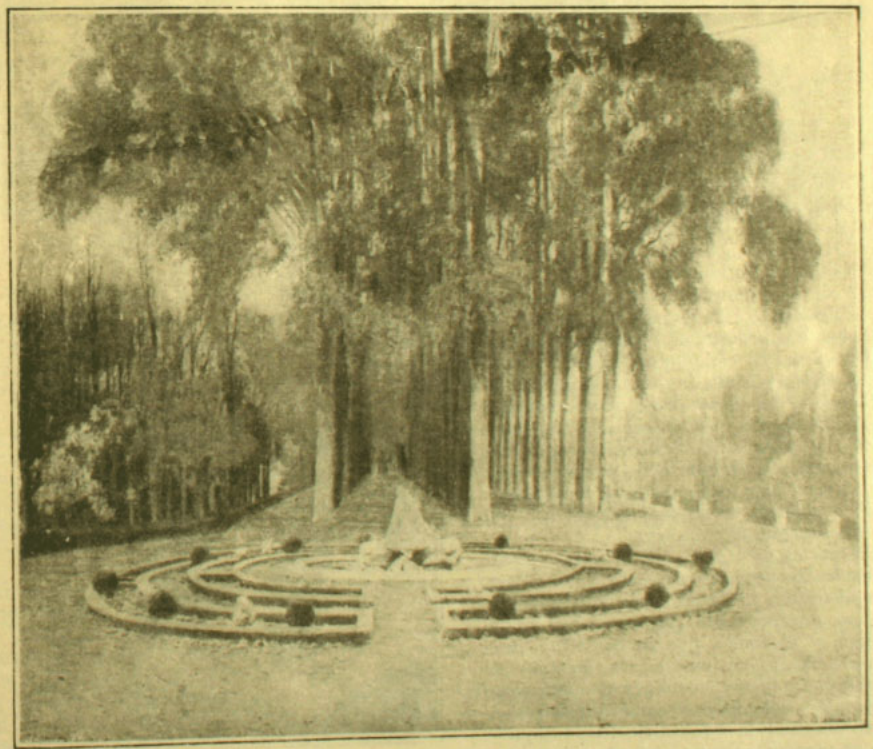
Era un arte enfermizo el de Santiago Rusiñol. Causaba una sensación de agotamiento, de tristeza, a fuerza de tan refinadísima sensibilidad como el artista ponía en sus lienzos. Antes de buscar el alma de la naturaleza, de interpretar las sinfonías del color del paisaje, ejercitó su mano en mujeres y hombres anormales, consumidos por flaquezas materiales e inmateriales.

Antes queda afirmado que estos lienzos de la primera época de Rusiñol responden a la aguda hiperestesia de sus facultades sensitivas, agudizadas por la morfina. Son, por lo tanto, obras accidentales que la crítica debe mencionar, pero no discutir técnicamente o sentimentalmente, y mucho menos indignarse frente a ellas, como se indignó cierta clase de gente ante "La Morfina" o ante la violenta armonía de verdes y azules de "Notre-Dame".

Al lado de estos lienzos "de figura" deben también mencionarse los tres carteles —únicos que ha pintado Rusiñol,—"La Riallera" y el retrato del pintor mallorquín Plassa.

Los carteles sirvieron para anunciar las representaciones de "L'alegría que passa", el libro "Fulls de la vida", y el estreno del drama "Interior", de Mæterlinck, en un "Teatro artístico" imaginado por Benavente, Rusiñol y Valle-Inclán, hace próximamente quince años.

Los tres carteles están, por la composición, por la simplificación lineal, por la armónica disposición de los tonos, dentro del criterio esencialmente decorativo a que debe ajustarse el arte del cartel.



Salón de los reyes católicos en Aranjuez. Primera medalla en la Exposición Nacional de 1912

Relicario de madera dorada y policromada (Siglo XIV).

Del museo de Rusiñol, en Cau Ferrat (Sitges).

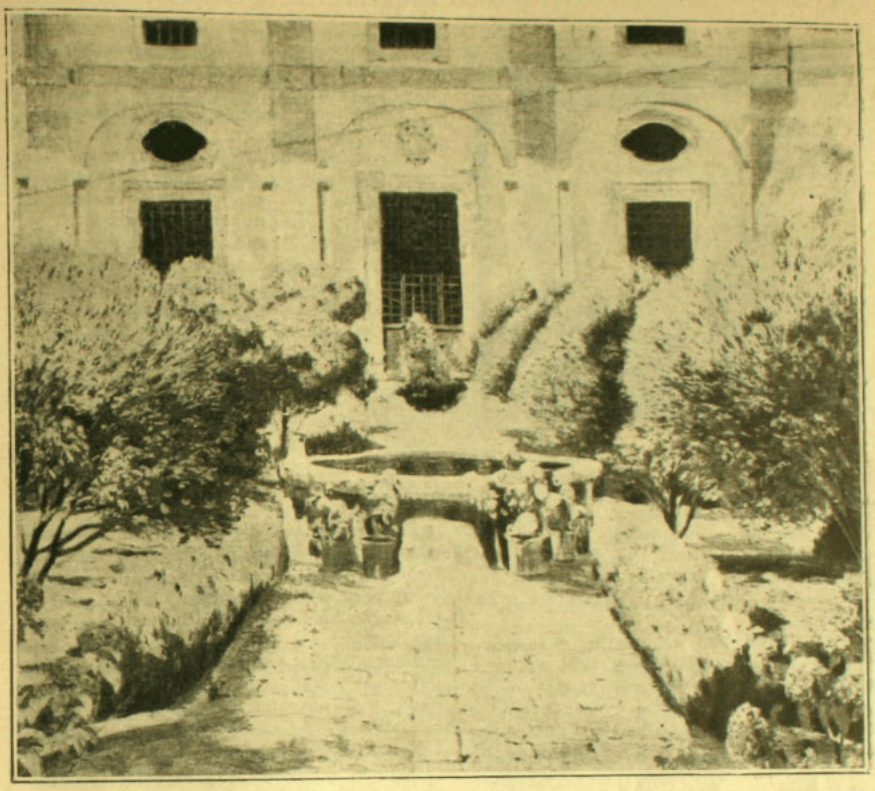
No debemos olvidar que los primeros carteles españoles dignos de competir con los de Hassall, Bradley, Steilen, Beardsley, Hohenstein, Walter Crane, Hartz y Penfield, han salido de Cataluña.

El de "La alegría que pasa" es una nota desolada. A lo largo de un camino de árboles desaparece la "roulotte" de los saltabancos. El cielo, amarillo, de un amarillo pálido, señala la hora del crepúsculo, que tantas veces había de interpretar Rusiñol. El suelo está cubierto de hojas secas, y a primer término, recortándose enérgicamente, la silueta del "clown", casi trágica de tan inquietante, emplebeyecido el cadmio de su traje de payaso por una americana negra.

El cartel de "Fulls de la vida" puede considerarse como compuesto de dos partes distintas: la figura de la mujer, sentada en un banco de piedra, hojeando un álbum, y el fondo, que lo constituye una simplificada muestra de los jardines de Rusiñol. La figura, vestida y peinada como la mujer del célebre cartel de Grosset, para anunciar la "Librairie Romantique", no es personal, no está creada de un modo libre de influencias y limpio de ajena inspiración; en cambio, el fondo, con sus cipreses, con su taza de mármol, donde canta el agua con sus geométricos recortes de perenne verdor, es inconfundible; recuerda el cuadro presentado años después en la Exposición de 1901, con el título de "El surtidor".

El tercer cartel, que sirvió para anunciar "Interior", es el más admirable, en mi modesta opinión. Interpretado con azul, negro y amarillo cadmio, recordaría vagamente la indecisión misteriosa de los lienzos de Pappersorn, si no fuera tan exquisitamente rusiñolesco. Está además ajustado a la "estética del silencio" que representa el Teatro de Mæterlinck. En el jardín, azul de luna, el anciano y el forastero, que tiene en sus labios, "como un pájaro tembloroso", la noticia trágica, acechan la casa, cuyos cristales, destacados por luz anaranjada, recortan las siluetas de la familia, reunida en torno de la mesa. Por un sendero avanzan los campesinos, que traen a la hija muerta. Sobre el tazón de la fuente se posa, inmóvil, un pavo real. El lo alto, más arriba de las copas negras de los árboles, parpadean las estrellas. Es una obra misteriosa impregnada de enigmática idealidad, y al mismo tiempo es punzante, capaz de producir el calofrío de terror que imaginara Mæterlinck. Unicamente sintiendo la apasionada

Fachada.



Claustro de Jorge Sand en Valdemosa.

admiración que Rusiñol ha sentido siempre por el autor de "Bruges la morte", puede interpretarse de tan emocional y justa manera una obra literaria.

"La Riallera" es una muchacha que ríe alegremente, vanamente, expresando el contento de vivir, de un modo extraño en toda la obra de Santiago Rusiñol.

El retrato del pintor mallorquín Plassa está concebido como un problema de relación y valoración de blancos.

Es una clara sinfonía donde Rusiñol tuvo que luchar con grandes dificultades, de las que triunfó.

Finalmente, los plafones de "La Poesía" y de "La Pintura", presentados en la Exposición de Barcelona de 1896, están concebidos e interpretados con la pureza y la delicada seguridad de los prerrafaelistas ingleses.

Como se ve, esta primera época de la pintura de Rusiñol es de ingenuidad, de desorientacion, sin que por esto deje de pintar lienzos de notable importancia técnica.

En todo gran artista se encuentran estos períodos transitorios, precisos, necesarios para la evolución creadora, que vendrá después, cuando, dueño de sí mismo, en plena madurez de la inteligencia y del estilo, suene la hora de las obras perdurables.

IV

Y llegamos a los "Jardines de España", cima gloriosa del arte de Santiago Rusiñol.

"Los jardines, como todo lo que inventa el hombre, sirviéndose de los recursos que le presta la madre Naturaleza—dice Rusiñol,—llevan el sello del invento; revelan el carácter y las costumbres del pueblo que los ha creado; nos inician en los

Dormitorio, casa-museo de Rusiñol, en Cau Ferrat (Sitges).

íntimos secretos de sus gustos; explican una tendencia o una escuela; son el arte de hacer arquitectura con los árboles y las plantas, y de expresar un instinto, una visión o un destello de la imaginación humana.

"Considero tan importante el aspecto de los jardines para juzgar el carácter de una época, que basta imaginarse un estilo para ver el fondo de verdura que le cuadra. Yo me imagino los jardines primitivos italianos, como llanura tapizada de lirios y de azucenas; árboles plegados y candorosos por fondo, y flores de colores apagados bordando una hierba mate, extendida en laderas de suavísimo relieve; me imagino un jardín romántico, como un Edén desordenado; un jardín misterioso envuelto entre lianas, cubierto de yedra, abrazando las carcomidas estatuas, pintadas por el musgo; llorando agua las fuentes, y el mármol patinado por la luna; me imagino los jardines realistas, convertidos en un huerto productivo, así como los jardines modernos los imagino formados de árboles de abolengo y plantas espirituales y de sentido simbólico; grandes laureles, mirtos, cipreses y laureles rosas, en severos muros, y cerrando la vista a toda vulgar perspectiva; lilas y lirios alineados y plantas acuáticas dormidas sobre estanques quietos y misteriosos; grupos de flores, formando con sus colores el arco iris, o agrupadas en tonos complementarios y todo envuelto en un místico aroma de refinado buen gusto, todo mate y nadando en vaga neblina, como orquesta afinadísima donde el alma gozara un absoluto reposo".

Estas palabras representan una pequeñísima parte de las teorías estéticas de Santiago Rusiñol acerca del arte de comprender y pintar los jardines.

Ahora bien: Santiago Rusiñol no es primitivo, ni clásico, ni renacentista, ni romántico, ni siquiera moderno, en el sentido arbitrario que empleaba él y en el despectivo que empleaban los demás, al acusarse y acusarle de modernista.

Rusiñol es él mismo; inmutable dentro de sus leyes visuales y sensitivas, pinta de un modo extraño y encantador, desvaneciendo, escatimando las masas, simplificando el color, como otros pintores la línea.

Su visión colorista es de una sencillez absoluta y refinada. Armoniza los tonos más opuestos sin acritud y consigue gradaciones, medios tonos, matices inesperados de un mismo color, que desconciertan por la seguridad de paleta con que están resueltos.

Sus verdes, por ejemplo, están valorados con tal riqueza, que no hay dos semejantes en un mismo lienzo. Su justificación de la hora es siempre exacta. Besnard no vacilaría en clasificarle dentro del más puro luminismo. Es sorprendente cómo este pintor interpreta el sol dorado de los crepúsculos; cómo acierta con el aire impalpable y cómo sabe comunicar casi esquemáticamente el sentimiento desolado o voluptuoso, suave y áspero, de un paisaje.

Alguien ha dicho que el color "grita" en Rusiñol. Nada menos exacto. Aun en los lienzos a pleno sol, incluso en la lujuria mora de los jardines andaluces, o en esas bruscas claridades mediterráneas de la costa catalana, el color de este pintor no "grita" nunca. Su característica es la languidez, la suavidad, la ternura. Podrá ser un color que "hable en voz baja"; pero nunca un color que "grite".

Precisamente es, como Mæterlinck, un enamorado del silencio. Ama los rincones plácidos, las umbrías melancólicas, los palacios abandonados y esas perspectivas profundas, esas armonías cálidas, pero mudas, de las escalinatas, que rompen el verdor fastuoso o los espacios amplios con avenidas simétricas, que parecen imaginadas por Le Notre y Mansard. Ama también—y tal vez con el más apasionado amor—los bojes, los mirtos, los laureles rosa agrupados en arquitecturas vegetales, donde lo mismo puede esconderse un dios helénico que la titania de "A midsummernight's dream".

Sin embargo, el silencio de los paisajes de Rusiñol no es un silencio absoluto, sino humano. En estos jardines no cruje la

arena bajo pies de hombre; no hay risas de mujer que asusten la movible parlería de los pájaros en las altas frondas de los árboles; ni siquiera un poeta dice versos o un místico reza oraciones. En los parques solitarios, en las glorietas abandonadas, en las desiertas terrazas, escalinatas y avenidas, o verdes laberintos, sólo se oye el rumor de las hojas secas, el cabeceo de los árboles, el arrullo de las palomas o el chillido áspero de algún pavo real encaramado en la taza musgosa de una fuente, o detenido decorativamente en los primeros escalones de una escalinata de mármol.

Y el agua. El agua es el alma de los jardines solitarios, y quizá no haya un solo cuadro de Rusiñol donde no esté o se la adivine. Agua cantarina de los surtidores; agua que va dulcemente por los regatos o los semiocultos canales, entre los arrayanes de verdor inmutable: allí corre, aquí se desliza; más allá se hace quieto remanso, y, un poco más lejos, cae de la boca rota de un delfín de piedra. Sobre el mármol de las tazas rebota en menudas brillanteces; en la paz de los estanques duerme bajo los líquenes y los nenúfares; en los anchos lagos sirve de espejo a los cipreses de troncos nervudos y puntas doradas por el sol, y á los sauces desmelenados; en las caracolas enormes, donde soplan los tritones, cae en sutiles hebras, y es como un polvo luminoso, al recibir las cuchilladas del sol y del viento, cuando se alza envidioso de la esbeltez de un álamo...

¡Encanto dulce, penetrante, pleno de evocación, éste de los cuadros que un pintor-poeta ha llevado más allá de los horizontes para mostrar una España ignorada o simplemente presentida!

Porque los "Jardines de España", antes de ser conocidos en Madrid, antes de conseguir premios en nuestras Exposiciones, ya habían triunfado en el extranjero.

La Exposición de "Art Nouveau" el año 1899, en el Salón Bing, de París, mostró a Francia que, frente a su Versalles, está nuestro Aranjuez; a Italia, que, frente a sus jardines de Florencia, de Verona y de Tívoli, podemos alzar la gloria señorial de los mallorquinos y valencianos, y que la sensualidad persa de Ispahan y de Shiraz, cantada por los poetas Saadi y Hafiz, tiene un rival temible para su belleza en la árabe voluptuosidad de Granada, con su Generalife y sus cármenes.

Toda esta gloria floreal de nuestros jardines; toda la melancolía de los Calvarios catalanes, de los parques señoriales o clásicos de Mallorca, los parterres, avenidas y glorietas de Aranjuez, las moras lujurias de color del Generalife, han quedado eternizadas, fijadas para siempre en los lienzos admirables y evocadores de Santiago Rusiñol.

Aunque un poco tardíamente, su patria ha sabido hacerle justicia. En 1908 y en 1912 obtuvo las dos primeras medallas que consagran oficialmente a un artista, después de las primeras y segundas de París, de Chicago, de Barcelona; después de haber obtenido cuarenta y dos votos entusiastas, el año 1904, para la medalla de honor.

V

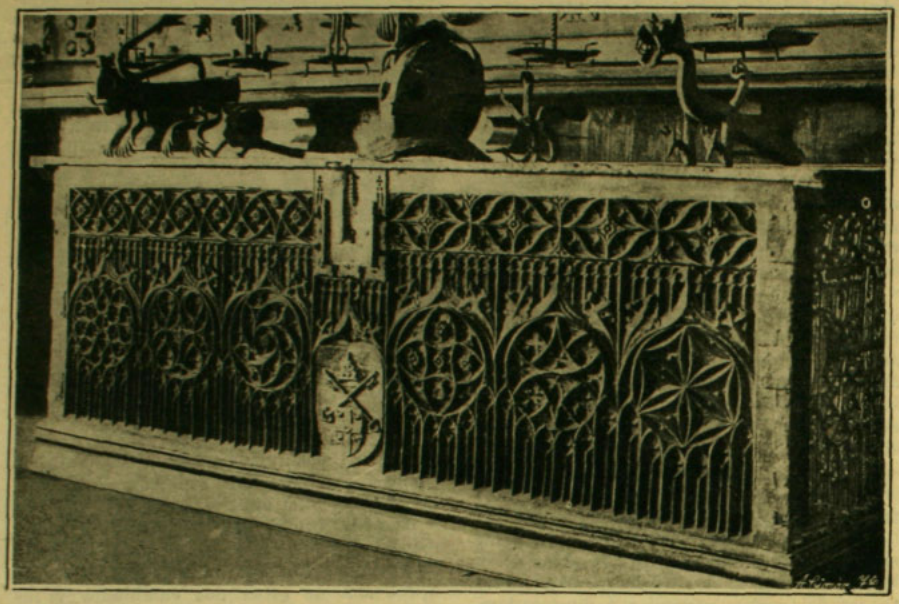
La obra literaria de Rusiñol es no menos extensa y de idéntica resonancia que la obra pictórica.

No se perjudica, no se dañan mutuamente. Al contrario: quedan desligadas y sueltas, señalando dos aspectos claramente definidos y distintos.

Rusiñol pintor es un incurable sentimental; Rusiñol escritor es un formidable humorista; Rusiñol autor dramático se aprovecha de estas dos cualidades y las une a otra tercera: el interés, la sobria energía, el impulso de cierto romanticismo que le autoriza a bordear sin ridículo la tragedia.

Sus primeras obras teatrales están ligadas a su arte. "La alegría que pasa", "El patio azul", "La noche del amor", "El jardín abandonado", "Cigarras y hormigas", responden al mismo criterio de sus cuadros. Indecisas, débiles, inexpertas, tienen, en cambio, la exuberancia lírica de

Salón.



Arca del Papa Luna, casa museo de Rusiñol, en Cau Ferrat (Sitges).

sus lienzos y la exaltación soñadora de sus procedimientos pictóricos.

Los libros "Oraciones", "Aucells de fang", Impresiones de Arte" y "Fulls de la vida", están ajustados también a la curiosa orientación.

Sin embargo, "El Pueblo gris", "Pájaros de barro". Las aleluñas del señor Esteban"—modelos de sabia ironía, de un aticismo algo cruel, pero profundamente humano, del mismo modo que los dramas "El Místico" "El Héroe" y "Buena gente"—afirman ya la otra personalidad del estilista y del dramaturgo.

Sobre todo, ratifican lo que nunca se podrá rectificar en Santiago Rusiñol: el idealismo.

Es conscientemente idealista. Y digo conscientemente, porque no se engaña a sí mismo, aunque se reserve el derecho de soñar cuando le plazca.

Por eso en el teatro—más asequible, por la simplificación natural de las obras escénicas, a la claridad comprensiva del público,—Rusiñol mueve siempre tres figuras simbólicas de su temperamento: el burgués, la mujer y el artista.

Para el primero tiene un odio insaciable que le obliga a poner en su boca palabras de leso arte, de leso amor, o, sencillamente, de leso humanismo.

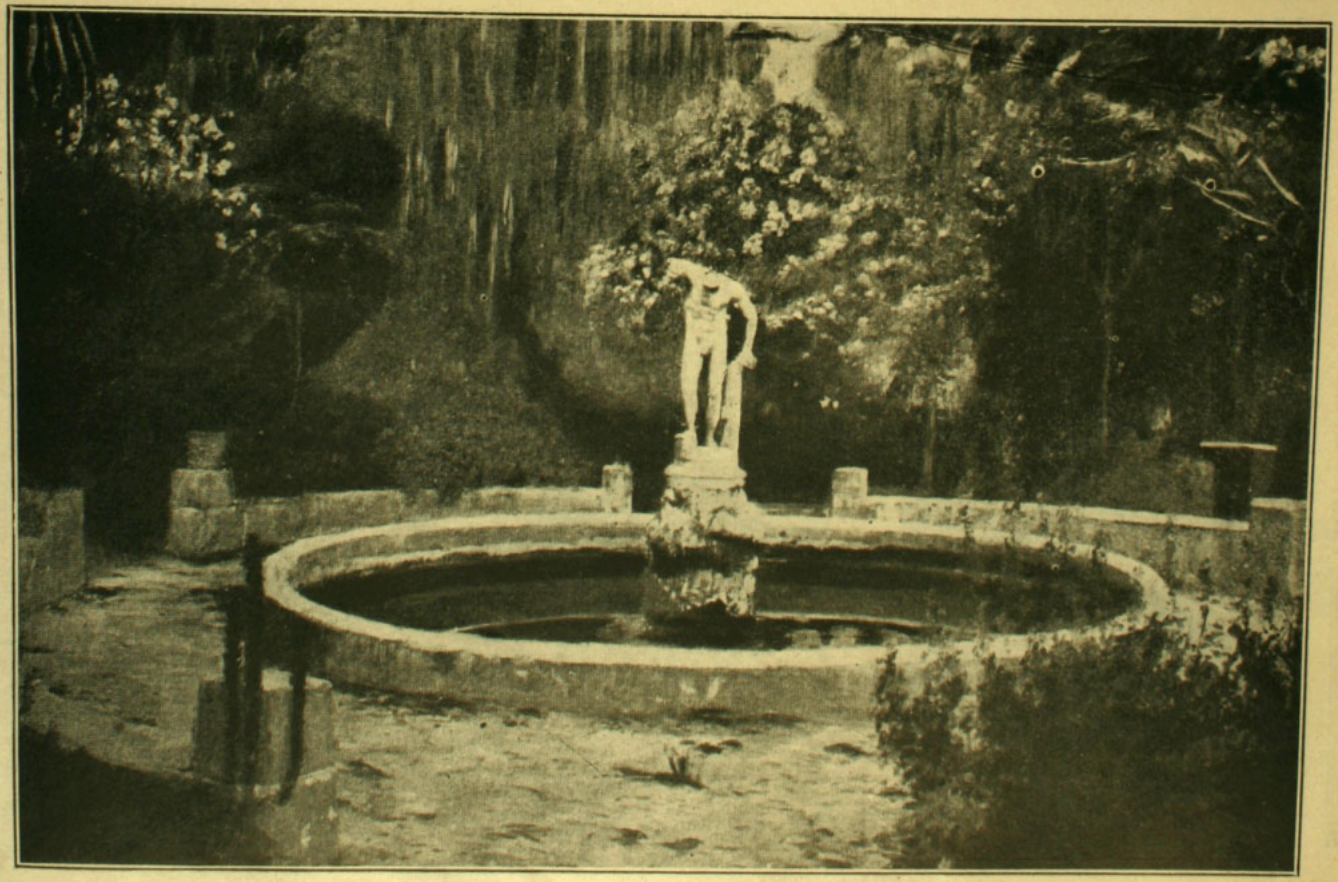
En ciertas obras lo encarna en todo un pueblo, como en "La alegría que pasa". El D. José de "El patio azul" se impone a la melancolía doliente de Ana Rosa; un burgués ahoga a mosén Ramón; burgués también el señor Bautista de "Buena gente", muriendo ante su caja de caudales, aplastado por la vida. Es el hombre rectilíneo, que nunca pierde la mirada en una lejanía o en una estrella; que tantea el suelo antes de dar un paso, y que lleva muy abrochadita el alma para que no la enferme ningún aire de ajeno sentimiento.

En cambio, las mujeres de Rusiñol son toda la elegancia, toda la tristeza, toda la versatilidad, y la abnegación, y el egoísmo, y el llanto caprichoso de la histérica, o la risa sana jocunda.

Todas ellas, santas o egoístas, jovenes o viejas, hurañas o alegres, soñadoras o prácticas, tienen profunda intensidad de vida.

Se parecen y nos recuerdan a nuestras madres, a nuestras hermanas, a nuestras esposas o novias. Tal vez sean el retrato de alguna amiga con quien "flirteamos", y a cuyos pies se durmió una tarde nuestra sinceridad, para despertar hecha cariño.

Pero en quienes el autor chilla y ríe, y fustiga y canta, y lanza anatemas de



Jardín del Fauno.

Surtidor.

tristeza y de vulgaridad a las almas distintas de la mujer, es en los artistas.

Se burla de la vida con un léxico de cabriolas y de lentejuelas al sol, en los harapos del "clown" de "La alegría que pasa"; dice un credo de belleza por la boca del pintor Jacinto; su credo de alegría por la del caricaturista Rafael, de "Buena gente", que "desempeña" a la amada; tiene un compasivo, un bondadoso desdén para los que trabajan sin descansar la mirada ni libertar un poco la imaginación; metido en el sayal del ermitaño de "Cigarras y hormigas"; es picaresco, y cazurro en el cuerpo del "glosador", yendo de pueblo en pueblo con un clavel en la oreja y un epicúreo concepto de la vida en el corazón...

VI

Por último, no se puede hablar de Santiago Rusiñol sin hacerlo también de Sitges y del "Cau Ferrat.

Sitges es uno de los bonitos pueblos de la costa catalana, y el "Cau Ferrat" es la casa-museo que Rusiñol tiene en Sitges.

Pocas veces se habrá dado el caso de una identificación tan completa de un pueblo con un hombre.

Sitges es uno de los bonitos pueblos de sentó por primera vez en España el Teatro de Mæterlinck; en Sitges existe una estatua del "Greco"; en su playa, en las ondas azules de su mar, tan latinamente azul, la trágica italiana Eleonora Duse recitó una noche de verano versos de D'Annunzio; en Sitges se han dado conciertos populares de las obras dulces y vagas de Grieg. De Sitges surgió el renacimiento "modernista" del arte catalán; los dos cuadros del "Greco" que existen en el Museo del "Cau Ferrat fueron conducidos en cívica procesión presidida por el Alcalde y las personalidades salientes del pueblo, desde la estación al "Cau".

Los chicos de Sitges podrán ignorar cómo se llama el Presidente del Consejo de Ministros, y qué "cosa" es "eso" de las reivindicaciones societarias; pero saben quién fué Domeniko Theotocópulos, y se emocionan con las música de Wagner o de Strauss, y recuerdan las obras de Mæterlinck.

¿No es sencillamente admirable y hasta increíble esta depuración estética de todo un pueblo, conseguida gracias al entusiasmo artístico de un gran poeta?

Pues bien: la grata emoción de belleza que sugiere Sitges, blanco, alegre, clavado en lo alto de sus rocas sobre la amplitud mediterránea, se depura, amplifica y engrandece al entrar en el "Cau Ferrat".

Este "Nido Férreo" guarda una de las más espléndidas colecciones de ferrería, forjas artísticas, metalistería y cerámica catalanas.

El arte áspero, viril, de los forjadores y cinceladores catalanes de los siglos XIII al XV; esos candelabros, hacheros, lámparas, aldabones y arquetas góticas del tiempo de los "concellers", trabajados a martillazos, soldados en caliente sin recurrir al remartilleo en frío, está íntegro en esta colección de Santiago Rusiñol.

Entrar al "Cau Ferrat" es entrar a uno de los más puros templos del arte. No sólo ya se han de tener en cuenta los hierros, sino los cuadros de viejos maestros españoles, las fuentes de clásica cerámica, los relicarios de madera estofada y policromada, las imágenes góticas o bizantinas, las ricas telas, los soberbios reposteros, y luego, en las vitrinas del salón central, objetos menudos de gran mérito.

No se puede hablar así, a la ligera, y en el remate de un estudio—tal vez demasiado largo para la benevolencia de los lectores, —de lo que es, de lo que significa, y, sobre todo, de lo que guarda el "Nido Férreo" de Sitges.

Merece un estudio aparte e independiente donde se aluda con más detenimiento a cada una de sus riquezas artísticas.

No han pasado los años ni la gloria sobre el hombre y el artista.

Hoy día Santiago Rusiñol, cuando vuelve a Madrid despnés de una larga estancia en las islas luminosas de Mallorca o en la fiebre infatigable de París, ríe como antes reía, luce sus melenas y su sombrero garibaldino y su chalina romántica, discute a gritos y muerde el puro siempre apagado.

Pero en una pausa, en uno de esos anchos espacios de silencio que le enserian el pálido rostro, se lamenta de algo que para él tenía una gran importancia.

¿Sus cuadros? ¿Sus libros?

No. Vestirse de máscara sin careta y embromar a los amigos en la Rambla, o subir en el carro de saltabancos para recorrer la montaña catalana recitando monólogos y malcomiendo en las posadas, a pesar de tener la cartera llena de billetes de banco.

Con "El pequeño ejército despreciable"

Por Alejandro Sux

Ilustraciones de Tito Saubidet.

Zona británica, Septiembre de 1917.

El tren que lleva a Abdeville no parece que acabara de dejar la estación del Norte de París, sino la de Charing-Cross de Londres. Los uniformes kaki, el idioma de Shakespeare, los diarios de la City, los voluminosos "magazines" multicolores, las pipas que parecen pebeteros donde humea el tabaco de miel y de opio, el cigarrillo rubio de Egipto, el "sandwiche"... todo es inglés. Los pocos franceses que viajan en el mismo compartimiento con sus trajes celestes salpicados de tirillas de oro en mangas y kepis, se sienten extranjeros y esconden su incomodidad tras la hoja suelta que son ahora los diarios de París, leyendo hasta el pie de imprenta, y contando las letras de cada columna.

Mientras miro, por fórmula, una revista ilustrada, y observo con interés estos oficiales británicos, algunos de ellos muy jóvenes, casi adolescentes, que hace pocos meses eran simples empleados pacíficos o estudiosos universitarios, pienso en la célebre frase de Guillermo II, refiriéndose al poder militar de Inglaterra:

"¡Pequeño ejército despreciable!"

Efectivamente, Guillermo II tenía razón en 1914 de llamar así al puñado de bravos profesionales que atravesaron la Mancha para hacer acto de presencia en las líneas francesas, y volver a afirmar con el sacrificio de sus vidas, que donde está la firma de la Gran Bretaña está su honor. ¿Qué ha sido de esos 20,000 guerreros que conocían todas las latitudes del vasto imperio? El general French, que los mandaba entonces, acaba de responder a idéntica pregunta:

—¿De mis 20,000 hombres? Pues han muerto por lo menos cien mil, ha habido alrededor de trescientos mil heridos... ¡Pero quedan aún tres millones sobre las armas!

Los 20,000 hombres de French, que en 1914 ocupaban un punto en el mapa de Francia, ocupan hoy una línea que va, con ligeras intermitencias, desde el mar hasta cerca de Soissons, la mitad del frente occidental, y además tiene fuerzas contra los búlgaros en Salónica y contra los turcos en Egipto y en Arabia. El enano débil y defectuoso, que tanto desprecio inspirara al formidable guerrero alemán, ha crecido de tal manera en tres años que es hoy un gigante fuerte y perfecto, muy capaz, a pesar de su juventud, de poner en apuros a su difamador, como lo está probando diariamente. ¿Cómo se ha producido este fenómeno inimaginable? ¿Cómo puede un punto transformarse en una mancha tan grande? ¿De qué se ha alimentado ese enano débil y defectuoso? ¿Qué ejercicios ha hecho para transformarse en tan poco tiempo en el magnífico y temido gigante de hoy? Se ha alimentado con el valor voluntario de los ágiles gauchos de Australia, con los forzudos leñadores del Canadá, con los valientes guerreros de la India, con los serenos pastores de Nueva Zelandia, con los vigorosos mineros del Africa austral y con todos los pacíficos y laboriosos ciudadanos del Reino Unido, que la conciencia del deber y el instinto patriótico convirtió en duros guerreros; se ha ejercitado en las trincheras pantanosas del Yser, en las tierras malsanas de la Mesopotamia, en los climas mortales de Africa, en las peñas de Gallípoli y en la legendaria patria de los griegos. De todos los rincones del inmenso imperio colonial, que al igual del español de antaño, no ve nunca ponerse el Sol, le llegaron hombres, dinero, pertrechos, trabajadores, abnegación y entusiasmo, y el desmoronamiento de toda la obra de conquista, que debió ser, según los alemanes, el resultado de esta guerra, se transformó en un afianzamiento maravilloso, en una consolidación estupenda, que prueba de manera clarísima e innegable la solidez

de esa inmensa aglomeración de hombres libres que la geografía dispersa por todos los ámbitos del planeta, pero que el sentimiento unifica alrededor del estandarte rojo de la Gran Bretaña.

Y es así como el pueblo más conservador de la tierra, como el hombre más individualmente celoso de su libertad, como la nación más amante de la vida confortable y más encariñada de su "home", que es su hogar, rompió con sus más caras tradiciones, renunció a sus más caras libertades, se privó de las dulzuras de una existencia cómoda, y abandonó la agradable monotonía de su "home" para lanzarse en medio de la hecatombe, en tierras extranjeras siempre, por hacer respetar lo que para un inglés es más sagrado: la palabra empeñada

...El tren llega a Abdeville cuando apenas ordeno estas reflexiones. Pronto voy a estar en las filas del "¡Pequeño ejército despreciable!". Me acorazo de impasibilidad, y pongo en mi cara una máscara de "flema" británica para que mi exuberancia indo-latina no deje ver demasiado los efectos de las sorpresas que me esperan.

* * *

Nadie ignora el amor de los ingleses por el caballo. La casualidad quiere que la primera manifestación guerrera vista en el frente británico sea una prueba de ese amor por la más útil conquista del hombre.

Cerca de Abdeville hay un hospital caballar para las enfermedades de la piel. Miles de caballos curan allí las consecuencias de la vida de campaña, y como el visitarlo no nos aparta del camino que seguimos para el castillo donde nos alojaremos, el comandante que nos acompaña decide hacer un alto para mostrárnoslo.

El veterinario, que habla francés bastante bien, nos explica con brevedad, sin grandes discursos, sin elogios, sin comentarios, sin nada de todo ese oropel de "cicerone" profesional que es tan molesto y desagradable para quienes desean tener el espíritu libre de influencias exteriores, y así poder juzgar según su impresión personal, *sin disculpas* tampoco, sin vanidad y sin modestia, llana y simplemente:

—Aquí tenemos actualmente dos mil animales en tratamiento,—nos dice mostrándonos con un ademán rígido la sucesión de caballerizas especiales que levantan sus techos puntiagudos en medio de un verdadero parque a la inglesa con sus altos relieves de verdura, sus postes blancos, sus senderos enarenados, sus canchas de tennis y de football y su trapecio cargado de argollas y de sogas nudosas.—En Francia, aquí y allá, hemos creado diez y nueve hospitales del mismo género.

"Un tommy" (croquis de Tito Saubidet).

—¿Hace mucho tiempo que existe esto?

—Dos años. En dos años se ha curado completamente a 36,830 caballos, hasta hoy.

—¿Cuál es la enfermedad más común?

—La sarna. La curamos con baños de agua caliente en los cuales se ha hecho hervir durante dos horas una disolución de cal viva y de azufre. Cambiamos el agua después de 2,600 baños; da un resultado excelente. Van ustedes a ver.

Y vimos:

1.° Las caballerizas donde se corta el pelo con máquinas eléctricas.

2.° Las caballerizas donde se cepilla por idéntico procedimiento.

3.° Los baños.

Estos baños son grandes zanjas recubiertas de cemento a las cuales los animales llegan por un camino en declive que de pronto se corta a pico haciéndoles caer dentro completamente; luego, para llegar hasta el otro extremo, deben nadar una veintena de metros con el agua hasta el cuello, de modo que todo el animal sale impregnado.

—¿Muchos accidentes?

—En dos años se han ahogado tres.

Cada animal tiene su ficha sanitaria, vive en un pabellón espacioso y duerme sobre montones de paja que se cambia diariamente.

—Muchos han venido de la República Argentina,—me dice.

—Y... ¿qué tal?

—Excelentes... Un poco briosos.

Luego recorremos las amplias barracas pulcrísimas que sirven de comedores, fumaderos, dormitorios y salones de espectáculos para el personal, todo él compuesto de soldados cuya condición física no les permite ser combatientes. En las paredes, en una promiscuidad de periódicos ilustrados, irreverente e ingenua, se codean las fotografías y los grabados que representan a la familia real, a un grupo de endemoniadas "girls" de "music-hall", a los generales aliados, a las artistas de París y de Londres, caricaturas, retratos de familia, banderas, escudos, insignias...

—Los "tommies" son buenos muchachos, —asegura el jefe veterinario.

Después nos muestra la sala de operaciones, el gabinete dentífrico, el de la radiografía y todas las demás instalaciones dedicadas exclusivamente a los caballos.

—¡Es extraordinario!—exclamo casi para mí, exteriorizando, a pesar de mi precaución inicial, el asombro que me causa este primer contacto con el "pequeño ejército despreciable". Todo es perfecto: el orden, el aseo, la disposición, los útiles, los procedimientos. Este hospital caballar, con ser de campaña, puede comparársele a muchos que no lo son, y podría fácilmente dar envidia a otros donde se cura a los hombres.

Después de un desayuno que parece un almuerzo, después de un ensayo de máscaras contra gases asfixiantes y de elección de cascos, dejamos el castillo a las nueve de la mañana en dirección de la frontera belga, con un fresco y fuerte viento del Noroeste y un cielo cubierto de plomo.

Comparto el único asiento de nuestro vehículo con el corresponsal del "Popolo de Italia", que es oficial del ejército y que viste como tal, pero sin galones ni insignias. Nuestro guía, el comandante, va al lado del conductor.

Durante todo el trayecto pude admirar la maravillosa manera que tienen los ingleses de hacer la guerra; nada de improvisaciones, nada de precipitaciones; en todo momento y en toda circunstancia, se tiene presente el adagio: "Un lugar para cada cosa y cada cosa en su lugar"; los hombres cumplen concienzudamente con su deber, y lo mismo se creen útiles a la patria los que curan los caballos del hospital de Abdeville, que los que toman a bayonetazos las casas de Lens en este momento; ni unos envidian la suerte de los otros, ni nadie piensa en menospreciar la labor de los demás. El orden y el aseo llegan a las fronteras de la manía; por eso se ven en todos los caminos tantos letreros indicadores con flechas y signos convencionales, tantos lugares reservados a las necesidades inferiores y tantos establecimientos de baño. Las carreteras se cuidan como pistas y se bordean con troncos pintados de blanco que se clavan en el suelo; en cada lugar de acantonamiento hay una gran tienda de comestibles y artículos de bazar, atendida por autoridades militares y para exclusivo uso del ejército, evitando así las explotaciones vergonzosas de que hasta hace poco fué víctima el "poilu" francés. ¿Y los clubs de oficiales que parecen haber sido transportados de Londres? ¿Y las casas de té servidas por camareros en "smocking"? ¿Y las canchas de football? Antes de haber visto todo esto era un poco escéptico respecto de lo que se decía del "confort" inglés en el frente, pero ahora creeré todo lo que se me diga sin vacilación.

*

—¿Es cierto que ustedes consideran la

guerra como un deporte?—pregunté anoche en la mesa.

—Es decir..., no precisamente como un deporte, qué diablos; no porque se nos crea fríos llegamos al estoicismo oriental y despreciamos la vida: al contrario; pero creemos que la guerra, que tiene sus leyes, debería hacerse respetándolas como en los "matches". Si los alemanes se hubiesen batido caballerosamente, nunca les hubiéramos odiado como ahora; nosotros, pueblo de "sportsmen", no perdonamos al enemigo las trampas, y las trampas en este caso son todas las violaciones al derecho de gentes y toda la ausencia de sentimiento humanitario. Hable usted con los australianos que combatieron en Gallipoli contra los turcos, y oirá elogios. Lo menos que le dirán es que son más civilizados que los alemanes.

Cuando las tropas de Australia y Nueva Zelandia abandonaron la península, dejaron cartas en las que se leía: "Señor Juan Turco, sentimos mucho dejarte, pero nos darás un placer si te encontramos en otra parte, pues eres un buen hombre". Un inglés no puede concebir la guerra de otro modo que como un duelo colectivo. Jamás se convencerá de que debe ser un cataclismo; por eso odia las destrucciones inútiles y las matanzas crueles a que se entregan los alemanes. Por la misma razón son tan meticulosos en su tocado personal: un "gentleman" no va a batirse como un descamisado.

Se presenta en la batalla como un señor. En los campamentos que cruzamos vése a los hombres afeitándose, lavándose, lustrando las botas, cepillando la ropa, con meticulosidad, como si se prepararan para el té de las cinco en Picadilly Circus. Este dato es más edificante que todas las descripciones; en Amiens, desde que están los ingleses, una sola gran tienda vende por "dos mil francos diarios" de perfumería. (!)

*

No hay aglomeración militar que no cuente con un cinematógrafo instalado, a veces, en las ruinas de iglesias, como en las aldeas del Artois, o en grandes carpas de lona, que me hacen pensar en los circos ambulantes de nuestra tierra, donde se representaban las hazañas inverosímiles de los Moreira y de los Cuello, y es de un efecto doloroso ver los carteles multicolores y alegres levantar sus rectángulos sobre dos palos, en medio de las ruinas y a la vera de los cementerios de campaña.

Está lejos Tipperary...

En todo el frente inglés se hallan estos contrastes, pero nada me impresionó más que oir un piano en Arras; porque el Arras de hoy no es el Arras que yo viera hace casi dos años; el Arras de hoy es como el esqueleto del otro, que era, a su vez, la osamenta de la bella ciudad de los tiempos de paz. Nada queda de Arras, hoy, y menos de sus monumentos: Befroi, municipalidad, catedral, mercado... todo es una ruina blanca y parece un gran camposanto de mármol erizado de monumentos funerarios. El piano invisible tocaba: "Hold your hand out, naughty boy" (Saca tu mano, muchacho malo). Me hizo el efecto de una carcajada en un velorio.

*

Los ingleses eran muy generosos con los corresponsales de guerra; antes de la muerte del de "Le Petit Parisien"; todo lo que pedían los representantes de la prensa era concedido inmediatamente; pero a partir de ese día, nuestras preciosas existencias no se exponen más que lo estrictamente necesario para cumplir con las exigencias del oficio. Por eso, a pesar de las súplicas del representante del "Popolo de Italia", a las que uní las mías, no nos dejaron ir hasta Lens, como era nuestra intención, y tuvimos que conformarnos con el ruido del combate, escuchado desde algunos centenares de metros. No por ello el espectáculo era menos conmovedor, pues veíamos pasar a través de los campos destrozados por los últimos bombardeos, los soldados que venían o iban "al infierno", como a los dicen. La lucha es espantosa, casi cuerpo a cuerpo, o peor, pues cada piedra es objeto de un combate sin piedad; la conquista de un zaguán, de un sótano, de un techo, cuesta muchos cadáveres. No hay más armas en acción que la bayoneta y las granadas de mano; de cuando en cuando, como un relámpago de ruido, se oye una descarga de ametralladora, un tiro aislado. Las artillerías sostienen también un duelo a muerte por encima de Lens; desde aquí no se ve el efecto de la inglesa, pero el de la alemana es nulo: los obuses estallan demasiado atrás o demasiado adelante de las baterías británicas. Las aeronaves aliadas son dueñas del aire.

"Entente cordiale" (croquis de Tito Saubidet)

...Y es todo lo que vemos del combate por la posesión de Lens.

*

Cuando íbamos hacia Hargicourt, durante el ataque alemán, que era una respuesta desesperada al inglés de por la mañana, hallé instalado en una carpa de campaña a Tito Saubidet, nuestro compatriota tan célebre en París por sus caricaturas de "apaches" y de "poilus", como por sus atrevidos proyectos de arquitectura, que tomaba croquis a la desesperada, con la boca llena de uvas y un gran canasto de fruta al alcance de la mano, pues este "humorista" es vegetariano. (!)

Apenas tuvimos tiempo de cambiar un apretón de manos, pues nuestro guía tenía prisa de llegar al emplazamiento de las baterías ligeras, desde donde contemplaría-

mos la batalla. Sin embargo, me alargó unos cuantos croquis:

—¡Para tus crónicas!

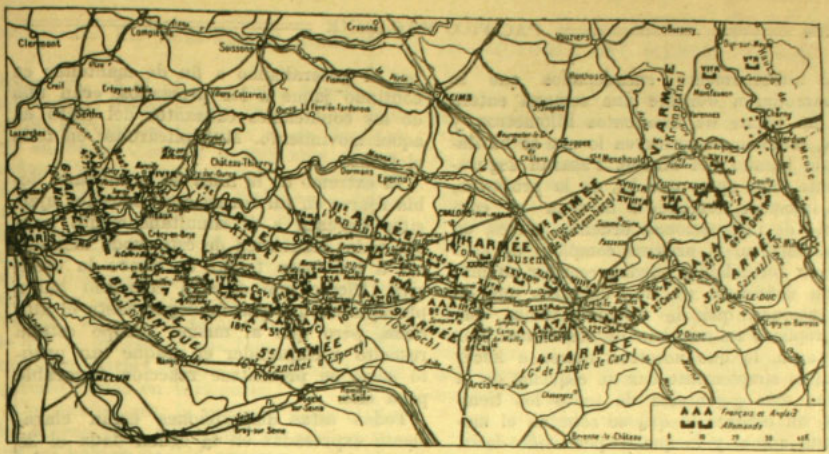
Los lectores juzgarán estos apuntes.

*

Del combate de Hargicourt poco o nada puedo agregar, después de mi crónica telegráfica. Los alemanes consiguieron recuperar un trozo de las trincheras perdidas por la mañana, abandonando doscientos prisioneros, y dejando muchos muertos en el terreno.

Parece que poco a poco cambian de táctica defensiva; en Hargicourt, por ejemplo, y en los alrededores de Lens, las trincheras alemanas son en realidad una sucesión de fortines subterráneos construídos como cajas, de una pieza en cemento armado, aislados unos de otros y apenas en comunicación por redes telefónicas que tienen la ventaja sobre los hilos de seguir sirviendo aún cuando se corten muchas millas; estos fortines están formidablemente armados con cañones lanzatorpedos, ametralladoras, lanzallamas, etc., y defendidos por intrincados de alambres de púa, pozos, trampas, estacas, hilos electrizados y todo lo imaginable; este sistema ofrece varias ventajas y algunos inconvenientes; las ventajas son: un empleo menor de hombres que producen un efecto ofensivo mucho mayor, más facilidades para disimular las posiciones y por consiguiente un menor blanco para la artillería enemiga, más dificultades para tomarlas que una trinchera y, en fin, una mayor seguridad para los soldados; los inconvenientes son: que es difícil reforzarlos cuando lo piden, por hallarse aislados y no existir la trinchera de comunicación que sirve en el sistema antiguo para ello, imposibilidad absoluta de abastecimiento durante el día; falta de cohesión y mal efecto moral sobre los hombres, que se sienten como en prisión. ¿Asistiremos al espectáculo de una guerra de cajas en lugar de la de zanjas?

Panorama de la región donde se dió la batalla del Marne.


Clermont
Compiègne
Soissons
Crouy
REIMS
Vouziers
Sedan
Montmédy
Verdun
Commercy
Bar-le-Duc
Toul
Nancy
Metz
Château-Thierry
Meaux
Paris
Coulommiers
Provins
Montereau
Fontainebleau
Melun
Corbeil
Arcis-sur-Aube
Troyes
Bar-sur-Aube
Bar-sur-Seine
Chaumont
Langres
Vesoul
Belfort
Epinal
Colmar
Strasbourg
Saint-Dié
Lunéville
Nancy
Pont-à-Mousson
Metz
Thionville
Longwy
Montmédy
Sedan
Rethel
Reims
Soissons
Compiègne
Amiens
Abbeville
Arras
Lens
Lille
Roubaix
Tourcoing
Ypres
Dunkerque
Calais
Boulogne
Saint-Omer
Hazebrouck
Bailleul
Armentières
Béthune
Saint-Pol
Montreuil
Le Cateau
Cambrai
Douai
Valenciennes
Maubeuge
Avesnes
Hirson
Vervins
La Fère
Laon
Soissons
Villers-Cotterets
Senlis
Creil
Beauvais
Gisors
Pontoise
Mantes
Versailles
Saint-Germain
Saint-Denis
Meaux
Coulommiers
Rozoy
Montereau
Fontainebleau
Melun
Corbeil
Etampes
Dourdan
Rambouillet
Chartres
Dreux
Evreux
Les Andelys
Vernon
Gaillon
Rouen
Elbeuf
Pont-de-l'Arche
Louviers
Le Havre
Honfleur
Pont-l'Evêque
Lisieux
Caen
Bayeux
Saint-Lô
Coutances
Granville
Avranches
Mortain
Domfront
Alençon
Argentan
Falaise
Vire
Condé-sur-Noireau
Flers
Mayenne
Laval
Château-Gontier
Segré
Angers
Saumur
Chinon
Loudun
Thouars
Parthenay
Niort
La Rochelle
Rochefort
Saintes
Cognac
Angoulême
Barbezieux
Jonzac
Blaye
Bordeaux
Libourne
Saint-Emilion
Castillon
Bergerac
Sainte-Foy-la-Grande
Eymet
Marmande
Agen
Villeneuve-sur-Lot
Tonneins
Nérac
Mont-de-Marsan
Dax
Saint-Sever
Aire-sur-l'Adour
Tarbes
Lourdes
Pau
Oloron-Sainte-Marie
Orthez
Bayonne
Saint-Jean-de-Luz
Hendaye
Biarritz
Saint-Jean-Pied-de-Port
Mauléon
Oloron
Sauveterre-de-Béarn
Salies-de-Béarn
Orthez
Peyrehorade

mas estrechamente encadenados que se desarrollaron durante una semana entera en un frente de trescientos kilómetros, y que, reunidos, constituyen lo que se ha llamado batalla del Marne. Pasarán seguramente años antes que los de la profesión, los iniciados, teniendo a la vista el conjunto de instrucciones, órdenes, partes, en una palabra, el archivo completo de esta acción formidable, puedan escribir su historia definitiva. ¡Y aun entonces qué de discusiones, qué de reivindicaciones, qué de réplicas tal vez han de suscitarse! Por lo tanto, lo que nosotros vamos a hacer aquí es simplemente dar un esquema de la lucha más gigantesca de todos los tiempos, un esbozo: lo que se sabe en el momento actual y lo que es permitido decir. Y habrán de perdonarse a un periodista profano en el arte de la guerra las imperfecciones, las lagunas, es decir los errores que pueda haber en este trabajo, al que ha dedicado sin embargo toda su conciencia y todas sus energías para ordenar los diferentes documentos de que galantemente le han proveido los oficiales del Estado Mayor durante su visita por el frente. Las faltas, si las hay, no son de estos sabios y valientes colaboradores, sino única y exclusivamente del autor de este artículo.

EL PLAN DE LA OFENSIVA

Se detiene la retirada

Al cesar la ofensiva francesa entre el frente de las Ardennes y Thionville, las batallas del Mosa y el Sambre y el jaque de Charleroi, presentábanse dos partidos al jefe de los ejércitos franceses: o bien tomar, a la cabeza, sobre el terreno, una ofensiva que tenía mucho de peligrosa, o bien emprender una retirada estratégica que le permitiese adquirir refuerzos a retaguardia para lanzarse con sus tropas a la ofensiva cuando y donde le pareciese el momento más oportuno.

El generalísimo Joffre se resolvió por este último partido. Y no es que no tuviera otro remedio. Los franceses no estaban vencidos ni siquiera quebrantados como se figuraba el enemigo. Prueba de ello que hasta en su misma retirada, oprimidos por el ala izquierda por una masa enorme y enérgica que los hacía retroceder a razón de 40 o 50 kilómetros por día para no ser envueltos, consiguieron los franceses en no pocos puntos, ventajas locales.

Estos contraataques previstos, ordenados por el generalísimo a fin de mantener en continuo jaque a los prusianos, eran una de las condiciones causantes del éxito en aquel movimiento. Multiplicáronse en todo el frente.

El extremo de la línea de la retirada debía fijarse en tal forma que todos los ejércitos llegasen a él simultaneamente para que todos estuviesen de este modo dispuestos a una para tomar de nuevo la ofensiva. Dícese que el alto comando había presupuesto que podría llegar hasta el alto Sena, pero que al mismo tiempo estaba resuelto a emprender el ataque tan pronto como se presentase reacción favorable para ello.

Todas estas disposiciones están claramente expresadas en la orden dada el 25 de agosto y publicada en el "Boletín del Ejército":

"No habiendo podido llevarse a efecto la maniobra de la ofensiva proyectada, decía, las operaciones ulteriores se realizarán en tal forma que llegue a formarse, a nuestra izquierda por la unión del 4.o y 5.o ejércitos, el ejército inglés y las nuevas fuerzas dispuestas en la región del Este, una masa capaz de volver a tomar la ofensiva, mientras los otros ejércitos contendrán el tiempo que sea necesario, los esfuerzos del enemigo."

Todas las eventualidades del repliegue estaban minuciosamente previstas; ved aquí el párrafo que indica la formación de esta "nueva fuerza" de que se hace mención en el párrafo anterior y que ha de convertirse en el 6.o ejército:

"En la región de Amiens un nuevo grupo de fuerzas constituídas por los elementos transportados por ferrocarril (7.o cuerpo, 4 divisiones de reserva y tal vez otro cuerpo de ejército activo, reunido desde el 27 de agosto al 2 de septiembre.) Este grupo estará pronto para tomar la ofensiva en la dirección general Saint Pol-Arras o Arras-Bapaume.

Por último, al fin de esta instrucción que marca las zonas de marcha de los ejércitos fijémonos en esta orden de multiplicar los ataques:

"Protegerán el movimiento las retaguardias dejadas en los cortes del terreno favorables, de manera que se utilicen todos los obstáculos para detener por medio de contraataques cortos y violentos, cuyo elemento principal será la artillería, la marcha del enemigo, o por lo menos retardarla."

La maniobra se efectuó exactamente según estas órdenes precisas.

Los contraataques de Othain, hacia

Spincourt, ya el 24 de agosto, después los del Meuse y los Ardennes (la Fosse-a-l'-Eau el 28, Bertoncour el 30) y el de Guise el 29, en Saint Quentin, fueron muy afortunados. Pero la rapidez con que avanzaba el ala derecha alemana, rechazando delante de sí al ejército inglés e impidiendo el desembarque de tropas destinadas a formar en Picardía el nuevo ejército, no permitió aprovechar estos éxitos. para volver al ataque. Habríase visto el ejército francés, en el caso de un jaque, en peligro de ver el grueso de sus fuerzas con el camino de París cortado, y separado del ejército inglés en formación.

Continuó, pues, la retirada hacia el Sur del Marne y de l'Ornain. Los contingentes que no habían podido reunirse en los alrededores de Amiens recibieron orden de replegarse sobre París, donde iba a formarse en definitiva el 6.o ejército, que asegurase la defensa de la capital. En pocos días mejoró la situación. El 1.o de septiembre juzgó el general en jefe llegado el momento esperado.

Fija entonces la línea límite a que podrían llegar las fuerzas francesas en retirada: Bray-sur Seine, Nogent-sur-Seine, Arcis-sur-Aube, Vitry-le-Francois, la región norte de Bar-le-Duc.

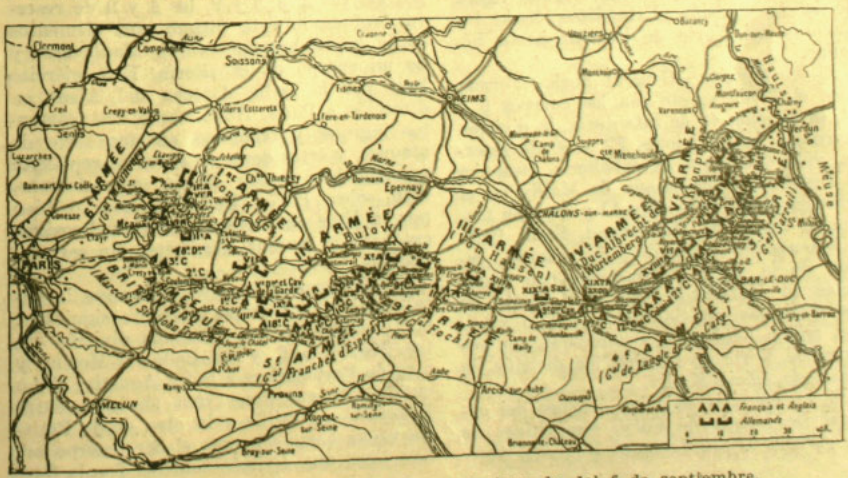
Y el 4 de septiempre se realiza plenamente, el orden previsto; todas las fuerzas están comunicadas y prontas para una colaboración perfecta.

Por otra parte, veíase ya claramente, (así lo indicaban los reconocimientos de la caballeria y los aeroplanos) que los alemanes habían renunciado a caer sobre Paris y que fieles a su doctrina estrategica, renunciaban voluntariamente a ese "objeto no geografico," para intentar desde luego el aniquilamiento de los franceses. El ejército de Von Kluck desvió su marcha hacia el sudoeste en dirección a Meaux y Coulommiers: estaban ya los alemanes en el inmenso embudo que cierran París al Oeste y Verdun al Este. Los Franceses no tenían ya que temer ser envueltos, sino que, como veremos más tarde, sus frentes tenían la forma envolvente más marcada, y hasta la misma posición del ejército de Von Kluck era notoriamente crítica.

Fué entonces cuando el general Joffre ordenó a todos los comandantes de ejército que tomasen posiciones, para proceder el 6 de septiembre a la ofensiva general. El 5 de septiembre recibieron a su vez esta orden el 3.o y 4.o ejército, que estaban a la derecha.

El día 5 los movimientos preparatorios del ejército de Mannoury quieren precipitar la gran acción: el general Von Kluck advierte el peligro que corre su derecha y detiene su marcha. Entonces el 6 de septiembre, por la mañana el general Joffre dirige a sus tropas aquella orden que no hay corazón francés que no conozca, aquella valiente y magnífica proclama que muchos soldados conocieron en posiciones ya conquistadas, cuando les sonreía la victoria.

"En el momento en que se libra una batalla de que depende la salvación de la patria, recordad todos que no hay que mirar atrás; todos los esfuerzos son pocos


Clermont
Compiègne
Soissons
Reims
Epernay
Chalons-sur-Marne
Vitry-le-François
Bar-le-Duc
Meaux
Paris
Melun
Nogent-sur-Seine
Bray-sur-Seine
Arcis-sur-Aube
Montmirail
Sézanne
Provins
Coulommiers
Verdun
Sainte Menehould
Ier Armée
IIe Armée
IIIe Armée
IVe Armée
Ve Armée
VIe Armée
Détachement d'Armée de Maunoury
Armée Foch
Armée Langle de Cary
Armée Sarrail
Armée Ruffey
Armée Dubois
Armée Franchet d'Esperey
Armée Conneau
Armée Manoury
Armée Joffre
Armée Castelnau
Armée Maud'huy
Armée Dubail

para atacar y rechazar al enemigo. La tropa que no pueda avanzar deberá, cueste lo que cueste, conservar el terreno ganado y morir sobre él antes de retroceder un solo paso. En las actuales circunstancias no puede perdonarse ni la menor debilidad."

SITUACION DE LOS EJERCITOS EL 5 DE SEPTIEMBRE

Ved aquí la disposición de las fuerzas francesas el 5 de septiembre desde el ala izquierda a la derecha y de Ocidente a Oriente:

El 6.o ejército. — General Mannoury. — Comprende el 7.o cuerpo, la 45 división activa; dos divisiones de reserva, la 55 y 56; tres divisiones de caballería. Durante el combate recibieran refuerzos, la 7, de la 61 división de reserva, formada de las tropas de guarnición en París; la 8, del 4.o cuerpo, que el general Joffre toma al ejército de Sarrail, y el 9, de la división 62 de reserva de París. Con sus posiciones al Nordeste de París, despliégase el 5, por la mañana, por el frente Danmartin-en-Goele-Claye.

El ejército inglés, que acosado por el enemigo acentuó rápidamente su retirada, ocupa la región sur-oeste de Coulommiers. Comprende este seis divisiones bajo el mando del mariscal sir John French, y que forman tres cuerpos de ejército; de izquierda a derecha el 3.o, el 2.o y el 1.o

El 5.o ejército, al mando del general Franchet d'Esperey, se componía de los cuerpos 18, 8, 1 y 10 y del grupo de divisiones de reserva 51, 53 y 69, más un cuerpo de caballería compuesto de las divisiones 4, 8 y 10 de una brigada ligera de la 2.a división. Extendíase desde las llanuras del Norte de Provins hasta Sézanne.

El 9.o ejército.—General Foch.—Formábase el 29 de agosto con los cuerpos 9 y 11, la división 42 de infantería, la división marroquí, las divisiones 52 y 60 de reserva, y la división 9 de caballería. Ocupaba el frente Sézanne-Campo de Mailly en el orden siguiente: División 42 y división marroquí, región de Mondement, Saint Prix. Villeneuve-les-Charleville; 9.o cuerpo, región de la Fere-Champenoise, con avanzadas en Morains-le-Petit y el Norte de las marismas de Saint-Gond; 11.o cuerpor, región Lenharrée, Sommesous, con reservas al Norte de l'Aube; 9.a división de caballería, hácia Mailly.

El 4.o ejército, bajo las órdenes del general De Langle de Cary, componíase de los cuerpos 17, 12 (general Roques), cuerpo colonial y 2.o cuerpo (general Gerard). Extendíase frente al Sur de l'Ornain, desde Sompuis a Sermaize.

El 3.er ejército, personalmente mandado por el general Serrail, comprendía el 4.o cuerpo, (que el día 8 pasaba al ejército Mannoury); el 5.o cuerpo; el 6.o, excepto la división 42, que pasó al 9.o ejército, pero aumentado con una brigada de la 54 división; las divisiones 65, 67 y 75 de reserva al mando del general Durand, y la 7.a división de caballería. Desplegábase en una línea, Revigny-Souilly (al sud-oeste de Verdún) subiendo luego en dirección sur-oeste, nord-este y manteniéndo, a su derecha, contacto con la defensa movible de la plaza y las alturas de Meuse.

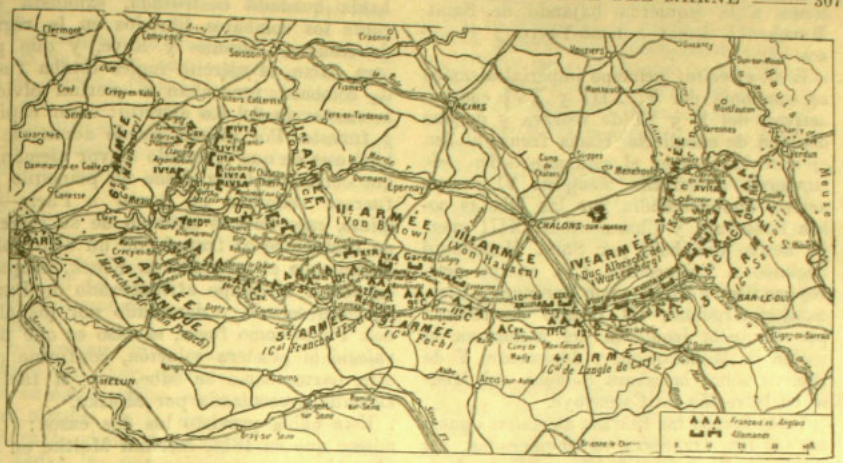
Una simple mirada al cuadro descrito nos demuestra que todo este dispositivo presenta, al centro, un frente sensiblemente rectilíneo con los ejércitos 5.o, 9.o y 4.o, que forman a continuación a izquierda y derecha dos frentes oblícuos que se enlazan con el primero en ángulos obtusos. Por último, la ofensiva sostenida de los ejércitos de Lorena defiende la derecha de las fuerzas aliadas de un ataque por retaguardia.

LOS ALEMANES

Sabido es el vigor con que los alemanes siguieron en su ofensiva después de su éxito en el Sambre. Su ala en marcha (la derecha) precedida y cubierta por cuerpos de caballería avanzaba con una velocidad vertiginosa.

Al extremo derecho estaba el 1.er ejército (von Kluck) compuesto de los cuerpos activos 2, 3, 4 y 9, los 4 y 9 de reserva (reforzado este último con elementos de la landwehr, acometió a Maubeuge) y de un cuerpo de caballería. Este ejército bajó por la orilla derecha del Aisne en dirección a París. Hostilízanlo destacamentos ingleses y franceses en una serie de ataques, y estos destacamentos se repliegan por fin bien sobre Rouen, por Amiens, bien sobre París, Por Beauvais, o bien por la Fere en dirección al Sur. Prosigue entonces su marcha libremente sin ser molestado.

En el momento que va a librarse la batalla del Marne ocupa el frente siguiente: el 2.o cuerpo activo tiene una división entre Monthérand y la Celle-sur-Morin, y otra de Parmentiers a Saint-Agustin, el 4.o cuerpo activo tiene una división entre Beautheil y Amillis y la otra desde Petit-Beaufour hasta Cherru; el 3er. cuerpo activo tiene una división sobre el frente Cer-



Posiciones al terminar el 7 de septiembre.

veux-Saney, y la otra de Montreaux-les-Provins a Courgivaux; el 9.o cuerpo tiene sus dos divisiones en bajo: una de Tréfols a Neuvy, la otra de Morsains a Esternay; el 4.o de reserva está detrás de la derecha sobre el frente Marcilly-Barcy-Penchard; la 5.a división de caballería y la división de caballería de la Guardia están en tre los cuerpos activos 4.o y 3.o; los elementos de avanzada del conjunto llegan hasta Dammartine-en-Brie,Morteerf, Hautefeuille,Touquir, Vandoy, Champcouelle, Saint-Bon, Escardes y Châtillon-sur-Morin

Mientras los 2 y 4 cuerpos activos, el 4 de reserva y la 5.a división de caballería tratan de encontrarse con el 6.o ejército francés y el ejército británico, los cuerpos 3 y 9 y la división de caballería de la Guardia se opondrán al 5.o ejército francés.

A la izquierda del 1.er ejército está el 2.o, compuesto de la Guardia, de los 7.o y 10.o cuerpos activos, del 10.o de reserva con un cuerpo de caballería, bajo el mando del general von Bülow, y que ha sido también atacado en Guisa el 29 de agosto, sufriendo allí un jaque peligroso. Avanza sobre Laon y Epernay: allí es propiamente donde se forma el "rodillo" que, según su parecer, nadie podrá detener. El 5 en la tarde ha pasado el Marne de Dormans a Epernay, ha llegado a la carretera de Chalons entre Montmirail y Bergeres-les Vertus, a eso de las 11 y se ha encontrado con el 5.o y 9.o ejército francés en el frente general Villeneuve-les-Charleville, Saint Prix, Morains-le-Petit, Ecury-le-Repos. Montmirail es su cuartel general. Los cuerpos están dispuestos en esta forma de derecha a izquierda: X cuerpo de reserva, región Montmirail; X cuerpo activo, región de Bannay-Congy; Guardia, los bosques de Toulon a Ecury-le-Repos; el VII cuerpo (activo y reserva) escalonado a la derecha y a retaguardia, Petit-Morin.

A la izquierda,—siempre al Este—está el III ejército bajo el mando del general von Housen, compuesto de los cuerpos activos XII y XIX (ejército sajón). Marcha desde Roeroy sobre Rethel, y después sobre Chalons. Después de atravesar el Marne por ambos lados de esta ciudad, preséntase, de derecha a izquierda, en este orden: el XII cuerpo activo atacará sobre el frente Normée-Lenharrée; el XII cuerpo de reserva hácia Sommesous; el XIX, dirigiéndose al Sur atacará a Sompuis y Meix-Tiercelin.

El IV ejército (duque Alberto de Wurtemberg) comprendía los cuerpos activos VI, VIII y XVIII, los VIII y XVIII de reserva, con una división de caballerría. Opondríase, de derecha a izquierda, al ejército de Langle de Cary: el XII cuerpo sajón, que dejando marchar su XXII división contra el ejército de Foch, vendría con su XXV división por Vatry y Coole para atacar en la dirección de Sompuis; el XIX cuerpo sajón, venido de Chalons por la ribera izquierda del Marne hacia Maisons-en-Champagne; el VIII cuerpo, hácia Vitry-le-Francois; el VIII de reserva en la dirección de Ponthion; y por último el XVIII cuerpo activo, el que sumamente castigado, fué poco a poco reemplazado por el XVIII de reserva, que seguía en esca-

lones, a la izquierda bajando de Saint-Menehould, hacia Sommc-Yevre y Possesse.

El V ejército (príncipe imperial alemán) se componía del V, XIII y XVI cuerpos activos, del V y VI de reserva y de una división de caballería. Hacía frente al 3er. ejército francés en el siguiente orden,—de izquierda a derecha siempre: VI cuerpo activo, que descendía por las Isbetas sobre Passavant y Charmontois; XIII cuerpo activo que bajó por Saint Menehould llegando a Triancourt; XVI cuerpo activo, que llegó a Froidos por Varennes y Clermont-en-Argonne; VI cuerpo de reserva por la orilla izquierda del Meuse en la región de Montfaucon, y finalmente, V de reserva sobre la ribera derecha del Meuse en la región de Cosenvoye.

Tales fueron las fuerzas alemanas opuestas a las francesas ya enumeradas. En cuanto a los ejércitos VI y VII (príncipe Ruprecht de Baviera y general von Heeringen) reforzados con elementos reclutados en las plazas de Metz y de Strasbourg, fueron, como indicamos anteriormente, detenidos por las fuerzas francesas en Lorena.

Ante el repliegue francés hacia el Marne dos soluciones se presentaban al comando alemán: o bien perseguir a las fuerzas francesas con el grueso de su ejército, dejando a un lado París, o bien, atacar y tratar de vencer por la capital, lo que debía parecerle una empresa de resultado político bastante tentador. En el primer caso, todos los ejércitos alemanes debían cooperar a una acción común sin preocuparse de París; pero su ala derecha podía verse amenazada y envuelta en un terreno cortado por numerosos ríos: el Marne, el Ourcq y el pequeño y el grande Morin. En el segundo caso, iba a necesitar el comando alemán dedicar muy considerables fuerzas para la toma de una plaza tan peligrosa como París, debilitarse en el centro y crear en sus líneas claros, que pudieran aprovechar los aliados para tomar de nuevo la ofensiva.

Conocido como es el carácter y neronismo del Kaiser, sabiendo sin lugar a duda, el ardiente deseo que abrigaba de acampar en los Campos Eliseos, fácilmente puede imaginarse el drama que debió representarse en el momento de la decisión suprema e irreparable. Es probable que el enemigo creyese a los franceses en retirada definitiva, quebrantados, desmoralizados, casi vencidos, de tal modo que no había más que perseguir la victoria. Existía la convicción de que el ala derecha francesa había quedado destrozada, exhausta durante los combates librados en la región de Amiens, Peronne y Roye, y que por otra parte, el ejército inglés estaba fuera de combate. Ignoraban o querían olvidar la existencia del 6.o ejército: error capital y funesto. Por último, puede admitirse la hipótesis de que el estado mayor alemán,—que conocía tal vez desde un principio las fuerzas reunidas en torno a París—temiese, caso de que el resto de su ejército no destrozase al francés de un solo golpe brutal, que el general von Kluck, ocupado en atacar el campo atrincherado de París, se viese copado y derrotado por los aliados. Fuese como fuese, el caso es que prevaleció la primera solución, conforme por otra parte, como se sabe, con la táctica alemana preconizada por Moltke.

Este había previsto los dos casos: "Lo mismo que en 1814, escribía Moltke en un libro de memorias, es ahora en 1859, la ofensiva por Bélgica y la toma rápida de París; la suerte de esta capital decidirá la suerte de la campaña". Y añadía: "Si encontramos al ejército francés reconcentrado en la región de Reims, preciso será que nos desviemos al punto, de la dirección de París. Atacaremos a los franceses por detrás del Aisne, y teniendo a nuestro favor la superioridad del número, les derrotaremos y rechazaremos al otro lado del Marne, del Sena y del Yonne y finalmente al otro lado del Loire. Entonces podremos marchar sobre París..."

No había leído a Rabelais el mariscal conde de Moltke? Así parece; y estos sus pálidos descendientes tampoco. Debieran haberse acordado de la objección del sabio Echephron a Pierochole: "Temo mucho, decía este verdadero hijo de Marte, que esta empresa sea algo parecida al célebre cántaro de la lechera..."

Moltke, al menos, hablaba hipotéticamente, y tenía cien veces razón: entre sus sueños ilusorios y la realidad hubo algo... el Marne.

PREPARATIVOS DE LA OFENSIVA

Así pues, desde el 4 de septiembre, los reconocimientos aéros efectuados por los aviones del ejército inglés, del de Mannoury y de la plaza de París, como los realizados por la caballería de los aliados, revelaron a estos la resolución definitiva del comando alemán: el ejército de von Kluck torció decididamente su marcha hácia el Sud-Este, como dijimos más arriba. En ese momento el 5.o ejército francés está pronto para el ataque de frente, reforzado en

la izquierda por el ejército inglés y el 6.o ejército, que amenaza el flanco del enemigo.

"La disposición ordenada en la orden del 25 de agosto, está tomada por lo tanto; el ejército francés ha escapado de ser envuelto y ha tomado una forma envolvente. Las alas en esta disposición encuentran en su contacto con las plazas de París y de Verdun, apoyo y facilidad para maniobrar".

Entonces el general en jefe, que se ha dado cuenta exacta de la situación, con una clarovidencia admirable, determina emprender la ofensiva, y en la noche del 4 de septiembre da la orden general siguiente:

1.o Conviene aprovechar la peligrosa situación del 1.er ejército alemán y concentrar sobre él los esfuerzos de los ejércitos aliados de la extrema izquierda.

Durante el día 5 de septiembre se tomarán todas las posiciones para proceder al ataque el día 6.

2.o Las posiciones que se tomarán el 5 por la tarde son:

a) Todas las fuerzas disponibles del 6.o ejército al Nord-Este de Meaux estarán prontas para cruzar el Ourcq entre Lezy-sur-Ourcq y May-en-Multien, con dirección general a Chateau-Thierry. Los elementos disponibles del primer cuerpo de caballería cercano quedarán a las órdenes del general Maunoury para esta operación;

b) El ejército inglés, sobre el frente Changis-Coulommiers, mirando al Este, estará pronto para atacar en la dirección general de Montmirail;

c) El 5.o ejército, cerrando ligeramente sobre su izquierda se establecerá sobre el frente general Courtacon-Esternay-Sezanne, pronto para el ataque en la dirección general Sur-Norte, encargándose el 2.o cuerpo de caballería de mantener las comunicaciones entre el ejército inglés y el 5.o ejército;

d) El 9.o ejército cubrirá la derecha del 5.o manteniendo las desembocaduras Sur de las marismas de Saint-Gond y con parte de sus fuerzas en la planicie al Norte de Sezanne;

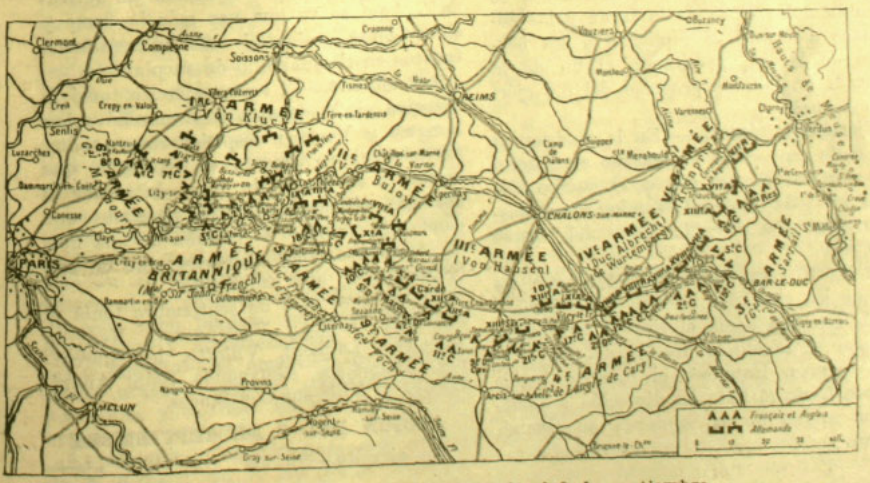
3.o La ofensiva la tomarán todos estos ejércitos el 6 de septiembre por la mañana.

J. Joffre.

En resumen, había ofensiva general en todo el frente; concentración de fuerzas sobre el ala derecha alemana; ataque de flanco por el 6.o ejército a la izquierda francesa, por el 3.o a la derecha, y de frente por los demás; tal es en conjunto el plan de ofensiva en la batalla del Marne.

LOS SIETE DIAS DE BATALLA

6 de Septiembre.—6.o ejército.—El día cinco las diferentes unidades lo invirtieron en tomar las posiciones ordenadas para el ataque. Pero durante este movimiento el cuerpo de reserva del ejército Maunoury tiene un encuentro con el IV cuerpo de reserva alemán que cubría la marcha del ejército de von Kluck y se empeña el combate en un terreno peligroso, cerca de Monthyon, por lo que los franceses



Posición de las fuerzas al concluir el 9 de septiembre

tuvieron que vencer grandes dificultades. Fué una acción reñida que demostró a los alemanes el peligro que corrían y les obligó a apoyar su IV de reserva tan inopinadamente atacado, con sus II y IV cuerpos activos.

El 5 por la tarde la reserva del general Lamaze se replegó sobre sus primeras posiciones: Cuisy, Plesis-le Eveque, Iverny y Neufmontiers. Los franceses aquí no ganaron terreno, pero hicieron buenas mellas en las filas del IV cuerpo alemán.

El 6 se reanuda el ataque para llegar al punto que se le ordenara a Maunoury y atravesar el Ourcq entre Siezy y Neufchelles en dirección a Chateau Thierry.

Entre tanto, mientras el cuerpo de reserva reanudaba su movimiento hacia el Este, a su izquierda el 7.o cuerpo atacaba la línea Marcilly-Acy-en-Mutiers; al despuntar el día se gana Saint-Soupplets y Monthyon haciendo los franceses gran número de prisioneros y tomando no pocos cañones. A las 8 de la mañana, la 8.a división se da la mano al Sur de Meaux con el 3.er cuerpo británico. A las 10 suben del Sur dos columnas alemanas, infantería y artillería, hacia Varredes y Lizy-sur-Ourcq. A las 12 divísase claramente en la línea Chambry-Crégy al IV cuerpo de reserva que se repliega hácia el Este. Pero en la tarde le llega refuerzo, son las dos columnas que se vieron en la mañana y que pertenecen al II cuerpo y han pasado el Marne por Varredes y Mary.

A pesar de eso, el avance francés se acentúa a las cinco de la tarde y las columnas alemanas se repliegan a los bosques de Meaux, resultando al fin de la jornada un notable progreso del 6.o ejército francés.

Ejército británico. — En la madrugada del 6 de septiembre es atacado el ejército del mariscal French por el II cuerpo alemán en toda la línea Vaudoy-Pezarches-Hautefeuille y la orilla Norte del bosque de Crecy.

A las 10 cesa de repente el ataque. Se ve que los alemanes inician un movimiento de retirada hácia el Norte; comenzaba a hacer su efecto la presión del 6.o ejército francés. Entonces el ejército inglés avanza hácia el Este en dirección a Courtacon, apoyando su izquierda en Grand-Morin.

Por la tarde la retirada alemana hácia el Norte continúa rápidamente, y los ingleses llegan con sus avanzadas a la línea Villiers-sur-Morin-Crecy (3.er cuerpo), Coulommiers (2.o cuerpo) y Choisy (1.er cuerpo), sin que se les oponga apenas resistencia.

5.o ejército.—Desde las 7 de la mañana empéñase en reñido combate en todo su frente con los III, IX y X cuerpos alemanes. Al final de la jornada el 5.o ejército ha progresado ostensiblemente y adquirido superioridad sobre el enemigo.

9.o ejército. — Secundando las órdenes del alto comando, el 9.o ejército debía apoyar hácia el Nordeste la ofensiva del 5.o y mantenerse firme en sus posiciones en todo el resto del frente, esperando que el avance del 5.o ejército por la izquierda y el del 1.o por la derecha le permitiesen tomar la ofensiva en todo el frente. Y así lo realizó.

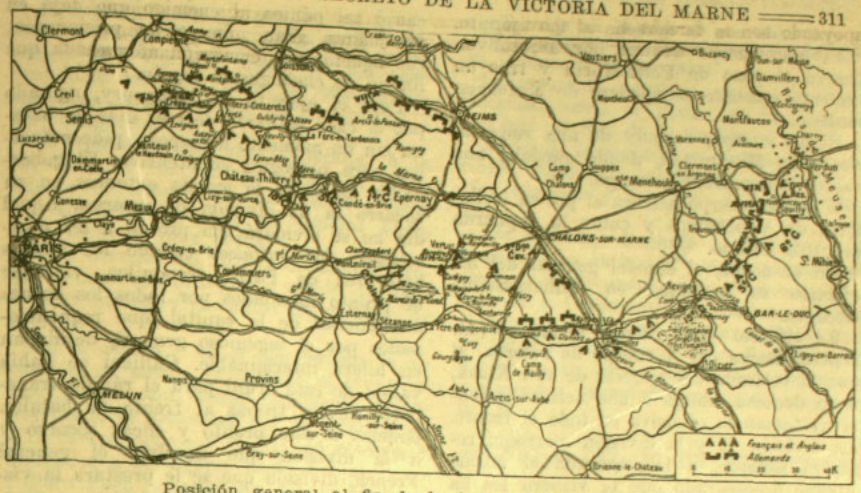
4.o ejército.—La orden general de retirada llegó al ejército de Langle de Cary precisamente cuando triunfaba en toda la línea en su ofensiva emprendida en la segunda quincena de Agosto en la región del Meuse. Doloroso era retirarse en aquellas circunstancias; por eso respetuosamente consultaba al generalísimo Joffre si no sería posible continuar en sus posiciones. Joffre respondió: No hay inconveniente en conservar sus posiciones hasta el 28 para que asegure su triunfo, y haga ver que su retirada es puramente estratégica, pero el 29, todo el mundo en retirada". Aquí se ve una vez más la firme y clarovidente voluntad del generalísimo francés en el desarrollo de su plan.

3.er ejército.—El tercer ejército tomó la ofensiva el 20 de agosto y marchó sobre Longwy y Verton; después, como todos, agregóse al movimiento de repliegue, que ejecutó a su pesar, sin cesar de acosar al enemigo, obteniendo éxitos parciales que demuestran que no se trataba de una huída, como creían los alemanes, sino de una operación de alta estrategia.

Al terminar el 6 de septiembre tenía el siguiente frente: Vassincourt, Neuville sur-Orne, Laimont, Villotte, les Merchines. Sommaisne, Deuxnouds, Saint André, Osches y Ville-sur-Coustances.

ACCION DEL 7 DE SEPTIEMBRE

6.o ejército.—Su ala izquierda ejerce



Posición general al fin de la jornada del 10 de septiembre.

enorme presión sobre el IV cuerpo de reserva alemán, que cede por fin en la tarde y se retira. A las 4 de la tarde los franceses llegan a la cima de Etavigny; pero los II y IX cuerpos activos que han logrado atravesar el Marne sin ser detenidos por los ingleses, llegan en socorro del IV; el II alemán ataca el 7.o francés y se libra uno de los encuentros más furiosos y encarnizados de toda la batalla.

Un buen día, en total, para el 6.o, que ha progresado considerablemente.

Ejército inglés. — Sigue su *movimiento* de avance y ofensiva realizando una conversión, la derecha a la vanguardia, por escalones, hacia Rebais.

5.o ejército.—En la madrugada del 7 de septiembre persigue al ejército de von Bülow, que se bate en retirada, en dirección a Montmirail. Después hace emprender la retirada también al X de reserva, y el cuerpo 3.o y el 18 *ocupa la línea* Trefols-Moutils.

La *jornada ha sido magnífica* para el ejército de Franchet d' Esperey; hubo mil prisioneros y el 10.o cuerpo tomó por sí sólo en el bosque de Gault un batallón entero al X de reserva alemán; a parte de esto hubo también un buen botín de municiones y ametralladoras.

9.o ejército.—*Al amanecer* es violentamente atacado, pero se mantiene en sus *posiciones* y no cede un palmo de terreno en todo el frente.

4.o ejército.—También para este es ruda la jornada del 7. No llegan hasta él los éxitos conseguidos en la extrema izquierda y la batalla se *desarrolla* furiosamente, ganando terreno los coloniales hacia Vauclerc y Reims-la-Brulee.

3er. ejército.—El 7 de septiembre fué para este un combate incesante con diferentes alternativas, pero sin ningún resultado decisivo.

JORNADA DEL 8 DE SEPTIEMBRE

6.o ejército.—El comando se propone atacar en este día en dirección a Etrepilly con la 45 división y destrozar al enemigo con la 61 división de reserva. La fortuna no fué propicia con los alemanes, que incesantemente contra-atacados con violencia, viéronse obligados a estar durante todo el día reforzando su derecha para librarse del movimiento envolvente que ya se iniciaba; su gruesa artillería jugó en este caso un papel importantísimo.

La ofensiva francesa continuó todo el día en dirección Varredes-Etrepilly.

Ejército británico.—Continúa el avance de la víspera, siempre convergiendo, la derecha a la vanguardia, en la dirección de Nogent-l'Artaud, teniendo por límites al Oeste el camino de Jouarre a la Ferté y al Este el camino de Rebais a Hondevilliers y Nogent-l'Artaud.

El 2.o cuerpo alcanzó a Petit-Morin y entre este y el 3.o la artillería pesada y los obuses atacan vigorosamente los puentes de la Ferté-sus-Jouarre por donde se precipita la retirada tomando caracteres de derrota.

5.o ejército.—Según la orden general, el 5.o ejército prosigue su persecución, acentuando el movimiento de su ala izquierda

y apoyando con la derecha al 9.o ejército.

El 18.o cuerpo avanza por Montolivet, fuerza el paso de Petit-Morin y tras un violento combate se apodera de Marchais-en-Brie.

El 3.o cuerpo, después de una ruda lucha gana Montmirail, donde quedaba una fuerte retaguardia enemiga.

Y el 1.er cuerpo asienta el pie en la llanura de Vauchamps y cubre la izquierda del 10.o cuerpo.

En la noche, el cuartel general del 5.o ejército se instalaba en Villiers-Saint-Georges.

9.o ejército.—Las fuerzas alemanas (excepción hecha del X cuerpo de reserva, al que la retirada del ejército de von Kluck, a su derecha, obliga a una actitud defensiva) toman la ofensiva en todo el frente. La división 42 y la división marroquí resisten siempre, a la izquierda el mismo ataque desesperado que la víspera les ha tenido sin un momento de reposo. Pero ninguna de las dos ceden un ápice; por el contrario, en la tarde la división 42, siempre apoyada por el 10.o cuerpo del vecino ejército logra, a costa de un esfuerzo prodigioso, reconquistar a Saint-Prix y rechazar al enemigo al Norte de las marismas de Saint Gond, y el enemigo era aquí el X cuerpo y una parte de la Guardia.

4.o ejército.—Comienza la jornada a la derecha por un violento empuje del XVIII cuerpo de reserva, que estaba en Sermaize y Contrisson, sobre el 2.o cuerpo francés, que aprimido en su frente por Pargny-sur-Saulx y en su ala derecha, pide ayuda al 3.er ejército.

3.er ejército.—Avanza desde temprano su 5.o cuerpo hacia Vassincourt, Laimont y Villers-aux Vents; en el centro rechaza el 6.o un ataque emprendido desde Triancourt, mientras que las dos divisiones de reserva resisten en la línea Nubecourt-Saint-André.

A las 4 de la tarde desfallece el vigor enemigo, sin duda por falta de municiones, ante el ataque de los cuerpos franceses 5.o y 6.o

Al fin de la jornada resultó que ni un palmo de terreno habían cedido los franceses.

JORNADA DEL 9 DE SEPTIEMBRE

6.o ejército.—En la noche del 8 al 9 de septiembre dió el general Gallieni, gobernador militar de París, un hermoso golpe: lanzó a los zuavos en automóvil sobre Senlis y Creil, y su repentina aparición causó tal pánico al enemigo que dejó en sus manos gran número de prisioneros; fué aquella una excursión afortunada que limpió de enemigos la región.

Pero el ejército de Maunoury, agotado por el rudo esfuerzo de tres días de batalla sin un momento de reposo, pide refuerzos para proseguir su ofensiva. El gobernador de París le manda entonces en su socorro la 62 división de reserva. Aquel día no se olvidará tan pronto a los parisienses; fué entonces cuando los anchos bulevares de París, tranquilos, viéronse de pronto inundados por todos los coches automóviles de la capital, que requisicionados por el ingenioso general, desfilaban en hilera interminable. Gallieni se había valido de este ardid para el rápido transporte de las tropas al frente de batalla. Gracias a este pronto y eficaz socorro y a la división que devolvió el general French, división que se le prestara la víspera, el 6.o ejército pudo continuar vigorosamente y sin descanso su tenaz ofensiva, poniendo en crítica situación al enemigo.

A las cinco de la tarde los aviones franceses señalaban numerosas columnas alemanas en retirada, retirada que en algunos puntos como la ribera izquierda del Ourcq ofrecía el aspecto de una verdadera derrota.

A las ocho de la noche daba von Kluck a todo su ejército la orden de retirada general inmediata.

Ejército británico.—El comandante dió orden de atravesar el Marne, la derecha en vanguardia, en dirección a Chateau Thierry, y de hacer presión hacia el Norte.

En efecto, en la madrugada pasa el río el 1.o y 2.o cuerpo en dirección a Lusancy, Saacy, Nonteuil sur Marne, Charly y Nogent-l'Artaud; pero el 3.er cuerpo queda detenido en los alrededores de Fertè-sous-Jouare, pues todos los puentes están rotos.

Los alemanes siguen en su retirada rápidamente por la región de Jaignes, Mary, Lezy sur Ourcq y Coulombs, tomando hácia el Norte en columnas apretadas.

5.o ejército.—Continúa este su ofensiva hacia el Marne, persiguiendo sin tregua a la retaguardia alemana en plena retirada. De noche, el 18 cuerpo se apoderaba de Chateau Thierry y se hace fuerte en su desembocadura Norte. El enemigo huye como empujado por una marea irresistible.

En tanto, el 1.er cuerpo llega al Nordeste de Fromentieres y el 10 se empeña en el rudo combate de las marismas de Saint-Gond.

Al caer la tarde del 9 puede ya el general Franchet de Esperey dirigir a sus tropas una vibrante orden del día celebrando la victoria "sobre los campos memorables de Montmirail, de Nauchamps y de Champaubert".

9.o ejército.—Continúa la batalla. A la izquierda el 10.o cuerpo, unido al movimiento de avance del 5.o ejército, viene a reforzar el ejército del general Foch, cuya tarea es muy ardua.

A la derecha del 10.o la división marroquí se mantiene firme en la región de Mondement haciendo prodigios de valor y de energía.

En el centro y en el ala derecha la situación es menos favorable; el 9.o y el 11.o cuerpo son desesperadamente atacados desde el amanecer por la Guardia, el XII cuerpo activo y el XII de reserva, y obligados a replegarse hasta Salon.

Pero Foch no cede. En cuanto recibe el refuerzo del 10 cuerpo da la orden de contra-atacar y el éxito favorece por fin al 9.o ejército al terminar la jornada.

4.o ejército.—A la izquierda se mantiene el 17.o cuerpo entre Meix-Tiercelin y Courdemanges, secundado a su izquierda por la 18 división del 21 cuerpo que entra en acción y que partiendo de Monts-Marains ataca en dirección de la alquería de Pimbraux y l'Ormet, a la división XXIII del XII cuerpo sajón, que está a su frente. Los sajones ceden al fin y emprenden la retirada.

Al centro se mantienen firmes el 12 cuerpo y el colonial.

El 2.o cuerpo continúa presionando contra Andernay y Sermaize.

La izquierda prosigue avanzando hácia Sompuis, hasta el límite de los bosques que hay al Sur de la región.

Al fin de la jornada se encuentran en la ribera izquierda del Marne el 21.o y el 17.o cuerpos y las dos divisiones indicadas.

3.er ejército.—Durante todo el día mantiene el 15.o cuerpo el ataque emprendido desde la madrugada contra Andernay, Mogneville y Vassincourt, en combinación con el ejército de Langle de Cary. En la tarde logra avanzar hacia Trois-Fontaines. El 5.o y 6.o se conservan en sus posiciones cañoneadas incesantemente por morteros del 21.

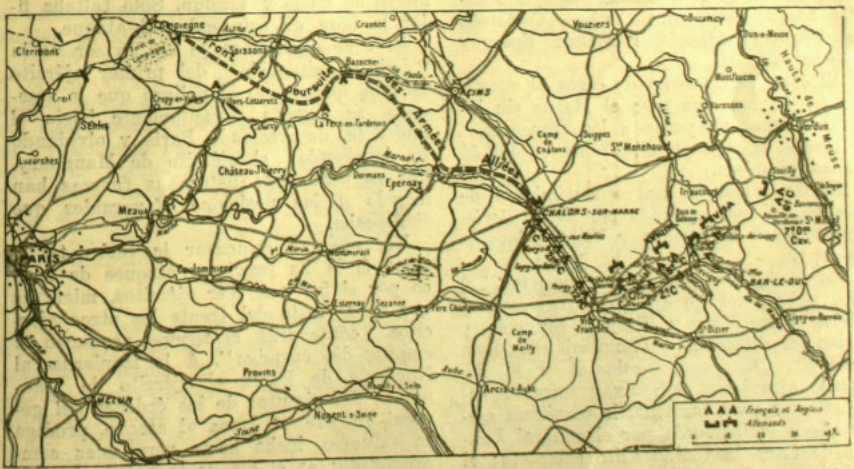
JORNADA DEL 10 DE SEPTIEMBRE

6.o ejército.—Se tiene por fin la evidencia de que los alemanes están en retirada, y cuando obedeciendo a las órdenes superiores el 6.o ejército quiere proseguir su ofensiva, se encuentra con que no hay un enemigo delante.

Desde entonces va prosiguiendo la retirada alemana y la persecución francesa hasta llegar a la línea Soissons-Ribécourt.

Ejército británico.—Lo mismo que el 6.o ejército, el ejército del mariscal French no ha hecho más que perseguir al enemigo, hasta llegar en la tarde a Neully-Saint-Front.

5.o ejército.—Continúa hacia el Norte su ofensiva victoriosa.


Clermont
Fère-en-Tardenois
Château-Thierry
Meaux
PARIS
Provins
Montereau
Nogent-s-Seine
Epernay
Dormans
Sézanne
Vitry
Camp de Mailly
Camp de Châlons
Suippes
Ste Menehould
Verdun
Bar-le-Duc
Commercy
Vaucouleurs
Toul
Nancy
Metz
Thionville
Longwy
Sedan
Rethel
Reims
Soissons
Compiègne
Pont-Sainte-Maxence
Creil
Senlis
Dammartin
Meaux
Montmirail
Arcis-s-Aube
Troyes
Bar-s-Aube
Joinville
Chaumont
Langres
Gray
Is-s-Tille
Dijon
Is-sur-Tille
Auxonne
Beaune
Nuits
Semur
Avallon
Auxerre
Tonnerre
Joigny
Sens
Montereau
Fontainebleau
Melun
Corbeil
Etampes
Dourdan
Rambouillet
Versailles
Meulan
Mantes
Evreux
Pontoise
Gisors
Beauvais
Amiens
Abbeville
Montdidier
Roye
Noyon
Chauny
La Fère
Laon
Hirson
Rocroi
Mézières
Charleville
Stenay
Montmédy
Damvillers
Etain
Conflans
Briey
Longuyon
Pont-à-Mousson
Nomeny
Metz
Thionville
Forbach
Sarreguemines
Sarrebourg
Lunéville
Nancy
Toul
Commercy
Bar-le-Duc
Ligny-en-Barrois
Vitry-le-François
Saint-Dizier
Wassy
Joinville
Chaumont
Langres
Bourbonne-les-Bains
Vesoul
Lure
Belfort
Montbéliard
Delle
Porrentruy
Saint-Hippolyte
Montbéliard
Besançon
Pontarlier
Morteau
Le Locle
La Chaux-de-Fonds
Neuchâtel
Yverdon
Orbe
Vallorbe
Ste Croix
Yverdon
Lausanne
Vevey
Montreux
Aigle
Martigny
Sion
Sierre
Brigue
Simplon
Domodossola
Arona
Novara
Vercelli
Casale
Alessandria
Tortona
Voghera
Pavia
Milano
Lodi
Cremona
Piacenza
Parma
Reggio
Modena
Bologna
Ferrara
Rovigo
Padova
Venezia
Treviso
Belluno
Cortina d'Ampezzo
Dobbiaco
Brunico
Bressanone
Vipiteno
Innsbruck
Landeck
Feldkirch
Bregenz
Lindau
Memmingen
Ulm
Stuttgart
Heilbronn
Mannheim
Karlsruhe
Rastatt
Strasbourg
Colmar
Mulhouse
Altkirch

9.o ejército.—Prosigue su avance atacando triunfal al enemigo en dirección a Sommesous y Morains-le-Petit; el enemigo cede en todos los puntos de la línea. En la tarde el general Foch establece su cuartel general en la Fére- Champenoise, punto al que los franceses llegaron pisando los talones al enemigo, y cogiendo los prisioneros a montones.

4.o ejército.—Acomete apenas despunta el día, y hace retroceder a los sajones, que se repliegan hacia el Norte. Al caer la tarde del 10, llega al Marne al Sur de Chalons.

3.er ejército.—El 15 cuerpo progresa notablemente rechazando al XVIII cuerpo de reserva alemán. El fuerte de Troyon rechaza dos ataques desesperados de los alemanes, que no logran atravesar el Meuse.

ULTIMOS MOMENTOS DE LA LUCHA

Para el 6.o ejército, el ejército británico y el 5.o ejército terminó de hecho la batalla el 10 de septiembre por la tarde; se había conseguido la victoria. Después no hacen más que perseguir al enemigo. El 13, por lo tanto, el quinto ejército llega al Norte del Aisne después de girar a su derecha, y da frente al Nordeste. El día 14, el cuerpo de caballería y el 18 cuerpo activo con un grupo de divisiones de reserva pasan a la orilla derecha del Aisne y llegan a Sissone.

El día 11, el 9.o ejército ya no encuentra delante de sí más que algunas retaguardias, y llega en su avanzada hasta la orilla del bosque Compiegne, Villers, Cotterets, la Fére-en-Tardenois, Bazoches, Epernay y Chalons.

El 4.o ejército acosa de cerca al enemigo en derrota, que pasa el Marne sin lograr detener un punto a los franceses.

Frente al 3.er ejército reina el día 11 calma completa.

El 5.o inicia un nuevo movimiento de avance y logra, apoyado por la artillería, reconquistar a Laimont y Villotte-devant-Louppy.

En la jornada del 12 los cuerpos 21.o, 17.o y 12.o del 4.o ejército, atraviesan el Marne entre Mary y Vitry le Francois, y bajan en dirección a Courtisols-Poix-Somme-Yévre. El cuerpo colonial y el 2.o cuerpo atraviesan el Saulx y marchan sobre Possesse y Charmont; la maniobra ejecutada a su izquierda por el general Langle de Cary ha tenido éxito completo; el ejército del duque Wurtenberg y los cuerpos sajones que forman la izquierda del ejército de von Haussen han sido plenamente derrotados.

El día 13 los alemanes están en plena retirada en el frente de los ejércitos 1.o y 3.o; pero este se encuentra en presencia de las trincheras establecidas en la línea Villers aux Vents, Louppy le Chateau Rembercourt-aux-Pots. Va a comenzar la guerra de asiento, esa guerra de trincheras, penosa, interminable, que continúa aún al cabo de tres años y medio, de un extremo a otro del frente.

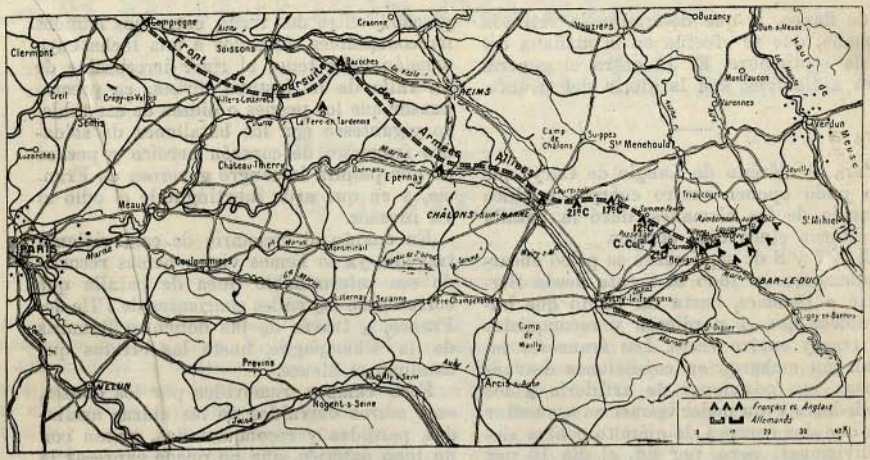
RESUMEN DE LA BATALLA

Tratemos de formarnos una idea de conjunto de esta lucha gigantesca que se desarrolla en un frente de ochenta leguas, en medio del cual los campos de batalla de antaño, Montmirail, Champaubert, Vauchamps, Mormant, la Fere. Champenoise, Sezanne, aparecen en la carta topográfica como puntos casi imperceptibles; de esta lucha, que es un duelo colosal entre cuatro millones de hombres, lo menos, en el que cada día, en uno u otro sector, un general habil o afortunado logra una ventaja, que hubiera constituído en otro tiempo una victoria decisiva; y en el que, finalmente, se hace preciso vencer veinte veces antes de poder proclamarse vencedor.

En resumen, el 25 de agosto (fecha de la orden antes citada) el general Joffre, abarcó de una sola ojeada, todo el plan estratégico que se desarrolló después exactamente: ataque decidido contra el ala del enemigo en marcha entre los puntos de apoyo de París y Verdun. Solo faltaba fijar la hora de emprender el ataque.

El 4 de septiembre su ojo avizor ve la "delicada situación" del primer ejército alemán, que, ajeno al peligro que le amenaza, se engolfa resueltamente hacia el Sud-Este, despreciando París y olvidando (o ignorando) el ejército de Maunoury. Por su parte está listo; sus fuerzas han llegado a las posiciones favorables que él deseaba.

Va, pues, a comenzar la lucha tal y como él la ha previsto: ataques de flanco por el 5.o y el 3.er ejércitos, mientras que en el resto del frente los otros ejércitos "contendrán el tiempo necesario el empuje del enemigo". A la izquierda, al Nordeste de París, el ejército de Maunoury, fiel ejecutor de las órdenes del general en jefe, se lanza al ataque, prodiga su esfuerzo, lucha hasta verse bien comprometido; es el eje de la pelea, el alma de la batalla. En el centro, la tenacidad y la ciencia táctica de los generales Es-



Las líneas francesas el 12 de septiembre

perey y Foch y una inteligente y no menos afortunada operación del general Langle de Cary, resuelven la situación en bien de los aliados.

El primer contacto con el sexto ejército francés. esos pequeños encuentros de las vanguardias entre Iverny y Monthyon, seguido de un repliegue de los franceses, sorprende en absoluto al general von Kluck, que avanza plenamente confiado, y le pone en alarma. Ha presentido el peligro. Vuélvese contra esta amenaza tan imprevista. Pero los franceses tenían ya el ascendiente y el día 6, delante de Barcy habían ganado de ocho a diez kilómetros.

El IV cuerpo alemán retrocede; el II y el IX vienen en su socorro y atacan juntos al 6.o francés en terreno difícil y sin apoyo para estos; pero el general Manoury no ceja en su profía; renueva la orden de ataque, cueste lo que cueste, y ya hemos visto el resultado: el día 10 todo el ejército de von Kluck está en derrota. La tenaz voluntad del comandante había triunfado.

Poco a poco la vigorosa ofensiva del 6.o ejército, que ha traído contra sí tres cuerpos y medio del ejército alemán, va teniendo considerable repercusión en los ejércitos vecinos.

Fué por esto por lo que el ejército inglés tuvo una tarea relativamente fácil y no tuvo que apelar a todo su esfuerzo.

De igual modo se aprovechó el ejército de Franchet d'Esperey de los efectos producidos por el ataque inopinado del 6.o ejército. Sólo tuvo que hacer frente a una resistencia de dos días, casi tres, para la cual estaba por lo demás bien organizado. El 7 empezaba la retirada del enemigo; el 8 se emprendía su persecución, pisando los talones a la retaguardia alemana; y el 9 entonaba el general d'Esperey el himno de victoria.

No sucedió otro tanto con los ejércitos de la derecha, 9.o, 4.o y 3.o. La succión de fuerzas que determinó, hacia el Oeste, el ataque de flanco del 6.o ejército, no tuvo repercusión sino hasta el ejército de Foch. Por el contrario, sobre este y sobre el ejército de Langle de Cary, su vecino de la derecha, es sobre los que se descargó todo el empuje de las fuerzas alemanas. El 9.o ejército tuvo que batirse furiosamente durante cuatro días y el 4.o ejército durante cinco.

El general Foch fué, por lo tanto, atacado desde la mañana del 6. Conservóse firme en sus posiciones los días 7 y 8, pero a costa de que sacrificios! Cuánta energía, cuánta constancia, cuánta habilidad y cuán maravillosa ciencia! La batalla asemejaba una marea. Se cedía un punto, venía el reflujo y se volvía a ganar, y así sucesivamente.

La jornada del día 9 fué la crítica y también la decisiva. Fué cuando el 11.o cuerpo tuvo que retroceder hasta Salon. Pero esta contrariedad no quebrantó el espíritu de Foch. Decide entonces que la 42 división contra-ataque por Fére Champenoi-

se de flanco, lo que determina la retirada alemana, que se efectúa en la mañana del 10 de septiembre. El 11 entra el general Foch a Chalons, con la gloria del triunfo.

Para el ejército de Langle de Cary, que sólo pudo oponer cuatro cuerpos a cinco y medio de los alemanes, duró la batalla del Marne cinco días enteros.

El 6, 7 y 8 de septiembre se peleó encarnizadamente en todo el frente desde Sermaize a Blesmes, hasta tal punto que hubo aldeas que se perdieron y reconquistaron tres y cuatro veces. Los franceses estaban sin embargo en condiciones desventajosas, sin posiciones de artillería a los alrededores y sin poder oponer en ese sector más que dos cuerpos de ejército contra siete divisiones; pero, por fin, el día 10 por una maniobra análoga a la del general Foch y cumpliendo con una exactitud matemática las órdenes del gran cuartel general, el general Langle de Cary precipita la decisión de la batalla, arremete con todo el empuje contra la derecha enemiga y esta cede y se retira; los franceses avanzan después casi sin combatir.

En cuanto al ejército de Sarrail, menos afortunado, no ha podido progresar mucho; ni el valor ni la ciencia militar faltaron; fueron las circunstancias, la fatalidad. No pudo como el 6.o ejército aprovecharse de una sorpresa; el enemigo era invulnerable en todos los puntos. Pero librando del cerco a Verdun, y manteniendo la comunicación de las tropas francesas a través de la región que defendía, hizo más que suficiente y cumplió como bueno. Así lo demuestran los 7,000 cadáveres alemanes que cubrieron los campos de Triancourt después de una soberbia arremetida.

Ante el relato de estos hechos, pensará alguno tal vez que se trata sólo de una maniobra puramente objetiva en que las "unidades tácticas" maniobran en manos del general en jefe, como los peones en un tablero de ajedrez. Para darse cuenta de la belleza, de la grandeza, de la magnificencia de este furioso apretón, de ese choque implacable entre dos razas, entre dos mundos irreconciliables, forzados a una lucha cuya sanción debe tener el rigor irrecusable de un fallo de la justicia divina, es preciso pensar que los peones o piezas de ese tablero gigantesco son los batallones de soldados franceses de corazón heroíco y pechos en que palpita la sangre generosa de Francia, y en que arde inextinguible el odio al vil invasor.

En cuanto al escenario de esta violenta tragedia ya lo hemos visto; hemos recorrido esa interminable línea de batalla que corre desde los valles sonrientes de l'Ile-de-France, a través de las dolientes llanuras de la Champagne, hasta las crestas que dominan el Meuse.

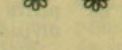
Esos campos removidos por los obuses, esos muros derruidos de las aldeas asaltadas, perdidas y reconquistadas, gritan con un tono patético, que no puede expresar la palabra, lo sangriento, feroz y desesperado que fué ese duelo de una y otra parte.

Por un lado, un ejército formidable, y formidablemente preparado, una máquina de guerra inaudita, paradojal, monstruosa, cuyo poder es desconcertante, que se lanza adelante como una tromba furiosa a la que ningún obstáculo podrá, al parecer, resistir, arrasando en marcha triunfal, en pocas horas, ciudades y fortalezas, multiplicado aún su poder infernal por el éxito recien obtenido, por la certidumbre que le anima de vencer con facilidad y rapidez.

Frente a este, otro ejército, pleno de coraje, derrochado desde el comienzo de la ofensiva, y que después de pasajeros éxitos parciales, se bate en retirada ante la enorme masa que lo acosa; retrocede combatiendo, sin embargo, hace frente enseguida, y en 14 días, interrumpiendo de cuando en cuando sus fatigosas marchas, libra diez batallas.

Y en el momento en que sus persiguidores los creen en derrota, este ejército impulsado por una orden imperiosa de un espíritu fuerte y previsor, emprende la más vigorosa ofensiva que jamás ha registrado la historia y vence a costa del más glorioso esfuerzo, porque lo sostiene una fe ardiente en los destinos de su Patria y una ansia infinita de liberación.

Esta fe, esta ansia, esta suprema exaltación del alma francesa consciente de su sublime misión y orgullosa de su glorioso pasado, fueron las que operaron el **milagro** del Marne.



Los primeros hombres en la luna

Por

H. J. WELLS

(CONTINUACION)

Pero el aspecto de las cosas había cambiado muy notablemente. No pude dudar un momento de las extraordinarias aplicaciones que podrían darse a la cavorita; mas empezaba a experimentar algunos temores por lo que se refería a sus usos para el transporte de la artillería y para la construcción de botas privilegiadas con las cuales se pudiera andar sin fatigarse.

En definitiva: los dos quedamos perfectamente convencidos; la gente creyó que el desastre había sido obra de los elementos; nadie nos molestó, y muchos nos compadecieron.

Pusímonos inmediatamente a la obra de reconstruir su laboratorio y de continuar nuestros experimentos.

Las explicaciones de Cavor iban siendo cada vez más claras, o por lo menos más al alcance de mi inteligencia, sobre todo cuando se trató la cuestión de cómo habíamos de fabricar nuevamente la cavorita.

—Porque, naturalmente, es necesario que la fabriquemos—me dijo con una alegría y animación que yo no creía encontrar en él.—Es necesario que la fabriquemos; pero, en adelante, reduciremos a su mas mínima expresión la parte teórica, y evitaremos, si es posible, perjuicios a nuestro pobre planeta. Pero hay que afrontar los riesgos; en los trabajos experimentales siempre los hay, y en esto, en calidad de hombre práctico, es cuando entra usted en funciones.... Por mi parte—continuó, —me parece que debíamos obtener la cavorita en hojas muy delgadas y dispuestas verticalmente; en fin, sobre esto no me he decidido todavía. Tengo una idea vaga de otro procedimiento, que me sería imposible explicar aún. Es curioso, pero la idea se me ocurrió cuando rodaba por el barro la tarde del desastre... En fin aún no he resuelto cuál será el procedimiento mejor.

A pesar de toda mi buena voluntad, encontramos grandes obstáculos en nuestros trabajos; pero, sin embargo, conseguimos reedificar el laboratorio. Todo esto nos dió bastante tiempo antes de tomar una decisión sobre el método y forma precisa de llevar a cabo la segunda fabricación de la cavorita. La única dificultad sería con que tropezamos fué la resistencia de los tres ayudantes de Cavor, que se oponían decididamente a mi ingerencia como contramaestre; pero conseguimos resolver también este contratiempo, después de dos o tres días de conferencias.

CAPITULO III

La construcción de la esfera

Me acuerdo perfectamente en qué ocasión me habló Cavor de su idea de construir la cavorita formando esfera. Había pensado mucho tiempo sobre el asunto; pero, esta vez, el proyecto entero acerca de la construcción esférica parece que se le ocurrió de repente.

Nos dirigíamos hacia mi casa una tarde, cuando en el camino se detuvo, y gritó bruscamente:

—¡Ya está! ¡Esto es! ¡Esto lo limita! Una especie de cortina que se corra y descorra a cilindro...

—Limita, ¿él qué?—le pregunté.

—El espacio... Por donde se quiera.

—Pero, ¿qué quiere usted decir?

—¡Que tiene que ser una esfera! Esto es lo que quiero decir.

Me ví obligado a confesar que no entendía una palabra de cuanto me hablaba, y dejé por un instante que corriera su fantasía, seguro de que no tenía entonces la menor idea de lo que Cavor estaba meditando. Pero después que tomamos el té me hizo algunas aclaraciones.

—Mire usted—me dijo.—La cosa es esta. La última vez que he preparado esa materia que substrae los objetos a la acción de la gravitación, la fundí en un recep-

táculo plano, de muy poco fondo y provisto de una sencilla tapadera. Así que el enfriamiento vino y la cavorita adquirió su opacidad para la gravitación, ocurrió todo aquel desastre. Todo lo que se hallaba en sentido vertical sobre la substancia, no pesaba. La columna de aire sobre la hoja de cavorita ascendió a las alturas, la atmósfera ambiente se precipitó a ocupar el espacio vacío y se elevó también, y lo mismo aconteció con los objetos próximos y todo cuanto pudo moverse arrastrado por la succión que allí se verificaba. Si la plancha de cavorita no se hubiera elevado también, no sabemos hasta dónde hubieran llegado las cosas. Pero suponga usted que la substancia sea flotante y completamente libre para elevarse, ¿qué sucederá entonces?

—Pues que ella se elevaría en seguida.

—Exactamente, sin más trastorno que si se disparara un cañonazo.

—Pero ¿para qué serviría eso?

—Yo me iría también con la substancia —me contestó Cavor.

Al oír esto, dejé mi taza de té sobre la mesa y me quedé mirando a mi amigo.

Este continuó:

—¡Escuche usted! Imagínese una esfera hueca y bastante capaz para contener dos personas y su equipaje. Esta esfera debe hacerse de acero y revestida interiormente de vidrio muy grueso; ha de contener además, un depósito suficiente de aire solidificado, alimentos concentrados, agua potable, un aparato para destilar, etc., etc. Sobre el revestimiento exterior de acero, esta esfera puede ir esmaltada, llamémosla, así, con...

—¿Con cavorita?

—Exactamente.

—Pero ¿de qué manera se entra en la esfera?

—¡Ah! Eso es muy fácil. Basta una abertura neumática. Naturalmente, ha de ser algo complicada, porque ha de llevar una válvula que permita, en caso necesario, arrojar al exterior substancias que nos perjudiquen o molesten, y para que en la operación no haya gran pérdida de aire.

—¿Como en el proyectil que imaginó Julio Verne en sus viajes **De la tierra a la luna**?

Pero Cavor a esto último no me contestó. Sin duda no era aficionado a la lectura de ficciones.

Yo entonces continué:

—Comienzo a comprender. Entra usted en la esfera y la cierra antes que la cavorita se haya concluído de enfriar, y cuando el enfriamiento venga, se hace impenetrable a la acción de la gravedad, deja de pesar y sale usted disparado.

—Sí, señor; por la tangente.

—Marchará usted en línea recta.

Al decir esto me detuve bruscamente, y después, viendo que Cavor no me contestaba, insistí.

—¿Qué impediría a la esfera marchar en línea recta y eternamente por el espacio? Sería una casualidad que tocase usted en algún sitio, y en todo caso, ¿cómo podría usted volver a la tierra?

—Eso es lo que ya he pensado—me contestó entonces Cavor—. Y a eso quería referirme cuando he gritado que el asunto estaba resuelto. La esfera interior de vidrio será impenetrable al aire y, excepto por la abertura neumática, será contínua; la esfera de acero puede abrirse por secciones, cada una de las cuales se arrollará sobre una armadura a modo de las cortinas o transparentes, que se corren y descorren a cilindro. Estas cortinas, de acero barnizado de cavorita, se pueden hacer funcionar fácilmente por medio de resortes y correrlas y descorrerlas por medio de una corriente eléctrica transmitida por hilos de platino que atraviesen la masa del vidrio, para lo cual se colocarán cuando la pasta vítrea esté todavía en fusión. Todo esto no es más que cuestión de detalle; pero usted comprende que, aparte del espesor de esos cilindros, el exterior de la esfera barnizada de cavorita consistirá en ventanas provistas de esas cortinas.

Ahora bien, cuando esas cortinas están cerradas o corridas, ni el calor, ni la luz, ni la gravitación, ni energía radiante de ninguna clase podrán penetrar en el interior de la esfera. Esta entonces marchará a través del espacio en línea recta, como ha dicho usted; pero, ¡arrollamos una de las cortinas! Entonces todos los cuerpos pesados que se hallen en aquella dirección, ejercerán su acción atractiva sobre la esfera y nos atraerán.

Yo había seguido con gran atención cuanto Cavor venía diciendo y empezaba a comprenderle. Al notar mi cambio de expresión y el interés que mostré ante sus últimas palabras, se detuvo también en su explicación y me dijo:

—¿Va usted comprendiendo?

—Me parece que sí.

—Es muy fácil. En realidad, nos será posible virar y dirigirnos en el espacio a nuestro capricho haciendo que unas veces seamos atraídos en una dirección, otras en otra.

—Sí; eso está bastante claro, pero...

—¿Pero qué?

—Que no veo para qué serviría eso. Como no quiera usted dar un salto para salir de este mundo y después volver a caer en él!

—Exactamente, dar un salto y marchar, por ejemplo, a la Luna.

—Y aun cuando así fuera, ¿qué encontraría usted allí?

—¡Ah! Eso ya lo veríamos. Imagine usted cuántos descubrimientos, cuántas ideas nuevas.

—¿Se encontraría allí aire?

—Es posible.

—Es una idea magnífica—le dije—. Sería una empresa muy famosa ir a la Luna; pero me parece que sería mejor arriesgarse antes en expediciones de menor cuantía.

—No sé que se pueda imaginar una excursión más sencilla.

—¿Por qué no aplica usted esa idea de las cortinas de resorte, esas placas de cavorita en sólidas armaduras de acero, para levantar grandes pesos?

—Creo que no lograría nada—afirmó Cavor—. Después de todo, vuelvo a mi tema. Caminar por el espacio fuera de la atmósfera terrestre, no creo que sea peor ni más expuesto que una expedición polar, y, sin embargo, hay muchas gentes que practican esas expediciones.

—Pero no las gentes prácticas—le contesté—. Además, se les paga por ello, y si la expedición no marcha bien, o no hay noticias de ella, se envían otras de socorro; pero aquí, sencillamente, lanzarse fuera del mundo, ¡para nada!

—Para hacer descubrimientos.

—Algún nombre había usted de dar a sus temerarios proyectos. También podría usted escribir un libro, si encontrase ocasión de publicarlo.

—Lo que sí encontraría, seguramente, serían minerales.

—Minerales. ¿de qué clase?

—¡Oh! ¡Qué se yo! Azufre, muchos metales, oro, acaso; ¡quien sabe si nuevos elementos químicos!

—Que serían muy baratos con los gastos de transporte. Bien se ve que no es usted un hombre práctico, Cavor. La Luna está a más de 200.000 millas de nosotros...

—Me parece que no costaría gran cosa transportar pesos, cualesquiera que fuesen, encerrados en un embalaje de cavorita.

—¡Es verdad! ¡No había pensado en eso! Mercancías entregadas libres de gastos en la mano del comprador. ¿No es eso?

—Además, no habíamos de limitarnos exclusivamente a la Luna.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que tenemos también a Marte, con una atmósfera clara, con panoramas nuevos, con una sensación placentera de ligereza... También sería muy agradable ir allí.

—¿Y hay aire en Marte?

—¡Oh! Sí, ciertamente.

—Cualquiera que le escuchase a usted creería que no es más difícil llegar a ese planeta que dirigirse a un sanatorio. Y a propósito. ¿Cuanto dista Marte de aquí?

—Unos doscientos millones de millas, actualmente—dijo Cavor.—Y se pasa muy cerca del Sol.

A todo esto, mi imaginación empezaba a trabajar ante todas estas ideas, tan nuevas para mí.

—Después de todo—me dije—, hay algo en todo esto, aunque no fuese más que el viaje.

Y, en efecto, un extraordinario panorama se presentó de súbito ante mi mente. Ví, como una visión, el sistema solar entero recorrido por proyectiles "a la cavorita" y por convoyes de "esferas de lujo". Derecho de propiedad interplaneta-

—Solo, examiné fríamente el asunto...

ria para la compra y venta de productos en favor de nuestra Compañía.

Pensé en el antiguo monopolio de oro en América; y que no se trataba de este producto o del otro, sino de todos ellos.

Observé entonces la rubicunda faz de Cavor, y mi imaginación se desbordó. Me levanté del asiento, y empecé a pasearme por la estancia, presa del mayor entusiasmo.

—Comienzo a ver claro, amigo mío. Comienzo a ver claro todo el asunto en toda su grandeza— exclamé.

La transición de la duda a la convicción fué instantánea.

—¡Es extraordinario, es enorme, es inmenso; jamás hubiera soñado en una cosa parecida!—continué, sin dejar de pasearme por la estancia.

Una vez que mi oposición a los proyectos de Mr. Cavor hubo desaparecido, la sobreexcitación de mi amigo, contenida hasta entonces, se manifestó en toda libertad.

Levantóse él también de su asiento y se puso a pasear por la habitación, gesticulando y hablando con el mayor entusiasmo. Nos conducíamos como hombres iluminados, y en realidad éramos hombres iluminados.

—Ya arreglaremos todo eso—me dijo en contestación a algunas dificultades que me habían detenido y que le indiqué.

—Comenzaremos los dibujos para la fundición esta noche.

—Los vamos a comenzar ahora mismo—le respondí yo.

Y nos dirigimos con toda prisa al laboratorio para poner manos a la obra.

Toda aquella noche estuve como un niño en el país de las Hadas. El alba nos encontró a ambos completamente absortos en nuestras tareas, hasta el punto de que mantuvimos la luz eléctrica encendida hasta muy entrado el día y sin fijarnos en este detalle.

Me acuerdo exactamente del aspecto de los dibujos. Yo sombreaba e iluminaba, y Cavor dibujaba. A pesar de la prisa con que habían sido hechos los dibujos, eran maravillosamente correctos.

Pudimos así, después de aquella noche de trabajo, encargar las armaduras y cortinas de acero que necesitábamos. La esfera de vidrio fué dibujada también en menos de una semana. Suspendimos nuestras conversaciones y paseos de por las tardes; trabajábamos sin descanso, y sólo dormíamos y comíamos cuando el hambre y la fatiga nos impedían continuar.

Nuestro entusiasmo y actividad se comunicó a los tres ayudantes, aun cuando éstos no tenían ni la menor idea acerca del objeto a que se dedicaba la esfera. El mismo Gibbs perdió su costumbre de andar con mucha cachaza, y se le veía correr en todos sentidos, con el aire de un hombre extremadamente ocupado.

La construcción de la esfera iba, de este modo, avanzando rápidamente.

Pasaron los meses de diciembre y enero. Recuerdo que empleé un día entero, armado de una escoba, en hacer un sendero a través de la nieve entre mi pabellón y el laboratorio.

Febrero y marzo también pasaron. Hacia el fin de este último mes se veía ya la terminación del trabajo.

En enero, un furgón llegó cargado con una inmensa caja. Teníamos, pues, nuestra esfera de vidrio grueso completamente dispuesta y en posición bajo la grúa que habíamos montado para instalarla dentro de su revestimiento de acero. Todas las barras y las cortinas de la armazón llegaron en febrero, y la parte inferior quedó montada en seguida.

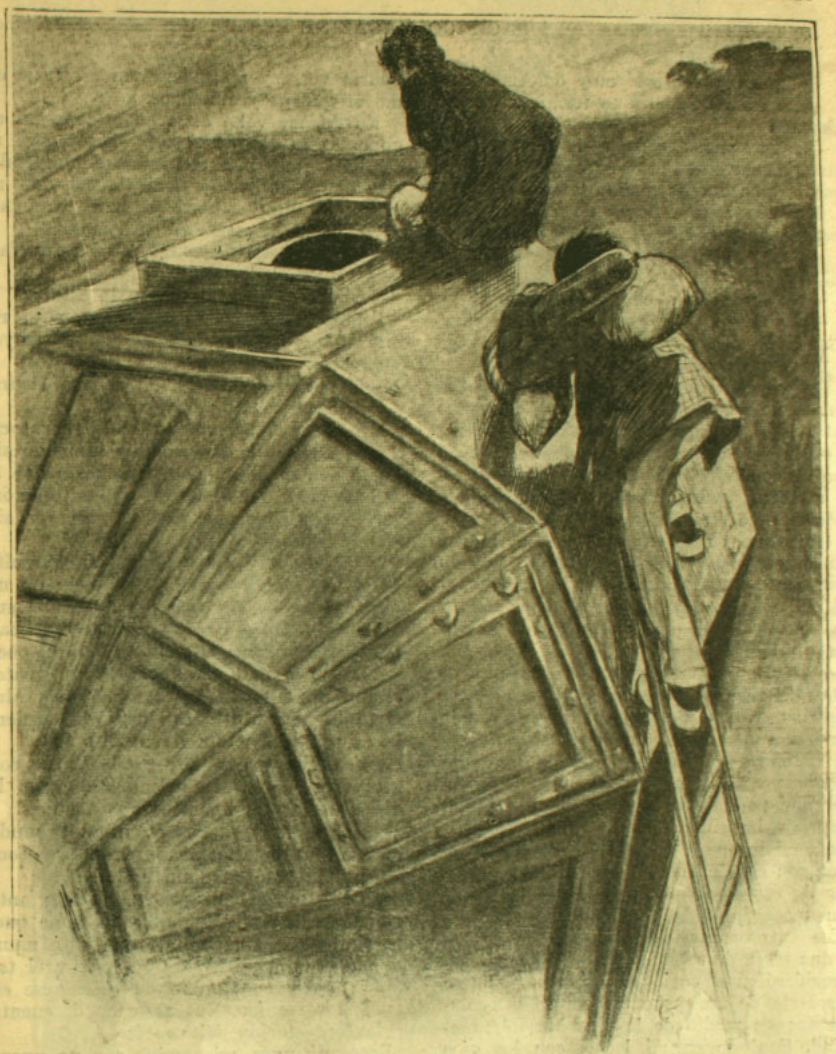
En rigor, no era una esfera lo que fabricábamos, sino una capacidad poliédrica, provista de una cortina de muelle para cada faceta.

La fabricación de la cubierta quedó casi terminada al concluir el mes de marzo; la parte metálica había pasado ya por diferentes estados, y las barras y las cortinas de acero estaban ya recubiertas en parte con la pasta que, al enfriarse, había de constituir la cavorita.

Era sorprendente ver cuánto nos ajustábamos en la práctica a las líneas de la primera inspiración de Cavor.

Cuando terminó por completo el montaje de la esfera, propuso mi amigo desmontar el tejado del laboratorio en que trabajábamos y construir un horno. De esta manera, la primera fase de la fabricación de la cavorita, en la cual la pasta se mantiene caliente hasta el rojo sombra en una corriente de helium, se efectuaría cuando la pasta estuviese ya aplicada sobre el poliedro.

Ya entonces tuvimos que discutir y determinar qué provisiones debíamos disponer, a saber: alimentos comprimidos, esencias concentradas, frascos cilíndricos de acero conteniendo oxígeno, un aparato para eliminar el ácido carbónico y restituir al aire su oxígeno por medio del peróxido de sodio, destiladores para agua y otra porción de instrumentos apropiados. Me acuerdo perfectamente del montón que hacían cajas, paquetes, latas; todo ello un



Estaba sentado al borde de la entrada de la esfera y una de mis piernas colgaba en el interior.

conjunto de cosas muy útiles y prácticas.

Fué aquel un período de sobreexcitación nerviosa y de actividad constante, que nos dejaba poco tiempo para meditaciones y para dejar vagar el pensamiento. Pero un día, cuando ya nos aproximábamos al fin, me sentí en un estado de ánimo sumamente extraño. Toda la mañana había estado ocupado en la construcción de los muros de ladrillo para el horno, y llegó un momento en que me sentí absolutamente muerto de fatiga por el trabajo contínuo. Me pareció entonces que todo lo que hacíamos era absolutamente aburrido e inútil, un trabajo perfectamente imbécil.

—Pero, dígame usted, Cavor: en realidad, ¿para qué hacemos todo esto?—exclamé.

Se sonrió y contestó muy dulcemente:

—La cuestión ahora es terminar y marcharnos.

—A la Luna, ¿verdad?—le contesté, con aire pensativo—. Pero ¿para qué? Yo creía que la luna era un mundo muerto.

Mr. Cavor se encogió de hombros. Insistí.

—Pero ¿qué espera usted encontrar allí?

—Ya lo veremos cuando lleguemos.

—¿De suerte que está decidido el marcharnos?—dije, lanzando una mirada vaga y sin expresión.

—Está usted muy fatigado—observó Cavor—. Lo que le conviene es dar un paseo esta tarde, en lugar de trabajar.

—No—le contesté con obstinación—; quiero concluir esta obra de ladrillo.

Y seguí trabajando, preparándome de esta manera una noche de insomnio.

Creo que nunca he sufrido una noche tan angustiosa como aquella. He pasado muy malos ratos antes de la catástrofe final de mis negocios; pero la peor de todas mis veladas podía compararse a una dulce soñolencia al lado del dolorosísimo insomnio a que me refiero. Sin poder conciliar el sueño ni la tranquilidad de mi espíritu, me ví de repente invadido por un terror de que no puedo dar idea. Hasta entonces no había pensado, o, por lo menos, no me acuerdo de ello, en los riesgos que podíamos correr en la fantástica empresa imaginada por Cavor. Pero durante mi insomnio todos los riesgos se presentaron ante mi mente como aquellas bandas de espectros que, tiempos atrás, cuentan que sitiaron la ciudad de Praga.

Lo extraordinario de nuestra aventura, lo que tenía de sobrenatural, me abrumaba. Considerábame como un hombre que se despierta de un sueño placentero y se encuentra en medio de la más horrible realidad. Sentado en mi lecho, con los ojos intensamente abiertos, me parecía ver la esfera cada vez más confusa y más vaga, y a Cavor más irreal y más fantástico, y, en fin, toda la empresa más y más absurda. Me tiré de la cama y me puse a pasear por mi cuarto; después me senté cerca de la ventana y me puse a contemplar la inmensidad del espacio. Ví allá en la obscuridad brillar las estrellas; pero entre unos y otros astros estaba el vacío inmenso, se encontraban las tinieblas insondables. Traté de recordar los conocimientos fragmentarios de astronomía adquiridos en mis lecturas irregulares; pero aquellos conocimientos eran sumamente vagos e imperfectos para darme una idea de lo que podría verse y aprenderse en un viaje como el que proyectábamos.

En fin, me volví al lecho, y conseguí algunos instantes de reposo físico, pero no cerebral, pues aún continuaron afligiéndome las pesadillas, y me pareció que mi cuerpo se desplomaba, y caía, caía sin cesar, en los abismos de los cielos.

A la hora del desayuno, dejé estupefacto a Cavor al decirle:

—Yo no voy con usted en la esfera.

Protestó de mi determinación, pero refuté todos sus argumentos con la mayor pertinacia.

—Es una locura—dije—; es una locura, y no quiero tomar parte en ella.

Me negué a acompañarle al laboratorio y pasé algún tiempo yendo y viniendo sin objeto dentro de mi pabellón, hasta que al fin, tomando mi sombrero y mi bastón, salí al campo y me puse a caminar sin saber a dónde.

Por casualidad, la mañana era magnífica, la brisa suave y tibia, el cielo de un magnífico azul; la primavera mostraba sus primeros verdores y los pájaros cantaban alegres por todas partes. Almorcé un poco de carne con pan y cerveza en un ventorrillo de Elham, y me acuerdo que, aludiendo al magnífico tiempo, dije lo siguiente al dueño del ventorrillo:

—Un hombre que deja este mundo con tiempo tan hermoso, es un loco. ¿No le parece a usted?

—Eso es lo que yo he pensado cuando me lo han dicho esta mañana—me contestó sencillamente el ventero.

Me quedé como quien ve visiones ante esta contestación; pero después, supe que, por lo menos, para un infeliz, este mundo se había mostrado muy cruel, y el tal había tomado el partido de suicidarse en aquellas cercanías. Entonces me dí cuenta de la contestación del ventero.

Proseguí, pues, mi camino con un nuevo alimento para mi mente.

Por la tarde, tendido al sol y sobre la hierba, disfruté de algunas horas de sueño tranquilo y reparador, con lo cual, cuando me desperté, halléme más animado y en mucha mejor disposición de cuerpo y de espíritu.

Continuando mi caminata llegué a una posada de muy buen aspecto, en las cercanías de Canterbury. La fachada principal estaba adornada con enredaderas y otras plantas trepadoras, y la posadera era una anciana muy limpia, cuya facha me agradó.

Por casualidad hallé que llevaba en el bolsillo dinero bastante para pagar mi

—Hube de cerrar los ojos a causa de la esplendente luz de la luna...

alojamiento aquella noche, y decidí pasarla en aquel albergue. La patrona resultó muy locuaz y me habló de muchas cosas, entre ellas de que nunca había ido a Londres, a pesar de estar muy cerca.

—Lo más lejos que he llegado ha sido a Canterbury—dijo.—Yo no soy de esas gentes que no se pueden estar tranquilas en un sitio.

—¿Qué tal le parecería a usted un viaje a la Luna?—le pregunté.

—No me entusiasman las expediciones

en globo—me contestó, juzgando evidentemente que se trataba de una excursión fácil y frecuente—. No subiría en uno de ellos por nada del mundo.

Esta manera de ver la cuestión me pareció muy cómica, y creo que contribuyó a tranquilizar y fortalecer mi espíritu.

Después de comer me senté en un banco a la puerta de la posada y estuve hablando largo tiempo con dos obreros acerca de la fabricación de ladrillos, de automóviles y de las partidas más notables de cricket celebradas el año anterior. En el cielo se dibujó un cuarto de luna, vago y plateado, débilmente perceptible por el contraste con los últimos resplandores del crepúsculo vespertino. Su vista me produjo una impresión extraña.

Pasé una noche tranquila, y al día siguiente, ya en casa, volví al laboratorio, donde encontré a Cavor atareado, como siempre.

—Estoy decidido—le dije—; acompaño a usted en la expedición. Ayer estuve nervioso, excitado y no sabía lo que decía. Pero ya pasó.

Cavor me dió la mano sonriendo y no me contestó.

Esta fué la única vez que experimenté dudas y serios temores positivos acerca de nuestra empresa. Puramente cuestión de nervios. Desde entonces trabajé con un poco más de método, y cada día dedicaba una hora a pasear al aire libre.

Por fin, salvo el caldeo del horno, todos los demás trabajos quedaron terminados.

CAPITULO IV

Dentro de la esfera

—¡Vamos, pues,—dije un día, sentado en el borde de la entrada de la esfera y mirando al interior obscuro de ésta.

Estábamos los dos, Cavor y yo, completamente solos; era por la tarde, el sol se había ya puesto, y la tranquilidad del crepúsculo parecía envolver todas las cosas.

Introduje las piernas por la abertura, y dejándome resbalar por la superficie del vidrio llegué hasta el fondo de la bola. Entonces me puse en pie y fuí tomando paquetes de vituallas y demás impedimenta que desde fuera iba alargándome Cavor, asomándose a la boca de la esfera. El interior de aquel recinto estaba aún tibio; el termómetro, allí dentro, indicaba 80 grados Fahrenheit; de suerte que, como si estuviésemos en verano, nos habíamos vestido con trajes de franela y zapatos de lona. Procuramos, sin embargo, almacenar vestidos de paño y algunas mantas para prevenirnos contra cualquier contingencia. Siguiendo las instrucciones de Cavor, coloqué los paquetes, los cilindros de oxígeno y demás objetos, unos al lado de otros, sin sujeción alguna, y en pocos momentos todo quedó instalado. Cavor continuó por algún tiempo andando de un lado a otro en el taller, cuyo techo habíamos desmontado, y tratando de ver si se nos olvidaba alguna cosa. Por fin apareció en la boca de la esfera, trayendo una cosa en la mano.

—¿Qué trae usted ahí?—le pregunté.

—¿Ha traído usted algo para leer?—exclamó, entrando en la bola.

—¡Por vida de!... No he traído nada. No se me ha ocurrido.

—Se me olvidó advertírselo a usted, porque no sabemos lo que podrá suceder... El viaje puede ser largo; acaso semanas enteras.

—Pero...

—...Y estaremos flotando en el espacio, dentro de esta esfera y sin ocupación ninguna.

—¡Si lo hubiera sabido!—dije.

Cavor se asomó entonces a la abertura y comenzó a mirar en todos sentidos.

—¡Mire usted, mire usted!—me dijo.—Algo hay allí—exclamó, señalándome en cierta dirección.

—¿Tenemos todavía tiempo?—le pregunté.

—Podemos disponer todavía de una hora, hasta que la esfera se enfríe lo necesario—me contestó.

Miré entonces en la dirección que había señalado, y ví un número antiguo del Tit-Bits, que, indudablemente, alguno de nuestros ayudantes había dejado allí olvidado. Buscando más, encontré más lejos, en un rincón, una cuantas hojas de "Lloyd's News". Con ambas cosas volví a la esfera y me acomodé de nuevo en su interior.

—¿Y usted qué ha traído para leer, Mr. Cavor?—le pregunté, al ver que tenía un libro en la mano.

Por toda respuesta, me alargó el volumen y leí: "Obras de William Shakespeare". Mi amigo se sonrojó ligeramente, y como excusándose de haber elegido aquella lectura, me dijo:

—Mi educación ha sido puramente científica; de modo que ahora aprovecho la ocasión...

—Pero, ¿no había usted leído nunca a Shakespeare?

—Nunca.

—Pues gozará usted en su lectura. Shakespeare conocía algo del mundo y de los

hombres, aunque de un modo poco sistemático.

—Eso es lo que me han dicho—contestó Cavor.

Ayudé después a mi amigo a atornillar desde dentro el obturador de vidrio de la abertura; después comprimió un botón para cerrar la cortina correspondiente a la faceta exterior formada por dicha abertura, y de esta manera la poca luz crepuscular que penetraba dentro de la bola desapareció por completo. Quedamos, pues, sumidos en la obscuridad más profunda.

Por algún tiempo ninguno de los dos hablamos palabra. Aunque nuestra prisión no era en absoluto impermeable al sonido, todo estaba en el silencio más completo.

Pensé entonces que, siendo lisas las paredes del interior de la esfera, no teníamos nada adonde agarrarnos en el momento del choque brusco que marcaría nuestra partida, y además noté que estaríamos también muy incómodos por falta de asientos.

—¿Por qué no hemos traído sillas o almohadones?—pregunté.

—No necesitamos nada de eso—contestó Cavor.

—¿Y por qué—insistí.

—Ya verá usted—me contestó en el tono de un hombre que no quiere hablar más del asunto.

Guardé silencio.

De repente ví perfectamente claro que había sido un imbécil en acompañar a Cavor dentro de la bola. ¿Sería ya demasiado tarde para escapar? El mundo fuera de aquel recinto sería para mí frío, duro, inhospitalario. Esto ya lo sabía. Mis recursos se habían concluído por completo; hacía ya algunas semanas que vivía a expensas de Cavor; pero, después de todo, ¿sería tan frío como el cero infinito y tan inhospitalario como los espacios vacíos? Si no hubiera sido por el temor de aparecer cobarde, creo que hubiese obligado a Cavor a que me dejase salir.

Pero vacilé, dudé, luché conmigo mismo, y en todo esto el tiempo fué pasando. Noté entonces una ligerísima sacudida, casi imperceptible, un ruido largo semejante al del tapón de una botella de champaña que se hubiese descorchado en una habitación inmediata, y en seguida una especie de silbido muy débil, que se apagó al poco rato. Por un instante experimenté la sensación de una tensión enorme, y una convicción pasajera de que mis pies comprimían el fondo de la bola con una fuerza de innumerables toneladas. Todo esto fué rapidísimo, una fracción de tiempo verdaderamente infinitesimal; pero fué suficiente, sin embargo, para decidirme:

—Cavor—dije en medio de la obscuridad más completa,—estoy excitadísimo, yo no creo...

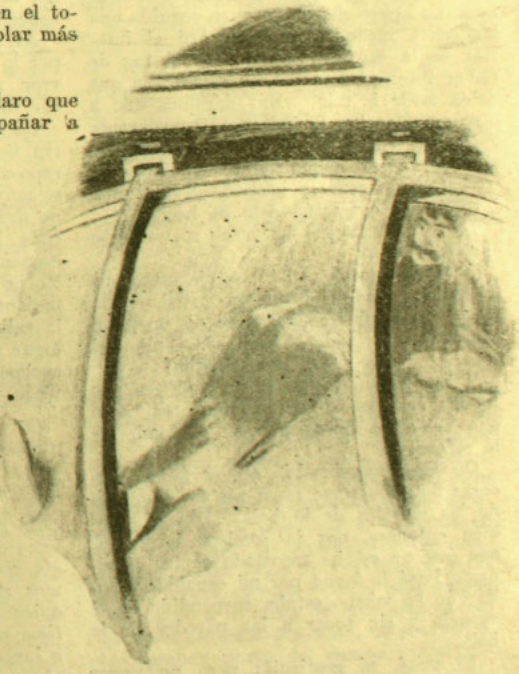
Detúveme un momento buscando exactamente las palabras que convenían a mi pensamiento.

Cavor no me contestó.

—¡Vive Dios!—grité—. Soy un loco; soy un imbécil. ¿Qué diablos hago yo aquí dentro? ¡Estoy resuelto, Cavor! Yo no voy. Esta es una aventura demasiado arriesgada. ¡Déjeme salir!

—No puede usted—me contestó entonces.

—¿Que no puedo? ¡Ya lo verá usted!



...Miré hacia abajo...

Por diez o doce segundos guardó silencio, pero al cabo de ese tiempo me contestó.

—Es ya tarde para discutir sobre eso, Bedford. La ligera sacudida que habrá usted notado y el silbido simultáneo han marcado el momento de nuestro partida. Ahora vamos ya volando por el espacio con más rapidez que una bala de cañón.

—¡Eh!—exclamé, y me quedé extático. Después de aquello, ya no me importaba nada de lo que pudiera suceder.

Por algún tiempo estuve como aturdido. No se me ocurrió nada que decir. Me pareció así como si no hubiera oído hablar nunca de la idea de salir de la tierra. Luego percibí un cambio inexplicable en mis sensaciones corporales. Era una impresión de ligereza, de no ser. Al mismo tiempo que esto, sentía en la cabeza un efecto apoplético, y muy pronunciados los latidos de los vasos arteriales en las regiones parietal y temporal. Noté, además, que ninguna de estas sensaciones disminuía de intensidad conforme pasaba el tiempo, pero que mi organismo iba acostumbrándose a ellas, de tal manera, que no experimentaba ninguna alteración aparente. Oí, después, un ligero chasquido, y en seguida una lamparita incandescente alumbró el interior de la esfera. Ví entonces la faz de Cavor intensamente pálida, como creo que debía estar la mía. Nos miramos uno a otro en silencio. La negrura transparente del cristal detrás de él, me hacía la impresión de que mi amigo flotaba en el vacío.

—¿Conque esto es hecho?—dije al fin.

—Sí—me contestó,—esto es hecho.

Al verme entonces hacer un movimiento exclamó:

—¡No se mueva usted!; relaje usted sus músculos como si estuviera usted en la cama. Estamos constituyendo un universo completamente independiente en medio del espacio. ¡Mire usted esos objetos!

Y me señaló las cajas y paquetes, los fardos de ropa y los instrumentos todos que habíamos depositado en el fondo de la esfera.

Quedéme asombrado al ver todas esas cosas flotando como a un pie de distancia de las paredes de la bola. Advertí también entonces, por la sombra de Cavor, que éste no estaba recostado contra el vidrio. Pasé la mano por mi espalda, y hallé que yo mismo estaba suspendido en el espacio y sin tocar a las paredes de la bola.

Ni grité, ni gesticulé; pero un pavor tremendo invadió todo mi ser. Parecía que algo me levantaba y me sostenía, pero no sabía lo que era. Con apoyar sencillamente mi mano contra la pared de vidro, me sentía mover rápidamente en sentido opuesto. Comprendía lo que era aquello, pero esto no impidió que me acometiera un pavor insuperable. Estábamos incomunicados con toda gravitación exterior; es decir, que el barniz de cavorita impedía que el resto del universo ejerciese acción atractiva sobre nosotros; de suerte que sólo los objetos contenidos dentro de la esfera que constituía nuestro mundo eran los que se atraían unos a otros. Por consecuencia, todo lo que no estaba fijo a las paredes de la bola caía (lentamente, a causa de la ligereza de su masa) hacia el centro de gravedad de nuestro mundo en miniatura, cuyo centro de gravedad se hallaba cerca del centro de la esfera, pero un poco más próximo hacia mí que hacia Cavor, a causa de mi mayor peso.

—Debemos volvernos— dijo Cavor— y permanecer espalda con espalda para estar más cómodos, y con los objetos que constituyen nuestro equipaje flotando a nuestro alrededor.

—Así lo hicimos, y puedo asegurar que era la sensación más extraña que se puede concebir verse así flotando en el espacio.

Al principio la impresión era horrible, por lo extraña; pero una vez pasado el terror, no era desagradable, en rigor, y sobre todo muy calmante.

La sensación más próxima que en la tierra se podría experimentar sería, creo yo, reposar sobre un lecho de plumas que fuese muy grueso y muy blando pero aun eso no daría nada de la impresión experimentada al ver nuestro cuerpo aislado en el espacio e independiente de todo lo demás. Yo no estaba preparado para una cosa semejante. Esperaba un violento choque a la salida y el vértigo de la velocidad. En lugar de esto yo sentía que me faltaba el cuerpo. Aquello no era el principio de un viaje; era el comenzar de un sueño.

CAPITULO V

El camino hacia la Luna

Al poco tiempo, Cavor apagó la luz. Díjome que no tenía gran provisión de energía eléctrica, y, por lo tanto, que debíamos economizarla para leer o para cualquier otra cosa necesaria. Durante algún tiempo, que no puedo precisar si fué corto o largo, estuvimos, pues, sumergidos en la obscuridad más profunda.

Una cuestión me pareció entonces que debía precisarse.

—Caí pesadamente apoyando las manos sobre las paredes de la esfera.

—¿Hacia donde nos dirigimos, en qué dirección caminamos?—pregunté.

—Nos hemos escapado de la tierra por la tangente, y como la luna está próxima a su tercer cuarto, marchamos hacia la región del cielo en donde se encuentra nuestro satélite. Voy a descorrer una de las cortinas...

Oí entonces un chirrido, y una ventana de la cubierta o capa exterior de la esfera quedó completamente abierta. El cielo por la parte de afuera, se presentaba tan negro como el interior de nuestro recinto; pero el espacio correspondiente a la ventana abierta se marcaba por un número infinito de estrellas que a través de la claraboya se distinguían.

Los que han visto la bóveda estrellada solamente desde la Tierra, no pueden imaginarse el aspecto que presenta aquélla cuando el velo vago y semiluminoso de nuestra atmósfera, ha desaparecido por completo. Los astros que se perciben desde la superficie terrestre son solamente algunos cuyo resplandor ha logrado atravesar la brumosa capa de aire que nos envuelve. Pero en las circunstancias en que nos encontrábamos, contemplando el espacio inmenso sin atmosfera alguna alrededor de nuestro minúsculo mundo, se puede comprender lo que se quiere decir al hablar de las multitudes que pueblan los espacios celestes. ¡Cosas más extrañas iba a ver, pero aquel cielo sin aire y empolvado de estrellas es una de las cosas que creo que nunca olvidaré!

Mi compañero estuvo observando por breve tiempo la región del firmamento que se distinguía desde la ventana abierta; después cerró esta y abrió otra, y, por último, una tercera.

Entonces tuve necesidad de cerrar por un momento mis ojos, a causa del brillo deslumbrador con que por aquel lado apareció la luna, a pesar de hallarse en cuarto menguante. Me fué preciso, por un rato, dirigir la vista hacia Cavor y demás objetos del interior de nuestra esfera, iluminados por aquella luz blanca, hasta que mis ojos se fueron acostumbrando, antes de poderlos dirigir directamente hacia el astro plateado, satélite de la tierra.

Determinada ya la dirección en que la Luna se encontraba, Cavor abrió cuatro ventanas hacia aquel lado, con objeto de que la gravitación de aquel astro actuara sobre nuestra esfera y todas las substancias en ella contenidas. Advertí entonces que ya no flotaba libremente en el espacio, sino que mis pies iban a apoyarse en la pared situada en dirección de la luna. Las mantas, las cajas de provisiones y todos los demás objetos fueron reuniéndose poco a poco a lo largo de la misma pared, y también en igual dirección, de suerte que interceptaban parte del campo visual co-

rrespondiente a las ventanas abiertas. Estas vinieron a quedar a nuestros pies. Parecióme entonces que cuando miraba a la luna miraba hacia abajo.

En la tierra, **abajo** significaba el **suelo**, o sea la dirección en que las cosas caen; pero entonces, como la acción de la gravedad se dirigía hacia la luna, se me figuraba que, por contraste, debía tener la tierra en lo alto; es decir, sobre nuestras cabezas. Por supuesto, cuando todas las ventanas o cortinas de cavorita estaban cerradas para el Universo que constituía nuestra esfera, **abajo** era siempre el centro de la esfera, y **arriba** las paredes que constituían la periferia.

Era, además, una experiencia curiosa que no se parecía en nada a las cosas terrenales, el recibir la luz, no de arriba, como estamos acostumbrados en nuestro planeta, sino de abajo.

En la tierra, la luz, ya proceda del sol, ya de la luna, viene de lo alto, o, lo más, de soslayo en los ortos y ocasos de los astros; pero dentro de nuestra esfera de cavorita, recibíamos la luz por los pies, y para ver nuestras sombras teníamos que mirar hacia lo alto. Al principio experimenté una especie de vértigo, y el caso no era para menos. Hay que considerar que me apoyaba sobre un piso de cristal casi transparente, y que mirando hacia mis pies, veía la luna a cientos de miles de kilómetros de distancia, y entre ella y nosotros la inmensidad del espacio vacío. Pero este vértigo pasó pronto, y entonces, ¡qué esplendor el de aquél cuadro! El lector puede imaginarse algo semejante si en una noche de estío se tiende sobre el césped en medio del campo, y dirige una visual a la luna en hora en que ésta se halle no muy elevada sobre el horizonte, y de modo que levantando un poco las piernas pueda percibir el astro entre sus pies.

Sin embargo, por alguna razón que a mí no se me alcanza, acaso por la ausencia del aire, la luna se presentaba mucho más luminosa, y parecióme desde nuestra esfera mucho más grande de lo que aparecía vista desde la tierra. Los detalles más menudos de su superficie se distinguían perfectamente claros, y como veíamos su disco libre de toda atmósfera, los contornos aparecían brillantes y marcados. No existen al rededor del astro ni reflejos ni halos, y el polvo de estrellas, que llenaba el cielo, llegaba casi hasta el borde de su disco, marcando el contorno de la parte del astro que quedaba en la sombra. En tanto que contemplaba la luna bajo mis pies, la percepción de que nos habíamos lanzado a una empresa imposible se hizo en mi mente mucho más intensa que nunca.

—Cavor—dije a mi amigo,—todo esto me impresiona de un modo deplorable. Me parece que las Compañías que íbamos a fundar y esas riquezas minerales que pensábamos explotar...

—¿Qué?

—Que no veo cómo nada de eso pueda llegar a realizarse.

—Está usted ahora bajo muy malas impresiones—dijo Cavor;—pero todo eso se pasará, y verá usted las cosas de otro modo.

—Es posible; pero, por el momento, no creo que ni eso (y señalé a la luna) sea un mundo habitado, ni lo haya estado nunca, ni haya nada en él que pueda aprovecharse.

—¡Vaya, vaya! Ya hablaremos de eso más adelante. Tome usted el "Lloyd's-News", y lea. Eso le calmará un poco y le hará bien.

Cogí el periódico y lo observé por un momento. Después lo levanté al nivel de mi vista y advertí que podía leer fácilmente a la luz de la luna.

Por casualidad, me encontré con una columna de anuncios pequeños: "Un caballero que dispone de algún capital está dispuesto a prestar con grandes facilidades." Conocía al caballero y las facilidades con que hacía los préstamos. También leí que un individuo deseaba "vender una bicicleta sistema Cutaway, completamente nueva y que había costado 15 libras, por sólo la tercera parte de su valor". Ví, asimismo, que una "dama apurada" deseaba deshacerse, a cualquier precio, de un servicio de mesa que había recibido como regalo de boda. Sin duda, algún alma sencilla iría a examinar cuidadosamente el regalo de boda; otra, creería haber hecho una gran compra adquiriendo la bicicleta, y no faltaría tampoco quien tratase de probar la filantropía del prestamista. ¡Qué ridículas y pequeñas me parecieron entonces estas cosas!

Pensando en ello, me eché a reir y dejé caer el papel de mis manos.

—¿Nos podrán ver desde la tierra?—exclamé.

—¿Por qué me pregunta usted eso?—dijo Cavor.

—Porque conozco alguna persona muy aficionada a los estudios astronómicos, y se me ocurre que sería muy curioso el que mi amigo estuviera por casualidad observando el cielo en esta dirección, y con algún poderoso telescopio.

—Muy poderoso tendría que ser para que

—Cavor y yo flotábamos libremente en ese espacio.

desde la tierra pudiera distinguirnos, y aun así, aparecería nuestra esfera como un punto verdaderamente insignificante en el espacio.

Durante algún tiempo permanecí silencioso y mirando fijamente a la luna.

—He ahí un mundo—exclamé—que me causa ahora una impresión mucho más viva que la que nadie puede haber experimentado al contemplarlo desde la tierra. ¡Acaso haya habitantes!

—¡Habitantes!—exclamó Cavor. — No,

no piense usted en eso. Considérese usted como un viajero explorando los lugares más desolados del espacio. Y si no, ¡vea usted! Está muerta. ¡Muerta! Vastos volcanes apagados, desiertos de lava, inmensos ventisqueros de ácido carbónico sólido o de aire completamente congelado, y por todas partes barrancos, precipicios, hendiduras.

Ahí no sucede nada; no puede ocurrir nada. Los hombres más sabios de la tierra han observado sistemáticamente este planeta con telescopios poderosos por más de doscientos años, y, ¿sabe usted qué cambios han podido observarse en su superficie?

—No sé nada.

—Pues han podido señalar dos derrumbamientos de tierras; una gran grieta, de existencia más o menos dudosa, y un ligero cambio periódico en el color.

—No sabía ni aun que se hubiera descubierto eso.

—¡Oh! Sí. Pero, en cuanto a habitantes....

—A propósito—pregunté,—¿cuales son las cosas más pequeñas que los telescopios permiten distinguir en la superficie de la luna?

—Podría distinguirse, si la hubiera, una iglesia de dimensiones ordinarias o edificios semejantes. Y ciertamente se verían ciudades y toda grande obra debida a la mano de seres animados e inteligentes, tales como los habitantes de la tierra. Si la luna tuviera pobladores, éstos tendrían que ser, acaso, a modo de insectos; algo semejantes a las hormigas, que se pudiesen ocultar en las profundidades del planeta durante la noche lunar, o, en fin, algo que no tenga su equivalente en la vida terrestre. Esto sería lo más probable en el caso en que ahí encontremos vida. Considere usted cuán diferentes son las condiciones en los dos planetas.

La vida en la luna tenía que adaptarse a un día de una duración aproximadamente equivalente a catorce días terrestres; durante ese tiempo hay que sufrir los ardores de un sol abrasador; sin una nube que amortigüe sus rayos; después viene una noche próximamente de la misma duración y cada vez más fría bajo estas estrellas glaciales. Durante esas largas noches, el frío tiene que ser verdaderamente extremado, el cero absoluto, o sean 273° centígrados bajo el punto de congelación del agua. Toda forma de vida que existe en la luna tiene que ser capaz de invernar durante esas noches, a esa temperatura, y despertar de nuevo a la mañana siguiente.

Cavor, después de expresarse de este modo, permaneció un instante pensativo.

—Puede que existan seres vermiformes—exclamó, como hablando consigo mismo,—que absorban el aire sólido, como las lombrices que comen tierra o monstruos de piel gruesísima...

—Pero entonces—dije yo,—¿por qué no hemos traído algún fusil?

A esto no respondió.

—Nada, nada; tenemos que ir hasta allá y ver lo que haya.

Recuerdo haber hecho entonces alguna observación; pero, sobre todo, la siguiente:

—Pero, cualquiera que sean las condiciones para la vida, no hay duda que puede haber minerales.

Cavor asintió, y después de un buen rato de silencio me dijo que deseaba modificar un poco nuestra dirección, dejando que la tierra nos atrajera por unos instantes. Se dispuso a descorrer una de las cortinas que miraban hacia nuestro planeta y a mantenerla abierta por treinta segundos. Me advirtió que se produciría un ligero balanceo, y me aconsejó que apoyara las manos sobre la pared para evitar el caerme.

Seguí sus instrucciones, y apoyé mis pies contra los paquetes y cilindros que contenían nuestra reserva de aire. Cerró las cortinas que miraban a la luna, sonó un chirrido y abrió una de las ventanas opuestas.

No pude evitar entonces, a la oscilación que experimentó la esfera, el caer de bruces y quedarme a gatas contra la ventana que había quedado abierta, y ví entonces por un momento entre mis dedos, negros y extendidos, un gran planeta flotando en el espacio. Era nuestra madre Tierra.

Nos hallábamos aún muy cerca de ella. Cavor me dijo que la distancia que habíamos recorrido debía ser de unas 800 millas (1.500 kilómetros); y el inmenso disco terrestre cubría por completo el firmamento por aquel lado. Se veía, sin embargo, clara y distintamente que nuestro mundo terráqueo era un globo.

Las tierras que se distinguían inmediatamente bajo nosotros formaban un continente vago y como envuelto en luz crepuscular; pero al Oeste, las vastas extensiones del Atlántico brillaban, como plata fundida, al terminar el día. Me pareció reconocer, entre las nubes, las líneas de las costas de Francia y de España y de las del Sur de Inglaterra.

(Continuará).

La vendimia en la viña Benítez

VIÑA BENITEZ

Soc. Manuel J. Benitez y Cía.

PINOT RESERVADO

Es y será siempre el preferido

33 - RIQUELME - 33

TELEFONO Núm, 646

ASÍ COMO EL MARINO

embrea su embarcación para que resista al asalto de las olas,

DE IGUAL MANERA

EL HOMBRE QUE SE PREOCUPA DE SU SALUD

embrea sus pulmones con ALQUITRÁN GUYOT para mejor resistir á las bronquitis, toses, resfriados, catarros, etc.

El uso del Alquitrán-Guyot, á todas las comidas y á la dosis de una cucharada cafetera por cada vaso de agua, basta, en efecto, para hacer desaparecer en poco tiempo aun la tos más rebelde, y para curar el catarro más tenaz y la bronquitis más inveterada. Es más; á veces se consigue dominar y curar la tisis ya declarada, pues el Alquitrán detiene la descomposición de los tubérculos del pulmón al matar á los malos microbios, causa de dicha descomposición.

¡Desconfiad del consejo, realmente interesado, si, en lugar del verdadero Alquitrán-Guyot, os propusiesen tal ó cual producto! Para lograr la curación de bronquitis, catarros, resfriados antiguos descuidados, y, necesariamente, el asma y la tisis, es absolutamente preciso especificar bien en las farmacias que lo que deseais es el **verdadero Alquitrán-Guyot**. Aunque lo mejor para evitar todo error es fijarse en la etiqueta que, si es del verdadero Alquitrán-Guyot, lleva el nombre de Guyot impreso en grandes letras *y su firma en tres colores: violeta, verde y rojo, al biés*, así como las señas: *Maison L. FRERE, 19, rue Jacob, Paris.*

El tratamiento sólo cuesta unos **10 céntimos al día** — y cura.

Advertencia. Como hay personas para quienes el sabor del agua de brea no es agradable, podrán reemplazarla con las Cápsulas-Guyot de Alquitrán de Noruega (**de pino marítimo puro**) y tomar dos ó tres cápsulas á cada comida; las cuales producen idénticos efectos saludables y una curación igualmente cierta. *Las verdaderas Cápsulas-Guyot son blancas, y la firma de Guyot va impresa en negro sobre cada cápsula.*

—¿Será po: mí o por el Alimento?
—Por las dos cosas, mi linda...

ALIMENTO MEYER

Flli. Castagneto

ALAMEDA ESQUINA SAN MARTIN
:: :: :: SANTIAGO :: :: ::

Imp. Zig-Zag

Abril 1918

PACIFICO MAGAZINE

PRECIO UN PE

CREMA IRIS
PREPARACION CIENTIFICA PARA
EMBELLECER EL CUTIS

RESTAURANT Y SALON DE OSTRAS

"LA PLAYA"

Propietarios:

TORT Hnos.

8937

CALLE MONJITAS 826 - Telèfono Inglès 250

Visitas a Santiago deben conocer este restaurant.—Esta Casa tiene constantemente en la temporada un completo surtido de Mariscos frescos, por tener contratos por Ostras en Ancud y para la remisión de Erizos de San Antonio y Algarrobo. Cuenta con embarcaciones propias y buzos que sólo pescan para este establecimiento.

MENU

MARISCOS

Ostras	$	1.50
Langosta	„	2.—
Choros en salsa verde	„	1.20
Camarones de río	„	2.—
Camarones de mar	„	1.20
Erizos o jaivas	„	0.80
Locos en salsa verde	„	1.20

FIAMBRES

Pollo asado	$	1.50
Lengua escarlata	„	1.—
Jamón cocido	„	1.—
Jamón crudo	„	1.20
Salchichón español	„	1.20
Paté-de-foie-gras (lata	„	8.—
Filete de anchoa (lata)	„	4.50
Salmón (lata)	„	3.50
Anchoa con aceitunas	„	1.20
Perdiz en escabeche	„	1.60
Fiambre surtido	„	1.60

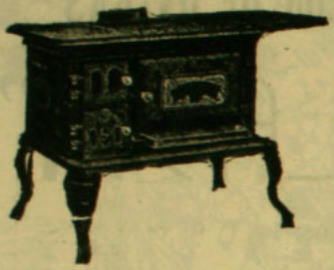
PESCADOS

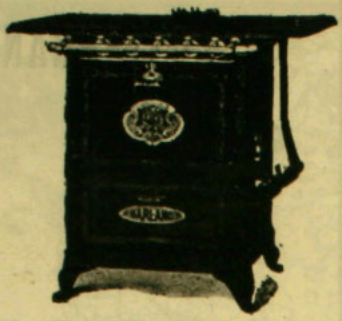
Congrio a la Menier	$	1.50
Congrio al maitre-hotel	„	1.50
Trucha, según tamaño		
Pejerrey frito, según tamaño		
Lisa, según preparación		
Ranas saltadas	$	1.20
Ranas a la bordalesa	„	1.20
Ranas a la romana	„	1.50
Anguilas fritas	„	1.50

MINUTAS

Pollo, según preparación		
Pichón, según preparación		
Tortolitas, según preparación		
Brocheta de jilgueritos	$	1.50
Beefteak con papas	„	1.20
Filete Grisset	„	1.60
Filete Mirabeau	„	2.50
Patita de chancho apanada	„	1.20
Chuleta de cordero con papas	„	1.20
Salchichas con huevos	„	1.60
Chorizo con papas fritas	„	1.20
Riñones de cordero al canapé	„	1.20
Jugo chico	„	1.50
Jugo doble	„	2.50
Asado a la criolla	„	1.20
Criadilla al canapé	„	2.—
Criadilla revuelta con huevos	„	2.60
Higaditos de ave saltados	„	1.20
Higaditos de ave al Jerez	„	1.50
Higaditos de ave al cajón	„	2.50

Especial para familias. Precios muy reducidos para ventas y consumo a domicilio.





COCINAS A CARBON de fierro fundido

con y sin estanque para agua caliente.

Gran economía en consumo de carbón o leña para fogón apropiado a cada tamaño.

COCINAS A GAS

con uno y dos hornos: quemadores de último sistema quemando la mitad de gas y aire.

Todas las partes componentes de estas son desmontables para facilitar el aseo de ellas.

Mezcladora para Mayonesa

Esta máquina hace una perfecta salsa en 3 o 4 minutos.

La incorporación del aceite se efectúa por medio de una válvula que regula la caída, gota a gota, constante y uniforme.

La Mezcladora gira en todas direcciones al rededor del fondo del envase y efectúa la mezcla perfecta de todos los ingredientes.

Precio: $ 14.00 m/c.

MORRISON Y CIA.

VALPARAISO SANTIAGO

La elocuencia de Kerensky

En un viaje de inspección al frente de batalla, tanto en las primeras filas como en la retaguardia, Kerensky habla constantemente a los hombres. Las más de las veces los arenga en las trincheras. Es imponente el verlo, rodeado del Estado Mayor y de los soldados, en los subterráneos, en medio de blindajes y en los campos formados de tiendas.

Los soldados suelen escuchar al Ministro con suma atención. Sin embargo, una vez Kerensky tropezó con una brutal oposición. Era cuando la propaganda pacifista tenía aquella fuerza terrible que por poco dió al traste con toda la Rusia nueva.

Dicho caso fué relatado bremente por las agencias telegráficas. Mas he aquí que en el "Rietch", el corresponsal de guerra Ansoubief que acompañaba a Kerensky refiere con todos los detalles aquel característico episodio. Por ser caso simbólico, vamos a resumirlo.

* *

El regimiento ante el cual Kerensky tenía que hablar, era considerado como uno de los más enfermos. Era el que más gustoso fraternizaba con los alemanes. Sus hombres hablaban siempre de la paz y hacían que les leyeran la verdad de las trincheras, colección de paparruchas de propaganda pacifista.

Con todo esto, al dar Kerensky los buenos días a los soldados contestaron amigablemente. Mandóles que se acercaran, y se apiñaron a su alrededor, formando un ancho y compacto círculo.

* *

Entonces les dijo lo que tantas veces había repetido a los demás; a qué precio habían obtenido la tan deseada libertad y cómo tenían que guardarla, reconfortarla y defenderla, sometiéndose de grado a una prudente disciplina dictada por la conciencia del deber y el sentimiento del honor.

Ahora dejemos hablar al periodista ruso:

"Cuando el Ministro se hubo callado, uno de los soldados de la primera fila tomó la palabra:

"—¿Qué debemos hacer para que esta libertad sea más firme?—preguntó—¿hemos de atacar a los alemanes?

"Hizo la pregunta tranquila y serenamente. Pero a pesar de esto, se nos anudó la garganta como amenazados por un funesto presentimiento. Centenares de miradas estaban fijas en el soldado.

—"Si atacamos,—continuó el soldado,—todos pereceremos. Y una vez muertos ¿para qué queremos la libertad? Los muertos no necesitan ni libertad ni tierras.

"Kerensky se estremeció, como si le hubieran dado en pleno rostro. Un calofrío corrió a través de los presentes. La escena era angustiosa. Allí estaban el Generalísimo, el comandante del Cuerpo de Ejército y varios generales.

"El Ministro y el soldado se hallaban frente a frente, midiéndose con la mirada como dos adversarios.

"—Compañeros, — empezó Kerensky,—compañeros...

"—¿Para qué esos discursos? — interrumpió groseramente el soldado. Esto para nada sirve. Necesitamos hacer la paz y nada más; la paz, he aquí lo que queremos.

"En las filas detrás del soldado se aprobaban estas palabras, se murmuraba: "¡tiene razón!" Un instante más y presentíamos que todo se perdería.

—¡Callaos!—rugió de pronto Kerensky;—¡callaos cuando habla el Ministro de la Guerra!

"Todos callaron y en un silencio sepulcral los corazones latían con violencia.

"—Coronel; ordenó el Ministro,—,—haga detener a ese hombre... y ("... mándelo fusilar... eran las palabras que esperábamos).

"Y mañana,—continuó el Ministro.—declare en la orden del día que se le ha echado del ejército. No es digno de defender la tierra de Rusia. Que vuelva a su aldea. Es un cobarde.

Y volviéndose hacia el soldado, Kerensky, dominado por el furor, le gritó tres veces al rostro:

—¡Cobarde! ¡Cobarde! ¡Cobarde!

"El soldado palideció de un modo espantoso. Se puso a temblar, quiso decir algo, pero no pudo articular nada y por último cayó en tierra cuan largo era.

"Habíase desmayado. Se lo llevaron.

"Kerensky estaba tan pálido como el soldado a quien se llevaban. Una contracción nerviosa le agitaba los labios. Bien se veía que la victoria le costaba cara.

LA ELOCUENCIA DE KERENSKY

"Este incidente produjo profunda impresión en los demás soldados. Se alzaron gritos de ¡Viva nuestro Ministro! ¡Iremos a la muerte cuando lo mande!

El coronel se le acercó:

"Señor Ministro: Si me lo permite, también echaré, al mismo tiempo que a ese hombre a seis mozos del regimiento, todos ellos malas cabezas y pacifistas.

"—No,—exclamó Kerensky, —con ese basta..."

Al siguiente día, por orden del Ministro el regimiento partía a ocupar la primera línea, donde se portó gloriosamente...

EL VALOR DE LAS PALABRAS

Adherir, Adherirse

Quien tenga costumbre de leer el Diario de Sesiones de nuestra Cámara de Diputados, habrá notado más de una vez que algunos de los señores legisladores suelen decir: "adhiero a la indicación del señor diputado", "adhiero a la moción", "adhiero al proyecto". Adhiero, ¿qué?, se habrá preguntado el lector.

El verbo **adherir** viene del latino **adhaerere**, de **ad**, a, y **haerere**, estar unido, y significa **pegarse** una cosa con otra, o **convenir** con un dictamen o una idea, o **asociarse** a un acuerdo. En realidad, pues, la hiedra puede **adherir** al árbol, y con sentido figurado, un congresal puede **adherir** a otro o a las manifestaciones de otro. En tal caso, el verbo es neutro.

Pero, desde hace siglos, en castellano se viene dando también y casi exclusivamente, a este verbo, carácter de transitivo, y se dice: "el carpintero **adhiere** las tablas", sin que sea él el **adherido**. De aquí que, cuando lo usemos como neutro, nos choque siempre; porque si el señor diputado puede **adherirse** él mismo, y puede adherir, por representación, la opinión de otro diputado, al decir **adhiero**, se expresa ambiguamente. ¿Qué **adhiere**, qué **ofrece**? ¿Su opinión o la de un colega? **Me adhiero** es lo que debe decir, indicando con el pronombre la reflexividad del verbo. De lo contrario, no debe emplearse como activo.

Pagar, abonar

Es un error muy común usar estas dos palabras como sinónimas, en el sentido de dar uno a otro, o satisfacer, lo que se le debe.

Abonar viene del bajo latín **abonare**, y éste del latino **ad**, a, y **bonus**, bueno, y quiere decir "acreditar o calificar de bueno; hacer buena o útil alguna cosa, mejorarla de condición o estado; inscribir a alguna persona, mediante pago, para que pueda concurrir a alguna diversión, disfrutar de algún beneficio, o recibir alguna publicación. Se **abona** la honestidad de un amigo; se **abona**, con materias orgánicas o inorgánicas, la tierra, para que dé mejor vegetación; se **abonan** los ricos a la temporada del Municipal; se **abonan** todos los hombres estudiosos, a "Pacífico Magazine", para recibirlo mensualmente.

Cuando se trate, pues de **pagar** sueldos, deudas, etc., no se dirá nunca **abonar**; porque **abonar** una deuda es darla por buena, como reconocerla, pero no es **pagarla** necesariamente, pues hay muchos que reconocen sus deudas, y no las pagan nunca. Se dirá **pagar, satisfacer.**

Apropiar, arrogar, atribuir

Apropiarse alguna cosa, lleva algo así como la idea de un acto arbitrario, cometido bajo la propia autoridad.

Arrogarse se dice sobre todo de cosas inmateriales, como jurisdición, facultad, tarea, autoridad, etc.

Atribuirse, como **arrogarse**, se refiere a cosas inmateriales, y como **apropiarse**, entraña la idea de una arbitrariedad, más o menos disculpable.

Se **apropia** uno, por su resolución, un campo, una idea. Se **arroga**, por el contrario, con cierta generosidad, la tarea de enseñar a los hombres. Se **atribuye** cualidades que uno no tiene.

Arrogarse es más comunmente usado tratándose de jueces que usurpan la jurisdición de otros. Entonces tiene el significado de **apropiarse**, si bien no se trata, como en éste, de algo material.

Aunque los tres verbos son de esencia activa, los dos primeros casi no se usan más que como reflexivos.

IMPORTANTE:

GRAN COÑAC LIQUEUR

"Bandera Chilena"

Especial para familias y toda persona de buen gusto.
Su sabor es exquisito y puede compararse con las mejores marcas importadas.
Tratándose de un coñac liqueur, su precio es muy moderado, y siendo sus fabricantes la firma de Corina Lopehandia y Cía., los dignos fabricantes del conocido coñac marca "Bandera Chilena", la calidad de esta especialidad, su bondad y buen gusto no necesitan más comentarios.

EN VENTA EN TODOS LOS ALMACENES DE PRIMERA CLASE Y POR MAYOR CALLE RIO JANEIRO 397, CASILLA 265 SANTIAGO.

EN VENTA EN TODOS LOS ALMACENES DE PRIMERA CLASE Y POR MAYOR CALLE RIO JANEIRO 397, CASILLA 265 SANTIAGO.

SPORT

bas
A

Nos es altamente satisfactorio ofrecer a los Deportistas en general, en el nuevo departamento recientemente instalado en nuestro 2.o piso, el mejor y más variado surtido en toda clase de artículos para la práctica de los Deportes más conocidos.

PARA FOOT-BALL: Pelotas de todas clases, todas ellas procedentes de las mejores marcas inglesas, todas muy recomendables por su gran duración y forma perfecta.

N.o 5 Reglamentaria completa (con bladder's) desde $ 39.50 a. . . . . $ 19.00

Recomendamos especialmente la pelota "MacGregor", la preferida en los grandes internacionales.

Pelota especial N.o 4 completa con bladder's, a. . . . . $ 16.40
Pelota especial N.o 3 completa con bladder's, a. . . . . $ 12.70
Pelota especial N.o 2 completa con bladder's, a. . . . . $ 10.50
Redes para goals, calidad superior, el par, a. . . . . $ 140.00
Infladores varios tamaños, desde $ 8.90 a. . . . . $ 5.50

Pasadores, Rodilleras, Tobilleras, Guantes para goal-keeper, Medias, Pantalones, Cinturones, etc. Espléndido surtido en calzado especial para Foot-Ball, los tipos mejor estudiados procedentes de las mejores fábricas inglesas.

Todas las medidas, desde $ 39.50, a. . $ 27.50
Reglamentos aprobados por la Asociación de Referees de Chile, a. . . $ 2.00
LAWN-TENNIS. Espléndidos surtidos en Rackets de las acreditadas marcas Slazengers, Prosser y Cow, de Londres, en todos los tipos de $ 68.00 a. . . . . $ 9.80
Pelotas reglamentarias tipo 1918, a $ 3.90

Ofrecemos, además, toda clase de utensilios Blazers para caballeros y señoras.

Reglamentos para Tennis, a. . . . $ 2.50

Inmensa variedad en artículos para Box, Cricket, Golf, Hockey, Esgrima, Gimnasia, Polo, etc., todos ellos recién recibidos.

NOS ENCARGAMOS DE LA CONFECCION DE TODA CLASE DE UNIFORMES

Gath & Chaves Ld.

LUCHA A MUERTE

Don Adriano Aguilar supo tener una estancia, sobre el Arroyo del Medio, en las inmediaciones de San Nicolás.

Era una estancia chiquita, enhorquetada entre dos colosales heredades, cada una de las cuales sumaba leguas y contenían hacienda como pasto. Una de ellas, la de don Cayetano Saldías, llámase "Los Cinco Ombúes"; la otra, "Los Tres Ombúes". Don Adriano, que sólo poseía un ejemplar del árbol símbolo, bautizó modestamente su propiedad: "El Ombú".

Era uno solo; pero ninguno de los otros ocho lo aventajaba en corpulencia y arrogancia.

El viejo paisano experimentaba intenso cariño y grande orgullo por el coloso guardián de su rancho. En la dilatada llanura, donde las escasas poblaciones estaban tan distantes las unas de las otras que "no se veían las caras", el "ombú de don Adriano" era obligada señal de referencia para el viajero desconocedor del pago que indagaba la ubicación de una propiedad.

—"Siga derecho pu'este camino, y como a cosa 'e dos leguas va ver el ombú de don Adriano; dejeló a la izquierda, agarre una senda que gambetea entre un cardal y que lo va llevar hasta la mesma glorieta de la pulpería de don Pepino..."

—"¿L'azotea 'e los Laras?... Corte p'abajo, costee el esteral que llaman de los aperiases, y enderece pa la zurda, dejando a la derecha el ombú de don Adriano..."

—"¿Pancho Silva?... Pasando el ombú de don Adriano, ya va ver los ranchos, pegados al arroyo".

Y así sin término.

Las horas de ocio—que eran las más del día — pasábalas Aguilar bajo su árbol amigo. Las gruesas raíces externas ofrecían, con el aditamento de un cojinillo, cómodas butacas. Allí tomaba el viejo su cimarrón matutino; allí sesteaba en los días de canícula y allí celebraba sus frecuentes conciliábulos políticos, pues debe expresarse que don Adriano era, ante todo, y sobre todo, "un patriota". Y conviene igualmente explicar que él entendía por "patriota" un hombre que no pesa ni mide esfuerzos ni sacrificios para servir "al partido".

El partido es la patria. Todos cuantos están ajenos a él son antipatriotas. ¿Por qué?... ¡Por eso, pues!...

Era un catequizador. Conquistar un adepto a la causa le satisfacía más que marcar cinco terneros. Y eso que en cada hierro menguaba el número de los becerros "quemados" con la flecha de su marca.

—Las vacas paren siempre—decía;—lo que han de preocupar al hombre son sus ideas... ¿No encuentra, ño Casiano?...

—¡Dejuro que sí!—confirmaba ño Casiano, uno de los muchos holgazanes que contribuían a agotarle su rodeo y a aumentar las partidas de yerba y ginebra en la libreta del pulpero.

Y como en la libreta se anotaban no sólo los gastos de su casa, sino también las dádivas, en mercaderías y en dinero, a "correligionarios" necesitados, fué creciendo, creciendo, y con la multiplicación de los intereses y las "equivocaciones" del anotador en el primer "arreglo" se comió la mitad del campito de don Adriano.

Mas no se afligió el gaucho por ello. Quedábale aún un pedazo de tierra, su rancho, su ombú y la fe partidaria.

—Por mucho que se ladee la suerte, yo siempre tengo ande recostarme—decía, aludiendo a los ases del partido.

—Sin embargo—objetó un misericordioso—cuando tuvo qu'entregar el campito, naides lo ayudó.

El se indignó:

—¿Qué quiere qu'hicieran, si están caídos como yo, como todos los del partido?... Pero ¡deje no más, que a su tiempo maduran las uvas, y cuando afirmemos el pie en el estribo, otro gallo va cantar!...

Dos años más tarde cantó otro gallo; es decir, no; cantó el mismo gallo, el almacenero, quien se hizo dueño del resto del campo, inclusas las casas y... el ombú.

El derrumbe no amilanó al paisano. En los suburbios de San Nicolás tenía un "sitio" y en el sitio un ranchito: allá se fué a vivir con su vieja, su moro sobrepaso—que estuvo en Cepeda,—su perro barcino y tres lecheras viejas, de las de ordeñar sin manea. El pulpero le compró a buen precio las quinientas reses y algunos matungos que constituían el resto de su hacienda. Y todavía le tomó el dinero a interés.

Desde entonces, libre de preocupaciones y de ocupaciones, pudo dedicar todo su tiempo al "ideal partidarista". Sentía eso sí, la nostalgia del ombú, su ombú. De cuando en cuando, en las madrugadas o en los atardeceres, ensillaba su moro y se iba a visitar al chacarero que lo había sustituído en el dominio de la finca. Conversaba con él, le daba consejos sobre cultivos que nunca hizo y hacíale a menudo el elogio del árbol, gaucho:

—Este árbol traia la suerte.

—Parece que a osté no le trajo mucha, parece—respondió el fornido lombardo, locatario del predio.

—Hay cosas que ustedes los extrangis no pueden comprender...

—Será...

Un violento ataque reumático retuvo más de dos meses en cama al viejo paisano, y el primer día en que fué a visitar su expropiedad, casi cae del caballo, desmayado. El ombú, su glorioso ombú, había sufrido la injuria de una afrentosa mutilación. Dos de sus más gruesos ramos yacían acostados en tierra, uno al lado de otro, imponentes como dos fornidos gruerreros muertos.

—¿Por qué lo hachea?—exclamó en el colmo de la indignación don Adriano.

—¡Eh!—respondió con profunda indiferencia el chacarero;—no serve per nada e con so sombra me ruina la planta...

Aguilar gritó, protestó y no sin esfuerzos pudo hacérsele desistir de su propósito de iniciarle un juicio "al asesino".

Desde entonces no dejaba una mañana sin ir a presenciar los progresos del hacha en el cuerpo del coloso.

—¡Sudá no más, gringo asesino!— monologaba.—¡Los ombuses y los gauchos somos duros pa morir!

Cayó el último gajo; ya no quedaban más que el torso enorme y las gruesas y largas raíces, evidenciando la potencia de las que bajo tierra fundamentaban al gigante.

—¡Aquí te quiero ver, escopeta!—exclamó con fruición el paisano.—Has penao tres meses pa descuartizarlo; pero en tuita tu vida, aunque sudes sangre y aunque mudés mil hachas, no lo vas arrancar del suelo ni vas impedir que retoñe y que dé un bajo bastante grueso pa resistir el peso e' tu cuerpo cuando te colguemos del pescueso!...

Entró el otoño. Don Adriano vió con sorpresa que el chacarero había casi cubierto las raíces y el resto del tronco del ombú con estiércol fresco. Enternecido, pensó que aquél se hubiese arrepentido de su crimen, y creyó de su deber advertirle:

—No carece echarle abono: él güelve solo.

El cultivador lo miró, se encogió de hombros y prosiguió su labor.

Al verano siguiente, dos peones retiraban con los rastrillos el estiércol y con el estiércol los restos, convertidos en polvo, del orgulloso ombú.

—¡Asesino!—exclamó el viejo sollozando.—¡Tuvistes que ponerle veneno pa matarlo!....

JAVIER DE VIANA.

J. R. DAPENA
Santiago

Puente 754
Casilla 3792

Como acontece con todos los grandes inventos, los colchoneros no salen de su asombro al contemplar la aparición del HIGIENICO COLCHON OLYMPIA.

¿Ha reparado Ud. en este zapato?

El signo distintivo de todo hombre de buen gusto, decía Brummel, el célebre *dandy* londinense, que fué el hombre más elegante de su tiempo, está en su calzado: en efecto, cuánto valor adquiere un terno bien cortado si este se armoniza con un calzado de forma elegante, de fantasía, sencillo.

El Johnston y Murphy debe su aceptación general a esta su primera virtud: severa elegancia. Este calzado fué ideado para hombres de buen gusto, sencillos en el vestir, sobrios en la armonización de sus toilettes.

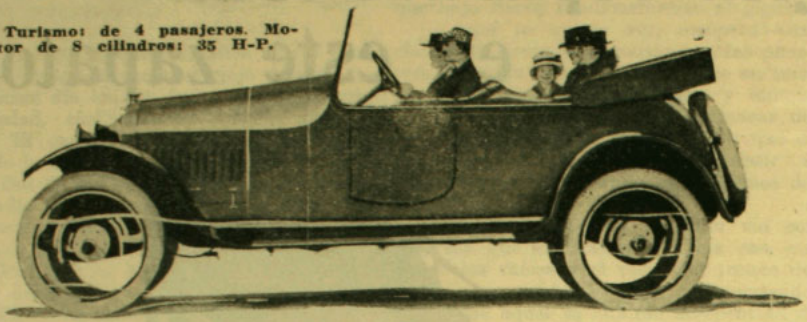
Reparad detenidamente en el presente modelo del elegante calzado Johnston y Murphy, que es dechado de elegancia y de buen gusto. Su forma cómoda, su fantasía sobria, su duración largamente probada, le han erigido en el rey del calzado y es el que está más cerca de los gustos que ha impuesto la última moda. Para un hombre elegante este zapato Johnston y Murphy no podrá menos de lucirlo y vulgarizar su elegancia como es debido.

El hermoso cuanto variado surtido de verano de esta famosa y prestigiada marca constituye una alta novedad de buen gusto. Quien ha probado una vez el calzado Johnston y Murphy, no le deja más. Es único e insuperable.

Casa Norte-Americana, Estado 246.

Agentes importadores, M. Artigas y Cía., Ahumada 235-239. Casilla 2070.

De Turismo: de 4 pasajeros. Motor de 8 cilindros: 35 H-P.



SCRIPPS-BOOTH

encuadra los deseos del elemento que busca distinción en sus automóviles. Scripp-Booth es el más hermoso automóvil americano: a su lujo, belleza de líneas y calidad, acompaña una conveniente liviandad y poder y sobresale por su gran economía. El Scripp-Booth es fuerte y perfectamente construído, duradero y apto para marchar por toda clase de caminos.

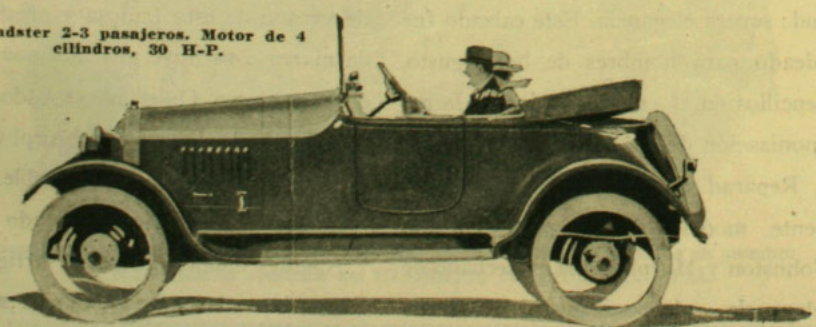
es un coche que reune las más apetecibles cualidades: lujo, elegancia, belleza, confort, liviandad, solidez, duración y economía. Es una verdadera maravilla de utilidad, servicio y placer. Las líneas y curvas elegantes del Scripp-Booth armonizan con la velocidad que le imprime su maravilloso motor.

UNICOS AGENTES PARA CHILE DE LA SCRIPP-BOOTH CORPORATION:

CIA. SUECO-CHILENA - HOLMGREN HNOS. Y CIA,

SANTIAGO: Estado 30—Blanco 896—VALPARAISO

Roadster 2-3 pasajeros. Motor de 4 cilindros, 30 H-P.



Mientras la muerte llega...

Sé valeroso

Pero no confundas la valentía con la bravuconada.

Lo que quiero recomendarte es que tengas valor para soportar tus dolores y tus desgracias, sin atolondrar con gritos cobardes a los que, porque te aman, viven a tu lado.

En el hombre, los sufrimientos aceptados con valentía constituyen el más noble galardón.

Sufre en silencio, que los sufrimientos silenciosos, a más de atraer las simpatías ardientes de los que los conocen, tienen la virtud de convertirse, poco a poco, en suave serenidad, y no hay nada preferible a un corazón sereno.

Admirable es el que vence las pasiones malsanas; pero es más admirable el que soporta el dolor calladamente, y sabe sonreir durante las grandes tormentas del espíritu.

Si al recibir la afrentosa bofetada Jesús hubiera rugido rabioso e iracundo, se presentaría a nuestra imaginación como un hombre indefenso a quien martiriza un cobarde de mala entraña. Pero, al ser abofeteado, sonrió valeroso y expuso la otra mejilla al insulto, compadeciendo al miserable, y este hecho de su callado sufrir le presenta a nuestros ojos como un Dios.

Tus dolores no disminuirán porque los conozca todo el mundo, sino por tu fe inquebrantable en que las más terribles situaciones se resuelven siempre mejor de lo que se esperaba.

Sufre, mientras la muerte llega, como un valiente, para que puedas resucitar como un Dios.

Ama la palabra

Poder hablar es el más noble distintivo de la especie. La palabra es conocimiento que se trasmite, socorro que se implora, suave consuelo que se da, belleza que ilusiona, armonía maravillosa que nos exalta, amor tembloroso y ardiente que se manifiesta, fervorosa oración que se eleva al cielo.

La palabra es fuego que purifica el espíritu, cadena que ata, ala ligera del pensamiento, milagroso vehículo de libertades.. La palabra, en fin, es el más grandioso prodigio de la creación.

Nunca agradeceremos bastante al creador el don divino de la palabra.

Comprendamos la sublimidad de la palabra, tratémosla con religioso respeto y no sea nunca en nuestra boca causa de escándalo.

Lo que trastornó nuestra torpeza puede ordenarlo una palabra suave y conciliadora. Lo que no cura la medicina, manejada por la sabiduría de los hombres, puede curarlo la palabra.

Mientras la muerte llega, amemos la palabra, alimento sagrado del espíritu, creadora incansable del bien y de la belleza.

No hables mucho

Pero la palabra es como arma de dos filos y de dos puntas; puede herir y herirnos. No conviene abusar del don milagroso de la palabra.

El que mucho habla está expuesto a decir muchas tonterías y aunque errar es propio del hombre, que no es, por desgracia, infalible, hay que hacer un esfuerzo para no acreditarse de tonto por palabras de más o de menos.

Los hombres muy prácticos en los profundos misterios del espíritu, aconsejan en muchas ocasiones el silencio, que también tiene una elocuencia arrebatadora.

Así dicen, que para resultar interesante, atendible y estimable en los negocios, en el arte y en la vida; para poder influir en los corazones directamente y apoderarse de ellos de un modo decisivo, el hombre no debe olvidar nunca que para que la palabra adquiera la fuerza prodigiosa que le corresponde es indispensble:

Primero:—Tener algo que decir.

Segundo:—Decirlo con la mayor claridad.

Tercero:—Callar.

No uses de la palabra más que en esas condiciones, mientras la muerte llega, y resultarás, sin duda, el más elocuente de los humanos.

RAFAEL RUIZ LOPEZ.

"Visión de Artista"

es una hermosa composición de nuestro antiguo pintor y escenógrafo Santiago Pu'gar, hoy residente en su patria, España, legada a nuestra ciudad.

Es el telón de boca de nuestro Teatro Santiago.

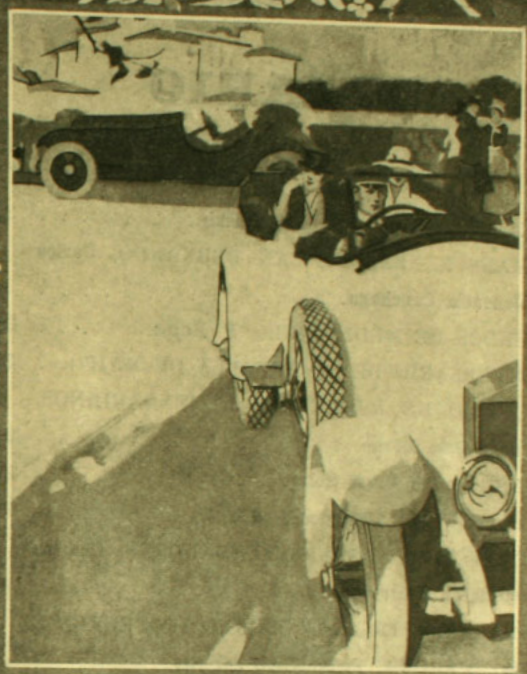
VISION DE GOURMET

es soñar en su mesa con un néctar que deleite y haga alegre la vida.

No uno, los cinco tipos de vinos de la

VINA CARMEN de Linderos

la antigua Viña de don J. G. Rámila, son néctares para el más exigente catador, por su vejez garantida, y la firmeza de sus tipos RHIN BLANCO de 1904, Margaux de 1908, Cabernet y Pinot, Reservas de los años 1909 y 1911. Son sus Agentes Generales para el centro y Norte del país: ALFREDO MELOSSI Y CIA. Galería Alessandri 28. Teléfono 641.



GOODYEAR

NEUMATICOS

SOCIEDAD AUTOMOVILES

Ahumada y Gonzalez

SANTIAGO: ESTADO Núm. 137

VALPARAISO: CONDELL N.° 813

SUMARIO

Págs.

EL REY DEL RIO DE ORO, **J. Ruskin**. 331

LAS MAESTRANZAS DE SAN BERNARDO, **Carlos Valenzuela Cruchaga**. 345

RECUERDOS DE MEDIO SIGLO, **P. Rojas**. 353

EL ANIVERSARIO DE LA BATALLA DE MAIPO. . 363

UN MANOJO DE RECUERDOS RUBENDARIANOS, **Samuel Ossa Borne**. 377

MAHINA, **Ignacio Vives Solar**. 387

EL EXTRANJERO, **Leonidas Andreieff**. 393

LOS FRANCESES COMO COLONIZADORES, **Charles Wellington Furlong**, F. R. G. S. 405

LA CASA DEL PATRIARCA CUBANO, DON ENRIQUE JOSE VARONA, **Félix Nieto del Río**. 419

IRRIGACION DEL PAIS, **Jorge Hurtado B.** 423

LOS PRIMEROS HOMBRES EN LA LUNA (Folletín) **H. J. Wells**. 427

—La mejor manera de estimular y propender al progreso de una publicación, es favorecerla incesantemente, comprándola y recomendándola a sus amigos y relaciones.

—El PACIFICO MAGAZINE irá en cada número perfeccionando la realización de su programa.

PACIFICO MAGAZINE

+ Que ayer | Vol. XI.—Santiago de Chile, abril de 1918.—Núm. 64 | — Que mañana

EL REY DEL RIO DE ORO

Por

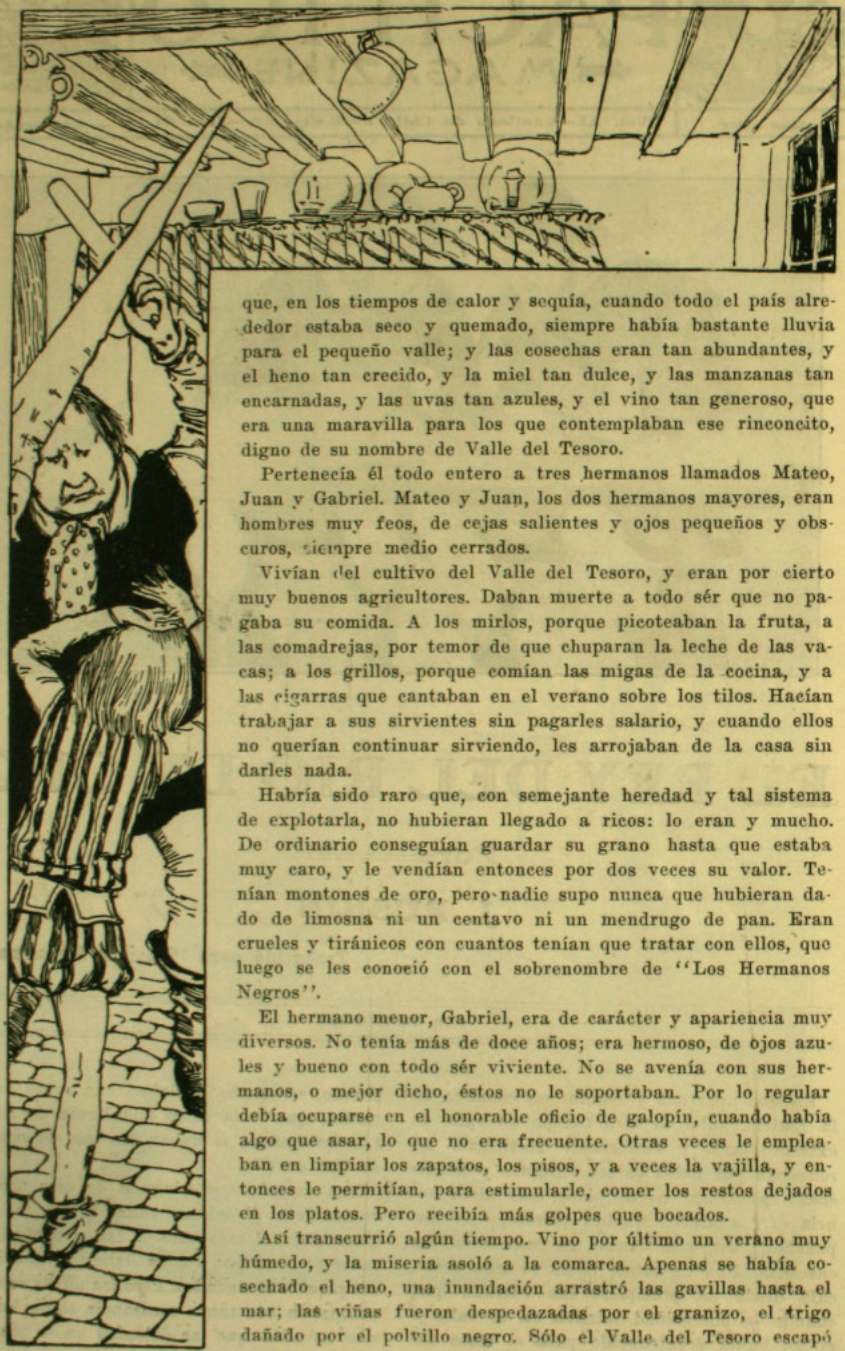
J. RUSKIN

Traducido para "Pacífico Magazine"

Con ilustraciones

En una apartada y montañosa comarca de la Estiria, hubo en otro tiempo un valle de extraordinaria y exuberante fertilidad. Le rodeaban por todas partes abruptas y peñascosas montañas, cuyos picos más altos cubría eterna nieve. Muchos torrentes se despeñaban por sus flancos en murmuradoras cascadas. Una de estas, hacia el lado oeste, caía desde un precipicio tan elevado que, cuando la obscuridad reinaba en el valle y el sol había desaparecido para el resto del mundo, sus rayos brillaban aún sobre la catarata, que lucía como una lluvia de fuego. Los habitantes le daban por eso el nombre de Río de Oro.

Era extraño que ninguno de esos arroyos descendiera al mismo valle. Todos se dirigían hacia el otro lado de las montañas, para serpentear por vastas llanuras y enriquecer populosas ciudades. Pero las nubes se arremolinaban con tanta constancia sobre los cerros nevados que las detenían en su marcha



que, en los tiempos de calor y sequía, cuando todo el país alrededor estaba seco y quemado, siempre había bastante lluvia para el pequeño valle; y las cosechas eran tan abundantes, y el heno tan crecido, y la miel tan dulce, y las manzanas tan encarnadas, y las uvas tan azules, y el vino tan generoso, que era una maravilla para los que contemplaban ese rinconcito, digno de su nombre de Valle del Tesoro.

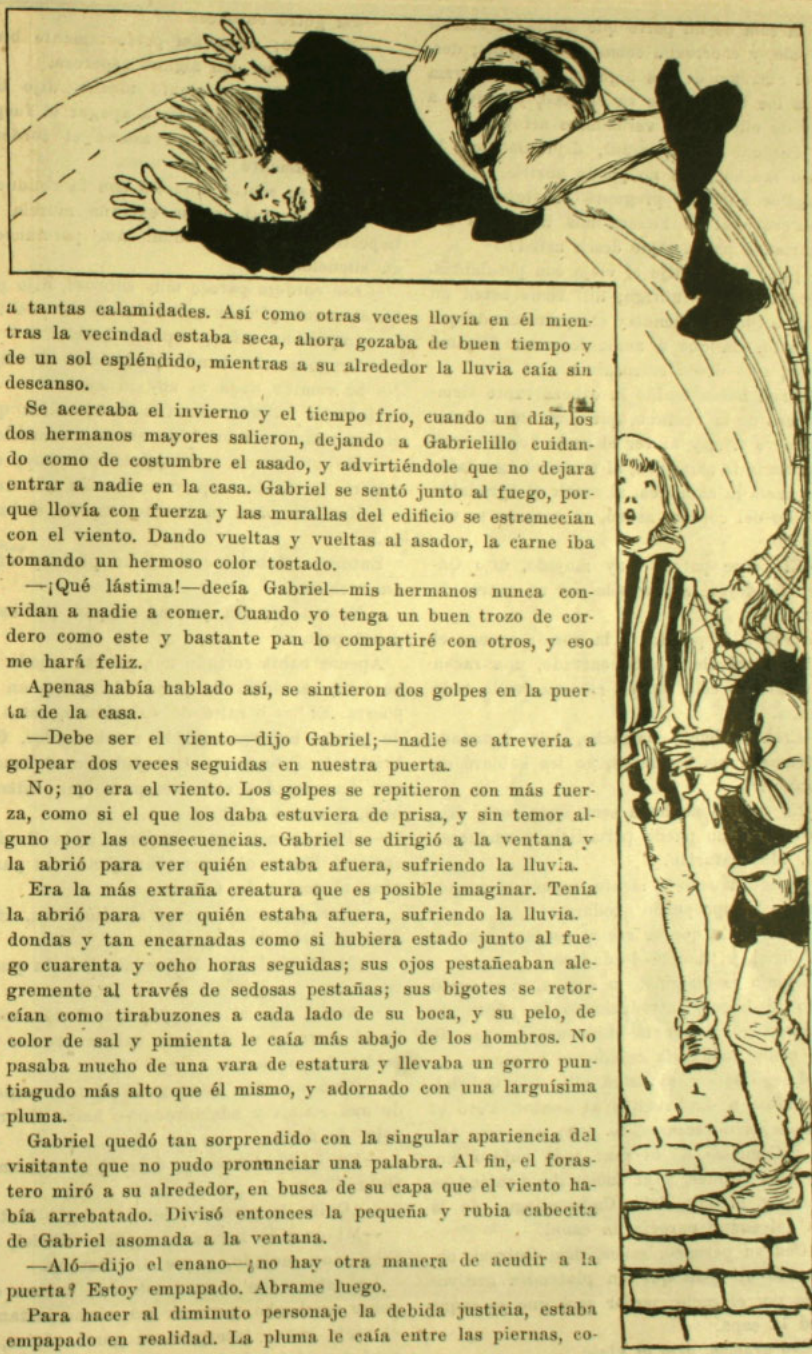
Pertenecía él todo entero a tres hermanos llamados Mateo, Juan y Gabriel. Mateo y Juan, los dos hermanos mayores, eran hombres muy feos, de cejas salientes y ojos pequeños y obscuros, siempre medio cerrados.

Vivían del cultivo del Valle del Tesoro, y eran por cierto muy buenos agricultores. Daban muerte a todo sér que no pagaba su comida. A los mirlos, porque picoteaban la fruta, a las comadrejas, por temor de que chuparan la leche de las vacas; a los grillos, porque comían las migas de la cocina, y a las cigarras que cantaban en el verano sobre los tilos. Hacían trabajar a sus sirvientes sin pagarles salario, y cuando ellos no querían continuar sirviendo, les arrojaban de la casa sin darles nada.

Habría sido raro que, con semejante heredad y tal sistema de explotarla, no hubieran llegado a ricos: lo eran y mucho. De ordinario conseguían guardar su grano hasta que estaba muy caro, y le vendían entonces por dos veces su valor. Tenían montones de oro, pero nadie supo nunca que hubieran dado de limosna ni un centavo ni un mendrugo de pan. Eran crueles y tiránicos con cuantos tenían que tratar con ellos, que luego se les conoció con el sobrenombre de "Los Hermanos Negros".

El hermano menor, Gabriel, era de carácter y apariencia muy diversos. No tenía más de doce años; era hermoso, de ojos azules y bueno con todo sér viviente. No se avenía con sus hermanos, o mejor dicho, éstos no le soportaban. Por lo regular debía ocuparse en el honorable oficio de galopín, cuando había algo que asar, lo que no era frecuente. Otras veces le empleaban en limpiar los zapatos, los pisos, y a veces la vajilla, y entonces le permitían, para estimularle, comer los restos dejados en los platos. Pero recibía más golpes que bocados.

Así transcurrió algún tiempo. Vino por último un verano muy húmedo, y la miseria asoló a la comarca. Apenas se había cosechado el heno, una inundación arrastró las gavillas hasta el mar; las viñas fueron despedazadas por el granizo, el trigo dañado por el polvillo negro. Sólo el Valle del Tesoro escapó



a tantas calamidades. Así como otras veces llovía en él mientras la vecindad estaba seca, ahora gozaba de buen tiempo y de un sol espléndido, mientras a su alrededor la lluvia caía sin descanso.

Se acercaba el invierno y el tiempo frío, cuando un día, los dos hermanos mayores salieron, dejando a Gabrielillo cuidando como de costumbre el asado, y advirtiéndole que no dejara entrar a nadie en la casa. Gabriel se sentó junto al fuego, porque llovía con fuerza y las murallas del edificio se estremecían con el viento. Dando vueltas y vueltas al asador, la carne iba tomando un hermoso color tostado.

—¡Qué lástima!—decía Gabriel—mis hermanos nunca convidan a nadie a comer. Cuando yo tenga un buen trozo de cordero como este y bastante pan lo compartiré con otros, y eso me hará feliz.

Apenas había hablado así, se sintieron dos golpes en la puerta de la casa.

—Debe ser el viento—dijo Gabriel;—nadie se atrevería a golpear dos veces seguidas en nuestra puerta.

No; no era el viento. Los golpes se repitieron con más fuerza, como si el que los daba estuviera de prisa, y sin temor alguno por las consecuencias. Gabriel se dirigió a la ventana y la abrió para ver quién estaba afuera, sufriendo la lluvia.

Era la más extraña creatura que es posible imaginar. Tenía la abrió para ver quién estaba afuera, sufriendo la lluvia. dondas y tan encarnadas como si hubiera estado junto al fuego cuarenta y ocho horas seguidas; sus ojos pestañeaban alegremente al través de sedosas pestañas; sus bigotes se retorcían como tirabuzones a cada lado de su boca, y su pelo, de color de sal y pimienta le caía más abajo de los hombros. No pasaba mucho de una vara de estatura y llevaba un gorro puntiagudo más alto que él mismo, y adornado con una larguísima pluma.

Gabriel quedó tan sorprendido con la singular apariencia del visitante que no pudo pronunciar una palabra. Al fin, el forastero miró a su alrededor, en busca de su capa que el viento había arrebatado. Divisó entonces la pequeña y rubia cabecita de Gabriel asomada a la ventana.

—Aló—dijo el enano—¿no hay otra manera de acudir a la puerta? Estoy empapado. Abrame luego.

Para hacer al diminuto personaje la debida justicia, estaba empapado en realidad. La pluma le caía entre las piernas, co-

mo la cola de un perro que acaba de recibir un palo, y chorreaba como un paraguas; desde el extremo de sus bigotes, el agua corría hasta los bolsillos de su chaleco, y volvía a salir de ellos como verdaderos arroyos.

—Perdone usted, señor, dijo Gabriel, lo siento mucho, pero no puedo abrirle.

—¿Por qué no? preguntó el viejo enano.

—Porque si lo hiciera mis hermanos me matarían a palos. ¿Qué desea usted?

—¿Qué deseo? dijo el viejo con petulancia. Necesito calor y abrigo; allí tiene usted un hermoso fuego ardiendo y chisporroteando que da gusto, sin que a nadie le sirva. Dejame entrar, sólo deseo calentarme.

Gabriel había tenido la cabeza tanto tiempo fuera de la ventana, que comenzó a sentir verdadero frío, y al ver el lindo hogar cuyas guas hacia la chimenea, al sentir el agradable guas hacia la chiminea, al sentir el agradablo olorcillo del cordero asado, su corazón se enterneció.

—El pobre parece muy mojado, dijo Gabriel. Le dejaré entrar sólo por un cuarto de hora.

Se fué a la puerta, y la abrió; apenas el diminuto caballero hubo entrado, una racha de viento se coló con él, estremeciendo toda la casa.

—Eres un buen muchacho, dijo el enano; no temas a tus hermanos, yo les hablaré en tu favor.

—Le suplico no haga semejante cosa, dijo Gabriel. Yo no puedo permitirle permanecer aquí. Me matarían.

—Amigo, mucho lo siento, repuso el enano. ¿Cuánto tiempo puedo quedarme?

—Sólo hasta que se ase el cordero, contestó Gabriel, y ya está dorándose.

El viejo se dirigió a la cocina, y se sentó junto al hogar, introduciendo la punta de su largo gorro por la chimenea, porque de otro modo no habría cabido en la pieza.

—Luego se secará usted allí, dijo Gabriel, sentándose a dar vueltas al asador. Pero el viejo, lejos de secarse, se puso aún más húmedo. Comenzó a chorrear todo entero mojando los tizones, y el fuego iba poniéndose oscuro, y la sala fría. Cada pliegue de la capa del enano parecía un canal.

—Con su permiso, señor, dijo Gabriel, observando el agua que en plateados arroyos corría por el suelo; mejor será que se saque usted la capa.

—No gracias, dijo el viejo.

—Su gorro entonces.

—Tampoco; estoy así perfectamente bien, repuso el enano, con alguna aspereza.

—Pero, señor, lo siento mucho, dijo Gabriel titubeando, usted va a apagar el fuego.

—Así tardará más en asarse el cordero, repuso secamente el viejo enano.

Gabriel se sentía inquieto con la conducta del huésped; tal era su extraña mezcla de impertinencia y humildad. Así permaneció en silencio.

—Ese cordero parece muy sabroso, dijo por fin el enano. ¿Puede usted darme un poco?

—Imposible, señor, repuso Gabriel.

—Tengo mucha hambre, continuó el viejo. No he comido nada ni hoy ni ayer.

Hablaba en un tono tan melancólico que el corazón de Gabriel se sintió conmovido.

—Me ofrecieron una tajada por hoy, caballero. Se la daré: pero nada más que una.

—Eres un buen muchacho, repitió el enano.

Entonces Gabriel calentó un plato y afiló un cuchillo.

—No me importa que me casquen por esto, pensó para sí.

Apenas había cortado una gruesa tajada de cordero, se sintió un tremendo golpe en la puerta. El viejo saltó de su asiento, como si de pronto hubiera sentido mucho calor. Gabriel colocó de nuevo la tajada en el asado, con desesperados esfuezos para que calzara bien, y corrió a abrir.

—¿Porque nos haces esperar a la lluvia? exclamó Mateo al entrar, arrojando su paraguas al rostro de Gabriel.

—¿Por qué, mequetrefe? añadió Juan, dándole un tirón de orejas.

—¡Maldición! dijo Mateo al abrir la puerta.

—Amén, dijo el enano, que se había sacado el gorro, y se deshacía en reverencias en medio de la cocina.

—¿Qué significa esto? gritó Mateo, cogiendo una estaca y adelantándose hacia Gabriel rojo de furia.

—No lo sé, hermano, dijo el aterrorizado Gabriel.

—¿Quién le permitió entrar? rugió Mateo.

—Mi querido hermano, repuso Gabriel, estaba muy mojado, y me dió lástima.

La estaca iba a caer sobre la cabeza del pobre muchacho; pero en ese mismo instante, el viejo enano interpuso su gorro cónico, el cual despidió tal chorro de agua que inundó

toda la pieza. Lo más extraño fué que la estaca, apenas hubo tocado el gorro, salió despedida de la mano de Mateo, como una paja arrebatada por el viento, y fué a caer en el rincón más remoto de la cocina.

—¿Quién es usted, señor, preguntó Mateo, volviéndose hacia él.

—¿Qué le trae aquí? agregó Juan.

—Soy un pobre viejo, señor, dijo el enano en tono muy modesto; ví vuestro fuego al través de la ventana, y pedí abrigo por un cuarto de hora.

—Mándese cambiar inmediatamente, entonces, dijo Mateo. Tenemos demasiada agua en la cocina para convertirla en secadero de viejos impertinentes.

—Hace mucho frío para echar un viejo a la intemperie. Vea usted mis cabellos grises.

—Ellos son bastante largos para abrigarlo, dijo Juan. ¡Fuera de una vez!

—Tengo mucha hambre, señor; ¿no podría darme un pedazo de pan antes de que me vaya?

—¡Pan todavía! dijo Mateo. ¿Supone usted que no tenemos nada que hacer con nuestro pan para darlo a borrachos de nariz colorada como usted?

—¿Por qué no vende usted su pluma? preguntó Juan burlonamente. Largo de aquí.

—Sólo un bocado, suplicó el viejo.

—¡Fuera! dijo Mateo.

—Por el amor de Dios, caballero.

—¡Fuera y el diablo te ahorque! gritó Juan, tomándolo por el cuello. Pero apenas había tocado al viejo señor, cuando fué lanzado al espacio detrás de la estaca, hasta caer en el mismo rincón que ésta. Entonces Mateo, lleno de furor, se precipitó sobre el enano; pero no tuvo mejor fortuna que su compañero, y fué a reunirse al rincón con la estaca y con Juan. Allí quedaron los tres hechos un ovillo. Entonces el viejo, después de pasear la vista a su alrededor, dijo con perfecta calma:

—Caballeros, les deseo muy buenas noches. A las doce en punto volveré a visitarles: después de la acogida que me han hecho, no extrañarán que la de esta noche sea mi última visita.

—Si llego a cogerte otra vez cerca de mi casa, murmuró Mateo, aún medio tembloroso en su rincón... Pero no alcanzó a terminar la frase. El viejo había salido, cerrando la puerta con violencia. Casi al mismo tiempo, inmensas nubes negras y desgarradas se arremolinearon por el valle, en caprichosas volutas, para fundirse luego en torrente de lluvia.

—Buena la has hecho, chiquillo imbécil, dijo Mateo. Trae el cordero. Si vuelves a repetir lo de esta noche... ¡Maldición! Han cortado el cordero.

—Usted me prometió una tajada, hermano, dijo Gabriel.

—Y tú te la has cortado caliente, supongo, y pensabas quedarte con todo el jugo. Pasará mucho tiempo antes que sepas lo que es cordero. ¡Fuera de aquí!

Gabriel salió de la pieza triste y melancólico. Los hermanos mayores comieron todo el cordero que les cupo en el cuerpo, encerraron los restos en un armario, y bebieron hasta quedar completamente borrachos.

¡Qué noche aquella! El viento soplaba y la lluvia caía sin descanso. Los hermanos mayores conservaron en su embriaguez justamente la razón necesaria para asegurar todos los barrotes y cerrojos de la casa que eran muchos. En seguida se fueron a la cama. Apenas el reloj dió las doce, fueron despertados por un tremendo ruido. La puerta del dormitorio se abrió con tal violencia, que la casa se estremeció hasta los cimientos.

—¡Qué es esto! gritó Mateo incorporándose.

—Soy yo, dijo el enano.

Los hermanos miraron en la oscuridad. La pieza estaba llena de agua, y pudieron ver en medio de ella una enorme burbuja, flotando y girando como un corcho, y montado encima el minúsculo señor con su gorro y todo. El techo de la pieza había sido arrebatado por el viento.

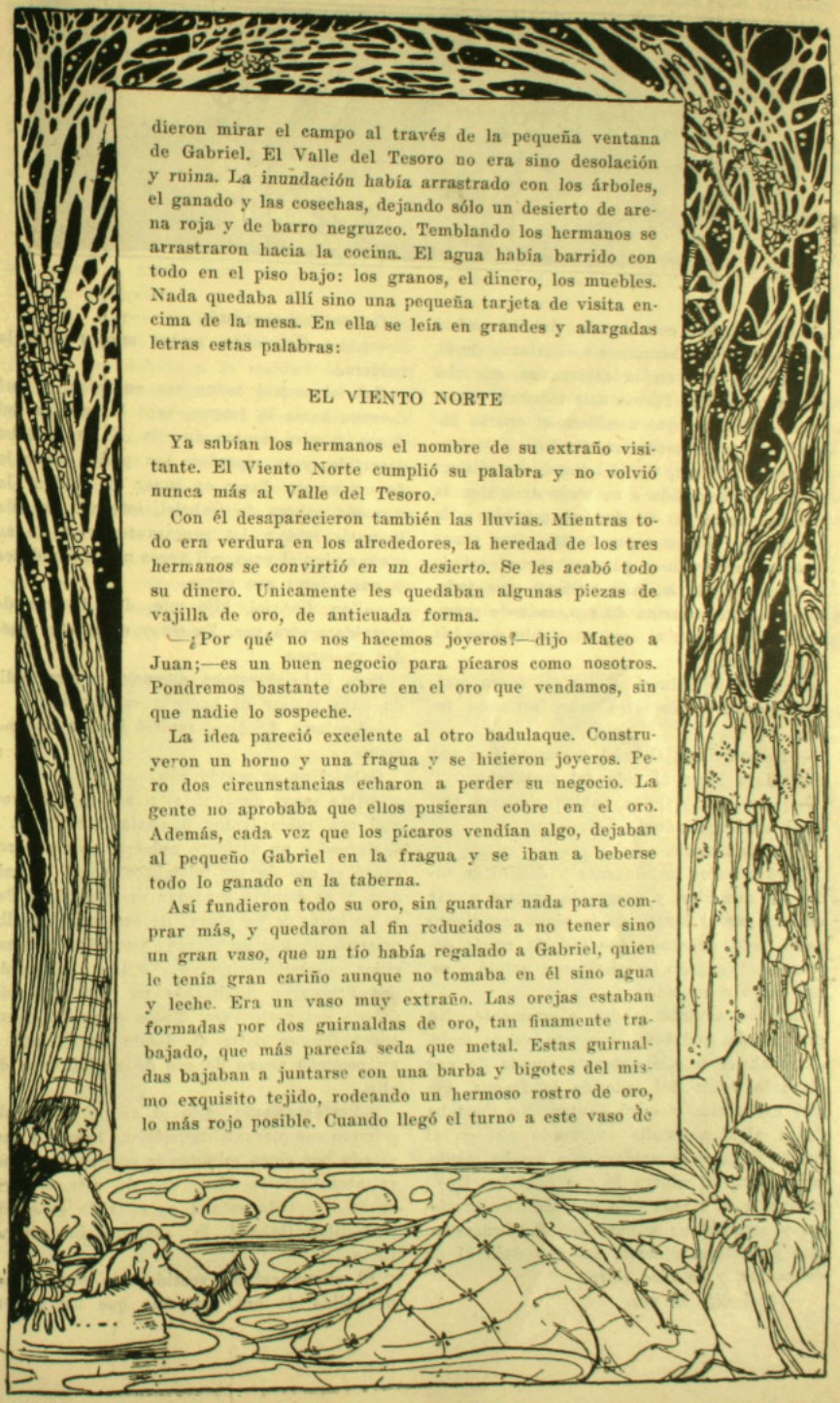
—Siento incomodarlos, dijo el visitante irónicamente. Temo que las camas de ustedes se hayan mojado un poco. Acaso sería mejor que se fueran al dormitorio de su hermano que todavía conserva su techo.

Los dos miserables no necesitaron una segunda amonestación, y se precipitaron en la pieza de Gabriel locos de terror.

—Ustedes encontrarán mi tarjeta de visita en la mesa de la cocina, dijo el viejo, siguiéndolos. Recuerden que esta es mi última visita.

—Dios lo quiera así, dijo Mateo tiritando. Y la espumosa burbuja desapareció con el enano encima.

El alba vino por fin, y los hermanos pu-



dieron mirar el campo al través de la pequeña ventana de Gabriel. El Valle del Tesoro no era sino desolación y ruina. La inundación había arrastrado con los árboles, el ganado y las cosechas, dejando sólo un desierto de arena roja y de barro negruzco. Temblando los hermanos se arrastraron hacia la cocina. El agua había barrido con todo en el piso bajo: los granos, el dinero, los muebles. Nada quedaba allí sino una pequeña tarjeta de visita encima de la mesa. En ella se leía en grandes y alargadas letras estas palabras:

EL VIENTO NORTE

Ya sabían los hermanos el nombre de su extraño visitante. El Viento Norte cumplió su palabra y no volvió nunca más al Valle del Tesoro.

Con él desaparecieron también las lluvias. Mientras todo era verdura en los alrededores, la heredad de los tres hermanos se convirtió en un desierto. Se les acabó todo su dinero. Unicamente les quedaban algunas piezas de vajilla de oro, de anticuada forma.

—¿Por qué no nos hacemos joyeros?—dijo Mateo a Juan;—es un buen negocio para pícaros como nosotros. Pondremos bastante cobre en el oro que vendamos, sin que nadie lo sospeche.

La idea pareció excelente al otro badulaque. Construyeron un horno y una fragua y se hicieron joyeros. Pero dos circunstancias echaron a perder su negocio. La gente no aprobaba que ellos pusieran cobre en el oro. Además, cada vez que los pícaros vendían algo, dejaban al pequeño Gabriel en la fragua y se iban a beberse todo lo ganado en la taberna.

Así fundieron todo su oro, sin guardar nada para comprar más, y quedaron al fin reducidos a no tener sino un gran vaso, que un tío había regalado a Gabriel, quien le tenía gran cariño aunque no tomaba en él sino agua y leche. Era un vaso muy extraño. Las orejas estaban formadas por dos guirnaldas de oro, tan finamente trabajado, que más parecía seda que metal. Estas guirnaldas bajaban a juntarse con una barba y bigotes del mismo exquisito tejido, rodeando un hermoso rostro de oro, lo más rojo posible. Cuando llegó el turno a este vaso de

ser fundido, el corazón de Gabriel sufrió mucho. Pero sus hermanos se burlaron de él, echaron el vaso en la caldera en que iba a derretirse, y se fueron a la taberna, encargando a Gabriel que amoldara el oro en barras en cuanto estuviera fundido.

Apenas salieron, Gabriel lanzó una última mirada de despedida a su viejo amigo en la caldera hirviendo. Se fué en seguida a la ventana, y vió las rocas de las altas cimas teñidas de carmín y púrpura por el sol de la tarde; y el río, más brillante que todo, en ondulante columna de oro, caía de precipicio en precipicio, con un doble arco-iris como adorno.

—¡Ah, dijo Gabriel, si ese río fuera realmente de oro! Entonces todos seríamos felices.

—Te equivocas, Gabriel, murmuró una voz muy clara junto al oído del muchacho.

—¡Dios mío! ¿Quién habla? exclamó Gabriel estremeciéndose.

No había nadie.

Miró a todos los rincones y dentro de todos los armarios, y enseguida empezó a dar vueltas por el centro de la pieza tan ligero como pudo, pensando que alguien corría detrás de él, cuando la misma voz volvió a sonar junto a su oído.

La voz cantaba ahora alegremente. No pronunciaba palabras sino una suave melodía. Gabriel se dió entonces cuenta de que el ruído venía del lado de la fragua. Corrió hacia ella y miró dentro. No quedaba duda: alguien estaba encerrado allí en el fuego. Destapó la caldera con mucho miedo, porque era la caldera la que cantaba. Huyó enseguida al rincón más apartado de la pieza, y aguardó un minuto con los brazos en alto y la boca abierta. La voz dejó al fin de cantar, y se hizo clara.

—¡Aló! dijo la voz.

Gabriel no contestó.

—¡Aló! Gabrielito, amigo mío, repitió la caldera.

Gabriel reunió todas sus energías, y fué derecho hacia la fragua, sacó la caldera del fuego y miró dentro de ella. El oro estaba derretido, y su superficie tan pulida como la de un espejo. Pero, en lugar de reflejar la pequeña cabeza de Gabriel, éste vió en ella la nariz roja y los penetrantes ojos de su viejo amigo el vaso, mil veces más encendidos y punzadores que antes.

—Ven, Gabriel, hijo mío, dijo la voz de la caldera otra vez. Ya estoy en punto: puedes vaciarme.

Pero Gabriel estaba demasiado sorprendido para pensar ni hacer cosa alguna.

—Vacíame, te digo, repitió la voz asperamente.

Gabriel no se movió aún.

—¡Me sacas de aquí, sí o no! dijo la voz casi con rabia; estoy demasiado caliente.

Merced a un violento esfuerzo, Gabriel recobró el uso de sus miembros, cogió la caldera y se dispuso a vaciar su contenido. Pero en lugar de un chorro de oro, salió de ella primero un par de piernas pequeñas y amarillas, después algunas costillas, enseguida dos brazos, y finalmente la bien conocida cabeza del viejo vaso. Todos estos fragmentos uniéronse entre sí, dando nacimiento a un pequeño enano de oro de media vara de alto.

—Perfectamente, dijo el enano, estirando primero sus piernas, después sus brazos y moviendo por cinco minutos la cabeza como para atornillársela bien. Cuando estuvo seguro de que todo estaba en su sitio se quedó tranquilo. Gabriel le contemplaba estupefacto.

El enano estaba vestido con una casaca de tejido de oro, tan fina que los colores

brillaban en ella como en la superficie de una concha de perla. Sobre la casaca caía su larga cabellera tan amarilla y ondulosa como siempre.

Dirigió sus pequeños y agudos ojos hacia Gabriel y estuvo mirándolo atentamente algunos minutos. Así nuestro amigo tuvo tiempo de poner en orden sus pensamientos, y no encontrando razón para temer a su pequeño visitante, se atrevió a interrogarle.

—Con su permiso, señor ¿es usted mi vaso?

A lo cual el enano dió media vuelta sobre si mismo y creció hasta la altura de un hombre cualquiera.

—Soy el rey de lo que los mortales llaman el Río del Oro. La forma en que me conociste fué debida a la maldad de un rey aún más poderoso que yo y que me encantó de esa suerte. Tú me has librado de ese encanto. Lo que he visto de tu conducta y de la perversidad de tus hermanos, me mueve a serte útil; escucha, pues, lo que voy a decirte. Cualquiera que suba a la cumbre de la montaña donde nace el Río del Oro, y arroje en sus fuentes tres gotas de agua bendita, verá ese río volverse de oro, pero sólo para él mismo. Ninguno que haya fracasado una vez en esta aventura puede repetirla; y si alguien arroja en las fuentes agua no bendita, será arrebatado por el torrente y convertido en una piedra negra.

Así diciendo, el Rey del Río de Oro se dirigió hacia la fragua y se colocó deliberadamente en el centro de la llama más ardiente del horno. Su figura se tornó roja, blanca, transparente, vaporosa, al fin un rayo de intensa luz rosada y temblorosa y desapareció. El Rey del Río de Oro se había evaporado.

—¡Oh! gritó Gabriel corriendo a mirar la chimenea detrás de él. ¡Mi vaso, mi querido vaso, mi vaso!

No bien hubo realizado el Rey del Río de Oro su extraña salida, cuando Mateo y Juan entraron en la pieza, beodos y gruñones.

El descubrimiento de la pérdida total de la última pieza de oro que poseían, les espantó la borrachera instantáneamente. Cogieron sendos garrotes y estuvieron cascando al pobre Gabriel por un buen cuarto de hora. Se sentaron en seguida en un par de sillas y le preguntaron sólo entonces qué podía decir en su defensa. Gabriel les refirió su historia, de la que ellos no creyeron, por supuesto ni una palabra. Continuaron cascando al infeliz muchacho hasta que el cansancio

de sus brazos les obligó a suspender esta tarea, para irse a la cama. A la mañana siguiente, los dos hermanos, después de reñir largo tiempo acerca de cual de ellos intentaría primero la aventura, tomaron sus sables y empezaron a batirse. El ruido del combate alarmó a los vecinos, los cuales llamaron a la policía.

Juan consiguió huir y ocultarse; pero Mateo hubo de comparecer ante el juez, quien lo condenó a una multa por perturbar el orden. Como el miserable se había bebido hasta el último centavo la noche anterior, no pudo pagar la multa y le dejaron en la cárcel.

Cuando Juan oyó esto quedó encantado. Nadie le impediría ahora ir solo al Río del Oro. Lo difícil era conseguir agua bendita. Fué donde el sacerdote, pero el sacerdote no podía dar agua bendita a un malvado como ese. Así Juan se vió obligado a robar una copa llena en la pila del bautisterio. Después de esta hazaña regresó a su casa en triunfo.

A la mañana siguiente se levantó antes del alba, puso el agua bendita en una botella, llenó otras dos de vino, puso en una canasta carne y golosinas; y bien provisto de todo se marchó a la montaña.

Hacía un día tan hermoso como para hacer feliz a cualquiera aun sin un río de oro que buscar. Suaves estrías de vaporosas nieblas corrían por la falda de los cerros, mientras las cimas de estos se elevaban en el azul puro del cielo.

El Río de Oro estaba casi en la sombra. Sólo eran visibles sus más altas caídas, que flotaban en ondulantes cendales movidos por el viento de la mañana.

En este único objeto se fijaban las miradas y pensamientos de Juan. Olvidando la distancia que tenía que recorrer, caminó con tan imprudente rapidez, que se sintió exhausto antes de haber escalado la primera cadena de cerros bajos y verdes. Mucho le sorprendió, sin embargo, encontrar detrás de ellos un ancho ventisquero de cuya existencia no tenía la menor noticia, y que era preciso atravesar.

Penetró en él con la seguridad y práctica de un avezado montañés; sin embargo luego vió que jamás en su vida había atravesado un ventisquero tan extraño y peligroso. El hielo era excesivamente resbaladizo, y de to-

das sus grietas surgía un ruido salvaje de agua chorreando. El hielo crujía y temblaba bajo sus pies. Con indecible terror saltó la última y ancha grieta, y ya exhausto pisó el suelo firme de la montaña.

El camino seguía sobre un precipicio formado de rocas estériles de color rojizo, sin una brizna de yerba para suavizar el sendero, ni un arbusto cuya sombra mitigara los ardientes rayos del sol. Era más de mediodía, y el calor era intenso en esa atmósfera inmóvil y sofocante. Una sed intensa vino a agregarse a los padecimientos de Juan. Sus miradas se dirigían instintivamente hacia el frasco de agua bendita pendiente de su cinturón.

—Tres gotas bastan, pensó al fin. Puedo refrescar mis labios con ésto.

Abrió el frasco e iba a llevarlo a sus labios, cuando percibió un ser viviente echado en las rocas delante de él. Era un perrito, en las últimas agonías de la horrible muerte por la sed. Sus labios y lengua estaban secos, y negras hormigas penetraban impunemente en su boca entreabierta. Su angustiosa mirada se dirigió hacia la botella que Juan tenía en la mano. Pero Juan, después de beber, dió al moribundo perrillo un puntapié, y pasó adelante. No podemos describir lo que sucedió entonces, pero algo como una extraña sombra cruzó el azul del cielo.

El camino se hizo aún más escarpado; y la altura, lejos de refrescar la atmósfera, parecía hacerla más caliente. El ruido de las cascadas resonaba burlonamente en sus oídos. Su sed crecía momento a momento.

Transcurrió otra hora y Juan volvió a mirar su frasco: estaba ya medio vacío; pero había mucho más de tres gotas en él. Se detuvo para abrirlo, y de nuevo vió algo moviéndose en el sendero delante de él. Era un hermoso niño, tendido en los peñascos, casi sin vida, cerrados los ojos y quemantes los labios. Juan lo miró con toda calma, bebió y pasó adelante. Y una nube gris, oscura y siniestra comenzó a enrollarse en los flancos de la montaña.

Juan continuó su camino. El sol iba a ponerse, pero el calor no disminuía. La abrasada atmósfera le oprimía el pecho, pero el término del viaje se acercaba. Vió la cascada del Río de Oro a poco más de cien metros de distancia. Se detuvo un momento a tomar aliento.

Entonces sintió un débil gemido. Un anciano yacía moribundo en el suelo. Densamente pálido, agonizaba con los labios resecos.

—¡Agua! balbuceó, extendiendo los brazos sin vida. ¡Agua! Estoy muriendo.

—No tengo, repuso Juan. Tú has cumplido tu misión en el mundo.

Atropellando el cuerpo del moribundo pasó adelante. Un azulado relámpago atravesó el cielo como un dardo. El trueno resonó por tres veces encima de la montaña. El sol se puso como una esfera de sangre. Impenetrables tinieblas envolvieron la tierra.

El retumbar de la cascada vino a herir los oídos de Juan. Se encontraba al borde del abismo de donde se despeñaba. Sus ondas eran iluminadas por los rojos fulgores del ocaso; sus espumas eran como lenguas de fuego. El ruido se hizo atronador. Juan todo tembloroso, arrojó el frasco de agua bendita en el torrente.

Apenas lo hizo, se escapó de sus labios un grito aterrador; vaciló un momento, y las aguas ahogaron su última maldición. El quejumbroso rugir del torrente, se cerró para siempre sobre **la piedra negra.**

El pobre Gabrielito esperaba ansiosamen

te en su casa el regreso de su hermano. Como no volviera, se asustó mucho y fué a la prisión a referir a Mateo lo que había sucedido. Mateo se alegró mucho de saberlo, y supuso que Juan había sido convertido en una piedra negra. Así el oro iba a ser sólo para él.

Pero Gabriel estuvo muy triste y lloró toda la noche. Cuando vino la mañana no había en la casa ni dinero ni pan. Entonces Gabriel fué a ofrecer sus servicios donde otro joyero, y trabajó tanto y tan bien que en algunos días ganó para pagar la multa de Mateo, que así pudo salir de la prisión. Apenas el ingrato hermano se vió libre, sólo pensó en ir a buscar el oro del río. Gabrielito le suplicaba que fuera en busca de su otro hermano.

Cuando Mateo supo que Juan había robado el agua bendita, pensó que tal procedimiento debió parecer mal al Rey del Río de Oro, y determinó proceder de otra suerte. Con una parte del dinero ganado por Juan, fué donde un mal sacerdote que consintió en venderle un poco de agua bendita. Entonces Mateo, seguro de que todo su proceder era correcto, se puso como su hermano en camino de la montaña.

Igual fué su sorpresa al encontrar el ventisquero que obstruía el camino. El día era sereno pero poco luminoso. Una niebla purpúrea y sofocante envolvía la montaña. La sed no tardó en hacerse sentir. Mateo destapó su frasco para beber. Vió entonces al niño arrojado en las rocas que sollozaba por un poco de agua.

—¡Agua! No faltaba más, dijo Mateo. Apenas tengo para mí; y pasó adelante. Entonces los rayos del sol le parecieron menos claros, y una nube siniestra surgió del lado del oeste. Cuando hubo caminado otra hora, sintió de nuevo sed y quiso beber. Vió al instante al viejo moribundo.

—¡No tengo agua ni siquiera para mí!—dijo Mateo y pasó adelante.

Una vez más la luz pareció debilitarse, y una bruma de color de sangre ocultó el sol. Nubes tempestuosas se arremolinaban en el horizonte.

Mateo se sintió poseído de inexplicable horror, sin saber por qué causa. Pero la sed de oro prevaleció sobre su miedo, y continuó su camino.

Llegó también a la orilla del precipicio. Al arrojar el frasco de agua bendita en las ondas de la misteriosa cascada, resonó el trueno por todos los ámbitos del espacio, y las rugidoras espumas del Río de Oro se cerraron sobre dos **piedras negras.**

Cuando Gabriel vió que Mateo no regresaba, se puso muy triste, y no sabía qué hacer. El joyero donde trabajaba era muy avaro y le pagaba muy poco dinero.

Así, después de dos o tres meses, Gabriel, cansado, resolvió buscar fortuna en el Río de Oro.

—El Rey parecía muy bondadoso, pensaba. El no querrá convertirme en una piedra negra.

Se fué, pues, donde un sacerdote que le dió sin dificultad un poco de agua bendita. Con ella Gabriel partió para las montañas.

Si el ventisquero había ocasionado gran fatiga a sus hermanos mayores, fué veinte veces peor para Gabriel, que no era tan fuerte y mucho menos práctico en subir montañas. Cayó varias veces con peligro de su vida, y le asustaron mucho los siniestros ruidos que salían de las heladas grietas. Tuvo que descansar un buen rato al otro lado del ventisquero, antes de continuar su camino. Comenzó a subir a la hora más ardiente del día. Después de una hora, sintió una sed horrible, y cuando iba a beber como sus hermanos vió al viejo que se moría arrastrándose penosamente por las rocas y pidiendo agua.

—Hijo mío,—dijo el viejo—me muero de sed. Dame un poco de esa agua.

Gabriel lo miró, y cuando vió que estaba pálido y moribundo le dió de beber.

—Sólo te pido que no la agotes toda,—le dijo Gabriel.

Pero el viejo bebió bastante y le devolvió la botella vacía de dos tercios, pero deseándole buena suerte. Gabriel continuó alegremente su camino. El sendero le pareció más fácil; dos o tres briznas de yerba aparecieron entre las rocas, y algunas cigarras empezaron a cantar a su alrededor. Y Gabriel pensó que nunca había oído un canto tan alegre.

Continuó su viaje por otra hora más, y, sintiendo nuevamente sed, quiso beber. Pero al llevarse el frasco a la boca, vió un lindo niño tendido exánime sobre el sendero, y que pedía de beber con lastimeros sollozos. Gabriel luchó consigo mismo y con la sed que le devoraba, y puso la botella en los labios del niño, quien se la bebió toda, salvo algunas gotas.

La pobre criaturita se sonrió y, levantándose, echó a correr por la ladera abajo; Gabriel lo siguió con la vista, hasta que pareció tan pequeña como una estrellita, y en seguida continuó su camino. Todas las variedades imaginables de perfumadas flores crecían en las rocas, musgos de brillante verde, pálidas y rosadas prímulas, suaves gencianas más azules que el cielo y albas lises más puras que la nieve. Mariposas amarillas y purpúreas revoloteaban por el aire, y el cielo apareció tan transparente y sereno como el alma regocijada de Gabriel.

Cuando nuestro amiguito hubo caminado una hora más, su sed se hizo otra vez intolerable, pero al ir a beber vió que en la botella sólo quedaban cinco o seis gotas y debió guardarlas para convertir en oro el agua del torrente encantado. Al guardar la botella, vió el perrito agonizante que sufría el martirio de la más horrible de las muertes. Gabriel se detuvo a mirarlo, y vió al mismo tiempo el Río de Oro a muy pocos pasos de allí. Recordó las palabras del enano, de que nadie que fracasara una vez en esa aventura podía volver a intentarla. Iba a pasar adelante del perro, cuando éste aulló lastimosamente. Gabriel se detuvo de nuevo.

—Pobre bestia,—dijo—se habrá muerto ya cuando vuelva a socorrerle. Llévese otro el tesoro del Rey del Río de Oro.

Y, abriendo la botella, la vació en los labios del perro.

El animal se sacudió, sentándose sobre las patas de atrás. Desapareció su cola; sus orejas se transformaron en largos, muy largos cabellos sedosos; su nariz se puso muy roja; sus ojos empezaron a pestañear vivamente. En tres segundos el perro había desaparecido, y ante Gabriel se encontraba sólo su viejo conocido el Rey del Río de Oro.

—Gracias,—dijo el monarca;—no te asustes: has obrado bien. ¿Por qué no viniste tú primero, en lugar de enviar a esos bribones de tus hermanos? Así me habrías evitado el disgusto de convertirlos en piedras negras. Harto duras piedras, por cierto.

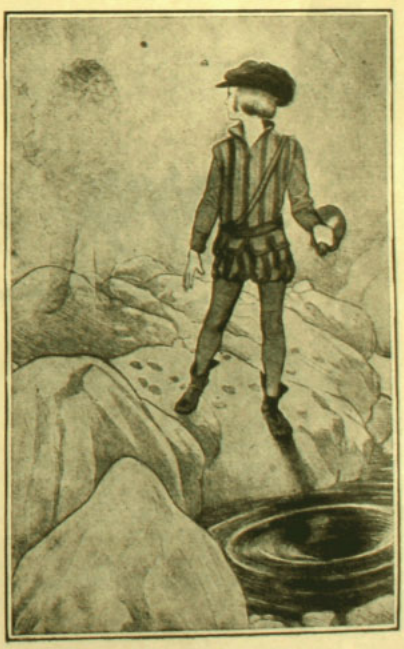
—¡Oh, señor!—dijo Gabriel.—¿Ha sido usted en realidad tan cruel?

—¿Cruel?—dijo el enano.—Ellos arrojaron agua no bendita en mi río. ¿Puedes suponer que yo iba a perdonar eso?

—¿Cómo?—dijo Gabriel.—Yo puedo asegurar a Vuestra Majestad que ellos tomaron esa agua de la pila de la Iglesia.

—Muy probable,—dijo el enano—pero el agua rehusada al sediento y al moribundo no es bendita aunque la hubiere bendecido un santo del cielo, y el agua que ha servido a una buena obra es sagrada, aunque se haya filtrado entre cadáveres.

Hablando así, el enano arrancó una flor



de lis que crecía a sus pies. En sus blancos pétalos brillaban tres gotas de rocío. El enano las puso en la botella de Gabriel.

—Arrójalas en el río,—le dijo—y baja al otro lado del Valle del Tesoro. ¡Buen viaje!

Gabriel se encaramó al borde del precipicio, debajo del cual las aguas del Río de Oro se despeñaban tan claras como el cristal y tan brillantes como el sol. Y cuando hubo arrojado las tres gotas de rocío en la corriente, se abrió en el centro de ésta un torbellino circular por el que descendían las aguas produciendo un sonido musical.

Entretanto, la figura del enano se desvanecía poco a poco. Una especie de niebla hacía palidecer los brillantes colores de su traje. El monarca se evaporó al fin por completo.

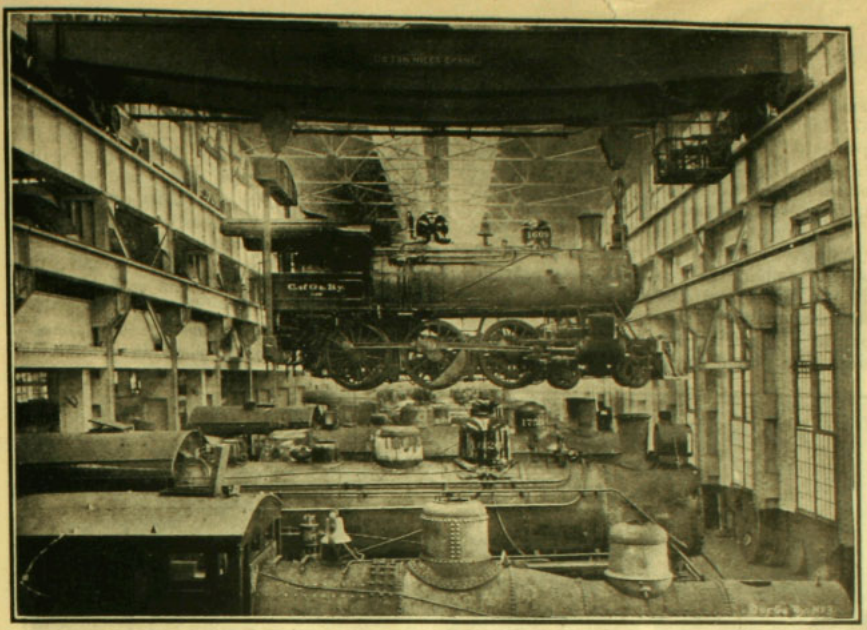
Gabriel permaneció por algún tiempo esperando que el río se convirtiera en oro, pero lejos de eso, sus aguas parecían haber disminuído en cantidad. Bastante desengañado, obedeció sin embargo las órdenes del enano, y bajó por la montaña al lado opuesto al Valle del Tesoro. Entonces sintió el ruido de agua que corría por debajo de la tierra. Al llegar a la vista del Valle del Tesoro, descubrió un nuevo río que tomaba su origen al pie de una roca, y que corría alegremente por entre los secos arenales de su hasta entonces árida heredad.

Tiernas hierbas crecían al paso de las aguas bienhechoras. Los árboles reverdecían sobre el húmedo suelo. Las flores brillaban, los bosquecillos de mirtos y los viñedos arrojaban sus frescas sombras sobre el Valle dichoso. La heredad de Gabriel era otra vez un encantado jardín. Lo que perdió la crueldad lo había ganado el amor.

Gabriel habitó en el Valle y los pobres nunca fueron arrojados de su puerta. Los graneros rebosaron de mieses y la casa de tesoros. Según la promesa del enano, el río se había convertido en una fuente de oro.

Hasta el día de hoy los habitantes del valle señalan el sitio en que fueron arrojadas las tres gotas de rocío santo que llevaron el Río del Oro al Valle del Tesoro.

Y hacia la cumbre de la cascada se ven dos piedras negras, sobre las cuales las aguas murmuran siniestramente al ponerse el sol. El pueblo las llama "Los hermanos negros"



Un puente-grúa de 120 toneladas, en el momento de levantar una pesada locomotora, tal como ocurrirá en la maestranza de San Bernardo.

Las Maestranzas de San Bernardo

Por

Carlos Valenzuela Cruchaga

Con ilustraciones fotográficas

San Bernardo ve alzarse con íntima satisfacción en los hermosos campos de Cerro Negro, vecinos al pueblo, las construcciones monumentales que en pocos meses más han de albergar las nuevas Maestranzas de los Ferrocarriles del Estado.

Será un gran honor para el país y en especial para la Dirección de los Ferrocarriles contar con un establecimiento modelo en su género en el mundo entero, a donde ya han venido a buscar normas e inspiración para abordar trabajos similares, administraciones tan prósperas como las de Nueva Zelanda.

El proyecto que se ejecuta en la actualidad es el de la casa norte-americana Niles Bement Pond, premiado con £ 4000 en el concurso mundial abierto por la Empresa en 1914 para proveerla de un anteproyecto de maestranza apropiada a su red, con sus planos respectivos, dotación de maquinarias, presupuestos, etc. Es obra del

eminente ingeniero norte-americano Mr. G. Henderson, en colaboración con los expertos de las firmas Niles Bement Pond y General Electric Co. en lo que respecta a máquinas herramientas y máquinas eléctricas respectivamente.

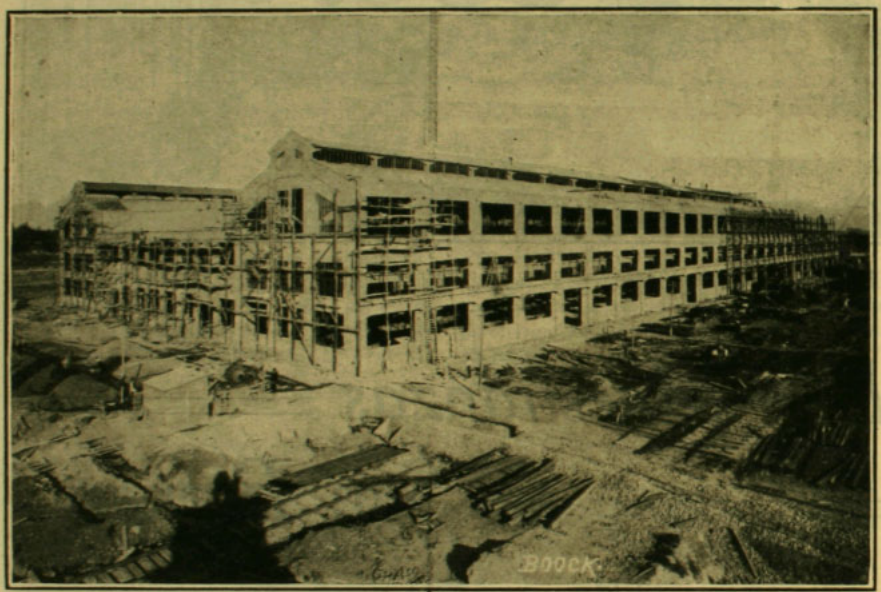
El proyecto original fué previsto para ejecutarse en acero estructural y concreto. Sin embargo a causa del alza extraordinaria experimentada por el acero como consecuencia de la guerra, hubo de optarse por la solución en concreto armado, ofrecida a un precio equitativo por la Compañía Holandesa al tiempo de abrirse las propuestas en julio de 1915.

Prescindiendo de las dificultades de índole constructiva que presenta el armado, el cambio era evidentemente favorable, como quiera que este material ofrece las mejores condiciones asísmicas que es dable obtener en un país de terremotos como el nuestro. Además su incombustibilidad absoluta y la enorme economía que reporta la combinación racional del fierro y concreto según los principios del concreto armado, hacen de él un material esencialmente adecuado para estas construcciones especiales.

Se contrató, pues, el grupo de edificios pertinente a la sección locomotoras con la Compañía Holandesa por la suma alzada de un millón setecientos setenta y siete mil seiscientos pesos de 18 peniques, ($ 1.777.600) y dos millones novecientos veintinueve mil setecientos pesos moneda corriente ($ 2.929.700). El plazo previsto de dos años termina en agosto próximo.

La maquinaria se adquirió de la Casa Niles Bement Pond en la suma de 604.500 dólares, y a la fecha está toda en el país.

El terreno que contendrá tanto la maestranza (45 hectáreas) como la población obrera (75 hectáreas) se adquirió por la suma de quinientos veintiséis mil pesos ($ 526.000) moneda corriente, en una zona inmediata a San Bernardo, tan pintoresca como apropiada por su ubicación cercana al centro del tráfico de la red ferroviaria.



Fachada del taller de locomotoras.

* *

En esta forma la Empresa abandonará sus anticuadas y estrechas Maestranzas divisionales de Valparaíso, Santiago y Concepción, para refundirlas en una sola Maestranza Central, montada con los últimos adelantos de la técnica correspondiente y en tres talleres secundarios, destinados a

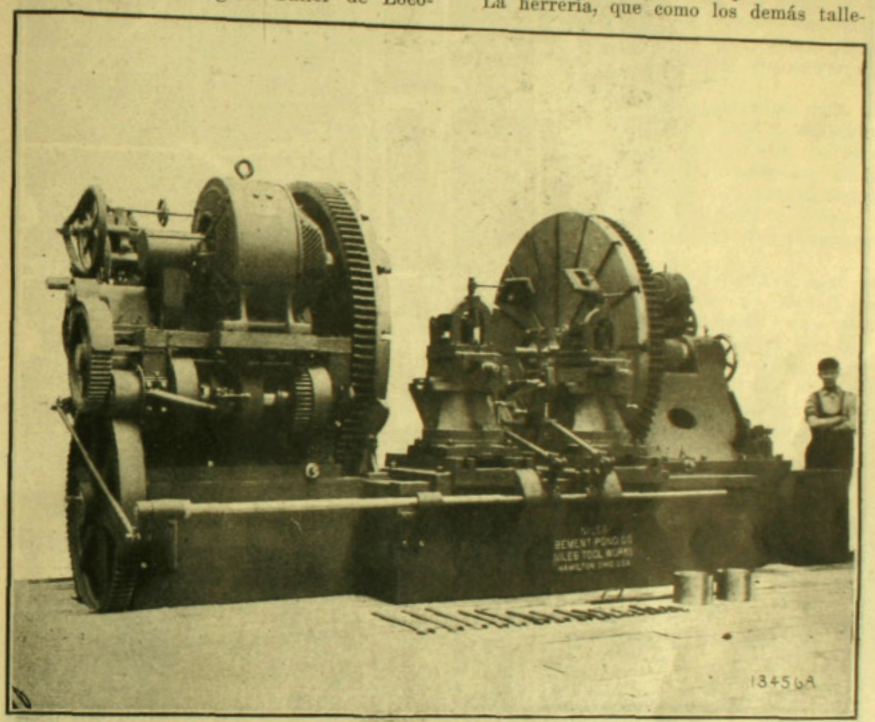
las reparaciones ligeras del material ferroviario.

La Maestranza Central de San Bernardo es formada por la agrupación racional de ocho grandes pabellones, destinados a los trabajos de herrería, fundición, modelería, armaduría de locomotoras, retretes y guardarropas, administración, almacenes, etc.

La característica sobresaliente de la construcción es el gran Taller de Locomotoras o Armadurías, cuyas proporciones gigantescas se destacan ya a primera vista desde larga distancia. Tiene 187,90 metros de largo por 37,18 metros de ancho, esto es, una superficie superior a 16.000 metros cuadrados, con una altura de 21,30 metros en las naves laterales. Digamos de paso que con estas dimensiones este **taller es el más grande del mundo construído hasta ahora en concreto armado.** *Lo sigue a* cierta distancia la fábrica de bebidas antialcohólicas de la "Anheuser-Bush, Brewing Association" San Luis, de Estados Unidos, con 180 por 76 metros igual a 13.680 metros cuadrados, que batió el record mundial hasta 1918.

El taller en cuestión consta de cinco naves de las cuales las dos laterales con techo en forma de A, que llevan los fosos, son las más elevadas para dar paso a los puentes grúas de 120 toneladas que correrán en toda su extensión. Las naves centrales que albergarán las máquinas-herramientas llevan un techo en forma de diente de sierra, con grandes ventanas a fin de proyectar abundante luz sobre el trabajo.

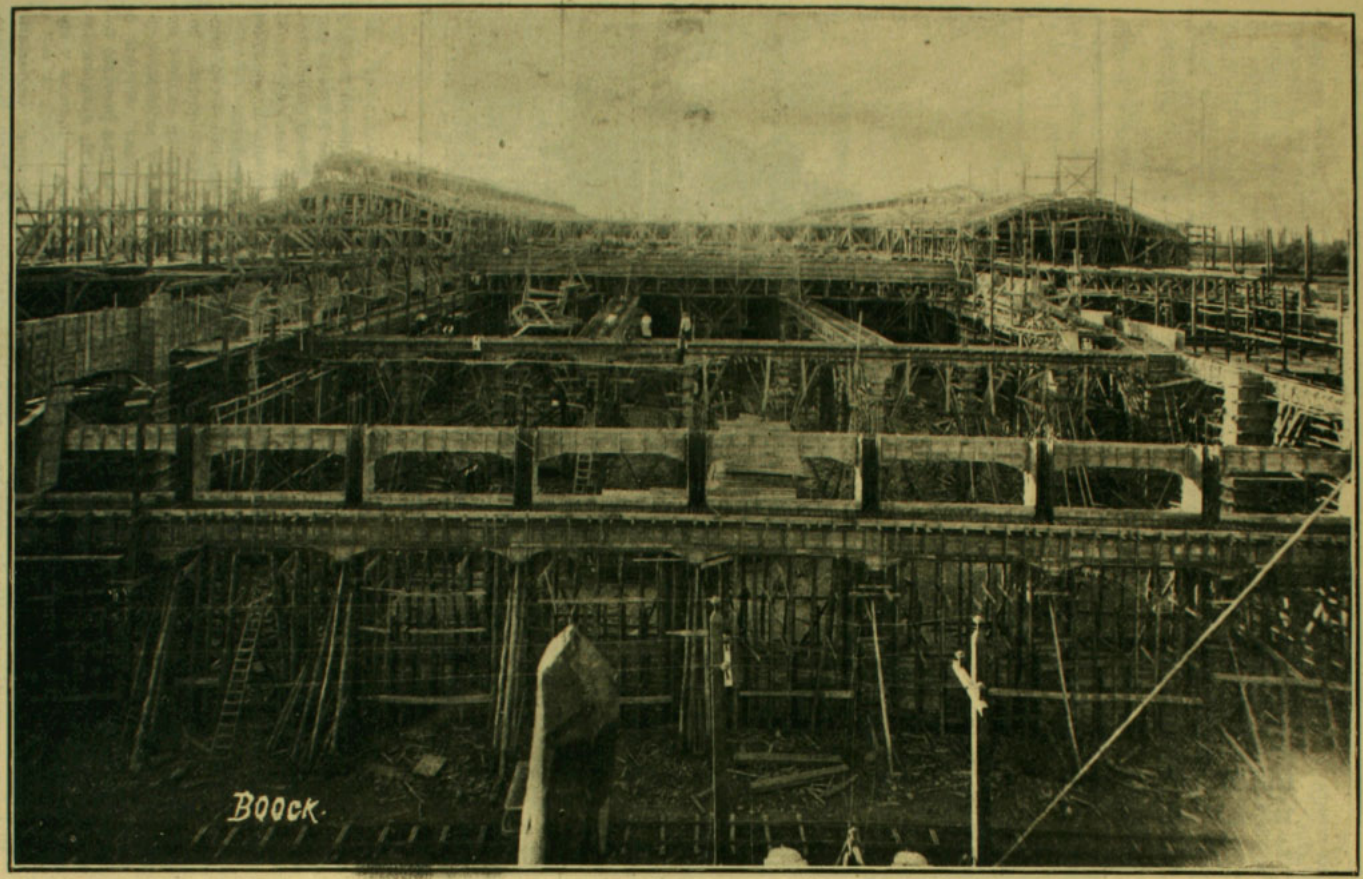
La herrería, que como los demás talleres, se comunica por vías de trocha ancha y angosta con la Armaduría, es formada por dos naves en arco. Los demás pabellones, incluso el Almacén, llevan también varias naves, no obstante de ser sus dimensiones inferiores a las de la Armaduría.



Uno de los grandes tornos de la maestranza.

Los talleres van pavimentados con adoquines de roble tratados con alquitrán, colocados sobre concreto, y en su confort interior, alumbrado natural y artificial, ventilación, evacuación de aguas servidas o de humos malsanos, etc. se han previsto todos los dispositivos capaces de garantir las seguridades más absolutas de higiene y comodidad.

Se ha dado también bastante importancia a las instalaciones de baño, lavatorios,



Vista general del taller de locomotoras por el costado sur.

guardarropas, etc., estableciéndose varios pabellones para este objeto.

Tratándose de un material tan delicado para su aplicación como es el concreto armado, ha sido preciso tomar un sinnúmero de precauciones durante la construcción que podrían quizá parecer redundantes al ojo profano: el cemento es objeto permanente de investigaciones prolijas relativas a su resistencia, lo mismo que las arenas y ripios; otro tanto hay que decir para el fierro y el concreto.

Los talleres de Resistencia de Materiales de las dos Universidades registran ya muchos cientos de guarismos pertinentes a los ensayes practicados. Las ferreterías de las armaduras, así como los moldes en que se vacía el concreto son objeto también de controles meticulosos. Los cálculos estáticos han sido sumamente laboriosos y han corrido a cargo de un grupo de ingenieros especialistas de la Compañía Holandesa, supervigilados por los ingenieros de la Empresa.

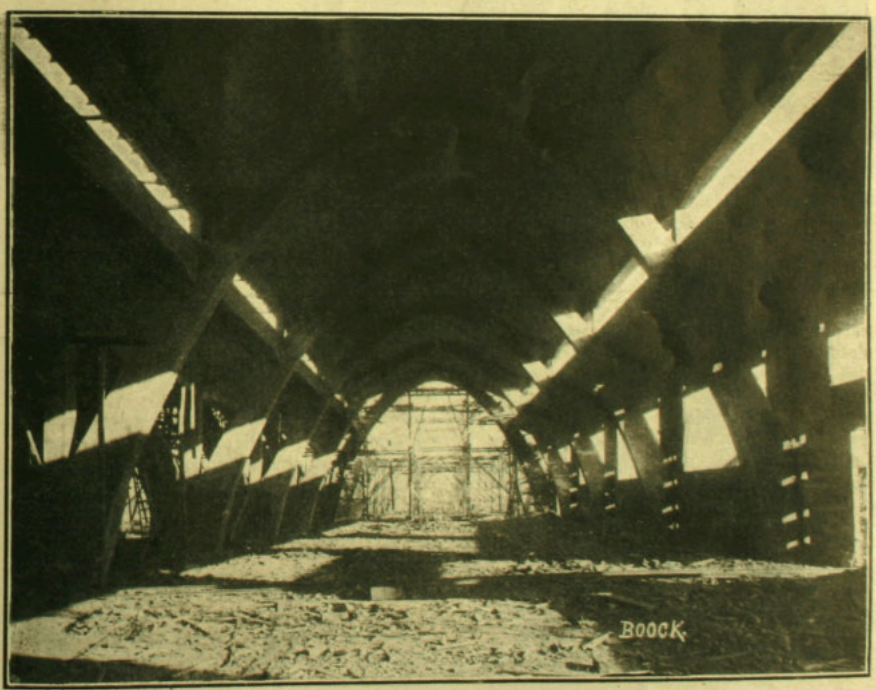
❦ ❦

En materia de maquinaria, la Maestranza quedará a un nivel que no le va en zaga a su edificación. Desde luego no se verá una sola correa que corte el aire, proyectando sombras molestas sobre las piezas en trabajos; todas las maquinarias serán accionadas por sendos motores eléctricos acoplados por intermedio de engranajes.

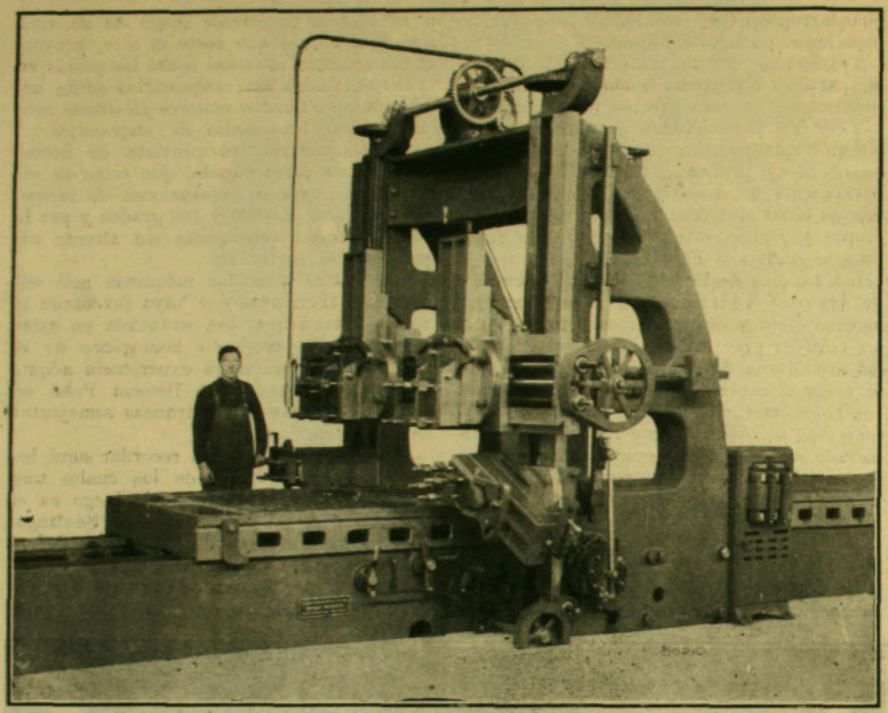
La maquinaria irá provista de herramientas de acero rápido, que como se sabe admiten grandes elevaciones de temperatura, hasta los 600 y 700 grados y por lo tanto grandes velocidades sin alterar sus propiedades cortantes.

Hay entre ellas las máquinas más eficientes e ingeniosas que haya inventado la técnica americana, tan avanzada en estas materias. Su conjunto homogéneo es el resultado de una larga experiencia adquirida por la casa Niles Bement Pond en equipar fábricas y maestranzas semejantes a la nuestra.

Entre otras, queremos recordar aquí los grandes tornos Pond, de los cuales uno de ellos se ha montado desde luego en el patio Sur de la Maestranza de Santiago, que retornea llantas de las ruedas deformadas, después de un recorrido de 60.000 kilómetros en 22 minutos contra 6 horas y más que ponían los antiguos tornos.



Interior de una sección de la herrería.



La acepilladora más grande de Sud-América con motor reversible, adquirida para la maestranza central.

Toda esta maquinaria ha sido agrupada de acuerdo a la naturaleza del trabajo por realizar, y no de acuerdo al tipo de máquinas, a fin de reducir a un mínimum el recorrido de las piezas por reparar.

Consecuentes con la idea de abreviar recorridos a la vez que de suprimir todo esfuerzo muscular, la Maestranza ha sido dotada de numerosos puentes gruas de todos tamaños, así como de "güinches" y de gruas auxiliares. Los grandes puentes gruas de 120 toneladas elevarán en el aire una locomotora completa con su ténder y la transportarán por encima de las demás en pocos minutos al foso de reparación

Una sub-estación de 1.000 kilowatts transformará convenientemente la corriente de alto voltaje que vendrá de la Florida para accionar toda la maquinaria. Además hay generadores de vapor y de aire comprimido a fin de mover los grandes martinetes y los taladros neumáticos.

Si para la Empresa la construcción de esta Maestranza se traducirá en enormes ventajas en orden financiero, ya que economizará cuantiosas sumas en mano de obra, fuera de realizar un trabajo de reparaciones infinitamente más rápido y eficiente que el actual, para el obrero se abre una era de inmensas proyecciones sociales.

Será la primera vez que tengamos en Chile una faena corriente de herrería, fundición, montaje, etc. instalada en uno de esos inmensos edificios que recuerdan tan de cerca a los talleres norte-americanos; esos talleres limpios, llenos de luz, pletóricos de máquinas, en que el esfuerzo muscular ha sido literalmente anulado, manejado por diestros obreros, conscientes de sus deberes y satisfechos con su trabajo bien remunerado. Esos talleres tan abundantemente diseminados en la gran República del Norte son el gran centro de dignificación del trabajo manual y del mejoramiento obrero.

En la historia industrial de los tiempos modernos les corresponde a los yanquis el

Interior del taller de locomotoras. Nótense las grandes vigas porta-grúas.

gran honor de haber sido los primeros en apreciar en todo lo mucho que vale el factor tiempo en el trabajo. Ellos fueron los primeros en concebir y aplicar sistemas de organización del trabajo tales que incitaran al obrero con un premio o con un salario excepcionalmente elevado a realizar su trabajo en un tiempo record.

Tal es el origen de los métodos de Ganz, Rowan y el más moderno de todos, el de Taylor, llamado por muchos conceptos a revolucionar la industria moderna; métodos calculados para redundar en beneficio recíproco de obreros y patrones.

Agreguemos todavía a estas perspectivas la Población Obrera que se extenderá en las 75 hectáreas vecinas a la Maestranza, terreno ya adquirido por la Empresa en el mismo fundo Cerro Negro.

Se ha pensado edificar allí una población obrera modelo, para albergar unos 4.000 habitantes, con sus parques, escuelas, campos de juego, avenidas circulares y radiales y se ha querido romper definitivamente con el pesado y monótono damero español, que ha sido hasta aquí, para nuestro mal, el único modelo seguido en la edificación urbana.

* *

No sería justo cerrar estas líneas sin recordar aquí el nombre del actual Director de los Ferrocarriles del Estado don Alejandro Guzmán, que concibió la idea del concurso mundial de planos y presupuestos para la Maestranza, que nos ha llevado a un proyecto tan genial; al señor Díaz Garcés, ilustrado periodista que sostuvo entusiasta y decididamente la idea del concurso; y por fin al Honorable Consejo de los Ferrocarriles, que siempre ha sabido allanar con toda facilidad cuanta dificultad se ha presentado en la ejecución de esta grande obra.

RECUERDOS DE MEDIO SIGLO

Fr. Armengol Valenzuela

Por P. Rojas

I. Viaje a Santiago.—II. El noviciado de San Miguel.—III. El P. Luis Gonzaga de Barcelona.—IV Don Ventura Marín.—V. El Ilmo. y Rmo. Sr. Valdivieso.—VI. Traslación del noviciado al Convento principal.—VII. La Biblioteca y su bibliotecario.—VIII. Profesores de idiomas que tuvo Monseñor.—IX. Don Luis Vergara y el corista Valenzuela.—X. Ordenación de Monseñor y su primera misa. —XI. Construcción del actual Convento.—VII. Venta de San Miguel y la chacra Varainca.—XIII. Primer viaje a Roma.—XIV. Venida al Ecuador.—XV. Vuelta a la patria.—XVI. Comendador de Valparaíso.—XVII. Elegido General en Roma.—XVIII. Viaje a Roma a tomar posesión de su elevado puesto.

Con ilustraciones fotográficas

Es una hermosa mañana de las últimas de marzo, cuando empiezan las brisas del otoño a refrescar el ambiente y a esparcir por la atmósfera los primeros aromas de las perfumadas margaritas que pueblan el jardín del Convento.

—Buenos días, Monseñor, decimos, después de golpear suavemente la puerta entreabierta de la celda en que Su Señoría recorre las páginas de "La Unión" paseándose de un lado a otro.

—Buenos días, nos contesta, ¿qué les trae por aquí?

—Venimos, Monseñor, a que nos conceda un momento de conversación y nos responda a unas cuantas preguntas que, con motivo de su Jubileo sacerdotal, queremos hacerle, acerca de sus primeros años en la Orden, de sus primeros estudios, de sus primeros maestros y compañeros, de sus primeros oficios, de sus primeros actos en el seno de la Comunidad, por considerar todo esto de actualidad palpitante y de suma importancia para los que nos interesamos de veras por las cosas de la Orden, sin dejar tampoco de comprender que todo esto despertará vivo interés.

—Perfectamente; todo está muy bien; pero temo que la memoria no me sea muy fiel al tener que recordar cosas y hechos ocurridos cincuenta y siete años a esta parte. Sin embargo; procediendo con orden y con calma, creo que podré satisfacer a ustedes y rejuvenecer mi espíritu con el recuerdo siempre grato de los años de la juventud, tan llenos de calor y de vida, que no es fácil olvidarlos por completo.

—Muchas gracias, Monseñor: procederemos con calma y seguiremos a Su Señoría en sus recuerdos, tales como se digne confiarlos a nuestra investigación. — Comenzamos.

—¿En qué año entró al convento Su Señoría?

—Creo que fué a mediados de 1860. En la cuaresma de este año, un religioso de la Merced, el R. P. Fr. Ramón Bisquert daba una corrida de ejercicios para hombres en el pueblo de Curepto, a la cual me tocó asistir. Su palabra llena de unción me impresionó de tal manera, que me sentí movido a abrazar el estado religioso, y a este fin estuve a confesarme con el señor Cura de la Parroquia, Don Dionisio González, anciano y santo sacerdote, que al oir mi resolución, me alentó con apostólico celo y me habló luego que me viniera al noviciado que los Mercedarios tenían en San Miguel de Santiago, y que gozaba de mucha fama de religiosidad y disciplina.

No pasó mucho tiempo, y con la venia de mis padres me dirigí a la ciudad de Talca, donde sabía tenían Convento los Merceda-

El P. Valenzuela, presidiendo el Capítulo en que se aprobaron las Constituciones de la Merced, en Roma, el año 1892.

rios. Allí encontré de Superior al R. P. Fr. Francisco Rojas, quien me recibió con paternal bondad y me dió cartas de recomendación para el Vicario Provincial de Santiago que era el P. José Donoso Pajuelo. Con estas cartas regresé a Gualleco, mi pueblo natal, para despedirme de mi familia y emprender viaje a Santiago. Este se hizo a caballo por la costa, desde Gualleco a Rancagua, porque hasta allí solo llegaba el ferrocarril. Me acompañaba un joven de mi edad, pariente mío, que también se hizo religioso y se llamaba Julián Sepúlveda.

Llegamos a Santiago y nos presentamos al P. Donoso Pajuelo, que, como he dicho, era Vicario Provincial y había sucedido en ese puesto al Iltmo Sr. Fray Francisco de Paula Solar, promovido en 1857 a la Sede Episcopal de Ancud. El P. Donoso nos envió a San Miguel, donde estaba el noviciado de la Providencia y del cual era maestro y Comendador el R. P. Fr. Benjamín Rencoret, a quien tendremos que ver figurar muchas veces en estas memorias.

—Sería interesante, Monseñor, saber algunos nombres de los religiosos que componían la Comunidad de San Miguel. ¿Recuerda algunos, Su Señoría?

—Cómo no; con el P. Rencoret vivían los Padres Lorenzo Morales, José Pérez y el anciano Padre Pacheco. En el coristado había algunos profesos de la **vida antigua**, como se decía entonces por aquellos que habían profesado votos solemnes antes de la Ordenación Pontificia que prescribió debían ser precedidos de los votos simples. De estos había algunos ordenados **in sacris**, como Fr. Mardones, Fr. Evaristo Hinojosa, Fr. Nicolás Castro y Fr. Antonio Alvarez; otros con órdenes menores solamente como Fr. Manuel Godoy, Fr. Salvador Aliaga y Fr. Manuel Chessi. Había también coristas de votos simples, profesores en San Miguel, como Fr. Matías Silva Fr. Aniceto Cornejo, los hermanos Fr. Rufino y Fr. Emilio Escobar, y un tal Morales, que salió luego de la Comunidad con dispensa de sus votos simples. En el noviciado encontré y fueron mis compañeros a Fr. Ignacio Beltrán y un hermano suyo que salió antes de profesar, a Fr. Luis Gonzaga Zañartu que en el siglo se llamaba Eliodoro; a Fr. Emilio Pacheco, que secularizó tan pronto como fué ordenado sacerdote y desapareció después, y a Fr. Eduardo Alvarez, hermano de Fr. Antonio.

Todos estos componían la Comunidad de San Miguel a nuestra llegada, y de todos ellos era confesor y padre espiritual el Padre Capuchino Luis Gonzaga de Barcelona, sacerdote de gran espíritu que tenía la dirección espiritual de varios conventos de hombres y mujeres y dirigía las concien-

Ultima fotografía del P. Valenzuela como General de la Merced, el año 1911.

cias de gran número de seglares, tenía el singular don de conmover a todos sus penitentes, por su favor y celo religioso, de tal manera, que pocos se levantaban de su presencia sin lágrimas en los ojos. Pues bien, el P. Luis Gonzaga vivía también casi de continuo en San Miguel, y su espíritu se difundía en sus jóvenes penitentes. No es de extrañar entonces la fama de religiosidad y disciplina de que gozaba San Miguel y de la cual ya hemos visto que había llegado hasta al señor Cura de Curepto, que me lo recomendó con encarecidas palabras.

También encontré haciendo vida de Comunidad con los religiosos de San Miguel a Don Ventura Marín, figura de anciano venerable, de vastísima erudición y tenaz memoria, cualidades en que se asemejaba al Ilmo. y Rmo, Sr. Valdivieso, con quien cultivaba estrechas relaciones de amistad desde la infancia porque si mal no recuerdo, habían sido condiscípulos.

Pues bien, Don Ventura vivía retirado como un monje en medio de los religiosos, dedicado a escribir poesías religiosas y morales, las cuales después que leía a algún amigo confidencialmente, las quemaba, porque decía: "mucho mejor ha escrito sobre el mismo asunto el autor tal o cual".

Seguía con invariable puntualidad los ejercicios de la Comunidad en el refectorio

Mr. Valenzuela en el obsipado de Ancud.

El Iltmo. Sr. obispo de Ancud, Sr. Pedro Armengol Valenzuela, con su clero parroquial de Puerto Montt.

y en el coro y en más de una ocasión recuerdo haberle oído leer una de las lecciones del oficio divino.

—Nos ha nombrado su Señoría al Rmo. Arzobispo Valdivieso; ¿tuvo con él algunas relaciones, o recuerda su Señoría algo de lo mucho que como Visitador Apostólicc tendría que hacer el Arzobispo Valdivieso con los mercedarios?

—Sin duda alguna. Desde luego, de sus manos recibí todas las órdenes sagradas, desde las menores hasta el sacerdocio. Por otra parte, el Rmo. Arzobispo Valdivieso fué muy amigo del P. Rencoret a quien visitaba con frecuencia en San Miguel. Allí le conocí yo la primera vez, en compañía del Presidente de la República Don Manuel Montt, que también con alguna frecuencia solía ir a visitar a la Comunidad. Respecto a las visitas del Sr. Valdivieso, recuerdo que en una ocasión en que todos los novicios nos llegábamos a él para besarle el anillo pastoral, notó uno muy pequeño de estatura, no recuerdo quién era, al cual contó lo acontecido a Eugenio IV con San Antonio de Florencia, que era también de pequeña estatura, esto es, que cuando San Antonio se postró para besarle el pie y se levantó, el Papa, creyendo que continuaba de rodillas le dijo: **surge, Antonine**". A lo que el santo contestó: "**non sum amplius, Beatíssime Pater.**"

—Hermosas son las figuras, Ilmo. Sr., que ha hecho desfilar por su memoria, y su recuerdo creemos que será de sumo interés para nuestros lectores. Pero todavía

Mr. Valenzuela en su mesa de trabajo.

no nos ha dicho dónde y de manos de quién tomó el hábito de novicio Su Señoría.

—El hábito lo tomé primero de postulante de manos del P. Rencoret en San Miguel, pero el año de noviciado lo vine a seguir en el Convento Grande, a fines de 1861, recibiendo el hábito con solemnidad de manos del P. Ramón Blaitt, según consta del acta de mi toma de hábito que ustedes pueden ver en el Archivo (1).

—¿De manera que el Noviciado de San Miguel fué trasladado al Convento principal en el año 61?

—Efectivamente, a principios de ese año el P. Donoso Pajuelo terminó su oficio de Vicario Provincial y fué nombrado por Breve Apostólico para Provincial en propiedad el P. Benjamín Rencoret, el que una vez que hubo sido reconocido por la Comunidad, se trasladó a la Casa Grande y poco después trasladó también el noviciado y coristado, nombrando Comendador de este Convento al R. P. Fr. Ramón Blaitt, que en esos días se encontraba desempeñando en Petorca el oficio de Párroco. El noviciado y coristado fueron instalados en un claustro de un solo piso muy bajo y viejo que había detrás de la iglesia, formando un martillo de edificio por las calles de Merced y Granado, hoy esta última de Miraflores, edificios distribuidos a la manera de los antiguos conventos, en los cuales cada celda era una especie de casa con diversos departamentos y oficinas, como los tienen hoy día los cartujos y camaldulenses. El claustro principal o de los Padres, entre Claras y Huérfanos, con un brazo interior, era de altos, o de un plan terreno y un piso superior, con paredes de adobes, cuyos corredores bajos estaban adornados con varias grandes telas al óleo, entre las que descollaban una vida completa de Nuestro Padre San Pedro Nolasco. Estos cuadros eran obra del pincel cuzqueño o quiteño, de escaso mérito artístico, pero que acabó de arruinar y con-

(1) Esta acta es copia fiel de la que se encuentra en el libro de "Tomaduras de Hábito" en la página 309, y dice así:
"Valenzuela Fr. Laureano, tomó solemnemente nuestro santo hábito el día 9 de noviembre de 1861, a las cinco de la tarde. En la misma hora principia su año de noviciado, previas las letras testimoniales. Lo actuó con los testigos de que doy fe.—**Fr. Ramón Blaitt**, Comendador.—**Fr. Francisco Castro**, Testigo.—**Fr. Felipe Mardones**, Testigo".

vertir en mamarrachos un pintor de brocha gorda, a quien en mala hora el P. Salvador Aliaga, siendo Comendador, confió su retoque.

En este Convento hice, pues, mi año de noviciado, y apenas profesé de votos simples, el día 14 de Noviembre de 1862, el P. Rencoret me sacó del coristado y nombró bibliotecario.

—Y ¿dónde estaba instalada la biblioteca entonces, Ilmo. señor?

La biblioteca ocupaba el mismo lugar en que ahora está la capilla del Colegio, esto es esquina de Claras y Huérfanos, parte baja; y al lado, por Claras, había una celda que ocupé hasta que se reconstruyó el Convento. Una vez terminados los trabajos de la reconstrucción, que quedaron en la forma que hoy existen, la biblioteca se trasladó a los altos en el lugar que hoy ocupa, y yo me trasladé también a la última celda del corredor interior.

—¿Y muchos libros adquirió Su Señoría, durante el tiempo que ocupó el puesto de bibliotecario?

—Todos los que pude, especialmente en clásicos griegos y latinos, obras de patrología eclesiástica, de filosofía y teología escolástica, etc.

Por ese tiempo falleció en Santiago el señor Canónigo Bezanilla, y el P. Rencoret a pedido mío compró toda su valiosa biblioteca que ocupaba seis estantes de caoba fabricados por él mismo. Más tarde le hice comprar también una magnífica colección de clásicos griegos dejados por un ilustrado sacerdote de apellido Meneses. Mientras fuí bibliotecario, dispensóme el P. Rencoret de la asistencia a coro en los días de clase, para que pudiera atender a los estudios de los cursos comunes con mis compañeros de coristado, más los especiales de lingüística a que me dediqué con particular empeño.

—¿Recuerda Su Señoría los profesores que tuvo en el estudio de las lenguas a que se dedicó?

—Los recuerdo a casi todos. Para el griego y perfeccionamiento de latín tuve por profesor a D. Justo Lobeck, filólogo alemán traído por el Gobierno para enseñar las mismas asignaturas en el Instituto Nacional. El alemán lo estudié con D. Jorge Lethe; el inglés con Mr. Andrés Murphy; el italiano con un señor Vezzosi y el portugués con el señor Antinoo Rebousa que era secretario de la Legación del Brasil. El francés lo estudié en común con mis compañeros del coristado y tuvimos de profesor al mencionado alemán Señor Lethe. El hebreo lo comencé a estudiar solo con D. Luis Vergara, joven seminarista que se ordenó de sacerdote dos años antes que yo, y había recibido algunas lecciones de lectura hebrea del Dr. Lobeck. Nos proveímos de una gramática hebrea que encontramos por casualidad y nos convinimos en estudiar cada uno separadamente una misma materia, y reunirnos dos veces por semana, una en su casa y otra en el convento, y comunicarnos y corregirnos mutuamente los conocimientos que fuéramos adquiriendo. Con este sistema adquirimos varias pronunciaciones defectuosas y erróneas, de las cuales más tarde desde Roma mandé oportunamente las correcciones a D. Luis.

Ultima fotografía de Mr. Valenzuela, 1918.

Mr. Valenzuela y el Excmo. Sr. Nuncio entre el Iltmo. Sr. Edwards y el R. P. Castro, obispo electo de Ancud. 1918.

La filosofía y ciencias sagradas las estudié con Padres de la Comunidad. Recuerdo que mi profesor de filosofía fué el Padre Salvador Aliaga; de teología dogmática el P. Gregorio Ampuero y de moral el P. Antonio Alvarez. No recuerdo con quienes estudié instituciones de derecho canónico e historia eclesiástica; Pero lo más probable es que haya sido con los mismos Padres que acabo de nombrar, porque no era muy numerosa la Comunidad Mayor de entonces.

—Su Señoría ¿no hizo también algunas clases, antes de ordenarse de sacerdote?

—Sí; recuerdo que aun siendo todavía estudiantes de cursos superiores, se me encomendaron las clases de latín y de filosofía, y que tuve por discípulos a los que después fueron los Padres Fr. Cayetano Mora, Fr. Hipólito Díaz y Fr. Eliseo López, este último, sobreviviente hoy día, Superior del Convento de Misiones de Talca.

—Y las órdenes sagradas nos ha dicho Su Señoría, que las recibió todas del Rmo. Arzobispo Valdivieso?

—Todas, desde las órdenes menores que me las confirió en su oratorio particular de la calle Santa Rosa, a mediados de septiembre de 1867. En las témporas de septiembre y en las de diciembre de ese mismo año recibí sucesivamente las órdenes del Subdiaconado y Diaconado; ésta última cree el Ilmo. y Rmo. Arzobispo actual Dr. D. J. Ignacio González que la recibimos juntos; no tengo de ello un recuerdo exacto; del presbiterado sí que recuerdo que lo recibí con el P. Fr. Matías Silva el sábado **Sitientes**, antes de la Domínica de Pasión del año 1868, 28 de marzo, y que canté mi primera misa el Sábado Santo, 11 de Abril, en el altar mayor de esta iglesia de la Merced, predicando el sermón mi compañero de ordenación P. Silva, el cual a su vez cantó su primera misa al día siguiente, Domingo de Resurrección, predicándole yo el sermón.

—Nos ha hablado Su Señoría de la reconstrucción de este convento: ¿Cuándo se llevó a cabo y por quién?

—A poco de haber trasladado el P. Rencoret el noviciado de San Miguel a la Casa Grande, empezó la reconstrucción de este convento que duró varios años. El arquitecto del convento que lo fué simultáneamente del Palacio Arzobispal fué el alemán D. Francisco Stolf, el mismo que había hecho los planos y dirigido la construcción del templo de San Miguel, hoy día la Gratitud Nacional. El templo estaba a

punto de techarse cuando la Comunidad pasó a la Casa Grande.

El P. Rencoret fué confirmado en el cargo de Provincial por la Santa Sede por dos triennios consecutivos, de manera que fué Provincial nueve años; en este último período, estando yo recién ordenado de sacerdote, me nombró su secretario.

—Díganos, Ilmo. Señor, ¿no fué por este tiempo nombrado Visitador Apostólico el Rmo. Arzobispo Valdivieso?

—Efectivamente, al terminar su último período el P. Rencoret, recibió el señor Valdivieso el nombramiento de Visitador Apostólico de los Agustinos y Mercedarios, mientras el P. Rencoret era a su vez nombrado en igual forma para los Mercedarios del Ecuador y yo pedía y obtenía permiso del Rmo. P. Vicario General de la Orden Fr. José Reig para trasladarme a Roma en calidad de estudiante.

Durante nuestra ausencia, el Rmo. Arzobispo Valdivieso nombró V. Provincial al P. Aniceto Cornejo, de triste memoria por haber ocurrido durante su gobierno la venta forzada de San Miguel y de la chacra Varainca, situada donde hoy está el Hospital del Salvador, que había sido adquirida por el P. Rencoret para recreo de la comunidad menor, adonde iba los jueves y pasaba ratos muy agradables.

—Notamos que Su Señoría se entristece con estos recuerdos desagradables, de modo que hablemos mejor de su primer viaje a Europa.

—En realidad, mucho sufrió nuestra Comunidad con esas ventas desgraciadas; pero fueron indispensables para saldar cuentas atrasadas que no pudieron redimirse de otra manera. Mi primer viaje a Roma lo realicé en el verano de 1869 siendo Comendador de este Convento el P. Manuel Acuña, quien me proporcionó todo lo necesario para el viaje. Llegué a la Ciudad Eterna poco después del fallecimiento del Rmo. P. Reig y me encontré con el succsor Rmo. P. Fr. José María Rodríguez, que me recibió con singulares muestras de paternal bondad.

—Por lo visto Su Señoría llegó a Roma el año antes de la ocupación de esta ciudad por las tropas del Piamonte, de modo que se encontraría en esos luctuosos sucesos?...

—Cómo no? Reinaba por entonces en los Estados de la Iglesia, como todos sabéis, el Sumo Pontífice Pío IX, de santa memoria, y Prelados de todo el orbe católico asistían al Concilio Ecuménico, que fué clausurado después de la sesión solemne en que se definió la infalibilidad del Papa,

Mr. Valenzuela, el día de sus bodas de oro de sacerdote.

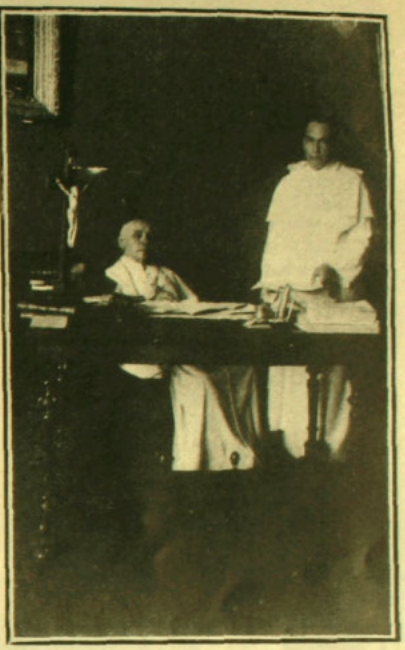
precisamente por aproximarse ya la invasión de Roma por las tropas de Víctor Manuel, hecho que se verificó el 20 de septiembre de 1870. Ese día, memorable para Roma, me fuí a refugiar al Consulado chileno, porque existían temores de que se provocaran algunos desórdenes en la ciudad. Felizmente, nada de esto sucedió, porque los diez mil zuavos pontificios que defendían la ciudad, después de un simulacro de resistencia por vía de protesta, se retiraron a la plaza de San Pedro, mientras el ejército piamontés al mando del General Cadorna abría con sus cañones la brecha de Puerta Pía y penetraron a Roma en número de sesenta mil, en el más perfecto orden.

—¿Cuántos años permaneció en Roma Su Señoría?

—Recuerdo que estuve cerca de tres años estudiando en el Colegio Romano, al fin de los cuales regresé a América por el norte de Italia, Alemania, Bélgica, Inglaterra y Estados Unidos, destinado a la Provincia del Ecuador en calidad de Secretario del Visitador Apostólico. En el Ecuador permanecí cuatro años y tuve el honor de ser presentado por el P. Rencoret al gran Presidente de esa República García Moreno. Expliqué un curso de filosofía a los estudiantes de nuestro Convento de Quito, vine dos veces a Chile, volví de nuevo a Europa y Estados Unidos en compañía del Padre ecuatoriano Manuel Abad y en 1876 regresé a Roma nombrado Vicario Provincial del Ecuador, cargo que desempeñé por pocos meses, porque encontré a mi regreso a Quito al General Veintimilla, triunfante de una revolución contra el Gobierno Constitucional, el cual me desterró de viva voz del Ecuador, teniendo que emprender viaje a mi patria.

—¿A quiénes encontró Su Señoría gobernando la Provincia chilena, a su regreso del Ecuador?

—Creo que era por entonces Vicario Provincial el P. Fr. Lorenzo Morales, quien a poco de haber llegado al país, me nombró Comendador de Valparaíso, ciudad en donde encontré de Gobernador Eclesiástico al futuro Arzobispo de Santiago Señor Pbro. D. Mariano Casanova, con quien me unieron siempre los más cordiales lazos de amistad. En Valparaíso permanecí cerca de dos años, al fin de los cuales, en 1879 falleció en Roma el Rmo. P. Vicario General de la Orden Fr. José María



Mr. Valenzuela y su secretario R. P. Esparza.

Rodríguez, y la Santa Sede dispuso que en vez de reunirse el Capítulo General electivo en la Ciudad Eterna, como ha sido de costumbre, los Padres Capitulares de todos los países donde tiene conventos la Orden enviasen sus votos dentro de sóbres cerrados y en Roma los abriese el Eminentísimo Cardenal Howard, Protector de la Orden y nombrado Presidente de los escrutadores por el Papa. Once eran los religiosos que tenían voto en el Capítulo General, de los cuales, como es sabido, ocho sufragaron por mi persona para el puesto de General de la Orden. Lo demás lo saben ustedes, porque de ésto se ha hablado ya en varias ocasiones en la Revista.

—Sin duda, Ilmo. Señor, pero ¿no recuerda Su Señoría algún nuevo pormenor de esta elección, y su despedida de Chile para ir a hacerse cargo de su elevado puesto?

—No, ninguna, al menos, que no se haya dicho ya en otra ocasión. Apenas fuí notificado oficialmente de mi elección, me vine a Santiago a disponer mi viaje y despedirme de las autoridades eclesiásticas y

civiles. Recuerdo que a la Moneda me acompañó el P. Morales y que me recibió el Presidente de la República que lo era entonces D. Aníbal Pinto con todos sus Ministros; y que D. Domingo Santa María que era Ministro del Interior se admiró mucho de que el General de una Orden religiosa como la nuestra no tuviera ninguna insignia especial que lo distinguiera de los demás religiosos. Con los parabienes del Gobierno y las bendiciones de los Prelados de la Iglesia chilena, partí a Roma a hacerme cargo de mi puesto en marzo de 1880. Desde entonces permanecí en Europa y no volví a Chile sino para hacerme cargo de la Diócesis de Ancud, consagrado ya Obispo en Roma por el Emmo. Cardenal Agliardi.

—Un millón de gracias, Ilmo. Señor, por la bondad con que ha respondido a nuestras preguntas. Se lo agradecerán con nosotros los lectores de "Pacífico Magazine"; y los futuros cronistas de la Orden encontrarán en esta entrevista datos importantes y precisos para la elaboración de la Historia de la Provincia chilena. Con estas palabras, nos despedimos de Monseñor, que bondadosamente nos alargó su mano y nos dió a besar su anillo pastoral.

El P. Valenzuela en Roma, en 1899.

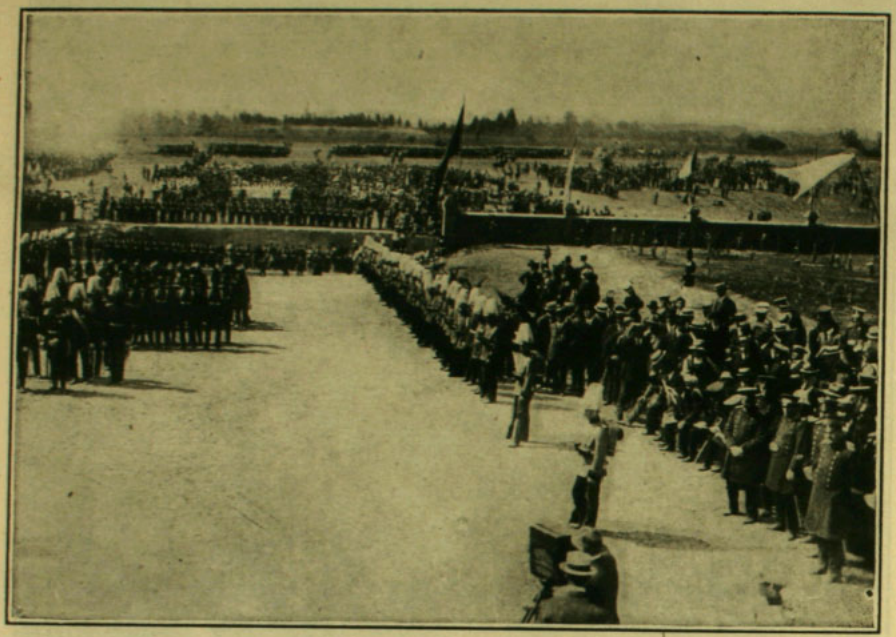
El banquete en la Moneda.

El banquete en la Legación argentina.

El banquete en la Intendencia en Valparaíso.

El banquete en la Escuela Militar.

En la Legación argentina.



En el campo de Maipo.

Frente al monumento de Maipo.

Frente al monumento durante la manifestación escolar.

Alumnos iniciando el desfile ante el monumento al general San Martín.

Grupo de escuelas que cantaron el himno nacional.

Frente a una comisaría.—Reparto de víveres.

Visitando un Garage moderno.

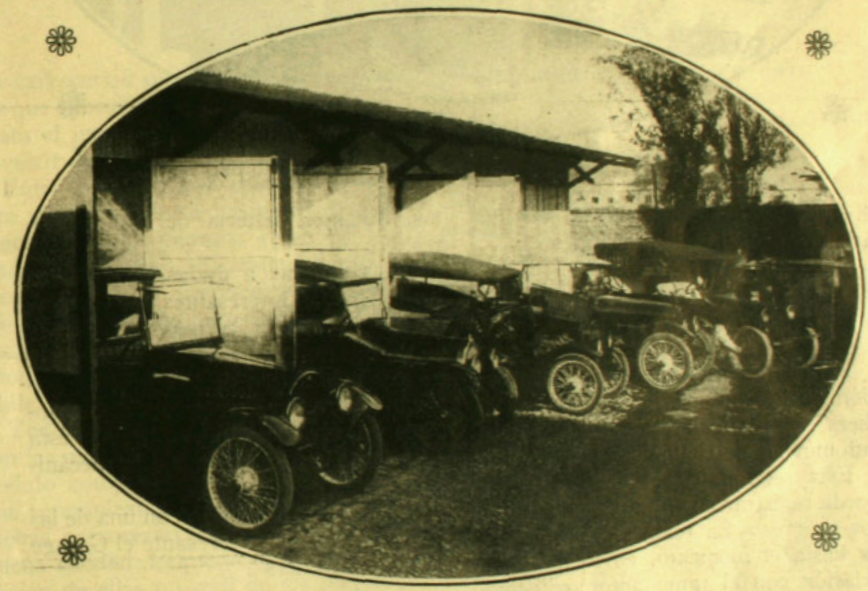
Una industria modelo

No pasa día sin que sepamos de algún nuevo perfeccionamiento introducido en la ya rica e interesante industria automovilística, cuya difusión ahora comienza a reducirse a una bien reñida competencia comercial.

Nuestro país, durante sus cinco últimos años, ha visto multiplicarse no sólo el gusto por el sport automovilístico sino que también sus servicios urbanos, que cuentan ya actualmente con una regular organización progresista.

Para cuantos en realidad muestran interés por la industria automovilistica, no habrá pasado seguramente inadvertida la admirable instalación del Garage "Dodge Brothers" que los señores Besa y Cía. han montado en la calle de Bellavista 420 y que en todo y por sus comodidades y progresos hace recordar a las de Estados Unidos que, por lo demás han sido tomadas como modelos al respecto.

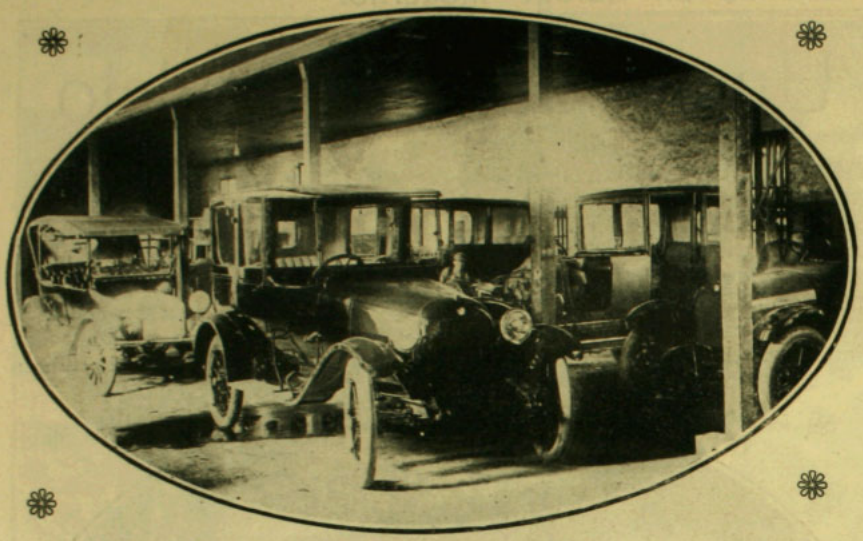
Lo primero que salta a la vista del visitante curioso que recorre las secciones del Garage, es su extensión muy bien distribuida, en sus secciones bien ordenadas, montadas según lo indican los últimos adelantos que existen en la materia.



Parte de los "boxes" para guardar los automóviles.

El Garage, perfecta y sistemáticamente dividido en varias secciones, completamente independientes cada una y autónomas en todos sus servicios, está atendido por un especialista en el ramo, que tiene a su cargo todo el servicio y cuanto dice relación con él al respecto.

Pero, para comprender mejor la distribución de estos servicios, repasemos



Vista de un departamento de la fábrica de carrocería Dodge Brothers.

diversas secciones, que podrán dar una más completa idea de su conjunto.

Son éstas:

Taller de mecánica

Para la atención, revisión y reparación de los automóviles "Dodge Brothers", en particular, y en general para automóviles de cualquiera otra marca.

Esta sección, de lo más moderna, puede registrar en su instalación cuantos progresos ha realizado la mecánica hasta el momento, en lo que dice relación con el ramo automovilístico.

Taller de electricidad

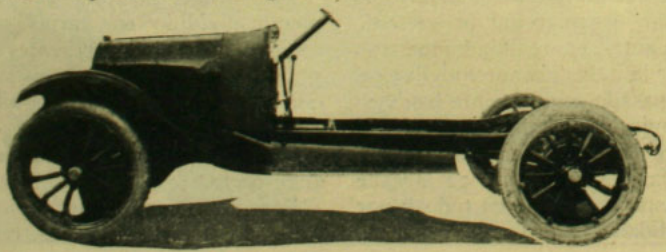
Se encarga de toda clase de trabajos del ramo, especialmente, magnetos, dinamos, batería de acumuladores, etc.

Es, sin lugar a dudas, una de las secciones más interesantes del Garage, porque sobre ser la más complicada permite estudiar más de cerca la parte tal vez más difícil de la mecánica automovilística, en cuanto toca a los motores y a otras secciones ajenas a ésta pero que dicen relación con la mecánica general.

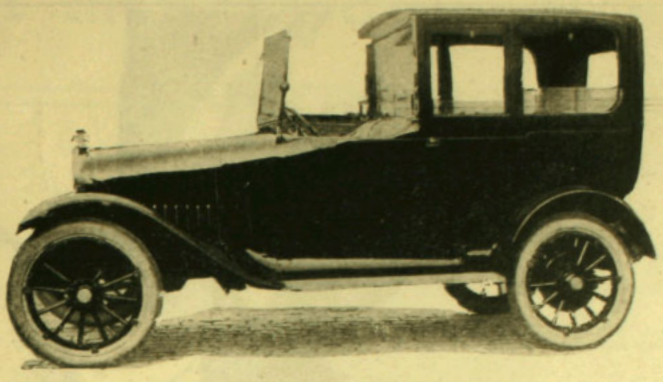
Cuenta en este sentido con una de las instalaciones más interesante el Garage "Dodge Brothers".

Fábrica de carrocerías de automóviles

Unica dedicada exclusivamente a la construcción de carrocerías para automóviles. En ellas se han construído



El chassis Dodge Brothers, tal como se recibe de la fábrica.



Carrocería modelo "Town-Car", fabricada en nuestros talleres sobre chassis "Dodge Brothers".

las carrocerías más difíciles y hermosas que consultan los modelos europeos, hasta el punto de que casi no se deja advertir diferencia entre unas y otras.

Entre los numerosos trabajadores de esta sección, se encuentran más de cincuenta expertos obreros fuera de los jefes de secciones. El trabajo en esta sección es de un interés capital y permite formarse una idea de la completa instalación de este Garage que le hace honor a la industria automovilística en Chile.

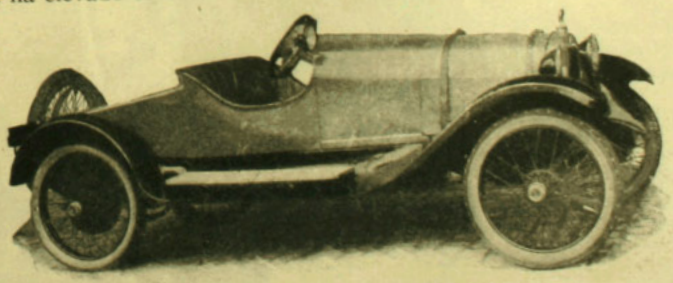
Todos estos talleres están montados con las modernas maquinarias y hemos podido comprobar que los materiales que se emplean para la fabricación de dichas carrocerías son de excepcional buena calidad, lo que permite la fabricación de ellas tal cual de los mejores importados.

No es de extrañarse la gran altura a que se ha elevado esta floreciente industria, cuando hemos conocido personalmente a la persona que está a cargo de ella, que es todo lo más preparado que se puede conseguir, habiendo hechos sus estudios y adquirido sus conocimientos en las principales fábricas del ramo establecidas en Europa, entre otras la renombrada Fábrica de los señores Rothschild, etc.

Dicha Fábrica cuenta con las siguientes secciones:

Carpintería, Herrería, Enchapado de carrocerías en fierro; Tapicería, Esmaltadura y Pintura.

Durante algunas horas hemos visitado este interesante Garage, que honra a los progresos industriales del país y la impresión que de él hemos recibido ha sido la de una instalación modernísima, que cuenta con los últimos recursos e inventos de la mecánica automovilística y de la mecánica en general.



"Roadster", dos asientos sobre chassis "Dodge Brothers" con carrocería fabricada en nuestros talleres.

Rubén Darío en su lecho de muerte.

Un manojo de recuerdos rubenianos

De

Samuel Ossa Borne

Al señor don Julio Zegers, respetuoso homenaje de afecto.—S. O. B.

Je suis deja comme était Fontenelle a la fin de sa vie: je commence a voir les choses telles qu'elles sont.—(Jean Moréas.)

Somos muy pobres... Tan pobres que nuestros espíritus, si no viniese el alimento de fuera, se morirían de hambre.—(Rubén Darío.)

Si tomo las frases ajenas... es porque me parecen mejores que las mías.—(Alvarez Quinteros).

Con ilustraciones fotográficas

Yo llevaba ya algunos años de peregrinaciones santiguinas acopiando insensible e inconscientemente observaciones y recuerdos,—trop tot pour voir clair en soi—meme et pour bien juger des perspectives, como dice Henri Bordeaux, — cuando me encontré con el joven poeta Rubén Darío.

Recién llegado de su patria, Nicaragua, le había recibido cariñosamente, entusiastamente, uno de mis compañeros de la infancia con quien la amistad más íntima y una inalterable comunidad de aficiones y de ideas, me unió hasta más allá del término de su accidentada ruta... Au delá!...

Desde los primeros pasos que dió en la capital de Chile, Rubén Darío quedó incorporado entre los jóvenes intelectuales de que Manuel Rodríguez Mendoza formaba parte, grupo al cual me daban acceso vinculaciones que llamaré reflejas, mi cotidiano contacto con este camarada de los mejores años de mi juventud, no obstante no pertenecer yo al personal del diario "La Epoca".

Rubén Darío.

El joven nicaragüense era enjuto de rostro, muy moreno, de amplia y despejada frente pensadora, coronada por muy negros cabellos lisos, invariablemente peinados, engomados sobre el casco y partidos al lado izquierdo.

Fulgurante el mirar de sus ojos pardos, antes pequeños que grandes. Ancha y corta la nariz muy apartada del delgado labio superior, distancia que atenuaba la sombra del escaso bozo. El labio inferior grueso y sensual. Resultaba la boca grande, ancha, y que encerraba una hermosa, blanca y pareja dentadura.

El conjunto correspondía tal vez a la pregunta que él mismo se hace en Prosas Profanas:—¿Hay en mi sangre alguna gota

de sangre de Africa, o de indio chorotego o neograndano? — Cambiemos Africa por Asia, para conformarme a mis recuerdos que no admiten rasgos africanos y sí bien nipones, en aquel rostro.

Su estatura era mediana. Poco provisto de carnes, deprimido de pecho, angosto de hombros. Reposado el andar, de cuando en cuando interrumpido para atender mejor algún concepto del interlocutor, o para acentuar mayormente el propio discurso.

Suave y agradable su voz, de timbre medio; pausado el hablar; moderado y simpático el reir; abundante el ademán, como si subrayara la frase, y que tenía tendencias a señalar la frente o a cubrir con la mano ahuecada la parte posterior de la cabeza:

Por lo general, taciturno.

El dijo:

Voy a confiarte, amada,
uno de los secretos
que más me martirizan. Es el caso
que a las veces mi ceño
tiene en un punto mismo
de cólera y esplin los fruncimientos.
O callo como un mudo,
o charlo como un necio,
salpicando el discurso
de burlas, carcajadas y dicterios.
¿Que me miran? Agravio.
¿Me han hablado? Zahiero.
Medio loco de atar, medio sonámbulo,
con muy poco de cuerdo.
¡Cómo bailan en ronda y remolino
por las cuatro paredes del cerebro
renicando a compás sus consonantes
mil endiablados versos
que imitan en sus cláusulas y ritmos
las músicas macabras de los muertos!
¡Y cómo se atropellan
para saltar a un tiempo
las estrofas sombrías
de vocablos sangrientos
que me suele enseñar la musa pálida,
la triste musa de los días negros!
Yo soy así. ¡Qué se hace! Boberías
de soñador neurótico y enfermo!
¿Quieres saber acaso
la causa del misterio?
una estatua de carne
me envenenó la vida con sus besos,
y tenía tus labios, lindos, rojos
y tenía tus ojos, grandes, bellos...

Rubén Darío entregóse, al parecer, de lleno a la amistad de Manuel Rodríguez Mendoza y a su afectuosa y sabia dirección, aunque en la intimidad que entre ambos llegó a existir mantúvose, de parte del poeta, un tono de consideración y deferencia que honraba al uno y al otro y que halagaba a los amigos de Manuel que se apercibían de ello, como yo,—no obstante la inconsciencia de mi vagar sin rumbo ni compás, sin otras miras que gozar del vivir, de la juventud, sin tasa ni medida y como infatigable lector. A la longue la vie va si vite aujourd'hui. l'insoucieuse inconscience est si grande, les distractions si multiples... dijo Villers de l'Isle Adam.

No fué tan completa la amistad que vinculó al poeta con Pedro Balmaceda Toro, por grande que por él fuese el afecto de Darío, y que a ella se unieron las sorpresas que hubo de producir cuando encerraba el cerebro de ese genial muchacho. Pero su espíritu irresistiblemente escéptico e inquieto, desconfiado y burlesco, no le hizo apto para todas las intimidades de Darío. Eso sí, en el campo de las letras hubo entre ambos mucha comunidad de ideas. Para las asperezas existía una válvula; Manuel, mentor de Rubén y éste, Virgilio de Pedro que era un ingenio maravilloso, enorme talento natural, conjunto de pasmosas condiciones de asimilación, un interés por ilustrarse que en él lo dominaba todo, "hormis certaines rancunes" de que alguna vez sintió los efectos Darío y de que hay, sobreviviente, el ejemplo de un general.

En Rubén Darío se hallaban multiplicadas todas estas condiciones, agregadas al hecho de poseer muy buena base de estudios. El poeta no era, ciertamente, como Minerva que armada del todo nació del cerebro de Júpiter —para emplear un concepto que Brillat Savarin aplica a la ciencia y que agradaba mucho a Darío.

Este dedicó bellos recuerdos a sus estudios "dirigidos y acariciados por un padre Tortolini, anciano, un padre Valenzuela, poeta de Colombia, un padre Koning, sabio astrónomo, un padre Juinguito, hoy obispo de Panamá... Y lo que he perdido en el recuerdo... He de insistir siempre en que los padres de la Compañía de Jesús fueron los principales promotores de una cultura, que no por ser, si se quiere, conservadora deja de hacer falta en los programas de enseñanza actuales. Por lo menos conocíamos nuestros clásicos y cogíamos al pasar una que otra espiga de latín y aun de griego. Jóvenes nicaragüenses de ese tiempo hay hoy que, según tengo entendido, son hasta obispos y profesores en lejanas regiones."

El mismo Darío llegó más tarde a ser un latinista eximio, logró leer el griego y dominar varias lenguas modernas inclusive dialectos españoles e italianos. Cierto es que tenía un cerebro privilegiado para aprovechar las sólidas fundaciones de sus estudios, su excelente preparación clásica y su bien sostenido amor a la lectura y al trabajo.

En un viaje que hice al sur con Manuel Rodríguez Mendoza, el general don Gregorio Urrutia, padre del actual senador don Miguel, nos contó que siendo intendente de

Arauco hospedaba a un amigo que enfermó de gravedad. Sin médico en Lebu, don Gregorio, a la desesperada, pensó en un velero británico anclado en la bahía y que afortunadamente mandó médico a tierra. No pudiendo entenderle, don Gregorio recurrió a su latín. Iluminóse la faz del galeno, aunque quedaran las diferencias de pronunciación; pero las salvó un lápiz. Don Gregorio se dijo:—Si don Andrés Bello pudo aprender griego a los cincuenta años de edad, ¿por qué no he de aprender inglés, yo que no los tengo?—Y llegó a leer a Shakespeare en inglés.

Cuando Darío estuvo en Chile no conocía bien otro idioma que el propio, pero su vocabulario era de una riqueza suma, sorprendente.

Aquí leía mucho, muchísimo, con gran detenimiento, y gustaba de comentar sus lecturas, de hacer lujo de su memorión.

El tomo 8.o de Cantú se lo aprendió en dos meses (ed. de 1873.)

Era una de las particularidades interesantes en él la originalidad de sus apreciaciones, su versión: "Hay que penetrarse bien, según Anatole France, de que de todo libro hay tantos ejemplares como lectores tiene, y de que un poema, como un paisaje, se transforma para todos los ojos que lo ven, para todas las almas que lo conciben".

Numerosos libros de los que leyó Darío fueron luego leídos por Pedro Balmaceda y motivo de interesantes y agudos comentarios que a éste aprovecharon como era natural, dado su gran talento. El juicio de Darío era certero. Si en ocasiones había en él algo de precipitación, o la pasión tomaba su parte de influencia, de fijo que en el temperamento de Pedro el efecto tenía su lógico aumento. Pero Manuel hacía enmendar rumbos tan pronto como creía que hubiera conveniencia en intervenir.

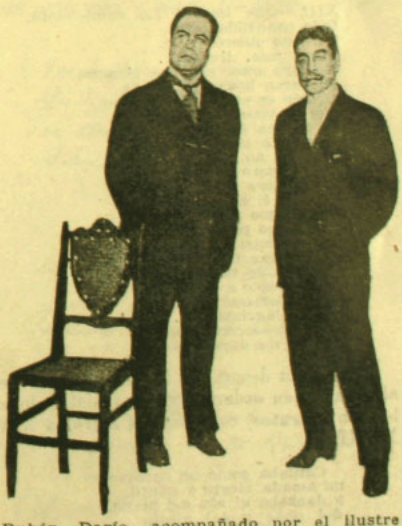
En las confidencias a sus amigos, Darío se presentaba como persona que hubiese experimentado crueles decepciones amorosas. Decía de un amor nacido y acariciado desde la primera infancia; haber padecido los desvíos de su amada, sentídose herido en su afecto, en su dignidad, en su orgullo... ¿Era un mitómano? Sin perjuicio del penoso recuerdo, hay en Darío alegres recuerdos de otros amores de su juventud. De lo que no cabe duda es de que era un sensual. Pero "les verts fourrés de Paphos auront toujours leurs mysteres, et le petit dieu malin sait bien ce qu'il fait".

¡Y las demás! En tantos climas
en tantas tierras, siempre son,
si no pretextos de mis rimas
fantasmas de mi corazón.

Manuel dijo a Rubén:—Cuenta, cuéntame eso.

Y el poeta refirió una larga, complicada y dolorida historia, que en nada se asemeja a esa deliciosa historia de la prima, tan encantadoramente narrada en "Azul"... en Palomas Blancas y Garzas Morenas:—"La dije todo lo que sentía, suplicante, balbuciente, echando las palabras, ya rápidas ya contenidas, febril, temeroso. ¡Sí! se lo dije todo: las agitaciones sordas y extrañas que en mí experimentaba cerca de ella: el amor, el ansia: los tristes insomnios del deseo: mis ideas fijas en ella, allá en mis meditaciones del colegio; y repetía como una oración sagrada la gran palabra: ¡el amor! Oh, ella debía recibir gozosa mi adoración. Creceríamos más. Seríamos marido y mujer... Esperé.—La pálida claridad celeste nos iluminaba. El ambiente nos llevaba perfumes tibios que a mí se me imaginaban propicios para los fogosos amores. Cabellos áureos, ojos paradisíacos, labios encendidos y entreabiertos!—De repente, y con un mohin:—¡Ve! la tontería...

Pero, es esta historia la de la paloma blanca y no la solicitada por Manuel; que tampoco es la de la garza morena o del "primer beso recibido de labios de mujer". "Oh. Salomón, bíblico y real poeta! ¡tú lo dijiste como nadie!" "Y Darío no lo olvidaba: "La delicia de tu aliento—en tan fino vaso apura,—y me enciende el pensamiento—la locura".



Rubén Darío, acompañado por el ilustre diplomático Fontoura Xavier. Retrato obtenido en el último viaje que el poeta hiciera a Sud-América.

Decía que el poeta refirió a su amigo, de una larga, complicada y dolorida historia, algo hoy, algo otro y otro día.

La causa del misterio?
Una estatua de carne
me envenenó la vida con sus besos,
y tenía tus labios, lindos, rojos,
y tenía tus ojos, grandes, bellos...

Yo era tímido como un niño.
Ella, naturalmente, fué,
para mi amor hecho de armiño,
Herodías y Salomé...

Si hay versos de amores, son
las flores de un amor muerto
que brindo al cadáver yerto
de mi primera pasión.

Y continúa la acumulación de los co-historia que va tomando forma, piano piano, ya con un dato, ya con una explosión de dolor o de encono, en el segundo, el tercero, el quinto y otros de los **Abrojos**, manifestando la persecución del dolor, la resistencia a cicatrizar de la penosa herida...

Bota, bota, bella niña,
ese precioso collar
en que brillan los diamantes
como el líquido cristal
de las perlas del rocío
matinal.
Del bolsillo de aquel sátiro
salió el oro y salió el mal.
Bota, bota esa serpiente
que te quiere estrangular
enroscada en tu garganta
hecha de nieve y coral.

... después la fuga
de aquel malsín cobarde
que otra víctima elige.
¡Ya ves! ¿No te lo dije?
Bien haces en llorar. ¡Pero ya es tarde!

XIII.—Que lloras? Lo comprendo,
todo concluído está.
Pero no quiero verte,
alma mía, llorar...
Nuestro amor siempre, siempre...
Nuestras bodas... jamás.
¿Quién es ese bandido
que se vino a robar
tu corona florida
y tu velo nupcial?
Más nó, no me lo digas,
no lo quiero escuchar.
Tu nombre es Inocencia,
y el de él es Satanás.
Un abismo a tus plantas,
una mano procaz
que te empuja; tú ruedas,
y mientras tanto, va
el ángel de tu guarda
triste y solo a llorar.
Pero ¿por qué derramas
tantas lágrimas?... ¡Ah!
Sí, todo lo comprendo...
Nó, no me digas más.

Y sigue su desarrollo la relación, a veces alternando su orden, a veces insistiendo en los sentimientos, como en los **Abrojos** XIV, XVIII.

Cantaba como un canario
mi amada alegre y gentil,
y danzaba al són del piano,
del oboe y del violín.
.....
Y eran su canto, su baile,
y sus carcajadas, mil
puñaladas en el pecho,
puñaladas para mí,
de las cuales llevo adentro
la imborrable cicatriz.

O como en el XX.

¿Aún no se aclara? Permanece obscuro
siniestro y espantoso?
Entonces dije yo:—Pues es seguro
que se trata del pecho de un celoso!

Y continua la acumulación de los colores en aquella paleta, que va dando los tonos tristes y duros al fondo del cuadro que viene destacándose en el claro obscuro del cerebro del joven poeta. Son las notas arrancadas a la lira inspirada en una idea fija, leit motiv que pasa de los **Abrojos** a las **Rimas**, y vice versa:

¡Qué bien luce en la albura la sangre!...
te dije riendo.
Te pusiste pálida.
Me tuviste miedo...
¿Qué miraste? ¿Conoces acaso
la risa de Otello?

Léanse los **Abrojos**, XXII, XXIV, XXV, XXX, XXXII, XXXV. En éste hallaremos

Y autores contemporáneos
dicen que hay ojos que prenden
ciertos chispazos que encienden
pistolas que rompen cráneos.

Y prosígase la lectura en la **Rima** becqueriana, que dice así:

Cae sobre mi espíritu
la noche negra y trágica;
busco el seno profundo de sus sombras
para verter mis lágrimas.
Sé que en el cráneo puede haber tormentas,
abismos en el alma,
y arrugas misteriosas
sobre las frentes pálidas.
¡Oh! ¡Dios mío!...
Sé que me engaña.

Cerremos el libro de los **Abrojos**. Darío los termina declarando:

y en aquella noche obscura,
y en aquel fondo tan negro,
con la tempestad del alma
relampagueó el pensamiento,
y les salieron espinas
a las flores de mis versos.

❦ ❦

En los **Abrojos** hay lagunas. En mi concepto la más grave es esta parte del XXXIII:

Mira, cuando tus ansias vuelo tomen
y te finjan grandezas tus antojos,
bellas, rostro divino y labios rojos
que unas comen pan duro, otras no comen.

En el original está lo mismo. Los originales son claros. Ellos demuestran que Darío escribió sus **Abrojos**, y lo mismo sus **Rimas**, sin vacilaciones, y las contadas que dieron lugar a tal cual cambio, fueron hechas en el acto mismo de nacer la idea.

Las más importantes son las del Prólogo a Manuel Rodríguez Mendoza, en el cual después del verso

de nuestras amigas charlas

se alcanzó a escribir

mi alegre musa, al desgaire
me sopló unas consonantes
a aquel par de fabricantes
de castillos en el aire.

Pero la modificación fué inmediata. Así lo demuestran los originales que están escritos al correr de la pluma siguendo el pensamiento. De la precedente estrofa, eliminada, se conservó la idea del "fabricante de castillos en el aire", que se encuentra al final casi de la primera parte del prólogo. Hay en éste también otro caso: en seguida de la frase "y la hipocresía en todo — se alcanzó a escribir: "Mucho tigre carnic" — lo que fué rayado inmediatamente para dejar el verso como está en la edición de Santiago de Chile, Imprenta Cervantes, 1887.

Rubén era una buena persona. Como dice él mismo de Groux, "buen artista, compasivo con los humildes de abajo, con el pueblo que sufre la tiranía de la estupidez triunfante": amante de los niños a los que se siente atraido por una noble compasión o una gran ternura. Se encuentran de estas manifestaciones en **Abrojos**, en **Azul** y en no pocas de sus producciones más recientes, como ese hermoso estudio "A Propósito de Mme. de Ségur",—sobre los cuentos para niños, de que el poeta hace tan interesantes recuerdos con motivo de su paseo al jardín del Luxemburgo acompañando a un caballero que conduce "a sus dos hijos, lindos como flores, un niño y una niña, ambos de cabellos castaños y obscuros, y ojos tan grandes, dulces y brillantes, que agregan alegría al día": como esa emocionante relación "Bambini de sufrimiento", dedicada a los pobres chicos que son explotados haciéndolos servir de vendedores callejeros con el anzuelo de la compasión del transeunte: como esa otra narración "El reino de las tinieblas". "Los Dramas de la Clínica". ("¡oh! los niños! ¡Qué dulces, qué bellos y qué interesantes!") narración de una visita al ilustre Trousseau, las impresiones de Darío ante el trabajo del sabio, y hasta su servicio ocasional como ayudante en una operación de caridad a un pobre chico, en la cual se comprende que aquello es observado, "vivido", y se siente la grandeza, la nobleza del eminente profesor y palpitar su corazón de oro.

En las calles de Santiago pude observar más de una vez el afecto de Darío por los niños. Instintivamente se detenía a observarlos. Si no había peligro de ser notado por transeuntes, a la curiosidad de los cuales huía porfiadamente el bulto, los chicos que encontraba en su camino recibían alguna caricia, alguna frase amable.

No entendía gran cosa de bellas artes el joven poeta cuando llegó a Chile. Sin estudios adecuados y con muy escasas lecturas de ellas, encontróse, felizmente, con que aquí había de ser su mejor amigo un hombre superior, erudito en estas materias, dominado por ellas desde sus primeros años, admirablemente preparado para orientar con dirección certera la educación artística en el maravilloso cerebro de Rubén Darío! Manuel Rodríguez Mendoza despertó en él al artista.

En el cenáculo de "La Epoca" había elementos para cultivar estas aficiones. Era un centro literario de amateurs de las bellas artes: "había el salón griego, lleno de mármoles: el salón de los tiempos galantes, con cuadros del gran Watteau y de Chardin; dos, tres, cuatro, ¿cuántos salones?" El mismo señor Mac-Clure, que inspiró a Darío "El Rey Burgués", primero, y más tarde "El Sátiro Sordo", era un hombre culto, de aficiones artísticas evidentes y bien fundadas. Vicente

Grez era un entendido a las derechas, uno de los críticos de arte consagrados. A Rodríguez Mendoza lo he calificado ya como que era el primero. Tal era también el concepto de Valenzuela Puelma, el más grande de nuestros pintores y el de Plaza y de Blanco, dos de nuestros escultores de universalmente reconocido talento.

En "La Epoca" trabajaban: el talentoso y experto Pancho Guerra Besa, Manuel Rodríguez Mendoza, Augusto y Luis Orrego Luco, Federico Puga Borne (1), Rafael Sanhueza Lizardi, Luis Montt, Gregorio Ossa y Ossa, Vicente Grez, Alfredo Irarrázaval, Narciso Tondreau, Enrique Montt, por el momento no recuerdo otros. Eran corresponsales. The Great old man Gladstone, Jules Simón, Henry Houssaye, Campoamor, Castelar, Santos Rodríguez. Durante el viaje al sur de que dejo hecho recuerdo al referir una anécdota del general Urrutia, quedó a cargo de la redacción del diario Ricardo Cruz Coke. pero le faltó malicia para escarmenar un artículo de colaboración espontánea de un encumbrado político, que abusó de la confianza de Ricardo y metió en el centro del artículo una alusión maliciosa en que figuraba la frase "el funesto decenio". Al día siguiente se llamaba por telégrafo a Manuel que hubo de desertar nuestra deliciosa gira.

Darío se fué de Chile llevando su criterio artístico preparado, con elementos que le permitieron comprender las maravillas de los grandes museos. Esto bien lo sabía yo. Pero jamás pude imaginarme que él llegase a convertirse en el autor de "Peregrinaciones" eximio visitador de ellos, conocedor de todas las escuelas, investigador profundo y concienzudo de todos los secretos y misterios que las artes pictóricas reservan solamente para la élite de sus devotos. No basta vivir en la capital del arte para impregnarse en el arte. Mas Darío era artista por su propia naturaleza, según lo evidencia el grado en que llegó a penetrar en las regiones del arte en todas sus manifestaciones. Darío era un poeta dentro de la brillante concepción de Lamartine (**Homére et Socrate**, París, Michel Lévy Freres, 1863).

* *

Juzgo a Rubén Darío joven: — De sus **Abrojos**,—que conocí en las pruebas de imprenta y de los que poseo los originales—, debo decir: en su mayor parte me produjeron efecto favorable, muy favorable; algunos no me deslumbraron, y no faltan algunos que habrían preferido no hallar en el volumen. De las **Rimas**, — que también poseo originales—, he de reconocer que me encantaron. Publicado **Azul**, fué enorme mi impresión. **Azul** me dió a conocer otro Rubén Darío. Como don Eduardo de la Barra y mis amigos de aquella época, vi en **Azul** una revelación, en su autor un portento, un genio. Tuve por lectura favorita esas joyas que son "El Rey Burgués", "El Fardo"; me deleitaba recitando esos primores, (que nunca han cesado de deleitarme) que se llaman "Estival", "Autumnal" y el que termina así:

No quiero el vino de Naxos
ni el ánfora de ansas bellas,
ni la copa donde Cipria
al gallardo Adonis ruega.
Quiero beber el amor
sólo en tu boca bermeja,
oh! amada mía! en el dulce
tiempo de la primavera.

Yo admiro los cuentos de Darío, que me recuerdan a Flaubert, Judit Gauthier, Catulle Mendes, Anatole France.

Solicitado por algún huésped, — y no una vez,—para amenizar la velada con lecturas de mi elección, he abierto sin vacilar, el volumen en que tengo juntos **Abrojos** y **Azul**, y leído, con **amore**, "Primaveral", "Autumnal", "Estival" e "Invernal", y continuado, con todo mi gusto, con toda mi emoción y con evidente agrado de mi auditorio, hasta dar término a **Azul**.

Son éstas producciones que "marcan el sendero que debía seguir el talento del autor, son los vuelos en que se ensayaban sus alas, y para el observador o el biógrafo constituyen valiosísimos documentos", aplicando a Darío apreciaciones que él emitió para Jean Moréas.

Don Eduardo de la Barra,— bien sabido es que el eximio maestro no perdió el camino de Páros,—estampó en su Prólogo a **Azul**:—"Rubén Darío es, en efecto, un poeta de exquisito temperamento artístico que aduna el vigor a la gracia, de gusto fino y delicado, casi diría aristocrático; neurótico y por lo mismo original, lleno de fosforescencias súbitas, de novedades y sorpresas; con la cabeza poblada de fantasías, quimeras y ensueños, y el corazón ávido de amor, siempre abierto a la esperanza. Si el ala negra de la muerte antes no lo toca, si las fogosidades del numen no lo consumen o despeñan, Rubén Darío llegará a ser una gloria Americana,

(1). El Dr. don Federico Puga Borne, que formó parte de la Redacción del diario "La Epoca", conoció a Rubén Darío, lo atendió profesionalmente, como amigo, en algunas de sus dolencias, fué amigo distinguido de Manuel Rodríguez Mendoza y de casi todos los jóvenes que se recuerda en estos apuntes y no pocas veces su discreto consejero.

que tal es la fuerza y ley de su estro juvenil".

Don Juan Valera, en sus **Cartas Americanas**, (2) dedicó hermosos y alentadores conceptos a Darío—inmediatamente después de la aparición de "**Azul**"—entre ellos los siguientes: "Sabe con amor la antigua literatura griega; sabe todo lo moderno europeo. Se entreve, aunque no hace gala de ello, que tiene el concepto cabal del mundo visible y del espíritu humano, tal como este concepto ha venido a formarse por el conjunto de observaciones, experiencias, hipótesis y teorías más recientes".

Gómez Carrillo dice: "El único libro que entonces había publicado el gran poeta, era el legendario "**Azul**", que no tiene ni la profundidad, ni la intensidad, ni la serenidad de obras suyas posteriores, y que, sin embargo nos hacia ya entrever los maravillosos horizontes en los cuales, más tarde, ha abierto sus alas la musa castellana. "Nadie sabía sino una cosa, y es, que en aquel tomito impreso en Chile y en el que veinte países veían un breviario, había una riqueza inagotable de imágenes, de ritmos y de novedades."

Recuerdo que en febrero de 1889, al leer la hermosa traducción hecha por Gabriel Mourey, Poésies Complétes de Edgar Allan Poe y publicadas con una introducción de Joséphin Péladan y con dedicatoria Au thaumaturge lyrique - Au supreme confesseur des ames damnées—Charles Baudelaire—A Sa Gloire. La traduction de ces poémes qu'il aimait—G. M., pensé en Rubén Darío al leer el siguiente concepto del Sar Mérodack:

"El genio en el hombre, como la gracia en la mujer, son el hecho de una suprema instintividad; y no el fruto de aplicación metódica de tal o cual arcano".

Al genio de Rubén Darío se ha unido la posesión innegada e innegable de un vasto vocabulario, de una memoria prodigiosa y de una exquisita sensibilidad casi femenina. Su seguridad para versificar era portentosa; el verso brotaba del cerebro para escribirse en su forma definitiva. Harto raro es encontrar en sus originales alguna

Rubén Darío.

enmendatura, algún pequeño cambio. Hallarlo sirve para recordar que la excepción confirma la regla.

El "Album Porteño" y el "Album Santiagués", encuadrados bajo el título "En Chile". "El Canto Epico a las Glorias de Chile"; la "Carta-Prólogo" a **Renglones Cortos**, de Alfredo Irarrázaval Z.; "Don Miguel Luis Amunátegui" (artículo inspirado por el fallecimiento del grande hombre), son recuerdos escritos en Chile que dejó Rubén Darío en nuestro país.

Los primeros, que forman parte de **Azul** y fueron aconsejados por Manuel Rodríguez Mendoza, presentan la riqueza de colorido, la animación y el brillo de lenguaje que más tarde había de conquistar a su autor merecida fama y un puesto de honor en el mundo de las letras.—El "Canto Epico a las Glorias de Chile", premiado en el certamente Varela y que Rubén dedicó al presidente, don José Manuel Balmaceda, es una brillantísima e inspirada producción con vastos horizontes, rica en relieves y de noble inspiración, digna de las preciosas poesían que después han colocado el nombre de Rubén

(2) La edición de "Azul" (vol. IV de las obras completas de Rubén Darío, que edita el "Mundo Latino", Madrid MCMXVII), da como "Canto Alegre" el que su autor denominaba "Cuento Alegre" en la edición original, dirigida por él mismo y que lleva el hermoso prólogo de don Eduardo de la Barra. Este ha sido suprimido en la edición del "Mundo Latino" y reemplazado con la Carta de don Juan Valera, que he citado en el texto.—S. O. B.

Darío, en donde quiera que se conozca el idioma español, entre los más grandes poetas conocidos

Oh! Patria! Oh Chile!...
Pues que altiva ostentas
tras las luchas sangrientas
tus victorias de paz por todas partes;
.....
da ¡oh Patria! luz y aliento
para cantar tus glorias inmortales;
que ha llegado el momento
en que suenen al viento
los clarines sonoros y triunfales.

La "Carta-Prólogo" es encantadora: "Mi querido Alfredo: He leído tus versos, y te aseguro que van con buen viento. Sí, va tu musa por el vasto mar del mundo, en barca ligera, tendida al aire la bandera alegre, cantando como una muchacha de quince abriles, que tiene el alma sana, la mejilla encendida, el ojo pícaro y argentina la carcajada. Si tú fueras francés, pertenecerías al grupo de rabelesianos que hoy encabeza Armand Silvestre, y tiene por primer pontífice al creador de Gargantúa, y por uno de los padres de su iglesia al buen Brantome. Sostienen con su doctrina la sal gala, verdadero Santo Graal de esos caballeros de la risa; y es indudable que la escuela es vigorosa, y los frutos lozanos y nada dañinos. Entre nosotros, tú obra es un excelente signo".

.....

"Yo tengo fe ciega en un renacimiento de las letras en Chile: fe en la juventud que tiene aliento, constancia, nobleza, el fuego sagrado; apoyada, eso sí, indispensablemente, por las pocas columnas que nos quedan de los tiempos que pasaron. Trabajemos todos. Unámonos, y apoyémonos en las canas. Que nos digan los veteranos cómo debemos llevar los pabellones en nuestras marchas".

De don Miguel Luis Amunátegui escribió Darío sentidas y hermosas páginas. De ellas copio algunas líneas: "Hace pocos días, lamentando la muerte del hombre ilustre que Chile acaba de perder, me decía el señor Lastarria:—más que político, más que educacionista, más que todo, Amunátegui era escritor.—Y el maestro decía una gran verdad... Tendrá bustos en las Academias, estatuas en las plazas públicas, laureles y fama en las obras de los críticos; pero en el corazón de los estudiantes tendrá un recuerdo inmortal. Eso recogen los que siembran santa semilla de luz en buena tierra. Bravos hombres viriles, trabajadores, sacerdotes de una religión augusta, tienen el privilegio de que se agiten palmas sobre sus tumbas, de que se dé a su cuerpo el mármol y a su alma gloria espléndida".

Este recuerdo de Lastarria trae a mi memoria, de entre los admirables conceptos que Rubén Darío dedicó a Edgar A. Poe, Jean Moréas, de Lautrémont, Paul Verlaine, Villers de l'Isle Adam, León XIII, Rostand, Rémy de Gourmont y otros ingenios, las hermosas líneas descriptivas de los funerales de Castelar, que evocaron en mi el cuadro en que don José Victorino Lastarria, exhibe el pueblo reunido en la plazuela de la Moneda en los instantes en que un edecán del Presidente anuncia el asesinato del Ministro Portales.

En el prólogo para un volumen de Poesías de mi estimado amigo Narciso Tondreau, hace Rubén Darío emocionantes y muy interesantes recuerdos de sus primeros tiempos y de sus amistades en Chile. Esos recuerdos contienen apreciaciones de nuestros poetas, tanto de los que ya habían conquistado el descanso o cambiádolo por alguna plenipotencia u otro empleo público. Dedicó hermosas poesías a Pedro Nolasco Préndez, a Eduardo Poirier y son numerosas sus impresiones relacionadas con Chile, de entre las cuales no olvido el susto del poeta al ir a visitar en Lima al ilustre autor de las Tradiciones Peruanas, de que le hiciese sentir el Canto Épico e las Glorias de Chile...

El manto chileno gravado en la retina de Rubén Darío, lo hallamos más de una vez en sus recuerdos:

Tiene ello mucho de santo;
más despierta cierto anhelo
cuyo velo no levanto;
si no fuera ese recelo,
andarían en el cielo
los querubines con manto.

A una Dama (a una chilena), le dice:

Brindarte por el sol y el agua
y por el granizo y el trueno,
una chispa de sol chileno
en un verso de Nicaragua.
. . . . . .
Tú eres la luz y eres el templo
cuando con tu manto chileno
sabes hacer al hijo bueno
y brindas belleza y ejemplo.

El Prefacio a **Gotas de Absintio** de Emilio Rodríguez Mendoza, "reconoce el principio de algo que se alza en su anhelo de luz y de belleza sobre los abominables escritos y las logorreas incurables que la mediocridad ambiente ha esparcido desde antaño sobre el alma misma."

❦ ❦

La conversación de Rubén Darío era agradable y amena.—"**Non sempre!**"... Solía tener sus días sombríos. En ocasiones, "callado como un muerto", brotaba una chispa en su cerebro, y tornábase alegre, decidor, pasmoso de inagotables recuerdos de poesías enteras, de largos tro-

zos de los autores que admiraba. Pero su compañía, por lo general, en la intimidad, grata, era también a menudo costosa, porque Rubén gustaba de buenos platos y caros licores, y no sabía apreciar su relación con los inmediatos medios de sus amigos que solían verse en amarillos apuros, calificados por él de "celestiales" por ser celeste el imperio de los amarillos.

Los que recibían el título de amigos, eran bien pocos, reducidos por las exclusivistas simpatías del poeta. La llegada de algún extraño al círculo, y sobre todo de quien no fuera grato a Rubén, daba a su ceño.

en un punto mismo
de cólera y esplin los fruncimientos.

Y si notaba en sus compañeros que participasen de la antipatía hacia el intruso, cumplíase aquello de

... charlo como un necio,
salpicando el discurso
de burlas, carcajadas y dicterios.
¿Que me miran? Agravio.
¿Me han hablado? Zahiero.

Por cierto que, así, las cosas no podían terminar invariablemente en santa paz. Una vez estuvo al producirse un altercado, pero lo evitó la ingeniosa y salvadora intervención de Vicente Grez que se llevó al de la "gresca" en uno de los carruajes estacionados frente a Gage, hasta la puerta de una casa amiga que se hizo abrir para entrar resueltamente, dejando al pendenciero abandonado a su propia suerte y al auriga. Vicente me refería poco más tarde, a través de los barrotes de una ventana a la calle de Nataniel, la graciosa aventura... Darío era aficionado a los cuentos picarescos, de los que poseía buen caudal, y los refería con sal y pimienta—, "con mostaza",—decía él. Las risotadas con que eran celebrados le causaban visible placer. Pero ¡ay! del chascarrillo y de la verba si la mampara del gabinete reservado se abría para algún visitante no deseado!... No era Rubén como Paul Bourget que supo asociarse a las formas de existencia más contrarias a su naturaleza íntima.

No había de desmentir aquello de "genio y figura..." puesto que Angel de Estrada (hijo) pudo escribir: "Este hombre tímido, casi siempre mudo, que no se libraba sino a sus muy íntimos, se ha llevado el secreto de hablar de la Poesía como un sacerdote."

En sus producciones de los últimos años de su vida, Rubén Darío dedicó algunos recuerdos a asuntos de Chile. Citaré el soneto a Caupolicán: "Un Libro sobre Chile", o sea "Chile en 1908—de don Eduardo Poirier, uno de los mejores amigos con que aquí contó el poeta y a quien muy merecidamente encomia,—y "Letras chilenas", "Francisco Contreras,—Un Libro sobre Italia" de quien hace crítica elogiosa.

CAUPOLICAN

Es algo formidable que vió la vieja raza:
robusto tronco de árbol al hombro de un campeón
salvaje y aguerrido, cuya fornida maza
blandiera el brazo de Hércules o el brazo de
[Sansón.
Por casco sus cabellos, su pecho por coraza,
pudiera tal guerrero, de Arauco en la región,
lancero de los bosques, Nemrod que todo caza,
desiarretar un toro, o estrangular un león.
Anduvo, anduvo, anduvo. Le vió la luz del día,
le vió la tarde pálida, le vió la noche fría,
y siempre el tronco de árbol a cuestas del titán.
"El Toqui, el Toqui," clama la conmovida
[casta.
Anduvo, anduvo, anduvo! La Aurora dijo:
["Basta",
e irguióse la alta frente del gran Caupolicán.

En su estudio de Contreras copia Darío, entre otras cosas, la parte del prólogo que dice así:—"Y hallaréis esta noticia inquietante: "Existe en Chile la preocupación de atribuir a los poetas los calificativos de loco, perdido, vagabundo.

De manera que, lo que en toda sociedad culta es un señalado honor, en la nuestra se trueca en motivo de escarnio, o sello de ridículo. Un distinguido poeta nacional nos contaba que en cierta ocasión, habiendo sido presentado a una dama con las palabras de: el poeta señor Tal, se vió obligado a protestar asegurando que era objeto de una mala broma...

A lo que Rubén, por su parte, observó: "sin embargo, con su reserva, menos ejecutiva que la disposición platónica, Chile demuestra cordura. Los poetas son seres que perturban el común pensar de las gentes, los modos de hablar y hasta las costumbres. Así, si Chile ha levantado un monumento a don Andrés Bello, es porque ese poeta venezolano llevaba en una mano un código y en otra una gramática. Verdad es que en el cerro de Santa Lucía de Santiago, hay otro monumento dedicado a don Benjamín Vicuña Mackenna, que aunque no escribió sino en prosa, era un varón de confianza con todas las nueve musas. Y, con todo, ahí están los versos del romántico y melodioso Eusebio Lillo, del huguizante Matta, del vario y noble de la Barra, del sonoro Prendez, del horaciono Tondreau, del humorístico Irarrázaval. Y ahí está lo hecho por la nueva generación que se enorgullece con la producción del malogrado González y de líricos como Bórquez Solar, Magallanes Moure, Valledor Sánchez y Miguel Rocuant. Entre ellos se destaca Contreras, sobre quien puedo ahora repetir lo que dijera hace algunos años: "Creo que en

nuestra América hay pocos que tengan un tan sincero y hondo fervor de arte. Luego, en medio de ese fervor, es ponderado y reflexivo. No violenta ni la idea ni el lenguaje. Mucho me complace que no se haya dejado arrastrar por las peligrosas tentaciones del versolibrismo. Hay en él duplicidad es un intelectual-sentimental que conduce bien sus designios entre los naturales desequilibrios del talento."

Refiriendo Darío, Un Viaje a Nicaragua, que hizo en 1909, recuerda: "Viví en Chile, combatiente y práctico, que ha sabido también afianzarse en obras de paz." No es raro que vuelva el recuerdo de Chile, en sus obras completas, muy especialmente con afectuosas referencias a M. Rodríguez Mendoza, Pedro Balmaceda, Narciso Tondreau y Eduardo Poirier.

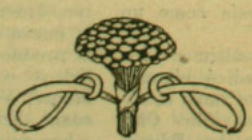
Como tantos otros ingenios, Rubén Darío hizo de París el centro de su existencia. Como pocos, en tal grado, mereció aplicarse la respuesta de Peer Gynt, esa inmortal creación del grande Ibsen:—"Es usted noruego?—De nacimiento sí, pero ciudadano del mundo de elección. Debo mi prosperidad a la América, mi biblioteca a los jóvenes escribas de Alemania, mis vestidos a la Francia. Y la Francia, además, me ha enseñado la alegría, la risa, el escepticismo; la Inglaterra el pensamiento, el trabajo, el egoísmo; los Judíos la paciencia; los Italianos el dolce far niente; los Suecos el coraje!"

¡Cuán admirablemente corresponden al temperamento de Rubén Darío las hermosas palabras con que Rémy de Gourmont expresa su concepto del escritor, en abierta y razonable discordancia con Nordau!: "Le crime capital pour un écrivain c'est le conformisme, l'imitativité, la soumission aux régles et aux enseignements. L'oeuvre d'un écrivain doit être non seulement le reflet mais le reflet grossi de sa personalité. La seule excuse qu'un homme ait d'ecrire, c'est de s'écrire lui-meme, de dévoiler aux autres la sorte de monde qui se mire en son miroir individuel; sa seule excuse est d'être original; il doit dire des choses non encore dites et les dire en une forme non encore formulée. Il doit se créer sa propre esthétique, — et nous devrons admettre autant d'esthétiques qu'il y a d'esprits originaux et les juger d'aprés ce qu'elles sont et non pas d'aprés ce qu'elles ne sont pas".

En las Palabras Liminares de **Prosas Profanas** está escrito por Rubén Darío: "El abuelo español de barba blanca me señala una série de retratos ilustres y "Este, me dice, es el gran don Miguel de Cervantes Saavedra, genio y manco; este es Lope de Vega, este Garcilaso, este Quintana. Yo le pregunto por el noble Gracian, por Teresa la Santa, por el bravo Góngora y el más fuerte de todos, don Francisco de Quevedo y Villegas. Después exclamo: Shakespeare! Dante! Hugo!... (y en mi interior: Verlaine...!).

Aimer le vrai, rever le beau, dire le juste!—**Fernand Gregh.**

Frase final:—Compañero, decíame Manuel frecuentemente, ¿qué hay de Diderot? —Alusión al pensamiento siguiente: "Je voudrais bien savoir ou est l'école ou l'on apprend a sentir."



MAHINA

(Cuento pascuense)

Por

Ignacio Vives Solar

Cuando nació Mahina, Kike tenía sólo 3 años, y era cosa convenida entre Mai-Hama y Papiano que si el hijo de este último resultaba mujer, había de casarse con Kike cuando fuesen grandes.

Como hermanos crecieron y desde niño Kike había tomado a lo serio el papel de prometido de la caprichosilla Mahina; mientras ésta sentada en un peñasco cubierta apenas con una camisita, las más veces desgarrada y su cabello desgreñado flotando a merced de la brisa, dejando volar la imaginación de su cabecita de siete años, por mundos ignorados y por sueños no comprendidos, Kike sin más traje que aquel con que Dios lo echó al mundo, pues donde falta la malicia, sobra el ropaje, buscaba **aúque** (1) entre las rocas, o zambullíase en el agua para sacar **takatore** (2) y **etuko** (3) que luego comían crudo y sin condimento.

Cuando el mar estaba agitado y las olas rompían con fuerza en la barra para venir a morir mansamente en la playa de Anga-Roa, Mahina solía decir a Kike:

—Vamos, **Koe haz un guaru.**

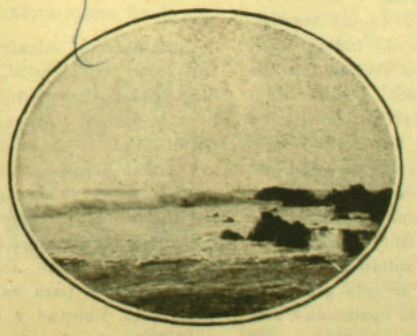
Kike cogía un pedazo de madera y sin vacilar se arrojaba al agua; con presteza nadaba hasta pasar la línea de la barra y entonces, con el cuerpo rígido, las piernas juntas y estiradas, los brazos hacia adelante, sujetando con ambas manos el trozo de madera, se embarcaba en la ola poco antes que rompiese y sirviéndose del palo como de timón y los pies de hélice, con velocidad vertiginosa se dejaba arrastrar hasta la orilla, encaramado, digámoslo así, en la potente ola. Hermoso deporte a que son muy aficionados los muchachos canacas, pero que no carece de peligros, pues cualquier vacilación o debilidad en el manejo de los brazos sería fatal al nadador, pudiéndolo coger la ola de costado y arrojarlo hacia los arrecifes de la orilla.

Mahina, fijos y abiertos sus grandes ojos negros, los dientes apretados y el resuello contenido, lo miraba venir envuelto en la ola, hasta que, lanzando un grito de alegría y palmoteando las manos, corría hacia la arena, cuando el muchacho arribaba y sonriendo se sacudía para arrojar el agua adherida a su torpe y ensortijada cabellera.

Para Mahina eran las primeras brevas que maduraban en Diciembre que Kike buscaba en rincones escondidos de la isla, y para ella las más bonitas plumas del **tabake** que traía de la isla chica, cuando acompañados de su padre Mai Hama iban en busca de huevos de **uja.**

* * *

Cuando conocí a Mahina había cumplido sus 14 años y era toda una mujer. Esbelta de cuerpo, de andar reposado y airoso, sin ser flaca, era delgada y flexible como un junco; su rostro no era propiamente hermoso, pero su mirada franca y serena, que calificaría de impávida si no se hubiese hecho tan mal uso de este vocablo, tan distinta de la impúdica descocada, como de la modesta que nues-



Cuando el mar estaba agitado y las olas rompían con fuerzas en la barra...

(1) luche.
(2) lapas.
(3) erizos.

tras convenciones sociales exigen a la mujer que se estima, atraía desde el primer momento. Acompañaba a esta mirada una sonrisa dulce e ingenua, que a la vez que simpatía inspiraba confianza y respeto.

Siempre aseada, con su amplia bata de percal, su abundante y negra cabellera peinada hacia atrás sin artificios, dejando despejada su majestuosa frente y anudada en la nuca por un lazo de cinta en la cual prendía un geranio rojo, hacía contraste con las demás isleñas por la sencillez de su gusto que huía de los colores chillones y de los adornos grotescos. Querida de todos, no tenía amigas propiamente dichas, y aunque asistía a las fiestas de los canacas, no tomaba jamás parte en el impúdico **upa upa** (baile taitiano) y cuando

Una mañana mientras las mujeres sacaban la leche en el corral..

se abría el **ollo del banquete** y los demás isleños se arrojaban como perros hambrientos a disputar la mejor presa del cordero o la gallina más gorda, ella se hacía a un lado y esperaba que le ofreciesen su ración.

Gustaba mucho de instruirse y oir los relatos de otras islas de donde venían esos buques tan grandes cargados de tantas cosas bonitas y donde las mujeres vestían tan elegantes y lucían tan hermosos adornos. Algunas veces, cuando le mostraba ilustraciones de libros y revistas, abría sus grandes ojos y quedaba algunos minutos en silencio; después, lanzando un suspiro exclamaba:

—Si yo hubiese sido hombre, podría haberme embarcado para la isla de Chile!

Sus infantiles preguntas solían ponerme en apuros. Hablando una vez de esta gran guerre, que para vergüenza de la humanidad, azota hoy día el mundo, me preguntó:

—¿Y por qué pelean allá? Antes en Pascua también la gente peleaba; si algunos tenían hambre hacían pelea, morían unos cuantos de los dos bandos, se los comían entre todos y **fini**. Después vinieron los misioneros y dijeron que eso era cosa mala y desde que nos pusieron el agua en la cabeza, la gente no ha vuelto a pelear y planta camotes para comer. ¿Pero allá si no se comen los muertos, para qué pelean?

* * *

Amaba a Kike con cariño fraternal, y debían casarse cuando viniese la goleta y trajese algunas tablas que éste había encargado para techar la casa cuyos muros de piedra ya estaban levantados. Mahina le había dicho que ella quería vivir en casa propia, y éste, solícito a sus deseos, se había apresurado a reunir y cantear piedras coloradas y con sus economías y lo que pagaría con su trabajo en la esquila, había encargado la madera para las puertas y techo. La casa estaba situada en el alto de Anga Roa, y de ella se dominaba no sólo la bahía sino hasta la punta de **Motu tau tara**. La había rodeado de plátanos y en la ladera del costado, verdegueaba una huerta de camotes, todos plantados por él. La gente estaba de acuerdo que era uno de los más hermosos **jardines** y que el futuro matrimonio sería uno de los más ricos y venturosos de la isla.

* * *

Una mañana, mientras las mujeres sacaban leche en el corral, se oyó un grito que luego como reguero de pólvora cundió en la boca de todos los canacas, que decía **iote pagi eeé!!!** (aquí viene buquees).

Todo el mundo abandonó sus tareas, las vacas que estaban maneadas aprovecharon su libertad para correr hacia sus terneros, volcando con la prisa en su camino más de un tarro con leche; los bueyes uncidos que estaban listos para salir al trabajo fueron puestos en libertad y algunos perezosos que no habían abandonado las delicias del sueño, salieron de sus casas a medio vestir para aumentar el ya respetable coro que agitado y

levantando los brazos gritaba **iote pagi eeé!!!**

Una diminuta vela divisábase en el horizonte y se necesitaba de la espléndida vista de los canacas para distinguirla; los comentarios eran varios; Baquedano decían unos, la goleta, exclamaban otros, buque yanqui decía un tercero; sólo una hora más tarde pudo distinguirse la conocida silueta del buque-escuela.

Esta vez no despertó el entusiasmo de otras ocasiones. Recientemente visitada la isla por diferentes navíos de moderna construcción y aún fresca en la memoria de los canacas la estadía de la poderosa escuadra alemana, la antigua corbeta les parecía un falucho comparándola en su mente con aquellas formidables máquinas de guerra.

—¡Siempre Baquedano, Baquedano!— exclama un exigente. Chile no tiene sino ese buque hospital.

—Este año no trae ropa, añadía un pesimista, el gobernador dice que el Gobierno está muy pobre por la guerra.

—Eso por tener gobiernos viejos, contestaba una filósofa vieja, que había visto en mi casa un retrato de don Ramón Barros Luco. Los viejos no servimos para nada.

* * *

Antes de medio día la Baquedano largaba sus anclas frente Anga Roa y al poco rato la playa se veía invadida por una bandada de jóvenes **midsshipman**, futuros almirantes, que, ávidos de sensaciones, en esa edad en que el corazón domina y en cuyo albergue no ha penetrado aún el frío egoismo, investigan curiosos cuanto se les presenta, felices de haber arribado en este primer viaje de oficiales, recién abandonado el cálido hogar de la escuela, a la isla de las estatuas, de los toromiros de las leyendas y en donde unos cuantos blancos cegados por la codicia, con el látigo empuñado, según dicen los diarios de Valparaíso, oprimen y vejan a los pacíficos y mansos naturales. Y mientras en el fondo de sus corazones piensan servir de redentores a esta pequeña parte de la humanidad ultrajada, las jóvenes canacas los rodean y les prodigan sus ternezas, las madres que previamente han despojado de la ropa a los chicuelos, les lloran sus pobrezas, los hombres con aspecto humilde les ofrecen antiguas esculturas de piedra, que hace una hora escasa acaban de labrar y los viejos con sus caras bonachonas y sonrientes les regalan gallinas y huevos, no sin manifestarles todos por palabras, señas y ademanes que necesitan tabaco, ropa, jabón y miles otras fruslerías.

Admiraba los bellos uniformes de los oficiales...

Cuando el joven tomaba la altura del sol...

Mahina, un poco retirada, contemplaba esta escena, como avergonzada de la codicia de sus hermanos. Admiraba los bellos uniformes de los oficiales y no apartaba la vista de un guardia marina, rubio, de ojos azules y de apuesta figura que confuso no encontraba donde poner una pesada piedra con pretensiones de figura, que un canaca le acababa de obsequiar.

De repente, como guiada por un impulso y con la franqueza que acompañaba a todos sus actos, se acercó a él bañándolo en una ardorosa y franca mirada, y le dijo, despojándose de una flor que entre su pecho llevaba prendida:

—Toma, bota eso; no sirve.

Admirado la contempló el joven, no sabiendo a qué achacar ese acto de espontaneidad, y con ademán turbado cogió el geranio y balbuceó un muchas gracias, pero reponiéndose en seguida y habiéndole agradado la soltura y modales de la muchacha, le preguntó sonriendo:

Mahina.

—¿Por qué no sirve este mono?

—Es cosa mala mentir, le respondió; los extranjeros buscan monos antiguos y esto sólo los viejos los tienen, el que tú llevas lo hizo **Cachipare** esta mañana; mi abuelo tiene uno de toromiro y cuando bajes mañana te lo daré.

—¿Y qué quieres que traiga yo del buque?

—Yo nada te he pedido. ¿Pero, para qué quieren estos monos tan feos? Esta sencilla pregunta trajo a la mente del joven oficial un mundo de recuerdos; representóse esa tarde, la víspera de la salida de la "Baquedano" de uno de los puertos del Norte en que había estado anclada durante un mes, cuando con lágrimas en los ojos se despedía de la virgencita de ojos negros a quien con esa facilidad y buena fe propia de los dieciocho años había jurado amor eterno a los ocho días de conocerla, y entre miles de promesas de fidelidad ofreció traerle un idolillo de Pascua para que sirviese de amuleto para su felicidad futura. No pudo contener un suspiro y observando detenidamente a la sencilla canaca, sino por el físico, por el candor e inocencia que revelara, encontró cierto símil entre Mahina y su niña de ojos negros, cosa corriente entre los enamorados, que cualquier sensación que reciben les provoca la visión del sér querido, y que hizo despertar en su corazón una fuerte corriente de santa y fraternal simpatía hacia la graciosa isleña. Al poco rato eran amigos y el oficial, interesado en los sencillos relatos de Mahina, muy luego estuvo al corriente de su noviazgo y próximo enlace con Kike.

—¿Y mucho quieres a Kike?

—Sí, es muy bueno, trabaja, planta camotes, pesca langostas, amansa caballos y sabe hacer casas; además los corojuas (viejos) quieren que nos casemos.

—Y tú, ¿tienes muchas ganas de casarte?

Mahina bajó la cabeza y suspiró. Era la primera vez que se le hacía esta pregunta. Criada desde niña con tal idea, no había tenido tiempo de consultarse ni ponerlo en duda, siempre considerando que éste sería un acto tan natural como cualquiera de los corrientes de la vida; para ese día había fiesta y **banquete**, su suegro había comprado un novillo para el curanto y su padre iba a matar cien gallinas, además toda la gente llevaría plátanos y camotes y no se le había ocurrido nunca que su vida fuese a alterarse con este acontecimiento; pero al oír la pregunta del oficial, sintió que el pecho se le oprimía y que cierta sensación de susto agitaba su corazón, impidiéndole dar una contestación y haciendo por toda respuesta un ligero movimiento de los hombros.

* * *

Cada día, cuando bajaba el joven **midshipman**, ya Mahina lo estaba esperando en la playa y después de darle los buenos días y ofrecerle una flor que ella misma prendía en su dolmán, lo acompañaba a su trabajo llevándole el sextante y en silencio lo contemplaba, cuando el joven tomaba la altura del sol para rectificar el cronómetro, yendo juntos en seguida de paseo, a visitar algunos alrededores de Anga Roa. Ella le conversaba de mil cosas y con la volubilidad del niño, le hacía preguntas sobre mil temas diferentes, pero siempre la conversación recaía sobre el punto que agradaba más al guardia marina, cual era el de las virtudes, elegancia y belleza de su amada. Un día que le mostró el retrato, que siempre lo acompañaba en su cartera, ella, después de contemplarlo largo rato, lanzando un profundo suspiro, exclamó:

—Neje, neje (muy bonita) las canacas no sirven!

* * *

Muy pronto estos inocentes paseos dieron

motivos a comentarios y en la cámara del buque el joven fué muy felicitado por su éxito y fácil victoria sobre la hasta entonces inabordable canaca, y las chirigotas y bromas subían de punto, cuando el oficial pretendía explicar a sus compañeros la inocencia de esta fraternal amistad. Pero en la isla las cosas tomaban aspecto más grave; las otras mujeres que aunque hasta entonces respetaban a Mahina por su virtud, pero en el fondo de sus corazones la envidiaban por el mismo motivo y deseaban su caída para que, bajando de ese pedestal tan hermoso como frágil, resultase al nivel de ellas, engañadas por las falsas apariencias, dieron por cierto lo que tanto deseaban y con hipócritas lamentaciones por la desgracia del pobre Kike que, ignorante de todo, acompañaba como guía a una comisión de oficiales que levantaba un plano en el extremo opuesto de la isla, empezaban los comentarios de sus viperinas lenguas a cebarse en la honra de la inocente isleña; dos de ellas, precisamente, una de las que cuando jóvenes habían dado más escándalo por ese capítulo y cuyo envejecimiento prematuro, como acontece a las mujeres de Pascua a consecuencia de su temprano desarrollo, las había obligado a entrar, muy en contra de sus deseos, por el estrecho sendero de la virtud, levantaron el grito al cielo, y ya que Kike estaba ausente resolvieron comunicarle a **Mai Hama** para que, como futuro padre pusiese atajo a este escándalo, en que, según ellas, estaba envuelto el honor de la isla.

Una puñalada fué para el viejo la noticia y, consultado el caso con su futuro consuegro Papiano, resolvieron ambos abordar esa noche a Mahina y notificarle completa reclusión en la casa hasta que partiese el buque, amenazándola en caso de resistencia con dar parte a Kike, quien sabría castigarla y hacerla regresar a la senda del deber.

Manifestaciones de sorpresa e indignación, seguidas de confusos lamentos y un copioso llanto fueron los primeros efectos de la homilía de los viejos; sin contestar palabra, acurrucóse en un rincón de la pieza y cogida su cabeza con ambas manos dió curso a su desesperación con sollozos y lágrimas sin darse cuenta ella misma si ésta provenía de lo injusto de la acusación o de la crueldad del mandato. De repente serenóse, clavó sus grandes ojos en el suelo y absorta y muda como estatua permaneció algunos minutos; levantóse en seguida y encarándose a sus padres con voz tranquila y sostenida, les dijo:

—Lo que dicen es mentira, pero yo ya no tengo corazón para Kike; si mañana me encierran, grito para que los oficiales oigan y me saquen; y sin decir buenas noches retiróse a su cama y como si nada hubiese pasado, después de hacer sus oraciones, recogióse en el lecho.

Mahina no durmió esa noche; la acusación de los padres que en el primer momento le produjo la sensación de desesperación y dolor que hemos visto, fué luego para ella la revelación de lo que pasaba en su alma, de cuyo estado no había tenido tiempo de darse cuenta; vió claro entonces que esa corriente de simpatía que la atraía hacia el joven oficial, no tenía nada de común con los únicos cariños de su vida que hasta entonces conocía, cuales eran el de su prometido Kike y el de sus bondadosos viejos; compadeció al primero, pero una irresistible repugnancia agitaba sus carnes cuando pensaba en la anti natural idea de unirse a él; sin que amenguase el amor que a sus padres profesaba, brotaba una energía desconocida para oponerse a cualquier mandato que la apartase del marino, a ella por lo demás tan sumisa y obediente. Su cabeza era incapaz de discurrir proyectos, pero ansiaba que llegase el día para correr al lado del oficial y manifestarle lo que sentía; él, que tanto sabía y había recorrido tantas islas, sabría explicárselo y sobre todo encontraría un medio para

Kike regresando de la pesca.

llevarla consigo, pues comprendía que su vida era imposible lejos de él.

* * *

A la tarde siguiente, cuando ambos regresaban por el camino del volcán Rana-Kau, Mahina, apoyada en el brazo del joven oficial, lucía una faz radiante; sus grandes ojos negros brillantes como estrellas irradiaban felicidad, pero su mirada había perdido ese candor y dulzura en que consistía el mayor encanto de sus atractivos; al pasar por entre los grupos de isleños que en la playa departían, con una mirada de altanero desprecio hizo acallar los maldicientes cuchicheos que su actitud provocara y acompañando al joven hasta el bote no lo abandonó con la mirada, hasta que éste, después de saludarla con el pañuelo desde el portalón, perdióse en las interioridades del buque.

Sin darse tiempo Mahina en considerar lo pasajero y fugaz de su idilio, que forzosamente debería cortarse con la próxima salida del buque, y ahogando el oficial con el recuerdo de las dulces sensaciones del día los remordimientos que le asaltaban por la noche, ambos jóvenes entregáronse por completo y sin reparo a las delicias de este amor exótico y los días que se siguieron al paseo de Rana-Kau fueron para ellos de intensa felicidad.

Como antes hacendosa, cuida de su casa y de sus padres...

Mahina, orgullosa de su dicha, notificó a sus padres que no escucharía recriminaciones so pena de apartarse de la casa, y al infeliz Kike, que presuroso había abandonado el campamento para convencerse de su desgracia, el más formal de los desahucios. Para las maldicientes le bastaba una mirada de desprecio y sobrellevó casi con orgullo el mote de Mahina **la oficial** con que los socarrones isleños la bautizaron, no viendo en este asunto más que uno de los tantos líos corrientes en la isla.

Kike, penetrado de su vergüenza e incapaz de sobrellevarla delante de sus compañeros, pidió y fácilmente obtuvo enganche en la Baquedano, prometiendo en su corazón no pisar más su verde isla, tumba de las ilusiones de dicha que se había formado para la vida entera.

El día de la despedida, mientras las otras mujeres lloraban en la playa sin saber por qué y con la misma facilidad con que media hora después reían comentando sus fugaces devaneos con marineros y oficiales y aún poniendo en solfa a aquellos que más ternura les habían prodigado, Mahina, rígida y con los ojos enjutos, vió alejarse el bote, esperó, como la otra vez, la despedida, eterna quizás, que el joven oficial le hiciera desde el portalón y sin aguardar que el buque levase ancla, encaminose lentamente a su casa.

* * *

Pasados los primeros comentarios a que la anual visita del buque escuela da tema inagotable y cuyos menores incidentes son recordados y retenidos por mucho tiempo durante las largas veladas y en los corrillos que en los días de fiesta forman los isleños en la plaza, Rapa Nui ha vuelto a su tranquilidad habitual. Mahina, después de sufrir con estoica filosofía las recriminaciones de los unos, las cuchufletas de los otros y de verse obligada a escuchar las insulsas canciones que a Mahina, la oficial, son dedicadas, ha conseguido con su paciencia y desprecio que la dejen en relativa paz.

Como antes, hacendosa, cuida de su casa y de sus padres y aunque más retraída aún en el trato de sus compañeras, la dulce sonrisa no ha abandonado sus labios pero su altanera y franca mirada, envuelta ahora en una nube de tristeza, refleja un destello de resignación y orgullo, como despreciando la felicidad de su vida entera sacrificada en aras de los efímeros goces obtenidos.

¿Espera algo? Dios lo sabe; su rostro de esfinge vela sus impresiones y oculta sus pensamientos a mis más prolijas investigaciones.

IGNACIO VIVES SOLAR.

Isla de Pascua, Villa Esther, Septiembre de 1915.

EL EXTRANJERO

Por

Leonídas Andieff

Con ilustraciones.

Desde las once de la mañana a las ocho de la noche, el estudiante Tschistiacoff corría por la ciudad a dar lecciones y sólo una vez por semana, el Miércoles, día en el cual las horas de clase comenzaban más tarde, hacía una escapada a la Universidad para hacer acto de presencia; pero no iba nunca a las clases y ni siquiera sabía donde estaban las salas para los estudiantes del segundo año; porque odiaba a los profesores y se preparaba a partir, a la siguiente Primavera, al extranjero, donde había decidido vivir y morir. Por lo cual se había sobrecargado de trabajo y juntaba dinero; y en la noche, concluídas las lecciones, estudiaba alemán. Había determinado fijar su residencia en Alemania, en Berlín. Allí vivía un viejo conocido que le escribía largas cartas, vibrantes de entusiasmo, insistiendo en cada una de ellas para que se decidiese definitivamente.

Pero de vez en cuando, en la noche, sentía el estudiante en la cabeza un rumor extraño como de agua que cae de una rueda de molino; por los ojos fatigados desfilaban los rostros de todos los estudiantes y lo atormentaba un fuerte dolor al costado izquierdo. Entonces se tendía en el lecho, contaba los rublos recogidos o soñaba con su vida en Berlín; o bien subía a la pieza N.o 64, donde acostumbraban reunirse los estudiantes del "Polo Norte": así llamaban las piezas en que vivían.

No era que le agradase el trato de los estudiantes que encontraba allí; como no le gustaban las calles por donde traficaban; ni quería la pieza donde vivía, ni nada de lo que le rodeaba, de toda esa vida caótica, mal organizada, bárbara, grosera, insensata. Y aún peores le parecían los que veía en las calles, en las casas; los bárbaros son audaces y éstos no se estimaban ni estimaban a los otros; y a veces se levantaba entre ellos una muralla ciega y sorda de estúpida violencia y de absurda ferocidad. Pero la idea de que pronto los dejaría para siempre y vería otros

hombres, y viviría otra vida, una vida buena, bien regulada, lo reconciliaba con aquellos que se quedarían provocando en su alma una extraña emoción y una piedad tranquila. Y cuando subía al 64, alto, con el pecho angosto de tísico, con su mirada pálida de asceta y los ojos febriles y radiantes, su saludo: ¡Buenas noches! tenía el tono de un adiós melancólico.

Pero en el N.o 64 reinaba siempre la alegría, el desorden y la burla. Allí se bebía y se fumaba mucho y se dormía en el suelo o en los divanes por lo cual el aire era denso, pesado, impregnado de alcohol y de humo; reinaba allí un desorden tal, de tal modo establecido e irremediable, que le parecía a Tschistiacoff a veces una especie de orden; y los inquilinos de la pieza, los estudiantes Vanca Kostiurin y Panoff eran semejantes en todo a su habitación: desordenados y firmemente arraigados en su desórden; hasta en la mañana en lugar del **the** bebían cerveza o aguardiente, de noche metían bulla y dormían en el día.

No eran muy ricos, pero sobre la ventana había siempre una ringla de botellas, de todas las dimensiones, en orden de estatura; y de la pared colgaban un tambor y un triángulo y se pavoneaban los tubos, semi-llenos de una armónica.

Desde la noche en que el estudiante serbio Raico Vuchic, había hecho sonar el tambor en el pasadizo con ruidosa furia despertando a todos los inquilinos que habían creído en un incendio, todos los días, a las once, venía la criada y confiscaba el tambor hasta el otro día. A la mañana siguiente presentábase con el tambor y con un par de vasos de cerveza; y Vanca Kostiurin, que usaba enormes bigotes, que desde temprano tenía mal humor, ejecutaba una breve pieza, como él malhumorada; pero luego la armónica respondía con un trino sonoro y alegre, y comenzaba un nuevo día, absurdo e incomprensible para Tschistiacoff.

Y cuando en la noche subía al N.o 64, con su pecho angosto, con su aspecto enfermizo y en el rostro las muestras de la fatiga diaria y de la vida severamente reglamentada, los compañeros lo acogían con cierta conmiseración y aun con algo de antipatía.

—**He aquí al extranjero,**—decía Vanca Kostiurin y todos reían, pues con su cara, con sus largos cabellos, con la camisa que aparecía bajo el chaquetín, menos que nadie tenía Tschistiacoff el aspecto de un extranjero.

Aun su modo de hablar era la manera típica de los grandes rusos: dulce, lleno, y como velado de ensueño.

Los estudiantes no lo querían, porque la vida de estos no le interesaba, no comprendía los placeres y parecía un hombre que se sienta en la sala de espera de una estación, aguardando un tren: fuma, charla, aunque parece abandonarse en ciertos momentos y olvidarse de sí mismo, pero no separa los ojos del reloj: Nunca hablaba de sí mismo y nadie sabía por qué, a los veintinueve años, estaba aún en el segundo curso; pero hablaba a menudo y voluntariamente del extranjero y de la vida que allí se llevaba.

Y aun a las personas que veía por primera vez anunciaba con entusiasmo mesurado una noticia que había sabido quién sabe donde ni cuando: que en Cristianía, en la Plaza Mayor, habían erigido dos monumentos a Bjornson y a Ibsen, ambos vivos aún; y aquí, cuando Bjornson o Ibsen pasaban por la plaza, veían su imagen esculpida en bronce eterno y pensando en el amor de su pueblo, lloraban de alegría. Y relatando esto, Tschistiacoff miraba de una a otra parte y los párpados llenábansele de lágrimas y enrojecía.

Otras veces, refería voluntariamente que había juntado el dinero necesario para irse al extranjero y cuánto había juntado: doscientos veinte rublos; y en cierta ocasión se lamentó con todos del modo cómo lo habían tratado esos estudiantes en una lección, cancelándole al contado once rublos. Así lo habían tomado y cancelado tranquilamente, y cuando quiso protestar, habían reído primeramente y luego le habían puesto en la calle.

—Y ese dinero me costaba sangre, decía indignado y agregaba: Por lo menos, me ha costado dos años de vida...

—No nos aburras con tus tonterías, saltó de improviso Vanca Kostiurin, ¿quieres que, todos juntos, te encontremos esos 11 rublos?

Lo había ofrecido sinceramente y quedó sorprendido, entre atónito y enojado, cuando Tschistiacoff rehusó desdeñoso.

—No eres un camarada, tú! le dijo Kostiurin con tono de vituperio y todos estuvieron de acuerdo en que Tschistiacoff no era un camarada. Esto era evidente: había que ver con qué indiferencia, lleno de desprecio, escuchaba todas las cosas que interesaban a

los estudiantes: mientras más se exaltaban los estudiantes del N.o 64, él callaba; tamborileaba con los dedos, distraidamente, sobre la mesa; y si las discusiones se prolongaban, comenzaba a bostezar y se iba a estudiar gramática alemana.

—No soy de aquí, decía, con una excusa burlona; pero esta burla era una terrible y, al mismo tiempo, insultante verdad.

Y era forzoso el darse cuenta cómo ellos no comprendían absolutamente aquel hombre débil, que caminaba derecho a su objeto, y

no quería decir cómo nacía en su pecho enfermo una tan resuelta voluntad.

Y menos que nadie lo quería Vanea Kostiurin: éste usaba botas altas, y durante el verano, un traje de campesino; veneraba todos los usos rusos, el aguardiente, el Kwass, la sopa de coles y los aldeanos y esforzábase en hablar con voz ronca y frases populares. No comprendía la obstinada pasión de Tschistiacoff por el extranjero y lo colocaba en esa categoría de fenómenos, donde ponía los guantes blancos, la temperancia, las visitas y las botas a la moda, y los dos sobrenombres con que había bautizado a Tschistiacoff, además de el **extranjero** eran el **aristocrático** y la **bestia negra**. Los otros eran indiferentes a las cosas rusas, se reían de buena gana de Tschistiacoff y le decían que se marcharían al extranjero a vivir o a estudiar si hubieran tenido el dinero necesario. Entonces trataba de convencerlos demostrando que el dinero puede ganarse siempre, se conmovía; pero luego, observando sus horas risueñas y bondadosas recordaba su vida desordenada y callaba, indiferente. Sentábase en un ángulo cualquiera de la cama deshecha y allí miraba con sus dos ojos lucientes y como lejanos, pálido, con el pecho estirado y enérgico.

Pero los otros vivían alegres y esperanzados en compañía de su juventud y de su sana alegría, como si para ellos no existiera ni el ayer ni el mañana; y no los malditos problemas que la realidad maldita trae consigo. Un tal Tolcacioff, de anchas espaldas y de abundosos cabellos, de cuello grueso y rojo, con pequeños ojos idiotas, demostraba la fuerza de sus músculos y obligaba a todos a mirarlo y admirarlo: era miembro de una sociedad de sport y no quería en él sino la fuerza bruta, y despreciaba abiertamente a la Universidad, a los estudiantes, la ciencia y todos los problemas del mundo. Y muchos lo odiaban, pero temían su fuerza, su villanía, que no se detenía ante nada; y aun cuando no estuviese presente nadie se atrevía a hablar de él. Y cuando alguno, perdida la paciencia, quería discutir con él, comenzaba con muchas precauciones:

—Cierto, todos son libres de emitir su opinión, pero, tú, Kosta, es preciso que...

Pero éste no comprendía tales delicadezas y cortaba súbitamente la discusión:

—¡Y qué tengo yo que discutir con vosotros, estúpidos! Si pudiera, os rompería los huesos todos los días.

Y todos parecían creer que bromease y reían.

Uno de los dueños de casa, el estudiante Fanoff, picaba el ajo para los arenques y lloraba; el serbio Raico Vuchic, pequeño, seco, todo tendones, con la nariz aguileña, con un mentón agudo dividido en dos, debajo del cual crecían pelos agudos como cerdas, con los bigotes caídos, miraba la botella y esperaba que alguno echase de beber. Este Raico

era un tipo original. Cuando no había bebido, callaba; pero cuando había tragado algunos sorbos de vódka, comenzaba a hablar en una forma peculiarísima y ridícula de la Serbia, a contar pequeñas cosas muy poco interesantes de los partidos políticos, de los radicales, de los turcos, de cierto feroz y terrible Bodenelic, y cosas semejantes. Y tanto exaltaba aquella pequeña y mísera Serbia que todos se morían de risa y se burlaban de él.

—Por Dios!—maravillábase Vanca Kostiu-

rin.—Habla de la Serbia y no es más grande que este arenque. Vendrá el turco y se la tragará.

—Y se despedazará,—rebatía Raico, irguiéndose con los bigotes, con el mentón, con los ojos agudos, con toda su figura punzante y nerviosa.

—Y luego echará las tripas y dirá: qué porquería!

Raico cedía, fulminaba con la mirada a los presentes y soltaba:

—Asnos!

Y se iba a su cuarto.

Los compañeros reían estruendosamente, y Tschistiacoff, sonriendo melancólicamente, pensaba en aquel triste y pequeño país de hombres débiles y agresivos, en eterna discordia, por quién sabe qué cosa de mezquindad y compasivo como niños que juegan a los soldaditos. Y compadecía al pequeño Raico y deseaba llevarlo consigo a Germania para que pudiese ver la verdadera vida, amplia y razonable.

Cuando las botellas estaban medio vacías, los estudiantes comenzaban a cantar, a tocar las armónicas y corrían en busca de Raico, que tenía fama de especialista como tocador de tambor. Raico venía y tamborileaba lúgubremente y los ojos ardían, como los de un lobo, y eran punzantes como aguijones de avispa. Si la alegría desbordaba y la sangre hervía y quemaba las venas, Vanca Kostiurin sacudía las espaldas y bailaba las danzas rusas. Pesado y gordo de suyo, en el baile se volvía ligero y volaba por la estancia como una pluma; golpeaba con los tacos en el pavimento, silbaba, gritaba, y toda la pieza parecía girar y temblar con los golpes, entre los sonidos límpidos de la armónica y los rugidos del tambor. Y los ojos de los espectadores brillaban, temblaban pies y manos y alguno se arrinconaba y hacía gestos con un entusiasmo desesperado. Y todos le parecían a Tschistiacoff próximos a enloquecer.

Concluída la danza y resoplando desesperadamente, Vanca Kostiurin rogaba a Raico:

—Eh, Raico, dinos cómo se baila entre vosotros. Vosotros no debéis bailar así.

—No bailamos así, sino mejor.

—Demuéstralo. Y yo sé que entre vosotros se baila bien.

Todos lo persuadían y Raico, mirando alrededor con aire despavorido y maligno, dejaba el tambor. Luego, su rostro se hacía feroz, como el de un hombre sediento de sangre, y hacía unos movimientos raros, impetuosos, enérgicos, como si se preparase, no a bailar, sino a destrozar, a arañar, a matar. Sin acompañamiento de música, serio, casi terrible, semejaba a un pequeño salvaje, de tal modo que todos prorrumpían en nuevas carcajadas y Raico los insultaba nuevamente y volvía a escapar a su cuarto.

—¡Qué groseros son!—pensaba Tschistiacoff y compadecía al pequeño Raico que amaba de tal manera a su pequeña patria.

Venía, a veces, el número 64, el estudiante Carnef, siempre del mismo humor, siempre alegre y algo arrogante. En su presencia todos parecían cambiar un poco; cantaban sólo bellas canciones, nadie se burlaba de Raico y el atleta Tolcacioff, que no conocía límites para su insolencia, lo ayudaba humildemente a ponerse el sobretodo. Y el otro, a veces, fingía que olvidaba saludarlo y lo obligaba a hacer toda clases de comedias, como un perro amaestrado:

—A ver, levanta la mesa por las patas.

Tolcacioff la levantaba de muy buena gana.

—Ahora dobla, si puedes, un clavo en dos.

—Mi padre podía hacer un nudo con las tenazas.

Pero ya Carneff no lo escuchaba y hablaba con Tschistiacoff que se sentaba solo. Con él sí que era serio y atento como un doctor; parecía compadecerlo y le hablaba siempre de cerca, mirándole en los ojos, amistosamente. Y Tschistiacoff también se condolía de él y hubiera querido convencerlo para que partiesen juntos.

—Y al fin, ¿os vais?—decía Carneff.

—He juntado doscientos veinte rublos; pero me faltan aún ciento ochenta. Pero, ¿usted?—insinuaba sonriendo Tschistiacoff.

—Yo no. La vida debe ser dura allí, caro amigo. Vuestra salud...

—Allí el clima es bueno.

—Verdad es, pero para vos sería mejor la Crimea...

La cara pálida de Tschistiacoff palidecía aún más y sus párpados enrojecían.

Temblando de espanto y de dolor, como si le arrancasen del corazón su lejano país, balbuceaba angustiosamente:

—Moriré aquí. Moriré! Dios mío! Allá los hombres, y aquí...—y hacía con la mano un gesto de desesperación.

—Calmáos, calmáos, — decía Carneff, — e ídos con Dios, si tanto lo deseáis.

—Allá, sabéis, — murmuraba entusiasta Tschistiacoff,—en Cristianía, a Bjornson, aún vivo, le han erigido un monumento. Y a Ibsen. Y ellos, todos los días, pasan delante y los ven. ¡Dios mío! Si pudiese siquiera ver esa tierra, respirar un soplo de ese aire! Tengo los pulmones débiles, estoy tísico, según parece. Moriré allá!

Carneff golpeaba suavemente en sus rodillas.

—No moriréis. Viviréis más que todos nosotros. Pero la vida debe haberos maltratado mucho. Y los nervios!

—Los nervios,—sonreía Tschistiacoff,—y se tocaba el pecho;—he aquí lo que me ha consumido!

Y comenzaba a contar lo barato que es todo en el extranjero y sólo los hombres tienen gran valor. No como entre nosotros donde todo es caro y los hombres no valen nada.

II

Al finalizar el año, la vida se hizo muy dura para Tschistiacoff. Le faltaban las fuerzas, le punzaba el costado izquierdo y se irritaba durante las clases con mucha facilidad; los alumnos eran tontos, insolentes y flojos. En cuanto a dinero, había logrado juntar doscientos noventa rublos y tenía esperanza de reunir en la primavera, en el mes de abril, los cuatrocientos rublos que necesitaba. Podía tener más, pero del producto de una clase que hacía en casa de un comerciante le habían cancelado diez rublos y él le había regalado quince a Raico, que no recibía nada de su casa y se sostenía con el dinero de los compañeros; Vanca Kostiurin le pagaba el alquiler; con el dinero en el bolsillo, Tschistiacoff se sentía más tranquilo y resuelto. Quedábase tardes enteras en su cuarto, soñando qué bien estaría en Berlín o colocando en las maletas pequeñas cosas prácticas. Y haciendo esto, llenábasele el corazón de dulce tristeza, pura y transparente como agua de vertiente, de un sentimiento lejano, ignoto, caro, y le parecía continuamente que olvidaba de llevar consigo alguna cosa indispensable, sin la cual le ocurrirían mil inconvenientes.

Se hacía más suave con sus compañeros; no se enfadaba con ellos y sólo los compadecía. Los compadecía porque se quedaban con ese insoportable Tolcacioff, porque bebían tanto y su vida habría sido incolora y angustiosa sin la esperanza de mejores tiempos. La vida, insegura y mal organizada, semejante a una pesadilla, a una obsesión desesperante, lo habría despedazado como había despedazado a tantos otros, y sus esfuerzos por crear un mejor habrían sido vanos. Y más que a todos, compadecía al audaz, al enérgico Carneff, que se rompía la cabeza en la muralla y en los últimos tiempos se había vuelto muy triste y de humor desigual.

—Vámonos!—le dijo un día Tschistiacoff.

—¿Dónde?—preguntó Carneff que no entendía.

—Al extranjero.

El otro respondió bruscamente:

—Y yo que pensaba!...—pero se corrigió agregando:—Cierto, marchad! ¿Qué os quedaríais haciendo aquí? Curaos allá...

—En verano iría a Suiza.

—Eso es, eso. Nada mejor,—aprobó Carneff y atentamente, como a una persona que se conoce poco, se despidió de Tschistiacoff. También él partiría, dentro de poco, a cualquier parte.

A mediados de marzo uno de los estudiantes del 64 celebraba su cumpleaños e invitó a Tschistiacoff. Ya se había disuelto la nieve, se viajaba en carruaje, y cuando Tschistiacoff volvió de la última lección le golpeó la cara la frescura consoladora de la primavera.

—Pronto,—pensó, y el corazón le palpitó como un pájaro, y traspasó su alma algo de triste y enfermizo, como el que está por marcharse por largo tiempo, para siempre, y lo sumerge en una onda de alegría y de triunfo. El cielo nocturno sobre la ciudad era negro, y en él volaban misteriosamente inmensos blancos copos de nubes, como gigantescos pájaros blancos. Volaban hacia una sola parte, y era su vuelo veloz y silencioso, como una invitación a una carrera libre y feliz.

—Pronto! Pronto!—pensó Tschistiacoff.

Ya estaban todos reunidos cuando llegó al 64; habían bebido ya y se preparaban para cantar. El "extranjero", que se sentía cansado, se sentó en un rincón, sobre un montón de abrigos, y observó a los circunstantes con un sentimiento amistoso de tristeza; dentro de un mes partiría, por largo tiempo, quién sabe si para siempre.

Primero se cantaron en coro dos canciones estudiantiles; luego se cantaron solos: una alumna del Conservatorio, Micailowa, que poseía una bella voz de soprano, el estudiante Panoff, cuyo onomástico se celebraba, y que tenía una bella y poderosa voz de bajo, y todavía un estudiante rubio, tenor. Se hizo el silencio; y el bajo cantó solo y lentamente, y Tschistiacoff se sobresaltó; tan bella y emocionante era la canción:

Buenas noches a todos los cansados...

Las notas solemnes y potentes, penetrábalas una paz triunfal, un profundo amor y una melancolía profunda; algo de grande y obscuro, como la misma noche, algo que todo lo ve y todo lo compadece, y de una infinita tristeza, cubría la tierra con su velo suave; y hasta los últimos confines de ésta debía llegar aquella voz vigorosa.

—Dios mío! canta por nosotros, por nosotros!—pensaba Tschistiacoff y se extendía hacia el cantor.

Y cuando se extinguió la última nota, surgió el tenor sonoro y repitió, como si la tierra respondiese a las palabras piadosas y acariciantes y suspirase una oración:

Buenas noches a todos los cansados...

Y la voz del bajo, viril y lánguida, se elevó en el espacio con la misma solemne tristeza y la misma paz:

A todos aquellos que no han reposado en la jornada.

Algo de brillante y de precioso, como una lágrima, cayó del profundo cielo y atravesó la tiniebla del canto amplio y grave del bajo y con un lamento tierno y ardiente se confundió a las imploraciones de la tierra:

Y han conquistado su paz con su trabajo...

—Dios mío! Dios mío! es ella la que canta—pensaba Tschistiacoff mirando la cara de los muchachos queridos; y para nosotros

cantan esto; y los tres, uniendo las voces, que se entremezclaban unas a otras, pero que surgían en una sola y majestuosa armonía, repitieron:

Buenas noches a todos los cansados, a todos aquellos que no han reposado en la jornada y han conquistado su paz con su trabajo.

Luego cantaron otras canciones tristes, pero Tschistiacoff no los oía; y en su corazón vibraba una piedad infinita para sí mismo, que trabajaba el día entero sin descanso, que tenía necesidad de paz, de amor y tranquilo reposo.

Lo sacó de su abstracción una alegre charla alrededor de Raico Vuchic. Se burlaban una vez más de él, pero Raico, como nunca, callaba y sólo los ojos agudos como aguijones de avispa corrían del uno al otro, y los pelos del mentón hirsuto se movían.

—Y qué, Raico,—preguntaba Vanca Kostiurin,—¿entre vosotros todos tienen la nariz aquilina como tú?

Pero Raico respondió lentamente:

—En estos días un serbio, Boiuvic, ha sido muerto en la frontera. Los turcos lo han asesinado.

Y delante de todos apareció el serbio muerto, un cierto Boiuvic, que tenía la nariz amarilla como los muertos y aquilina como Raico, y en la garganta una herida ancha y negra. No era una idea alegre, y Kostiurin, con una risa ostentosa, observó:

—No será tanto!

Raico se puso pálido y los pelos del mentón partido temblaron. Y cuando habló, su voz era metálica, tajante:

—Mientes! ¿Para qué bailas el baile ruso? Tú no tienes ni patria, ni casa. Eres un bestia!

Pero respondió Tschistiacoff, como si el improperio fuese dirigido a él. Preguntó con voz tranquila:

—Tú, Raico, ¿amas a Serbia?

—Claro; la amo.

—Ah!

Todos guardaron silencio, y tomando un cuchillo de la mesa y blandiéndolo en el aire, Raico gritó salvajemente:

—Yo mataré! Soy malo! ¡Cómo duele el corazón! ¡Cómo! Arrojó con fuerza el cuchillo en la pared y el cuchillo golpeó los platos y cayó resonando.

Raico, sin mirar, salió del cuarto.

Después de media hora, Tschistiacoff lo siguió: le apretaba el corazón una piadosa conmiseración para el pobre Raico, que amaba tan fuertemente a su pequeña patria, ofendida mortalmente. Mientras atravesaba el largo corredor, casi obscuro, que se deslizaba entre las puertas solitarias, semejantes las unas a las otras, advirtió ciertos sonidos extraños, parecidos a un gemido o a un grito de socorro. En la segunda puerta estaba escrito con yeso el nombre de Raico Vuchic y de ahí venían esos sonidos extraños, cada vez más fuertes, Al llamado de Tschistiacoff no respondió nadie y éste entró, distinguiendo confusamente en el fondo claro de la ventana la pequeña figura aguda de Raico, que estaba sentado en la piedra del alféizar, en lo obscuro, y cantaba con una voz de garganta extraordinariamente aguda.

—Raico!—lo llamó suavemente Tschistiacoff.

Pero Raico no oía. No oyó el rumor de la puerta ni oyó los pasos de Tschistiacoff, ni su voz; miraba la alta muralla de ladrillos donde había una mancha negra de humo, y cantaba.

Cantaba a su patria lejana; sus tormentos, las lágrimas de las madres y de las esposas que quedaban abandonadas; suplicaba a su pequeña patria de llevarlo, a él, al pequeño Raico, y ocultarlo en su seno; de darle la felicidad de besar, antes de morir, la tierra donde había nacido; cantaba una venganza cruel contra los enemigos, el amor y el martirio de los compañeros vencidos; y del serbio Boiuvic, que tenía en la garganta una llaga negra y enorme; cantaba el dolor de su corazón, el corazón de Raico, separado de su patria lejana, de su patria maternal, infeliz y martir.

Tschistiacoff no comprendía sus palabras pero escuchaba los sonidos salvajes, ásperos, tumultuosos como el llanto de la tierra misma, semejantes más al aullido de un perro abandonado y solitario que a un corazón humano; respiraban una angustia tal y tal odio, que no era necesario entender las palabras para ver el corazón lacerado del cantante.

Después de una nota alta, colérica, estridente, la voz de Raico se extinguió, y las tinieblas parecieron espesarse.

Luego, Tschistiacoff se acercó y vió los ojos secos y desdeñosos, ardientes como los ojos de un lobo.

—Raico!—le dijo.—Hace mucho tiempo que no has estado en tu patria; vete, te daré dinero. Yo tengo bastante.

—Allá hay una casa,—dijo Raico con aire pensativo.

—¿Qué casa?

—Así. Cierta casa hay allí. ¿Acaso no sabes cómo está hecha una casa? Una casa cualquiera... Y cuando pasa por delante un carro, éste trepida: naí, naí!

—Toma el dinero, Raico.

—No me molestes,—dijo Raico.—No me molestes, te lo ruego. Ve donde tus compatriotas; yo me quedaré solo. Me duele mucho el corazón.

Pero Tschistiacoff no volvió donde sus ami-

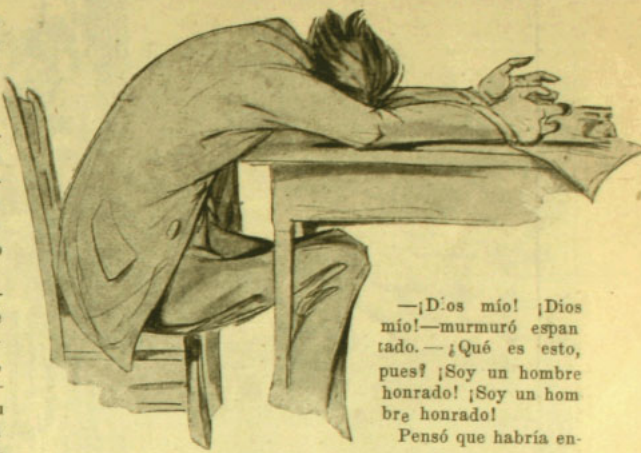
gos; se dirigió a su cuarto, se sentó en el alféizar, como Raico, y miró al cielo, donde había leído en la noche una buena noticia. Aún pasaban, misteriosamente, silenciosamente, los pájaros gigantescos y blancos, y entre ellos negreaba el cielo, pero su vuelo feliz era extraño y helado, y nada decía al pensamiento del hombre.

—Yo también volaré,—pensó Tschistiacoff, tratando de resucitar la no lejana impresión de libertad y de ligereza, pero otro sentimiento confuso y prepotente crecía en su corazón, y se debatía y temblaba como un pájaro prisionero. Y comprendía lo que era: hubiera querido cantar locamente como Raico, y cantar a su patria. Y se alegraba de comprenderlo, sonreía y sentía claramente sonidos encerrados en el pecho, gritos de ovación, lágrimas ardientes y sonoras. Abrió la boca, pero se sintió desconcertado, pensando que alguno hubiera podido venir a encontrarlo que cantaba así; y cerró la puerta con doble llave.

—Vamos!—se dijo a sí mismo y cantó algo sin palabras, y su voz fué débil, indecisa, tanto, que ni él mismo se dió cuenta del sonido que salió de su garganta fatigada.

—Es necesario encontrar la letra,—se corrigió rápidamente, y empezó a buscar las palabras: y una muchedumbre de palabras pasaron por su cerebro, pero entre ellas, una de nativo amor por la patria. Buscó en su memoria, en su imaginación; rebuscó en el pasado, buscó en los libros que había leído, y encontró muchas palabras, bellas, sonoras, pero ninguna en que un hijo atormentado pudiese volverse a su patria, como a una madre.

La sentía cerca, casi veía esa palabra, y sabía en qué se diferenciaba de las otras: todas las otras eran bajas y miserables como mendigos en el umbral de una puerta, y ésta estaba bañada de sangre y de lágrimas, era como una ascua encendida, clara como un fuego celeste y no podía hallarla. Y se sentía tan vacío y pobre como el más desgraciado de los mendigos, cuya alma es igual a la limosna que se les arroja.



—¡Dios mío! ¡Dios mío!—murmuró espantado.—¿Qué es esto, pues? ¡Soy un hombre honrado! ¡Soy un hombre honrado!

Pensó que habría encontrado más rápidamente lo que buscaba si lo hubiera escrito. Buscando fósforos, con los dedos temblorosos, encendió una vela, arrojó lejos la gramática alemana, reflexionó inclinado sobre el blanco pliego de papel. Luego, indecisa, temblorosa, su mano escribió:

—¡Patria!

Y se detuvo. Y más firmemente repitió:

—¡Patria!

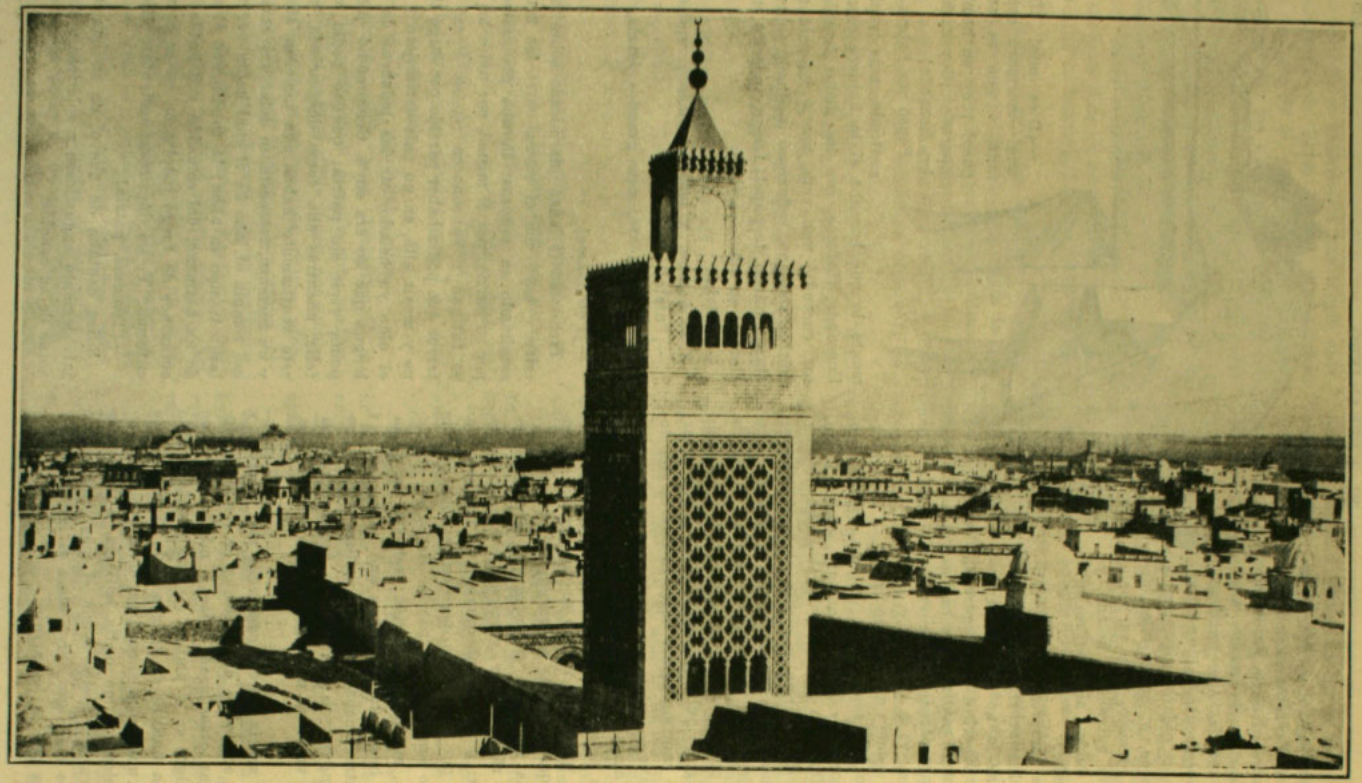
Y, rápidamente, con grandes letras, terminó:

—¡Perdóname!

Tschistiacoff lanzó una mirada sobre lo escrito y cayó con el rostro entre las manos, estallando en sollozos; lloraba piadosamente por su patria, por él mismo, por todos los que se fatigan y no conocen reposo. Pensó con terror que podía haber partido por largo tiempo y morir allá, en un país extranjero y con el oído ya helado, oír las palabras de una lengua que no era suya. Comprendió que no podía vivir sin patria; que no podía vivir feliz, mientras ella fuese desgraciada, y en este sentimiento había una inmensa alegría y un inmenso, tempestuoso dolor universal. Y eso rompía el lodo en el cual había vegetado largo tiempo su alma; la fundía con el alma de un hermano, del conocido y dolorido; mil corazones de fuego palpitaron en su corazón enfermo. Y, en lágrimas ardientes, dijo:

—¡Tómame, patria!

Raico cantaba de nuevo, en su cuarto, y salvajemente angustiosas y coléricas eran las notas de su canción.



"Mas antigua que Cartago".— Túnez, la capital, "alhóndiga del antiguo Imperio Romano". En la fotografía puede verse algún moderno edificio francés entre las construcciones de los árabes. Túnez fué invadido por Francia en 1881 y desde entonces figura como un protectorado francés. Aunque todavía tiene su Bey está gobernada bajo la dirección del Ministerio de Negocios Extranjeros de Francia.

La contribución del norte de Africa en la guerra.—Cereales dispuestos para ser embarcados desde la costa oeste de Marruecos y conducidos, por el Mediterráneo, hasta el frente francés

LOS FRANCESES COMO COLONIZADORES

EL NORTE DE AFRICA ES EL MAS PROSPERO CAMPO DE LABOR, GRACIAS A LOS FRANCESES QUIENES HAN CIVILIZADO AL PUEBLO Y ENRIQUECIDO AL PAIS, CREANDO Y CONSOLIDANDO PARA ELLOS MISMOS, A LA VEZ UN IMPERIO COMERCIAL Y UN NUEVO EJERCITO.

Por

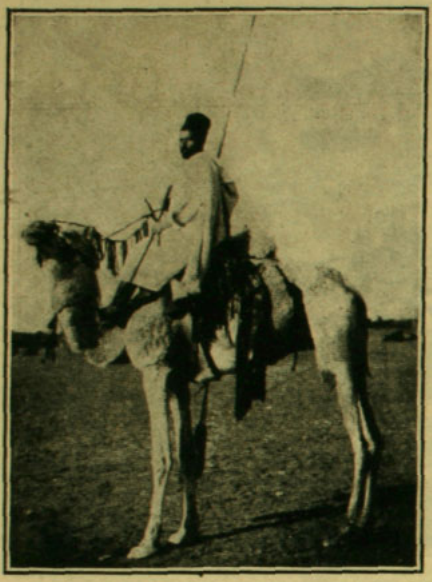
Charles Wellington Furlong, F. R. G. S.

Con ilustraciones fotográficas

El "**¿Quién Vive.**" de los centinelas que guardan la frontera de las posesiones francesas, ha repercutido en los fértiles valles del Atlas, a través de las cálidas arenas del desierto de Sahara y a lo largo de las ennegrecidas extensiones del Congo; se ha escuchado también en las selvas de Madagascar y en las costas de las Marquesas; en la Guayana ha desafiado á los miasmas de las riberas del Maroni y del Oyapok; y su eco ha resonado entre el silencio sepulcral de las musgosas ruinas de la vetusta Camboja y ha ido a extinguirse en las lejanías de la manigua de Pondichery.

Pero de todas las colonias francesas las de Africa son las más extensas, las más adelantadas, las más interesantes. En el rompecabezas europeo titulado "La Conquista del Africa", Francia, hasta el presente ha tenido el éxito de saber unir más piezas que ningún otro competidor.

Su primer adquisición fué el Senegal, en el siglo diecisiete. Y después han seguido las del Congo francés, Gambia, Costa



Un spahi Sahariano. — Soldado indígena de "camellería", de los que ayudan a controlar las desiertas regiones del imperio franco-africano. El servicio militar es uno de los grandes asimiladores; por eso Francia lo organizó inmediatamente, creando los **Spahis** y los **Chasseurs d'Afrique.**

de Marfil, Dahomey, Madagascar, Guayana francesa, Argelia, Túnez, Marruecos, y hasta una pequeña parte de Somaliland a la entrada del Mar Rojo. Más tarde vino el gran **golpe de mano** de la captura de Timbuctoo y la dominación de la bandera tricolor sobre el Sahara. Marruecos y el Sudán, eslabonándose así, por la continuidad del territorio, todas las colonias francesas del Africa, con la sola excepción de la parte de Somaliland. Hoy Francia puede vanagloriarse de poseer un Imperio Africano, que, incluyendo a Madagascar, se extiende sobre una tercera parte del vasto continente y constituye una porción de territorio mayor que los Estados Unidos, con Alaska.

Los lectores pudieran preguntar cómo estas enormes extensiones de terreno pudieron ser conquistadas y quién puso en ellas el pie por vez primera; y cómo Francia colonizadora, las gobierna y administra.

Los exploradores franceses del Africa, frecuentemente han sido oficiales del Ejército, con misiones especiales, cuyo principal objeto era colocar la bandera francesa en un nuevo territorio. Los nombres de Caillié, De Brazza, Campel, Gentil, Marchand, Foreau, Lamy, Lyautey, el amado Joffre, y otros varios, serán escritos con grandes letras en el escudo de armas de la colonización de Africa.

Estas expediciones llevadas a cabo, cada una de ellas, por un puñado de valientes franceses, con sus guías y escoltas indígenas, sufrieron toda clase de penalidades, en un país donde, si el clima es traidor, aún más traidores son los hombres: y fueron rodeadas del ambiente novelesco y aventurero que parece formar parte de la atmósfera del Africa.

Pero no todas las expediciones llegaron a la meta. Recuerdo tres ejemplos en los que pequeños bandos de los Padres Blancos (Misioneros franceses) lograron internarse confiados en la palabra de los Tuaregs (tribus del desierto) solamente para morir asesinados cuando habían avanzado en su jornada. Lo mismo ocurrió en el caso de la infortunada Exposición Flatters que salió del sur de Argelia para estudiar un trazado de ferrocarril a través del Sahara. Esta partida salió de Ouargla (Argelia) con ciento de los mejores tiradores franceses-indígenas, guías árabes y suficientes conductores de camellos para atender a toda la caravana, compuesta de trescientos.

Indígenas del Africa Francesa. — Una mujer senegalesa en el centro. El contingente senegalés ha demostrado extraordinario valor en las líneas de fuego francesas

entre todos. Unido a la partida iba cierto número de Tuaregs. Semana tras semana se dirigieron a marchas moderadas hacia el sur, dejando atrás Amgid e internándose en el verdadero corazón del país Hoggar. Una vez allí se encontraron a merced de los Tuaregs que les habían preparado una emboscada. Los pocos que lograron escapar, hubieron de rendirse ante la falta de medios para transportar las provisiones, ante la persecución de que les hicieron objeto los Tuaregs, ante las enfermedades y ante el hambre. Todos los franceses sucumbieron y tan solo cuatro extenuados sobrevivientes, después de recorrer una distancia de mil quinientos kilómetros hacia el norte, lograron llegar a Ouargla.

Aunque pueda parecer paradójico, la plaza fuerte musulmana de Timbuctoo fué tomada bajo fuego por un teniente francés y diecinueve soldados, doce de ellos negros; y cuando las tropas francesas se aproximaron a las murallas de Kairwan, en Túnez, la sagrada ciudad musulmana del oeste, donde se esperaba una tenaz resistencia, observaron que las puertas se hallaban derribadas, y tomaron posesión de la ciudad sin disparar un tiro. ¡Alah lo quiso!

Productos de la colonización.—Tipo de las tropas indígenas que tan importante parte toman en el frente del oeste. A la izquierda, un Spahi marroquí; a la derecha, un argelino

Lo cierto es que sobre las montañas y valles del Atlas, sobre las abrasadas arenas del temible Sahara, sobre las ondulantes llanuras del Sudán, y sobre las intrincadas florestas del Congo, Francia ejerce dominio indiscutible. Los medios de que se ha valido para realizar este asombroso trabajo y los maravillosos resultados obtenidos es lo que nos lleva a tratar el interesantísimo aspecto de Francia como colonizadora.

Un spahi marroquí

Aunque determinada crítica pudiera ser hecha de la política colonial de Francia, nosotros no sólo debemos reconocer su éxito, sino demostrar nuestra admiración ante sus proezas. Quizá en ninguna parte han sido éstas más notables que en sus posesiones del Norte de Africa, Túnez, Argelia, y Marruecos. Su habilidad ha consistido en saber manejar los dos principios fundamentales de toda colonización; el tratamiento que debe darse al pueblo y el fomento del progreso en la colonia.

Desde los tiempos de las Cruzadas, cuando San Luis cayó en las montañas de Cartago, en el Norte de Africa, "Frank" había sido, para los indígenas que así denominaban a los europeos, sinónimo de "Roman" entre todo un pueblo que, aun hoy, designa con el odiado epiteto de "Roumi" a los perros cristianos; un pueblo satisfecho de arar en los surcos de costumbre, y con los mismos arados que usaran sus antepasados desde los tiempos de Abraham; un pueblo contemplativo, con una religión y una literatura llena de poesía, pero feroz, y a más de eso independiente, por cuyo credo—el Islam—se regían todos sus actos.

Tales eran los árabes y bereberes de Berberia cuando el "Frank" los encontró, al iniciar la invasión de Argelia en 1830, dominándolos felizmente, aunque a costa de un enorme derroche de hombres y de dinero.

Los franceses poseen, sobre todo, un distintivo carácter nacional, emanado de un

La puerta de entrada a Mogador.—Una de las más hermosas ciudades francesas de Marruecos, al norte de Agadir, donde la chispa que ha prendido fuego al mundo estuvo a punto de estallar en 1911

elevado instinto sociológico. Con su gran sentido práctico, el francés es analizador, franco, frugal, laborioso por temperamento, y hasta regulador de sus placeres. Su multiplicidad unida a un penetrante sentido de la proporción de las cosas y a su innato deseo de crear, es lo que ha hecho de él un perfecto colonizador. El gran acierto de Francia con los pueblos que le están subordinados, especialmente con los árabes, fué el de la asimilación, atrayéndoles tanto como era posible, y factible a su política, estimulando sus deseos por la asociación y la influencia.

El Servicio Militar es uno de los mejores medios de asimilación, por lo que una de las primeras cosas que hizo Francia fué la organización de los **Spahis** indígenas y los **Chasseurs d'Afrique.** Los africanos del Norte son todos expertísimos tiradores, a los que sedujeron la paga regular, el uniforme y su esplendor. Franceses y árabes viven, luchan y mueren unos al lado de los otros, y ha sido por medio de la vida militar, más que por ningún otro, por lo que los prejuicios del Islam se han ido borrando.

Conforme pasaba el tiempo, Francia extendía su sistema militar por toda Argelia. Las tropas indígenas adiestradas fueron transformándose paulatinamente en verdaderos regimientos franceses. Y esto fué así porque el francés conoce a sus árabes mejor que ningún otro europeo, y tiene tanta fe en ellos como en sí propio y en sus colonias.

En la primavera de 1867 llegó a Argelia un nuevo refuerzo; el del Cardenal Charles Martial Lavigerie, quien concibió el admirable plan de organizar un cuerpo de misioneros militantes, los Padres Blancos, llamados también, a veces "Los Hermanos armados del Sahara". Su propósito era el de prestar una eficaz ayuda a la cruzada papal contra la esclavitud, protegiendo a las misiones y a los misioneros, pero, principalmente, el de extender la influencia francesa. Así tejieron la malla de sus sugestiones por todo el Sur del Sahara y el Sudán; pero como adversarios tenaces del comercio africano de esclavos es como estos nobles exploradores señalaron su paso en los postes miliares de la Historia. Ningún arma de destrucción podría emplearse con mayor ni más satisfactorio éxito para derribar la barrera del mahometanismo que la abolición de la esclavitud, sobre la que toda la estructura social de esta secta se ha cimentado.

Sus métodos para llegar hasta los indígenas han sido únicos. Esta Orden denomi-

nada "**Péres Blancs**", no sólo adoptó el turbante de los árabes, sino que, en muchas ocasiones, se sustentó con la misma clase de alimentos y, hasta donde les era posible, procuró aceptar el mismo género de vida de los musulmanes que les rodeaban. Ellos adaptaron a las formas mahometanas su enseñanza religiosa, refrenándoles sin violencia y demostrándoles con el ejemplo cómo podrían llevar una vida agradable a las puertas de sus casas y de sus tiendas. Acabaron con el látigo y el castigo, introduciendo, en compensación, la costumbre de un equitativo salario; se estimuló la educación, se alentaron las artes industriales y se inculcaron las más elevadas formas de moralidad social. Todo esto era Cristianismo práctico, que los árabes supieron apreciar.

Cómo Africa se gobierna a sí misma con independencia.

Gradualmente, la movible frontera de Argelia, la línea de las avanzadas francesas, fué extendiéndose hasta que, por la adquisición de nuevos territorios en el sur, aquella llegó a constituir un verdadero estado de 343.500 millas cuadradas, con una población de más de cinco millones de habitantes. La población nativa— bereberes, árabes y negros—es enteramente musulmana, habiéndose ahora comenzado a considerar a los judíos argelinos como ciudadanos franceses... y he aquí el problema que ahora surge con los mahometanos, ya que ninguna más justa recompensa puede darse como expresión de gratitud a la lealtad de los árabes y a la ayuda prestada por ellos en la guerra, que concederles los derechos de ciudadanía.

De todos modos, la **vox populi** es llevada por diputados y senadores enviados de Argelia a las Cámaras Francesas, análogas a nuestro Congreso, representando también a las delegaciones financieras de las colonias, a los contribuyentes franceses y a los árabes, teniendo estos indígenas el derecho a votar los Presupuestos. Los indígenas pagan solamente impuestos directos.

El Gobierno está centralizado en Argelia y encarnado por un Gobernador General que representa a la República en todo el país, siendo controlada su administración por el Ministerio de Colonias, aunque funciona autonómicamente desde 1894. De hecho, Argelia está hoy considerada como una parte de Francia, mientras que Túnez y Marruecos no son más que protectorados, agregados al Ministerio de Negocios Extranjeros. Pero aunque Túnez tiene todavía su Bey y Marruecos su Sultán, ambas

Penetración pacífica.—I.—Entrada a la Exposición Nacional Franco-Marroquí, en Casablanca (Marruecos) en 1915. El medioevalismo al lado del modernismo

son, virtualmente, colonias francesas, y de vital importancia para Francia en la presente guerra.

El sistema de educación se amplía constantemente. En Argelia hay una Universidad, en la que estaban matriculados, antes de la guerra, más de ochocientos estudiantes de Leyes, Medicina, Farmacia, Ciencias y Letras. En Argelia y en Túnez hay grandes Colegios Superiores **(Lycées)**, para europeos e indígenas, y **Petits Lycées**, para niños. Muchas escuelas públicas, católicas y laicas, están repartidas entre Argel, Túnez y otras importantes ciudades de la región, encontrándose algunas de ellas hasta en los más apartados rincones del país. En Argelia solamente, hay 220 escuelas musulmanas. Muchos miles de muchachos árabes vienen a instruirse con maestros franceses todos los años; pero la mayor parte de las escuelas árabes son koránicas, y, por supuesto, con maestros árabes. El proyecto francés es llegar a crear con tacto una refinada clase de árabes-franceses, que levanten estas escuelas al más alto nivel intelectual.

Haciendo florecer el desierto

Los franceses, serios y constructivos, han dado pasos gigantescos en el progreso del Norte de Africa. Desde el sur de Túnez pueden verse las sucesivas ondas de la agricultura francesa, que se inician con arboledas de olivos, que ellos han plantado, y llegan, finalmente, hasta las últimas plantaciones, de un pie o dos de altura, que bordean el Sahara, al sur de Gabes. Por los valles del Atlas tunecino y argelino, se pasa entre campos cultivados y árboles frutales, y una y otra vez se hallan las pequeñas estaciones de blancas paredes, como podrían verse de Dieppe a París, rodeadas de jardines. En el Atlas hay plantaciones, como la de Ksar Tyr que yo he visitado, de doce millas de extensión, y de la cual se obtienen, anualmente, enormes cantidades de granos, vino y miel. Se repite a todas horas que llegará el día en que pueda viajarse desde Trípoli a las Columnas de Hércules, bajo la sombra de los árboles, y que el territorio de Túnez contará con veinte millones de habitantes, en lugar del millón y medio que hoy tiene; y lo cierto es que Francia está haciendo hasta lo inconcebible para engrandecer y modernizar éste que fué el granero del antiguo Imperio Romano.

El árabe es agricultor por naturaleza. Antes estaba abrumado con tributos y explotado odiosamente, mientras que ahora

Penetración pacífica.—II.— Una discusión de moros viejos en Mogador. Como nota curiosa puede apreciarse un ejemplo de lo que han hecho los franceses, pavimentando las calles admirablemente y poniéndolas magníficas aceras

La limpieza en Marruecos.—I.— El Zoco de la Barra (Gran Mercado en 1904, antes de la dominación francesa). Fango, suciedad y desorden por todas partes. Véase la parte de la Puerta de Fasci y compárese con la fotografía de la página siguiente

Enseñando a los niños.— Uno de los métodos de asimilación. En Argelia y en Túnez hay grandes colegios, **Lycées,** para europeos e indígenas; y **Petits Lycées** para niños. Muchas escuelas públicas se han instalado en el país. En Argelia solamente hay 220 escuelas musulmanas

se le ofrece un gran incentivo. Se le alienta por todos los medios para que cultive la tierra, y en la venta de sus productos, como en todo, sus costumbres y prejuicios son siempre respetados. Por ejemplo, una forma de bienvenida en una casa o tienda árabe es la presentación de un pequeño cono de azúcar. Como los pilones comerciales, de tres libras, son muy grandes para el caso, los franceses fabrican unos especiales de una libra, y así consérvase este uso. Una de las cosas interesantes e importantes que se deben recordar con referencia al progreso de la agricultura en este país de mucho sol y poca agua, es que el árabe es el originario **agricultor seco.**

La arquitectura francesa ha sido admirablemente adaptada a la de los árabes en tanto que la apreciación francesa de la arquitectura marroquí les ha permitido no sólo construir en armonía, sino, muy a menudo, conservar completamente grandes secciones árabes enteras en las ciudades. Tanto los ayuntamientos de éstas como las ciudades mismas han sido reconstruídos con los rasgos franceses, y aunque se ha respetado el espíritu de los sarracenos, se puede admirar un más alto grado de civilización en una hora pasada en Argelia o en Túnez, que en muchas de nuestras ciudades americanas en una semana.

Desde las ciudades, los magníficos **boulevards,** a la francesa, se convierten en inmejorables carreteras que cruzan las colinas de Kaleylia. Por ellas se transportan los productos coloniales franceses, y avanzan sus ejércitos y su progreso. A lo largo de estas carreteras, y más lejos, se extienden diez mil millas de hilos telegráficos, por los que se expiden y reciben unos cuatro millones de mensajes, anualmente. Más allá del radio de los ferrocarriles y de los automóviles, los camellos sirven de medios de transporte, y ayudan a repartir los setenta millones de cartas, anualmente también, que se reciben en las setecientas oficinas de Correos con que se cuenta solamente en Argelia. Ya se han introducido aeroplanos en este servicio, volando a través del Sahara.

Por la moderna ingeniería es más que por ninguna otra cosa, por lo que los franceses han revolucionado esta alhóndiga de los romanos.

No podía esperarse que una nación que llevó a cabo la obra del canal de Suez y nos enseñó el camino para el de Panamá pudiera fracasar en esta fase de su desarrollo colonial. Aún hoy en el desierto de Túnez hay una, tributo animado al gran De Lesseps; un pozo artesiano construído por él hace más de treinta años, el agua del cual forma un surtidor de veinticinco pies de

La limpieza en Marruecos—II.—El Zoco de la Barra (Gran Mercado) fuera de los muros de Tánger, conforme se halla hoy, limpio y bien ordenado. Esto es lo que Francia ha hecho en todas sus colonias. Esta fotografía está tomada desde el mismo sitio que la análoga de la página precedente.

Un "círculo de asimilación".—Franceses, árabes, bereberes, negros—paisanos y militares, hombres y mujeres, viejos y muchachos—atraídos por la magia de un domador de serpientes en una calle de Túnez. Las aceras, el pavimento y los tranvías eléctricos son algunos de los beneficios de la colonización francesa.

Progresos municipales en Mogador.—Francia ensanchó aquí una pequeña calle para convertirla en una plaza; plantó árboles, y adaptó algunos modernos comercios al gusto de los moros. En la fotografía se ven soldados coloniales franceses dirigiéndose a embarcar para el frente.

altura y sirve para regar de cuatrocientas a quinientas acres de tierra, donde crecen palmeras, granados, tomates, cebollas y pepinos, en un terreno que antes de la construcción de dicho pozo no era sino estéril arenal. De los pozos artesianos, de la conservación del agua, y de los sistemas de irrigación es de lo que depende principalmente el progreso de estas colonias, y es en lo que Francia ha demostrado más consumada habilidad.

Las caravanas de camellos, moviéndose despacio, para recorrer de dos kilómetros a tres en una hora, compiten, no obstante, con el **caballo de hierro** que de oasis en oasis se desliza sobre acerados carriles. Con las actuales condiciones del sistema argelino a través del Sahara, los franceses han planeado un ferrocarril del sudoeste, en el Estado del Congo. Este irá a enlazar con la línea del Cabo al Cairo, la cual tendrá un ramal al Lago Victoria Nyanza, uniéndose allí con la línea de Uganda, construída hace doce años, desde Mobasa, en la costa del oeste. Más de tres mil millas de ferrocarril cruzan Túnez y Argelia, y ya se ha tendido el primer empalme de Orán a Timbuctoo. Otro ferrocarril importante corre ahora entre el Sahara y el Estado del Congo, comenzando en Dakar, en el Senegal, y conectando en esta costa con el del Niger, con lo cual se puede dar salida al gran comercio interior.

A fines del siglo XIX, la terminación de ciertos tratados con otros Poderes Europeos dió a Francia la oportunidad de proseguir una diferente política. Con tarifas reguladas prohibiendo toda competencia extranjera, pero admitiendo los productos franceses casi francos de porte, el **Ultima Thule** de la Administración fué de gran beneficio para Francia y para su comercio, porque preservó la solvencia de su imperio y el progreso de sus colonias.

Francia opina que ella tiene derecho a disponer del terreno de su propio establecimiento. Antes de la guerra, los vapores mensuales llevaban a Túnez y Argelia cientos de colonos, seducidos por las ofertas del Gobierno Francés para fomentar la inmigración. También es natural que Francia administre el país más en interés de los colonos que de los nativos, a quienes, no obstante, tiene en el más alto aprecio.

La psicología de la colonización

Los franceses estiman que los hombres que construyeron la Giralda de Sevilla, que abrieron a los Bárbaros del Norte las Bibliotecas de Sevilla y de Córdoba, que nos proporcionaron las ciencias del Algebra y

Un colmenar—En las montañas del Atlas. Más de veinte toneladas de miel se producen aquí anualmente.

de la Geometría, muchas de nuestras Matemáticas, algo de Metafísica y no pocas formas de Literatura y de Arquitectura—para no citar también hasta los símbolos que usamos en nuestro sistema numérico y diariamente en nuestra vida comercial y científica;—que esos hombres, repito, aunque se hallen ahora sumidos en la ignorancia, merecen toda clase de respetos y ofrecen toda clase de esperanzas. Ellos son unos hombres, también, que por varios conceptos, presencia, vigor, temperamento y ciertas fases de su carácter, tienen mucho de común con los franceses; y cuando visten el uniforme de **Spahi** o el de **Tirailleur** puede desafiarse a cualquier extraño a que apenas sabrá distinguir un francés de un árabe.

Entre los árabes encuentran los franceses excelentes matemáticos y son especialmente inteligentes como ingenieros electricistas; por lo cual no se tiene inconveniente en que se hagan cargo del millón y medio de maquinaria que anualmente se importa en Argelia, encomendándoseles a menudo puestos de verdadera responsabilidad. Esto sirve para despertar las iniciativas entre los colonistas y los indígenas. Inglaterra, en muchos sentidos, es una ideal colonizadora, pero limita las iniciativas para fomentar sus propias ideas. Los franceses, en cambio, tienen un poco menos de dominio sobre sus coloniales y dependientes. Frecuentemente ocurre encontrar a un conductor árabe de jefe de un maquinista francés, en sus trenes, o un ingeniero árabe al mando de un núcleo de obreros franceses.

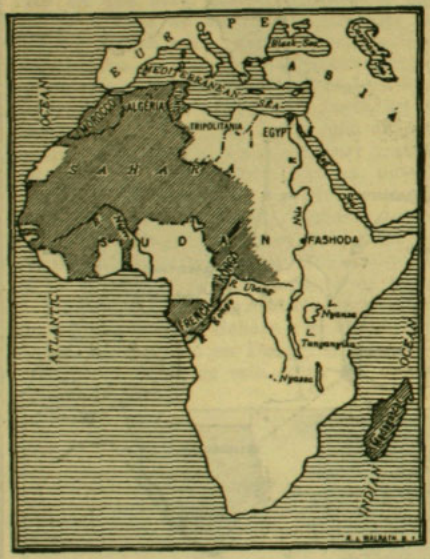
Los árabes no son dejados a un lado y sus mujeres son respetadas. Los franceses tratan a los árabes como a hermanos, no como cuñados, y "nunca olvidan que los árabes son sus inferiores, pero obran como si lo hubiesen olvidado".

"La despensa del pollu".—Relación del tamaño y extensión de Francia en su imperio africano. Todas las rutas del comercio se dirigen al norte convergiendo eventualmente, a través del Mediterráneo—el Gran Lago Francés—reuniéndose en Marsella, el Chicago de Francia, desde cuyo puerto los productos africanos son distribuidos por toda la República. Estas rutas demuestran cómo las cocinas de campaña del frente del oeste son abastecidas por su despensa del norte de Africa. Desde Argel a Marsella hay tanta distancia como de Detroit a Nueva York, pero la parte más al sur del imperio franco-africano está tan lejos de París como la Florida de Alaska y comprende un territorio (con Madagascar), más grande que el de los Estados Unidos y Alaska juntos. Las colonias francesas de otras partes del mundo son, la India Francesa, Cochinchina, Indo-China, Guayana francesa, Madagascar y numerosas pequeñas islas.

El árabe

Aunque el Norte de Africa ha sido revolucionado, el árabe, por necesidad, no por gusto, ha resistido pasivamente al hombre blanco y a su civilización, y ha conservado sus vestidos, su Korán y su alcuzcuz, como un galápago su concha. Pero los franceses, grandes psicólogos, han adoptado las costumbres de los indígenas y, aconsejando una reciprocidad de asimilación, con exquisito tacto han logrado "que sea fácil para un árabe transformarse en francés".

Pero ahora Francia se encuentra ante un



El imperio francés en Africa.—Su área es aproximadamente de 4.200,000 millas cuadradas, y su población de unos cuarenta millones de habitantes.

nuevo problema: con los nuevos **ingertos** han surgido nuevos males; y los árabes han adquirido fácilmente los vicios europeos al aprender su educación, reforzando los suyos propios; pero la inteligencia de los árabes es muy despejada, y a Francia no le ha de ser muy difícil la obra de la regeneración de los viciosos.

La política francesa de ensanchar el territorio argelino, adquiriendo Túnez y después Marruecos, fué por la llamada **pénétration pacifique**, señal de progreso y de bienestar. Se hicieron grandes mejoras, se facilitaron empréstitos, y el comercio y la literatura avanzaron, estableciéndose un enorme contraste entre el pasado y el presente, sobre todo en Túnez y en Argelia. Yo he visto cientos de tripolitanos, atravesando millas y más millas del desierto para trabajar en las recolecciones de Túnez, por el jornal mejor y más seguro de los franceses. Túnez fué conquistado casi sin lucha; pero no así Marruecos—con sus independientes y fieras kábilas, para quienes el más grande de los insultos consiste en que les digan: "Tu padre murió en su cama". Fué una corta pero sangrienta campaña la que sostuvieron los franceses en su avance desde Casablanca, en 1908, después que el Tratado de 1904 con Inglaterra les había dejado las manos libres en todo el territorio del oeste del Moghreb. (1)

Desde que los soldados franceses pasaron por el Puerto de la Marina, en 1908, el progreso del país ha sido estupendo, particularmente si se considera la especial situación de los indígenas.

Hoy, con Marruecos, se halla Francia en posesión de un país de hombres de la raza blanca, cuyo territorio es casi la mitad de el de la metrópoli, siendo la región más productiva de todo el Continente, y, además, la llave, por duplicado, del Mediterráneo. Casi tocando con Europa, es un verdadero mercado-jardín para este Continente, contiguo al territorio francés de Argelia, y a setecientas millas solamente de Marsella; con buen clima, fértil, y con montañas y valles.

Con la creación de Bizerta, los ingenieros franceses han dotado a su patria de una de las más grandes estaciones navales del mundo. Ellos también han hecho del puerto de Argel la más importante carbonera del Mediterráneo; con Orán y otros puertos como fondeaderos para los destroyers franceses, todos ellos de inestimable valor en la presente guerra, no sólo para proteger los embarques de los Aliados y de los neutrales sino para convoyar a las tropas y los grandes envíos de municiones desde Argelia a Francia.

El valle del Nilo nunca significó tanto en los banquetes de la antigua Roma como en la alegre Argelia significa hoy para las cocinas de campaña del frente del Oeste. De corderos solamente se han enviado a Marsella, en doce meses, un millón; y de granos, trescientas cincuenta mil toneladas. Cuando yo me hallaba en Marruecos, no hace mucho tiempo, ví en Saffi y en algu-

(1) En virtud del Tratado de 1912 entre Francia y España, todo el norte de Marruecos (El Rif) desde la frontera de Argelia hasta el Atlántico, pertenece a España, que fué su conquistadora y su colonizadora.—(Nota de la Dirección.)

na otra ciudad, más de doce mil toneladas de maíz, cebada, trigo y judías, que, con la cosecha entera del año, se destinaba a las tropas franceses.

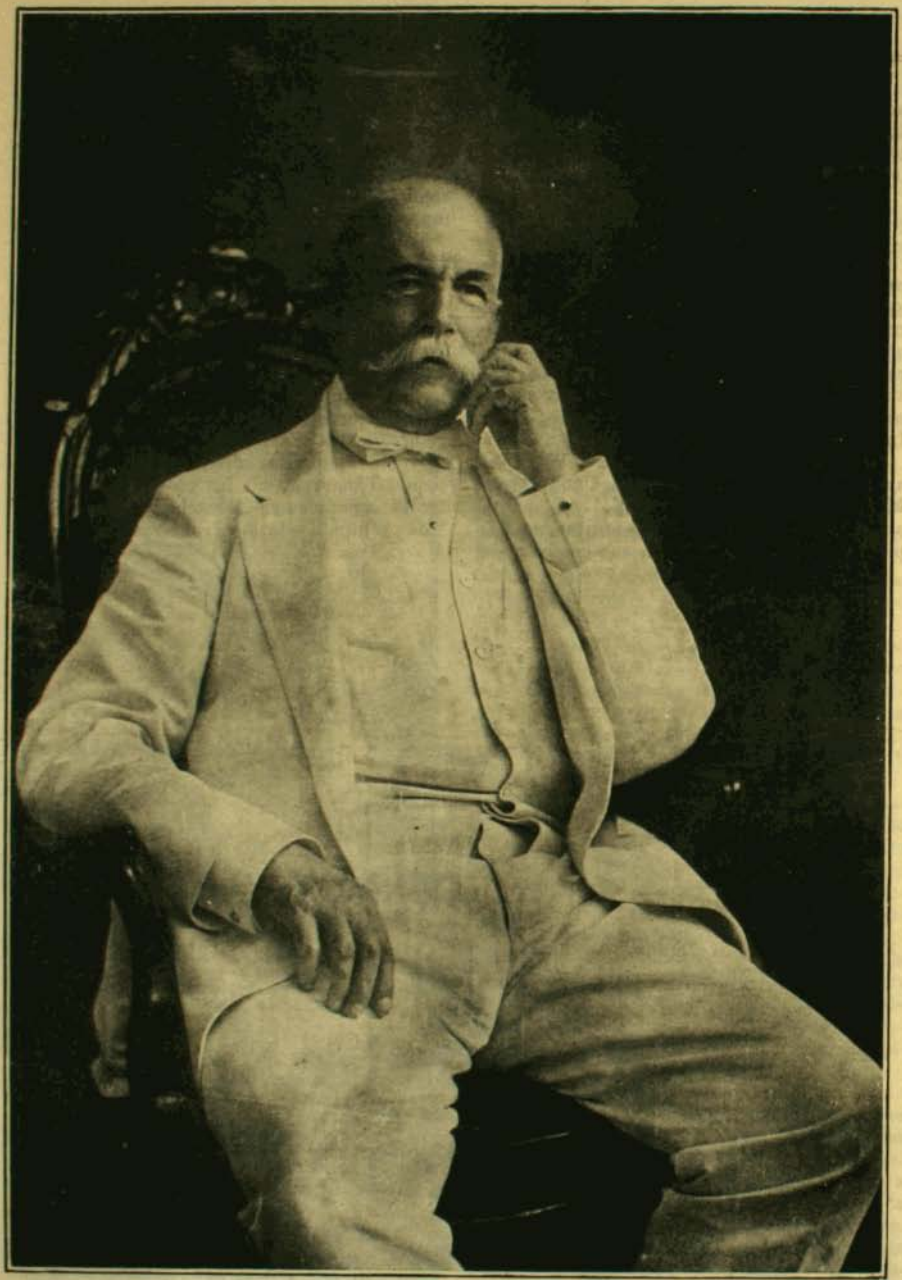
El poder del soldado africano

Pero el más grande activo militar de las colonias francesas del Norte de Africa, son los hombres. Al adueñarse Francia de Marruecos pudo contar con otros diez millones de habitantes, de los cuales es posible reclutar un ejército de medio millón que aumenten el número de los hombres ya escogidos entre los cuarenta millones de su Imperio Africano.

Cuando escribí en el **World's Work** mi artículo titulado **The French Conquest of Morocco**, en 1911, decía: "Yo creo que al aumentar Francia su poder militar no sólo piensa en la protección de sus colonias del Norte de Africa, sino en la creación de un ejército auxiliar para sus planes defensivos u ofensivos en el caso de una guerra con cualquier potencia europea, estimando como verosímil que esa nación sea Alemania...

También aventuré que "en mi opinión, mientras Alemania está ambicionando su expansión en Africa, no es sólo la adquisición de Marruecos como territorio lo que ha preocupado al présbita Emperador Guillermo, sino la adhesión de los marroquíes como un cuerpo adicional de la máquina militar francesa".

Los resultados hablan por sí mismos. Por todas partes Francia ha desbaratado las intrigas alemanas: desde el internacionalizado Tánger; desde las vecinas áreas neutrales españolas de Larache, Ceuta y Melilla, y aún desde las fronteras del propio Marruecos.



Enrique José Varona

La casa del patriarca cubano, Don Enrique José Varona

Por

Felix Nieto del Rio

En Cuba no he podido ver ni a Martí, ni a Maceo, ni a Gómez, porque ya murieron. Pero he visto a Varona, al noble anciano que tiene en la intelectualidad de su patria tanta gloria como aquellos tienen por los armas y por la política.

Varona es una figura nacional de primer orden. Se le venera con todo el sentimiento que los pueblos dedican siempre a sus próceres ilustres. Comenzó la vida pública, cuando todavía era un adolescente, en la guerra de diez años (1868). Entonces quizo él incorporarse al movimiento revolucionario, pero como su salud no corría parejas con su entusiasmo, hubo de retirarse al descanso del hogar doméstico, después de las primeras jornadas. Entregóse de lleno al estudio, ayudado en su afán de cultura por los viajes que a la sazón emprendieran con él sus padres al través de Europa y de los Estados Unidos.

Muy mozo todavía, Varona publicó un volumen de versos; pero este insigne auto-didacta no se detuvo en el mero culto de las musas, antes bien dió amplio vuelo a su inteligencia, otorgándose metódicamente al estudio de los más grandes filósofos y sociólogos. Así llegó a formar la extraordinaria fuerza sintética de su cerebro, demostrada por las numerosas obras de lógica, de moral y de educación que lleva escritas, aparte de los innumerables artículos de índole varia que corren impresos en los periódicos nacionales y extranjeros. El filósofo Ribot ya manifestó su respeto por el sabio cubano y le rindió homenaje en la "Revue de Philosophie", declarándole precursor de ideas e hipótesis que honraban al pensamiento eu-

CON EL ESLABON (Inédito)

Especial para "Pacifico Magazine".

Por Enrique José Varona

Nuestra apreciación de los hechos pasados es, y no puede dejar de ser, mera ilusión de perspectiva.

O seclum insipiens et infacetum! dijo el viejo poeta romano; y después nos hemos cansado de repetirlo a porfía. Pero ¿será achaque de aquel siglo, de este siglo, o de los hombres de cada siglo?

Achacan a Bismarck la invención del fondo de los reptiles. ¡Cómo han pululado desde entonces los réptiles de ese fondo!

Todo lector lleva dentro de sí un taumaturgo. De tres líneas cualesquiera hace un versículo de evangelio.

¡Oh, santo varón fray Bartolomé de las Casas, que tuviste, como pocos, el dón de errar! Abogaste por la emancipación de los indios, que se quedaron esclavos, y nos trajiste los negros, con lo que unciste a la misma coyunda a negros y blancos.

¡Lo que trabaja la mente del embustero! Primero para edificar la mentira, y luego para apuntalarla.

La virtud no es obediencia, sino elección.

Pensaba yo de joven que, para conocer la vida, bastaba con leer en nuestro propio corazón. Después he advertido que de este libro hacemos varias ediciones; y cada una con adiciones, supresiones y enmiendas.

"A los tuyos con razón o sin ella."
Traducción *ad usum... sui*: "A mí, de todos modos."
Sólo que a lo primero llaman muchos patriotismo, y a lo segundo egoísmo.

¿Reformas políticas? ¿Por qué nó? Al enfermo le parece que se alivia cuando cambia de postura.

Enseñar es fecundar. No quiero ante mí cerebros esponja, ni cerebros piedra berroqueña; sino que embeban ideas, y las transformen.

Cuando pienso en las profundas disquisiciones de los metafísicos, desde Platón, el águila, hasta Bergson, el lince, resuena dentro de mí con insistencia este impertinente vocablo: palabrería. Pero en seguida rectifico, y añado, ya tranquilo: palabrería sublime.

¡Pasmoso edificio el de la civilización! Siempre le estamos echando los cimientos.

No está el toque en hacer leyes. Las hacemos a chorro continuo. Pero las leyes valen lo que valen los hombres que las aplican.

Lo importante, lo decisivo, no es lo que el hombre aprende, sino lo que el hombre ejecuta. La vida es acción, no lección.

¿Quiéres ser profesor de virtud? Sé espejo de virtud.

"No bebemos agua dos veces en el mismo río", nos dice la añeja experiencia humana. Pero ¿soy acaso el mismo, yo que la tomé ayer y vuelvo a tomarla hoy? ¿Yo que ayer la encontré dulce y hoy la encuentro salobre?

—

Una de las muchas cosas que al desembarcar en la Habana le pedí a mi antiguo amigo Carlos de Velasco, director de "Cuba Contemporánea", fué que me facilitara una entrevista con el prócer. Tuve, pues, agradable noticia, cuando Velasco me anunció que Varona se dignaría recibirme el día 28 de noviembre a las seis de la tarde.

¿Le haría o no le haría yo un reportaje? ¿No le cuadraría mejor una conversación sencilla?

Hay personajes refractarios a la pregunta y la respuesta con fines de información periodística. Prefieren el azar de la charla, sin programa determinado.

No obstante, preparé contra Varona tres o cuatro interrogaciones, que pensé largarle a "brule-pourpoint".

En su retiro de El Vedado, barrio aristocrático, vive el notable filósofo, que es a Cuba moderna, algo así como fué Fichte para la Alemania contemporánea. Nos recibe la señora de la casa, y un instante después aparece Varona, luciendo sus sesenta y ocho años de liviana ancianidad.

La introducción es sencilla, co-

"opeo. Donde descuella mayormente la actuación de Varona es en la organización de la instrucción pública de Cuba. A él se deben los planes de estudio y la propagación del alfabeto. Él, sólo él, concibió y llevó a término la ruda tarea de levantar la escuela cubana desde la obscuridad rutinaria en que yacía, hasta la luminosa majestad que hoy alcanza. Varona es el Sarmiento de la Gran Antilla.

En la guerra de la independencia cúpole papel preponderante y sufrió largo tiempo de amargura de la emigración.

Su última etapa de actividad política, la hizo en la Vice-Presidencia de la República durante el primer período del Presidente Menocal. Hoy vive retirado entre sus libros, al calor de la familia, sin olvidar por eso que es hombre de letras.

mo es el ambiente del hogar en que estamos. El viejo patriota nos habla primeramente de Chile, contestando así, sin que se la hubiéramos formado, la pregunta sobre lo que él pensaba de nuestro país.

—Chile, nos dice, es el pueblo más bien organizado de la América Latina. Ustedes tienen fuerza de nación constituída y van bien encaminados. Conozco a muchos de sus más notables escritores chilenos por sus obras. Y no sólo han tenido hombres propios, sino también la suerte de albergar y retener a talentos tan extraordinarios como los de Bello, Irisarri, Mora, Sarmiento, Hostos, etc., que dieron sus frutos en Chile.

Cuando yo me orientaba en la ciencia de pensar, me hizo profunda impresión la política positiva de Lastarria, que para mí es de los grandes cerebros americanos. Conozco a Barros Arana, a Vicuña Mackenna, a Medina.

Respecto a nuestro régimen político, envidio la libertad de que se goza en Chile.

—¿Qué me dice usted señor Varona, de los panamericanismos y latinoamericanismos de que tanto hablamos en todo el continente.

—Pienso que el latino-americanismo es un hermoso ideal moral. La comunión de sangre, de lengua y de costumbres, acerca a estos pueblos y, aunque tengan desnivel de cultura entre unos y otros, estimo que es posible la unión espiritual de todos. La unión política es difícil. Lo que yo no creo útil ni posible, es ibero-americanismo, porque de España nos separan, a unos más que a otros, divergencias de criterio político y sociológico, demasiado evidentes.

En cuanto a una compenetración moral con los Estados Unidos, esta se objeta por sí sola, ante las diferencias de idioma y caracteres.

—¿Trabaja usted mucho, señor Varona?

—Todavía estudio y escribo. Ahora me he puesto a rememorar algunas anécdotas de la vieja vida cubana, que tienen ya sabor de tradición; también voy anotando algunas reflexiones de los tiempos

—¿Qué es mejor, músculos o cerebro?

—Ni músculos solos, ni cerebro solo. Ni un Jack Johnson todo puños, ni un San Antonio todo espíritu.

Los grandes políticos se pasan la vida desatando nudos gordianos, que los pequeños políticos vuelven en seguida a atar. Y se eterniza el embrollo.

Werther encontraba monótono al género humano. Todo depende del oído. Quien no se oye sino a sí mismo, resulta sordo como una tapia a la orquesta infinita del mundo que lo rodea.

El mundo romano se llenaba de horror ante el Moloch Semita, que devoraba sus víctimas a centenares. Hoy contemplamos con espanto otro Moloch infinitamente más insaciable: la trinchera.

Cuando se recuerdan las feroces imputaciones que se dirigían unas a otras las antiguas escuelas filosóficas, las que se dirigieron luego las diversas confesiones religiosas, y las que se dirigen hoy los distintos partidos políticos, se advierte que es achaque incurable el de la difamación colectiva.

—E individual, añade uno que pasa.

¿Libertad? En las nubes. ¿Igualdad? Bajo tierra. ¿Fraternidad? En ninguna parte.

La palabra más genuina de nuestra lengua, la más rica de significación por lo adecuada y característica: proyectista. En ella se contiene todo un curso de la historia social de España y lo que fué su imperio.

Cierto. El hombre es un sembrador. Lanza sus granos de noche, sobre arena y con viento.

En el orden científico, ¿con qué guarda más analogía la medicina? Con el cálculo de las probabilidades.

La sombra del hombre es la del manzanillo; y tenemos que dormir bajo esa sombra.

¿De qué se hace un tirano? De la vileza de muchos y de la cobardía de todos.

Sócrates se pasó la vida corriendo tras la verdad. Y después hemos proseguido la carrera.

ENRIQUE JOSE VARONA.

1917.

actuales. Leo siempre. Nunca se puede dejar de leer. Y, a propósito de lecturas, le diré a usted que entre las cosas que recibo de Chile, me han interesado mucho algunos libros literarios editados por una sociedad... espere usted...

—¿Los Diez?

—Efectivamente. Supongo que se tratará de jóvenes. He visto en ellos cosas nuevas, puntos de vista muy interesantes, que revelan talentos originales. Ojalá prosigan.

En ese momento llega el médico a ver al ilustre patricio. El doctor Varela es también un hombre de letras que ha escrito varias obras, y toma parte en nuestra conversación, que desde entonces se generaliza. El doctor y Velasco celebran mucho los últimos artículos de Varona publicados en "El Fígaro" y le incitan a que no los interrumpa.

Luego habla Varona extensamente acerca de la influencia dominicana en Cuba y enumera los nombres de todos aquellos literatos y pensadores que salieron de Santo Domingo y que han dado lustre a la intelectualidad cubana. También dice dos o tres cosas sobre política actual, y, por último, nos obsequia con su retrato y algunos pensamientos inéditos para "Pacifico Magazine".

Habíase cumplido nuestro propósito de no salir de Cuba sin conocer a Varona.

Habana, 29 de noviembre de 1917.

Irrigación del País

El canal del Maule

Por

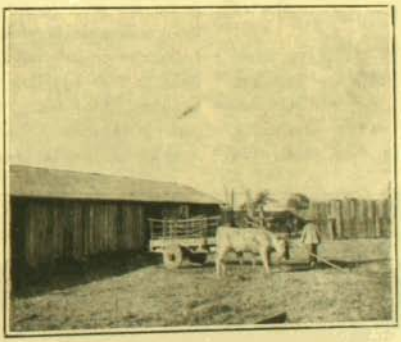
Jorge Hurtado B.

Con ilustraciones fotográficas.

Después de la industria minera, es la agricultura la más importante y más noble fuente de producción en nuestro país.

El rico valle central, desde Coquimbo, y los dilatados campos septentrionales, hasta Magallanes, con climas y cultivos diferentes, pero rivalizando en producción y riqueza, en sistemas y modernas maquinarias para explotar los suelos, forman de norte a sur un conjunto de propiedades y haciendas que, con los años y la subdivisión natural de las tierras, han llegado a ser verdaderos centros de bienestar económico y otras tantas factorías de progreso nacional.

Por eso, comprendiendo nuestro actual Gobierno la importancia de la agricultura, se ha preocupado, como ninguno de los anteriores, de su suerte y de los factores que pueden influír en su desarrollo y progreso, y ha empezado por la base: lo primordial, lo indispensable, lo que da vida y duplica el valor de los terrenos, como es la irrigación de nuestro territorio.



En San Clemente. Almacenes y bodegas para las obras del canal del Maule en construcción.

Para ello el aspecto geográfico e hidrográfico del país se presta admirablemente, con su plano inclinado de la cordillera al mar y con sus bien espaciados ríos que nacen en las nieves eternas de los Andes para precipitarse en vertiginosa y turbulenta carrera hacia los valles, primero encajonados en montosas quebradas y luego pasando casi al nivel de enormes y sedientas llanuras que sólo esperan que la mano del hombre ponga en las aguas una pequeña barrera para tornarse verdes y fecundos y devolver con creces la semilla que el arado oculte en sus generosas entrañas.

Hay proyectos y estudios sobre el regadío de la lejana pampa del Tamarugal; del fértil valle de Choapa con aguas del río de su nombre; de un tranque en la Laguna del río Coquimbo; se ha construído el canal de Mauco en el Aconcagua y se estudian embalses en la hoya de este río para el riego de los ricos valles de Chacabuco y Polpaico. Se proyecta en Colina el mejoramiento del regadío de sus extensos y productivos campos vecinos de Santiago; en el interior de San Fernando para embalsar el río Tinguiririca; en la provincia de Curicó las lagunas del Planchón para regularizar el régimen del Teno, y la laguna de Mondaca para normalizar el caudal del Lontué. Está hecho el proyecto para dar agua al valle de Ñilahue y, más al sur, al campo militar del Culenar, de propiedad fiscal. Se ha terminado el proyecto, y está listo para la petición de propuestas del canal del Melado, en Linares, importante acueducto que fertilizará treinta mil hectáreas de esa provincia, y está muy adelantada la construcción del canal del Laja y sus ramificaciones o canales derivados, obras en que se han vencido las dificultades de un suelo arenoso por medio de revestimientos de concreto para que no se pierdan las aguas por infiltraciones del lecho natural sino que se aprovechen en el máximum de sus caudales.

Y así, siguiendo un programa nacional, se anticipan fondos de la Nación para los estudios de estas costosas obras y ayudando el Fisco a los que se benefician con su rea-

Practicando el aforo químico de un canal.

lización, por medio de emisiones de bonos que tienen el privilegio de no pagar contribución alguna, se va poco a poco, pero con paso seguro, a la formación de una red de canales tan completa, que día llegará en que los habrá en todas partes, es decir, en donde quiera que exista una fuente surtidora del precioso elemento y un suelo que reciba su benéfica influencia.

La gran República del Norte, cuyo desarrollo y prosperidad agrícolas se imponen en todo el mundo, asombra con sus estupendas obras de regadío. Para el admirable, para el colosal espíritu de empresa yankee no hay nada imposible, y su titánico esfuerzo pasa a través de todas las distancias; perfora el granito de todas las montañas; cruza por el espacio las hondonadas infranqueables, descansando en armaduras de acero gigantescas alcantarillas, y lleva a centenares de leguas el agua necesaria para sus dilatados valles e inmensas "sábanas".

Ojalá que, como allá, se diera la debida importancia al cuerpo de ingenieros que se dedica aquí a estas materias de irrigación, que tan vital interés tienen actualmente y que son y serán siempre la base principal de la riqueza agrícola de Chile.

II

Hemos dejado para el fina una de las más importantes obras de regadío, cuyos trabajos se han iniciado en la presente administración. Nos referimos al canal del Maule, que captará sus aguas en las vecindades de la Cordillera y dará vida a los campos de secano del Oriente de Talca hasta la línea del ferrocarril central.

La provincia de Talca cuenta esa parte de sus suelos como el principal exponente de su riqueza, a la que no es extraña su buena situación económica y aun diremos el bienestar social de sus habitantes.

En efecto, visitando los fundos del Oriente de Talca, el viajero se ve en todas partes gratamente sorprendido por el magnífico aspecto de esos campos en que, al igual de los vecinos de la capital, se hace un cultivo francamente intensivo para no perder ni una pulgada de aquellos suelos que han alcanzado un valor tan grande casi como los mejores y más caros que existen en el país.

Los viñedos, la chacarería, las siembras y

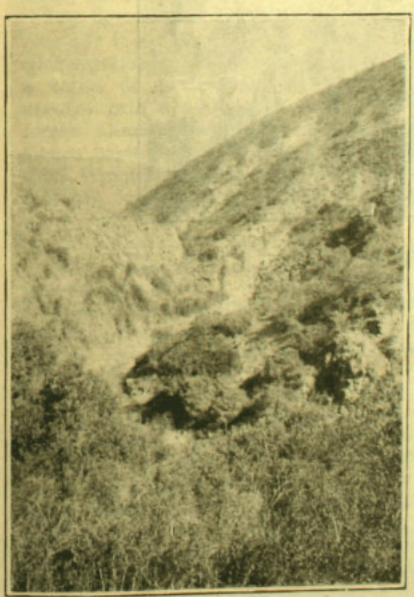
Un afluente del río Lontué.

la ganadería se desarrollan allí admirablemente y no hay un solo propietario que no haya modernizado sus sistemas de labores agrícolas, ni que esté descontento con su fundo ni que desee venderlo, salvo sea a precio de oro.

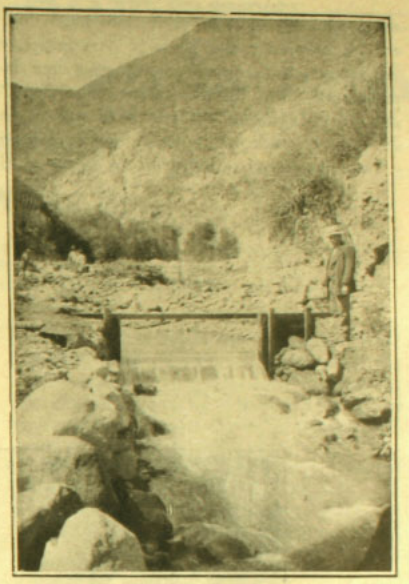
Naturalmente que al lado de estos espléndidos predios de que hablamos, hay también grandes extensiones de rulo. Estas son las que va a regar el nuevo canal del Maule en una extensión de cincuenta mil hectáreas, con agua abundantísima y de muy fácil captación. La obra costará ocho millones y medio de pesos más o menos, y estará concluída en tres años más.

Es contratista de esta gran empresa la firma chilena Lagarrigue y Cía., formada por varios ingenieros graduados todos en nuestras Universidades y en la que hace cabeza el señor Luis Lagarrigue, ya ventajosamente conocido por haber llevado a feliz término, entre otras, la tan importante obra de la Laguna Negra que surte de agua potable a nuestra capital.

Delegado fiscal es el prestigioso ingeniero señor Eduardo Barriga, quien une a su saber hermosas prendas personales y de carácter



Cerca del nacimiento de uno de nuestros ríos, en plena cordillera.



Aforando las aguas del río Colina.

que lo han rodeado de un núcleo de bien preparados ingenieros de la Dirección de Obras Públicas que lo secundará, con el aporte de sus conocimientos, a la cumplida realización del trabajo que le ha sido encomendado.

En medio de la crisis de todo orden que reina en el país, es profundamente halagador para nuestro orgullo nacional el tomar nota de estas empresas de gran aliento que se llevan a cabo sin esperar el despacho de presupuestos—que no lo necesitan—, que están bajo la dirección de especialistas de la talla de los nombrados, y, muy especialmente, que se ha evolucionado a entregar esas empresas, no como se hacía antes a sindicatos y compañías extranjeras, sino a firmas chilenas competentes, capaces y poderosas, con la ventaja de que sus capitales y utilidades no emigrarán mañana en busca de otras actividades hacia apartadas playas.

Los beneficios que reportará el canal del Maule a la provincia de Talca y a la agricultura, en general, no son fácilmente abarcables: se verán con el tiempo y con el aprovechamiento que de él se haga para fertilizar la rica zona del oriente.

Pero sí estamos seguros de que cuando pa-

sen los años y el agua vivificante haga florecer los arbolados, dar fruto a los trigales, y los campos, por su verdura, semejen una inmensa alfombra de esmeraldas, más de algún viejo inquilino, sentado a la puerta de su casa, al mirar su pequeño jardín lozano y fragante por el milagro de las aguas y al recordar lo que antes era eso, una soledad desesperante y un corralón sin una yerba siquiera, se sentirá feliz de aquella mágica transformación y en su rusticana filosofía bendecirá a los que hicieron el prodigio de llevar la vida allí donde todo era árido, estéril y muerto.

Un momento solemne: el contratista señor Luis Lagarrigue y el ingeniero señor Alejandro Calvo dan la primera palada en las obras del canal del Maule

Los primeros hombres en la luna

Por

H. J. WELLS

(CONTINUACION)

Después cuando, con un chirrido, la cortina de cavorita quedó corrida y aquel panorama oculto de nuevo a mi vista, aún me pareció que lo seguía contemplando con los ojos de mi imaginación, y me encontré en un estado de extraordinaria confusión, al par que me deslizaba lentamente sobre la superficie lisa del cristal.

Cuando, en fin, mis ideas se coordinaron de nuevo en mi mente me pareció fuera de duda que la luna estaba abajo, esto es, bajo mis pies, y que la tierra se hallaba sobre el nivel del horizonte; aquella tierra que siempre había estado en la parte inferior, desde el comienzo de todas las cosas, para mí y los de mi especie.

Tan ligeros eran los esfuerzos que teníamos que hacer dentro de la esfera, tan fáciles resultaban todos nuestros movimientos a causa de la enormísima reducción de nuestro propio peso, que la necesidad de tomar alimento no se nos manifestó lo menos hasta seis horas después de la partida, según el cronómetro de Cavor. Me asombró de que hubiese pasado tanto tiempo, y aun con todo, con muy poca cosa, se vió satisfecho nuestro apetito.

Cavor examinó el aparato que absorbía el ácido carbónico y el vapor de agua, y manifestó que funcionaba de una manera satisfactoria y que el consumo que habíamos hecho de oxígeno había sido insignificante.

Agotada nuestra conversación y no teniendo nada que hacer, cedimos a un extraño sopor que se apoderó de nosotros, y tendiendo las mantas en el suelo de cristal, de manera que cubrían el fondo de la bola correspondiente a las ventanas abiertas hacia la luna, quedó interceptada la luz que procedente del astro, por dichas ventanas penetraba; quedámonos, de este modo, a obscuras, y dándonos uno a otro las buenas noches, casi inmediatamente nos dormimos.

De esta manera, hablando unas veces, leyendo otras, durmiendo a grandes períodos y tomando, aunque sin ninguna clase de apetito, algún alimento de cuando en cuando, vagamos por los espacios un gran lapso de tiempo, sin días y sin noches, silenciosa, blanda y rápidamente, y siempre en dirección a la luna.

Fué, en efecto, una cosa muy extraña, que, mientras estuvimos recluídos en la esfera, no experimentamos el más ligero deseo por comer y no sentimos la necesidad de reparar, por medio de la nutrición, nuestro organismo, aun cuando dejáramos transcurrir mucho tiempo en completa abstinencia.

Al principio, cuando llegaban las horas que podemos llamar reglamentarias para las comidas en la tierra, forzábamos nuestro apetito y tomábamos un bocado; pero, poco a poco, llegamos a ayunar completamente. En realidad, no consumimos ni el 1 por 100 de las provisiones condensadas que habíamos llevado con nosotros.

La cantidad de ácido carbónico que exhalábamos en la respiración fué también extraordinariamente mínima, circunstancia que me es imposible explicar satisfactoriamente.

CAPITULO VI

La llegada a la Luna

Yo había perdido la noción del tiempo. Pero recuerdo perfectamente que llegó una ocasión en que Cavor descorrió bruscamente seis de las cortinas de cavorita del lado de la luna; la intensidad de la luz que penetró en la esfera fué tal que quedé deslumbrado y no pude contener un grito. Cuando, poco a poco, me fuí acostumbrando a aquella claridad, ví que la totalidad del firmamento por aquella región se hallaba ocupada por la luna, que formaba como una gigantesca cimitarra, reluciendo en medio del espacio, con el borde perfectamente destacado en medio de las tinieblas, de entre las cuales emergían también cús-

pides y picachos del suelo lunar y que brillaban iluminados por la luz del sol.

Supongo que el lector ha visto fotografías o imágenes de la luna, y que, por lo tanto, no es necesario que yo describa los rasgos característicos del paisaje lunar; sus cadenas de montañas, de mayores alturas que las terrestres, con sus cúspides resplandecientes de luz y sus bases sumergidas en tinieblas densas y profundas; las llanuras grises y resquebrajadas; las crestas salientes, las colinas y los cráteres como se perciben en la superficie de nuestro satélite, todo pasando rápidamente de una claridad deslumbradora al denso y uniforme misterio de la sombra.

Nuestra esfera entonces volaba a través del espacio, y a cien millas apenas de distancia sobre las crestas y las cúspides del mundo lunar. Pudimos ver entonces lo que ningún ser humano ha visto ni verá jamás: iluminados por el sol, los severos contornos de las rocas y de los precipicios, los accidentes de las llanuras y las cordilleras se iban presentando cada vez más grises, vagos e indistintos, bajo una especie de bruma, que se iba espesando; la blancura de las superficies iluminadas se amortiguaba, disminuía y se desvanecía a trechos, apareciendo, en cambio, extrañas manchas de matiz pardo y verdoso, que iban creciendo y creciendo hasta extenderse y unirse unas a otras.

Pero no teníamos tiempo de recrearnos en el espectáculo ni de examinar con detenimiento estas manifestaciones de aquel mundo, porque se acercaba el momento de verdadero peligro en nuestro viaje. Teníamos que irnos aproximando cada vez más a la luna al mismo tiempo que íbamos pasando a su lado. Era también preciso aminorar nuestra velocidad y acechar el momento más a propósito para dejarnos caer sobre la superficie lunar.

Para Cavor fué este un período de intensa actividad; para mí, de ociosidad angustiosa. Yo no hacía más que apartarme constantemente de Cavor para no estorbarle. Mi compañero iba y venía, saltaba de un punto a otro de nuestro recinto con una agilidad que hubiera sido imposible sobre la tierra.

En las últimas horas no cesó de abrir y cerrar las cortinas de cavorita, de hacer cálculos matemáticos, de consultar a cada instante su cronómetro a la luz de la lámpara de incandescencia.

Por bastante tiempo, todas las cortinas estuvieron cerradas y quedamos silenciosamente suspendidos en las tinieblas, columpiándonos en el espacio. Después, Cavor estuvo probando los botones correspondientes a los resortes de todas las ventanas, y repentinamente descorrió cuatro de las cortinas. No tuve más remedio que echarme para atrás y cubrirme los ojos con las manos, deslumbrado completamente por el resplandor insólito del sol, que penetró bajo mis pies. Las cortinas fueron inmediatamente corridas; pero mi cerebro quedó como bullendo en medio de la obscuridad, a causa de lo intenso de la impresión recibida. Después de esto seguimos flotando de nuevo en medio de la obscuridad y del silencio.

Al cabo de un gran rato, Cavor, encendió de nuevo la lámpara eléctrica, y me dijo que debíamos reunir todos los fardos y paquetes, y liarlos dentro de las mantas para protegerlos contra los efectos del choque que había de producir nuestro descenso sobre la superficie lunar. Así lo hicimos, teniendo entretanto cerradas todas las ventanas, porque de esta manera, libres de la atracción lunar, por causa de la opacidad de la cavorita a la gravitación, todos los objetos tendían a reunirse, naturalmente, en el centro de la esfera.

Fué aquella una escena muy singular: Cavor y yo flotando libremente en aquel espacio esférico, empaquetando y reuniendo objetos que nadaban libremente en el recinto. ¡Imagíneselo quien pueda! Allí no había arriba ni abajo, y los movimientos más inesperados resultaban al menor esfuerzo.

Unas veces, un ligerísimo empujón de Cavor me enviaba rodando por el espacio a tocar contra la pared; otras veces, nos agitábamos desesperadamente en el vacío. Hubo momentos en que la lámpara eléctrica estaba sobre mi cabeza, y al instante siguiente la veía bajo mis pies; cuando menos lo pensaba, veía las plantas de Cavor flotando delante de mis ojos o nos cruzábamos uno con otro. Nadie ha podido concebir una danza más extravagante, más grotesca, ni aun en los ensueños del delirio. Al cabo, después de mil apuros y dificultades, conseguimos liar todos los objetos, formando un solo bulto, dejando únicamente fuera dos mantas para abrigarnos cuando fuese necesario, y en cada una de las que hicimos un agujero para pasar la cabeza, a fin de usarlas al modo de los ponchos de los campesinos de la América del Sur. Después, durante un segundo, Cavor descorrió una de las cortinas que miraban sobre la luna, y pudimos ver que caíamos hacia el centro de un inmenso cráter, alrededor del cual se agrupaban, en forma de cruz, otros cráteres más pequeños.

Entonces Cavor arrolló de nuevo las cortinas de la esfera del lado del sol, que se presentaba ardiente y deslumbrador. Supongo que se sirvió de la atración solar como de un freno para evitar que nuestra caída sobre la superficie de la luna fuese demasiado violenta.

—Envuélvase usted en su manta—me gritó de repente y retrocediendo con viveza.

Por un momento permanecí sin comprenderle, pero en seguida saqué la manta de entre mis pies y me la arrollé al cuerpo, cubriéndome la cabeza.

Cavor corrió entonces todas las cortinas, abrió una por un momento, la cerró después, y finalmente fué abriéndolas todas, dejándolas recogidas sobre su cilindro de acero respectivo.

Sentí entonces un choque violentísimo, y empezamos a rodar en todos sentidos, dándonos contra las paredes de vidrio de la esfera y contra el gran bulto que formaba nuestra impedimenta, chocándonos uno contra otro. Como todas las cortinas estaban descorridas, por todas las facetas de cristal que, constituyendo ventanas, formaban nuestra esfera veíamos que por el exterior nos rodeaba una substancia blanca, como si rodáramos a lo largo de una pendiente cubierta de nieve. Vino después una serie de choques vertiginosos. Nuestra bola rodaba violentamente por una cuesta, como una roca que, desprendida de la cúspide de una montaña, va dando saltos, chocando contra todos los accidentes del terreno, saltando y girando cada vez con más velocidad, hasta llegar al fondo del valle. Del mismo modo íbamos nosotros dando tumbos, unas veces de pie, otras de cabeza, dentro de la esfera, que giraba, descendía y saltaba por la pendiente lunar. Por último, experimentamos un choque formidable. Las paredes de la esfera vibraron de un modo espantoso. Yo me sentí medio aplastado

—Empezamos a rodar por una pendiente.

bajo el peso de nuestro equipaje, y como ensordecido por la violencia de la sacudida y el ruido de la trepidación.

Creo que si la esfera no hubiese estado tan bien construída y los materiales no fuesen tan tenaces y elásticos, hubiese saltado en mil pedazos. Pero, pasado este choque, todo quedó tranquilo. Al cabo de un rato oí a Cavor respirar y refunfuñar, y en seguida el ruido de una de las cortinas al correrse o descorrerse.

Hice un esfuerzo, empujé el lío que me sofocaba, y me puse en pie. Las ventanas que Cavor había abierto se distinguían como cuadros de tono negro intensísimo salpicados de estrellas. Pero, en fin, vivíamos, y la esfera se hallaba inmóvil en medio de la densa obscuridad proyectada por el muro del gran cráter en donde habíamos caído.

Nos sentamos, recobramos el aliento y palpamos nuestros cuerpos, pues habíamos quedado tan maltrechos que por todas partes sentíamos contusiones. Ni Cavor ni yo esperábamos haberlo pasado tan mal en la caída sobre nuestro satélite.

Manteniéndome trabajosamente en pie, dije entonces a mi compañero:

—¿Conque hemos llegado?

—Sí, señor.

—¡Y de qué manera! Pero, en fin, echemos una ojeada por el paisaje.

Y diciendo y haciendo, me acerqué a uno de los cristales. Como no distinguía absolutamente nada, me volví a Cavor y exclamé:

—¡Pero está terriblemente obscuro; no se ve absolutamente nada!

Al mismo tiempo, mi aliento se condensaba inmediatamente sobre el cristal y lo empañaba. Trataba de enjugarlo con la manta; pero el vapor de la respiración volvía a condensarse otra vez.

—Hemos llegado como una media hora antes de amanecer—dijo Cavor—. Tenemos que esperar.

En rigor, yo no podía distinguir absolutamente nada del exterior; aun cuando las cortinas estaban descorridas, el efecto era aboslutamete lo mismo que si estuviésemos encerrados dentro de una esfera con gruesas paredes de acero completamente opaco. De nada me servía frotar el vidrio con la manta, porque nuevas capas de vapor acuoso venían a condensarse sobre las primeras, mezclándose además con los pelos o filamentos que se desprendían del paño. En estos esfuerzos me resbalé y vine a caer de bruces contra uno de los cilindros de acero que, conteniendo oxígeno, se hallaban en el bulto hecho con nuestro equipaje. Todo esto era desesperante; era absurdo. Habíamos llegado, al fin, a la luna, en medio de tantas maravillas, y todo lo que podíamos distinguir era la pared gris opaca de la esfera de cristal y acero en que estábamos confinados.

—¡Maldición!— exclamé—. ¡Para esto no merecía la pena de haber salido de la tierra!

Me senté sobre el equipaje, tiritando de frío y envolviéndome con más cuidado en la manta.

Bien pronto el vapor condensado en las paredes se solidificó formando ramajes de hielo.

—¿Alcanza usted el calefactor eléctrico? —me preguntó Cavor—. Es ese botón negro; comprímalo usted, porque si no, nos helaremos en seguida.

No necesité oírlo dos veces, e inmediatamente puse en función el calefactor eléctrico, del cual ni yo remontamente me acordaba.

—Y ahora—pregunté—, ¿qué hacemos?

—Esperar—dijo Cavor.

—¡Esperar!

—Naturalmente, tenemos que esperar hasta que el aire de este recinto se haya calentado de nuevo; después, a que las ventanas se aclaren; hasta entonces no podemos hacer absolutamente nada. Ahora es de noche en esta región; no hay más remedio que aguardar a que llegue el día. Entretando, ¿no siente usted apetito?

Permanecí algunos instantes sin responderle, siempre sentado, sin poder contener la exasperación que me dominaba. Aparté los ojos del enigma que tras los cristales nos aguardaba, y miré a Cavor.

—Sí—le dije—, tengo hambre, y además debo manifestar a usted que he experimentado una desilusión completa. Yo esperaba... no sé qué. Pero, en fin, todo, menos esto.

No me contestó. Necesité de toda mi filosofía para contenerme, y al fin, arreglando mi manta lo mejor que pude, comencé—imitando a Cavor—mi primer comida en la luna. No me acuerdo si la terminé o no. Poco a poco, por efecto del calorífero eléctrico, el agua congelada que cubría las paredes interiores de las ventanas se fué derritiendo, los vidrios se fueron aclarando y el velo brumoso que nos ocultaba el mundo lunar se disipaba ante nuestros ojos. Corrimos entonces a contemplar el paisaje de la luna.

CAPITULO VII

El amanecer en la luna

Conforme lo habíamos visto desde un

principio, el paisaje era de lo más abrupto, triste y desolado que puede concebirse. Nos hallábamos en un inmenso círculo, en una vasta planicie circular que constituía el piso o fondo de un cráter gigantesco. Escarpados muros de roca viva nos rodeaban por todas partes. Al Oeste, la luz del sol, aún invisible para nosotros, iluminaba una masa informe de enormes peñascos, pardos y grises, esquinosos, agrietados, formando tajos tremendos, con fallas y taludes llenos de nieve. Hallábanse estos acantilados de Occidente como a unas doce millas de distancia; pero no habiendo ninguna atmósfera interpuesta, nada impedía que percibiéramos claramente hasta sus más minuciosos detalles. Toda aquella superficie roquiza se distinguía clara y resplandeciente, destacándose sobre el fondo negro del cielo, que más bien aparecía a nuestros ojos terrenales como un inmenso telón de terciopelo que como los espacios insondables del firmamento.

Por la parte del Oriente, la escarpadura no se presentó a nuestra vista sino como una sinuosa banda negra que se extendía por la parte baja del horizonte y en la que no brillaba estrella alguna, siendo así que el resto de la bóveda celeste estaba sembrado de ellas. Ni el más ligero matiz rojizo, ni la más tenue claridad anunciaba el apuntar del día. Solamente la luz zodiacal, formando un inmenso cono fosforescente y apuntando hacia la esplendorosa estrella de la mañana, nos advertía la inmediata proximidad del sol.

Toda la luz ambiente, en el inmenso circo era la reflejada por los acantilados del Oeste. Distinguíamos, así, una gran planicie, árida y desierta, de un color gris que iba obscureciendo hacia el Este, hasta hacerse completamente negra y confundirse con el muro de rocas de aquel lado.

Percibíamos, además, innumerables cúspides, redondeadas en su extremo, protuberancias enormes y fantásticas y masas de una substancia nívea, cubriendo cresta tras cresta hasta las más remotas lejanías, perdidas en la negra obscuridad. Todo esto nos dió el primer indicio de la distancia a que se hallaba la pared del cráter. Las masas blancas que coronaban las cimas y rellenaban las grietas y hondonadas parecían enteramente de nieve, y nieve creí yo entonces que era. Pero, no... ¡Eran aglomeraciones y ventisqueros de aire congelado!

Los rayos del sol, pasando, como he dicho, sobre los peñascos de la parte oriental y sobre nuestras cabezas, dejaban en la obscuridad más profunda las regiones donde no alcanzaban directamente, y como nos hallábamos en la porción sombría, para nosotros no había amanecido aún.

—¿Cómo describir lo que ví?...

Pero la zona iluminada por el sol en los acantilados del Oeste, iba ganando terreno hacia abajo. Pronto llegó a la base del muro, y en seguida vino avanzando hacia nosotros con estupenda rapidez. Al mismo tiempo las lejanas rocas parecía como que temblaban y gemían, y al beso del alba una nube de bruma grisácea se elevó de la gran llanada o piso del cráter; torbellinos de vapor, nubecillas girantes se desprendían de todas las grietas y desigualdades del suelo, hasta que, al fin, de toda la planicie del Oeste se levantó una capa extensa y uniforme de un vaho espeso como el que se desprende de un lienzo húmedo que, extendido, se aproxima al fuego.

Las rocas, los picachos, los accidentes todos del lejano paisaje aparecieron entonces, vistos por refracción, a través de esta bruma, como esfumados y con los contornos fantásticamente diluídos en el espacio.

—Es aire—murmuró Cavor—, tiene que ser aire... De otro modo no se volatilizaría por el simple contacto de los rayos del sol... y con esa velocidad...

Luego miró a lo alto, y me dijo:

—Mire usted.

—¿Qué?—le pregunté.

—En el cielo... allí, a lo lejos... sobre el fondo negro... una manchita azulada... ¿No ve usted? Y a su través algunas estrellas aparecen mayores. ¡Y las más pequeñas y todas las vagas nebulosidades luminosas que distinguíamos en el vacío han desaparecido.

Era verdad. Y el día, con su marcha rápida y regular, se aproximaba sin cesar hacia nosotros. Roca tras roca, a distancias cada vez más próximas al lugar donde nos encontrábamos, iban siendo alcanzadas por los rayos solares y se rodeaban de una luminosidad vaporosa. El acantilado distante parecía alejarse más y más a través de las brumas, y pronto, hacia el Poniente, no quedó sino una espesa capa de niebla, tras la que se desvanecieron los últimos detalles del paisaje.

Y el vapor seguía avanzando hacia nosotros, tan rápido como la sombra de una nube impulsada por el viento. Alrededor nuestro empezó enseguida a desprenderse una ligera nebulosidad.

Cavor me cogió del brazo.

—¿Qué ocurre?—pregunté.

—¡Mire usted!—me contestó—. ¡El sol! ¡El sol que nace!

Me hizo volver y me señaló la cresta del muro que cerraba el cráter por Oriente, indecisa aún sobre la nieve que nos rodeaba y apenas visible en las tinieblas que aún dominaban por aquel lado.

Pero su contorno empezó inmediatamente a marcarse por extrañas formas rojizas, por verdaderas lenguas de fuego de color purpúreo intenso, que se retorcían, giraban, danzaban. Yo me figuré que serían espirales de vapores que, desprendidos de la superficie lunar y atravesados por la luz, formaban, por contraste sobre el fondo negro del cielo, aquella banda de furiosas llamas. Pero no; lo que veía era en realidad las protuberancias de la esfera solar, la corona de fuego que rodea al astro, siempre agitada por tremendos cataclismos, y oculta siempre, por el velo atmosférico, a las miradas de los habitantes de la tierra.

Y en seguida... apareció el sol.

Primero se distinguió sobre las crestas una línea brillantísima, un borde delgadísimo de un resplandor intolerable, que tomó en seguida una forma curva; luego apareció un arco y en seguida como un disco encendido que lanzó sobre nosotros, rápido, instantáneo, como un venablo, su luz deslumbradora y su calor irresistible.

Creí que me perforaba los ojos. Dí un grito, me volví de espaldas y a tientas busqué mi manta.

Al mismo tiempo que esta incandescencia, llegó a nosotros un sonido, el primero que, procedente del exterior, habíamos notado desde que salimos de la tierra. Era como un silbido, como el mugir tempestuoso del manto aéreo que se levantaba al nacer el día. Con la llegada del sonido y de la luz, nuestra esfera, basculando sobre su asiento, y nosotros, ensordecidos y deslumbrados, nos apretamos, atemorizados, uno contra otro.

La esfera entonces osciló de nuevo, y el silbido se hizo más violento. Yo mantenía mis ojos cerrados por fuerza; hacía tentativas desconcertadas para cubrirme la cabeza con la manta, y otra sacudida me hizo perder el equilibrio. Caí contra el equipaje, y por un momento, entreabriendo los ojos, ví lo que pasaba alrededor de nuestro recinto.

La masa blanca sobre la cual descansaba la esfera, se deshacía rugiendo, hervía como nieve que se arroja sobre una plancha de hierro incandescente. Y es que aquella masa no era nieve. Era aire congelado, que al contacto de los rayos del sol pasaba súbitamente del estado sólido al líquido y al gaseoso, derritiéndose y volatilizándose casi al mismo tiempo, y silbando y rugiendo al par que, con mil convulsiones de la masa, se verificaba esta transformación.

Produjose otra sacudida de la esfera, más violenta aún que las anteriores, y nos vimos arrojados el uno contra el otro. Un

momento después, nuestra bola rodaba y nosotros fuimos dando tumbos, encontrones y volteretas, encontrándome, al fin, a gatas, cuando aquella revolución se calmó un poco. El alba lunar nos había cogido por su cuenta y parecía querer demostrar nos lo que podía hacer con dos miserables criaturas terrenales.

Pude entonces echar una ojeada y apreciar lo que pasaba a nuestro alrededor, fuera de la bola. Una pasta semilíquida se elevaba, resbalaba y caía, y, al mismo tiempo, chorros de vapor salían silbando por todas partes. Luego volvimos a quedarnos en las tinieblas más profundas. Perdimos el equilibrio y caímos Cavor y yo hechos un lío. Sentí sus rodillas sobre mi pecho y quedé por algún tiempo imposibilitado de moverme. Luego noté que mi compañero recibió una gran sacudida y fué lanzado contra las paredes de la esfera, y yo, por mi parte, me quedé transtornado y sin aliento.

Indudablemente, había caído sobre nuestra bola una gran masa del material blanquecino que se derretía y evaporaba, y habíamos quedado como enterrados. Pero el material que nos cubría cambiaba de estado con rapidez, revolviéndose, agitándose, entrando en activa ebullición. A través de los gruesos cristales de las ventanas, ví perfectamente cómo se formaban al exterior burbujas de gas que resbalaban a lo largo del cristal y rompían por entre la masa que las originaba.

Y entonces, al derretirse el aire congelado en donde nuestra esfera se apoyaba, volvimos a rodar por la pendiente con horroroso estrépito, cada momento con mayor velocidad, rebotando contra las desigualdades del terreno, saltando sobre los barrancos, chocando contra las rocas, cayendo, en fin, con el fragor de un alud alpino en la llanada occidental del piso del cráter, donde la acción del sol hacía hervir tumultuosamente el aire congelado, fundir y evaporarse la nieve, y producían por todas partes las violentas convulsiones que marcaban el advenimiento del día lunar.

¿Y, nosotros, dentro de la esfera Cualquiera puede figurarse la escena. Allá íbamos, dando volteretas, encontrones y sacudidas, unas veces de pie, otras de cabeza, chocando uno contra otro, con las paredes del recinto, con nuestro equipaje. En la tierra, cien veces nos habríamos estrellado: pero en la luna, (afortunadamente para nosotros) nuestro propio peso y el de todas las cosas eran sólo la sexta parte del correspondiente en el globo terrestre, y por ende la cantidad de movimiento destruída en cada choque y la violencia de éstos era mucho menor. ¡Bien apreciamos el beneficio!

De todos modos, recuerdo la penosa sensación de mareo, de magullamiento, un dolor de cabeza como si el cerebro se me saltase del cráneo, y después...

Sentí algo sobre la cara y como hilos de frío tras las orejas; al mismo tiempo el excesivo resplandor que me dañaba se mitigó extraordinariamente. Instintivamente me eché mano a la cara y advertí que tenía puestas unas gafas azules. Ví entonces que Cavor se hallaba inclinado sobre mí y que él también se hallaba provisto de anteojos ahumados. El pobre hombre tenía, como yo, la respiración anhelosa, y de sus labios, partidos por dos o tres sitios, brotaba sangre.

—¿Está usted mejor?—me preguntó, enjugándose con la mano la sangre que le corría por la barba.

No tuve alientos para contestarle. Me parecía que todo daba vueltas a mi alrededor, sin duda efecto de mi aturdimiento. Después advertí que Cavor había corrido algunas de las cortinas de la esfera, sin duda para protegernos de la luz directa del sol, pues todos los objetos que nos rodeaban presentaban un brillo deslumbrador.

—¡Dios mío!—murmuré al fin,—¿qué es esto?

Sin cambiar de postura, extendí el cuello para ver mejor, y noté, a pesar de mis gafas azules, que afuera el paisaje lunar se hallaba intensísimamente iluminado, que una luz vivísima había sustituído a las tinieblas impenetrables que en un principio tanto me habían impresionado.

—¡Mi querido Cavor!—exclamé; — ¿he estado mucho tiempo sin sentido?

—No lo sé exactamente—respondióme; —mi reloj se ha roto. ¡Pobre Bedford! ¡Qué mal rato ha pasado usted! Ha habido momentos en que he tenido miedo de que le sucediera a usted algo grave.

Por algún tiempo no articulé palabra. Pensé en lo que Cavor me decía; ví en su semblante huellas patentes de la emoción sufrida, pasé la mano por todo mi cuerpo, reconociendo mis contusiones, y la vista por la cara de mi compañero con igual objeto.

El dorso de mi mano derecha estaba despellejado mi frente herida y de ella brotaba sangre. En fin, ambos estábamos hechos una lástima.

Cavor me alargó una copita con un líquido confortante (no me acuerdo lo que era) que había tenido la precaución de llevar. Al cabo de un rato comencé a sentirme mejor, y estiré los brazos y pier-

nas. Poco después ya estuve en disposición de poder hablar.

—Si llego a saber esto, de ningún modo me embarco en estas aventuras, Mr. Cavor—exclamé.

—¡Dios mío!, ni yo tampoco—me contestó, incorporándose sobre sus rodillas y mirándome por encima de sus anteojos.

—Pero ¿qué ha sucedido?—pregunté después de una pausa.—¿Hemos saltado desde el Polo a los Trópicos?

—Ha sucedido lo que me imaginaba—contestó Cavor.—El aire (si es que eso es aire) se ha fundido y evaporado súbitamente. Además del aire congelado, o cosa análoga, hay también nieve y ésta se ha ido derritiendo después. Estos súbitos cambio de estado físico han producido las violentas convulsiones, la agitación tremenda de que nosotros hemos sido víctimas. La superficie de la luna ha quedado ahora libre y limpia, y nuestra esfera descansa sobre rocas desnudas. El suelo árido y peñascoso se halla ahora expuesto a los rayos ardientes de un sol implacable. Pero.... ¿a qué estoy hablando? No necesito dar a usted explicaciones. Incorpórese y vea por sus propios ojos...

CAPITULO VIII

Una mañana lunar

El brusco contraste, el súbito paso del blanco al negro que el paisaje presentaba en un principio, se iba atenuando poco a poco. El brillo del sol presentaba un ligero tinte ambarino; las sombras sobre la muralla del cráter tenían un matiz purpúreo obscuro; iban apareciendo las penumbras. Hacia el Este, una masa de niebla sombría rastreaba aún, ocultándose del sol; pero hacia el Oeste el cielo era claro, limpio y azul. Comencé a darme cuenta entonces del tiempo que había permanecido insensible a cuanto me rodeaba. No estábamos, pues, en el vacío; una afmósfera se había ido formando alrededor nuestro. El contorno de las cosas había ganado en carácter, se había acentuado, se presentaba más rico en variaciones. Aparte de algunos espacios cubiertos de sustancia blanca, que no era ya aire congelado, sino nieve, el aspecto árido del paisaje había desaparecido por completo.

En todas direcciones, vastas extensiones rojizas de un suelo desnudo y desigual brillaban iluminadas por el sol. Aquí y allá, en los límites de los espacios cubiertos por la nieve se formaban hilos de agua o pequeños arroyuelos, única señal de movimiento en aquella inmensidad estéril y muerta. El sol bañaba los dos tercios de nuestra esfera de cavorita, transformándola en invernadero; pero la parte inferior se mantenía aún en la sombra, descansando sobre la nieve. Esparcidas por la superficie en pendiente, y descansando sobre las porciones de nieve aún no fundida, se descubrían formas semejantes a trozos de madera muerta, como varitas secas y retorcidas con el mismo matiz de herrumbre, que presentaban las rocas. Esto atrajo vivamente mi atención. ¿Restos de madera en un mundo desprovisto de vida? Me pareció incomprensible.

Después, a medida que mi vista se fué acostumbrando mejor a la estructura de aquella substancia, percibí que casi toda la superficie de aquella estaba constituída por un tejido fibroso que recordaba la alfombra de agujas pardas que suele presentarse al pie de los pinos.

—¡Cavor!—exclamé sin poderme contener.

—¿Qué?

—Puede que este mundo sea actualmente un mundo muerto...; pero ¡en otro tiempo!...

Otra cosa atrajo en seguida mis miradas. Descubrí que entre aquellas agujitas que tapizaban la superficie de los trozos que parecían de madera, bullía cierto número de corpúsculos, y hasta me pareció que algunos de ellos se hinchaban.

—¡Cavor!—volví a murmurar.

—¿Qué?

Pero no pude contestarle en seguida. Seguía con la mirada fija, sin poder creer lo que veía. Durante unos instantes me pareció que mi vista se engañaba. Después, lanzando una brusca exclamación, cogí por el brazo a Cavor y le designé el objeto de mi sorpresa.

—¡Mire usted!—le grité.—¡Allí!, sí, y ¡allá!

Sus ojos siguieron la dirección que yo indicaba con el dedo.

—¿Eh? ¿Qué es eso?—dijo mi compañero.

¿Cómo describir lo que ví? ¡Era una cosa tan poco importante de contar, y que, sin embargo, me pareció tan maravillosa, tan extraordinaria! Ya he dicho que entre la masa de agujas pardas que cubrían la superficie de aquellos trozos extraños que me parecieron madera se distinguían corpúsculos redondeados que podían pasar por grava menuda, y he aquí, que, de repente, uno de ellos, después otro y luego otro, se habían removido, ensanchando y, por

—Le ví parado sobre una masa rocosa gesticulando hacia donde yo estaba...

último, roto, dejando ver sus fracturas líneas de color verde amarillento que se proyectaban hacia afuera como para buscar el beso ardiente del sol matinal. Todo esto rápido, instantáneo; luego, otros y otros corpúsculos estallaban como los primeros.

—Son simientes—dijo Cavor.

Y le oí murmurar muy suavemente, pero con la voz temblorosa de emoción:

—¡La vida!

¡La vida! Inmediatamente nos asaltó la idea de que nuestro tremendo viaje no había sido hecho en vano, de que no habíamos venido solamente a un desierto de piedras inertes, sino a un mundo en que había vida y movimiento.

Con la cara pegada a las ventanas, no teníamos ojos bastantes para ver. Me acuerdo que no hacía más que enjugar el vidrio con mi manga o la punta de la manta, celoso de que el más ligero indicio de vapor condensado debilitara u obscureciera la vista exterior.

El cuadro era claro y vívido solamente en el centro del campo visual. Todo alrededor las fibras muertas y las semillas aparecían amplificadas y con formas desnaturalizadas por la curvatura del vidrio; pero de todos modos podíamos ver bastante. Unos tras otros, en toda la extensión de la planicie asoleada, aquellos milagrosos corpúsculos pardos estallaban y se entreabrían como los cotiledones, como las valvas de las legumbres, como los huesos de los frutos, y abrían bocas ávidas de absorber el calor y la luz que se derramaba en cascadas del sol de la mañana.

. . . . . .

En algunos minutos estas extraordinarias semillas lanzaban una raicilla hacia el suelo y una especie de película al aire. En poco tiempo la pendiente entera se vió cubierta de plantas minúsculas que se erguían bajo el calor del sol. Pero no permanecían por mucho tiempo en tal estado; las películas, en forma de haces, se alargaban y crecían rápidamente, visiblemente, mientras se las estaba observando.

El movimiento era más rápido que el de todas las plantas que yo había visto hasta entonces. ¿Cómo podré dar una idea de la rapidez con que se operaba este crecimiento? La extremidad de las hojas crecía de una manera tal que, ante nuestros ojos, la veíamos aumentar de tamaño y extenderse. La cubierta parda primitiva se arrugaba, se estrechaba y era absorbida con la misma rapidez. ¿Habéis cogido alguna vez en la mano un termómetro en una mañana fría, y colocando la mano, tibia, sobre el depósito, observado cómo la columna de mercurio se eleva rápidamente dentro del tubo? Pues así crecían aquellas plantas lunares.

En algunos minutos, los botones más adelantados de estas plantas se habían alargado en forma de tallos y desplegado un nuevo verticilo de hojas, de suerte que toda la pendiente, que hacía pocos momentos era sólo una extensión árida y muerta, se presentaba ahora verde oliva, y cuyas puntas agudas eran sacudidas por el vigor de su mismo crecimiento.

Miré otro lado y ví entonces que a lo largo de la cresta de una roca, hacia el Este, se presentaba una banda similar en un estado vegetativo no tan avanzado, pero que se balanceaba haciendo sombra ante el deslumbrador brillo del sol. Algo más lejos se perfilaba la silueta de otras plantas que se ramificaban al modo de los cactos, ensanchándose como una vejiga que se llena de aire.

Hacia el Oeste distinguí otra forma vegetal hinchada, ventruda, pero que se elevaba en medio de la maleza formada por las demás plantas. Más allá la luz caía de plano y se reflejaba, dando al vegetal un color anaranjado espléndido y vivísimo.

A simple vista veíamos crecer aquellas plantas de tal manera, que si se apartaba un instante la vista de ellas, sus contornos, al volver a mirarlas, habían cambiado. Proyectaban en todos sentidos ramas obtusas y de forma estrecha, que en poco tiempo fueron desarrollándose, formando como una especie de árbol de coral de bastantes pies de altura.

Comparados con esas vegetaciones lunares, los hongos terrestres, que en una sola noche llegan a adquirir proporciones enormes, podría decirse que eran seres de un desarrollo y lentitud desesperantes. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que nuestros hongos crecen en la tierra contra una atracción de la gravedad seis veces mayor que la que se ejerce sobre la superficie de la Luna.

Más lejos, en los barrancos y planicies que no podíamos ver, pero donde penetraba el Sol, sobre los peñascos y cubriendo el talud de las rocas a donde alcanzaba la luz, se desarrollaban vegetaciones agudas y carnosas que crecían rápidamente a nuestra vista, apresurándose tumultuosamente a aprovechar el breve período durante el cual tenían que desarrollarse, crecer, fructificar, diseminar sus semillas y morir. Todo este crecimiento se operaba milagrosamente. Acaso así podría representarse, según la leyenda bíblica, los árboles y las plantas creciendo y creciendo en uno de los días del Génesis para cubrir la desolada superficie de la tierra, recien creada.

¡Qué recuerdos! ¡Qué impresión la de aquella mañana! La regeneración de la atmósfera al evaporarse el aire congelado, la agitación y la animación del suelo, y luego aquella silenciosa aparición de vege-

tales, aquel crecimiento sobrenatural de plantas carnosas y agudas estarán presentes en mi imaginación toda mi vida. Y todo esto iluminado por un resplandor, comparado con el cual, la más intensa claridad terrestre parecía un crepúsculo sombrío. Además, ¡qué contraste!, en medio de esta selva viviente, en todos los sitios que quedaban en sombra percibíanse aún restos de la nieve azulada.

Para completar la impresión que en nosotros hacía todo este cuadro tan extraordinario, hay que tener presente el estado de ánimo en que nosotros percibíamos todo esto, a través de una capa de vidrio gruesa y curva, que desfiguraba el paisaje, como una lente desfigura los objetos, viendo las imágenes claras, limpias y normales en el centro del campo, pero amplificadas y fantásticas junto a los bordes.

CAPITULO IX

Empieza la exploración

Después de un gran rato de exploración, dejamos la ventana, y Cavor y yo nos volvimos uno hacia el otro con la misma pregunta en nuestros ojos: "Para que esas plantas puedan crecer, es menester que haya aire, aire que nosotros podremos respirar."

—¿Abrimos?—pregunté.

Pero Cavor no contestó directamente a mi pregunta, sino a su propio pensamiento, diciendo:

—Sí, no hay duda, eso es aire; esto es evidente.

—Ya lo creo—contesté;—en muy poco tiempo esas plantas que hemos visto nacer serán más altas que nosotros; pero, después de todo, ¿está usted seguro de que sea aire? ¿No podría ser ácido carbónico, nitrógeno, algún otro gas, en fin?

—Eso es fácil de averiguar—replicó Cavor.

Y tomando un pedazo de papel, lo arrolló formando antorcha, lo encendió con fósforo por uno de sus extremos y lo arrojó al exterior, haciendo funcionar la válvula neumática de la abertura. Al mismo tiempo yo me aproximé a la ventana para seguir con la vista, a través de la capa de vidrio, aquella llama cuyo testimonio tenía para nosotros tantísima importancia. Ví el papel retorcido revolotear algún tiempo en el espacio y después ir a posarse ligeramente sobre la nieve. La llama, que era rojiza dentro de la esfera había desaparecido, y, por un momento, toda combustión pareció extinguirse. Pero no tardé en columbrar en el borde del papel una llamita azulada, que oscilaba, crecía y se extendía. Lentamente todo el papel, salvo la porción que estaba en inmediato contacto con la nieve, se carbonizó y se deshizo, dejando escapar a lo último un hilo de humo. No había, pues, ninguna duda; en la Luna había atmósfera, fuera de oxígeno puro, fuera de aire como el terrestre y capaz, por tanto, a menos que su tenuidad fuese excesiva, de subvenir a nuestra vida. Podíamos salir de la esfera y vivir.

Me senté al lado de la válvula y me dispuse a abrirla; pero Cavor me detuvo.

—Tenemos que tomar, antes de todo, una importante precaución—me dijo.

Explicóme entonces que, aun cuando ya tenía la certeza de que existía una atmósfera oxigenada, podía ser ésta tan enrarecida que nos causase gravísimas perturbaciones orgánicas. Me habló entonces del mareo de las montañas, de las hemorragias que afligen a los aeronautas que ascienden rápidamente, y empleó algún tiempo en preparar una bebida que a la fuerza me hizo tomar y que tomó él mismo. Esta bebida me produjo un ligerísimo aturdimiento, pero nada más. No noté ningún otro defecto desagradable. Sólo entonces me permitió Cavor desatornillar la plancha que cerraba la entrada. Bien pronto el obturador de vidrio de la válvula estuvo lo suficientemente flojo para que el aire que llenaba nuestra esfera, que era mucho más denso que el del exterior, comenzase a escapar hacia fuera, produciendo un resoplido semejante al del vapor saliendo de los tubos de una locomotora.

Al notarlo Cavor me detuvo. Era evidente que la presión exterior era muchísimo menor que la interior, y no teníamos medio de determinar en qué proporciones. Permanecí entonces sentado con el contensor de la válvula entre mis manos, dispuesto a volver a sujetarlo si, a despecho de nuestro deseo vivísimo, la atmósfera lunar era, después de todo, demasiado sutil para nosotros e incompatible con nuestra vida; mientras tanto, Cavor tenía un cilindro de oxígeno comprimido al alcance de la mano para restablecer la presión en el interior de nuestro recinto, si era necesario.

Estuvimos por bastante tiempo contemplándonos en silencio, y después nuestras miradas, se dirigieron, a través de la ventana, sobre la fantástica vegetación que se desarrollaba, visiblemente y en silencio, a nuestro alrededor. Entretanto, continuaba sin cesar el silbido agudo producido por aire que se escapaba desde nuestra esfera al exterior.

De este modo la presión, aunque muy poco a poco, continuaba disminuyendo y sentí que mis arterias latían con más fuerza hacia la región de las sienes y hasta en mis oídos. El ruido de los movimientos que hacía Cavor era cada vez menos perceptible, y sentí que todo se presentaba más silencioso y más tranquilo a medida que el aire se iba haciendo menos denso. Conforme nuestra atmósfera se escapaba silbando, su humedad se condensaba, formando tenues nubecillas de vapor. De pronto mi respiración se hizo extraordinariamente corta; una sensación desagradable en los oídos, en las puntas de los dedos y en las fauces me inquietó durante un instante, pero desapareció en seguida. Después experimenté vértigos y náuseas, que cambiaron por completo mi estado de ánimo, rebajando considerablemente el ardimiento y entusiasmo que momentos antes sentía. Me apresuré a sujetar el contensor, dando al mismo tiempo a Cavor algunas explicaciones sin sentido de lo que me pasaba. Entonces mi compañero fué el que se mostró más sereno y más confiado.

Me respondió con una voz que parecía extraordinariamente débil y remota, a causa de la tenuidad del aire que conducía el sonido. Aproximándose a mí me recomendó entonces unas gotas de **cognac**, y me dió el ejemplo. Entonces me sentí mucho mejor. Me puse de nuevo a destornillar el contensor, y noté que el silbido del aire ya no se producía, pero que los latidos de mis arterias aumentaban. Yo no sé si era que ya no salía más aire de nuestra esfera exterior por haberse igualado las presiones o que nosotros no percibíamos los sonidos.

—¿Qué hacemos?—dijo Cavor con una voz apenas perceptible.

—¿Que qué hacemos?—le respondí.

—Quiero decir si se decide usted a que abramos por completo la compuerta.

Reflexioné un momento.

—¿Podremos soportarlo?—pregunté.

—Yo creo—dijo Cavor—que ya están igualadas las presiones.

Entonces, a modo de respuesta, concluí de desatornillar la plancha circular que cerraba la abertura, y, separándola, la coloqué con precaución sobre el fardo que constituía nuestro equipaje.

Algunos copos de nieve cayeron entonces revoloteando en el interior del recinto y se fundieron al contacto de la atmósfera tibia que nos rodeaba. Me arrodillé al borde de la abertura y miré hacia afuera. Abajo, como a un metro de distancia, veía extendiéndose sobre el piso la nieve de la luna, que jamás había sido hollada por pies humanos.

Hubo una breve pausa y nuestros ojos volvieron a encontrarse.

—¿No siente usted dolor en los pulmones?—me preguntó Cavor.

—No—le contesté;—la sensación es soportable.

Mi compañero entonces extendió el brazo y cogió su manta. Pasó la cabeza por el agujero hecho en medio de ella y se arrebujó lo mejor que pudo; después se sentó al borde de la abertura con las piernas hacia fuera, y fué extendiéndose poco a poco hasta que sus pies estaban a seis pulgadas de la nieve. Vaciló un momento, y después se lanzó saltando en pie sobre el suelo virgen de la luna. .. ..

Dió entonces algunos pasos hacia adelante, y le ví grotescamente reflejado por el borde del vidrio. Permaneció un instante parado, mirando a derecha e izquierda, y después hizo un esfuerzo y saltó.

El vidrio curvo lo desnaturaliza todo; pero me pareció, a pesar de esto, que el salto dado por Cavor había sido extraordinario. De un solo brinco había salvado una distancia de más de diez metros. Le ví en la cima de una masa de rocas y gesticulando hacia mí. Acaso me gritaba, pero yo no percibía el eco de su voz. Me encontré desconcertado, como el que asiste a un espectáculo de prestidigitación o ilusionismo.

En un estado de ánimo de los más extraños, y completamente desconcertado, me deslicé también fuera de la abertura, y me encontré, sin saber cómo, ante un pequeño arroyuelo producido por la nieve al derretirse. Dí un paso atrás, y salté. Me ví entonces lanzado a través del espacio, y me pareció que la roca sobre la cual Cavor se hallaba, venía a mí encuentro. Caí a gatas, presa de una estupefacción indefinible. No pude contener la risa, pero al mismo tiempo me sentí en un estado de lamentable confusión.

Cavor se inclinó hacia mí, y me gritó haciendo extraordinarios esfuerzos; sin embargo, a duras penas pude percibir su voz. Me dijo que habíamos olvidado que sobre la luna, cuya masa es ocho veces menos que la terrestre, y cuyo diámetro es también cuatro veces menor, nuestro peso viene a ser la sexta parte del que teníamos sobre la Tierra; por lo tanto, un mismo esfuerzo muscular tiene que producir resultados seis veces más intensos. Puedo asegurar que esta circunstancia la conozco ya tan perfectamente, que no se me olvidará jamás.

Nos entregamos los dos a ese grato ejercicio...

—Estamos ahora libres de los lazos que nos sujetan en nuestra madre Tierra—me dijo Cavor.

Con un esfuerzo, ya mucho más prudente y mejor medido, me levanté sobre la cima donde ambos nos encontrábamos y moviéndome con tanta precaución como un reumático, me puse a su lado en pleno sol. Nuestra esfera se hallaba entonces como a treinta pies de distancia, sobre una gran masa de nieve que iba disminuyendo poco a poco. En toda la distancia que la vista podía distinguir sobre la enorme confusión de rocas que formaban el suelo del cráter,

las mismas vegetaciones erizadas de puas que nos rodeaba, se despertaban a la vida diversificadas aquí y allá, formando, ya haces de plantas semejantes a los cactus, ya líquenes de color de escarlata, creciendo tan rápidamente que parecían escalar las rocas. La superficie del cráter presentaba por todas partes el mismo aspecto, la misma vegetación y la misma silenciosa soledad hasta el pie de los grandes acantilados que por todas partes cerraban la planicie. Estos acantilados o muros, que limitaban a gran distancia el cráter del volcán, estaban aparentemente desprovistos de vegetación, salvo en su base y en algunos terraplenes o plataformas, que por entonces no atrajeron mucho nuestra atención.

Esos muros se hallaban distantes muchas millas de nosotros en todas direcciones; es decir, nos hallábamos casi en el centro del cráter y no percibíamos sus muros de roca sino a través de cierta neblina que se disipaba con el viento. Porque también había viento en aquella atmósfera enrarecida, un viento rápido y sin embargo, débil, que nos helaba sin que sintiéramos su presión. Soplaba todo alrededor del cráter, dirigiéndose al parecer hacia el lado caliente y partiendo de las obscuridades sombrías existentes tras los acantilados del Oriente. Nos era difícil desde el sitio iluminado fijar nuestras miradas en aquella parte obscura; teníamos que entornar los ojos y hacernos sombra con la mano a causa de la excesiva intensidad de los rayos solares.

—Todo esto parece desierto—me dijo Cavor,—absolutamente desierto.

Miré a mi alrededor. Hasta entonces había conservado una invencible esperanza de encontrar algún rastro humano, algún resto de construcciones de casas, de máquinas, de algo, en fin, que fuese indicio de una actividad inteligente; pero por todas partes la vista se extendía tan sólo sobre una confusión de rocas y crestas, sobre la vegetación repentina que en pocos instantes había nacido a nuestra presencia, sobre los cactos que se dilataban y se inflaban, negación positiva, al parecer, de toda esperanza de seres vivos e inteligentes.

—Me parece que estas plantas son aquí las únicas dueñas de este mundo—exclamé. —No se ve rastro alguno de ninguna otra criatura.

—Efectivamente; no hay insectos, no hay pájaros, ni el más ligero indicio, partícula o fragmento de vida animal—contestó Cavor.

Naturalmente—observé yo, — si hubiera animales, ¿qué sería de ellos durante la larga y helada noche lunar?

—No; no debe haber aquí más que plantas; únicamente plantas.

Volví a colocarme la mano sobre los ojos, a modo de visera, y a mirar por todas partes. El paisaje parecía un sueño. Ni las fantásticas descripciones de la vegetación en el fondo del mar podrían dar idea del panorama lunar.

—Mire usted. allá abajo, ¡qué cosa más extraordinaria! ¡Parece un lagarto transformado en planta! ¡Y luego... este resplandor que produce estos matices tan intensos y estos contrastes tan marcados de luz y sombra!

—Pues no estamos más que al principio de la mañana—dijo Cavor suspirando y mirando también a su alrededor.

Al cabo de algunos momentos continuó:

—Este no es mundo para los hombres, y sin embargo, en cierto sentido, tiene sus encantos.

Otra vez volvimos a nuestra muda contemplación.

Noté que Cavor meditaba o discurría, porque instintivamente, y sin darse cuenta de ello, volvió a sus famosos resoplidos; pero en la luna no producían el ruído que tanto me había llamado la atención en Lympne.

Yo también me distraje contemplando la escena; pero me sacó de mi distracción una sensación muy desagradable, que me hizo dar una sacudida. Era que un liquen de hojas delgadas y lívidas comenzaba (desarrollándose con la extraordinaria rapidez de todos los vegetales lunares) a recubrirme los pies y extenderse por mis piernas. Sacudí vivamente mis extremidades, y la planta se desprendió y cayó al suelo hecha mil pedazos, cada uno de los cuales comenzó a crecer y a propagarse a su vez.

Al mismo tiempo oí a Cavor lanzar una ligera exclamación, y ví que uno de los aguijones de los vegetales próximos se le había clavado. Le ví vacilar, y que su mirada buscaba alguna cosa entre las rocas del contorno.

Un repentino reflejo rojizo avanzaba por la base de un peñasco. Era una banda purpúrea de un brillo extraordinario.

—¡Mire usted, Cavor! ¡Mire usted!—le dije.

Pero cuando me volví para escuchar su opinión, me encontré con que Cavor había desaparecido.

Por un instante quedé estupefacto. Después quise dar un paso para ver más de

Casas de Administración de la Viña Benitez.

VIÑA BENITEZ

Soc. Manuel J. Benitez y Cía.

PINOT RESERVADO

Es y será siempre el preferido

33 - RIQUELME - 33

TELEFONO Núm, 646

LOS DOS METODOS

ANTAÑO.—Para preservarse de resfriados, toses y bronquitis, se usaban capas, bufandas, chales, cobertores, paraguas, etc.

HOGAÑO.—Con tomar ALQUITRAN GUYOT es suficiente.

El uso del Alquitrán Guyot, a todas las comidas y a la dosis de una cucharada cafetera por cada vaso de agua, basta, en efecto, para hacer desaparecer en poco tiempo aún la tos más rebelde, y para curar el catarro más tenaz y la bronquitis más inveterada. Es más; a veces se consigue dominar y curar la tisis ya declarada, pues el Alquitrán detiene la descomposición de los tubérculos del pulmón al matar a los malos microbios, causa de dicha descomposición.

Desconfiad del consejo, realmente interesado, si, en lugar del verdadero Alquitrán Guyot, os propusieran tal o cual producto! Para lograr la curación de bronquitis, catarros, resfriados antiguos descuidados, y, necesariamente, el asma y la tisis, es absolutamente preciso especificar bien en las farmacias que lo que deseáis es el **verdadero Alquitrán Guyot.** Aunque lo mejor para evitar todo error es fijarse en la etiqueta que, si es del verdadero Alquitrán Guyot, lleva el nombre impreso en grandes letras y **su firma en tres colores: violeta, verde y rojo**, al biés, así como las señas: **Maison L. FRERE, 19, rue Jacob, París.**

El tratamiento sólo cuesta **unos 10 céntimos al día—y cura.**

Advertencia.—Como hay personas para quienes el sabor del agua de brea no es agradable, podrán reemplazarla con las Cápsulas Guyot de Alquitrán de Noruega **(de pino marítimo puro)** y tomar dos o tres cápsulas a cada comida; las cuales producen idénticos efectos saludables y una curación igualmente cierta. **Las verdaderas Cápsulas Guyot son blancas, y la firma de Guyot va impresa en negro sobre cada cápsula.**

ALIMENTO MEYER

Flli. Castagneto

SANTIAGO

De'icias esquina San Martín

ayo
918

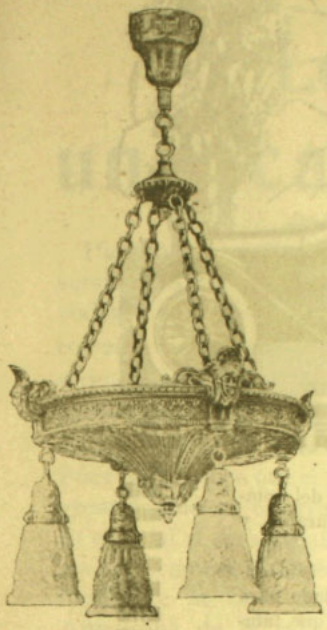
PACIFICO
MAGAZINE

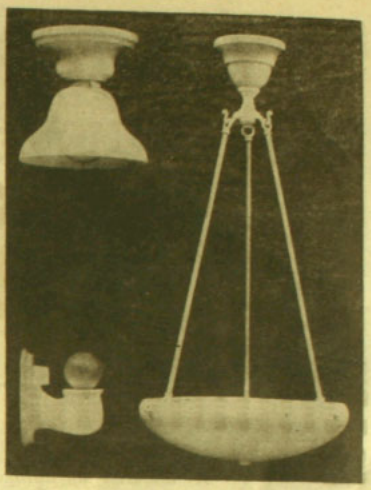
PRECIO
UN PES

Una REVOLUCION en el arte de la Perfumería higiénica

CREMA IRIS

NO ES GRASIENTA Y PUEDE USARSE
:: :: :: CON UN POCO DE AGUA :: :: ::
REGENERA EL CUTIS, DEJANDOLO
:: :: FRESCO, SUAVE Y HERMOSO :: ::





8937

Estamos aumentando constantemente nuestro surtido de:

Arañas Eléctricas

con estilos escogidos para cualquier clase de decoración y para satisfacer el gusto más exigente.

Agradeceremos su visita para tener la oportunidad de mostrarle nuestra existencia.

MORRISON Y CIA.

VALPARAISO SANTIAGO

Agentes de las Ampolletas PHILIPS

Al adquirir un automóvil, la idea del comprador es elegir uno resistente, durable y que le dé servicio satisfactorio.

En el "CHEVROLET" usted no sólo encontrará que se ha tomado gran cuidado para asegurar su duración mecánica, sino que también se ha dado igual atención a la construcción de la carrocería, tapicería y pintura.

Precios puesto Valparaíso:

MODELO "490" DE TURISMO. .	£ 285
MODELO "490" CONVERTIBLE. .	£ 300
MODELO F. A. 5 DE TURISMO. .	£ 420
MODELO F. A. A. 2 ROADSTER. .	£ 420
MODELO "490" CHASSIS.	£ 220

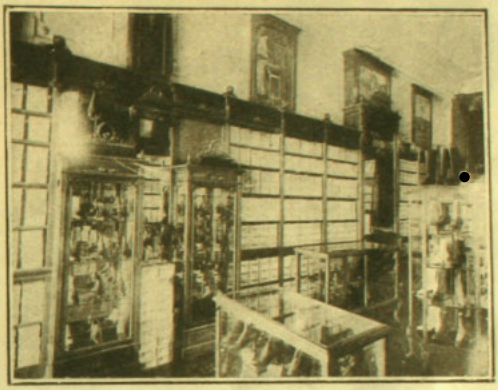
Unicos Importadores

WILLIAMSON, BALFOUR & Co.

CHEVROLET

Lo que hace una casa progresista

Hace algunos días conversábamos con un conocido viajero inglés, después de recorrer en su compañía todo el centro de la ciudad, y ¿qué puede creerse que fué lo que más le llamó la atención? Pues nada menos que el progreso de nuestro comercio y en especial el de algunas casas importantes. La presentación de la Casa Norte-Americana de la calle del Estado, (Núm. 246), fué para él una revelación interesante:



Sección Calzado para Caballeros.

Sección Calzado para Señoras.

"En Nueva York tal vez no se podría pedir una casa mejor presentada—nos decía—Aquí, en realidad, no hay lujo banal, sino sencillo *confort* bien tenido, buen gusto."

Luego, sin proferir palabra, observó sus vitrinas, la disposición del calzado, la atención del servicio de sus empleados; tomó algunas notas en su carnet y se alejó satisfecho.

Y nosotros pensábamos, no sin cierto orgullo, en las palabras significativas de ese viajero, que envuelven un alto y justiciero elogio.

CASA NORTE-AMERICANA, 246-Estado-246

Gran Coñac Liqueur "Bandera Chilena"

Especial para familias y toda persona de buen gusto.

Su sabor es exquisito y puede compararse con las mejores marcas importadas.

Tratándose de un coñac liqueur, su precio es muy moderado, y siendo sus fabricantes la firma de Corina Lopehandia y Cía., los dignos fabricantes del conocido coñac marca "Bandera Chilena", la calidad de esta especialidad, su bondad y buen gusto no necesitan más comentarios.

En venta en todos los almacenes de primera clase y por mayor calle Río Janeiro 397, Casilla 265. Santiago.

La estatua más discutida en los últimos tiempos

Muy serias polémicas se han suscitado entre los periódicos de los Estados Unidos con motivo de una estatua que representa al gran libertador Abraham Lincoln.

Se trata, en efecto, de una estatua de bronce, de proporciones casi heroicas, mucho más grande que el tamaño natural, estatua que fué mandada hacer por el señor Charles P. Taft, hermano del ex-presidente norte-americano del mismo apellido, al artista George Barnard y obsequiada a la ciudad de Cincinnati, en Ohío.

Posteriormente, un comité norte-americano ordenó que fueran sacadas dos reproducciones de la obra original de Barnard para ser obsequiadas a las ciudades de Londres y París, en conmemoración del primer siglo que ha transcurrido de perfecta paz entre Inglaterra y los Estados Unidos, y en señal de estrecha amistad entre las tres grandes potencias aliadas. Los Gobiernos de Inglaterra y Francia no tuvieron inconveniente en aceptar el obsequio que de manera tan espontánea les ofrecía un comité norte-americano y se proponían honrar la memoria del gran libertador de América colocando la estatua en sitio distinguido.

Con tal motivo se ha levantado una serie de protestas y críticas en contra de la obra del artista Barnard, pues los críticos de arte aseguran, parece que con razón, que el artista no supo interpretar ni dar forma por medio del cincel a la figura del "Libertador".

El primero en suscitar la discusión fué el señor F. W. Ruckstuhl, el gran escultor que edita un periódico especialista de arte, denominado "Art World", quien publicó una carta que le enviaba Robert Lincoln, el hijo del Libertador. En esa carta decía el señor Lincoln, que es Presidente de la "Pullman Parlor Car Company":

"La estatua que pretende representar a mi padre no es sino una figura monstruosa y caricaturesca, y nunca reconoceré en ella el retrato de mi padre, pues es una figura difamatoria y ridícula".

Esta opinión ha sido sostenida por varios periódicos caracterizados de la prensa americana, entre los que se cuenta el "Times", de Nueva York, quien, en un editorial, decía lo siguiente:

"Los rasgos físicos que presentan defectos no deben ponerse en una estatua con la que se pretende personificar para siempre el triunfo de los principios democráticos. Mr. Barnard he hecho resaltar en su obra ciertos defectos físicos y hasta los ha exagerado, probablemente por buscar cierto efecto artístico incomprensible. Por consiguiente, esa estatua no es la que debe colocarse en un lugar público para representar a las generaciones futuras al gran Libertador".

Por otra parte, el editor del periódico "Touchstone" publicó en el mes de octubre una serie de opiniones de varios artistas y críticos de arte de reconocido mérito, opiniones que se colocan del lado del autor de la estatua, cuyo mérito artístico se discutía. Entre otras, podemos citar la opinión autorizada del gran escultor Frederick Mac-Monnies, quien se expresa en los términos siguientes:

"Para mí esa estatua está llena de un sentimiento de nobleza. El autor hace comprender que en ella puso los profundos conocimientos que tenía del gran Lincoln. Creo sinceramente que a través de este monumento, el gran Lincoln se ha inmortalizado para los Estados Unidos y para siempre... Los rasgos fisonómicos expresados por el artista revelan el temperamento y la energía de un gran hombre de acción como era Lincoln. Los vestidos con que el artista cubrió la figura, por más que parezcan poco airosos, son los vestidos de la época en que vivió el gran Libertador, y para las personas serias nada tienen de ridículos".

Del mismo parecer son otros muchos escultores y pintores norte-americanos e ingleses que conocen la obra de Barnard, y no encuentran la razón del descontento que expresa el Presidente de la "Pullman Parlor Car Company". Y para mayor confirmación de las opiniones que son favorables a la obra del artista Barnard, tenemos la opinión del ex-Presidente Teodoro Roosevelt, quien, sin ser un artista, conoce perfectamente al Libertador a través de su obra, pues ha consagrado una particular atención al estudio de los escritos del gran estadista norte-americano, y dice a este respecto:

"Yo, que conozco a Lincoln, puedo decir que en la obra de Mr. Barnard vive la persona del Libertador, el gran demócrata. Es

¿Quiere Ud. poseer, por módico precio, una prenda estimable con todas las buenas condiciones de elegancia y duración?

Cómprese uno de nuestros

Sombreros

HONGOS INGLESES

DE LOS CUALES CONTAMOS CON EL MAS COMPLETO SURTIDO EN CLASE Y MODELOS, RECOMENDANDO, ENTRE OTROS, LOS SIGUIENTES:

HONGO de fieltro castor, de color negro inalterable, varios modelos de gran moda, a $ 19.50 y . . . . . $ 15.50

HONGO de fieltro castor de color negro inalterable, liviano, impermeable; cuatro modelos exclusivos $ 26.50, 24.50 y. . . . . $ 21.50

EN SOMBREROS calañeses ofrecemos un artículo inglés en negro y en colores de moda a . . . . . $ 19.50

EN la marca "BORSALINO, varios modelos y colores, a $ 29.50 y . . . . . $ 24.50

Gath & Chaves L.

ta estatua es única, no conozco otra que esté tan llena de vida. Es la verdadera representación de la personalidad del gran Lincoln a las generaciones presentes. Felicito por ello a George Grey Barnard con todo mi corazón porque nos ha dado al verdadero Lincoln, al Lincoln a quien conocemos y amamos".

El "New York Times" pretende que sería una lástima colocar esta estatua de Lincoln al lado de la estatua de Cromwell que está en el Parlamento británico de Londres, porque cree que la estatua de Cromwell "fué cincelada por el escultor teniendo presentes los rasgos fisonómicos de la persona, a través de su aspecto histórico", y "es la persona de Cromwell purificada por la historia". Pero la virtud que tiene la obra de Mr. Barnard consiste precisamente en que no representa a Lincoln en su aspecto purificado por la historia: es una estatua viva de Lincoln, no una estatua histórica.

La prensa francesa se ocupa también en hacer comentarios acerca de la actitud asumida por algunos escultores norte-americanos hostilizando la obra de Barnard, y el "Journal des Débats", después de reproducir lo que dicen varios periódicos norte-americanos, agrega:

"Cualquiera que sea el partido que tome el comité americano, en París, lo mismo que en Londres, será acogida con gran interés la estatua de Lincoln con que se nos obsequie. Sin poder emitir un juicio personal sobre la obra artística de Mr. Barnard, porque no la conocemos sino en fotografía, nos sentimos muy inclinados a defender al autor contra sus detractores, pues ha representado a Lincoln con las manos cruzadas sobre el vientre, en una actitud familiar y sin ninguna "pose". La figura fuertemente caracterizada parece modelada con singular potencia, y en ella se ve el acento individual de la manera más sencilla y más asombrosa al mismo tiempo. Ninguna de las estatuas que hemos visto en Estados Unidos, ni aquella muy distinguida que se levanta en Chicago, al borde del lago, en la que Augustus Saint-Gaudens representa al gran presidente de pie, frente a su mesa de trabajo, con la cabeza inclinada sobre el pecho, una mano caída y la otra sobre la espalda, nos parece dejar en nuestro ánimo una impresión más viva y más fuerte del personaje".

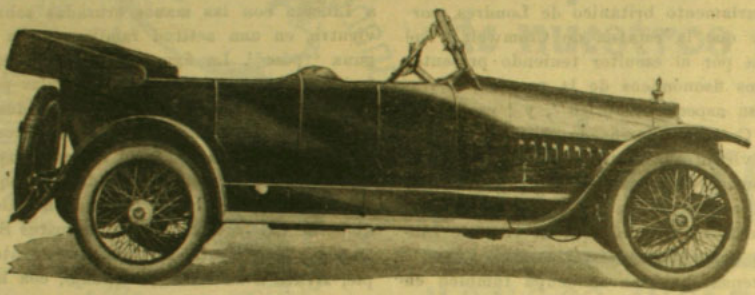
J. R. DAPENA
Santiago

Puente 754
Casilla 3792

Como acontece con todos los grandes inventos, los colchoneros no salen de su asombro al contemplar la aparición del HIGIENICO COLCHON OLYMPIA.

OWEN MAGNETIC

EL AUTOMOVIL DE LAS MIL VELOCIDADES



Owen Magnetic.—El automóvil para los aristócratas

El Owen Magnetic aunque posee rasgos parecidos a otros carros de gran lujo, tiene características que lo diferencian de todos los demás automóviles conocidos. Características que ponen muy en alto su valía.

En el Owen Magnetic se han eliminado los más molestos y perjudiciales mecanismos. NO TIENE CAJA DE CAMBIOS NI EMBRAGUE y por consiguiente tampoco los rechinantes engranajes, ni las enmarañadas palancas y pedales.

El Owen Magnetic—que es sinónimo de perfección—posee un sistema de trasmisión eléctrica que desempeña las funciones del cambio de velocidades y del embrague y puede actuar como partidor automático, como freno eléctrico y como cargador de baterías. Todas estas funciones se efectúan por pequeños movimientos de una palanca de control en el manubrio de dirección.

Es el automóvil de más fácil y más agradable manejo.

En el Owen Magnetic, el motor a gasolina mueve las ruedas traseras por medio de la energía magnética por intermedio de un poderoso dinamo colocado al extremo del árbol propulsor el cual no tiene conexión con el motor. La corriente eléctrica que genera un dinamo conectado al motor atraviesa una capa de aire del campo magnético.

Este sistema de transmisión en vez de complicar el mecanismo, lo simplifica; en vez de aumentar unidades en la máquina, las disminuye. Posee notables ventajas sobre la transmisión mecánica.

Este sistema de transmisión es seguro, habiendo probado su bondad durante cuatro años en los Estados Unidos donde ya otras marcas que gozan del mayor prestigio lo han adoptado.

Por hoy sólo los aristócratas podrán gozar de las comodidades que brinda el sistema de transmisión eléctrica—que está llamada a generalizarse para el futuro—y que hoy sólo lo poseen los automóviles de más alta categoría.

Los Owen Magnetic se fabrican de distintos tipos de carrocerías con materiales de la más alta calidad y del más perfecto acabado. Sus hermosas líneas, el lujo y el confort lo distinguen entre todos los automóviles.

Cordialmente invitamos a Ud. a una inspección de esta Maravilla Mecánica que se exhibe en nuestras Salas de Exposición.

CIA. SUECO-CHILENA: HOLMGREN HNOS. Y CIA.—ESTADO No. 30, SANTIAGO.—VALPARAISO: CONDELL No. 8.—IMPORTADORES

El último discurso de D'Annunzio

LOS MUERTOS EN EL MAR

Por

Gabriel D'Annunzio

Esta página de Gabriel D'Annunzio, en que se alude al heroico fin del sumergible "Jalea", figurará en un libro próximo a publicarse. El poeta la escribió al volver de una visita a la tumba de su compañero Giuseppe Miraglia.

Tomando pretexto de dicha visita, recuerda un vuelo que hizo con Miraglia en aeroplano, para descubrir el punto donde el "Jalea" había sido destruído, y al evocar las sensaciones de aquel vuelo, narra el trágico fin del sumergible, hundido al tropezar con un campo minado.

¿Quién trajo a esa tumba las flores que la adornan? Son iguales a violetas del arenal perpetuas como siemprevivas. Son iguales a las que una tarde de agosto cortamos a orillas de la laguna de Grado para esparcirlas sobre el espejo de agua que ocultaba los restos del "Jalea". Me vuelvo, y veo al marinero que me siguió conduciendo tres ramos de rosas, de hortensias y de claveles. Bajo un ciprés me espera erguido, rígido, en silencio.

Cierro los párpados y siento o creo sentir que mi compañero, el que allí descansa ahora, está aún detrás de mí, sentado ante las palancas de gobierno, como en el momento de aquella inolvidable partida. Siento las oscilaciones del velívolo. Tengo ante mí, sobre una especie de enrejado, cuatro bombas atadas por las hélices con un alambre y el ramo de flores que un alma piadosa nos entregó para arrojar sobre el sepulcro marino.

Remontamos el vuelo. Es fresco el viento pero el aparato no pierde su estabilidad. Un balanceo ligero, de cuando en cuando; mas, al instante vuelve la sensación de inmovilidad, de suspensión en el aire. El corazón se dilata. Nuestras almas parecen florecer en una sonrisa espontánea.

En el azul inmenso flotan esparcidas unas tenues nubecillas.

El mar escrespado señala en sus blancas babas, visibles apenas, la sutil ribera.

Un rayo atraviesa por entre las dos alas y hace relucir el tubo de latón del motor.

De la estela de un torpedero, que navega allá abajo, vemos cómo divergen los dos hilos de espuma de sus hélices semejantes a las dos palmas en manos de la Victoria.

Desde aquí todo es suave; todo aparece envuelto en blanduras femeninas. A esta distancia, la ciudad y el puente son como la flor y el tallo.

La gola de Venecia es como el cuello de la paloma ligera cuando se arquea y se hincha levemente, disponiéndose a sumergir en el agua su pico.

Las colinas circundantes surgen allá abajo, como túmulos de históricos amantes.

Los blancos muelles del puerto son cintones que contornean la blanca y rubia tierra, que como una bella mujer, tiene secretas delicadezas, sólo visibles desde las alturas.

En la bahía las porciones de tierra que la recorren, parecen hechas para ser ofrecidas, y como se parte el pan, se parten ellas también en apetitosas rebanadas.

El fango mismo se asemeja a una materia preciosísima: creyérasele opulento como las ricas arenas del Pactolo.

Las orillas distiéndense como si quisieran desperezarse al despertar de un sueño: son sus entrantes y salientes muecas, actitudes, gestos.

Rutilan las aguas de la laguna. Estrellada parece, como un cielo que mirásemos a través de los nervios de una hoja mustia.

Ropa blanca fina cosida a mano

CORTE PERFECTO Y ELEGANTE - AJUARES PARA NOVIA - ROPA FINA, ESTILO: ITALIANO, FRANCES Y BELGA - MANTELERIA DE LUJO, ESTILO VENECIA - RETICELLA, (Malla) Y CANSU - AJUARES SOBRE MEDIDA O PARA ENTREGA INMEDIATA :: :: ::

FLLI. CASTAGNETO

Alameda esquina San Martín, SANTIAGO

Y el mar pretende imitarle. En él relucen las corrientes, cuyos hileros se nos muestran tortuosos pero inmóviles, como los inmóviles y tortuosos canales de la laguna.

Pero en la palidez poética de tu laguna, ¡oh, Venecia! son los canales tortuosos, verdes como la malaquita, verdes como las ramas jovenes, verdes como ciertos ojos de divina mujer.

Una por una se desgranan en la costa las pequeñas ciudades marineras. Parecen estar allí para que juntas las recojamos y contemplemos su belleza reuniéndolas en la palma de la mano.

Allí está Caorle, engarzada en un relieve que tiene la forma de una aguda tiara...

El mar está desierto. Sus espumosas olas tienen una infinita dulzura; gesticulan inquietas; parecen sonreír.

Las alas inferiores del biplano iban mitad a la sombra. La parte va aumentando poco a poco. Queda en el sol únicamente una franja sutil: la costura.

Mi espíritu está claro y lúcido como el aire. Subimos, subimos. Hacer que una cosa baja y corrompida sea alta, grande y pura, es crear lo sublime.

Sublime. Estamos ya a dos mil metros. Vamos solos, mi compañero y yo. Lo que yo he visto, él lo vió; lo que yo sentí, él lo ha sentido.

Me vuelvo. Lo miro. Su aspecto es el de un ídolo oriental, encogido e inmóvil. Bajo el gorro de lana brilla su mirada broncínea. Sobre su nariz pesa el armazón de las gafas de color violáceo. Sobre la boca, grande y masculina, se recorta netamente su bigote, que apenas llega a las comisuras. Sus ojos son felinos, entre verdes y pardos; infantiles en su mirar cuando me sonríen.

Me pide el lápiz y escribe: "¿quiere apretarme la goma de las gafas, que van flojas?"

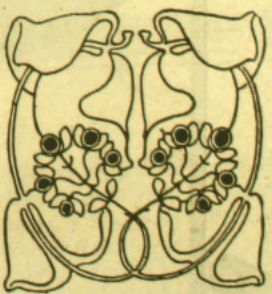
Me levanto de mi asiento. Haciendo prodigios de agilidad para no entorpecer sus tareas en el gobierno del avión, me acerco y le obedezco. El velívolo, en tanto, se balancea a impulsos de fresco viento. Me quito los guantes. Consigo hacerle un nudo. Veo a través de los lentes, que me da las gracias con una sonrisa. Pero de pronto noto que mis dedos se hielan. El frío aumenta. Continuamos subiendo. La vida es plena. La sangre parece llena de armonías.

Allí está Grado, nuestro Grado. La Grado italiana.

"O Grado bello, me no posso di el canto eterno de la tua bellezza".

Descendemos. La tierra, el mar y el cielo giran vertiginosamente. Arenales y rocas aparecen ahora sobre nuestras cabezas como las nubes. Las dentadas mandíbulas de la guerra muerden el Adriático. Hacia nosotros se precipitan los picachos como para atravesarnos el pecho.

Islas, promontorios, arenales y rocas en la solitaria orilla, a flor de agua, bajo el agua y sobre ella en el ciego esplendor, tienen un extraño aspecto infernal, diabólico...



Pidan Ronwith

Aperitivo digestivo y reconstituyente sin igual

Sin competencia en sus poderosos y rápidos efectos.

Señoras
Caballeros
Niños y
Ancianos

Por gusto y necesidad deben tomar

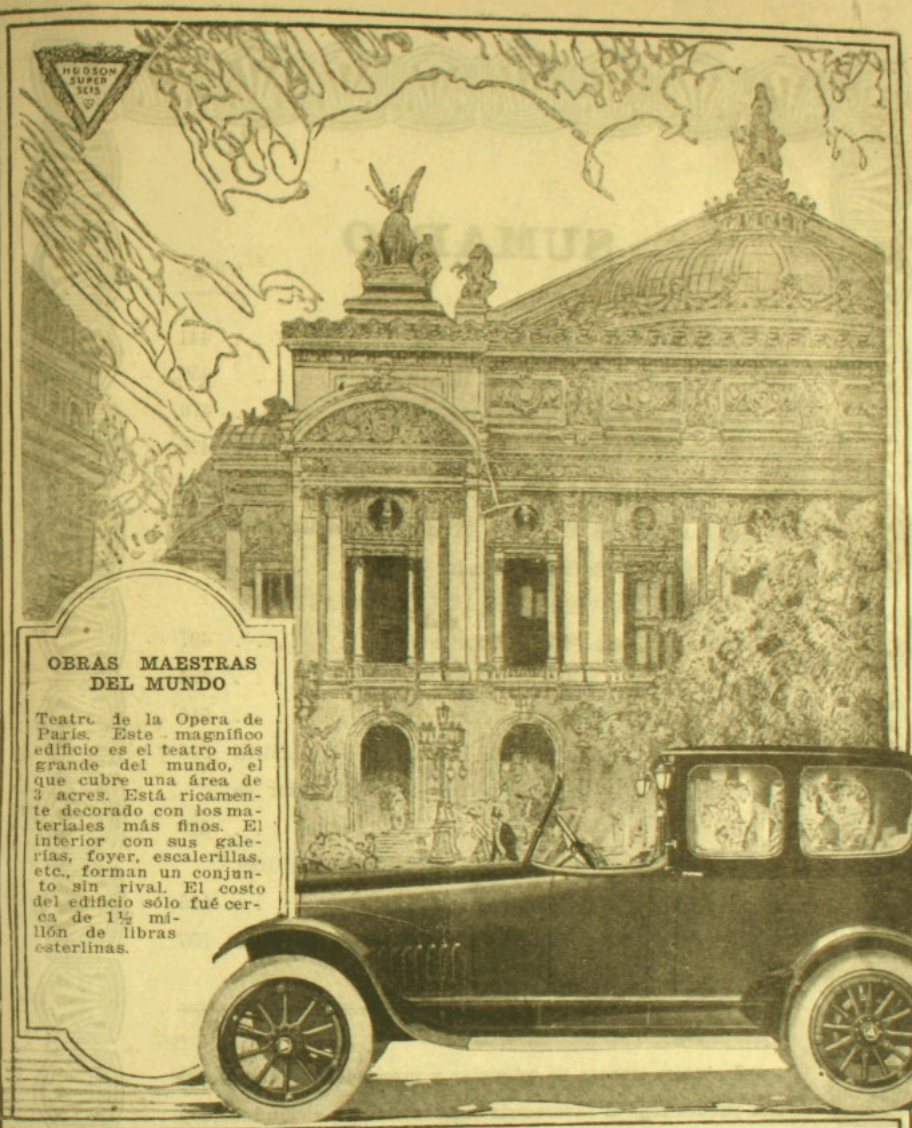
RONWITH

Se encuentra en todos los restaurants, clubs y cantinas de primer orden.

DEPOSITO:

WEIR y Co.

ESTADO ESQUINA PLAZA



OBRAS MAESTRAS DEL MUNDO

Teatro de la Opera de París. Este magnífico edificio es el teatro más grande del mundo, el que cubre una área de 3 acres. Está ricamente decorado con los materiales más finos. El interior con sus galerías, foyer, escalerillas, etc., forman un conjunto sin rival. El costo del edificio sólo fué cerca de 1½ millón de libras esterlinas.

CUANDO EL PRIMER HUDSON FUE CONSTRUIDO, TAN SOLO LOS MEJORES MATERIALES OBTENIBLES SE USARON. LA TRADICION DE "CALIDAD" FUE ENTONCES FUNDADA Y HA SEGUIDO ACTIVA HASTA EL DIA DE HOY. ES LA FIDELIDAD HACIA EL IDEAL LO QUE HA LLEVADO AL HUDSON A SU POSICION ACTUAL, JUNTO CON EL PERFECCIONAMIENTO DE SU MOTOR SUPER-SEIS.

HUDSON

SUMARIO

Págs.

EL ANDAMIO, **Miguel de Fuenzalida**. 441
DON JULIO ZEGERS, **Roberto Huneeus**. 459
LA SOCIEDAD DEL BRASIL, **Nicolás Novoa**. 470
FUERA DE LA LEY, **Emmett Dalton**. 475
LAS ACTITUDES DE BOLO. 482
FUERTE COMO LA MUERTE **Humberto Bórquez Solar** 483
LA PACHACHA, **Rafael Maluenda**. 489
EL PRIMER ANIVERSARIO DE LA CATASTROFE RUSA, **Guillermo Pérez Sarmiento**. 497
EL TACO ALTO Y LA SALUD FEMENINA. 504
VISION DE CHUQUICAMATA. 510
ESTADIO NACIONAL Y TEATRO AL AIRE LIBRE 515
LA JAZMINERA DE SAN ISIDRO, **por El Señor de Phocas**. 519
ESTADOS UNIDOS EN MANOS DE SUS ENEMIGOS, **J. Rathou**. 525
LOS PRIMEROS HOMBRES EN LA LUNA. **J. H. Wells** 537

—La mejor manera de estimular y propender al progreso de una publicación, es favorecerla incesantemente, comprándola y recomendándola a sus amigos y relaciones.

—El **PACIFICO MAGAZINE** irá en cada número perfeccionando la realización de su programa.

Dirigió por largo rato sus gemelos al palco...

PACIFICO MAGAZINE

+ Que ayer | Vol. XI.—Santiago de Chile, mayo de 1918.—Núm. 65 | — Que mañana

EL ANDAMIO

Por

Miguel de Fuenzalida

Ilustraciones de Pedro Subercaseaux

¡Qué excelente muchacho era Gabriel Martínez! Todo el mundo se apresuraba a reconocerlo con tanta mejor voluntad cuanto que el pobre chico no había alcanzado en la vida ninguno de esos éxitos que despiertan la envidia.

Desde el colegio se le auguró sin embargo un brillantte porvenir; era cosa convenida que ese niño reflexivo, estudioso, tímido y melancólico, iba a ser un hombre de provecho. Sus maestros no se cansaban de ponderar la inteligencia sólida y la hermosa alma de Gabriel; era el favorito de sus condiscípulos, y su figura distinguida e insinuantes modales iban a proporcionarle también, sin duda, fáciles éxitos en el porvenir.

Pero, como sucede con frecuencia, la vida no realizó tan lisonjeros vaticinios. Gabriel era encogido, excesivamente modesto, desconfiado de sí mismo, tal vez un poco taciturno. El mundo corre fácilmente tras de lo que brilla; pero el valor sólido y sin oropeles no le fascina, y en esta agria lucha de la sociedad moderna, no son los primeros en el colegio los vencedores. Un verbo fácil, alguna audacia, ciertas flexibilidades de carácter y aun de moral, la avidez implacable, la ambición que ante nada retrocede, la ciencia del disimulo y la del halago, alcanzan más victorias que la virtud, el talento y el saber.

Así fué como Gabriel, huérfano antes que su padre hubiese podido encaminarlo en las primeras luchas de la vida, se encontró bien pronto desorientado y casi vencido en esa áspera jornada en que tantos bregan sin temores ni remordimientos. Sus amigos de la primera infancia fueron uno tras otro distanciándole, primero ante el favor de las damas, en los estrados y paseos; después en las competencias harto más rudas de la fortuna y de la política. A medida que a su generación iba llegándole el tiempo, ellos se encontraban en camino de serlo todo, y él continuaba siendo nada o casi nada.

Abogado a los veinte años, la fortuna no le acompañó en el ejercicio de una profesión que requiere, como otra ninguna, las cualidades de que él carecía. Agregado al estudio de un célebre jurisconsulto, pudo lucir más de una vez, ante los estrados de la corte, su elocuencia nada vulgar, aunque un poco fría, la claridad de su privilegiado talento y sus vastos conocimientos jurídicos. No se hizo con ello sin embargo un lugar en el foro: en estos tiempos, los litigantes no buscan a los abogados, sino los abogados a los litigantes, y ya se comprenderá que para esto último no era Gabriel ni de los más aptos ni de los más avisados: hubo pues de vegetar tristemente por algunos años en la soledad monótona del abogado sin pleitos.

Un pariente compasivo y no mal calculador le sacó de allí para ocuparle en su próspero escritorio de comerciante en frutos del país. Don Diego Erazo, que así se llamaba aquel pariente, no tuvo sino motivos para felicitarse de la elección que hiciera. Gabriel vino a ser en poco tiempo el alma de su oficina.

—No me habría imaginado nunca, se

decía a sí mismo el avezado negociante, que hubiera tanto talento y tanto sentido práctico en ese mozo al parecer bueno para nada.

Pero bien se cuidaba don Diego de participar a nadie estas benévolas reflexiones. Ante su criterio de mercader, Gabriel era algo como un tesoro ignorado que le convenía explotar a él sólo. La idea de que pudiera independizarse algún día le causaba escalofríos: su mano derecha podía convertirse en un competidor formidable.

Difícil sería describir la hábil y tortuosa política de don Diego Erazo ante el bonachón de su pariente y empleado. Pagábale lo suficiente para que Gabriel pudiera llevar una vida conforme a su rango y se sintiera, en su candorosa modestia, deudor agradecido de su principal, y al mismo tiempo cuidaba de mantenerlo en su situación dependiente y obscura, cortando diestramente las alas en tiempo oportuno, como se hace con las aves a que se desea mantener en una cautividad más o menos disimulada.

—Es un buen oficinista, decía de Gabriel a sus amigos, nada más que un buen oficinista; no tiene iniciativa, ni golpe de vista rápido, no se le ocurre absolutamente cosa alguna; sin embargo estoy contento de él. Me presta excelentes servicios; es el tipo del empleado.

Las gentes, que no ignoraban los anteriores fracasos del pobre mozo, creían de buena fe el interesado juicio del cazurro y avaricioso mercader. Justo es agregar que el propio Gabriel no habría estado distante de reconocerse a sí mismo en el retrato que de él hacía su principal. Inmensa era su gratitud hacia don Diego. ¿No le había él sacado de una situación casi insostenible, vecina a la miseria?

—Bien me lo ha enseñado la experiencia, se decía; no sirvo para luchar en la vida por mi cuenta.

Un sueldo decoroso le permitía ahora alternar en la sociedad en que naciera, entre sus amigos y condiscípulos de otro tiempo, los cuales, en su mayoría, iban llegando poco a poco a las más altas situaciones del país.

Le recibieron con benevolencia y con esa simpatía un poco protectora, pero sincera, que los grandes experimentan casi siempre hacia los hombres de mérito en que no alcanzan a divisar rivales. En el Club de la Unión, Gabriel fué tan querido como antes en el colegio. Habíase sí desvanecido a su alrededor el prestigio de otro tiempo. No era ya la alta esperanza de entonces, sino un vencido o casi un vencido; un buen muchacho de quien nada se teme ni se espera. Los que hayan caminado un poco por el mundo no negarán que una situación así suele ser más envidiable que la de los que han triunfado y visto surgir pasiones en su torno.

La felicidad es casi siempre algo relativo: por eso, durante algunos años, Gabriel fué dichoso o creyó serlo. Incapaz de envidia, habiendo experimentado la adversidad y las privaciones, su corazón recto y sano se sentía ahora satisfecho con su tranquilo bienestar y la cariñosa acogida que le dispensara la hospitalaria y benévola sociedad de Santiago. No se le ocurría siquiera una reflexión amarga al recordar las brillantes expectativas que le rodearan en su niñez y el relativo fracaso de su vida, ni comprendió nunca tampoco cuánto había de insultante desdén en ciertas expresiones con que sus amigos manifestaban sus sentimientos hacia él.

—¡Pobre Gabriel! ¡Es tan buen muchacho!

Y el pobre Gabriel, oyéndolo, era casi feliz.

II

Aquel fué el buen tiempo, pero no duró mucho. Un día, para su desgracia, Gabriel hubo de ser enviado por su principal a concluir una importante negociación de trigos al fundo "Las Taguas" perteneciente a don Felipe Vásquez de Heredia, uno de los más grandes señores de la sociedad chilena, de cuna ilustre, muchas veces millonario, jefe de una importantísima casa de comercio, agricultor que poseía por centenares de cuadras las mejores tierras de Colchagua, árbitro del partido constitucional, candidato muchas veces presunto a la Presidencia de la República, etc., etc...

Era don Felipe un hombre excelente a quien, de ser estudiado más a fondo, se le habría encontrado un corazón de niño, optimista y benévolo, quizás en exceso candoroso. Sin embargo, el demonio lo había tentado por donde suele tentar con demasiada frecuencia a los magnates de nuestra política. Figurábase el buen señor un rival de Maquiavelo, un "macuco" a la alta escuela, capaz de engañar al mismo Talleyrand como a un chico de siete años, un espíritu exclusivamente calculador y cerebral, inaccesible a emociones vulgares y a sentimentales ideologías, un despiadado manejador de dinero y hombres, un rey del éxito.

Por supuesto, Dios, al crear a don Felipe, no tuvo la menor idea de hacer nada

Mientras se vestía para dirigirse al club...

semejante a aquel temible ideal que de sí mismo forjara el buen señor. Pero gran cosa es la costumbre, y a fuerza de voluntad y constancia, el opulento político, si no llegó a identificarse por dentro con el personaje imaginario, hábil, sin escrúpulos, tortuoso y maquiavélico que había tomado por modelo, a lo menos logró que el vulgo lo tuviera por tal, y que los mismos que lo conocían mejor y más a fondo, fingieran una convicción semejante, como el medio mejor de ganarse sus buenas gracias, y de adularle en lo más sensible de su inofensiva vanidad.

Gabriel debió pasar dos días y una noche en "Las Taguas". Don Felipe le agasajó con toda la afectuosa hospitalidad del caballero y del hombre de bien, que eso era sobre todas las cosas aquel formidable macuco.

Pero las breves horas transcurridas en la suntuosa residencia del opulento magnate iban a cambiar totalmente el rumbo a la tranquila existencia de Gabriel. El nuevo ideal de su vida se le apareció en la forma de una adorable niña de ojos verdes y de mirar profundo, que sonreía como saben hacerlo sólo las chilenas y los ángeles, y cuya voz suave, melodiosa y purísima, quedó resonando para siempre en los oídos del pobre muchacho.

El no se imaginó al principio que estaba enamorado. ¿Cómo había de estarlo? ¿Quién era para alzar los ojos hasta ella? Gozaba contemplándola y oyéndola, sin darse cuenta de que esa diosa era también una mujer.

Además, Carolina Vásquez era allá en las tranquilas soledades del campo algo más y algo menos de lo que aparecía, ro-

deada de los esplendores de su nombre y de su fortuna bajo los dorados artesones de Santiago. La reina de los estrados y de las fiestas bulliciosas se convertía en una niña dulce y sencilla, como acaso nunca dejaba de serlo, pero despojada ahora de esos majestuosos prestigios que realzan una figura social y nos hacen olvidar debajo de ella a la mujer.

Muchas veces Gabriel la había visto en el Municipal y en los bailes de gran tono, admirándola pero sin emoción, como a un ser de otra vida, casi de otro planeta, sin grandes deseos de acercarse a ella, al través de la turba banal de los que se disputaban un pequeño sitio en su carterita de baile. Ya lo hemos dicho: al pobre mozo le faltaban muchas de las dotes del luchador y en esas competencias mundanas su puesto estaba de antemano entre los vencidos sin combatir.

Pero en "Las Taguas" nada ni nadie vino a interponerse entre su corazón de joven y la celestial creación vestida de blanco que le sonreía como a un viejo conocido y le hechizaba con la armonía de su charla encantadora bajo el follaje perfumado de los acacios en flor.

¡Pobre Gabriel! Sólo vino a darse cuenta del encanto avasallador y divino que se había apoderado de todo su ser cuando aquella tarde de otoño el automóvil del fundo le llevó, solitario y triste, hacia la estación camino de Santiago y de su vida banal y sin objeto. La mejor parte de su alma quedaba allá lejos, tras los árboles amarillentos que coloreaba el sol poniente.

Ya no volvió a encontrar la paz perdida, ni en el trabajo, ni en el placer, ni en su antiguo optimismo, ni siquiera en la serena bondad de su alma que hasta entonces dulcificara su vida. Se apoderó de él una sed inextinguible de lucha y de triunfo, que por desgracia no era sino otro sueño. Cuando la razón recobraba un instante su imperio, comprendía lo absurdo de sus esperanzas, lo inútil de los esfuerzos sobrehumanos que imaginaba en sus horas de fiebre.

La volvió a encontrar muchas veces, en la calle y en el teatro. Ella le sonreía dulcemente al saludarle desde lejos y la suave luz de sus ojos verdes parecía alentar su quimera.

—¿No recuerdas esas horas de allá lejos? parecían decir esos ojos, y para Gabriel ese breve sueño continuaba ocupando el lugar de todas las realidades del mundo.

Algunas veces el pobre muchacho se sentía más audaz. Cierta noche, en el Municipal, dirigió por largo rato sus gemelos al palco en que brillaba, hermosa y radiante como reina del teatro, la dulce niña que le sonriera en las tranquilas soledades de "Las Taguas". Después la saludó, dejando a su mirada expresar todo lo que sentía dentro del alma.

Ella le miró también y se puso levemente sonrosada. Desde entonces se inició entre Carolina y Gabriel algo parecido a ese sencillo, pero no siempre inocente juego del amor que entre los niños se llama pololeo.

Como si hubiera visto reverdecer su adolescencia, Gabriel paseó meses y meses bajo los balcones de su dama, frecuentó tras de ella teatros y paseos, respetuoso, tierno y tímido como un colegial de humanidades, sin ir más lejos en las manifestaciones de un amor que él sabía imposible.

La niña le correspondía en la misma forma, sin sentir nada muy hondamente, sin pensar en las consecuencias de ese juego seductor, encantada de aquel galán platónico gentil y respetuoso como los caballeros de antaño que adoraban princesas, que en nada la comprometía y que era feliz con una mirada y una sonrisa suya.

Pero aquel juego tenía sus peligros para un corazoncito de veinte abriles, y doña Ignacia Zenteno, la adusta mamá de Carolina, no tardó en echarlo de ver. El idilio hubo de terminar bruscamente. Por semanas y semanas las ventanas de la niña permanecieron cerradas ante el paso de su galán, y las miradas y las sonrisas se acabaron para siempre.

¡Pobre Carolina! No supo confesarse a sí misma el vacío que dejaba en su alma ese pololeo que había comenzado burla burlando. Cuando volvió a ver a Gabriel, le pareció muy triste y a ella también le alcanzaba una parte de esa tristeza; pero nadie, ni menos él, pudo sospecharlo.

Pocos días más tarde, la familia de don Felipe partía para el campo como otras muchas, y Santiago fué poco a poco adormeciéndose en su larga siesta de la canícula.

Entonces sólo Gabriel sintió todo el peso de su abandono. Ardía en deseos de cerrar definitivamente esa breve y adorable página de su vida, pero nada pudo su voluntad contra la cruel tenacidad de sus recuerdos: ellos le persiguieron de día y de noche, en el trabajo y en el sueño, en la calle y en el Club. Ya no supo vivir sino en el pasado.

III

Aquella tarde de verano el pobre muchacho, sin saber por qué, se sentía mucho

menos triste que de ordinario. Un espléndido sol penetraba a raudales por la ventana abierta de su modesta alcoba, y la fresca brisa vespertina iba despertando poco a poco de su modorra a la soñolienta ciudad.

Mientras se vestía para dirigirse al Club, Gabriel recordaba casi sonriente el inolvidable ayer. Se sentía fuerte, animoso, capaz de vencer lo imposible. ¿Era que su ánimo experimentaba también el mágico influjo de ese cielo tan azul y luminoso y de esa atmósfera tan serena y apacible?

En esos momentos de optimismo, por desgracia harto escasos en la vida, vemos en lo más insignificante y banal un presagio feliz. La noche anterior, ya muy tarde. Gabriel se había topado en el Club con su antiguo y excelente amigo Manuel Iriarte, gallardo mozo de cuarenta años, corrido en la vida, simpático en las formas y bueno en el fondo, aunque un tanto socarrón y escéptico. Gabriel admiraba en él la finura del análisis, la exquisita ciencia del mundo, la correcta amenidad de su trato, la espiritualidad galana de su charla. Secretario de la Legación de Chile en Austria-Hungría, se encontraba entonces en Chile, haciendo uso de una licencia. Gabriel le quería más ahora porque Manuel era pariente bastante próximo del padre de Carolina.

¿Por qué le había hablado de amor aquella noche el empedernido y alegre solterón? Probablemente la verdadera causa del milagro fué una botella de Champaña, pero Gabriel se obstinaba en soñar esperanzas al través de ese nimio incidente. Una y otra vez se repetía a sí mismo los menores detalles de la charla romántica y caballeresca que sostuviera con Manuel.

Un telegrama de la Agencia Havas llegado esa tarde acababa de anunciar que el vapor "Orita" de la Compañía Inglesa había sido torpedeado por un submarino alemán al salir de La Palisse en viaje para Chile. Entre las víctimas del siniestro se contaba un tío abuelo de Gabriel, pobre náufrago de la vida, que, después de ruidosa bancarrota, encontrara el refugio de sus últimos años en el empleo de

Alegre y triunfante siguió siendo el rey de la charla

cónsul de la República en Trieste. Allí vegetó el infeliz por largo tiempo, perdido en su patria su recuerdo, y sin duda su muerte hubiera pasado inadvertida aun para su familia, sin las trágicas circunstancias en que había ocurrido. Un chileno víctima de la campaña submarina sin restricciones, tal fué esa tarde el tema favorito de los corrillos, sobre todo en los círculos aliadófilos. Gabriel, como próximo pariente del difunto, se vió acosado por los curiosos y hasta por los periodistas; y hubo de recibir inesperados pésames por una desgracia que en el fondo le afectaba bien poco: por algunas horas vino a ser así el hombre del día.

Manuel, como secretario de la legación en Austria-Hungría, pudo proporcionar al público y al propio Gabriel amplios pormenores sobre la personalidad de don Andrés Martínez, que tal era el nombre del finado señor. Era este, en realidad, un vejete extravagante, de hábitos bohemios, que vivía casi en la miseria de sus escasas entradas como cónsul de elección. No visitaba a ningún compatriota, y, como tantos transplantados, era incansable sólo cuando se trataba de decir mal de Chile.

Por supuesto la novedad y la pasión no tardaron en forjar una leyenda alrededor de aquel sujeto tan poco interesante. Se le convirtió en un gran señor de estilo antiguo, digno y austero en su pobreza sobrellevada con noble estoicismo. Manuel no contribuyó poco a dar colorido a un retrato tan poco verídico como lisonjero. Agregaba, y esto sí era cierto, que el difunto pertenecía a una de las escasas familias chilenas que pueden remontar su genealogía hasta los primeros conquistadores.

Esa tarde, Gabriel y Manuel comieron juntos en un saloncillo del Club. Hablaron de mil cosas, del tío torpedeado, de los submarinos, de la guerra europea, de las lindas mujeres, de política y de negocios. El jovial diplomático bordaba todas sus observaciones con aquel suavísimo barniz de ironía benévola y hasta optimista.

—Tú me pasmas, decía a Gabriel, entre bromas y veras. Apenas hay en Chile mejor cabeza que la tuya, y tienes tanto corazón como talento... No eres tampoco un desequilibrado; al revés: los menos benévolos te reconocen buen juicio, y tu pariente y patrón, don Diego Erazo no deja de ponderar tus excepcionales cualidades como hombre de Trabajo... Eres un misterio... A tí te falta algo... un tornillo a tu máquina... cierto detalle misterioso que no acierto a descubrir... ¿Te vendría bien un poco de más ambición? ¿Un ligero tinte de truhanería y desvergüenza? ¡Diablos! ¿Por qué te sonrojas? ¿No te imaginarás que estoy adulándote? Hablo como médico; te diagnostico y quisiera curarte... Porque tú desearás naturalmente algo en este mundo...

—Naturalmente, balbuceó Gabriel por decir algo.

—Pues entonces lo entiendo menos que antes: el deseo es la más irresistible de las fuerzas: querer es poder... es pues ese el tornillo que te falta... Vamos; imagínate que soy uno de esos genios de los cuentos orientales, el esclavo de la lámpara maravillosa. Vamos; dime tu deseo y harto raro será si no hago el milagro... Vuelves a sonrojarte...

Un recuerdo irresistiblemente chistoso pareció pasar en ese instante por el magín de Manuel.

—¡Una botella de Champaña! dijo al mozo que les servía, como para cambiar de conversación. Tengamos la fiesta completa.

Y con su volubilidad exquisita de avezado charlador, el alegre señor comenzó a referir cierta picante historieta galante, recuerdo de sus buenos días de Viena.

Iba a terminarla cuando trajeron el Champaña.

—Me permitirás brindar como en provincia, dijo Manuel levantando su copa; beberemos en primer lugar por tu tío Andrés y los demonios que lo torpedearon, causa feliz de este buen rato que nos ha visto reunidos; beberemos en seguida por el amor, y, si lo prefieres, por los amores, por los tuyos y también por los míos.

Rojo como la escarlata, Gabriel se bebió de un trago el contenido de su copa. ¿Habría sorprendido su secreto aquel vividor despreocupado y sarcástico?

Eso fué todo. Pero, ya en su casa, el enamorado joven empezó a evocar casi involuntariamente los detalles de su conversación con Manuel Iriarte. No pudo menos de estremecerse al recordar que su compañero de mesa era pariente próximo y mimado de la familia de Carolina. ¿Encerrarían sus frases de aliento y su extraño brindis al amor y a los amores algún significado halagüeño y oculto?

La idea de que pudiera producirse un cambio favorable en su vida, la remota esperanza de que una vez más podría contemplar la dulce sonrisa de Carolina y sus ojos verdes llenos de promesas seductoras, había producido en el alma de Gabriel

Gabriel hacía todos los esfuerzos imaginables para escucharle...

una reacción de júbilo casi insensata. Era enamorado y optimista: esto lo explica todo.

IV

La felicidad y la alegría son también una fuerza como el querer. Gabriel, presa de extraña embriaguez provocada por cuatro palabras banales, dichas probablemente al acaso y sin intención alguna, se sentía, al dirigirse al Club, poderoso, invencible. dueño del mundo.

Se acercó sonriente, confiado, lleno de luz y de ideas, al círculo habitual de sus amigos. Parecíale que le rodeaba un mundo nuevo, una atmósfera benévola y alentadora, que el saludar de sus camaradas era más afectuoso que de costumbre, que le escuchaban con más interés, que le tenían en mayor aprecio.

La conversación fué sin embargo la de todos los días.

—Tú traes cara de haber hecho un buen negocio, le dijo alguno.

Aquella sencilla observación estuvo a punto de volverle a la ruda realidad: no había de nuevo en él sino castillos en el aire. Pero casi al mismo tiempo se acercó al grupo Adrián Vásquez, el hermano mayor de Carolina, mozo bastante insustancial y frívolo, incapaz de cosa de provecho, que solía jugar algunas corridas de copas en esa compañía.

Sus relaciones con Gabriel eran corteses, pero no íntimas ni siquiera afectuosas. Sin embargo ahora, éste, al influjo siempre de su inexplicable exaltación, creyó notar cierta entonación simpática en la voz de Adrián al saludarle.

—¡Vaya! Ustedes son amigos por lo visto, dijo Manuel que hacía de cabeza en el corrillo. Me alegro, Adrián, de que tengas tan buenas relaciones.

Era el mismo tonillo irónico y enigmático del brindis de la noche anterior.

Gabriel esa noche estuvo inimitable. En su frente radiaba como una aureola; hizo derroche de talento, de observaciones justas, de espiritualidad fina y delicada, de profundo buen sentido. Los más perspicaces de sus amigos no pudieron menos de notar el cambio.

—Yo no sé qué diablos tiene Gabriel esta tarde, dijo a Manuel uno de ellos por lo bajo.

—Tú lo has dicho, repuso sonriéndose el socarrón diplomático: tiene de seguro una legión de diablos en el corazón o en la cabeza.

Pero era, sin duda el día de los milagros. El propio don Felipe Vásquez de Heredia se dignó descender esa tarde desde el legendario sillón en que pontificaba habitual-

mente allá en las alturas inaccesibles del salón rojo, al círculo bastante menos caracterizado de que formaba parte el pobre Gabriel.

Cual no sería el asombrado júbilo de éste último al ver al padre de Carolina tenderle la mano con una sonrisa más bondadosa y protectora todavía que en su memorable viaje a "Las Taguas".

—¿Me admiten, caballeros? interrogó don Felipe con el aplomo del gran señor seguro de una acogida triunfal.

—Encantados de verle.

Don Felipe tomó asiento al lado de Gabriel, dirigióle algunas palabras de pésame por la desgracia de su tío, víctima de la barbarie germánica, y, feliz de encontrarse envuelto en ese ambiente simpático y juvenil, sin echar por un momento de menos el despiadado pelambre de los agrios vejetes que formaban su habitual tertulia, no tardó en tomar parte alegremente en la conversación interrumpida.

Gabriel rebosaba de felicidad. Ahora ya no podía dudar. Seguramente algo había debajo del extraño brindis de la noche anterior. ¿Por qué el padre de Carolina parecía pendiente de sus labios y le sonreía con tanto afecto? ¿Qué era ese aliento de confianza y de victoria que hinchaba su propio corazón?

Alegre y triunfante, siguió siendo el rey de la charla, seguro de sí mismo y de su auditorio. Se hablaba de política, y supo definir con tal acierto la actitud discreta, hábil y digna asumida por el partido de don Felipe en la crisis Ministerial recién solucionada, que el jefe de aquella agrupación se sintió conmovido.

—La vida pública tiene muchas amarguras, mi amigo, dijo a Gabriel, pero todo tiene sus compensaciones, y nada más satisfactorio que oír de los labios de un hombre del talento de usted una justificación tan brillante de la línea de conducta que hemos seguido.

Desde ese momento el excelente señor no quería escuchar sino a Gabriel. El pobre muchacho, por su parte, se sentía enternecido, fascinado. Ese hombre era el padre de Carolina, y, sin tener que fingirlo, sin la menor idea de adularle, se vió instintivamente arrastrado a participar de sus juicios y opiniones a venerarle como al primer político de la República.

Así fué estableciéndose poco a poco una corriente de afectuosa simpatía entre el poderoso magnate y el joven dependiente de don Diego Erazo. El reloj del Club iba ya a señalar las nueve de la noche, los concurrentes se habían ido retirando de uno en uno, y al cabo quedaron solos frente a frente don Felipe y Gabriel.

—¡Caramba! si van a ser las nueve, exclamó por lo pronto don Felipe. ¿Quiere usted que comamos juntos aquí en el Club? Tengo la familia en el campo, y me haría usted un servicio acompañándome.

Se comprende que Gabriel no se hizo de rogar.

Ha dicho un historiador que Metternich necesitaba del éxito y de la buena fortuna para desplegar todo su talento.

En Gabriel había algo de Metternich. Feliz de verse tan afectuosamente tratado por don Felipe, sus privilegiadas facultades siguieron luciendo aun con mayor brillo. El poderoso político estaba realmente conquistado.

Naturalmente hablaron de negocios, de la cosecha, de los precios y de las expectativas del mercado. Ello trajo a don Felipe a uno de sus temas favoritos: el fundo de "Las Taguas".

Gabriel le manifestó su sincera admiración por esa propiedad modelo.

—Ya lo creo: usted conoce el fundo. Por cierto que fueron para nosotros días muy agradables. Es preciso que usted repita la visita. Vea: mañana voy para allá... Dése usted un descanso de quince días y acompáñeme... No le permito que me diga que no.

Por supuesto Gabriel pensaba en todo menos en decir que no, pero el mundo parecía girar alrededor de su cabeza perturbada por emociones que no estaba preparado a recibir. Creyó estar soñando e hizo además de restregarse los ojos.

—Entonces convenido, dijo don Felipe muy satisfecho. Mañana a las dos cuarenta le espero en la estación Central.

. . . . . .

De regreso a su casa, Gabriel iba recapitulando los extraordinarios acontecimientos de las últimas veinticuatro horas, sin acertar a comprenderlos. Su felicidad causábale una especie de vértigo. Creíase el juguete de fuerzas enigmáticas y sobrenaturales, y hasta llegó a imaginarse en medio de su turbación que en las palabras de Manuel Iriarte, diciendose un genio como los de las Mil y una Noches, había oculto un misterio cuya naturaleza no acertaba a definir.

Más sereno ya al levantarse la mañana siguiente, no siguió pensando en genios.

Manuel, sin ser mago ni brujo, le había prestado por lo menos un gran servicio: sus frases de aliento, su brindis al amor y a los amores, los diestros giros que supiera dar a la charla la tarde anterior, tenían sin

duda no poca parte en su extraordinario éxito. Sus facultades, despertadas por la esperanza, habían sido en seguida realzadas por el exquisito tacto de hombre de mundo con que Manuel dirigiera la primera parte de su trascendental entrevista con su suegro.

Todo ello explicaba una parte de lo ocurrido, pero Gabriel era lo bastante sagaz para comprender que debía haber algo más que eso.

—Vamos se dijo por último: dejémonos llevar por la felicidad: no es completa en el mundo la que no encierra su parte de misterio.

V

Iba cayendo la tarde sobre el magnífico fundo de "Las Taguas" cuando el automóvil de don Felipe desembocaba frente a la ancha avenida que conduce a las casas de la hacienda.

Esta vez era el opulento magnate quien tenía la palabra. Su sagacidad macuquina y su fundo de "Las Taguas" eran temas para él inagotables.

Gabriel hacía todos los esfuerzos imaginables para escucharle con religiosa atención, pero su pensamiento volaba al través de los campos hacia aquel obscuro grupo de gigantescos árboles que se perfilaba sobre el enrojecido horizonte de occidente.

Allí estaban las casas del fundo y allí Carolina; allí la dejara cierta tarde inolvidable del otoño, mientras él, solo y sin esperanzas, despertaba de un sueño imposible. Su vuelta, al lado de don Felipe, y en las extraordinarias circunstancias de que era juguete desde algunas horas, se le antojaba el regreso de un triunfador. Una idea, deliciosa sobre todas, comenzaba a apoderarse de su alma. ¿No sería lo que le estaba ocurriendo la obra de la propia Carolina? Acaso el socarrón de Manuel, cuando brindó por su amor, sólo quiso darle a entender, en forma un tanto misteriosa la noticia del triunfo no soñado de cierta dulce niña sobre sus padres, acostumbrados a mimarla. ¡Era tan dulce y cariñosa su mirada cuando se sonreían al encontrarse!

Pálido de emoción se adelantó hacia ella

No tardó sin embargo en disiparse aquella ilusión lisonjera. Al detenerse el automóvil junto a las casas, lo primero que divisó Gabriel fué a doña Ignacia, en cuyo rostro se pintaba en forma inconfundible una tan extraordinaria e indignada sorpresa, que alejaba toda hipótesis de que el viaje de Gabriel fuera el resultado de algo conocido por los habitantes de las casas del fundo.

Con perfecto aplomo don Felipe saludó a su consorte, afectando no ver el gesto de amarga reconvención que esta le dirigiera.

—Aquí te traigo, le dijo, a nuestro antiguo amigo Gabriel Martínez... ¿Que no te acuerdas de él? Si estuvo aquí el último otoño.

Los extraviados ojos de doña Ignacia decían con toda claridad su pensamiento: sin duda su marido se había vuelto loco.

Dió la mano a Gabriel sonriendo falsamente, como sólo saben hacerlo las hienas y las suegras.

—Está usted en su casa, le dijo casi en el tono con que lo hubiera enviado al mismo demonio.

Don Felipe, entre tanto, se ocupaba, con afanosa solicitud, en impartir las órdenes del caso para el debido alojamiento de su huésped.

—Llévalo a la pieza al lado del baño, le dijo al mozo.

Apenas Gabriel hubo desaparecido en busca de su aposento, doña Ignacia, cruzada de brazos y en actitud de fiera que va a embestir, se encaró con su marido.

—¡Buena la has hecho! exclamó, temblando de indignación.

En el sereno rostro de don Felipe se pintaba la plácida tranquilidad del deber cumplido.

—¿Con que la he hecho buena? repuso con una sonrisa en que se adivinaba la seguridad del triunfo... Sí, mujer, tú misma no sabes todo lo bien que lo he hecho.

. . . . . .

No desconcertó demasiado a Gabriel la acogida que le hiciera la señora Ignacia. O no se apercibió de ello o no supo interpretarla. Esa terquedad mal disimulada podía significar muchas cosas diferentes y no todas de mal augurio.

Apenas solo en su pieza, el pobre joven se entregó, pues, sin reservas, a la deliciosa sensación de encontrarse de nuevo en ese fundo de "Las Taguas" cuyo recuerdo por tantos meses le obcecara como el de un paraíso perdido e imposible de recobrar. Todo le hablaba de ese pasado borroso como un ensueño: las negras siluetas de los árboles que se destacaban ya medio envueltos en las sombras de la noche próxima, sobre el cielo arrebolado por los últimos fulgores del día; el amplio corredor, enlosado de mármol y cubierto de madreselvas, tranquilo, perfumado, lleno de misterio; el suave murmurar del vecino cequión, y hasta el cantito de los sapos, sugestivo y monótono.

De pronto el rumor delicado y casi imperceptible de un andar menudo le hizo estremecer. ¡Era ella! Vestida con un sencillo ropón de montar, velado el purísimo rostro, la esbelta figura de Carolina avanzaba por el corredor semi-obscuro.

En ese momento, Gabriel sintió que le abandonaba del todo la ebria confianza triunfadora que le había sostenido. Conteniendo apenas los latidos de su corazón, próximo a estallar, con paso vacilante, pálido de emoción se adelantó hacia ella.

Al través del tupido velo, los soñadores ojos verdes brillaron como antaño; de los rojos labios de Carolina se escapó una débil exclamación de gozoso asombro. Acaso ella también creyó en un sueño. Pero, dueña de sí misma, avanzó hacia Gabriel y le tendió suavemente la enguantada mano.

Al principió sólo supieron balbucear algunas frases confusas y casi ininteligibles... después, alegres y confiados, hablaron de todo, menos de aquello que ambos a dos sentían.

VI

Llegó la hora de comer. Gabriel no podía menos de estremecerse ante la perspectiva de arrostrar una vez más la visión imponente, hostil y desdeñosa de doña Ignacia.

Le sentaron a su lado y enfrente de Carolina. La austerísima matrona apareció fría, majestuosa, hierática, impenetrable como el destino. Invitó cortesmente a Gabriel a tomar asiento....

Al principio, don Felipe, evidentemente alegre e inspirado, hizo todo el gasto de la conversación, mientras los dos jóvenes se hablaban con la mirada. Doña Ignacia se dignó sonreir una ocurrencia chistosa de su marido: era un buen síntoma. Esa sonrisa vino a alentar de nuevo a Gabriel, embriagado ya por la luz de los verdes ojos de Carolina.

El excelente don Felipe, ávido de lucir a su nuevo amigo, como un anticuario que ha descubierto una preciosidad peregrina y única, no tardó en llevar la conversación por los rumbos que le parecieron más adecuados a ese objeto. Casi, sin darse cuenta, Gabriel se encontró de nuevo rodeado de una atmósfera de admiración y benevolencia, pero ahora sentía que ya no era sólo en gozar de su triunfo.

Unos lindos ojos verdes, luminosos y radiantes parecían decirle: "¿no ves que soy tuya y que estoy orgullosa de que seas mío?"

A los postres, don Felipe no podía resignarse a poner fin a la sobremesa, muy em-

Unos lindos ojos verdes, luminosos y radiantes parecían decirle "¿no ves que soy tuya?"

peñado en probar a Gabriel que hombres como él estaban en el deber de ir a la Cámara, bajo el lábaro, se entiende, del partido constitucional.

Entonces ocurrió un nuevo milagro.

—Pero, Felipe, hombre de Dios, dijo doña Ignacia al preopinante, tiempo tendrás para hablar de política con tu amiguito; ahora hace una luna preciosa y el señor querrá también gozar del campo... ¿Por qué no van a dar una vueltecita por el parque? En mi tiempo los jóvenes no se encerraban entre cuatro paredes una noche como esta.

. . . . . .

Así pasaron para Gabriel algunos días tan felices como nunca se había atrevido a soñarlos. Una idea superticiosa, casi pueril, continuaba sin embargo perturbando su dicha. No podía admitir que la inmensa transformación operada en su vida fuera el resultado de un feliz accidente o del curso natural de las cosas. La sarcástica sonrisa de Manuel, anunciándole que él era un genio como los de las Mil y una Noches, le perseguía como una pesadilla. ¿Sería el juguete de un encanto, de una ilusión, de alguna fuerza sobrenatural y desconocida? ¿No iba todo aquello a desvanecerse como un sueño de la noche?

Tales temores, a primera vista insensatos, no eran con todo sino hijos del profundo buen sentido de Gabriel. Conocía lo bastante el mundo para comprender que su maravillosa aventura salía por completo fuera, no sólo de lo vulgar y corriente, sino hasta de lo verosímil. Con todo, su habitual optimismo lograba al fin forjar explicaciones más o menos naturales de lo que le estaba ocurriendo. Ya no le era posible dudar de que era correspondido por Carolina. ¿Por qué no creer entonces, como el día de su llegada a "Las Taguas", que la adorable niña, era la única y verdadera encantadora que con su amor obrara todos aquellos milagros, como lo hacen las hadas con su varillita de virtud?

¿Cómo explicar entonces la conducta de Manuel? Probablemente el sagaz diplomático tuvo conocimiento de lo ocurrido en el hogar de Carolina. Quizás fué él mismo consultado al efecto por don Felipe, y quizo anticipar a Gabriel tan buenas noticias en la forma misteriosa y enigmática que tanto le había perturbado.

Pero, con todo, el excelente muchacho no cesaba de recordar conmovido lo mucho que debía a su amigo. Con qué empeño no había éste ponderado el ilustre abolengo de su difunto tío Andrés, que era también el suyo, cuando la trágica muerte del anciano le dió ocasión para ello. ¡Cómo le había alentado y cuántos esfuerzos hiciera para ponerlo de relieve y lucirlo ante don Felipe! ¡Quién sabe de qué otros servicios ignorados y acaso más efectivos aún era deudor con Manuel Iriarte! En todo caso, ni un verdadero genio, de los de la lámpara de Aladino, habría tenido mejor éxito.

. . . . . .

Y así, entre dulces esperanzas y misteriosos presentimientos, llegó por fin una noche, en que a la luz de la luna, en la callada soledad del parque, bajo un cielo purísimo, Gabriel formuló en los oídos de Carolina la eterna y suprema pregunta del amor.

Ella bajó los ojos y de sus labios divinos se escapó un monosílabo de gloria, tenue y delicado como un suspiro.

VII

Aquella mañana, dos días después que el compromiso de Gabriel y Carolina se formalizara con el consentimiento gozoso de de don Felipe y de su esposa, Manuel Iriarte llegó inopinadamente al fundo de "Las Taguas". Al tener noticias de ese viaje, el afortunado novio no pudo menos de estremecerse. Era tan feliz que, en los últimos días, había olvidado casi las misteriosas circunstancias en que se generara su dicha. Temió de nuevo verla evaporarse como una ilusión mágica... La risa mefistofélica de Manuel vino otra vez a perseguirle...

La vista de su amigo le tranquilizó muy pronto. Parecía empeñado en mostrar una actitud tan natural, tan ajena a todo cuanto estaba ocurriendo en "Las Taguas", que Gabriel acabó por burlarse de sus supersticiosos temores.

—Mira, Carolina, dijo a la novia, jamás hubiera creído que iba a felicitarte por tu noviazgo. Sé lo que mereces y nunca encontré hombre digno de tí... Había sin embargo un demonio de Gabriel en este mundo... Perdona haberlo olvidado tanto tiempo... Ahora sí que te felicito y muy de veras....

Sin embargo, pocos minutos más tarde, en el amplio corredor enlosado de mármol y cubierto de madreselvas, Gabriel se encontró por vez primera, después de aquella cena memorable, sólo enfrente de su amigo. Con terror vió de nuevo dibujarse en los labios de éste su vieja sonrisa de genio de las Mil y una Noches.

—También te felicito a tí y de todo corazón, le dijo, tendiéndole los brazos.

Gabriel, a la vez emocionado y medroso, le manifestó su gratitud casi sollozando.

—Estaba muerto y me has vuelto la vida, le dijo por último.

—Me imagino, Gabriel, repuso el otro en tono jovial, que ahora estás creyendo también en los genios... No seas niño... Dale gracias a Dios que te dió corazón y talento... Para que levantaras el edificio de tu vida, yo no he puesto sino un andamio, inútil ya... ¡Para eso, Gabriel, sirven los amigos!

La alegre voz de Carolina interrumpió el coloquio. Era la hora de salir a caballo con su novio...

Manuel los vió alejarse pensativo. No sonreía ya. Algún grave pensamiento arrugaba su ceño.

—¡Pobre niño! se dijo. Te imaginas que todo está hecho... Queda sin embargo lo más difícil: retirar mi andamio. Ojalá nunca sepas de los peligros de esta empresa... Valor, Manuel, se trata de la felicidad de dos vidas... Es necesario hacer el bien siquiera una vez en este mundo. Allí viene el viejo macuco... Válgame Dios con estos émulos de Talleyrand...

Pocos momentos después, don Felipe y Manuel paseaban juntos, en grato coloquio por el extenso parque. Como siempre, el buen señor hablaba de su sagacidad comercial y política y de las excelencias de su fundo.

Tras de la romántica laguna, por el camino de los potreros se perfiló en ese momento la silueta de los novios.

—Nunca te agradeceremos lo bastante, Ignacia y yo, dijo gravemente don Felipe, lo que has hecho por esos niños.... Sin tus recomendaciones eso no se habría hecho nunca... y ¿quieres que te diga la verdad? tus elogios, que tan excesivos me parecieron, los tengo ahora por sobrado justos.

Manuel permaneció un rato silencioso... Había llegado el terrible momento...

—¡Diablos! se dijo. Cuando me embarqué en esta aventura no pensé en que iba a venir forzosamente esta situación. Heme aquí precisamente precisado a confesar la mayor truhanería de mi vida.

¿Cuál era el peligroso misterio que así perturbaba el ánimo del sagaz y avezado diplomático? Digámoslo en su honor: nunca creyó que las cosas llegarían tan lejos... Lo hizo en un acceso de buen humor más que llevado de un propósito serio. El éxito de su broma lo arrastró en seguida a pesar suyo... Vió a Gabriel tan feliz que no pudo resolverse a derribar de un soplo aquel castillo de naipes que él llamaba ahora su andamio.

La tarde en que llegó a Santiago la noticia del naufragio del "Orita", Manuel y don Felipe se toparon casualmente en la calle de Ahumada.

Hablaron naturalmente de la muerte de don Andrés Martínez, tema obligado entonces de todas las conversaciones.

—Creo conocer el apellido, dijo don Felipe. ¿No es pariente de ese mozalbete que suele andar en el Club de la Unión? ¿Cómo se llama?

—¿Gabriel Martínez?

—El mismo...

—Pero Gabriel no es un mozalbete, dijo

Ella bajó los ojos y de sus labios divinos se escapó un monosílabo de gloria.

Manuel algo picado, porque era muy amigo de sus amigos y profesaba por el aludido un sincero cariño.

—¿Qué sé yo? Imagínate que le ha dado por perseguirme a la niña. Por cierto que estaría bien empleada.

Manuel, con la mejor fe del mundo, creyó de su deber pronunciar un extenso discurso apologético, ensalzando las extraordinarias cualidades intelectuales y morales de Gabriel. Estuvo elocuente y entusiasta, sin dejar de ser verídico.

Aquel brillante alegato no tuvo el menor éxito.

—Así, el niño ese es una maravilla, dijo don Felipe con cierta sorna. Es lástima, porque mi mujer no quiere oír hablar de él, y, si te he de decir la verdad, yo tampoco... Y no vayas a imaginarte que Carolina esté muerta por él: todo menos que eso... Tonterías de chiquillos, menos disculpables en él, que ya debía tener más mundo y medir ciertas distancias... Creo que después de que se vieron en "Las Taguas" ni siquiera han vuelto a hablarse. En todo caso, bromas o veras, la cosa ha terminado y sin consecuencias, a lo menos por la parte que a mí interesa.

Así vino a explicarse Manuel la intensa melancolía que más de una vez observara en la actitud de su amigo. Por otra parte el tonillo desdeñoso de don Felipe, el poco aprecio que hiciera de sus opiniones le tenían mortificado.

—De otro modo hablarías, viejo zorro, pensaba para sus adentros, si se tratara, no de un joven cumplido como Gabriel, sino de qualquier truhán con cuatro reales en el bolsillo.

Dando vueltas en su imaginación a estos conceptos, vínole a las mientes la pícara idea de dar a don Felipe una broma mayúscula, que le curase un poco de sus humos maquiavelescos, y sirviera a su desdeñado amigo de cumplida venganza.

Volvió pues a enumerar con mayor calor qué antes los muchos méritos de Gabriel, y adoptando magistralmente cierta entonación misteriosa y confidencial, puso término a su discurso con estas palabras:

—Y, al fin, Felipe, aunque conozco tu absoluto desinterés en materias de dinero ¿encuentras razonable no tomar para nada en cuenta una fortuna como la de Gabriel?

Don Felipe se detuvo sorprendido y atento.

—¿De qué diablos estás hablando?

—No me preguntes más; te aseguro que sé perfectamente lo que te estoy diciendo.

Pero la curiosidad del ilustre político se había despertado, y al fin Manuel fingió acceder a sus instancias de obtener una más amplia explicación. ¡Cómo sabía mentir el muy pícaro!

—Temo haber sido indiscreto, le dijo; he hablado de sobra... Ya no tiene remedio. Tengo interés por tu familia, y quería insinuarte lo que hay, sin decírtelo... porque, francamente, se trata de un secreto que no me pertenece, de algo que el mismo Gabriel ignora hasta este momento... ¿Me prometes una reserva absoluta?

—Por supuesto, repuso don Felipe, estrechándole la mano y tomando su actitud de conspirador de Opera Cómica de las grandes ocasiones.

—Te repito que voy a faltar gravemente a mis deberes de funcionario público y de hombre de honor, pero tú me lo tomarás en cuenta... Imagínate que el año pasado recibí en Viena la visita de un viejo de aspecto sórdido, envuelto en una levita raída y anticuada... Era don Andrés Martínez, el tío de Gabriel. Después de interminables preámbulos, acabó por pedirme que fuera depositario de un testamento secreto que acababa de formalizar en Trieste. "Le nombro a usted mi albacea, me agregó, y le señalo por su trabajo una remuneración de cincuenta mil florines." Alguna sorpresa debió pintarse en mi rostro, por que tenía a don Andrés por un pobre diablo. El, sonriéndose, me entregó entonces un papelito con una lista de los valores de que era dueño. Se trataba de una fortuna fabulosa... Yo creí al principio habérmelas con un loco, pero luego tuve la explicación de todo. Aquel viejo extravagante había ganado sumas enormes, especulando con pertenencias de petróleo de Rumania. Desengañado del mundo y sobretodo de sus parientes por la forma en que se le trataba cuando su ruina en Chile, estuvo resuelto a dejar todos sus bienes al hospital de Trieste. Afortunadamente para nuestro Gabriel, le asaltó en los últimos años esa manía nobiliaria, tan frecuente entre los sudamericanos que residen en Europa. Resolvió por tanto nombrar heredero universal a su sobrino, que es el representante primogénito de la familia, con la única condición de rescatar el título de Conde de Valle Hermoso, que llevaron los Martínez en la Colonia....

Don Andrés me refirió todo esto, después de hacerme jurar que le guardaría el secreto, hasta la apertura de su testamento. "No quiero, dijo, que nadie esté deseando mi muerte, ni siquiera que se sepa en Chile que tengo fortuna: a este respecto

Por el camino de los potreros se perfiló en ese momento la silueta de los novios

creo haber tomado bien mis medidas.'' En efecto, como después tuve ocasión de imponerme, tiene depositados sus valores, casi todos ellos al portador, en una fuerte casa bancaria de Budapest. Se trata de varios millones...

El socarrón diplomático hilvanó esa sarta de mentiras con tan maravillosa naturalidad y con detalles tan circunstanciados y verosímiles, que don Felipe no dudó un momento de la verdad de cuanto le referían.

—Cuando te divisé, hace un momento, concluyó el inimitable narrador, me acordé del galanteo de Carolina con ese mozo... ¿No encuentras natural que, en mi interés por la familia, haya querido sugerirte un matrimonio ventajoso por todos conceptos? Te juro que era mi honrado propósito ocultarte lo que en conciencia era un secreto sagrado... Sin pensar en lo que decía se me escapó una insinuación más directa que las otras, y tú me has obligado a abrirme de par en par... ¡Cuando a ti se te antoja, no hay remedio! Eres capaz de hacerle confesar su edad a una solterona...

Aquel elogio era el que podía llegar más adentro del alma de don Felipe.

El viejo zorro se guardó, sin embargo, de insistir sobre el asunto de la herencia, y afectando indiferencia, hizo a Manuel algunas preguntas sobre los talentos y virtudes de Gabriel.

—Muy interesante lo que me cuentas, le dijo después de un largo rato... Ahora casi siento haber sabido lo del testamento aquel...

—¿Por qué?

—Por que si mañana yo abro mi casa a ese joven, los envidiosos, que nunca faltan, no dejarán de atribuirlo a un bajo interés por su fortuna.

—Quien te conozca no podrá sospecharlo ni por un momento, afirmó Manuel, con una convicción magnífica. Además, nadie, ni él mismo, sabe una palabra de esto. Mientres yo no regrese a Trieste, el testamento continuará ignorado, y a nadie mejor que a tí te conviene conservar el secreto.

—¿Y mi mujer?

—Puedes insinuarle algo... sin entrar en detalles... Le hablas del porvenir del mozo... de ciertas expectativas. En fin... Tú mucho mejor que yo sabes batirte en casos semejantes... Eso sí no me agradaría que se lo refirieras todo: un secreto en una mujer nunca se conserva tal por mucho tiempo.

Manuel, lanzado en tan peligroso camino tuvo la tentación de llevar la broma un poco más lejos, y proporcionar a Gabriel una entrevista con su suegro, en la diabólica esperanza de reirse un poco a costa del último, viéndole lleno de admiración por los talentos y virtudes que hasta entonces considerara con tal desdén.

El éxito sobrepujó, como se ha visto, a sus expectativas, y fué mucho más rápido de lo que él mismo imaginara.

Su verdadero intento era referir la verdad a don Felipe antes que la broma tuviera mayores consecuencias. Pero, en su aturdimiento, no supo calcular lo difícil de aquel paso con un hombre de respeto y tan pagado de sus condiciones de sagacidad y macuquería.

Dejó, pues, la cosa para el día siguiente, mientras recapacitaba sobre la forma más adecuada para retirar semejante andamio de mentiras. Entonces supo con estupor que don Felipe se había marchado a "Las Taguas" con Gabriel. Inmediatamente redactó una carta explicándole todo, e iba ya a echarla en el correo, cuando reflexionó en las dolorosas y ridículas consecuencias, que el recibo de tal misiva iba a tener para su amigo y para la encantadora niña que le amaba...

Entonces rompió la carta.

—No me queda más remedio, se dijo, que embarcarme ipso-facto para Europa o para el mismo infierno, y salga el sol por Antequera!

Pero aun este último y desesperado recurso le pareció indigno de sí mismo y lleno de inesperadas y peligrosas complicaciones. ¿No sería posible retirar su andamio en forma decorosa, salvando intacta la felicidad de los pobres chicos y hasta el amor propio de don Felipe?

Su temperamento audaz y luchador le llevó a escoger este último camino, y, cuando se supo en Santiago el inesperado compromiso de Gabriel y Carolina, hizo los preparativos de su viaje a "Las Taguas".

Y allí le hemos dejado, escuchando, lleno de remordimientos, pero siempre dueño de sí mismo, las agradecidas expresiones de don Felipe.

—No sólo Carolina te deberá su felicidad y un marido modelo, continuaba éste último... Yo no soy el que menos salgo ganando con este matrimonio. Me estoy poniendo viejo... Tu conoces a mi hijo Adrián... No sirve absolutamente para nada, si no es para gastar el dinero... Mis negocios necesitan de un hombre capaz de dirigirlos y ¿quién mejor que Gabriel? Habilísimo, lleno de espíritu práctico, y con alguna experiencia... ¡Un tesoro, Manuel, un verdadero tesoro de los que ya no se encuentran!... Y al mismo tiempo tan modesto, tan dócil, tan respetuoso... Todos los días me acuerdo de tus palabras: "ese mozo es una esperanza para el país".... Sabes conocer a los hombres: debo reconocerte esa cualidad.

Como se ve, la situación para Manuel era de un cómico verdaderamente terrible. Comprendía que esa era la hora o ninguna.

—¿Y tu mujer? preguntó bruscamente.

—Contentísima... ¿Cómo no había de estarlo?

—Supongo que le habrás dicho algo de aquello:..

Don Felipe adoptó una actitud de inocencia perfecta.

—¿A qué te refieres?

—A lo del tío, pues, hombre ¿no te acuerdas?

—Ah, sí, ahora caigo... Lo del testamento... Creo haberle dado a entender algo... muy poca cosa...

Don Felipe pronunció estas palabras en el tono indiferente y desdeñoso del que recuerda un detalle sin importancia.

—Bien me lo había imaginado, dijo Manuel con perfecto aplomo... Un hombre de tu sagacidad, de tu experiencia no podía menos de comprenderme... Por supuesto la señora tomó a lo serio aquella broma absurda. ¿Qué divertido? ¡Pobre Ignacia!

Estas palabras, en el tono en que fueron pronunciadas, denotaban un sentimiento de lástima profunda hacia la escasa penetración de la aludida.

El rostro de don Felipe se había puesto rojo como una amapola... Quiso balbucear algunas palabras, pero no encontró como dar forma a sus pensamientos. La idea de haber sido engañado, le parecía de un imposible ridículo... Su intensa vanidad de macuco profesional se sobrepuso casi

instantáneamente a todas sus sensaciones.

Bien lo comprendía su sagaz interlocutor.

—Te conozco en la cara, le dijo, que ahora sientes haber engañado a tu mujer.

Lo que en realidad se pintaba en el rostro de don Felipe era un deseo vehemente de tomar a Manuel por el cuello, de aturdirlo a golpes con el bastón que tenía en la mano a medio empuñar, de hacerlo añicos, si ello era posible.

Pero el pobre señor no hallaba medio de dar forma externa a la ira que hervía en su pecho. Toda violencia de palabra o de obra iba a traducirse en una confesión terrible: ¡He sido también engañado! Eso era demasiado fuerte para don Felipe. Permaneció, pues, mudo, rojo, sombrío, amenazador como una nube cargada de centellas....

Manuel no esperó a que estallara el rayo.

—Noto también, prosiguió, que deseas compartir conmigo la responsabilidad de lo que has hecho... Reflexiónalo bien... Yo no te he aconsejado que engañaras a tu mujer... Al contrario... Acuérdate de lo que conversamos aquella tarde; tú me diste a entender que Ignacia no quería oír hablar de Gabriel... ¿No es así?

Don Felipe rugió un asentimiento.

—Entonces se me ocurrió sugerirte la idea de que podías desarmarla contándola cualquier historia.... No me atreví a decírtelo directamente, ni ello era necesario tratándose de una persona de tu penetración... Ponte en mi lugar; con qué cara y con qué términos iba yo a aconsejarte una picardía con tu mujer... Acudí a lo que los filósofos modernos llaman sugestión por ideas afines. Empecé a contarte un cuento ridículo y disparatado de millones, títuos de nobleza... qué sé yo... una chacota que no habría tomado en serio un niño de siete años... Tú, sonriéndote con esa picardía que te caracteriza, me entendiste al punto: bien te lo conocí.... ¿por qué no eres franco? Antes de que yo te hubiera comenzado a embromar con esas tonterías, tú ya tenías sobre la conciencia a lo menos el pensamiento de la diablura que has hecho... Confiésalo.

Incapaz aún de articular una palabra, don Felipe no pudo menos de hacer un gesto de Urdemales sorprendido en flagrante delito.

Me entregó un papelito con una lista de los valores de que era dueño.

—¿No ves? Y tanto tenías ya esa mala tentación en la cabeza, que apenas concluí mi cuento, me preguntaste con mucha sorna, si eso era para contárselo a tu mujer... Te contesté con cualquier evasiva: ya no me acuerdo... Estoy seguro sí de no haberte aconsejado nada... Resulta que tú concebiste la idea y tú la ejecutaste, es demasiado lujo querer cargarme con la responsabilidad de tus macuquerías... Eso anda a hacerlo a la política...

Don Felipe, menos rojo ya, se dignó sonreir....

—Me parece, pensó Manuel, que ya tenemos el andamio en el suelo.

—En fin, dijo el viejo reasumiendo majestuosamente su rol de costumbre, puedes

darle el nombre que quieras a mi modo de gobernarme en la vida. Esta vez, como siempre, me ha dado buen resultado, y eso es lo importante... Veo a mi hija feliz con un novio tal como yo lo deseaba... Y no creas que ha sido mi ánimo hacerte cargo alguno por la parte grande o pequeña que puedas haber tomado en el negocio... Al contrario, vuelvo a repetirte que te estoy muy agradecido... Si has notado en mí algún desagrado, bien comprenderás la causa... ¿Cómo diablos deshago este enredo con mi mujer? Aquí va a arder Troya.

—¿Me lo consultas? No vayas después también a echarme la culpa. Pero ante todo ¿le hablaste del testamento de algún tío?

—Algo de eso repuso don Felipe un tanto ruboroso.

—Pues dile que se ha recibido un telegrama anunciando un testamento posterior o desmintiendo la noticia que le has dado... Es muy sencillo...

—Pero va a querer echarlo todo a rodar.

—A tí te corresponde evitarlo primero con tu autoridad de padre, después tienes una arma omnipotente para las mujeres: el temor del ridículo... Aunque no estuviera comprometida la felicidad de tu hija en forma ya irremediable ¿qué diría la sociedad si tan ridícula historia fuese conocida, con la agravante de un yerno recibido en palmas porque se le creyó rico y despedido ignominiosamente al ser sabida su pobreza... Por otra parte, cuando te metiste en este berengenal, sabías muy bien que te esperaba este mal rato... Despáchate de él pronto...

—Tienes razón... pero antes quisiera que me sacaras de una duda que me atormenta ¿Sabe Gabriel algo de nuestras bromas y del engaño que he cometido con mi mujer?

—Nada... te lo juro: de otro modo sería indigno de Carolina. Queda tranquilo.... Nunca se sabrá por mi boca lo que has hecho...

VIII

Aquella misma mañana antes de almorzar, don Felipe celebró una larga conferencia con su irritable consorte.

Manuel, paseándose nerviosamente por el corredor, esperaba ansioso el resultado.

Nada supo por entonces. A la hora de almuerzo doña Ignacia no pareció. Según dijo su marido, sufría de un acceso de jaqueca.

A la noche hizo su entrada a la hora de comer, digna y majestuosa como siempre. En su frente leíase sin embargo la huella de pasadas borrascas. Dirigió a Gabriel una sonrisa bastante parecida a aquella inolvidable con que lo recibiera la tarde de su llegada a "Las Taguas". Pero al fin de cuentas esta última sonrisa era inequívocamente de suegra.

Es posible y aun probable que la atmósfera que rodeó a Gabriel durante la comida no fuese tan benévola como la de las anteriores ocasiones; pero el pobre muchacho no se apercibió de ello extasiado ante los dulces ojos de Carolina.

. . . . . .

Han pasado algunos meses. Ni don Felipe ni doña Ignacia han tenido motivos sino para felicitarse del novio que dieron a su hija... El pobre caballero sigue encantado con su yerno, y seguramente morirá en la consoladora creencia de haber sido, si no el único, el principal autor de aquel cuento del tío de tan dichosas consecuencias.

Don Julio Zegers

Por

Roberto Huneeus

Con ilustraciones fotográficas

Nos parecía remota, casi inaceptable, la muerte del hombre extraordinario que, a los 87 años de edad, ofrecía a los jóvenes un hermoso ejemplo de robustez y de trabajo.

Tuvo de la ancianidad las experiencias aquilatadas por el estudio, por el dolor, por el desengaño.

Tuvo de la juventud el impulso ingénito, el calor de las convicciones, la fe en los ideales; y ¿por qué no decirlo? alentó siempre las grandes pasiones que parecen las primaveras de los corazones convencidos.

Lo lloran los ideales del altruismo y de la paz; lo llora la Patria, lo llora su hogar que es modelo de amor, de nobleza y de virtud.

Se sienten sus amigos como aislados; los pocos ancianos que nos quedan, se verán aún más solos; y llevan los jóvenes el luto, más que por el maestro venerable, por el más esforzado de sus camaradas de combate en las conquistas de la libertad, de la democracia y del derecho.

II

Hay quienes, al nacer, encuentran el éxito de la vida asegurado.

No fué este el caso de don Julio.

No fué su niñez alegre.

Fué su vida una labor constante.

El modesto Inspector de los niños del Instituto Nacional fué, poco a poco, ascendiendo hasta conquistar el solio de consejero de los más esclarecidos gobernantes de la Patria.

Reunía, a la gravedad de la inteligencia,

A bordo del "O'Higgins", en el abrazo del Estrecho.

las sabidurías de una erudición ecléctica, los tesoros de una sensibilidad juvenil y las alegrías de una imaginación lozana.

Han retratado su belleza física, su porte aristocrático y la atrayente singularidad de sus maneras, las plumas, que son a menudo pinceles, de la sorprendente Iris y del concienzudo pensador y artista don Paulino Alfonso.

Fué tan altivo en todos los instantes de su vida pública como sencillo y modesto en el sagrado rincón de su vida íntima.

Al ver invadido a Chile por los peligros de la ostentación y el lujo, escribió una serie de artículos en defensa de la economía doméstica y de la sencillez de las costumbres.

La flexibilidad de su talento prodigioso le habría permitido sobresalir con iguales desenvoltura y brillo así en las Academias de Platón como en los jardines de Versalles.

Experto y ágil, astuto y sagaz, prefirió, sin embargo, a las sutilezas de la emboscada el combate cuerpo a cuerpo: el de los caballeros de la Edad Media: el de los grandes caballeros de todas las Edades.

Firmó siempre sus escritos, sin exceptuar aquellos que habrían de acarrearle todo género de sinsabores.

Mantuvo hasta el fin la integridad de sus convicciones.

El bajel de su inquietud no soportaba ni la esterilidad del ancla ni la monotonía de la ribera. Cortó siempre las amarras de las playas lugareñas. Su espíritu, digno de los grandes estadistas de la Europa romántica que él conoció en su primera juventud, lo empujaba a combatir en la alta mar de los principios y de los ideales.

Si fué apasionado, no lo sería probablemente en grado superior al de la generalidad de los hombres que sirven con seriedad y conciencia las ideas que los seducen y las causas que les han sido encomendadas.

Fué hombre de fuerzas positivas y constructoras.

Don Julio Zegers y su familia.

Celebración de los 82 años—8 de octubre de 1912.

Fué, como abogado, un príncipe del Derecho y de la dialéctica.

Ministro de Estado al estallar la guerra contra el Perú y Bolivia, fué uno de los políticos más previsores de su época.

Como economista, fué el más evidente, acaso, de los que anunciaron el desastre de toda ley artificial y prematura.

Sin considerarse precisamente como un hombre de letras, llegó a igualar, y, en ocasiones, a superar a nuestros grandes estilistas.

Nadie alcanzó como don Julio Zegers el dominio de la claridad y de la precisión. Como Ernesto Renán, quien, al filosofar, resultó aún más literato que filósofo, don Julio Zegers, al escribir memorandums de actualidades políticas, nos legó trabajos de docta, de impecable literatura.

Fué, como orador, atildado, persuasivo, contundente.

Su espíritu público y las notables aptitudes de su carácter lo hicieron necesario en el Parlamento y en la Moneda durante las horas difíciles de la guerra del año 1879.

Lo hicieron indispensable los acontecimientos del año 1891.

Vivió siempre instruído del problema del día para resolverlo, y vivió siempre alerta de los sucesos probables del futuro para adelantarles soluciones equitativas y educadoras.

Su temperamento batallador no le impidió convertirse en un abnegado apóstol del pacifismo internacional. Cuando parecía todo conjurarse para precipitar a Chile y a la Argentina en una guerra fratricida, don Julio Zegers levantó el estandarte de la concordia. A su acción inteligente, valerosa y tenaz se deben, en gran parte, los Pactos de Mayo de 1902.

Con empeño análogo predicó hasta sus últimos días la conveniencia de un arreglo amistoso y razonable con la nación peruana.

Atento a la prosperidad comercial de Chile, publicó sus ideas y trabajos para la formación de la Marina Mercante Nacional.

La Liga de Acción Cívica lo contó en el rango de sus más entusiastas directores. Por el saneamiento municipal se acercó don Julio a la Moneda en demanda de reformas que,

una vez logradas, dieron a Santiago el honesto y brillante Municipio que, en felices aunque ya olvidadas horas, presidiera el integérrimo e ilustre ciudadano don Isnael Valdés Vergara.

Amaba la pintura, a la cual dedicó con éxito muchas de las horas de su inspiración artística.

Como hombre de sociedad, fué don Julio otro duque de Buckingham que dejaba caer pródigamente las perlas de su amabilidad y de su ingenio en las calles, en los salones y en el club.

Cultivaba los ejercicios y deportes, por estimar subordinada a la salud física la salud moral. En Inglaterra habría seguido en pos del féretro de don Julio el caballo que montaba en su edad octogenaria.

Fué propagandista. Distribuyó con selecta profusión las obras de Legouvé: "Les Pères et les Enfants", los prólogos y dramas de Dumas, hijo: "La Grande Illusión" de Norman Angell, y algunos otros libros que estima la crítica como factores de educación y de progreso.

III

Simpatizó con el Partido Nacional mientras lo juzgó al servicio, no de hombres, sino de ideas.

Hombre de lucha, le atraía la tormenta.

Hombre culto, consideraba indigna la provocación de la tempestad sobre el apacible lago de la conciencia religiosa. Y, por eso, avanzó su proyecto de matrimonio civil en condiciones de exquisita moderación para todas las ideas.

La amplitud de su criterio le hizo desear el mejoramiento de la situación legal de la mujer chilena. En efecto: el 23 de julio del año 1877, el señor Zegers sometió a la Cámara de Diputados un proyecto de ley que, sabiamente concebido, no ha sido hasta ahora considerado. Basta leer ese proyecto para estimar al señor Zegers como uno de los prin-

En Buenos Aires.—Marzo de 1899: Discusión de la Puna de Atacama.

Don Julio Zegers y su nieto, en 1914

cipales precursores de un movimiento feminista, no de revolución, sino de equidad y de justicia.

Liberal avanzado pero cultísimo, repugnó las exaltaciones, que le sabían a denuncias de almas rabiosas y plebeyas.

Aristócrata de sangre, no olvidó jamás los deberes para con la sociedad a la cual pertenecía. Su admirable sentido práctico colocó a don Julio Zegers entre los más tolerantes racionalistas de nuestra patria.

Buen liberal, lo fué sin ambiciones personales... lo fué también sin esclavitud partidarista.

En las elecciones del 3 de marzo de 1918 no votó por los candidatos a senadores de su partido. Ofreció su concurso al candidato independiente don Joaquín Walker Martínez, para quien será una bella compensación de su derrota, la de saber y la de recordar que fueron para él los últimos votos que depositara en las urnas electorales el hábil, el patriota, el glorioso octogenario.

IV

No olvidará la historia de Chile la actitud de don Julio Zegers como acusador, ante el Senado, del Gabinete que sucumbió de hecho en Concón y La Placilla.

Quedarán como lecciones de civismo las accidencias todas de esa acusación inolvidable.

El talento, la versación, el valor y el patriotismo de don Julio Zegers, legaron entonces a la posteridad chilena páginas de Derecho y relámpagos de genio y truenos de oratoria que harían honor a los Tribunales y a los Parlamentos de mayor prestigio de la vieja Europa.

La ley de Amnistía, que él no combatió, le hizo comprender que, si no había terminado, se abría un paréntesis a su vida parlamentaria. Se alejó del Congreso, que él había presidido, y no volvió a ocuparse oficialmente de política, sino a ruego de los Presidentes que requerían su consejo, y a ruego de una Patria que lo llamaba, una vez más, a su servicio.

S. E. don Federico Errazuriz Echáurren, al ausentarse temporalmente del gobierno, tuvo el deseo que por desgracia no llegó a cumplirse, de confiar la banda de O'Higgins a don Julio Zegers.

Desprendido de toda pasión partidarista, destinó sus actividades al estudio y solución de nuestros problemas internacionales y económicos.

Las luchas presidenciales lo sustrajeron momentáneamente de su ostracismo voluntario.

Son memorables para los políticos, y también para los literatos, las campañas periodísticas de don Julio en torno de los candidatos presidenciales de 1906 y de 1915.

Si regresó a la lucha ardiente en las elecciones presidenciales del año 1915, no lo hizo por odio al señor Sanfuentes. Era lógico que el ciudadano que defendió el imperio de la Constitución en 1891, se sintiera obligado a cerrar o a dificultar el acceso al mando de la Nación a cualesquiera de los representantes o sucesores del régimen que él acusara en obediencia a sus convicciones y al mandato que le confiriera la Cámara de Diputados del año 1892.

V

Fué luminosa cátedra el escritorio de abogado de don Julio. Conocía el Derecho; y, si no lo hubiera poseído por el estudio, lo habría adivinado por la potencia de su talento, por su anhelo de justicia, por su instinto de equidad.

Fué el salón de don Julio uno de los centros más eficaces de la vida nacional. Se reunían allí los más importantes hombres de la actualidad política. Salieron de las charlas de ese salón muchas ideas que tuvieron más tarde excelentes servidores.

Podría decirse que, durante un cuarto de siglo, fueron los salones de don Ambrosio Montt y de don Julio Zegers, los cenáculos de las ideas, y, en momentos graves, el asilo de donde surgían esperanzados y animosos los desfallecidos combatientes de la política nacional.

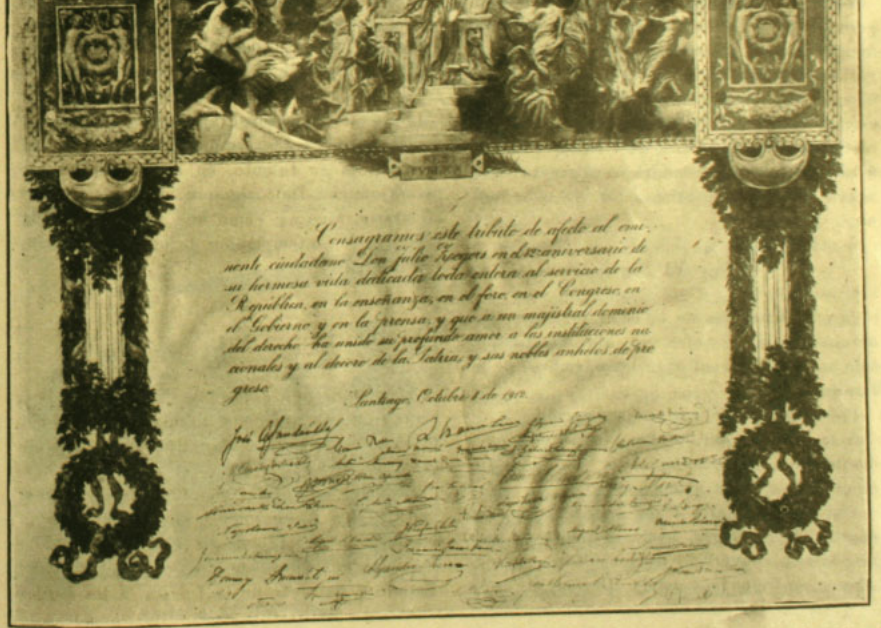
Supo don Julio mantener un salón y una tertulia política porque supo siempre defender la espalda de sus contertulios. Como Madame Loynes, la más influyente acaso de las damas francesas de la generación contemporánea, no aceptaba don Julio, no diremos el comentario ambiguo, pero ni siquiera el más benévolo reproche a la vida o a las obras del más insignificante de sus amigos.

Pero fué su comedor, especialmente en los últimos años, el punto de reunión, a veces de refugio, de muchos hombres que iban a buscar allí, con el pretexto de un alimento para el cuerpo, el alimento espiritual: el pan de la sabiduría.

Al rededor de su mesa abundante y hospitalaria, se congregaban los hombres y políticos de los más opuestos campos partidaristas. ¡Cuántas veces se encontraron allí, al lado de jóvenes Ministros, inválidos prematuros como Adolfo Guerrero y Máximo R. Lira!

En torno de esa mesa, tan respetable por don Julio como por su ilustre compañera, que perfuma de majestad, de benevolencia y de cultura el ambiente que se ofrecía, discurrieron los militares y marinos, los Diplomáticos y los jueces, los Ministros de Estado, confundidos con los periodistas y con los poetas: se reunían allí, como en territorio neutral, los estadistas, los pintores, los hombres de sociedad; los viejos y los jóvenes; los millonarios y los bohemios.

El alma de don Julio, en su exquisita comprensión de todas las aptitudes, inclinaciones y flaquezas del espíritu humano, recogía bajo su ala de gran señor, y con igual simpa-



Diploma obsequiado por un grupo de personalidades en el 82.o aniversario de su nacimiento

Su paseo favorito

tía o misericordia, a todos los ilusionados, y también, lo que es menos frecuente, a todos los vencidos de la fortuna y de las gracias de la existencia.

Terminado el almuerzo, durante el cual permanecía callado el anfitrión, se levantaba don Julio para hacer, por así decirlo, la digestión intelectual de todos los comensales. Y eran sus comentarios o digresiones resumen y síntesis de doctrinas, de episodios, de rectificaciones históricas, de conceptos filosóficos, que daban a todos los concurrentes una nueva luz para la orientación de su camino.

VI

Las inclemencias de la edad procuran, generalmente, a la vejez un aislamiento que sólo animan y reconfortan los miembros de la familia.

Fué el señor Zegers una excepción.

A la edad en que los hombres se van quedando cada vez más solos, se vió don Julio cada vez más acompañado.

Sus grandes atractivos ensancharon las puertas de su hogar, hasta el punto de sorprendérsele convertido en consultorio, en clínica o confesionario donde íbamos, viejos y jóvenes, a impetrar una solución para los más variados problemas de la vida.

Tuvo don Julio una exacta noción de sus deberes. Y, por eso, no tuvo el deber complicaciones para don Julio. El deber es árbol complicado solamente para aquellos que ignoran su raíz de virtud y su perfume de recompensa...

No desmayó su actividad ni por un breve instante en el largo transcurso de su vida. Hace poco, en su fundo de Raffigny, que él bautizó en recuerdo del nombre y de la morada de un abogado ilustre, se sentía contento y ágil sobre su mesa de trabajo. Redactaba allí, con los entusiasmos de un adolescente y con las perseverancias de un benedictino, una serie de estudios que, aun inconclusos, serán de altísimo interés para la historia de la política chilena.

Como a todo hombre superior, le alcanzaron las miserias de la calumnia.

Don Paulino Alfonso ha examinado ese asunto que no fué jamás problema. En la defensa que le fué al señor Zegers encomendada, el abogado no pretendió otra cosa que la de establecer una jurisdicción: no la del poder político, sino la del poder judicial para el conocimiento, sustanciación y fallo de la materia controvertida.

Fué el Cerro Santa Lucía su paseo favorito. Le encantaba, tal vez, como pensador y como artista, el espectáculo de la capital de una República que él había contribuído a desarrollar, a surgir, a vencer.

Le enamoraban los grandes horizontes, especialmente los de la montaña que él escaló apoyado en su talento, en su virtud, en su perseverancia. Dejó siempre, al frente de su escritorio, algo así como una ventana que le permitía la contemplación de un pedazo de la Cordillera.

VII

Al cumplir don Julio los 82 años de edad, recordaron sus amigos y admiradores rendirle un homenaje de amor, de simpatía y de gratitud.

El 8 de octubre del año 1912, le fué entregado a don Julio un pergamino, que hacía memoria de sus talentos y virtudes. Llevaba el documento los autógrafos del Jefe del Estado y del Jefe de la Iglesia, a los cuales

se agregaban las firmas de los más ilustres ciudadanos de la República.

Después del 28 de agosto de 1891, fué el 8 de octubre de 1912 el momento más hondo del alma de don Julio.

El luchador de una larga vida se sentía, por fin, recompensado. Y le venía la recompensa de manos de todos: de la admiración de los amigos y de la justicia de los adversarios.

No se hallan muy cerca los tiempos de Cincinato. Frescos están los ostracismos de O'Higgins, de San Martín y de Bolívar. Los contemporáneos no acuerdan la dádiva, la limosna de la justicia, sino en ocasiones verdaderamente excepcionales. Y fué éste el caso de don Julio Zegers.

Los pueblos rinden un tributo más o menos efímero a los políticos o militares afortunados, pero los reciben éstos en los momentos del éxito o de la conquista. Solamente a los hombres superiores, y que se hallan en retiro, les pueden llegar, como le llegaron a don Julio, las sorpresas de la gloria anticipada.

¿Sintió odios? Sí: odió el atropello, odió la injusticia, odió el desorden, odió el sectarismo. Tuvo todos los santos odios de las almas enamoradas del Derecho, del orden, de la tolerancia, de la felicidad del Universo.

Sus polémicas, algunas de las cuales no podrían citarse como ejemplo de mansedumbre, ni siquiera de misericordia, le devolvieron al día siguiente, vestida con el frac amable del amigo, a la misma persona que se embozara, en la víspera, con el especluznante vestón del adversario.

Don Julio Zegers, en 1872

En las accidencias de la vida pública, que degeneran a menudo en querellas personales, suelen hallarse en duelo, casi en actitudes de asesinos, o por lo menos, en disposición de víctimas, algunos hombres que sirven, sin embargo, intereses análogos de honradez, de ideal y de patriotismo. Un concepto mal redactado, o una frase maliciosamente interpretada conducen al llamado **campo del honor** a dos hombres de honradez igualmente acrisolada.

Se batió, en duelo, don Julio Zegers con don José Francisco Vergara.

¿Por qué? Porque las leyes de la sociedad son deficientes en lo que atañe al concepto del honor.

¿Para qué? Para que los hijos de los duelistas que estuvieron por matarse, fueran al día siguiente amigos y admiradores recíprocos de la honradez y de las virtudes de sus padres.

El formidable acusador del Ministro Vicuña, Ministerio que se hizo responsable y solidario de los actos de don José Manuel Balmaceda, no tardó en aparecer como el amigo solícito y caballeroso de los nobles hi-

Viaje a la frontera.

A bordo del "Mapocho", en mayo de 1888, conduciendo los restos de Prat.

jos del infortunado Presidente. Comprendieron los hijos del señor Balmaceda que don Julio Zegers no acusaba a un hombre a quien siempre quiso, sino a un sistema que siempre repugnó. Reconocieron, con honra para ellos y para gloria de don Julio Zegers, que las pasiones políticas deben tener necesariamente un límite, que no puede ni debe ser otro que el que resulta de las rectas intenciones con que procedieran el acusador y el acusado...

VIII

Con su claridad de adivino se adelantó don Julio a las asechanzas de la muerte. Le entregó a la posteridad una vida incólume. Le abandonó a la Intrusa un cuerpo débil: un hueso en que habría bien poco que devorar. Y así se burló del aspecto humano de la Muerte. Sería éste el último ademán burlesco de don Julio.

Tuvo la satisfacción de morirse con majestad de estatua. Y es que tenía todas sus cuentas arregladas; las de aquí... y las de allá...

Con una larga vida dedicada al servicio de la Nación y al bienestar de su familia, es natural que dijera don Julio: "La muerte no debe arredrarnos, cuando en la vida se ha cumplido con todos los deberes del ciudadano con rectitud y elevación, ella no es más que un deber más: el deber último."

La muerte trágica de su hijo Luis de 20 años de edad, ocurrida en 1890, produjo en don Julio la primera catástrofe de un corazón, que si conocía dolores, no había sentido aún las mutilaciones de la entraña.

Devorando su pena, le salieron al encuentro los sucesos políticos del año 1890. Sintió don Julio los presagios de la dictadura.

Es muy posible que ese gran dolor de un padre amante influyera en lo que fué más tarde el gran valor de un eminente ciudadano.

Fué un ejemplo de padre, de esposo, de hermano, de abuelo. Su vida, en torno de sus nietos, realizaba todas las ternuras que inmortalizara en su "Hijo mío" el imponderable Amicis.

Tuvo una alma agradecida. Se esmeraba en recordar a los hombres que, en su juventud difícil, lo amaran o lo entendieran. Habló siempre con el calor inconfundible de la gratitud, de su primer jefe, don Manuel Montt; de don Borja García Huidobro, el padre de su primera esposa; de su profesor don Raimundo Silva; de su amigo don José Antonio Montt; de su viejo camarada don Baldomero Pizarro; y, en general, hablaba con emoción de sus maestros y benefactores.

No tuvo, no podía tener en su verdadera aristocracia de sangre y de talento, ninguna necesidad, ninguna fiebre por los honores oficiales.

No buscó le fama. Sabía que la gloria de los hombres, según León Daudet "es el cigarro encendido... pero con el fuego dentro de la boca".

Fueron pacientes y poderosos auxiliares de la prosperidad de don Julio: el orden y el sistema, el método y la disciplina, que impuso valientemente a las ansias y pasiones de su viril temperamento.

Fuimos, a menudo, testigos de su caridad

siempre callada, como lo aconseja el Evangelio. Enemigo de las pueriles ostentaciones, deseó, como Víctor Hugo, un funeral modesto.

Con la amplitud de sus grandes miras, simpatizó con las naturales reclamaciones de la democracia.

Y el pueblo asistió conmovido a los funerales de ese hombre en cuyas venas circulaba la sangre de Condes y Marqueses.

El pueblo, en su instinto de justicia, tributó a don Julio el homenaje que olvidó rendir el Congreso Nacional al ciudadano que más hábil y abnegadamente defendiera entre nosotros los fueros y la esencia del sistema parlamentario.

Bergerac ha publicado un artículo sobre "Don Julio Zegers, Maestro": artículo en el cual propone la idea de honrar en las Escuelas la memoria de don Julio en un día determinado de cada año. ¡Hermosa idea la de narrar a los niños de hoy, que serán los hombres de mañana, la historia del esclarecido varón que impuso la nobleza de una enseñanza a cada uno de los importantes actos de su larga vida!

Señora Eloisa de Figuereido.

La sociedad del Brasil

(Apuntes)

Por

Nicolás Novca

Con ilustraciones.

Cuando el viajero contempla la bahía de Guanabara; cuando la mirada después de abarcar ese mar azul sonriente, tranquilo como un sueño infantil, descubre en una lejanía brillante los puntos luminosos de los edificios de Niterói, heridos por un sol deslumbrador y magnífico; cuando divisa alzarse en medio de un conjunto lujurioso de colores las esbeltas palmeras que, mecidas por la brisa, saludan con sus copas siempre verdes, en movimientos ondulados y alegres al observador ansioso de luz y de vida; cuando toda aquella naturaleza fecunda y pródiga se apodera del viajero y entra en él inundando su sangre de una nueva savia, sacudiendo con enérgico movimiento las actividades dormidas en el fondo del cerebro y las pasiones abrigadas en el corazón agonizante bajo el peso muerto de la rutina y del sentido práctico, hay necesidad de preguntarse ¿quién mora en este templo de color y de la luz? ¿Cómo sienten los seres que continuamente están envueltos por los perfumes de esta mirra y de este incienso tropical? No pueden, sin duda, ser iguales a aquellos que vivimos combatiendo las rachas polares, a la vista de esa mortaja blanca que cubre la cordillera imponente en su aridez y amenazante en su grandeza.

No es posible que aquellos hombres que ven morir el día en crepúsculos azules, que contemplan el sol rojo en el zenit, y que asisten al nacer de una luna que, como un inmenso globo de fuego, surge lenta, grave, solemne del océano turquesa, puedan vibrar en la misma forma que los hijos del valle estrecho que se desarrolla angustiado entre la montaña y el mar.

Esta diferenciación que brota lógica de la naturaleza maravillosa de ese gran país que se llama el Brasil, existe en realidad. El espíritu general del medio y las ideas y sentimientos que forman la base de la aristocracia social son absolutamente diversas a aquellas que por lo común rigen las costumbres de los países nuevos que dan los primeros pasos en la vía del progreso y de la civilización.

Feliz tierra aquella donde aún se aprecia la cultura, donde se rinde pleito homenaje al talento, donde se forma el arte, donde se adora la belleza, a pesar del ciclón de lujo, de riquezas, de empresas colosales que gira vertiginoso en el mundo entero queriendo destruir y ahogar las más bellas prendas de corazón humano: el altruismo y el amor.

El arte tiende allí sus delicados brazos a todos los medios sociales, sin excepción alguna. En la alta aristocracia hay más de una gran dama de nobles abolengos que cultivó el piano, la pintura o el canto en los grandes centros de la actividad mundial. Primeros premios del Conservatorio de París amenizan las veladas de las familias de cortesanos del viejo imperio con la interpretación de las mejores obras clásicas y modernas; la hija de un Ministro de Estado, viejo servidor cargado de méritos y de laureles, ha sido discípula de Massenet en el arte vocal y canta como la más refinada artista, con voz pura y cristalina como una aurora, y con la emoción cálida de una alma de mujer nacida en una tierra que es en sí misma un himno a la belleza y a la pasión. Señoras de la más alta aleurnia no se sienten rebajadas en su decoro rodeándose de discípulos y de discípulas de arte. Una vez al año presentan al público los frutos de su trabajo, y a aquellos espectáculos que honran a un país y a sus hijos asiste toda la sociedad ávida de felicitar a esas damas que aprendieron a sentir las más puras delicadezas del arte al lado de Saint-Saens, Massenet, Carreño etc. y que se encargan ahora de desparramar en su país esa simiente sin precio del amor a lo bello que dignifica el carácter y eleva el sentimiento moral.

Yo he visto humedecerse con lágrimas bellos ojos negros ante el espectáculo no soñado e indescriptible de la célebre Isa-

dora Duncan danzando las obras de Chopin; he visto las inmensas ovaciones que la sociedad fluminense prodigó a aquella hada del arte, y he podido observar que ese culto era puro y sincero, porque nadie vió en aquellas noches deliciosas e inolvidables otra cosa que la línea clásica animada por la armonía. Los tocados, las joyas, el oropel se perdieron como aerolitos en el espacio ocupado por aquel astro deslumbrante del arte coreográfico.

Debussy, Rabel, los modernos en general, son familiares a esa sociedad distinguidísima; hay quienes les rinden un verdadero homenaje, y conozco una dama de tipo clásico moro que, en medio de los muelles arrullos del coqueto salón de un delicioso hotel a la francesa, vive mecida por las extrañas y evocadoras desarmonías de Debussy.

La clase media ama también el arte con pasión. Mi despertar día a día era el más grato que sea dable imaginarse. Vivía yo en un modesto hotel de familias situado en una calle trasversal que está en el centro de uno de los barrios más aristocráticos de Río; una calle corta, no medía sino una cuadra, una calle tranquila y burguesa, engalanada con árboles que susurraban cosas extrañas al ser solicitados por la brisa y que permitían divisar un pedazo pequeñito de mar; la recuerdo con verdadera ternura, se llamaba Buarque de Mecedo. Mis vecinos eran gentes de trabajo, empleados, funcionarios, comerciantes, etc. Nunca abrí mis ventanas al despertar sin que llegaran a mis

Señora Amanda Motta Nola de Belson, princesa de Belsord.

oídos los acordes apasionados, trágicos, vibrantes, del Preludio del Coral y Fuga de César Brank. El sol entraba insolente invadiéndolo todo y en él venían envueltas las inefables armonías del viejo organista francés.

¡Cuántas veces en las tardes descansando de las labores, desarmado por la tibieza de brisa, me echaba sobre un sillón, soñoliento y torturado, y oía entonces brotar un coro místico, dulce, de voces misteriosas de hombres y mujeres! ¿Por qué cantaban dónde tocaban? Nunca lo pregunté; pero era extraña esa mi calle, donde parecía haber en cada casa una tonalidad de la armonía general de ese pueblo enamorado de la línea, del sonido, del color.

La atmósfera de arte me acompañaba siempre; aun en mi trabajo. En medio de la aridez de las comunicaciones oficiales la brisa me traía cada mañana la rica y elegante melodía de los preludios de Chopin ejecutados por un pianista lejano y tenaz, cuyo amor por el torturado de la Isla de Mallorca era superior a sus disposiciones de ejecutante.

Y estos detalles personales, por los cuales pido perdón, figuran aquí sólo como muestra de que el arte se extiende en esa luminosa ciudad sobre todos los seres, sobre

Señora Antonieta Cuartín de Silva Costa.

Señora Agnes de Leitao da Cunha

todos los barrios, sobre todos los espíritus como una inmensa salvaguardia contra el soplo helado de la ambición que mata, que seca, que fosiliza.

La alta sociedad del viejo imperio: los descendientes de los barones de Motta Maia, de Cuartín, de Estrella, de los vizcondes de Catette, de Itamaraty, de Guayi, etc. son gentes que no se dejan seducir por el brillo de las fortunas. Los improvisados que arrastran lujosas libreas, que marchan al son de las estridentes bocinas de los potentes automóviles, que se iluminan con el fulgor de los brillantes, se quedan a las puertas de las tradicionales mansiones del Brasil. En cambio, los artistas, los literatos, los hombres de talento, tienen franca entrada en ese medio aristocrático

Señora María Georgina da Silva Costa.

que vive al día en todas las manifestaciones de la vida espiritual y elevada.

Hombres hay en el Brasil que cuentan con millones de francos y que, a pesar de vivir ya largos años en medio del lujo y de la abundancia, no logran aún penetrar a los salones que tienen las fotografías y los recuerdos de don Pedro II.

Las cosas se juzgan allí en una forma diferente a la que es habitual a las nuevas repúblicas de Sud-América; lo que allí se aprecia y lo que allí se ve no es corriente entre nosotros. Hay admiración por el arte y por el ideal, y hay desconfianza del dinero y del éxito.

El nivel intelectual de la sociedad fluminense se manifiesta especialmente en la conversación de las señoras, inspirada casi siempre en algún tema de interés, y en la forma en que se realizan los saraos y reuniones sociales. Rara vez un baile es solamente un baile, casi nunca faltan en una fiesta uno o dos números de arte. La declamación, el canto, el piano, el violín, forman parte obligada en aquellas veladas, y la rivalidad entre las señoras que abren sus salones no nace de los tocados, ni de las viandas, ni de los vinos, sino que de la conquista de la superioridad en estas manifestaciones artísticas.

Compréndese bien, entonces, que la charla no decaiga, que las conversaciones sean vivas y animadas porque ellas nacen del espíritu, porque en ellas impera algo que interesa a todo ser culto y porque ellas hacen nacer ideas generosas y amplias.

La libertad reina en los salones, las señoras circulan solas por ellos, sin necesidad de acompañante; formanse los grupos de conocidos y amigos, báilase, óyese una pieza de piano, discútese el mérito de la obra, todos los concurrentes van de un lado a otro sin temores pueriles, con confianza, con posesión de sí mismo; todo demuestra buen espíritu, cordialidad, altura de miras, verdadera distinción.

Así como la gran sociedad se entretiene y ama el arte, se divierten tambien la clase media y el pueblo con cordura y fineza.

Las sociedades obreras tienen sus grandes salones para fiestas, y los negros se reunen domingo a domingo a danzar al són de un trombón estruendoso y de una flauta anémica.

Puede decirse en síntesis y para concluir este breve apunte que la vida se desarrolla ahí dulce, suave y amable, y que la naturaleza, enamorada y generosa, prodiga sobre el pueblo apasionado y sentimental que vive bajo su abrigo, los tesoros inagotables y aladinescos de sus crepúsculos azules, de sus lunas encendidas como globos de fuego y de su sol rojo en el zenit.

Frank Dalton a la edad de 28 años.

William Dalton, otro de los hermanos de la partida.

FUERA DE LA LEY

La historia de una banda de salteadores norteamericanos

Por

Emmett Dalton

(El único sobreviviente de la partida)

Con ilustraciones.

Los de aquellas bandas de aventureros que durante años mantuvieron en sobresalto a los estados del Far West americano los James, los Younger y los Dalton, todos ellos con excepción del que esto escribe, han pagado su tributo a la justicia. Desde el punto de vista moral, no hay justificación para sus tremendos actos, y yo no he de pretenderla si no es para advertir que la vida ambiente de aque los días era por completo diferente de la de hoy, por lo que ha de ser difícil para una persona criada en esta edad de civilización y de orden el entender las condiciones que entonces existían. Muchos de esos hombres que asaltaban los trenes o los Bancos, y cuyo sólo nombre ponía terror en el corazón de los vecindarios pacíficos, fueron con frecuencia más víctimas de culpa que culpables. Sus faltas no fueron tanto contra la ley como contra la forma en que entonces se la aplicaba. Su objetivo no era tanto el robar y aterrorizar a las personas, cuanto el castigar a una autoridad que ellos imaginaban les había sido ingrata. En aquellos tormentosos días, cuando la vida en el Oeste era considerada de tan poco valor, lo que se tenía por ley no era con frecuencia más que venalidad y corrupción.

La familia Dalton

Nuestro padre se llamaba James Luis Dalton, un veterano de la guerra con Méjico, que había combatido a las órdenes del general Taylor. En Kentucky habíase dedicado a la agricultura y la talabartería. Trabajador tranquilo y modesto, habíase conquistado todo el respeto de sus vecinos, un respeto del cual sus mismos tres hijos convertidos en bandidos no pudieron desprenderse. Nuestra madre adelina Younger Dalton nació en Missouri; era tía de Cole Younger, cuyos hechos son tan famosos como los de los Dalton. Nuestra familio era numerosa, por todo quince hijos: diez hombres y cinco mujeres. Siete de ellos estamos vivos, además de mi madre.

Roberto Dalton, cuando tenía 26 años. Fué el cabecilla de la banda de salteadores.

quien a la edad de ochenta y uno se mantiene firme y animosa.

Nuestros padres nos dieron a todos una buena educación; mis hermanos Benjamín y Cole se graduaron en el Colegio Mc-Gee. En 1880 nuestra familia se trasladó del condado Cass, Missouri, al territorio de los indios (Oklahoma) donde mi padre se dedicó a las siembras y a la crianza de ganado. Cuatro años más tarde, mi hermano Frank fué nombrado ayudante de la policía federal de Estados Unidos, cuya jefatura local se hallaba establecida en Fort Smith, Arkansas. De todos los bravos que servían a la autoridad y se jugaban por ella la vida, ninguno se conquistó mayor respeto que Frank Dalton.

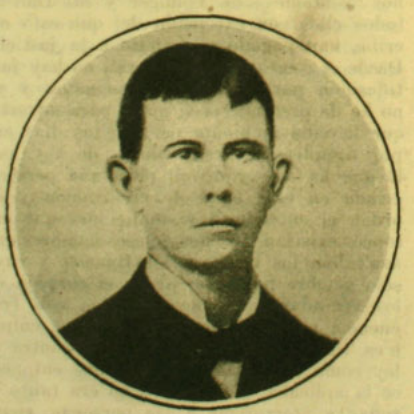
Los cuatreros y los contrabandistas de licores que introducían whisky en el territorio de los indios, oían su nombre con terror. Frank era sin miedo, honorable y leal, y creo firmemente que sin su muerte no hubiera ocurido a nuestra familia nada que pudiera avergonzarla.

La muerte de Frank Dalton

El 27 de noviembre de 1887, Frank, en compañía de Jim Cole, otro ayudante de policía, fué enviado a capturar a tres contrabandistas de alcohol que andaban desde hacía meses jactándose de su éxito en evadir la ley. Con su compañero, Frank, se encaminó hasta el punto en que habían levantado su tienda Smith Dixony, un jovencito de nombre William Towerly, del otro lado del río Arkansas, frente a Fort Smith. Cuando ambos se aproximaban vieron a la mujer de Smith que preparaba el desayuno frente a la tienda. Nadie más estaba a la vista. Frank se dirigió por la parte posterior de la carpa, e indicó a Cole que se adelantara y sujetara a la mujer. Cole contaba así lo que siguió:

"Estaba casi junto a la mujer, cuando ella me vió. Tenía mi rifle por delante y ella se abalanzó sobre mí con un alarido y se tomó de él. En el mismo instante Frank asomaba por el otro lado. Smith saltó de dentro de la tienda empuñando un revólver de seis tiros, y dando vueltas a la carpa se encontró con Frank. Ambos dispararon al mismo tiempo, y ví a Frank que vacilaba como para caer, mientras Smith cayó hacia adelante, muerto. Yo seguía luchando con la mujer que forcejeaba como una loca, sin soltar el fusil. Entonces ví a Dixon que salía por la puerta de la tienda. Al encontrarse con Dalton, ambos se hicieron fuego, al mismo tiempo otra vez. No ví lo que ocurrió en seguida, pues seguía batallando con la mujer. Mi fusil se disparó, y ella cayó muerta, lanzando una especie de estertor."

Los demás disparos que llegaron a oídos de Cole provenían del fusil de Towerly, el muchacho, que fué el último en salir de la tienda. Dixon y Smith estaban por tierra, ambos alcanzados por una bala de Frank. Dixon murió tres días más tarde en la prisión de Fort Smith, Frank había sido herido en el costado por Smith, y luego por Dixon, más o menos en el mismo sitio. Towerly, según lo confesó más tarde, disparó tres tiros sobre Frank, uno de los



Grattan Dalton, de 33 años.

Yo forcejeaba con la mujer, a la que no podía hacer soltar mi fusil.

cuales, que entró por la boca, le causó la muerte. También le disparó un tiro a Cole, pero la bala, después de atravesar la ropa, se desvió y pasó sin tocarle. Towerly consiguió escapar.

Así terminó Frank Dalton, como un mártir del deber y víctima de los hábitos de una época bárbara, que vió el sacrificio de centenares de hombres, buenos y malos, todos muertos por el mismo método: un tiro repentino, un cuerpo tambaleante, un estremecimiento, y luego, silencio para siempre.

Siempre recuerdo la ocasión en que el coronel Carroll, el jefe de la policía, mandó llamar a mi hermano para decirle:

—Lo he elegido entre todos mis ayudantes para que quite la trampa de debajo de esos pobres muchachos que han de morir ahorcados el viernes próximo, porque sé que usted tiene la cabeza despejada y no cometerá un error.

Frank era un formidable sujeto. Apenas su jefe acabó de hablar, sacó su comisión del bolsillo y tirándola sobre la mesa, dijo:

—Vaya, coronel, si eso es todo lo que tiene en qué ocuparme, aquí está mi nombramiento. Yo puedo darme de balazos con cualquiera siempre que esté dentro de mis deberes hacerlo, pero nunca colgaré ni siquiera a un perro.

El coronel Carrol devolvió los papeles, y con voz recia repuso:

—Bien, muchacho, no creas que te lo repruebo; tampoco yo lo haría.

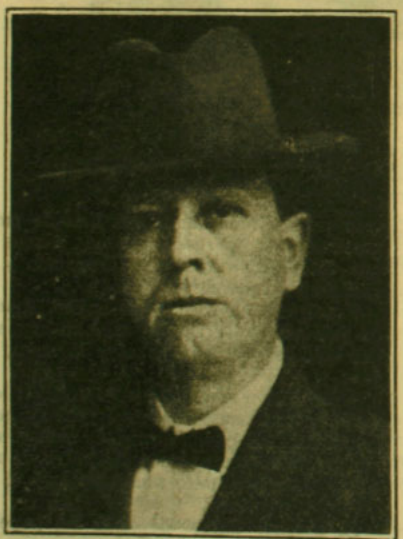
Según la ley, el jefe de policía ha de escoger entre sus ayudantes al que debe dirigir la ejecución de los condenados, por cada uno de los cuales se le pagan cinco dólares. Pero después de la negativa de Frank, ya no se les pidió a los ayudantes que cumplieran con ese horrible cometido, y en los demostraron su gratitud por esto comprándole por suscripción un anillo de oro que tuvo en su mano hasta su muerte.

Un Estado sin ley

No había por ese tiempo leyes civiles en Oklahoma.

Uno podía cargar tantas armas como quisiera. No se podía demandar a nadie ni ser demandado. El jefe de la gendarmería federal era la ley y el juez, y debe decirse en su honor que para la situación de aquellos tiempos lo hacía bien, visto que entonces el territorio de los indios era un foco al que convergían todos los individuos sin Dios ni ley. Si uno iba a leer una notificación, así fuera a un fraile, etc., podía sacar un trabuco de la bota y disparar sobre el ministro de fe. Allí donde la ley era violada, allí iba el ayudante de policía a cazar a su hombre, o a ser cazado por éste.

Los ayudantes de seguridad eran entonces pagados por el sistema de arancel. Se les pagaba a razón de diez centavos por milla cuando iban a una notificación, cuarenta centavos por día para la alimentación de un reo; dos dólares y medio por la lectura de una orden de prisión, y otras asignaciones en proporción. Bien poco en realidad, si consideramos que estos hombres exponían su vida a cada a paso.



El único sobreviviente, autor de estas memorias.

Towerly, el muchacho que disparó último sobre Frank, había conseguido escapar, como he dicho, pero sólo por poco tiempo. Todos los gendarmes en Fort Smith salieron tras él, y días más tarde Moody y Stockley lo encontraron en Atoka; en la lucha que se siguió, Towerly mató a Stockley, pero fué mortalmente herido por Moody. Antes de morir confesó el crimen de las orillas del Arkansas, y cómo él había disparado tres tiros sobre Frank moribundo. Los mil dólares ofrecidos por la captura de Towerly no le sirvieron mucho al pobre Moody, pues días más tarde fué muerto por Billy Bruner, un indio.

La semilla de la de ección

Mi hermano Roberto había sido llamado a suceder a Frank desde California, donde se hallaba con mi padre. Poco después se le envió a la parte sur de Kansas donde organizó la policía de las tribus osages. Esta fuerza, formada por dieciocho hombres, patrullaba la zona haciendo deberes de policía regular. Las cosas fueron bien hasta que el cambio de jefe trajo la semilla del descontento. La administración estaba por ese tiempo plagada de gentes que no pedían otra cosa que un empleo para explotar al mismo tiempo al tesoro público y a sus subordinados. Luego comenzó a sufrirse con los atrasos de la paga. El jefe hallaba siempre alguna excusa. El Gobierno no consiguía la aprobación de los presupuestos; el dinero llegaría pronto. Pero este "pronto" no llegaba nunca, y al fin Roberto dejó el empleo. ¿Qué tiene de raro que gentes que habían trabajado honestamente por la autoridad se apartaran con disgusto de ciertos de sus representantes desde el momento que se convencían de que eran explotados sin esperanza de sanción? Esta corrupción fué causa de muchos de los crímenes que se cometieron en el Oeste.

Sin esperanzas de obtener nuestros salarios, mis hermanos Gratta y Roberto, yo que servía de ayudante a éste y 3 amigos decidimos hacer una excursión a Nuevo Méjico con la intención de trabajar allí en

Caballo y jinete rodaron por el suelo.

algún negocio. Hicimos de a caballo el viaje entre Oklahoma y Silver City. En esta ciudad, y hallándonos en el hotel, nos sentamos a la misma mesa con un corpulento individuo que luego se presentó como Ben Canty ex-jefe de policía del distrito. Al oír su nombre comenzamos a hacerle preguntas, y de allí resultó que se trataba de un antiguo amigo de la familia que había sido nuestro vecino en Missouri. Canty obsequió a Roberto con un hermoso reloj de oro y cadena.

El mismo Canty presentó a Roberto a Miss Eugenia Moore, que más tarde había de ser uno de los nuestros. Ella era también de la misma región de Missouri, y había ido a New Méjico por salud y por un puesto de maestra de escuela. Era ella una bonita joven de veintidos años más inteligente de lo ordinario.

Después de dejar convenido con Miss Moore que se reunirían en Guthrie Oklahoma, Roberto que era nuestro cabecilla, anunció sus intenciones de regresar. Partiendo hacia el noroeste de Silver City, llegamos a Santa Rosa, en Nuevo Méjico.

Emmett Dalton, como se veía en sus días de salteador.

días más tarde. Nos fuimos a cenar a un restaurán chino. El propietario se acercó a nosotros mientras comíamos y nos dijo: Mucho glande juego en cantina. Mucho vaquero, mucha plata.

El chino se ofreció para pilotearnos hasta la taberna, y le seguimos. No pasó mucho tiempo antes que nosotros también, con excepción de Roberto, nos halláramos jugando al monte, en cuyo juego se decía experto nuestro amigo el chino.

Pronto me cansé, y cedí mi sitio a Roberto, que había estado de guardia. Debo advertir que era un hábito nuestro que uno estuviera siempre de guardia, día o noche, mientras los demás se ocupaban en algo. Era una especie de práctica militar, que fué siempre mantenida por nosotros hasta la desgraciada sorpresa de Coffeyville.

Como observador, no tardé en descubrir que el juego era trampeado. Esperé comprobar bien mis sospechas, y llamé a un lado a mi hermano Roberto: Este es un juego con maña, le dije.

—Bueno, si estás seguro, me dijo, les vamos a dar una lección a estos mugrientos (1).

A esta hora habría unos cincuenta individuos de todas las nacionalidades en la sala de juego, que era al mismo tiempo una cantina y un salón de baile. Todos cargaban armas. Roberto me ordenó ponerme cerca de la puerta, y uno por uno fué llamando a un lado a nuestros compañeros, y les contó lo que habíamos descubierto. Entonces, a una señal de mi hermano, y con la precisión de un reloj, todos sacamos nuestros revólveres, y ordenamos: ¡Arriba las manos! Sin una protesta, todos obedecieron, con excepción del chino que de tres brincos salvó la distancia hasta la puerta, y como yo abriera las piernas para cerrarle la pasada, se agachó, y pasó por entre ellas como una liebre. Al entrar de nuevo al salón, sentí a Roberto que decía. Ustedes no saben tratar a los forasteros; por eso yo voy a enseñarles cómo debe tratárseles.

En un abrir y cerrar de ojos tomó todos los billetes de los tramposos, pero sin molestar a éstos. Salimos, montamos en nuestros caballos, que habíamos dejado amarrados frente a la taberna, y con una descarga cerrada que obligó a todo el mundo a buscar refugio, partimos. Este fué nuestro primer crimen, que como se ve no fué premeditado, sino para castigar a unos tahures.

Al día siguiente de nuestra hazaña en la mesa de monte, una patrulla salió en nuestro seguimiento. Al caer la tarde y en las cercanías del matorral, divisamos en la lontonanza de una vasta llanura un grupo de seis o siete hombres armados que nos seguían. Comprendimos inmediatamente que era la policía. Algunos de nuestros compañeros pidieron que nos detuviéramos y arregláramos cuentas en campo abierto.

—No, dijo Roberto; vamos a dar una pequeña vuelta, pasamos el río más abajo de la cascada, esperamos que ellos vayan bajando a cruzarlo, y abrimos fuego.

Primera ofensa contra la ley

Después de cruzar el riachuelo en lo que después supimos se llamaba Sittin Bull Falle, tomamos nuestros fusiles, y nos detuvimos a esperar que llegarán los mejicanos, y comenzaran a bajar la orilla. Como veinte minutos más tarde los sentimos llegar por entre el matorral de la otra orilla, charlando en su lengua y metiendo tanto ruido como un tropel de ganado. La distancia a través del río sería de unas ciento cincuenta varas. Roberto abrió el fuego y los demás hicimos lo mismo.

El primer caballo de la patrulla se en-

(1) **Greaser**, apodo que se les daba a los mejicanos en el sur de Estados Unidos.—(N. del T.)

cabritó y volvió grupas; luego todos los de la partida volvieron a repechar la orilla después de dispararnos una descarga. Uno hirió a uno de los nuestros, Mc-Elhanie, en un brazo.

—¡A la carga! gritó Roberto.

Clavando las espuelas a nuestros caballos cruzamos el río de la carretera, y al repechar la otra orillas vimos como a trescientas varas de distancia a los gendarmes mejicanos que alcanzaban al galope los matorrales. Roberto saltó a tierra y echándose el fusil a la cara disparó. El caballo de más atrás cayó de cabeza, y su jinete quedó en tierra.

El robo de la sala de monte había sido un crimen, pero el ataque a la autoridad fué lo que nos puso fuera de la ley, y como resultas de ello y otros actos que ya daré a conocer, fuimos conocidos como salteadores, y hasta nuestro nombre fué pronunciado con terror en todo el Oeste.

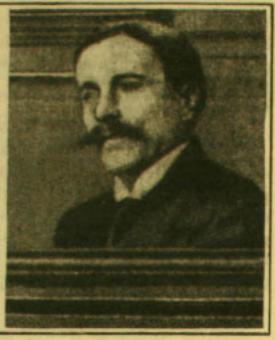
—Traducida para "Pacífico Magazine".

(La próxima descripción contendrá algunos sensacionales asaltos de trenes perpetrados por la pandilla de los Dalton.)

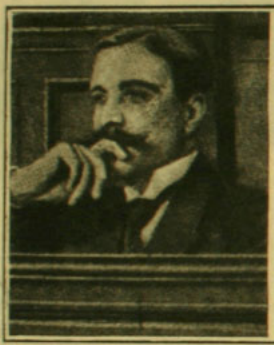
Las actitudes de Bolo

Arrogante.

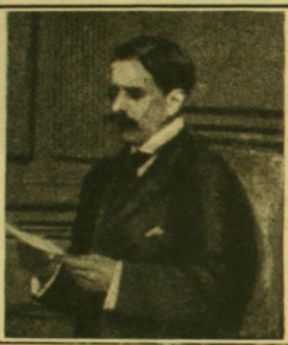
Disimulando.



Atento.



Indiferente.



—Yo partí para América por negocios de papel para los diarios.

—No crean ustedes, señores jueces, que yo quiera saltarme este pasaje, pero debo confesar que me es imposible leerlo.

...Y me dije: "Entre tú, Caillaux y yo, hay uno que debe vencer. Y te aseguro que ese no serás tú...

—No tengo por costumbre guardar los recibos de las sumas que deposito en un Banco.

—¡Cómo!, dije a Pavenstedt, ¿usted, von alemán, bebe por la salud de Francia?...

FUERTE COMO LA MUERTE

(Premiado en el Certamen de "El Mercurio" de 1916)

Por

Humberto Bórquez-Solar

Ilustraciones de Jourdain

I

Por el ancho sendero que en suavísimo declive baja hasta la orilla del río, viene un mocetón de unos dieciocho a veinte años. Camina lentamente, hundiendo sus pies desnudos en el suelo arenoso, salpicado a trechos de una grama rala.

Amanece. La luz pone un claror en la figura del caminante. Es de estatura mediana, bien hecho. Viste un pantalón de carro, azul obscuro, una chaqueta negra, verdosa y raída.

La camisa abierta en el pecho deja ver una cutis morena. Su rostro de igual color es agradable. Bajo las cejas espesas llamean sus obscuros ojos. Es un tipo común de campesino isleño.

Mientras perezosamente avanza, el sol que asoma por sobre la selva espesa desparrama sus rayos como un baño de plata sobre las cosas. La neblina del río Pudeto se deshace y su superficie clara toma los tonos blancos y azulados del acero reluciente. El bosque iluminado reverdece. Silban los zorzales, cantan los "quechanos" (1), las diucas, los chincoles, los chirigües. El carpintero picotea en algún tronco seco y sus picotazos remedan el golpear de un martillo. La vida de la naturaleza despierta bullidora. El rumor del río en su cercana desembocadura se espacia como una melopeya bronca y monótona.

El mocetón llega a la ribera del río. Se sienta sobre uno de los troncos tirados en la arena... Mira hacia un lado del Pudeto. Las aguas bajan tranquilas y forman pequeños remolinos en el largo puente que lo corta de un lado a otro y que, roto, intransitable, se alarga como una enorme culebra...

Torna la vista hacia abajo y ve la lucha entre el río y el mar. Las olas coronadas de espuma suben y bajan incesantemente, se extienden, se atropellan con eterno rumor. Más allá de la barra, un buque que asoma su casco gris, y luego la lejanía como una nube obscura.

No distante del punto en que descansa el mocetón, se mecen suavemente algunas canoas, amarradas con sogas de quilineja a los nudos salientes de los troncos dispersos cerca de la orilla.

Después de un rato, el campesino otea a lo largo del sendero... Divisa una mujer. La reconoce. Se levanta con alegría. Toma el cordel de una de las canoas, haciéndola resbalar sobre la arena húmeda. Desata la amarra: arrolla el cordel y lo arroja dentro de la embarcación. Coge una larga vara y apoyándose en ella salta al interior de la piragua.

De pié espera a la campesina. Viene esta a paso ligero, vestida con falda de "carro" tan corta que deja ver la robusta pierna desnuda hasta mitad de la tibia. Trae cubierto el busto con un pañolón y sobre el hombro, sostenido con la mano que le obliga a tener el brazo en arco, un gran canco de barro casi pleno de leche y tapado con ramitas de laurel y arrayán... Llega a la ribera...

—Buenos días, Juan.

Juan Buenchur le sonríe y se agita como si quisiese responderle:

—Buenos días, Rosario Huentilicán...

Pero es mudo y deja escapar sólo un sonido gutural.

La lechera baja su canco, lo deposita dentro de la piragua y se embarca.

Juan apoya su larga vara en la arena y con un empujón singular de los brazos y el cuerpo, la canoa resbala sobre el agua con un rápido vaivén. Vuelve a ejecutar la misma acción y la canoa avanza hacia la ribera opuesta.

Mientras la embarcación corta la superficie del río, Juan observa a la muchacha que en plena juventud parece exhibir sus encantos. Sus ojos obscuros, profundamente obscuros y bordeados de largas pestañas, miran subyugadores.

Su boca pequeña se ofrece como un panal y sus formas a través de su vestimenta holgada y burda derraman voluptuosidad.

Mientras perezosamente avanza, el sol que asoma por sobre la selva espesa...

Ella huye la mirada de Juan, a quien tiene una especie de lástima. Es tan solícito y bueno con ella.

La piragua sigue andando lentamente, lentamente. Apenas parece avanzar.

Se le adivina al muchacho el deseo de prolongar eternamente la travesía para gozar el encanto que irradia de Rosario Huentilicán.

En su interior, el muchacho sufre profundamente; sufre *por no poder siquiera* decirle una palabra. Su lengua atada no obedece a los impulsos de la voluntad, a las ansias de su corazón.

Si pudiese siquiera decirla: quiéreme, Rosario. Yo te amo, te amo con toda mis fuerzas!...

La canoa toca ya la orilla y Juan de un fuerte impulso hace resbalar el barquichuelo hasta bien adentro de la playa...

En ese instante cruza por el cerebro del isleño un pensamiento... Quiere sujetar a Rosario; arrodillarse ante ella, abrazarla y hacerle comprender de alguna manera que se muere de amor... ¡Estrecharla entre sus brazos musculosos, endurecidos en la diaria tarea de cortar leña en el bosque!...

Se abalanza sobre ella, pero oye al mismo tiempo la algazara y los gritos de otras lecheras que piden embarcación en la otra orilla... Se reprime y...

Rosario desembarca. Toma su canco, sonríe al mudo y le dice:

—¡Gracias, Juan... Hasta la tarde.

Y se marcha rumbo a Ancud...

Juan la mira alejarse, entristecido, mohino... En su alma se desata una tempestad. Sus nervios se crispan y todas las fuerzas de su ser se agolpan a su garganta en un deseo irresistible de gritar, de decir algo; *pero su lengua no* obedece, los cartílagos de la laringe están paralizados y sólo sale por sus labios un ruido gutural...

A la tensión de su sistema nervioso sigue una laxitud. Como un autómata empuja su canoa y del mismo modo que ha venido regresa a la otra orilla.

Algunas lecheras que atraviesan el río desde sus canoas le gritan: ¡Adiós, Juan!

El mozo apenas les responde con un gesto maquinal.

Toca tierra, amarra su embarcación, y se aleja hasta perderse en la selva opulenta. El día, pleno de sol, derrama alegría por todas partes. Los zorzales silban; cantan las diucas, los chincoles, los chercanes. El carpintero picotea en algún tronco, y el río en su desembocadura canta su melopeya bronca y monótona...

Juan Buenchur entra en su choza, que está en los alrededores de la selva de Caipulle. Encuentra a su madre ocupada en tejer en rústico telar una manta de abigarrados colores... *Su padre se ha internado ya en* el bosque.

Aquella, al ver a su hijo, que desde hace tiempo lo nota huraño y melancólico, se levanta condolida. Piensa: Nadie sino el

brujo "Pihuelo" ha echado este mal al muchacho. Sí, ese hombre terrible de la comarca que se hace el santo y que se roba los corderos, las papas de los papales, las gallinas y otras cosas. El mismo que tiene un chaleco de piel humana extraído de alguna sepultura con el cual puede volar y trasladarse, en las noches invernales, de un punto a otro de la isla, llevando su farolito colgado al cuello para ver en medio de las espesas obscuridades nocturnas. Sí; el mismo que tiró el mal a la lechera Clotilde y la tiene tullida ya más de seis meses porque no correspondió a sus seducciones.

Pensando así y sin dirigir palabra a su hijo, ofrece al recién llegado una taza de café. Se sienta el muchacho con abandono sobre una banqueta, no distante del fogón donde arde un fuego bien alimentado, y toma con largos y sonoros sorbos el desayuno.

Después se levanta. Coge sus alforjas que están sobre una mesa mugrienta por el uso. Repara el contenido: un saquete de harina tostada, un vaso de cuerno, una cuchara de estaño, pan, todo dispuesto por la mano prolija de la madre...

Se las echa al hombro y sale en busca de su hacha. La encuentra clavada en uno de los grandes troncos tirados frente a la cabaña. La arranca y se aleja con ella en dirección a la selva...

Al entrar en ésta por una vereda estrecha siente la algazara de los pájaros que llena el aire. El silbido del zorzal es el que más alto suena en medio de aquel parloteo de todas las aves insulares y del interminable frufrutar de las hojas de los copudos arrayanes, de los altos alerces, de los mañuis, de los cipreses, de los laureles...

Juan no pone atención a esta música del bosque, tan hermosa, tan honda.

No la comprende La ha escuchado tanto...

Sigue su camino, hundiendo sus pies desnudos en la hojarasca del suelo moreno. A medida que avanza se va ensombreciendo el sendero. La luz solar se filtra débilmente por los densos follajes y todo va quedando como en una penumbra. A la algazara de las aves sucede un recogimiento místico, turbado de vez en vez por el aletear de alguna perdiz o el martillar lejano de algún carpintero.

Juan camina con indolencia en medio de aquella majestad religiosa y bajo el palio de verdura... Un golpear recio y contínuo del hacha le hace apresurar el paso y

...la canoa baila ya la danza furiosa de las olas...

llega a un claro del bosque en donde su padre está entregado con todo ardor a la tarea de derribar un robusto alerce.

El muchacho se despoja de sus alforjas y de su manta. Deja ambas cosas en uno de los troncos tendidos alrededor y da principio a su trabajo...

Su hacha se alza segura y cae recia sobre un tronco, partiéndolo en pequeños trozos que acumula junto a sí.

A poco el sudor brota abundante y sobre su cara morena resbalan las gotas...

Se lo enjuga con la manga de la camisa unas veces, otras con los dedos...

Descansa de vez en vez un corto instante; pero su energía no amengua... Su respiración acelerada se traduce en un accedo monótono... eh! eh! eh! Y en tanto los vigores de su cuerpo se reunen en un haz para dominar la dureza de su labor, los de su espíritu convergen como rayos luminosos en la imagen de Rosario.

Piensa en la belleza de la campesina que lo atrae con fuerza irresistible, que lo tiene melancólico... Se rebela contra la desgracia que lo hace desmerecer ante ella, y, en cada golpe que asesta con vigoroso impulso, clavando la resplandeciente hacha en las entrañas del duro tronco, hace un esfuerzo para vencer la pesadez de su lengua; pero es en vano.

Sale de sus labios el accedo, eh, eh, eh... que no alcanza a turbar el silencio del bosque...

Las horas corren en tanto, y sus músculos ya no pueden más... Hace una pausa y se sienta sobre el madero destrozado. Algo extraordinario le pasa. Su rostro está congestionado y la respiración rápida infla y deprime su robusto pecho. Llora en silencio... Sus puños se crispan...

El demonio de los celos ha encendido un volcán en su pecho y parece estallar.

Se representa la última tarde en que vió venir a Rosario acompañada de Pedro, el estero y la expresión de manos que ambos se dieron al despedirse.

¡Oh, corazón! quién pudiera traducir bien tus estados cuando la tempestad de los celos te agita!

Juan llora, y está triste, y está colérico...

. . . . . .

Se levanta. Toma sus alforjas y se dirige al arroyo que corre no distante.

Coge el agua en su vaso de cuerno y la bebe con ansias. Suspira y una sensación de alivio pasa por su organismo cansado. Se sienta en la hojarasca y prepara un "ulpo" que toma con avidez. Se repite el mismo alimento; come después su pan y parece sentirse reconfortado de cuerpo y alma...

Una especie de amodorramiento pasa en seguida por su cuerpo; sus miembros tienden a relajarse. Es la hora de la siesta y es verano. La quietud es completa... Su padre que ha trabajado como él, sin descanso, abre un paréntesis en su tarea...

Juan se aleja y va a refugiarse bajo la amplia copa de un árbol centenario; allí sobre la mullida alfombra de hojas secas se tiende a dormir.

Acaso quiere soñar un sueño de amor que la realidad nunca le ha de conceder.

Duerme Juan, y su respiración lenta y sibilante apenas se confunde con la respiración reprimida de la selva inmensa que duerme también...

II

Es la tarde. La brisa hace ondular maravillosamente la superficie del río. Juan lo atraviesa en dirección a la orilla por donde se va a Ancud. Llega al punto en que suele aguardar a Rosario y ahí, sentado al borde de la canoa, se pone a esperar y a pensar...

Su corazón está hecho ascuas. En su cerebro hay un tumulto de ideas siniestras que se entrechocan y confunden como las aguas del río al vaciarse en el mar, que se hienden, se levantan, revientan en espuma y lanzan bramidos de furor.

Juan mira aquella orgía de las olas en lucha interrumpida. Mira con insistencia y piensa en que es un lugar propicio para sepultarse perpetuamente con la mujer amada.

Otras veces ha pensado lo mismo, cuando ha visto a Rosario sonriendo, sin querer comprenderle sus demostraciones de cariño esquivándole la mirada, o el roce de la mano.

Sí: otras veces ha pensado lo mismo cuando ha estado en mitad del río.

Dejar la canoa seguir la corriente y llegar a estrellarse contra la barrera de olas y despedazarse dentro de la enorme boca del mar que se ensancha y parece lanzar espumarajos de ira... ¿A quién pedir socorro en un caso así?... A la derecha, la soledad de una playa muy ancha, manchada a trechos por pedregales blanquizcos y amarillentos... A la izquierda, una cinta

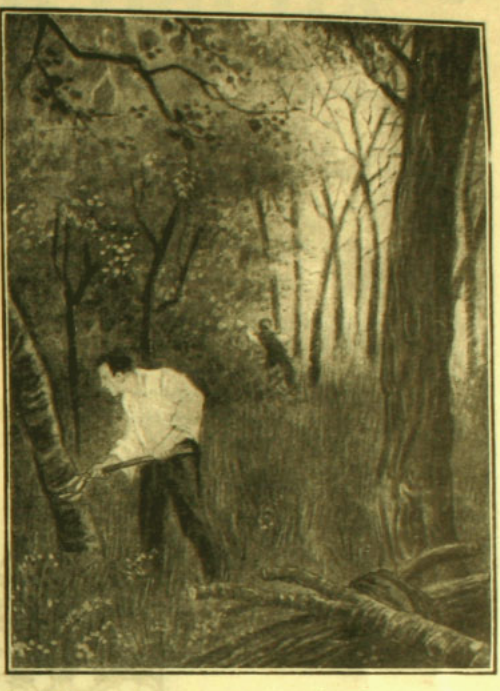
angosta de playa eternamente húmeda, al pie de una larga barranca poblada de grandes helechos, de juncos y otras yerbas lozanas; y al frente la barra y el mar, el mar inmenso cuyo sordo rumor apaga todo grito humano...

La muerte está ahí, en esa barra, piensa Juan... Rosario se esquiva porque soy un desgraciado. Rehuye la súplica de mis ojos, de mis manos, y no parece ver la angustia de mi rostro, no sentir la lucha de todas mis fuerzas para dominar esta pesadez de mi lengua, más pesada que el más robusto tronco al caer a los golpes de mi hacha...

Nó! Nunca! Mía y nada más, aunque sea en la muerte...

Por el poniente, el cielo principia a teñirse de arreboles. Blancas gaviotas cruzan el cielo, y las lecheras comienzan a llegar y a atravesar el río...

Rosario asoma con su canco al hombro, el brazo enarcado, el pañolón terciado que hace recalcarla curva de la cintura... A paso ligero, desnuda la pierna vigorosa, llega al punto en que la canoa está sujeta.



Su hacha se alza segura y cae recia sobre el tronco...

Juan apenas la ve siente un temblor extraño. Se levanta a recibirla. Le tiende una mano en un gesto suplicante y cariñoso... Rosario la rehuye.

—¿Qué te pasa, Juan?

Se esquiva y va a depositar su canco dentro de la embarcación.

—¡Vamos! Es tarde...

Juan hace una resolución rápida, una promesa decisiva... Se embarca, y una vez que Rosario se ha acomodado en la proa de la canoa, da el impulso y resbala ésta sobre la superficie transparente.

El crepúsculo es delicioso. Reflejos rojos y dorados ponen sus tonalidades de color en el río. Pasan algunas aves a perderse hacia arriba donde emerge la sombra de la selva. El viento helado de la tarde, que corre en dirección de las aguas, parece apresurar la carrera sin fin del río...

Juan sigue haciendo avanzar la embarcación que se balancea como una cuna. Una vez en la mitad, deja la canoa a merced de la corriente, que la arrastra con suma rapidez.

Rosario se extraña al principio y luego se alarma cuando ve que Juan favorece con la vara la carrera de la embarcación.

—¿A dónde vas? ¿Qué haces?

Juan no puede responder y continúa con mayor presteza estimulando el correr de la canoa, que va medio a medio del río y frente a frente del mar.

—¡Juan! ¡Juan! Por Dios! ¿Qué haces?

Se levanta para quitarle la vara; pero Juan balancea la frágil canoa en ademán de hacerla zozobrar y Rosario se ve compelida a ponerse en cuclillas y a ganar su asiento.

La distancia al mar se acorta.

La boca del río está furiosa; su bramido surge potente llenando el espacio. La muerte está próxima.

—¡Auxilio, auxilio! Juan, Juan! Y el llanto de Rosario es abundante.

Ve la desgracia ante sus ojos. Palpa el fin de sus días! y sólo sabe decir: ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro!

Mas, ya no es tiempo. Ya no se puede volver atrás. La boca del río borbota espuma, ruge...

Juan como un perlático, tiembla, tiembla... Sus ojos despiden llamas.

La canoa baila ya la danza furiosa de las olas. Se suspende en las crestas; se hunde; se levanta. ¿Cómo puede soportar aquel juguete rabioso?

Ya está... El agua baña la embarcación... Juan se abalanza sobre la muchacha que grita enloquecida, al mismo tiempo que una ola gigantesca de un tumbo formidable sepulta la canoa, y se oye la voz del mozo:

—Eres mía, Rosario, Rosario!!

Los cuerpos abrazados se pierden en el abismo... La voz del mar en lucha con el río es la única que resuena en el silencio de la tarde ya envuelta en la penumbra.

La pachacha

Novela de costumbres avícolas

Ror

Rafael Maluenda

Ilustraciones de Go

Era de color ceniciento, gruesa, de patas cortas y bruta. Su llegada al corral del criadero fué obra de un azar afortunado; porque nacida y criada en el rincón de un huerto, junto a una acequia fangosa y mal oliente, su destino habría sido el de todas las aves que la rodeaban: crecer, entregarse resignada al maridaje tiránico del viejo gallo que imperaba en el huerto, poner e incubar sus huevos, arrastrar la cría cloqueando por entre los berros de la acequia, y luego morir obscuramente para alegrar algún almuerzo dominguero.

Pero ocurrió que, deseosa de congratularse con los amos, la mujer de un inquilino la trajo de regalo al menor de los hijos del propietario del fundo, y por deseo de éste fué encerrada en el corral del criadero donde los amos habían agrupado provisoriamente un conjunto de ejemplares finos.

Así, por dictado de la suerte, la **Pachacha** se halló un atardecer en compañía de aquel selecto grupo de aves de calidad. Cuando las manos de un sirviente la soltaron por sobre la cerca de alambres, tendió las pesadas alas y con corto y desmañado volido fué a posarse junto a un elegante abrevadero de latón. Sobrecogida de angustia, sin atreverse a modular su cacareo vulgar, tendió el cuello orientándose, mientras las demás aves lanzaban al unísono un cloqueo sonoro que a la recién llegada le hizo la impresión de una carcajada burlona.

Podía la **Pachacha** ser todo lo grotesca que se quisiera, con aquella su gordura pesada y su color cenizo, pero su sangre plebeya encerraba una fuerte dosis de malicia y buen sentido; por esto rápidamente comprendió que una actitud humilde le convenía en aquella emergencia, y con pasos cortos—que procuró hacer livianos,—se fué alejando del abrevadero y se arrimó confusa a la cerca.

Mientras, inmóvil y asesando, aguardaba en aquel sitio los acontecimientos, guiñó la cabeza en todas direcciones para orientarse.

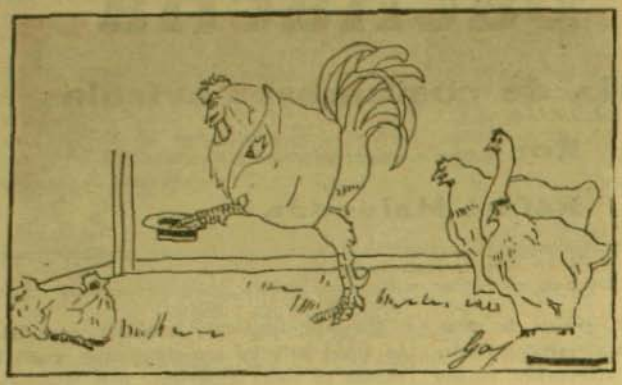
El corral era ancho y largo, suavemente empastado y plantado de cerezos por un flanco. A lo largo de su línea central había tres abrevaderos de bruñido latón, y en el extremo, una división de madera con pequeñas puertas a ras de tierra y de las cuales se escapaban algunas briznas de paja. Agrupadas al pie de los cerezos, una treintena de gallinas y de pollos, de entre los cuales emergían las crestonadas testas de los gallos, se movían curiosas, tendiendo el cuello hacia la recién llegada.

¡Qué colores y qué formas!

¡Cuánta elegancia y cuánta distinción!

La **Pachacha** admiró, con todo el fervor de su sangre plebeya, aquel conjunto de ejemplares que sólo pudo imaginar en las horas de ensueño, junto a la acequia turbia de su huerto nativo. Le recordaban los relatos que le escuchó—hacía ya tiempo—a un famoso "gallo inglés" que estuvo de paso entre los suyos un atardecer, la víspera del día en que iba a ser conducido a una cancha de pelea. Ella había admirado la entereza y la hombría de aquel **inglés** que puso de relieve la cobardía y la brutalidad del gallo de la casa. Pero ahora su admiración...

De pronto suspendió sus reflexiones, advirtiendo en los grupos de aves cierto movimiento que a su timidez le pareció agresivo. Escuchó cloqueos ininteligibles; se trataba de ella, seguramente. Y casi al punto un gallo blanco, albísimo, de larga y curvada cola, roja y ancha cresta, se desprendió del grupo y vino hacia ella. Transida de miedo, la **Pachacha** se encogió, sin dejar de admirar las maneras gráciles con que el gallo se le iba acercando: nada de aquellas carreras pesadas del gallo del huerto y que terminaban con un



Con firme acento el gallo se presentó:—Leghorn...

picotazo y una caricia que tenía toda la agresividad de una violación; el gallo blanco y crestudo venía lentamente, picoteando el suelo y lanzando suavísimos cloqueos; se aproximaba como convenciéndola de que sus temores no tenían fundamento. Y así que estuvo próximo inclinó la roja testa, tendió el ala blanca y con melodioso murmullo giró en torno de la cuitada.

¡Qué rueda, Dios santo!

Ella, deslumbrada y sumisa, recordando la añeja costumbre, se aparragó en el suelo esperando... Pero el gallo no se le impuso y —muy cortés—la dejó alzarse toda confusa por aquel movimiento que, seguramente, había sido inoportuno.

Con acento firme el gallo se presentó:

—Leghorn...

Confundida de no poder decir su origen con igual orgullo, la **Pachacha** se contentó con modular un cacareo gangoso, acaso con la esperanza de que se la tomara por extranjera. Pero el **Leghorn**, que a fuer de fino tenía algo de políglota, no pudo ubicar en ninguno de los cacareos conocidos aquel rumor tan nasal, y dando media vuelta se alejó despectivo.

Tres gallinas blancas de su familia saliéronle al encuentro.

—¡Quién es? ¡Quién es?

El gallo se encogió de alas.

—No he podido entenderla—dijo.

Una de las gallinas observó, rencorosa:

—¡Qué poca delicadeza tiene para confundir un saludo con una declaración!

El **Leghorn**, satisfecho y vanidoso, erizó la cola para responder:

—Es natural...

Y se fué en compañía de sus gallinas, comentando el arribo inesperado.

Hubo después un continuo aproximarse de las demás aves a la confundida **Pachacha**: vinieron las **Rhod-Island**, coloradotas y suficientes, con su lento andar de gente obesa; las **Plimouth**, corpulentas y erguidas en sus ropajes escoceses; las **Padua**, pizpiretas y ágiles, balanceando el ancho aigrette de su sombrero; las **Orpington**, graves en su luto de viudas; las **Inglesas**, delgadas y nerviosas, con sus aires de orgullo...

Todas venían a ella, modulando balbuceos ora curiosos, ora despectivos, y se alejaban después como queriendo no infundir confianza alguna a la gallina intrusa.

Sólo una familia no manifestó curiosidad y permaneció indiferente a aquel movimiento: la **Japonesa**. Y la **Pachacha**, ansiosa de un apoyo, se fué encaminando hacia el grupo, atraída por el color cenizo que se le antojó parecido al suyo. Pero cuando estuvo cerca, la sorpresa la dejó inmóvil.

¡Qué figuras!

Los pescuezos pelados, rojos y flácidos, emergían con movimientos extraños de aquellos cuerpos de plumaje irregular, corto y sin gracia. El macho exageraba en sí las cualidades de sus hembras: *era más rojo, más desplumado y con la cola corta, rala y sin brillo.*

La **Pachacha** hubiera querido acercarse a cualquiera de las otras familias; pero rechazada de cada grupo se resignó a buscar la compañía de las **Japonesas**; no era cosa de hacerse la esquiva en su situación y, por otra parte, se trataba sin duda de una familia de calidad porque—aunque no se mostraba infatuada como las otras—se veía a las claras que no eran tipos comunes.

Cuando se hubo colocado entre ellas, las **Japonesas** se alzaron deferentes—¡benditas sean las gallinas educadas y modestas!—y tejieron con la recién llegada un cacareo amistoso para informarse y para invitarla a dar *una vuelta por el corral.*

—¡Han visto la facilidad con que estas

Japonesas acogen a cualquiera?—criticó una **Plimouth.**

—¡Ah! sí...—contestó una **Inglesa.**—Al fin con esas fachitas que lucen pueden juntarse con cualquiera.

—No se verá entre nosotros,—prometió el gallo **Orpington.**

—¿Uds. vieron cómo la recibí? Que se me ponga negra la cola si vuelvo a saludarla...

Y excitándose mutuamente, como sucede en toda reunión, las diversas familias del corral acordaron un estricto boycoteo a la gallina arrivista.

Sólo un viejo **Rhod-Island,** de modos reposados y acento ronco, no se plegó al acuerdo. Era el más anciano de los gallos y su origen y su edad le permitían opinar con desenvoltura sobre todas las cosas.

—Vaya que es cosa de meditar en tanta indignación,—dijo.—Si esta gallina me tolera puede contar con mi amistad. ¿Que es fea y no se sabe de dónde proviene? ¡Qué importa! Nadie puede negar que tiene una sólida carnadura...

— Tan cínico que lo han de ver —dijeron las **Leghorn,** disgustadas.

De pronto, un pollo sindicado de socialista, lanzó un apóstrofe:

—Al fin y al cabo todos venimos de un huevo

—Cállese el demócrata...

—Lo soy por ideas,—afirmó el pollo—aunque mi familia sea **Plimouth.** ¡Todos venimos de un simple huevo!

—Vea qué gracia,—apuntó la más vieja de las **Orpington**—pero hay huevos de huevos...

Las **Inglesas** propusieron una manifestación hostil contra la intrusa, pero primó un temperamento más sereno y sólo se acordó el aislamiento estricto.

Cuando dos horas más tarde el sirviente condujo las aves al dormitorio, la **Pachacha** las siguió, escoltada por las **Japonesas,** que parecían hacer alarde ante las demás familias de sus maneras protectoras.

II

La noche es para las aves—como para los seres humanos—tiempo de meditación; equilibradas en los travesaños de las escalas, las aves meditan y reflexionan. Y es así como lo que una gallina se propone al anochecer suele disiparse cuando llega la aurora.

De lo que pensaron aquellas gallinas distinguidas respecto de la **Pachacha** poco se sabe, pero lo cierto es que cuando al amanecer la forastera abandonó el último tramo de la escala en que alojaron y sacudiendo el plumaje—que los huéspedes de más arriba estercolaron con intención humillante—salió al corral, se sorprendió con el saludo cortés que le hizo una de las **Rhod-Island.**

—Buenos días. ¿Cómo pasó la noche?

La **Pachacha,** disimulando su cortedad, respondió:

—Bastante regular.

Y como los tímidos en el colmo de su timidez se vuelven audaces, afirmó mintiendo:

—Estaba acostumbrada a mejor dormitorio... pero en la vida tiene una que resignarse.

La **Rhod-Island** hizo que la creía y asintió:

—Así es.

—Luego la invitó al abrevadero y con deferencia le explicó las ventajas de aquel aparato de latón.

—Es agua limpia y fresca porque a nosotras nos enferman las aguas corrientes.

Aunque no tenía sed, por asimilarse cuanto pudiera distinguirla, la **Pachacha** bebió con parsimonia, alzando el pico con estudiada delicadeza. Luego emprendieron un paseo de reconocimiento, y la **Rhod-Island** la fué informando:

—Detrás de ese tabique de madera están los nidales; los usamos con paja y sólo de tarde en tarde les dan cal para matar los piojillos: entre nosotras no abundan, como usted comprende.

—Por cierto, yo les tiemblo...

Y la **Pachacha** erizó el plumaje, fingiendo un calofrío exagerado.

A medida que las demás gallinas iban saliendo del corral, era mayor la sorpresa que manifestaban viendo a la forastera en compañía de la **Rhod-Island.** No era ya el gesto de repulsión del día antes sino más bien un movimiento de despecho, como si se dolieran

Hubo después un continuo aproximarse de las demás aves a la confundida *Pachacha*...

De pronto, un pollo sindicado de socialista lanzó un apóstrofe...

de que alguien se hubiera adelantado a realizar lo que también ellas pensaron. Entonces, disimulando el fastidio, se unieron al grupo amigo; y la **Pachacha**, perdido el primitivo temor, fué dando suelta a su habilidad pobiana.

—Co-co-ro-có...—cantó el **Leghorn**.

Y ella, demostrando una viva admiración, les dijo a las gallinas:

—Pocas veces he oído un tenor tan puro...

Fué suficiente para que el vanidoso se uniera a las gallinas y esbozara a la forastera una rueda gentil. Y prodigando alabanzas y galanterías—tanto más halagadoras cuanto más exageradas—la **Pachacha** se sirvió su ración de maíz sin que nadie la molestara.

Estimando el cambio de opiniones y las deferencias que se guardaban a la recién llegada, el viejo **Rhod-Island** murmuró:

—¡Vaya una variación! Ayer remilgos, hoy cariños... Ninguna quiere ser menos como protectora. Se las come la envidia. ¡Gallinas al fin!

Con el mismo apresuramiento con que el día antes evitaban el contacto de la forastera, buscaban ahora las familias su compañía.

—No se deje engañar,—le advirtieron las **Orpington**.—Esas **Leghorn** cifran el orgullo en la fecundidad, como si el mucho poner fuera un mérito.

—Tenga cuidado con las **Inglesas**,—le previnieron las **Rhod-Island**—a lo mejor las dogas le sacan un ojo de un picotazo.

Las **Padua** ridiculizaban a las **Orpington** y a las **Plimouth**.

—¿Qué corpachones, verdad? Tienen la distinción en el peso.

La **Pachacha**, confundida con aquellas confidencias, respondía con discreto cloquear; comprendía que era necesaria cierta diplomacia para mantenerse bien con todo el corral y por turno se mostró de acuerdo con cada una de las que le hablaban.

Unicamente las **Japonesas** se portaron discretas, y al juntarse con ella sólo le advirtieron atentas:

—Si siente necesidad ¿eh? acuérdese que el último ponedero de la izquierda es el más cómodo.

Entre cacareos de gallina y clarinazos de gallo que comentan las diversas incidencias de un corral, la **Pachacha** pasó una semana, gozando de los beneficios con que la regalaba el protectorado que sobre ella habían establecido aquellas aves de calidad.

Eran pocas las distracciones: a fuer de finas, aquellas aves se aburrían en su elegante ociosidad y para distraerse apuraban el comentario hasta la calumnia, picoteando por turno en el honor de cada una. Se hablaba de gallinas que se comen los huevos, de gallinas que salen con crías anodinas, y aunque el mormonismo es ley de un gallinero, se hablaba también de los gallos... muy gallos.

El viejo **Rhod-Island** filosofaba con desaliento sobre todas aquellas cosas y en ocasiones solía indignarse.

—¡Qué torpeza,—decía—las tales incubadoras! Acabarán por matar en los gallineros el sentimiento de la maternidad. Sólo falta que también nos reemplacen a nosotros con alguna maquinaria especial.

Las **Padua**, cuya mordacidad era temida, le replicaban aludiendo a su reconocida vejez:

—Poco lo perjudicarían a Ud.

Un acontecimiento, en el cual nunca pen-

saron, vino a sorprender al corral en su lujosa molicie: la **Pachacha** estaba poniendo.

¿Poniendo? ¿Pero también iba a poner la forastera? Calculando fechas, las gallinas se indignaron porque aquella postura de la intrusa les resultaba humillante como un hurto. Y el malestar se hizo agudo cuando las gallinas curiosas que habían ido a atisbar por entre los resquicios del ponedero trajeron la noticia de que estaba echada en el mejor nidal: el último de la izquierda.

Mientras, alternando con todas, la **Pachacha** había permanecido dentro de su recogida y discreta actitud de "allegada", las gallinas del lujoso corral se mostraron con ella deferentes y protectoras; pero ahora que se la había descubierto poniendo, la menos habilosa de aquellas aves comprendía que se trataba de una intimidad excesiva con los miembros del corral.

Disimulando la viva contrariedad que las agitaba, alcanzaron a contar once entradas de la **Pachacha** en el ponedero. De pronto notaron su ausencia, y el **Rhod-Island** dedujo:

—Después de lo uno lo otro: de seguro que está "echada".

Corrieron a cerciorarse y asomando las cabezas lanzaron un "buen día" al que la **Pachacha** respondió desde un rincón con un cloqueo fatigoso. Tenía la cresta encendida y de ello dedujeron las **Padua** que tendría vergüenza de su situación.

Veintidós días estuvo la **Pachacha** entregada a su labor de paciencia y de inmovilidad, sufriendo los cuchicheos curiosos de las vecinas. Mientras tanto, en el corral se habían tomado severas medidas de profilaxia social contra la futura familia. Se trataba de reparar el error cometido, aislando a la **Pachacha** y su cría.

La **Orpington** tradujo el pensar de todos:

—Bueno es que una se digne tolerar a estas gallinas de poca monta, pero de ello a permitir que su cría se mezcle con las nuestras hay diferencia. Respetemos las categorías. Del origen plebeyo de esa intrusa el amo ha dado una prueba haciéndola empollar sus huevos mientras a nosotras nos dan la ayuda de un "marucho". ¡Ay de los hijos míos que no me obedezcan!

Y por adelantado repartió algunos picotazos entre su prole. Las demás la imitaron...

El viejo **Rhod-Island**, balanceando la flácida cresta, murmuró para sus adentros:

—¡Pero qué gallinas son estas gallinas!

III

Fué una mañana de mediados de primavera cuando la **Pachacha** salió con su cría. Las gallinas que habían aguardado con impaciencia aquel momento, tendieron el cuello curiosas y sorprendidas.

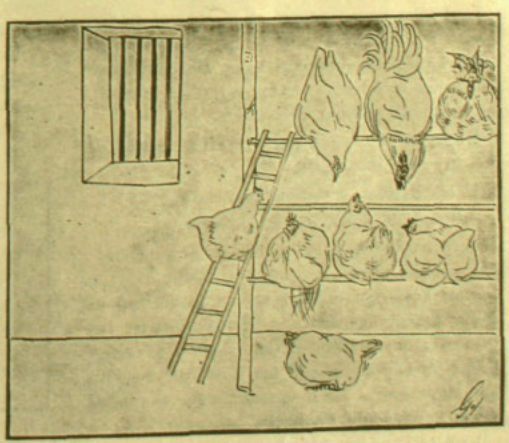
Porque esperaban una pollada fea y rulenga, y en vez de ella la **Pachacha** arrastraba tras de sí once polluelos de colores varios, gráciles como vellones de lana. Piaban con dulces pitios a la vera de la obesa y satisfecha mamá que caminaba afanosa, alzando con cuidado las gruesas patas y arañando la tierra para ofrecerles los pequeños vermes y los tallos tiernos del trébol.

—Por aquí, niños,—les decía.—A ver si se portan ordenaditos ahora que esas señoras los están mirando... cloc-cloc...

Las demás familias le lanzaron algunos saludos irónicos; pero ella apenas los contestó, toda entregada a sus afanes de madre.

El **Rhod-Island** se acercó a felicitarla.

—Me alegro de verla con cría tan bonita. Yo estoy por el sistema antiguo: nada de in-



...Cuando al amanecer la forastera abandonó el último tramo de la escala en que alojara...

¡Vaya una variación! Ayer remilgos, hoy cariños...

cubadoras... Vaya, que tenga buena suerte.

La **Pachacha** no reparó en el desvío de las demás aves: estaba entre ellas, ella y su familia figuraban entre las finas, sus pollos lucían plumas selectas: había por fin realizado su sueño de gallina arrivista.

Hasta el amo tuvo para la cría un elogio:

—Muy sanitos—dijo.

Y las **Padua** replicaron con desprecio:

—Salud de pollos de medio pelo.

Pero los pollos y las pollas—aunque de media pluma—crecieron gráciles: los gallos se fueron haciendo vistosos y las pollas redondas y ágiles, despertando simpatías entre las parvadas de calidad. Y como los varones son menos escrupulosos que las hembras, sucedió que unos gallos finos casaron con las pollas de la complacida **Pachacha**.

La vida en común, el capricho de los polluelos, la indiferencia de algunos ejemplares, la envidia y la ambición: todas esas pasiones sordas que agitan a las aves de calidad concluyeron por barrer las resistencias, y al mediar el verano ya era la **Pachacha** una gallina de calidad cuyo trato se disputaban las otras familias del corral.

Ya no hubo diferencia entre la prole de la **Pachacha** y la de las demás gallinas: nadie hubiera reconocido en aquella gallina envanecida al ave torpe que una tarde arrojaron por sobre la cerca de alambres al corral. La **Pachacha** misma, infatuada y olvidadiza, creía que el abandonado huerto, la acequia fangosa, los berros sucios, el "moquillo" y la "pepa"... todo lo que fué su pasado de polla bruta no era más que un mal sueño de la imaginación.

¡Porque las gallinas son así cuando llegan a figurar!

Un día otra gallina bruta, escapada de no se supo dónde, vino a introducirse en el corral. Como había hecho la **Pachacha**, se acurrucó en un extremo, confusa y avergonzada. Las aves finas—mejor dispuestas que la primera vez—quisieron ir en apoyo de la desconocida, con un recibimiento cortés.

Pero la **Pachacha** se opuso, trémula de indignación:

—¿Qué es eso?—dijo.—¿Este es un corral o un estercolero? ¿Por qué se introducen aquí gallinas brutas? ¡Afuera la intrusa, la metida!

Y seguida de sus hijos—gallitos y pollas—dieron a la pobre gallina una de picotazos y estacadas hasta dejarla medio muerta en un rincón del corral.

Realizada aquella proeza, volvió satisfecha sacudiendo las alas y cacareando:

—Así debiera tratarse a estas gallinas in-

La *Pachacha* estaba echada en el mejor nidal, el último de la izquierda...

solentes, que no se acuerdan de su origen...

Y como las demás aves guardaran silencio, añadió:

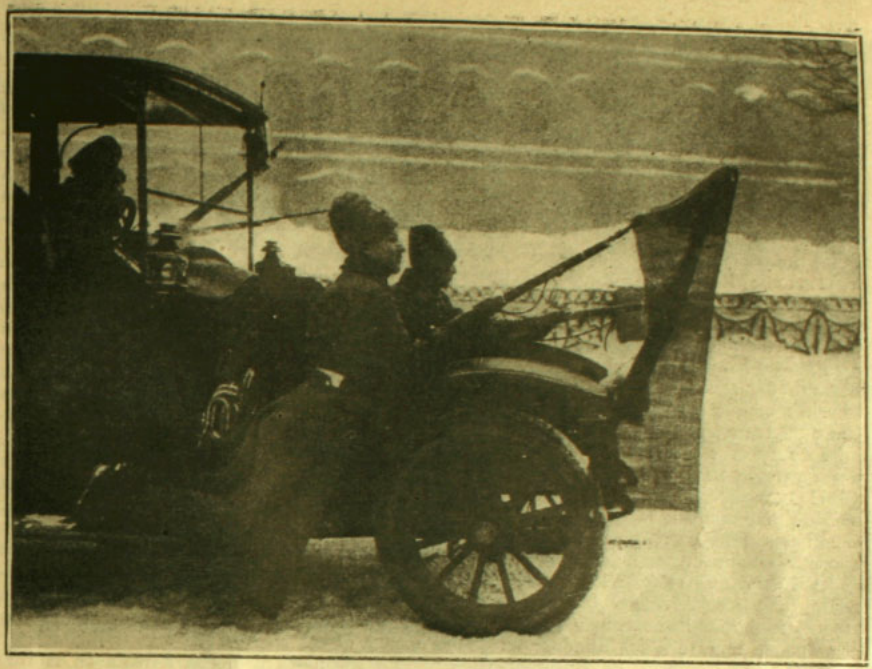
—Tal vez he sido demasiado severa, pero es que el medio pelo me pone fuera de sí...

Un vientecillo fresco que agitó los cerezos echó hojas y flores sobre la pobre gallina herida, que se estremecía de miedo y de dolor.

Y contemplando aquella escena, el viejo **Rhod-Island** cacareó con acento pesimista:

—¡Hasta entre las gallinas no hay peor cuña que la del mismo pale!

El ex-zar Nicolás y el gran duque heredero.



Soldados paseando la bandera roja por las calles de Petrograd.

El primer aniversario de la catástrofe rusa

Por

Guillermo Pérez Sarmiento

Con ilustraciones fotográficas

Rusia, se ha dicho muchas veces, al perder su autocracia perdió su romanticismo. Aquel romanticismo exótico que tan bien florecía entre el hielo de las estepas y tan bien se acomodaba a los secretos de la Corte de Tsarkoie-Selo. Hoy gobiernan aquellos mismos nihilistas que antes purgaban con la vida su amor indomable a la libertad y a la rebeldía; hoy están en Siberia los amos de ayer; hoy no atraviesan los áridos senderos del destierro aquellos convoyes trágicos de hombres desfallecientes y agonizantes en cuyas espaldas chasqueaban los látigos crueles de los cosacos; hoy los mismos cosacos han reemplazado el rojo morrión de piel sin curtir por un trapo rojo; hoy ha perdido toda su belleza la dinamita y toda su hermosura la anarquía.

Hoy hace un año. La soberbia bandera de las dos águilas orgullosas fué reemplazada por el pendón rojo de la libertad que finge agitado por el viento enfermizo, en los días tristes y helados, un enorme cuajarón de sangre.

* *

El día que los cascos alemanes entraban en Riga, moría en la prisión de Pedro y

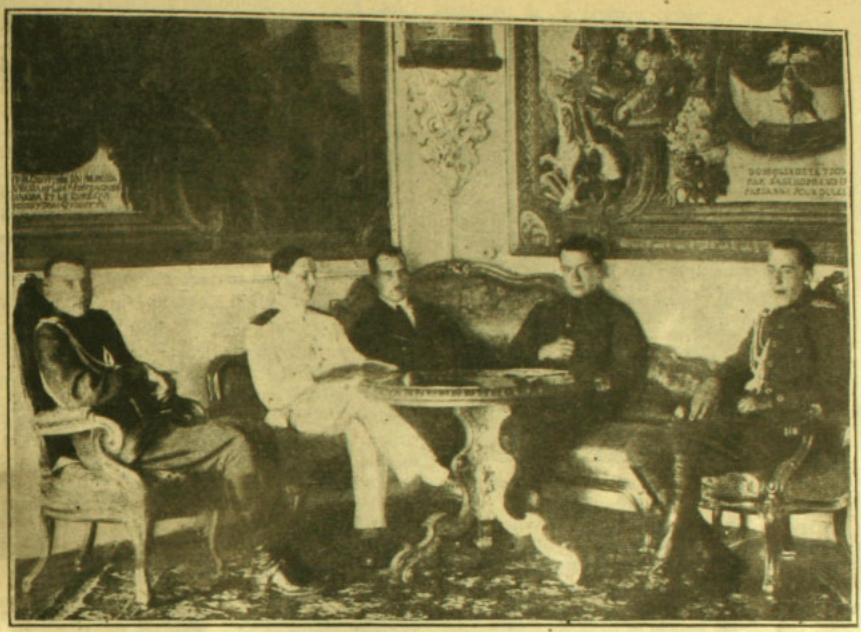
Pablo el famoso Boris Sturmer, un buen aliado de Alemania cuyo germanofilismo se quedó en pañales al lado del de Lenine o el de Trotzky, Boris Sturmer, hombre sin ninguna significación política, subió al poder cuando cayó Trepoff ante la presión de la Duma. Su ascensión al poder la debió a las influencias que la Zarina Alejandra y el monje Raspoutine ejercían sobre el pusilánime Nicolás II. Trepoff había caído porque no había querido separarse del Ministro Protopopoff, muñeco que manejaba a su antojo Raspoutine—como que al monje disoluto debía su carrera—y que era justamente odiado por el pueblo por su reconocida traición a la patria. Del Gobierno de Trepoff esperaban mucho los verdaderos patriotas rusos; fué él quien concluyó el Ferrocarril que unía a Petrogrado con la proximidad de la costa norte de Escandinavia, Ferrocarril que permitía el permanente auxilio de municiones de los aliados a Rusia, aun cuando los hielos cerraran el puerto de Arcángel durante los meses del invierno. Boris Sturmer quiso dar el golpe de muerte a los aliados: su presión sobre el Gobierno de Bucarest para que declarara la guerra en un plazo fijo a los Imperios Centrales sin darle tiempo de prepararse ni de revisar su artillería. bajo la esperanza de una invasión de un millón de rusos por la Drobudja—cuando llegó la hora sólo cruzaron el Danubio sesenta mil rusos—y bajo la promesa de que no había necesidad de atacar a Bulgaria porque este país permanecería neutral y la guerra se localizaría entre el reino rumano y el Imperio austro-húngaro, esta presión, decimos, trajo para el fin de ese año un triunfo en el público de galería para los alemanes y el desgraciado reino cayó en una trampa. Sturmer creía que la paz vendría inmediatamente; no contó nunca con la heroica resistencia de los rumanos en la línea del Sereth. Y estos Gobiernos iban trayendo el descrédito del Zar, cuyo cariño en todo su pueblo estaba tan arraigado. Un día, en plena Duma, el diputado de la extrema izquierda Skobeleff, dijo entre el subsiguiente escándalo, creemos que sin desear imitar a Cicerón:

¿Hasta cuando abusarás de nuestra paciencia Gregorio Raspoutine, ser hipócrita y perverso, falso amigo de la Iglesia, perverso corruptor de la pureza de las almas y de los cuerpos?

La respuesta debieron dársela en la fortaleza de Petropavlosky.

Empero, otro día pidió la palabra el Jefe de los Cadetes (partido liberal modera-

El ex-premier y generalísimo Kerensky.



Uno de los últimos Consejos del ex-ministro Kerensky en el Palacio Kremlin en Moscow.

do), el diputado por Petrogrado, Pablo Miliukoff. Habló de la personalidad insignificante de Sturmer. Cada período era un ariete y cada frase una bomba. Concluyó arrojando el latigazo de su palabra contra Raspoutine y contra la Zarina Alejandra. Sturmer cayó y Miliukoff escapó milagrosamente de ser asesinado por un miembro del club germanófilo de **Los cien negros.**

Se esperaba ahora un Gobierno liberal que subiera al poder apoyado por la Duma. Pero no; Nicolás II, ignorante por completo de lo que sucedía en Petrogrado, llamó al poder el Gabinete archi-conservador del Príncipe Galitzine, que conservó como Ministro del Interior al traidor Protopopoff, la causa de la caída de sus antecesores, causa que, como bien puede comprenderse, era aparente antes que nada.

* *

El asesinato de Gregorio Raspoutine fué como la chispa que prendió ese incendio trágico que hoy consume a Rusia. Raspoutine era la influencia y la maquinación subterránea y maquiavélica. Con su luenga y encrespada barba, con sus extraños ojos fascinadores de vidente loco y místico, con toda su fealdad tolstoiana y atrayente, él era la encarnación de la autocracia cuyo momento de renovarse o morir había llegado.

Raspoutine no era ni siquiera monje: era hijo de un campesino de Siberia, un extraño caminante que, casado y con varios hijos, abandonó llamado por voces misteriosas su cabaña y emprendió a pie el camino de la capital. Es preciso comprender el fanatismo ciego del pueblo ruso, la mezcla que hace de la sensualidad y el misticismo, sus sectas fantásticas, para comprender la carrera prodigiosa de este hombre que muchas veces mendigó un mendrugo de pan, y que muchas noches durmió sobre la nieve de las callejuelas o de los campos. El misterioso poder hipnótico de sus ojos inquietos y febriles, la inclinación de los rusos hacia todo lo misterioso y exótico, esa alma grande y refinada de las mujeres rusas, sobre todo y antes que todo, explican su ascensión: se ha dicho que desde la humilde cabaña de Siberia hasta el puesto de verdadero amo de Rusia subió una escala en la cual cada peldaño debe repre-

Mr. Trotsky, Ministro de Relaciones Exteriores.

sentarse por una mujer: desde la humilde campesina que fué su compañera en la lejana aldea de Siberia y que fué madre de sus hijos, hasta la mujer ardorosa que ciñó sus sienes con la corona de Zarina de todas las Rusias.

No ha pasado aún el tiempo que permita deslindar la realidad de la leyenda. Gregorio Raspoutine fué asesinado—acusado de ser la causa de todas las desgracias de Rusia—por el Príncipe Youssupoff y por el Gran Duque Dmitri. Su cadáver fué arrojado al Neva. El descubrimiento del asesinato fué trascendental acontecimiento político. ¡Extraño país la Rusia donde la muerte de un monje zafio y analfabeto viene a formar una revolución!

Cuando llegó la revolución, la Zarina, el día del movimiento—hoy hace un año—fué encontrada llorando y orando al pie de la tumba santa del monje Raspoutine.

* *

Los alemanes ocupan ya las regiones en donde hoy hace un año se encontraba el Emperador Nicolás acompañado de su Gran Estado Mayor. El pueblo de Petrogrado azuzado por el hambre, recorría las calles pidiendo pan. La policía los había contenido: día a día, sin embargo, iba tomando mayor fuerza el movimiento. El Zar se encontraba en Mohileff. Le habían llegado dos telegramas; uno del Príncipe Galitzine pidiendo plenos poderes y otro en el mismo sentido del general Khabaloff, Jefe de la Circunscripción militar de Petrogrado. No se le dió importancia a lo que sucedía en Petrogrado; se consideró una convulsión popular muy fácil de reprimir y se respondió afirmativamente a estos dos leales servidores de la monarquía.

Después de la revolución, entre los papeles del Zar se encontró un telegrama que la Zarina Alejandra le dirigió ese mismo día desde Tsarkoie-Selo. Decía: "No les concedas nada, que no se atreverán a hacernos revolución."

La Duma se había unido al pueblo, y Rodzianko y Miliukoff dominaban la situación completamente en Petrogrado. Alexieff le habló al Zar aconsejándole que inmediatamente emprendiera viaje y se entendiera con la Duma, con el objeto de saber qué era lo que ésta exigía. En la misma noche del 12 le llegó al Zar un telegrama del Comandante del Palacio de Tsarkoie-Selo pidiéndole que emprendiera viaje sin demora porque tanto el Palacio como su familia, a causa de la gravedad que tomaban los acontecimientos, estaban en gravísimo peligro. El convoy imperial, no obstante la rapidez con que se hicieron todos los preparativos, no estuvo listo sino el día 13, de cuatro a cinco de la mañana Adelante iba un tren explorador con la servidumbre. Los dos trenes salieron de Tosno. Iban hacia Tsarkoie-Selo. Llegaron varios telegramas: no debían tomar la dirección de Tsarkoie-Selo sino la de Petrogrado porque las tropas sublevadas había ocupado la vía y el tren explorador había sido asaltado por los revoltosos. El Zar dormía profundamente y fué preciso despertarlo. Se encargó de hacerlo Boiekoff, el Comandante General de todos los Palacios imperiales. Lo tocó del brazo:

—Sire: el primer tren ha sido asaltado. No podemos tomar el camino de Tsarkoie-Selo porque este camino ha sido ocupado por las tropas revolucionarias.

Nicolás Romanoff comprendió de un solo golpe que su carrera había concluído.

—Si el pueblo lo quiere—dijo—abdicaré y me iré a Livadia. Y llevándose el pañuelo a los ojos se puso a llorar como un niño.

—Sólo me importa—agregó entre sollozos—que nada haya sucedido a mi mujer y a mis hijos... Iré a Livadia a llevar una vida tranquila.

Comenzaba el despertar, porque la vida de Nicolás II, como la del Príncipe Segismundo, fué un sueño. Hoy dirá en Siberia, viendo desde el balcón de su prisión las

aves que cruzan la monótona tristeza del cielo:

¿Por qué teniendo más vida
tengo menos libertad?
Porque la vida es sueño.

El Zar, acompañado del Almirante Niloff salió a la plataforma del vagón. Quería ir a la ciudad de Pskoff—que acaban de ocupar los alemanes—a entrevistarse con el célebre general Russky, el salvador de Rusia cuando la célebre retirada de 1915. Llegó a Pskoff a las ocho de la noche e inmediatamente recibió a Russky, víctima que fué de la debilidad del Monarca, que estaba puesto al corriente por telégrafo desde Petrogrado del curso que habían tomado los acontecimientos.

—Concederé al país un Ministerio responsable, le dijo el Zar.

—Demasiado tarde, sire, contestó el noble soldado. Hoy eso no basta. El pueblo quiere la abdicación de Su Majestad y es preciso complacerlo...

¿Sabía acaso Nicolás II quién o qué era el pueblo?

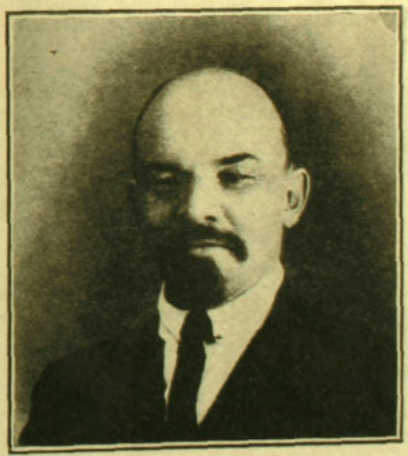
Russky conferenció inmediatamente con Rodzianko, que estaba en Petrogrado, por teléfono. Los generales Brusiloff y Evert había dirigido telegramas urgentísimos al monarca—que ya había dejado de serlo—aconsejándole la abdicación como el único remedio que quedaba para la salvación de Rusia. Se dice que el general Ivanoff—aquel mismo general Ivanoff a quien el pueblo agradecido por su heroísmo obsequió una vez concluída la guerra con el Japón una espada de oro— fué el único que dijo al ex-Zar: "Abramos las barreras del Dwina para que vengan los alemanes y aplasten esa canalla". Nicolás Romanoff, patriota antes que nada, le reprendió con dureza. Poco después dirigió un telegrama al Presidente de la Duma a Petrogrado, señor Rodzianko, anunciándole su propósito de abdicar a favor de su hijo el Gran Duque Alexis.

En la escena de la abdicación, mejor que en ninguna otra, se retrata el carácter del ex-Zar. Se supo que había emprendido viaje para Pskoff el miembro del Comité ejecutivo de la Duma, señor Choulguine, y el diputado Goutchoff, que más tarde como Ministro de la Guerra organizó la célebre y malograda ofensiva de Korniloff que dió por resultado la captura de Halicz.

Choulguine y Goutchoff mismo cuentan la escena siguiente. Cuando su tren llegó a la estación de Pskoff y ellos bajaron del vagón, les esperaban en el andén un ayuda de campo del Emperador que les dijo: "Su Majestad os espera." Sólo tuvieron que dar algunas pasos para encontrarse en el tren imperial. Penetraron a un vagón-sala muy alumbrado, adornado con tapices verdes. Eran las diez de la noche. En el vagón se encontraban Frederiske, maestro de ceremonias de la corte (se decía que uno de sus hijos había contraído matrimonio en Tobolsk con la Gran Duquesa Olga), y el general Narishkine, que en uno de los ángulos se encontraba sentado ante una mesilla, dispuesto a escribir, porque había recibido el encargo del Emperador de consignar por escrito todos los detalles de la entrevista.

El Emperador entró inmediatamente: vestía el uniforme de Coronel de las tropas del Cáucaso y afable y cariñoso tendió la mano a los dos comisionados del pueblo, indicándoles sitio para que se sentaran. A su lado se sentó Goutchkoff: frente de ellos Choulguine y el general Russky, que entró algunos momentos después y que pidió excusas al Emperador por no haber sido exacto.

Habló Goutchkoff y no tuvo piedad para con el Emperador. Habló de la autocracia y de sus crímenes; habló de la traición que arrancaba cobardemente la victoria a los soldados de Rusia; habló de Raspouti-



Mr. Lenin, el leader de los Bolshevik.

Mr. Joffe, presidente del comité.

ne y su fatal influencia y habló del pueblo que pedía libertad. Como no veía el rostro del Zar, no conocía la impresión que sus palabras le iban causando. Concluyó pidiendo la abdicación en el Gran Duque Alexis, que debía tener como regente al Gran Duque Miguel, el ídolo del pueblo. Reinó un largo intervalo de silencio que rompió el Zar con voz serena, aunque algo apagada:

—Estaba resuelto a abdicar. Había pensado hasta hoy a las tres en hacerlo en mi hijo, pero me he convencido que me será imposible separarme de él. He resuelto abdicar a favor de mi hermano el Gran Duque Miguel. Y pasó al vagón vecino a firmar el acta de abdicación. Volvió con este documento en la mano a las once y cuarto de la noche. En máquina se sacaron varias copias que el Zar firmó serenamente, con lápiz. El Zar, anunciando que todo había concluído, se levantó de su asiento y extendió la mano en señal de despedida a los representantes del pueblo.

El mismo día trece en Petrogrado se constituía el Gobierno provisorio. Las tropas de la guarnición se pasaron al pueblo en contra de los polizontes odiados. Las calles, que habían sido el campo de sangrientísimas luchas, eran invadidas por la multitud que lanzaba vivas a la Libertad y que agitaba banderas rojas. Los aliados reconocían el nuevo Gobierno en el cual Pablo Miliukoff tomaba la Cartera de Relaciones Exteriores. La extrema izquierda sólo tenía un representante: Alejandro Kerensky en el Ministerio de Justicia. La revolución había triunfado.

Tan pronto como el Zar firmó su abdicación regresó a Mohileff: quería despedirse de sus oficiales del Estado Mayor. Permanecía en los días subsiguientes, encerrado en su gabinete de trabajo haciendo el estudio de los planes militares. El día 17 llegó en tren expreso procedente de Kieff su madre María Feodorowna, a consolarlo. Quería reanudar las relaciones que había roto desde hacía algún tiempo a causa de las intrigas de la Zarina. Esa tarde se supo la decisión del Gobierno provisorio de privar de la libertad al Zar: cuando llegaron los comisionados del pueblo que debían ejecutar tal orden, encontraron al Zar en compañía de su anciana y patriota madre. Cuando el tren que debía conducir al Zar a la prisión partió, el ex-Zar saludó a su madre, que agitaba un pañuelo desde la ventanilla del vagón, sereno y erguido, llevándose la mano a la visera de la boina. Si hubiera llorado podía haberle dicho lo que a aquel Boabdil, que lloraba su reino perdido, dijo su propia madre.

El trece de marzo estaba la Zarina Alejandra en su Palacio de Tsarkoie-Selo. El doce de marzo la Emperatriz, una vez que hubo conocido la defección de las tropas, tuvo uno de aquellos gestos de orgullo que tan comunes eran en ella: ordenó que el Palacio, en previsión de un ataque de las tropas rebeldes, fuera rodeado de ametralladoras y de automóviles blindados. Pero se anunció que llegaban las tropas sublevadas, que los jardines del Palacio ya habían sido invadidos por las tropas rebeldes. La Zarina, tan pronto como vió que los soldados fieles apuntaban sus ametralladoras en contra de las que llegaban, y que se iba trabar el encuentro, se arrepintió inmediatamente de su primer intento: dió orden a sus guardianes para que no hicieran uso de las armas, y en traje de enfermera bajó al jardín en busca del jefe del destacamento que intentaba saquear el Palacio:

—No disparéis. No soy sino una Hermana de la Caridad...

Y este acto de valor y de hidalguía, salvó su vida y la de sus hijos y salvó el Palacio.

Sin embargo, no se resignó: el día trece mandó a llamar al Palacio al Gran Duque Pablo Alexandrovich, tío del Zar, enemigo descubierto de ella y de Raspoutine:

—Id a la línea de fuego—le dijo—conseguid tropas que nos sean leales y traedlas, cueste lo que cueste.

El, como respuesta, le tendió un manifiesto

otorgando a la nación rusa la constitución, que además de la suya tenía las firmas de los Grandes Duques Cirilo y Miguel.

El jefe de la guarnición de Petrogrado, General Korniloff, fué el encargado del Gobierno revolucionario de comunicar a la Zarina la orden de prisión que contra ella se había dictado. Llegó al Palacio, solo y sin armas:

—Señora: estáis presa—le dijo con voz bélica no muy conforme con la etiqueta palaciega que todo el mundo acostumbraba con la Zarina.

❦ ❦

En Tsarkoie-Selo a altas horas de la noche, Nicolás Romanoff, prisionero espera la visita que le ha sido anunciada del jefe del Gobierno provisional. Un automóvil cuya bocina resuena en las alamedas del jardín y que se detiene ante la verja del palacio. Baja Kerensky, ligero, ágil, envuelto en un abrigo de pieles. Lo siguen dos ayudantes militares.

Nicolás Romanoff sale a recibirlo a la puerta de la habitación y le tiende la mano.

—Coronel: disponeos a partir.

—¿Cuándo? ¿Para dónde? ¿Solo? Abdiqué la Corona por no separarme de mi hijo... ¿Puedo ahora sí marchar a Livadia?

—Coronel: vais a Siberia acompañado de vuestra familia. Así lo exige la salvación de Rusia.

Nicolás Romanoff palideció y tuvo que apoyarse sobre una mesa para no caer. Despues de un largo intervalo de silencio dijo serenándose:

—Sí, partiré si así lo exige la salud de Rusia. ¿Qué otra cosa debo hacer? ¿Cuándo debo partir?

—Dentro de cuatro horas.

Y en el andén de la antigua estación imperial de Tsarkoie-Selo, en una madrugada fría y obscura, cuando ya iba a partir el tren que debía conducir al que había sido autócrata de todas las Rusias, en el andén solitario donde se alineaban varias filas de soldados impasibles, un estrecho abrazo unió por largo rato a Nicolás Romanoff y a Alejandro Kerensky, al hombre que encarnaba la Rusia del pasado y al representante de la Rusia nueva.

Cuando partió el tren y desde la ventanilla envió el Zar el último adiós al representante de la Rusia revolucionaria, ya ondeaba en el Palacio la bandera de la revolución, una herida sangrienta abierta en el cielo invernal, herida que hacía vaga e imprecisa la luz pálida del amanecer...

Nicolás Romanoff—decían los periódicos—quedó profundamente dormido en el tren que lo llevaba a Siberia. Siempre **La vida es sueño:**

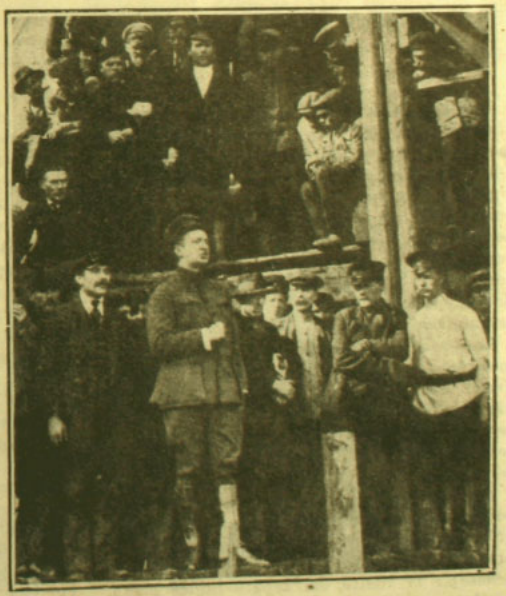
Puesto que todo es mentira
soñemos, alma, soñemos...

❦ ❦

Rusia se perdió por Kerensky, que fué quien la llevó al desastre. ¿Cuándo, hace un año, iban a pensar los aliados, cuando con tanto júbilo recibieron la noticia de la caída de la autocracia, que hoy estarían en el poder descamisados de la talla de Lenine?

Han firmado la paz; han dado a Alemania la mitad de Rusia; han quitado a ésta todo su exótico romanticismo, han convertido la demagogía y el nihilismo en una antiartística vulgaridad....

—¡Eso les basta para pasar a la inmortalidad!



Arengando al pueblo.

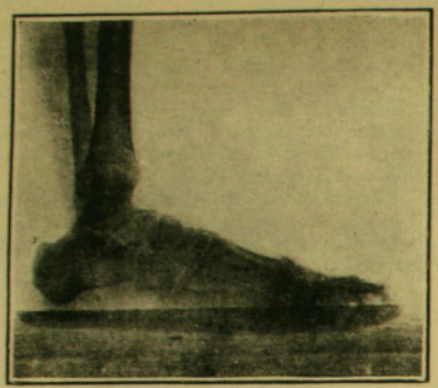


Fig. 1 y 2.—En reposo: radiografía de un pié normal sin calzado (fig. 1) y de un pié calzado con zapato de taco alto (fig. 2) mostrando la repartición del peso sobre el empeine y la separación de las articulaciones del tobillo.

El taco alto y la salud femenina

Traducción de "La Maja Aristocrática"

Con ilustraciones.

El pequeño zapato Luis XV ha tenido últimamente el honor de ocupar la atención de la Academia de Medicina francesa donde M. Quénu lo ha anatomatizado. El peligro que significa para las damas elegantes el uso del calzado de taco exageradamente alto, aparece constatado en las radiografías que ilustran este artículo. Ellas demuestran las deformaciones de la arquitectura ósea del pie, de los miembros inferiores, de la pelvis y de la columna vertebral.

Las conclusiones alarmantes de esta demostración científica no hacen más que confirmar los excesos de una moda en que las víctimas, por lucir un pie pequeño o aparecer de mayor estatura, no trepidan en someterse al suplicio de estos borceguíes en que se tuercen los dedos y los muñones.

¿La censura académica tendrá suficiente poder para vencer la coquetería femenina? ¿No es acaso presunción o ingenuidad el proscribir el taco alto tan chic y artístico y aconsejar la vuelta del zapato inglés plano, higiénico y cómodo, pero antiestético? ¿No sería más diplomático determinar solamente a qué dimensión los tacos empiezan verdaderamente a perjudicar? Bastará, se me figura, con invitar a nuestras lectoras a tener un poco más independencia y a desentenderse de las exageraciones de una costumbre vanidosa que una mujer de gusto debe siempre evitar.

La marcha normal exige el libre juego de la articulación del tobillo y la oscilación alternativa del talón y del empeine por la contracción sucesiva de los músculos extensores de la pantorrilla y de los flexores de la delantera de la pierna. Estos músculos, como resortes antagónicos, determinan la bajada del empeine, el desarrollo de la planta sobre el suelo, la subida del talón y el bote del cuerpo, Aparte de este juego mecánico, los músculos flexores y extensores de la pierna tienen una acción circulatoria tan importante como desconocida. En su fase de contracción comprimen las numerosas venas que corren verticalmente en sus intersticios y devuelven así al corazón la sangre estancada en las extremidades.

Estas diversas funciones de músculos y

venas resultan comprometidas por el uso de tacos muy altos, que inmovilizan el pie dejándolo en posición de rigidez forzada apoyado el cuerpo en los dedos grandes que solos soportan su peso ya que la marcha tiene que hacerse en puntillas. El talón mantenido elevado por el taco alto, no soporta el peso que debe. El va, por el contrario, a gravitar sobre la parte menos resistente del arco del pie. El hueso más macizo, el calcáneo, recibe la carga más pequeña, mientras que el empeine, el cuboide, el cuneiforme, el astragalo, más débiles, soportan pesos excesivos y bajo ángulos desviados. Esta alteración origina la anomalía de que las articulaciones que los unen no jueguen en las direcciones normales y que la armazón del pie esté sometida a los trastornos anatómicos y funcionales que muestran las radiografías.

Y así cualquiera de nuestras lectoras notará al mirar los lindos pies de sus amigas que van encajonados en sus botas de altísimos tacones y que no andan, en la verdadera acepción de la palabra, sino que van haciendo **pinitos** sin que el pie pueda doblarse a cada paso como es lo natural. El juego de la articulación principal está suprimido, y los músculos que lo producen, los flexores y los extensores de la pierna ahí están sin trabajar, inmóviles, y, por consiguiente, inadecuados para desempeñar cumplidamente sus funciones en la circulación venosa, de vuelta.

Con la ayuda de la cinematografía y de aparatos registradores especiales, Mr. Quénu ha estudiado la marcha de las personas que usan tacos altos. Ella difiere de la normal: el andar es áspero y sacudido, los pasos son más cortos y rápidos, el tiempo que se emplea normalmente para el desarrollo del pie se retarda, la pierna como una masa inerte se mueve inseguramente bajo la acción del muslo flácido y débil, ya que sus músculos están contraídos y ociosos. La elevación de la rótula es la resultante de esta contracción fatigosa que repercute sobre la pelvis y la columna vertebral. Esta se arquea más de lo natural y las mujeres coquetas, cuyo talle es demasiado tieso y echado para atrás, no ignoran esta acción del calzado de taco alto. El resultado de estas diversas perturbaciones funcionales de los miembros inferiores se traduce en el aspecto general del cuerpo, por una silueta característica e inconfundible, en que los fundamentos de la estabilidad racional se han trastornado. En efecto, con tales atentados contra las leyes naturales, el centro de gravedad que determina el equilibrio del cuerpo humano cambia hacia adelante y obliga a las víctimas de esta moda-suplicio a echar la espalda hacia atrás y el vientre hacia adelante. Estas actitudes vulgares se pueden apreciar en las calles y paseos donde las elegantes lucen sus ademanes cansados y antiestéticos que sólo sirven para dar tema a los dibujantes humorísticos.

Las consecuencias de las investigaciones del profesor Quénu bastarían sin duda para desterrar el zapato de taco alto preferido por las damas elegantes ahora y siempre porque raciocinando con la encantadora ligereza de la coquetería, realza la forma del pie, aunque lo deforme hasta parecerse, en algunos casos, a los repugnantes muñones de las chinas...

Pero aún hay más, aún hay otras razones que deben meditar las mujeres antes de decidirse a usar el famoso zapato.

Se imagina o se sabe que la circulación de la sangre en las venas la impulsa y la

Fig. 3 y 4.—En marcha: pié normal (fig. 3) y pié calzado con zapato de taco alto (fig. 4). Se notará en esta última figura la dirección y la angulación anormal del hueso.

Fig. 5.—Pie chico (No. 34) sin zapato pero con el talón apoyado en taco alto.

lleva a cabo el trabajo del corazón, verdadera bomba impelente.

Pero este órgano no asegura más que una parte de esa circulación: la que lanza la sangre hacia los órganos y hacia los miembros; la vuelta hacia el corazón de esa misma sangre es la obra de dos agentes: de los músculos cuando trabajan y del pulmón cuando aspira el aire. Por el vacío que produce en la caja toráxica aspira también la sangre venosa y la ayuda a volver hacia el corazón. Además, los músculos, durante su trabajo, despiden ácido carbónico cuya eliminación excita la ventilación pulmonar. Así es como los músculos de los diversos miembros del cuerpo humano mantienen de una manera automática la circulación de vuelta por medio de la prolución de sus contracciones y también por la aspiración pulmonar.

Ahora bien, la mayoría de nosotros está privada de los beneficios de esa función circulatoria de los músculos a causa de la funesta vida sedentaria. La vida sedentaria, es decir, la insuficiencia de trabajo muscular y respiratorio, es la causa de muchas enfermedades modernas. El deseo enfermizo del confort, el desarrollo de los medios de transporte, el uso del telégrafo, del teléfono, favorecen nuestra inmovilidad física. Todos nuestros perfeccionamientos técnicos tienden a evitar el esfuerzo muscular.

Fig. 7.—El mismo pie calzado con zapato plano: las direcciones y angulaciones óseas permanecen normales y análogas a las de la figura No. 1.

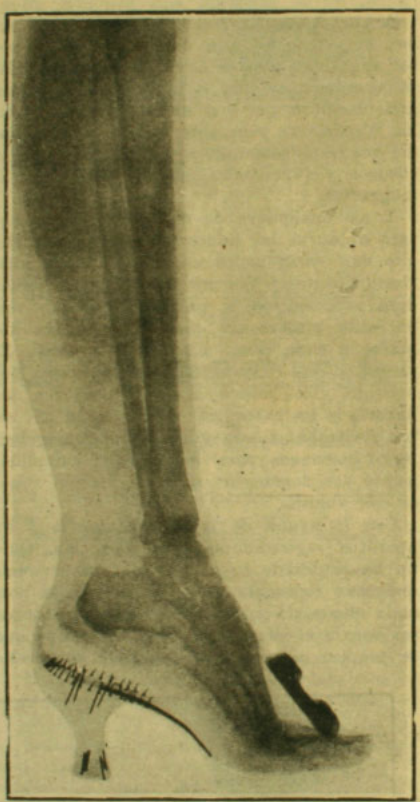


Fig. 6.—El mismo pie calzado de zapato con taco de 8 centímetros y una plantilla interior. (La radiografía muestra la armadura metálica que sostiene el arqueamiento de suela.

Vamos a la impotencia física y sufrimos sus efectos en la circulación.

A las mujeres, sobre todo, no les agrada el andar a pie, que es el ejercicio por excelencia. El uso de calzado que dificulta la marcha e impide el trabajo muscular y circulatorio de los miembros inferiores es para ellas una nueva causa de vida sedentaria. Ella agrava la pereza física que es inherente al bello sexo derivada tanto de su índole

como del género de sus ocupaciones. La vida sedentaria originada por el calzado de taco alto es la causa de diferentes perturbaciones que no se nos ocurre atribuír a ella.

El trabajo muscular de los miembros inferiores es de importancia determinante, sobre la circulación general. Si se disminuye, se ve alterar también el régimen circulatorio de los órganos del abdomen que envían su sangre venosa a la vena porta, unida por canales de derivación a las grandes vísceras que no sirve directamente. Pero las diferentes redes venosas del organismo están todas ligadas entre sí y la causa que perturba a una de ellas también resiente a las otras. La sangre venosa de los miembros inferiores, impulsada por los movimientos del pie, de la pierna y del muslo se reparte en las grandes venas de el abdomen y alcanza después al

Hé aquí dos radiografías sobre puestas que muestran la posición normal y la anormal del pie en zapatos de tacos de 4 centímetros y de 8.

corazón. La inmovilidad de los músculos de la pierna cuando se marcha sobre tacos altos acentúa la estancación de la sangre y luego en los órganos la circulación portal también decrece. En tal caso se produce el fenómeno de la hipertensión en la red de la vena porta.

¿Qué es la hipertensión portal? Es la consecuencia de la acumulación y estancamiento de la sangre en los numerosos conductos venosos que llevan al hígado la sangre del estómago, del bazo, del páncreas y del intestino. El hígado utiliza y depura ese río de sangre canalizado por la vena porta y la entrega al corazón. Todo lo que retarda la circulación venosa portal repercute sobre la vida íntima de los órganos digestivos y, sobre todo, del hígado. Así es como se suelen producir congestiones de este órgano, acompañadas de fenómenos de la nutrición y, frecuentemente, la obesidad. El riñón mismo y sus importantísimas funciones, puede ser per-

La rodilla y la rótula de perfil, estando la pierna en reposo y el pie extendido sobre el suelo.

turbado por la congestión portal, que progresivamente acaba por atacarlo.

Los dolores lumbares, indicios de esta congestión renal, son a menudo considerados por las mujeres que usan tacos altos como originados por piedras al hígado o cólicos nefríticos. Mr. Linossier ha llamado también la atención de la Academia sobre una albuminuria particular producida por esta comba exagerada de la columna vertebral, señalada por M. Quénu como consecuencia del uso de las botas censuradas. Esta albuminuria ortastática, o albuminuria de postura, se produce igualmente en otras condiciones, sobre todo en las niñas jóvenes y desaparece si la columna vertebral vuelve a su posición normal.

Se ve, pues, cuán sensible es el organismo a estas exageraciones de la indumentaria.

Estas reacciones sobre la circulación abdominal son más fáciles y más intensas en las mujeres que padecen afecciones de los órganos femeninos y, en general, de aquellas que se encierran y comprenden en la

La misma rodilla cuando el pie va calzado de zapatos con taco alto: la rótula está dislocada por la contracción de los músculos.

Actitud que resulta del uso de taco alto.

pelvis y, a su vez, la congestión venosa predispone para esas afecciones, las exagera, las mantiene y las conserva. Lo mismo pasa con las enfermedades del intestino y del apéndice. Los dolores de vientre de que se quejan algunas mujeres obligadas a andar algunas horas con los famosos zapatos-zancos, provienen casi todos de la congestión venosa.

En fin, como es de suponer, las piernas sufren las primeras por estas diferentes causas patógenas: las venas se hinchan, las várices aparecen, los músculos, inutilizados por la posición anormal del pie, disminuyen de volumen y se van llenando poco a poco de grasa que entorpece la flexibilidad del miembro, que origina en él una debilidad manifiesta después de una marcha prolongada: la fatiga lo gana rápidamente y sobrevienen dolores, calambres, neuralgias, tal como la ciática. En una palabra, el organismo protesta en toda forma contra la anomalía del funcionamiento que se le ha impuesto. Las flebitis mismas son más frecuentes en las venas de estos miembros debilitados, cuando el embarazo o una enfermedad febril aporta a la sangre el elemento de infección indispensable.

No está de más decir que los perjuicios de que son víctimas las portadoras de este calzado no son graves sino cuando los tacos alcanzan a 8 o 10 centímetros o más si la coquetería femenina agrega—exceso frecuente—plantillas interiores. En realidad las perturbaciones circulatorias que hemos analizado facilitan la venida o exageran males de origen diferente. Pero lo dicho es bastante para explicar el grito de alarma lanzado por la Academia de Medicina.

Es preciso, pues, inexorablemente rechazar el uso de todo calzado de taco alto, a pesar de su elegancia indiscutible... y de las preferencias del público femenino. Las radiografías demuestran las perturbaciones señaladas, desde que el taco se levanta más o menos a una altura mayor de 4 centímetros. La estatura y el tamaño del pie importan para decidir el límite de altura. Mientras más pequeño es el pie menos alto debe ser el taco del calzado, circunstancia molesta para las muchachas de extremidades minúsculas que desean aparecer más altas. Es preciso rechazar sistemáticamente el empleo de las plantillas interiores, manera sutil y disimulada de aumentar todavía la altura, a veces extrema, del taco.

Se puede, pues, aconsejar a las mujeres que cuidan de su salud, pero que no aceptan el calzado plano, no llevar tacos combados superiores a 4 centímetros, medidos vertical

Actitud descansada y equilibrada de la persona que usa taco de tamaño discreto.

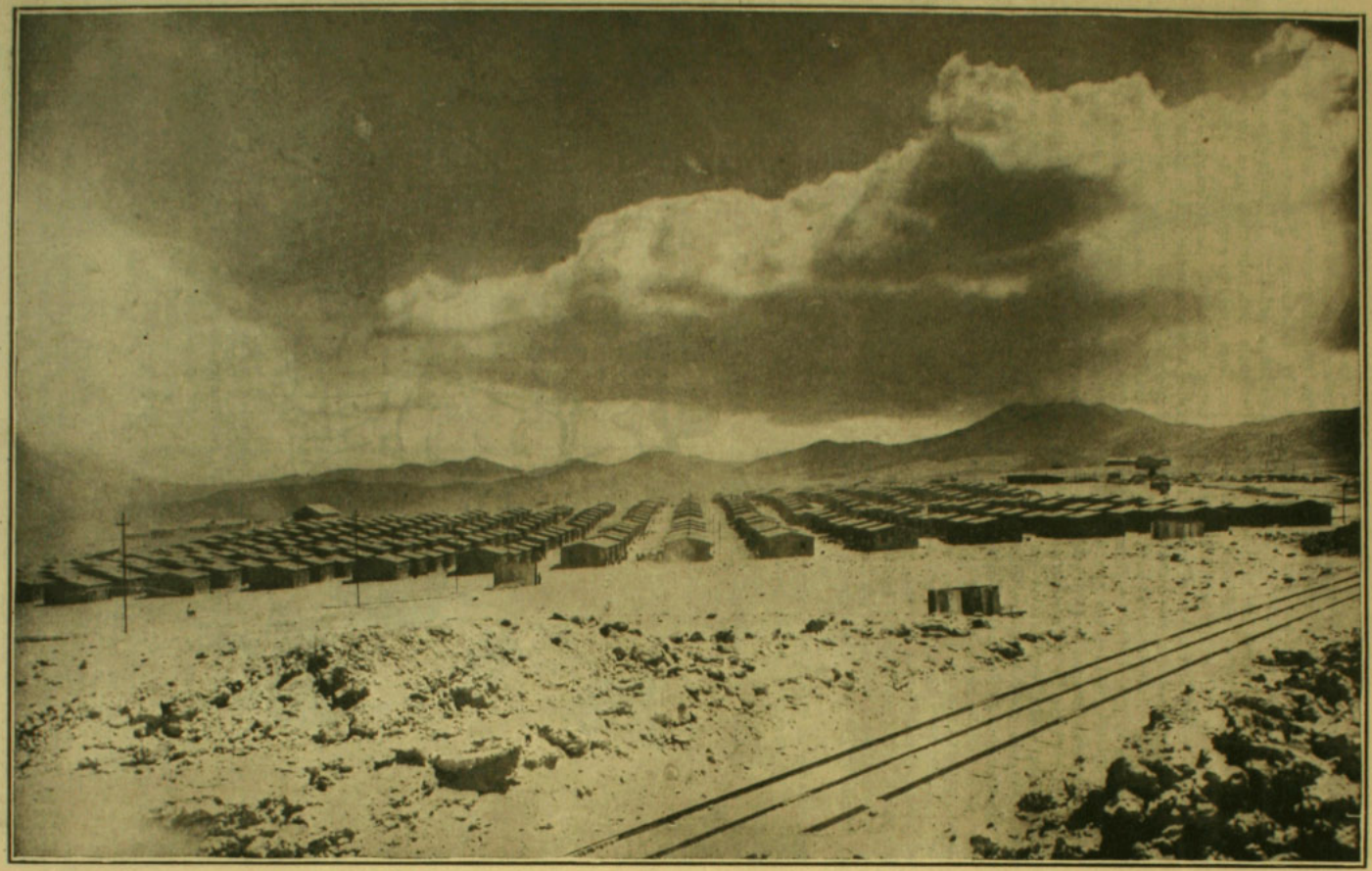
mente. Cinco centímetros serían tolerados por las mujeres de pie grande. Este es el límite extremo permitido por una higiene por demás tolerante.

Es conveniente evitar las marchas largas cuando los pies están así calzados, y descansar todo lo que sea posible poniéndose en casa zapatos de taco plano, para que se restablezcan las condiciones normales del juego muscular y circulatorio del pie.

Es preciso escoger entre las formas de esos tacos de mediana altura los que una combadura acentuada avanza bajo el pie para compensar la repartición del cuerpo sobre el empeine. Esta moda, que reduce en más de la mitad la superficie de apoyo sobre el suelo, es atentatoria de la solidez del equilibrio. Los tacos adelgazados en su parte media, pero ensanchados en la base, o sea en el punto de contacto con el suelo, remedian en algo esta disminución de la base de sustentación del cuerpo. Amaestrados por las necesidades prácticas e ilustrados por la experiencia, los fabricantes, es preciso reconocer, han tratado siempre de conciliar todos estos elementos, perjudicando lo menos posible a la elegancia y a la naturaleza. Es solamente deseable que, resistiendo a las exageraciones de una costumbre perniciosa, no ofrezcan a su clientela femenina botas o zapatos cuyos tacos excedan de la altura que hemos indicado.

Tal es, parece, la solución ecléctica de un problema muchas veces examinado por los higienistas, y en que los consejos de supresión radical no han vencido jamás la resistencia pasiva de las mujeres coquetas tan fieles a sus preferencias y gustos.

¡Así andan las señoritas que usan tacos de 10 centímetros!



Vista general del campamento nuevo para obreros.

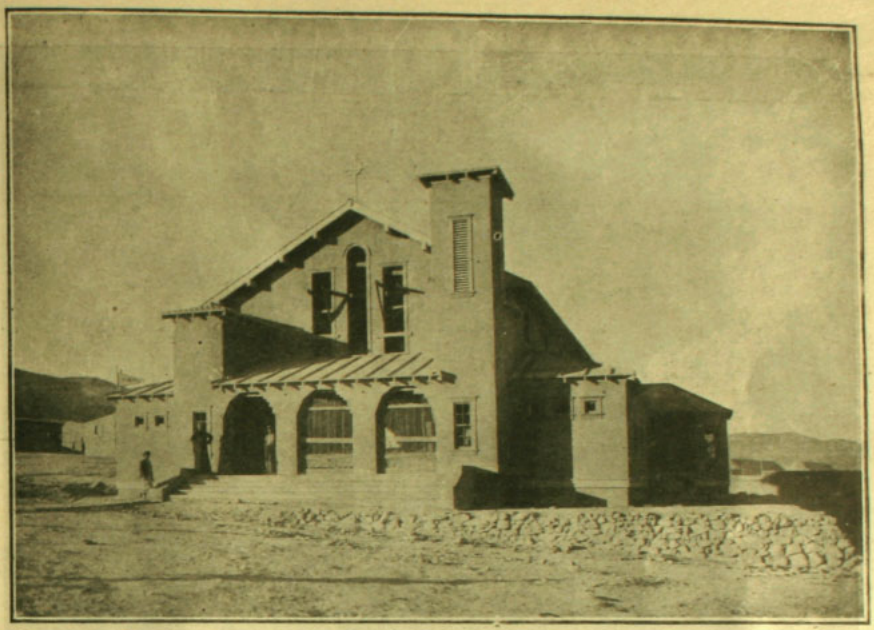
Comedor para empleados solteros.

Casas de adobe para obreros, en el campamento nuevo.

Hospital y edificios anexos.

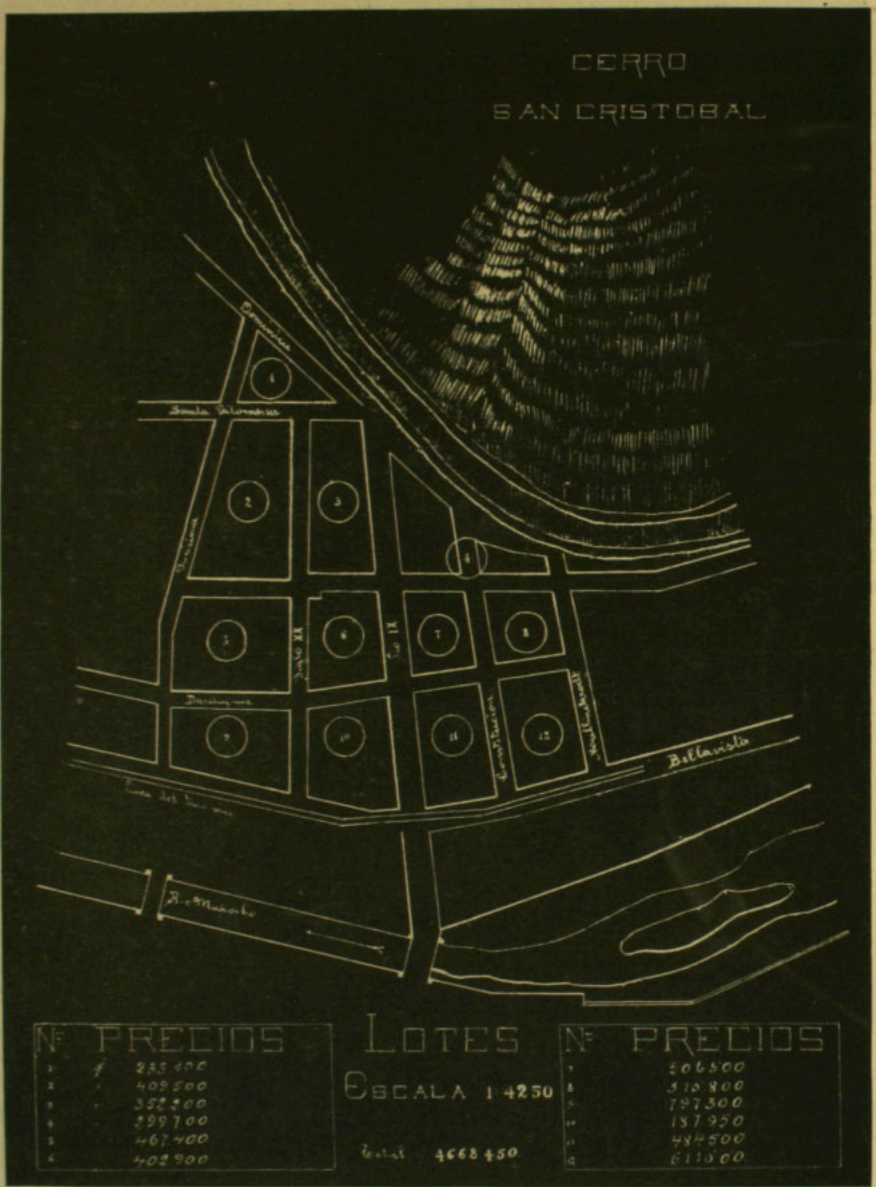
Edificio del Chile Club (recientemente inaugurado) para empleados y obreros.

Escuela para obreros (en construcción).



Iglesia católica (en construcción).

Vista general del campamento de altos empleados.


CERRO
SAN CRISTOBAL
Bellavista
R. Mapocho
LOTES
ESCALA 1:4250
Total 4668450
Nº PRECIOS
1 $ 235400
2 " 409500
3 " 352500
4 " 299700
5 " 467400
6 " 402900
Nº PRECIOS
7 $ 206500
8 " 510800
9 " 797300
10 " 187950
11 " 484500
12 " 611000

Estadio Nacional y Teatro al aire libre

Con ilustraciones fotográficas

Harto tiempo y mucho papel y tinta se consumieron en la discutida ubicación del Estadio Nacional, hasta que por fin se resolvieron por unos terrenos cedidos por un propietario, cerca de la estación de Renca, y se fundó la primera piedra.

Sin pretender discutir la ubicación del Estadio en la parte precisa hacia donde convergen todas las filtraciones de la ciudad, queremos sólo lanzar una idea que desde muchos años venimos acariciando: utilizar el Estadio como Teatro al aire libre.

Nadie debe ignorar que el teatro a puertas cerradas y en recintos en donde se respira la más dañina y malsana atmósfera tuvo su origen en las ceremonias religiosas y en los Juegos Olímpicos de la antigua Grecia.

La más remota noticia que encontramos en la Historia del Arte sobre el teatro al aire libre, data del año 534 antes de J. C., y se refiere al teatro fundado por Polyclito, en Epidauro, Atenas.

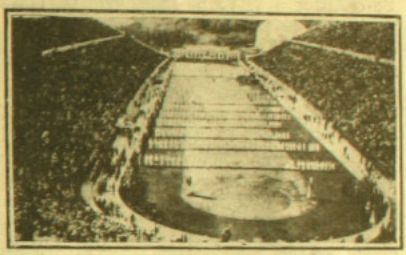
En ese monumental Coliseo se celebraban anualmente las fiestas Donisianas, fiestas que duraban desde el 5 hasta el 14 del mes llamado **élaphébolion**, noveno mes del año ático (del 15 de marzo al 15 de Abril de nuestro calendario). Allí se presentó por vez primera una de las más brillantes creaciones del genio griego: el Teatro Lírico, comprendidas la Tragedia y la Comedia.

El **auditorium** lo componían más de 30 mil personas.

Dichas fiestas tuvieron su más culminante desarrollo en el siglo V de nuestra era, época en que tomó la más grande y significativa expansión la afición a las bellas artes en esa clásica tierra.

Antiguo Estadio de Atenas.

El colosal teatro de Epidauro fué construído al S. E. de la Acrópolis, teniendo como decoración natural el monte **Kynorion**,



Juegos olímpicos con que se estrenó el Estadio en 1896.

en cuya falda se ubicó el gran **Proscenium**.

Huelga consignar en esta reducida exposición la importancia que en todo tiempo, y en todos los pueblos civilizados han dado a los estudios que tienden a mejorar el desarrollo físico con los ejercicios atléticos, y al desenvolvimiento moral con el teatro al aire libre.

Los gráficos de las revistas europeas y los de la última Exposición de San Francisco, harán apreciar a nuestros conciudadanos la preferencia que modernamente se concede a los espectáculos a pleno aire: en las arenas de Beziéres, Champigni-la-Bataille, Orange, Bagneres de Luchon, Gallo-Romana de Saintes, Atena-Niké, las de Roma y tantas otras. Convencidos de la conveniencia de agregar al Estado el bello espectáculo del Teatro al Aire Libre, y consultando la comodidad de todos los aficionados a los deportes y concurrentes a dichos actos, nos atrevemos a señalar un sitio que, a nuestro humilde parecer, considera todos los preceptos de la Higiene y de la Estética. Dicho sitio serían los terrenos que ocupan las calles de Purísima, Bellavista y Mallinckrent, y que tendrían como decoración natural nuestro magnífico San Cristóbal.

Todas las personas inteligentes a quienes hemos enunciado el proyecto, aún

estando interesadas en otras ubicaciones, lo han aprobado con entusiasmo.

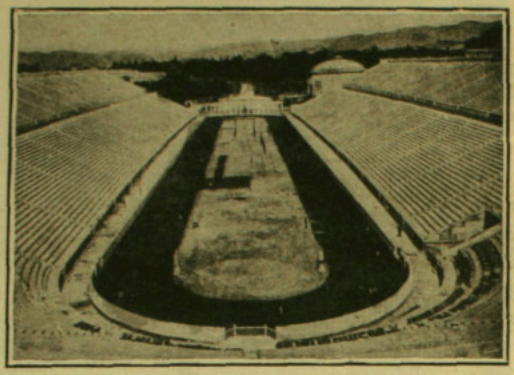
La ubicación que señalamos, en competencia con la que se ha acordado, reportaría las ventajas siguientes:

I.—Ahorro absoluto del costo del acarreo del material de construcción, pues allí, en el cerro mismo, se tiene la piedra y en el río las arenas. Todo sería cuestión de andariveles y ascensores. Ascensores y andariveles que posee en gran cantidad el Gobierno, en las obras portuarias de Talcahuano, San Antonio y Valparaíso.

II.—Como para utilizar la piedra habría que cortarle la cabeza al San Cristóbal, en la antiplanicie resultante se construiría una moderna Escuela de Artillería (que sería el baluarte de la capital) como no la habría en toda América, escuela en que nuestros artilleros se ejercitarían subiendo piezas de gran tonelaje a esas alturas, como lo exige la táctica actual. Tambien se podría instalar allí el Observatorio y Estación inalámbrica Nacionales.

III.—La Escuela de Artillería y las plantaciones de pinos, robles, litres y demás árboles indígenas que habría que hacer para la decoración del teatro, darían a esa parte de la ciudad un aspecto único. y se presentaría a los turistas una construcción soberbia que se contemplaría sin necesidad de los diez minutos de tren que hay que hacer para ir a ver el de Renca.

El San Cristóbal, en esas condiciones, haría **pendant** con nuestro hermoso Parque Forestal.



El mismo, restaurado en 1896.

IV.—Los medios de transporte y tracción están hechos y son inmejorables, pues hacia ese sitio convergen los tranvías de Bellavista, Catedral, Providencia, Los Leones, Alameda, Maestranza, Ñuñoa, el ferrocarril de Pirque, el estratégico y el de circunvalación. La línea de Purísima sería la propia del Teatro.

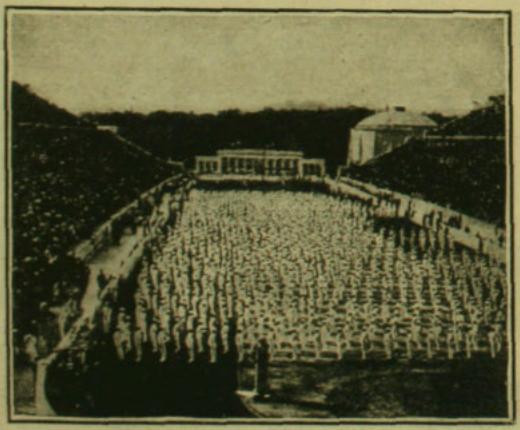
Todas esas líneas cooperarían a la construcción con el acarreo de los materiales complementarios, de las herramientas y de los empleados y operarios.

V.—Todo el Cerro y sus construcciones tendrían alumbrado eléctrico y fuerza propios, aprovechando la caída de agua del canal de lo Contador.

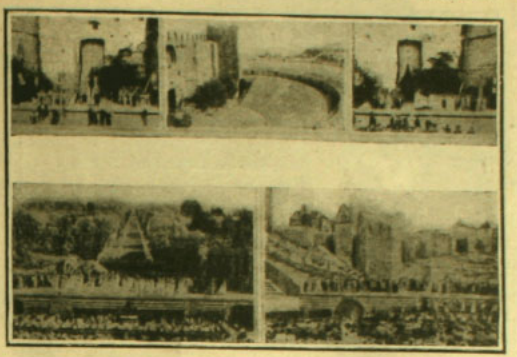
VI.—La construcción constaría de cincuenta graderías circulares. Desde su base hasta su quinto metro sería de cal y piedra; y en seguida se continuaría con fierro y cemento armado para aprovechar el interior en almacenes y bodegas.

En sus últimos 14 metros (tendría en total 60.00 m.) comenzaría la gran galería de circunvalación de 26 por 12. y las pequeñas galerías laterales que servirían para dar luz y dividir los almacenes y oficinas públicas que allí se instalarían.

La gran galería estaría sostenida por columnas griegas equidistantes: y las pequeñas tendrían en sus entradas dos atlantes de granito sosteniendo sus pórticos.



Revista de gimnasia en 1906.



Varios Estadios de Europa.

Sobre la bóveda de la gran galería quedaría el gran paseo a 60 metros de elevación.

Por mera curiosidad enumeramos las oficinas Públicas y particulares que podrían instalarse en rededor del teatro: Conservatorio de Música y Declamación, Escuela de Coros y de Coreografía, Escuela de Dibujo y Escultura Ornamentales, Escuelas nocturnas de Electricistas, Sastres y Atrecistas teatrales, Escuela de Escenografía. Todas las secretarías de las Sociedades de Obreros, Asociaciones de Sport, etc., etc.

VII.—El Supremo Gobierno, representado por el Directorio del establecimiento, permitiría en el recinto del Teatro la presentación de los espectáculos siguientes:

a) Aeronavegación.
b) Automovilismo, moto y bicicletas.
c) Biógrafo moral e instructivo.
d) Carreras pedestres y de bigas y cuadrigas a la romana.
e) Foot-ball, Tennis, pelota a la española y bochas.
f) Luchas romanas, griegas y japonesas.
g) Box y esgrima en general.
h) Paradas y revistas militares.
i) Juegos Olímpicos, nacionales e internacionales.
k) Procesiones cívicas y religiosas.
l) Pantomimas acuáticas y concursos de natación, regatas venecianas, etc.
ll) Juegos de chueca, Pillatunes araucanos y rodeos a la chilena.
m) Concentraciones y ejercicios de girls y boy scouts.
n) Corsos de flores y Fiestas de Estudiantes.
ñ) Concurso de patinaje sobre hielo.
o) Concursos de Orquestas, Bandas, Orfeones y estudiantinas.
p) Representaciones de Operas y Tragedias.
q) Concurso de Fuegos artificiales.
r) Ferias y Exposiciones de Industrias, Artes, etc.
rr) Ejercicios generales de Bombas, etc., etc.

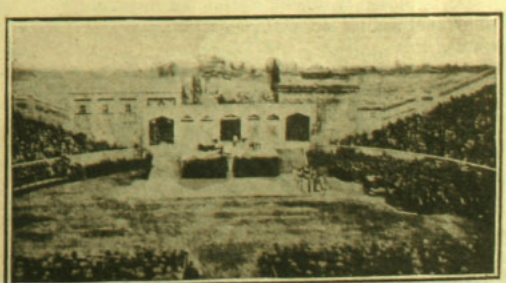
VIII.—El valor de los terrenos que habría que expropiar, según datos tomados en la Oficina de Avalúos, es de $ 4.668.450.00, suma bien exigua si se toma en cuenta la situación tan central de los terrenos que el Gobierno tendría que declarar de utilidad pública; y pagar por ellos la suma que tienen fijada para pagos de los impuestos de haberes o la cantidad que les asignara una Comisión de hombres buenos nombrada ad-hoc.

IX.—La mano de obra resultaría barata utilizando el trabajo de los reos de vagancia y los del 131, tal como lo hizo Vicuña Mackenna en la construcción del Cerro Santa Lucía.

X.—Los establecimientos anexos al Teatro le darían para sus espectáculos: el Conservatorio una grande Orquesta, una gran Banda de Charanga, los artistas principales para la escena lírica y para el drama; la Escuela de Coros un gran Coro internacional, un gran cuerpo de baile y las figurantes y comparsas para la ópera y la comedia.

Las demás escuelas, en su rol, le proporcionarían todos los elementos indispensables que concurren a la presentación de espectáculos de primer orden.

El teatro también deberá tener un establecimiento o imprenta propio, para la



Representación de "Los Bárbaros" en Bezieres.

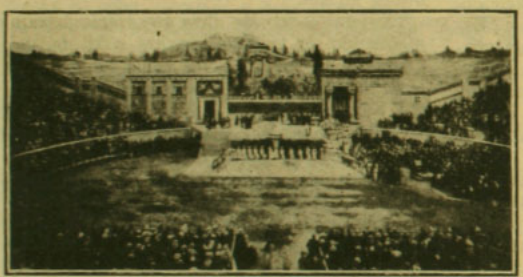
impresión y edición de las boletas, carteles y affiches, y de las obras literarias y musicales que resulten premiadas en los concursos anuales, etc., etc.

Consideraciones generales

La Diosa Hygiea y la práctica de las buenas costumbres, imponen a nuestros gobernantes la obligación de proporcionar al pueblo los recintos sanos donde se reunan y pasen las horas de solaz, en contraposición a la taberna o al tugurio de los conventillos.

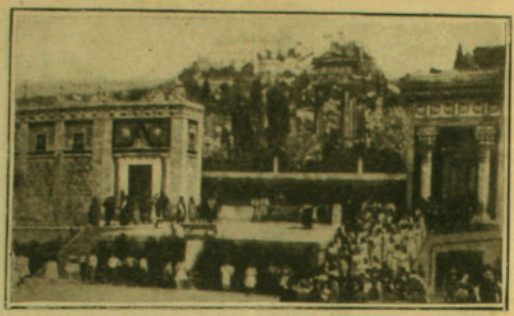
El teatro al aire libre en la ciudad misma, y el Estadio en sus cercanías, propenderán eficazmente al mejoramiento de la raza tan abatida por el abandono en que se la deja desarrollarse.

El sitio que nos atrevemos a indicar para la ubicación del teatro del pueblo, creemos, honradamente, que es el más a propósito, atendidos nuestros escasos y mal organizados medios de locomoción y transportes.



Representación de "Alceste" en el mismo Estadio.

El teatro que proyectamos contendría 50.000 espectadores cuando estuviese ocupada la platea, y 70.000 cuando se hicieran representaciones en el Proscenium.



Un ensayo de "Alceste" en Atenas-Niké.

¿Cuántos trenes, autos, coches y carretelas se necesitarían para trasladar el 50 por ciento de esa enorme muchedumbre a cualquier sitio distante de la ciudad?

Los que asistimos a la inauguración de la primera piedra del Estadio podemos responder.

El teatro debe estar situado de manera que los espectadores puedan ir y volver a pie.

Estas humildes ideas y las que pueden agregar mentes más experimentadas de personas más influyentes, llevarían a la práctica y a la realización una de las más bellas obras con que se exornaría la capital de la República.

Los caballeros que tomen a su cargo la erección del teatro al aire libre, harán una obra patriótica presentando al mundo una de las más potentes manifestaciones de nuestra raza noble, leal y trabajadora. Esa magna obra será el más fuerte dique que se opondrá a la decadencia de nuestro pueblo; y el más eficaz detente al **Alcoholismo** que amenaza destruir las legendarias energías de nuestro roto vencedor en cien batallas.

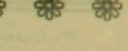
Prof. LUIS SANDOVAL B.

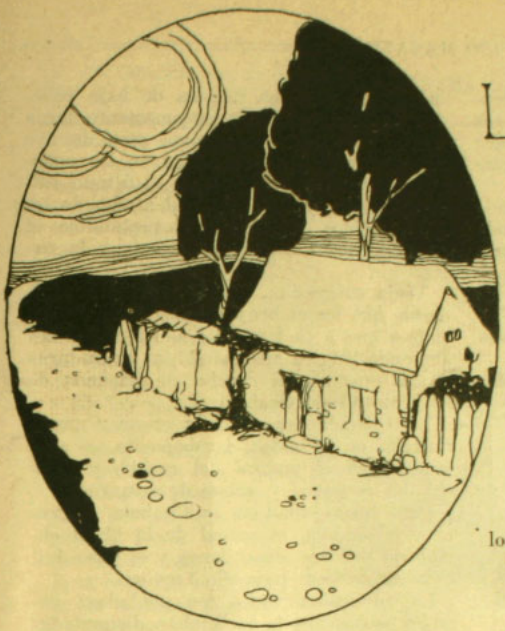
NOTA.—Este proyecto fué presentado hace dos años al señor Intendente de Santiago, a la Asociación de Educación Nacional, a la Liga contra el Alcoholismo, a la Federación Sportiva Nacional y a más de veinte personalidades de la capital. De entre estas últimas, don Alberto Mackenna S., me respondió diciendo:

"Su proyecto de teatro al aire libre es obra de romanos; pero esta no es una razón para desalentarnos en tan hermosa y atrevida empresa. La ubicación que Ud. indica es digna de un artista. Si esa obra se realizara conjuntamente con la plantación y ornato del San Cristóbal, sería la más hermosa del mundo" etc. etc.

Como nota final, diremos que somos contrarios en absoluto a la idea de que se entregue el San Cristóbal para hacerlo objeto de explotación de particulares.

Las razones las consignaremos en un próximo artículo.





LA JAZMINERA DE SAN ISIDRO..

POR EL SEÑOR DE PHOCAS..

Corrían los años viejos en la callada quietud poblana. La vida de la aldehuela de San Isidro del Monte, santificada como en un idilio, en que el buen patrono parecía haber florecido toda la bondad de su alma, era una vida tan mansa, tan suave, que ni la tierra que levantaban las piaras era incómoda.

Desde los pinares de aquende el río venía en las alboradas un cantar de pájaros montañeses que se confundía con la plegaria bulliciosa de las campanas del convento del Santo Labrador, batidas gloriosamente por los vencejos que tiraban con sus manos los encanijados y severos sacristanes.

De los collados esmeraldinos, y más allá de la lejanía brumosa, la vida apacible era la misma que sabían los hijos de San Isidro, aldea en cuyas viejas casonas había resabios de arquitectura castellana y yerbas que amarilleaban sobre las bardas rojas de los murallones de los linderos.

Y era fervor ardoroso y cristiano el de estas buenas gentes, por la gloria de la aldea, que era gloria de paz, en que nunca se oyó el Angelus sin haberse santiguado la cara el labriego con la manaza terrosa, la vieja con sus dedos resquebrajados y nudosos y la moza con su manecita morena y regordeta.

Los campos reverdecían en las espigas nuevas, los árboles llenaban de corolas prometedoras sus ramas escuetas y estremecidas en el invierno por las ventadas corditleranas, y en los rosales florecían los botones sangrientos.

¡San Isidro del Monte!

En la bienaventuranza de San Isidro viví mi adolescencia.

Era enclenque, despernancado y novedoso, sin dejar de ser hipócrita, ya que ocultaba siempre mis curiosidades en el temor de descubrirme ante los demás en algún pensamiento malsano. No tenía inquietudes, ya que en mi ociosidad había encontrado la mayor satisfacción espiritual.

Y pasaba las horas de la siesta a la vera del río, escondido entre los matorrales, para sorprender desde muy cerca, con la respiración detenida, cómo algún pájaro llegaba a buscar diminutos gusanillos, para luego martirizarlos largo rato... Me acerqué tanto a la misma vida animal, que las gentes me mortificaban, y en alegres correrías por los campos, gustaba seguirme de los perros y silbarles ingenuamente canciones que no había oído nunca y que me parecían extraordinariamente armoniosas. Los perros asentían con ladridos jubilosos y se quedaban extáticos, mirándome con sus ojillos redondos y acuosos, para luego seguirme al discurrir como un pastorcillo montaraz, por breñales, lomajes y ribazos requemados por el sol.

De esta soledad infantil, acercado a las mismas fuentes de la naturaleza salvaje y viviendo en la sinceridad de las cosas agrestes y de los animales, mi espíritu se fué llenando de un romanticismo en que columbraba las dulzuras de las contemplaciones, como el mayor perfeccionamiento, que no había podido asimilar en las aulas escolares.

Me fuí creando, en pequeño, una conciencia personal de comprender las acciones de la vida, y de esta adivinación, me hice un broquel, con el que podía rebatir juzgamientos y razonar con libertad.

Pero mi exterior era hipócrita, y todo lo que yo sentía lo asimilaba en el fondo lejano e impreciso de mi alma, sin entregarme en la más mediocre confidencia, silencio que me alejaba, cada vez más, de las puerilidades cotidianas.

Y por estos dolores me fuí sintiendo un pequeño niño atormentado.

Y más de una vez, a la hora de la queda,

en que se batían lastimeramente las esquilas, en mi corazón de niño la amargura volcó su vaso de cicuta, y mi pecho débil se estremeció de sollozos, inundando mis ojos de un llanto inconsciente e inesperado.

Dolores infantiles, que dejáis para siempre la huella en nuestros corazones, y que siempre nos asombran, aun cuando la recia experiencia de hombres nos lleve al raciocinio y al análisis de alquimistas del sentimiento!

Por el orillear del camino real, y antes de volver bruscamente el ángulo de un zig-zag, vivía en San Isidro una vieja, cercana al centenario de años. Las facciones de la anciana se habían acentuado en la flacura con una firmeza de bajo relieve: su nariz corva y enormemente larga sobresalía de su cara como pico de ave rapaz, sus ojillos encendidos en las cuencas obscuras rebrillaban en el último fulgor de vida, y su boca desdentada, de labios flácidos, se hundía, levantándole el mentón, casi hasta encontrarse con la nariz.

Vieja campesina, no sabía de más maldades que los embrujamientos de los chonchones que a la hora del aquelarre salían en ronda trágica husmeando las hendiduras de las puertas del rancho en demanda de la juventud de Chabela.

La Chabela era todo su amor. Cuando tardaba en la aldea, la viejecilla se acurrucaba en el umbral del rancho y masculllaba rezongos y silbos de suspiros.

Pero luego aparecía la Chabela, fresca y encendida, el percal de la blusa englobado por sus senos llenos y el paso ágil y saltarín como pajarillo travieso.

La admiraban todos los poblados: garridos mozos que la cortejaban disimuladamente y viejos que chasqueaban sus labios al paso de la Chabela...

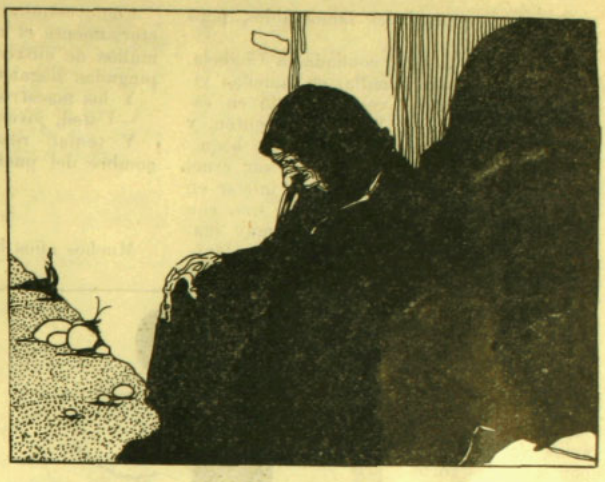
Y hasta los andariegos que llegaban por el camino real al zig-zag del rancho de la Chabela, se detenían a saborear el agua cristalina y fresca del puquio y a conversar con la moza que se ruborizaba a los requiebros y callaba a las preguntas intencionadas de los caminantes, siempre sedientos, con algo de canallas y de aventureros.

* *

Yo también sabía de la hermosura de la Chabela. En mis incursiones a campo-traviesa, con mis perros y mis ansias libertarias y salvajes, trepando por tapiales amenazantes de zarza-mora, y discurriendo por las hondonadas y a la sombra de viejos árboles de troncos desdibujados, yo había visto su cuerpo, sus ojazos moros y sus piececitos desnudos y morenos... Y desde uno de los tantos días, mi camino fué siempre igual, y ya los perros se iban en alegre y loca carrera, sin oir mi silbo y sin continuar mi huellla.

Hablaba con la Chabela de deliciosas ingenuidades, y en los largos silencios, cuando la miraba muy hondo, ella se sonreía y con pretencioso afán femenil se alisaba algunas guedejas rebeldes de su cabellera endrina.

Yo me sentía muy hombre! Saltaba las tapias con mis nervios elásticos y renovados y mi apostura tomaba el carácter de una fiera resolución. Al volverme iba que-



brando las ramas más fuertes de los matorrales y los arbolillos que me parecían más desafiadores, más elegantes y altaneros. Apretaba los dientes, miraba fijamente las lejanías con la actitud del triunfador, del hombre!

Benditos doce años, en que sentí la gloria del triunfo!

En las noches, no tenía temor de recorrer la finca, y con las manos hundidas en los bolsillos y el pecho duro y sin palpitaciones, saltaba hasta los rincones más obscuros, bajo la claridad misteriosa de la luna, que hacía marcar mi sombra en la tierra como un ala protectora.

Me sabía fuerte, y cada actitud mía la sentía vibrar intensamente, como un nuncio varonil, despreciativo y conquistador.

Y soñaba en los caballeros pendencieros de Calleja, que salvaban en un arresto valeroso a la Princesa Azul, dejándo en la justa a los contendores moribundos, con la espada hundida hasta el recazo.

Y en la negrura de las noches cada caballo que dejaba en mis oídos el eco de su carrera, me llevaba en sus herrados cascos pedazos de esa mi ilusión trotera de caminos, de pueblos y de mujeríos!

Me vencía el sueño. Los ojos descansaban bajo la tibia suavidad de los párpados, y me dormía con el nombre en los labios y el alma ilusionada, como niño que en la noche de Noel espera que el viejo de barbas luengas le traiga el juguete maravilloso que ha de consolar sus ansias, y el alma se me iba, ilusionada, con Perrault, quién sabe!

* *

La candidez de mis ojos claros y la flacura de mi cuerpecillo de adolescente dieron confianza a la anciana del camino real, para que yo me acercara en una amistad más íntima con la Chabela. Tal vez pensó la abuela que de todas las debilidades mías no se podría sacar un puñado de valor ni el menor arresto galante. Y me miraba como un juguete de pelillo rucio, entreteniéndose en colocarme a la luz para ver cómo se quebraba el sol en mis ojos que ella creía iguales a esas bolitas de cristal que tienen de alma un puntito blanco.

Tan hipócrita era de pequeño que hasta la campesina se engañaba, aun viendo que en su misma casa estaba la codicia encantadora de mis primeras adivinaciones del corazón.

Cómo palpitaba al igual que una caja sonora de música.

Y cómo siento ahora, ya viejo de dolor y de penas, que el corazón, al palpitar por una mujer, me duele en los recuerdos antiguos de mis primeros amores!

Tal vez ingenuidades lamentables, pero muy bellas.

Confiada la vieja y confiada la Chabela, si yo hubiera sido canalla, en aquellas vidas se guardaría el recuerdo mío en caracteres imborrables. Pero... inocentón, y más que eso, bueno y místico como boquirrubio enclenque que sólo sabía ser cruel con las golosinas, mal podía yo, iniciar en la vida del amor a la Chabela, sino con algunos besos que nos dábamos, muy suavemente, bajo el emparrado que sostenía las ramas viejas de un jazminero, oloroso como ella, como su boca fragante a campo, a yerbas nuevas.

Mis bracillos con nacimientos de músculos, la apretaban por sobre las fornidas curvas y cuando ella se estremecía de risa, al verme tan asustado, por el pecaminoso deseo de mis besos, temblaba el emparrado y sobre su cabellera azul de negra que era, caía la lluvia de estrellitas blancas de los jazmines.

En los altos árboles, las hojas se movían lentamente, impelidas por un vientecillo sedante. Del río venía el rumorear de las aguas y el crujir de los cañaverales que se batían en la coriente como remos de un bajel misterioso. En las horas soleadas, sintiendo rebullir en el cuerpo la tibieza sana de la sangre joven, y la inquietud de ese amor de niño, los ojos se fatigaban de mirarla tanto. tanto!

❦ ❦

Como en los cuentos infantiles, hay en la vida siempre un entonces y un después...

Después, mordido por el dolor de este primer sentimiento, me enclaustraron en un internado de la capital.

Mi aversión al estudio fué decidida. Los maestros ceñudos me reprochaban de continuo.

Cómo estudiar, si en mis oídos cantaba eternamente el río, el campo con sus murmullos de élitros y por mis naricillas respingadas llegaba la fragancia del jazmín!

Y los maestros severos me decían:

—Usted, joven, está siempre en Belén.

Y tenían razón, variando tan sólo el nombre del pueblo.

❦ ❦

Muchos años habían corrido, ligeros, desengañándome de todo, haciéndome un poquito escéptico y bastante soñador.

Tenía una ocupación miserable en un Banco, y cuando, encorvado sobre la máquina de escribir, iba llenando las páginas blancas con las letras menudas, a veces suspendía el correr de mis dedos por el teclado, y volvía a sentir los viejos recuerdos. Y me hacía un gesto de fracaso, y volvía a mi trabajo, pensando en que nunca han de encenderse otra vez las cenizas aventadas por los años y llevadas por los vientos como plumillas de cardales a germinar en tierras lejanas, desconocidas, y que nuestros pies no han hollado.

El tiempo, los años las lejanías!

Y trabajaba furiosamente, con ansias de aturdirme en mi pequeñez de empleado...

❦ ❦

En el café resplandesciente de luz, los viejos lujuriosos se encadenaban con las hembras, como en un rondel de sátiros. Los frascos de champagne asomaban sus cuellos anchos por entre el hielo contenido en los botes de plaqué. Las luces eléctricas irisaban el hielo con reflejos diamantinos.

Yo bebía ajenjo por elegancia.

En la mesilla del frente, dos mujeres gallardas, de carnes llenas, se reían desvergonzadamente, echando atrás el busto en movimientos mórbidos y dejándose caer

el champagne a la boca carmínea, desde la altura del brazo. El dorado líquido se escurría por las comisuras de los labios y caía en tembloroso collar cristalino por el blanco cuello. Las mujeres reían ante la satisfacción decrépita de los viejos, y al sentir la cascada helada bajo la seda brillante de sus trajes, apretaban los parpados y hacían crujir sus dientecillos.

—¡Salud, poeta!

Miré, me sentí poeta, y alzando desganadamente la copa, les sonreí en una mueca burlesca.

Las caras de todos se volvieron y me miraron con curiosidad impertinente.

Las dos mujeres se dijeron algo en secreto.

Luego, una de ellas alzó su copa, y clavándome sus pupilas negrísimas, bebió por mí. Se quedó extática, y en el asombro de un dolor inesperado, que la atormentaba profundamente, se puso de pie, se excusó al rondel, alegre y ebrio de champagne, y como una sonámbula avanzó hacia mí con los ojos inmóviles, muy abiertos, brillantes, muy brillantes.

Me cogió fuertemente del brazo y echándome a la cara su aliento de alcohol y de perfume de Monna-Vanna, me dijo, poniendo en la voz toda la vibración tibia de quien vuelve a soñar junto a los años idos el mismo momento de realidad fugaz.

—¡Cómo te va, chiquillo!

—Dónde, pero dónde te he conocido, mujer, por Dios...

Y rápidamente quise hacer memoria, pero al volver a mirar sus ojos viciosos, de pestañas negras de "rimmel" circuidos de arcos violeta, acusadores de vigilias y noctambulerías, me detuve en peregrinaje imaginativo.

¡Quién sabe donde la habría conocido!

Sus dedos de uñas puntiagudas y rosadas anillados de chispeante pedrería continuaban hincados en mi brazo.

Ya los viejos sátiros la reclamaban, mirándome enfurecidos por entre la maraña de sus cejas hirsutas.

Ella me soltó el brazo con violencia, se acercó a mi cara y llorándole las palabras, quiso reprocharme:

—¿Ya no te acuerdas de la chiquilla de los jazmines?

Y la cocotte, elegante, medio ebria de champagne, se volvió a su mesa, y bebiéndose febrilmente todas las copas rebosantes de oro burbujeante, con fiereza de gata en celo, apretujó el cuello del más asqueroso de los viejos y le colmó la boca desdentada de besos cálidos y eternos de largos.

La orquesta del café, en los desmayos de los violines, marcaba un tango de moda, y yo... yo bebía ajenjo por elegancia!

EL CONDE JOHANN HEINRICH VON BERNSTORFF

En uniforme de Embajador Alemán en los Estados Unidos. Intelectualmente, un hombre de segunda clase, pero obsesionado por su enorme vanidad personal. Sus mayores éxitos eran los de sociedad, cuando empleaba todo el prestigio de su posición en hacer que las *leaders* de la plutocracia de Wáshington y de Nueva York simpatizasen con la causa de Alemania. El mismo día en que el *Lusitania* fué hundido, él asistió a una gran comida y bebió a la salud del comandante del submarino que torpedeó el antes citado buque.

Estados Unidos en manos de sus enemigos

Por J. RATHOM

Con fotografías.

M. R. Rathom, en una serie de artículos de la cual es este el primero, refiere cómo le fueron hechas las revelaciones de algunos de los complots alemanes en los Estados Unidos, por los medios de comunicación que estableció con los Embajadores de Alemania y Austria y con los respectivos consulados; por las claves inalámbricas y por los mensajes que con ella se descifraban por las flaquezas de los agentes alemanes que fueron escogidos y utilizados, y por la lealtad de los norteamericanos que le ayudaron en su labor, demostrando ser más listos que los más perspicaces diplomáticos y confidentes secretos de los Imperios Centrales. Conforme él avanzaba en sus investigaciones, pudo darse cuenta que aquello constituía una verdadera red de mallas bien espesas, tejidas pacientemente por una mano maestra, durante muchos años antes de que estallase la guerra en Europa. Antes que ésta, se inició la lucha secreta y sistemática del Kaiser contra la Democracia Americana; una lucha concebida en los fríos cálculos de la paz, empleando para ella a los diplomáticos, a los hombres de ciencia, a los profesionales, a los *leaders* de nuestra vida comercial en un vasto complot, ordenado para minar nuestros ideales, para controlar nuestro comercio, y finalmente para conquistar nuestra nación por la fuerza de las armas. La historia palpitante que ha de referirnos Mr. Rathom tiene todo el interés de una novela, y es además el grito de alerta al pueblo norteamericano, para apercibirle de que esta maquinaria de infernal destrucción aún está funcionando con actividad; de que los agentes del Kaiser todavía continúan su tráfico de muerte en los Estados Unidos; de que este gravísimo peligro aún está en nuestro ambiente. El patriótico deseo de advertir al pueblo norteamericano el riesgo a que se halla constantemente expuesto, es lo que ha inducido a Mr. Rathom a relatar la historia completa de cómo su pericia pudo descubrir las conspiraciones alemanas.

Para comprender propiamente la historia de las intrigas alemanas en este país, es necesario pensar que el trabajo de propaganda llevado a cabo por la Embajada Alemana en Wáshington en los comienzos de la guerra europea no fué concebido en una noche y no se desarrolló súbitamente ante la necesidad del momento.

Los Estados Unidos, la única gran nación del mundo sin ningún Servicio Político Secreto, o sistema de espionaje, desconocido en cuanto se refiere a la diplomacia privada, sin resorte para tener ocultos sus secretos militares, navales o gubernamentales, con toda clase de empleos en las oficinas de su gobierno a la disposición siempre de hombres y mujeres de cualquier nacionalidad y contando entre sus límites con la población más políglota que jamás se reunió bajo una civilizada forma de gobierno han sido, durante los treinta años que precedieron a la declaración de la guerra actual, campo abonado para la propaganda alemana. Las fuentes de información con que contaba Alemania para estar al corriente de cuanto la interesaba saber, con referencia a este país no tenían límites; numerosos alemanes serviciales y complacientes, trabajando sin obstáculos y sin hacerse sospechosos de espionaje, han tenido toda clase de facilidades durante tan largo período de tiempo para proporcionar al Ministerio de Estado Alemán, cuantas informaciones considerasen útiles para la Madre Patria, en cualquier futura emergencia con este continente. Ocupando puestos en nuestro ejército y en nuestra marina, había cientos de hombres, ciudadanos sólo de nombre, que dedicaban toda su lealtad a Alemania y que con ansia anhelaban poder hacer, en cualquier momento, lo que Prusia les mandase. Los secretos de nuestras fábricas y talleres; los métodos y radio de acción de nuestras grandes entidades bancarias; las operaciones de nuestras compañías navieras y de ferrocarriles, y demás datos de esta índole fueron durante años enteros tan sabidos como el abecedario por Alemania, enterada hasta en sus menores detalles, de nuestra vida diaria, no por medio de espías que desde fuera lo averiguaran a costa de enormes dificultades, como hubiese ocurrido en cualquier país de Europa, sino por una verdadera organización de espías, apostados en el corazón mismo de nuestro medio económico y social, donde aún siguen trabajando.

De este modo, cuando el Ministerio de Estado Alemán, por medio de su Embajador en Wáshington, dió comienzo a lo que parecía ser una fácil tarea de moldear la opinión americana a su antojo, todo lo encontró bien dispuesto.

No es preciso examinar la personalidad del Embajador Dumba, representante en este país de Austria, ni el de ninguno de los oficiales a sus órdenes. Desde que la guerra comenzó, todos ellos no fueron más

que monigotes en las manos de los oficiales de la Embajada Alemana: no tenían voluntad propia y se les había ordenado directamente, por medio del Ministerio de Estado Austriaco, que se pusieran por completo a la disposición de Von Bernstorff y sus agregados.

El Embajador Alemán había sido, durante años enteros, un predilecto hombre de mundo entre la buena sociedad de Wáshington. El capitán Franz von Papen, agregado militar, era otro miembro de la Embajada Alemana al que enorgullecían las conquistas femeninas. El capitán

dose no sólo ante el Presidente y demás miembros del Gobierno, sino ante una gran parte del pueblo americano, como un hijo infortunado de las circunstancias, combatido por todos los vientos e impotente para evitar los desplantes de su Gobierno con el de los Estados Unidos.

De regreso en la Embajada, de una visita que hizo al Secretario Lansing, el 10 de Abril de 1916, después del ataque al "Sussex" por un submarino alemán, le decía al Príncipe Hatzfeldt, en presencia del primer Secretario de la embajada, Barón von Schoen; del Consejero Haniel von

EL AVISO QUE ENARDECIO A NORTE AMERICA.

Apareció en el *World* y en el *Times*, de Nueva York, el 2 de mayo de 1905, siendo insertado por la Embajada Alemana en Washington, por indicaciones del Gobierno de Berlín. Desde luego, el aviso se refería concretamente al *Lusitania*, que fué hundido cinco días después. Obsérvese el talento de los funcionarios de la Embajada Alemana fechando el anuncio el 22 de abril de 1905, para insertarlo en los periódicos del 2 de mayo.

LINE
Steamships
GLASGOW
lay 1, Noon
Pier 64, N R
May 7, 5p.m.
erpool.
ot W 14th St
34 State St., N. Y
All-the-Way
by-Water
LINE. Steamships
Lve. Pier 19,
5 P M. Tues
thful 390-mile 22
le CITY BEAUTI-
Tourist and N Y
one -6980—Cort
CORPORATION.
LINE
rn Route
rs from Paris
& MARSEILLES
ant' Anna June 5
shon & Marseilles
oma Aug 3
17 State St., N Y
LIANO
11 DAYS.
Caserta June 25
ss, $65 & $90 up
31 B'way N Y
LOBIDA
points South.
Fifth Ave., N. Y.

ADVERTISEMENT.

NOTICE!

TRAVELLERS intending to embark on the Atlantic voyage are reminded that a state of war exists between Germany and her allies and Great Britain and her allies; that the zone of war includes the waters adjacent to the British Isles; that, in accordance with formal notice given by the Imperial German Government, vessels flying the flag of Great Britain, or of any of her allies, are liable to destruction in those waters and that travellers sailing in the war zone on ships of Great Britain or her allies do so at their own risk.

IMPERIAL GERMAN EMBASSY

WASHINGTON, D. C., APRIL 22, 1915.

NEW ENGLAN
HEATOI
Stockbridge, M
in the Be
WILL OPE'
This Modern Hote
Delightfully Located
Havill will be at th
47th St., New York, f
10th. Information reg
be promptly attended
Marblehe
THE RO
Hotel de Lux
Faces all
BOOKLETS
EARI
STOCKBRII
RED LI
NOW
Mount

Karl Boy-ed, agregado naval, hombre de una mentalidad infinitamente superior a las de los otros dos, se preocupaba muy poco, en cambio, de la vida social de Wáshington, y no se interesaba por nada que no fuese su trabajo.

Cuando la propaganda de la Embajada principió a encontrar oposición, y gradualmente fueron convenciéndose estos hombres de que no era tan fácil el camino como suponían, fué interesantísimo notar el cambio de su actitud. El embajador von Bernstorff se asignó el papel de mártir. Y lo desempeñó con gran éxito presentán-

Haimhausen y del empleado con que contaba el "Journal" de Providencia en la Embajada: "Yo le he dicho hoy al Secretario de Estado que me hallo apenadísimo por el desconocimiento que del pueblo americano demuestra mi Gobierno en Berlín; ¡ese maldito Ministerio de Estado que tales cargas echa sobre mí!" Esta declaración fué recibida con grandes carcajadas, a las que se unieron las del Embajador.

Durante este período de tiempo eran muchos los que creían a Von Bernstorff colocado en una difícil posición, lo cual le

conquistaba todas las simpatías que puede crearse un hombre obligado por su gobierno a hacer y a decir cosas a las que es refractario.

Como hecho positivo muchos de los mensajes que él afirmaba haber recibido de su gobierno, de los cuales lleno de desesperación, según él, se veía obligado a dar cuenta al Gobierno de los Estados Unidos, habían sido preparados de antemano bajo su dirección personal, enviados a Berlín por cable, por Suecia, y devueltos a él por la telegrafía inalámbrica desde Nauen.

Para Von Bernstorff y Papen, la santidad de la vida humana, conforme sus trabajos empezaron a ser más rencorosos, era una materia que estaba por completo fuera de sus cálculos. El embajador, deudor de extraordinarios honores a muchas de nuestras universidades, y acreedor a cientos de americanos por excepcionales y constantes atenciones, ni una sola vez levantó su voz hacia el Ministerio de Estado Alemán, contra ninguna orden de actividad propagandista que hubiese que efectuar en este país, en la que fuera preciso sacrificar cientos de vidas inocentes.

Una y otra vez él, con von Papen y con el barón von Ichaden, celebraron alegremente la destrucción de diversas fábricas de municiones en los Estados Unidos. Cuando se supo que el "Lusitania" había sido hundido y los agentes de la prensa de Bernstorff le presentaron como "transido de dolor y sentimiento", se encontraba en un suntuoso hotel de Nueva York, en cuya mesa la destrucción del "Lusitania" fué saludada como un glorioso triunfo del poder naval alemán. En aquel banquete Von Papen, chocando su copa con la de su superior, exclamó:

"Este es el fin de la señora de los mares."

El capitán Boy-ed, que no asistió a esta comida, fué el único entre todo el grupo del personal de la Embajada alemana que insistió en afirmar que el crimen del "Lusitania" era un desatino de la peor clase.

En otra ocasión, cuando en una conferencia celebrada en Broadway No. 11, en las oficinas de la Hamburg American Steamship Co., se puso en discusión qué era lo que debía hacerse para obligar a guardar silencio al "Journal" de Providencia, Von Papen y Koenig, el "jefe del servicio secreto" de la Hamburg-American Line, estuvieron de acuerdo inmediatamente en que debía volarse la oficina del "Journal", mientras que Boy-ed declinó el aceptar este punto de vista y rehusó tomar parte en este procedimiento, protestando seriamente contra él.

Es interesante hacer notar, con relación a la disparidad de criterios de estos dos oficiales de la Embajada alemana, en lo que se refiere a los crímenes de esta índole, que, en tanto que Von Papen, desde su regreso a Alemania ha sido condecorado dos veces y ascendido a coronel, el capitán Boy-ed ha permanecido de capitán y no ha recibido honor alguno de manos de su Gobierno.

Aunque Von Bernstoff dirigió todos los trabajos para volar las fábricas de municiones, para colocar bombas en los barcos de carga, para envenenar a las mulas de transporte, y para cuanto se hizo, en fin, con objeto de aterrorizar a los Esta-

EL CAPITAN VON PAPEN

Agregado Militar de la Embajada de Alemania en Washington, y subordinado favorito de Bernstorff.

dos Unidos y de paralizar el tráfico con los aliados, él no asistía nunca a las conferencias que se celebraban para ultimar los detalles de los complots, y se tomaban toda clase de precauciones para que no apareciese comprendido en tales hazañas.

En dos ocasiones, en que fueron voladas dos fábricas de municiones, él se fué a Lenox, a la casa de verano del Embajador Dumba, el día antes. Y su recomendación constante para Von Papen y Boy-ed era la de que no le molestasen nunca con detalles y que después de acordado el plan general, para llevar a cabo el atentado de que se tratase, no le hablarían más de él hasta que se hubiese realizado.

El propósito de Bernstorff era el de hacer creer a los americanos cuanto a él le conviniese que creyeran.

A fines de Febrero de 1915, Bernstorff pasó varios días con el capitán Von Papen y un abogado, confeccionando un bosquejo de certificación falsa, con objeto de hacer creer al Secretario de Estado, Bryan, que inmensas cantidades de balas dum-dum se estaban enviando desde las fábricas americanas a la Oficina de Guerra inglesa. Nunca hubo en qué basar esta acusación, que fué inventada en la Embajada alemana. El día antes de ir el Embajador a ver a Mr. Bryan para exponerle su queja, ensayó su próxima visita a la Secretaría de Estado, en su propia biblioteca, representando a Mr. Bryan el empleado del "Journal" de Providencia en la Embajada. Dirigiéndose a este hombre, al final de un apasionado discurso, que duró unos cinco minutos, exclamó Bernstorff:—¿Estoy bastante elocuente? ¿Son poderosas mis razones?" A lo cual el subordinado hubo de contestarle: "Poderosísimas, Excelencia".

"Pues si le parecen a usted así, no ten-

VON PAPEN DE UNIFORME

Autorizado para manejar y disponer de los fondos del Gobierno Alemán confiados a él para propaganda germana, ésto fué causa de serias investigaciones por parte de sus compañeros de la Embajada.

BOY-ED EN TRAJE DE PAISANO

Aunque él había sido frecuentemente atacado en sus labores por el *Journal*, se opuso a que volasen las oficinas de éste.

EL EMBAJADOR AUSTRIACO, SR. DUMBA, CON SU ESPOSA.

El doctor Dumba fué el solo hombre de negocios que representó siempre en Wáshington al Imperio de Austria-Hungría, y durante su gestión fué el único funcionario de las Embajadas de los Poderes Centrales que no pertenecía a la aristocracia. Esta inferioridad social le hacía ser respetuoso con Von Bernstorff, y servía para que el Embajador Alemán hiciera del cuerpo diplomático austriaco en este país el papel de un simple *mandadero* de las intrigas alemanas.

dremos ningún tropiezo con el caballero bocón."

El domingo 2 de mayo de 1915, varios meses después de que el "Journal" hubiera comenzado la serie de artículos descubriendo los secretos de la propaganda alemana, de la que la mayor parte del pueblo de los Estados Unidos dudaba en aquel tiempo, yo recibí en un Hotel de Nueva York, donde me hallaba hospedado, un recado por teléfono del mayordomo del Club Alemán, situado en el Sur del Parque Central n.o 112, diciéndome que dos caballeros, uno de ellos el capitán Karl Boy-ed, deseaban hablar conmigo y me preguntaban si podía recibir a un enviado del capitán Boy-ed y acompañarle al club a las once de la mañana de aquel día. Le contesté que sí, y media hora después el Dr. Fuehr, uno de los espías de Von Bernstorff en Nueva York, vino a buscarme en automóvil, de parte del capitán Boy-ed.

Fuí con él al club y por la primera vez me encontré frente al capitán Boy-ed, quien me recibió en su cuarto particular. Me dijo que tenía uno o dos asuntos importantes de que hablar conmigo y que como sabía que el "Journal" era contrario a él y a la causa alemana, creía que debía decirme francamente lo que deseaba para tratar de establecer mejores relaciones entre nosotros.

Continuó diciéndome que sus compatriotas no se hallaban satisfechos del modo en que la prensa de Norte América presentaba las cosas que se relacionaban con Alemania y que quería preguntarme si yo, con mi experiencia, creía que la falta consistía en el modo de dar las noticias o en las noticias mismas, o si la mayoría de los grandes periódicos eran tan opuestos a Ale-

EL CAPITAN KARL BOY-ED

Hijo de padre turco y de madre alemana, como Agregado Naval de la Embajada Alemana en Washington conspiró con Huerta para enredar a los Estados Unidos en una guerra con México.

LOS SECRETARIOS DE LA CANCILLERIA DE LA—

Estos hombres, con el doctor Dumba, se dedicaban a conseguir pasaportes fraudulentos por el sistema siguiente: a los trabajadores austriacos (especialmente a los estivadores) que tenían la ciudadanía norteamericana, se les instruía para que pidieran sus pasaportes con destino a Austria. Cuando los obtenían, dichos pasaportes eran comprados por los funcionarios austriacos y entregados a los alemanes, quienes borraban los nombres y los sustituían con los de oficiales y soldados de la reserva, que de este modo podían regresar a Alemania, por Austria.

mania que no publicarían lo que se les enviase. Yo le contesté que, aparte de las opiniones que algunos periódicos americanos pudieran tener, todos ellos eran, naturalmente y con razón, refractarios a todo lo que pudiera parecer un movimiento de propaganda desde sus columnas, en cualquier concepto, y que, a mi juicio, todas las informaciones facilitadas a la prensa por el Bureau Alemán de Publicidad eran a todas luces tan falsas y mal intencionadas, que ningún periódico decente las podía aceptar. El me repuso que, efectivamente, encontraba en parte justas mis censuras, lo que le facilitaba el camino para proponerme el negocio de que quería hablar conmigo, en primer lugar. Me preguntó, entonces, si yo quería hacerme cargo de la supervisión de un nuevo Bureau Alemán, con la oficina principal en Nueva York y con sucursales en Chicago, Denver y San Francisco, el cual podía facilitar a la prensa noticias semi-oficiales de la Agencia de Noticias Transatlántica y también traducciones de cuentos y artículos publicados en periódicos alemanes. Me afirmó que ellos estaban dispuestos a pagar 10.000 pesos mensuales para el sostenimiento de dichos **bureaus**, los cuales debían ser dirigidos por un hábil periodista americano, que tuviese numerosas relaciones entre los de su oficio y que pagaría gustoso 2.000 pesos al mes por mis servicios personales, gratificándome al cabo de seis meses con un bono de 10.000 pesos y agregando que yo no tenía necesidad de darme a conocer de nadie y que me sería permitido realizar mi trabajo en el **Bureau** de manera que nadie pudiera sospechar mis relaciones con ellos. Yo le contesté que no me era posible aceptar sus proposiciones ni darle el nombre de ninguna persona que pudiera aprovecharse de ellas.

Después de unos momentos de silencio me dijo que lo sentía mucho, pero que a él le habían ordenado que me hablara en el sentido que lo había hecho, y me insinuó que tenía otro asunto mucho más importante de qué tratar conmigo. "Yo sé—me dijo—que usted tiene concedida una entrevista en Casa Blanca, con el Presidente, para la semana próxima, y relacionado con esa entrevista, necesito decirle algo en nombre del Embajador, que está arriba en el club, pero que no ha creído prudente verle a usted en persona."

—EMBAJADA AUSTRO-HUNGARA EN WASHINGTON

En estos grupos se ve, en el primero, de izquierda a derecha, al barón Erich Zweidinek, Consejero y Encargado de Negocios, y en cargo de Embajador después de la destitución del doctor Dumba; al príncipe Alfred zu Hohenlohe-Schillingsfürst, Agregado; al barón Stephen Hedri et de Genere Aba, Chambelan de Su Majestad Apostólica e Imperial; al Segundo Secretario Cónsul General Von Grivicic; y a los Cancilleres K. Schwenda, José Schoedel, Frank J. Sobotka, y Charles Pollak.

Sus palabras textuales fueron las siguientes:

"Nosotros queremos que cuando usted vea al Presidente le llame la atención para que medite bien su actitud con respecto al embargo de armas. Nosotros queremos que usted le indique si él o Mr. Bryan se deciden a declarar públicamente a sus ciudadanos que, aunque la fabricación de armas no viola la neutralidad, ellos ruegan a los fabricantes que no continúen como hasta el presente por más tiempo, y habrán positivamente apresurado la llegada de la paz por nuestro vehementísimo deseo de encontrarles en la mitad del camino."

Yo le repliqué diciéndole que no comprendía el significado de sus palabras y que necesitaba que me expusiera más concretamente sus proposiciones. El capitán Boyed entonces, continuó:

"Si el Presidente hace este ruego a los fabricantes americanos y si de él resulta que se detiene el envío de municiones de guerra desde este país, el Gobierno alemán dará inmediatamente los primeros pasos para entablar las negociones de paz, y la única base para cualquier negociación de paz en estos momentos será la detención del tráfico de armas y municiones entre este país y nuestros enemigos. Usted puede decirle al Presidente que nuestra proposición está basada en dicho ofrecimiento y que si el embargo se lleva a efecto, Alemania comenzará inmediatamente las negociaciones de paz y estará conforme con evacuar Bélgica y el territorio ocupado de Francia. Nosotros no habremos de pagar ni un solo dólar de indemnización ni devolveremos la más pequeña parte de Alsacia y Lorena, pero Alemania se compromete a reconstruir, en tan buenas condiciones como estaban antes de la guerra, todos los edificios públicos destruídos en las ciudades de Bélgica. Y esto es todo. Tenemos razones especialísimas para desear que Mr. Wilson se entere de estas proposiciones por fuera de parte. ¿Qué opina usted de ello?"

Le contesté que yo pensaba si él se había vuelto loco, y que si la Embajada o el Gobierno alemán tenían que hacer proposición alguna al Presidente de los Estados Unidos, para eso estaban las vías diplomáticas.

El capitán Boy-ed me replicó que el Gobierno alemán no estaba dispuesto, ni di-

recta ni indirectamente, a dar el primer paso, pero que si el Presidente o el Secretario de Estado podían ser inducidos a aproximarse al Embajador o al Ministerio de Estado alemán, con una proposición basada en las ideas sugeridas, su Gobierno inmediatamente se sometería e iría todo lo más lejos posible. Y añadió: "Usted no puede figurarse la tremenda influencia que nosotros podríamos llevar ante Mr. Bryan por medio de sus camaradas en política y ante el Presidente por medio de nuestros buenos amigos que están en estrecho contacto con este Gobierno. De todos modos lo que queremos es que usted sugiera la idea al Presidente cuando vaya a verle esta semana y ya verá el gran número de influencias que se mueven en este sentido antes de que la semana termine."

Le pregunté cómo sabía él que yo iba a ver al Presidente, y me contestó: "Nosotros sabemos todo lo que queremos saber."

Yo le prometí, entonces, que si veía al Presidente le repetiría cuanto él me había dicho.

Pero Boy-ed me interrumpió, exclamando: "No, usted no debe decir de dónde viene la proposición. Todo lo que nosotros queremos de usted es que insinue al Presidente cómo sería recibido por nuestro Gobierno un acto de tal índole, hablándole como si usted lo supiera particularmente. Y le prohibo desde luego que le indique que me ha visto y que ha hablado conmigo."

A esto le repuse que yo le daría cuenta de todo al Presidente y le explicaría detallada y exactamente cuál era la proposición que se le hacía y de dónde procedía dicha proposición.

El miércoles 5 de mayo, le puse al Presidente en autos del asunto, y en el mismo día los propagandistas alemanes de todos los Estados Unidos comenzaron una activa campaña para el embargo de armas. Al mismo tiempo se anunció el comienzo de una campaña financiera para editar un nuevo periódico alemán en Nueva York que combatiese los embarques de municiones, y los alemanes, en aquella fecha, iniciaron una serie interminable de peticiones al Presidente, abogando por una urgente sesión

EL BARON ERICH ZWEIDINEK (a la izquierda) CON VON BERNSTORFF

Zweidinek era el cerebro de la Embajada Austriaca y, en realidad, su alma, ya que el Embajador Dumba, simplemente un plebeyo, cedía siempre en sus derechos ante cualquiera de rango superior aunque este fuese alguno de sus subordinados.

EL PRINCIPE VON HATZFELDT (En el centro del grupo).

Uno de los más insolentes miembros de la Embajada Alemana, quien, mientras aceptaba la hospitalidad oficial y particular de este país, estaba comprometido activamente en toda clase de conspiraciones para matar ciudadanos norteamericanos en el mar y en tierra, y escribía jubiloso a sus amigos de Alemania diciéndoles que "los americanos eran demasiado estúpidos"

extraordinaria en el Congreso para decretar el embargo de las armas.

Un examen escrupuloso de nuestras informaciones inalámbricas nos demostró una constante y sospechosa conexión entre muchas grandes casas comerciales y navieras de los Estados Unidos y el Ministerio de Estado Alemán. Nuevas investigaciones nos pusieron en conocimiento de que las claves de números y las combinaciones de letras empleadas por la Embajada alemana en sus mensajes a Berlín eran en muchos casos duplicadas en mensajes enviados por la **Atlantic Comunication Company** (aparente propietaria de Sayville), la **Siemens E. Halske Co.**, de Nueva York, la **Hamburg-American Line**, la **North German Lloyd Line** y muchas otras empresas. Conociendo estos detalles, pronto nos fué dado averiguar que la gran fuerza del sistema de propaganda alemana en este país y su control en los medios de información acerca de asuntos que debía haber sido de vital interés para nuestro Gobierno el ocultarlos, era debido, en gran parte, al hecho de que estas grandes casas comerciales no eran sino avanzadas del Ministerio de Estado Alemán, fuertemente subvencionadas y actuando directamente bajo las órdenes de sus oficinas principales en Alemania, las cuales, a su vez, recibían órdenes de los funcionarios de las oficinas extranjeras establecidas aquí.

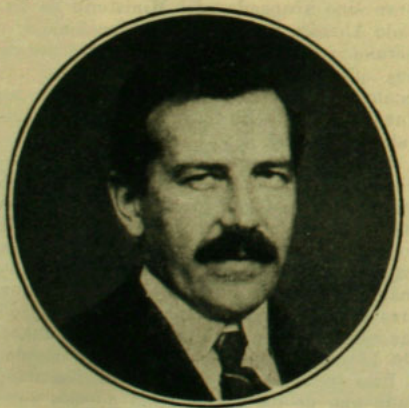
Uno de los primeros descubrimientos hechos por el "*Journal*" después de colocado su representante en la Embajada alemana de Wáshington fué el de la existencia de un plano semejante a un árbol genealógico, cuyo tronco era el Ministerio de Estado Alemán. Arrancando de este tronco ascendían tres grandes ramas, al pie de cada una de las cuales se leían las palabras **Telefunken Co.** El sistema se extendía a todo el mundo.

Esta tremenda red de servicios eléctricos, cada uno de los cuales tenía además subagencias, estando al mismo tiempo todos en conexión por toda clase de comunicaciones telegráficas e inalámbricas, estaba continuamente al servicio del Gobierno alemán. Gracias a las grandes subvenciones de este Gobierno, sus asociados podían ofrecer extraordinarias ventajas contra sus

LA EMBAJADA ALEMANA EN WASHINGTON

Residencia oficial y particular de Von Bernstorff, quien se tomaba el trabajo de ausentarse de ella, haciéndose presente en cualquier otro lugar público o social, cuando se llevaba a cabo alguno de los complots tramados contra los buques o las fábricas de municiones norteamericanas, siguiendo en esto la hipócrita sutileza de su Emperador que quiso hallarse realizando un crucero en su yate por el Mar del Norte cuando la guerra que él había planeado estallaba en Europa.

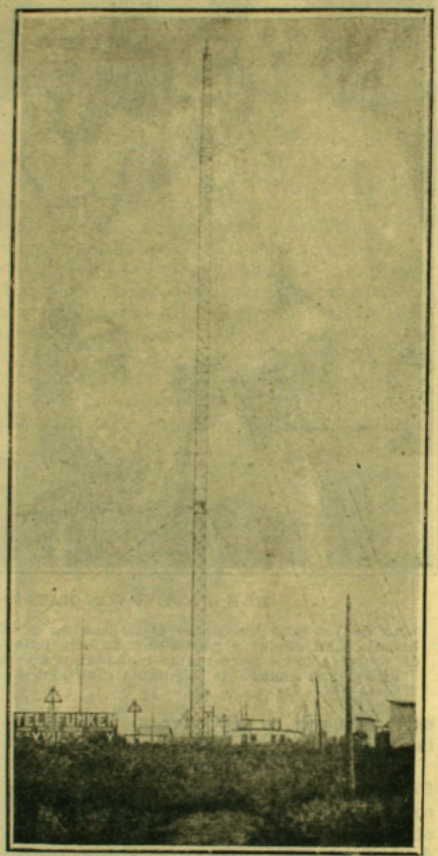
competidores en la cuestión del precio, para la instalación de plantas eléctricas por todo el continente americano, y en muchas



EL DOCTOR JOSEPH GORICAR

Cónsul General de Austria en San Francisco que presentó la dimisión de su cargo antes que obedecer la orden de su gobierno de ayudar a destruír los astilleros de la armada norteamericana o tomar a su cargo la voladura de las fábricas de municiones.

ocasiones, antes de la construcción de tales plantas, hemos averiguado que ellos habían impuesto con el mayor éxito su propia vo-



ESTACION INALAMBRICA USADA POR LOS CONSPIRADORES ALEMANES

En Sayville, L. I. Estaba equipada con aparatos alemanes Telefunken—y era de la propiedad de la Atlantic Communication Company, antes de que los Estados Unidos se incautasen de ella al ser demostrado por el *Journal* de Providencia que estaba sirviendo para enviar informaciones militares a Alemania violando de este modo nuestra neutralidad.

luntad, a varios Gobiernos de Centro y Sud América, para seleccionar el lugar donde habían de instalarse dichas plantas.

El más extraordinario descubrimiento hecho en este sentido por nuestros representantes fué que cuando el Gobierno de los Estados Unidos estaba tratando de instalar una serie de estaciones en las

FRED C. PERRY
CHARLES R. STARK
ARTHUR W. TALBOT
EDMUND H. KIRB
(Gerente.)
HERBERT M. FORD
JAMES C. GARRISON

Estos seis miembros del *Journal* de Providencia han prestado sus constantes servicios al citado periódico desde los comienzos de la guerra europea, descubriendo las intrigas alemanas. Todos ellos han trabajado sin descanso, y una y otra vez han tomado parte en la tarea de desconcertar a los más expertos agentes del servicio secreto alemán en este país.

islas Filipinas, la Gesellschaft für Drahtlose Telegraphie en Berlín, en una de las sucursales del gran sistema Telefunken, envió a su sucursal en Nueva York y a su oficina en Manila (representada por la firma de Germann & Co. de Hamburgo) una larga comunicación explicándoles que la construcción de las estaciones inalámbricas, acordada por los Estados Unidos, debía ser solicitada por sus agentes a tan bajo precio que no hubiera posibilidad de perder los contratos. Esta comunicación, parte de la cual se publicó un facsímil en uno de los últimos números de "Word's Work", añade: Nosotros hemos estudiado este proyecto, basándonos en informes confidenciales del Ministerio de Estado, y rogamos a ustedes que tengan también como confidenciales los cálculos, las observaciones, los datos y, muy especialmente, el mapa que incluímos. Ustedes deben pensar que nuestros grandes conocimientos del radio deben ser el argumento que se emplee para convencer a los funcionarios de los Estados Unidos de que las estaciones deben emplazarse donde nos otros hemos designado en este mapa, sin tener en cuenta sus deseos en lo referente a esto, para que de este modo, si Alemania llega a dominar en las islas Filipinas, las estaciones se hallen en la posición más ventajosa para facilitar el trabajo de nuestro Gobierno.

La Hamburg-American Line y la North Germán Lloyd Line, además de estar bajo la directa supervisión del capitán Boy-ed, enviaban periódicas informaciones por conducto de sus oficinas principales, al Ministerio de Estado de Berlín. Entre esas informaciones las había referentes a los des-

embolsos hechos no sólo para los gastos indispensables de una compañía de vapores, sino también para el sostenimiento de dos grandes cuerpos de policía secreta, cuyos hombres tenían a su cargo la tarea de preparar todos los pasaportes falsos, con los que, desde que se declaró la guerra, hasta hasta que los Estados Unidos entraron en ella, se embarcaron en este país, en barcos holandeses y suecos, más de 7,000 reservistas y más de 400 oficiales alemanes.

A a Atlantic Communication Company, cogida **in flagrante** en muchos casos de deliberadas violaciones de la neutralidad, durante sus operaciones, en la estación inalámbrica de Sayville, y llena de peligrosos espías alemanes, se la permite seguir los negocios en sus oficinas del número 47 de la calle West en Nueva York, y se afirma que dicha compañía ha vendido al Gobierno de los Estados Unidos equipos completos de aparatos inalámbricos del sistema "telefunken" para su servicio en la radiotelegrafía de nuestros transportes, después de que los Estados Unidos entraron en la guerra contra Alemania!

Los primeros hombres en la luna

Por

H. J. WELLS

(CONTINUACION)

Por un instante quedé estupefacto. Después quise dar un paso para ver más de cerca la base de aquella roca, que parecía incandescente; pero con la sorpresa que me causó la desaparición de Cavor, olvidé una vez más que estábamos en la luna. Con el impulso que tomé hacia adelante, en tierra apenas hubiera avanzado un metro; pero en la luna me ví transportado a más de seis metros, es decir, cinco más del borde de los peñascos donde me encontraba. Por el pronto, el hecho me hizo el efecto de una de esas pesadillas en las que soñamos que caemos en un abismo, sin llegar nunca al fondo aunque, mientras en la tierra, durante el primer segundo de la caída, el cuerpo que desciende recorre quince pies, en la luna sólo recorre dos, y con la sexta parte de su peso. Yo descendí, al trasponer el borde del barranco, supongo que unos diez metros y para este descenso empleé cinco o seis segundos.

Es decir, que floté en el aire durante mucho tiempo, como una pluma, y caí, enterrándome hasta las rodillas, en un macizo de nieve acumulada en la base de una roca gris azulada, veteada de blanco. Apenas estuve a pie firme, miré a mi alrededor y grité: "¡Cavor!"

Pero Cavor no parecía por ninguna parte. "¡Cavor!", volví a gritar más fuerte. Sólo los ecos de las rocas circundantes me contestaron. Me revolví furioso, y dirigiéndome hacia el barranco por donde había descendido, gateé hasta encontrarme otra vez en lo alto.

"¡Cavor!", volví a exclamar. Y mi voz resonó como el balido de un corderillo perdido. Pero ni Cavor me contestaba, ni yo le percibía por parte alguna. Tampoco veía nuestra esfera, y por algunos instantes una horrible impresión de angustia me oprimió el corazón.

Afortunadamente, entonces ví a Cavor. Reía y gesticulaba para atraer mi atención. Se hallaba sobre el saliente de una roca desnuda, y como a 20 o 30 metros de distancia. También él me gritaba. Yo lo advertía por sus gestos; pero su voz no llegaba hasta mí. Cuando notó que yo le había visto me hizo señas, indicándome que saltara. Yo vacilé, porque la distancia me parecía enorme. Sin embargo, reflexioné que cuando él había llegado hasta allí, evidentemente de un salto en el momento en que yo le eché de menos, también yo podría franquear aquella distancia, pues sin duda era más fuerte y ágil que él. Dí un paso atrás, hice un esfuerzo y salté con todas mis fuerzas. Recuerdo la impresión. Me pareció ser lanzado al aire recto como un proyectil y como si no fuera a descender jamás. La sensación era deliciosa y horrible al mismo tiempo. Me parecía que soñaba al verme volar de aquella manera. Dime cuenta entonces de que mi esfuerzo había sido demasiado violento. Pasé por encima de la cabeza de Cavor sin poder detenerme, y percibí en el fondo de un barranco una masa confusa de plantas espinosas que se extendían como para recibirme. Lancé un grito de alarma, extendí las manos y encogí las piernas en el aire.

Fuí a dar, en efecto, contra una enorme masa fungoide que se aplastó y se extendió bajo mi peso, saltando en todas direcciones una enorme cantidad de esporos anaranjados y que me recubrieron casi por completo. Rodé, sin poderlo evitar, en medio de aquella masa, hasta que, naturalmente, se amortiguó el choque de mi caída y pude detenerme, levantándome medio sofocado, pero sin poder contener algunos golpes de risa ante lo cómico del hecho, y sobre todo al advertir que no me había sucedido nada grave. Mirando a lo alto, distinguí la figura pequeña y rechoncha de Cavor, inclinándose sobre la cresta de la roca. Me hizo a gritos algunas preguntas que no pude percibir.

—"¿Qué dice usted?"—traté yo de exclamar, sin poderlo conseguir por falta de respiración. Entonces Cavor descendió

Bum.. Bum... Bum...

con mucho cuidado y avanzó hacia mí, abriéndose camino con muchas precauciones en medio de aquella masa de vegetales puntiagudos. Cuando estuvo cerca me dijo:

—Tenemos que ser más precavidos; la luna no tiene la disciplina que la tierra. No nos sujeta como nuestro globo. Si no tenemos cuidado, nos haremos pedazos.

Ayudóme a poner en pie, y continuó diciendo, al mismo tiempo que con la mano me sacudía el polvo anaranjado de que estaban recubiertos todos mis vestidos:

—Sus esfuerzos han sido muy exagerados, amigo Bedford.

Yo permanecí pasivo y callado, mientras que él continuaba sacudiendo mis codos y mis rodillas y se lamentaba de mis infortunios.

—Vea usted—me dijo; —nuestros esfuerzos musculares están en desacuerdo con la gravitación lunar; nuestros músculos están mal educados y necesitamos un poco de práctica. Cuando haya usted recobrado el aliento...

Mientras le escuchaba, me arranqué de la mano dos o tres púas y me senté sobre una peña. Mis miembros tiritaban, y yo sentía esa especie de desilusión que experimenta en la tierra a su primer caída el que aprende a montar en velocípedo.

Cavor juzgó en esto que el aire del barranco, después de haber experimentado directamente el ardor del sol, podría producirme fiebre. Así es que me aconsejó hacer un esfuerzo para salir de aquella hondura. Aparte de algunas erosiones y picaduras, no había recibido ninguna herida peligrosa en mi caída, y siguiendo el consejo de Cavor, buscamos con la vista una plataforma fácilmente abordable por un salto que no exigiera mucho impulso. Elegimos un peñasco saliente como a diez metros de distancia y separado de nosotros por una masa de vegetales cubiertos de espinas de color verde oliva.

Cavor, tomando el aire de un profesor y para mostrarme cómo debía saltar, me dijo:

—Figúrese usted que la roca no está donde está, sino ahí.

Y me indicó un punto situado como a un metro de distancia.

Salté sin dificultad, y debo confesar que experimente cierta satisfacción al ver que luego Cavor se equivocó, al dar el salto, en más de medio metro, y en vez de ir a parar al peñasco, cayó sobre las plantas espinosas.

—Vea usted cómo hay que ser muy prudente—me contestó, desembarazándose de las espinas que por todas partes se le habían clavado.

Y con esto abandonó su papel de Mentor y nos dedicamos, en común, como compañeros de aprendizaje a perfeccionarnos en el arte de la locomoción lunar.

Elegimos en seguida otro salto más fácil, y logramos efectuarlo sin accidente alguno. Anduvimos así de acá para allá, saltando unas veces hacia adelante, otras hacia atrás, ya a la derecha, ya a la izquierda, para acostumbrar nuestros músculos a las distancias y proporcionar los esfuerzos a los efectos que deseábamos obtener.

Nunca hubiera creído, si no lo hubiera experimentado, que la adaptación podía llegar tan rápidamente. En muy poco tiempo, en realidad, en menos de treinta saltos pudimos determinar perfectamente el esfuerzo necesario para franquear una distancia determinada con la misma seguridad que en la tierra.

A todo esto la vegetación lunar continuaba creciendo y desarrollándose a nuestro alrededor, haciéndose las plantas más altas, más espesas, entremezclándose unas con otras y viéndose por todas partes vegetales espinosos, cactos macizos y verdes, líquenes de las formas más extrañas y sinuosas, vegetaciones fungosas o carnudas; Pero estábamos tan absortos en nuestros ejercicios del salto, que no nos preocupábamos de esta continua extensión del reino vegetal.

Una especie de embriaguez extraordinaria se había apoderado de nosotros. Yo creo que, en parte, era debida a la alegría de no estar confinados en la esfera después de tanto tiempo de penosa reclusión; pero, además, debía proceder también de la dulce tenuidad de aquel aire, que, aunque más enrarecido, contenía una proporción de oxígeno muy superior a la de nuestra atmósfera terrestra. A pesar de lo extraño del medio ambiente, yo me sentía tan alegre y dichoso como el habitante de una urbe que por primera vez se ve transportado a la campiña, y creo que en aquel momento, ni Cavor ni yo experimentábamos la menor sensación de miedo, a pesar de encontrarnos en un mundo tan extraño, y desconocido. Nos sentímos, digo, acometidos de una iniciativa loca, de un ardor inextinguible por explorar y ver. Vimos como a quince metros de distancia un peñasco cónico revestido de liquen, y saltamos sobre su vértice uno después de otro.

"Muy bien, muy bien", nos dijimos mutuamente para animarnos. Cavor, entonces, dió tres pasos atrás para tomar carrera, y saltó hacia una pendiente cubierta de nieve, de aspecto verdaderamente tentador, y que se hallaba distante más de veinte metros. Yo permanecí un momento extasiado ante el efecto grotesco de su persona en el momento del salto.

Su gorrilla sucia, sus cabellos desordenados, su cuerpo rechoncho y sus piernas cortas y delgadas, destacándose en la fantástica extensión del paisaje lunar, forma-

ban un conjunto verdaderamente cómico. Me acometió un acceso de risa, me dispuse a mi vez para saltar, y caí casi a su lado. Dimos después tres o cuatro grandes zancadas, que en la tierra nos hubieran permitido avanzar otros tantos metros y que en la luna nos transportaron a más de cuádruple distancia, sentándonos, por fin, en un hueco tapizado de liquen. Nuestros pulmones se sentían ya doloridos del ejercicio, y no pudimos menos de apretarnos el pecho con las manos, dirigiéndonos uno a otro miradas interrogativas.

Cavor pronunció algunas palabras, como "Es una sensación estupenda; todo es raro en este mundo lunar", y frases por el estilo. Y en aquel instante, un pensamiento cruzó por mi mente. Al principio, sólo como un relámpago de curiosidad, sin apreciar en toda su extensión su gravedad e importancia.

—A propósito—dije.—Y, ¿hacia qué lado hemos dejado la esfera?

Cavor se me quedó mirando un poco confundido.

—¿Eh?—me dijo.

La verdadera significación e importancia de mi pregunta se me representó entonces, y sentí un terror frío, que invadió todo mi organismo.

—¡Cavor!—le dije entonces, apretándole el brazo.

—¡Cavor! ¿Dónde está la esfera?

CAPITULO X

Perdidos en la Luna

El espanto que yo experimentaba se retrató también, entonces, en la fisonomía de Cavor. Púsose bruscamente en pie y dirigió una mirada en derredor y sobre los vegetales que en todas direcciones se elevaban y crecían, animados por el vigor de la vida. En actitud de duda, llevóse mi compañero la mano a los labios, y exclamó tartamudeando, como el que no tienen seguridad de lo que dice:

—Yo creo que la hemos dejado... hacia allá...—y extendió un dedo, vacilante y describiendo un arco de círculo.

Más como el paisaje había cambiado tanto en poco tiempo, no pudo darse cuenta de los sitios que habíamos recorrido, y después de un rato de contemplación y de silencio, volvió a decir:

—No estoy seguro.

Su expresión de espanto se acentuó entonces.

—De todos modos—dijo volviendo hacia mí su mirada, — no puede estar lejos.

A todo esto estábamos los dos de pie, explorando con nuestras miradas la vegetación densa e intricada que nos rodeaba por todas partes. En todas direcciones, sobre las pendientes bañadas por el sol, crecían y se agitaban las plantas espinosas, los cactos bombeados, los líquenes trepadores, en tanto que en los rincones y hondonadas que seguían a la sombra, permanecían aún masas de nieve que se iban deritiendo lentamente.

Al Norte, al Sur, al Este y al Oeste se extendía y prolongaba el mismo intrincado laberinto de formas extrañas. En algún sitio, en medio de esta confusión, se encontraba nuestra esfera, nuestro hogar, nuestro refugio, nuestra única esperanza de escapar de aquella soledad fantástica de fiera vegetación, en medio de la cual habíamos caído. Pero, ¿cuál era aquel sitio?

—Yo creo, después de todo, que debe ser allí—manifestó Cavor, indicando repentinamente una nueva dirección.

—No—le contesté.—Para venir aquí hemos descrito una gran curva. Vea usted la señal de mis pisadas, y es claro que la esfera debe estar más al Este, bastante más; estoy seguro que se halla hacia aquella parte.—Y señalé donde me parecía.

—Pues yo creo que no he dejado de tener el sol a mi derecha en todo el camino —pretendió Cavor.

—Y a mí me parece—le respondí—que, en todos los saltos, mi sombra iba por delante.

Nos quedamos mirando uno a otro. El fondo del cráter tomaba en nuestra imaginación dimensiones enormes, la vegetación, siempre creciente, se nos hacía impenetrable.

—¡Vive Dios! ¡Qué imbéciles hemos sido! Pero no tenemos más remedio que encontrarla — exclamó Cavor, — y debemos hacerlo cuanto antes. El sol va adquiriendo mucha fuerza, y el calor hubiera hecho ya perder el conocimiento si el aire no fuera tan seco. Además, yo tengo hambre.

Ante estas últimas palabras me quedé mirándole, completamente desconcertado. No había pensado aún en este aspecto de nuestra situación; pero, así que me dí cuenta de ello, me sentí con un apetito devorador.

—Sí—respondí en tono de gran convencimiento.—Yo también tengo hambre.

Entonces, Cavor, con aire de gran resolución, echó a andar, diciendo:

—Es absolutamente necesario que encontremos en seguida la esfera.

Con la mayor escrupulosidad posible

fuímos examinando todas las desigualdades que formaban el suelo, y pensando y midiendo en nuestra imaginación las posibilidades que teníamos de encontrar nuestro refugio antes de perecer aniquilados por el hambre.

No puede estar a más de cincuenta varas de aquí—exclamo Cavor.—El único medio es escudriñarlo todo en estos contornos hasta que demos con ella.

—No nos queda otra alternativa—le contesté, manifestándome dispuesto a empezar inmediatamente la busca.—Y proseguí:

—¡Si estos malditos arbustos no crecieran tan aprisa!

—Es verdad—contestó Cavor,—pero la esfera estaba descansando sobre una masa de nieve, y, por lo tanto ha de tardar más en verse recubierta por la vegetación.

Yo miraba por todas partes, con la vana esperanza de reconocer algunos de los montículos o peñascos salientes, próximos a la esfera. Pero por todas partes, ví sólo la misma desconcertante uniformidad, por todas partes vegetales que se elevaban, fungosidades que se extendían, masas de nieve que iban disminuyendo, y todo cambiando incesante y rápidamente. El sol se iba elevando cada vez más en el horizonte, y sus efectos se hacían cada vez más insoportables. La penosa sensación de debilidad y laxitud producida por el hambre se mezclaba a nuestro estado de perplejidad inmensa. Entonces, mientras nos hallábamos confusos y perdidos en aquel mar de cosas tan extrañas, percibimos por la primera vez sobre la luna, otro sonido distinto del débil soplar del viento, del que producían las plantas al oscilar y al entrecruzarse, o del que nosotros hacíamos al hablar y al movernos; un ruido extraño, un ruido estupendo, que paralizó en el acto todos nuestros movimientos.

¡Bum!... ¡Bum!... ¡Bum!

Este sonido se sentía bajo de nuestros pies, como una serie de golpes que provinieran del interior del astro. Nos parecía que lo oíamos tanto en los pies como en los oídos. Su sorda resonancia era apagada por la distancia y ahogada por la naturaleza de las substancias vegetales interpuestas. Yo no hubiera podido imaginar jamás un ruido que más nos hubiera asombrado o que más hubiera transformado la apariencia de las cosas que nos rodeaban. Porque este sonido, amplio, lento, regulador, parecía que no podía ser otra cosa sino la oscilación de algún péndulo gigantesco enterrado en las profundidades de la costra lunar.

¡Bum!... ¡Bum!... ¡Bum!

Este sonido extraño sugería la idea de los claustros tranquilos, de las noches sin sueño y de vigilia y espera; en fin, de todo lo que es ordenado y metódico en la vida, y resonaba punzante y misterioso en aquel fantástico desierto. A la vista, nada había cambiado; los tristes extraños arbustos lunares, balanceados silenciosamente sin interrupción hasta los lejanos acantilados; el cielo, tranquilo y sombrío, se dilataba vacío sobre nuestras cabezas, y el sol ardiente quemaba y pesaba como el plomo.

Pero a través de todo esto, como un aviso o como una amenaza, seguía vibrando aquel sonido enigmático.

¡Bum!... ¡Bum!... ¡Bum!

Uno a otro nos preguntamos, con voz débil y temblona:

—¿Será un reloj?

—Eso parece.

—¿Y si no? ¿Qué será?

—Eso digo yo, ¿qué podrá ser?

—Vamos a contar — dijo Cavor.

Pero su idea llegó tarde, pues en aquel momento los sonidos cesaron.

El silencio, la desaparición inesperada de aquel sonido rítmico nos sorprendieron tanto como su primera aparición. Durante un momento llegamos a dudar si aquel sonido había sido una realidad o una ilusión nuestra, o, en fin, si continuaba aún y no lo percibíamos.

Sentí sobre mi brazo la presión de la mano de Cavor. Me habló a media voz y como si temiera despertar a uno que durmiera.

—No nos debemos separar un instante—murmuró.—Busquemos juntos la esfera y procuremos refugiarnos en ella cuanto antes, porque esto escapa a mi comprensión.

—¿Hacia qué lado quiere usted que nos dirijamos?—le pregunté.

Mi compañero vaciló.

Una intensa convicción de la existencia de cosas invisibles alrededor y cerca de nosotros dominaba nuestro espíritu. Sentíamos que en aquel mundo alentaba algo, vivía algo que no veíamos, y, lo que es más grave aún, que no comprendimos. ¿Qué podrían ser aquellos seres? ¿Donde se encontraban? Aquella árida desolación, alternativamente helada y abrasada, ¿sería solamente la corteza y la máscara exterior de algún mundo subterráneo? En tal caso, ¿qué clase de mundo sería aquél? ¿Qué género de habitantes iría a vomitar sobre nosotros?

En aquel momento, rompiendo el silencio reinante y de un modo tan repentino y ruidoso como un trueno improvisto, se desencadenó un estrépito tremendo, como si

se abrieran violentamente inmensas puertas de metal.

Nos detuvimos en el acto, conteniendo el aliento y verdaderamente sobrecogidos de espanto. Cavor se aproximó más a mí, y me dijo al oído:

—No comprendo nada de esto.

Después agitó su mano hacia el cielo, como manifestando que vagos y distintos pensamientos cruzaban por su mente.

Nos debemos ocultar, por si sucede alguna cosa.

Dirigí una mirada a mi alrededor haciendo un signo de asentimiento.

Repuestos un poco de la tremenda impresión sufrida, reanudamos nuestra marcha, siempre juntos, avanzando furtivamente con las precauciones más exageradas para no hacer ruido y dirigiéndonos hacia un punto donde la vegetación parecía más espesa e intrincada. Una serie de sonidos muy semejantes a martillazos sobre una caldera gigantesca nos hicieron entonces acelerar el paso.

—Debemos ir a gatas—murmuró Cavor.

Las hojas de la parte inferior de las plantas comenzaban a ponerse mustias y a arrugarse, mientras que otras, nuevas y frescas, brotaban y se desarrollaban por la parte superior. Esta circunstancia nos permitió abrirnos camino junto al suelo y por entre los tallos, sin experimentar gran daño, sin contar que además estábamos muy abstraídos para fijarnos en pequeñeces tales como rozaduras ni desgarros. Cuando llegamos a lo más espeso me detuve un instante para tomar aliento, y fijando mis ojos en Cavor, le dije:

—Todos esos ruidos son subterráneos; vienen de allá abajo.

—Sí; pero **ellos** pueden salir. No hay más remedio que encontrar la esfera.

—¿Y quiénes son **ellos**?

—¿Quiénes han de ser? Los que producen esos sonidos. Nuestra única salvación es refugiarnos en la esfera.

—Sí; pero ¿cómo?

—Tenemos que seguir rastreando hasta que la encontremos.

—Pero, ¿y si no llegamos nunca? ¿Y si estamos dando vueltas sin dar con el sitio?

—Permaneceremos siempre ocultos y veremos quiénes son los autores de esos ruidos. Pero no nos debemos separar nunca.

—Por supuesto.

Cavor volvió a reflexionar un momento.

—¿Hacia qué lado le parece a usted que debemos dirigirnos?

—Me parece que debemos abandonarnos a la suerte.

Dirigimos a un lado y a otro miradas investigadoras. Después, y con la mayor circunspección, comenzamos a deslizarnos a través de la espesura, haciendo, según nuestro cálculo, un círculo, con objeto de ir investigando el terreno a nuestro alrededor, deteniéndonos al menor ruido, al menor movimiento, y cada vez más ansiosos de llegar a ver la esfera, de la que tan estúpidamente nos habíamos apartado. De tiempo en tiempo, al arrastrarnos por el suelo, nos parecía que de allá, de lo profundo, llegaban hasta nosotros ruidos de choques, rumores extraños, inexplicables, estrépitos mecánicos, y una vez o dos creímos oír algo (una débil agitación, un rumor vago) que llegaba hasta nuestros oídos a través del aire. Pero, a pesar de encontrarnos tan apurados, de apremiarnos más a cada momento la necesidad de encontrar nuestro refugio, no nos atrevíamos a levantar nuestras cabezas por encima de los vegetales para examinar la extensión del paisaje. Durante mucho tiempo no vimos rastro alguno de los seres que pudieran producir aquellos ruidos tan extraños y tan persistentes.

Aparte del cansancio y de la debilidad que nos producían el hambre y la sed, esta investigación a gatas parecía un sueño, una cosa fantástica. Todo lo que nos sucedía ¡estaba tan fuera de lo real! El único elemento positivo que parecía tener alguna realidad era la existencia de aquellos sonidos tan misteriosos y que tanto nos amedrentaban.

¡Figúrese cualquiera nuestra situación! Al rededor nuestro una vegetación fantástica, plantas con hojas como bayonetas, alzándose y creciendo sin cesar sobre nuestras cabezas; líquenes brillantes que se deshacían aplastados silenciosamente bajo nuestras manos y nuestras rodillas y que volvían a levantarse, en el vigor de su crecimiento, como una alfombra se levanta bajo el esfuerzo del viento. A cada instante, algunos de estos vegetales fungosos, hinchados y disgregados bajo el sol, nos recubrían; a cada instante, algunas formas vegetales, de vivísimos colores, se interponían en nuestro camino.

La células que formaban estas plantas eran tan grandes como nuestros puños y parecían bombas de cristal colorado. Todas estas cosas se presentaban, además, bañadas siempre por el implacable resplandor del sol, se dibujaban sobre un cielo de color negro azulado y esmaltado todavía, a pesar del sol, de algunas estrellas cuyos destellos resistían aún el contraste con el sol. ¡Todo, todo era extraño! Las formas y las contexturas de las rocas eran

Detrás de nosotros un terrible animal empezó a mugir...

también distintas de lo que estábamos acostumbrados a ver en la tierra.

La sensación de nuestro propio cuerpo no se podía comparar a nada, y cada uno de nuestros movimientos terminaba por una sorpresa. La respiración silbaba en nuestras fauces, la sangre acudía, latiendo, a nuestras sienes y a nuestras orejas, como una serie de olas en la marea creciente...

Y sobre todo esto, a intervalos, el sonido lejano y vago en el aire y los golpes sordos y las sacudidas mecánicas en lo profundo, hasta que a tan pavoroso conjunto se unió por fin, de un modo claro e inequívoco, el mugido de grandes animales.

CAPITULO XI

Los monstruos de la Luna salen a pacer

De esta manera, los dos pobres desterrados de la tierra, perdidos en la espesura de la selva lunar, nos arrastramos llenos de terror, huyendo ante los ruidos cada vez más extraños que hasta nosotros llegaban. Rastreamos por bastante tiempo antes de ver un selenita o monstruo lunar, y, sin embargo, oíamos los mugidos de estos últimos aproximarse sin cesar tras de nosotros. Franqueamos de esta manera barrancos pedregosos, pendientes cubiertas de nieve, fungosidades que bajo nuestros pasos estallaban como vejigas, esparciendo su jugo viscoso; luego cruzamos por sitios cubiertos enteramente de hongos gigantescos, y, en fin, nos ocultamos en un laberinto de intrincados matorrales.

Pero, a pesar de todas nuestras pesquisas y de nuestro desesperado mirar en todas direcciones, no percibíamos por ninguna parte nuestra esfera abandonada. A todo esto notábamos cada vez más cercano el ruido de los monstruos, aún invisibles para nosotros, pero que pululaban ya por la espesura; ruido que semejaba unas veces ya un inmenso mugido como el de los toros en la tierra, otras el rugir medroso de fieras espantables, y otras un sonido muy raro, gutural y nasal al mismo tiempo, expresión gráfica del gruñido de la bestialidad, como si aquellos seres invisibles quisieran tragar y mugir al mismo tiempo.

La primera vez que los distinguimos fué sólo un instante repentino y fugaz; pero no por eso la impresión fué menos terrorífica.

Cavor entonces marchaba delante de mí, siempre arrastrándose, y él fué el primero que advirtió la proximidad de los monstruos, deteniéndose instantáneamente y haciéndome un gesto elocuentísimo, que me

obligó también a pararme en seco. Un ruido de chasquidos de plantas rotas y aplastadas parecía avanzar directamente hacia nosotros, y en aquel instante, mientras aturdidos y aterrados tratábamos de apreciar la dirección y la distancia de aquel ruido para poder escapar, sentimos tras nosotros un mugido tremendo, tan próximo y tan violento, que los tallos de las plantas espinosas se encorvaron y percibimos que sobre nosotros pasaba vaho húmedo y caliente: el aliento de los monstruos. Al volvernos, vimos claramente a través de una infinidad de tallos violentamente sacudidos el costado reluciente de un rumiante lunar y la inmensa línea de su lomo destacándose contra el cielo.

Es, naturalmente, muy difícil para mí determinar con exactitud lo que ví entonces, porque la impresión fué tremenda y corregida más tarde por observaciones posteriores. Ante todo, lo que más efecto me hizo fué la talla enorme del monstruo. La redondez de su cuerpo pasaría de 80 pies y la longitud, de extremo a extremo, de 200. Figúrense mis lectores un toro de este tamaño revolviéndose en los bosques de la tierra. Una respiración laboriosa agitaba sus costados, que se levantaban y descendían en acompasado movimiento. Percibí, además, que su cuerpo cilíndrico y fofo parecía arrastrarse sobre el suelo, pues no distinguí extremidades de ninguna clase; su piel era rugosa y blanca, pero destacándose sombría en el fondo del paisaje.

Creo que entonces distinguí también su cabeza sin cráneo, su cuello, hinchado de grasa, su boca babosa y voraz, sus narices pequeñas y sus ojos minúsculos cerrados, porque los rumiantes de la luna cierran siempre sus ojos en presencia del sol, según pudimos apreciar. Cuando el animal abrió la boca para mugir de nuevo, pudimos percibir por un momento una cavidad rojiza y recibimos una bocanada de aliento que salía de aquella caverna.

Después el monstruo siguió adelante, balanceando su cuerpo como un navio sobre las aguas; agitando, al marchar, su piel rugosa, pasó por delante de nosotros con el vientre arrastrando por el suelo, abriéndose camino entre la espesura y desapareciendo rápidamente de nuestra vista entre lo más intrincado de la vegetación. Más lejos apareció otro monstruo semejante, después un tercero, y, en fin, como si guiase hacia sus pastos estos bloques movibles de carne, un selenita, un habitante lunar, apareció por un instante ante nuestros ojos asombrados.

Me agaché y refugié convulsivamente entre los pies de Cavor a la vista de este nuevo ser, y ambos (Cavor y yo) permanecimos inmóviles, extáticos, sin apartar de él nuestra vista hasta que lo vimos desaparecer.

Contrastando con el tamaño inmenso de los rumiantes de la luna, el selenita parecía una criatura insignificante, una hormiga que apenas llegaría a cinco pies de altura. Llevaba vestidos hechos de una substancia semejante al cuero, de suerte que no quedaba al descubierto parte alguna de su cuerpo. De esto no nos pudimos dar cuenta exacta entonces. Se nos presentaba como una criatura compacta y erizada de púas o aguijones, muy semejante, en su apariencia, a un insecto complicado, provisto de largos tentáculos parecidos a las antenas de los grillos, y destacándose de su cuerpo cilíndrico y lustroso una especie de apéndice, que crujía y rechinaba al moverse. La forma de su cabeza estaba disimulada por un yelmo o casco enorme, y provisto de numerosas púas largas y aguzadas. Luego descubrimos que se servían de aquellas púas para aguijonear a los rumiantes morosos. A uno y otro lado del casco llevaba dos grandes vesículas, al parecer de vidrio, que daban al casco, por la posición lateral de dichas vesículas, el aspecto de una cabeza de pájaro.

Sus brazos se destacaban de la especie de estuche o envoltura de cuero que rodeaba el cuerpo, y éste iba sostenido por dos piernas cortas que, a pesar de ir cubiertas por una especie de polainas, nos parecieron extraordinariamente delgadas. Además, notamos que tenía los muslos muy cortos, las canillas muy largas y los pies pequeños. No obstante la delgadez y debilidad de sus piernas y lo pesado que parecia el traje, el selenita avanzaba dando grandes zancadas, que en la Tierra hubieran parecido disformes, y, al mismo tiempo, el largo apéndice que crujía y rechinaba se movía en todas direcciones. Por la naturaleza de sus movimientos durante los cortos instantes en que lo vimos la primera vez nos pareció que se hallaba muy irritado y con prisa; poco después de haberle perdido de vista, oímos que el mugido de los rumiantes se cambió bruscamente en un grito breve y agudo, seguido de ruidos y chasquidos más rápidos, producidos indudablemente por la aceleración de la marcha.

Gradualmente, estos mugidos se alejaron y concluyeron por cesar, como si los pastos que buscaban se hubiesen agotado por aquella parte. Entonces pusimos el oído al viento y escuchamos en todas direcciones. El mundo lunar parecía por un momento ha-

ber recobrado toda su tranquilidad, pero las impresiones experimentadas habían sido tan intensas que no nos atrevimos a reanudar inmediatamente nuestra marcha en busca de la esfera.

La segunda vez que vimos los monstruos de la luna, se hallaban éstos a alguna distancia de nosotros, en un lugar lleno de peñascos volteados de las alturas. Las superficies horizontales e inclinadas de estos peñascos estaban revestidas de una espesa capa de vegetación que aquellos monstruos devoraban. Al verlos, nos detuvimos en los linderos de unos cañaverales, entre los cuales nos arrastramos, y levantamos con cuidado la cabeza para examinar de nuevo los monstruos de la luna. Los animales se arrastraban sobre la vegetación, que les servía de alimento, como enormes babosas, deglutiendo con voracidad y gruñendo al mismo tiempo, dando así idea de la más bestial glotonería.

Parecía que aquellos monstruos estaban formados simplemente de grasa, y hasta tal punto eran pesados en sus movimientos, que un buey cebado de los que obtienen el premio en los certámenes ingleses, hubiera parecido a su lado un modelo de esbeltez y agilidad. Sus mandíbulas, constantemente en ejercicio, moviéndose y rumiando; sus ojos, cerrados, y el ruido gutural que salía de su boca, producían la impresión de que los animales gozaban extraordinariamente al llenar sus estómagos vacíos.

—¡Parecen cerdos en ceba!—exclamó Cavor, con energía desusada.—Me da rabia verlos.

Y despues de lanzarles una mirada envidiosa, se deslizó, rastreando, hacia el Sur.

Yo comprendí perfectamente lo que pasaba en el ánimo de mi compañero, y permanecí por algún tiempo en mi puesto, tratando de ver si aquellas plantas que los rumiantes engullían podrían servir también de alimento para el hombre; y cuando me convencí de que tal cosa era imposible, me arrastré tras Cavor, triturando entre mis dientes una hierbecilla que había cogido al paso. Al poco tiempo nos detuvimos de nuevo ante la proximidad de un selenita, y esta vez pudimos observarle más atentamente. Vimos entonces que lo que cubría el cuerpo del habitante de la luna era realmente un traje, no un tegumento natural, al modo del dermato-esqueleto de los crustáceos. La cubierta era muy semejante a la del que habíamos visto primeramente. Sin embargo, en el segundo se destacaban del cuello las extremidades de una especie de entretela. El individuo en cuestión se hallaba de pie sobre un montón de rocas, y movía la cabeza a derecha e izquierda, como si vigilase toda la llanura que constituía el fondo del cráter.

Cavor y yo permanecimos inmóviles, casi conteniendo el aliento y temiendo a cada instante atraer su atención; pero al cabo de algunos minutos descendió de las rocas y desapareció. Siguiendo nuestra fatigosa marcha, dimos con otro rebaño de monstruos completamente análogos a los anteriores y que se hallaban pastando en un barranco. Después pasamos por un desfiladero a donde llegaban multitud de sonidos extraños, de ruidos metálicos, de choques y vibraciones, como si algún inmenso taller de maquinaria estuviese bajo nuestros pies, pero muy cerca de la superficie. Percibiendo aún perfectamente todos estos sonidos y todos estos ruidos, llegamos al borde un gran espacio abierto y despejado acaso de más de 200 varas de diámetro y con el suelo perfectamente a nivel. Excepto algunos líquenes que avanzaban desde la orilla de este espacio hacia la superficie descubierta, en todo el resto del piso no se veía la menor huella de vegetación, presentándose como cubierto de una tierra polvorienta y grisácea.

Vacilamos algo en aventurarnos por aquel claro, mas, como presentaba menos obstáculos a nuestra marcha, decidimos ir bordeando aquel espacio, pero pisando el suelo libre de la vegetación.

Durante unos instantes los ruidos interiores cesaron por completo y, salvo los débiles chasquidos de las plantas al crecer y entrelazarse, todo el resto del espacio quedó en completo silencio. Pero bruscamente estalló un estrépito más violento, más vehemente, más próximo que ninguno de los que hasta entonces habíamos oído. Era absolutamente positivo que aquel estruendo se producía bajo nuestros pies. Nos acurrucamos contra el suelo lo más que pudimos, prestos siempre a ocultarnos en los matorrales próximos. Cada golpe y cada trepidación se transmitían a nuestros cuerpos de tal suerte que nuestro organismo entero vibraba también. Estos choques se fueron haciendo cada vez más fuertes y con isocronismo más marcado, llegando las vibraciones a ser tan intensas, que parecían como si todo el mundo lunar fuese sacudido por violentas convulsiones internas.

—¡Abriguémonos en la espesura!—murmuró Cavor. Y se dirigió rápidamente hacia los matorrales.

En tal instante un estampido semejante

al de un inmenso cañonazo estalló casi a nuestro lado, y ocurrió una cosa que aun me hace temblar en sueños.

Volví la cabeza hacia Cavor para ver en su semblante el efecto que la detonación le había producido, y al mismo tiempo tendí hacia él mi mano, pero mi mano no encontró nada...

¡En el lugar donde creí hallar a Cavor había un agujero sin fondo!...

A la vez sentí en el pecho el choque contra un objeto duro, y me encontré, sin saber cómo, tendido en el suelo con la cabeza en el borde del abismo que se había abierto tan bruscamente ante mí y con los brazos flotando en el vacío.

¡Toda aquella extensa superficie circular y plana, desprovista de vegetación, no era sino una gigantesca tapadera que se había corrido un poco lateralmente, entrando en una hendidura preparada para recibirla, y dejando al descubierto parte de los profundos abismos que recubría! Si no hubiese sido por Cavor, creo que hubiera permanecido rígido, inmóvil, pendiente al borde de aquel abismo, contemplando bajo mi vista su insondable inmensidad y hasta que el último movimiento de aquel tremendo mecanismo me hubiera lanzado desde el borde de la tapadera a lo profundo de aquella inmensa sima.

Pero Cavor no había recibido la sacudida que a mí me había paralizado. Mi compañero se encontraba un poco más distante que yo de la abertura recién abierta. Volvió la cabeza al oir la detonación, y percibiendo el peligro y mi impotencia, me agarró de un pie y tiró hacia sí, arrastrándome hacia donde él se encontraba.

Una vez a su lado permanecí sentado unos instantes, reponiéndome de la terrible emoción sufrida, y en seguida me alejé a gatas de aquella terrible abertura. Después, poniéndome en pie, a imitación de Cavor, atravesé como éste, a carrera tendida, la placa de metal vibrante y sonora que constituía la tapadera y que seguía deslizándose con una velocidad cada vez más creciente. Así llegamos a los matorrales y en su espesura nos lanzamos.

Llegamos justamente a tiempo. Apenas la espalda de Cavor había desaparecido entre la maleza y yo saltabba tras él, cuando la monstruosa valva concluyó de encogerse en su muesca con un horrible estrépito. Un segundo más y hubiéramos perecido sin remedio, pues habría faltado el piso bajo nuestros pies y hubiéramos caído al abismo.

Una vez en suelo firme, permanecimos estupefactos por algún tiempo sin atrevernos a mover pie ni mano; tal era la emoción que nos embargaba. Pero al fin, con grandes precauciones y muy poco a poco, pudimos colocarnos en un sitio en el cual nos creíamos más seguros, y desde donde podíamos observar sin ser vistos.

Los vegetales a nuestro alrededor se agitaban y crujían bajo la fuerza de la corriente de aire que soplaba del abismo. Mirando hacia el fondo del pozo gigantesco que había quedado abierto, no pudimos distinguir al principio más que los muros verticales y lisos que descendían hasta perderse en una impenetrable obscuridad. Después, lenta y gradualmente, percibimos muchas lucecillas que iban y venían, allá en el fondo, en todas direcciones. Por bastante tiempo este prodigioso misterio absorbió nuestra atención hasta el punto de hacernos olvidar cuanto nos importaba, incluso nuestra esfera. A medida que fuimos acostumbrando nuestra vista a las tinieblas, percibimos formas confusas y vagas que se movían con las lucecillas. Estupefactos, y casi sin dar crédito a nuestros sentidos, hicimos grandes esfuerzos para ver; pero comprendimos tan poco lo que veíamos, que no encontramos nada que decirnos. Nos parecía imposible precisar la menor cosa, formar ideas que nos pudiesen explicar los fenómenos que ante nosotros se presentaban.

—¿Qué será todo eso?—exclamé.—¿Qué puede haber ahí?

—¡La mecánica!—murmuró Cavor.—Deben vivir en esas cavernas durante la noche y no salir hasta que el día llega.

—¡Cavor!—dije. — ¿Entonces esos son "ellos"? ¿Los hombres de la luna?

—Los habitantes de este astro puede que no tengan nada que los asemeje a los hombres.

—¡Quién puede asegurar!...

—Efectivamente; no podemos asegurar ni arriesgar nada hasta que hayamos encontrado la esfera—contestó Cavor.

Estas palabras de mi compañero me demostraron que había recobrado ya su presencia de ánimo, y, efectivamente, le ví prepararse para marchar. Lanzó una mirada en derredor, exhaló un suspiro e indicó una dirección.

Siguiéndole, nos lanzamos a través de la espesura, avanzando vigorosamente al principio; después, cada vez con menor ardimiento. De repente, en medio de grandes humaredas de matiz purpúreo, notamos que se producían ruidos extraños y gritos como los que en la tierra produjera una muchedumbre alborotada. Volvimos a tendernos en el suelo, uno junto a otro, y por

largo tiempo percibimos que los ruidos iban y venían, cerca y lejos, alrededor nuestro; pero declaro que esta vez no ví nada. El miedo me había sobrecogido de tal modo, que no me atreví a levantar la vista. Al mismo tiempo, la debilidad que iba sintiendo era tan grande, que me sentí desfallecer. Traté de balbucear al oído de Cavor que no podía resistir más tiempo sin alimento, pero mis fauces estaban tan secas que no pude articular palabra.

—¡Cavor!—dije, por fin, haciendo un gran esfuerzo,—me muero de hambre. Tengo que comer algo.

Mi compañero volvió hacia mí su semblante, en el que se retrataba también la consternación y el desaliento y me contestó:

—No hay más remedio que resistir.

—Pero si no puedo—contesté.—¡Mire usted mis labios!

—Yo también hace mucho tiempo que tengo sed. Hay que tener paciencia.

—¡Si quedase todavía alguna nieve por derretir!

—Hace mucho tiempo que todo ha desaparecido. Estamos pasando desde el clima ártico al clima tropical, a razón de un grado termométrico por minuto.

Yo me mordí los puños de rabia.

—La esfera—insistió Cavor.—La esfera es la única esperanza.

Haciendo un nuevo esfuerzo, nos pusimos otra vez en camino, siempre rastreando; pero yo ya no me daba cuenta de lo que pasaba a mi alrededor. En mi mente no veía más que comestibles, bebidas frescas, y muy particularmente cerveza. Suspiraba por mi barril de 16 galones que había dejado en mi pabellón de Lympne, se me hacía la boca agua recordando los "beefsteaks" y las empanadas de riñones, todo con mucha carne, bien tierno y con salsa muy rica y muy espesa. ¡Eran las visiones del hambre y la sed que me trastornaban el cerebro! A cada momento era acometido por desfallecimientos ocasionados por la debilidad.

De esta manera llegamos a un rellano recubierto de una vegetación rara, constituída por unas plantas rojizas y carnosas, semejantes a monstruosas arborizaciones de coral. Al pisar sobre estas plantas, al apoyarme sobre ellas, al menor esfuerzo, en fin, por nuestra parte, se rompían presentando en su superficies de fractura algo que me llamó la atención. No sé si sería mi estado de ánimo, pero me pareció que aquellas malditas plantas presentaban el aspecto de materia comestible. Me acerqué más a ellas y noté que tenían buen olor. No pude contenerme, y tomando un fragmento, me lo llevé a la boca.

—¡Cavor!—exclamé con voz ronca.

Mi compañero me miró con semblante amenazador, y se apresuró a decirme:

Me cogió las piernas y me atrajo hacia él.

—¡No haga usted eso!

Alarmado por su expresión amenazadora, dejé caer el pedazo y seguimos avanzando un buen trecho por entre aquellas plantas carnosas y tentadoras. Al cabo de un instante me detuve y pregunté:

—Cavor, ¿y por qué no he de probar eso?

—Es veneno—le oí decir sin mirarme siquiera.

Ante una respuesta tan categórica, me callé, y proseguimos caminando; pero, por último, me decidí.

—Voy a probar—dije en alta voz.

Cavor hizo un gesto como para impedir mi resolución, pero llegó tarde. Ya tenía yo la boca llena.

Se detuvo entonces frente a mí como asombrado y examinando mi cara, como si en ella pensase advertir en seguida los efectos del veneno. Yo, atento sólo a las satisfacciones que experimentaba, exclamé:

—Pues es muy bueno.

—¡Dios mío!—gritó Cavor.

Y continuó con más ansiedad contemplándome, retratándose en su fisonomía la lucha entre el deseo y el temor, hasta que, repentinamente, sucumbió también al apetito y empezó a deglutir grandes bocados.

Se pasó algún tiempo durante el cual no hablamos palabra ni hicimos otra cosa sino comer a dos carrillos.

Aquellos vegetales no se diferenciaban mucho, como substancia comestible, de las setas terrestres. Unicamente su contextura era más tierna, y al tragarlos, calentaban la garganta. En un principio experimentamos la simple satisfacción mecánica de comer. Poco después, la sangre comenzó a circular más caliente por nuestras venas y arterias; sentimos una especie de punzadas o cosquilleo en los labios y en los dedos, y, en fin, ideas nuevas y algo incongruentes, como las que asaltan al principio de la borrachera, empezaron a agitar nuestros espíritus.

—¡Esto es magnífico!—exclamé—¡Evidentemente bueno! ¡Qué gran país para el exceso de población terrestre, para el excedente de población que allá en nuestro planeta no tiene qué comer!

Y engullí, al decir esto, otra enorme porción del precioso vegetal.

La satisfacción que me causó la necesidad satisfecha, me hizo considerar con más benevolencia al mundo a donde habíamos ido a parar, confesando que, después de todo, la Luna no era un lugar tan malo como creíamos, puesto que abundaba un alimento tan excelente. La depresión y el decaimiento que me había producido el hambre, se cambió en una alegría irracional. El miedo y el desaliento que antes me dominaban, se habían desvanecido enteramente. Ya no miraba la Luna como un planeta del cual deseaba escapar lo más pronto posible y por cualquier medio, sino como un refugio posible para los menesterosos de la Tierra. Creo que hasta me olvidé de los selenitas, de los monstruos lunares, de los ruidos misteriosos y de aquella famosa cubierta que, al retirarse, había hecho patentes abismos insondables y tenebrosos.

A la tercera vez que expuse la idea sobre el exceso de la población, Cavor me replicó con idénticas palabras de aprobación. Al mismo tiempo, sentía que mi cabeza giraba, que mi vista se desvanecía, pero atribuía todo esto al efecto estimulante del alimento, después de un ayuno tan prolongado.

—¡Excelente descubrimiento, M.. Cavor! ¿Sabe usted?—balbuceé como si estuviera ebrio.—Esto se parece un poco... un poco... a la patata. ¿No es verdad?

—¿Qué quiere usted decir? — contestó Cavor.—¿El descubrir la Luna se parece... se parece... poco a la patata?

Me quedé mirándole, asombrado de la alteración de su voz y de la dificultad con que mascullaba las palabras. Parecióme de repente que Cavor estaba borracho, probablemente a causa de haber ingerido un exceso de setas. También me pareció que se equivocaba en lo de haber descubierto la Luna. No la habíamos descubierto. Sencillamente habíamos llegado a ella; en una palabra, me pareció que el amigo Cavor se hallaba en un estado deplorable.

Traté de posar mi mano sobre su hombro y explicarle todo esto; pero, indudablemente, mis razonamientos fueron demasiado sutiles para las condiciones en que se hallaba su cerebro. Además noté que yo mismo me explicaba con dificultad. Después de un esfuerzo momentáneo por tratar de comprenderle, recuerdo que Cavor comenzó, a su vez, a hacerme algunas observaciones de su propia cosecha. A todo esto, entre las extrañas sensaciones que experimentaba, se me ocurrió la idea de si yo tendría los ojos tan vidriosos como los de mi compañero y si mi facha aparecería tan cómicamente estúpida como la suya.

—Amigo Bedford—me decía, entre tanto, Cavor en tono que quería ser solemne.—nosotros somos esclavos de lo que comemos y lo que bebemos.

Viendo que no le contestaba inmediatamente, repitió su frase, y como me hallaba

en disposición de argumentar, esto es, de llevar la contraria, me decidí a discutir la cuestión.

Es posible que me separase un poco del asunto; pero de todos modos, advertí que Cavor no me prestó la atención debida. Levantóse como pudo, apoyando su mano derecha en mi cabeza para conservar el equilibrio, lo cual era, en verdad, algo irrespetuoso, y empezó a mirar a su alrededor sin manifestar entonces temor alguno por los habitantes de la Luna. Traté de hacerle comprender que su atrevimiento era peligroso; pero, por algún motivo de que yo no me dí cuenta, la palabra "peligroso" se mezcló en mi frase con la palabra "indiscreto", y concluí por pronunciar algo como "injurioso". En fin, después de un esfuerzo para salir de la cláusula, viendo que Cavor, afortunadamente, no me hacía caso, dirigí la palabra a los vegetales, poco familiares, pero atentos, que tenía a mi lado. Experimenté la necesidad de dilucidar inmediatamente la confusión en que Cavor había caído entre la Luna y la patata.

En seguida hice un largo paréntesis sobre la importancia de las definiciones precisas antes de entrar en una verdadera discusión, y, por último, traté de hacerme el desentendido de ciertas sensaciones corporales, no muy agradables, que empecé a notar.

Apoyó una mano en mi cabeza para mantener su equilibrio.

Mi espíritu, entre tanto, seguía trabajando sin cesar. Yo no sé cómo me asaltaron vastos proyectos de colonización.

—Es preciso que nos anexionemos la Luna—exclamé muy serio.—Y no hay que tergiversar las cuestiones. Este ha de ser dominio del hombre blanco. Nosotros, amigo Cavor, seremos... ¿Cómo se dice...? ¿Satp...? ¡No...! ¡Sátrapas! Un imperio en el que César nunca pudo soñar. Saldremos en todos los periódicos... ¿Cómo lo llamaremos... ¿La Cavorlandia? ¿La Bedfordlandia...?

¡Seguramente yo estaba borracho perdido!

Luego empecé a argumentar, tratando de

poner de manifiesto los infinitos beneficios que nuestra llegada produciría a la Luna y a sus habitantes. Me hice un lío, pretendiendo demostrar, como ejemplo, que la llegada de Colón a América fué, en conjunto, provechosa para el Nuevo Continente; noté que había perdido el hilo de mi argumentación y que me limitaba a repetir: "¡Somos como Cristóbal Colón!..."

A partir de aquel momento, mis recuerdos acerca de la acción de aquellos abominables vegetales se hicieron cada vez más confusos. Tengo una idea vaga de que proclamamos altiva y solemnemente nuestro intento de no tolerar insolencia alguna por parte de aquellos estúpidos insectos que habíamos visto guiando los gigantescos monstruos, y decidimos que no era propio de hombres terrenales ocultarse vergonzosamente en la superficie de un simple satélite de nuestro globo.

También recuerdo confusamente que nos proveímos de enormes brazadas de aquellos hongos, yo no sé si para utilizarlos como proyectiles o con cualquier otro objeto, y, en fin, que sin cuidarnos de las desgarraduras que nos producían las plantas espinosas, nos pusimos de nuevo en camino, en pleno sol, desafiando la temperatura y los habitantes de la luna.

Debimos caer al muy poco tiempo sobre un grupo de selenitas. Me parece que eran seis en total, que marchaban en fila por un sendero formado entre las rocas, y que al caminar producían un ruido extraordinario como de palmoteo y silbidos. Creo que advirtieron nuestra presencia todos a la vez, porque instantáneamente se quedaron silenciosos e inmóviles y con sus semblantes vueltos hacia nosotros.

Por un instante se me despejó la cabeza, y oí que Cavor decía:

—¡Insectos! ¡Miserables insectos! ¿Y creerán que voy, por temor a ellos, a arrastrarme otra vez por el suelo? ¡Yo! ¡Un vertebrado!

Y de repente, sin que yo pudiera ni aun pensar en contenerle, con un grito de furia se dirigió hacia ellos dando tres enormes saltos.

Pero saltó muy mal, haciendo en el aire una serie de cabriolas y cayendo junto a los selenitas en medio de una masa de captáceas, aplastándolas y deshaciéndolas con gran estrépito. No se me ocurrió lo que pensarían los selenitas de aquella extraña irrupción, en mi concepto desprovista de toda dignidad. Me parece recordar verlos a todos de espalda al correr en distintas direcciones, pero no estoy seguro de ello. Todos estos últimos incidentes quedaron muy vagos y confusos en mi mente. Tengo ideas de que dí algunos pasos para seguir a Cavor, de que dí algunos traspiés, y, por último, de que caí de cabeza en medio de las rocas. Luego me sentí (de esto tengo seguridad) súbitamente enfermo y aún me parece recordar como una lucha, y, en fin, que me sujetaban con grillos y cadenas de metal.

Perdí por completo el conocimiento, y cuando después de un período que no puedo calcular, mis recuerdos fueron ya claros, hallé que Cavor y yo nos encontrábamos prisioneros a no sabemos cuánta profundidad bajo la superficie de la Luna, en medio de las más densas tinieblas y rodeados de extraños y pavorosos ruidos; que nuestros cuerpos estaban cubiertos de rasguños y contusiones, y, en, fin, que la cabeza se nos saltaba de dolor.

CAPITULO XII

La cara de los selenitas

Encontréme sentado y hecho un ovillo en medio de la más espantosa obscuridad. Durante largo tiempo me fué imposible darme cuenta dónde estaba y cómo había venido a semejante situación. Instintivamente me acordé del cuarto obscuro donde me encerraban de muchacho cuando hacía alguna diablura; luego de una habitación triste y sombría donde pasé una larga enfermedad; pero los ruidos que me rodeaban eran totalmente distintos de los que había percibido allá en la tierra. Además, el aire ambiente era tibio y sápido, como la atmósfera de un establo.

Se me ocurrió también, que estábamos aún trabajando en la construcción de la esfera y que todas las reminiscencias que me asaltaban acerca del viaje a la Luna, no eran más que un sueño. Sospeché también había caído, por cualquier accidente, en la cueva de la casa de Cavor, y, en fin, pasando en la mente revista a todas las suposiciones, me imaginé que seguía en el inferior de la esfera viajando a través del espacio.

—¡Cavor!—dije. — ¿Podremos tener un poco de luz?

No obtuve respuesta.

—¡Cavor!—insistí.

Un gemido me contestó esta vez.

—¡Mi cabeza! ¡Mi cabeza!—oí exclamar a mi amigo.

Traté de llevarme la mano a la frente, que también me dolía, y entonces noté que tenía las manos sujetas una con otra. Esto me sorprendió mucho.

Las alcé juntas, y al llevármelas a la

Casas de Administración de la Viña Benítez.

VIÑA BENITEZ

Soc. Manuel J. Benitez y Cía.

PINOT RESERVADO

Es y será siempre el preferido

33 - RIQUELME - 33

TELEFONO Núm. 646

LA POLICIA DE LOS PULMONES

Así como el agente de orden público exige que la gente circule en vez de formar grupos, el ALQUITRAN-GUYOT hace que el aire circule libremente por los pulmones, curando así las bronquitis, catarros, grippes, etc.

El uso del Alquitrán-Guyot, a todas las comidas y a la dosis de una cucharada cafetera por cada vaso de agua, basta, en efecto, para hacer desaparecer en poco tiempo aun la tos más rebelde, y para curar el catarro más tenaz y la bronquitis más inveterada. Es más; a veces se consigue dominar y curar la tisis ya declarada, pues el Alquitrán detiene la descomposición de los tubérculos del pulmón al matar a los malos microbios, causa de dicha descomposición.

¡**Desconfiad del consejo, realmente interesado**, si, en lugar del verdadero Alquitrán-Guyot, os propusiesen tal o cual producto! Para lograr la curación de bronquitis, catarros, resfriados antiguos descuidados y, necesariamente, el asma y la tisis, es absolutamente preciso especificar bien en las farmacias que lo que deseáis es el **verdadero Alquitrán-Guyot**. Aunque lo mejor para evitar todo error es fijarse en la etiqueta que, si es del verdadero Alquitrán-Guyot, lleva el nombre de Guyot impreso en grandes letras y **su firma en tres colores**; violeta, verde y rojo, al bies, así como las señas **Maison L. FRERE, 19, rue Jacob, París.**

El tratamiento sólo cuesta unos 10 céntimos al día—y cura.

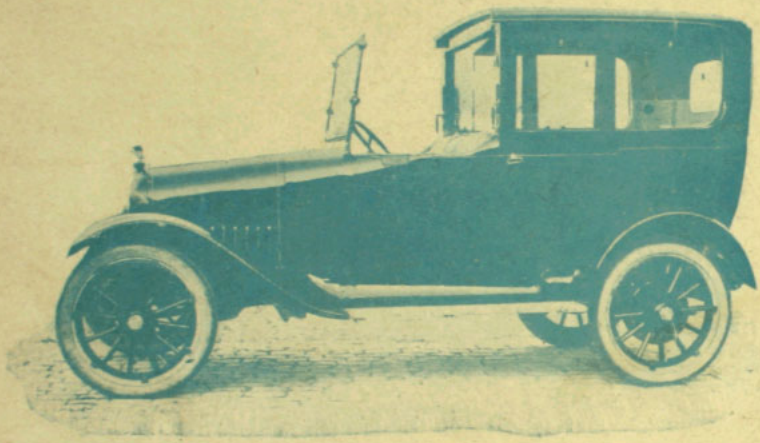
Advertencia.—Como hay personas para quienes el sabor del agua de brea no es agradable, podrán reemplazarla con las Cápsulas Guyot de Alquitrán de Noruega **(de pino marítimo puro)** y tomar dos o tres cápsulas a cada comida; las cuales producen idénticos efectos saludables y **una curación igualmente cierta. Las verdaderas Cápsulas Guyot son blancas, y la firma de Guyot va impresa en negro sobre cada cápsula.**

El mejor
alimento
para niños,
enfermos
y
convalecientes
ALIMENTO MEYER
DOCTOR MEYER

Gran Carrocería

BESA y Cía.

BELLAVISTA N.º 420 — Teléfono N.º 87



CARROCERIA MODELO "TOWN CAR" FABRICADA EN NUESTROS TALLERES Y MONTADA EN CHASSIS "DODGE BROTHERS"

El establecimiento más completo que existe en el país, montado con las más modernas maquinarias y dirigido por técnicos especialistas en el ramo.

Se construye toda clase de carrocerías desde las más lujosas para la ciudad y turismo, hasta las más sencillas y económicas para uso industrial, todo fabricado con materiales de primera calidad.

Se reciben órdenes para construcciones de carrocerías tapizadas, barnizajes, esmaltados, pinturas, etc., etc. Se hacen planos y presupuestos.

BESA y Cía.
SECCION AUTOMOVILES

Emp. Zig-Zag

PACIFICO MAGAZINE

unio
1918

PRECIO
UN PESO

Una REVOLUCION en el arte de la Perfumería Higiénica

CREMA IRIS

NO ES GRASIENTA Y PUEDE USARSE
:: :: :: CON UN POCO DE AGUA :: :: ::
REGENERA EL CUTIS, DEJANDOLO
:: :: FRESCO, SUAVE Y HERMOSO :: ::

EL TESORO DE LA JUVENTUD

Conduce a los niños a las cumbres de la sabiduría

8937

Visite la Exposición en Pasaje Matte 27 Santiago o Av. Pedro Montt Núm. 4 Valparaíso

Su niño, el mío y todos los demás, sostienen el futuro en sus pequeñas manos. Sus cerebros son los que tendrán que soportar el peso del trabajo del mundo civilizado que está hoy en transformación y que pesará sobre ellos.

No ha habido en la historia de la humanidad ninguna época en que el futuro de los niños haya sido de una importancia tan vital como la presente. Todos los educadores convienen desde hace tiempo en que las aulas escolares no pueden proporcionar al niño de hoy **TODOS** aquellos conocimientos prácticos, aquel gobierno de sí mismo y **aquel deseo de aprender** que son tan necesarios para formar hombres y mujeres útiles, activos y felices. "El Tesoro de la Juventud" resuelve este gran problema en el hogar. "El Tesoro" es una necesidad en cada casa; con él se ahorra tiempo y dinero y se evitan errores. Pone al niño en el verdadero camino del saber. Le enseña todas aquellas cosas que debe aprender, y sin las cuales se vería aventajado por los demás en la lucha por la vida. Por medio de "El Tesoro" se hace fácil y agradable la subida a las cumbres del saber.

Pida un folleto de 100 páginas a W. M. Jackson Casilla 3987 Santiago

La primera obra práctica de consulta para los jóvenes

"El Tesoro de la Juventud" es la primera obra práctica de consulta que se ha hecho para los jóvenes; su material está arreglado bajo un plan completamente nuevo, en una serie de cursos de deliciosa factura sobre los diferentes ramos del saber humano: Ciencia, Astronomía, Filosofía, Historia, Biografía, Arte y Literatura. A este tesoro de no sólo importantes, sino maravillosos e interesantes conocimientos han sido agregados entretenimientos educativos de muchas clases: Cuentos, Poesías, Juegos al aire libre y en la casa, etc. "El Tesoro de la Juventud" **complementa** el trabajo de la escuela, aumenta las horas felices del hogar y da a los niños una educación que responde a las duras pruebas de la vida.

En "El Tesoro de la Juventud" el niño aprende espontáneamente. Piensen bien, padres y madres, lo que significa para ustedes el que haya sido hecha para su hijo una selección de las cosas importantes que debe aprender; escrita de un modo tan sencillo e ilustrada tan gráficamente que su niño, (o su niña), no podrán resistir al mágico poder de esas páginas ilustradas. Se dormirán con el libro bajo la almohada, y al día siguiente recordarán las páginas donde dejaron la lectura. Es práctico, es interesante, es ideal. Los años en que hay una verdadera necesidad de saber, son entre los seis y los diez y ocho. No tenga a su hijo esperando ansioso por el auxilio que necesita **ahora**. El hogar es el mejor centro de educación del mundo.

PARA EL CENTENARIO DE COVADONGA

Para conmemorar el duodécimo centenario de la batalla de Covadonga, "El Progreso de Asturias", de Avilés se ha propuesto organizar unos juegos florales, que se celebrarán en dicha villa en la segunda quincena del próximo mes de Agosto.

He aquí las bases del mencionado certamen, con los premios y temas que se señalan:

Quinientas pesetas y la flor natural a la poesía en verso castellano y con libertad de metro que cante a la Patria restaurada en Covadonga.

Doscientas cincuentas pesetas y un diploma a la mejor poesía en bable asturiano que ensalce a la raza victoriosa en las cumbres del Auseva, bajo la protección de la Virgen de Covadonga.

Quinientas pesetas y un diploma al mejor trabajo que se presente sobre las bellezas naturales y artísticas de Asturias, y medios más eficaces para fomentar el turismo en nuestra tierra.

Doscientas cincuenta pesetas y un diploma a la mejor crónica dedicada a exaltar en forma artística el sentimiento patriótico vinculado en el período de la Reconquista.

Esta crónica no deberá pasar de 12 cuartillas en octavo, escritas a máquina.

Los trabajos que se presenten a este concurso deberán ser dirigidos al director de "El Progreso de Asturias", Avilés, llevando por firma un lema, y en sobre cerrado y lacrado (sobre el cual vaya escrito el mismo lema), el nombre del autor, con las señas de su domicilio y residencia.

El plazo de admisión vencerá el 31 de Julio de 1918.

Los trabajos que no resulten premiados serán inutilizados, así como los sobres que contengan el nombre de los autores.

El festival literario para hacer entrega de los premios se verificará con la mayor solemnidad en la segunda quincena del próximo mes de Agosto, en el día, lugar y hora que oportunamente se anunciará.

Además de los anteriores premios habrá otros también en metálico, y con los correspondientes diplomas, para recompensar al Trabajo y la Virtud, y en su día publicaremos las condiciones a que han de atenerse los que hayan de aspirar a ellos.

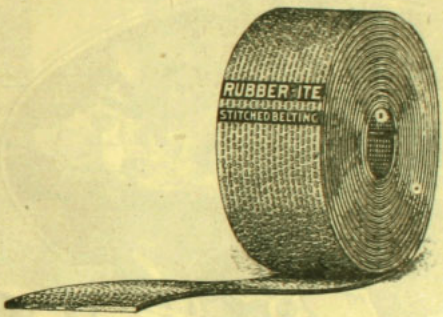
J. R. DAPENA
Santiago

Puente 754
Casilla 3792

Como acontece con todos los grandes inventos, los colchoneros no salen de su asombro al contemplar la aparición del HIGIENICO COLCHON OLYMPIA.

CORREAS

DE SUELA Y PELO DE CAMELLO



DOBLES Y SENCILLAS DE 1½" A 8" DE LA MEJOR CALIDAD

TIENEN CONSTANTEMENTE EN EXISTENCIA

Williamson, Balfour & Co.

VALPARAISO

Williamson & Co.

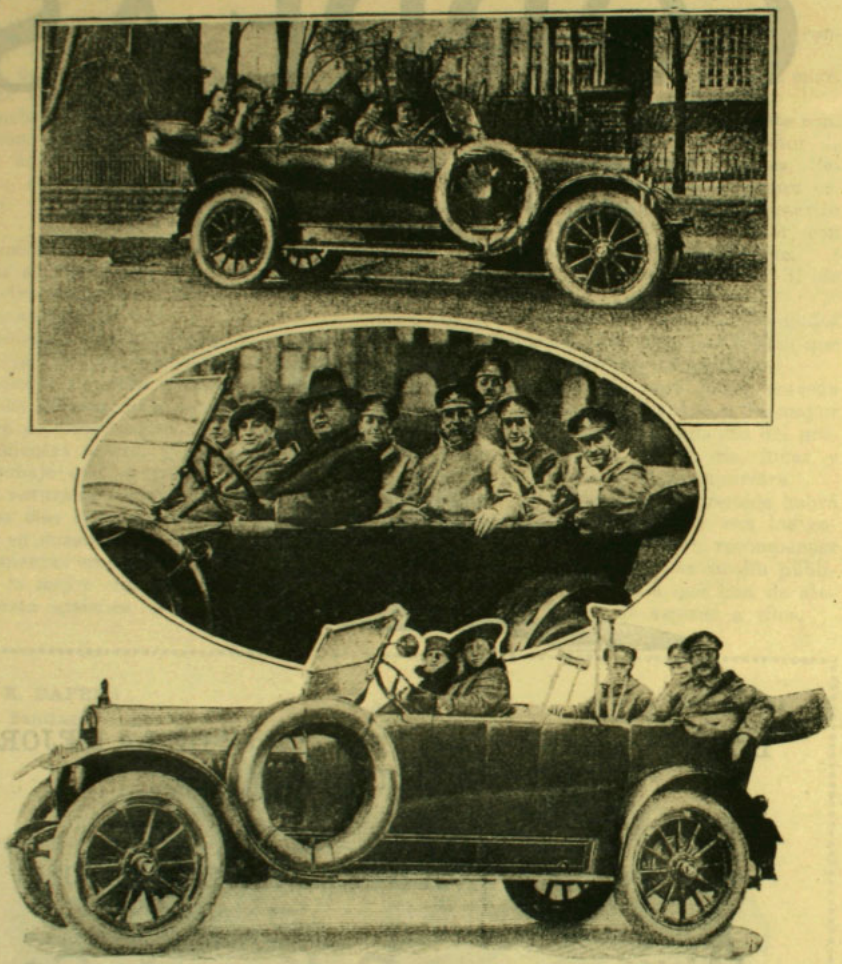
Santiago — Concepción
Valdivia — Antofagasta
Tocopilla — Taltal

Soc. Com. Harrington Morrison & Co.

IQUIQUE

Importadores

EL HUDSON EN CANADÁ



Estas vistas fueron tomadas durante un "paseo de convalecientes", dado por el SUPER SEIS en Toronto, Canadá, en los primeros días de mayo. Mas de 60 HUDSON SUPER SEIS fueron prestados para hacer un viaje de placer a los soldados convalecientes. Alrededor de 250 Tommies tomaron parte en el paseo el cual fué organizado por A. M. Thompson, Director-Gerente de **The Dominion Automóvil Company Limited, Hudson distributors en Toronto.**

La base para cocinar con satisfacción se obtiene por medio de una buena Estufa

Tenemos actualmente en existencia un gran surtido de cocinas a gas y carbón, fabricadas del mejor material y provistas de adelantos modernos que aseguran buenos resultados.

MORRISON Y CIA.

Calle Cochrane
VALPARAISO

Calle Ahumada
SANTIAGO

VADEMECUM

Da Dientes Sanos, Fuertes y Blancos-Brillantes.

Desinfecta la Cavidad Bucal.—Destruye las Bacterias.—Impide la Corrosión Dental. Quita los dolores de Muelas.—Refresca y Perfuma la Boca.

VADEMECUM por sus elementos componentes esenciales, es el primero y único dentífrico que contrarresta con absoluta seguridad las causas de las caries dentales. Esta acción que está probada científicamente, consiste en la propiedad especial de **VADEMECUM** de penetrar en los dientes picados y en las mucosas de las encías, impregnando y depositando su elíxir antiséptico. Mientras que todos los demás medios usados para limpiar la boca y la dentadura solo obran durante los pocos momentos que se emplean en esa operación, **VADEMECUM** hace que el depósito antiséptico dejado en las mucosas y en las muelas picadas, **obre durante varias horas.** Así se logra una acción antiséptica continua que limpiará perfectamente la dentadura de todo germen infeccioso, hasta en las más pequeñas hendeduras. Así toda persona que se lave la boca diariamente con **VADEMECUM** tendrá protegida la dentadura contra las caries y prevendrá muchos males. Penetrando en estado gasiforme en la faringe, pulmones, etc. **VADEMECUM** también destruye las bacterias difíciles de eliminar por otro medio.

VADEMECUM es la preparación más concentrada y por consiguiente la más barata de todas las inofensivas de esta clase.

El frasco de **VADEMECUM** que cuesta **$ 6,** contiene **3.300** gotas, más o menos, y su larga duración podrá calcular Ud. fácilmente por las gotas que consumirá diariamente, tomando en cuenta que bastan 3 gotas para cada lavado de la boca.

VADEMECUM

Véndese en las principales Droguerías, Boticas, Perfumerías y Tiendas importantes.

CONCESIONARIO PARA LA COSTA DEL PACIFICO

Cía. Sueca - Chilena
Holmgren Hnos. y Cía.

SANTIAGO
Estado 30 - 36
Casilla 2738

VALPARAISO
Casilla 376

COQUIMBO
Casilla E.

VADEMECUM

DENTÍFRICO - ANTISÉPTICO

DE

BARNÄNGEN

Eficaz y Económico

Bastan 3 gotas para cada lavado

VARIEDADES

Alucinaciones de los grandes hombres

Goethe dice que un día vió venir hacia él su propia reproducción.

* *

Pope vió un brazo que se proyectaba de la pared de su habitación.

* *

Byron recibía a menudo la visita de un espectro, pero él sabía que era simple creación de su imaginación.

* *

El doctor Jhonson oyó clara y distintamente la voz de su madre que lo llamaba cuando esta se hallaba a la sazón en otra ciudad muy distante.

* *

Ravaillac mientras cantaba el "Miserere" y el "De Profundis" creía que los sonidos que emitía eran de la misma naturaleza y producían los mismos efectos de la trompeta.

* *

Sir Joshna Reynolds, al salir de su casa creyó que los faroles eran árboles, y los hombres y mujeres bosques agitados por la brisa.

* *

Hallándose Oliverio Cromwell reclinado en un sofá sin poder dormir, vió abrirse las cortinas y aparecer una mujer de talla gigantesca, la cual le anunció sería el hombre más grande de Inglaterra.

* *

Ben Johnson pasaba las vigilias de la noche como curioso espectador de una turba de tártaros, turcos y católicos romanos, que se levantaban y reñían alrededor de su silla, hasta el amanecer.

* *

Bossoh, el fisiólogo, veía rostros y semblantes, y constantemente tenía delante de su vista una cara humana durante veinticuatro horas, cuyas facciones eran tan exactas como las de un sér viviente.

Definiciones del dinero

El periódico inglés "Tit Bits", que se publica en Londres, ofreció un premio a quien mejor definiese la palabra dinero, y entre seis mil competidores se presentaron las definiciones siguientes:

Es el premio que dulcifica el trabajo.

* *

Un ídolo que se venera por todo el mundo, sin que tenga un solo templo dedicado a su culto, y lo adoran todas las clases sociales.

* *

El azúcar que dulcifica la vida.

* *

La única comodidad que está siempre de moda.

* *

El dios del avaro, el juguete del rico, la joya de la clase media y la envidia del pobre.

* *

El vapor en la inmensa máquina de la vida.

* *

La aspiración de todos, la ganancia de pocos y la ruina de muchos.

* *

El fruto de oro de una planta llamada trabajo. La siembran todas las clases sociales, pero la baja y la media la crían y la atienden más, mientras que la clase elevada, generalmente es la que recoge su fruto.

* *

Es la sangre que afluye por las venas del comercio.

* *

La definición premiada fué esta:

Dinero es un artículo que puede usarse como pasaporte universal para ir a todas partes

¿Sufre usted del Estómago?
¿Quiere sanar pronto?

EL "TOT"

es el único específico que le sanará radicalmente y pronto.

La curación del **"TOT"** llevada a término racionalmente, ha curado, gracias a su potente acción antiséptica sobre el estómago y sobre los intestinos, centenares y millares de **disenterías pútridas y sanguinolentas aun las más pertinaces, especialmente en las regiones de los trópicos donde esta enfermedad adquiere forma gravísima y no raramente mortal.**

Pidan Datos y Prospectos a FRATELLI CASTAGNETO
SANTIAGO

Oportunidad en Gath & Chaves

Esta Casa empezó las liquidaciones de Invierno en algunos de sus Departamentos, liquidaciones que, como las de géneros, han alcanzado un éxito insuperable.

Estas ventas extraordinarias a precios reducidísimos y que seguirán hasta fines de Julio, comprenden todos los artículos, especialmente de moda, que quedan de la estación, constituyendo por lo tanto una oportunidad sin igual para nuestra numerosa y distinguida clientela.

Gath & Chaves Ltd.

EL GRAN COGNAC NACIONAL

BANDERA CHILENA

Fabricado con los mejores Piscos de Chile

Se recomienda no sólo por su excepcional calidad, sino por su moderado precio, estando al alcance **TANTO DE LAS FAMILIAS COMO DE LOS OBREROS.**

Se encuentra en los principales almacenes y por mayor en la Fábrica

Calle **RIO JANEIRO** Núm. 397

Casilla 265 - Teléfono Inglés 148

SANTIAGO

GRAN COGNAC NACIONAL

BANDERA CHILENA

Establecido en 1882

CORINA LOPEHANDIA y Cía.

menos al cielo, y como proveedor general de todas las cosas, excepción hecha de la felicidad.

* *

Genialidades de algunos compositores de música

Meyerbeer componía mejor cuando una tempestad de truenos y relámpagos pasaba por su casa.

* *

Gluch prefería ponerse al sol, bebiendo de una botella de champagne, que siempre se le tenía preparada.

* *

Spontini, al contrario, se inspiraba en la obscuridad.

* *

A Auber le venían las ideas musicales montado a caballo, y se dice que nunca compuso nada sino en las cercanías de París.

* *

Mientras que Carlos Adam, uno de sus imitadores, encontraba que el acostarse vestido sobre la cama ayudaba a la inspiración.

* *

A Mendelssohn le venía el torrente de armonía comiendo dulces; lo mismo a Salieri que los comía andando por las calles.

* *

Chopin expresó una vez a un amigo su manera de inspirarse: que al tocar en el piano pensaba en su desgraciado país, Polonia, y que cuando componía algo raro, que parecía extravagante, sólo expresaba su indignación por las desgracias de su patria.

* *

Beethoven creía en la eficacia de los baños de ducha. Cuando componía se echaba jarra tras jarra de agua sobre las manos, y se ponía a tararear y a gritar en su esfuerzo por cantar; de repente se paraba a pasearse precipitadamente por la habitación, volvía a sentarse y mojarse otra vez. Como si estuviese poseído de un acceso histérico, dejaba el trabajo y se iba a andar en su jardín o en los caminos, aunque lloviera, nevara o granizara; y también buscaba la inspiración corriendo casi por las calles, como si un alguacil lo persiguiese. Comenzaba a trabajar al rayar el día en verano o en invierno.

* *

Mozart se complacía en componer entre el canto de las aves, especialmente de su canario favorito.

* *

Rossini pasaba semanas en ridiculizar el libreto de la ópera que debía componer, y antes de esto hacía cantar a los artistas para conocer sus aptitudes. Era tan dado a los placeres, que jamás escribió una ópera sino dos o tres semanas antes de representarse. Era muy perezoso, y se dice que una vez componiendo un día en cama, se le cayó el papel, y por no levantarse a recogerlo, volvió a componer de nuevo. Se cuenta que procuró siempre convencer a los empresarios de que las oberturas eran inútiles, sólo por no tomarse el trabajo de escribirlas. Le disgustaba trabajar. Después que adquirió fama, ocurrió varias veces al indigno subterfugio de reunir trozos de las composiciones de su juventud, pasándolas por nuevas.

Pocos días antes de la representación de una ópera, el director se quejó de la pobreza del libreto. "Consuélese usted, dijo Rossini tranquilamente, lo sé, pero mi música es peor". Días después de la primera representación de Guillermo Tell, el compositor arrojó la pluma, esperando que sería su última obra, y dijo con soberbia: "Un triunfo más en nada aumentaría mi fama, y un fracaso puede perjudicarme. Yo no necesito del primero, ni me expondré al segundo".

Este compositor, aunque poseía un palacio en Boloña lleno de tesoros de arte, de lindas porcelanas y de magníficos servicios de plata, se retiró a un cortijo en el último piso de la Opera Italiana en París, al que se subía por una escalera portátil, todo el tiempo que duró un litigio que tuvo, y durante su pretendida pobreza, recibió allí a sus admiradores

ROPA BLANCA FINA COSIDA A MANO, CORTE PERFECTO Y ELEGANTE - AJUARES PARA NOVIA - ROPA FINA, ESTILO: ITALIANO, FRANCES Y BELGA - MANTELERIA DE LUJO, ESTILO VENECIA - RETICELLA, (Malla) y CANTÚ - AJUARES SOBRE MEDIDA O PARA ENTREGA INMEDIATA

Flli. Castagneto

Alameda esquina San Martín, SANTIAGO

y protectores, incluído el ex-Emperador del Brasil, disculpándose de recibirles por la economía a que se veía obligado.

* *

Mientras que Mozart y Mendelhsson tenían carácter dulce, Beethoven y Handel eran muy excitables y ni la música tenía encanto bastante para dominar sus maneras salvajes.

Numerosas son las anécdotas que se cuentan de las disputas furiosas que tenía Handel con los tenores y las primadonnas. Un día un cantor italiano rehusó cantar una aria como Handel quería, y el enfurecido hanoveriano sacudió la música cerca de la cara del artista y le gritaba: "¿Piensa usted que no sé mejor que usted cómo se debe cantar?"

En otra ocasión tomó por el brazo a una prima donna y sacudiéndola con fuerza la amenazó despedirla para siempre arrojándola por la ventana.

Leal y franco en demasía era Handel por naturaleza y es notable la destreza con que contestó, respecto a los progresos de su discípulo el príncipe de Gales: "Su Alteza toca como un príncipe", dijo el astuto maestro.

Pensamientos

El mundo es una comedia para los que piensan y tragedia para el que siente.

* *

La mayor de las debilidades es abrigar el temor de aparecer débil.

* *

La esperanza es el risueño horizonte del que sufre.

* *

La ignorancia es la obscura noche de nuestra vida.

* *

El hombre cuando muere deja un recuerdo que la ingratitud o el olvido se encarga de borrar.

* *

La verdadera virtud es el más hermoso ropaje del hombre.

* *

El mayor triunfo de la ciencia es haber destruído la ignorancia.

* *

El ambicioso muere sin haber satisfecho jamás sus ambiciones desmedidas.

El verdadero amor es muchas veces la antesala del odio.

* *

La mujer virtuosa es la fiel imagen de los ángeles.

* *

Las aspiraciones del hombre están de acuerdo con los sentimientos de su corazón.

* *

El hombre discreto es un arca que encierra muchos tesoros.

* *

El fastidio es hijo predilecto de la ociosidad.

* *

Un corazón caritativo es el ídolo del pobre.

* *

El dolor es la funesta sombra de la alegría.

* *

El criminal es condenado por la sociedad a vivir como fiera entre jaulas de hierro.

⚜ ⚜ ⚜

Fachada de la casa del Doctor don Daniel García Guerrero, estucada con el material patentado "Estuco Piedra" sistema "Peña", que resiste los cambios atmosféricos sin agrietarse.

Trabajos de Estuco y Colocación de Pisos "Terrano" por

TUPPER & CIA.

Santiago, Galería Alessandri Núm. 11, Casilla Núm. 2735.—Valparaíso, Cochrane Núm. 592, Casilla Núm. 326.

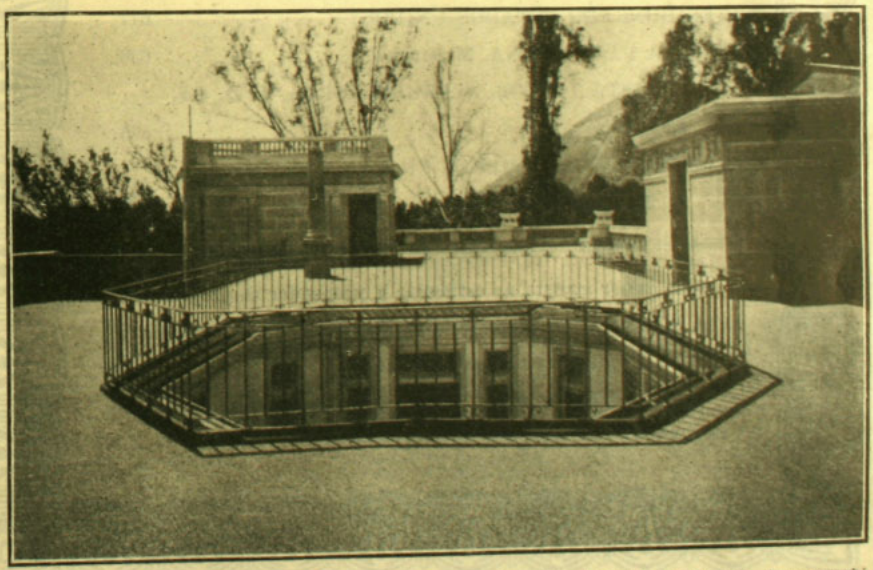
Piso "Terrano" colocado en el año 1910 sobre una superficie de 1,500 metros cuadrados, en la Sala de Exhibición de los señores Williamson, Balfour & Cía., Concepción.

Terraza de la casa del señor don Alfredo Echeverría Cazotte, impermeabilizada con nuestro material "Ruberoid", sistema "Built-Up" Núm. 3, que consulta Baldosas como superficie.

Algunos trabajos de Impermeabilización ejecutados por

TUPPER Y CIA

Santiago, Galería Alessandri Núm. 11. Casilla Núm. 2735.—Valparaíso, Cochrane Núm. 592. Casilla Núm. 326.



Una parte de la Gran Terraza de la casa del señor don Ramón Balmaceda, impermeabilizada con nuestro material "Ruberoid", sistema "Built-Up" Núm. 8 que consulta maicillo como superficie.

SUMARIO

Págs.

DONDE TERMINA EL PLEITO DE DOS MINISTROS DE CHILE, **J. D. G.** 555

NOTAS MARGINALES, **Juan Agustín Barriga**. 561

EL PRESENTE DE SALADINO, **Tartarín**. 565

¿LLUEVE AHORA MENOS QUE ANTES? **Alberto Edwards**. 573

EL COMERCIO EXTERIOR DE LA AMERICA LATINA Y LA GUERRA, **W. C. W.** 583

EN LA CELDA DEL MONJE, **Claudio Barros**. 587

EL DRAMA MODERNO EN EL JAPON. 589

LA MESURA Y LA PROPORCION DE LA PRENSA. . 593

HISTORIA DE JUAN EL CHILENO. 595

UN ESCRITOR ESPAÑOL CONTRA LOS AMERICANOS. 597

LA ARAÑA, **Ramón Pérez de Ayala**. 601

¿ES HONRADO ESTADOS UNIDOS?. 617

FIESTA PARNASIANA, **Maltrana**. 630

EL ARTISTA PINTOR ALFREDO LOBOS, **J. D. Gómez Rojas**. 635

LOS PRIMEROS HOMBRES EN LA LUNA (Folletín), **H. J. Wells**. 649

—La mejor manera de estimular y propender al progreso de una publicación, es favorecerla incesantemente, comprándola y recomendándola a sus amigos y relaciones.

—El PACIFICO MAGAZINE irá en cada número perfeccionando la realización de su programa.

PACIFICO MAGAZINE
+ Que ayer
Vol. XI.—Santiago de Chile, junio de 1918.—Núm. 66
— Que mañana

Donde termina el pleito de dos Ministros de Chile

Por J. D. G.

Ilustraciones de Pedro Subercaseaux

Era medio día de uno de esos grises y perlados días del París otoñal. El Palais Royal recibía débil resplandor de una nube más trasparente y luminosa, y los parisienses que aún comían en los portales del viejo y elegante edificio, al cual algunos seguían llamando, como buenos conocedores de historia, Palacio Cardenal, se embelesaban en la tonalidad cálida que daban, bajo esa luz, la piedra patinada, las vetas musgosas del agua filtrada de los conductos, los pedazos de cornisas rotas por la acción del tiempo. En una mesa, un hombre alto, de barba rubia, vestido como señor, a no ser por lo gastado de su sombrero de castor y la corbata negra, un tanto ajada, que anudaba en el almidonado cuello, participaba de este embeleso. ¡Hermoso día!, Monseñor,—dijo el mayordomo del café, deteniéndose antes la mesa. Sí, es verdad; de estos días no se encuentran sino en París—respondió el así llamado,—con acento alemán. Por eso vuelvo siempre—agregó con un suspiro. El mayordomo continuó repartiendo sonrisas en las demás mesas y barajando la misma frase con diversos adjetivos del abundante léxico de que disponía para estos casos.

Tenía aparentemente cuarenta y cinco años el príncipe Alejandro, César, Severo, Justo, Bernardo de Sonnenfels, que sería soberano de un Estado del sur de Alemania, si Napoleón no hubiera suprimido el de su padre Justo con trescientas soberanías más. Guardaba lo necesario para vivir y buscaba negocios, o bien mujer con fortuna. La norte-americana no estaba aún en boga, o, mejor dicho, no buscaba aún títulos en Europa. Las expectativas de un príncipe por aquella fecha eran escasas, casi precarias: vivir en París para oir llamarse monseñor y hacer cierta vida social; o volver a su patria donde se corría no mediano riesgo de ser fusilado so-pretexto de movimientos liberales. El príncipe Alejandro había sido, después de la pérdida de una soberanía discutible, pues era el menor de ocho varones, un estudiante revoltoso, afiliado en la masonería bávara, "iluminado" como se decía entonces, o bien "Hermano Negro". De allí había sacado sus veintidós duelos, que habían dejado en sus brazos, manos y frente, una media docena de cicatrices nada temibles y sí gloriosas. Bien se cuidaba él de atribuirlas a esos duelos; dejaba entender que eran hechos de armas y golpes de sables franceses. Las artistas y damas de alegre vida lo encontraban romántico, interesante, buen mozo y así había adquirido cierta popularidad en teatros y salas de baile.

El príncipe de Sonnenfels estaba absorto en sus pensamientos, esperando a un curiosísimo personaje sud-americano que le había dado cita allí mismo, en la mesa que otras veces habían ocupado en pintoresca y colecticia compañía. Si fuera posible leer en el fondo de esos espíritus reconcentrados como el de Sonnenfels, habríamos visto, en la mente del decaído soberano, muchas veces repetido el nombre

de Chile. ¡Chile! ¿Qué era a punto fijo ese país? ¿Valía la pena ser rey de Chile más que ser rey de copas en los naipes españoles, dominar extensiones selváticas y montañosas, hacerse dueño de minas de oro y plata, fundar una dinastía y correr el riesgo que había corrido el capitán extremeño Pedro de Valdivia, muerto por la espalda? Y en la retina afiebrada de este aventurero de vieja estirpe, se sucedían los imágenes del país, tal como él se lo figuraba; montañas altísimas, bosques impenetrables, mares hoscos y tempestuosos, un clima paradisíaco, mujeres negras, cobrizas y blancas de una belleza y sensualidad sin iguales, soldados jóvenes y vigorosos, semi desnudos, con grandes lanzas, ágiles jinetes, infantes de acelerado paso de gacelas, listos para morir por su soberano.

I

Muy pronto la línea profunda que formaba en la frente del príncipe la señal de sus hondas y persistentes preocupaciones, se borró para dejar ver todas las serenas y plácidas exterioridades de una sonrisa. Acababa de divisar a su amigo que se desprendía casi por fuerza de algunos inoportunos que lo asediaban, y venía hacia él con las manos tendidas. Era el recien llegado un tipo diverso: alto también, más elegante, más nuevo en vestido, en ojos, en movimientos. Sus barbas castañas se ensortijaban con coquetería; sus manos finas y un tanto carnosas se engalanaban con anillos, la blanca pechera ostentaba un brillante ligeramente engastado en delgadísimo anillo de oro, su chaleco de seda afectaba el corte de la última moda. Monseñor, perdóneme el atraso,—dijo con idioma muelle y blando, con voz sensual y plateada—usted sabe lo que cuestan estos sinsabores de la representación de un país recién nacido a la vida. Si no fuera por mí, Chile habría sido un aborto. ¡Qué cantidad de intrigantes se atraviesan en el camino del hombre de raza europea que conoce los secretos de la política! Tengo mucho que hablar con Monseñor. No me parece natural quedarme a almorzar en este frío rincón de galería; prefiero hacer correr a su alteza la suerte de la olla. Ah! El príncipe sabía bien que esta suerte le era favorable. El departamento de Irizarri, que así se llamaba el diplomático chileno, situado en vieja casa de la rue de Richelieu, muy cerca del sitio en que estaban, ofrecía siempre encantadora y original hospitalidad. Algunos tizones en la chimenea de mármol del comedor, buenos vinos añejos, buena caza, y generalmente alguna dama conocida en la crónica de París, que iluminaba con sus sonrisas lo que faltara de luz natural, pues las ventanas eran estrechas. Aceptó pues Sonnenfels con mucho agrado. Necesitaba aclarar diversos puntos.

Los dos amigos partieron del brazo, alegremente, hacia el pórtico del gran patio, torcieron a la izquierda y penetraron pronto en la antigua calle que llevaba el nombre del ilustre cardenal político. Junto con penetrar en el vestíbulo, Sonnenfels abordó el motivo principal de sus preocupaciones.

—¿Qué hay de esas noticias de Chile?, señor de I-ri-za-rri — (que así separaba y casi deletreaba el dificilísimo apellido vasco el buen príncipe alemán,)—¿qué le dicen a usted los hombres del Gobierno?

Irizarri, encargado por don Joaquín Echeverría y otros prohombres más importantes aún, de buscar un príncipe para gobernar a Chile y hacer grata la nueva soberanía a alguna gran casa reinante, no había tenido el menor derecho para buscar a ese vástago rezagado de soberanos alemanes, echados al suelo, como palitroques, por diversos congresos y tratados. Pero el diplomático chileno, vividor, gran escéptico y gran aventurero, sabía bien dónde le apretaba el zapato. Había reído de buenas ganas cuando, al releer sus instrucciones, se le advertía que era preferible que el príncipe fuera católico; pero que si esta condición no se obtenía, podía aceptarse a un protestante moderado "pues aún quedaban prejuicios religiosos en Chile." Este aún le hacía a Irizarri el efecto de cosquillas. Convencido de que no era posible llevar rey alguno a Sud-América, aceptaba su triple misión de contratar un empréstito, reconocimiento de la independencia y gobernante emparentado con grandes soberanos, porque le convenía a los múltiples negocios que, por su propia cuenta, pretendía ligar.

Y así había ofrecido este novísimo trono de Chile, entre propias y ajenas sonrisas, a cuanto descendiente de reyes más o menos auténticos había encontrado, prefiriendo primero a los más altos, a los troncos; siguiendo en seguida por las ramas; más tarde llegando a los retoños; y, por fin, a otros miembros de familias más modestas sin buena fe ya, y sólo para anudar relaciones, obtener entrada a círculos cerrados o descubrir algún negocio. Sonnenfels era el que había mordido mejor el anzuelo; por el momento no había obtenido so-

bre el país en que podría reinar, de un día a otro, sino vagas noticias y una que otra litografía con campesinos a caballo, indios armados de lanzas, y retratos de hombres públicos, cuyos rostros rasurados y juveniles no le decían absolutamente nada. También el príncipe alemán era frecuentemente invitado a opíparos almuerzos en casa de Irizarri y centros de moda, y conocía muy bien las intimidades de este hombre elegante, bizarro, de labios sonrientes y ansiosos de ricos manjares, catador de buenos vinos, de guisos raros, y dispendioso como un nabab.

❦ ❦

No tenía mayores noticias Irizarri con respecto a la candidatura de Sonnenfels ni era posible que las tuviera porque se había guardado bien de proponerla. Veía que su prestigio declinaba en el país, a medida que se afianzaba la independencia y el Director Supremo tenía esperanzas de un reconocimiento por parte de Estados Unidos e Inglaterra; y se guardaba muy bien de agregar a sus malas y sospechosas operaciones sobre el empréstito, estas ridículas candidaturas, que habrían sido objeto de burlas y ataques en la prensa. El hábil guatemalteco, bien relacionado con familia pudiente de Santiago, era objeto de una incómoda vigilancia. Había llegado ya a Europa don Mariano Egaña, su pesadilla, quien lo buscaba en Londres y en París, le enviaba carta tras carta y nota tras nota, sin obtener respuesta. Egaña no podía dar con Irizarri, pues éste se hacía avisar oportunamente de las diligencias casi policiales de aquel y le sacaba el cuerpo con agilidad.

Cuando pasaron los dos amigos al salón, encontraron allí a dos damas que habían conocido en diversas ocasiones: madame

Latour, artista que volvía de Rusia con más éxitos amorosos que pecuniarios, y Mademoiselle Hubert-Robert, hija de un antiguo soldado napoleónico caído después en desgracia, especialista en relaciones con egipcios, persas, americanos y turcos. Ambas damas eran elegantísimas, aventureras y espirituales. Las dos tenían las más curiosas relaciones con el empréstito chileno, pues estaban asociadas indirectamente con dos casas comerciales con las cuales Irizarri había contratado mercaderías para Chile, después de haber convencido al gobierno de que era buen negocio mandar algunos barcos con artículos necesarios en el comercio de Santiago y Valparaíso, y también para el aprovisionamiento del ejército y de la armada naciente. Estas dos relaciones y las correspondientes comisiones para los cuatro presentes allí, eran obra del príncipe Alejandro, César, Severo, Justo Bernardo de Sonnenfels.

Era interesante el cuadro que ofrecían estos personajes ávidos de fortuna y de lujo: la fisonomía de Sonnenfels era la más vigorosa y aguda: había sobre él muchas generaciones de raza pura, de soldados audaces, de caballeros que vivieron de expedientes y golpes de mano. Madame Latour merecía el segundo puesto por la extraordinaria altivez de su despejada frente, de sus ojos claros y penetrantes, de su busto estirado y saliente como una Victoria. La señorita Hubert-Robert podía conciliarse mejor con el sud-americano por su alegría juvenil y sus modales bohemios y desenvueltos, que la ponían en el nivel de la aventurera de reciente escuela. Comenzó, al sentarse a la mesa, por meter su risueña cara, con su naricita breve, su boca fresca y comisuras levantadas hacia arriba, en el gran ramo de flores que un vaso de viejo Sevres ostentaba en el centro.

Todos estaban impuestos de la persecución de Egaña y se reían a más y mejor de las descripciones tropicales que hacía Irizarri de su enemigo. A creerle, este señor era hijo de un cacique y el nombre de Egaña significaba: "mandíbula temible", porque tenía el hábito de morder a sus interlocutores cuando se veía vencido por sus razonamientos. Irizarri había contado a la mayor parte de sus relaciones que Egaña había llegado a Londres desnudo, con un cuero de guanaco en la cintura y que el ministro Canning lo había vestido por su cuenta.

No fué, pues, poca la sorpresa de Irizarri y muy pronto la de sus comensales, cuando la puerta del comedor se abrió bruscamente y don Mariano Egaña en persona apareció allí, requiriendo a Irizarri. Este anunció a sus amigos que se trataba de su rival y las dos damas y el príncipe Sonnenfels se dieron a contemplarlo con regocijo: no parecía mordedor, ni tenía fuertes mandíbulas; era un muchachote rechoncho, gordísimo, de pelo muy negro y ensortijado, los labios sin bigotes y pequeñas patillas rizadas cerca de las orejas, y más que trágico o repugnante parecía risible. Vestía muy a la española y pasado de moda; tenía aire prematuramente serio y miraba a las damas con un susto tal, que muy pronto ambas se pusieron a reir francamente. El señor Egaña había saludado sin merecer de parte de Irizarri sino una displicente aunque ostentosa invitación a ocupar un asiento en la mesa. ¿Hasta qué punto esa mesa no estaba contaminada con los malos manejos de los fondos fiscales? ¿Podría él, Mariano Egaña, Ministro de Estado, plenipotenciario, controlador del agente, inhabilitarse aceptar ese compromiso? ¿Serían esas damas, como lo parecían, de la más alta nobleza o bien vulgares damiselas sin nombre? Algo de esto había oído en Santiago en la casa de don Marcelo de Urdaneta, cuando le aconsejaba andarse con tiento en París para hacer amistades, y le advertía que era fácil confundir a una duquesa con una pecadora. Don Mariano acudió a sus expedientes del Congreso, sacó su caja de carey y plata, tomó en ella una narigada de rapé, sorbió, extrajo su gran pañuelo a cuadros y lanzó un estentóreo saludo. El príncipe no pudo contener la risa y es de suponer cómo lo harían las dos damas, especialmente la señorita Hubert-Robert, que se puso de pie en el acto para pedir al caballero le permitiera ensayar su tabaco en las narices. Irizarri, un tanto desconcertado, porque a pesar de su mala voluntad a Egaña respetaba en él al Ministro de Gobierno, se le acercó para conducirlo al salón, no sin rogarle una vez más que aceptara su invitación. Don Mariano había almorzado breve y frugalmente, así lo dijo, pues no había salido de su patria para divertirse, sino para trabajar por ella. Deseaba tener una entrevista con Irizarri y volvería más tarde. Este le declaró con pocas palabras que no se molestara en hacerlo, que estaba resuelto a no aceptar con él sino una correspondencia epistolar muy lacónica, mientras Egaña no le formulara concretamente los cargos que le había anunciado y con que sus adversarios y envidiosos trataban de calumniarlo en Chile. Y el señor Egaña, sorbiendo otro poco de rapé y resentido con todos, salió haciendo ligeras y graves venias y sonándose con el ruido de un trompetín.

❦ ❦

Irizarri celebró con risas y comentarios jocosos la aparición y desaparición del

agente encargado de fiscalizarlo. El había tomado sus medidas en Chile, y hasta despachado algún agente amigo suyo para que explicara algunos de los cargos que se le hacían y rechazara otros; pero no dejaba de temer la honrada insistencia de Egaña, que seguía sus pasos y quería imponerse bien de sus negociaciones. Y así, con tono altanero y contenido, le escribió ese mismo día una carta exigiéndole formulara las acusaciones que parecía tener en su contra y enviándole algunos documentos sobre las que ya le había hecho.

Pero la lucha encarnizada y personal continuó por algunos días en París. En el vestíbulo del antiguo Hotel de Monseñor, donde se reunían diplomáticos y gente de mundo en las tardes, a la hora del te inglés que comenzaba a ser de buen tono en París, Irizarri solía divisar la fatídica silueta de su perseguidor. Entonces aprovechaba su buena compañía con otros diplomáticos sud-americanos o de pequeños estados europeos, damas de cierta sociedad y hombres de negocios, para desconceptuar al suave y blando caballero que leía siempre atentamente libros y periódicos, para instruirse, y al cual no dejaba de presentar como descendiente temible de los más carnívoros caciques del sur de Chile. Hasta había una dama un tanto loca y original, a la cual había entrado el capricho de hacerse morder por el señor Egaña, siempre que se le garantizara que la mordedura no era venenosa. Irizarri decía que no estaba seguro de ello; que se daban casos en que la huella de sus colmillos había dejado al paciente con fiebres quincenales durante

dos o tres años. Todos se daban vueltas para mirar al paciente y estudioso político, que no se daba cuenta de tan sangrientas burlas.

Cuando don Mariano Egaña resolvió tomar ya del cuello al agente del empréstito y exigirle sus cuentas con la Casa de Hullet y Hermanos, que habían sido los prestamistas, Irizarri se marchó con su príncipe y otras relaciones a Londres, desde allí le mandó algunas cuentas y una carta dura en que le decía que había dejado el servicio de Chile, que había despachado sus cuentas, que no se permitiera escribirle una línea más, y que si quería hacerle más cargos los hiciera ante el Gobierno. Egaña se trasladó a Londres y muy pronto supo que Irizarri había vuelto a París, con lo cual resolvió no seguir más en su busca.

Pero no era el guatemalteco hombre de quedarse así no más, sin tomar más directa venganza de Egaña, y así donde podía ponerlo en ridículo lo hacía, y la verdad era que la simpatía de aquél iba ganando siempre en estas escaramuzas crueles y perturbadoras para el serio espíritu de don Mariano.

Madame Latour llegó un día al departamento de Irizarri a decirle que había encontrado en casa de un editor el retrato auténtico del gordo cacique mordedor. Traía un ejemplar. Don Mariano que pensaba editar las obras de su padre, había encargado el retrato de éste, bien grabado en acero, y también uno suyo para mandarlo a Chile. En el acto Irizarri concibió la idea de utilizarlo y dar un golpe cómico de "remate", como él decía, al desagradable y tenaz adversario.

La idea surgió poco a poco y tomó formas nítidas en su espíritu burlón y agresivo. El señor Andreux, agente de porcelanas baratas de una fábrica de Limoges, estaba contratando en esos momentos el envío a Chile de numerosas vajillas para la marina, el ejército y el comercio. Era el momento de utilizar el retrato de don Mariano y tuvo una conferencia con el comerciante, en la cual, auxiliado por la señora Latour, convenció a éste de que la popularidad en Chile no estaba fundada precisamente en los mismos medios que en Europa. El retrato de los seres queridos se colocaba en los objetos de uso más reservado. El comerciante reía de esto y, como buen francés, estaba predispuesto a creer todo lo que se le contara de América. Para vender, pues, un fabuloso surtido de los vasos de loza de uso más íntimo que se colocan discretamente en los veladores, era indispensable estampar en el fondo de ellos la cabeza rechoncha y encrespada del Ministro chileno. Costó cierto trabajo obtener una nítida impresión, y pocos días después Irizarri tuvo la satisfacción de examinar una, de guardarla para su uso diario y de ver embalar cuidadosamente muchos centenares rotulados para Chile.

Llegaron los tiestos a Valparaíso y uno de ellos, que cayó en manos de un amigo del Gobierno, fué remitido a la Moneda. En esos tiempos la risa no se asociaba a las cuestiones de Estado; algún ministro sonrió bajo su pañuelo, so pretexto de enjugar la transpiración; pero la policía retiró pronto la emisión de vasos... con oreja, como se llama la única asa de este curioso jarro que los griegos no conocieron o no fabricaron en tan prosaica forma.

Dicen que Irizarri levantaba los ojos hacia el techo con fruición indecible cuando se servía del suyo. Pero, a pesar de que vivió más años que don Mariano Egaña, no tuvo el consuelo de vencer a su rival, cuyos méritos fueron siempre creciendo y por todos reconocidos y respetados.

Irizarri, espiritual y audaz hasta el fin de su vida, tuvo sangrienta actuación como intendente de Curicó y no pudo nunca convencer a nadie que del primer empréstito chileno no quedara alguna gruesa comisión enredada en sus manos, fuera de ganancias en las compras de los artículos.

Consolémonos pensando que nuestra diplomacia ha ganado mucho, a pesar de sus detractores.

Don Juan Agustín Barriga.

NOTAS MARGINALES

Por

Don Juan Agustín Barriga

(C. de la Real Academia Española.)

Una obra de arte que carece de unidad orgánica; un compuesto literario que se forma por la simple agregación de los varios elementos que lo constituyen; una obra que puede desmontarse y recomponerse como el mecanismo de un reloj, sin que el artífice haya infundido en ella el principio formal que debe animarla, es obra artificial y sin vida que denuncia la falta de verdadero genio creador.

Hay una pedantería más irritante y más peligrosa que la pedantería literaria y es la pedantería científica: con la primera se ofende al gusto; con la segunda se ofende a la razón y a la ciencia misma.

✣ ✣

En los autores que más se precian de impersonales y objetivos hay siempre un elemento subjetivo y personalísimo que es el estilo.

✣ ✣

La densidad es uno de los caracteres más personales del estilo. Hay estilos sólidos, duros como la roca o tenaces como el acero; los hay líquidos que se deslizan fáciles y transparentes como el agua y hay todavía estilos gaseosos, sin consistencia alguna, flotantes como nubes que pasan por el cielo de la imaginación.

✣ ✣

La arquitectura es el arte social por excelencia: la Catedral, la Fortaleza, el Coliseo, el Palacio del Estado, la Casa Municipal son monumentos que responden al alma colectiva de un pueblo. De ahí que en nuestra época de excesivo individualismo no haya nada que sea comparable a las grandes construcciones del pasado histórico.

✣ ✣

El respeto a la verdad es el pudor de las inteligencias varoniles.

✣ ✣

No confíes jamás un secreto a aquellas personas que sólo pueden guardarlo cuando se les exige palabra de honor. El hombre discreto y caballeroso lo guarda en todo caso sin que sea necesario imponerle un compromiso; el que sólo está ligado por la palabra suele faltar a ella inconscientemente.

✣ ✣

La gracia en la conversación es como la sal en los alimentos: hay que darla en pequeñas dosis.

✣ ✣

El espiritualismo exagerado de ciertas personas imaginativas suele traer reacciones violentas a las cuales podría aplicarse el famoso dicho francés: **chassez le naturel, il revient au galop.** Felizmente para el resto de la humanidad, la psicología

cristiana contempla al hombre en la armonía integral y profunda de su doble naturaleza.

✣ ✣

Los verdaderos afectos no mueren jamás. Si a veces parecen debilitarse con el transcurso de los años, es porque hay en la propia naturaleza humana una impotencia esencial que limita nuestra capacidad de amar, nuestra aptitud para gozar y, aunque sea triste confesarlo, nuestras fuerzas para sufrir.

✣ ✣

Analizar a la persona amada es ponerse en la posibilidad de amarla menos.

✣ ✣

No sé por qué razón misteriosa parece que nuestros defectos nos pertenecen más de cerca y nos caracterizan mejor que nuestras cualidades. ¿Será quizás porque son más propios de la flaca naturaleza humana?

✣ ✣

El amor propio sufre más cuando se nos descubren nuestros defectos que cuando se nos niegan nuestras cualidades.

✣ ✣

La compasión de los envidiosos hacia el hombre caído, es la más vil de las hipocresías.

✣ ✣ ✣

L'amitié amoureuse, muy de moda en el sexo femenino, tiene todos los peligros del amor sin los encantos de la verdadera amistad: casa con dos puertas es mala de guardar.

Un espíritu varonil y delicado se aleja por natural instinto de la hermosura que fascina a todo el mundo. Sus íntimas preferencias van a aquella que reserva pudorosamente sus encantos y los descubre tan sólo al que es digno de adivinarlos.

✣ ✣

Las mujeres que se jactan de ser irresistibles para todos los hombres, se morirían de vergüenza si supieran por qué lo son.

✣ ✣

El seductor que pone sitio al corazón de una mujer, sabe que cuenta siempre con un cómplice dentro de la plaza.

✣ ✣

El famoso **clou d'or** de Sainte-Beuve no es tal **clou d'or**, sino la llave ganzúa del falso caballero que se desliza pérfidamente en la confianza de un corazón sencillo y generoso. Su famoso Libro de Amor que circulaba clandestinamente, es el breviario poético de la traición organizada.

✣ ✣

Hay dos formas de generosidad, que rara vez se encuentran reunidas en una misma persona: olvidar los servicios que se prestan y perdonar las ofensas que se reciben.

✣ ✣

Lo dominante en la poesía contemporánea es la tendencia decorativa: lo accesorio ha pasado a ser lo principal; el follaje ha ahogado el fruto, y el hombre mismo, que es el sujeto principalísimo del arte, ha sido relegado al último término.

✣ ✣

Llegará un día en que a influjo de las nuevas corrientes sociales, el amor a la Patria quede confiado a la mujer, como el fuego sagrado a las antiguas vestales. La patria es el hogar de la raza en lo que ella tiene de más profundo e irreductible, y la raza es la familia y la familia es la mujer. Cuando las madres dejen apagarse en sus hijos el amor a la Patria, podéis asegurar que un país está perdido.

—No encuentro la esmeralda, señor...

El presente de Saladino

POR TARTARIN

Ilustraciones de Pedro Subercaseaux

Aunque escasos en número, los objetos artísticos antiguos del Museo del Havre, son todos de mucha y muy interesante historia. Y Monsieur Ferdinand Bourgeois, Director del pequeño museo, es un hombre de memoria feliz, que conoce esas historias al dedillo, y que sabe contarlas de una manera amable y pintoresca.

A poco de llegar por la primera vez al Havre, fuí a verle, premunido de una excelente recomendación de Monsieur Combes, jefe, en aquel entonces, del gabinete francés. Me recibió con notable entusiasmo. Yo no creo que lo hiciera así por efecto de la recomendación de tan alto personaje, sino más bien debido a su carácter

franco, amigo de agradar y de servir, y, sobre todo, a su loca afición por las antigüedades.

Cerca de tres horas estuvimos examinando prolijamente los más curiosos trabajos de orfebrería y joyería, porcelana, monedas y medallas, grabados en cobre y en madera, miniaturas, camafeos y piedras talladas. Pero, como este examen se hace de pie, al cabo, y a pesar de nuestro entusiasmo, hubo de rendirnos el cansancio; y nos sentamos en sendas sillas al lado de una mesita que allí había. Monsieur Bourgeois conservaba en las manos un pequeño estuche, que luego puso sobre la mesa. Me ofreció cigarrillos, encendió el suyo, y se dispuso a conversar conmigo.

—Expresamente—me dijo—he reservado para el último la historia, o más bien dicho las dos historias de la hermosa piedra que hay en ese estuche. Después la verá usted y me dirá su opinión sobre el porte y el soberbio tallado de la esmeralda mas valiosa de que tengo noticia... Empezaré por contarle lo que ocurrió con ella en este mismo museo y con intervención mía; porque merced a este suceso conocí yo el origen antiquísimo y muy curioso que tiene esa piedra.

Llegó cierta mañana—de esto hará cuatro años—Lord Highbridge, y me pidió que le mostrase una esmeralda de muy antigua existencia, originaria del alto Egipto, que había pertenecido a su familia, y que, según sus informes, debía hallarse en este museo. Le manifesté no saber a cual podía referirse pero me ofrecí inmediatamente para servirle de guía en su rebusca. Muy pronto dió con ella el ilustre personaje, y se puso a observarla a sus anchas, dándome al mismo tiempo buenas informaciones sobre su gran valor, que estimaba él en no menos de cuatro millones de francos. Como parecía realmente entendido en la materia, tuve por cierto aquel subidísimo precio, y me puse a pensar en las enormes responsabilidades anejas a un cargo tan humilde como el mío, y de tan minúscula renta...

Largo rato escuché su conversación sobre antigüedades, sentado en el mismo sitio en que me hallo ahora. Pero dieron las doce y nos levantamos. Antes de despedirle, llegué hasta la vitrina donde debía hallarse la famosa piedra, con el objeto de guardarla y ponerle llave. El estuche había quedado abierto. Observé la felpa... ¡Cómo! ¿La piedra ya no estaba?... Busqué con minuciosidad a su alrededor...

—¡Señor!—le dije, bastante emocionado—la esmeralda no está aquí.

El inglés se paseaba en ese momento por la sala, dando enormes zancadas. Al oirme se detuvo, colocóse el monóculo, y estirándose cuan largo era, me miró al parecer con curiosidad.

Le repetí lo dicho:

—No encuentro la esmeralda, señor.

—¡Oh! no es posible. Yo la he visto ahí hace una hora. Búsquela con mayor cuidado.

Y volvió a su paseo, mientras yo registraba nerviosamente la vitrina. ¡Curioso! La esmeralda había desaparecido. ¿Qué podía haberse hecho? Nadie había entrado en la sala durante el tiempo de nuestra conversación.

—Señor—le dije después de un largo momento—he buscado la piedra con el mayor cuidado posible, como usted ha visto, y no la encuentro.

—¡Oh! esa no es una cuestión mía, señor Director; esa es una cuestión suya nada más. Usted la buscará todo el tiempo que estime conveniente. Le repito que yo la he visto hace una hora en su estuche.... Ya son las doce y media pasadas y yo debo ir al hotel para almorzar.

Y después de una venia leve y ceremoniosa, caminó en dirección a la puerta... Yo le miraba hacer estupefacto... ¿De modo que ese hombre se iba sin darme mayores explicaciones y me dejaba la responsabilidad única de cuatro millones de francos en un asunto en que ambos habíamos intervenido?... Pero, no alcanzó a salir: volví de mi estupefacción y corrí a alcanzarle...

—¡Señor! ¡Señor!

Volvióse el inglés sobre el umbral de la puerta y de nuevo me miró con toda la altivez que le prestaba su altura inconmensurable.

—¿Qué hay?—dijo.

—Yo me atrevo a rogarle, señor, que vuelva a la sala y me ayude a buscar esa piedra. Es un valor enorme y su pérdida me arruinaría para siempre.

—Con mucho gusto. No deseo otra cosa sino que usted recobre cuanto antes un objeto encargado a su custodia.

Llegóse a la vitrina, tomó el estuche, le examinó por todos lados; luego recorrió prolijamente toda la cubierta de cristal, levantando objeto por objeto los que allí había; se agachó en seguida para ver en el suelo; entrambos movimos el mueble por si hubiera rodado para debajo... ¡Absolutamente nada! Mi emoción recrudecía por momentos; yo no era dueño de mis nervios. En cambio, el inglés permanecía inalterable, sin que yo pudiera sospechar el menor interés por el asunto.

—Señor Director—dijo—después de un

Lord Highbridge quedóse impertérrito

instante y como sintentizando sus pensamientos—mi misión en el Museo del Havre ha concluído esta vez. Yo hice viaje desde mi país con el único objeto de observar una hermosa piedra que perteneció en tiempos pasados a mi familia. Esta piedra se ha extraviado en una forma que no me explico, hallándonos los dos solos con ella en esta pequeña sala. Lo siento verdaderamente, porque no tendré ocasión tal

vez de volverla a ver en algún nuevo viaje que haga al continente. Lo siento también por usted, a quien se hará responsable de su pérdida. Debo retirarme. Espero que lo pase usted bien y que solucione en forma satisfactoria este desgraciado incidente.

—Señor,—le contesté, un tanto molesto con una calma que bien poco se avenía con mi terrible situación—agradezco sus buenos deseos, pero las cosas no pueden quedar así... Yo necesito dilucidar claramente la cuestión: aquí no ha habido otra persona extraña al establecimiento sino usted. Uno de nosotros ha tomado la esmeralda. Es menester que algunos testigos de calidad contemplen la situación tal cual es, porque mi sola declaración no bastaría para convencer a mis jefes de mi absoluta inocencia. Yo llamaré aquí al Prefecto de Policía, al Sub-Prefecto de la ciudad, al Cónsul Inglés y a otros funcionarios, en presencia de los cuales haremos las declaraciones del caso. Ellos procederán a un registro de nuestras personas...

El inglés había cruzado los brazos mientras yo hablaba.

—¿Dice usted que harán un registro de nuestras personas? ¡Oh! no, señor Director; tal procedimiento no corresponde a mi calidad y no permitiré que se me falte al respeto en tierra extranjera... Usted seguramente no me conoce, cuando pretende creer que yo he tomado esa piedra... No estoy dispuesto a soportar un interrogatorio de quienquiera que fuese... Creo haber dicho lo suficiente. Me retiro.

Le rogué encarecidamente que se quedara, que se diera cuenta de la situación en que me dejaba; que no era mi intención ofenderle si le pedía que se sometiera a un registro, puesto que yo mismo aceptaba para mí el mismo trámite. Al parecer, mis ruegos no le conmovieron en lo más mínimo. Le hablé entonces de mi familia numerosa, de la pobreza en que quedaría si el Gobierno, como era justo suponerlo, me separaba de mi empleo y me hacía procesar por robo de una piedra tan valiosa. Manifestó su pesar por mi próxima desgracia, pero no sin insistir en que debía retirarse y en que su misión había terminado... Entonces dejé los ruegos y apelé a toda mi energía.

—Lord Highbridge—le dije—usted no puede salir de esta sala antes de que lleguen los funcionarios que deben conocer en este asunto.

Y sin observarle, toqué el timbre. Mientras acudía el empleado, escribí sobre algunas tarjetas sendas misivas para los funcionarios mayores de la ciudad y para el Cónsul inglés, rogándoles que vinieran al Museo a la brevedad posible. Entreguélas al mozo, dándole las explicaciones del caso. Y cuando volví a observar al inglés, le vi que examinaba con perfecta calma y mucha atención un esmalte pintado de Limoges, del siglo XVI, con el retrato del Condestable Ana de Montmorency. ¡Como si no hubiera ocurrido nada! En tanto, presa de una nerviosidad que no podía reprimir, me paseaba yo de un lado a otro de la sala.

A la media hora, llegó el Sub-Prefecto de la ciudad, a quien manifesté que esperaba a los otros funcionarios para hacer la exposición de la extraordinaria aventura que me ocurría. Y cuando los demás llegaron, procedí a hacer las presentaciones. Lord Highbridge les saludó friamente y quedóse de pie, escuchando lo que yo decía. Referíles, pues, mi historia, sin omitir un detalle; y concluí pidiéndoles su parecer sobre lo que había determinado realizar. Todos estuvieron de acuerdo conmigo en que el registro de ambos era lo indicado para solucionar el problema; y que Lord Highbridge no podía ver una ofensa en ello, como quiera que yo me colocaba en igual caso.

El inglés se limitó a decirles:

—Yo lamento no tener vuestra opinión, señores míos. Ya he manifestado al señor Director del Museo que no puedo aceptar investigaciones de ninguna especie sobre mi persona. Mi alta calidad no lo permite.

—Seguramente,—observó el Cónsul inglés—no tenemos facultad para exigir de Lord Highbridge que se someta a un registro de su persona; pero si él buenamente quisiera... Yo me atrevería a rogarle esto, en obsequio de mi amigo el señor Bourgeois, cuya situación es en extremo delicada...

Lord Highbridge quedóse impertérrito. El Sub-Prefecto tomó entonces la palabra:

—No me explico—dijo—la resistencia de Lord Highbridge para hacer algo que nada envuelve de ofensivo si se acepta como voluntario.... La ofensa estaría en usar medios coercitivos, violentos...

—Como antiguo funcionario de policía—agregó el Prefecto—puedo manifestar a Lord Highbridge que en muchas ocasiones vi a gentes de gran calidad prestarse a un trámite que convenía a su reputación, puesto que de esa manera demostraban palpablemente su inocencia...

—Supongo—repuso Lord Highbridge, colocándose el monóculo con toda calma—

supongo que el señor que acaba de hablar no cree que mi inocencia haya menester de prueba alguna...

—Ciertamente, señor,—se apresuró a decir el Prefecto de Policía—; ninguno tiene una mayor seguridad que yo de que no es usted quien ha tomado esa piedra... Por lo mismo, me atrevo a insistir en una petición que todos aquí le hemos hecho, con el debido respeto.

—¡Oh! muchas gracias por su amabilidad; pero me es imposible, imposible, imposible!... Es mi última palabra. Y les agradecería que me permitieran retirarme.

Ya no pude contenerme más. Semejante negativa me daba mucho que pensar. Recordé que Lord Highbridge me había hablado de esa esmeralda como perteneciente a uno de sus antepasados...

—Me opongo, señores, a que este caballero salga de la sala. Espero que el señor Prefecto prestará a un funcionario público todas las garantías que necesita para dejar en claro su situación!

—Por mi parte—dijo Lord Highbridge, sin perder su flema—reclamo del señor Prefecto de Policía las atenciones que se deben a mi calidad de ciudadano inglés. Espero también que el señor cónsul me hará respetar como se debe.

—Yo creo, señor Director—observó el Cónsul, dirigiéndose a mi—que sería conveniente telegrafiar al Ministro de Relaciones Exteriores, pidiendo instrucciones.

—Acepto—dije—, siempre que este caballero permanezca aquí mientras llega la respuesta de la Cancillería.

—All right!—repuso el flemático Lord. Examinaré algunas curiosidades del Museo para no aburrirme demasiado.

Salió el Sub-Prefecto en dirección a la oficina telegráfica, y más de dos largas horas habían trascurrido cuando volvió trayendo la respuesta de París. El telegrama no contenía sino estas palabras, dirigidas al Sub-Prefecto:

"Ordene inmediata libertad Lord Highbridge y suspenda toda investigación acerca de tan ilustre persona."

Dos años después, dirigiendo yo un arreglo de esta sala encontré en el fondo de la vitrina, en la juntura de las tablas la famosa esmeralda...

—¡Hein! ¿qué le parece?—me dijo Monsieur Bourgeois, sonriendo con picardía.

—Lo que me extraña—respondíle—es la resistencia de Lord Highbridge para dejarse registrar.

—Es lo mismo que me extrañó a mí y a todas las personas que han conocido esta historia... Pero yo salí de la curiosidad hace tiempo... Inmediatamente después que hallé la piedra, escribí una carta a Lord Highbrige, dándole noticias del hallazgo y pidiéndole mil perdones por las molestias a que le había sometido... Le contaba, por supuesto, de cómo el Gobierno, considerando lo extraordinario del caso y mi buena reputación anterior, me había conservado en el puesto... Pero, al terminar, le pedía que satisficiera mi natural afán por saber a qué se debió en aquella ocasión su terquedad para no permitir que fuese registrado. El Lord me contestó a vuelta de correo en una carta muy interesante que voy a mostrarle, si usted no lleva mucha prisa por marcharse...

—Aun cuando tuviera tomados los pasajes para América en algún vapor que debiera partir en diez minutos más—le respondí—no vacilaría en perder el vapor y los pasajes con tal de conocer el fin de esta maravillosa historia...

Monsieur Bourgeois rió de buena gana, y dijo:

—Ya lo suponía yo...

Dicho esto, fuese al cuarto vecino, que lo era el de su escritorio, y volvió trayendo un pequeño pliego. Se puso los lentes, y con voz clara y lento ademán, comenzó su lectura de esta manera:

Estimable señor Bourgeois:

Contesto su carta del mes pasado. ¿Usted quiere conocer la causa por la cual yo no permití que ustedes registraran en mis bolsillos, cuando se perdió la esmeralda de su museo? Es una cuestión muy sencilla y que le hará reir seguramente. Yo hubiera reido también en aquella ocasión de no hallarme en un serio apuro.

Pero, tendré que hacerle una pequeña historia medio-eval. A la vuelta de Palestina, de regreso de una cruzada Ricardo Corazón de León fué tomado preso por el Duque de Austria. Era una buena oportunidad, porque el rey venía solo. Le encerraron en la torre de Duinsberg, a orillas del Danubio, y le hicieron sufrir muchas penurias. Y de estos sucesos nada se sabía en Inglaterra ni en el resto de la Europa, y todos lloraban la desaparición de un buen rey. Dicen las crónicas que los únicos interesados en no hallarle eran sus propios hijos, que ambicionaban el trono vacante.

Un antepasado mío y trovador normando, Blondel de Nesle amaba mucho a su rey y señor. Juntos habían pasado buenos momentos en la Isla de Chipre y juntos habían compuesto hermosas canciones. Us-

ted sabe que Ricardo era un buen poeta, a más de hidalgo y valiente caballero. Y Blondel se dió a buscarle por Europa, sin obtener gran resultado a causa de la pobreza de comunicaciones que entonces había.

Por fin, debido a una buena casualidad, llegó Blondel a los alrededores de Duinsberg. Oyó que los campesinos hablaban de un gran personaje prisionero en la fortaleza, lo cual le dió mucho que pensar. En la noche, cuando la obscuridad era mayor, se acercó al pie de la torre y acompañándose de su laúd, comenzó a cantar una sentida balada. "¡Cuál no sería su gozo—dice la historia—cuando al término de la primera estrofa oyó que desde lo más alto de la torre una voz para él harto conocida, entonaba la segunda estrofa de aquella canción sólo sabida de ambos!"

Haciendo investigaciones entre las gentes de la corte de Austria, vino a saber que el duque exigía un enorme rescate por la libertad de Ricardo. Once mil bezantes era la suma que debía pagar Inglaterra por su rey, en memoria, según decía la sentencia respectiva, de las once mil vírgenes compañeras de la bienaventurada Ursula. Puede calcularse el rescate en la moneda de hoy como de doscientas veintidós mil libras esterlinas.

Mi país era pobre entonces y no podía reunirse con facilidad semejante cantidad.

Pero Blondel puso tal entusiasmo en la empresa, que al cabo de poco tiempo lograba pagar el rescate de su rey. Como es natural, Ricardo quiso premiar su bella acción, y, al efecto, le dió a escoger entre sus joyas la que le gustase más. Blondel escogió dos esme-

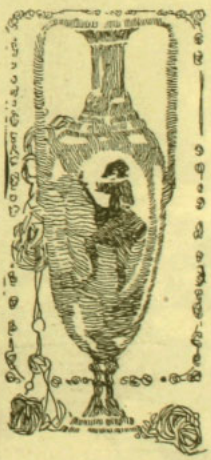
En la noche, cuando la obscuridad era mayor se acercó al pie de la torre y acompañándose de su laúd...

raldas idénticas, las más hermosas que vinieran del Oriente. Formaban parte de un gran presente que Saladino había hecho al rey de Inglaterra con ocasión de una tregua ocurrida durante la guerra santa.

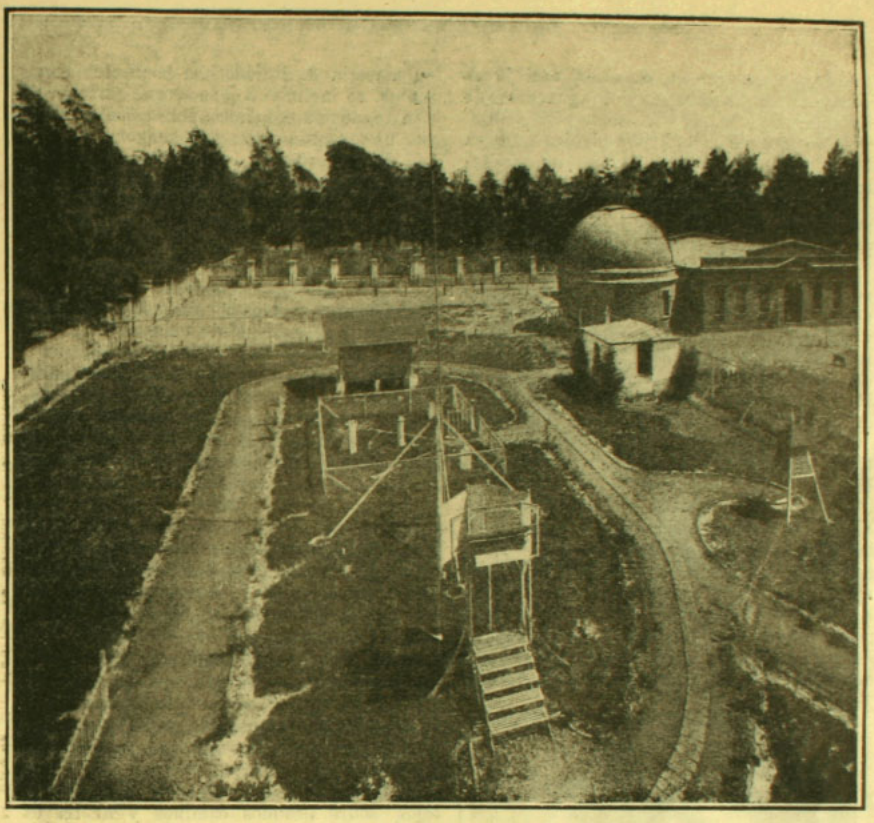
Pasando los años, otro antepasado mío, que debió ser muy pródigo, se vió obligado a entregar una de las famosas esmeraldas a un joyero judío, en pago de una crecida deuda. Sea de esto lo que fuese, es el caso que yo no vine a heredar sino una de aquellas que la historia asignaba a mi familia. Después, averiguando, — porque soy aficionado a las tradiciones de familia—pude saber que la otra esmeralda debía hallarse en el museo del Louvre. Entonces emprendí viaje al continente e hice a usted la visita que conoce y que un día tal vez lamentó. Yo deseaba comparar las esmeraldas para saber si, como decía la leyenda, eran idénticas; y llevé la mía.

¿Comprende ahora, estimable señor, la causa por la cual no permití que me registraran? Si accedo a la justa petición de ustedes, hubieran hallado en mi bolsa una esmeralda en todo igual a la extraviada; la hubiesen tomado por la misma del Museo; y se hubiera dado el caso horrible de un Lord de Inglaterra conducido ante los tribunales franceses por ladrón!

Además ¿cómo evitar en tan curioso trance el despojo inmediato de lo que tengo por más valioso en mi patrimonio familiar?—**Lord Highbridge.**



La Embajada Británica que preside Sir Maurice de Bunsen, en la Moneda.



Instalaciones y aparatos del Observatorio Meteorológico de Santiago

¿Llueve ahora menos que antes?

LO QUE DICEN LOS NUMEROS

Por

ALBERTO EDWARDS

Con ilustraciones fotográficas

En ningún orden de cosas conviene tomar muy al pie de la letra los recuerdos y añoranzas de los viejos.

Desde hace miles de años los abuelos refieren a sus nietos la eterna historia de esos tiempos de color de rosa, cuando todo era virtud, fortaleza, talento y bienandanza en este bajo mundo, cuando los inviernos eran menos fríos y llovía mucho más.

Claro está que ellos mismos sentían entonces menos frío y más optimismo. Los años nos traen a todos la desilusión y el hielo.

Hace no muchos días un caballero de

mi propia generación, es decir, casi joven todavía, me hablaba de los aguaceros de antaño.

—No negará usted, me decía, que ya no llueve como cuando éramos niños: entonces los temporales se prolongaban por semanas y semanas, y los habitantes de Santiago no veían el sol por meses enteros.

Aquella observación me trajo un recuerdo. Hace más de cuarenta años, en 1877, don Benjamín Vicuña Mackenna escribió uno de sus libros más interesantes para demostrar con los documentos de que pudo disponer, que el clima de Chile no se había secado como entonces también lo afirmaban los agricultores y los viejos.

¿Existe, pues, en el alma humana una tendencia misteriosa a ver el pasado más húmedo, al par que más bello y más caliente? No lo creo. Más razonable y más conforme con la realidad de los hechos es la explicación que da al fenómeno el ilustres escritor mencionado. Entonces como ahora, nuestro clima se caracterizaba por una sucesión más o menos regular de períodos lluviosos y de períodos de sequedad. Es natural que cuando sobreviene uno de estos últimos, las gentes, cuyos recuerdos en materia de lluvias son bastante incompletos, se inclinen a pensar que se trata de una tendencia constante e irremediable hacia una sequía cada vez mayor.

Avenida de palmeras que conduce al Observatorio Meteorológico.

—El desierto nos invade, fué el grito de alarma hace cuarenta años. Hoy aquella frase se ha olvidado, pero el concepto subsiste.

Felizmente su falsedad puede demostrarse ahora con mucho mayor acopio de datos y de cifras que las conocidas en 1877. Lo que entonces fué casi una intuición maravillosa de Vicuña Mackenna es hoy una verdad matemática.

Nadie puede negar que el clima de nuestro planeta ha experimentado transformaciones sustanciales al través de las edades geológicas, pero no parece menos cierto que en el período que abraza la historia dichas transformaciones son del todo insensibles.

Algunos sabios habían sostenido, por ejemplo, que la Europa era actualmente más fría que en los primeros tiempos de la Edad Media. Se fundaban en el hecho de que la viña y otras plantas análogas fueron cultivadas antaño en regiones más alejadas del ecuador que hoy día.

No ha sido difícil demostrar que ese retroceso de la viña se debe a causas económicas y sociales, no meteorológicas. Antiguamente los transportes eran tan caros y difíciles que convenía cultivar ciertos productos fuera de su zona natural, porque habría sido muy costoso llevarlos de lejos, sobre pésimos caminos y al través de los obstáculos que las aduanas interiores y el sistema feudal oponían a la circulación y al comercio. Por una razón parecida la caña de azúcar, cuyo límite económico es hoy el sur del Perú, se cultivó durante la Colonia hasta en el valle de la Ligua, donde materialmente puede producirse, pero en condiciones que hacen de tal cultivo allí un pésimo negocio.

En cambio existen hechos incontrovertibles para demostrar que en Europa la viña madura hoy en la misma forma que en los más remotos tiempos de la Edad Media. Se ha encontrado en los archivos de los conventos el testimonio auténtico de las fechas en que se iniciaba antiguamente la vendimia en viñedos que subsisten hasta ahora. Esas fechas cambian naturalmente de un año a otro, pero los términos medios fueron los mismos en el siglo XI y en el siglo XX.

Igual cosa ocurre con la fecha de los deshielos de los ríos del norte de Europa. Los archivos de las viejas sociedades de navegación que comerciaban con la Rusia

y la Suecia en la Edad Media, dan testimonio de esta verdad.

La ciencia moderna ha llevado investigaciones del mismo género hasta los tiempos más remotos de que la historia conserva recuerdo. Se ha probado que el límite geográfico de la zona en que madura la palma de dátiles no ha variado desde la época de los patriarcas y de las viejas monarquías orientales hasta nuestro tiempo.

Acerca del fenómeno de las lluvias no existen naturalmente medidas directas que permitan comparar las que sufrieron los israelistas cuando la conquista de la Tierra de Canaán, con las que hoy soportan allá mismo los ejércitos de Jorge V. Pero hay datos suficientes para probar que la tierra no es ahora ni más ni menos húmeda que antaño. Los Faraones de Egipto llevaron una estadística completa de la altura de las inundaciones del Nilo, y las cifras que conocemos de esa estadística concuerdan casi exactamente con las tomadas en el siglo XIX por los sabios ingleses.

A este respecto, se dió erróneamente mucha importancia al hecho de que la Biblia hablara de la Palestina como de una Tierra de Promisión que manaba leche y miel, siendo que ese país no merece hoy, ni con mucho, semejante calificativo. Su clima es bastante seco y las lluvias no caen allí sino en invierno como sucede en el centro de Chile.

Pero evidentemente aquellas expresiones de la Biblia tenían mucho de relativo. Eran escritas para un pueblo que había vagado durante varias generaciones por los desiertos de la Arabia y que al contemplar las verdes colinas de Canaán debió experimentar impresiones parecidas a las que siente el habitante de Copiapó que llega a nuestras provincias centrales, que tantos rasgos de común presentan con esa tierra histórica.

En cambio, se sabe que los métodos agrícolas de los israelistas en Palestina, fueron, con corta diferencia, los mismos que los agrónomos modernos recomiendan para el cultivo de las tierras áridas. El "Dry Farming" de los norte-americanos no es una novedad de nuestro siglo: lo practicaban ya en el oriente los contemporáneos de David y Salomón.

A medida que la civilización se alejó de los países cálidos y secos en que tuvo su origen, para acercarse al húmedo occidente de la Europa, la agricultura fué transformándose, y el esfuerzo de los hombres no se dirigió ya a conservar las escasas humedades de la tierra sino a defender las plantas contra el frío y las lluvias excesivas. Un europeo no sabría qué hacer con sus métodos tradicionales y sin el regadío artificial, en una tierra como la Palestina y el centro de Chile; nuestros huasos de rulo podrían darle lecciones, enseñarle el barbecho de costa, es decir el Dry Farming traído acá desde España por los conquistadores, que acaso lo aprendieron de los Arabes.

Manera de medir la lluvia con el pluviómetro.

No existen, pues, datos que confirmen la creencia vulgar de que el Oriente se ha secado desde los tiempos históricos: todo lo contrario; son los métodos agrarios los que se han ido adaptando a países de clima más húmedo.

En Europa no se comenzó a medir exactamente las lluvias sino a fines del siglo XVII. Antes de esa fecha, debemos limitarnos a conjeturas. Hemos visto sin embargo que los ríos se deshielan hoy en las mismas épocas que en el siglo XI. El límite inferior de los ventisqueros, aunque oscila periódicamente, ha permanecido también casi invariable. Ninguno de estos dos fenómenos sería explicable si las condiciones de humedad hubieran sufrido un cambio sensible.

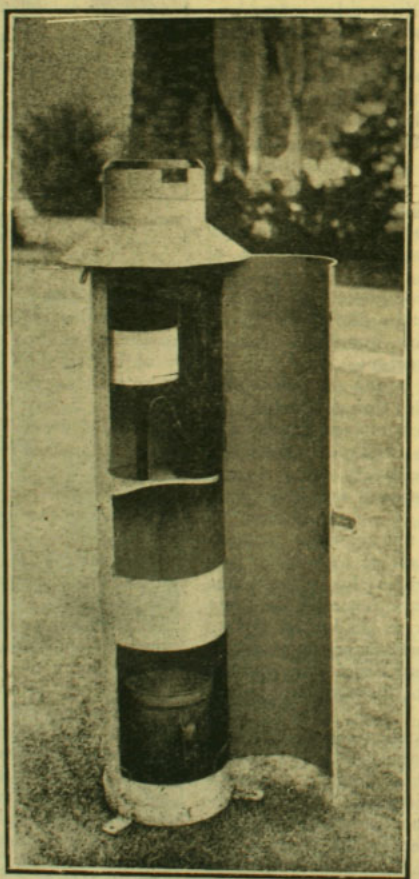
El pluviómetro funciona regularmente en

París desde 1689. Ahora bien; los términos medios de la lluvia, han sido allí idénticos en el siglo XVII, en el XVIII y en el XIX. Este resultado es tanto más digno de ser notado cuanto que Francia es el país en que los bosques han disminuído más en los últimos tiempos: la superficie total de las selvas era cuatro veces superior bajo Luis XIV que en nuestra época. Desde entonces a acá han desaparecido las grandes propiedades feudales o eclesiásticas, las tierras se han dividido hasta el infinito, y sólo conservan restos de bosques los terrenos casi inútiles para la agricultura.

El fenómeno anotado es, pues, muy interesante porque desmiente una vez más la antigua creencia de que los bosques atraen las lluvias y el desmonte ocasiona la sequía. Es fácil darse cuenta del origen de esa hipótesis. En realidad llueve donde hay bosques y no llueve donde no los hay, pero se ha confundido el efecto con la causa: es imposible, como bien se comprende, que haya bosques donde no llueve.

La lluvia media es en París de 505 milímetros anuales por término medio. El año más seco de que se conserva memoria corresponde al reinado de Luis XV; fué el de 1733 que sólo dió 210 milímetros, originando una espantosa hambruna; en cambio, el más lluvioso ha sido el de 1910 con 750 milímetros. Viene en seguida 1804 con 705 milímetros y 1872 con 681.

Como hemos dicho antes, en Chile se ha creído antes y se continúa creyendo ahora que las lluvias tienden a disminuir. Muchos documentos de la época colonial prueban que esta afirmación se ha repetido cada vez que se produce una serie de años secos, lo que por otra parte es muy natural.



Pluviómetro registrador o pluviógrafo.

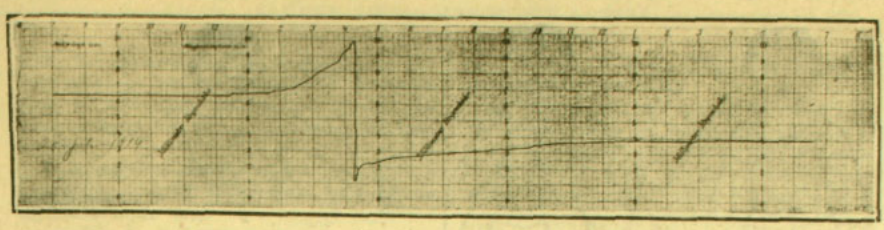
Cuando Vicuña Mackenna escribió el interesante libro a que ya nos hemos referido, no se tenían datos ciertos sobre esta materia sino de muy pocos años, porque el servicio meteorológico sólo comenzó a funcionar regularmente bajo don Manuel Montt en 1853. Sin embargo, la maravillosa intuición del autor suplió hasta cierto punto esa deficiencia de observación. Con la historia en la mano, probó que desde los primeros tiempos de la conquista, los períodos de sequía y los de humedad habían alternado en el centro de Chile en forma análoga a lo que ahora constituye la desesperacación de nuestros agricultores de rulo.

Para no citar sino un ejemplo, es evidente que Valdivia fué auxiliado en su temeraria empresa por una serie de años secos. Después de pasar en Chile cuatro inviernos, el ilustre conquistador describió así el clima del país: "Tiene esta tierra cuatro meses de invierno y no más, que en ellos, cuando hace el cuarto de la luna, llueve uno o dos días, todos los demás hacen lindos soles".

Evidentemente tal definición de nuestros inviernos sólo sería hoy aplicable a años secos, y no a inviernos como el reciente de 1914 en que apenas lució el sol unos pocos días en cinco o seis meses y los aguaceros se prolongaron hasta diciembre.

Vicuña Mackenna continúa así pasando revista a todos los documentos de que pudo disponer y las consecuencias que deduce de su estudio concuerdan perfectamente con los resultados de la observación científica de los últimos años.

El clima del centro de Chile no se distingue sólo por la relativa escasez de sus



Banda de papel registradora de lluvias para el pluviógrafo.

lluvias y por la desigual repartición de estas, que, como sabemos, caen únicamente en invierno, sino por otras características que conviene anotar.

En París el año más seco dió 210 milímetros de agua y el más lluvioso 750: Ambas cifras están por tanto en la proporción de uno a tres y medio. En Santiago hay mucha mayor diferencia entre los años secos y los lluviosos. Así en 1863 sólo cayeron 86 milímetros contra 820 en 1900; esta última proporción es de uno a nueve. Por tanto el clima de Chile es mucho más desigual entre un año y otro que el de Francia.

Otro hecho que se desprende del trabajo de Vicuña Mackenna y de las observaciones posteriores, es la existencia de períodos secos y lluviosos que abrazan varios años: en Europa no se ha notado nada semejante.

Pero, ante todo. ¿Cómo se aprecia y mide la lluvia? En Santiago antiguamente se le medía por horas. Según parece el término medio era de poco más de 200 horas anuales, siendo considerado muy seco el año en que esa cifra no llegaba a 100.

Se comprende cuán defectuoso y expuesto a errores era semejante método. Una hora de aguacero torrencial puede dar más agua que días enteros de lluvia lenta y menuda. Además no es siempre fácil discernir cuando ha de contarse, como de lluvia, una hora determinada. ¿Se consideraban o nó como tales los goterones, las garúas y las simples neblinas húmedas? Todo eso puede variar con el criterio del observador, y nos deja bastante a obscuras para aprovechar los datos antiguos.

Hoy los metereólogos de todo el mundo aprecian la lluvia por la elevación que alcanzaría en un terreno plano el agua caída del cielo, en el transcurso de un año completo si ella no corriera, ni se filtrara, ni se evaporara.

Para medir esa altura, emplean el pluviómetro, que es un aparato sumamente sencillo. Consiste en un embudo de metal que recoge todas las gotas de lluvia caídas dentro de su abertura y las conduce a un depósito cerrado. Diariamente el observador recoge el agua de ese depósito y la mide por medio de una probeta de cristal graduado, como se muestra en la figura que acompañamos. Existen aparatos mucho más perfectos que permiten apreciar la lluvia que cae en cada momento y por lo tanto la intensidad de los aluviones.

En estos últimos instrumentos el agua que cae en el depósito hace subir poco a poco un flotador que, conectado con una pluma entintada, va trazando una línea sobre un cilindro que da vueltas por medio de un aparato de relojería. Resulta de ello un dibujo como el que también reproducimos y que nos permite saber a qué hora exacta comenzó a llover y con qué fuerza se desarrolló la lluvia.

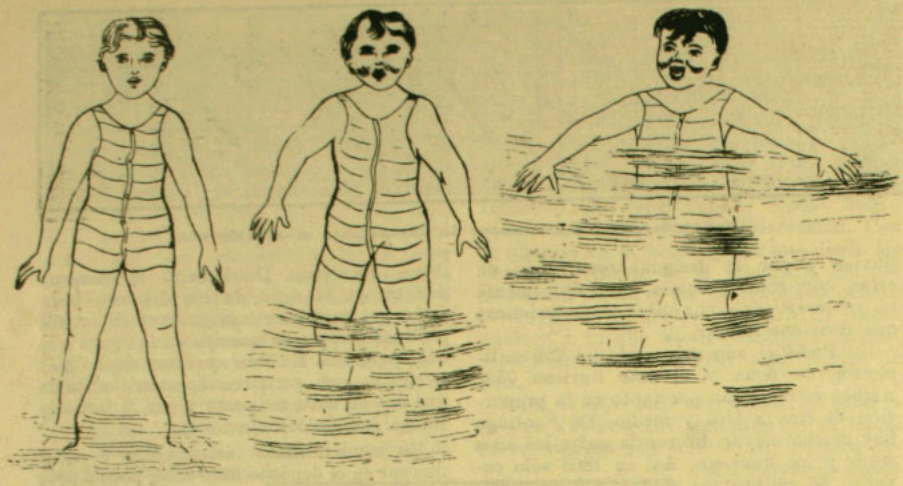
En Santiago estos métodos modernos de apreciar el agua caída no comenzaron a ser empleados con regularidad sino en 1853. Antes de esa fecha los instrumentos científicos eran casi desconocidos entre nosotros, y Vicuña Mackenna nos cuenta la chistosa historia del primer barómetro que existió en Santiago. Era de propiedad de un señor Castillo, y, como se comprende, la casa de ese caballero se convertía en romería cuando el tiempo amenazaba descomponerse, porque los agricultores, especialmente los de rulo, estaban ansiosos de saber lo que anunciaba el portentoso aparato.

Sabemos, pues, hoy a punto fijo las cantidades de lluvia caídas en Santiago en los últimos sesenta y cinco años. Es un período de tiempo mucho más corto que el que se conoce en París, pero lo suficientemente largo para apreciar lo que hay de verdad en las afirmaciones de los viejos que se imaginan que llovía más en su tiempo.

Vamos a hacer al respecto un corto análisis estadístico.

Ante todo, veamos las cifras originales. Poco nos dirán ellas por sí solas, pero el dato es siempre curioso. Helas aquí:

Años	Agua caída	Años	Agua caída
1854	464.0	1886	109.7
1855	547.0	1887	563.6



Las lluvias varían considerablemente de un año a otro en el centro de Chile. El agua caída en un año seco, apenas cubriría el tobillo al muchacho de nuestro dibujo; la caída en un año normal, le taparía las rodillas; la caída en un año lluvioso le llegaría hasta el pecho.

1856	550.0	1888	693.3
1857	229.0	1889	229.6
1858	622.0	1890	222.3
1859	324.0	1891	614.6
1860	513.0	1892	123.4
1861	365.0	1893	238.5
1862	420.0	1894	242.0
1863	86.5	1895	293.3
1864	549.8	1896	263.1
1865	258.0	1897	355.3
1866	220.0	1898	498.4
1867	234.0	1899	773.2
1868	598.5	1900	819.5
1869	158.0	1901	384.3
1870	204.3	1902	505.8
1871	315.5	1903	194.2
1872	157.9	1904	686.2
1873	294.4	1905	615.7
1874	263.6	1906	293.3
1875	238.9	1907	269.0
1876	202.7	1908	202.3
1877	650.4	1909	183.9
1878	401.1	1910	271.2
1879	165.5	1911	169.9
1880	652.7	1912	291.1
1881	441.0	1913	268.0
1882	303.5	1914	700.5
1883	365.0	1915	236.8
1884	387.1	1916	225.3
1885	238.9	1917	203.8

Como lo habíamos anunciado, estas cifras nos dicen bien poco. Aparecen distribuídas al azar, y, a menos de estar provenidos de antemano en favor de una determinada tesis, su exámen no nos permite decir si las lluvias son hoy, más o menos copiosas que antaño.

Desde luego sumándolas todas y dividiendo la suma por 64 que es el número de años, tenemos la cifra 364.5 que es el término medio de la lluvia caída en Santiago en el período comprendido entre 1854 y 1917.

Se ve también que el año más seco ha sido el de 1863 con sólo 86 milímetros de agua, y el más lluvioso el de 1900 con 819 milímetros. He aquí ya un dato curioso: el año de mayor sequía pertenece al buen tiempo húmedo antiguo, y el año de mayores lluvias pertenece a un período relativamente moderno.

Si en seguida dividimos estos 64 años en períodos iguales de ocho años, y calculamos el término medio de las lluvias en cada uno de ellos, obtendremos el siguiente resultado:

Períodos	Promedio de las lluvias
1854-1861	451.7
1862-1869	315.6
1870-1877	290.9
1878-1885	389.2
1886-1893	349.3
1894-1901	453.6
1902-1909	368.8
1910-1917	296.8

El mayor de estos promedios es de 453 milímetros y corresponde al período 1894-

1901. El menor es de 291 milímetros y corresponde al período 1870-1877. También pues en este caso las menores lluvias corresponden a una época relativamente más antigua.

Si agrupamos de dos en dos los períodos anteriores, obtendremos cuatro períodos de dieciseis años cada uno, con el siguiente promedio de lluvias:

Períodos	Promedio de las lluvias
1854-1869	383.7
1870-1885	340.0
1886-1901	401.4
1902-1917	332.8

Esta vez sí que el período menos lluvioso es el último de la serie, esto es que corresponde a los años más recientes, pero no debemos apresurarnos a deducir de ello que el clima de Chile tiende a ser más seco. En efecto, el período 1870-1885 fué con insignificante diferencia casi igualmente seco—340 milímetros contra 333—y, además, de los cuatro períodos apuntados, el más lluvioso fué con mucho el de 1886-1901. y no uno correspondiente a los buenos tiempos antiguos.

Otra circunstancia, digna de ser apuntada es que de esos cuatro períodos de dieciseis años, el primero y el tercero fueron relativamente lluviosos, y el segundo y el cuarto relativamente secos, aunque la diferencia de las cifras respectivas no es muy considerable. Esto nos da ya la idea de que las fluctuaciones de las lluvias en Chile pueden estar sometidas a un período, como Vicuña Mackenna lo había sospechado. Veremos más adelante cómo descubrir ese período.

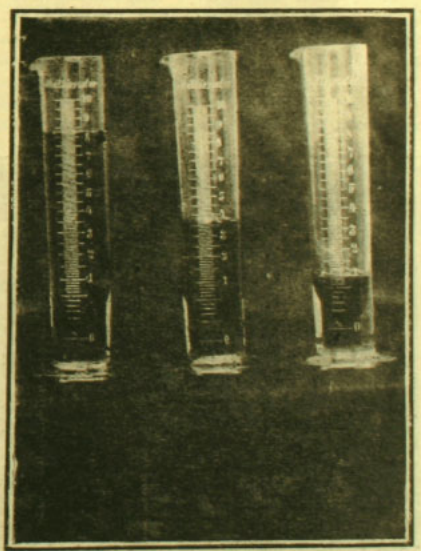
Continuando el examen de las observaciones de las lluvias en Santiago durante los últimos sesenta y cuatro años, nos corresponde ahora agruparlos en sólo dos períodos iguales. Esto nos permitirá saber claramente, si las lluvias tienden o no a disminuir en Chile. Si este fuese el caso, el agua caída en el primer grupo de treinta y dos años resultaría superior a la caída en el segundo.

Pues bien; es precisamente lo contrario lo que sucede. El término medio de las lluvias fué de 362 milímetros entre 1854 y 1885, y de 365 milímetros entre 1886 y 1917. Las cifras son casi idénticas, con una ligera ventaja para nuestros tiempos sobre los antiguos.

Lo más exacto, pues, es decir que las lluvias no tienden ni a aumentar ni a disminuir, y que, por lo que a Santiago respecta, permanecen invariables.

Es curioso que no suceda lo mismo en Valparaíso. Allí las lluvias son ahora mucho más copiosas que antes, por lo menos si se atiende a los resultados de los últimos sesenta y cuatro años. El término medio que era de 474 milímetros entre 1854 y 1885, fué de 567 milímetros entre 1886 y 1917. Este fenómeno viene produciéndose desde algún tiempo atrás. Recuerdo haberlo apuntado en un artículo que publiqué en "El Heraldo" de Valparaíso hace más de quince años. Probablemente se trata de una oscilación de largo período.

Conviene anotar de paso que en Valparaíso llueve un tercio más que en la capital. La causa de este fenómeno es muy sencilla. Las nubes lluviosas vienen del oeste, es decir del mar. Arrojan buena parte de su agua al chocar con la cordillera de la costa, y llegan relativamente secas al llano central. Los Andes le oponen en seguida una nueva y más formidable barrera y por eso los flancos de la cordillera son aún más lluviosos que la costa. De aquí la relativa importancia de nuestros ríos, tan favorable para el regadío artificial. Mientras en Valparaíso el término medio de



Agua caída anualmente en Santiago. La figura de la izquierda representa el año más lluvioso de que hay recuerdo (1900); la figura de la derecha el año más seco conocido (1863). La figura del centro representa un año normal;

las lluvias es de 520 milímetros y en Santiago sólo de 364, hay sitios del cajón de Maipo en que llueve casi tanto como en Valdivia, es decir más de dos metros y medio.

Pero lo más interesante sería averiguar si los años secos y los lluviosos se presentan caprichosamente o si están sujetos a un período más o menos regular. Esto último parece a primera vista más probable. Ya Vicuña Mackenna dejó constancia de que durante la colonia y los primeros años de la República se notaban períodos más o menos largos de años lluviosos y otros secos. Las observaciones de que disponía no le permitieron avanzar nada sobre la duración media siquiera aproximada de tales períodos.

Por supuesto que los datos de sesenta y cuatro años no bastan para resolver definitivamente tan interesante problema. Vamos a aplicarles sin embargo los procedimientos estadísticos en uso para tales casos.

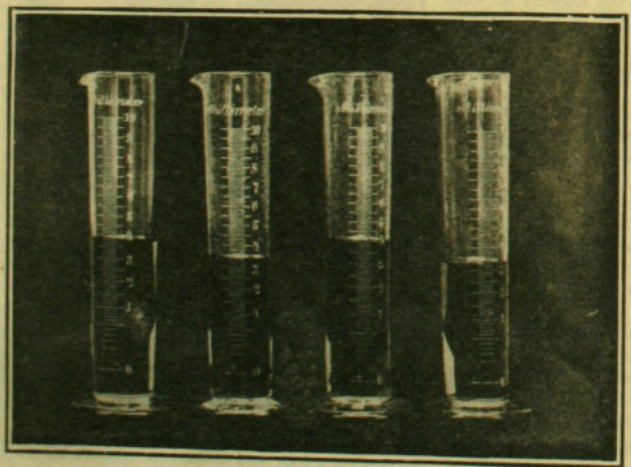
En el gráfico que acompañamos, cada año desde 1854 hasta la fecha, está representado por un rectángulo cuya altura es proporcional al agua caída en él. Así podemos abrazar el fenómeno en su conjunto y de un solo golpe de vista.

Al estudiar ese gráfico tropezamos con la misma dificultad que nos presentó el cuadro numérico de las lluvias insertado más atrás. La distribución de los rectángulos largos (años lluviosos) y de los cortos (años secos) parece del todo caprichosa. Sin embargo ya podemos ver series largas de años secos, como entre 1868 y 1876, entre 1881 y 1886 y entre 1906 y 1913. En cambio el período entre 1898 y 1905 fué a todas luces lluvioso, y otro tanto ocurre, aunque en menor escala, con el período 1857-1864.

¿Cómo obtener una ley general de este fenómeno? Para casos tales, los estadísticos emplean un procedimiento cuyo principio difícilmente comprenderán los que no estén familiarizados con las matemáticas, y que consiste en trazar una línea que, sin tomar en cuenta las desigualdades bruscas del fenómeno que se trata de analizar, represente su movimiento general.

Tales líneas pueden trazarse a ojo en ciertos casos muy sencillos, pero lo más seguro es calcularlas numéricamente.

Así para trazar la línea negra y sinuosa que en el gráfico adjunto representa la tendencia general del fenómeno de las lluvias en Santiago entre 1857 y 1913, se ha asignado a cada año como altura de sus lluvias, no la que realmente ha caído en él, sino el término medio de las lluvias de un período de siete años, cuyo centro es el año en cuestión. Así la lluvia **media** de 1857 es el término medio del agua caída en 1854, 1855, 1856, 1857, 1858, 1859 y 1860; la lluvia media de 1858 es el término medio del agua caída en 1855, 1856, 1857, 1858, 1859, 1860 y 1861; y así sucesivamente. El resultado de cada una de estas operaciones se inscribe en el gráfico frente al año central de cada serie. El resultado, como se ve, es una línea sin accidentes bruscos, que, en virtud del principio con que ha sido formada, representa una serie contínua de términos medios, cuyo conjunto manifiesta las tendencias generales del fenómeno de las lluvias momento a momento.



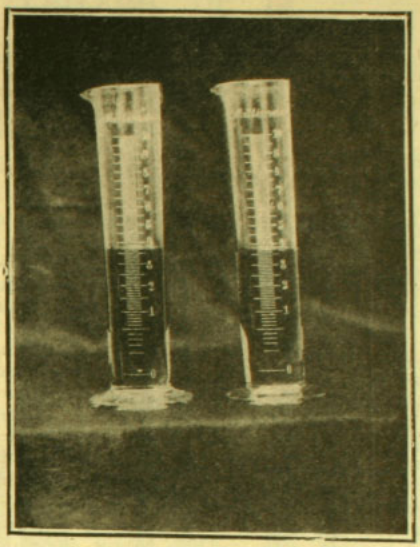
Agua caída en Santiago por períodos de dieciseis años entre 1854 y 1917. La primera figura de la izquierda representa el primero de estos períodos (1854-1869), y la figura de la derecha el último (1902-1917)

Esta línea sube o baja en suaves ondulaciones. Cada vez que deja de elevarse para comenzar a descender, se ha producido un máximum general en el período lluvioso correspondiente. Cada vez que deja de bajar para iniciar un nuevo ascenso, se ha producido un mínimum también general en el período seco correspondiente.

A primera vista se ve que estas oscilaciones parecen obedecer a una periodicidad más o menos regular.

Así, por lo que a las máximas se refiere, la línea ha alcanzado su mayor elevación para descender en seguida, en los años 1857, 1867, 1880, 1888 y 1914. Cada máxima ha estado pues separada de la siguiente por períodos de 10, 13, 8, 12 y 14 años respectivamente. El término medio de dichos intervalos ha sido pues de 11 años y cuatro décimas de año.

Esta cifra llamó poderosamente mi atención porque corresponde **exactamente** al período de 11 años y 3/8 que el padre Secchi asigna al período de variación de las manchas solares.



La figura de la izquierda representa el promedio del agua caída en los treinta y dos años transcurridos entre 1854 y 1885, y la figura de la derecha el promedio del agua caída en los treinta y dos años transcurridos entre 1886 y 1917. Las dos cantidades son casi iguales con una pequeña ventaja a favor de la última.

No es esto lo más curioso. Los períodos de máxima lluvia han coincidido, a lo más en un año de diferencia, con los períodos de mínima de las manchas solares. Más aún; como se ha visto por las cifras antes transcritas, el último período de máxima lluvia se atrasó bastante, existiendo entre él y el anterior un intérvalo de 14 años. Pues bien, a ese atraso correspondió un atraso equivalente del mínimum de las manchas.

En el Conocimiento de los Tiempos para 1916, se lee la nota siguiente (pag. 214) "El mínimum precedente de las manchas solares ha tenido lugar en 1901. El mínimum siguiente era esperado para 1912: en julio de 1913 **no se había producido aún** claramente". Hemos visto que el máximum lluvioso se produjo en 1914.

No conviene dar más importancia de la que tienen a fenómenos que en resumidas cuentas pueden ser sólo curiosas y casuales coincidencias, pero no está de más añadir que casi todas las grandes avenidas del pasado cuyo recuerdo se conserva en el libro de Vicuña Mackenna, coinciden con mucha aproximación con los mínimums calculados u observados de las manchas solares en lo antiguo.

Entiendo que los astrónomos estiman que los mínimums de manchas significan una mayor actividad en el sol. Si esto fuera así se explicaría por qué hace menos frío en los inviernos lluviosos que en los secos.

En todo caso parece útil que los señores de nuestro observatorio trazaran una curva compensada de la frecuencia de manchas en el sol, por un procedimiento estadístico análogo al que hemos empleado para las lluvias. Entonces sería fácil ver con más claridad las relaciones que puede haber entre uno y otro fenómeno.

En el gráfico que nos ha servido para sacar las anteriores deducciones, se ha trazado también una línea puntuada, que representa la marcha del fenómeno de las lluvias en Valparaíso. El período en esa ciudad es naturalmente el mismo que para Santiago.

Antes de terminar con este largo y desaliñado artículo, querría decir algunas palabras sobre la influencia económica de los años secos y de los años lluviosos en Chile.

Contra lo que se cree de ordinario, los años secos son, en general, más favorables para la agricultura que los lluviosos, aunque en esta materia como en otras todo extremo es vicioso.

Los años secos afectan, es cierto, desfavorablemente a las provincias de Atacama y Coquimbo y a ciertos rulos de la región central del país. En cambio tales años son en general excelentes para casi todo el valle central y para el Sur. Por el contrario los años muy lluviosos son fatales no sólo en la Araucanía y en el sur, sino que causan no pocos perjuicios en la zona regada del país, donde los terrenos no son muy enjutos. Así pues, los años secos perjudican a una zona agrícola muy poco importante y favorecen a la mayor y más productiva parte de nuestro territorio agrícola.

Ya en la colonia se decía que "año seco era año de trigo". La estadística comer-

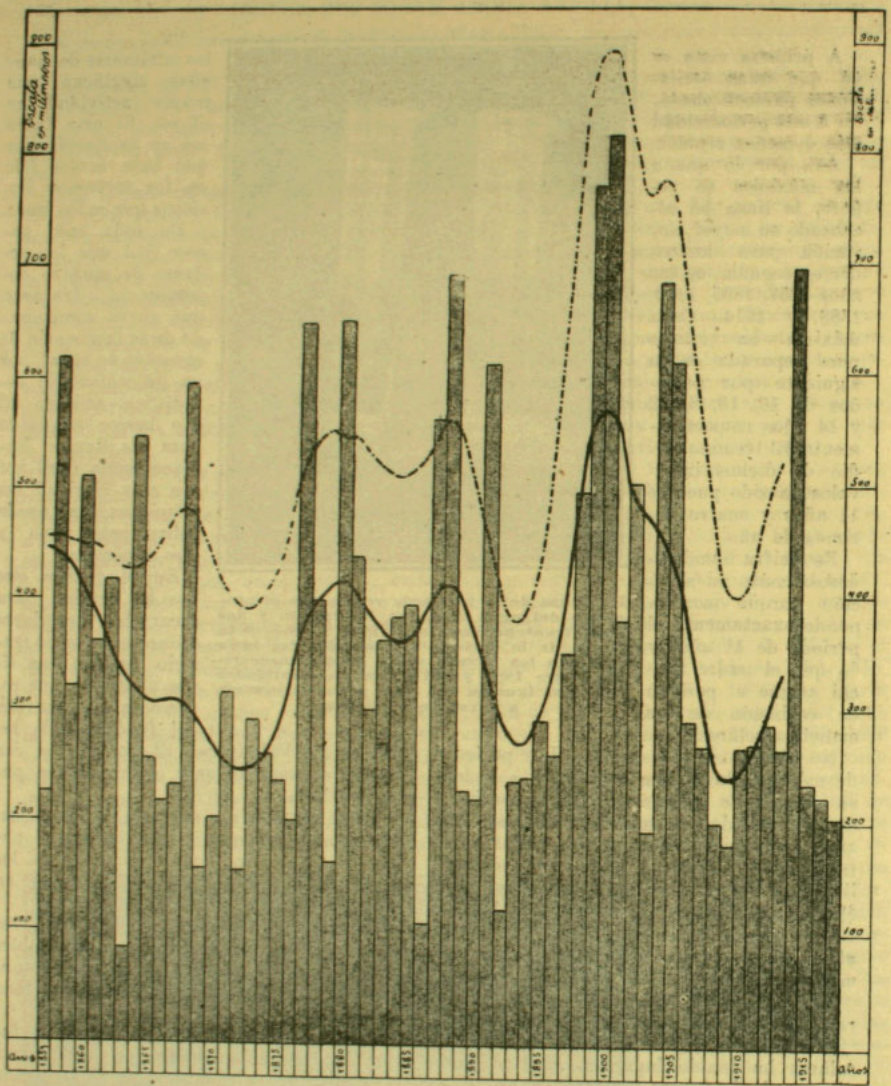


Gráfico del agua caída en Santiago entre 1857 y 1917. Los rectángulos representan la lluvia de cada año. La línea negra ondulada el movimiento general del fenómeno de las lluvias en Santiago, y la línea punteada el movimiento general del fenómeno de las lluvias en Valparaíso.

cial ha venido a justificar ampliamente esta aserción del buen sentido de nuestros padres. Me bastará citar un solo hecho, pero muy elocuente. El más seco de los últimos cincuenta años fué el de 1892. Pues bien; la cosecha de 1893 es la mejor de que se conserva memoria. La exportación de trigo alcanzó ese año a cerca de 200.000 toneladas, cifra que ni antes ni después ha sido siquiera aproximada.

Si este invierno continúa en el sur como ha empezado no podremos esperar, en cambio, abundancia de trigo. Entre los resultados económicos de los extraordinarios inviernos de 1899 y 1900, no fué el menos calamitoso el habernos visto obligados entonces, por primera vez en nuestra historia, a importar una parte no despreciable del trigo necesario para nuestro consumo.

El comercio exterior de la América Latina y la Guerra

Por W. C. W.

Inmediatamente después que estalló la guerra en 1914 ocurrió una paralización en el comercio exterior de las Repúblicas de la América Latina y en particular en el de la América del Sur, paralización que fué mucho más grande que la que afectó el comercio de las demás naciones neutrales. Por un tiempo fué ella comparable a la que por modo completo recayó sobre el comercio de Alemania y de sus aliados. Multitud de causas contribuyeron a producir ese resultado, pudiendo aquellas atribuirse en conjunto al general efecto paralizador de la guerra sentido en todas las naciones, pero que en la América del Sur tuvo consecuencias marcadamente desfavorables, debido a sus condiciones peculiares y nada propicias. El aislamiento geográfico de la América del Sur, unido a la amenaza de los buques alemanes que al principio de la guerra recorrieron sus aguas en són de ataque, hicieron que en la última parte del año de 1914 y en el de 1915 la situación de referencia llegara a ser para ella más seria de lo que lo fué para los Estados Unidos y las naciones neutrales de Europa.

La mejora de esa situación tuvo que venir para la América del Sur, como para la América Latina, en razón de que los principales productos de los países que la forman eran de primera necesidad y en su mayor parte indispensables para las necesidades de la guerra. Imposible habría sido eliminar del comercio, universal productos tales como el azúcar, la lana, los cueros, las carnes, los granos, el café, el salitre, los minerales, el petróleo, la plata, el sisal, el caucho, las habas y el tabaco. La demanda de esos artículos, la cual la guerra no destruye, sino que, por el contrario, aumenta, comenzó a restablecer el comercio exterior de la América Latina.

Las importaciones de los 20 países que la forman arrojaron en 1914, año en que hubo cinco meses de guerra, una baja de $ 420.000.000 oro americano, en tanto que sus exportaciones tuvieron una disminución de $ 270.000,000. Las importaciones continuaron decreciendo en 1915, llegando a ser de un poco más de $ 800.000.000, o sea de $ 500.000.000 menos que en 1913. Casi toda esta disminución se presentó en el primer semestre de 1915, habiendo comenzado la reacción desde Julio de ese año. Algo así como un año, contado desde el 1.o de Agosto de 1914 hasta el 1.o de Agosto de 1915, marca el período de la mayor depresión habida en las importaciones. Como era de esperar, la mejora en las exportaciones fué más rápida, debiéndose a ella el restablecimiento de las importaciones. Las exportaciones de 1913 pasaron de $ 1,500.000,000 y en 1914 bajaron a $ 1.275.000.000; pero en 1915 tuvieron un aumento de $ 150.000,000 sobre las cifras de 1913. Como naturalmente se comprenderá, esta última cantidad constituye un aumento en los precios antes que el volumen de las exportaciones.

Las importaciones de 1916 subieron a más de $ 1,000.000,000 oro americano, siendo, por lo tanto, inferiores en $ 300.000,000 a las de 1913; pero las exportaciones de ese año alcanzaron a $ 1,875.000,000, con lo que excedieron a las de 1913 en más de $ 330.000,000. Estadísticas parciales demuestran que estas cifras fueron sobrepasadas en 1917.

Si se compara el valor del comercio total de la América Latina en 1916 con el del año prebélico de 1913, se encuentra sólo un pequeño aumento de $ 38.000,000 oro americano, que está representado por una baja de cerca de $ 300.000,000 y por un alza de algo más de esa cantidad en las exportaciones. Por lo demás, la parte que en ese comercio tuvieron los Estados Unidos representa un aumento considerable de uno y otro lado. Lo que la América Latina importó de los Estados Unidos en 1916 excedió en más de $ 200.000.000 oro americano, a lo importado en 1913 de dicho país. Las exportaciones de las naciones latino-americanas para los Estados Unidos tuvieron a su vez en 1916 un aumento de 370 millones de pesos, de modo que el aumento total del comercio con los Estados Unidos fué de $ 570.000.000 oro americano.

El movimiento comparado de la exportación para los cuatro grandes países comerciales, a saber, los Estados Unidos, la Gran Bretaña, Alemania y Francia, fué en

1913 y en 1916 el que expresa el cuadro siguiente, en el cual, en lo que respecta a 1916 se ha substuído a Alemania con España.

Exportaciones de la América Latina

	1913 oro americano	1916 oro americano
Total	$ 1,547,989,270	$ 1,875,230,308
Estados Unidos	$ 481,127,162	$ 850,606,759
Tanto por ciento. . . .	31.08	45.35
Gran Bretaña	$ 324,777,740	$ 396,655,099
Tanto por ciento. . . .	20.98	21.15
Alemania (España) . . .	$ 193,364,915	$ 54,297,834
Tanto por ciento. . . .	12.49	2.98
Francia	$ 128,329,068	$ 156,491,634
Tanto por ciento. . . .	8.29	8.45

Las exportaciones de la América Latina para los Estados Unidos, la Gran Bretaña y Francia representaron en 1913 poco más del 60 por ciento del total. El 40 por ciento restante está representado por los cambios efectuados entre sí por los diversos países de que se compone y por las exportaciones para Alemania (12.49 por ciento), España, Italia, Bélgica, Canadá, etc. Las exportaciones hechas en 1914 para los Estados Unidos, la Gran Bretaña y Francia, representaron casi el 75 por ciento del total. Como lo indica el cuadro anterior, el aumento habido fué casi en su totalidad el que tuvieron las exportaciones para los Estados Unidos y que fué de cerca de 370 millones de pesos oro americano. Más de las dos terceras partes de esta suma las representan los aumentos de las exportaciones de Cuba, $ 118.000,000; de la Argentina, $ 88.000,000; y de Chile, $ 60.000,000. El aumento de Chile consistió principalmente en salitre y cobre; el de Cuba en azúcar, cuyo alto precio contribuyó a ello; y el de la Argentina en sus exportaciones de productos alimenticios, como carnes y cereales, que antes de la guerra alcanzaban esa importancia. Las exportaciones globales de la América Latina para los Estados Unidos fueron en 1916 de más del doble de las de 1913. Las exportaciones para la Gran Bretaña tuvieron un aumento de más de $ 50.000.000 y las destinadas a Francia otro de $ 17.000,000. Las exportaciones de seis países latino-americanos para Francia disminuyeron considerablemente. Esta disminución fué compensada por un aumento de más de $ 26.000,000 en las exportaciones de la Argentina, por uno de cerca de $ 4.500,000 en las del Brasil, por uno de cerca de $ 500,000 en las del Uruguay y por otro de $ 100,000 en las del Paraguay. Como en el caso del Reino Unido, los aumentos mencionados se refieren a las exportaciones de substancias alimenticias.

Por lo que hace a las importaciones hechas por la América Latina, el movimiento comercial de esta con los Estados Unidos, la Gran Bretaña, Alemania y Francia en 1913 y en 1916 es el que indica el cuadro siguiente, en el que, en lo que concierne a 1916, Alemania ha sido substituída con España:

Importaciones de la América Latina

	1913 oro americano	1916 oro americano
Total	$ 1,326,639,784	$ 1,037,744,317
Estados Unidos	$ 328,952,681	$ 530,973,823
Tanto por ciento. . . .	24.79	51.17
Gran Bretaña	$ 314,786,580	$ 190,091,027
Tanto por ciento. . . .	23.73	18.32
Alemania (España) . . .	$ 219,566,276	$ 40,543,720
Tanto por ciento. . . .	16.55	3.91
Francia	$ 110,484,385	$ 47,177,401
Tanto por ciento. . . .	8.34	4.55

Las importaciones hechas en 1913 de los Estados Unidos, la Gran Bretaña y Francia por la América Latina representaron un poco menos del 57 por ciento del total. El 43 por ciento restante está constituído

por el intercambio efectuado entre los diversos países latino-americanos y por las importaciones procedentes de Alemania (10.55 por ciento), de Italia, de España, del Canadá, de Bélgica, etc. Las importaciones hechas en 1911 de los tres países mencionados en primer término constituyeron más del 74 por ciento del total, habiendo alcanzado solamente las procedentes de los Estados Unidos a más del 51 del total. Las importaciones hechas de la Gran Bretaña y de Francia disminuyeron en unos $ 188.000,000 oro americano, en tanto que las de procedencia estadumidense aumentaron en cerca de $ 202.000,000. Así, los Estados Unidos, que en 1913 suministraron a la América Latina menos de un cuarto de sus importaciones, pasaron a suministrarle en 1916 más de la mitad de las mismas.

Cuanto a las exportaciones de la América Latina para países extranjeros, los Estados Unidos, la Gran Bretaña y Francia tuvieron un aumento en dicho comercio, procediendo generalmente el aumento de las mismas localidades, a saber, de los países productores de alimentos, como la Argentina, el Brasil y el Uruguay, y de los productores de salitre y cobre, como Chile y el Perú. En las importaciones hechas por la América del Sur, los Estados Unidos tan sólo recibieron un aumento en dicho comercio. Ese aumento fué de más de 60 por ciento; pero como las importaciones totales hechas por la América Latina tuvieron una disminución de más de 60 por ciento, la proporción que en el total le corresponde a los Estados Unidos en 1916 es de más de la mitad, en tanto que en 1913 fué de menos de un cuarto. Por otra parte, las importaciones procedentes de los Estados Unidos estuvieron más ampliamente representadas en el aumento de las mercancías recibidas por los países septentrionales de la América Latina, como Cuba, la República Dominicana, Haití, las naciones centro-americanas y Méjico, que en las recibidas por las Repúblicas de la América del Sur. Las importaciones que de los EE. UU. hizo la América del Sur aumentaron en cerca de un 43 por ciento, en tanto que las efectuadas por los mencionados países septentrionales de los Estados Unidos tuvieron un aumento de cerca de 83 por ciento. Antes de la guerra en 1913, las importaciones hechas de los Estados Unidos por los 10 países septentrionales de la América Latina representaron cerca del 52½ por ciento del total de su comercio de importación, en tanto que en 1916 llegaron a ser algo así como el 73½ por ciento de aquél.

En cualquiera estimación que se haga del estado actual de la exportación de los Estados Unidos para la América Latina, como base para predecir el curso probable del comercio después de la guerra, no debe perderse de vista el hecho de que los aumentos que ha tenido el comercio de los Estados Unidos son mayores en aquellos países en donde dicho comercio se hallaba más firmemente establecido antes de la guerra. En otras palabras, el grueso del nuevo comercio no es accidental, como muchos lo creen, sino resultado legítimo de un comercio que con anterioridad a la guerra había ido suplantando en gran medida al comercio alemán y al comercio británico. Nada puede estar más lejos de la verdad que la creencia de que el gran aumento habido en las exportaciones de los Estados Unidos para la América Latina no tiene otra base que la incapacidad en que actualmente se halla la América Latina para hacer importaciones de Europa y en especial de Alemania.

Durante más de 30 años antes del estallido de la guerra los agentes interesados de Alemania se ocuparon en propagar activamente en todo el mundo y particularmente en la América Latina, la idea de que el comercio alemán estaba conquistando el universo. De toda la propaganda comercial era esta indudablemente la más fácil de llevarse a cabo y la que ha podido sostenerse mejor. El comercio alemán, que hace 40 años desalojó a la Gran Bretaña de la posición predominante que ocupaba en la América Latina y que entonces no consideraba a los Estados Unidos como capaces de ocupar el segundo puesto, aunque sí como presunto rival en ese territorio, no había logrado para cuando estalló la guerra su propósito primitivo, sino que ocupaba con poca firmeza el segundo puesto después de la Gran Bretaña y aún el tercero después de los Estados Unidos, los que en el intervalo se habían adelantado hasta dejarlos atrás a ambos en la carrera.

El comercio alemán había fracasado en 1914 en su propósito de conquista universal, cosa que conocía la Alemania oficial, al igual de la circunstancia de que el porvenir se presentaba más obscuro que el pasado. Sólo unos pocos se tomaron el trabajo de estudiar las cifras de las estadísticas comerciales comparadas, aun cuando las voces de esos pocos se apagaban en medio del clamor general en favor de la eficacia de los métodos alemanes. Todo esto contribuía a fomentar, si bien inconscientemente, la propaganda comercial alemana.

Existían muchas apariencias superficiales que hacían posible el ocultamiento del verdadero estado del comercio de los Estados Unidos en la América Latina bajo la

fascinación de dicha propaganda. Muy escasos eran los ciudadanos de los Estados Unidos que residían en la América Latina, encontrándose la mayoría de los mismos confinados a Méjico, Cuba y Panamá. Los alemanes eran superiores en número a los estadunidenses en los diferentes países de la América del Sur, hallándose los segundos con relación a los primeros en la proporción de 1 a 10 cuando no de 1 a 100. Y de los pocos estadunidenses que allí existían contados eran los que se dedicaban al comercio. No había vapores con bandera de los Estados Unidos y tampoco bancos, siendo escaso el capital invertido y que por lo general lo estaba en empresas mineras. ¿Cómo iban los sud-americanos en vista de esto, a conocer que una parte de lo que compraban provenía de los Estados Unidos? ¿Qué de extraño, pues, que una persona notable de un país sud-americano le dijese al autor de estas líneas en su oficina de la capital que no había visto otros productos estadunidenses que no fueran madera y alquitrán, aun cuando todos los muebles de la oficina en que se encontraba fueran de los Estados Unidos, y no obstante que la misma pluma de fuente con que golpeaba el escritorio para acentuar sus palabras proviniese del mismo país? No había razón para que supiese que sus muebles no habían sido fabricados en Alemania, conforme se le había asegurado, ni para que igualmente supiese que la máquina de escribir que se veía en otro cuarto era de Nueva York y no inglesa, o que los zapatos que calzaba venían de Massachusetts. Antes de la guerra, entre los compradores de la América Latina no había muchos que supiesen que las máquinas de escribir, las máquinas de coser, las cajas contadoras, el calzado, los artículos de talabartería y ferretería, las armas de fuego, los muebles y los instrumentos que exhibían en sus escaparates de Río de Janeiro, Buenos Aires, Montevideo, Santiago, Lima, Guayaquil, Bogotá o Caracas eran fabricados, casi en su totalidad, en tierra de yankees. Aun cuando los artículos llevasen etiquetas, éstas estaban en inglés y por ello no las leían, suponiendo naturalmente que aquéllos procedían de Inglaterra.

No puede discutirse hoy por hoy el problema de si el excedente que en su comercio han adquirido los Estados Unidos en la América Latina durante la guerra tiene alguna base sólida sobre la cual puedan construirse planes para el futuro, a menos de que el aumento y las bases del comercio anterior a la guerra sean comprendidos. Este debe ser el punto de partida. Espérase que este artículo pueda contribuir en algo a despejar el comercio anterior a la guerra de esa falsa atmósfera de leyenda en que lo mantuvo envuelto la propaganda alemana, a fin de que los hombres de negocios de las tres Américas encuentren una base que les sirva para conjeturar de manera inteligente las condiciones que surgirán de la guerra.

¿Sobrevivirá a la guerra el comercio que actualmente existe entre los Estados Unidos y la América Latina? Tal es la pregunta capital, dependiendo de su respuesta gran número de proposiciones secundarias, algunas de las cuales pueden expresarse confiadamente y apenas de una manera conjetural las otras. Al tratar de compendiar dichas proposiciones, sólo se tomará en cuenta la exportación de los Estados Unidos para la América Latina.

Este cambio anterior a la guerra descansaba sobre base firme y era la natural y sosegada consecuencia del desarrollo industrial de los Estados Unidos y de la América Latina. Nada tenía que temer de la competencia británica o alemana.

El nuevo comercio que comenzó al principiar la guerra tiene por lo general el mismo carácter del anterior, por cuanto consiste en artículos en que los Estados Unidos podían competir con los demás países antes del conflicto. Las excepciones referentes al mismo consisten principalmente en los tejidos, en cuyo comercio sólo poseían los Estados Unidos una pequeña cuota antes del comienzo de las hostilidades.

El volumen de las importaciones hechas por la América Latina hasta el 1.o de Enero de 1917 se encontraba por debajo del que alcanzó antes de la guerra. Cuando puedan consultarse todos los datos correspondientes a 1917 se verá, sin duda alguna, que era igual al que tuvo al comienzo de 1913. No ha habido consiguientemente ningún aumento en el comercio general y sólo un aumento en el intercambio con los Estados Unidos.

Desde 1913 los Estados Unidos y la América Latina han mejorado sus mutuas facilidades bancarias y de crédito, notándose un aumento en materia de transporte.

Los comerciantes de la América Latina que anteriormente negociaban casi exclusivamente con los exportadores europeos, han establecido relaciones con las casas de los Estados Unidos.

Las anteriores proposiciones pueden expresarse confiadamente, demostrando una situación notable y ventajosa para los Estados Unidos como competidor en el comercio latino-americano después de la guerra.

En la celda del monje

Por

CLAUDIO BARROS

Llegué a la celda. Al venerable anciano
sorprendió mi presencia. Mas, sonriente,
se alzó de pronto y me tendió su mano.
—¿Me conocéis?—Pues no.—Soy el doliente,
a quien enviarais carta inesperada,
cuanto menos debida más preciada.
Vuestro noble cariño
llegó a mi corazón tan tiernamente
que, del recuerdo al desatar los lazos,
me sentí en otra edad, volví a ser niño,
y hoy vengo como un niño a vuestros brazos.

—Confiad en ellos que os reciben leales.
Esta vida es un tránsito. El destino
los disperse o los una, los mortales
niños son hasta el fin de su camino.
Mi afecto en vuestra infancia
igual es hoy y siempre igual ha sido...
—Del dolor y del tiempo en la distancia,
dí tantos al olvido...
Y hoy la amarga experiencia es mi tortura:
¡Lo que olvidar ansío más perdura!
—¿Tal queréis olvidar? —Tanto he sufrido.

Dichoso vos. —¿Es dicha el sufrimiento?
—Es seguro contento;
signo de ser al bien predestinado,
y promesa inmortal de eterno goce.
—Dichoso aquel que, en mística ventura
y del mundo alejado,
los dolores del mundo desconoce.
—¿Eso creéis...? ¡Quién sabe!
El cáliz del dolor ¿quién no lo apura?
Pero ruta mejor siguió mi nave.
—Dichoso quien su espíritu sosiega
en santa paz, que es luz y es alegría.
Mas cómo el triste encontrará la calma,
si en el mar de inquietud en que navega,
más honda cada día,
lleva la tempestad dentro del alma...
—El ciego ve la luz, si en Dios confía.
El es amparo cierto;
y en el mar de la vida el solo puerto.

❦ ❦

Allí mora la paz. Aquel anciano,
en cuyo corazón no hay un desvío,
mira a sus pies, como la enhiesta roca,
morir las olas del dolor humano.
Secreto alivio su palabra invoca;
rodar ve al tiempo cual sereno río;
y, en su expresión de dulce fortaleza,
un no sé qué de eternidad empieza.

Al través de los años, aún me alcanza
su voz que a orar convida.
¡Cuánto de él me alejé? ¡Toda una vida
en que sólo es constante la mudanza!

Qué inefable emoción, qué fuerza extraña
infunde el alma que, al pesar ajena,
siempre tiende a la altura
y es albergue de paz cual la montaña,
cuya nevada frente al sol fulgura,
los siglos mira en majestad serena...

Transcurriendo el vivir, corta es la vida.
¡Cuán breve si pasó! Torpe quimera
es imponer al tiempo una medida.
Con el principio el fin expira junto.
Del pasado al futuro su carrera
es mentido trasunto.
La eternidad es hoy lo que antes era.

Como a merced de misterioso viento,
y una de otra en pos, la criatura
llega y se extingue: pero siempre dura,
infeliz o dichoso,
lo que obra es sólo de un fugaz momento...
Así es la nube que al pasar fulmina
el rayo poderoso
que luz es al nacer y al punto es ruina.
¡Qué mayor bien humano
para quien ha sabido
aprovechar su instante soberano!
Y qué mayor dolor que haber perdido
lo que no se tuviera
volviéndose a vivir la vida entera!

Cuánta congoja viene al pensamiento,
de lo pasado al recorrer la historia.
Lo que es sombra era luz; hoy desaliento
lo que ayer esperanza; inerte escoria
de la audaz juventud la ansia infinita.
¡Y, en tristes añoranzas, ven los ojos
cómo pasa la vida cual torrente
que callado al morir se precipita,
dejando solamente
recuerdos de dolor como despojos
que aprisiona en el fondo la corriente!

Este vivir mezquino
cuán potente al espíritu avasalla.
El hombre, de la tierra peregrino,
su esfuerzo emplea en mísera batalla,
sin tregua ni piedad; en que es más fuerte
el menos generoso;
en que el temor angustia al más dichoso,
y en que es seguro término la muerte.

¡Oh siempre iluso corazón humano!
Con qué supremos ímpetus se aferra
al sueño de la tierra...
Y cúspide o abismo,
humilde siervo o díscolo tirano,
cuánto se agita en vano
y aun lucha torturándose a sí mismo...

❦ ❦

Apóstoles y sabios
que, proclamando a la razón por guía,
predicáis como excelsa panacea
axiomas y resabios
de estéril y banal filosofía,
cómo queréis que os crea
la Humanidad que sufre y extraviada
ansiosa busca el puerto,
si ofrece vuestra ciencia despiadada,
por senda los eriales del desierto,
y como fin de la inquietud la nada.

Decid cuál es mejor sabiduría:
La que en lo eterno espera
y halla en la soledad su compañía;
o la de aquel que, en el humano dolo,
busca el bien de una dicha pasajera,
y aun en la multitud se encuentra solo.

Santiago, noviembre de 1917.

EL DRAMA MODERNO EN EL JAPON

ALGUNAS GRANDES ACTRICES

Con ilustraciones

El Teatro Imperial de Tokio, un vasto edificio de porcelana, con columnas corintias y ventanas cuadradas, en estilo Renacimiento francés, se levanta frente al Palacio Imperial, a través de una ancha explanada en que los pinos negros y retorcidos se enfilan a lo largo de las vallas del foso. La entrada al teatro es imponente: piso de mármol, anchas escaleras de mármol, lámparas de bronce y amplios corredores de paseo. La sala está decorada con hermosas colgaduras en color verde, oro y rosa. Una muchacha japonesa conduce al espectador hasta los confortables sillones tapizados de la platea, y nos entrega un resumen del drama en inglés.

Un público heterogéneo llega hasta el teatro en "rishka", y algunos en automóviles. Grupos de jóvenes universitarios suben a las galerías haciendo resonar sus zapatos de madera. La "élite" de la sociedad japonesa viene aquí, ya fatigada con las aventuras de los héroes legendarios del Japón, a sorber en cuatro actos la vida rusa tal como está condensada en "Ana Karenina".

Un rápido golpe de varillas da la señal para levantar la cortina decorada con un cerezo, y la sombría tragedia tolstoyana comienza. La actriz Sumako Matsui, una de las exponentes más populares del drama "nuevo" en Tokio, aparece en escena, vestida con un traje de recepción en seda rosa, con larga cola, zapatos claros de paseo, y un sombrero púrpura con una pluma de avestruz puesta de través. En la escena del baile, los caballeros se presentan con blusa rusa y altas botas de cosaco en que brillan las espuelas. Las damas llevan traje de baile, pero han disimulado el escote con un tul, pues el japonés considera nuestro traje de ceremonia vulgar e inmodesto.

A pesar de todas estas incongruencias, la Matsui consigue en la escena de la despedida de su pequeño hijo, traer las lágrimas a las mejillas del auditorio, ya que el japonés gusta de ir al teatro a llorar. En los antiguos teatros hay una sala especial donde pueden retirarse a dar rienda suelta a sus lágrimas los más sensibles de los asistentes. En la media hora que separa el segundo del tercer acto, todos van al segundo piso a comer, ya sea en el restaurant donde se sirven platos japoneses, o al lado opuesto donde hallan la novedad de un "menú" europeo. La función comienza a las cinco de la tarde.

El teatro a la antigua.

Todo esto parecerá natural para el lector occidental, pero es necesario conocer lo que ha sido el teatro japonés, sus piezas típicas, como el "Kabuki", que conserva toda su popularidad, y así no más podrá comprender-

Miss Ritsuko Mori, del Teatro Imperial.

se la magnitud de la revolución artística que se comienza. El propio Teatro Imperial, la tardía apertura a las cinco, los ujieres femeninos, los actores del mismo sexo, funcionarios y profesionales entre los asistentes, y sobre todo el drama europeo, son cambios iconoclastas.

Anteriormente el teatro era especialmente el pasatiempo de las clases humildes, artesanos, agricultores y comerciantes, y un marcado prejuicio social mantenía a las clases altas por completo alejadas. El Kabuki-za, el más importante de los teatros de Tokio dedicados al antiguo drama, abre sus puertas a medio día, o antes, y por lo común se representan de continuo cinco o seis piezas en una función, para no terminar hasta las diez de la noche. El japonés va al teatro con su mujer y sus niños, y todos se sientan a pierna cruzada a presenciar la representación. O bien, pueda que finja que "sus negocios lo llaman a Osaka" y con un grupo de "geishas" se da un buen rato en un palco. El ujier lleva allí cojines, un brasero con fuego, té, y un "lunch" completo en su caja de laca. Cuando los niños menores han comido bastante y están cansados de la representación, se tienden allí mismo a dormir sobre la estera de junco.

Madame Sada Yakko como "Ophelia".

Como no hay actrices en el teatro a la antigua, hombres disfrazados de tales hacen los papeles femeninos. Los temas de estas minuciosas piezas, en la mayor parte episódicas y pantomímicas, son el valor, la lealtad, la piedad filial y la venganza. Los caracteres, vestidos de brocados maravillosos y en magníficas actitudes, representan a los héroes legendarios que hasta cada pequeño escolar conoce familiarmente. Aún la expresión facial del villano o del servidor leal están como estereotipadas, y sería cosa de mal gusto y arriesgada que un actor se apartara mucho de sus modelos. Así ocurre, por ejemplo, en la popularísima "Chiushingura" o en "Cuarenta y siete Ronín".

¿Gusta el pueblo japonés del drama japonés? No sólo gusta de él; lo adora. Pero las clases más ilustradas, los que trabajan por el progreso nacional, comprenden que por bello que sea, no basta para satisfacer las aspiraciones nuevas y afrontar los nuevos problemas morales. De ahí que los aristócratas y los intelectuales vuelvan los ojos hacia Europa.

El cabecilla de la modernización.

El "pioneer" del nuevo drama fué Oto Kawakami, marido ahora difunto de Sada Yakko, la primera actriz japonesa. Luchando contra el prejuicio de la actuación de la mujer en las tablas, pero alentada por hombres como el estadista vizconde Kaneko, ella se mantuvo bravamente en su propósito. En 1900 visitó Europa y Estados Unidos con su marido, y allí adquirieron ambos el conocimiento del drama occidental, el cual se propusieron adaptar a su país. Su primera obra fué "Otello", con Sada Yakko como Desdémona. El traductor tuvo que transformar la grande obra de Shakespeare: la escena se translada de Chipre a Formosa; Otello se convierte en el Mayor General Washiro Muro, comandante en jefe de Formosa, quien ha recibido orden de proceder contra los piratas chinos que se han unido a los de la isla. El tercer acto presenta la escena de un banquete en celebración de la victoria obte-

Un costado del Teatro Imperial de Tokio.

nida sobre los piratas, para el cual hay "un millar de botellas de vino, frutas, pastelillos y manjares occidentales". El canto al sauce de Desdémona fué una gran dificultad, que se resolvió con la ayuda de un fonógrafo, pues habría sido extraordinario para las ideas japonesas el ver a una mujer cantando en escena. Al final Otello suprime la exclamación familiar "suicidándose para morir bajo un beso". Un beso, sobre o fuera del escenario sugiere una inmoralidad para el japonés.

La Compañía Kawakami dió también una interpretación de "Hamlet", en que Ofelia era, por supuesto, Sada Yakko. Para obtener el color local se copió de una fotografía el traje del soberano reinante de Dinamarca, mientras que Hamlet se presentó como un joven samurai de la época feudal, ataviado con dos espadas, excepto en su entrada del segundo acto cuando apareció con medias rayadas pedaleando en una bicicleta.

La labor del doctor Tsubouchi.

El doctor Tsubouchi, de la Universidad de Waseda, gran dramaturgo y crítico, presidente de la Asociación Literaria, ha hecho más que cualquier otro por la introducción del teatro occidental en el Japón. Además de Shakespeare, cuyo tricentenario fué celebrado con la presentación del "Sueño de una noche de verano" y "Julio César", han pasado por la escena japonesa Ibsen, Bjornson, Oscar Wilde, Bernard Shaw. La "Magda" de Sudermann atrajo grandes audiencias, pero esto fué debido sin duda a la intervención del censor, quien declaró que no consentiría en la representación a menos que la heroína se arrepintiese al final de la pieza.

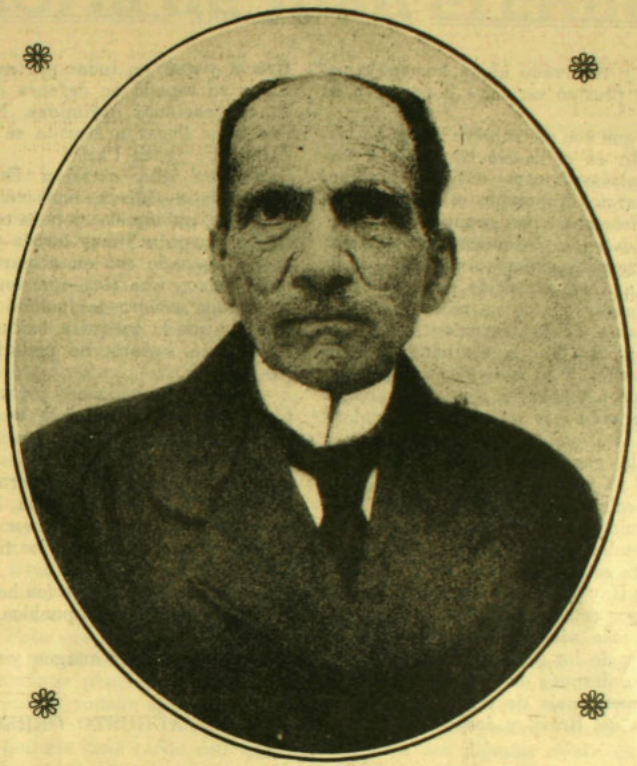
La Asociación del Teatro Libre ha procedido a poner en escena piezas como el "Juan Gabriel Borkman" de Ibsen; "Los Bajos Fondos" de Gorki; "Las Vidas Solitarias" de Hauptmann; y la "Muerte de Tintagiles" de Maeterlink. La Sociedad de los Actores Modernos ha intentado el "Fausto" de Goethe, pero se interesa principalmente por las obras de Ibsen, Strindberg y Bjornson, todas las cuales introducen radicales ideas acerca del matrimonio, que el pueblo japonés jamás podrá comprender, por esta época al menos. Lo mismo puede decirse de la "Salomé", la cual viola todas las leyes del gusto y de la moral japonesa, y ha sido sin embargo tan popular, como para hacer creer que lo que ese público persigue es apreciar en todo su alcance lo escandaloso de la literatura europea...

Entre las principales actrices modernas están la señorita Mori, Kaku-ko Murata, Kikue Kawamura y Fusako Fujima, todas las cuales estudiaron en la escuela dirigida por Sada Yakko. El pasado verano se dió en Tokio "Madame Butterfly" en forma de drama. Idea bien original al cabo, la de devolver a la fuente japonesa original una popular aunque superficial idea de la propia vida de los japoneses, escrita por un norteamericano. En la "mise en scene", apareció un maravilloso cuadro de la bahía de Nagasaki, tal como se veía desde la casita de Butterfly. Ritsuko Mori fué una heroína exquisita, que hizo sentir hondamente lo patético de su espera por el

El Teatro Kabuki-za de Tokio.

teniente de la Marina norteamericana que la había desposado y abandonado, y su abatimiento cuando le ve volver con una esposa de su nacionalidad.

Es curioso anotar que el melodrama "Typhoon", tan aplaudido por los públicos europeos y norteamericanos como una revelación de la vida japonesa, ha sido representado en Tokio con sumo desagrado de la audiencia. Para satisfacer a ésta se presenta también en el Teatro Imperial el drama clásico, el "kabuki", con todo el aparato tradicional, y el drama moderno, el "shimpo", que pretende presentar a la sociedad actual del Japón con carácter realista. En tal sentido, puede considerarse la transplantación del teatro occidental como un período de transición del drama japonés, el cual arrancará de allí las lecciones indispensables para rejuvenecer su propio arte y aplicar esos procedimientos a sus propios problemas morales y sociales, que son muy otros de los de nuestras razas.



Don Augusto Orrego Luco.

La mesura y la proporción en la Prensa

Una carta de don Augusto Orrego Luco digna de meditarse.

No pueden ser nuestros colegas de la prensa los que salven de quedar inédita esta hermosa y contundente carta del señor Orrego Luco. Los diarios son débiles y ceden a muchos compromisos El distinguido escritor nos da y les da una lección.

Valparaíso, Junio 3 de 1918.

Señor don Armando Donoso.

Mi querido amigo:

¿Hasta cuándo vamos a continuar en esta absurda glorificación de una carrera? ¿Hasta cuándo vamos a probar que hemos perdido el instintivo sentimiento de la conveniencia y la mesura? ¡Y ni una palabra de sensatez y de protesta! ¿Se han olvidado los hombres de la prensa de que tienen una pluma y un deber? ¿Se han olvidado de lo que significa Marathon y lo que conmemoraban los griegos en su fiesta? Ya no recuerdan que sólo tuvieron aplauso y agradecimiento para el soldado que les llevó corriendo la noticia de su triunfo, y reservaron la corona de la gloria para el general que les dió la victoria y que salvó a la patria? ¿Han hecho ustedes la misma

distinción y reservado algún homenaje para los que presten servicios honrosos a su país?

Todo lo que veo me subleva. Ayer he visto confundir en el mismo homenaje y tributar los mismos honores militares a Charles y a Maroto. No olvido el respeto piadoso que debemos a las cenizas de un general que defendió lealmente su bandera; pero ese respeto generoso pasa los límites de lo que es permitido, cuando llega hasta confundir en los mismos homenajes al comandante de los sangrientos talaveras que vino a Chile a combatir nuestra gran revolución, y al heroico Charles, que vino a Chile a combatir a nuestro lado y sacrificó su vida por nuestra independencia.

¿Puede la generosidad llegar hasta la ingratitud? ¡Y ha llegado! He leído en uno de los artículos publicados con motivo de esa ceremonia, que Charles y Cochrane vinieron a combatir a nuestro lado "porque la Inglaterra estaba entonces en guerra con España". ¿Hay algo más monstruosamente ingrato que esta apreciación? ¿Hay algo que revele más sólido desconocimiento de la historia y de los hombres? No saben ni siquiera que, después de batallar Cochrane por la independencia de Chile fué a combatir por la del Brasil y después por la de Grecia y que, en todas partes, puso su genio y su espada en defensa de la libertad de las naciones oprimidas. No es posible que para elevar a Maroto se rebaje a Cochrane... ¡y en Chile!

Muestre esta carta a Enrique Tagle, muéstrela a Gálvez, muéstrela a todos y, si quiere, publíquela; y para terminar cuéntele a Joaquín Díaz Garcés,—a quien supongo ocupado con su discurso sobre Manuel Blanco Cuartín,—que en una sala de baile, una señora le insinuó al espiritual escritor que la sacara a bailar.

—Siento, señora, no poderla complacer. No sé bailar.

—¡Qué bien baila ese joven!—le contestó la señora, señalándole una pareja que pasaba en esos momentos en las vueltas de un valse voluptuoso.

—¿Qué quiere usted, señora?—le contestó, herido con esa insistencia, Manuel Blanco,—hay hombres que tienen el talento en la cabeza y otros que lo tienen en los pies.

Lo que se ha dicho de los hombres podría mañana decirse de los pueblos... **qui potest capere, capiat.**

Recuerdos a los amigos y no se olvide de su afmo.,

AUGUSTO ORREGO LUCO.

Historia de Juan el chileno

Por E. M.

Vivía en la Alameda, en un palacio greco-árabe-gótico; poseía haciendas, salitreras, numerosas hipotecas que le daban uno y medio por ciento mensual, y cobraba al Estado un buen interés por lo que patrióticamente le había prestado a cambio de bonos. Pocos eran, pues, en la familia, y aun entre los extraños, los que recordaban que la juventud y la infancia de este potentado habían sido muy otras de su situación presente. La belleza espiritualizada de sus hijas, la elegancia de sportman de su heredero y los aires que se daba la señora, hacían suponer por lo menos un litro de sangre noble en la familia del señor don Juan.

Pero ciertos vecinos antiguos y un tío pobre de nuestro hombre se complacían en recordar los tiempos en que el millonario de hoy vestía de bayeta y calzaba zapatos de cordobán, cuando los llevaba. Su heredad no era entonces sino de algunas cuadras de tierra, que él mismo cultivaba, saliendo cada mañana poncho al hombro, en su mulato criollo a rodear sus vacas o vigilar la siembra.

La viña, plantada más tarde con ayuda de un francés que había llegado a Chile como profesor de baile, le daba buenos mostos para aguardiente, que él hacía vender envasado en cueros de cabro por la costa del Pacífico. Por último, cada año en primavera hacía bajar su yeguada de la cordillera, y en una parranda que duraba una semana, trillaba su trigo o su cebada, que había de darle más tarde algunos cientos de pesos, a doce reales la fanega.

Ese había sido por muchos años todo el haber de Juan el Chileno. Si no era rico, nadie hubiera podido decir tampoco que vivía por medios inciertos. Su casa era modesta, pero bien sólida y segura. Como lo que llamamos comodidades, no lucía muchas, pues no tenía más que una puerta hacia el lado del mar, y en ventanas no se había pensado por temor a los ladrones. La mitad de los cuartos estaban destinados en tiempo de cosecha a recibir el sobrante de la bodega y de los sobrados, y hasta la cuadra misma, restos de la opulencia colonial, solía en años de abundancia reunir vecinos para un mingaco.

Un hermano de Juan había corrido con el transporte de mercaderías de Valparaíso a Santiago, y vice-versa, para los productos del país. Sus tropas de mulas eran las más numerosas del tráfico, y se cruzaban por los caminos reales de provincia a provincia, llevando a los puertos el trigo candeal, el "chivato", los charquis de las matanzas, la lana y los cueros. La tropa que subía por la cuesta polvorienta, encabezada por la sabia yegua madrina y la música primitiva de su cencerro, traía los tejidos de Flandes, o de Cataluña, y otros lujos de Europa en que se había convertido la carga que llevaron los arreos en dirección al mar, uno o dos años antes no más. Asociado con un extranjero, ese mismo hermano de Juan armó una barca y emprendió el tráfico de los puertos de esta costa hasta San Francisco y de allí hasta Australia. Los marineros chilenos fueron conocidos por su carácter derrochador y pendenciero en todas las playas que baña el Pacífico.

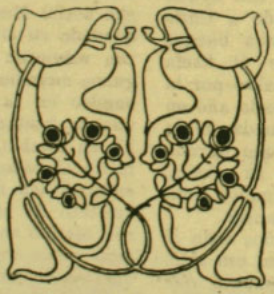
Mientras tanto, Juan crecía en poder; despertó los celos y envidias de sus vecinos, quienes al verle casi desprevenido, le incitaron a la guerra. Juan volvió de la campaña con algunas cicatrices y con mucho botín. Muchos de sus sirvientes habían quedado en el desierto y los que le quedaron volvieron a someterse al trabajo. Algunas mesadas a las viudas y uno que otro empleo en la hacienda para los sobrevivientes, bastaron a la generosidad de Juan. El, en cambio, dejó su casa del fundo, demolió el palacio de adobe de la capital, y encargó una mansión modernista a un arquitecto de moda. Asociado con extranjeros, metido en política y en especulaciones, dejó a los extraños crear empresas, apoderarse de minas y salitreras, el comercio y aún de la ganadería, para dedicar él sus actividades a comprar votos en tiempos de elecciones y recuperar ese dinero, y más, en préstamos o capitalizaciones bancarias.

Ya maduro, Juan ha perdido sus antiguos hábitos de sobriedad, y aunque forma parte como miembro honorario de todas las sociedades de beneficencia y temperancia, no desdeña echar una cana al aire y coger al paso una flor en botón para la solapa de su levita. El trasnochar, los vinos generosos y la dispepsia consiguiente le han marchitado el semblante; pero sus hijas le dicen que esto le da un aire más

aristocrático. ¡Lindas muchachas, en realidad, las hijas de Juan Chileno! La mayor se ha quedado solterona y beata; y entre sus preocupaciones ha olvidado casi el escribir, o por lo menos, como nunca traza una línea, su ciencia escolar debe estar bajo una mano de polvo. Pero sus dos hermanas: Esther (con h) y Fanny (en inglés, o lo que sea), son la última palabra de la modernidad. Si es cierto que su escuela no fué muy fructífera, han aprendido enormemente en la vida de sociedad, a la que entraron muy temprano por la puerta del teatro, antes de hacerlo en los salones. Esther es una favorita de la gente joven, bailarina incansable; sabe encender un cigarrillo y contar un cuento de patio de colegio. Sus **beaux** no se cuentan; el censo les deja siempre un margen de probabilidades. Fanny es medio artista, ha leído a Swedenborg y... a Omar Khayam; conoce las embriagueces del opio y la morfina, y como la predestinada del hada de Baudelaire, suspira siempre por el país que no visitará nunca y por el amigo desconocido. ¡Ah! no olvidemos recordar que Fanny es casada; pero como vive aparte de su marido, en amistosa ruptura de relaciones, la cosa es como si no lo fuera, salvo las ventajas.

Así, Juan Chileno llega a la vejez; respetado por sus deudores, que lo son del Fisco para abajo; temido por los políticos que conocen la fuerza de los votos de sus haciendas; y halagado por todos los diplomáticos, como neutral que coquetea con todos sus cortejantes. ¿La prosperidad y las lecturas sin método le han puesto muelles los resortes del espíritu? Acaso el tiempo nos lo diga pronto y nos permita escribir el final de esta breve historia.

E. M.



Un escritor español contra los americanos

(De la revista "Cuba Contemporánea")

Por GABRIEL PORRAS TROCONIS

El señor Pío Baroja, escritor español a quien las letras castellanas deben unas cuantas novelas comunes y algún drama sin valor, dió a la circulación en Madrid, el día 12 de octubre del año pasado, un nuevo libro: **Juventud, egolatría**, en el cual hay párrafos de diatriba para la América y los americanos. Muchos buenos escritores de nuestro Continente se han **producido** en frases de enérgica protesta contra el señor Baroja, y aun contra España, ligando en su repulsa el brutal desafuero a nobles intelectos de la Península y a España con el descomedido agresor. La cosa no es para tanto: el señor Baroja trajina por los sesenta años, y, cansado de esperar que la fama corone la carrera de su vida, ha resuelto echarse por el atajo del escándalo para lograr así lo que desespera ver realizado con otros medios. La obra literaria del señor Baroja es de aquellas que por su insignificancia va muriendo al par del nacimiento. Ninguna de sus novelas ni ninguno de sus dramas perdurará, ni servirá de modelo a nadie, por infeliz escritor que sea. Pacíficamente, pues, estaba destinado el señor Baroja a irse del mundo, llegado el término y falla de sus días, con el molesto equipaje de sus libros: en previsión de tan **trágico** desenlace para "las doradas ilusiones de la edad primera", habrá querido el señor Baroja dejarse atrás siquiera uno de tan endebles y desmirriados hijos, sujetándolo con los garfios del escándalo... Lejos de atacarle, al señor Baroja debemos compadecerle de todas veras.

Por otra parte, ¿qué es lo que ha dicho para que produzcan tanto escozor sus palabras? Que los americanos no somos hombres, que no hacemos sino imitar como los monos, que nada bueno hemos escrito, que él nos odia con toda su alma... etc. Eso no vale la pena de una calentada. Todo lo más que puede producir es risa, de esa risa sabrosa que se riega por la cara y sale de lo más hondo de las entrañas, cuando se goza de la vida, cuando todavía el mundo nos halaga con ensueños y esperanzas, cuando no hemos acabado por odiarlo todo y a todos, como parece ser el caso del señor Baroja.

¿Que no somos hombres? Pero, entonces, ¡qué vamos a ser, señor! Descendemos de españoles, mal que a Baroja y a muchos renegados de nuestra América (que los tenemos) les pese; y los españoles de los siglos diez y seis a diez y nueve eran hombres como los demás del globo terráqueo, y como parece que siguen siendo los de este siglo veinte tan lleno de sorpresas y sobresaltos. El abolengo indio y africano es poco en relación a la gran masa humana de americanos. Nuestros abuelos destruyeron la raza autóctona al apoderarse del Continente, parte por circunstancias inherentes a la lucha que les fué preciso sostener con los nativos al despojarlos de sus tierras y bienes, parte porque los individuos inferiores desaparecen en presencia de los que orgánicamente les son superiores; de modo que de la población indígena poco quedó sobre el suelo del Nuevo Mundo, y las importaciones de africanos, esclavizados en las costas del Congo y Cafrería, no montaron a una cantidad tan crecida que puedan disputarles los hombres de color a los españoles la gloria de haber repoblado la América hispana.

Para no ser hombres los americanos, sería menester, pues, que tampoco lo hubieran sido los conquistadores españoles y los colonizadores que en pos de ellos llegaron a estas comarcas. Y, ¿quién le disputaría la condición humana a Hernán Cortés, Francisco Pizarro, Gonzalo Jiménez de Quesada, Valdivia, Balboa, Almagro, Ponce de León, Heredia, Belalcázar?... ¿Podremos restarles grandeza humana a tan magnos varones como fueron los virreyes y presidentes de Nueva España,

Santa Fe, Lima, Habana, Chile y el Río de la Plata? ¿Cómo decir que no fueron hombres D. Antonio de Mendoza, D. Luis de Velasco, D. Pedro de la Gasca, D. Andrés Díaz Venero de Leiva, D. Antonio González, D. Andrés Hurtado de Mendoza, D. Diego Fernández de Córdoba, el Príncipe de Esquilache, el Conde de Ravillagigedo, D. José Manso, D. José Solís Folch de Cardona, D. Antonio Caballero y Góngora, D. Pedro Mendinueta y Muzquiz, D. Miguel Tacón, el Marqués de la Concordia, y tantos otros que dejaron en la Historia y en el Continente tan profunda huella de su personalidad, tan manifiestos rastros de sus capacidades de gobernantes y de estadistas?

¿Que el americano no ha pasado de ser un mono que imita? Ya sabemos cómo no somos monos, porque no lo ha sido de tales el tronco o raíz de nuestro abolengo racial e intelectual, y en cuanto a lo de la imitación, media humanidad imita a la otra media, que a su turno fué imitadora de la que le precedió en el orden cronológico. Los **hombres originales** han sido tan pocos, tan singulares en relación con la pluralidad humana, que esta portentosa acusación de imitadores que hace el señor Baroja a los americanos es aún menos significativa que la anterior. Y, bien miradas las cosas, la ciencia no es sino imitación de lo que otros hicieron antes; el arte, de las formas o fórmulas ya empleadas, y los conocimientos humanos en general, de cuanto el estudio y la observación nos muestran; y nada de cuanto bueno se descubra podría conservarse sino por la imitación. Hasta los mismos grandes descubrimientos, aquellos que han revolucionado el mundo y cambiado las civilizaciones, son obra de la imitación: el progreso material quedaría estancado el día que faltase la imitación; la sabiduría humana desaparecería si no hubiera imitadores.

¿Habrá querido decir el señor Baroja que los americanos somos malos imitadores? En primer lugar, si eso quiso, ha debido decirlo; en segundo, las magníficas ciudades americanas, la solidez de las instituciones de que gozan muchas de las naciones de este Continente, la gran riqueza que acumulan nuestros pueblos, la obra de nuestros pensadores, escritores y artistas, y la ciencia que se acopia cada día en la tierra de Colón, pregonan la bondad de nuestras facultades imitativas. Malos imitadores que fuéramos, y ya estaríamos necesitando de una segunda conquista; lo que sería menos bochornoso para nosotros que para los que son, y de ello se glorian, tronco y raíz de nuestra raza.

¡Con cuánta frecuencia se arroja, como un insulto, a la faz de los hombres la tacha de imitadores! Y, sin embargo, ¡cuánta falta hace saber imitar! Por no practicar bien esta cosa, mucho mal escritor suelta a la calle toscas y dañadas imágenes de los buenos modelos que no supieron imitar, y lo que hubiera podido ser pasable copia queda reducido a la triste condición de monstruosa parodia!

¿Que los americanos no hemos escrito nada que valga la pena; que el **Facundo** es pesado, vulgar, sin interés; que los libros de Ingenieros, Ugarte, Rojas y Contreras son una oleada de vulgaridad, de esnobismo (en castellano, novelería), de chabacanería, etc? Señor, todo en América no ha de salir a la altura de **Los siete tratados, Los capítulos que se le olvidaron a Cervantes,** la **María,** las **Afecciones espirituales,** los poemas de Sor Juana Inés de la Cruz, las poesías de La Avellaneda y de Heredia, y ese mismo **Facundo,** genial y hermosísimo, que el señor Baroja no ha querido o no ha podido comprender. Como dice un antiguo proverbio, **de todo hay en la viña del Señor:** tal en América. Junto a los Sarmiento, los Bello, los Caro, los Cecilio Acosta, los Martí, los Arboleda, los Isaac, los Montalvo, los Heredia, los Gutiérrez Nájera, los De la Luz y Caballero, los Varona, los Henríquez, los Quesada, los Rufino J. Cuervo, los Ameghino, los Baralt, crecen, viven y escriben mediocridades destinadas a sucumbir en el olvido y el desdén. ¿Acaso en España, al lado de nombres tan justamente famosos (citaremos sólo contemporáneos, porque la vida secular de nuestra madre patria nos obligaría a hacer lista demasiado larga para tomar en los tiempos nombres famosos del acaso), tan famosos, insistimos, como los de Menéndez y Pelayo, Galdós, Echegaray, Benavente, Bonilla y San Martín, Cejador, Valle-Inclán, Jacinto Octavio Picón, Pardo Bazán, Coloma, Fita, etc., no crecen, viven y escriben mediocridades infatuadas a favor de las facilidades editoriales que allá hallan, de la desvergüenza del estilo y del pensamiento, y... hasta del dinero que se gastan en pagar gacetilleros hambreados y periodistas benévolos? ¿Y qué tienen de común estos anónimos con aquellos verdaderos hombres de mérito, para que el desfavorable juicio que merecen los segundos lo hagamos extensivo

a los primeros? Si desde América nos pusiéramos a juzgar la intelectualidad española por la oleada de obras escandalosamente indecentes, enojosamente insulsas, incorrectas miradas a la luz del idioma y hasta del sentido común, faltas de todo interés y originalidad, desmañadas y torpes, que de España nos llegan, poco bueno podríamos decir de ella; pero tal criterio simplista revelaría incapacidad o pasión en el juzgador, y por consiguiente no representaría valor alguno como juicio ni como fallo. Los hombres ilustrados de todo el mundo podrían reirse de quien semejante cosa hiciese. Lo que nosotros podemos del señor Baroja.

El valor de la literatura americana no es ya materia disputable: sobre ella ha caído, pleno de justicia y de encomio, el valioso, indiscutible y tal vez nunca sobrepasado fallo del gran crítico contemporáneo, del insigne D. Marcelino Menéndez y Pelayo. ¿Porqué, pues, ha de inquietarnos una apreciación caprichosa y sin basamento, fruto de tan mediocre escritor y tan nulo crítico como el señor Pío Baroja? ¿Pueden, acaso, no esa, sino centenares de millares de apreciaciones de otros tantos Barojas, desvirtuar lo que acrisoló el fuego del vastísimo talento de Menéndez y Pelayo? Las embestidas del señor Baroja contra la intelectualidad americana, se nos antojan lanzadas, no ya de D. Quijote, sino de su vulgar y ridículo escudero contra la inconmovible firmeza de las pirámides egipcias. En vez de insultarle debemos compadecerle, ayudarle a soportar el doloroso peso del fracaso de su vida, consolarle y fortalecerle, que esa es obra de piedad y cristianismo.

Cartagena de Indias, dic. 1917.

PAISAJE CHILENO

—Esta tertulia es permanente e incorruptible...

LA ARAÑA

Por

RAMON PEREZ DE AYALA

Ilustraciones de Bagaria.

La tertulia cúbica

La tertulia se reunía todas las noches en el café de La Araña, en un rincón apartado, casi oculto por un medio tabique. A veces, los tertulianos guardaban silencio y era como si el bullicio público del café, con su rumor de agua entre guijas, se remansase y aquietase según se engolfaba en aquel ángulo de penumbra; pero, otras veces, los componentes de la tertulia disputaban hasta parecer energúmenos, el remanso se convertía en remolino, y entonces levantábase de aquella parte un fragor que aventajaba con mucho y aun parecía extinguir el rumrum sordo y ecuánime de la sala.

La tertulia era heterogénea y bastante elástica. En ocasiones se reducía a la terna (pero nunca menos de tres miembros). En ocasiones, se dilataba hasta la veintena. Había miembros volanderos y miembros permanentes. Entre los primeros los había de todo pelaje, profesión y edad: pintores, escultores, toreros, ingenieros, mercaderes... e iban renovándose por temporadas.

Los permanentes eran tres, siempre tres; ni uno más, ni uno menos: Pedro, Pablo y Agustín, mejor dicho, don Pedro don Pablo y don Agustín, como se les llamaba en la tertulia y en las peluquerías. Nadie supo nunca qué eran, de qué vivían, ni por qué edad andaban. No hubo miembro desmembrado (y los que llegaron a desmembrarse fué por necesidad y azares de la vida, por haberse visto obligados a salir de Madrid) que a la vuelta de los años no recordase con ternura: "¡Aquella reunión del café de La Araña! ¡Aquél don Pedro, aquél don Pablo, aquél don Agustín!" y al propio tiempo, a quien las sentencias de estos tres misteriosos ciudadanos no le sirvieran de viático y código con que caminar por el mundo y opinar en casos difíciles. Es decir, que el zaquizamí a donde la tertulia se acogía era como el envase de un generoso vino que luego a los cuatro puntos cardinales se desparramaba, y don Pedro, don Pablo y don Agus-

tín solera fragante y madre fecunda del mosto.

El tropo es tan exacto y sugestivo que no a uno, sino a varios miembros, de los transitorios, se les vino a la mollera, de manera que comenzó a deslustrarse y achabacanarse, y así lo que en un principio se juzgaba hermoso aderezo figurado de la verdad, con el uso descendió al jaez de las frases retóricas de mal gusto, y por último fué condenado al ostracismo oral. Destino más halagüeño y perdurable le cupo a otra metáfora, en colaboración con las ciencias exactas, original de un ingeniero, Wifredo Cabezón. Decía Wifredo Cabezón:

—Esta tertulia es permanente e incorruptible porque tiene la forma ideal perfecta: es una tertulia cúbica. El cubo es el infinito cristalizado, por decirlo así, porque el infinito tiene un esqueleto, compuesto de tres únicos huesos, que son las tres dimenciones fundamentales: longitud, latitud y profundidad. Pues en el cubo estos tres huesos ideales se concretan en tres líneas de valor equivalente, las cuales son perpendiculares entre sí; y en su autoperpendicularidad, que no en otra cosa, radica la naturaleza de su perfección. El cubo es siempre perpendicular con relación a sí propio, siempre cae a plomo. Arrojadlo como os plazca, colocadlo en la forma que os apetezca; el cubo estará eternamente en una postura equilibrada, firme, armoniosa. Ahora bien, las cosas, tanto de la materia como del espíritu, se acercarán a un ideal de perfección en la justa medida en que se acerquen a la estructura cúbica. Inglaterra, por ejemplo, es sin ningún género de duda una nación cúbica. Francia, una nación esférica.

—¿Y España?—interrogó un miembro a esta razón.

—España es todavía una nación informe—sentenció apodícticamente don Pedro.—Continúe usted, señor Cabezón.

—Todo ideal ético o estético, político o social, si ha de ser verdaderamente tal, es fuerza que se acomode a la estructura cúbica. El cubo es la última forma de la materia y es la célula núcleo del infinito. La Santísima Trinidad es un cubo.

Hubo un silencio. El remanso se adormecía, lo cual, de ordinario quería decir que las aguas se arremolinarían muy pronto. Unos miembros, con la mandíbula hincada en el esternón, rumiaban las palabras del ingeniero, procurando extraerles cabalmente su jugo natural y místico. A otros, la disquisición les iba pareciendo pura monserga.

—Veamos, pues. ¿Por qué es cúbica nuestra tertulia?—interrogó don Agustín.

—Es clarísimo — respondió Wifredo, que era lampiño y de aflautada voz, con dejos de curvas mujeriles.—La materia de esta tertulia la componemos los miembros accidentales, a las cuales dan forma, y forma autoperpendicular, tres dimensiones representadas por don Pedro, don Pablo y don Agustín.

Una aprobación furtiva, de buen tono, acompañó las últimas palabras de Wifredo, el lampiño. Quiénes sonreían, cara al ingeniero, como diciendo: "miren el mancebito, con esa traza de bobalicón y tan agudo". Quiénes golpeaban, sin hacer ruido, con el dedo índice y de corazón de la mano diestra, sobre el mármol de los veladores.

Nadie preguntó qué dimensiones representaban respectivamente los tres miembros fundamentales. En el ánimo de todos estaba que don Pablo y don Agustín podían ser, de manera indistinta, longitud o latitud, y que don Pedro—que en latín quiere decir piedra—era la profundidad en persona y piedra angular de la cúbica tertulia.

II

Longitud y latitud

"Le nom ne fait pas la chose," dicen proverbialmente los franceses, significando con este adagio lo mismo que nosotros queremos significar cuando decimos el "hábito no hace al monje."

Don Pablo y don Agustín, dos de los miembros fundadores de la tertulia cúbica, podían ser, de manera indistinta, longitud y latitud; lo cual parece dar a entender que estas dos últimas palabras son nombres distintos para la misma cosa, y aquellos dos individuos dos personas distintas con carácter o temperamento indistintos. Como quien dice, una vuelta a la derecha y una vuelta a la izquierda, que como es sabido son la misma cosa, sólo que son todo lo contrario.

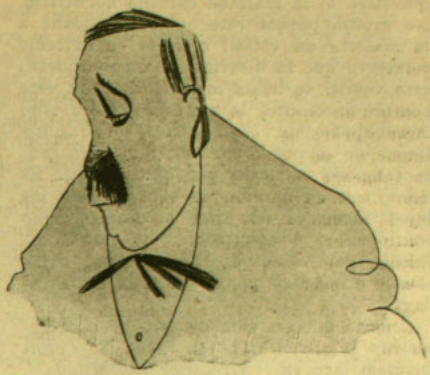
Lo que aquí se quiere hacer constar es que don Pablo y don Agustín eran lo mismo de exagerados, y eran todo lo contrario el uno del otro porque las respectivas opiniones exageradas hasta su punto máximo de una y otra parte, resultaban siempre antagónicas. Por lo tanto, era bastante divertido oirles discutir, si se puede llamar discusión a aquello. Don Agustín, por ejemplo, sentaba una opinión acerca de Empédocles o del movimiento continuo,

Don Pablo, fingía ignorar la existencia de don Agustín, y, como si el otro no hubiera dicho nada, sentaba a poco una opinión, sobre las mismas materias, diametralmente opuesta a la de don Agustín. No se contestaban nunca de un modo directo, ni mucho menos llegaban a entablar un diálogo polémico. Muchas veces procedían por apólogos, o pequeñas narraciones de contenido alegórico, las cuales incorporaban por medio de peregrinas fábulas la intención oculta y muchas veces malévola de entrambas dimensiones fundamentales, esto es, de la longitud y la latitud de la tertulia, o sea de don Pablo y don Agustín. En tales casos, era lo frecuente que don Pedro, el aplomado don Pedro, se descolgase con un nuevo apólogo, sintética ficción, o humorística patraña que resolvía la oposición de las otras dos dimensiones, dándoles un desenlace armonioso y profundo.

He aquí una somera indicación de los caracteres específicos de la psicología de don Pablo y don Agustín.

"Don Pablo". Temperamento místico. En los hechos más triviales desentrañaba alta transcendencia sobrenatural. Una pulga, pongamos por caso, era para él un ser milagroso, en cuanto estaba dotada de ese principio inquietante, inexplicable, divino que se llama vida, y también porque su diminuta y compleja organización parece demostrar que ha obedecido a una teleología, a un plan previo y eterno en la mente del Hacedor, a una causa final, cual es la de chupar la sangre de los mamíferos, y con señalada predilección la de la hembra de la especie humana. Interpretaba los más sencillos actos humanos atribuyendo desmesuradas intenciones y sentidos en el ánimo del actor, y no había perogrullada que no le dejase boquiabierto, descubriendo en ella sibilina intensidad y riqueza de posibilidades. Una fórmula tan sencilla como "dos y dos son cuatro" le hacía elevarse a la esfera de los números siderales de Pitágoras, y no ya la nariz de Cleopatra, sino que cualquiera nariz se le figuraba que podía influir en el curso de la historia universal, desviando la dirección de los acontecimientos. En resolución, que su psicología pecaba por exceso.

"Don Agustín". Por el contrario, éste pecaba por defecto. Todo le parecía normal. "¿Existe?"—preguntaba.—"Luego es normal"—concluía.—Le contaban que un rinoceronte había volado en Calcuta, y no manifestaba indicios de sorpresa. "Pero, hombre...." — solía insinuar alguno.— "¿Voló o no voló?—inquiría él.—"Eso dicen, eso aseguran"—le replicaban.—Y él añadía:—"Pues si voló, es natural que haya volado. Y si no voló, es natural que no haya volado." Y a don Pablo, con esto, se le repudrían las entrañas.



—La materia comienza a desnaturalizarse, como yo había previsto...

Por lo que atañe al problema de la conducta, o sea, a lo que la Iglesia Católica llama "saber qué es lo que se ha de obrar" cómo se ha de conducir uno en la vida, para don Pablo consistía en aumentar en todo momento la eficacia de la propia personalidad, en afirmarse, en superar a los semejantes, en dominarlos por la sagacidad, la fuerza y aquel sentido de saberse superior a ellos. Para don Agustín se reducía a la uniformidad con los de la especie y acatamiento del sentir general. La sociedad tiene una conciencia más alta y certera que la del individuo, el cual experimenta que su personalidad se afirma, no cuando pretende imponerse como miembro desarticulado al organismo total, antes bien, cuando se niega a sí propio como ser independiente y participa de la conciencia colectiva, del espíritu unánime y prudente de la especie.

Por efecto de esta disparidad de temperamentos, los apólogos que inventaban don Pablo y don Agustín tenían una endemoniada intención satírica.

He aquí algunos ejemplos.

III

Historia del hombre con los ojos X

Este es un apólogo original de don Agustín.

Una vez era un hombre, tan insensato, que creía en lo sobrenatural, y tan bruto

que para él la realidad externa no existía. No existía porque este hombre aplicaba a la materia un volátil o ácido en extremo corrosivo que la destruía en un periquete: este volátil se llama metafísica. Para este hombre insensato, la materia no era sino mera apariencia, cuyo íntimo ser o substancia no se puede conocer, ni por lo tanto tampoco las leyes por que se rige. Es decir, que en opinión de este hombre las leyes naturales no eran necesarias, sino contingentes y susceptibles de ser modificadas por voluntad divina o por otras causas diferentes que él no se metía a indagar.

Ocurrió que en vida de este hombre insensato se inventaron los rayos X. Cuando él lo leyó en "Alrededor del Mundo", lanzó un rugido triunfal.

—La materia comienza a desmaterializarse, como yo había previsto.

Con la cual dejó atónitos a su cónyuge y a los doce hijos que había engendrado, a pesar de no creer en la materia, porque era muy afecto al culto de Venus, y no se conformaba con la mujer propia, sino que cuantas veces había ocasión tenía sus trapicheos, con princesas o menegildas, lo que fuera, y eran siempre menegildas, a las cuales él calificaba de beldades ideales y a los goces del amor idealismo puro o ilusión de los sentidos, de acuerdo, claro está, con su filosofía.

Desde que se inventaron los rayos X este hombre insensato no tenía minuto de reposo. Pensaba: "¿Por qué no se ha de poder aplicar la virtud perforadora de los rayos X a un par de gafas, de manera que con ellos pudiera verse a las mujeres desnudas?"

Como creía en lo sobrenatural, invocó a Lucifer, para pedirle este favor, pero Lucifer no se le presentó. Mas, en cambio, por las vías naturales de lo sobrenatural—que en opinión de este hombre lo natural era siempre sobrenatural—hubo de tropezarse con un individuo que era Lucifer en persona, un sabio italiano, de apellido Rissotto, que hacía verdaderas diabluras con los rayos X. Este sabio lombardo (venía de Milán) satisfizo los deseos del hombre insensato y le envió, envueltas en algodón en rama de color rosa, un par de gafas dotadas del poder penetrante de los rayos X.

Recibirlas y salir a la calle, lleno de júbilo, todo fué a un tiempo. Llevaba las gafas en un bolsillo de la americana y las acariciaba con la mano mimosamente. Al llegar a la portería y ver a la portera, que era gorda sobre toda ponderación, tuvo el capricho de descubrir las intimidades plásticas de esta mujer. Calóse las gafas y, con no poca sorpresa, lo que vió fué un esqueleto bailando. No era que la portera bailase. Estaba barriendo, y como la escoba no se veía, por las gafas, los brazos del esqueleto aparecían en una actitud de "garrotín, garrotán". Retiró el hombre las gafas y salió a la calle, bastante intranquilo. Paseó a la ventura, cavilando, y llegó a un paseo público en donde tocaba una charanga y bailaban unas parejas de soldados y criadas de servir. El hombre insensato probó las gafas por segunda vez. El cuadro era horrible, esqueletos tañendo enormes bombardinos, lo cual resultaba ridículo, y uno que tañía un flautín, que era más ridículo aún, y una danza macabra de esqueletos con un sable al costado y otros con corsé, entrelazando las piernas de un modo absurdo e indecoroso. El hombre insensato estrelló las gafas contra el suelo y fué al laboratorio de Rissotto a querellarse. El sabio italiano, que en aquellos momentos tomaba vermut, dijo:

—En efecto, los rayos X penetran ya demasiado.

—¿Y no se puede conseguir que penetren menos, hasta la epidermis, por ejemplo?

—Imposible. El camino de la ciencia es siempre hacia adelante, "avanti, avanti". Paso que se da no admite retroceso. Lo que ocurrirá es que cada día estos rayos penetran más y más. Puede llegarse hasta que supriman paredes y se pueda ver a una distancia de varios kilómetros.

—Hombre; eso me parece muy bien. Hágame usted unas gafas de ese calibre.

—Imposible. Esa operación sería sólo posible realizándola directamente sobre el ojo humano; modificar el ojo natural convirtiéndolo en ojo X.

—¡Caramba!; pero el ojo X estará siempre incapacitado para el uso diario de la vida.

—A eso voy. Creo haber resuelto la dificultad con unas gafas aplicadas al ojo X, que tuvieran una opacidad graduable por medio de un diafragma.

—Al pelo. Se me ocurre una idea. ¿No sería fácil modificar uno de los ojos y dejar el otro tal como está?

—Pero, hombre, ¿olvida usted que no vemos con los ojos sino con el cerebro a través de los ojos?

—Se me había olvidado. — Después de unos instantes de meditación añadió. — Un caso concreto. Yo estoy con mi mujer, pero gracias al ojo X puedo ver una

hermosa señora que se halla a varios kilómetros de distancia, pongamos la Cleo de Merode o la Chelito. ¿No es así?

—Exacto.

—Pues, nada. Me someto a la operación. Aquí tiene usted mis ojos para que haga en ellos lo que le plazca.

—Poco a poco. Usted ¿qué se propone?

—Soy un filósofo. Me propongo simplemente desentrañar el misterio de la realidad, estar dotado de segunda vista y aun tercera y cuarta, como los automóviles con las velocidades, en resolución, ver claro. Este es el ideal de la filosofía; ver claro.

—Claro, claro. Pues a ello. La operación se la haré en su casa, porque conviene que después de ella permanezca usted unos días en cama con la habitación a obscuras.

Se hizo la operación y el hombre insensato hubo de permanecer en cama con la cabeza vendada, pero sucedió que como ya tenía los ojos X veía a través del vendaje, y lo que veía era poco agradable. Vió, uno de los días, que Rissotto cogía con mimo la barbeta de su propia mujer—la del hombre insensato, — y lo que es peor, otro día besó a la sirviente, sin que ésta manifestara ningún asombro. Pero el hombre era filósofo, y además estaba tan contento con los ojos X que no concedió importancia a lo sucedido. Sanó y dejó el lecho. Y aquí fué ella. El diafragma de las gafas no funcionaba bien. Los ojos X resultaban inútiles para satisfacer las necesidades de la vida usual. El pobre hombre no se atrevía a moverse, porque no veía lo que estaba al lado de él y pisaba el rabo al gato, tropezaba con los muebles y caía rodando por las escaleras. Estos ligeros contratiempos no estaban suficientemente compensados con la virtud penetrativa de los ojos X, los cuales no añadían claridad alguna a la visión. Columbraba, sí, vagos contornos de cuerpos muy lejanos, delante de los cuales se interponían sombras imprecisas, como de vidrio a medias traslúcido, y el resultado era de todo punto desconcertante y angustioso. Se daba el caso de ver, si a esto se puede llamar ver, una a manera de presunción de rostro femenino, y en él fundidos segmentos esfumados de una butaca, un buey, un queso de bola y un dedo gordo de un pie; un pisto, en una palabra. El hombre insensato quiso dibujar lo que veía, aprisionar gráficamente la realidad que se le escapaba, y éste fué el primer ensayo de lo que andando el tiempo había de denominarse pintura futurista.

Los ojos X ganaban día por día en acuidad, en penetración, en fuerza disolvente, de suerte que, en la sensación de aquel

Y con no poca sorpresa, lo que vió fué un esqueleto bailando...

hombre insensato la materia se iba cristalizando, haciéndose cada vez más trasparente. Y llegó un punto en que el hombre no vió nada, sino el vacío, un vacío desmesurado, cósmico universal; y se volvió loco, y lo llevaron a un manicomio.

Esta es la historia del hombre que por querer verlo todo llegó a no ver nada.

IV

Historia del hombre de la pescadilla

Patraña original de don Pablo. Esta patraña se ha hecho popular y muy conocida.

Este era un hombre que creía en la evolución de las especies; tan cándido era. Como daba por sentado que todos los seres pueden modificarse rápidamente bajo la influencia del medio, todo lo encontraba natural. Tenía los ojos redondos, hondos y lelos, como las vacas, que tampoco se asombran de nada, y era naturalmente perezoso y paciente, y, por lo tanto, buen pescador de caña.

Sentado en una roca, bajo el sol o la lluvia, pasábase horas y horas con la caña en ristre, y nunca pescaba nada. El gárrulo ir y venir de las olas le parecía cabal imagen de la vida, con los fenómenos fugitivos como las olas, todos iguales y todos diferentes, formándose y deshaciéndose en una algarabía alborozada e inútil. Por fin, cierta tarde, ya al obscurecer, este hombre flemático pescó una pescadilla, muy graciosa y traviesa. El hombre la destrabó del anzuelo y de la boca del pez cayó una gota de sangre en la mano del pescador. Como todos los que no creen en lo sobrenatural este hombre era estúpidamente supersticioso. Se le figuró haber cometido un crimen y que sus manos, como las de Lady Macbeth, estaban manchadas de modo tan indeleble que toda el agua de los mares no hubiera bastado para lavarlas. Entre tanto el lindo pez coleaba de una manera muy expresiva. Contempló el hombre al pez, y pensó que con sus ojillos le hablaba pidiéndole misericordia.

Este hombre, como lo encotraba todo natural, era incapaz de amar a nadie. No tenía mujer ni hijos y vivía solo como un cartujo, o como una lombriz-tenia, que también se suele llamar solitaria.

No se sabe cómo, mirando a la pescadilla, comenzó a sentir cierta afición hacia ella y se determinó a conservarle la vida. Llenó una lata con salmuera y metió allí la pescadilla, que al encontrase de nuevo en su natural elemento, hizo pintorescas cabriolas demostrando enorme satisfacción y agradecimiento a su modo.

El hombre compró una bonita pecera de bola para la pescadilla, y fué aficionándose a ella más y más cada día, hasta considerarla como menudo compendio de una familia entera. Se propuso inventar un lenguaje epiceno, por percusión sobre el vidrio de la pecera, para comunicarse con el animalito, y éste ponía una cara tan chusca que parecía entenderle.

Un día dijo el hombre a la pescadilla:

—¿Quieres que hagamos una pequeña experimentación evolutiva?

La pescadilla mostró cierta perplejidad. Era evidente que la teoría de la evolución no había llegado al mundo hidráulico en donde ella había vivido siempre.

—Me explicaré más claramente. Como quiera que los hombres, hace ya miles de siglos, hemos sido peces como tú, con branquias en lugar de pulmones, y poco a poco nos hemos ido habituando a asimilar el oxígeno del aire así como tú asimilas el del agua...

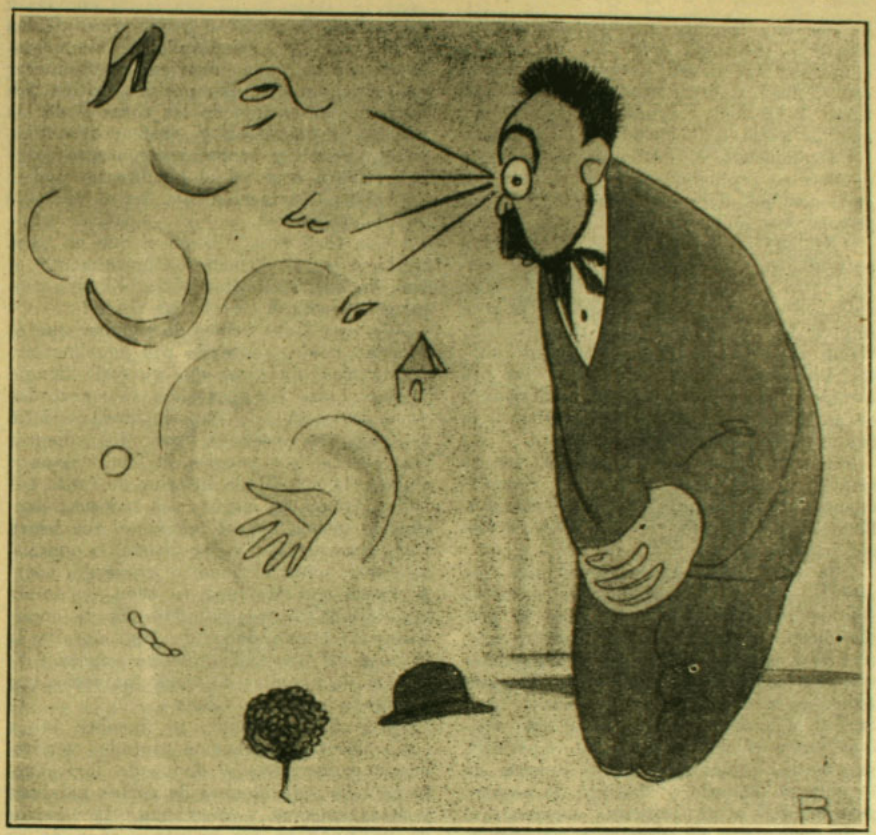
La pescadilla continuaba dando a entender que no se enteraba.

—Más claro aún. ¿Quieres que probemos a ver si te acostumbras a vivir fuera del agua como yo? Hasta te acostaré un día en mi propio lecho, como esposa legítima. Verás. Todos los días te saco un momento del agua. Cuando te sientas mal, meneas la cola, y te meto en seguida en el agua. Cada día estarás más tiempo fuera del agua, y así, poquito a poco, pasarás a ser un anfibio y, por último, un animal pulmonar.

La pescadilla dió tales botes en la pecera que no se dijera sino que quería salir cuanto antes.

El plan del hombre flemático se realizó tal como él lo había previsto. Lentamente la pescadilla se iba haciendo al aire atmosférico y permaneció en él una hora, dos, tres, todo el día, y para dormir volvía al líquido elemento. Por último llegó a dormir sobre la almohada del hombre flemático, y hasta a roncar, a través de las branquias. Y no sólo esto, sino que halló un sistema de locomoción, a saltitos, que era un gusto verla, y andaba así por toda la casa. El sistema de locomoción fué perfeccionándolo en términos que el hombre flemático la sacaba a la calle, de paseo, y el pez iba siguiéndole como un perrito.

Un día, estando de paseo por el muelle, la pescadita tuvo la desgracia de caerse al agua, y, "naturalmente" como se había olvidado de nadar, se ahogó.



...fué el primer ensayo de lo que había de llamarse pintura futurista.

V

Una aventura de Benigno Recio

Lo mismo cuando leía don Pablo que cuando leía don Agustín, media tertulia acompañaba la narración con asentimiento de cabeza, elevación de pupilas y sacadura del morro, gesticulaciones que expresaban respectivamente la conformidad lógica, la admiración artística y el deleite estético. La otra mitad permanecía inmóvil, reservada, fría, con el entrecejo aborrascado, por donde no era difícil comprender que no recibían con agrado el fondo ni la forma de lo que oían. En cambio cuando le llegaba el turno a don Pedro, piedra angular de la tertulia, rebajábase la admiración de los unos y aumentaba la de los demás, de suerte que todos se ponían en un tono homogéneo de recogimiento y de vivo interés.

A continuación copiamos una de las narraciones de don Pedro.

"El protagonista de esta historia, porque se trata de una historia y no de una ficción, hemos de suponer que se llamaba Benigno Recio, y era duque de Tirteafuera.

"No viene a humo de pajas el nombre ni la prosapia del protagonista.

"Quizás dudoso sea que las cosas lleven el único nombre que deben llevar. Parece demostrar lo contrario el hecho de que en cada idioma se las designa con diferentes palabras, y a veces la misma palabra sirve para significar distintos objetos y cualidades y aun antitéticos. Por ejemplo, "fea" en castellano quiere decir una mujer desprovista de belleza; "fair" en inglés, que se pronuncia "fea" quiere decir la mujer dotada de belleza, y también la mujer rubia.

"Pero, lo que sí parece incontrovertible

es que hay siempre una perfecta acomodación o identidad entre las personas y el nombre que llevan, o que por lo menos éste influye y determina casi siempre el curso de la vida y ayuda o embaraza, según los casos, a la conquista de la fama.

"Expliquemos el contenido del nombre de nuestro protagonista, la escala de sugestiones que despertaba en los que por primera vez lo oían.

"Benigno". Claro está que este nombre patronímico, que también puede ser adjetivo, se emplea como sinónimo de cosa dulce, dócil, aplaciente, cordial, fácil y sumisa. La benignidad es la primera condición que se requiere en el trato de gentes. Llamamos benigno a todo lo que nos sosiega, y así se dice "la benigna sombra de un árbol". En suma, lo benigno es lo que encierra algún linaje de bondad.

"Recio". Es lo que no cede, lo que se mantiene refractario a nuestros requerimientos, ya sean suplicantes ya vehementes. Lo recio es lo fuerte, y por lo tanto, acaba por imponérsenos.

"Se ve que el nombre y apellido de nuestro protagonista conflagran entre sí, son dos elementos en pugna. De la propia suerte, en el carácter del hombre existía esta mismo complejidad contradictoria, este continuo pendular desde la mansedumbre a la insolencia y desde la dulzura a la acritud. Como hoy se dice oscilaba entre el misticismo y el imperialismo, de los cuales, el primero consiste en la entrega plenaria y absoluta de nuestra personalidad a un principio sobrenatural y desconocido, y el segundo en la afirmación tiránica de nuestro yo sobre los seres y cosas de la realidad externa.

"Era duque don Benigno Recio, duque de Tirteafuera. Era aristócrata, o para emplear la palabra más usual, era noble. Era aristócrata, esto es, un individuo que había nacido por selección entre individuos de su especie, y a quien la herencia había dotado con caracteres depurados, con instintos briosos y con medios de fortuna para satisfacerlos. Era noble; es decir, que en todos sus actos, y, en último término, propendía a la liberalidad, a la remisión de culpas ajenas y largueza de dádivas, que es muestra de señorío.

"Tirteafuera". Curiosa coincidencia. Recio de Tirteafuera se llamaba aquel malhadado médico que tuvo casi en ayunas a Sancho mientras fué gobernador de la ínsula. Si le buscamos al caso algún simbolismo: ¿y por qué no se lo hemos de buscar? tal vez ello quiera decir que no debemos sentir glotonería por la vida, ni atracarnos de realidad y saciarnos de las cosas visibles asimilándolas alampadamente, antes bien conviene permanecer en todo punto en una postura crítica por fuera y por encima de las cosas y de los hechos, juzgándolos y traduciendo todo cuanto existe y acaece en conceptos claros, ciertos, como si el hombre no pudiera hablar satisfacción sino en el ejercicio de su inteligencia.

"Con todo esto, y como el que no quiere la cosa, ya tenemos esencialmente el tipo de nuestro protagonista. El tipo moral e intelectual. ¿Y el tipo físico?

"El tipo físico hemos de suponer que es también noble, adornado con aquellas circunstancias orgánicas que en todo tiempo y entre todas las razas han sido acatadas como muestras de superioridad; enjuto, aguileño, los cabellos lisos, los dientes bien asentados y parejos, la frente llana y abierta, la mandíbula inferior un tanto saliediza, las manos largas, las caderas estrechas lo mismo que el tobillo, el pie breve y de empeine alto, y por último, si queréis, un lunar sobre el hombro izquierdo, como es fama que Mahoma lo tuvo, y señala predilección de la divinidad. Es de creer, dadas la complejidades del tipo moral y la sutileza del tipo físico, que su sonrisa fuese una de aquellas sonrisas equívocas que movían a recelar a César.

"Por fuerza, siendo un hombre tal y como nosotros lo hemos pintado, vendremos a deducir que el duque de Tirteafuera es o ha sido hombre de cortas palabras y éstas sinceras y oportunas. Le hemos de imaginar en los primeros años de su vida, como un niño meditativo e inquietante, poco amigo de juegos, tenaz en sus caprichos, tan pronto hosco como tierno sobremanera, de esos niños que tienen ojos orbiculares y hondos, como los de los buhos, a través de los cuales parece como que nos mira la noche de los tiempos saturada de atávica melancolía, esos niños que sugieren el presentimiento de que conocen la vida antes de haberla vivido, favoritos de la muerte y de los dioses, según Menandro, y que si han de lograrse sólo es a trueque de olvidar aquel conocimiento infuso con que vinieron a la tierra.

"Luego, de mozo adolescente, es lo seguro que fué pronto en enamorarse y en forjar ilusiones, y no menos pronto en perder ilusiones y amor, ejercicios entrambos que oxidan la máquina cordial y le restan ímpetu y eficacia.

"Más tarde le vemos caviloso, preocupado a todas horas acerca de su destino,

preguntándose para qué y por qué ha sobrevenido en el haz de la tierra, afanoso por hallar la unidad de su conciencia, indeciso entre ser enteramente Benigno o ser Recio enteramente. No sabe como hallar su personalidad, si exaltándose o humillándose.

"Es hombre de sociedad. Frecuenta saraos, bailes, recepciones, tés, partidas de bridge, teatros, etc., etc. Sale de casa con frecuencia, va y viene en automóvil, recorre comarmas exóticas. El tedio le consume.

"Hélo aquí, una lluviosa noche de enero, en su automóvil; un Renault 40 H. P. con suntuosa carrocería Limousine, acolchado interiormente de muelles cojines color tórtola. La media noche anda por filo. El duque se dirige a un baile. Oprime un pequeño conmutador y se encienden unas bombillas eléctricas. Benigno Recio, duque de Tirteafuera, se aplica a repasar, uno por uno, todos los periódicos de la noche. Los hojea con dedos y ojos indiferentes, y los va arrojando al suelo, con desdén. Como todo le aburre exclama: qué estúpidos son estos periódicos españoles.

"Benigno Recio siente irreprimible ansia por romper con la normalidad de la vida cotidiana, con la vulgaridad de los fenómenos sociales y la inmutabilidad de los cósmicos. Ha apagado la luz eléctrica y a través de una ventanilla contempla el firmamento invernal. El cielo está ahora abrigado por una pelliza de nubes en vellones; misterioso pastor de pueblos. Desgárranse las nubes y asoman temblando dos estrellas. El duque se ve empequeñecido, miserable, anulado. Crispa los puños. Ah, ¿por qué no ha de poder el hombre desviar a su antojo la órbita de los astros y armonizar conforme a una pauta nueva los acordes siderales? ¿Por qué no ha de poder hundir esferas y levantar cataclismos? Todo esto quisiera hacer Benigno Recio, poca cosa.

El automóvil se detiene frente a la finca en donde se celebra el baile. Oyese, por lo confundido, el jadear dolorosamente grotesco de ese baile que llaman **two step**, inventado por negros bozales para regalo de blancos ociosos. Benigno Recio desciende del automóvil. Va a avanzar hacia la casa cuando le detiene una voz que se arrastra contrahaciendo serviles quejumbres. Es un mendigo, joven y robusto, que solicita un bien de caridad. Benigno Recio clava en el mendigo una ojeada arisca, y dice al propio tiempo:

—"¿Por qué no trabaja usted?

—"¿Por qué no trabajo? ¿Por qué no trabajo?—Se adivina en el mendigo gran vehemencia contenida. Ha ido enderezando el torso y se atreve a sostener la mirada del rico. Es un hombre ancho de tórax y bien repartido de miembros. Tiene el rostro demacrado.—¿Por qué no me dan que trabajar?—Su voz ha enronquecido, perdiendo la simulada quejumbre y ganando en virilidad.

"—Nunca falta algo que hacer.

"—Cualquier cosa haría yo.

"Recio siente que una gran alegría abismática, de indefinido linaje, le inunda y baña las entrañas, alegría casi tan grande como si por encantamiento le hubiera sido otorgado en aquel instante el don de mudar las órbitas de los astros. Siente que va a salir de la normalidad. Está ahora bajo la visera de vidrio que resguarda los

—Pues si voló, es natural que haya volado...

cuatro escalones de acero que dan a la vivienda. Mira hacia el piso de la calle, encharcado y con más de un palmo de cieno.

—"Cinco duros te puedes ganar, y con poco trabajo — susurra Recio, extrayendo del tarjetero un billete de cinco duros, que muestra al mendigo, el cual se repliega sobre sí propio, como alimaña famélica antes de saltar. En un segundo, Recio ha dejado caer el billete en el cieno y lo ha hundido, con el tacón de su acharolado escarpín de baile.—Para tí, si lo sacas con los dientes, delante de mí.

"Por lo menos, ahora, Recio no se aburre. La emoción, la divina emoción que no lograba hallar en nada, ni aun en las corridas de toros, ha vuelto a poseerle. Instintivamente se retira hacia la entrada de la vivienda, temiendo un ataque del mendigo. Este ha quedado mirando al rico, con ojos atónitos e indescifrables, boquiabierto, los brazos algo adelantados. Los dos hombres se miran durante unos

minutos. Por fin, el mendigo, con arranque violento, se precipita en tierra, hundiendo su rostro en el fango, hoza, hoza, jadeante. En ocasiones, tiene que levantarse a respirar, porque el barro le ha cubierto las narices, y entonces mira de soslayo al rico, que está también jadeante. Ya ha dado con el billete; se incorpora; inclina la cabeza procurando hurtar el rostro enlodado a las miradas del rico y a la vergüenza; intenta huir furtivamente a derretirse en la sombra.

"Benigno siente que una tristeza abismática, de indefinido linaje, le inunda y baña las entrañas.

—¡Oye!—grita al mendigo, y como éste no respondiera, repite:—¡Oye! ¡oye!

"El mendigo se acerca, con la cabeza gacha.

"—Cuatro billetes de cinco duros. Míralos bien.

"El mendigo hace ademán de marcharse.

"—Escucha. Los cuatro para ti si me das una bofetada con toda tu alma.

"El mendigo vacila.

"—Con toda tu alma.

"Y Benigno desciende un escalón adelantando el rostro.

"El mendigo gira sobre la cintura, toma vuelo y da un bárbaro bofetón a Benigno.

"—Aquí tienes tus cuatro billetes.

"Se enjuga con un pañuelo de seda el rostro, manchado de barro, y entra en el baile. En el "hall" encuentra a Lilí Segorbe, una adolescente que ha sido presentada en sociedad hace muy pocos días. Sus ojos son azules y cándidos; sus mejillas, modestas y cándidas; su boca, pulquérrima y cándida; su cuerpo, frágil y cándido. Y Benigno descubre en ella un género desconocido de belleza. Su corazón se esponja de ternura. Apenas si atina a saludar y balbucea:

"—Lilí, Lilí, Lilí....

"Como Benigno tiene leyenda, y es guapo y es un buen partido, Lilí se ruboriza y le mira con sus grandes ojos azules y cándidos. Y Benigno vuelve a decir:

—Lilí, Lilí...

VI

Oráculo manual

Se ha dicho que los miembros volanderos de la tertulia de La Araña se apropiaban las sentencias de los tres misteriosos ciudadanos, don Pablo, don Agustín y don Pedro, y se servían de ellas, andando el tiempo, como de código u oráculo manual con que opinar en casos difíciles.

En efecto, no era raro que en el curso de las discusiones en que a cada tres por cuatro se enzarzaba la tertulia, los conspicuos caballeros antes citados, exteriorizaran sus opiniones en forma sucinta, epigramática y proverbial, a la manera de esos sencillos dichos populares, llamados adagios, los cuales, en el sentir de algunos moralistas, son pequeños evangelios y tienen un valor casi religioso, y hasta hay quien defiende que son la voz de Dios. Por el contrario, no falta quien asegura, y uno de ellos fué aquel sabio fraile el P. Feijóo, que la mayor parte de los adagios son vocecillas sandias y sin fundamento, y que lo que uno dice otro lo contradice, y necio será el que les preste crédito.

Son en general, los adagios, al modo de la moneda fiduciaria, cuya circulación obedece al crédito de la firma que la autoriza. Para adagios y aforismos la firma es el ingenio y a su favor corre como verdad lo que no es sino agudeza. Algunos aforismos y refranes son verdades de clavo pasado, enunciadas con donaire. Otras veces son boberías, cuando no supersticiones, y el gracejo con que se muestran las impone y hace amables.

Y como la verdad no necesita de afeite ni aderezo para ser admirada, antes nada hay que tan bien le siente como la desnudez, síguese que la mayor parte de los aforismos o dichos epigramáticos son errores e imposturas, ataviados con decoro falaz, venenosas píldoras doradas. Los padres de la Iglesia son simpre sencillos y llanos; Voltaire es de consuno el más encarnizado enemigo de la Iglesia católica y el escritor más ingenioso de cuantos han existido.

En la tertulia de La Araña, don Pablo representaba el sentido patrístico o eclesiástico, neo si se quiere, es decir, la carencia de ingenio; don Agustín era volteriano, cáustico, irrespetuoso, en términos que merecían la reprobación de las personas de orden. Como no es ésta oportunidad de formar el oráculo manual de La Araña, coleccionando todas las sentencias dignas de perpetuación que allí se pronunciaron, nos limitaremos a reproducir algunas de las de don Agustín, porque se vea cuán descarriadas y groseras eran las ideas de este señor.

"La mina de todas las conocidas hasta ahora que ha dado mayores rendimientos y promete seguir dándolos, no está—caso curioso—en el suelo ni en el subsuelo de

...pescó una pescadilla...

la tierra, sino mucho más en lo hondo. Se llama el purgatorio."

"Un filósofo ha definido al hombre en general como "un animal de costumbres." Aun cuando la palabra "costumbre" y la palabra "hábito" significan la misma cosa, si decimos "un animal de hábitos", todos entenderán que la definición se ha circunscrito a una clase determinada de hombres."

Para don Agustín no existían virtudes ni hermosas cualidades, y aun aquellas que por consenso unánime de los pueblos han sido consideradas como merecedoras de los premios y reverencia, él las volvía del revés, convirtiéndolas en flaquezas y vicios feos. Así, definía el valor como "temor de que se le tenga a uno por cobarde."

Era de cinismo tan desenfadado que hasta se permitía burlarse de aquel versículo bíblico en donde para nuestra satisfacción y orgullo se nos informa de que Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza. "Sí — comentaba don Agustín. — a los blancos los talló en madera de abedul y a los negros en madera de ébano."

Sostenía que el único móvil de las acciones humanas es el egoísmo, mejor o peor entendido, y que la llamada conciencia moral y los remordimientos no son sino rectificaciones del egoísmo mal entendido, algo así como el que habiéndose por descuidado torcido un pie se lamenta de su descuido. Pecados y crímenes no son otra cosa que errores del egoísmo mal entendido. "La gastralgia—decía D. Agustín—es el remordimiento de un estómago culpable."

Con todos los elementos que hemos enumerado, claro está que la tertulia de La Araña tenía que ser en ocasiones maravillosamente pintoresca. En el próximo capítulo hacemos la narración de una sesión tumultuosa.

VII

Sesión tumultuosa

Para llegar hasta el zaquizamí penumbroso había que atravesar de punta a cabo el café. Aquella noche se tropezaron en la puerta don Pedro y un miembro neófito.

Par a par penetraron en el recinto y avanzaron hacia la tertulia: el neófito muy enchipado; don Pedro muy grave. El café estaba colmado de insólito griterío. Don Pedro, volviéndose paternalmente al tierno miembro habló:

—La sonoridad de los ríos está en razón inversa de su profundidad. Esta ley físico-acústica, querido...

Y con los ojos, blandamente insinuantes, don Pedro parecía solicitar del neófito la emisión de su nombre y apellido.

—Natalio Colondro — murmuró el neófito, inclinándose con ceremonia hacia la piedra angular.

—Esta ley, querido Colondro, es aplicable igualmente a las expansiones orales de los hombres. Ningún hombre razonable habla a voces; por eso los españoles, que son los animales políticos menos razonables, no hablan, que aullan. Y aun los hombres menos razonables, si ocurre que hablan o discuten acerca de asuntos dignos de cavilación, verá usted que el pensamiento les fluye en palabras mansas, lentas. La sonoridad de las conversaciones está en razón inversa de su profundidad. Y el desatentado alboroto de esta noche nos indica que algún hecho de extraordinaria levidad, algún hecho que no tiene ninguna importancia ha acontecido hoy en Madrid; que le han dado alguna oreja a un torero, quizás una crisis política...

—Hoy no ha sido día de corrida,—intervino el neófito Colondro;—y en cuanto a crisis, que yo sepa...

—Entonces, un crimen—aseguró don Pedro.

—¡Dos!—dijo Colondro, dándose una palmada en la frente.—¿Pues no se me había olvidado?

Llegaron al remanso, cuya superficie estaba en tales momentos erizada y febril, así como si una ventolina díscola esbozara sobre ella trazos huideros y absurdos. La reunión era nutrida, pero, faltando don Pedro, que además de profundidad era fuerza de cohesión, cada miembro propendía al desmoronamiento. Hablando varios a la vez, habían subido al diapasón alto; no se entendían. En llegando don Pedro, todo impulso travieso se serenó y las venas de la charla fueron enhebrándose en cauces regulares.

Sobre los veladores había periódicos abiertos con nauseabundos fotograbados. En uno se veía un cadáver desnudo, sobre una mesa de operaciones, y en torno de él un buen golpe de gente en aptitudes afectadas y con los ojos colgados del aparato fotográfico. No se podía distinguir si el cadáver era masculino o femenino. En otro, aparece una mujer muerta, en camisa y con los miembros enovillados, al pie de un lecho de madera y muy cerca de un objeto de higiene privada. Luego, algún que otro retrato de las víctimas y de los asesinos. Los dos habían sido crímenes pasionales. Los actores, en uno, de la clase baja; de la clase media, en buen acomodo de fortuna, en el otro. La víctimas, un hombre en el primer caso; una mujer en el último.

Aunque sin hablar, era evidente que don Pedro interrogaba con los ojos.

—Sí, sí,—rompió a decir Coterilla, decano de los miembros accidentales en aquella coyuntura;—si queremos proceder con tino en nuestro discurso, lo primero hagamos una exposición de los hechos, clara y concreta.

—¡Objetiva!—remachó Colondro.

Natalio Colondro era lector asiduo de Raniero Mazorral, periodista nesciente, desventajosamente conocido por haber llevado al artículo diario la frecuencia del tecnicismo filosófico, empresa para él tan expeditiva como coser un par de calzoncillos con la aguja de Cleopatra.

Don Pedro enderezó a Colondro una ojeada entre reprobatoria y despectiva, y Salustio Ortega, alias **Chanela**, terrible picador de toros, que de tarde en tarde venía a caer en la tertulia y no se había percatado de la condenación mímica de don Pedro, corroboró a su modo el vocablo de Natalio Colondro.

—Claroco, eze e el ojetivo.

La tertulia recibió con una sonrisa paternal y tolerante las palabras del picador de toros, el cual se sintió tan orgulloso como cuando clavaba sus mejores puyazos.

—Prosiguió Coterilla:

—Tenemos: un matrimonio de la clase media; un concubinato de la clase baja.

—Observación inmediata: la clase baja, que está más cerca de la naturaleza, esto es, que es más lógica al cumplir el fin de la propagación de la especie, repugna y desdeña aquel convencionalismo arbitrario, el matrimonio, sin el cual las clases media y alta no atinan a cumplir el mismo fin.—Así declaró don Pablo.

Y don Agustín, partiendo perpendicularmente al encuentro de don Pablo:

—Corolario inmediato: la clase media, que representa algunos grados más de civilización material y moral que la clase baja, complica las funciones naturales no con ritos arbitrarios, sino con obligaciones mutuas, con responsabilidades recíprocas, que esto es el matrimonio, lo cual quiere decir que el progreso de la huma-

nidad no es sino un desarrollo creciente de la conciencia de las limitaciones sociales de nuestra libertad individual. A los diferentes estados de este desarrollo algunos los llaman convencionalismos, muy mal llamados; mejor estaría convenciones, contratos implícitos, cuasi-contratos.

Hubo un silencio pesado. Don Pablo y don Agustín se miraban de reojo.

—¿Puedo continuar exponiendo los hechos?—preguntó Coterilla.

Don Pedro asintió con la cabeza.

—Tenemos: que tanto la dama como la concubina son desleales, o más llanamente, se la pegan al esposo y al amante. Ahora, descubierta la infidelidad, caballero y hombre de pueblo proceden de manera opuesta. El caballero mata a la esposa adúltera; el hombre de pueblo perdona a la mujer y asesina al cómplice.

—Observación...—se adelantó a comentar don Pablo.

—No hay observaciones por ahora. Se trata de dos problemas diferentes. El primero, es el problema del adulterio; el segundo, el de los celos—dijo don Pedro.

Estas concisas sentencias valían tanto como "quedan abiertas a pública deliberación las cuestiones del adulterio y de los celos". Pero Chanela, que había leído los periódicos y le andaba escarbando cierta duda en la mollera, se apresuró a decir:

—Un momento, señore. Dise er papé—y señalaba al "Heraldo"—que la herida de la zeñora presenta un orifisio d'entrá y dó de salía. Y yo me digo que ezo no pué ze.—Y se arrascó el occipucio, insensible como un capacete suberoso, por obra de los zamarrazos que había sufrido en los ruedos.

—¡Tiene gracia!—exclamaron algunos.

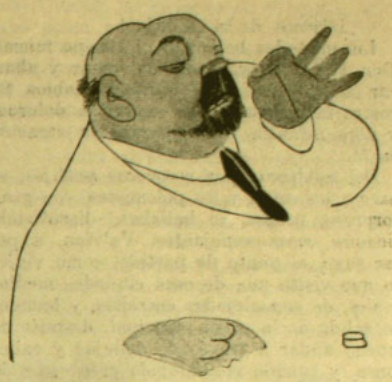
Y otros se reían alborozadamente. Palomeque, un hombre gordo que cultivaba el humorismo, aprovechó la oportunidad para insinuar un donaire:

—Querido Chanela, fíjate que en el cuerpo humano no existe proporción numérica entre los orificios de entrada y de salida.

—¡A ver, a ver!—refunfuñó el piquero, apretando las cejas.—Que yo me entere.

—Por ejemplo—elucidó Palomeque,—tenemos dos orejas, orificio de entrada y una sola boca, orificio de salida, con la cual, según dijo el filósofo antiguo, la naturaleza nos ha querido dar a entender que debemos oír mucho y hablar poco.

—¡Pero que mú bien hablao!—Y Chanela daba patentes señales de admiración, enarcando las cejas hasta la áspera raíz del cuero cabelludo. Como todas las personas rudas, era de atención muy tornadiza, y ya no se acordaba para nada de la duda



—España es todavía una nación informe...

que le había traído a mal traer, sino que ahora cavilaba si acaso Palomeque indirectamente se había burlado de él por haber hablado a destiempo. Y Chanela pensaba: "¿ez que he metío la pata?"

Inmediatamente se inició, sin que se sepa cómo, un vegetar y surgir eruptivo de opiniones contradictorias acerca del adulterio. Los casados, que eran bastantes, con las mejillas inflamadas y confundiendo a puñadas los mármoles, anatematizaban el quebrantamiento de la fidelidad conyugal —por parte de la esposa, claro está,—y sostenían que el honor sólo se lava con sangre.

—¿Se me permite—comenzó Posadas, hombre flaco, cincuentón y célibe—comunicar a los contertulios un documento que aquilata la monstruosidad del adulterio?

Sus palabras abrieron una pausa espectante. Posadas era un erudito, de ese linaje de hombres que, al decir de **Don Quijote**, "se cansan en saber y averiguar cosas que después de sabidas y averiguadas no importan un ardite al entendimiento ni a la memoria". Posadas extrajo de su bolsillo muchedumbre de cochambrosos papeles y los revisó con rapidez, hasta dar con uno que dejó de lado.

—¡Helo aquí!—susurró con gozo.—El adulterio es la infracción más grave de las leyes naturales, como se ve en el hecho de que hasta los animales brutos lo castigan. El jesuíta Leonardo Lessius, en su obra teológica "De justitia et jure", refiere cómo las cigüeñas acostumbran infligir suplicio a la adúltera.—Y colocándose los lentes se aplicó a leer:—**Tempore meo, ciconia tanquam de adulterio convicta...**

Y no pudo pasar de aquí, porque todos se echaron encima. Una voz iracunda rugió:

—¡Déjenos de zarandajas!

Luego, todos hablaban al tiempo mismo. Don Pedro se esforzaba en seguir y abarcar la conversación. No abría los labios. Su rostro manifestaba una expresión dolorosa y algo infantil. Nadie paraba la atención en él.

Del adulterio, por recovecos prolijos, se pasó a los celos, y los polemistas, con gran sorpresa propia, se hallaban discutiendo siempre cosas semejantes. Volvían, a pesar suyo, al punto de partida, como viajero que visita una de esas ciudades medioevales, de enmadejadas entrañas, y habiendo salido de la plaza principal, después de mucho andar a través de callejas y callejones, y cuando más alejado cree estar de

—Claroco, eze e el ojetivo...

él, encuéntrase en el mismo sitio de donde arrancó.

Cuando las discusiones se enredaban demasiado, por fuerza de la costumbre todos los ojos se volvían hacia las tres dimensiones fundamentales de la tertulia, como solicitando la solución. En una pausa de fatiga, don Pablo falló así.

—Los celos son una secreción irracional del instinto.

Y don Agustín contrafalló:

—Los celos son obra de la inteligencia A mayor inteligencia en el amante mayores y más agudos celos. Ya Stendhal decía: "El estudio que hice de las pasiones humanas robustece mis celos, porque veo todas las posibilidades".

Y don Pablo y don Agustín se miraron de soslayo.

Aquí don Pedro introdujo su mano izquierda en un bolsillo interior de la chaqueta. Cuando la sacó, aprisionaba con dedos temblorosos un manojito de cuartillas.

VIII

Historia de León o El celoso póstumo

Antes de comenzar la lectura compuso un gesto compungido, lejana aspiración de la sonrisa, como si dijese: "Ustedes perdonen la lata."

Don Pedro depositó las cuartillas sobre el velador y con despacioso ademán pasó el pañuelo sobre la frente, enjugándola de un sudor imaginario. Todos los espíritus convergían sobre el rostro de aquel hombrecillo enigmático. Comenzó con voz rasa, mate:

"León, o el El celoso póstumo".

Sustentaba la cuartilla con la mano derecha, y con la otra mano hacía danzar el dije de la cadena del reloj: un medallón con una malaquita tallada.

"Se llamaba León, y no Antonio o Lepe, porque su madre, cristiana rancia, como protesta de fe ante la impiedad del siglo, había querido que su hijo llevase el nombre de quien por entonces era Pontífice romano."

Don Pedro hizo una pausa.

"Han pasado veinticinco años. León está en edad y circunstancias de casarse. Es honrado, es trabajador, tiene un pingüe negocio que le acapara una buena parte de las horas del día; es casi feliz. León piensa en que casándose será enteramente feliz.

"Circunstancias físicas de León: ni alto ni bajo; ni gordo ni enjuto; ni guapo ni feo.

"Circunstancias intelectuales de León: poca sal en la mollera.

"Circunstancias morales: bueno como la mayoría de los hombres, como el blanco de plomo, por ejemplo, que puede simular una nube en el fondo del Tiziano o envenenar una persona, sin que él se dé cuenta.

"Circunstancias efectivas: excelentes, a base de inconsciente egoísmo, como la esponja, a la cual todos los líquidos le son simpáticos.

"León ha elegido para esposa una mujer cuyo nombre es Elvira, y aun cuando él no sepa de historias, la ha elegido conforme a aquellos dulces y sagrados consejos del código del Manú.

"Que tome por mujer una mujer bien formada, cuyo nombre sea agradable a los labios cuyo andar sea gracioso como el del cisne por el agua o el del elefante mozo, cuyos cabellos sean delgados y no cobrizos, los dientes menudos y los miembros de voluptuosa suavidad.

"Así era Elvira. Durante el noviazgo, León la torturaba sin tregua, a tiempo que a sí mismo se torturaba, porque era rabiosamente celoso, y como a Othelo

Trifles light as air
Seem to the jealous confirmation strong
As proofs from holy writ.

(Naderías no menos livianas que el aire se le antojaban pruebas tan fuertes como el texto de las santas escrituras).

"Elvira amaba a León; pero por mucha maña que se daba no sabía cómo libertarle de celos.

"Se casaron. Y los celos de León, caprichosos y sin raíces, aumentaban con los días.

"Andando el tiempo, el amor de Elvira se fué trocando por un modo insensible en afecto marital, algo así como adaptación orgánica o rutina de convivencia, semejante, aunque en plano más noble, a la afición que nos une a un par de botas usadas. Elvira llegó a darse cuenta de que León carecía de todo encanto personal. Sus celos, sin embargo, la lisonjeaban. "Pobrecito—se decía—¡cómo me quiere!" Y de buena fe pensaba corresponderle con amor equivalente. No tenían hijos. El tedio iba embotando el alma de Elvira. Cuando de atardecida, León retornaba al hogar, su mujer le recibía con indiferencia. "Es que está enamorada de otro. ¡Quizás me falta!"—pensaba León, y el pecho se le oprimía. Después tramaba y ejecutaba sútiles espionajes, por ver de sorprenderla, y viéndose defraudado, lo atribuía a torpeza propia, que no a la inocencia de Elvira.

"Quiso la casualidad que al pueblo en donde este matrimonio moraba aportase un garrido capitán de húsares, el cual hizo al punto muy buena amistad con León, y puso cerco a Elvira. El celoso León no echaba de ver nada de lo que acontecía, como en tales casos suele suceder, y no parecía sino que de propósito él mismo procuraba aquellos trances en que Elvira con dificultad podía defender su virtud.

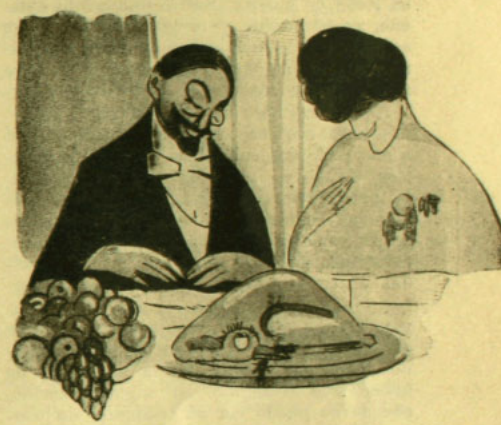
"El capitán le fascinaba, pero Elvira tardaba en caer. Al volver por las tardes León a su casa la mujer, por instinto, se abalanzaba a él y le envolvía en mimos que parecían ruegos, como buscando amparo y fuente de fortaleza con que luchar. Pensaba Elvira: "¿Engañar a León? Tan buena, tan bueno, tan inocente... ¡Jamás! ¡Jamás! Y no se atrevía a confesarse que estaba enamorada del capitán. Pensaba León: "¿Cómo he podido nunca dudar de Elvira? Es un ángel... Y cómo me quiere.

"Cuando Elvira andaba a punto de caer, León andaba a punto de curarse de sus celos. Cuando la mujer cayó, el marido alcanzó plena paz espiritual."

Don Pedro hizo una nueva pausa.

"Han transcurrido cuatro años. Después del primero, Elvira incurrió en adulterio varias veces. Todas ellas, pensaba la mujer, por fuerza de fatalidades irremediables y contra su más íntima voluntad. Se juzgaba inocente; al menos se esforzaba en considerarse tal, que los remordimientos le labraban la conciencia de cuando en cuando.

"Un día malhadado, León contrajo una pulmonía. Se puso muy grave, de sopetón. El médico lo desahució. Deliraba de continuo. En un intervalo lúcido, tomó a Elvira de la mano y le habló de esta suerte:



...fué servido en la comida nupcial...

"—Has sido un modelo de esposas. ¿Lo serás igualmente de viudas?

"Elvira no osaba hablar. Los remordimientos, con ocasión de la enfermedad de su marido, la acosaban. Continuó el moribundo:

"—Acuérdate que ante el altar me prometiste fe de por vida; no en tanto mi vida durase, sino mientras dure la tuya. ¡Acuérdate, acuérdate!—en sus rasgos hundidos apuntaba aquella contracción antigua de los celos rabiosos.—¿Crees en la inmortalidad del alma?

"—Sí—bisbiseó Elvira.

"—Sí. El alma no puede morir,—suspiró León, con el acento de un hombre que, jugándose la última peseta, murmurase: esta peseta no se puede perder. Añadió: —Prométeme que nunca te volverás a casar ni querrás a ningún otro hombre, sino que vivirás fiel a mi memoria.

"Elvira prometió con toda su alma,

León acarició la humillada cabeza de Elvira.

"—Y yo te creo. Pero si así no fuese, ten por cierto que desde el otro mundo seguire tus pasos, y no sería raro que si me faltas volviese en espíritu a darte un susto o un disgusto.

"La cama del enfermo estaba próxima a un ventanal y daba al jardín y patio de la casa. Por fuera de la ventana había una vid. León veía las hojas, de trasluz, y también el patio, con gallinas. Ocurrió que, en aquellos momentos un gallo penetró en el gallinero; le salió al encuentro el otro gallo que ya había, y se trabaron a pelear con furia. León observaba la escena desde su lecho de muerte. Sintió una sorda emoción en el pecho, y creyó advertir en su cerebro una a manera de imagen desgastada o reliquia remota correspondiente a una memoria cósmica."

Aquí don Pedro hizo un alto.

—Esto requiere una explicación.—Dejó a una parte las cuartillas, y comenzó a hablar.—Esto de memoria cósmica lo escribí para expresar ciertas impresiones, según las cuales no parece sino que antes de ser como somos, hemos sido de otra manera, hemos vivido una vida, o muchas vidas anteriores dentro de cuerpos orgánicos y aún inorgánicos... y aún como simples figuras. Sólo así se explica la grande emoción que nos producen los más sencillos esquemas. Yo tengo la seguridad de haber sido triángulo en alguna ocasión, porque no puedo ver un triángulo sin conmoverme.

Y en tanto a todos, menos al Chanela que dormía en estas alturas, les aguijoneaba la duda de si don Pedro hablaba en serio o de chanza, éste empalmaba la lectura:

"El verde traslúcido de las hojas de vid atrajo los ojos de León. Y aquel color, atravesando sus pupilas, se le derramaba dentro del alma con suavidad sedeña y lenitiva.

"—¡Cómo te quiero! ¡Cómo te quiero! —sollozó León—oprimiendo la mano de Elvira. Cerebro y corazón se le volatilizaran, se convirtieron en humo que buscaba la boca por donde evadirse, pero habiendo ido a parar a los ojos, les hizo llenarse de agua. León no veía, no sentía la mano de Elvira en la suya.

"**Estoy ya muerto**, pensó. Sin embargo, le quedaba aún una sensación de sequedad en la lengua; la única. **Pero estoy muerto**, volvió a pensar, acordándose vagamente de que algunas personas siguen experimentando, largo tiempo, dolor en un miembro que les ha sido mutilado. **Estoy ya muerto. Sí, estaba muerto.**"

Don Pedro hizo una nueva pausa.

"El alma de León está ahora libertada de la categoría del tiempo; pero no del espacio. Discurría por el aire a modo de vaho flotante e invisible. Estaba en ese lapso o intersticio que media entre salir de un cuerpo y volver a infundirse en otro."

Aquí Colondro no pudo mantenerse callado.

—Pero, don Pedro, ¿es usted budista?

Don Pedro respondió:

—En materia de religiones tengo la misma norma que para los vinos. No suelo beber, pero si bebo quiero un vino viejo, cuanto más viejo mejor. Los pueblos primitivos consideraban a los ancianos como ungidos de carácter sacerdotal. Y contra la fuerza del hábito y la opinión de las damas, un sacerdote joven no deja de parecerme siempre un poco sorprendente, como un perro en dos pies. Lo mismo digo de los filósofos jóvenes. Continuó leyendo:

"Andaba flotando el alma de León, y, como le faltaba voluntad y sentidos, iba de un lado a otro, a la ventura. Por todas partes recibía raras insinuaciones, que eran efluvios del mundo externo. Y él, que en vida había sido un poco romo, comprendía ahora infinitos significados del Universo. Y así, en emigración flotante, una fuerza misteriosa arrastró a aquella alma al patio de la que había sido su casa. En descuidado coloquio, Elvira y el que fué médico de León en su última enfermedad, entreteníanse en poner veinticuatro huevos a que los empollase una gran clueca, a la cual llamaban librada. El médico y Elvira habían acordado casarse al terminar el luto de la viuda.

"Y el alma de León, por modo sutilísimo e inefable que no puede infundirse a la palabra humana, descubrió entonces los adulterios de su mujer, y comprendió, casi con divina clarovidencia, que habían sido disculpables, necesarios quizás, y la perdonó, y la amó más que nunca, y empezó a enternecerse, esto es, a enrarecerse. Este enrarecimiento le fué fatal, porque, a causa de él, en aquel mismo instante su alma se infiltró dentro de uno de los huevos que empollaba Librada. El cual hueyo dió de sí un pollo que, en creciendo, mostraba la mejor gentileza y desarrollo de cuerpo, de tal suerte que lo dedicaron a capón, lo cebaron y con el aderezo de un guiso suculento, fué servido en la comida nupcial de la viuda de León y el médico."

Don Pedro rasgó las cuartillas. El **Chanela** roncaba.

El cuerpo del delito

A título de curiosidad, y como ilustración de la tirantez a que han llegado las restricciones legales en el país de la libertad, desde la declaración de la guerra a Alemania, reproducimos aquí un artículo sensacional publicado en el Magazine "Metropolitan" de Nueva York, del cual es redactor-jefe el ex-Presidente Roosevelt. La edición de marzo de dicho magazine fué confiscada por el Correo y se entabló proceso contra los editores. Sin embargo, un ejemplar llegado de algún modo al extranjero dió ocasión a que la mordaz ficción de Hard fuera conocida y traducida. **Pacífico Magazine** la reproduce pues, simplemente como una información rara que ha de interesar más por las circunstancias que por la intención.

Con un grabado.

¿ES HONRADO ESTADOS UNIDOS? (1)

Conversación imaginaria entre Guillermo II Emperador de Alemania; Woodrow Wilson, Presidente de los Estados Unidos; Eleuterio Venizelos, primer Ministro de Grecia, y Vicentino Evangelista, bandido dominicano.

El Kaiser dijo: —Fué aquel discurso vuestro de 5 de marzo de 1917, señor Presidente, una pieza oratoria relampagueante y que marcará una época... ¡colosal!

—¿Me permitiréis deciros—contestó Mr. Wilson—que me causáis una sorpresa? Todo lo que yo dije en ese discurso es que los gobiernos derivan todos sus justos poderes del consentimiento común de sus gobernados.

—Naturalmente— replicó el Kaiser,— en vuestra posición es necesario y, por consiguiente, hábil, el decir semejantes cosas. Pero claro es que no va usted a permitir que el pueblo de Puerto Rico se dé a sí mismo un Gobierno propio. Ya lo creo que no. Poseéis vosotros a Puerto Rico, por la guerra, por derecho de conquista, por una bendición del dios de las batallas, por la justicia suprema de la supervivencia biológica, y pensáis, naturalmente, retenerlo. Nada más justo. Por tanto, me desentiendo de las concesiones que hacéis en vuestros públicos speeches a los idealismos románticos de vuestros vasallos... Yo también soy un hombre de Estado...

Las conquistas de la Paz, no las de la Guerra

El Kaiser hizo una ligera pausa, durante la cual sacó de su bolsillo una medalla que le fué concedida por las Potencias Centrales de Europa, por su discurso pacifista de Bremen, en el cual se expresó así: "**Alemania desea las conquistas de la paz, no las de la guerra**"... prendió esa medalla sobre su uniforme, y continuó:

—En lo que yo estaba pensando, es en aquel magnífico pasaje de vuestro discurso, en que hablasteis de las revoluciones, que son tan enfadosas. Aparecísteis en él firme y resuelto, armado de todas armas, en contra de los movimientos revolucionarios. Y fuísteis más lejos todavía. Declarasteis que todos aquellos a quienes Dios ha puesto a la cabeza de pueblos, debemos unirnos y respaldarnos unos con otros, en común y concertada resistencia, contra las revoluciones. Vuestras palabras fueron estas:

"**La comunidad de intereses y de poder de que la paz tiene que depender de hoy en adelante, impone a todas y cada una de las naciones el deber de vigilar que todas las influencias procedentes de sus propios ciudadanos, encaminadas a alentar o a ayudar movi-**

(1) Este y los demás subtítulos fueron puestos por nosotros.—(N. de la R.)

mientos revolucionarios en otros países, deben ser enérgica y efectivamente prevenidas y suprimidas''...

Amigos americanos de la democracia alemana

...¡Estas sí que fueron palabras viriles, querido señor Presidente, ultra-viriles! Pero yo se las recuerdo a usted, ahora, por una razón especial. He tenido ocasión de observar, últimamente, no sin gran tristeza, el más penoso apoyo de vuestros súbditos a los impulsos y movimientos revolucionarios en Alemania. Esto lo practican abiertamente vuestros periódicos, que incitan a mis súbditos a derribarme, y muy particularmente lleva a cabo esa obra una colectividad de creación reciente, que se llama nada menos que **''Amigos Americanos de la Democracia Alemana''**. Más todavía: tengo noticias de que la tal organización deriva su apoyo, directamente, de vuestro consejero privado, George Creel, que es el jefe de vuestro Departamento de Propaganda. Claro es, pues, que tales gentes, según vuestras propias palabras, deben ser **''prevenidas y suprimidas''**. Pero he aquí que con grande asombro mío, me encuentro, al seguir mis investigaciones, que esos señores se apoyan en otro discurso vuestro, en cierto discurso que vuestro Ministro de Relaciones, cuyo apellido se me olvida siempre, transmitió a Su Santidad el Papa, y en el cual campea esta fórmula:

''No podemos tomar la palabra de los actuales gobernantes de Alemania como garantía de nada que deba ser durable, a menos de que se cuente con el apoyo explícito conforme a evidencia concluyente, de que tales sean los propósitos y la voluntad del pueblo alemán''.

Convendréis conmigo, señor Presidente, en que semejante fórmula tiene una significación demasiado clara, y ya me está ella produciendo demasiados embarazos en Alemania, Los elementos de la violencia están actuando con ella, agitando con ella. Eduardo Bernstein, que es allá algo así como vuestro Morris Hillquit, que os da tanto que hacer, está escribiendo artículos acerca de ella. Cientos de miles de la última capa social, gentes bajas, ignorantes y animadas de violencias contra el Gobierno en toda Alemania, no cesan de hablar de vuestra fórmula. Ese sentimien-

to de patriotismo y de lealtad que usted aquí le exige a Morris Hillquit, allá es exterminado y anulado por vuestra propaganda, y esas gentes incitan francamente a sus compatriotas a levantarse contra mí y a establecer un nuevo Gobierno de violencia, como el de Rusia. Yo apelo, pues, a vos mismo: después de que habéis declarado que ninguna nación debe secundar las revoluciones en un país extraño, ¿es justo, es debido, es decente de vuestra parte el estar alentando una revolución en Alemania?...

El Kaiser esperó la respuesta, y Mr. Wilson encontró una, casi inmediatamente:

—Yo me quise referir a las Américas—dijo.—Tal debe haber sido mi intento. Aquí en América hemos tenido demasiadas revoluciones. Han llegado ya a ser un fastidio. Todo mi tiempo me lo quitan, enviando mensajes y marinos. Ya eso es mucho. Tengo que pronunciarme, sin vacilar, contra las revoluciones en este hemisferio occidental...

—¿Y no sería bueno—le replicó el Kaiser,—que al publicar vuestros discursos y teorías cuidaseis de ponerles notas geográficas al pie?

—Mi política es muy clara—replicó Wilson;—yo estoy contra las revoluciones en el hemisferio occidental.

Habla Vicentino Evangelista, el célebre dominicano

Saltó entonces Vicentino Evangelista, el célebre dominicano, y dijo, cruzándose de brazos:

—Alto ahí, Mr. Wilson! Yo soy un espectro en esta mesa. Ha dicho usted que está contra las revoluciones en el hemisferio occidental. Y yo sé que usted fué a Santo Domingo y suprimió nuestra revolución con sus marinos. Pero... ¿qué era lo que usted había dicho en 8 de enero de 1915? En esa fecha memorable, usted dijo esto:

...**"Hasta su última revolución, el ochenta por ciento de los mexicanos jamás se habían curado de determinar qué era lo que debía ser su Gobierno. Y ahora yo me declaro por ese ochenta por ciento. No me concierne a mí ni os concierne a vosotros cuánto tiempo se van a tomar para determinarlo, ni nos importa en qué forma lo determinarán. Ese es asunto de ellos. El país es de ellos. El Gobierno es de ellos. ¿Acaso las naciones europeas no se han tomado todo el tiempo que les ha parecido y no han derramado toda la sangre que les ha dado la gana para arreglar sus asuntos? Y ahora le vamos a negar ese derecho a México, porque es una nación débil? Yo digo que no, redondamente"**...

—Eso fué, señor Presidente, lo que usted dijo el 8 de enero de 1915. De lo cual deduzco que sí está usted por las revoluciones en el hemisferio occidental. Y yo entonces estuve cierto de que era en usted en quien podíamos fiar los revolucionarios de este hemisferio. Pero usted fué entonces a Santo Domingo, con sus marinos, y nos arrancó el pan de la boca a todos los hombres honrados que estábamos luchando por nuestra revolución. Y yo le pregunto, señor Presidente... ¿fué eso debido? ¿fué eso honrado?

Mr. Wilson dejó caer una fría mirada de través sobre Vicentino Evangelista, y dijo:

—Usted olvida algo. Usted olvida que yo no envié mis marinos a Santo Domingo, sino algún tiempo después, en mayo de 1916. El speech que usted me ha recordado, lo pronuncié, como usted bien lo dijo, el 8 de enero de 1915. Pero entre esa fecha y mayo de 1916, dije algunos otros discursos. Uno de ellos—se lo recordaré a usted—el 6 de enero de 1916. En este último tomé una actitud decidida en contra de las revoluciones. Llegué hasta sugerir un acuerdo internacional que llegara a hacer imposibles las revoluciones en el hemisferio de Occidente. Sugerí que **"todas las naciones americanas se comprometieran a prohibir la exportación de municiones de guerra, cuyo destino fuera ayudar a revolucionarios.** Ya ve usted, pues, que cuando yo intervine en Santo Domingo, en mayo de 1916, no fué sino estrictamente de acuerdo con mi política, claramente expresada, de oposición a las revoluciones...

Pero Evangelista rehusó a volver a su asiento y dijo:

—Perfectamente. En 1916, usted no estaba ya por las revoluciones. Pero en 1915 sí estaba usted por ellas, como lo ha dicho antes. Pero, ¿cuándo fué cuando usted mandó sus marinos a Haití?... Fué en 1915. Estoy hablándole a usted, a su conciencia. Habría usted tenido derecho para intervenir en Haití, en 1916... pero, ¿lo tenía usted en 1915?...

—Evangelista—dijo Mr. Wilson—un solo hecho será suficiente para contestarle. En el año de 1916, en el mes de mayo, en aquella parte del hemisferio occidental, que está en-

cerrada dentro de las líneas divisorias de Santo Domingo, yo estaba en contra de las revoluciones.

—Ahora bien—terció el Kaiser,—ya empezamos a entendernos. Los principios son cosas de tiempo y de lugar, ¿no es eso? Yo siempre lo he creído así. Y usted, ahora, tiene que admitir esto.

Vicentino Evangelista comenzó, de nuevo, a mover los brazos, como disponiéndose a decir un nuevo discurso. Pero Venizelos le interrumpió, diciéndole:

Venizelos entra en escena

—Siéntese usted. Deje que otros hablen por un momento. Señor presidente, creo que debo detenerlo á usted, al llegar a este punto. Con toda seguridad sus principios deben ser tales que respondan a las necesidades de ambos hemisferios; pero si usted juzga que debe hacerse entre ellos alguna distinción, es evidente que debe, no sólo expresarla, sino formularla con una claridad absoluta. Considere usted el caso mío especial. Yo soy ahora el Primer Ministro de un país que fué la cuna de la civilización occidental. Y sin embargo, usted sabe bien que en mi juventud yo no fuí, por algún tiempo, sino un rebelde revolucionario en mi nativa isla de Creta. Sin duda, usted no habrá dado al olvido que llegué hasta sufrir un bombardeo en mi pequeño campamento de camaradas, rebeldes como yo, en Akiori, sobre la costa de Creta, y que los que nos bombardearon fueron las Grandes Potencias, Francia, Rusia, Italia e Inglaterra... ¿Y por qué?... Porque esas Potencias tenían el compromiso de mantener la integridad territorial de Turquía, y porque Creta era una de las posesiones turcas. Creta era entonces, como lo es ahora, griega por la raza, griega por las costumbres y griega por el alma; pero era una posesión de Turquía, y las Potencias tenían el compromiso de mantenerle su integridad territorial... Porque vosotras, Grandes Potencias, tenéis siempre gusto en sostener esas integridades de otras Potencias Grandes, aunque sea desafiando las voluntades de las poblaciones esclavizadas. Usted mismo, señor Presidente, acaba de comprometer a los Estados Unidos a mantener la integridad territorial de una Potencia actual, tan viciosa y tan cruel como la misma Turquía. Sí, señor, usted ha hecho eso. En su discurso de 4 de diciembre de 1917, usted ha dicho: "**Nosotros no deseamos, en manera alguna, menguar o recomponer el Imperio Austro-Húngaro**"... Pues bien, la Bohemia es hoy en día una raza sujeta al Imperio de Austria Hungría. Y refiriéndose a esa misma raza, había usted dicho en 14 de octubre de 1917... "**el altivo Estado de Bohemia**"; añadiendo al hablar de su pueblo, que... "**sólo por la fuerza bruta se le podía tener sujeto, pero que él deseaba ardientemente dirigir sus propios asuntos**"... y agregando, por último, que... "**no se contentarían nunca con nada que no fuera su absoluta independencia**"... Y *eso no obstante, cinco meses* después, en diciembre 4 del mismo año, fué cuando ya apareció usted diciendo que "**no es su deseo menguar ni recomponer en manera alguna el Imperio Austro-Húngaro**". A eso es a lo que conduce la pasión de las Grandes Potencias para la perpetuación de las Potencias Grandes... ¡Muy bien!... Nosotros los griegos oprimidos de Creta, nos levantamos contra los turcos. Porque las grandes Potencias no podían ni querían protegernos contra el asesinato, la depredación y las degradaciones. Teníamos, pues, que protegernos solos. Nos levantamos. Y ahora el mundo entero reconoce que hicimos bien. Mas para aquel levantamiento necesitábamos armas... ¿Y de dónde?... Creta no era una tierra con fábrica de municiones. En ninguna tierra de oprimidos permiten los opresores que esas cosas se hagan. Tuvimos que procurárnoslas de afuera. Y las tuvimos. Y con ellas ganamos nuestra contienda. Con el tiempo las Potencias aceptaron nuestra manifiesta determinación, y asintieron a nuestro manifiesto derecho. Creta se unió a Grecia, y yo, el revolucionario de antaño, el puesto fuera de la ley, ya entonces Ministro de la Corona en Grecia, estuve en Atenas, para dar la bienvenida a los primeros diputados de Creta en el Parlamento griego... ¿Me va usted a decir que no estuvimos en lo justo?... Pero ustedes mismos, los americanos, ¿cómo hicieron su revolución de independencia contra Inglaterra?... Francia surtió de armas a sus sublevados... Pues bien, señor Presidente, no le queda a usted otro recurso más que declararse en favor de las revoluciones, y permitir a los revolucionarios que se procuren armas...

—Sí, señor,—dijo Evangelista,—y salirse cuanto antes del "**altivo Estado de Santo Do-**

mingo, que no se contentará nunca con nada que no sea su absoluta independencia''...

Evangelista se había retirado hacia el ''buffet'', en donde bebía, permaneciendo de pie. Venizelos sonreía. El Presidente se inclinó un poco hacia adelante, para responderle, bastante desconcertado, pero de una manera enfática le dijo:

Wilson, todo desconcertado, responde enfáticamente

—Señor primer Ministro: Usted, y—si me es permitido decirlo—Evangelista al lado de usted, no participáis del todo de mi parecer. Ambos a dos estáis, si la expresión se me permite, un poco atrasados en vuestras maneras de pensar. Los dos sois ''**nacionalistas**''.. Pero el ''**nacionalismo**'' no basta. Hay otra cosa que se impone, y es el ''**internacionalismo**''. Tanto ese asunto de Creta como el de Bohemia, no pueden ser propiamente resueltos por simples levantamientos nacionalistas. Hay que reunir el Consejo Común de todas las naciones. Así lo he proclamado yo. Yo entiendo que la justicia internacional debe ser una entidad internacional también. En mi discurso de 5 de marzo de 1917, dije:

''Todas las naciones están interesadas, por '' igual, en la paz del mundo y en la estabi- '' lidad política de los pueblos libres, y son, '' por lo mismo, igualmente responsables en '' su sostenimiento''...

He ahí el verdadero principio. He ahí el principio **internacionalista.** Cualquier cosa que agreguéis respecto de mí, debéis antes admitir que en lo más grande de todas las cosas, radicalmente justo y radicalmente claro, soy un ''**internacionalista**''. Soy el más grande de los ''**internacionalistas**'' del mundo. Soy el promotor principal de la idea de una Liga de las Naciones. Esa es la contribución que da Estados Unidos para el imperio de la justicia en el mundo, para la organización universal. Esa es mi obra. El internacionalismo resolverá todos esos problemas, y Estados Unidos es el caudillo del mundo, el que encuentra el camino del mundo, el preceptor del mundo, por el precepto y por el ejemplo en internacionalismo...

Estados Unidos es la nación menos ''internacionalista'' del mundo

—¿De veras?...—dijo el Kaiser.—Pues yo afirmo todo lo contrario, o sea que Estados Unidos es la menos ''internacional'' de todas las naciones del mundo. Sin excepción ninguna, no hay otra nación más anti-internacional que los Estados Unidos. Y ahora sí creo que hemos llegado al verdadero punto de esta discusión, a la razón única y verdadera: os hacéis sospechosos a toda Europa, a la razón positiva por la cual vuestra ''ofensiva'' diplomática en contra de mi trono, no llega, en realidad, a sacudirlo; a la razón única por la cual no habéis llegado a convencer a los rusos de vuestra sinceridad democrática internacional. Esa razón se enuncia muy fácilmente: Los rusos y la mayor parte de los alemanes no os tienen a vosotros por sinceros. ¿Y por qué? Pues simplemente porque ''**no sois**'' sinceros. Porque estáis a mil millones de leguas de la sinceridad. Y voy a probároslo:

''Vosotros os presentáis—como acabáis de decirlo—como los supremos internacionalistas del mundo. Reprocháis al Austria que haya atacado a Servia sin acceder a oírla en una conferencia con otras naciones. De allí nació esta guerra. Pero vosotros, a vuestra vez, ¿qué hacíais? En aquel mismo año, en aquel mismo mes de julio de 1914, os preparásteis para atacar a Haití, sin haber querido aceptar cooperación ninguna, de ninguna especie, con otra nación, cualquiera que ella haya sido... ¿Vais a negármelo?... Pues voy a refrescar la memoria...

''En julio de 1914, cuando os estábais preparando para asumir vuestro actual control, a viva fuerza, de las aduanas y de todas las instituciones de Gobierno de aquella República, vino a vosotros el Gobierno francés. Vino Francia y os expuso que no era sino muy justo que estando ella también interesada en Haití, se la admitiese en la consideración conjunta del problema, con vosotros, en vuestros propósitos. Y la rechazásteis categóricamente. Negasteis que la paz de Haití fuese un asunto internacional, sosteniendo que lo era exclusivo de Estados Unidos. Y procedísteis, en tiempo, inundando a Haití con vuestros marinos, estableciendo, por la fuerza, un exclusivo control americano de todas las aduanas haitianas; de la Tesorería Nacional, que refundísteis y alojasteis en un Banco americano de Port-au-Prince; y del ejército haitiano. Permitid, señor Presidente, que os hable con toda claridad: en vuestras palabras sois, en verdad, el más grande de los internacionalistas. Pero en vuestras ac-

ciones sois el más absoluto de los monopolizadores... Porque monopolizáis todo el hemisferio occidental, y de allí vais al oriental con la pretensión de que vais a enseñarnos internacionalismo... Servia es un país de agitaciones en el Sur de Austria. Haití es un país inquieto al Sur del vuestro. Y Austria, en vuestra opinión, respecto de Servia, está en el deber de someterse a la Liga de las Naciones. Pero vosotros, con respecto al Haití, no debéis someteros sino a vosotros mismos... Pues bien, señor Presidente, yo os pregunto: ¿creéis que de esa manera podáis ejercer el poder del convencimiento? ¿Qué es con lo que usted piensa, con sus palabras, o con sus acciones?.. Y si es con sus palabras, ¿con cuáles de ellas?...

El pueblo norteamericano no abandona la Doctrina Monroe

—Nunca—replicó Mr. Wilson—nunca el pueblo norteamericano me ha hecho saber su voluntad de abandonar la Doctrina Monroe.

—Exactamente—contestó Venizelos,—y he allí precisamente, que la dichosa Doctrina Monroe ha sido la causa verdadera de esta guerra.

Wilson y el Kaiser se miraron el uno al otro, largamente, en el colmo de la sorpresa, y Venizelos, aprovechándose de su asombro, siguió hablando de este modo:

—Concededme nada más que cinco minutos—dijo,—y voy a probaros lo que acabo de afirmar... Retroceded conmigo al tiempo en que la Doctrina Monroe fué proclamada. Fué aquella una época de revoluciones. En Grecia, en Italia, en las colonias españolas de América, en España misma, los pueblos estaban en plena revuelta. Sabéis muy bien, que George Canning, en nombre de Inglaterra, sugirió a los Estados Unidos que ambos países hicieran una declaración conjunta de carácter internacional, a fin de proteger a las ex-colonias españolas contra el peligro de una reconquista por parte de España, apoyada por aquella liga de Rusia, Prusia, Austria y Francia, que se conoce en la historia con el nombre de "La Santa Alianza"... Pero creo que pasáis por alto un hecho muy importante, y es el siguiente: Una parte de aquella declaración conjunta internacional, consistía en que los Estados Unidos se habían de comprometer a no extender su dominio a ninguna de las ex-colonias, firmando Inglaterra un compromiso idéntico. Vuestro secretario de Estado en aquella época, John Quincy Adams, hombre de habilidad positiva, se opuso resueltamente a echar sobre los Estados Unidos un compromiso semejante. Es que él veía venir el día en que alguna o algunas de las colonias españolas debían caer en poder de la Unión Americana. Y vuestro Presidente Monroe siguió el consejo de John Quincy Adams, rehusando aquella declaración conjunta que le proponía Inglaterra, y lanzando, en vez de ella, la doctrina que lleva su nombre, en la cual se expresa la determinación de los Estados Unidos de reservarse en ciertas materias todo el hemisferio occidental exclusivamente para sí mismo... Pero ¿a qué precio?

"Vosotros adquirísteis, es verdad, la influencia sobre este medio mundo, occidental, en el cual no debería permitirse otra expansión imperialista que no fuese la vuestra; pero... vuelvo a preguntar, ¿a qué precio?... Porque precio tenía que haberlo, y vosotros lo pagasteis. Y ese precio fué, nada menos, que el abandono, por parte vuestra, de la democracia en Europa... En el año de 1882, que precedió a la aparición de la Doctrina Monroe, el pueblo griego, en Grecia, se alzó contra la dominación turca y se votó una Constitución democrática. Muchos de los estadistas americanos sentían una simpatía muy grande por la Democracia, en donde quiera que ella apareciese, pero muy especialmente por los griegos, y quisieron hacer entonces práctica esa simpatía. Así fué que, aprovechándose de la propuesta de Inglaterra, en relación con las ex-colonias de España, vieron ellos una buena coyuntura para arrojar todo el peso de los Estados Unidos en el platillo de la balanza a favor de la Democracia en Europa.

"James Madisson sugirió al Presidente Monroe que indicase a Canning la conveniencia de que Inglaterra se uniera a los Estados Unidos en otra declaración conjunta a favor de los griegos. John Calhoun fué de opinión que los Estados Unidos debían reconocer formalmente al nuevo Gobierno griego emanado de la revolución. Henry Cley pensó lo mismo, y lo propio sugirió Daniel Webster. Este último presentó una moción en el Senado, en ese sentido, y la fundó en un discurso que llegó a ser a sus ojos el favorito entre todos los de sus combates oratorios. Ya antes de ellos, Webster había dicho: "Creo firmemen-

te que tenemos con los griegos una comunidad tan grande como con los habitantes de los Andes. Y a su turno, Alberto Gallatin había expresado esto: "Los Estados Unidos deben mandar una escuadra al Mediterráneo en ayuda de los griegos, y deben hacer un empréstito a su Gobierno o hacerle una ayuda, en guisa de subsidio, de dos millones de dólares cuando menos".

"La influencia de aquellos grandes estadistas fué muy perceptible en la redacción primitiva de su Mensaje al Congreso. Aquel borrador contenía—como nos lo afirma la palabra de John Quincy Adams, en su valioso diario—un amplio reconocimiento de los griegos como nación independiente, y además una recomendación al Congreso para que votara el gasto que reclamara el envío de un Ministro diplomático acreditado en Atenas.

"Pero, señor Presidente, como usted lo ve, fué imposible para los Estados Unidos ejercer acción alguna internacional en Europa, desde el momento en que arrojaban a esta de América, quedándose esta internacionalmente solitaria. El Presidente Monroe, en consecuencia, no tuvo más remedio, como vos lo recordaréis, señor Presidente, (aunque eso no lo sepa Su Majestad Imperial aquí presente) que corregir su ya preparado Mensaje, eliminando de él tanto lo del reconocimiento del nuevo Gobierno griego revolucionario, como la recomendación para mandarle una misión diplomática. Limitóse, pues, a lanzar su famosa Doctrina Monroe, que confirió todo un Continente a la influencia práctica de los norteamericanos. Fué aquella, señor Presidente, vuestra oportunidad, única en la historia, para elegir entre un internacionalismo mundial y vuestra Doctrina Monroe... Optasteis por esta última... ¿Y con qué resultados?... Los griegos apelaron de vuestra elección...

Todo esto es colosal en demasia

—Creo—dijo a esta sazón el Kaiser,—creo de mi deber interrumpiros. Todo esto es colosal en demasía. Y ahora es cuando empiezo realmente a admirar a estos norteamericanos. Ellos hablan de su Doctrina Monroe como si fuesen unas nuevas tablas de la ley que les hubieran bajado del monte Sinaí. Los europeos somos, en su concepto, unos malvados, a quienes urge mantener lejos de este occidental hemisferio. Tenemos Estados-vasallos. Su Excelencia, el señor Presidente, no se causa nunca de echarme en cara mi influencia sobre Austria-Hungría y Bulgaria y Turquía... Pero... ¡Dios poderoso!... Yo no tengo ni brizna de influencia sobre tales países si la comparo con la que Su Excelencia disfruta sobre todos los pueblos que él tiene al Sur. Vengo armado de datos para afirmarlo así...

El Kaiser echó, de nuevo, mano a sus bolsillos.

El "Subcomité de datos desagradables"

—Tengo aquí—dijo—algunos apuntes del último informe rendido por el "Subcomité de Datos Desagradables", al Ministerio de Datos Universales. Algunos de ellos son—debo confesarlo—en extremo desagradables para mí. Porque prueban que estos norteamericanos están simplemente ahitos con Estados-vasallos, todo en derredor del Mar Caribe.

"Cuba... Los cubanos votaron una Constitución que no concedía a los norteamericanos derecho ninguno para intervenir en Cuba y no les concedía ninguna base naval. Los norteamericanos, entonces, rehusaron retirar sus tropas hasta que se les concedió aquel derecho de intervención y obtuvieron la base naval deseada. Todo eso lo tienen ahora... Estado-vasallo.

"Haití... Administrador General de Aduanas, norteamericano. Consejero General de Hacienda, norteamericano. Control de todos los ingresos y egresos de la República y de la manera de hacer los gastos públicos... también norteamericano... Estado-vasallo.

"Santo Domingo... gobernado por el Ministerio de Marina de los Estados Unidos. No existe allí otro Gobierno. La primera noticia que tuvimos de ello en Alemania, fué cuando se nos ofreció comunicarnos con el Estado libre e independiente de Santo Domingo. Nos enteramos de que el Ministro de Relaciones Exteriores era un tal Rufus H. Lane. Nos pareció ese un extraño nombre para un dominicano. Averiguamos y pusimos en claro que ese nombre era el de un señor coronel de marinos norte-americanos. Preguntamos por el Presidente de Santo Domingo, y se nos contestó que no hay Presidente. Pedimos noticias del Congreso dominicano, y se nos informó que no hay Congreso. El Presidente legítimo vive en el destierro. El Congreso ha sido disuelto. El nombramiento de

Lane para Ministro de Relaciones procede del almirante norteamericano Knapp... ¿Cuál es, pues, la personalidad internacional de Santo Domingo? ¡Difícil definirla!... Quizás es tan independiente como lo es la Sección de Navegación en el Ministerio de Marina. Un Estado sub-vasallo de segundo orden.

"Puerto Rico... ¡Ya sabemos mucho de Puerto Rico!...

"Otro tanto podemos decir de las grandes islas en el Mar Caribe. Hablemos ahora de los países de tierra firme, en la América Central.

"En todos esos países, los Estados Unidos anuncian que no han de tolerar revoluciones. En consecuencia, y hablando en general, no hay, pues, tales revoluciones. Benéficas, tal vez. Pero no creo que en concordancia con el principio de Su Excelencia, cuya fecha ya olvidé, de que... "**las naciones pequeñas del " mundo tienen derecho a gozar, de parte " de las otras naciones, el mismo respeto a " su soberanía que los pueblos grandes y po- " derosos esperan y exigen para ellos**"... ¿Y qué clase de soberanía es esa en la cual un pueblo extraño os exige que no debéis pelear en vuestro propio suelo?... Yo la llamaré una "**soberanía vasallizada**".

"Nicaragua... Nota especial sobre Nicaragua, Costa Rica y El Salvador. Protesta de Costa Rica y El Salvador contra el tratado concluído por Nicaragua con los Estados Unidos. Gobierno de Nicaragua poco amigo de los Estados Unidos. Desembarque de marinos norteamericanos. Se elige un Gobierno amigo. El tal Gobierno amigo firma un tratado con William Jennings Bryan, dando derecho a los Estados Unidos para construír un canal a lo largo del río de San Juan, y les concede el privilegio de tener una base naval, con fortificaciones en el Golfo de Fonseca. Costa Rica protesta. El Salvador, protesta. Costa Rica tiene tierras a lo largo del río de San Juan. El Salvador las tiene en el Golfo de Fonseca. Sostienen que sus intereses han sido lesionados. Costa Rica no recibe compensación ninguna por el uso del río de San Juan. El Salvador se siente en peligro por la gran base en el Golfo de Fonseca, de una gran Potencia, por las mismas razones que expusieron los Estados Unidos para oponerse a una base naval de los japoneses en Bahía Magdalena, en Méjico. Tiene miedo de un poder fuerte para tenerlo como vecino. Que se apele a un Tribunal Internacional. Esto, señor Presidente, resultó muy interesante, porque... ¿Qué Tribunal será ese?

El Tribunal Internacional

"El Tribunal Internacional, establecido en 1907 en San José de Costa Rica por las cinco Repúblicas centroamericanas, bajo la influencia de Elihu Root, Secretario de Estado americano, y en un tratado que se firmó en Washington. A él apelaron Costa Rica y El Salvador, pidiéndole que deshaga la injusticia cometida con ellos en el tratado entre Nicaragua y Estados Unidos, conocido por "Tratado Bryan-Chamorro". Y ganan ellas su pleito... La sentencia de la Corte, ordena, al anular el tratado, que las cosas se restablezcan en el estado en que estaban antes de que ese convenio se celebrara"... Esa fué la sentencia; esa la decisión del Tribunal internacional. Pero estos norteamericanos ¿rescindieron inmediatamente su contrato con Nicaragua y prescindieron de su base naval?... Ni por pienso... ¿Es eso internacionalismo?... ¡Ay, ojo mío! como solía decir mi madre inglesa... Esos mis **attachés** infernales... Pero, aguardad un momento. Ya casi me olvidaba de la soberana e independiente República de Panamá.

La soberana e independiente República de Panamá

"República de Panamá... independiente y soberana. Pero con todo y serlo, sucedió que el penúltimo año los norteamericanos no encontraron de su gusto la forma en que la policía de la capital portaba sus rifles y expeditamente los despojaron de ellos!... ¡Y todavía me hablan a mí de Estados-vasallos! Si yo tuviera la mala tentación de irme a meter con la policía local de Bulgaria, temería mucho no salir con vida de aquel empeño... ¡Pueblo maravilloso este norteamericano!... ¡Y estos attachés míos de mi Legación en Washington, que me aseguraban que estas gentes son idiotas!... ¡Idiotas, sí que lo son mis attachés!... Mientras que yo me atareo en mi trabajo en Europa, ellos van y se cuelan en Haití y en Santo Domingo, y se establecen en Nicaragua, contra el pacto expreso de las leyes internacionales centroamericanas y contra sentencia dictada por un Tribunal también internacional y pasan su tiempo voceando internacionalismo y tribunales inter-

nacionales, a través del Atlántico, para que los oigamos nosotros en Europa; y son absolutamente correctos en sus sentimientos, y tienen un éxito impecable al construír un imperio de Estados-vasallos para sí mismos! Decididamente yo voy a nombrar para Canciller del Imperio a un norteamericano!... Y he aquí lo que me ocurre a este propósito, señor Presidente... ¿por qué no incluir al Haití y a Santo Domingo en la conferencia de paz? ¿Por qué no? ¡Que vayan a la conferencia de paz todos los conquistados en el tiempo de la guerra!... Creo que esta ha sido una de mis mejores ideas... ¡Oh, qué grande hombre fué aquel John Quincy Adams!... ¿no es verdad?...

—"Fuí yo quien me referí a él—dijo Venizelos.—Llego ahora a la parte final de mi prueba de que la verdadera causa de esta guerra fueron los Estados Unidos y la Doctrina Monroe. He aquí cómo: los griegos fueron abandonados por los Estados Unidos. Entonces se volvieron a Inglaterra, la cual puso en práctica un género de acción que cristalizó en cierto género de internacionalismo, algo así como un concierto de civilización, que era imperfecto; pero que ya entrañaba un principio. Inglaterra reconoció a los griegos como beligerantes. Levantó, para ellos, en Londres, un empréstito de cuatro millones y catequizó a Rusia y a Francia para que en unión de ella tomaran, acerca de Grecia, una acción conjunta. Los tres pueblos unidos destruyeron la flota turca en Navarino, bajo el mando de Inglaterra y de allí establecieron a Grecia como Estado independiente, por acción internacional. Permitidme haceros recuerdos.

El gran problema del hemisferio de occidente

"El gran problema internacional del hemisferio de occidente ha sido siempre el de la suerte de estas perturbadas y pequeñas naciones del Mar Caribe. El gran problema del hemisferio oriental, ha sido el de la suerte de aquellos pequeños fragmentos nacionales, disgregados del imperio turco. En uno y otro caso... el caos! En uno y otro la necesidad absoluta de una solución que conduzca a la paz y al orden. En el primero, en el caso del Mar Caribe, una acción separada y solitaria de parte vuestra. En el otro, en el del imperio turco, acción repetida por el concierto de las naciones. Refirámonos por ejemplo a Serbia:

"Inglaterra, Francia y Rusia, por su acción conjunta con respecto a Grecia, prepararon el camino para la autonomía de Serbia, dentro del imperio turco; autonomía internacionalmente reconocida en 1830. Y desde entonces, cada nuevo cambio en los arreglos territoriales de comarcas que una vez fueron turcas, constituyó, más y más cada vez, asunto para ser resuelto por la Europa Unida. En 1856, en París, las grandes Potencias, inclusive Austria y Prusia, tanto como Inglaterra, Francia y Rusia, estuvieron ya en posición de declarar, conjuntamente, que toda cuestión de integridad territorial del imperio turco, sería, en lo sucesivo, asunto de interés general de Europa. Y aquí os suplico que acentuéis vuestra atención acerca del problema de Serbia.

"En 1878, Rusia derrotó en guerra a Turquía, pero vino y se sometió obediente al pactado concierto de las naciones en lo que se refería al imperio turco, a fin de darle cuentas de su conquista. Y ese concierto internacional, en el Congreso de Berlín, planteó una larga serie de reglas respecto a las varias partes de Turquía y respecto a las que habían dejado de serlo. Una de esas reglas (artículos 34 a 41 inclusive, del acta definitiva del Congreso de Berlín), fué respecto de Serbia, estableciéndola como un Estado completamente independiente, por medio de la acción internacional. Fijarse bien en eso!...

La ausencia de los Estados Unidos

"A Cuba la hicísteis vosotros solos. Serbia fué creada por la Civilización en asamblea. Entre todas las Potencias que la constituyeron sólo estuvieron ausentes los Estados Unidos. Pero Serbia no fué hecha un Estado-vasallo. Fué creada un Estado independiente de verdad. No se concedieron derechos a ninguna gran potencia para intervenir en Serbia... Serbia fué el centinela del mundo.

"Pero vosotros continuasteis ausentes. Ausentes en 1830... ausentes en 1856... ausentes en 1878 y, por último, ausentes fatalmente en 1914... ¿Y cuál fué la falta de Austria en 1914?... Su Majestad Imperial acaba de tocar el punto brevemente. Austria se portó como si ella tuviese también su Doctrina Monroe. Procedió sola contra Servia precisamente como vosotros procedísteis contra Haití y contra Santo Domingo, también so-

los. Rehusó toda acción conjunta. Inglaterra, Francia y Rusia la pedían. Austria la rehusó. Quiso separarse y se separó de la Unión Internacional pactada, que era la piedra angular de la decisión de las Potencias acordada en 1830 con respecto a Grecia...

"Vosotros no estabais presentes cuando se puso aquella piedra angular... ¿Por qué no estabais?... Porque habíais preferido vuestra Doctrina Monroe. Y tampoco asististeis al derrumbe del templo. Habíais querido huír y huisteis ante el más difícil y peligroso de los problemas internacionales... Pero imaginad... Imaginad que hubieseis tomado vuestra parte, con todas las demás Potencias en ese problema. Imaginad que hubieseis dicho al Austria en julio de 1914: "Si das un paso dentro de Serbia sin la plena sanción del mundo, yo estaré del lado del mundo, y comenzamos ahora mismo!"... En Austria, señor Presidente, hay, por lo menos, buenos matemáticos y saben que vosotros tenéis más hombres que Inglaterra y Francia juntos... Pero en lugar de eso... ¿en dónde estábais entonces?... ¡Ah! Estabais muy ocupados haciendo vuestras prácticas solitarias de idealismos e imperialismos monroístas con las pequeñas naciones del Mar Caribe!...

"¿Conque habéis dicho, señor Presidente, que los Estados Unidos inventaron el internacionalismo?... Vosotros no inventásteis semejante cosa; lo que vosotros inventasteis fué la neutralidad.

Los americanos inventaron la "neutralidad"

—Precisamente, dijo Mr. Wilson. Pero ahora he abolido ya la neutralidad. Pienso acerca de estos asuntos y nadie piensa ni mejor ni más frecuentemente que yo. En octubre 21 de 1915 dije a la Gran Bretaña:

"Sin vacilación ninguna, los Estados Unidos se declararon campeones de la integridad de los derechos neutrales"... Pero en 2 de abril de 1917 dije yá, con toda propiedad: **"La Neutralidad no es ya cosa deseable o factible, allí donde se ve envuelta la paz del mundo"**... Y yo creo que los importadores de Suecia y de Holanda que comerciaban con el bloqueo británico habrán notado el cambio producido en sus negocios por esas sencillas palabras. Ya lo veis: Cuando la neutralidad llega a ser sinónimo de **sin razón**, ¿cómo puede uno hablar de **la razón** de los neutrales?... Con esa frase les corto las alas, lo cual es muy hábil de mi parte. Pero hice algo más todavía. No contento con abolir la neutralidad, he construído el más bien ideado de los puentes, entre la neutralidad, entre la Doctrina Monroe y el nuevo internacionalismo, en el cual no sólo admito sino que exijo y demando que Norte América tenga su participación y ejecute su parte. Escuchadme bien. Para construir ese puente y hacer que el pueblo norteamericano cruce por encima de él, hago creer que la Doctrina Monroe es una doctrina de internacionalismo. Hago creer que la Doctrina Monroe establece una plena igualdad, y una seguridad perfecta contra todas las opresiones militares para todas las naciones en el Occidente...

—¡Ah... ah!... dijo el Kaiser.

—Eso precisamente, siguió Mr. Wilson. En eso está la habilidad. El pueblo norteamericano cree en la Doctrina Monroe. Pues yo tomo la Doctrina Monroe; la hago decir lo que no dice y me presento con ella ante el Congreso en 22 de enero de 1917, delineando allí mi plan para el nuevo internacionalismo, para el nuevo concierto de pueblos iguales y libres, y adulo al pueblo norteamericano hasta el delirio, cuando expreso que **"lo que yo propongo, como si ya fuese, es que las naciones todas, en un acuerdo unánime, adopten la doctrina del Presidente Monroe para hacer de ella la doctrina del mundo"**... ¿Es esto hábil o no?... siguió Mr. Wilson... ¿Es político?... ¿Es genial?... Yo quisiera decir todo eso en una sola palabra.

—Siga usted... siga; dijo Evangelista, reclinándose fuertemente en el buffet...

—Bueno, siguió Wilson: lo mejor que después hice, fué...

—No, dijo Evangelista. Siga usted con lo otro. Concluya esa exposición que le hizo usted al Congreso, a propósito de la Doctrina Monroe.

—¿Qué quiere usted decir?... Ah, vamos, dijo Wilson. El resto fué nada más en estos términos:

"...que ninguna nación trate de extender su política sobre ningún otro país o pueblo, sino que cada pueblo sea libre para determinar su política propia, para acordar sus maneras propias de desenvolvimiento, sin embarazárselas, sin amenazarlo, sin intimidarlo; el grande junto al pequeño y el débil junto al poderoso!"... Eso es, señores, lo que yo dije.

Evangelista le sale a la palestra a Wilson

—Sí, señores, gritó Evangelista. Eso es lo que él dijo. Eso es lo que afirmó... "sin embargo, sin amenazas, sin intimidaciones". Eso dijo, y a la mañana siguiente cablegrafió el Almirante Knapp que zarpará de Santo Domingo y nos dejará allí libres, **sin embargo, sin amenazas, sin**...

—Ya sabemos que no lo hizo, dijo el Kaiser. Pero... siéntese... ¿quién es usted para hablarle así a un hombre de sangre y hierro?

—¿Sangre?... dijo Evangelista. Pues ese es mi negocio precisamente... ¿Pero es que nosotros íbamos matando yankees, como los mexicanos?... Lo desafío a usted a que lo afirme. ¿Saqueamos acaso consulados americanos?... Nosotros luchamos sólo con nosotros mismos. Esa... esa era nuestra... ¿cómo podré llamarla?... esa era nuestra "**política**"... Porque nosotros la teníamos, **sin embargo, sin amenazas, sin**...

—Basta ya de eso, dijo el Kaiser.

—Todavía falta mucho, replicó Evangelista; y eso es asunto mío. Y traigo aquí, conmigo, los documentos, en mi bolsa. Dejad que os explique yo mi política... En 1916, los dominicanos teníamos un Presidente: era Jiménez. Nosotros lo acusamos ante el Congreso. Y el Congreso—nuestro Congreso—lo declaró procesable. Pero Jiménez rehusó someterse y se fortificó. Tuvimos pues, que luchar contra él. Tuvimos que luchar por el Congreso y por la ley. Levantóse en armas el general Arias y combatió... Y después... ¿qué pasó?... De pronto aparecieron estos marinos americanos. Miles de marinos. Y con ellos el Almirante Caperton. Nada de ultimátum. Nada de solemne ultimátum, para que lo viese todo el mundo, tal como vió el del Austria **para Serbia. Nada de eso. Y sin embargo,** Santo Domingo es una nación y tiene pleno derecho a que se le envíen ultimátums. Pero no lo hubo para nosotros. Unicamente un breve speech que nos dirigió el Ministro americano en Santo Domingo, y después... marinos .. muchos... muchos marinos. Y después peleas... Batalla en las Trechernas, de marinos contra nosotros. Batalla en Doña Antonia la Alta. Batalla en Guayacanas. En octubre los marinos baten y matan al general Ramón Batista. Nuestro nuevo Presidente es Carvajal. Y los marinos no lo quieren. En tiempo oportuno no le queda otro recurso que marcharse a Cuba. Los marinos van entonces por todo el interior y nos combaten en todas partes... En noviembre, Su Excelencia el señor Wilson, aquí presente, es reelecto Presidente de los Estados Unidos, después de que ha declarado que él está... "**por la absoluta independencia política de todos los pueblos del continente americano**"... Y entonces el 29 de noviembre, en el mismo mes de su reelección, nos manda una proclama a los dominicanos. El almirante Knapp es quien la fabrica. Y dice:

"**La República de Santo Domingo, por la "presente, es puesta en estado de ocupación "militar por las fuerzas de mi mando y que-"da sometida a un gobierno militar**"...

Eso es lo que dijo su proclama. Pero la ciudad de Macoris no le permite entrar en ella; y entonces Knapp va a Macoris y bate al pueblo y toma la plaza y hace plena guerra...

—Calle, calle, dijo el Kaiser—toda nación tiene el derecho de hacer la guerra a otra nación cualquiera. Ese no es el punto.

—Cierto,—dice Evangelista;—pero esa no era la guerra de una nación. Era simple y sencillamente la guerra de Su Excelencia el señor Wilson. Los Estados Unidos jamás nos declararon la guerra. El Congreso Americano nunca supo de guerra alguna con Santo Domingo...

—¿Cómo es eso?...—dijo el Kaiser.—¿No hubo declaración de guerra? ¿El señor Wilson hizo la guerra por sí mismo sin previa declaración de su Parlamento?... ¡Oh, mi Bismark!... ¡qué hombre este!... El mundo necesita de "**hombres**"... Ya no me extraña que su pueblo le adore a usted, señor Presidente, viéndolo a usted librar combates con su espada relampagueante sobre los pueblos de las islas del Mar Caribe, sin esperar a que...

—Un momento...—dijo Evangelista. Tengo aquí documentos. Su pueblo jamás supo nada de esto. Leed sus discursos. Aquí están. En ellos no hay ni una sola palabra de esa guerra. Aquí está lo que se llamó el Libro de texto de su campaña de reelección en 1916. Pueden ustedes hojearlo... ¿Encuentran ustedes algo, en él, relativo a "sus" gueras en Haití y en Santo Domingo? En las páginas 183 a 191 un grueso encabezado dice: "**La política de Wilson suelda a las Américas en conjunto**"... Ese capítulo se refiere a los asuntos de las antiguas colo-

nias españolas en este continente... Ese es el capítulo para John Quincy Adams... Pero ¿ven ustedes en ese libro algo relativo a uno de los grandes acontecimientos de la historia, al poder de los Estados Unidos, saliendo de casa y yendo a tomarse dos nuevos países para añadirlos a su imperio?... No: ni una palabra... Podéis ver que se ha hecho un nuevo tratado de paquetes postales con el Brasil; que en lo sucesivo se pondrá ya un timbre nada más que de dos centavos en las cartas que vayan dirigidas a las Islas Leeward... Pero nada de conquistas; nada de guerras.... ¿Por qué?... ¿Es esta una publicidad subrepticia? ¿O es una publicidad que no publica?...

"En verdad, usted me ha descarriado"

—Entiendo lo que usted se propone,—dijo el Kaiser. Y debo decir a usted, querido señor Presidente, que me siento hondamente contrariado. En verdad, en verdad que usted me ha descarriado. Usted ha sido tan enérgico con la diplomacia secreta! Casi, casi, me habia usted hecho creer que la Democracia debe ser un muy buen método de gobierno, puesto que haría imposible esa diplomacia secreta a la que se deben tantas guerras, respecto de las cuales yo he tenido muy malas opiniones, como pueden ustedes verlo en mis discursos, ya que también yo los digo. Y vaya si estuvo usted claro como la luz en su Mensaje al Congreso, de 2 de abril de 1917, cuando inspiradamente dijo:

"Los planes de agresión pueden únicamente realizarse y tenerlos ocultos, dentro del "privatismo de las Cortes, o detrás de las "confidencias de clases estrechas y privilegiadas. Felizmente son imposibles allí donde la opinión pública es la que manda, y "en donde quiera que ella insiste en tener "siempre información plena sobre todos "aquellos asuntos que conciernen a la nación"...

"Pero ahora me encuentro con que el Jefe de una democracia puede, por sí mismo, realizar dos guerras y hasta adquirir nuevas posesiones, sin la más leve consulta, ni con su Parlamento ni con su pueblo. Esto es de lo más desilusionante... de lo más entristecedor! Evangelista... ¿no ha tomado usted mi pañuelo?...

Evangelista se dió trazas de apartarse del buffet y se llegó de nuevo a la mesa.

...¡Y los mejicanos se salieron con la suya!

—Buenas noches,—le dijo Mr. Wilson.—¿Sabe usted lo que ha estado haciendo hasta ahora?... Me ha estado usted juzgando por mis discursos, por mis palabras. Pero deje usted las palabras a un lado y vamos a los hechos. En Méjico, apoyado en los **hechos**, yo creí que los mejicanos podrían sacar con bien su revolución. Era esa revolución de principios, claro que lo era! Y los mejicanos se salieron con la suya. Pero los haitianos y los dominicanos eran cosa muy distinta. Sus revoluciones, según lo comprueban **los hechos**, no tenían en realidad nada de principios. Y no trataban tampoco de implantarlos. Por tanto, en fin de cuentas, no llegué a intervenir en Méjico, y por la misma razón intervine en Santo Domingo y en Haití. En ambos casos me dejé guiar por **"mis hechos"** y no por **"mis palabras"**. Ahora, lo que pido es que se me juzgue por los resultados obtenidos. Y otro tanto reclamo para todo lo demás que usted ha expuesto. Real y verdaderamente he obrado sobre base de **hechos**, tal como ellos se han presentado, y pido que se me juzgue sobre los **"hechos"** y lo que realicé sobre ellos; pero no sobre mis palabras, no sobre mis teorías...

—Pues eso no es bastante, señor Presidente,—le dijo Venizelos.—Ahora está usted tratando de recomendar los principios de los Estados Unidos a dos grandes naciones, a Rusia y a Alemania. Cualquiera de ellas es parte esencialísima para la liga de los pueblos. Y cada una de ellas abriga las más profundas sospechas acerca de los Estados Unidos... ¿Por qué?... Lea usted lo que se escribe en ellas: es porque sus profesiones de fe no corresponden enteramente con sus procederes y usted profesa un puro anti-imperialismo. Porque tiene usted un imperio, y aumenta usted ese imperio. Y lo acrece usted subrepticiamente... ¿Cómo quiere usted que le tengan confianza?...

Wilson representa la dictadura del imperialismo yanqui

"No quiero negarle a usted, señor Presidente, que sus declaraciones, en sí mismas, hayan tenido grandes y nobles aplicaciones. Usted ha discernido las agitaciones del impulso democrático internacional de nuestros días más clara y más profundamente que ningún

otro gobernante, y las ha sabido expresar con mayores amplitudes. Usted se ha sabido constituir en el profeta de los propósitos morales de esta guerra del mundo contra Alemania, y de esa manera casi se ha convertido en el caudillo moral del mundo en su marcha hacia el internacionalismo. Ese es un gran servicio, y por él debe usted recibir honor perpetuo.

"Pero, señor Presidente: hace pocos días, en Petrograd, un periódico que se titula "Pravda", le ha revelado a usted el secreto de lo que hace que en Rusia, lo mismo que en Alemania, todas las declaraciones de usted suenen huecas, enteramente huecas, como respondiendo a un perfecto vacío. El "Pravda" dijo: **"Bien sabemos que el Presidente Wilson representa la dictadura del Imperialismo Americano"**... ¿Y podrá usted negar que sus prácticas son todas, de verdadero imperialismo?... Es posible que algunas de ellas lleguen a ser necesarias. Tal vez suban hasta ser benéficas. Yo lo único que digo es esto: Tiene usted, por fuerza, que revisar sus declaraciones, o que modificar sus prácticas. Debe usted ajustar sus palabras a sus hechos, o sus hechos a sus palabras. En una palabra: debe usted ser honrado. Ese es para usted el comienzo. Yo nunca he dicho esto antes de ahora, y no sé, a la verdad, por qué lo digo a usted en este momento: pero lo digo, y digo en ello la verdad. Si vosotros, norte-americanos, tenéis la pretensión de ir a la cabeza del mundo, debéis ser, debéis volveros honrados!

—Ellos me batieron,—dijo Evangelista... No hubo ultimátums; no hubo declaración de guerra. Simplemente me batieron... Revoluciones en Méjico... Ellos están por las revoluciones... Es fuerza que haya revoluciones... ¡Libertad para todos!... Desarrollo... Nada de miedo... El mismo respeto para la soberanía de las pequeñas que de las grandes naciones... Aquí están los documentos... Después, los marinos... Me encontraron cerca del Ingenio de la Romana... Maté dos yankees... Me capturaron... Julio 6... Llega el amanecer... Me escapo... huyo... Voy en fuga... Suena un tiro detrás de mí... Me mataron!... Excelencia, yo era un mal hombre... un hombre malo... Pero, por el amor de Dios, Excelencia, háblenos claro, si es que hemos de entenderle!... Diga siempre lo que piensa!

Fiesta Parnasiana

Por Maltrana

Con ilustraciones

La medium parlante fué cerrando sus ojos en somnolencia gradual.

Leves palpitaciones de los párpados denotaban la lucha interior en el repliegue de su alma complicada.

¡Qué misterio denotaba aquel "transporte" que infundía cierto respeto religioso a los que rodeábamos al medium!

Su rostro, antes risueño y luminoso, fué adquiriendo la severidad de una estatua; las facciones dibujábanse como a espátula, con la blandura y fijeza con que los asirios modelaban en la cera y en la tanagra.

Sobre el fulgor de los ojos había caído una cortina y las pestañas palpitaban como alas de mariposas.

Cabría esta pregunta: ¿era espíritu que partía del **plano físico** o una alma novedosa que llegaba del **astral**...?

¡Misterio!

Pero el médium comenzó luego a esbozar en sus labios finos y un tanto descoloridos por la emoción, el rictus de su presagiante sonrisa.

¿Qué iría a decir?

Y cuando mostró sus dientes, como un obsequio de perlas, y comenzó a dictar sus pensamientos, despacio, muy quedo, más bien como un susurro, dando su severidad la sensación de una Pitonisa, todos los circunstantes del "centro espiritualista", nos recogimos en curioso silencio, concentrando to

das las fuerzas y disciplinas de la atención, con la voluntad arrobada, abismados en la puerta del misterio que íbamos a descifrar.

La medium levantó su mano derecha imperiosa. Su actitud era tribunicia, a pesar de la rigidez absoluta de su cuerpo sobre el que parecía reflejarse imponente la majestad de la Victoria de Samotracia. Parecía reconcentrada toda la vida de aquel ser en su cabeza ebullidora y en su mano derecha gesticulante, dando las telas de su traje como la ilusión de una segunda piel que modelaba y hacía transparentes sus formas victoriosas de hembra animada por un poder extra-terreno.

Y habló así:

"Hace muchos años que no me complazco en las cosas de la Tierra, de las cosas triviales de ese planeta expiatorio. Vivo enamorado de las divinas proporciones de la Venus de Milo. Resido en un Barrio Latino con Scopas, a quien los estetas atribuyen la paternidad de aquel prodigio estatuario mutilado, como también la de "El Suplicio de Lacoonte".

¡Ah! se buscan los brazos de Venus y se ha votado un presupuesto cuantioso, a propuesta de Praxiteles, para realizar tenaces excavaciones... Por cierto que nuestras remociones de terrenos, como los reconocimientos a grande hondura, tendrán sólo valor anímico...

Amo siempre a Eunice y mantengo en torno de ella un cónclave de poetas que le cantan en cuerdas de oro las perversidades y refinamientos de la vida pagana. Sátiros monstruosos, de libidinosidad enfermiza, le sirven en platos y vasos etruscos, manjares y elíxires que la mantienen en constante tensión voluptuosa.

Eunucos de barbas rizadas y de ojos como almendras, le preparan baños perfumados con flores bú'garas, y le amasan y depilan, con el tacto sabio y modelador que sólo aquellos seres mutilados pueden alcanzar...; mujeres de la Nubia tejen guirnaldas y collares de flores, cuyo acre perfume hace recordar a las margaritas y tulipanes de Honolulo; sirvientes de Numidia tejen y cuidan sus peplos, sus velos y sus túnicas de merino tan sutil, que sus diafanidades parecen copiadas de matices aurorales; juglares y niños deformados ex-profeso, en la tortura dorsal y tábica, ejecutan en tarimas portátiles de laca y oro viejo, al aire libre, en jardines o al borde del Mar o de los ríos, pantomimas contorsivas y diablescas, simulando la vida efímera de planetas inferiores; y otros servidores extraen para ella, para Eunice, que es la personificación luminosa del Amor, esencias de flores sagradas y simbólicas, adiestran corceles para sus carros de paseo o de caza, o viven estudiando quiromancia y ciencias ocultas, asesorados de Fakires, para brindarle nuevos placeres o pulirla en su perfección física.

No me ocupo de Gobierno. ¡Qué grotescos son los políticos en su fatuidad cargante! Tienen la ingenuidad pedante y femenina de ese Príncipe a quien serví en la Tierra. Declamadores, se ha llegado a constatar que la Humanidad ha perdido su tiempo oyéndoles en serio. Aquí nadie les invita, especialmente a donde asisten señoras, porque éstas les encuentran monótonos y pesados.

Me ocupo, pues, del Amor, del Placer y de la línea... Valga decir, que me plazco en la Belleza.

¡Ah! seré el eterno vasallo de las siete proporciones. Busco sinfonías en la belleza: mis mejores sonetos han sido cantando a la euritmia. La armonía es la elegancia. Ahí se confunde la elegancia con la percha y la armonía con el montón de ropa.

Odio a los histriones profesionales; la gracia debe ser como la línea severa que se tuerce para darnos la impresión de la caricatura; el humorismo debe ser fuente de inspiración de que brote fácil y cristalina la sonrisa educadora, el flagelo ajusticiador, la virtud de lo punzante que no envenena. Pero el carácter simiesco del payaso profesional es rechazado como algo plebeyo. Sin embargo, ocupo a los histriones, conservando tradiciones, en el contentamiento ingenuo de Eunice. Al fin, ella, elementaria, viviendo para el placer, no les descubre sino el aspecto festivo.

El histrión es grosero de cuerpo y alma. No hay jorobado que no lleve potra espiritual. Con ser tan trágicos, Rigoletto, Cuasimodo, Triboulet, no me convencen. En cambio, los luchadores y los efebos me emocionan, porque dan la impresión de la fuerza cautivante y de la virilidad apolínea.

Desprecio y hago azotar con puntas eléctricas a los esclavos y a los eunucos, para avivarles de un modo único; ya que la muerte, en los primeros, del instinto de la libertad, y en los segundos, del instinto genésico,

ha hecho de ellos instrumentos bovinos, en un sometimiento de tropel. He traído, pues, hasta aquí el sagrado rencor a los imbéciles que se apiñan en asambleas de cretinos para defenderse, o para locupletarse en una cooperación de famélicos; a los deformados que cargan joroba moral, y a los impotentes que sólo se mueven a impulso del odio a los creadores de vida y de ideales!...

Tengo viveros de serpientes y animaluchos de sangre helada, para hacerme recordar siempre a ciertos tipos de la decadencia romana. Príncipes de aquellos tiempos han pasado en calidad de almas regresivas a ser pensionistas de mi palacio... y se arrastran... se arrastran! Cómo río al ver a Nerón en calidad de sapo, hipertrofiado y venenoso!

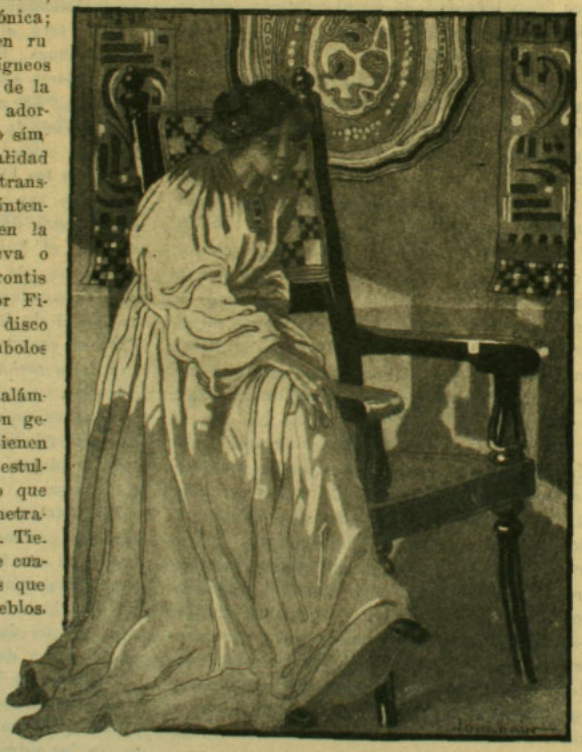
Mi palacio es de vidrio y jaspe, de columnas vaciadas en un conglomerado de piedras preciosas en que entran componentes de ópalos, esmeraldas, ámbares, turquesas, armonizados con un criterio ceileño, en una euritmia casi salomónica; de techos en que resplandecen rubíes orientales, como los ojos ígneos de la perversidad, de la ira y de la lujuria; escarabajos de ágata adornan también estos techos como símbolo inmemorial de la inmortalidad del alma; es un Palacio todo transparente y en que hasta las intenciones de sus moradores tienen la diafanidad de una perla nueva o de una agua marina; y en el frontis de esta construción ideada por Fidias, se ven resplandecer el disco lunar y dos plumas, como símbolos de la Verdad.

Aquí me llegan mensajes inalámbricos de distintos mundos. Son generalmente majaderos y no tienen aplicación anímica. Preguntan estulteces, discuten antiguallas. Lo que resalta más es la falta de penetración de políticos y gobernantes. Tienen poca atmósfera: no más de cuatro metros cuadrados. Algunos que se creen conductores de pueblos, son unos pobres de espíritu que han bailado la misma danza en un ladrillo durante toda una vida.

Yo no contesto, por hábito. Mi neurastenia es como el resumen de la neurosis de los espíritus más sutiles del mundo. Ahora he resuelto hablar. Se trata de un amigo y de un ágape.

Mi última comunicación fué para Oscar Wilde, el representante más ponderado de la resurrección pagana en el Arte. Su "Salomé" es arte o sea un saber, "la primera y más inmediata forma del saber absoluto, del proceso que debe la creencia a la certeza". Antes me había ocupado de los últimos hallazgos de Arte antiguo, de la "Vaca simbólica de Athor", de las cabezas descubiertas en el templo de Atena Alea", atribuídas a Scopas, y de la Venus Generatrice". La Teosofía tiene nuevas interesantes de estos hallazgos que nos ponen en comunicación con otras vidas.

Ese amigo de quien quiero tratar ahora, tiene dotes relevantes. He oído hablar de él a espíritus de tránsito que han pasado por mi mansión de reposo paradisiaco, y que venían de un país diminuto y tropical, llamándose



Sobre el fulgor de sus ojos había caído una cortina y las pestañas palpitaban como alas de mariposa....

compatriotas de ese varón singular. Recordaban la manigua y el café. Cantaban al cocotero y al quezantle. Provocaban a risa, al hablar de solidaridad patriótica, pues aquí no hay "Patrias" y todos formamos una sola gran Confederación de las Almas, en que el Gobierno ha llegado a constituirse en Ejecutivo colegiado, por una selección de espíritus integrales pasados por un alambique de que es autor Marco Aurelio y en que han colaborado Pericles y Solón.

Ese amigo me atrae... Su figura, trasunto de rapsoda indú, y más que su figura, su alma de rebelde en la poesía moderna.

¿Es un niño que comienza a envejecer en la preocupación honda del poema, o es un viejo que se rejuvenece floreciendo entre madrigales?

¿Tienen edad los poetas? Aquí, nunca se suma la edad de los bardos. Como lo que vale en ellos es la esencia del vaso, o sea el genio, no importa que el cuerpo envejezca en el sentido que se da ahí al aniquilamiento físico, que es prólogo de renovación. En mis dominios el Rey David, el "Viejo Rey Poeta" para Uds., es mi compañero de correrías amorosas. Siempre emplea aquel ardid que le hizo célebre en los tiempos bíblicos... ¡Como siempre, Rey Poeta! Como siempre, continúa siendo el símbolo del Amor resurrecto al beso ardiente de la loca juventud...

Pero volvamos a nuestro recién llegado. Es un gran poeta, es un elegante del numen! Es el primero de los líricos del habla castellana! Arribó aquí! Llegó! Llegó!!

Bajo la égida de Orfeo, en el Parnaso excelso en que figuran como porta-liras Homero, Virgilio, Víctor Hugo y Alfredo de Musset, se acordó recibirle y formarle a su llegada la "Bóveda de Acero", con las espadas de todos los trovadores en alto, para que pasase el coronado de las Musas.

Las canéforas esparcieron rosas a su paso. Las bacantes bailaban la Danza de Osiris. Y las Musas levantaban en alto sus brazos en acción de gracias al Sol, fuente de todo bien y de toda inspiración.

Alcibiades le recibía con una alocución magistral, mientras su perro seguía el ritmo del discurso con el rabo mutilado, arenga de corte tan sencillo dentro de lo magnífico, que llegó a decirse que su estilo pertenecía al puro clasicismo, como un mármol pentélico, o como una copa de oro blanco, de aquellas que se fundiern en tiempos de Fídias para obsequiar a Helena.

Y habló el Viajero.

Le habían coronado con el laurel jónico, al pasar la puerta simbólica en que se funden los estilos del Arte, como en un abrazo de todas las emociones escultorales; le habían colgado a sus espaldas una capa de armiño; entregándole en sus manos la lira de Orfeo, que sólo en esa ocasión puede pulsar otro poeta...

Y cantó el rapsoda...

Fué un himno onomatopéyico a las Musas. Armonía imitativa por excelencia, se sentía la cabalgata armoniosa de los bardos que venían avanzando con sus corceles jadeantes por el camino de Damasco del Arte nuevo.

El poeta: alto, de frente fugitiva, de cabellera tumultuosa; mirar penetrante, de zahorí; paso sereno y marcial; y todo él, erguido en un movimiento de dominio de sí mismo y de una misión superior. Llevaba el ritmo de los efebos y toda su personalidad venía saturada de lo que llamamos aquí la "fuerza edénica".

Yo le encontré bello; y su canto, de una vibración parnasiana, trajo voluptuosidades y reminiscencias que enardecieron nuestros espíritus, como si hubiéramos escanciado vinos de Corintho, después de ser bañados, amasados y perfumados por esclavas etiopes.

El viejo Salomón, enloquecido de alegría al oirle cantar a la mujer en estro delirante, aseguraba que ese era el vate que se asemejaba al autor del "Cantar de los Cantares". Otros gritaban: "mentira! se parece a David!"

Pendientes de sus menores movimientos, vimos que tomó asiento muy próximo a Góngora y que sus primeros saludos fueron para Espronceda y Becquer. De un rincón apartado, otro novicio, oriundo de un paisito muy extrafalario, un poeta barbudo y taciturno saludó con una gran inclinación al recién llegado.

A'guien preguntó al poeta taciturno:

—¿Quién es éste?

Y el taciturno contestó:

—¡Es el primer lírico del habla castellana!

Todos los que oyeron esta aserción se fueron derechos a un mapa, para ver hacia dónde caía la vieja Castilla.

Como se produjera tumulto y el mismo

coro griego desafinara al oir mentar el "habla castellana", Orfeo, que ya estaba desasosegado con tan larga sesión, se puso de pie, y recuperando su lira dijo después de un golpe de mayete:

—Queda incorporado al Parnaso de los Grandes Espíritus Federados el egregio Rubén Darío! Se levanta la sesión!

—¡Viva Nicaragua!—gritaron con voz de falsete unos cuantos poetas decadentes que se encontraban en la barra. No tuvieron eco.

Sonaron pífanos y tamborines y empezó el festín, la Saturnal en que se danzaría la Gesta Sagrada.

¡Ah! la Gesta... la Gesta...!

. . . . . .

El médium enmudeció. Luego, como si un sopio interno comenzase a iluminar, como si una lámpara viniese a bañar de luz su fisonomía, fueron coloreándose sus labios, y sus ojos, llenos de curiosidad, se abrieron a la luz resplandecientes como dos estrellas...

En seguida, vino una conmoción dolorosa de todo su cuerpo, como el broche de un largo espasmo en la ausencia del Yó; los dientes le rechinaron epilépticamente; y, como si se libertase de una celada arrobadora, la médium parlante, exclamó fuera de sí en su glorioso entusiasmo:

—¡Ah! Petronio... Petronio!... Petronio...!! Es su alma deliciosa la que les habló en ese instante. Llevaba en su dedo anular izquierdo un anillo de esmeralda, su túnica era anaranjada y en su mano derecha oprimía el tirso adornado de la piña simbólica y de guirnaldas de parra. ¡Era el Arbitro de la elegancia!

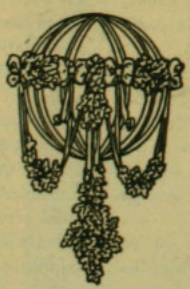
Y dijo eso el médium alargando sus brazos, moviendo afiebradamente sus manos inquietas, como para retener la visión amada y robarla para siempre al Parnaso de los Grandes Espíritus Federados.

—¿Y nada más...? nada más?...—preguntamos con febril interés.

La médium, restregándose los ojos, después de un esfuerzo de memoria, exclamó con emoción:

—¡Ah! sí!... sí!... sobre el tirso llevaba incrustado un escarabajo de ágata!

—¡Oh! la inmortalidad del alma!—exclamamos todos con incontestable suficiencia.



El artista pintor Alfredo Lobos

Por

J. D. Gómez Rojas

Con ilustraciones fotográficas

Ha muerto en España, la tierra del sol, Alfredo Lobos. Era él uno de los pintores de la generación actual, uno de nuestros verdaderos artistas; ha muerto en plena juventud, cuando—soñador y quimerista—creía haber encontrado la maravillosa senda de Jerusalén, la ruta divina de Damasco, la prodigiosa lámpara de Aladino.

La noticia aterradora nos ha consternado. Hemos sentido que silenciosa, íntimamente, las lágrimas caían sobre la nueva herida de nuestro corazón. El paisaje de nuestra vida interior se ha ensombrecido, y, bajo la sombra de la muerte, hemos sollozado largo y hondo: es el exilio de otro hermano más; otro artista de la loca caravana ha muerto y ha caído como una rosa deshojada sobre el invierno de nuestra juventud.

Alfredo Lobos en un grupo de artistas de su generación.

El primer hermano ido fué Enrique Bertrix: cayó defendiendo una patria espiritual. Tierra de la Francia heroica, tierra húmeda de sangre y cálida de amor llena su boca fría; polvo de la guerra nubla sus pupilas y ya nunca jamás volverán sus ojos a mirar emocionados el milagro de un rayo de sol cayendo como un oro impalpable sobre el angustiado perfil de sus hermanos...

Después, Enrique Moya Albiol: murió joven, tierra nuestra disuelve el polvo de sus carnes y las cenizas de sus huesos; lágrimas de madre caen desconsoladamente por el hijo predilecto, manos de hermana deshojan flores sobre la lápida que guarda la noble forma que fué vaso mortal de un espíritu dilecto...

Ahora, Alfredo Lobos. La muerte ha sido cruel para con el puñado de artistas pintores: este último muchacho ha muerto allá, en la maternal tierra del sol; tierra de España, barro del Cid, polvo que afiebró los labios del loco manchego, cubre sus restos mortales en el Cementerio de San Lorenzo...

Madrid, Cementerio de San Lorenzo. Húmeda aún por las lágrimas de sus hermanos de arte y el dolor de unos cuantos compatriotas, la tierra ha de sentir que palpita en su regazo la carne de un hombre que amó mucho la vida; que, enamorado del sol, supo aprisionarlo en sutiles hilos de plata y cadmiun; y sentirá también —esa tierra parda de las llanuras castellanas—que entre sus anudados brazos duerme para siempre un hijo pródigo, un muchacho que tenía pupilas morenas, sangre indo-española y alma blasonada con la misma prosapia y la misma estirpe que dieron sello inconfundible y eterno a la divina Teresa de Avila y al humano don Diego Velázquez.

❦ ❦

Sin embargo, Alfredo Lobos era chileno.

Tórtola Valencia, la inolvidable Musa de los pintores.

Nacido en 1891, vieron la luz sus ojos en la histórica ciudad de Rancagua. Hijo de esta raza indo-española, su vida la dedicó por entero a su arte: amó, como todos sus hermanos los artistas, la belleza sobre todas las cosas. Perteneció, como joven que era, a la generación actual, la más contemporánea, aquella que encontró un maestro insustituíble en don Fernando Alvarez de Sotomayor.

Su iniciación artística comenzó por los años 1905 y 1906; el punto de partida lo marca este acontecimiento: a los catorce años atrajo poderosamente la atención de Alfredo, la litografía del cuadro "La Noticia" de Agustín Undurraga, reproducida en una carátula de "Zig-Zag". Alfredo sacó una copia, que llamó la atención de sus parientes. Por esos tiempos conoció al muchacho el pintor Ramón Abarca y ya la amistad de un artista determinó en Lobos el descubrimiento de una verdadera vocación y de una nueva personalidad.

Junto con él, sus hermanos Enrique y Alberto formaron lo que puede llamarse una familia de artistas. Ellos fueron mutuamente tres alentadoras fuerzas vivas. Pintores, en el alto sentido de la palabra, supieron ayudarse diariamente en la noble labor de cultura artística.

Con sus hermanos, Alfredo Lobos empezó sus estudios de dibujo y pintura bajo los auspicios de nuestra Escuela de Bellas Artes.

Como se ve, en pocos renglones queda bosquejado lo que fueron su vocación e iniciación artísticas. Su vida y su obra de pintor están confundidas con la última etapa de su jornada: la época de su juventud.

❦ ❦

Demasiado recientes los principales acontecimientos de su vida de arte. frescos estan aún en la memoria sus primeros desalientos y sus primeros triunfos.

Sin fortuna, sin la más escasa independencia económica, luchó a brazo partido con la miseria, sufrió con altivez los reveses de la mala fortuna y supo conquistar. poco a poco, lo que su origen humilde le negara: supo ser hijo de su esfuerzo y logró por fin tener la base de aquello que, hoy por hoy, es indispensable para poder trabajar y estudiar en las condiciones requeridas por un pintor.

Dígase, pues, que las asperezas de la vida obligáronle a ser hombre demasiado pronto; con la intuición y la precocidad de un verdadero artista, adolescente aún, llegó a realizar una interesante creación artística: a los diecisiete años, presentó al Salón Oficial cuarenta y un estudios de acuarelas reunidos en cinco "panneaux". Este hecho señaló al público la aparición de un artista.

Si es interesante su primera presentación como acuarelista, no son menos dignos de llamar la atención los óleos que presentó al Salón de 1909. Estas dos primeras presentaciones fueron bien recibidas por el público y elogiadas por la crítica.

Después de estos triunfos, un golpe enorme puso un rictus desalentador en la faz del artista después de trabajar incansablemente. Su envío para el Salón Chileno del Centenario fué rechazado inexorablemente. Ese año fueron tantos los artistas descontentos con el fallo del jurado de admisión de obras, que la protesta dió vida a una simpática exposición, el "Salón de los Rechazados".

Ya en el "Salón de los Rechazados" y en el Salón Oficial de ese mismo año, el artista se presentó en forma, dejando ver ya lo que sería en el porvenir. Por ese entonces presenta sus primeros cuadros de carácter nacional: Sus cuadros de costumbres tienen por escenario los conventillos; sus escenas de interiores se desarrollan en las habitaciones de las gentes humildes de nuestro pueblo y sus paisajes eran ya la expresión plástica de lo más característico de nuestra naturaleza agreste.

❦ ❦

La Gran Exposición Internacional de Bellas Artes de 1910 fué para nosotros un acontecimiento artístico de primer orden: en esa Exposición pudimos darnos cuenta

de las principales tendencias del arte contemporáneo.

Para la juventud aquello fué de una trascendencia capital: las pupilas curiosas y asombradas de los muchachos conocieron, ya las aguas fuertes de un Brangwyn, los óleos de un Zuloaga; la fuerte vitalidad de un arte español o la elegante gracia de los artistas franceses.

Un autorizado comentarista de aquella época, decía de la Exposición: "dará el mejor impulso a toda la generación actual de los jóvenes artistas chilenos, los que deben confirmar la existencia de la escuela chilena de arte y darle un brillo cada vez más esplendoroso." Han pasado ya varios años y ya el augurio y los resultados que se esperaban se han obtenido en gran parte.

Para Alfredo Lobos, por ejemplo, la Exposición Internacional de Bellas Artes fué algo tan decisivo que dió vida en él al ensueño que consumió todas sus energías.

La fuerza atávica, la tradicional fuerza de la raza española habló elocuente a su fogosa imaginación de indio joven desde los cuadros de Zuloaga, Zubiaurre, Chicharro, Sorolla, Bilbao, Rodríguez Acosta, Benedicto y Romero de Torres.

De ahí arrancó la verdadera orientación artística de Alfredo Lobos: sintió que llevaba en su sangre, latente, la tradición varias veces secular del arte de Velázquez y Goya, y comprendió que, indo-español y todo, era la tierra del sol la que debía serle maestra en la intuición profunda y trascendental de su estética pictórica.

Eran aquellos años, años de germinación intensos años de acrisolamiento de toda una generación de jóvenes artistas.

La intensificación de nuestra cultura, la mayor amplitud que se dió a los estudios de las bellas artes, la instalación a firme de un mejor museo de obras, la organización de un centro de Bellas Artes, el aumento de las exposiciones personales, la venida a Chile de numerosos artistas y divulgadores de estética—sobre todo españoles como Blasco Ibáñez, Valle Inclán, Posada y Altamira—el interés que se dió en la prensa a todas estas cuestiones y otros numerosos factores, hicieron que la juventud de pintores sintiera hondamente el cálido estremecimiento de las nobles fuerzas espirituales que agitaban sus temperamentos y forjaron una generación atenta a todos los acontecimientos del presente, una juventud optimista y fuerte, que se creyó la iniciadora, impulsadora y creadora de un único y gran renacimiento de nuestro arte.

Las primeras manifestaciones colectivas y públicas de la generación actual fueron los "Salones de Otoño" de los años 1911 y 1912. Es en esos Salones de Otoño donde empezaron a destacarse al lado de Alfredo Lobos, otros muchachos como Enrique Bertrix, admirado por sus compañeros y maestros; Fernando Barrios, fuerte intérprete de nuestro pueblo; Ulises Vásquez, emocionado poeta del paisaje, Jaime Torrent, porfiado y tenaz pintor de figuras; Laureano Guevara, armonioso e intencionado intérprete de la emoción de nuestros campos; Alfredo Bustos, delicado y sutil cazador de matices y gamas de color; Enrique Moya, estudioso y sagaz intérprete del desnudo o enropado cuerpo femenino; Jorge Letelier, paisajista de compleja y refinada percepción; Ricardo Jilbert, impetuoso y desgarbado aguafuertista; Pedro Luna, atrevido empastador de cromos luminosos y cuajados de locura; Barack Canut, curiosón y empecinado ejecutante de croquis; Abelardo Bustamante, raro y complicado sutilizador de paradojas

Alfredo Lobos en un taller de artista

pictóricas; Fernando Meza, esquisador de deliciosas telas absurdas, etc., etc...

Todos estos jóvenes se creyeron, como he dicho, los iniciadores de un gran renacimiento. Yo les conocí a todos, les sentí vivir intensamente, glosé al margen de sus vidas de pintores mi propia vida de escritor, amé y aprendí con ellos a saborear con toda fruición la jugosa manzana de nuestra juventud.

¡Qué ardientes y bellos fueron aquellos años de entusiasmo! Nadie nos parecía más feliz que nosotros sobre la tierra fragante de rosas y bajo el cielo florecido de estrellas. Vivíamos líricamente nuestro días y eran llenos de música y armonía interior todos nuestro pensamientos. Eramos locas e imprevisoras cigarras: de día nos gastábamos todo el oro del sol, y de noche, más pobres ya, toda la plata de la luna! Vociferábamos contra los burgueses, y "¡nosotros los dioses!" como nos llamábamos a nosotros mismos, supimos comprender entonces que nuestra virtud de juventud debía renovar el mundo; que el milagro de nuestra virilidad fecundaría los esfuerzos de nuestro brazo y daría forma plástica a las concepciones de nuestra mente. Fuimos soñadores y utópicos, pero hoy, ya pasados algunos años, más de un ensueño ha sido realidad y más de una utopía obra de arte.

El pintor y el mar

De todos aquellos jóvenes, el primero que logró cautivar la atención del público y mover el bolsillo de los compradores y gentes de buen gusto, fué Alfredo Lobos... ¿Por qué?... Nadie pudo decirlo, ni hoy se podría precisar aquello a punto fijo. Eso sí que todos sabemos una cosa: que Lobos pintaba como nadie las cosas de sabor colonial; que él fué el primero que se destacó, en ese sentido, con un estilo propio y seductor: que las ruinas y las casonas antiguas tuvieron encantadora vida plástica en las telas del artista y que toda la sugerente vida del "Santiago Antiguo" fué evocada milagrosamente al toque de su pincel. Agréguese a esto que el sol, la luz de los cuadros de arte resucitador de la época colonial no era un sol y una luz convencional, de aceite y lacas, sino una luz de sol de nuestras tierras, de sol fulgurante a veces, otras débil y armonioso, pero siempre sol, sol de verdad; luz, luz dinámica y real.

❧ ❧

Conocí personalmente a Alfredo Lobos en los comienzos del año 1912. Fué en aquellos días de mi ilusionada adolescencia, que hoy los siento tan lejanos y tan impregnados por el prestigio de una ardiente juventud.

Nos conocimos una tarde de otoño en el Parque Forestal. Hora de Crepúsculo. Era tal vez un mágico atardecer de otoño. Quizás un infinito cielo de cobalto era dombo abierto a las prodigiosas arquitecturas de las cordilleras nevadas y las nubes aurificadas por los oros y los lilas de una luz diáfana y pura.

Recuerdo sí, que esa tarde recorrimos las avenidas versallescas de los jardines otoñales, y que, enamorados de las fuentes y de las gamas de color del paisaje, hablamos locamente de la belleza que hay en las delicadas frondas de los árboles manchados por el cadmium y la púrpura del otoño.

En esa época quedaban aún al costado sur del Forestal numerosas casas de estilo colonial y callejas tortuosas de caprichoso dibujo.

Lobos me hablaba también del amor que tenía por todas esas casas y cosas antiguas.

—El sol, decía, cae como una pátina de oro viejo sobre estos ruinosos edificios. Los techos de tejas musgosas tienen la más pura belleza de líneas; cada casa,—con su puerta antigua, con sus ventanas de reja, con sus patios empedrados a huevillo y sus naranjos añosos y retorcidos,—tiene todo el carácter de una joya antigua a la cual se ha encargado el tiempo de embellecer.

Los asuntos están hechos, proseguía. No hay más que abrir los ojos y mirar. Cada detalle tiene una gracia única y sugerente. Y mientras más vieja es una casa, mucho mejor. El polvo cae sobre la cal y le quita los tonos chillones que hieren las pupilas. El sol mismo cae sobre las casas en caprichosos garabatos de oro. Para mí tienen un atractivo particular estas paredes húmedas, musgosas y polvorientas. Yo deseo pintar todas esas casas viejas.

Refiriéndose a sí mismo me decía: yo no soy eso que llaman un refinado. Yo nada sé de complejidades y amaneramientos; amo la sencillez más que todo y lo que tiene carácter y sabor de "cosa nuestra...

Es una lástima que todo lo colonial tenga un día que desaparecer. Con la demolición de todo lo viejo morirá toda la poesía y la belleza del pasado colonial..."

Nada era para Lobos más hermoso que una calleja de ambiente colonial, y nada le era más sugerente que unos negros ojos femeninos tocados por el negro manto de nuestras antiguas damas. Odiaba las calles modernas, las calles rectas, tiradas a cordel.

—Qué bien se siente uno cuando ve casas con balcones salientes, callejas con rincones misteriosos y fachadas arcaicas con anchos portones claveteados... Nada más interesante de dibujo que una reja de fierro forjado a la manera de antaño: esas rejas de arte ingenuo y noble, con florecillas, pajarillos y festones repujados... Qué cosa más mística que ver de repente, como una sombra, salir por un portón enorme una vieja arrebujada en un manto verdoso, camino de una capilla silenciosa y solitaria... O mirar, en un balcón voladizo, el rostro de una mujer de ojos negros y atisbadores. ¡Eso es belleza! ¿Para qué buscar complicaciones? ¿Qué sacamos con estilizar lo que nuestros ojos ven a la luz del día?

Cuando hablaba lo hacía del modo más expresivo posible. Se entusiasmaba y hacía afirmaciones atrevidas. Sus ademanes empujaban las palabras que tartamudeaban en sus labios y todo tenía un calor y una fuerza plástica asombrosa en su mímica y en su charla inquieta y singular.

Era también un enamorado de los jardines y de las fuentes. El Parque Forestal no tenía secretos para él y así como no hay calleja antigua ni casona colonial que no haya sido objeto de la predilección del pincel del artista, así también no hay paseo que no haya encontrado en él un amoroso intérprete de sus bellezas y aspectos maravillosos.

Las fuentes rumorosas del Cousiño, los senderos floridos del Forestal, las encantadoras glorietas del Santa Lucía fueron más de una vez motivo central de sus cuadros. Todas las estaciones del año tenían para él, como todos los jardines y fuentes, un encanto nuevo siempre y eternamente renovado. Los fragantes rosales en primavera; las frondas luminosas y verdegueantes en verano; las avenidas cubiertas de hojas y manchadas de luz exquisita en otoño; los elegíacos días grises y armoniosos en invierno; todo tenía para él una belleza nueva, un puro goce para su pupila de pintor y era motivo que inspiraba fecundas concepciones de belleza en el artista.

Desde el primer día que le conocí, tuve confianza en aquel muchacho de ojos negros y sentí cierto orgullo personal al comprenderlo ligado fraternalmente a la actual generación de artistas jóvenes. Le consideré como una esperanza futura, como una realidad pródiga en fecundas intenciones, como un trabajador empeñoso por crear una obra personal y acrecentar el arte nuevo, pero bien orientado de nuestra raza.

El artista en su taller, días antes de partir a España.

* *

Si hay algo interesante en el rostro de un pintor son sus ojos. Muchas veces está en la enorme perfección de estos el secreto de su admirables percepciones plásticas y muchas otras está en sus anormalidades el enigma de más de una extraña cualidad

El pintor en la ciudad de Sevilla. (Parque María Luisa).

de expresión cromática. Los ojos de Alfredo Lobos eran bien configurados: la retina se dilataba con una sensibilidad enorme bajo las impresiones de la luz; el iris del globo era de luminosas estrías de color pardo intenso que se destacaban en una cornea blanca, estriada por finísimas venillas de sangre. Daban la sensación de unos ojos negros, retintos, vivaces, ágiles para posesionarse de lo que miraban, expresivos y despiertos como su avizora y despierta imaginación.

Su frente amplia y tostada se coronaba con las guedejas de ébano de una cabellera abundante; pero lo más característico en su fisonomía era una expresión de vida acentuada tanto en sus ojos negros, en los lóbulos movibles de su nariz como en la rictuación de sus labios rojos y carnosos que hacían destacarse, cuando sonreía, dos hileras de blancos dientes. Toda su faz era morena y sus facciones conformaban el total de una cabeza vigorosa de indio joven, vivaz e inteligente.

De la charla de Alfredo agregaremos que era sabrosa y nutrida de cierta locuacidad espiritual; sabía llamar la atención por la poderosa facultad con que sabía asociar las ideas e imágenes, para expresar en la forma más concisa y atrayente sus opiniones personales.

Cuando trabajaba en un croquis o en un cuadro, dos cosas sorprendían al espectador: la sagacidad y brillo de sus ojos y la experta cuanto fácil agilidad de sus manos; sus manos tenían el lápiz o el pincel. Era causa de seducción en sus compañeros la sencillez y espontaneidad con que trazaba de modo sintético y elegante los principales asuntos y detalles de sus apuntes del natural. La desenvoltura con que ponía los colores, la encantadora gracia de los tonos y la pintoresca armonización de los matices y de la luz eran secretos que siempre llamaron la atención de los entendidos y fueron cualidades que constituyeron rasgos inconfundibles en la técnica personal del artista.

Al verlo pintar, cualquiera hubiera pensado que era muy fácil manejar con acierto los pinceles. Para Alfredo era tan sencillo hablar de la belleza de un paisaje como expresar todo ello en una tela. Y así como se entusiasmaba narrando la hermosura de un caserón antiguo iluminado por un sol de oro viejo, así tambien se regocijaba—lleno de éxtasis y fervor intenso—cuando ejecutaba alguna casona colonial.

Apoyado de cualquier modo en algo, sosteniendo sus pinceles y su caja abierta, absorto en la adquisición de los detalles y del total, se reconcentraba tanto en su labor que perdía por completo la noción de todo lo que era ajeno a su trabajo. Muchas veces le ví ansioso clavar sus pupilas en el último rayo de sol que alumbraba un picacho de cumbre, para trasladar con presuroso cariño la nota de color y de luz

El artista tiene una sonrisa optimista.

a su tela. Así fué como muchas veces logró aprisionar un momento fugitivo y único en las redes maravillosas de sus pinceladas; la belleza de oro de más de una tarde quedó plasmada de ese modo y para siempre en más de un paisaje, en más de uno de sus cuadros. Por eso en sus empastes vibran a veces — dinámicamente, — más de un reguero de luz o más de un húmedo ambiente de sombra. La sensación de la hora está presente en casi todos sus cuadros; la realidad del ambiente la interpretó casi siempre con fidelidad y nunca su obra adoleció de ese convencionalismo que divorcia la enorme fuerza dinámica de la realidad con la enorme potencia creadora de la idealidad.

❦ ❦

La obra de Alfredo Lobos fué fecunda como producción y única en su género. Tres exposiciones de sus obras señalaron al público un artista vigoroso y personal. Su primera exposición, (1915), realizada en los salones de "El Mercurio" de Santiago, fué una sorpresa para los aficionados: la crítica aplaudió al artista y algunos entendidos, privadamente, censuraron al pintor por los bajos precios de sus cuadros. Toda la producción fué a dar a manos de intelectuales.

La segunda exposición, (1916) realizada en Viña del Mar, fué un éxito inesperado, en cuanto se refiere a la parte económica.

El escritor Pizarro, Lobos, Rafael Romero de Torres y el pintor Agustín Segura, cabe una característica fuente española.

El literato Fenoy, el escultor Juan Cristóbal y el pintor Alfredo Lobos, en una característica taberna de Córdoba.

El artista realizó ese mismo año una tercera exposición en Santiago, sala de los señores Eyzaguirre. El resultado pecuniario y artístico fué satisfactorio y ya nuestro pintor empezó a pensar seria y definitivamente en su soñado viaje a España.

❦ ❦

"Don Fernando", como decíamos cariñosamente por Alvarez de Sotomayor, alimentó el fuego pasional de Lobos por España; Pastora Imperio le hizo sentir viva y potente, algo así como una síntesis de la España gitana y flamenca; Tórtola Valencia—la inolvidable musa de los pintores —le habló maravillada, locuaz y enloquecedoramente de toda esa estupenda España artística que ayer glorificaron el Greco, Velázquez y Goya y que hoy se siente estremecida por un resurgimiento forjado al calor de los Zuloaga, Anglada, Sorolla, Romero de Torres y todo el numeroso y bien escogido núcleo de pintores, que según Mauclair, hace que "España presente un nombre superior al juicio de la Europa del día."

En la vida emocional de Alfredo Lobos, dos nombres de mujer suenan prestigiosamente junto al cascabeleo de juventud: Pastora Imperio y Tórtola Valencia.

Recuerdo que fuímos porfiados asistentes a las funciones de Pastora Imperio. En esas noches de luminosas y feéricas orgías de luz y color, íbamos llevando rojos claveles para ofrendarlos a la mujer que nos traía en su gracia un pedazo de gloria y un manojo de reventonas alegrías de la tierra del sol. Me parece aún tener ante mis ojos el espectáculo de frenético entusiasmo que hacía vibrar a la muchedumbre y estremecía el cordaje de nervios de los artistas, como Enrique Moya que, desde un balcón lanzaba al escenario, como rojos corazones sangrantes, manojos y manojos de empurpurados y fragantes claveles.

El pintor Lobos, el escritor Pizarro, Rafael Romero de Torres y el inseparable amigo de nuestro artista, el escultor Juan Cristóbal, frente a la "Posada del Potro", la misma posada que describe Cervantes en su "Don Quijote"

¿Qué diré de Tórtola Valencia? ¿Diré que ella sacó de sus casillas a los pintores más encastillados en su reino interior?... Ahora sólo diré que ella supo hablarnos hondo y al corazón, de España y sus artistas.

Cada nombre de artista español sonaba en los labios de Tórtola Valencia como una sonora moneda de oro; los nombres mundiales de Rusiñol, Valle Inclan, Romero de Torres, Clará, Zuloaga, Miguel Nieto y otros, eran evocados en nuestras reuniones con el entusiasmo propio de los que nombran los mejores lemas y exergos de su heráldica prosapia. Lobos descollaba entre los admiradores de Tórtola. Grabados en nuestra memoria están los acontecimientos de aquella época de locura y arte. Frescos aún los recuerdos, viven fantasmagóricamente en nuestras pupilas todos aquellos momentos en que la loca caravana de bohemios y artistas se sintió electrizada por el escalofrío nuevo de sensaciones desconocidas... Tórtola Valencia fué una buena hermana, la más íntima y comprensiva hermana espiritual y supo llegar hasta la intimidad de nuestras almas con la delicadeza de una princesa muy romántica, muy artista y muy sentimental: España, la España de sus locuras, entró con ella de rondón, al complicado mundo interno de nuestra vida y desde entonces España tiene para nosotros nombre de mujer, ojos femeninos, manos de madre, dulzuras de hermana y promesas de novia.

❦ ❦

Alfredo Lobos fué el primero que realizó el ensueño de todos: ir a la España de nuestros amores.

Nada mejor para un pintor chileno deseoso de estudiar, orientarse y definirse, que ir para ello a España, que es hoy por hoy, la mejor escuela de pintores.

Muchas ventajas tiene España, al respecto, en comparación con los demás países, y más aún para nosotros los indo-americanos. Un lenguaje que nos es propio, la afinidad de valores comunes, diversas fuerzas que hablan con voz de siglos y con elocuencia histórica de un vínculo espiritual, imborrables rasgos etnográficos y una noble y bien blasonada tradición nos determinan a pensar de este modo. Además, no sólo para nosotros España es insustituible como escuela de arte, pues en todo el mundo se tiene hoy un gran respeto y una profunda admiración por el clásico país del realismo pictórico.

Starkweather, crítico norteamericano, ha dicho: "Madrid es por muchas razones una ciudad especialmente segura para conseguir una educación artística. Una de las grandes necesidades del que aprende a pintar es aprender a no pintar mal. En Madrid no hay, prácticamente, pintura mala, ninguna desgraciada influencia que pueda seducir al pintor." Además dice:

"El arte español, antiguo o moderno, enseña a pintar con realismo, sin convencionalismo; a pintar con vigor y sutileza, según el método de nuestros días, y luego abre al pintor las puertas del mundo para que luche con él. Y es por millares que los estudiantes de las Américas han acudido a su llamado."

Nos hemos detenido en este punto, porque juzgamos que ya es tiempo de reacción-

nar contra la tendencia que lanzaba a nuestros jóvenes pintores al torbellino de París, donde la desorientación cosmopolita de numerosas escuelas decadentes hace fracasar los temperamentos más fuertes y equilibrados.

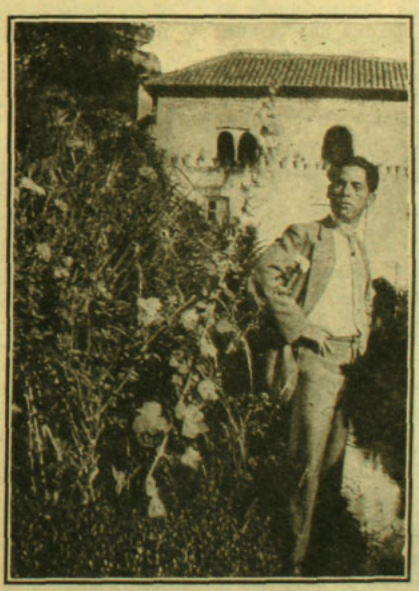
Alfredo Lobos partió a España el 4 de Enero de 1917, después de haber realizado en su propio terruño una labor intensa y personal; después de haber abierto un surco profundo y original y haber dejado abierto a la iniciativa de todos un sendero que sólo él pisó por vez primera. No fué un maestro; pero, sin embargo, es menester decir que dejó numerosos discípulos, discípulos inconfesados, pero discípulos al fin. Cuando se escriba la historia de los dos últimos lustros de nuestra pintura, el nombre de Lobos se destacará de un modo inconfundible y su personalidad será una de nuestras mejores monedas de oro entre numerosas de plomo y fullería.

Fué a España después de haber realizado diez años de trabajo, después de haberse encariñado con su terruño; cuando, queriendo ampliar su patria espiritual, vió en la tierra mater un horizonte nuevo; y fué a España, pero ella le quiso tanto, le amó con tanto celo, se enamoró de él tan moruna, tan maja, tan gitanamente, que le dió un abrazo estrecho, ¡tan estrecho y tan fuerte! que le dejó dormido para siempre en su regazo...

El viaje a España fué para Lobos durante toda su vida una acariciada ilusión. Trabajó infatigablemente para reunir el dinero que le llevara un día al país de sus ensueños: España fué para él algo más que la tierra prometida, más que Jerusalén; la ciudad del profeta no fué más amada por árabe alguno como fueron amadas por el artista las ciudades antiquísimas de España. Oigámosle un momento sus propias palabras dichas días antes de partir:

"Me atraen las ciudades más antiguas. Tienen un ambiente admirable, en el cuál me sentiré vivir en éxtasis. Estudiaré detenidamente las costumbres, las fiestas españolas. Creo que al ver una corrida de toros estaré feliz. Adivino el maravilloso espectáculo y tiemblo emocionado. Creo que hacen mal los que fustigan el taurismo. Una corrida de toros es una fiesta estética."

Pensaba viajar por el norte de España, por la provincia de Vizcaya, en la cual buscaría castillejos y solares de los antepasados de muchas familias chilenas. Llevaba en su cartera de investigador algunos documentos que le servirían de guía. Pero la muerte ha desbaratado todo ese hermoso cúmulo de plausibles intentos y ha sellado para siempre los párpados del artista que decía entusiasmado: "Ya que puedo cumplir mi sueño de tantos años, mi viaje a España, trabajaré con todo el amor de mi espíritu, buscando rutas desconocidas que me den una belleza honda, que después encuentre eco en mis telas... Admiraré los pueblos viejos al sol, las casonas que conocen el prestigio de los siglos, las iglesias antiquísimas donde oraron los legendarios Santos Españoles, Santa Teresa de Jesús, San Ignacio de Loyola, San Isidro Labrador.... Será España para mi corazón un derrotero fabuloso de hermosura. Al poner pie en esa tierra de amor y de fragancia, me sentiré llevar al soñado nunca visto jardía de las Hespérides."



El artista en uno de los patios del "Jeneralife"; según él, recinto de belleza y fuente de inspiración, donde trabajó "con verdadero entusiasmmo infatigable". Granada.

La intrusa, más inoportuna que nunca, rompió el báculo del peregrino, llenó de polvo eterno las pupilas del soñador, selló para siempre los labios del príncipe que soñaba traernos de esa tierra el joyel de rubíes de Leila, los enigmáticos ónices de Lindaraxa, las inquietantes guzlas de Dschejana y Zoraida, las perlas hechiceriles de Zulima y Fátima.

El epistolario de Alfredo Lobos es un ka-

leidoscopio por el cual desfilan ciudades, tipos, maravillas y emociones: Mendoza con sus calles de silencio y su aire santiaguino; Buenos Aires, la cosmópolis continental del Atlántico; Montevideo, la prestigiosa sede intelectual; Santos, fecunda factoría del Trópico; Las Palmas, con su interesante aspecto de ciudad marítima; Cádiz, la antigua ciudad que fundaran los fenicios, donde por vez primera pisó tierra peninsular: Almería, tradicional y característica; Barcelona, agitada y estremecida por el calambre de la intensa vida contemporánea; Córdoba, con su mezquita legendaria; Granada, la de la Alhambra arquitectural y los sugerentes Jardines del Jeneralife; Alcalá de Guadaira, soñadora villa de ruinas poéticas y casonas solariegas; Sevilla, la de los barrios de la Macarena y Triana y esas joyas que se llaman La Giralda y Los Jardines del Alcázar y, por fin, Madrid, la ciudad de las Cortes, Metrópoli de la España, centro donde se funde el renacimiento de una nación nueva, crisol donde toda una raza vibra estremecida al calor de los transcendentales acontecimientos de cada día... Todo esto y mucho más aún podemos ver a través de las interlíneas de las numerosas y nutridas cartas del pintor.

Córdoba. "Parque María Luisa".

Emocionado ante el paisaje, las ciudades y los hombres, su peregrinación fué fervorosa y llena de toda la perfumada ofrenda de la propia belleza interior; enamorado del alma-mater española, sintió en todo momento el escalofrío íntimo de toda la sangre y de todos los pueblos de la península; su juventud generosa rimó al unísono con la eterna juventud de ese pueblo latino que nosotros mismos llevamos vivo y latente en nuestras venas. Ojos negros de mujer y fraternales manos de amigos le hablaron hondo del amor y de la nobleza que hay en toda esa patria espiritual.

Alfredo Lobos sintió que aún estaba redivivo la patria del más espiritual de todos los hidalgos: Don Quijote. Y sintió que llegaba a tierras castellanas, cuando esa nación, absorta ante el presente, tenía los ojos abiertos al porvenir, alentando en su corazón la ansia de romper las telarañas de la rutina para descubrir nuevos horizontes; él vió que la España de hoy es una inquieta y proteica España, que ha sentido de nuevo por sus venas rumorear el sol.

Toda la España antigua y moderna, con sus tradiciones, sus costumbres, su arte, sus hombres, sus ciudades, eran motivos de entusiasmo y cariño en el alma del artista.

Siguiendo su epistolario se presiente un amor íntimo, una admiración sin límites por todo lo que él llama "maravillas de esta tierra de María Santísima." Al leer sus cartas evocamos aquello de "Si me pierdo por el mundo—buscarme en Andalucía....— Allí donde haya guitarras—y cañas de manzanilla,—y mujeres con claveles—y mantones de manila,—allí cantaré a mi tierra—la de María Santísima"...

En una de sus primeras cartas escribe: "estoy en un pueblo que es muy pintoresco, que dista de Sevilla muy poco y se llama Alcalá de Guadaira. Hay muchos asuntos y motivos que pintar; la gente es muy buena, tengo la mar de amigos que me acompañan a todas partes y se esmeran por atenderme. Así es que lo paso divinamente, el gasto que hago diario son ocho pesetas... Este pueblo tiene para todos los gustos, porque hay puentes con ojos, torres con azulejos, caseríos blancos, tan blancos que molestan al mirarlos, callejuelas con balcones floridos, etc., etc..."

Cada pueblo que visitaba era un acontecimiento lleno de bellezas, cada ruina le sugería cosas eternas, cada iglesia le hablaba de una España mística y espiritual.

En otra carta llena de nostalgia por su tierruca, desde Córdoba, dice: "Yo estoy bien, pero un poco triste por la falta del calor de mi familia que la echo de menos."

"Hace unos cuantos días que estoy en esta ciudad que es muy interesante por sus tipos flamencos y sus mujeres con carácter místico... Esta ciudad es el país de los toreros; por todas partes se ven tipos de chaqueta corta y pantalones ajustados a las caderas, los cuales me parecen muy bien.

Las mujeres son encantadoras, todas se parecen a las que pinta Romero de Torres; ahora que he visto los motivos de donde ha tomado sus cuadros este pintor colosal, comprendo su obra. Romero de Torres es el tipo del torero chulo y es un juerguista de primer orden."

"La mezquita es maravillosa como arquitectura, pero como motivos pintables a mí no me gusta, creo no pintaré en ella, igual cosa me pasó con la Alhambra, son monumentos para contemplarlos y gozar con ellos..."

La España religiosa y fanática provocó en nuestro artista múltiples sensaciones y le cautivaron hondamente todos los aspectos del misticismo tan propio de ese país único como adorador de Vírgenes y Cristos de milagro; pero sobre todo, su pupila de pintor vió sagazmente la parte pintoresca y luminosa de los asuntos raros y llenos de complejidades que revelan lo que es el alma del pueblo andaluz. En una carta extensa y llena de rasgos descriptivos, dice:

"La semana Santa es una fiesta colosal como lujo y variedad de asuntos pictóricos. La Feria de Sevilla es otra fiesta característica de esta tierra de María Santísima. La Feria es una maravilla de colores con la múltiple gama de sus tonos que embriagan y la llama de los ojos negros de las mujeres de mantón que tienen una gracia estupenda y más cuando van con su mantón al brazo."

Sus cartas son siempre una viva crónica de todo lo que vieron sus mortales ojos. A veces es un cronista frívolo y elegante, otras un narrador naturalista y agresivo y siempre sorprende por la claridad y la pintoresca gracia de sus imágenes y descripciones.

Recorrer, carta a carta, su espistolario, sería obra grata para el cronista, pero en espera de verlo publicado algún día, sólo consigno en esta desordenada glosa, que Alfredo Lobos fué siempre un desenfrenado admirador de todo lo gitano, majo o flamenco; que sintió muchas veces el deseo heroico de ser torero o la somnolente nostalgia de una vida morisca, vivida entre dulces tañidos de guzlas y rumores frescos de cristalinas fuentes y que, en la Alhambra misma, evocó más de una vez a

"los pensativos y viejos califas
de ojos obscuros y barbas de plata."

Porque el artista visitó muchas veces "el viejo paraíso moro", porque, admirado, en la ciudad de Boabdil, pensó muchas veces "en visiones miliunanochescas" y también muchas veces pensó que: "razón tuvo el rey que lloró como una mujer..." al perder para siempre jamás el dominio de una de las ciudades más bellas del mundo.

En España conoció Lobos a Santiago Rusiñol: "estuvimos tres veces juntos, dice, charlando sobre el movimiento artístico de América." Conoció también a Benedicto, Llorens, Penagos, Franco, García Sanchiz y otros artistas cuyos nombres no transcribe en sus cartas. Conoció, y esto fué para el lo más trascendental, aquellos espíritus que dieron vida profunda a su arte, y orientaron sus esfuerzos; al nombrarles dice familiarmente de ellos: "los pintores que más me gustan son: Velázquez, Goya, Greco, Moro y Ticiano"...

En una de sus últimas cartas, 19 de diciembre, declaraba: "En este Madrid hay muchos pintores, pero todos son muy malos; fuera de Anglada, Zuloaga, Sotomayor, Romero de Torres, Anselmo Miguel Nieto, Sorolla y Mir, los demás son del montón, como se dice aquí, en esta tierra... En Madrid su confianza fué tan grande, el optimismo sobre el innegable valer de su personalidad fué tan decisivo, que no titubeaba en afirmar: "En este Madrid hay muchos pintores, pero todos son muy malos..."

En otra carta, preñada de esperanzas, nos decía:

"En el tiempo que llevo en Madrid lo he pasado trabajando sin descanso para poder completar mis proyectadas ex-

El pintor en su estudio.

posiciones. Más adelante dice, lleno de fe en su futuro y desasosegado por su labor del momento: "Tengo "la mar" de cuadros, pero no estoy conforme con ellos, porque no es lo que yo quiero exhibir; por eso trabajo sin descanso para poder conseguir algo de lo que deseo."

Lobos era un eterno descontento de su obra; una ansia de progresar lo empujaba siempre; conocía los secretos de la línea y el dibujo con la sabiduría de un maestro, pero él no estaba jamás satisfecho y cada día esperaba sorprender un nuevo secreto, descubrir una nueva norma estética.

¿Hablaremos ahora de su peregrinación, insistiendo sobre algunas intimidades, narrando la dolorosa vida interna de un artista; describiendo y analizando todo ese enorme martirio por crear una obra fuerte y sincera, capaz de resistir la crítica de un público como el español de hoy y el polvo despiadado del tiempo? ¿Diremos algo de la atormentadora angustia de todos los momentos, esa angustia lancinante que hizo estallar el corazón impetuoso del artista? Escribiríamos páginas de una amargura corrosiva; muchas veces el desaliento batería torpe y fatídicamente sus alas sobre estos despergeñados comentos y no es la intención del cronista decir al público, con la mano puesta sobre el corazón, el dolor fraterno que rompió.—cuando el triunfo era ineludible,—la cordatura de nervios y el florón de sangre, del que, como Alfredo Lobos, hizo en España una labor fecunda para obtener a la postre un aletazo póstumo de aquello que desde tiempos inmemorables llamamos gloria y que no es otra cosa que deleznable oropel de la vanidad humana.

El pintor Alfredo Lobos

Diré sí, que ha quedado una obra de creación artística, forjada con fuego del espíritu y con sangre del corazón y vida de una vida heroica; diré sí, que un muchacho de acá pudo asombrar a los artistas de España por su visión nueva y su manera original de interpretar la luz, que es la suprema conquista del arte de hoy, y diré también, con cierto animoso orgullo, que nuestro pintor perteneció a esa noble embajada que, silenciosa, pero positivamente, ha prestigiado en tierras extrañas lo que hay de arte en lo más acendrado de nuestra raza y lo que hay de heroico en el esfuerzo de los artistas que, como Lobos, han podido hacer una vida artística, fervorosamente artística, guiados sólo por la fuerza intuitiva de sus temperamentos y el empuje vibrante de la juventud.

Anotaré también al margen el nombre del amigo inseparable de Lobos en España. He nombrado al escultor granadino Juan Cristóbal, el autor de aquella vigorosa "cabeza sin ojos" y del delicado mármol "Desnudo."

Juan Cristóbal es hoy el mejor de los escultores jóvenes de Granada y su amor por nuestro pintor fué tan grande que con lágrimas del corazón ha dicho: "Estoy trabajando en la lápida para Alfredo Lobos. Créamelo, la hago llorando. Era tan bueno, tan generoso, tan fraternal..."

Si un artista que intimó con Lobos durante unos cuantos meses ha sentido, trémulo de dolor, rodar el llanto sobre su faz y sobre su corazón, qué puedo agregar yo al decir del dolor que estremeció a sus amigos y parientes al saber por intermedio de una lacónica nota consular que el quince de Enero de 1918 había muerto en España, la tierra del sol, el hermano, el artista, el pintor de la poesía antigua de nuestras ciudades, el bien amado camarada de la joven cofradía intelectual?

Con Alfredo Lobos ha muerto el pintor de "Santiago Antiguo" y uno de los pintores que más amó el sol y que mejor supo plasmar la luz.

No hay calleja antigua, casona colonial, ni templo histórico que no haya sido ob-

jeto de la predilección del artista. Nuestros paseos y jardines, las fuentes rumorosas, los senderos floridos, los parques encantados bajo el oro del sol o la plata de la luna, encontraron en el pintor un intérprete cariñoso y comprensivo. Las casas de los fundos, los paisajes de nuestras cordilleras y de nuestro campos, todo lo que hablaba de una hermosura presente o lo que decía arcaicamente de una vida y belleza pretérita, halló en Lobos un comprensivo emocionado, un enamorado loco y sagaz y en la paleta multicolor del artista, la magia de los colores, armonizada por la gama de los matices y de los tonos más delicados y fugaces. Dígase, pues, una vez más, que la vida de la colonia, histórica y legendaria, alentó con vida profunda en el espíritu del pintor y que las costumbres y escenarios de la época renacieron, poéticamente evocados, en toda la obra del artista.

Los claustros de nuestros conventos le vieron extasiado en su labor, haciendo, ya el croquis de un campanario o el patio del claustral manchado por el verde y el oro de los añosos naranjos. El sol de los crepúsculos le despidió muchas veces con su más puro rayo de oro en los momentos que pintaba el chorro de perlas de una fuente. Los árboles, movidos por el viento le supieron decir palabras de emigmática belleza y los cipreses de nuestro cementerio dialogaron con él, más de una vez, sobre la torturadora sombra de la muerte... Ya nunca más le verán, con su caja de colores, pasar como un niño ilusionado, los senderos floridos por la primavera, ni le hablarán con rumores de beso las sonoras fuentes de los jardines; el sol de nuestros campos, ese sol que es el mejor pintor y maestro, no le podrá enseñar, como antes lo hiciera, los esotéricos secretos de su luz y los armoniosos misterios de la belleza eterna; y la vida, esa vida de su juventud, maestra suma de toda sabiduría, no le podrá dar a gustar, como otrora le diera, las mieles deleitosas de sus colmenas ni las ácidas manzanas de sus huertos y, lo que es más triste aún, tendrá que decirle muy quedo, muy en silencio, las parábolas de la belleza eterna y de la armonía íntima, porque le encontrará dormido, y le tendrá que decir en sus ensueños lo que en la realidad de la tierra y de la jornada mortal no le alcanzó a decir con voz viva y de verdad; pues que las tres parcas cortaron ha tiempo los fatales hilos, pues que una intrusa desdentada, rompió para siempre jamás el cristal que fué vaso santo del espíritu de un artista.

El pintor Alfredo Lobos

PAISAJE CHILENO.

Los primeros hombres en la luna

Por

H. J. WELLS

(CONTINUACION)

Las alcé juntas, y al llevármelas a la cara, sentí en mi epidermis la impresión fría del contacto con el metal. Mis manos, pues, estaban encadenadas. Quise también extender, separar las piernas, y me dí cuenta de que estaba ligado de un modo semejante y de que me hallaba sujeto al suelo por una cadena mucho más fuerte que me rodeaba la cintura. Todo esto me causó más rabia que todas nuestras extrañas aventuras anteriores. Durante un momento hice esfuerzos por romper mis ligaduras, pero fueron completamente inútiles.

—Cavor—grité entonces.—¿Por qué estoy encadenado? ¿Por qué me ha sujetado usted brazos y piernas?

—Yo no le he encadenado a usted, Bedford —me contestó.—Han sido los selenitas.

—¡Los selenitas!—repetí.

Y mi espíritu vagó por el espacio, tratando de relacionar la contestación de Cavor con mi situación. Entonces vinieron a mi memoria todas las escenas anteriores. El paisaje lunar, tal como se nos presentó, primero desierto y cubierto de nieve y de aire congelado; luego la formación de la atmósfera, la aparición y crecimiento de las plantas, nuestras excursiones saltando de roca en roca o rastreando entre la espesura; el ansia con que buscáramos la esfera, la visión extraordinaria de los monstruos lunares, y, en fin, la apertura de aquel inmenso pozo que mostró a nuestra vista los insondables abismos de la luna. Me esforcé entonces por ordenar en mi mente nuestros últimos movimientos hasta llegar a la condición lamentable en que nos encontrábamos; pero, con el esfuerzo, mi dolor de cabeza se hizo intolerable. Por más que trataba de recordar, me encontraba siempre con una barrera infranqueable: con una laguna en el espacio y en el tiempo.

—¡Cavor!—exclamé entonces.

—¿Qué?

—¿Dónde estamos?

—No lo sé.

—¿Estamos muertos?

—¡Qué majadería!

Me contestó a esto con un gruñido.

—¿Y qué vamos a hacer, Cavor?—le pregunté.

—¿Cómo quiere usted que lo sepa?

—Muy bien, muy bien—le contesté.—Y permanecí silencioso.

Pero no tardé en salir de la especie de estupor que hasta entonces me había dominado, y pude advertir que mi compañero empezaba a resoplar como allá en la tierra en los primeros días de nuestro conocimiento. Pero en las circunstancias en que ahora nos encontrábamos, aquellos resoplidos me ponían nervioso, me hacían daño, y no pude menos de gritar:

—¡Por Dios, Cavor! Bien podía usted dejar sus resoplidos para otra ocasión.

El tono violento con que dije estas palabras hizo callar a mi compañero, y permanecimos por algún tiempo en silencio, escuchando sólo la vaga confusión de ruidos que a lo lejos y en todas direcciones se percibían como el rumor lejano de una fábrica o el hálito de vida de una ciudad populosa.

Trataba en vano de averiguar la naturaleza de esos ruidos. Unas veces me parecía descubrir en ellos un ritmo determinado, después otro y otro, y procuraba, inútilmente, hallar su significación. Sin embargo, al cabo de mucho tiempo, percibí un nuevo elemento sonoro, más agudo, que no se mezclaba con el resto, sino que se destacaba, por decirlo así, sobre el fondo confuso de todas las resonancias.

Constituía este elemento una serie de ruidos muy poco definidos, semejantes, por una parte, a los que produciría una rama golpeando contra una ventana o un pájaro revoloteando en una jaula.

Manifesté mis impresiones a Cavor, y ambos, con el oído alerta, nos pusimos a escuchar, tratando al mismo tiempo de distinguir alguna cosa a nuestro alrededor; pero las tinieblas eran tan espesas, que nuestra vista no podía penetrarlas. Luego siguió otro ruido ligerísimo, semejante al

que produce una llave cuando se hace girar con mucho cuidado dentro de una cerradura bien engrasada, e inmediatamente apareció ante mí, como flotando en la negra inmenidad, una delicadísima línea de luz.

—¡Mire usted!—me dijo Cavor en voz muy baja.

—¿Qué es eso?

—No lo sé.

Ambos procuramos no apartar nuestra vista de aquella finísima línea luminosa, y notamos que, poco a poco, se iba ensanchando, convirtiéndose en una banda más extensa, pero más pálida. Bien pronto se extendió hasta producirnos el efecto de una luz azulada cayendo sobre un muro recién blanqueado. Luego la claridad cesó de ser paralela en los bordes, dibujándose en uno de éstos una especie de escotadura.

Volvíme hacia Cavor para hacérselo notar, y quedé estupefacto al ver su oreja izquierda perfectamente iluminada, mientras que el resto de su cuerpo permanecía en la sombra más completa. Volví entonces hacia atrás mi cabeza cuanto mis cadenas me lo permitían.

—Cavor—dije,—la luz viene de atrás.

Pero entonces el haz luminoso, en vez de caer sobre la oreja de Cavor, cayó fuera, sobre la sien, y después sobre el ojo izquierdo.

De repente, el ruido y movimiento que habían precedido a la presencia de la luz se hicieron más intensos, apareciendo a lo lejos y a nuestra espalda el espacio de una puerta abierta. Más allá se extendía una perspectiva de luz azulada del color y brillo del zafiro, y en la misma abertura de la puerta se dibujaba un contorno extraño y grotesco a la vez, destacándose sobre el fondo luminoso.

Cavor y yo hicimos esfuerzos convulsivos para volvernos hacia aquel lado, pero no pudimos lograrlo y tuvimos que satisfacernos con mirar por cima del hombro lo que ocurría a nuestra espalda. Me pareció primero que la silueta que apareció en la puerta correspondía a un cuadrúpedo deforme y de cabeza baja, después me dí cuenta de que lo que tenía a la vista era el cuerpo delgado y estrecho y las piernas cortas y delgadas de un selenita, con la cabeza deprimida entre los hombros.

Pero no llevaba el yelmo, ni la cubierta parecida al cuero que habíamos visto en los selenitas de la superficie de la luna. Para nosotros aquel ser era una figura negra y lisa; pero instintivamente nuestra imaginación le dotaba de una fisonomía con facciones humanas, y yo por lo menos dedujo inmediatamente que era un poco jorobado, con la frente elevada y rasgos fisonómicos muy alargados.

Aquel ser extraño dió tres pasos hacia nosotros y se detuvo. Sus movimientos eran verdaderamente fantásticos. Después avanzó de nuevo, marchando como un pájaro, colocando cada uno de sus pies delante del otro en la misma línea. Una vez que pasó el dintel, se separó de la dirección del rayo luminoso que venía del exterior; de suerte que pareció desvanecerse por completo en la sombra. Por un instante mi vista le buscó donde no estaba, hasta que le distinguí frente a nosotros y en plena luz. Entonces ví que la fisonomía humana que yo le había atribuído no existía en modo alguno.

En el sitio correspondiente a la cara no había absolutamente nada. Por supuesto, que yo debía haber esperado una impresión semejante; algo completamente distinto de aquello a que estamos acostumbrados a ver en la tierra. Pero no fué así, y, por el momento, la impresión que me produjo fué de un efecto extraordinario. Aquello no me pareció una cara, me pareció más bien una máscara, un horror, una deformidad. Allí no había ni nariz, ni expresión; era una superficie lisa, dura, homogénea, con los ojos laterales y salientes, de tal suerte, que se distinguían en la silueta las prominencias que formaban y que yo había creído al pronto que eran orejas.

En muchas ocasiones he tratado después de dibujar una de estas cabezas, y nunca lo he podido conseguir. No se puede nadie dar cuenta de lo que es aquella horrible falta de expresión, ó más bien falta de cambios de expresión. En todas las fisonomías que un hombre encuentra en la tierra, halla siempre ordinariamente una expresión que cambia a cada momento con el estado de ánimo del individuo. En la luna, por el contrario, cuando uno de estos selenitas mira parece que le está a uno mirando una máquina. Y un ser de esta clase, un enigma viviente de esta condición era el que se erguía ante nosotros, contemplándonos en silencio.

Pero cuando digo que aquel ser fantástico no tenía cambio de expresión, no quiero significar que no tuviese una expresión particular como la tiene siempre, en cierto modo, cualquier objeto, como la caperuza de una chimenea o el ventilador de un buque de vapor. Tenía una boca encorvada hacia abajo, como una boca humana que se abriese con expresión de ferocidad; el cuello sobre el cual descansaba aquella cabeza estaba articulado por tres puntos, casi a la manera de las extremidades de las patas

de un congrejo. Las articulaciones que pudiera tener en las extremidades no podía distinguirlas, a causa de unas bandas que iban arrolladas sobre estas extremidades y que constituían el único vestido de aquel ser.

Por lo tanto, la impresión que me produjo todo aquel conjunto fué que la existencia de tales criaturas era un absurdo viviente. Supongo que el selenita, a su vez, estaría tan asombrado, y por la misma razón, al contemplarnos a nosotros; solamente que el maldito no manifestaba su asombro. Nosotros, por lo menos, sabíamos qué serie de circunstancias habían preparado el encuentro de seres tan incompatibles cual nosotros, habitantes de la tierra, y aquellos seres pobladores de la luna; pero ¡imagínese el lector lo que pensaría un respetable ciudadano de Londres, por ejemplo, que se encontrase de repente un par de seres del tamaño de los hombres, pero absolutamente distintos de todos los animales de la tierra, paseando por las praderas de Hyde Park! Pues tal debía ser la sorpresa del selenita al vernos a nosotros; pero también, ¡que cualquiera se imagine la nuestra!

Nos encontramos atados de pies y manos, sucios y maltrechos, con las barbas y el pelo en completo desorden, con la cara arañada y ensangrentada. Imagínense a Cavor con sus calzones de ciclista destrozados en muchos sitios por las espinas de las plantas, su camisa de franela sucia y rota, los escasos mechones de sus cabellos en revolución completa... Bajo la luz azul que débilmente nos alumbraba, su fisonomía parecía roja, pero más sombría; sus labios parecían negros y lo mismo las manchas de sangre, secas sobre su piel.

Pero, si fuera posible, yo presentaba peor aspecto que él, a causa de las fungosidades amarillas en medio de las cuales había caído. Nuestras chaquetas y chalecos estaban desabotonados por completo y advertí también que nos habían descalzado, dejándonos, sin embargo, las botas no lejos de donde nos hallábamos.

En esta lamentable situación nos encontramos sentados, con la espalda vuelta hacia la luz extraña y azulada, y sujetos al examen de un monstruo que la imaginación de Alberto Durero no hubiera podido jamás inventar.

Cavor quiso decir algo, emitir algunos sonidos inarticulados, y tosió para aclararse la garganta. Entonces, a la parte de fuera se oyeron mugidos terroríficos, como si los gigantescos monstruos lunares que habíamos visto en la superficie se sintieran heridos; después oyóse un grito muy agudo, y todo quedó en silencio.

En seguida el selenita se volvió, vaciló en la sombra, se detuvo para lanzarnos su última mirada, y cerró la puerta, dejándonos otra vez sumergidos en el misterio de tinieblas y murmullos en medio del cual habíamos despertado.

CAPITULO XIII

Las cavilaciones de Mr. Cavor

Durante algún tiempo, ninguno de nosotros dijo una palabra. Reunir y ordenar en nuestra mente todas las cosas que nos habían sucedido me parecía superior a mis facultades cerebrales. Por fin condensé en una sola expresión el estado de mi ánimo, y exclamé:

—Nos tienen prisioneros.

—La culpa la tienen aquellos malditos hongos—observó Cavor.

—Tal vez; pero si no los hubiéramos comido hubiéramos muerto de hambre, y el resultado sería peor.

—Pero acaso antes hubiésemos encontrado la esfera.

Ante la obstinación de Cavor perdí la paciencia, y empecé a jurar en voz baja. Por un largo período continuamos en silen-

—¡Vaya al diablo toda su ciencia!

cio, y seguramente detestándonos uno a otro. Yo golpeaba con las yemas de los dedos el suelo, en el espacio que quedaba libre entre mis piernas y hacía chocar, unos contra otros, los eslabones de mis cadenas. Luego, no pudiéndome contener, rompí a hablar de nuevo.

—Y, ¿qué opina usted de todo eso?—pregunte con tono humilde.

—Después de todo, me parece que son criaturas razonables—contestó Cavor.—Fabrican objetos y se sirven de ellos... Estas cadenas... Esas luces que vemos....

Al llegar aquí se detuvo. Era evidente que Cavor no comprendía gran cosa de lo que nos rodeaba. Cuando recobró la palabra fué para confesar, en cierto modo, su impotencia.

—Pero, en fin, son más humanos de lo que teníamos derecho a esperar... Supongo...

Y volvió a adoptar una de sus pausas irritantes.

—¿Qué es lo que supone usted?—le pregunté con vehemencia.

—Supongo que, de todas maneras, sobre cada planeta donde exista algún animal inteligente, éste llevará su bóveda craneada en la parte superior de su persona, tendrá manos y andará en actitud bípeda...

Volvió a callar y en seguida sus ideas marcharon en otra dirección.

—Estamos a cierta profundidad—murmuró.—Quiero decir, acaso a unos dos mil pies, o más, bajo la superficie.

—¿Por qué?

—Porque aquí la atmósfera es más fría; nuestras voces resuenan más; la atenuación de todos los sonidos ha desaparecido, lo mismo que esta sensación particular en las fauces y en los oídos que sentíamos allá arriba.

Yo no había notado nada de aquello, pero su observación me lo hizo apreciar en seguida.

—Sí, el aire es más denso,— dije corroborando la afirmación de mi compañero de desdichas;—por lo tanto, estamos a una gran profundidad; acaso más de una milla en el interior de la luna. Nunca se nos había ocurrido que pudiese existir un mundo bajo la superficie lunar. ¿No es verdad, Cavor?

—Seguramente que no. ¿Cómo hubiéramos podido imaginarlo?

—Imaginarlo, sí, puestos a hacer toda clase de suposiciones.

—Pero eso es contrario a nuestros hábitos de ver las cosas.

Y se puso a reflexionar de nuevo.

—Ahora— continuó Cavor — esto parece una cosa evidente, natural. La luna debe estar constituída por una serie de enormes cavernas, con una atmósfera interior, y en el centro de estas cavernas un mar. Verá usted por qué. Se sabe que la luna tiene un peso específico, es decir, una densidad bastante menor que la de la tierra; se sabe también que en la superficie de este satélite hay muy poco aire y muy poca agua, y, por lo tanto, que su masa debe tener una composición idéntica. Sería inexplicable que la composición de la materia de la tierra y de la luna fueran diferentes. Así, pues, si la luna, dado su volumen, estando constituída de materiales idénticos a los de la tierra y teniendo en la superficie menos agua y menos aire, presenta una densidad mucho menor, es claro como la luz del día que tiene que presentar grandes oquedades, porque sólo de esta manera resultará disminuído el peso específico total del astro. Y, sin embargo, esto que veo ahora tan claro no ha sido aceptado nunca como un hecho por los sabios de la tierra. Kepler, sin duda, tenía razón...

En aquel momento, el tono de su voz expresaba la satisfacción y el entusiasmo del hombre que ha descubierto algún principio importante a consecuencia de una serie de razonamientos bien hechos.

—Sí— continuó. — Kepler tenía razón, después de todo, al hablar de los **Sub-Volcani.**

—Pues, mi querido Cavor, debía usted haberse tomado el trabajo de averiguar todo eso antes de habernos puesto en camino.

No me contestó; pero siguió, indudablemente, pensando y razonando, pues rompió a resoplar como allá en la tierra cuando se entregaba a sus meditaciones. Al notarlo, advertí que la paciencia me iba faltando.

—Y a todo esto, ¿qué opina usted de nuestra esfera? ¿Qué habrá sido de ella? —pregunté.

—¡Perdida!—exclamó con el tono de un hombre que responde a una cuestión sin importancia.

—¿En medio de la vegetación lunar?

—A menos que los selenitas la hayan encontrado.

—Y, ¿entonces?...

—Entonces... ¡qué sé yo!

—Cavor—exclamé con manifiesta amargura,—las cosas me parece que no marchan bien para mi gran Compañía comercial. ¡Estamos lucidos!

No se dignó contestarme.

—Pero, ¡Dios mío!—exclamé. — ¡Pensar en todos los trabajos y en todos los esfuerzos que hemos hecho para vernos en este conflicto! Pero, ¿por qué hemos venido?

¿Qué buscamos? ¿Qué es la luna para nosotros, ni nosotros para la luna? Nuestras ambiciones han sido muy grandes; nuestros proyectos demasiado vastos; debíamos habernos contentado con ensayar primero empresas más pequeñas. Usted fué el que propuso venir a la luna. ¡Esas malditas cortinas de cavorita!... Estoy seguro que podíamos habernos servido de ellas con más provecho para aplicaciones terrestres. ¿Comprendió usted realmente lo que yo le proponía?... Un cilindro de acero...

—No diga usted tonterías—exclamó Cavor.

Con esto la conversación terminó por entonces.

Al cabo de algún tiempo mi compañero empezó un monólogo, interrumpiéndose a trechos, insistiendo unas veces en los mismos argumentos, saltando de unos temas a otros, y sin que yo le hiciese observación alguna.

—Si la encuentran—decía.—Si la encuentran... ¿qué harán con ella? Esta es la cuestión, o por lo menos, esta puede ser la cuestión. Seguramente que ellos no la entienden. Si ellos entendieran esta clase de cosas hace mucho que hubieran ido a la tierra. Y ¿habrán ido ahora? ¿Por qué no? En todo caso, podían haber enviado alguna cosa. No hubieran dejado de aprovechar tan buena ocasión... Esto es si ellos comprenden los principios a que obedece la construcción de nuestra esfera. Lo que de todos modos es evidente es que la examinarán. Está probado que son inteligentes, curiosos. La examinarán, entrarán en ella, harán funcionar los botones, y, en seguida... ¡Bum!... ¡Lanzados por el espacio! Y nosotros quedaremos aquí condenados a la luna a perpetuidad... ¡Seres extraños!... ¡Conocimientos extraños!...

—En cuanto a conocimientos extraños...—y me detuve temiendo soltar alguna barbaridad.

—¡Oiga usted, Bedford!—me dijo entonces Cavor.—usted ha tomado parte en esta exploración por su propia y libre voluntad.

—Pero usted me había dicho que era una simple exploración.

—Siempre hay riesgos cuando uno se aventura sin armas y sin prever todas las eventualidades posibles. Además, yo tenía toda mi inteligencia absorbida en la construcción de la esfera. La verdad es que la aventura nos ha interesado y arrastrado a los dos por igual.

—Sí, por mi parte, arrastrado. Tiene usted razón.

—Y arrastrado yo también. ¿Cómo podía yo imaginarme, cuando estaba engolfado en mis estudios de física molecular, que iba a venir a parar aquí?

—¡Esa ciencia maldita!—grité yo.—Esa ciencia maldita, que es el mismo diablo, tiene la culpa de todo! Los sacerdotes y los inquisidores de la Edad Media tenían razón, y los modernos están completamente equivocados. Guiados por esa ciencia, hacen pequeños ensayos y resultan cosas milagrosas; pero así que quieren seguir adelante son confundidos, destruídos y aniquilados de la manera más inesperada. ¡Viejas pasiones y armas nuevas!... Unas veces transtornan la religión; otras las ideas y los fundamentos sociales; otras nos precipitan en la desolación y en la miseria...

—Bien, bien. No veo la utilidad de que ahora nos pongamos a discutir. Esas criaturas, esos selenitas, o como quiera usted llamarlos, nos tienen encadenados de pies y manos. De grado o por fuerza, no tenemos más remedio que someternos a todo lo que venga. Es indudable que nos esperan aventuras extraordinarias que requieren todaa nuestra serenidad y sangre fría.

Al llegar aquí se detuvo, como esperando mi asentimiento, y yo únicamente contesté:

—¡Maldita sea vuestra ciencia!

Pero Cavor, sin hacerme caso, exclamó:

—El problema importante es establecer comunicación con ellos. Me temo que nuestros gestos sean muy diferentes. Señalar los objetos, por ejemplo, sólo los hombres y los monos le hacen.

Esta afirmación me pareció, a pesar de mi ignorancia, evidentemente errónea.

—Sin embargo—exclamé,—casi todos los animales señalan los objetos con los ojos o con la nariz.

Cavor pareció meditar acerca de mi observación, y dijo al cabo de un rato:

—Sí, es verdad; pero ¡hay tales diferencias!... ¡Tan grandes diferencias!... También se podría, ¿cómo lo diré?... También se podría ensayar la palabra, pero los sonidos que ellos hacen son análogos a los de la flauta. Yo no veo cómo podríamos imitarlos. ¿Y contituirá su lenguaje esa serie de sonidos Siendo los nuestros tan distintos ¿podrán apreciarlos y distinguirlos? Además, pueden tener sentidos diferentes, medios de expresión y de comunicación distintos de los nuestros y de los cuales no podemos formarnos idea... Por otra parte, es seguro que ellos son inteligentes; nosotros también lo somos. Por lo tanto, debe-

mos tener alguna cosa en común. Y, ¿quién sabe hasta qué punto podríamos llegar en la tentativa de entendernos?

—Todas esas cosas están fuera de nuestro alcance—apunté yo.—Esos selenitas difieren más de nosotros que los animales más raros de la tierra. Son de materia diferente, están hechos de otro barro. ¿De qué sirve el ocuparnos de eso?

Cavor reflexionó, y después me dijo:

—Pues yo no veo las cosas así. Donde quiera que hay inteligencias, éstas deben tener algo de similar, aun cuando se hayan desarrollado en planetas distintos. Naturalmente, si se tratase de una cuestión de instintos; si ellos o nosotros no fuéramos más que simples animales...

—Pues ¿qué son ellos?—exclamé yo.—Con esas patas, esos apéndices y esas cubiertas, más parecen grandes insectos que seres humanos. ¿Y qué hombre se ha podido entender jamás con las hormigas y tener una conversación con ellas?

—Pero, ¿y esas máquinas y esos vestidos? No; no soy de vuestro parecer, Bedford. Las diferencias serán muy grandes, pero...

—¡Infranqueables!

—Pero las analogías servirán de puentes para franquearlas. Recuerdo ahora haber leído un estudio del malogrado profesor Galton acerca de la posibilidad de establecer comunicación entre los planetas. Desgraciadamente, en la época en que lo leí me pareció que aquel asunto no podría nunca llegar a serme de alguna utilidad, y me temo que no le prestara la atención debida.

Sin embargo, ¡déjeme usted reflexionar!... Sí; me parece que la idea del profesor Galton era empezar con alguna de esas grandes verdades que deben encontrarse en la base de toda existencia mental, y establecer, sobre esas grandes verdades, un sistema. Por ejemplo, se debería empezar con alguno de los grandes principios de la geometría. Ahora recuerdo que aconsejaba tomar alguna de las proposiciones fundamentales de Euclides e indicar, por su construcción, cómo aquella verdad nos era conocida; demostrar, por ejemplo, que los ángulos contiguos a la base de un triángulo isósceles son iguales, y que si se prolongan esos lados, los ángulos así formados al otro lado de la base son también iguales; mostrar, asimismo, que sabemos que el cuadro construído sobre la hipotenusa de un triángulo rectángulo es equivalente a la suma de los cuadrados construídos sobre los dos catetos. Probando nuestros conocimientos en estas cosas, demostraríamos que poseemos una inteligencia que raciocina. Pues bien, supongamos que podemos dibujar una figura geométrica con el dedo mojado en cualquier cosa o trazar la figura en el aire...

Al llegar aquí, Cavor interrumpió sus razonamientos, y yo medité sobre ellos. Durante algún tiempo participé de su insensata esperanza de establecer algún medio de comunicación, de relación, con los seres fantásticos que nos rodeaban; pero la desesperación debida a mi agotamiento y a mi miseria física volvió a sobreponerse sobre mi ánimo, y a hacerme ver con claridad suma la extraordinaria locura de cuanto hasta entonces había hecho.

—¡Imbécil, más que imbécil! — me decía a mí mismo.—Parece que no vives sino para hacer a cada instante las mayores estupideces. ¿Por qué nos hemos apartado de la esfera? ¿Por qué ponernos a saltar como unos muchachos y lanzarnos por vericuetos y desfiladeros?... ¿Ibamos a buscar patentes de invención y concesiones territoriales en los cráteres de la luna? ¡Imbécil, más que imbécil! ¡No habérsenos ocurrido siquiera haber puesto un pañuelo en lo alto de un palo para mostrarnos donde estaba nuestro refugio y salvamento!

Después de este desahogo me callé, pero seguí rabiando y desesperándome en silencio.

A todo esto, Cavor continuaba en sus cavilaciones y conjeturas.

—Es claro que son inteligentes. Se puede, pues, hacer ciertas hipótesis sobre ellos. Además, el no habernos matado **incontinenti** demuestra que tienen ciertas inclinaciones de clemencia... ¡Clementes, sí!, o acaso precavidos. ¿Quién sabe? Puede ser que no quieran destruirnos sin entrar en relaciones con nosotros, sin averiguar quiénes somos y de dónde venimos. La manera de tenernos sujetos, el guardián que nos vigila, estas cadenas, todo demuestra un alto grado de inteligencia.

Y, por otro lado, yo gritaba:

—¡Oh! ¡Si las cosas se hicieran dos veces!... Pero no. Una equivocación sigue a otra, un traspiés a otro traspiés. ¿Por qué tendría yo confianza en este hombre? ¿Por qué no me concreté a escribir mi drama? Esto es lo que debía haber hecho. Ese era mi mundo y esa era mi existencia. Yo podía haber terminado mi drama, que era muy bueno, estoy seguro de ello, y ahora... ¡encontrarme aquí, en la luna!... ¡Si es para volverme loco! En realidad, he tirado mi vida por la ventana. ¡La posadera de los alrededores de Canterbury tenía más sentido común que yo!

Vi un grupo considerable de selenitas

En esto levanté la vista y detuve mis lamentaciones.

Las tinieblas habían desaparecido, y en su lugar volvió a presentarse la luz azulada.

Abrieron la puerta, y varios selenitas entraron sin ruido en el recinto donde nos hallábamos. Yo me quedé completamente inmóvil ante la grotesca impasibilidad de sus fisonomías. De repente, esta impresión de desagradable extrañeza se cambió en profunda atención. Noté, en efecto, que el primero y el segundo de aquellos seres traían unas especies de peroles. Deduje en seguida que nuestros espíritus y los suyos tenían, al menos, la comprensión común de una necesidad elemental.

Aquellos peroles eran de un metal que, como el de nuestras cadenas, parecía negro bajo aquella claridad azulada. Ví, con ojos de lobo, cómo aproximaban a nosotros dichos peroles, y percibí entonces que en el interior de éstos había una masa de fragmentos blanquecinos. La significación era evidente: ¡comida!

Todos los pensamientos sombríos, todos los misterios que oprimían mi ánimo se reunieron en una sola sensación física: ¡el hambre! Y me pareció entonces completamente insignificante cuanto a mi alrededor ocurría, ante el hecho de que un brazo tendía hacia mí una de aquellas vasijas, como brindándome a comer.

Recuerdo ahora la escena como un sueño; pero me parece que lo que me alargaba el perol no era una mano al extremo de un brazo, sino una especie de muñón con un pulgar, formando un conjunto muy parecido a la trompa de un elefante.

La materia contenida en el perol era blanda, de color blanco grisáceo, muy parecida, en fin, a la crema del merengue y con un tenue olor a hongos. Posteriormente ví el esqueleto de un rumiante lunar a medio mondar, y me inclino a creer que el alimento que nos presentaron entonces se componía de carne de aquellos animales. Pero mis manos estaban tan estrechamente encadenadas, que apenas podían tener el perol. Cuando los selenitas vieron mis esfuerzos, dos de ellos, con una destreza que yo no me podía imaginar, aflojaron con un solo movimiento la cadena que unía mis muñecas. Sentí su tentáculo blando y frío contra mi piel; pero estaba tan ansioso de probar el alimento que no puse alto en la impresión de aquel contacto.

Con la mano misma, al modo de los hombres primitivos, me llevé a la boca una porción del comestible. Este tenía la misma falta de consistencia que parecía ser la característica de todas las estructuras orgánicas sobre la luna. Advertí entonces que la vianda tenía no sólo el aspecto, sino el gusto de los merengues, y que no era, en modo alguno, desagradable. Excusado es decir que repetí una y otra vez.

Cavor no dijo palabra, pero hizo lo mis-

mo que yo, y por bastante tiempo no se oyó en el recinto más ruido que el de nuestras mandíbulas. Comimos, pues, y después bebimos la especie de salsa que llevaban los peroles, con la misma avidez que los mendigos devoran la comida gratuita que la caridad les ofrece.

Nunca, ni antes ni después, me he sentido con una hambre tan devoradora, y si no hubiera sido yo mismo el que lo experimenté, jamás hubiera podido creer que a 300,000 kilómetros de nuestro globo, en la situación más angustiosa, aprisionado y espiado por los seres más grotescos y las criaturas más extrañas que se puede imaginar en el delirio de la calentura, hubiera sido posible entregarme a la satisfacción de comer, olvidando por completo las tremendas circunstancias que me rodeaban.

Los selenitas, entre tanto, permanecieron en pie delante de nosotros, contemplándonos y haciendo de cuando en cuando una especie de ruido particular, que supongo les serviría de lenguaje. No sentí el menor estremecimiento ni sensación de miedo a su contacto, y cuando el aguijón del hambre cesó de atormentarme y experimenté el placer de la necesidad satisfecha, pude notar que Cavor había comido, como yo, con la misma tranquilidad y confianza.

CAPITULO XIV

Tentativas para comunicarnos con los selenitas

Cuando, por fin, terminamos nuestro refrigerio, los selenitas volvieron a sujetarnos las manos; pero, en cambio, aflojaron las cadenas que trababan nuestros pies, hasta dejarnos cierta libertad en los movimientos de las piernas. Además, soltaron por completo las que nos sujetaban a la roca por la cintura.

Para hacer todo esto tuvieron que manejarnos con toda libertad, como a un niño a quien se viste o desnuda, y repetidas veces aquellas caras tan extrañas casi se rozaron con la mía, y los blandos tentáculos tocaron mi cabeza y cuello. No recuerdo ahora si tuve miedo o si experimenté repulsión a su contacto o proximidad. Se me figura que nuestro incurable antropomorfismo nos hizo imaginar que lo que veíamos eran caretas y que tras ellas había cabezas humanas.

Su piel, como todo lo demás, presentaba un matiz azulado; pero esto debía proceder de la luz que nos alumbraba. Noté, además, que era dura y brillante, como élitros de un escarabajo, no suave, ni húmeda, ni pilosa, como suele ser la de los mamíferos. A lo largo de la parte superior de la cabeza presentaban una fila de espinas, formando crestas, de delante a atrás; alrededor de cada ojo tenían también otra línea de espinas, formando casi una circunferencia. Observé, además, que el selenita que aflojó mis cadenas se servía de la boca para ayudar al trabajo de las manos, como hacen en la tierra algunos obreros para desatar los nudos.

—Tratan de librarnos de las cadenas—dijo Cavor.—¡Acuérdese usted, Bedford, que estamos en la luna! ¡No haga usted ningún movimiento brusco!

—¿Va usted a probar su geometría para entenderse con ellos? pregunté.

—Si tengo ocasión, ya lo creo—me contestó;—pero juzgo que ellos mismos tomarán la iniciativa.

Nosotros, por lo tanto, permanecimos en actitud pasiva, y los selenitas, luego que concluyeron de arreglar nuestras cadenas a su gusto, se retiraron a algunos pasos de distancia y se quedaron en pie contemplándonos. Así, por lo menos, me pareció, pero no estoy seguro, pues como tenían los ojos a los lados de la cabeza y no hacia el frente, había la misma dificultad para determinar la dirección de su mirada que en el caso de las aves o de los peces.

Conversaban también unos con otros, pues producían unos sonidos extraños que me sería imposible imitar ni definir.

En esto la puerta, situada a nuestra espalda, se abrió de par en par, circunstancia que conocí por el aumento de claridad que se notó en el recinto; y volviendo la cabeza, lancé a la derecha una ojeada. Vi entonces un ancho espacio y un buen golpe de selenitas agrupados al otro lado del dintel. Por sus gestos y sus fachas parecían una multitud abigarrada, exactamente igual a los grupos de curiosos callejeros que se forman en nuestras ciudades en cuanto ocurre un incidente que llama la atención.

—Creo que desean que imitemos sus sonidos. ¿No le parece a usted?—dijo Cavor.

—Opino que no—contesté.

—Pues a mí me parece que tratan de hacernos entender alguna cosa—insistió mi compañero.

—Yo no puedo sacar nada en limpio de sus gestos ni de sus sonidos. ¿No se ha fijado usted en ese que mueve muy apurado la cabeza, como un hombre al que le hace daño el cuello de la camisa?

—Vamos a hacer nosotros lo mismo.

Así lo hicimos; pero no resultó nada práctico de nuestro experimento. Luego in-

tentamos imitar todos los movimientos de ellos entregándonos a la más grotesca pantomima. Esto pareció interesarles, y todos ellos comenzaron a ejecutar el mismo gesto. Pero, fuera por falta de capacidad de cualquiera de los bandos, fuera porque el procedimiento no era el apropiado, ello es que la operación no nos llevaba a resultado práctico ninguno. En su consecuencia, cesamos en nuestra gesticulación, y los selenitas hicieron lo propio; pero en seguida se enfrascaron, al parecer, en una animada discusión entre ellos mismos.

Luego, uno, más bajo y más delgado que los demás, y con la boca mucho más disforme, avanzó repentinamente hacia nosotros, se sentó al lado de Cavor, adoptó exactamente la misma postura que éste, colocando pies y manos de igual modo, y, después de que en ello nos fijamos, levantóse con un rápido y diestro movimiento.

—¡Cavor!—grité yo entonces.—¡Quieren que nos pongamos en pie!

Mi compañero se quedó mirando con la boca abierta.

—¡Tiene usted razón! ¡Eso es!—exclamó.

Y con bastante trabajo y dificultad, porque seguíamos con las manos sujetas una contra otra, y todo el cuerpo dolorido, logramos al fin levantarnos. Los selenitas, viendo que les habíamos comprendido, trataron entonces de ayudarnos, y me pareció que gesticulaban con mayor volubilidad, como alegres y satisfechos de lo sucedido.

Tan pronto como estuvimos en pie, el selenita diminuto, y sin duda el más inteligente, volvió a acercarse a nosotros, nos tocó a Cavor y a mí la cara con sus tentáculos y se dirigió hacia la puerta.

Esto estaba bien claro, quería que le siguiésemos, y así lo hicimos. Al cruzar el dintel, ví que cuatro que allí se hallaban como de centinelas, eran mucho más altos que los demás y llevaban una vestimenta muy semejante a la de los que habíamos visto en la superficie de la luna cuidando de aquellos monstruos herbívoros que tanto espanto nos habían causado. Es decir, que los cuatro selenitas a que ahora me refiero llevaban también casco redondo y erizado de puntas agudas, cuerpo revestido de envolturas cilíndricas como de cuero, y cada uno de ellos iba provisto de un largo apéndice, a modo de lanza, y hecho, al parecer, del mismo metal que las cadenas y los peroles.

Así que traspusimos el dintel, estos cuatro selenitas se acercaron a nosotros; dos se colocaron junto a Cavor, uno a cada lado, y otros dos hicieron lo mismo conmigo. Es decir, que nos llevaban a cada uno de nosotros, seres superiores, habitantes del planeta del que la luna es satélite, ¡entre dos **policemen**, entre dos gendarmes o entre dos guardias civiles!

Al principio no nos hicimos bien el cargo de la disposición y aspecto del espacio a donde habíamos salido. Absorbieron primero nuestra atención la actitud y movimientos de los selenitas que nos rodeaban. Además, procuramos poner nuestros cinco sentidos en contener nuestros esfuerzos al andar y al movernos, pues cualquiera sacudida o empujón desaforado o salto tremendo, de los que nuestro sistema muscular nos permitía ejecutar en la luna, hubiera sembrado la alarma entre aquella multitud, y los resultados podrían, en definitiva, ser fatales para nosotros.

Delante de nosotros marchaba el selenita que había resuelto el problema de hacernos levantar y seguirle. Continuaba haciendo gestos, como invitándonos a proseguir el camino que él señalaba; para ello volvía su fisonomía, de Cavor hacia mí, y de mí hacia Cavor, con una rapidez manifiestamente interogativa, o tal nos parecía por lo menos.

Por algún tiempo, como digo, todo esto absorbió nuestra atención. Pero cuando ya quedó marcado el movimiento de avance y parecimos marchar todos de acuerdo, tuvimos ocasión de apreciar el vasto recinto en que nos hallábamos y muchas de las cosas extrañas que nos rodeaban.

Vimos entonces, que el origen de gran parte, por lo menos, de la multitud de ruidos y sonidos que habían llegado hasta nosotros desde el momento que salimos del estado de estupor que la indigestión de los malditos hongos rojos nos había producido era una vasta y complicada maquinaria en activo movimiento, y cuyas porciones volantes y giratorias eran perfectamente visibles sobre nuestras cabezas y por todos los ámbitos de aquella inmensa caverna.

Además, ¡cosa imposible!, de aquel gigantesco mecanismo en función no sólo procedían los sonidos que llenaban la atmósfera ambiente, sino la extraña luz azulada que inundaba todo el espacio.

Habíamos considerado, por supuesto, como una cosa natural y corriente que una caverna subterránea fuese alumbrada por luz artificial; pero aun entonces, que el hecho era patente a mis ojos, no aprecié realmente su importancia hasta que, al poco tiempo, llegamos de nuevo a una zona de tinieblas.

Yo no sabría explicar el uso y la estructura de aquellos inmensos aparatos, porque

ni Cavor ni yo llegamos a saber para qué servían ni cómo funcionaban. Recuerdo solamente que, uno después de otro, grandes tallos o ejes de metal salían del centro y se proyectaban hacia lo alto, descubriendo sus extremidades, a mi parecer, una línea parabólica; cada uno de estos tallos, al llegar al extremo de su curso, desprendía una especie de brazo, que se sumergía con fuerza en un cilindro vertical. En el momento en que cada uno de estos brazos se introducía en su cilindro respectivo, producíase un sonido sordo, y desbordaba y se derramaba una substancia incandescente que iluminaba el espacio.

Caía esta substancia, como leche hirviendo, en una especie de tanque situado en la parte inferior. La luz que así se originaba era una luz fría y azul; una especie de fosforescencia, pero brillantísima en sumo grado, y que, desde los tanques o depósitos donde era recibida, corría después por canales apropiados a través de la caverna.

Alrededor de toda esta maquinaria se movían como sombras figuras más pequeñas, y al parecer diferentes, de los selenitas que hasta entonces habíamos visto.

A todo esto, los inmensos ejes metálicos y los brazos que de ellos se desprendían continuaban su incesante zif, zif, zif, al ascender y descender, y la substancia luminosa se desbordaba de los cilindros verticales y corría.

Al pronto me pareció que el mecanismo no era de muy grandes dimensiones y que se hallaba cerca de nosotros; pero cuando me fijé en lo pequeñísimos que aparecían los selenitas que cuidaban de su funcionamiento, entonces me dí cuenta de las colosales proporciones de la caverna y de toda aquella maquinaria.

Entonces, también, no pude menos de mirar a los selenitas con más consideración y respeto.

Detúveme asombrado, y Cavor también se detuvo, contemplando admirado tan complicados y ruidosos aparatos.

—¡Pero esto es estupendo!—exclamó.—¿Y para qué será todo esto?

Ví la faz azulada de mi compañero mostrando una admiración inteligente, y luego, volviéndose hacia mí, continuó:

—¡Vea usted, Bedford, qué mecanismos más maravillosos! Yo no podría ni soñarlos. ¡Seguramente estos seres!... ¡Los hombres no podrían hacer nada semejante! Vea usted esas bielas, esas articulaciones. ¿Recuerda usted haber visto en la tierra cosas que se le parezcan?

Entre tanto, el selenita que guiaba se había adelantado algunos pasos. Al notar nuestra detención, retrocedió y se quedó parado entre nosotros y la gran maquinaria. Hice como que no le veía, porque me pareció que lo que pretendía era que no nos detuviéramos en aquel lugar. Al cabo de un momento emprendió de nuevo la marcha en la dirección que deseaba; luego volvió hacia nosotros, nos tocó en la cara a Cavor y a mí, para atraer nuestra atención, y tornó a echar a andar.

Mi compañero y yo nos miramos mutuamente.

—¿No podríamos hacerle entender que tenemos interés en ver ese maravilloso mecanismo?—dije yo.

—Sí—contestó Cavor.—Voy a probar.

Y se volvió hacia el guía, sonrióse y apuntó con la mano a la máquina; luego se señaló en la frente y volvió a apuntar a la máquina otra vez. Al mismo tiempo, y olvidando que el selenita no podía comprender nuestro lenguaje, acompañó su mímica con estas palabras:

—Yo... desear ver eso... yo pensar mucho en eso.

Pero esta actitud nuestra, esta manera de portarnos extrañó, sin duda, a los selenitas y los hizo detener un instante en su deseo de hacernos avanzar. Se miraban unos a otros; sus grotescas cabezas se agitaban; oíamos sus voces aflautadas, más rápidas y fluidas. Uno de ellos, alto y delgado, que llevaba, además de una vestimenta como la de los otros, una especie de manto, arrolló su apéndice, a modo de trompa, alrededor de la cintura de Cavor y le arrastró suavemente en pos de nuestro guía, que volvió a ponerse en marcha.

Cavor se resistió.

—Me parece—dijo—que ha llegado el momento de explicarnos, de mostrarles con quiénes tratan. Acaso crean que somos nuevos animales, una especie nueva de monstruos. Es absolutamente preciso probar que tenemos inteligencia para comprender y apreciar lo que nos rodea.

Y dicho esto, comenzó a ejecutar bruscos movimientos negativos con la cabeza, exclamando:

—Nó, no queremos marchar inmediatamente. Queremos ver.

—¿No hay alguna figura geométrica que pueda usted utilizar a propósito de esta ocasión?—pregunté.

—Acaso una parábola...

Pero antes de concluir su frase lanzó un grito y dió un salto de más de seis pies de elevación.

¡Era que uno de los cuatro selenitas armados que nos escoltaban, le había herido con una de sus púas!

Yo me volví entonces, con un gesto de recelo y amenaza, hacia el selenita armado que junto a mi diestra caminaba. El individuo, al observar mi expresión, dió dos pasos atrás.

Esto, y el grito y salto extraordinario de Cavor asombró visiblemente a los selenitas. Agrupáronse a nuestro alrededor como apercibiéndose a la pelea. Durante un breve rato, que me pareció, sin embargo, eterno, permanecimos mi compañero y yo en actitud de protesta y dispuestos a resistir cualquier acometida de aquellos seres inhumanos que nos rodeaban.

—¡Me han pinchado!—dijo Cavor.

—Ya lo he visto—le contesté,—y luego, volviéndome a los selenitas, como si entendieran mis frases exclamé:

—¡Malditos! ¡No toleramos esto! ¿Por quién nos toman ustedes?

Dicho esto, lancé una mirada amenazadora a derecha e izquierda. A lo lejos, en medio de la azulada inmensidad de la caverna, distinguí, entonces, un grupo de selenitas corriendo hacia donde nosotros estábamos.

Eran los que venían altos y esbeltos, y uno de ellos con la cabeza mucho más voluminosa que los demás.

Tuve también entonces tiempo de apreciar que la caverna se extendía en todas direcciones, perdiéndose sus límites en las más tenebrosas tinieblas.

Recuerdo que la bóveda o techo aparecía convexa, como si cediera al peso de las masas de rocas que encima gravitaban.

Bien se veía que no había salida posible para nosotros. ¡Arriba, abajo, en todos sentidos, nos aguardaba lo absolutamente ignoto, y alrededor nuestro, haciéndonos frente, aquel enjambre de seres fantásticos con sus aguijones y sus gestos! ¿Qué íbamos a hacer dos hombres desarmados, encadenados y sin ayuda alguna en medio de aquel mundo pavoroso?

CAPITULO XV

El puente vertiginoso

Esa pausa hostil duró breves momentos. Supongo que los selenitas, al igual que nosotros, tuvieron repentinas ideas. Mi más clara impresión fué la de que no teniendo algo que nos sirviera de apoyo, seguramente íbamos a ser rodeados y muertos. Nuestra presencia en este lugar era una locura que me abrumaba y de la que no dejaba de acusarme. ¿Por qué me había decidido a tan insensata expedición?

Cavor se puso a mi lado y colocó su mano en mi brazo. Su rostro pálido y terrorífico causaba espanto en aquella luz azulada.

—Nada podremos hacer—me dijo.—Nos hemos equivocado. Como nada comprenden, es preciso seguirles a donde quieran llevarnos.

Le miré un instante, dirigiendo de nuevo mi vista hacia los selenitas que venían detrás.

—Si tuviera mis manos libres...

El hilo de luz corría como un arroyuelo.

—Es inútil—contestó.

—¡Inútil!

—Sigámosles.

Y volviéndose, marchó en la dirección que se nos había indicado.

Le seguí, tratando de aparentar la mayor sumisión y palpando las cadenas que me sujetaban las muñecas. Mi sangre ardía. Aun cuando transcurrió un largo rato antes de que llegáramos al otro extremo de la caverna, nada observé en ella, o si en algo me fijé lo olvidé inmediatamente. Supongo que todos mis pensamientos estarían concentrados en mis cadenas y en los selenitas, y muy especialmente en los que llevaban cascos y aguijones. Al principio iban a nuestro lado, pero a respetable distancia; mas, tan pronto como llegaron otros tres, los primeros se nos acercaron casi hasta tocarnos. Al verles tan próximos, revelé un movimiento de inquietud. El selenita pequeño y corpulento que al principio iba a nuestra derecha, se colocó entonces delante.

La imagen de este grupo quedó impresa en mi cerebro de un modo indeleble; todavía me parece ver en un monocromo azul la espalda de Cavor marchando ante mí, con sus hombros caídos, el estúpido rostro de nuestro guía agitándose en todos sentidos y los portadores de aguijones que nos vigilaban con la boca abierta.

Sin embargo, conservo otro recuerdo que no se refiere a mis impresiones puramente personales. Atravesaba el suelo de la caverna una especie de canal que corría a lo largo del sendero que atravesábamos. Estaba lleno de la materia luminosa de color brillante emanada de la gran máquina. Seguí el borde de dicho arroyo y puedo atestiguar que aquel líquido azul no irradiaba calor. Tenía un destello brillante; y, sin embargo, no estaba ni más frío ni más caliente que todo cuanto había en la caverna.

Pasamos luego por debajo de las ruidosas palancas de otra gran máquina y llegamos a un largo túnel, en el que resonaban fuertemente nuestros pasos, a pesar de ir descalzos; fuera del resplandor azul que teníamos a nuestra derecha, la bóveda estaba completamente obscura.

Sobre los techos y toscos muros del túnel las sombras dibujaban de un modo gigantesco nuestras formas. De vez en cuando, sobre las paredes brillaban cristales como piedras preciosas; en otros momentos el túnel parecía terminar formando una gruta de estalactitas, y de donde partían galerías que se perdían en las tinieblas.

Creo que seguimos este camino durante largo tiempo. El arroyo de luz corría suavemente, y el ruido de nuestros pasos mezclado con el murmullo que al correr, producía la materia luminosa, originaban unas resonancias muy raras.

Entonces mi inteligencia se fijó en el problema de las cadenas.

—¡Si pudiera dar una vuelta en este sentido y luego torcer así!... Si probara gradualmente, ¿advertirían que quiero librar mis muñecas de esta opresión? Y si lo notaban, ¿que harían?

—¡Bedford—gritó Cavor,—vamos bajando. El suelo no cesa de descender.

Su observación me hizo olvidar la idea que me preocupaba.

Después, acercándose para marchar al mismo nivel que yo, continuó diciendo:

—Si hubieran querido matarnos, no hay razón para que no lo hubieran hecho.

—Es verdad—hube de replicar.

—No nos comprenden—agregó Cavor.—Piensan que no somos más que unos animales extraños... una especie de monstruos o algo así. Esto durará hasta que nos estudien mejor, y entonces comiencen a notar que tenemos inteligencia.

—¡Sí! Cuando usted trace en el aire sus problemas geométricos—le dije con ironía.

—Puede.

Así continuamos durante algún tiempo.

—Además, comprenda usted—me dijo Cavor,—estos pueden ser selenitas de clase ínfima.

—¡Endemoniados idiotas!— repliqué, a la vez que lanzaba una mirada de odio hacia sus repulsivos rostros.

—Si resistimos lo que nos hagan y nos vamos acostumbrando...

—¡A la fuerza!—dije interrumpiéndole.

—Puede que haya otros individuos menos estúpidos. Esto no es más que la capa exterior de su mundo. Debe profundizarse, bajar por cavernas, pasajes túneles, hasta llegar hasta el mar... ¡Allá, cientos de millas más abajo!...

Estas palabras me hicieron pensar en las mil rocas y túneles que debían existir sobre nuestras cabezas; aquello me parecía como un fardo que pesara sobre mis hombros.

Entonces dije:

—Pero lejos del sol y del aire, una mina, aunque no esté más que a media milla de profundidad, ya es sofocante.

—Esto no ocurre aquí, en todo caso... Es probable que... ¡la ventilación! El aire soplará por el lado obscuro de la luna hacia el punto alumbrado y todo el ácido carbónico se exhalará por allí para alimentar las plantas. En la parte superior de este túnel, por ejemplo, se sentía una verdadera brisa. ¿Recuerda usted? ¡Y qué

[illegible] - Mi mano pareció atravesar de parte a parte el cuerpo del selenita

mundo debe ser éste! ¡Lo que hacen pensar esos pozos y esas máquinas!

—¿Y el aguijón?—le hice observar;—no se olvide usted de él.

Durante un rato, Cavor marchó delante de mí, sin replicar. Pero al poco tiempo se detuvo y dijo:

—Sí, señor, y aun el aguijón.

—Bueno, ¿y le pareció a usted bien?

—Estaba furioso en aquel momento. Pero... sin duda, es preciso que nos resignemos. Estos selenitas tienen una piel diferente y puede que sean distintos sus nervios. Es posible que no comprendan nuestra oposición a ser tratados de esta forma... De igual modo que a un habitante de Marte no le agradaría nuestra costumbre de codearnos.

—Ya se guardarán bien de codearme a mí.

—Y, después de todo, hay que reconocer que proceden de un modo muy notable e inteligente; comienzan por los elementos de la vida, y no por los del pensamiento. Se dirigen a los principios fundamentales. La alimentación, el dolor, la violencia.

—No hay duda alguna en eso—le repliqué.

Así continuó Cavor hablándome del mundo grande y prodigioso en que entrábamos. Por su tono y expresión comprendí poco a poco que, ni aun entonces, desechaba en absoluto la idea de penetrar más y más en los profundos misterios de aquel planeta inhumano.

Su espíritu amplio, libre de las mil aprensiones y temores que a mí me obsesionaban, se ocupaba en máquinas e inventos, que no pensaba utilizar en modo alguno, y sí sólo recrearse en su conocimiento.

—Después de todo—me dijo—hemos tenido una suerte fantástica... ¡Eso es el encuentro de dos mundos! ¡Y qué cosas vamos a ver! Piense usted en todo lo que hay debajo de nosotros.

—Como no tengamos más luz que aquí, no veremos gran cosa—repliqué.

—Esto es solamente la corteza exterior; abajo, en lo profundo... allí estará todo... ¡qué datos recogeremos! ¡Cuánto tendremos que contar!

—Un animal de una especie rara puede consolarse de su suerte si se le caza para llevarle a un jardín zoológico; yo no sé si a nosotros se nos va a tratar de igual modo.

—Cuando adviertan que tenemos un espíritu que razona—dijo Cavor,—entonces querrán saber todo lo que pasa en la tierra de donde venimos. Y aun cuando lleguemos a suponer que sean incapaces de sentir ninguna emoción, al menos nos enseñarán, para poder ellos aprender... ¡Y lo que deben saber! ¡Cuántas cosas que nosotros no imaginamos siquiera!

Así continuó discutiendo sobre la posibilidad de conocer cosas que en la tierra nunca había aspirado a saber, y de tal manera se hallaba ensimismado, que hasta olvidó el dolor que con los aguijones le habían producido. No recuerdo bien todo lo que decía, porque mi atención estaba concentrada en la idea de que el túnel que atravesábamos se alargaba cada vez más. Por la sensación que me producía el aire ambiente, parecíame que llegábamos a un espacio más amplio; pero no podíamos darnos cuenta de sus dimensiones, por la circunstancia de no estar alumbrado.

El arroyo de luz se prolongaba en un hilo delgado que iba desvaneciéndose muy lejos ante nosotros. De pronto dejamos de percibir las paredes de rocas, no viendo otra cosa sino el sendero por donde caminábamos y el riachuelo de azulada fosforescencia.

Cavor y el guía selenita marchaban delante; el lado que sus cuerpos ofrecían al arroyo luminoso se presentaba de color azul claro y brillante; pero el opuesto, ya no alumbrado por la luz reflejada en la pared, se desvanecía en la obscuridad.

Al instante observé que nos acercábamos a una gran pendiente, porque el curso del líquido azul se hundía bruscamente, perdiéndose de vista.

Casi al momento me pareció que llegábamos al borde del abismo. El arroyo brillante formaba un remanso, parecía oscilar, y acto seguido se precipitaba en una profundidad tan inmensa, que el ruido de su caída se perdía en absoluto para nosotros. Allá, muy lejos, en lo hondo, se distinguía una especie de bruma azulada, y en todo aquel abismo, donde el arroyo de materia fosforecente se precipitaba, no se columbraba más que el principio de una especie de puente que, arrancando del borde del precipicio a donde habíamos llegado, iba a perderse en las tinieblas. Además, de aquella sima se desprendía un vaho, un aire tibio.

Cavor y yo nos detuvimos un instante al borde de aquel precipicio, tratando de distinguir o apreciar algo en aquella insondable profundidad.

Entonces nuestro guía me agarró del brazo y tiró de mí. Luego nos dejó, avanzó hasta el puente o pasadizo y siguió marchando, volviéndose a mirarnos. Cuando vió que le observábamos continuó su marcha con tanta seguridad como si hubiese andado sobre el suelo firme. Su silueta, al principio perceptible, se transformó en una sombra azulada, y luego se desvaneció.

Hubo entonces un momento de pausa.

—Sí, ciertamente...—dijo Cavor, como hablando consigo mismo.

Otro selenita avanzó también sobre el abismo, volviéndose a mirarnos con su expresión indiferente. Los restantes parecían dispuestos a marchar, pero detrás de nosotros. En esto reapareció la figura expectante de nuestro guía, que venía a ver por qué no le habíamos seguido.

Yo entonces le dije, como si me pudiera entender:

—De ninguna manera podemos atravesar esto.

Y Cavor replicó:

—Ni aunque tuviera las manos libres podría andar tres pasos por ahí.

Al mismo tiempo cambiamos una mirada, en la que pudimos apreciar la sombría consternación que se reflejaba en nuestros semblantes.

—Indudablemente, estos séres ignoran lo que es el vértigo—dijo Cavor.

—Nos es imposible en absoluto conservar el equilibrio sobre ese pasadizo tan estrecho.

—No creo que ellos vean las cosas como nosotros. Los he observado, y todo me induce a suponer que piensan que esto no es para nosotros más que un efecto de la obscuridad. ¿Cómo podríamos hacerles comprender lo que sentimos?

—En todo caso hay que intentarlo, aun a la fuerza.

Pienso que hacíamos estas consideraciones en alta voz, con la vaga esperanza de que los selenitas comprendieran algo. También sabía que lo únicamente necesario era una explicación; pero cuando ví sus rostros sin expresión, me dí cuenta de que lo intentado era imposible. Allí era donde nuestras semejanzas no podían salvar nuestras diferencias. Pero tomé mi resolución.

(Continuará)

VIÑA BENITEZ

Soc. Manuel J. Benitez y Cía.

PINOT RESERVADO

Es y será siempre el preferido

33 - RIQUELME - 33

TELEFONO Núm. 646

TUBERCULOSIS — LINFATISMO - ANEMIA

TRICALCINA

TRATAMIENT DE LA TUBERCULOSIS

La RECALCIFICACION no puede Hacerse de manera Segura y Práctica sino con

TRICALCINA

A base de Sales Calcicas hechas asimilables

en Obleas, Comprimidos, Polvo

LA TRICALCINA ES VENDIDA:

Tricalcina PURA POLVOS: COMPRIMIDOS: OBLEAS en frascos o cajas de 60 obleas para 30 días de tratamiento.

Tricalcina METILARSINADA En OLBEAS solamente, con dosis exacta de 0 gr. 01 de **Metilarsinato de Soda**, químicamente puro.

Tricalcina ADRENALINADA En OBLEAS solamente, con sis exacta de 3 gotas de solución de **ADRENALINA** al milésimo por oblea.

Algunas apreciaciones sobre la eficacia de la TRICALCINA

Muy señor mío:
Su **TRICALCINA** nos ha dado resultados verdaderamente satisfactorios en su empleo. Le quedaríamos muy reconocidos si se sirviera enviarnos algunas nuevas muestras.
(Firmado)—Dr. A. S., profesor agregado al Hotel-Dieu, París.

Señor:
Desde hace algún tiempo empleamos en este Sanatorio la **TRICALCINA** con el mejor éxito. Yo, por otra parte, estoy enteramente contento de su uso; tanto es así, que le quedaría muy agradecido si Ud. quisiese enviarme algunos frascos para mi uso personal.
(Firmado).—Felice Lo Blanco, médico asistente al Sanatorio de Montana (Suiza).

Estimado señor:
El frasco de **TRICALCINA** que Ud. me ha enviado ha producido tan excelentes resultados en un niño afecto de tuberculosis, que la familia de éste me suplica pedir a Ud. otro frasco.
Confiado en que su amabilidad no me rehusará este envío, acepte con anticipo mis agradecimientos.
(Firmado).—Dr. Galissot, de Roncq (Norte).

PEDIR MUESTRAS Y LITERATURA A LOS CONCESIONARIOS PARA CHILE

ALEX. ARDITI Y Cía.

AGUSTINAS 814 - CASILLA 78 - D - SANTIAGO

DISPEPSIA NERVIOSA — TUBERCULOSIS

CRECIMIENTO — RAQUITISMO — ESCROFULAS — DIABETES

CARIES DENTARIAS — TRASTORNOS DE LA DENTICION

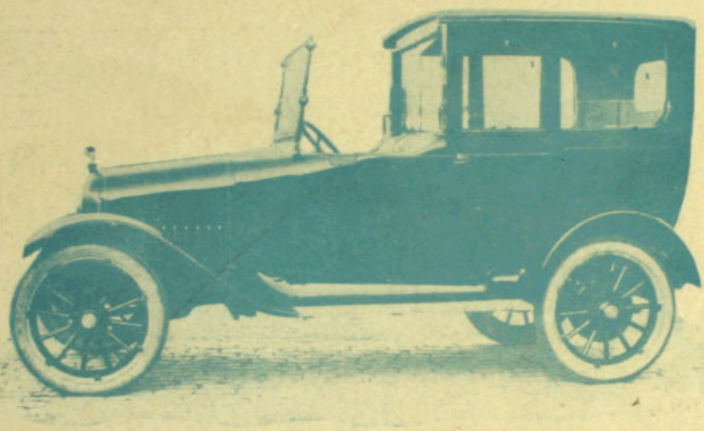
—¿La Alianza?... ¿La Coalición?... todo eso a mí me importa un pito. A lo que yo le temo es a la Indigestión y de esa estoy libre, pues sólo tomo **ALIMENTO MEYER**, el mejor para niños, enfermos, convalecientes, ancianos y en general para todos los que tienen un estómago débil o necesitan buena nutrición.

ALIMENTO MEYE

Gran Carrocería

BESA y Cía.

BELLAVISTA N.º 420 = Teléfono N.º 87



CARROCERIA MODELO "TOWN-CAR" FABRICADA EN NUESTROS TALLERES Y MONTADA EN CHASSIS "DODGE BROTHERS"

El establecimiento más completo que existe en el país, montado con las más modernas maquinarias y dirigido por técnicos especialistas en el ramo.

Se construye toda clase de carrocerías desde las más lujosas para la ciudad y turismo, hasta las más sencillas y económicas para uso industrial, todo fabricado con materiales de primera calidad.

Se reciben órdenes para construcciones de carrocerías tapizadas, barnizajes, esmaltados, etc., etc. Se hacen planos y presupuestos.

BESA y Cía.
SECCION AUTOMOVILES

LABETES

DISPEPSIA NE

Emp. Zig-Zag.